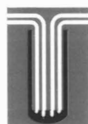
La distinción

Criterio y bases sociales del gusto

Pierre Bourdieu



TAURUS

LA DISTINCIÓN

ENSAYISTAS-259
SERIE MAIOR

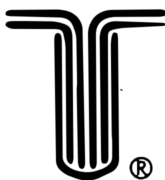
PIERRE BOURDIEU

LA DISTINCIÓN

Criterios y bases sociales del gusto

Traducción
de
Mª. DEL CARMEN RUIZ DE ELVIRA

taurus



Título original: *La distinction*

Santillana Ediciones Generales, S. L., 2006
Grupo Santillana de Ediciones, S. A., 1988, 1998
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 92 24

• Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara S. A.
Beazley 3860. 1437 Buenos Aires
• Santillana Ediciones Generales, S. A. de C. V.
Avda. Universidad, 767, Col. del Valle,
México, D.F. C. P. 03100
• Distribuidora y Editora Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S. A.
Calle 80, nº. 10-23
Teléfono: (571) 635 12 00
Bogotá, Colombia

Primera edición: enero de 1999
Segunda edición: noviembre de 2000
Tercera Edición: septiembre de 2006

Diseño de cubierta: TAU Diseño
Fotografía: © Kei Muto. Photonica
ISBN: 84-306-0338-7
Dep. Legal: M-27.012-2006
Printed in Spain - Impreso en España

PRIMERA PARTE

CRITICA SOCIAL DEL JUICIO DE GUSTO

"...y en estos momentos aún no sabemos si la vida cultural puede sobrevivir a la desaparición de la servidumbre".

A. BESANÇON, *Etre russe au XIXéme siècle*

1

TITULOS Y CUARTELES DE NOBLEZA CULTURAL

Existen pocos casos en los que la sociología se parezca tanto a un psicoanálisis social como aquél en que se enfrenta a un objeto como el gusto, una de las apuestas más vitales de las luchas que tienen lugar en el campo de la clase dominante y en el campo de la producción cultural. No sólo porque el juicio del gusto sea la suprema manifestación del *discernimiento* que, reconciliando el entendimiento y la sensibilidad, el pedante que comprende sin sentir y el mundano que disfruta sin comprender, define al hombre consumado. No sólo porque todos los convencionalismos designen de antemano el proyecto de definir este indefinible como una manifestación evidente del filisteísmo*: tanto el convencionalismo universitario que, desde Riegl y Wölfflin a Elie Faure y Henri Focillon, y desde los más académicos comentaristas de los clásicos a los semiólogos vanguardistas, impone una lectura formalista de la obra de arte, como el convencionalismo mundano que, al hacer del gusto uno de los índices más seguros de la verdadera nobleza, no puede concebir que se le relacione con cualquier otra cosa que no sea el gusto mismo.

La sociología se encuentra aquí en el terreno por excelencia de la negación de lo social. No le basta con combatir las evidencias primarias; con relacionar el gusto, ese principio increado de toda "creación", con las condiciones sociales en las que se produce, sabiendo que los mismos que se ensañan en rechazar la evidencia de la relación entre el gusto y la educación, entre la cultura en el sentido de estado de lo que es cultivado y la cultura como acción de cultivar, se sorprenderán de que pueda emplearse tanto trabajo para probar científicamente esta evidencia. Le es preciso aún examinar atentamente esta relación que sólo en apariencia es autoexplicativa; y buscar la razón de la paradoja que pretende que la relación con el capital escolar** permanezca igual de fuerte en los dominios que la escuela no

* De *philistin:* persona de gusto vulgar, cerrada a las artes, a las letras y a las novedades (definición del Diccionario Robert). (*Nota de la T.*).

** He tomado la decisión de traducir el adjetivo "*scolaire*" como "escolar" en lugar de "académico" porque parece que refleja mejor tanto el sentido genérico como el específico en que el autor lo emplea continuamente a lo largo de todo el texto, ya que hace referencia a los conocimientos y formación adquiridos en todos y cada uno de los niveles y formas de enseñanza, desde los más elementales a los más elevados y desde los más teóricos a los más prácticos. Sólo utilizaré el adjetivo "académico" cuando se haga referencia a las diversas titulaciones que acreditan el paso por los distintos niveles, y cuando el autor utilice el adjetivo "*scolaire*" en un sentido más o menos peyorativo. (*Nota de la T.*).

enseña. Y ello sin poder nunca contar por completo con el arbitraje positivista de lo que llamamos hechos: detrás de las relaciones estadísticas entre el capital escolar o el origen social y tal o cual saber, o tal o cual manera de utilizarlo, se ocultan relaciones entre grupos que mantienen a su vez relaciones diferentes, e incluso antagónicas, con la cultura, según las condiciones en las que han adquirido su capital cultural y los mercados en los que pueden obtener de él, un mayor provecho. Pero no hemos acabado con las evidencias: es a la propia interrogación a la que es preciso interrogar –es decir, a la relación con la cultura que *tácitamente* privilegia– a fin de establecer si una modificación del contenido y de la forma de la interrogación no bastaría para determinar una transformación de las relaciones observadas. No salimos, pues, del juego cultural; y no existe ninguna probabilidad de objetivar la verdad del mismo si no es a condición de objetivar, lo más completamente posible, las propias operaciones a las que es obligado recurrir para realizar esta objetivación.

De te fabula narratur. Este recordatorio va dirigido no sólo al lector sino también al sociólogo. Paradójicamente, los juegos culturales están protegidos contra la objetivación por todas las objetivaciones parciales a las que mutuamente se someten todos los agentes comprometidos en el juego: los doctos no pueden aceptar la verdad de los mundanos si no renuncian a llegar a comprender su propia verdad: y lo mismo ocurre con sus adversarios. La misma ley de lucideces y cegueras cruzadas rige el antagonismo entre los “intelectuales” y los “burgueses” (o sus portavoces en el campo de la producción cultural). Y no basta con tener en la mente la función que la cultura legítima cumple en las relaciones de clase, para tener la seguridad de poder evitar la imposición de una u otra de las representaciones interesadas de la cultura que los “intelectuales” y los “burgueses” indefinidamente se lanzan unos a otros. Si la sociología de la producción y de los productores culturales nunca hasta el momento ha escapado al juego de las imágenes antagónicas, en el que “intelectuales de derecha” e “intelectuales de izquierda”, según la taxonomía vigente, someten a sus adversarios y a sus estrategias a una reducción objetivista, tanto más fácil cuanto más interesada, es porque la explicitación está condenada a seguir siendo *parcial,* y por consiguiente falsa, mientras que excluya la comprensión del punto de vista a partir del cual se enuncia, o sea, la construcción del *juego en su conjunto:* solamente en el campo de posiciones se definen tanto los intereses genéricos asociados al hecho de participar en el juego como los intereses específicos ligados a las diferentes posiciones, y, a través de ellos, la forma y el contenido de las posturas en las que se expresan estos intereses. A pesar de la apariencia de objetividad, la “sociología de los intelectuales” que es tradicionalmente el quehacer de los “intelectuales de derecha”, y la crítica del “pensamiento de la derecha”, que incumbe de preferencia a los “intelectuales de izquierda”, no son otra cosa que agresiones simbólicas que se dotan de una eficacia suplementaria cuando toman el aspecto de la impecable neutralidad de la ciencia. Ambas se ponen tácitamente de acuerdo para dejar oculto lo esencial, es decir, la estructura de las posiciones objetivas que está en el origen, entre otras cosas, de la visión que los ocupantes de cada posición puedan tener de los ocupantes de las otras posiciones, y que confiere su forma y su fuerza propias a la propensión de cada grupo a tomar y a dar la verdad parcial de un grupo como la verdad de las relaciones objetivas entre los grupos.

Con vistas a conseguir determinar cómo la disposición cultivada y la com-

petencia cultural, aprehendidas mediante la naturaleza de los bienes consumidos y la manera de consumirlos, varían según las categorías de los agentes y según los campos a los cuales aquéllas se aplican, desde los campos más legítimos, como la pintura o la música, hasta los más libres, como el vestido, el mobiliario o la cocina, y, dentro de los campos legítimos, según los "mercados" –"escolar" o "extraescolar"– en los que se ofrecen, se establecen dos hechos fundamentales: por una parte, la fuerte relación que une las prácticas culturales (o las opiniones aferentes) con el capital escolar (medido por las titulaciones obtenidas) y, secundariamente, con el origen social (estimado por la profesión del padre); y, por otra parte, el hecho de que, a capital escolar equivalente, el peso del origen social en el sistema explicativo de las prácticas y de las preferencias se acrecienta a medida que nos alejamos de los campos más legítimos[1].

Cuanto más aumenta el reconocimiento por el sistema escolar de las competencias medidas, las técnicas empleadas para medirlas son también más "escolares", aumentando asimismo el grado de relación entre resultado y la titulación académica que, en tanto que indicador más o menos adecuado del número de años de inculcación escolar, garantiza el capital cultural de forma más o menos completa, según que éste sea heredado de la familia o adquirido en la escuela, y que, en consecuencia, es un indicador desigualmente adecuado de este capital. La más alta correlación entre el resultado y el capital escolar como capital cultural reconocido y garantizado por la institución escolar (que es muy desigualmente responsable de su adquisición) se observa cuando, con la pregunta sobre los compositores de una serie de obras musicales, la interrogación toma la forma de un ejercicio muy académico[2] sobre conocimientos muy próximos a los que enseña la institución escolar y sólidamente reconocidos en el mercado escolar.

> El 67 % de los poseedores de un CEP* (certificado de educación primaria) o de un CAP (certificado de aptitud profesional) no pueden identificar más de dos compositores (entre dieciséis obras), frente al 45 % de los poseedores de un BEPC (diploma de estudios del primer ciclo de la enseñanza secundaria), al 19 % de los bachilleres, al 17 % de los que han pasado por una pequeña escuela** o han comenzado estudios superiores, y sólo al 7 % de los poseedores de una titulación igual o superior a la licenciatura. Mientras que ninguno de los obreros o emplea-

---

[1] Los análisis aquí presentados se basan en una encuesta por cuestionario realizada en 1963 y en 1967/68 sobre una muestra de 1217 personas. En el Anexo 1 (Operaciones de la investigación) se encuentran todas las informaciones relacionadas con la estructura de la muestra, el cuestionario y las principales operaciones del análisis.

[2] El encuestador enumeraba una lista de dieciséis obras musicales y pedía que se indicara el nombre de cada uno de los compositores de las mismas. (Véase el cuestionario del Anexo 1, Operaciones de la investigación.)

*Dado que, tanto en el texto como en las tablas, el autor emplea continuamente las siglas y denominaciones correspondientes al sistema educativo francés –sin equivalencias, la mayor parte de las veces, con el español–, siglas y denominaciones cuya continuada explicitación haría ilegible el texto e imposibles las tablas, se ha optado por remitir al lector a los dos últimos Anexos de este libro, situados al final de los que incluye el autor, y con referencias Anexo I –y Anexo II– de la edición en castellano, que comprenden: el I un esquema del sistema educativo francés, y el II un glosario de todas las siglas empleadas en el original y mantenidas en la traducción. A ellos, pues, remitimos al lector de ahora en adelante. (*Nota de la T.*).

** Se emplea la traducción de "*petite école*" por entender que su traducción por "escuela universitaria" no corresponde exactamente con la realidad española. (Véase, pues, Anexo I de la edición en castellano.) (*Nota de la T.*).

dos encuestados es capaz de identificar por lo menos doce de los compositores de las dieciséis obras propuestas, el 52 % de los productores artísticos y de los profesores encuestados (y el 78 % si nos referimos sólo a los profesores de enseñanza superior) consiguen hacerlo.

El porcentaje de los que "no contestan" a la pregunta sobre los pintores o sobre las obras musicales preferidas depende también estrechamente del nivel de instrucción, contraponiendo fuertemente la clase dominante a las clases populares, los artesanos y los pequeños comerciantes. Sin embargo, como en este caso el hecho de responder o no, depende sin duda tanto de las disposiciones como de la pura competencia, la pretensión cultural característica de la nueva pequeña burguesía –cuadros medios del comercio, miembros de los servicios médico-sociales, secretarias, intermediarios culturales– encuentra una ocasión para expresarse. De igual forma, la escucha de las cadenas de radio más "cultas", France-Musique y France-Culture, y de las emisiones musicales o culturales, la posesión de un tocadiscos, la audición de discos (sin precisión de géneros, lo que reduce la importancia de las diferencias), las visitas a los museos y el nivel de competencia en pintura, características que están muy relacionadas entre sí, obedecen a la misma lógica y, estrechamente ligadas al capital escolar, jerarquizan brutalmente las diferentes clases y fracciones de clase (variando en sentido inverso la escucha de *variétés*). Para unas actividades que, como la práctica de un arte plástico o de un instrumento musical, suponen un capital cultural adquirido, como es lo más frecuente, fuera de la escuela, e independiente (relativamente) del grado de titulación académica, la correlación, muy fuerte, con la clase social se establece por mediación de la trayectoria social (lo que explica la particular posición de la nueva pequeña burguesía).

Cuanto más nos dirigimos hacia los campos más legítimos, como la música y la pintura, y, ya dentro de estos universos, jerarquizados según su grado modal de legitimidad, hacia ciertos géneros o hacia ciertas obras, tanto más las diferencias de capital escolar se encuentran asociadas con diferencias importantes en los conocimientos y en las preferencias: las diferencias entre la música clásica y la canción se doblan con diferencias que, producidas según los mismos principios, separan en el interior de cada una de aquéllas los géneros, como la ópera y la opereta, el cuarteto y la sinfonía; las épocas, como la música contemporánea y la música antigua; los autores, y por último, las obras; así, entre las obras musicales, *El clavecín bien temperado* y *El concierto para la mano izquierda* (los cuales veremos que se distinguen por los modos de adquisición y de consumo que suponen) se contraponen a los valses de Strauss y a *La danza del sable,* músicas devaluadas, ya sea por su pertenencia a un género inferior ("la música ligera"), ya sea por el hecho de su divulgación (al remitir la dialéctica de la distinción y de la pretensión al "arte medio" devaluando las obras de arte legítimas que se "vulgarizan")[3]; así como, en el campo de la canción, Brassens o Ferré se oponen a Guétary y a Petula Clark, correspondiendo estas diferencias, en los dos casos, a las diferencias en el capital escolar[4] (véase Tabla 1).

---

[3] La más perfecta manifestación de este efecto, en el orden de la música legítima, es el destino del famoso *Adagio* de Albinoni (como dicen las cubiertas de los discos) o de tantas obras de Vivaldi, que han pasado en menos de veinte años del prestigioso estatus de descubrimientos de musicólogo al estado de cantinela de las cadenas de radio populares y de los tocadiscos pequeño-burgueses.

[4] De hecho, el peso de los factores secundarios, estructura del capital, volumen del capital cultural heredado (o trayectoria social), edad o residencia, varía según las obras. Así, cuando nos dirigimos hacia las obras menos legítimas (en el momento considerado), se ve aumentar el peso de factores tales como la edad; en el caso de la *Rapsodia en blue* o de la *Rapsodia húngara,* la relación es más estrecha con la edad que con la titulación, la categoría socio-profesional del padre, el sexo o el lugar de residencia.

Tabla 1—**Preferencias en materia de canción y de música**

Pertenencia a clase	Titulación	Guétary	P. Clark	Brassens	Ferré	El bello Danubio azul	La danza del sable	El clavecín bien temperado	El concierto para la mano izquierda
Clases populares	sin tit., CEP, CAP	33	31	38	20	65	28	1	–
	BEPC y más	17	17	61	22	62,5	12,5	–	–
Clases medias	sin tit., CEP, CAP	23	29	41	21	64	26	1,5	1,5
	BEPC y más, de las cuales:	12,5	19	47,5	39	27	16	8	4
	–BEPC, bachillerato	12	21	46,5	39	31	17,5	5	4
	–estudios superiores	17	9	54	39	3	5	21	4
Clases superiores	sin tit., CEP, CAP	16	44	36	12	17	21	8	8
	BEPC y más, de las cuales	5	17	74	35	16	8	15	13
	–BEPC, bachillerato	8,5	24	65	29	14	11	3	6
	–estudios superiores	4	14,5	77	39	16,5	7	19	15
	de los cuales:								
	• pequeña escuela	5	20	73,5	32	19,5	5,5	10	18
	• licenciatura	4,5	17	73	34,5	17	9,5	29,5	12
	• agregación, gran escuela	–	3	90	49,5	11,5	3	29,5	12

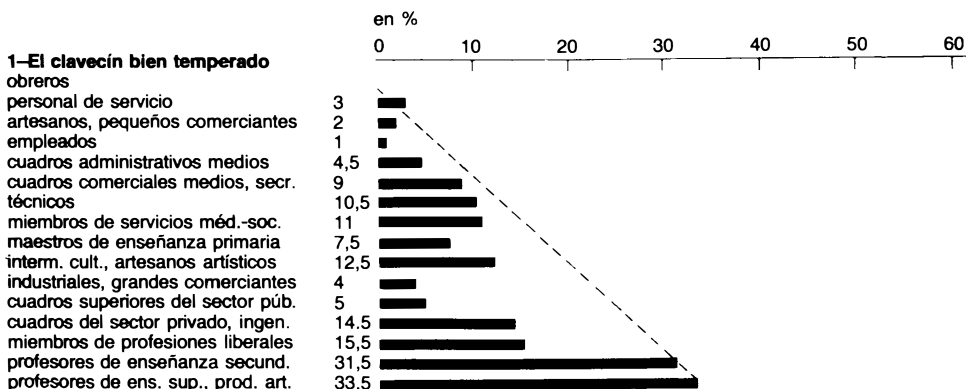
Para los efectivos, véase la Tabla 3.

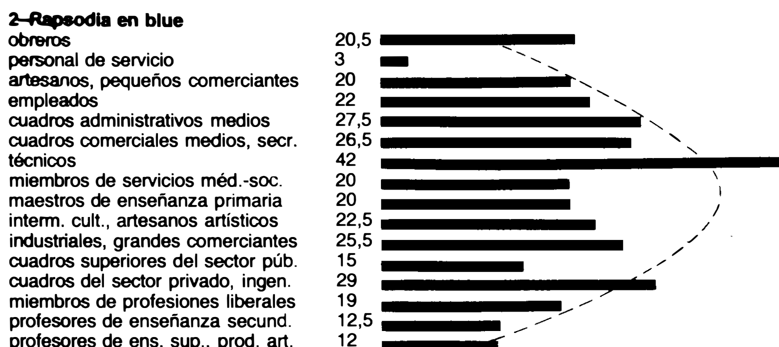
Esta tabla se lee así: de 100 sujetos que pertenecen a las clases populares, poseedores del CEP, del CAP o que no tienen ninguna titulación, 33 citan a Guétary, 31 a Petula Clark, entre los tres cantantes que prefieren (en una lista de doce cantantes); 65 citan *El bello Danubio azul,* 28 *La danza del sable,* entre las tres obras musicales que prefieren (en una lista de dieciséis obras musicales).

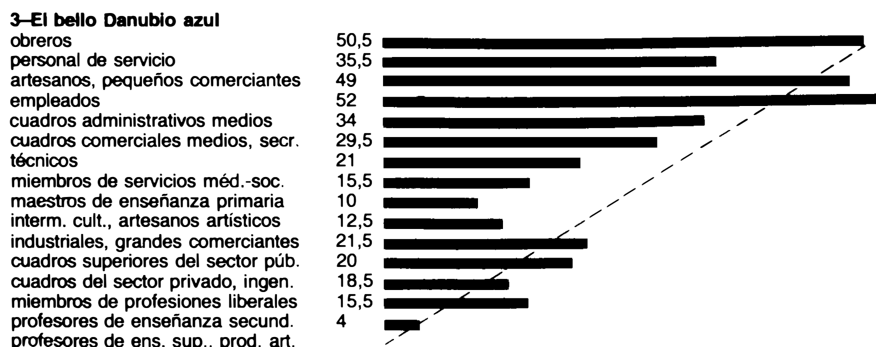
Es decir, que de todos los objetos que se ofrecen a la elección de los consumidores, no existen ningunos más *enclasantes** que las obras de arte legítimas que, globalmente distintivas, permiten la producción de distingos al infinito, gracias al juego de las divisiones y subdivisiones en géneros, épocas, maneras, autores, etc. En el universo de los gustos singulares que pueden ser reengendrados por particiones sucesivas, pueden distinguirse así, si nos atenemos a las oposiciones más importantes, tres universos de gustos que se corresponden en gran medida con los niveles escolares y con las clases sociales: *el gusto legítimo,* es decir, el gusto por las obras legítimas, que están representadas aquí por *El clavecín bien temperado* (histograma n.º 1), *El arte de la fuga, El concierto para la mano izquierda,* o, en

* Dada la continua utilización por el autor de los términos *classer, classante, classeur,* etc. (empleados todos ellos en su relación con las clases sociales), que dentro de su personalísimo estilo –que he tratado de respetar a lo largo de todo mi trabajo de traducción– no permitían usar ni su traducción literal –clasificar, etc.– ni circunloquios que dieran todo el sentido que en el original tienen, me he visto obligada a utilizar los neologismos "enclasar", "enclasante", "enclasador", etc., que permiten seguir con claridad todos los usos que el autor hace de esos términos, con los que continuamente está "jugando". Espero del lector disculpe esta licencia, que estoy segura comprenderá con sólo empezar a leer la contraportada. Entiendo que no se trata de una licencia excesiva, dada la utilización que desde hace mucho tiempo se efectúa en nuestro idioma de términos como "desclasar", "desclasamiento", etc. (*Nota de la T.*).

Gráfico 1—Distribución, según la fracción de clase, de las preferencias sobre tres obras musicales







pintura, por Bruegel o Goya, y a las cuales los más infalibles estetas pueden asociar las más legítimas entre las obras de arte en vías de legitimación, el cine, el jazz o incluso la canción (como en este caso, Léo Ferré, Jacques Douai), aumenta con el nivel escolar, hasta lograr su frecuencia más alta en las fracciones de la clase dominante más ricas en capital escolar; *el gusto "medio"*, que reúne las obras menores de las artes mayores, como en este caso la *Rapsodia en blue* (histograma n.º 2), la *Rapsodia húngara*, o, en pintura, Utrillo, Buffet o incluso Renoir, y las obras más importantes de las artes menores, como, en materia de canción, Jacques Brel y Gilbert Bécaud, es más frecuente en las clases medias que en las clases populares, o que en las fracciones "intelectuales" de la clase dominante; y por último, *el gusto "popular"*, representado aquí por la elección de obras de la música llamada "ligera" o de música culta desvalorizada por la divulgación, como *El bello Danubio azul* (histograma n.º 3), *La Traviata, La Arlesiana*, y, sobre todo, por la elección de canciones totalmente desprovistas de ambición o de pretensiones artísticas, como las de Mariano, Guétary o Petula Clark, encuentra su frecuencia máxima en las clases populares y varía en razón inversa al capital escolar (lo que explica que sea un poco más frecuente en los patronos de la industria o del comercio, o incluso en los cuadros superiores, que en los maestros de enseñanza primaria y en los intermediarios culturales)[5].

TÍTULOS DE NOBLEZA CULTURAL

Una relación tan estrecha como la que de esta forma se establece entre el capital escolar (medido por el nivel de instrucción) y unos conocimientos o prácticas en campos tan ajenos a la enseñanza escolar como la música o la pintura, por no hablar del jazz o del cine, plantea en su más alto grado, como es la relación entre la frecuentación de museos y la titulación académica, la cuestión de su propia significación, es decir, de la identidad real de los dos términos implicados que se definen en su propia relación: la relación estadística manifiesta y oculta a la vez una relación semántica que contiene la verdad de aquélla. Nada se ha explicado, nada se ha comprendido, cuando se ha llegado a establecer la existencia de una fuerte correlación entre una variable llamada independiente y una variable llamada dependiente: mientras no se haya determinado lo que *designa* en cada caso particular, es decir, en cada relación particular, cada uno de los términos de la relación (por ejemplo, el nivel de instrucción y el conocimiento de los compositores), la relación estadística, por muy grande que sea la precisión con que pueda determinarse numéricamente, sigue siendo un puro dato, desprovisto de sentido. Y la semi-comprehensión "intuitiva" con la que corrientemente nos damos por contentos en tales casos, haciendo recaer el esfuerzo en el afinamiento de la medida de la "intensidad" de la relación,

[5] Los tres perfiles aquí recogidos son perfectamente representativos de los que se obtienen cuando se presenta de forma gráfica todo un conjunto de elecciones características de las diferentes fracciones (jerarquizadas, en el interior de cada clase, según el capital escolar): el primero (*El clavecín bien temperado*) se vuelve a encontrar en el caso de todos los autores u obras antes mencionadas, así como en el de la lectura de ensayos filosóficos y de la frecuentación de museos, etc.; el segundo (*Rapsodia en blue*) caracteriza, además de las obras o autores citados en el texto (y *El crepúsculo de los dioses*), la práctica de la fotografía, hogares confortables e íntimos, etc.; por último, el tercero vale también para las historias sentimentales y hogares claros y limpios, etc.

se conjuga con la *ilusión de la constancia* de las variables o de los factores resultantes de la *identidad nominal* de los indicadores o de los términos que los designan, para impedirnos interrogar a los términos implicados, "indicadores" que no se sabe qué es lo que indican, acerca del sentido que toman en la relación considerada y que reciben de esta misma relación.

Son los dos términos de la relación lo que es necesario examinar en cada caso: la variable independiente –profesión, sexo, edad, profesión del padre, etc.–, por medio de la cual pueden expresarse unos efectos muy diferentes, y la variable dependiente, mediante la cual pueden predecirse disposiciones que varían mucho según las clases resultantes de las variables independientes. De esta forma, para interpretar adecuadamente las diferencias observadas, entre las clases o en el seno de la misma clase, en la relación con las diferentes artes legítimas –pintura, música, teatro, literatura, etc.– será preciso analizar en su totalidad los usos sociales, legítimos o ilegítimos, a los que se presta cada una de las artes, de los géneros, de las obras o de las instituciones consideradas. Si, por ejemplo, no existe nada que permita tanto a uno afirmar su "clase" como los gustos en música, nada por lo que se sea tan infaliblemente calificado, es sin duda porque no existe práctica más enclasante, dada la singularidad de las condiciones de adquisición de las correspondientes disposiciones, que la frecuentación de conciertos o la práctica de un instrumento de música "noble" (menos generalizadas, permaneciendo constante todo lo demás, que la frecuentación del teatro, de los museos o incluso de las galerías de arte). Pero ocurre también que la exhibición de "cultura musical" no es un alarde cultural como los otros: en su definición social, la "cultura musical" es otra cosa que una simple suma de conocimientos y experiencias unida a la aptitud para hablar sobre ella. La música es la más espiritualista de las artes del espíritu y el amor a la música es una garantía de "espiritualidad". Basta con acordarnos del extraordinario valor que en la actualidad confieren al léxico de la "escucha" las versiones secularizadas (por ejemplo, las psicoanalíticas) del lenguaje religioso. Como lo demuestran las innumerables variaciones sobre el alma de la música y la música del alma, la música tiene mucho que ver con la "interioridad" ("la música interior") más "profunda" y no existen conciertos que no sean espirituales... Ser "insensible a la música" representa, sin duda, para un mundo burgués que piensa su relación con el pueblo basándose en el modo de relacionarse el alma y el cuerpo, algo así como una forma especialmente inconfesable de grosería materialista. Pero esto no es todo. La música es el arte "puro" por excelencia; la música no dice nada y no tiene *nada que decir;* al no tener nunca una función expresiva, contrasta con el teatro que, incluso en sus formas más depuradas, sigue siendo portador de un mensaje social y no puede "traspasar las candilejas" si no es sobre la base de un acuerdo inmediato y profundo con los valores y las expectativas del público. El teatro divide y se divide: el contraste entre el teatro de la *rive droite* y el teatro de la *rive gauche,* entre el teatro burgués y el teatro de vanguardia, es inseparablemente estético y político. Nada de esto ocurre en la música (dejando al margen algunas raras excepciones recientes): la música representa la forma más radical, más absoluta de la negación* del mundo, y en especial del mundo social, que el *ethos* burgués induce a esperar de todas las formas del arte.

---

* En sentido psicoanalítico. Traduce el término francés *dénégation* y el alemán *Verneinung*. Véase *negación* en P. FEDIDA, *Diccionario de Psicoanálisis*, Alianza Editorial, Madrid, 1979. En este

En consecuencia, para interpretar de manera adecuada lo que se inscribe en una tabla de contingencia que pone en relación la profesión, la edad o el sexo y la preferencia por *El clavecín bien temperado* o por *El concierto para la mano izquierda,* será preciso, rompiendo simultáneamente con el uso ciego de los indicadores y con los falsos análisis esenciales, que no son otra cosa que la universalización de una experiencia singular, hacer explícitas por completo las múltiples y contradictorias significaciones que revisten estas obras, en un momento dado, para el conjunto de los agentes sociales y, en especial, para las categorías de individuos que las distinguen o que se oponen a ellas (en este caso particular, los herederos y los "recién llegados"): ello significaría tener en cuenta, por una parte, las propiedades socialmente pertinentes atribuidas a cada una de ellas, es decir, la imagen social de las obras ("barroca"/"moderna", temperamento/disonancia, rigor/lirismo, etc.), de los autores y, sobre todo, quizás, de los instrumentos correspondientes (sonoridad acre y ruda de la cuerda punteada/sonoridad cálida y burguesa de la cuerda pulsada) y, por otra parte, las propiedades de distribución que tienen estas obras en su relación (más o menos conscientemente percibida, según los casos) con las diferentes clases o fracciones de clase –"esto hace..."– y con las condiciones correlativas de la recepción (conocimiento –tardío– mediante el disco/conocimiento –precoz– por la práctica del piano, instrumento burgués por excelencia)[6].

Y es posible ver también todo lo que exigiría una interpretación adecuada de la predilección burguesa por "los impresionistas" a los que su adhesión, a la vez lírica y naturalista, a la naturaleza natural o humana coloca en oposición tanto a una representación realista o crítica del mundo social (ésta es, sin lugar a dudas, una de las dimensiones de la oposición entre Renoir y Goya, por no hablar de Courbet o de Daumier), como a todas las formas de abstracción. De igual modo, para comprender la distribución de la práctica de los diferentes deportes entre las clases, sería necesario tomar en cuenta la representación que, en función de los esquemas de percepción y de apreciación que les son propios, las diferentes clases se hacen de los costes (económico, cultural y "físico") y de los beneficios asociados a los distintos deportes, beneficios "físicos" inmediatos o diferidos (salud, belleza, fuerza –visible, con el culturismo, o invisible, con el higienismo– etc.), beneficios económicos y sociales (promoción social, etc.), beneficios simbólicos, inmediatos o diferidos, ligados al valor distributivo o posicional de cada uno de los deportes considerados (es decir, todo lo que concurre en cada uno de ellos por el hecho de

---

sentido está empleado generalmente a lo largo de todo el texto tanto el término *negación* como los términos *negar, negado,* etc. (*Nota de la T.*).

[6] La oposición observada con respecto a las propiedades de distribución es, con enorme frecuencia, homóloga de la oposición registrada con respecto a las características propiamente estilísticas. Si esto es así, resulta que la homología entre la posición de los productores (y de las obras) en el campo de producción y la posición de los consumidores en el espacio social (esto es, en la estructura de las clases en su conjunto o en la estructura de la clase dominante) parece el caso más frecuente y, para abreviar, el entusiasta de Mallarmé tiene todas las probabilidades de estar, con respecto al entusiasta de Zola, en una relación semejante a la en que Mallarmé se encontraba con respecto al propio Zola: si las diferencias entre las obras tienden a expresar las diferencias entre los autores es, por una parte, porque llevan la marca, tanto en su estilo como en su contenido, de las disposiciones socialmente constituidas de las posiciones en el campo de producción que estas disposiciones habían contribuido en gran manera, a determinar; y es también porque continúan marcadas por la significación social que han recibido de su oposición y de la oposición de sus autores en el campo de producción (p. ej., izquierda/derecha, claro/oscuro, etc.) y que han sido transmitidas por la tradición universitaria.

que sea más o menos raro y esté más o menos claramente asociado a una clase, considerando así el boxeo, el fútbol, el rugby o el culturismo a las clases populares, el tenis y el esquí a la burguesía, y el golf a la gran burguesía), beneficios de distinción procurados por los efectos ejercidos sobre el propio cuerpo (p. ej. esbeltez, bronceado, musculatura más o menos aparente, etc.) o por el acceso a grupos altamente selectivos que algunos de entre estos deportes abren (golf, polo, etc.).

Sería imposible, pues, eludir plenamente el intuicionismo que es inevitable compañero de la confianza positivista en la identidad nominal de los indicadores, si no es a condición de someter a un análisis *propiamente interminable* el valor social de cada una de las propiedades o de las prácticas consideradas, cómoda Luis XV o sinfonía de Brahms, lectura de *Historia* o de *Le Figaro,* práctica del rugby o del acordeón, y así sucesivamente. Sin lugar a dudas, las distribuciones según las clases de la lectura de los periódicos podrían interpretarse menos ciegamente si se tuviera en la mente el análisis que hace Proust de "este abominable y voluptuoso acto que se llama *leer el periódico*, y gracias al cual todos los cataclismos y desgracias del universo durante las últimas veinticuatro horas, las batallas que han costado la vida de cincuenta mil hombres, los crímenes, las huelgas, las bancarrotas, los incendios, los envenenamientos, los suicidios, los divorcios, las crueles emociones del hombre de Estado y del actor, transformadas para nuestro uso personal por nosotros que no estamos interesados en ellas, en un regalo matinal, se asocian excelentemente, de una forma particularmente excitante y tónica, a la recomendada ingestión de algunos sorbos de café con leche" (M. Proust, "Sentiments filiaux d'un parricide", en *Pastiches et mélanges,* París, Gallimard, 1ª ed. 1919, Idées, 1970, p. 200). Esta descripción de la *variante esteta* invita a un análisis de las *variaciones* según la clase y de los *invariantes* de la experiencia mediata y relativamente abstracta del mundo social que procura la lectura del periódico en función, por ejemplo, de las variaciones de la distancia social y espacial (con, en un extremo, las noticias locales de los diarios regionales, bodas, fallecimientos, accidentes, y, en el otro, las informaciones internacionales o, según una métrica distinta, los casamientos reales y los noviazgos principescos de las revistas) o del compromiso político (desde el distanciamiento bien ilustrado por el texto de Proust hasta las indignaciones o los entusiasmos del militante).

Sucede, en efecto, que la ausencia de un tal análisis previo de la *significación social* de los indicadores hace impropias por completo, para la lectura sociológica, las encuestas en apariencia más rigurosas: así, ignorando que la aparente constancia de los productos oculta la diversidad de los usos sociales que de los mismos se hacen, numerosas encuestas de consumo les aplican taxonomías que, surgidas directamente del inconsciente social de los estadísticos, reúnen lo que debería ser separado (por ejemplo, las judías blancas y las judías verdes) y separan lo que podría estar reunido (por ejemplo, las judías blancas y los plátanos, al ser éstos respecto a las frutas, lo que aquéllas son respecto a las legumbres): ¿qué decir, en efecto, del conjunto de productos incluidos en la categoría aparentemente neutra de "cereales", pan, tostadas, arroz, pastas, harina, y, sobre todo, de las variaciones del consumo que se hace de estos productos según las clases sociales, cuando se sabe que sólo el término "arroz" cubre el "arroz con leche" o el "arroz *au gras*", más bien populares, el "arroz al curry" más bien burgués o, con mayor precisión, "intelectual", por no hablar del "arroz integral", que evoca por sí solo todo un estilo de vida? Si no existe, evidentemente, ningún producto "natural" o fabricado que se acomode por igual a todos los usos sociales posibles, no es menos cierto que pocos de ellos, sin lugar a dudas, son perfectamente "unívocos", y que

es muy raro que de alguna manera pueda deducirse de la cosa en sí misma el uso social que de ella se hace: si se exceptuan aquellos productos especialmente fabricados con vistas a un determinado uso (como el pan llamado de régimen) o estrechamente ligados a una clase, sea por tradición (como el té), sea por el precio (como el caviar), la mayor parte de los productos sólo reciben su valor social en el uso social que de los mismos se hace; de suerte que no se puede, en estas materias, reconocer las variaciones según la clase más que a condición de introducirlas de entrada, reemplazando las palabras y las cosas cuya univocidad aparente no presenta ninguna dificultad para las clasificaciones abstractas del inconsciente escolar, por los usos sociales en los cuales encuentran aquéllas su completa determinación –las formas de fotografiar o las formas de cocinar, en cacerola o en olla-exprés– es decir, sin tener en cuenta ni el tiempo ni el dinero, ni la rapidez ni la economía, o los productos de estas operaciones, fotografías de familia o fotografías de danzas folklóricas, buey *bourguignon* o arroz al curry[7].

Pero, sin duda, es en la búsqueda de "factores explicativos" donde se puede ejercitar libremente el modo de pensamiento substancialista que, deslizándose de lo substantivo a la substancia, como más o menos dice Wittgenstein, de la constancia de lo substantivo a la constancia de la substancia, trata las propiedades ligadas a los agentes –profesión, edad, sexo o titulación– como *fuerzas* independientes de la relación en la cual estas propiedades actúan: de esta forma se excluye el problema de lo que es determinante en la variable determinante y lo que es determinado en la variable determinada, es decir, el problema de lo que, entre las propiedades retenidas, consciente o inconscientemente, a través de los indicadores considerados, constituye la *propiedad pertinente,* capaz de determinar realmente la relación en el interior de la cual dicha propiedad se determina. El cálculo puramente estadístico de las variaciones de la intensidad de la relación entre tal indicador y tal o cual práctica no autoriza a economizar el cálculo propiamente sociológico de los *efectos* que se expresan en la relación estadística y que el análisis estadístico, puede contribuir a descubrir. Sólo al precio de un trabajo que, teniendo por objeto la propia relación, la interrogue sobre la significación sociológica y no sobre la significatividad estadística, puede ser reemplazada la relación entre una variable supuestamente constante y unas prácticas diferentes para una serie de *efectos* diferentes, relaciones constantes sociológicamente inteligibles que se manifiestan y se disimulan a la vez en las relaciones estadísticas entre un mismo indicador y diferentes prácticas. A la relación fenomenal entre tal o cual "variable dependiente" y unas variables que, como el nivel de instrucción o el origen social, no son otra cosa que *nociones comunes* y cuya aparente "virtud explicativa" proviene de los hábitos del *conocimiento común* del mundo social, el trabajo científico, al precio de una ruptura con las falsas evidencias de la comprensión inmediata (a las que los falsos refinamientos del análisis estadístico –y pienso por ejemplo en el *path analysis*– aportan un inesperado refuerzo), se esfuerza por sustituirla por "una exacta relación de conceptos bien definidos"[8], principio racional de los efectos que, *a pesar de*

[7] Es necesario decir, una vez más, que las apariencias son siempre para la apariencia y que la ciencia, que no puede encontrar las diferencias entre las clases sociales más que a condición de adoptarlas de entrada, está destinada a parecer sospechosa de prejuicio a los ojos de los que las hacen desaparecer, con toda inocencia y con toda impecabilidad, por el solo hecho de abandonarse al *laisser-faire* positivista.

[8] G. Bachelard, *Le rationalisme appliqué,* París, PUF, 1949, p. 106.

todo, registra la relación estadística: relación por ejemplo entre los títulos de nobleza (o, a la inversa, las marcas de infamia) que otorga el sistema de enseñanza y las prácticas que éstos implican o también entre la disposición que reclaman las obras de arte legítimo y la que inculca, sin necesidad de saberlo ni quererlo explícitamente, la *scholè* escolar.

El efecto de la titulación

Conociendo la relación que se establece entre el capital cultural heredado de la familia y el capital escolar por el hecho de la lógica de la transmisión del capital cultural y del funcionamiento del sistema escolar, sería imposible imputar a la sola acción del sistema escolar (y, con mayor razón, a la educación propiamente artística que éste proporcionaría, a todas luces casi inexistente) la fuerte correlación observada entre la competencia en materia de música o pintura (y la práctica que esta competencia supone y hace posible) y el capital escolar: este capital es, en efecto, el producto garantizado de los resultados acumulados de la transmisión cultural asegurada por la familia y de la transmisión cultural asegurada por la escuela (cuya eficacia depende de la importancia del capital cultural directamente heredado de la familia). Por medio de las acciones de inculcación e imposición de valores que ejerce, la institución escolar contribuye también (en una parte más o menos importante según la disposición inicial, es decir, según la clase de origen) a la constitución de la disposición general y trasladable con respecto a la cultura legítima que, adquirida conjuntamente con los conocimientos y las prácticas escolarmente reconocidas, tiende a aplicarse más allá de los límites de lo "escolar", tomando la forma de una propensión "desinteresada" a acumular unas experiencias y unos conocimientos que pueden no ser directamente rentables en el mercado escolar[9].

De hecho, la tendencia de la disposición cultivada a la generalización no es otra cosa que la condición permisiva de la empresa de apropiación cultural, que se inscribe como una *exigencia* objetiva en la pertenencia a la burguesía y a la vez en las titulaciones que abren el acceso a los derechos y deberes de la misma. Es ésta la razón por la que se hace necesario fijar la atención, antes que nada, en el efecto mejor encubierto, sin duda, de la institución escolar, el efecto que produce la *imposición de titulaciones*, caso particular del *efecto de asignación de estatus,* positivo (ennoblecimiento) o negativo (estigmatización), que todo grupo produce al asignar a los individuos a unas clases jerarquizadas. A diferencia de los poseedores de un capital cultural desprovisto de certificación académica, que siempre pueden ser sometidos a pruebas, porque no son más que lo que hacen, simples hijos de sus obras culturales, los poseedores de títulos de nobleza cultural –semejantes en esto a los poseedores de títulos nobiliarios, en los que el ser, definido por la fidelidad a

[9] El sistema escolar define la cultura "libre", al menos de forma negativa, al circunscribir en el interior de la cultura dominante la esfera de lo que inscribe en sus programas y controla con sus exámenes. Ya se sabe que un objeto cultural es tanto más "escolar" cuanto más bajo sea el nivel del curso escolar en que se enseñe y se exija (siendo la *enseñanza primaria* el límite de lo "escolar"), y que la institución escolar otorga un precio cada vez más elevado a la cultura "libre" y rechaza cada vez más las medidas más "escolares" de la cultura (como las preguntas directas y cerradas sobre autores, fechas y acontecimientos) a medida que se va hacia los escalones más altos de la enseñanza.

una sangre, a un suelo, a una raza, a un pasado, a una patria, a una tradición, es irreductible a un hacer, a una capacidad, a una función– no tienen más que ser lo que son, porque todas sus prácticas valen lo que vale su autor, al ser la afirmación y la perpetuación de la *esencia* en virtud de la cual se realizan[10]. Definidos por los títulos que les predisponen y les legitiman para ser lo que son, que hacen de lo que ellos hacen la manifestación de una *esencia* anterior y superior a sus manifestaciones, según el sueño platónico de la división de funciones fundada en una jerarquía de los seres, los poseedores de títulos de nobleza cultural están separados por una diferencia innata de los simples plebeyos de la cultura, que están irremediablemente destinados al estatus dos veces devaluado de autodidacta y de "ejecutante de una función"[11]. Las noblezas son *esencialistas:* al tener la existencia por una emanación de la esencia, no toman en consideración para ellas mismas los actos, hechos o fechorías enumerados con todo detalle en los informes de los distintos servicios y en los expedientes judiciales de la memoria burocrática; para ellas sólo tienen valor en la medida en que manifiestan con toda claridad, con los matices propios del estilo, que tienen por único principio la perpetuación e ilustración de la esencia *en virtud de la cual* se realizan. Es el mismo esencialismo que les fuerza a imponerse a ellas mismas lo que les impone su esencia –"nobleza obliga"–, a exigirse a ellas mismas lo que nadie sería capaz de exigirles, a probarse a ellas mismas que están a su propia altura, es decir, a la altura de su esencia[12]. Se entiende cómo se ejerce el efecto de las marcas y clasificaciones académicas. Pero para comprenderlo plenamente es preciso tener en cuenta esta otra propiedad de todas las noblezas: la esencia en la que se reconocen no se deja encajar en ninguna definición; al escapar al mezquino rigor de la regla o del reglamento, es libertad por naturaleza. De este modo, para la nobleza escolar, es una sola y la misma cosa identificarse con una esencia del "hombre cultivado" y aceptar las exigencias que implícitamente están inscritas en ella, exigencias que son tanto más amplias cuanto más prestigioso es el título considerado.

No hay nada, pues, de paradójico en el hecho de que la institución escolar defina en sus fines y en sus medios la empresa de *autodidaxia legítima* que supone la adquisición de una "cultura general", empresa más y con mayor fuerza exigida a medida que se va subiendo en la jerarquía escolar (entre las secciones, las discipli-

[10] Las más fuertes resistencias a la encuesta corresponden a los poseedores de altas titulaciones académicas, que con ello recuerdan que, al ser cultivados *por definición,* no tienen que ser preguntados sobre sus conocimientos, sino sobre sus *preferencias* (es conocida la complacencia con que escritores y artistas responden a las "encuestas" literarias, homenajes a la universalidad de su "genio" de "creadores" y "descubridores").

[11] Este esencialismo, que puede ser tácito mientras que permanezca inalterada la creencia que fundamenta el valor social del título, accede necesariamente a expresarse, al menos bajo la forma invertida de racismo, cuando el capital se siente amenazado (por ejemplo, en la aristocracia de título nobiliario o académico en decadencia).

[12] Este efecto es uno de los mecanismos que hace que, en las coyunturas de crisis, los más privilegiados, que siguen siendo los más apegados al antiguo estado del sistema, sean los más lentos en comprender la necesidad de cambiar de estrategia y resulten víctimas de su propio privilegio (es el caso, por ejemplo, de los nobles arruinados que no quieren actuar de forma inapropiada a su nobleza, o de los herederos de las grandes familias campesinas que prefieren permanecer célibes antes que casarse por debajo de su condición social). Del mismo modo, se podría observar que la moral del "nobleza obliga", que se da también en ciertas fracciones del campesinado y del artesanado tradicional, contribuye en proporciones no despreciables a la auto-explotación característica de estas clases sociales.

nas y las especialidades, etc., o entre los distintos niveles). Al emplear la expresión *esencialmente contradictoria* de autodidaxia legítima, se querría indicar la diferencia de naturaleza que separa la "cultura libre", altamente valorada, del poseedor de titulaciones académicas y la cultura libre ilegítima del autodidacta: el lector de *Science et Vie** que habla del código genético o del tabú del incesto se expone al ridículo desde el momento en que se aventura fuera del universo de sus iguales, mientras que Lévi-Strauss o Monod no pueden sino obtener un acrecentamiento de su prestigio en sus excursiones por el terreno de la música o de la filosofía. La cultura libre ilegítima, tanto si se trata de los conocimientos acumulados por el autodidacta o de la "experiencia" adquirida en la práctica y mediante la práctica, pero fuera del control de la institución específicamente encargada de inculcar esos conocimientos y sancionar oficialmente su adquisición, como el arte culinario o de la jardinería, las habilidades artesanales o los conocimientos insustituibles del "ejecutante de una función", no tienen otro valor que el de la medida estricta de su eficacia técnica, sin ningún valor social añadido, y está expuesta a la sanción jurídica (como ocurre con el ejercicio ilegal de la medicina) cuando, saliéndose del universo privado, llega a concurrir con las competencias autorizadas.

En la definición tácita de la titulación académica que garantiza *formalmente* una competencia específica (como un título de ingeniero) se inscribe, pues, que dicha titulación garantiza *realmente* la posesión de una "cultura general", tanto más considerable y extensa cuanto más prestigiosa sea la misma[13]; y a la inversa, que no es posible pedir ninguna garantía real sobre aquello que garantiza formal y realmente o, si se prefiere, sobre el grado en el cual la titulación garantiza lo que garantiza. Este efecto de imposición simbólica alcanza su máxima intensidad con los títulos de burguesía cultural: títulos como los que otorgan en Francia las Grandes escuelas garantizan, sin ninguna otra garantía, una competencia que se extiende mucho más allá de lo que se supone que garantizan y ello por una cláusula que, al ser tácita, se impone en primer lugar a los propios poseedores de los títulos, forzados de esta manera a asegurarse realmente los atributos que estatutariamente les son asignados[14].

Este efecto se ejerce en todas las fases de la carrera académica mediante la manipulación de las aspiraciones y exigencias –o, si se prefiere, de la imagen y de la estima de sí mismo– que opera el sistema escolar al orientar a los alumnos hacia posiciones prestigiosas o devaluadas que implican o excluyen la práctica legítima: el efecto de lo que los autores de lengua inglesa denominan la *allocation,* es decir, la asignación a una sección, a una disciplina (filosofía o geografía, matemáticas o geología, para situarnos en los extremos), a un establecimiento (Gran escuela más o menos grande, o Facultad), se ejerce principalmente por mediación de la imagen

* Se trata de una revista de divulgación científica de nivel medio. (*Nota de la T.*).

[13] Es esta cultura legítima o en vías de legitimación, como habilidad práctica y competente de los instrumentos de apropiación simbólica de las obras legítimas o en vías de legitimación, que caracteriza propiamente al "hombre cultivado" en su definición dominante en un momento dado del tiempo, lo que intentaba medir el cuestionario.

[14] Son también imputables al efecto de asignación estatutaria, en una buena parte, las diferencias entre los sexos que se observan (sobre todo en las clases populares y medias) en todos los campos que estatutariamente son asignados a los hombres, como la cultura legítima (y muy especialmente las parcelas más típicamente masculinas de esta cultura, como la historia o la ciencia) y sobre todo la política.

social de la posición considerada y del futuro que se encuentra objetivamente inscrito en ella; y de la que forman parte, esencialmente, cierto proyecto de acumulación cultural y cierta imagen de lo que es la realización cultural[15]. Las diferencias oficiales que producen las clasificaciones escolares tienden a engendrar (o a reforzar) unas diferencias reales, al producir en los individuos clasificados la creencia, colectivamente reconocida y sostenida, en las diferencias, y al producir, asimismo y de esta forma, las conductas destinadas a aproximar el ser real al ser oficial. Actividades tan ajenas a las exigencias explícitas y expresas de la institución como pueden ser el hecho de llevar un diario íntimo o de maquillarse mucho, de frecuentar el teatro o las salas de fiestas, de escribir poemas o de jugar al rugby, pueden, de este modo, encontrarse inscritas en la posición asignada en el seno de la institución, como una *exigencia tácita* que continuamente se está recordando gracias a diversas mediaciones, entre las cuales no son las menores las expectativas conscientes o inconscientes de los profesores y la presión colectiva del grupo de los semejantes, definida esta última en su orientación ética por los valores de clase introducidos en la institución y reforzados por la misma. Este efecto de *allocation* y el efecto de asignación de estatus que el primero implica contribuyen, sin duda, en gran parte, a hacer que la institución escolar llegue a imponer unas prácticas culturales que ella no inculca y que ni siquiera exige expresamente, pero que forman parte de los *atributos estatutariamente ligados* a las posiciones que asigna, a las titulaciones que confiere y a las posiciones sociales a las que estas titulaciones dan acceso.

Esta lógica no deja de tener, sin duda alguna, su razón de ser en el hecho de que la disposición legítima que se adquiere mediante la frecuentación de una clase particular de obras, a saber, las obras literarias y filosóficas que reconoce el canon académico, se extienda a otras obras menos legítimas, como la literatura de vanguardia, o a campos académicamente menos reconocidos, como el cine; la tendencia a la generalización está inscrita en el propio principio de la disposición para *reconocer* las obras legítimas, en la propensión y aptitud para reconocer en ellas la legitimidad y para percibirlas como dignas de admiración por ellas mismas, que es, inseparablemente, aptitud para reconocer algo ya conocido, a saber, los rasgos estilísticos propios que las caracterizan en su singularidad ("es un Rembrandt", e incluso "es *El hombre del casco*") o en tanto que pertenecen a una clase de obras ("es un impresionista"). Así se explica que la propensión y la aptitud para acumular conocimientos "gratuitos", tales como el nombre de los directores cinematográficos, estén ligadas al capital escolar de una manera más estrecha y más exclusiva que la simple frecuentación del cine, que varía más en función de los ingresos, de la residencia y de la edad.

Medida por el número de películas vistas entre las veinte propuestas en el cuestionario, la frecuentación del cine es más baja en los menos instruidos que en los más, pero también lo es más en los provincianos (en Lille) que en los parisienses, en los de bajos ingresos que entre los de altos, en los viejos que en los jóvenes. Y las mismas relaciones se observan en las encuestas del "Centro de estudios de

[15] Entre las "ventajas" que procura un importante capital escolar en la competición intelectual o científica, una de las más evidentes es la alta estima de sí y una gran ambición, que pueden igualmente manifestarse en la amplitud de los problemas abordados (más "teóricos", por ejemplo), la altura del estilo empleado, etc. (Véase P. BOURDIEU, "Le champ scientifique", *Actes de la recherche en sciences sociales,* 2-3, 1976, pp. 88-104).

los apoyos a la publicidad": el porcentaje de los que dicen haber ido por lo menos una vez al cine en la semana que precedió a la encuesta (indicador de práctica más fiable que una pregunta que mida los hábitos de frecuentación durante el año, en la que la tendencia a declarar por encima de la realidad es particularmente fuerte) es un poco más alto en los hombres que en las mujeres (7,8 % contra 5,3 %); más alto en la aglomeración parisiense (10,9 %) que en las ciudades de más de 100.000 habitantes (7,7 %) o en los municipios rurales (3,6 %); más alto en los cuadros superiores y miembros de profesiones liberales (11,1 %) que en los cuadros medios (9,5 %), empleados (9,7 %), obreros cualificados y contramaestres (7,3 %), obreros especializados (6,3 %), pequeños empresarios (5,2 %) o agricultores (2,6 %). Pero la diferencia es sobre todo más fuerte entre los más jóvenes (el 22,4 % de los comprendidos entre los 21 a 24 años han ido por lo menos una vez al cine la semana anterior a la encuesta) y los de más edad (sólo han ido en esa semana el 3,2 % de los comprendidos entre los 35 a 49 años, el 1,7 % de los comprendidos entre los 50 a 64 años y el 1,1 % de los que tienen más de 65 años), y entre los que tienen más y los que tienen menos titulaciones académicas (el 18,2 % de entre los que han realizado estudios superiores han ido una vez al cine en dicha semana, frente al 9,5 % de los que sólo han realizado estudios medios y el 2,2 % de los que sólo han realizado estudios primarios o no tienen ninguna clase de estudios) (Véase «Centre d'études des supports de publicité», *Étude sur l'audience du cinéma,* París, 1975, XVI, 100 pp.; F. C. XIII *bis*)[16].

El conocimiento de los directores cinematográficos está ligado de manera mucho más estrecha al capital cultural poseído que a la simple frecuentación del cine; sólo el 5 % de los sujetos que poseen una titulación elemental pueden citar por lo menos el nombre de cuatro de aquéllos (de una lista de veinte películas) frente al 10 % de los que tienen el BEPC o el bachillerato y el 22 % de los que han realizado estudios superiores, mientras que la proporción de los que, dentro de cada una de estas categorías, han visto por lo menos cuatro de las películas propuestas es respectivamente del 22 %, 33 % y 40 %. Así, aunque el simple consumo de películas varía también con arreglo al capital escolar (menos, sin embargo, que la frecuentación de museos y conciertos), parece que las diferencias de consumo no bastan para explicar por completo las diferencias en el conocimiento de los directores de cine que separan a los poseedores de titulaciones académicas distintas, conclusión que, sin duda, valdría también para el jazz, los comics, la novela policiaca o la ciencia-ficción, desde el momento en que estos géneros han recibido un principio de consagración[17]. Como prueba suplementaria podemos anotar que el *conocimiento de los actores,* aunque aumente también ligeramente con arreglo al nivel de instrucción (pasando del 13 % en los menos titulados al 18 % para los que han realizado estudios secundarios y al 23 % para los más titulados), varía y mucho sobre todo, con arreglo al número de películas contempladas; este conocimiento, del mismo modo que el conocimiento de los más insignificantes acontecimientos de los presentadores y presentadoras de televisión, supone una disposi-

[16] Las iniciales F. C. seguidas de un número romano remiten a la lista de fuentes estadísticas complementarias (véase Anexo 2).

[17] Para explicar que, a igual nivel, el conocimiento de los directores de cine sea claramente más alto en París que en Lille y que la diferencia sea tanto mayor entre parisienses y provincianos cuanto más nos alejamos de los campos más escolares y legítimos, es preciso, sin duda alguna, invocar los incesantes refuerzos que la disposición cultivada puede encontrar en todo lo que se ha dado en llamar "atmósfera cultural", es decir, en las incitaciones ejercidas por un grupo de iguales que el lugar de residencia contribuye a definir en su composición social y en su nivel cultural, o sea, en sus disposiciones culturales, e, inseparablemente, en una oferta cultural más o menos intensa y más o menos diversificada.

ción más próxima de la que requiere la adquisición de conocimientos ordinarios sobre las cosas y las personas de la vida cotidiana que de la disposición legítima; y de hecho, los menos titulados que van con frecuencia al cine conocen tantos nombres de actores como los más titulados de los cinéfilos[18]. Por el contrario, si el conocimiento de los directores cinematográficos crece, a igual nivel de instrucción, con arreglo al número de películas contempladas, la regular frecuentación del cine no basta en este campo para compensar la ausencia de capital escolar: el 45,5 % de los titulados con un CEP que han visto por lo menos cuatro de las películas propuestas no pueden citar el nombre de ningún director frente al 27,5 % de los poseedores de un BEPC o del bachillerato, y al 13 % de los diplomados de enseñanza superior.

Una competencia de este tipo no se adquiere necesariamente mediante el trabajo caricaturescamente académico al que se dedican ciertos "cinéfilos" o "jazzófilos" (por ejemplo, los que llevan en fichas los genéricos de las películas)[19]; esta competencia es casi siempre producto de aprendizajes no intencionados que hacen posible una disposición obtenida gracias a la adquisición familiar o escolar de la cultura legítima. Provista de un conjunto de esquemas de percepción y apreciación, de aplicación general, esta disposición transportable es la que inclina hacia otras experiencias culturales y permite percibirlas, clasificarlas y memorizarlas de distinta manera: allí donde unos no habrán visto más que un "*western* protagonizado por Burt Lancaster", otros habrán "descubierto un John Sturges de sus primeros tiempos" o "el último Sam Peckinpah", ayudados en el reconocimiento de lo que es digno de verse y de la forma acertada de verlo por todo el grupo al que pertenece (con los "¿ha visto Vd...?" o "hay que ver..." que son otras tantas llamadas al orden) y por todo el cuerpo de críticos a los que este último reconoce autoridad para producir las clasificaciones legítimas y el discurso de obligado acompañamiento de toda degustación artística digna de tal nombre.

[18] Entre los que han visto por lo menos cuatro de las películas propuestas, el 45 % de los que no han realizado más que estudios primarios pueden citar el nombre de cuatro actores frente al 35 % de los que han realizado estudios secundarios y el 47 % de los que han realizado estudios superiores. El interés por los actores culmina en los empleados de oficina: citan una media de 2,8 actores frente a un solo director, mientras que los artesanos y los pequeños comercianes, los obreros cualificados y contramaestres no citan, de media, más de 0,8 actores y 0,3 directores (las secretarias y los cuadros medios del comercio, que conocen también un gran número de actores –2,4 de media– se interesan más por los directores –1,4 de media–; los miembros de los servicios médico-sociales citan incluso un número un poco más alto de directores –1,7– que de actores –1,4–). Producto de una disposición semejante al interés por los actores, la lectura de semanarios sensacionalistas que ofrezcan informaciones sobre la vida de las vedettes es más frecuente entre las mujeres que entre los hombres (el 10,8 % de mujeres habían leído *Ici Paris* hacía menos de ocho días frente al 9,3 de hombres); entre los obreros cualificados y contramaestres (14,5 %), los obreros especializados (13,6 %) o los empleados (10,3 %) que entre los cuadros medios (8,6) y, sobre todo, que entre los cuadros superiores o los miembros de profesiones liberales (3,8 %) ("Centro de estudios de apoyos a la publicidad", *Onzième étude sur les lecteurs de la presse,* 1975, primera parte, p. 242).

[19] Es en el seno de la pequeña burguesía con capital cultural donde principalmente se encuentran "cinéfilos" apasionados, cuyos conocimientos de los directores y actores cinematográficos se extienden más allá de la experiencia directa de las películas correspondientes; el 31 % de los empleados de oficina citan el nombre de actores de películas que no han visto; el 32 % de los miembros de los servicios médico-sociales indican el nombre de directores que no han tenido ocasión de ver (este caso no se da en ningún artesano ni pequeño comerciante, y sólo el 7 % de los obreros cualificados citan el nombre de actores de películas que no han visto).

Estos análisis bastarían para explicar el hecho de que las prácticas culturales, que la institución escolar ni enseña ni exige nunca de forma expresa, varíen de tal manera con arreglo a la titulación académica (sobreentendiéndose, por supuesto, que provisionalmente se renuncia a distinguir lo que, en la correlación observada, corresponde a la escuela o a las demás instituciones de socialización, en especial a la familia). Pero no es posible explicar por completo el hecho de que la titulación académica funcione como una condición de acceso al universo de la cultura legítima, sin tomar en cuenta otro efecto, aún mejor encubierto, que la institución escolar ejerce con la mediación de las propias condiciones de la inculcación, acrecentando así la acción de la familia burguesa sobre este punto. Mediante la titulación académica lo que se designa son ciertas condiciones de existencia, aquéllas que constituyen la condición de la adquisición del título y también de la disposición estética, siendo el título el más rigurosamente exigido de entre todos los derechos de entrada que impone, siempre de manera tácita, el universo de la cultura legítima; anticipándonos a su demostración, puede afirmarse, simplificando, que las titulaciones académicas aparecen como una garantía de la aptitud para adoptar la disposición estética porque están ligadas a un origen burgués o a un modo de existencia casi burguesa, que llevan aparejados un aprendizaje escolar prolongado, o bien, como es el caso más frecuente, a estas dos propiedades juntas.

La disposición estética

Reconocer que toda obra legítima tiende *en realidad* a imponer las normas de su propia percepción, y que define tácitamente como único legítimo el modo de percepción que establece cierta disposición y cierta competencia, no es constituir en esencia un modo de percepción particular, sucumbiendo así a la ilusión que fundamenta el reconocimiento de la legitimidad artística, sino hacer constar el hecho de que todos los agentes, lo quieran o no, tengan o no tengan los medios de acomodarse a ello, se encuentran objetivamente medidos con estas normas. Esto significa darse la posibilidad simultánea de determinar si, como lo quiere la ideología carismática de la relación con la obra de arte, estas disposiciones y competencias son dones naturales o productos del aprendizaje, y de sacar a la luz las condiciones ocultas del milagro de la desigual distribución entre las distintas clases sociales de la aptitud para el inspirado contacto con la obra de arte y, más generalmente, con las obras de la cultura erudita.

Todo análisis esencial de la disposición estética, la única forma considerada socialmente como "correcta" para abordar los objetos designados socialmente como obras de arte, es decir, como objetos que a la vez exigen y merecen ser abordados conforme a una intención propiamente estética, capaz de reconocerlos y constituirlos como obras de arte, está necesariamente destinado al fracaso: en efecto, al negarse a tener en cuenta la génesis colectiva e individual de este producto de la historia, que debe ser reproducido por la educación de manera indefinida, dicha forma de análisis se incapacita para restituirle su única razón de ser, esto es, la razón histórica en que se basa la arbitraria necesidad de la institución. Si ciertamente la obra de arte, como observa Erwin Panofsky, es aquello que exige ser percibido según una intención estética (*demands to be experienced esthetically*), y

si, por otra parte, todo objeto, tanto natural como artificial, puede ser percibido de acuerdo con una intención estética, ¿cómo evitar la conclusión de que es la intención estética la que "hace" la obra de arte, o, utilizando aquí una expresión de Saussure, que es el punto de vista estético el que crea el objeto estético? Para salir de este círculo, Panofsky se ve obligado a otorgar a la obra de arte una "intención" en sentido escolástico: una percepción puramente "práctica" contradice esta intención objetiva, de la misma suerte que una percepción estética constituiría de alguna manera una negación práctica de la intención objetiva de una señal, un semáforo en rojo, por ejemplo, que requiere una respuesta "práctica", como es pisar el pedal del freno. De este modo, dentro de la clase de objetos elaborados, definidos por oposición a los objetos naturales, la clase de los objetos artísticos se definiría por el hecho de que requiere ser percibida según una intención propiamente estética, es decir, percibida en su *forma* más que en su *función.* ¿Pero cómo hacer operativa tal definición? El propio Panofsky advierte que es casi imposible determinar científicamente el momento en que el objeto elaborado se convierte en obra de arte, es decir, el momento en que la forma triunfa sobre la función: "Cuando escribo a un amigo para invitarle a cenar, mi carta es, primero, un instrumento de comunicación; pero cuanta más atención presto a la forma de mi escritura, más tiende a convertirse en una obra caligráfica; cuanta más atención presto a la forma de mi lenguaje, más tiende a convertirse en una obra literaria o poética"[20]. ¿Quiere esto decir que la línea de demarcación entre el mundo de los objetos técnicos y el mundo de los objetos estéticos depende de "la intención" del productor de estos objetos? En realidad, esta "intención" es en sí misma producto de las normas y convenciones sociales que concurren para definir la frontera, siempre incierta e históricamente cambiante, entre los simples objetos técnicos y los objetos artísticos: "El gusto clásico –observa Panofsky– exigía que las cartas privadas, los discursos oficiales y los escudos de los héroes fueran *artísticos* [...] mientras que el gusto moderno exige que la arquitectura y los ceniceros sean *funcionales*"[21]. Pero la aprehensión y la apreciación de la obra dependen también de la intención del espectador, que, a su vez, depende de las normas convencionales que rigen la relación con la obra de arte en una determinada situación histórica y social, al mismo tiempo que de la aptitud del espectador para conformarse a esas normas, o sea, de su formación artística. Para salir de la aporía, basta con observar que el ideal de la percepción "pura" de la obra de arte, en tanto que obra de arte, es producto de la explicitación y sistematización de los principios de la legitimidad propiamente artística que acompañan a la constitución de un campo artístico relativamente autónomo. El modo de percepción estética, en la forma "pura" que ha adoptado en la actualidad, corresponde a un estado determinado del modo de producción artística: un arte que, como por ejemplo toda la pintura post-impresionista, es producto de una intención artística que afirma la *primacía absoluta de la forma sobre la función,* del modo de representación sobre el objeto de la representación, exige *categóricamente* una disposición puramente estética, que sólo condicionalmente exigía el arte anterior; la ambición demiúrgica del artista, capaz de aplicar a un objeto *cualquiera* la intención pura de una búsqueda artística que tiene su fin en sí misma, reclama la infinita disponibilidad del esteta capaz de aplicar la intención

[20] E. PANOFSKY, *Meaning in the Visual Arts,* Nueva York, Doubleday Anchor Books, 1955, p. 12.
[21] E. PANOFSKY, *ibid.*, p. 13.

propiamente estética a cualquier clase de objeto, haya o no haya sido producido con arreglo a una intención artística.

Como objetivación de esta exigencia, el museo artístico es la disposición estética constituida en institución; nada, en efecto, manifiesta ni realiza mejor la autonomización de la actividad artística, en relación con intereses o funciones extra-estéticas, que la yuxtaposición de obras que, originariamente subordinadas a funciones muy distintas e incluso incompatibles –crucifijo y fetiche, Piedad y naturaleza muerta–, exigen tácitamente una atención a la forma más que a la función, a la técnica más que al tema, y que, construidas con arreglo a estilos perfectamente exclusivos y sin embargo igualmente necesarios, ponen prácticamente en cuestión el hecho de que pueda esperarse una representación realista, tal como la definen los arbitrarios cánones de una estética familiar, conduciendo así, de manera natural, del relativismo estilístico a la neutralización de la propia función de representación. El acceso al estatus de obras de arte de objetos tratados hasta entonces como curiosidades de coleccionistas o como documentos históricos y etnográficos, ha materializado el imperio absoluto de la contemplación estética, haciendo difícil ignorar que, bajo pena de no ser sino una afirmación decisoria, y por ello sospechosa, de este poder absoluto, la contemplación artística tiene que llevar aparejado, desde ese momento, un componente erudito apropiado para alimentar la ilusión de la iluminación inmediata, que es uno de los elementos indispensables del placer puro.

El gusto puro y el "gusto bárbaro"

Bien considerado, nunca, sin lugar a dudas, se le ha exigido tanto al espectador, que a partir de ese momento se ha visto obligado a reproducir la operación originaria mediante la cual el artista (con la complicidad de todo el campo intelectual) ha producido este nuevo fetiche[22]. Pero nunca, sin lugar a dudas, se le ha dado tanto a cambio: el ingenuo exhibicionismo del "consumo ostentativo" que busca la distinción en la exhibición primaria de un lujo mal dominado, no es nada si se compara con la capacidad única de la contemplación pura, poder casi creador que separa de lo común por una diferencia radical, puesto que aparentemente está inscrita en las "personas". Basta con leer a Ortega y Gasset para percibir todo el refuerzo que la ideología carismática del don encuentra en ese arte "impopular por esencia; más aún [...] antipopular" que es, según dicho autor, el arte moderno, y en el "curioso efecto sociológico" que dicho arte produce al dividir al público en dos "castas" "antagónicas", "los que lo entienden y los que no lo entienden". "Esto –dice Ortega– implica que los unos poseen un órgano de comprensión negado, por tanto, a los otros, que son dos variedades distintas de la especie humana. El arte nuevo, por lo visto, no es para todo el mundo, como el

[22] Para una análisis más profundo de lo que enfrenta la disposición propiamente estética a una disposición "práctica", y de la génesis colectiva e individual de esta disposición "pura" que el olvido absoluto de la génesis lleva a constituirla en "naturaleza", véase P. Bourdieu, "Disposition esthétique y compétence artistique", *Les temps modernes,* 1971, 295, pp. 1345-1378, y P. Bourdieu, "L'invention de la vie d'artiste", *Actes de la recherche en sciences sociales,* 1975, 2, pp. 67-93. Para un análisis de la *illusio* y de la *collusio* que la produce, véase P. Bourdieu, "La production de la croyance", *Actes de la recherche en sciences sociales,* 1977, 13, pp. 3-43.

romántico, sino que va, desde luego, dirigido a una minoría especialmente dotada". Y atribuye a la "humillación" y a la "oscura conciencia de inferioridad" que inspira este "arte de privilegio, de nobleza de nervios, de aristocracia instintiva", la irritación que suscita en la masa "incapaz de sacramentos artísticos": "Durante siglo y medio, el 'pueblo', la masa, ha pretendido ser toda la sociedad. La música de Stravinsky o el drama de Pirandello tienen la eficacia sociológica de obligarle a reconocerse como lo que es, como 'sólo pueblo', mero ingrediente, entre otros, de la estructura social, inerte materia del proceso histórico, factor secundario del cosmos espiritual. Por otra parte, el arte joven contribuye también a que los 'mejores' se conozcan y reconozcan en el gris de la muchedumbre y aprendan su misión, que consiste en ser pocos y tener que combatir contra la multitud"[23]. Y para convencer de que la imaginación auto-legitimadora de los *happy few* no tiene límites, se hace necesario citar este reciente texto de Suzanne Langer, a la que se está de acuerdo en considerar como uno de los "*world's most influential philosophers*": "En otros tiempos, las masas no tenían acceso al arte; la música, la pintura e incluso los libros, eran placeres reservados a los ricos. Se podría suponer que los pobres, 'el vulgo', habrían gozado de ellos, de igual modo, si se les hubiera dado esa posibilidad. Pero en la actualidad, cuando todo el mundo puede leer, visitar museos, escuchar música clásica por lo menos en la radio, el juicio de las masas sobre estas cosas ha llegado a ser una realidad, y, mediante el mismo, se ha hecho evidente que el arte noble no constituye un placer sensitivo directo (*a direct sensuous pleasure*). Si no fuera así, deleitaría por igual –como ocurre con los pasteles o los cócteles– al gusto sin educación y al gusto cultivado"[24].

No es necesario pensar que la relación de distinción (que puede implicar o no la intención consciente de distinguirse de lo común) sea un componente accesorio y auxiliar de la disposición estética. La contemplación pura implica una ruptura con la actitud ordinaria respecto al mundo, que representa por ello mismo una ruptura social. Puede comprenderse a Ortega y Gasset cuando atribuye al arte moderno, que no hace sino llevar a sus últimas consecuencias una intención inscrita en el arte desde el Renacimiento, un rechazo sistemático de todo lo que es "humano", entendiendo por humano las pasiones, las emociones, los sentimientos que los hombres ponen en su existencia y al mismo tiempo todos los temas u objetos capaces de suscitarlos: "A la gente le gusta un drama cuando ha conseguido interesarse en los destinos humanos que se les propone" y en los que "toman parte como si fuesen casos reales de la vida"[25]. Rechazar lo "humano" es, evidentemente, rechazar lo genérico, es decir, lo *común,* "fácil" e inmediatamente accesible, y, desde luego, todo lo que reduce al animal estético a la pura y simple animalidad, al placer sensible o al deseo sensual; es contraponer al interés por el propio contenido de la representación, que lleva a llamar bella a la representación de las cosas bellas, y en particular de aquéllas que de manera más inmediata dicen algo a los sentidos y

---

[23] J. Ortega y Gasset, *La deshumanización del arte y otros ensayos de estética,* 11ª edición, Madrid, Revista de Occidente, 1976 (1ª edición 1925), pp. 15-17.

[24] Suzanne K. Langer, "On significance in Music", en *Aesthetic and the Artes,* ed. por Lee A. Jacobus, McGraw-Hill Book Co., Nueva York, 1968, pp. 182-212, p. cit. 183. (Es posible reconocer en esta cita el tema kantiano –eternamente reinventado al margen de cualquier referencia consciente a Kant– de la antinomia entre el placer puro y el placer de los sentidos, que más adelante será analizado.)

[25] J. Ortega y Gasset, *op. cit.,* pp. 18-19.

a la sensibilidad, la indiferencia y la distancia que impiden subordinar el juicio basado en la representación a la naturaleza del objeto representado[26]. Se ve que no es tan fácil describir la contemplación "pura" sin describir al mismo tiempo la contemplación ingenua, en contraste con la cual aquélla se define, y recíprocamente; y que no existe una descripción *neutra,* imparcial, "pura", de ninguna de estas dos visiones antagónicas (lo que no significa que tengamos que adherirnos a un relativismo estético, tan evidente como es que la "estética popular" se define en relación con las estéticas cultas, y que la referencia al arte legítimo y al juicio negativo que formula sobre el gusto "popular" no cesa nunca de obsesionar a la experiencia popular de la belleza). ¿Rechazo o privación? La tentación de atribuir la coherencia de una estética sistemática a las posturas objetivamente estéticas de las clases populares no es menos peligrosa que la inclinación a dejarse imponer, incluso sin saberlo, la representación estrictamente negativa de la visión popular que se encuentra en la base de cualquier estética culta.

La "estética" popular

Todo ocurre como si la "estética popular" estuviera fundada en la afirmación de la continuidad del arte y de la vida, que implica la subordinación de la forma a la función, o, si se quiere, en el rechazo del rechazo que se encuentra en el propio principio de la estética culta, es decir, en la profunda separación entre las disposiciones ordinarias y la disposición propiamente estética. La hostilidad de las clases populares y de las fracciones menos ricas en capital cultural de las clases medias con respecto a cualquier especie de investigación formal se afirma tanto en materia teatral como en materia pictórica, o en materia fotográfica o cinematográfica –en estos últimos casos todavía con mayor claridad puesto que la legitimidad es menor en estas materias–. Tanto en el teatro como en el cine, el público popular se complace en las intrigas lógica y cronológicamente orientadas hacia un *happy end* y "se reconoce" mejor en unas situaciones y personajes dibujados con sencillez que en figuras o acciones ambiguas y simbólicas, o en los enigmáticos problemas del teatro según *El teatro y su doble,* por no hablar de la inexistente existencia de los lastimosos "héroes" a lo Beckett o de las conversaciones extravagantemente triviales o imperturbablemente absurdas a lo Pinter. El principio de las reticencias y de los rechazos no reside solamente en una falta de familiaridad sino también en un profundo deseo de *participación,* que la investigación formal frustra de manera sistemática, en particular cuando la ficción teatral, rechazando jugar a las "vulgares" seducciones de un arte de ilusión, se denuncia a sí misma, como ocurre en todas las formas de teatro dentro del teatro, cuyo paradigma es Pirandello en aquellas obras en las que pone en escena la representación de una representación imposible –*Seis personajes en busca de autor, Cada uno a su manera* o *Esta noche se improvisa*– y de la que Genet enuncia la fórmula en el prólogo de *Los*

[26] La preocupación por la distinción del espectador "cultivado" es la misma que anima al artista (preocupación que en éste va en aumento a medida que el campo de producción gana en autonomía) para afirmar su autonomía en relación con las demandas externas (cuya forma más visible es el encargo) y para dar privilegio a la *forma,* sobre la que tiene pleno dominio, en relación con la función, lo que le conduce, con el arte por el arte como arte para los artistas, a un arte de forma pura.

negros: "Tendremos la amabilidad, aprendida de ustedes, de hacer imposible la comunicación. La distancia que nos separa, original en sí, la aumentaremos con nuestras vanidades, nuestros amaneramientos, nuestra insolencia, porque nosotros también somos comediantes." El deseo de entrar en el juego, identificándose con los sufrimientos y alegrías de los personajes, interesándose en su destino, abrazando sus esperanzas y sus causas, sus buenas causas, viviendo sus vidas, descansa en una forma de inversión, una especie de prejuicio en favor de la "naturalidad", de la ingenuidad, de la credulidad de buen público ("estamos aquí para divertirnos"), que tiende a no aceptar las investigaciones formales y los efectos propiamente artísticos más que cuando pueden ser olvidados y no llegan a obstaculizar la percepción de la propia substancia de la obra.

El cisma cultural que asocia cada clase de obras a su público hace que no resulte fácil obtener un juicio realmente sincero y sensible, por parte de las clases populares, sobre las investigaciones del arte moderno. No deja de ser cierto que la televisión, que transporta a domicilio ciertos espectáculos cultos o ciertas experiencias culturales (como Beaubourg o las Casas de la cultura) que sitúan a un público popular, durante un momento, en presencia de obras cultas, a veces de vanguardia, crea verdaderas situaciones experimentales –ni más ni menos artificiales o irreales que la que produce, quiérase o no, cualquier encuesta sobre la cultura legítima realizada entre un público popular. Se observa así el desconcierto, que incluso puede llegar a una especie de pánico mezclado de indignación, delante de algunos de los objetos expuestos –pienso, por ejemplo, en el montón de carbón de Ben, expuesto en Beaubourg poco después de su apertura– cuya intención paródica, totalmente definida por referencia a un campo y a la historia relativamente autónoma de este campo, aparece como una especie de agresión, de desafío a la razón y a las personas razonables. Igualmente, cuando la investigación formal llega a insinuarse en sus espectáculos familiares –como ocurre en las variedades televisivas con los efectos especiales a lo Averty–, los espectadores de las clases populares se sublevan, no sólo porque no sienten la necesidad de estos juegos puros, sino porque a veces comprenden que los mismos obtienen su necesidad de la lógica de un cierto campo de producción que, por medio de estos juegos, les excluye: "A mí me desagradan profundamente todos esos trucos en que todo está troceado, se ve una cabeza, se ve una nariz, se ve una pierna [...]. Se ve un cantante que es altísimo, unos tres metros de alto, después se ven brazos con una envergadura de dos metros, ¿lo encuentra usted divertido? A mí no me gusta, es de género tonto, yo no veo qué interés puede tener el deformar las cosas" (Una panadera de Grenoble).

La investigación formal –que en literatura o en teatro conduce a la *oscuridad*– resulta, a los ojos del público popular, uno de los índices de lo que a veces se experimenta como una voluntad de mantener a distancia al no iniciado o, como decía una encuesta a propósito de ciertas emisiones culturales de la televisión, de hablar a los otros iniciados "por encima de la cabeza del público"[27]. Dicha investi-

[27] Diferentes encuestas confirman esta hostilidad a cualquier especie de investigación pura. Un estudio registra el desconcierto de los telespectadores ante *Los persas,* espectáculo estilizado y difícil de seguir debido a la ausencia de diálogos y de trama visible (*Les Télespectateurs en 1967,* "Rapport des études de marché de l'ORTF", I, pp. 69 y ss.). Otro estudio, que compara las reacciones ante "la gala de la UNICEF", de estilo clásico, y ante *Allegro*, menos tradicional, establece que el público popular considera la investigación en la filmación de un plano y en la estilización del decorado como un empobrecimiento de la realidad, y con frecuencia percibe como fallos técnicos las filmaciones de planos en

gación forma parte del aparato mediante el cual siempre se anuncia el carácter sagrado, separado y separante, de la cultura legítima, helada solemnidad de los grandes museos, lujo grandioso de las óperas y de los grandes teatros, decorado y decoro de los conciertos[28]. Todo ocurre como si el público popular comprendiera confusamente lo que implica el hecho de poner en forma, poner unas formas, en el arte como en la vida, es decir, una especie de *censura* del contenido expresivo, de aquel que estalla en la *expresividad* del habla popular y, a la vez, un distanciamiento, inherente a la calculada frialdad de toda investigación formal, un rechazo a comunicar oculto en el corazón mismo de la comunicación, en un arte que oculta y rechaza lo que parece ofrecer; lo mismo que la buena educación burguesa, cuyo impecable formalismo constituye una permanente llamada de atención contra la tentación de la familiaridad. Por el contrario, el espectáculo popular es el que procura, de forma inseparable, la participación individual del espectador en el espectáculo y la participación colectiva en la fiesta cuya ocasión es el propio espectáculo: en efecto, si el circo o el melodrama de bulevar (que vuelven a actualizar algunos espectáculos deportivos como el catch y, en menor grado, el boxeo y todas las formas de juegos colectivos como los que ha difundido la televisión) son más "populares" que espectáculos como la danza o el teatro, no obedece sólo al hecho de que, al ser menos formalizados (como lo muestra, por ejemplo, la comparación entre la acrobacia y la danza) y menos eufemísticos, ofrezcan satisfacciones más directas, más inmediatas. Sino también a que mediante las manifestaciones colectivas que suscitan y el despliegue del espectacular lujo que ofrecen (piénsese asimismo en las revistas, operetas o en los filmes espectaculares), maravillas de los decorados, esplendor de los trajes, fuerza de la música, vivacidad de la acción, ardor de los actores, satisfacen –igual que todas las formas de lo cómico y en especial aquellas que obtienen sus efectos de la parodia o de la sátira de los "grandes" (imitadores, cupletistas, etc.)– al gusto y al sentido de *la fiesta,* de la libertad de expresión y de la risa abierta, que liberan al poner al mundo social patas arriba, al derribar las convenciones y las conveniencias.

El distanciamiento estético

Es, pues, lo opuesto al desapego del esteta que, como se ve en todos los casos en los que se apropia de alguno de los objetos del gusto popular, como puede ser el *western* o los dibujos animados, introduce una distancia, una separación –medida de su distante distinción– en relación con la percepción "de primer grado", al desplazar el interés desde el "contenido", personajes, peripecias, etc., hacia la forma, hacia los efectos propiamente artísticos, que no se aprecian sino *relacio-*

---

sobreexposición; al contrario, este público aplaude lo que llama "el ambiente", es decir, una cierta calidad en las relaciones que se crean entre el público y los artistas, deplorando la ausencia del animador como una falta de "calor" (*ibid.*, p. 78).

[28] El gran almacén es la galería del pobre, no sólo porque ofrece objetos que forman parte del mundo familiar, de los que se conoce su uso, que podrían insertarse en la decoración cotidiana, que pueden ser nombrados y juzgados con las palabras de todos los días (caliente o frío, sencillo o recargado, seductor o sobrio, rico o pobre, etc.); sino también, y sobre todo, porque en él no se siente uno medido con arreglo a normas trascendentes, es decir, con las reglas del *savoir-vivre* de una clase considerada como superior, y sí autorizado a juzgar libremente, en nombre de la legítima arbitrariedad de los gustos y colores.

nalmente, mediante la comparación con otras obras, comparación que excluye por completo la inmersión en la singularidad de la obra inmediatamente conocida. Desapego, desinterés, indiferencia, de los que tanto ha repetido la teoría estética que constituyen la única manera de reconocer la obra de arte por lo que ella es en sí misma, autónoma, *selbständing,* que se acaba por olvidar lo que verdaderamente significan desapego, desinterés, indiferencia, es decir, rechazo de interesarse y de tomar en serio. Lectores desilusionados de la *Lettre sur les spectacles*[29], conocedores desde hace mucho tiempo de que nada es más ingenuo y vulgar que dedicar demasiada pasión a las cosas del espíritu o esperar demasiada seriedad de las mismas, acostumbrados a enfrentar tácitamente la libertad de espíritu y la integridad moral o la constancia política, no tenemos nada que objetar a Virginia Woolf cuando critica las novelas de H.G. Wells, John Galsworthy y Arnold Benett porque "dejan un extraño sentimiento de falta de plenitud e insatisfacción" y producen la sensación de que es indispensable "hacer algo, inscribirse en una asociación o, con mayor desesperación aún, firmar un cheque", a diferencia de obras como *Tristram Shandy* u *Orgullo y prejuicio* que, perfectamente autosuficientes (*self-contained*), "no inspiran, de ninguna manera, el deseo de hacer algo, como no sea, por supuesto, el de releer el libro y el de comprenderlo mejor"[30].

Pero el rechazo de cualquier especie de *involvement,* de adhesión ingenua, de abandono "vulgar" a la seducción fácil y al entusiasmo colectivo que se encuentra, por lo menos de forma indirecta, en el principio del gusto por las investigaciones formales y por las representaciones sin objeto, posiblemente nunca puede ser mejor observado que en las distintas reacciones ante la pintura. De este modo, se ve aumentar con arreglo al *nivel de instrucción*[31] el porcentaje de los que, interrogados sobre la posibilidad de realizar una bella fotografía con una serie de objetos, rechazan como "vulgares" y "feos" o desechan como insignificantes, simples, un poco ridículos o, en palabras de Ortega y Gasset, sencillamente "humanos", los objetos ordinarios de la admiración popular –primera comunión, puestas del sol sobre el mar o paisaje–, y el de los que, afirmando de este modo la autonomía de la representación en relación con la cosa representada, juzgan que se puede hacer una bella fotografía, y *a fortiori* una bella pintura, con objetos socialmente designados como insignificantes –una estructura metálica, una corteza de árbol y, sobre todo, con unas coles, objeto trivial por excelencia– o con objetos feos y repugnantes, tales como un accidente de automóvil, un tajo de carnicero, elegido por alusión a Rembrandt; o una serpiente, por referencia a Boileau; o incluso con objetos como personas marginadas, una mujer encinta, etc. (véase tablas 2 y 3).

---

[29] GARAT, en *Memoire sur M. Suard,* nos dice que el *Discurso sobre el restablecimiento de las letras y las artes* de Jean-Jacques Rousseau suscita "una especie de terror" en un público habituado a no tomarse nada en serio.

[30] V. WOOLF, "Mr. Bennet y Mrs. Brown", en M. Schorer, J. Miles and G. McKenzie (eds.), *Criticism: The Foundations of Modern Literary Judgment,* rev. ed. Nueva York, Harcourt, Brace and Co., 1948, p. 70.

[31] La capacidad de designar cualquier clase de objetos como capaces de ser transfigurados por el acto de promoción artística que opera la fotografía, el más accesible de los instrumentos de producción artística, varía exactamente de la misma manera que el conocimiento de los directores cinematográficos. Lo que es comprensible puesto que en los dos casos se trata de una medida relativamente escolar aplicada a una competencia más alejada de la institución escolar que la que supone la expresión de preferencias en materia de música o de pintura.

Tabla 2—**La disposición estética según el capital escolar**

	Primera comunión						Danza folklórica					
	No contesta o incoher.	fea	insignificante	interesante	bella	total	No contesta o incoher.	fea	insignificante	interesante	bella	total
Sin tit., CEP n = 314	2	5	19	23	51	100	1	0,5	3	41	54,5	100
CAP n = 97	4	1	26	38	31	100	4	–	3	33	60	100
BEPC n = 197	2,5	7	27	31	32,5	100	3,5	–	7	33,5	56	100
Bachillerato n = 217	2	12	43	24	19	100	2	0,5	13	47,5	37	100
Comienzo estudios superiores n = 118	4	13	45	23	15	100	6	2,5	13	37	41,5	100
Licenciatura n = 182	1	11	53	28	7	100	2	1	11	49,5	36,5	100
Agregación, gran escuela n = 71	4	15,5	49	6	25,5	100	4	6	22.5	28	39,5	100

Los encuestados tenían que responder a la siguiente pregunta: ¿Con cuál de los siguientes temas tiene el fotógrafo más posibilidades de hacer una foto bella, interesante, insignificante o fea?: un paisaje, un accidente de automóvil, una niña jugando con un gato, una mujer encinta, una naturaleza muerta, una mujer amamantando a su bebé, una

Tabla 3—**La disposición estética según la clase a la que se pertenece y según la**

		Mujer encinta					
		No contesta o incoher.	fea	insignificante	interesante	bella	total
Clases populares	• sin tit., CEP, CAP (n=143)	1,5	40	36,5	14	8	100
	• BEPC y más (n=18)		39	22	11	28	100
Clases medias	• sin tit., CEP, CAP (n=243)	1	46	27,5	15	10,5	100
	• BEPC y más (n=335), de los cuales:	3,5	34	30	13,5	19	100
	-BEPC (n=149)	3,5	39	35	9	13,5	100
	bachillerato (n=140)	3,5	37	21	17,5	21	100
	estudios superiores (n=46)	4	8,5	42	13	32,5	100
Clases superiores	• sin tit., CEP, CAP (n=25)	20	36	24	12	8	100
	• BEPC y más (n=432), de los cuales:	3	36	22	19	20	100
	-BEPC (n=31)	6,5	48,5	38,5	–	6,5	100
	bachillerato (n=76)	–	60,5	16	5	18,5	100
	estudios superiores (n=325), de los cuales:	3	30	22,5	23	21,5	100
	• pequeña escuela (n=80)	7,5	17,5	30,0	32,5	12,5	100
	licenciatura (n=174)	0,5	36	21,5	19,5	22,5	100
	agregación, gran escuela (n=71)	4	29,5	17	20	29,5	100

Puede verse de inmediato que la categoría BEPC y más (establecida según las necesidades de la comparación formal) no tiene en absoluto el mismo contenido en las diferentes clases sociales, aumentando la proporción de la categoría de las titulaciones más altas a medida que va elevándose la jerarquía social (lo que para lo esencial explica

Corteza de árbol						Tajo de carnicero						Coles					
No contesta o incoher.	fea	insignificante	interesante	bella	total	No contesta o incoher.	fea	insignificante	interesante	bella	total	No contesta o incoher.	fea	insignificante	interesante	bella	total
2	14,5	46,5	21,5	15,5	100	1,5	31	46	16,5	5	100	2	28	56	10	4	100
5	1	20	37	37	100	6	15,5	48,5	24	6	100	5	16,5	63	7	8,5	100
2.5	8,5	31,5	30	27,5	100	3	28	47	17	5	100	2	17	55	13	13	100
2	3	21	32	42	100	3	29,5	32	25	10,5	100	2	17,5	48,5	19	13	100
6	1	23	25	45	100	4	30,5	29	18,5	18	100	6	9	47,5	19,5	18	100
–	3	18	23	56	100	4,5	29,5	22,5	24	19,5	100	2	16	51,5	8	22,5	100
4	3	8,5	24	60.5	100	4	23,5	23	18	25,5	100	3	11	38	21	27	100

estructura metálica, una riña entre mendigos, unas coles, una puesta de sol sobre el mar, un tejedor trabajando en su oficio, una danza folklórica, una cuerda, un tajo de carnicero, una corteza de árbol, un monumento célebre, un depósito de chatarra, una primera comunión, un hombre herido, una serpiente, un cuadro célebre.

titulación académica

Coles						Serpiente						Puesta del sol sobre el mar					
No contesta o incoher.	fea	insignificante	interesante	bella	total	No contesta o incoher.	fea	insignificante	interesante	bella	total	No contesta o incoher.	fea	insignificante	interesante	bella	total
1.5	28	57	8.5	5	100	1	35	16	38	10	100	1	–	1	10	88	100
–	5.5	72.5	16.5	5.5	100	–	28	22	39	11	100	–	–	6	6	88	100
2	22.5	61.5	10	4	100	1	25	23	35	16	100	1	0,5	2.5	6	90	100
2.5	17.5	49.5	14.5	16	100	3	28.5	14	30,5	24	100	3	1,5	9	8,5	78	100
2	21	56	8.5	12.5	100	3	38	8,5	34	16,5	100	1.5	1.5	4,5	6,5	86	100
3	15.5	45	19.5	17	100	4	21	17	34	24	100	4	2	10	9	75	100
4	13	41	20	22	100	2	19.5	24	9	45.5	100	2	2	20	13	63	100
20	36	28	12	4	100	20	36	4	24	16	100	20	–	8	8	64	100
3	14.5	48	15.5	19	100	3	18	13	38	28	100	2	3	15	17	63	100
6,5	6,5	38.5	32.5	16	100	6,5	19,5	16	29	29	100	–	–	22,5	–	77,5	100
–	21	55,5	17	6.5	100	–	22,5	8	50	19,5	100	–	–	14,5	8	77,5	100
3	14	47.5	13.5	22	100	4	16,5	14.5	35,5	29,5	100	3	4	14	21	58	100
6.5	6,5	52	20	15	100	5	14	20	36	25	100	6	5	10	26,5	52,5	100
2	18,5	49	7,5	23	100	2,5	20	14,5	35	28	100	–	5	13	24	58	100
3	11	38	21	27	100	5,5	11.5	8,5	36,5	38	100	5,5	1,5	19,5	8,5	65	100

el hecho de que las opciones más raras —«bella» en el caso de las coles o de la serpiente, «fea» o «insignificante» en el caso de la puesta del sol— aumenten cuando se va hacia las clases superiores, con la excepción aparente de la mujer encinta, lo que obedece a la ausencia, en esta categoría, de mujeres que, como se sabe, aceptan mejor este objeto).

No pudiendo contar con un verdadero dispositivo experimental, se han recogido las declaraciones de los encuestados sobre lo que estiman "fotografiable" y lo que les parece por tanto susceptible de ser estéticamente constituido (por oposición a lo que se excluye por su insignificancia, su fealdad o por razones éticas). La aptitud para adoptar la disposición estética se encuentra así medida por la distancia (que, en un campo de producción cuya ley de evolución es la dialéctica de la distinción, es también un desajuste temporal, un *retraso*) entre lo que es estéticamente constituido por el individuo o el grupo considerado y lo que es estéticamente constituido, en un estado determinado del campo de producción, por los poseedores de la legitimidad artística.

Los encuestados tenían que responder a la siguiente pregunta: "¿Con cuál de los siguientes temas tiene el fotógrafo más posibilidades de hacer una foto bella, interesante, insignificante o fea?: un paisaje, un accidente de automóvil, etc.". En el pre-test, en el que se habían sometido al juicio de los encuestados unas fotografías, la mayor parte de ellas muy conocidas, de los temas que en la encuesta propiamente dicha sólo fueron simplemente nombrados –guijarros, mujer encinta, etc.–, las reacciones registradas ante el simple proyecto de la imagen fueron totalmente concordantes con las que suscitaba la imagen realizada (prueba de que el valor concedido a la imagen tiende a corresponderse con el valor concedido a la cosa). Se había recurrido a fotografías para evitar, por una parte, los efectos de imposición de legitimidad que habría producido la pintura, y por otra parte, porque al ser considerada la fotografía como más accesible, los juicios formulados podían ser menos irreales.

Si bien la prueba propuesta fue hecha más para recoger declaraciones de intención artística que para medir la capacidad de realizar esta intención en la práctica de la pintura o de la fotografía, o, incluso, en la percepción de las obras de arte, permite determinar los factores que a su vez determinan la capacidad para adoptar la postura socialmente designada como propiamente estética[32]. Además de manifestar la relación entre el capital cultural y los índices negativos (rechazo de lo ridículo) y positivos (capacidad para promover lo insignificante) de la disposición estética (o, por lo menos, de la capacidad para efectuar la *clasificación* arbitraria y desconocida como tal, que distingue, dentro del universo de los objetos elaborados, los objetos socialmente designados como dignos de exigir y merecer ser abordados según una disposición capaz de reconocerlos y de constituirlos como obras de arte), la estadística estableció que los objetos favoritos de la fotografía de ambición estética, como la danza folklórica –o incluso el tejedor o la niña y su gato–, ocupan una posición intermedia: el porcentaje de los que juzgan que con ellos se puede hacer una bella fotografía llega al máximo en los niveles del CAP o del BEPC, mientras que en los niveles superiores se tiende a juzgarlos más bien como interesantes o insignificantes[33].

---

[32] Aplicado solamente a los juicios sobre los objetos fotografiables, el análisis factorial enfrenta dentro de cada clase a las fracciones más ricas en capital cultural y menos ricas en capital económico con las fracciones más ricas en capital económico y menos ricas en capital cultural. O sea, en la clase dominante, a los profesores de la enseñanza superior y a los productores artísticos (y, en segundo lugar, a los profesores de la enseñanza secundaria y a los miembros de profesiones liberales) con los patronos comerciales y con los industriales, ocupando los cuadros del sector privado y los ingenieros una posición intermedia; y, en la pequeña burguesía, a los intermediarios culturales, claramente separados de las fracciones más próximas –maestros de enseñanza primaria, servicios médicos-sociales, artesanos artísticos– con los pequeños comerciantes o artesanos y con los empleados de oficina.

[33] Si la proporción de los sujetos que dicen que puede hacerse una fotografía bella con una primera comunión, decreciente hasta el nivel de la licenciatura, vuelve a subir al nivel más elevado, se debe a que una fracción relativamente importante de los poseedores de las titulaciones académicas más excepcionales afirma su disposición estética declarando que cualquier cosa puede constituir el objeto de

La estadística pone de manifiesto también que las mujeres expresan con mayor frecuencia que los hombres su repugnancia hacia los objetos repugnantes, horribles o poco decentes: el 44,5 % de las mujeres, frente al 35 % de los hombres, piensan que con un hombre herido sólo es posible hacer una foto fea, observándose diferencias en el mismo sentido con respecto al tajo de carnicero (33,5 % frente a 27,5 %), la serpiente (30,5 % frente a 25,5 %) o la mujer encinta (45 % frente a 33,5 %), mientras que las diferencias son nulas con respecto a una naturaleza muerta (6 % frente a 6,5 %) o a unas coles (20,5 % frente a 19,5 %). Las mujeres, a quienes la tradicional división del trabajo entre los sexos asigna las tareas y los sentimientos "humanos" o "humanitarios", y a las que dicha división autoriza más que a los hombres, en nombre de la oposición entre razón y sensibilidad, las efusiones o las lágrimas, se sienten menos estrictamente obligadas que los hombres –que están, *ex officio,* del lado de la cultura (encontrándose las mujeres, como el pueblo, arrojadas al lado de la naturaleza)– a la censura y a la represión de los sentimientos "naturales" que supone la adopción de la disposición estética (lo que indica, de paso, que, como se verá más adelante, el rechazo de la naturaleza o, mejor, del abandono a la naturaleza que constituye la marca de los dominantes –que saben dominarse– se encuentra en el principio de la actitud estética)[34].

No existe, pues, nada que distinga de forma tan rigurosa a las diferentes clases como la disposición objetivamente exigida por el consumo legítimo de obras legítimas, la aptitud para adoptar un punto de vista propiamente estético sobre unos objetos ya constituidos estéticamente –y por consiguiente designados a la admiración de aquellos que han aprendido a reconocer los signos de lo admirable–, y, lo que aún es más raro de encontrar, la capacidad de constituir estéticamente cualquier clase de objetos o incluso objetos "vulgares" (porque son apropiados, estéticamente o no, por el "vulgo") o de comprometer los principios de una estética "pura" en las opciones más ordinarias de la existencia ordinaria, por ejemplo, en materia de cocina, de vestimenta o de decoración. Pero, aunque es indispensable para establecer de manera indiscutible las condiciones sociales de posibilidad (que será necesario explicitar con el mayor detalle) de la disposición pura, la encuesta estadística, que inevitablemente se parece a un test escolar que intenta medir a las personas interrogadas con una norma considerada tácitamente como absoluta, corre el riesgo de dejar escapar la significación que reviste para las diferentes clases

---

una percepción artística: de este modo, en la clase dominante, la proporción de los que juzgan que se puede hacer una foto bella con una puesta de sol, proporción máxima en los que tienen un nivel escolar inferior, decrece cuando se va hacia los que tienen niveles intermedios (comienzo de estudios superiores o pequeña escuela) para aumentar de nuevo mucho cuando se va hacia los que han hecho estudios superiores de larga duración, que tienden a juzgar que cualquier objeto puede ser materia para una fotografía bella.

[34] La repulsión de las mujeres se expresa tanto más abiertamente, en detrimento de la neutralización estética, cuanto más completa es su sumisión al modelo tradicional de la división del trabajo entre los sexos y, en otros términos, más endeble es su capital cultural y más bajo están situadas en la jerarquía social. Las mujeres de la nueva pequeña burguesía que, en conjunto, sacrifican mucho más que los hombres de su categoría a consideraciones afectivas, mientras que en la misma proporción que éstos dicen que unas coles pueden ser el tema de una foto bella, admiten que la fotografía de una mujer encinta sólo puede ser fea, en mucha menor proporción que las mujeres de cualquier otra categoría (en el 31,5 % frente al 70 % de las esposas de industriales y grandes comerciantes, al 69,5 % de las esposas de artesanos y comerciantes, al 47,5 % de las de obreros, empleados o cuadros medios). Al manifestarse así, manifiestan a la vez su pretensión estética y su voluntad de mostrarse "liberadas" de los tabús éticos impuestos a su sexo.

sociales esta disposición y la actitud global con respecto al mundo que en ella se expresa. Lo que la lógica del test fuerza a describir como una incapacidad (y que por supuesto es así desde el punto de vista de las normas que definen la percepción legítima de la obra de arte), es *también* un rechazo que encuentra su propio principio en la denuncia de la arbitraria u ostensiva gratuidad de los ejercicios de estilo y de las investigaciones puramente formales. En efecto, es en nombre de una "estética" que quiere que la fotografía encuentre su justificación en el objeto fotografiado o en el eventual uso de la imagen fotográfica, en el que los obreros rechazan casi siempre el hecho de fotografiar por fotografiar (como ocurre, por ejemplo, con la fotografía de simples guijarros) como inútil, perverso o burgués: "Eso es estropear la película", "Hay que tener mucha película para malgastarla así", "No tienen nada que hacer, se lo juro, no saben cómo matar el tiempo", "Se necesita no tener otra cosa que hacer para fotografiar cosas como ésta", "Es la típica foto de burgués"[35].

Una "estética" anti-kantiana

No es pura casualidad el que, cuando se realiza el esfuerzo de reconstruir la lógica de la "estética" popular, ésta aparezca como el lado negativo de la estética kantiana y que el *ethos* popular oponga implícitamente a cada una de las proposiciones de la analítica de lo Bello una tesis que lo contradiga. Mientras que para comprender lo que constituye lo específico del juicio estético, Kant se ingeniaba para distinguir "lo que agrada" de "lo que produce placer" y, de manera más general, para discernir "el desinterés", única garantía de la cualidad propiamente estética de la contemplación, del "interés de los sentidos", que define "lo agradable", y del "interés de la Razón", que define "lo Bueno", los miembros de las clases populares, que esperan de cualquier imagen que desempeñe una *función,* aunque sea la de signo, manifiestan en todos sus juicios la referencia, con frecuencia explícita, a las normas de la moral o del placer. Así, la fotografía de un soldado muerto suscita juicios que, favorables o desfavorables, constituyen siempre respuestas a la realidad de la cosa representada o a las funciones a las que puede ser útil la representación, al horror de la guerra o a la denuncia de los horrores de la guerra que se supone ha querido producir el fotógrafo por el solo hecho de dejar ver este horror[36]. Y de igual modo, el naturalismo popular reconoce la belleza en la imagen de la cosa bella o, pero esto con menos frecuencia, en la bella imagen de la cosa bella: "Esta foto está bien, está bien centrada. Y además es una mujer guapa y una mujer guapa siempre está bien en una foto". El obrero parisiense coincide con

---

[35] Es preciso no olvidarse de que la "estética" popular es una "estética" *dominada*, que incesantemente está obligada a definirse en relación con las estéticas dominantes. No pudiendo ni ignorar la estética culta que recusa su "estética" ni renunciar a sus inclinaciones socialmente condicionadas y menos aún proclamarlas o legitimarlas, los miembros de las clases populares (y sobre todo las mujeres) viven frecuentemente en el desdoblamiento su relación con las normas estéticas. Esto se ve cuando algunos obreros otorgan a las fotografías "puras" un reconocimiento puramente verbal (éste también es el caso de muchos pequeño-burgueses e incluso de bastante burgueses que, en materia de pintura, por ejemplo, se distinguen de las clases populares sobre todo en que saben lo que hay que hacer o decir o, mejor todavía, *lo que no hay que decir*): "Esto es bello, pero a mí no se me ocurriría fotografiarlo", "Sí, es muy bello, pero tiene que gustarle a uno, no es de las cosas que a mí me gustan".

[36] Los documentos en que se basan estos análisis pueden encontrarse en P. BOURDIEU *et al., Un art moyen,* pp. 113-134.

el lenguaje llano de Hippias el Sofista: "¿Qué es lo bello? Voy a responderle y no corro riesgo alguno de ser refutado por él nunca. En realidad, si hay que hablar con franqueza, una mujer bella, ténlo bien presente, Sócrates, eso es lo bello".

Esta "estética", que subordina la forma y la propia existencia de la imagen a su función, es necesariamente pluralista y condicional: la insistencia con la que los sujetos tienen presentes los límites y las condiciones de validez de su juicio, distinguiendo para cada fotografía los usos y los públicos posibles o, con mayor precisión, el uso posible para cada público ("como reportaje, no está mal", "si es para que las vean los críos, de acuerdo"), da fe de que ellos rechazan la idea de que una fotografía pueda complacer "a todo el mundo". "Una foto de una mujer encinta está bien para mí, pero no para los demás", dice un empleado que, sólo y gracias a la mediación de su preocupación por lo decente, encuentra la inquietud de lo que es "demostrable", luego con derecho a exigir admiración. Al ser siempre juzgada la imagen por referencia a la función que cumple para el que la contempla, o que puede cumplir, según éste, para tal o cual clase de espectadores, el juicio estético toma naturalmente la forma de un juicio hipotético, apoyándose, implícitamente en el reconocimiento de "géneros", de los cuales un *concepto* define a la vez la perfección y el campo de aplicación: cerca de las tres cuartas partes de los juicios comienzan con un "si" y el esfuerzo de reconocimiento se acaba con la clasificación en un género o, lo que viene a ser lo mismo, con la atribución de un uso social, al ser definidos los diferentes géneros por referencia a su utilización y a sus utilizadores ("es una foto publicitaria", "es un documento al estado puro", "es una foto de laboratorio", "es una foto de concurso", "es de tipo pedagógico", etc.). Y las fotografías de desnudos casi siempre son acogidas con frases que las reducen al estereotipo de su función social: "Está bien para Pigalle", "Es la clase de fotos que se venden a escondidas". Se comprende que esta "estética", que hace del interés informativo, sensible o moral, el principio de apreciación, no pueda hacer otra cosa que rechazar la imagen de lo insignificante o, lo que resulta lo mismo en esta lógica, la insignificancia de la imagen: el juicio nunca separa la imagen del objeto de la imagen. De todas las características propias de la imagen, sólo el color (al que Kant tenía por menos puro que la forma) puede impulsar a detener el rechazo de las fotografías de lo insignificante. En efecto, nada es más ajeno a la conciencia popular que la idea de un placer estético que, por decirlo como Kant, sea independiente del placer de las sensaciones. Por eso el juicio sobre los temas rechazados con más fuerza a causa de su futilidad (guijarros, corteza de árbol, terreno baldío) se concluye casi siempre con la reserva de que "en colores, podría ser bonito"; y algunos sujetos llegan incluso a explicar la máxima que rige su actitud, cuando afirman que "si el color está logrado, la fotografía en color siempre es bella". En pocas palabras, es sin duda el gusto popular el que menciona Kant cuando escribe: "El gusto es siempre bárbaro, cuando mezcla los encantos y emociones a la satisfacción y es más, si hace de aquellas la medida de su asentimiento"[37].

Rechazar la imagen insignificante, desprovista a la vez de sentido y de interés, o la imagen ambigua, es rehusar tratarla como finalidad sin fin, como imagen que se significa a sí misma, y por consiguiente sin otra referencia que ella

[37] E. KANT, *Critique du jugement*, París, Vrin, 1946, p. 56. (La traducción es la de Manuel García Morente: M. Kant, *Crítica del juicio*, Madrid, 1977, Espasa-Calpe S.A., Colección Austral, p. 123.)

misma: el valor de una fotografía se mide por el interés de la información que transmite y por la claridad con que cumple esta función de comunicación, en una palabra, por su *legibilidad,* que a la vez está con arreglo a la legibilidad de su intención o de su función, siendo más favorable el juicio que la misma suscita cuanto más total es la adecuación expresiva del significante al significado. Por tanto, contiene en sí misma la espera del título o de la leyenda que, al declarar la intención significante, permite juzgar si la realización la significa o la ilustra de forma adecuada. Si las investigaciones formales –las del teatro de vanguardia o de la pintura no figurativa, o simplemente la música clásica– desconciertan es, por una parte, porque uno se siente incapaz de *comprender* lo que, en calidad de signos, *deben* significar. De tal suerte que puede vivirse como inadecuada e indigna una satisfacción que no pueda basarse en una significación trascendente al objeto. Al no conocer cuál es la intención de aquéllas, no se siente uno capaz de discernir lo que es resultado de la audacia y lo que lo es de la torpeza, de distinguir la investigación "sincera" de la cínica impostura[38]. Pero la investigación formal es también lo que, al situar en el primer plano la forma, es decir, al artista, con sus propios intereses, sus problemas técnicos, sus efectos, sus juegos de referencias, arroja a distancia la cosa en sí e impide la comunión directa con la belleza del mundo: un niño guapo, una joven hermosa, un bello animal o un bello paisaje. Se espera de la representación que sea una fiesta para los ojos y que, como la naturaleza muerta, "evoque los recuerdos y las anticipaciones de las fiestas pasadas y venideras"[39]. No existe nada más opuesto a la celebración de la belleza y de la alegría del mundo que se espera de la obra de arte, "elección que gratifica", que las investigaciones de la pintura cubista o abstracta, percibidas como agresiones, unánimemente denunciadas, contra la cosa representada, contra el orden natural y sobre todo contra la figura humana. En resumen, la obra, sea cual sea la perfección con que cumpla su función de representación, sólo aparece plenamente justificada si la cosa representada merece serlo, si la función de representación está subordinada a una función más alta, como es la de exaltar, al fijarla, una realidad digna de ser eternizada. Tal es el fundamento de ese "gusto inculto" al que se refieren siempre de manera negativa las formas más antitéticas de la estética dominante, y que no reconoce otra representación que la representación realista, es decir, respetuosa, humilde, sumisa, de los objetos designados por su belleza o por su importancia social.

Estética, ética y esteticismo

Enfrentados a las obras de arte legítimas, los más desprovistos de competencia específica les aplican los esquemas del *ethos,* los mismos que estructuran su percepción ordinaria de la existencia ordinaria y que, engendrando productos de

---

[38] A las manifestaciones mediante las cuales los obreros situados delante de las pinturas modernas traicionan su exclusión ("No comprendo lo que quiere decir esto" o "Esto me gusta pero no lo comprendo") se opone el significativo silencio de los burgueses que, enteramente desconcertados también, saben por lo menos que es necesario rechazar –y, en cualquier caso, callar– el ingenuo deseo de expresión que traiciona la preocupación por "comprender" (la "música con programa" y los títulos con los que tantas sonatas, conciertos o sinfonías han sido ridículamente dotados, bastan para poner de manifiesto que este deseo no es exclusivamente popular).

[39] E. H. GOMBRICH, *Meditations on a Hobby Horse,* Londres, Phaidon Press, 1963, p. 104.

una sistematicidad no querida e inconsciente para ella misma, se oponen a los principios más o menos explicitados de una estética[40]. De ello resulta una "reducción" sistemática de las cosas artísticas a las cosas de la vida, una puesta entre paréntesis de la forma en beneficio del contenido "humano", significativo por excelencia desde el punto de vista de la estética pura[41]. Todo ocurre como si la forma sólo pudiera aflorar al primer plano al precio de una neutralización de cualquier especie de interés afectivo o ético por el objeto de la representación, neutralización que va a la par (sin que se pueda suponer una relación de causa y efecto) con el dominio de los medios para captar las propiedades distintivas que se dan en esta forma particular en sus relaciones con otras formas (es decir, por referencia al universo de las obras artísticas y a su historia).

Delante de una fotografía de las manos de una anciana, los más desposeídos expresan una emoción más o menos convencional o una complicidad ética, pero nunca un juicio propiamente estético (a no ser que sea negativo): "¡Oh! ¿qué le parece?, tiene las manos extrañamente deformadas [...] Hay algo que no me explico (la mano izquierda): se diría que el pulgar va a separarse de la mano. La foto está tomada de una manera rara. La pobre abuela ha debido trabajar duro. Se diría que tiene reuma. Sí, pero esta mujer o está mutilada o si no, tiene las manos dobladas así (hace el gesto) ¡Ah! Es extraño, sí, debe ser eso, su mano está doblada así. ¡Ah! la foto no representa desde luego unas manos de baronesa ni de mecanógrafa [...] Bueno, cómo me impresiona ver las manos de esta pobre mujer, se podría decir que son unas manos nudosas" (Un obrero de París). Con las clases medias la exaltación de las virtudes éticas viene a un primer plano ("unas manos degastadas por el trabajo"), coloreándose a veces con un sentimiento populista ("la pobre, ¡debe de sufrir mucho con sus manos!, la foto da una sensación de sufrimiento"); y también ocurre que a veces aparezca la atención a las propiedades estéticas y las referencias a la pintura: "Se diría que es un cuadro que ha sido fotografiado [...]; en un cuadro esto debe resultar extrañamente bello" (Un empleado de provincia). "Esto me hace pensar en un cuadro que vi en una exposición de pintores españoles, un monje con las dos manos cruzadas delante y cuyos dedos estaban deformados" (Un técnico de París). "Son las manos de las primeras obras de Van Gogh, una vieja campesina o los comedores de patatas" (Un cuadro medio de París). A medida que nos elevamos en la jerarquía social, los comentarios se van haciendo cada vez más abstractos, las manos, el trabajo y la vejez (de los otros) funcionan como alegorías o símbolos que sirven de pretexto a consideraciones generales sobre problemas generales: "Son las manos de una persona que ha trabajado demasiado, con un trabajo manual muy duro [...] Por otra parte, es bastante extraordinario ver manos así" (Un ingeniero de París). "Estas dos manos evocan indiscutiblemente una vejez pobre, desgraciada" (Un profesor de provincia). Más frecuente, más diversa y más sutilmente manipulada, la referencia estética a la pintura, la escultura o la literatura, participa de esta especie de *neutralización*, de *distanciamiento,* que supone y opera el discurso burgués sobre el mundo

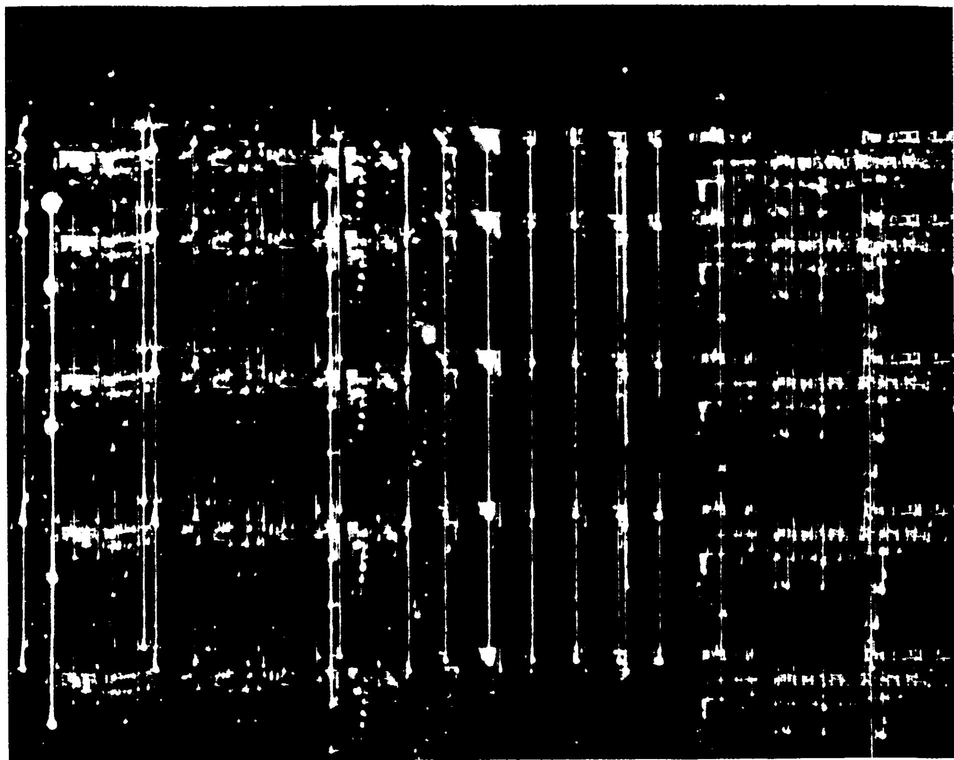
[40] La representación populista del proletario como "en sí" opaco, denso y duro, perfecta antítesis del intelectual o del esteta, "para sí" transparente para sí mismo, e inconsistente, encuentra aquí algún fundamento.

[41] El interés por la forma, cuando se expresa, también encuentra su fundamento en los esquemas del *ethos;* no reviste su verdadero sentido si no se le relaciona con su verdadero principio, el gusto del trabajo cuidado que lo inspira, remitiendo a las mismas disposiciones que la hipercorrección del lenguaje, la estricta corrección del vestido o la sobriedad en la decoración de la vivienda.



social. "Encuentro que es una foto muy bella. Es enteramente el símbolo del trabajo. Me recuerda a la vieja sirvienta de Flaubert. El gesto al mismo tiempo tan humilde de esta mujer... Es una pena que el trabajo y la miseria deformen hasta tal punto" (Un ingeniero de París).

El retrato de una mujer muy maquillada, tomada desde un ángulo y con una iluminación insólitos, suscita reacciones muy parecidas. Los obreros, y todavía más los artesanos y los pequeños comerciantes, reaccionan con horror y disgusto: "No me gustaría tener esta fotografía en casa, en mi habitación. No causa una impresión agradable. Más bien resulta angustiosa" (Un obrero de provincia). "¿Una muerta? Horroroso, como para no dormir por la noche [...], atroz, horrible, yo la quito de mi vista" (Un pequeño comerciante de provincia). Si la mayor parte de los empleados y cuadros medios miran con desprecio una foto sobre la que nada pueden decir si no es que les "causa miedo" o les "impresiona desagradablemente", algunos de ellos tratan de caracterizar su técnica: "La foto está bien tomada, es muy bella pero horrible" (Un empleado de París). "Lo que produce esta impresión de monstruosidad es la expresión del rostro del hombre o de la mujer que constituye el sujeto de la foto y el ángulo desde el que se ha tomado, esto es, de abajo a arriba" (Un cuadro medio de París). Otros recurren a referencias estéticas relacionadas sobre todo con el cine: "Es una especie de personaje bastante fantástico o, mejor dicho, bastante extraño [...], podría ser un personaje de Dreyer, en rigor de Bergman y podría ser incluso de Eisenstein, en *Iván el*



La factoría de Lacq por la noche

Terrible [...]. Me gusta mucho" (Un técnico de París). La mayor parte de los cuadros superiores y de los miembros de profesiones liberales juzgan la foto "bella", "expresiva", y hacen referencia no sólo a los filmes de Bergman, Orson Welles, Dreyer y otros, sino también al teatro, invocando a Hamlet, Macbeth o Atalía. Ante una fotografía de las instalaciones de Lacq, que es perfecta para desconcertar los deseos realistas, tanto por su objeto, un establecimiento industrial, ordinariamente desterrado del universo de la representación legítima, como por el tratamiento a que se someten las fotografías nocturnas, los obreros permanecen perplejos, dudan y casi siempre terminan por darse por vencidos: "A primera vista, es una construcción metálica, pero no lo comprendo en absoluto. Podría ser algo relacionado con las grandes centrales eléctricas [...], no veo lo que es, me resulta verdaderamente desconocido" (Un obrero de provincia). "Esto, desde luego, me intriga, no puedo decir nada [...] no veo nada como no sean las luces. No son de faros de automóvil, porque no serían rectilíneas como son; en la parte de abajo se ven unas rejas y un monta-cargas, no, no veo qué puede ser" (Un obrero de París). "Esto... es algo de electrónica, no sé nada sobre eso" (Un obrero de París). En los pequeños patronos, de los que se sabe que juzgan con severidad las investigaciones del arte moderno y, en general, cualquier obra en las que no puedan reconocer las marcas y huellas del trabajo, el desconcierto conduce con frecuencia al puro y simple rechazo: "No es interesante, puede estar muy bien, pero no para mí; repite siempre lo mismo. Para mí, este truco no tiene ningún

interés" (Un artesano de provincia). "He intentado saber si verdaderamente se trata de una foto. Puede ser incluso una reproducción basada en un dibujo realizado con pequeños trazos de lápiz [...]. No sabría dónde situar esta foto. En fin, es algo que corresponde verdaderamente al gusto moderno. Dos golpes a la cosa y ya gusta. Y además la foto y el fotógrafo no tienen mérito alguno, no han hecho nada. Es el pintor el que ha hecho todo, al que le corresponde el mérito, es él quien ha dibujado" (Un pequeño comerciante de provincia). Los empleados y cuadros medios que, estando tan desconcertados como los obreros y los pequeños patronos, están menos dispuestos que los primeros a confesarlo y menos inclinados que los segundos a poner en tela de juicio la legitimidad de aquello que les hace dudar, renuncian con menor frecuencia a emitir un juicio[42]: "Me gusta como foto [...] porque está desarrollada en extensión; son trazos, me parece algo inmenso [...]. Un gran andamiaje [...]. Es la luz capturada en vivo" (Empleado de París). "Es a Buffet al que le gusta hacer cosas como ésta" (Un técnico de París). Pero solamente en los miembros de la clase dominante, que son los más numerosos entre los que logran identificar el objeto que la foto representa, el juicio sobre la forma adquiere su plena autonomía en relación con el juicio sobre el contenido ("Es una foto inhumana pero bella, desde un punto de vista estético"), a causa de sus contrastes, y la representación es comprendida como tal, sin referencia a ninguna otra cosa que no sea a ella misma o a realidades de la misma clase ("pintura abstracta", "obras de teatro de vanguardia", etc.)[43].

El estetismo, que hace de la intención artística el principio del arte de vivir, implica una especie de agnosticismo moral, antítesis perfecta de la disposición ética que subordina el arte a los valores del arte de vivir. La intención artística no puede sino contradecir las disposiciones del *ethos* o las normas de la ética que definen en cada momento, para las diferentes clases sociales, *los objetos y los modos de representación legítimos,* excluyendo del universo de lo que puede ser representado ciertas realidades y ciertas maneras de representarlas: ¿acaso la manera más fácil, y por tanto la más frecuente y la más visible de "*épater le bourgeois*", poniendo a prueba el alcance del poder de constitución estética, no consiste en transgredir cada vez más radicalmente las censuras éticas (en materia sexual, por ejemplo) que las otras clases se dejan imponer incluso en el terreno de lo que la disposición dominante constituye como estética? O, expresado con mayor sutilidad, ¿en constituir como estéticos objetos o maneras de representarlos que están excluidos por la estética dominante del momento u objetos constituidos estéticamente por unas "estéticas" dominadas?

---

[42] La postura, mezcla a la vez de buena voluntad e inseguridad, que caracteriza a la pequeña burguesía ascendente se expresa en la opción refugio que consiste en decir que se puede hacer una fotografía "interesante" –por oposición a bella, fea o insignificante– con los objetos propuestos: así el 40 % de los empleados y cuadros medios estiman que con una serpiente se puede hacer una foto interesante (frente al 25,5 % en la nueva pequeña burguesía, dispuesta más bien a juzgar que con una serpiente puede realizarse una foto bella).

[43] Las variaciones de actitud con respecto a un objeto muy próximo, como puede ser una estructura metálica, nos proporcionan una prueba numérica de lo dicho: la proporción de los sujetos que estiman que una estructura metálica puede servir para hacer una foto bella es del 6 % entre los obreros y el personal de los servicios, del 9 % entre los artesanos y pequeños comerciantes, del 9,5 % entre los empleados y cuadros administrativos medios, del 22 % en la nueva pequeña burguesía, del 24 % entre los maestros e ingenieros técnicos, del 24,5 % en la clase dominante; y del 50 % en los profesores solamente. (Todo permite suponer que las reacciones suscitadas por la arquitectura de Beaubourg obedecen al mismo principio.)

Basta con leer el índice de materias que acaba de publicar *Art. vivant* (1974), "revista vagamente moderna, dirigida por el clan de universitarios vagamente historiadores del arte" (como dijo con gracia un pintor de vanguardia), que ocupa una especie de tierra de nadie en el campo de la crítica pictórica de vanguardia entre *Flashart* o *Arte press* y *Artitude* u *Opus*. En la lista de rúbricas y títulos pueden destacarse: *Africa* (un título: "El arte debe hacerse por todos"), *Arquitectura* (dos títulos, siendo uno de ellos "Arquitectura sin arquitecto"), *Dibujos animados* (cinco títulos, o sea nueve páginas de las 46 que se reparten entre el conjunto del índice), *Escritura-ideogramas-graffiti* (dos títulos, cuatro páginas), *Niño (Arte y), Kitsch* (tres títulos, cinco páginas), *Fotografía* (dos títulos, tres páginas), *Calle (Arte en la)* (quince títulos en veintitrés páginas, entre cuyos títulos se encuentran "¿El Arte en la calle?", "El Arte en la calle, primer episodio", "La belleza callejea. Sólo hay que saber mirar", "El ejemplo viene de un barrio de las afueras"), *Ciencia-ficción-utopía* (dos títulos, tres páginas), *Underground* (un título). La intención de inversión o de *transgresión* que se manifiesta con toda claridad en esta enumeración queda por ello mismo encerrada en los límites que le asignan, *a sensus contrario,* las convenciones estéticas denunciadas y la necesidad de hacer reconocer como estética (es decir, como conforme a las normas del grupo de los transgresores) la transgresión de los límites (de aquí la lógica cuasi-markoviana de las elecciones, con la elección, para el cine, de Antonioni, Chaplin, cinemateca, Eisenstein, erotismo-pornografía, Fellini, Godard, Klein, Monroe, *underground,* Warhol).

Esta postura de *transgresión simbólica,* que a menudo se encuentra asociada con un neutralismo político o un estetismo revolucionario, constituye la antítesis casi perfecta del moralismo pequeño-burgués o de lo que Sartre denominaba la "seriedad" de los revolucionarios[44]. La indiferencia ética que implica la disposición estética, cuando se convierte en el principio del arte de vivir, se encuentra, en efecto, en la raíz de la repulsión ética con respecto al artista (o al intelectual) que se manifiesta con una particular fuerza en las fracciones decadentes y amenazadas de la pequeña burguesía (principalmente comerciantes y artesanos), inclinadas a expresar sus disposiciones regresivas y represivas en todos los campos de la práctica (y especialmente en materia de educación juvenil o a propósito de los estudiantes y de sus manifestaciones), pero también en las fracciones ascendentes de esta clase a las que su tensión en pro de la virtud y su inseguridad profunda hacen muy receptivas al fantasma de la "pornocracia".

La legitimidad de la disposición pura está tan enteramente reconocida que nada alcanza a recordarnos que la definición del arte y, mediante el mismo, del arte de vivir, es una apuesta de la lucha entre las clases. Las artes de vivir dominadas, *que prácticamente no han recibido nunca una expresión sistemática,* casi siempre son percibidas, incluso por sus propios defensores, desde el punto de vista destructor o reductor de la estética dominante, de suerte que no tienen otra alternativa que la degradación o las rehabilitaciones auto-destructivas ("cultura popular"). Por ello se hace preciso invocar una expresión de Proudhon[45], sistemática en su ingenuidad, de la *estética pequeño-burguesa* que, al subordinar el arte a los valores fundamentales del arte de vivir, ve en la perversión cínica del arte de vivir del artista el

---

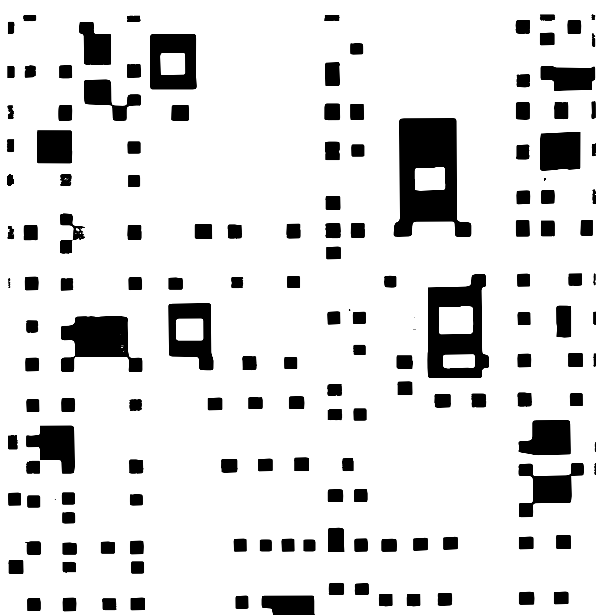
[44] Este se ve con toda evidencia en literatura o en el teatro (por ejemplo, con la "nueva ola" americana de la década de los 60).

[45] Podría, igualmente, haberse invocado a Dickens.

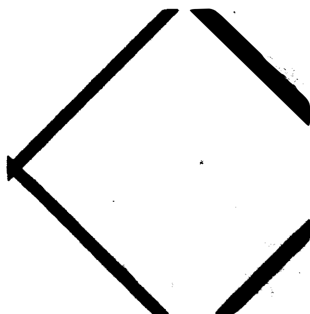
principio de la primacía absoluta conferido a la forma: "Sometido a la influencia de la propiedad, el artista, *depravado* en su razón, *disoluto en sus costumbres, venal y sin dignidad,* es la imagen impura del *egoísmo.* La idea de *lo justo* y *de lo honesto* resbala sobre su corazón sin arraigar en él, y de todas las clases de la sociedad, la de los artistas es la más escasa en almas fuertes y en caracteres nobles"[46]. "El arte por el arte, como se le ha denominado, al no tener en sí su legitimidad, no se sustenta en nada, no es nada. Sólo es *libertinaje* de corazón y *disolución* de espíritu. Separado del derecho y del deber, cultivado y buscado como el más elevado pensamiento del alma y la suprema manifestación de la humanidad, el arte o el ideal, despojado de la mejor parte de sí mismo, reducido a no ser otra cosa que una *excitación de la fantasía y de los sentidos,* es el principio del *pecado,* el origen de toda servidumbre, la envenenada fuente de donde emanan, según la Biblia, todas las *fornicaciones* y abominaciones de la tierra [...]. El arte por el arte, digo yo, el verso por el verso, el estilo por el estilo, la forma por la forma, la fantasía por la fantasía, todas estas enfermedades que corroen a nuestra época, como una enfermedad vergonzosa, es el *vicio* en todo su refinamiento, el mal en su quintaesencia"[47]. Lo que se condena es la autonomía de la forma y el derecho del artista a la investigación formal mediante la cual se arroga la supremacía de aquello que debía ser sólo una mera "ejecución": "No quiero discutir acerca de la nobleza, la elegancia, la postura, el estilo, el gesto, ni acerca de nada de lo que constituye la ejecución de una obra de arte y que son el objeto habitual de la vieja crítica"[48]. Sometidos a la demanda en la elección de sus objetos, los artistas se toman la revancha en la ejecución: "Existen pintores de iglesia, pintores de historia, pintores de batallas, pintores de género, es decir, de anécdotas o de farsas, pintores de retratos, pintores de paisajes, pintores de animales, pintores de marinas, pintores de Venus, pintores de fantasía. Uno cultiva el desnudo, otro los ropajes. Luego cada uno se esfuerza para distinguirse gracias a uno de los medios que concurren en la ejecución. Uno se aplica al dibujo, otro al color; éste cuida la composición, aquél la perspectiva, otro la vestimenta o el color local; uno brilla por el sentimiento, otro por la idealidad o el realismo de sus figuras; alguno compensa la nulidad del sujeto gracias al acabado de los detalles. Cada uno se esfuerza por tener un *truco,* una *originalidad,* una manera, y, con la ayuda de la moda, las reputaciones se hacen y se deshacen"[49]. En oposición con este arte separado de la vida social, sin fe ni ley, el arte digno de este nombre debe subordinarse a la ciencia, a la moral y a la justicia; debe proponerse como fin excitar la sensibilidad moral, suscitar sentimientos de dignidad y delicadeza, idealizar la realidad, sustituyendo a la cosa el ideal de la cosa, pintando lo verdadero y no lo real. En pocas palabras, el arte debe educar; para esto necesita no transmitir "impresiones personales" (como David con el *Juramento del Jeu de Paume* o Delacroix) sino restablecer, como Courbet en *Los campesinos de Flagey,* la verdad social e histórica a la que *todos* pueden juzgar. ("Nos bastaría a cada uno de nosotros con consultarnos a nosotros mismos para encontrarnos en situación, después de reunir una pequeña información, de emitir un juicio sobre cualquier

[46] P. J. Proudhon, *Contradictions économiques,* París, Rivière, 1939, p. 226 (el subrayado es de P. Bourdieu).
[47] *Ibid.,* p. 71 (el subrayado es de P. Bourdieu).
[48] *Ibid.,* p. 166.
[49] *Ibid.,* p. 271.

1



2



3

1 P. Mondrian, *El Boogie-Woogie en Broadway.*

2 P. Mondrian, *Pintura 1.*

3. G. Severini, *Jeroglífico dinámico del Bal Tābarīn.*

obra de arte")[50]. Y cómo no citar, para concluir, un elogio a la casita individual que, con toda seguridad, recibiría la aprobación masiva de las clases medias y populares: "Yo cambiaría el museo del Louvre, Las Tullerías, Notre-Dame –y también el Obelisco– por una casa para vivir, una *casita edificada a mi gusto,* en la que estaría solo, en el centro de un pequeño terreno de una decena de hectáreas, cercado, donde tendría agua, sombra, césped y silencio. Si se me ocurriera situar allí dentro una estatua, no sería desde luego ni un Júpiter ni un Apolo; no tengo nada que hacer con estos señores; ni unas vistas de Londres, de Roma, de Constantinopla o de Venecia: ¡Dios me libre de quedarme en esto! Pondría allí lo que me falta: la montaña, el viñedo, la pradera, cabras, vacas, ovejas, segadores, pastores"[51].

La neutralización y el universo de los posibles

A diferencia de la percepción no específica, la percepción propiamente estética de la obra de arte (que, evidentemente, tiene sus diversos grados de realización) está dotada de un *principio de pertinencia* socialmente constituido y adquirido: este principio de selección le hace percibir y retener, entre los distintos elementos propuestos a la mirada (por ejemplo, unas hojas o unas nubes consideradas sólo como indicios o señales investidos de una función denotadora –"es un álamo", "va a haber tormenta"–), todos los rasgos estilísticos, y solamente éstos, que, *situados en el universo de las posibilidades estilísticas,* distinguen una *particular manera de tratar los elementos retenidos,* hojas o nubes, es decir, un estilo como modo de representación, en el que se expresa el modo de percepción y de pensamiento propio de una época, de una clase o fracción de clase, de un grupo de artistas o de un artista particular. No puede decirse nada para caracterizar estilísticamente a una obra de arte que no suponga la referencia, por lo menos implícita, a las *otras posibles,* simultáneas –para distinguir una obra de sus contemporáneas– o sucesivas –para enfrentarla a obras anteriores o posteriores del mismo autor o de cualquier otro–. Las exposiciones dedicadas al conjunto de la obra de un pintor o de un género (por ejemplo, la naturaleza muerta en la Galería de Bellas Artes de Burdeos en 1978) constituyen la realización objetiva de este campo de posibilidades estilísticas *sustituibles,* que se moviliza cuando se "reconocen" las singularidades del estilo característico de una obra de arte. Con arreglo a una idea previa de la obra de Mondrian y de las anticipaciones que la misma facilita es cómo –según muestra E.H. Gombrich– el cuadro titulado *El Boogie-Woogie en Broadway* toma, como vulgarmente se dice, *todo* su *sentido:* la "impresión de gozoso abandono" que proporciona el juego de unas manchas de colores vivos y muy contrastados sólo puede surgir en un espíritu familiarizado con "un arte que tiene su fundamento en la línea recta y en algunos colores fundamentales, repartidos en unos rectángulos cuidadosamente equilibrados", y capaz de captar, en la desviación con respecto a su deseo de "un severo rigor", el equivalente del "estilo relajado de una música

[50] P. J. Proudhon, *Du principe de l'art et de sa destination social,* París, Rivière, 1939, p. 49.

[51] P. J. Proudhon, *Contradictions économiques, op. cit.,* p. 256. No sería posible comprender *enteramente* la adhesión que han recibido las tesis de Jdanov, muy próximo a Proudhon en más de un punto, sin tener en cuenta las concordancias existentes entre su "estética" y el *ethos* popular o pequeñoburgués de una parte de los dirigentes del partido comunista.

popular". Y basta con imaginar que se trata de un cuadro atribuido a Gino Severini, quien, en algunas de sus obras, trata de expresar "el ritmo de la música para danza en unas composiciones de un esplendor caótico", para darse cuenta de que, remitido a este punto de referencia estilístico, el cuadro de Mondrian más bien evocaría, sin lugar a dudas, el *Primer Concierto de Brandeburgo*[52].

La disposición estética como aptitud para percibir y descifrar las características propiamente estilísticas es, pues, inseparable de la competencia propiamente artística: adquirida por un aprendizaje explícito o por la simple frecuentación de las obras, sobre todo de aquéllas que se albergan en un museo y que, por el hecho de la diversidad de sus funciones originales y de su exposición neutralizante en un lugar consagrado al arte, despiertan el puro interés por la forma, esta habilidad práctica permite situar cada elemento de un universo de representaciones artísticas en una clase definida con respecto a la clase constituida por todas las representaciones artísticas excluidas de forma consciente o inconsciente. Así, la aprehensión de rasgos estilísticos que constituyen la *originalidad* estilística de las obras de una época en relación con las de otra época, o incluso de las obras de un autor en relación con las obras de su escuela o de su época, o también de una manera o de una obra particular de un autor en relación con el conjunto de su obra, no puede disociarse de la aprehensión de las *redundancias* estilísticas, es decir, de los tratamientos típicos de la materia pictórica que definen un estilo. En resumen, la retención de las semejanzas supone la referencia implícita o explícita a las diferencias, y a la inversa; la atribución descansa siempre implícitamente en la referencia a "obras-testigos", retenidas de manera consciente o inconsciente, porque representan en un muy alto grado las cualidades reconocidas, de forma más o menos explícita, como pertinentes en un sistema de clasificación determinado. Todo parece indicar que, incluso en los especialistas, los criterios de pertinencia que definen las propiedades estilísticas de las obras-testigos permanecen casi siempre en estado implícito y que las taxonomías estéticas implícitamente utilizadas para distinguir, clasificar y ordenar las obras de arte jamás tienen el rigor que a veces intentan adjudicarles las teorías estéticas.

En realidad, la simple *señalización* que opera el aficionado o el especialista cuando procede a unas atribuciones no tiene nada en común con la intención propiamente científica de recobrar la razón inmanente y la razón de ser de la obra al reconstruir la situación percibida, la problemática vivida, que no es otra cosa que el propio espacio de las posiciones y de las tomas de posición constitutivas del campo, y en la cual se ha definido, la mayoría de las veces *oponiéndose,* la intención artística propia del artista considerado. Las referencias que constituyen la trama de un trabajo de reconstrucción de esta naturaleza no tienen nada que ver con esas especies de ecos semánticos o de correspondencias afectivas que adornan los discursos de celebración, pero son los instrumentos indispensables para la construcción del campo de posibilidades temáticas o estilísticas, con relación a las cuales se ha afirmado –objetivamente, y, en cierta medida, subjetivamente– la posibilidad retenida por el artista. De tal forma que para comprender la vuelta al arte primitivo de los primeros pintores románticos se necesitaría reconstruir todo el espacio de referencia de esos discípulos de David, de larga barba y vestiduras griegas, que "yendo más allá que su maestro en el culto de lo antiguo, querían

[52] E. H. GOMBRICH, *L'art et l'illusion,* trad. G. Durand, París, Gallimard, 1971, p. 456.

remontarse a Homero, a la Biblia, a Ossian, y despreciaban por 'rococo', 'Van Loo', 'Pompadour', el estilo de la propia antigüedad clásica"[53]: de este modo volveríamos a encontrar las alternativas inseparablemente éticas y estéticas –como la identificación de lo sencillo con lo puro y lo natural–, con referencia a las cuales se determinaban las elecciones, y que no tienen nada en común con las oposiciones transhistóricas caras a las estéticas formalistas[54].

Pero la intención del celebrante o del fiel no es la de comprender y, en la rutina ordinaria del culto de la obra de arte, el juego de las referencias ilustradas o mundanas no tiene más función que la de hacer que la obra entre en la circulación circular de la interlegitimación, y así la alusión al *Ramo de flores* de Jan Bruegel de Velours ennoblece el *Ramo de flores con papagayo* de Jean-Michel Picart, del mismo modo que, en otro contexto, la referencia a este último podrá servir, puesto que es menos corriente, para dar valor al primero. Este juego de alusiones eruditas y de analogías que remiten indefinidamente a otras analogías que, como las oposiciones cardinales de los sistemas míticos o rituales, nunca tienen necesidad de justificarse, haciendo explícito el fundamento de la relación que operan, teje alrededor de las obras una estrecha red de experiencias facticias que mutuamente se afirman y refuerzan, red que *constituye* el encantamiento de la contemplación artística: dicho juego se encuentra en el propio principio de la "idolatría" del que habla Proust y que conduce a encontrar bello "el disfraz de la comedianta o el vestido de la mujer de mundo [...] no porque el tejido sea bello sino porque es el tejido pintado por Moreau o descrito por Balzac"[55].

La distancia con respecto a la necesidad

Para explicar que al aumentar el capital escolar aumenta asimismo la propensión a apreciar una obra "con independencia de su contenido", como a menudo dicen los sujetos más culturalmente ambiciosos –o, por lo menos, la pretensión de hacerlo–, y, de manera más general, la propensión a esas inversiones "gratuitas" y "desinteresadas" que reclaman las obras legítimas, no basta con invocar el hecho de que el aprendizaje escolar proporciona los instrumentos lingüísti-

[53] P. Bénichou, *Le sacre de l'écrivain,* 1750-1830, París, José Corti, 1973, p. 212.

[54] Para una crítica parecida de la aplicación a los pintores románticos alemanes de una oposición vana (entre *soft focus* y *hard focus*), véase E. H. Gombrich, *In search of Cultural History,* Oxford, Clarenton Press, 1969, p. 33.

[55] M. Proust, *Pastiches et mélanges,* París, Gallimard, 1947, p. 173. La analogía como modo de pensamiento circular permite recorrer todo el terreno del arte y del lujo *sin salir nunca de él.* Se hablará del vino de Château Margaux con las mismas palabras que se emplean para describir el castillo cuyo nombre lleva, del mismo modo que en otro lugar se evocará a Proust a propósito de Monet o de Franck, lo que es una buena manera de no hablar ni del uno ni del otro: "La residencia es la misma imagen del vino del lugar. Noble, austera e incluso un poco solemne... Château Margaux parece un templo antiguo dedicado al culto del vino [...] En Margaux, viñedo o casa, no se admiten florituras, pero lo mismo que el vino espera a ser servido para desarrollar sus encantos, la casa espera a que se penetre en ella para liberar los suyos. En los dos casos vienen a la mente las mismas palabras: elegancia, distinción, suavidad, y esa sutil satisfacción que procura aquello que, desde hace muchas generaciones, ha sido objeto de los cuidados más atentos –digamos las palabras justas–, más amantes. El vino largo tiempo madurado, la casa largo tiempo habitada: Margaux vino y Margaux castillo son el resultado de dos cosas que han llegado a ser igualmente raras: *el rigor y el tiempo*" (Eveline Schlumberger, "Le charme enivrant de Château-Margaux", *Connaissance des arts,* noviembre 1973, pp. 101-105).

cos y las referencias que permiten expresar la experiencia estética y constituirla al expresarla: lo que en realidad se afirma en esta relación es la dependencia de la disposición estética con respecto a las condiciones materiales de la existencia, pasadas y presentes, que constituyen la condición tanto de su constitución como de su realización, al mismo tiempo que de la acumulación de un capital cultural (académicamente sancionado o no) que sólo puede ser adquirido al precio de una especie de retirada fuera de la necesidad económica. La disposición estética que tiende a *poner entre paréntesis la naturaleza y la función del objeto representado* y a excluir cualquier tipo de reacción "ingenua" –horror ante lo horrible, deseo ante lo deseable, piadosa reverencia ante lo sagrado– de la misma manera que cualquier respuesta puramente ética, para no tomar en consideración más que el modo de representación, el estilo –percibido y apreciado mediante la comparación con otros estilos–, es una dimensión de una relación global con el mundo y con los otros, de un estilo de vida en el que se exteriorizan, bajo una forma irreconocible, los efectos de unas condiciones particulares de existencia: condición de todo aprendizaje de la cultura legítima, ya sea implícito y difuso como es, casi siempre, el aprendizaje familiar, o explícito y específico, como el escolar, estas condiciones de existencia se caracterizan por la suspensión y el aplazamiento de la necesidad económica, y por la distancia objetiva y subjetiva de la urgencia práctica, fundamento de la distancia objetiva y subjetiva de los grupos sometidos a estos determinismos.

Para conceder a los juegos de la cultura la lúdica seriedad que reclamaba Platón, seriedad sin espíritu de seriedad, seriedad en el juego que supone siempre un juego de lo serio, es preciso ser de los que han podido, si no hacer de su existencia, como el artista, una especie de juego de niños, por lo menos prolongar hasta muy tarde, a veces a lo largo de toda la vida, la relación con el mundo de la infancia (todos los niños comienzan su vida como burgueses, en una relación de poder mágico sobre los otros y, por ellos, sobre el mundo, pero abandonan más o menos pronto la infancia). Esto puede verse bien cuando, por un accidente de la genética social, surgen en el universo civilizado del juego intelectual esas personas que –pensemos en Rousseau o, en otro universo, en Tchernitchevski– introducen en el juego de la cultura compromisos e intereses que no son admisibles en dicho juego; que se dejan atrapar por el juego hasta el punto de abdicar de ese mínimo de distancia neutralizante que implica la *illusio;* que tratan el envite de las luchas intelectuales, objeto de tantas patéticas profesiones de fe, como una simple cuestión de verdadero o falso, de vida o muerte. Por eso la misma lógica del juego les ha asignado de antemano unos papeles que, a pesar de todo, ellos "interpretarán" a la vista de los que, sabiendo mantenerse en los límites de la ilusión intelectual, no pueden verlos de otra manera; el papel del excéntrico o el del mal educado.

Capacidad generalizada de neutralizar las urgencias ordinarias y de poner entre paréntesis los fines prácticos, inclinación y aptitud duraderas para una práctica sin función práctica, la disposición estética no se constituye si no es en una experiencia del mundo liberada de la urgencia y en la práctica de actividades que tienen en sí mismas su propio fin, como los ejercicios escolares o la contemplación de las obras de arte. Dicho de otra manera, esta disposición supone la distancia con respecto al mundo (de la que la "distancia con respecto al papel", ideada por Goffman, es una dimensión particular) que constituye el principio de la experiencia burguesa del mundo. Contrariamente a lo que puede hacer creer una representación mecanicista, la acción pedagógica de la familia y de la escuela, incluso en su

dimensión más específicamente artística, se ejerce por lo menos tanto por medio de unas condiciones económicas y sociales que constituyen la condición de su ejercicio, como por medio de unos contenidos que la misma inculca[56]: el universo escolar del juego reglamentado y del ejercicio por el ejercicio está, al menos en este aspecto, menos alejado de lo que parece del universo "burgués" y de los innumerables actos "desinteresados" y "gratuitos" que le confieren su distintiva singularidad, tales como la conservación y la decoración de la casa, ocasiones para un derroche cotidiano de cuidados, tiempo y trabajo (a menudo por medio de intermediarios, los criados), el paseo y el turismo, desplazamientos que no tienen otro fin que el ejercicio corporal y la apropiación simbólica de un mundo reducido a la condición de paisaje, o también las ceremonias y recepciones, pretextos para un despliegue de lujos rituales, decorados, conversaciones, adornos, por no hablar, por supuesto, de las prácticas y consumos artísticos. Se comprende que, próximos en esto a las mujeres de la burguesía que, parcialmente excluidas de la empresa económica, encuentran su realización en la organización del decorado de la existencia burguesa, cuando no buscan en la estética un refugio o una revancha, los adolescentes burgueses, al mismo tiempo económicamente privilegiados y (provisionalmente) excluidos de la realidad del poder económico, opongan a veces al mundo burgués, que no pueden realmente apropiarse, una negación a la complicidad que encuentra su expresión en la propensión a la estética o al esteticismo.

El poder económico es, en primer lugar, un poder de poner la necesidad económica a distancia: por eso se afirma universalmente mediante la destrucción de riquezas, el gasto ostentoso, el despilfarro y todas las formas del lujo *gratuito*. Así es como la burguesía, al cesar de hacer de toda la existencia, a la manera de la aristocracia de corte, una continua exhibición, ha constituido la oposición de lo rentable y de lo gratuito, de lo interesado y de lo desinteresado bajo la forma de la oposición, que la caracteriza por sí misma según Weber, entre el lugar de trabajo y el lugar de residencia, los días de trabajo y los días de fiesta, el exterior (masculino) y el interior (femenino), los negocios y el sentimiento, la industria y el arte, el mundo de la necesidad económica y el mundo de la libertad artística arrancado, por el poder económico, de esta necesidad.

El consumo material o simbólico de la obra de arte constituye una de las manifestaciones supremas de la *aisance,* en el doble sentido de condición y de disposición que otorga el lenguaje corriente a esta palabra*[57]. El distanciamiento de la mirada pura no puede ser disociado de una disposición general a lo "gratuito", a lo "desinteresado", paradójico producto de un condicionamiento económico

[56] Basta con recordar aquí el análisis de las relaciones entre la condición escolar (universo separado, trabajos que constituyen su propio fin –ejercicios–, etc.) y la relación con el lenguaje que se exige en todas las situaciones "oficiales" (véase P. BOURDIEU, "Les doxosophes", *Minuit,* 1, 1973, páginas 26-45, y P. BOURDIEU, con L. BOLTANSKI, "Le fétichisme de la langue", *Actes de la recherche en sciences sociales,* 4, julio 1975, pp. 2-32.

* Las dos acepciones de la palabra *aisance* a que se refiere el autor son, respectivamente, "Situación de fortuna que asegura una vida fácil" y "Facilidad natural que no da impresión de esfuerzo alguno" (*Micro Robert, Dictionnaire du Français Primordial,* S.N.L. Le Robert, París, 1971). *(Nota de la T.).*

[57] Apenas existen tratados sobre la edad clásica que no establezcan de forma explícita el vínculo entre la *aisance* y la elegancia del estilo, y la *aisance* y la elegancia del estilo de vida. Piénsese, por ejemplo, en la doctrina de la *sprezzatura,* la indolencia que, según Baldassare Castiglione, distingue al perfecto hombre de corte y al perfecto actista.

negativo que, mediante determinadas facilidades y libertades, engendra distancia con respecto a la necesidad. Por ello mismo, la disposición estética se define también, objetiva y subjetivamente, en relación con otras disposiciones: la distancia objetiva con respecto a la necesidad y a los que se encuentran envueltos en ella se acompaña de un distanciamiento intencionado que duplica la libertad por medio de la exhibición. A medida que aumenta la distancia objetiva con respecto a la necesidad, el estilo de vida se convierte cada vez más en el producto de lo que Weber denomina una "estilización de la vida", sistemático partido que orienta y organiza las prácticas más diversas, ya sea la elección de un vino por el año de su cosecha y de un queso, ya sea la decoración de una casa de campo. Como afirmación de un poder sobre la necesidad dominada, contiene siempre la reivindicación de una superioridad legítima sobre los que, al no saber afirmar el desprecio de las contingencias en el lujo gratuito y el despilfarro ostentoso, continúan dominados por los intereses y las urgencias ordinarias: los gustos de libertad no pueden afirmarse como tales más que en relación con los gustos de necesidad, introducidos por ello en el orden de la estética, luego constituidos como vulgares. Esta pretensión aristocrática tiene menos probabilidades que cualquier otra de ser discutida, puesto que la relación de la disposición "pura" y "desinteresada" con las condiciones que la hacen posible, es decir, con las condiciones materiales de existencia más singulares al ser las más liberadas de la necesidad económica, tiene todas las posibilidades de pasar desapercibida, teniendo de este modo el privilegio más enclasante el privilegio de aparecer como el que tiene más fundamento por naturaleza.

El sentido estético como sentido de la distinción

Por eso, la disposición estética es una dimensión de una relación distante y segura con el mundo y con los otros, que a su vez supone la seguridad y la distancia objetivas; una manifestación del sistema de disposiciones que producen los condicionamientos sociales asociados con una clase particular de las condiciones de existencia, cuando aquéllos toman la paradójica forma de la mayor libertad que puede concebirse, en un momento dado del tiempo, con respecto a las coacciones de la necesidad económica. Pero es también una *expresión distintiva* de una posición privilegiada en el espacio social, cuyo valor distintivo se determina *objetivamente* en la relación con expresiones engendradas a partir de condiciones diferentes. Como toda especie de gusto, une y separa; al ser el producto de unos condicionamientos asociados a una clase particular de condiciones de existencia, une a todos los que son producto de condiciones semejantes, pero distinguiéndolos de todos los demás y en lo que tienen de más esencial, ya que el gusto es el principio de todo lo que se tiene, personas y cosas, y de todo lo que se es para los otros, de aquello por lo que uno se clasifica y por lo que le clasifican.

Los gustos (esto es, las preferencias manifestadas) son la afirmación práctica de una diferencia inevitable. No es por casualidad que, cuando tienen que justificarse, se afirmen de manera enteramente negativa, por medio del rechazo de otros gustos[58]: en materia de gustos, más que en cualquier otra materia, toda

[58] Dos ejemplos entre mil, pero paradigmáticos, del empleo explícito del esquema "es otra cosa que": "*La novia del pirata* es uno de los escasos filmes franceses *verdaderamente* satíricos, *verdadera-*

determinación es negación[59]; y sin lugar a dudas, los gustos son, ante todo, *disgustos,* hechos horrorosos o que producen una intolerancia visceral ("es como para vomitar") para los otros gustos, los gustos de los otros. De gustos y colores no se discute: no porque todos los gustos estén en la naturaleza, sino porque cada gusto se siente fundado por naturaleza –y casi lo está, al ser *habitus**–, lo que equivale a arrojar a los otros en el escándalo de lo antinatural. La intolerancia estética tiene violencias terribles. La aversión por los estilos de vida diferentes es, sin lugar a dudas, una de las barreras más fuertes entre las clases: ahí está la homogamia para testificarlo. Y lo más intolerable para los que se creen poseedores del gusto legítimo es, por encima de todo, la sacrílega reunión de aquellos gustos que el buen gusto ordena separar. Lo que quiere decir que los juegos de artistas y estetas y sus luchas por el monopolio de la legitimidad artística son menos inocentes de lo que parecen; no existe ninguna lucha relacionada con el arte que no tenga también por apuesta la imposición de un arte de vivir, es decir, la transmutación de una manera arbitraria de vivir en la manera legítima de existir que arroja a la arbitrariedad cualquier otra manera de vivir[60]. El estilo de vida del artista constituye siempre un desafío al estilo de vida burgués, cuya irrealidad, e incluso absurdidad aquél intenta poner de manifiesto mediante una especie de demostración práctica de la incon-

---

mente divertidos, porque no recurre a esa comicidad cuidadosamente anodina, prudentemente inofensiva de *La Grande Vaddrouille* y *Le Petit Baigneur* [...]. Es, en resumen, *otra cosa que* la siniestra broma fabricada por los destajistas de las diversiones de bulevar" (J. L. Bory, *Le nouvel observateur,* n.º 265, 8-14 de diciembre de 1969; la cursiva es de P. Bourdieu). "Por distancia, por diferencia por lo menos, hay que intentar presentar *otro tipo de texto* sobre la modernidad pictórica *que* las machaconerías *de cierta crítica* de arte. *Entre* la afasia verborreica, la transcripción textual de los cuadros, los fervores agradecidos *y* los trabajos de estética especializados, hay quizá que *señalar* algunas conexiones, algunas fijaciones del trabajo conceptual, teórico, con algunas producciones plásticas contemporáneas" (G. GASSIOT-TALABOT *et al.*, *Figurations 1960/1973,* París, Union générale des éditions, col. 10-18, 1973, página 7.

[59] Esta negatividad esencial, que se encuentra inscrita en la propia lógica de la constitución del gusto y de su transformación, explica que, como hace notar Gombrich, "la terminología de la historia del arte contenga tantas palabras que expresan un principio de exclusión": "Numerosos movimientos artísticos erigen un nuevo tabú, un nuevo principio negativo, como la proscripción de todos los elementos 'anecdóticos' en los impresionistas. Los eslóganes y consignas positivos que leemos en los manifiestos pasados o presentes de los artistas o de los críticos están normalmente mucho peor definidos" (E. H. GOMBRICH, *Norm and Form, Studies in the Art of the Renaissance,* Londres, Nueva York, Phaidon, 1966, p. 89).

* J. J. SÁNCHEZ DE HORCAJO, en *La Cultura. Reproducción o cambio (El análisis sociológico de P. Bourdieu)*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 1979, dice con respecto a este término: "El concepto de *habitus* ocupa un lugar central, no sólo en la epistemología, sino en todo el análisis sociológico de P. Bourdieu. El *habitus* es tanto el elemento generador de la práctica, como el factor primordial de la reproducción cultural o simbólica [...]" (p. 87). En la página siguiente transcribe –traducida– la propia definición del término por P. Bourdieu: "*El habitus* se define como un *sistema de disposiciones durables y transferibles –estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes– que integran todas las experiencias pasadas y funciona en cada momento como matriz estructurante de las percepciones, las apreciaciones y las acciones de los agentes cara a una coyuntura o acontecimiento y que él contribuye a producir.* (P. BOURDIEU, *Esquisse d'une théorie de la pratique, précédé de trois études d'ethnologie kabyle,* Droz, Ginebra, 1972, p. 17)". *(Nota de la T.).*

[60] Esto se ve bien en el caso del teatro, que afecta de forma más directa y abierta a los principios implícitos o explícitos del arte de vivir y que, sobre todo en el caso de la comedia, supone una comunidad de valores o de intereses, o, mejor, una complicidad y una connivencia basadas en la adhesión inmediata a las mismas evidencias, las de la *doxa,* conjunto de opiniones asumidas bajo el patrón de la creencia prereflexiva (lo que explica que la diferenciación de las instituciones de difusión y de los productos que éstas ofrecen sea más marcada en materia de teatro que en ningún otro arte).

sistencia y vanidad de los prestigios y poderes que éste persigue: la relación neutralizante con el mundo que define por sí a la disposición estética alberga en sí la falta de realización del espíritu de seriedad que implican las inversiones burguesas. Como los juicios visiblemente éticos de los que no poseen los medios necesarios para hacer del arte el fundamento de su arte de vivir, de ver al mundo y a los otros a través de las reminiscencias literarias o de las referencias pictóricas, los juicios "puros" y puramente estéticos del artista y del esteta encuentran su principio en las disposiciones de un *ethos*[61]: pero como resultado de la legitimidad que les es reconocida mientras que permanezca desconocida su relación con las disposiciones e intereses propios de un grupo definido por un fuerte capital cultural y un débil capital económico, proporcionan una especie de término absoluto al juego necesariamente indefinido de los gustos que se relativizan mutuamente; contribuyendo de este modo, mediante una inversión paradójica, a legitimar la pretensión burguesa a la "distinción natural" como *absolutización de la diferencia.*

Las posturas objetiva y subjetivamente estéticas que suponen, por ejemplo, la cosmética corporal, el vestido o la decoración doméstica, constituyen otras tantas ocasiones de probar o de afirmar la posición ocupada en el espacio social como categoría que hay que tener o distancia que se debe mantener. Resulta evidente que todas las clases sociales no están igualmente impelidas y preparadas para entrar en este juego de rechazos que rechazan otros rechazos, de superaciones que superan otras superaciones, y que las estrategias que intentan transformar las disposiciones fundamentales de un estilo de vida en sistema de principios estéticos, las diferencias objetivas en distinciones electivas, las opciones pasivas –constituidas en exterioridad por la lógica de las relaciones distintivas– en posturas conscientes y electivas, en partidos estéticos, están reservadas, de hecho, a los miembros de la clase dominante e incluso a la muy alta burguesía, o a los inventores y profesionales de la "estilización de la vida" que son los artistas, los únicos que están en condiciones de hacer de su arte de vivir una de las bellas artes. Por el contrario, la entrada de la pequeña burguesía en el juego de la distinción se pone de manifiesto, entre otros indicios, por la ansiedad que suscita el sentimiento de dar motivo para la clasificación, al exponer al gusto de los otros indicios tan seguros de su propio gusto como los vestidos o los muebles, un simple par de butacas como en alguna novela de Nathalie Sarraute. Por lo que respecta a las clases populares, no tienen, sin duda, ninguna otra función en el sistema de posturas estéticas que la de contraste, de punto de referencia negativo con respecto al cual se definen, de negación en negación, todas las estéticas[62]. Ignorando o rechazando la manera y el estilo, la "estética" (en sí) de las clases populares y de las fracciones menos cultu-

[61] Para el análisis del arte por el arte como expresión del estilo de vida del artista, véase P. Bourdieu, "L'invention de la vie d'artiste", *Actes de la recherche en sciences sociales,* 1975, 2, pp. 67-93.

[62] Incluso si algunos artistas, por una aparente excepción, buscan algunas de las preferencias populares, que tenían un sentido completamente distinto dentro de una configuración dominada por unas opciones que para ellos eran enteramente improbables, cuando no imposibles. El principio de estos retornos a lo "popular", que habitualmente se disfrazan de retorno al pueblo, reside no en una verdadera relación con las clases populares, con frecuencia ignoradas –incluso en la *idealización,* que es una forma de rechazo–, sino en las relaciones internas del campo de producción artística o del campo de la clase dominante (esto vale de manera general; sería necesario examinar lo que los escritos de los intelectuales referentes a las clases populares deben a los intereses específicos de los mismos en las luchas que tienen como apuesta, si no el pueblo, al menos la legitimidad que confiere, *en ciertas condiciones del campo,* el hecho de aparecer como portavoz de los intereses populares).

ralmente dotadas de las clases medias constituye como "bonito", "gracioso", "adorable" (con preferencia a "bello") lo que ya está constituido como tal en la "estética" de los calendarios, carteles y tarjetas postales, puestas de sol o niña jugando con un gato, danza folklórica o cuadro célebre, primera comunión o procesión infantil. La intención de distinción aparece con el esteticismo pequeño-burgués que, al hacer sus delicias de todos los sustitutivos pobres de los objetos y prácticas elegantes, madera torneada y guijarros pintados, mimbre y rafia, artesanado y fotografía artística, se define contra la "estética" de las clases populares, de la que rechaza sus objetos predilectos, temas de "cromos" tales como paisajes de montaña, puestas de sol sobre el mar y bajo el bosque, o fotografías de recuerdos, primera comunión, monumento o cuadro célebre (véase gráfico 2). En materia de fotografía, este gusto se orienta hacia objetos próximos a los de la "estética" popular pero ya semineutralizados por la referencia más o menos explícita a una tradición pictórica o por una intención visible de investigación que asocia el pintoresquismo social (tejedor trabajando en su oficio, riña entre mendigos, danza folklórica) y la gratuidad formal (guijarros, cuerda, corteza de árbol)[63]. Y es significativo que el arte medio por excelencia encuentre uno de sus objetos predilectos en uno

[63] En los técnicos es en los que, sin lugar a dudas, se encuentra la forma más pura del "gusto medio". Ocupan, por sus elecciones en materia de fotografía, una posición intermedia (véase gráfico 2) en el espacio de las clases medias, junto con los artesanos, los pequeños comerciantes, los empleados y los cuadros administrativos medios por el lado de las clases populares, y los maestros y la nueva pequeña burguesía por el lado de las clases superiores. Los técnicos se inclinan, con una frecuencia particularmente alta, hacia los objetos más típicos de la fotografía como arte medio (tejedor, naturaleza muerta), en tanto que la nueva pequeña burguesía orienta más a menudo sus preferencias hacia objetos que, al no parecerles constituidos por la estética tradicional, les resultan más "originales" (cuerda, coles) y también hacia aquéllos que participan del pintoresquismo social (riña entre mendigos).

Gráfico 2–**La disposición estética en la pequeña burguesía**

	artesanos, pequeños comerciantes	empleados, cuadros admvos. medios	técnicos
máximo de elecciones	puesta de sol paisaje danza folklórica	puesta de sol paisaje danza folklórica	puesta de sol paisaje niña con gato mujer amamantando tejedor danza folklórica
	niña con gato mujer amamantando tejedor primera comunión	niña con gato mujer amamantando cuadro célebre naturaleza muerta primera comunión	naturaleza muerta corteza
	cuadro célebre monumento célebre naturaleza muerta corteza	corteza	serpiente
	mujer encinta estructura metálica serpiente	monumento célebre tejedor serpiente	primera comunión
	riña entre mendigos hombre herido depósito de chatarra cuerda	estructura metálica mujer encinta coles riña entre mendigos cuerda	monumento célebre estructura metálica cuadro célebre depósito chatarra cuerda
mínimo	coles tajo de carnicero accidente automóvil	tajo de carnicero depósito de chatarra hombre herido accidente automóvil	mujer encinta coles riña entre mendigos hombre herido tajo de carnicero accidente automóvil

de los espectáculos más característicos de la "cultura media" (junto con el circo, la opereta y las corridas de toros), la danza folklórica (de la que se sabe que gusta particularmente a los obreros cualificados y contramaestres, cuadros medios y empleados)[64]. De la misma manera que el registro fotográfico del pintoresquismo social, cuyo objetivismo populista sitúa a distancia a las clases populares, al constituirlas en objeto de contemplación o incluso de conmiseración o de indignación, el espectáculo del "pueblo" ofreciéndose a sí mismo en espectáculo, como sucede en la danza folklórica, constituye una ocasión de experimentar la relación de *proximidad distante,* bajo la forma de la falta de realización operada por el realismo estético y la nostalgia populista, que es una dimensión fundamental de la relación de la pequeña burguesía con las clases populares y con sus tradiciones. Pero este esteticismo "medio" sirve a su vez de contraste a los más informados de los miembros de las nuevas fracciones de clases medias que rechazan los objetos favoritos de éstas, y también a los profesores de enseñanza secundaria cuyo esteticismo de consumidores (practican relativamente poco la fotografía y las demás artes) se afirma como capaz de constituir estéticamente cualquier clase de objeto con excepción de los que son constituidos por el "arte medio" de los pequeños-burgueses (como son el tejedor y la danza folklórica, a los que califican de "interesantes")[65].

[64] F. C., VII, II, pp. 82-83.

[65] En estas dos categorías es en las que se encuentra el más fuerte rechazo de la foto recuerdo ("La foto recuerdo es tonta y trivial"; "La foto está hecha más que nada para conservar la imagen de las personas queridas"), del realismo en la pintura (rechazando frases como "Un buen cuadro debe reproducir lo que hay de bello en la naturaleza") o en la fotografía (al rechazar "Para que una foto sea buena basta con que pueda reconocerse de qué se trata"); y la más resuelta afirmación de la adhesión a la pintura moderna (mediante el rechazo del juicio "La pintura moderna está hecha de cualquier manera; un niño podría hacer otro tanto").

maestros	nueva pequeña burguesía
puesta de sol mujer amamantando niña con gato paisaje corteza	puesta de sol paisaje mujer amamantando niña con gato corteza
tejedor danza folklórica	tejedor naturaleza muerta danza folklórica
serpiente	cuerda
mujer encinta monumento célebre naturaleza muerta estructura metálica cuerda	serpiente
cuadro célebre depósito chatarra riña entre mendigos coles tajo de carnicero hombre herido primera comunión	cuadro célebre coles mujer encinta estructura metálica riña entre mendigos monumento célebre primera comunión
accidente automóvil	depósito de chatarra tajo de carnicero hombre herido accidente automóvil

Los diferentes objetos han sido jerarquizados para las diferentes fracciones de clase según el porcentaje de sujetos que han creído que podía hacerse con ellos una foto bella.

Estetas en intención, testimonian con claridad, por medio de sus rechazos distintivos, que poseen la habilidad práctica de las relaciones entre los objetos y los grupos que se encuentran en el principio de todos los juicios sobre la forma, "esto parece..." ("Esto parece pequeño-burgués", "esto parece de nuevo rico", etc.), sin estar en condiciones de tener el valor de declarar bellos los objetos más característicos de la "estética" popular (una primera comunión) o de la pequeño-burguesa (la maternidad, la danza folklórica) a los que las relaciones de proximidad estructural les induce a detestar de forma espontánea.

Las elecciones estéticas explícitas con frecuencia se constituyen, en efecto, por oposición a las elecciones de los grupos más próximos en el espacio social, con los que la competencia es la más directa e inmediata, y sin duda, con mayor precisión, por lo que respecta a aquéllas de entre estas elecciones en las que se manifiesta mejor la intención, percibida como pretensión, de señalar la distinción con respecto a los grupos inferiores, como por ejemplo, para los intelectuales, los Brassens, Ferrat o Ferré de los maestros. De este modo, en calidad de bien cultural casi universalmente accesible (como la fotografía) y realmente *común* (por el hecho de que no existe casi nadie que no esté expuesto, en cualquier momento a los "éxitos" pasajeros), la canción requiere, por parte de quienes intentan marcar su diferencia, una vigilancia muy particular: los intelectuales, los artistas y los profesores de la enseñanza superior parecen vacilar entre el rechazo en bloque de aquello que no puede ser, como mucho, más que un "arte medio", y una adhesión selectiva, apropiada para manifestar la universalidad de su cultura y de su disposición estética[66]; por su parte, los patronos y los miembros de profesiones liberales, poco inclinados a la canción llamada intelectual, marcan su distancia con respecto a la canción corriente rechazando con disgusto a los cantantes más divulgados y más "vulgares" (Compagnons de la Chanson, Mireille Mathieu, Adamo o Sheila) y haciendo una excepción con los cantantes más antiguos y consagrados (como Edith Piaf o Charles Trénet) o los más cercanos a la opereta y al *bel canto.* Pero son las clases medias las que encuentran en la canción (como en la fotografía) una ocasión para manifestar su pretensión artística al rechazar a los cantantes favoritos de las clases populares (como Mireille Mathieu, Adamo, Aznavour o Tino Rossi) y al afirmar su preferencia por los cantantes que tratan de ennoblecer este género "menor": así es como los maestros no se distinguen nunca tanto de las otras fracciones de la pequeña burguesía como lo hacen en este terreno, en el que, mejor que en el del arte legítimo, pueden aplicar sus disposiciones escolares y afirmar su propio gusto en la elección de los cantantes que proponen una poesía populista que cae dentro de la tradición de la escuela primaria, como Douai y Brassens (que estuvo inscrito, hace algunos años, en el programa de la Escuela normal superior de Saint-Cloud)[67].

[66] Las limitaciones impuestas por la lista de opciones preformadas pesan mucho aquí, impidiendo captar en su totalidad estos "conflictos" y las estrategias destinadas a eludirlos: cualquiera que hubiera escogido "con la muerte en el alma" a Georges Brassens y a Jacques Douai hubiera podido señalar su rechazo de la canción y la prueba de su "apertura" citando, al precio de una redefinición implícita, cualquier canción de Kurt Weill o cualquier vieja canción napolitana (una emisión de France-Musique como "El concierto egoísta" resulta muy reveladora si se mira desde este prisma).

[67] Además de los datos proporcionados por la pregunta formulada en la encuesta, se han utilizado los resultados de una encuesta realizada por la ORTF (Servicio de estudios de opinión, *Une enquête sur les variétés,* julio 1972, 7 p.; F.C., XIX) y una treintena de entrevistas en profundidad, con vistas a captar la constelación de *preferencias y rechazos* en unas condiciones tan próximas como fuera posible a

Puede observarse, dentro de la misma lógica, que la pequeña burguesía en decadencia rechaza sistemáticamente las virtudes que la nueva pequeña burguesía se atribuye de muy buena gana (divertida, refinada, distinguida, artista, llena de fantasía); en tanto que ésta manifiesta su pretensión estética mediante el rechazo de las constelaciones más típicamente burguesas y su preocupación por ir a contracorriente de los juicios comunes que ocupan un gran espacio en las profesiones de fe estética: de aquí, por ejemplo, a propósito de las cualidades de los amigos o de las viviendas, las abigarradas combinaciones tales como "artista, sociable, divertido, confortable, fácil de mantener en buen estado, lleno de fantasía" (un representante de París), "dinámico, espíritu positivo, distinguido, bien arreglado, cálido, refinado, decidido, confortable, armonioso, íntimo" (un animador de programas de radio de Lille). Es también la misma lógica la que impele a los miembros de las profesiones liberales a distinguirse de los recién llegados a la burguesía rechazando aquellas cualidades que más denotan los rasgos de un talante de ambición y de ascensión como "decidido", "espíritu positivo" (frecuentemente escogidos por los cuadros administrativos) o los adjetivos más "pretenciosos", tales como "distinguido" o "refinado", utilizados a menudo por la nueva pequeña burguesía.

Puede también suponerse que la afirmación de la omnipotencia de la visión estética que se encuentra en los profesores de la enseñanza superior, que son los más inclinados a decir de todos los objetos propuestos que pueden ser tema para una bella fotografía, y a declarar su reconocimiento del arte moderno o del estatus artístico de la fotografía, se debe mucho más a la intención de distinción que a un verdadero *universalismo* estético. Esto no escapa a la atención de los astutos productores de vanguardia que, al disponer de la suficiente autoridad como para cuestionar, si es preciso, el propio dogma de la omnipotencia del arte[68], se encuentran bien situados para reconocer en este "partido" el efecto de una lección aprendida y la preocupación de no significarse por rechazos de antemano condenados: "¿Quién es capaz de decir: cuando yo miro un cuadro, no me intereso por lo que representa? En estos momentos, el tipo de gente poco cultivada artísticamente. Decir esto es típico de alguien que no tiene ninguna idea del arte. *Hace veinte años,* incluso hace veinte años yo no sé si los pintores abstractos hubieran dicho esto, creo que no. Esto es típico que lo diga el tipo que no es conocedor y que dice: yo no soy un viejo idiota, lo que cuenta es que sea bonito" (un pintor vanguardista, 35 años). En todo caso, sólo ellos pueden permitirse la osadía necesaria para operar, mediante un rechazo de todos los rechazos, la recuperación paródica o sublimada de los mismos objetos que rechaza el esteticismo de grado inferior. La "rehabilitación" de objetos "vulgares" es tanto más arriesgada, pero también "paga" más, cuanto más pequeña es la distancia en el espacio o en el tiempo social, y

las de la conversación ordinaria. Estas entrevistas han permitido verificar que, como lo estableció la encuesta de la ORTF, los cantantes son tanto más rechazados por los más cultivados –cuyos gustos en la materia se expresan casi exclusivamente en forma de rechazo– cuanto más preferidos sean por los menos cultivados; estos rechazos, que se expresan siempre bajo la forma de repugnancia, están frecuentemente acompañados con piadosas o indignadas consideraciones sobre los correspondientes gustos ("No puedo comprender que esto pueda gustar").

[68] Dogma que sigue siendo reconocido y profesado en algunos sectores menos avanzados del campo de producción artística, como testimonia esta típica declaración: "Sin embargo, yo diría que las pinturas de Gaston Planet son totalmente incomprensibles. Diría que me gusta que sean así. No enigmáticas. Pero enteramente mudas. Sin puntos de referencia. Sin distracciones" (Paul Louis Rossi, Catálogo de Gaston Planet).

los "horrores" del *kitsch* popular son más fáciles de recuperar que los de las imitaciones pequeño-burguesas, de la misma manera que puede comenzarse a juzgar "divertidas" las "abominaciones" del gusto burgués cuando se encuentran lo suficientemente alejadas en el pasado como para dejar de ser "comprometedoras".

Baste con indicar que, además de los objetos propuestos para su enjuiciamiento que ya estaban constituidos en la fecha de la encuesta, ya sea por una determinada tradición pictórica (como la estructura metálica de los Léger o Gromaire, la riña entre mendigos, variante de un viejo tema de pintura realista generosamente repetido en foto, o el tajo de carnicero), ya sea por la tradición fotográfica (como el tejedor trabajando en su oficio, la danza folklórica, la corteza de árbol), la mayor parte de los objetos "insignificantes" han sido constituidos estéticamente a partir de la época de la encuesta por determinados pintores vanguardistas (como la puesta de sol sobre el mar, por un Richer que pinta tomando como modelo fotografías de paisajes típicamente románticos, o por Long o Fulton, pintores ingleses que hacen fotografías de paisajes con intención "conceptual", o incluso por el Land Art; o el accidente de auto, por Andy Warhol; o la riña entre mendigos, con éstos durmiendo sobre el Bowery de los hiperrealistas norteamericanos; o la primera comunión, por Boltanski, que ha constituido estéticamente hasta el álbum familiar, etc.). Unicos objetos no "recuperados" y provisionalmente "irrecuperables", los temas privilegiados del esteticismo de primer grado –el tejedor trabajando en su oficio, la danza folklórica, la corteza de árbol, la mujer amamantando–: no lo suficientemente alejados, son menos propicios a la exhibición de un poder absoluto de constitución estética; menos favorables a la manifestación de la distancia, están más amenazados de que se les tome como intenciones de primer grado. La reapropiación es tanto más difícil cuanto de manera más evidente la estética en sí a la que se aplica deja ver el reconocimiento de la estética dominante, y la separación que las distingue corre más el riesgo de pasar desapercibida.

El artista coincide también con el "burgués" en un punto: prefiere la "ingenuidad" a la "pretensión"[69]. El "pueblo" tiene el mérito esencial de ignorar las pretensiones al arte (o al poder) que inspiran las ambiciones del "pequeño-burgués"; su indiferencia encierra el reconocimiento tácito del monopolio. Por ello, en la mitología de los artistas y de los intelectuales que, al término de sus estrategias de contrapelo y doble negación, reencuentran a veces sus gustos y opiniones, desempeña a menudo un papel que no es tan diferente del que asignaban al campesino las ideologías conservadoras de la aristocracia decadente.

[69] En realidad, la "pretensión" deja a los pequeños-burgueses particularmente desarmados en los campos poco legítimos o en vías de legitimación que los privilegiados de la cultura, a pesar de todo, les ceden, ya se trate de la fotografía o del cine, donde a menudo se expresan sus ambiciones (como testimonia, por ejemplo, el hecho de que la separación entre la pequeña burguesía y la burguesía es claramente menor cuando se trata del conocimiento de los directores cinematográficos que cuando se trata del conocimiento de los compositores musicales): los pequeño-burgueses de nuevo estilo que, situados ante una serie de juicios objetivamente jerarquizados, saben elegir la buena respuesta, se muestran casi tan desarmados como las clases populares ante el acto de constitución estética (ni un solo comerciante de arte dice que un accidente de automóvil pueda ser objeto de una foto bella, y el depósito de chatarra suscita reacciones parecidas).

Si las variaciones del capital escolar siempre están muy íntimamente ligadas con las variaciones de la competencia, incluso en campos tales como el cine o el jazz, que ni son enseñados ni están controlados directamente por la institución escolar, no es menos cierto que, a *capital escolar equivalente,* las diferencias de origen social (cuyos *efectos* se expresan ya en las diferencias de capital escolar) están asociadas a unas diferencias importantes. Diferencias tanto más importantes y visibles (salvo en los niveles escolares más elevados, en los que el efecto de superselección tiende a neutralizar las diferencias de trayectoria) cuanto que, en primer lugar, se requiere menos una competencia estricta y estrictamente controlable y más una especie de familiaridad con la cultura, y que, en segundo lugar, esta competencia se aleja de los universos más "académicos", más clásicos, para aventurarse hacia regiones menos legítimas, más "arriesgadas", de la cultura llamada "libre" –no enseñada en la escuela aunque tenga un valor reconocido en el mercado escolar–, que puede, en muchas ocasiones, tener un rendimiento simbólico muy alto y procurar un gran beneficio de distinción. El peso relativo del capital escolar en el sistema de factores explicativos puede ser incluso mucho más pequeño que el peso del origen social, cuando no se pide a las encuestas otra cosa que el que expresen una *familiaridad de estatus* con la cultura legítima o en vías de legitimación, relación paradójica, fabricada con esa mezcla de seguridad y de ignorancia (relativa) en la que se afirman los verdaderos derechos de la burguesía, que se miden por la antigüedad.

A capital escolar igual, el porcentaje de los que dicen conocer por lo menos doce de las obras de música propuestas crece más resueltamente que el porcentaje de los que pueden citar el nombre de por lo menos doce compositores, conforme se va desde las clases populares a la clase dominante, estando muy atenuadas las diferencias entre los poseedores de un título de enseñanza superior (véase tabla 4). La misma lógica rige las diferencias según el sexo, que únicamente son de menor amplitud: mientras que en materia de compositores no se registran diferencias según los sexos entre individuos originarios de la misma clase, aparecen grandes diferencias a favor de las mujeres en cuanto concierne a la familiaridad con las obras, en particular en las clases medias y superiores (en las clases populares este conocimiento es muy pequeño con independencia del sexo); en las dos categorías que cuentan con mayor número de pesonas del sexo femenino, los servicios médico-sociales y las secretarias, la totalidad de las personas interrogadas dicen conocer por lo menos tres de las obras propuestas. Esta diferencia en la relación vivida o declarada con la música se explica sin duda, por una parte, por el hecho de que la división tradicional de los cometidos entre los sexos asigna a las mujeres la familiaridad con las cosas artísticas y literarias.

Las diferencias ligadas con el origen social son también muy marcadas para el conocimiento de los directores de cine, que, a igual nivel de instrucción, es tanto más elevado cuanto más alto es el origen social. Del mismo modo, el porcentaje de los que afirman que puede hacerse una bella fotografía con objetos "feos" o insignificantes aumenta, a igual nivel de instrucción, con el origen social. ¿Es necesario decir que a los diferentes modos de adquisición corresponden también unas diferencias en la naturaleza de las obras preferidas? Las diferencias ligadas con el origen social tienden a aumentar a medida que aumenta la distancia del centro del blanco de la acción escolar, conforme se va de la literatura a la pintura o

Tabla 4—El conocimiento de los compositores y de las obras musicales

Titulación	Origen social	Número de compositores conocidos					Número de obras conocidas				
		0 - 2	3 - 6	7-11	12 et*	Total	0 - 2	3 - 6	7-11	12 et*	Total
sin titulación CEP, CAP	Clases populares	69.5	23.5	5.5	1.5	100	32.5	48.5	17.5	1.5	100
	Clases medias	68.5	21.0	8.5	2.0	100	21.0	55.0	19.5	4.5	100
	Clases superiores	46.0	25.0	8.5	20.5	100	12.5	33.5	29.0	25.0	100
	Conjunto	67.0	22.0	7.5	3.5	100	24.5	51.0	19.5	5.0	100
BEPC	Clases populares	57.5	15.5	23.0	4.0	100	15.5	27.0	50.0	7.5	100
	Clases medias	48.5	35.5	9.5	6.5	100	8.5	43.0	34.5	14.0	100
	Clases superiores	31.5	41.5	13.5	13.5	100	8.0	31.5	41.0	19.5	100
	Conjunto	44.5	34.0	13.0	8.5	100	9.5	37.0	39.0	14.5	100
Bachillerato	Clases populares	11.0	59.5	18.5	11.0	100	–	33.0	52.0	15.0	100
	Clases medias	19.0	32.0	38.0	11.0	100	3.5	26.5	51.0	19.0	100
	Clases superiores	21.5	21.5	37.5	19.5	100	5.0	19.5	42.5	33.0	100
	Conjunto	18.5	32.5	35.5	13.5	100	3.5	25.5	48.5	22.5	100
Pequeña escuela y estudios superiores inacabados	Clases populares	–	35.0	32.5	32.5	100	–	7.0	66.5	26.5	100
	Clases medias	7.0	15.0	47.5	30.5	100	–	22.0	49.0	29.0	100
	Clases superiores	7.5	15.5	44.5	32.5	100	8.0	13.5	38.5	40.0	100
	Conjunto	7.0	16.5	44.5	32.0	100	5.5	15.0	43.0	36.5	100
Licenciatura agregación, Gran escuela	Clases populares	–	35.0	32.5	32.5	100	–	7.0	66.5	26.5	100
	Clases medias	7.0	15.0	47.5	30.5	100	–	22.0	49.0	29.0	100
	Clases superiores	7.5	15.5	44.5	32.5	100	8.0	13.5	38.5	40.0	100
	Conjunto	7.0	16.5	44.5	32.0	100	5.5	15.0	43.0	36.5	100

a la música clásica y, *a fortiori,* al jazz o al arte de vanguardia[70]. Aquellos que han adquirido por y para la escuela lo esencial de su capital cultural tienen inversiones culturales más "clásicas", menos arriesgadas, que aquellos que han recibido una importante herencia cultural.

Así, por ejemplo, si los miembros de la clase dominante que están en posesión de las titulaciones más altas (agregación o diploma de gran escuela) tienen en común el hecho de no citar nunca ciertas obras o ciertos pintores típicos de la cultura media, como pueden ser Buffet o Utrillo, de tener un gran conocimiento de los compositores y de enfocar sus preferencias hacia *El clavecín bien temperado* o *El pájaro de fuego,* los que son originarios de las clases populares o medias realizan con frecuencia elecciones que indican su respeto por una cultura más "académica" (Goya, Vinci, Bruegel, Watteau, Rafael) y suscriben en un porcentaje no despreciable (25 %) el juicio según el cual "la pintura es algo que está bien, pero es difícil", mientras que aquellos que proceden de la clase dominante conocen un mayor número de obras y eligen con mayor frecuencia obras más alejadas de la cultura "académica" (Braque, *El concierto para la mano izquierda*). De igual modo, aquellos miembros de la pequeña burguesía establecida (artesanos, pequeños comerciantes, empleados, cuadros medios) que tienen un capital escolar relativamente pequeño (igual o inferior al BEPC) realizan elecciones que llevan claramente el signo de su trayectoria. Así, los que entre ellos se encuentran en situación ascendente manifiestan de muchas maneras su respeto por la cultura legítima (por ejemplo, dando con mayor frecuencia que los demás su aprobación al juicio "la pintura es algo que está bien, pero es difícil") y eligen obras típicas del gusto medio (Buffet, Utrillo) o incluso del gusto popular *(El bello*

[70] En una encuesta anterior se había puesto de manifiesto que los estudiantes originarios de las clases populares o medias que obtenían resultados más o menos equivalentes a los de los estudiantes de origen burgués en materia de cultura clásica, obtenían resultados inferiores conforme se va hacia la "cultura libre", es decir, tanto hacia el teatro de vanguardia como hacia el teatro de bulevar. Se observa aquí una oposición totalmente análoga entre los productores artísticos y los profesores de enseñanza secundaria (o incluso entre los profesores de dibujo, de los que se sabe por otra encuesta que se encuentra en estado de análisis, que, sobre todo si son originarios de las clases medias o populares, la mayor parte de ellos tienen gustos muy "clásicos" y se encuentran mucho más cercanos a los profesores que a los artistas).

Danubio azul). Por el contrario, aquéllos cuyos padres pertenecen a las clases superiores, con un capital escolar equivalente, manifiestan una mayor familiaridad con las obras musicales (aunque no conocen mejor los nombres de los compositores), de igual modo que dicen con mayor frecuencia que les gustan los impresionistas, han frecuentado un poco más los museos y eligen en más ocasiones obras consagradas por la escuela (Rafael o Vinci).

Las maneras y la manera de adquirir

Adquirida en la relación con un cierto campo que funciona a la vez como institución de inculcación y como mercado, la competencia cultural (o lingüística) permanece definida por sus condiciones de adquisición que, perpetuadas en el modo de utilización –es decir, en una determinada relación con la cultura o con la lengua– funcionan como una especie de "marca de origen" y, al solidarizarla con cierto mercado, contribuyen también a definir el valor de sus productos en los diferentes mercados. Dicho de otra forma, lo que se capta mediante indicadores tales como el nivel de instrucción o el origen social o, con mayor exactitud, lo que se capta en *la estructura* de la relación que los une, son *también* modos de producción del *habitus* cultivado, principios de diferencias no sólo en las competencias adquiridas sino también en las *maneras* de llevarlas a la práctica, conjunto de propiedades secundarias que, al ser reveladoras de las diferentes condiciones de adquisición, están predispuestas a recibir unos valores muy diferentes sobre los diferentes mercados.

Sabiendo que la manera es una manifestación simbólica cuyo sentido y valor dependen tanto de los que la perciben como del que la produce, se comprende que la manera de utilizar unos bienes simbólicos, y en particular aquellos que están considerados como los atributos de la excelencia, constituye uno de los contrastes privilegiados que acreditan la "clase", al mismo tiempo que el instrumento por excelencia de las estrategias de distinción, es decir, en palabras de Proust, del "arte infinitamente variado de marcar las distancias". Lo que la ideología del gusto natural sitúa en oposición, mediante dos modalidades distintas de la competencia cultural y de su utilización, son dos modos de adquisición de la cultura[71]: el aprendizaje total, precoz e insensible, efectuado desde la primera infancia en el seno de la familia y prolongado por un aprendizaje escolar que lo presupone y lo perfecciona, se distingue del aprendizaje tardío, metódico y *acelerado,* no tanto por la profundidad y durabilidad de sus efectos, como lo quiere la ideología del "barniz" cultural, como por la modalidad de la relación con la lengua y con la cultura que además tiende a inculcar[72]. Ese aprendizaje total confiere la certeza de sí mismo,

---

[71] Es, pues, *lo esencial* lo que se deja escapar cuando, como ocurre casi siempre, se ignora, tanto en la propia encuesta como en su análisis, la *modalidad* de las prácticas, de los gustos o de las opiniones (las políticas, por ejemplo), modalidad que figura entre los mejores indicadores de las disposiciones profundas y, en consecuencia, entre los mejores predictores de las conductas y que, por ello, es objeto de una atención extrema en todas las sociedades: sería inacabable la enumeración de los casos en los que *en la manera y en ella sola es donde se manifiesta la verdad social de las disposiciones,* es decir, el verdadero principio de la comprensión y de la previsión de las prácticas.

[72] Es esto lo que hace que la modalidad legítima, especialmente en relación con las obras de arte, que es uno de los mejores índices prácticos de la antigüedad en la burguesía, conserve, por lo menos en el mercado mundano, un rendimiento incomparablemente superior a la modalidad escolar (y a los conocimientos que no se adquieren más que en la escuela, ortografía, gramática o matemáticas).

correlativa con la certeza de poseer la legitimidad cultural y la soltura con la que se identifica la excelencia; produce esa relación paradójica, hecha de seguridad en la ignorancia (relativa) y de desenvoltura en la familiaridad que los burgueses de vieja cepa mantienen con la cultura, especie de bien de familia del que se sienten herederos legítimos. La competencia del "conocedor", dominio inconsciente de los instrumentos de apropiación, que es producto de una lenta familiarización y que cimenta la familiaridad con las obras, es un "arte", una habilidad práctica que, como un arte de pensar o un arte de vivir, no puede ser transmitida exclusivamente mediante preceptos o prescripciones, y cuyo aprendizaje supone el equivalente del contacto prolongado entre el discípulo y el maestro en una enseñanza tradicional, es decir, el contacto repetido con las obras culturales y con las personas cultivadas. Y del mismo modo que el aprendiz o el discípulo puede adquirir *inconscientemente* las reglas del arte, incluidas las que no son explícitamente conocidas por el propio maestro, al precio de una verdadera entrega de sí mismo, prescindiendo del análisis y la selección de los elementos propios de la conducta ejemplar, de igual modo el aficionado al arte puede, abandonándose de alguna manera a la obra, interiorizar los principios de construcción de la misma sin que estos principios afloren nunca a su conciencia ni sean nunca formulados o formulables en tanto que tales, lo que constituye toda la diferencia entre la teoría del arte y la experiencia del conocedor, incapaz casi siempre de explicitar los principios de sus juicios. Por el contrario, todo aprendizaje institucionalizado supone un mínimo de racionalización que deja su rastro en la relación con los bienes consumidos. El placer soberano del esteta se pretende sin concepto. Se opone tanto al placer sin pensamiento del "ingenuo" (al que la ideología exalta a través del mito de la mirada nueva y de la infancia) como al pensamiento imaginado sin placer del pequeño-burgués y del "advenedizo", expuestos siempre a esas formas de perversión ascética que conducen a privilegiar el saber en detrimento de la experiencia, a sacrificar la contemplación de la obra al discurso sobre la misma, la *aisthesis* a la *askesis,* a la manera de los cinéfilos que saben todo lo que es preciso saber sobre unos filmes que nunca han visto[73]. No es que, ya se sabe, el sistema escolar realice por completo su verdad: lo esencial de lo que comunica la Escuela se adquiere también por añadidura, como el sistema de clasificación que el sistema escolar inculca mediante el orden que inculca los conocimientos o mediante los presupuestos de su organización (la jerarquía de las disciplinas, de las secciones, de los ejercicios, etc.) o de su funcionamiento (modo de evaluación, sanciones, etc.). Pero se ve siempre obligado a operar, por necesidades de la transmisión, con un mínimo de racionalización de lo que transmite: así es, por ejemplo, como sustituye los esquemas prácticos de clasificación, siempre parciales y ligados a unos contextos prácticos, por unas taxonomías explícitas y estandarizadas, fijadas una vez por todas bajo la forma de esquemas sinópticos o de tipologías dualistas (p. ej., "clásicos"/"románticos") y expresamente inculcadas y por tanto conservadas en la memoria bajo la forma de conocimientos susceptibles de ser reconstituidos, de forma aproximadamente idéntica, por todos los agentes sometidos a su acción[74]. Al proporcionar los instrumentos de expresión que permiten fijar

[73] Pensando que sería en cierto modo cruel citar algunos determinados textos en los que se expresa la representación que los "hombres cultivados" se hacen de la relación "pequeño-burgués" con la cultura y de las "perversiones" del autodidacta, hemos preferido remitir al lector a sus propias referencias (o a su propia experiencia).

[74] Para evitar cualquier absolutismo de la cultura con respecto a la cual se encuentra objetiva-

al razonamiento casi sistemático las preferencias prácticas y organizarlas expresamente en torno a unos principios explícitos, el sistema escolar hace posible el dominio simbólico (más o menos adecuado) de los principios prácticos del gusto, mediante una operación totalmente análoga a la que realiza la gramática, racionalizando, en aquellos que ya lo tienen, el "sentido de la belleza", dándoles los medios de referirse a unas reglas (las de la armonía o la retórica, por ejemplo), a unos preceptos, a unas recetas, en lugar de remitirse a los azares de la improvisación, sustituyendo la cuasi-sistematicidad intencional de una estética culta a la sistematicidad objetiva de la estética en sí producida por los principios prácticos del gusto. La virtualidad del academicismo se alberga, es fácil verlo, en toda pedagogía racional que tienda a acuñar en un cuerpo doctrinal de normas y fórmulas explícitas y explícitamente enseñadas, con mayor frecuencia negativas que positivas, lo que un aprendizaje tradicional transmite bajo la forma de un estilo global directamente aprehendido en las prácticas. Pero sobre todo –y esto constituye el principio del santo horror de los estetas por los pedagogos y la pedagogía– la enseñanza racional del arte proporciona sustitutos a la experiencia directa, ofrece una serie de atajos al largo camino de la familiarización, hace posible unas prácticas que son producto del concepto y de la regla en vez de surgir de la pretendida espontaneidad del gusto, ofreciendo así un recurso a los que esperan recuperar el tiempo perdido.

La ideología del gusto natural obtiene sus apariencias y su eficacia del hecho de que, como todas las estrategias ideológicas que se engendran en la cotidiana lucha de clases, *naturaliza* las diferencias reales, convirtiendo en diferencias de naturaleza unas diferencias en los modos de adquisición de la cultura y reconociendo como la única legítima aquella relación con la cultura (o con la lengua) que muestra la menor cantidad posible de huellas visibles de su génesis, que, al no tener nada de "aprendido", de "preparado", de "afectado", de "estudiado", de "académico" o de "libresco", manifiesta por soltura y naturalidad que la verdadera cultura es natural, nuevo misterio de la Inmaculada concepción. Esto se ve bien en las palabras de aquel esteta del arte culinario que no habla de distinta manera que Francastel cuando, en unas declaraciones para un historiador del arte, auto-destructivo, éste rechazaba el "conocimiento intelectualizado", capaz únicamente de "reconocer", en beneficio de la experiencia visual, único medio de acceso a la verdadera "visión"[75]: "No hay que confundir el *gusto* con la *gastronomía.* Si el gusto es ese *don natural* para reconocer y amar la perfección, la gastronomía, por el contrario, es el conjunto de *reglas* que gobiernan la cultura y la *educación* del gusto. La gastronomía es al gusto lo que la *gramática* y la literatura son al *sentido*

---

mente definida la cultura media del autodidacta, se hace necesario recordar que cuanto más se sube en la jerarquía social, tanto más la verdad de los gustos reside en la organización y el funcionamiento del sistema escolar, encargado de inculcar el programa (en el sentido de la Escuela y de la informática) que gobierna los espíritus "cultivados", incluso en la búsqueda del "estilo personal" y en la ambición de "originalidad". Ligados a la trayectoria social y esencialmente imputables a una transmisión de capital cultural no sancionada por el sistema escolar, los desajustes entre las titulaciones académicas y la competencia cultural son, sin embargo, lo bastante frecuentes como para que sea salvaguardada la irreductibilidad, que la propia Escuela reconoce, de la cultura "auténtica" al saber "escolar", que como tal, está desvalorizado.

[75] "No se ve un cuadro en un relámpago. Esta ilusión es propia únicamente de aquellos que, incapaces de 'ver', se contentan con 'reconocer' una imagen confrontándola, no con una experiencia visual, sino con un conocimiento intelectualizado" (P. FRANCASTEL, "Problèmes de la sociologie de l'art", en G. GURVITCH, *Traité de sociologie,* París, PUF, 1963, t. II, pp. 278-298).

literario. Y con esto se plantea el problema esencial: al ser el 'gourmet' un delicado *conocedor*, ¿es el gastrónomo un pedante? [...] El 'gourmet' es su propio gastrónomo, como el hombre de gusto es su propio gramático [...] Todo el mundo no es 'gourmet', por eso se necesitan gastrónomos [...] Hay que pensar de los gastrónomos lo que pensamos de los pedagogos en general: que a veces son unos pedantes insoportables pero que no dejan de tener su utilidad. Pertenecen a un *género inferior y modesto* y de ellos depende mejorar este género *un poco subalterno* a fuerza de tacto, de medida y de elegante ligereza [...] Existe un mal gusto [...] y los *refinados* lo perciben por *instinto*. Para los que no lo perciben, se hace muy necesaria una regla"[76]. El conocimiento mediante la experiencia que, como la *cognitio Dei experimentalis,* sufre y deplora la esencial inadecuación de las palabras y de los conceptos a la "realidad gozada" en la unión mística, remite a la indignidad al amor intelectual del arte, conocimiento que identifica la experiencia de la obra con una operación intelectual de desciframiento[77].

Los "doctos" y los "mundanos"

Las diferencias en las maneras en las que se expresan unas diferencias en el modo de adquisición –es decir, en la antigüedad del acceso a la clase dominante–, frecuentemente asociadas a unas diferencias en la estructura del capital poseído, tienden a marcar *las diferencias en el seno de la clase dominante,* del mismo modo que las diferencias de capital cultural marcan las diferencias entre las clases[78]. Por esta razón las maneras, y en particular la modalidad de la relación con la cultura legítima, constituyen la apuesta de una lucha permanente, de suerte que no existe, en esta materia, ninguna clase de enunciado neutro, al designar los

---

[76] P. de Pressac, *Considérations sur la cuisine,* París, NRF, 1931, pp. 23-24 (La cursiva intenta que aparezca con mayor claridad la serie de oposiciones que proceden de la tradición del consumo cultural: don natural e instinto/reglas y educación, conocedor/pedante, sentido literario/gramática). Hubiera podido citarse asimismo a Proust (que nunca se abstiene de relacionar las maneras con la manera de adquirir): "Ella me irritaba, lo que resultaba tanto más injusto cuanto que no se expresaba de esa forma para que se pensara que era íntima de 'Memé', sino que lo hacía así debido a una instrucción, conseguida de manera demasiado rápida, que le hacía citar a esos nobles señores, de acuerdo con lo que ella creía que era la costumbre del país. Había hecho sus estudios en pocos meses y de una forma desordenada" (M. Proust, *A la recherche du temps perdu,* París, Gallimard, La Pléiade, 1973, vol. I, p. 44).

[77] El discurso místico sobre la obra de arte es propiamente inagotable y no puede evitarse un sentimiento de arbitrariedad cuando, para proporcionar una ilustración concreta del análisis, se cita un ejemplo como el que sigue que, aunque apenas dice menos que las profundas meditaciones de autores como Gilson o Heidegger, debe quizá su ejemplaridad a su propia trivialidad, atestiguada por el lugar en que ha sido publicado: "Ignorante o iniciado, ¿quién no se encuentra desarmado ante este misterio: la obra maestra? Titubeantes, inseguros, escudriñando la tela, todos aguardamos ese momento de gracia en el que llegará a nosotros el mensaje del pintor. Ninguna cultura nos hará comprender el silencioso clamor de Rembrandt, la infinita dulzura de Vermeer, si no hemos sido capaces de restablecer la calma, de preparar la espera, de lograr en nosotros mismos ese vacío propicio a la emoción" (*Réalités,* marzo 1960).

[78] Las diferencias según la trayectoria social en el seno de la clase dominante se encuentran estrechamente unidas con diferencias en la estructura del capital poseído, aumentando la proporción de los "recién llegados" a medida que se está más próximo a las fracciones dominadas (exceptuados los escritores y artistas). No es menos cierto que, dentro de cada fracción (y sobre todo, sin lugar a dudas, dentro de la fracción dominante) las diferencias según la trayectoria se sienten intensamente.

términos unas disposiciones enfrentadas que pueden ser entendidas como laudatorias o peyorativas, según se adopte el punto de vista de uno u otro de los grupos contrapuestos. No es una casualidad que la contraposición entre lo "académico" (o lo "pedante") y lo "mundano" se encuentre, en todas las épocas, en el centro de los debates sobre el gusto y la cultura: esta contraposición indica con toda claridad, en efecto, mediante dos maneras de producir o de apreciar las obras culturales, dos modos de adquisición contrapuestos y, por lo menos por lo que se refiere a la época actual, dos tipos diferentes de relación con la institución escolar.

Piénsese en el antagonismo que domina toda la primera mitad del siglo XVII francés, entre los *doctos*, los Chapelain, Balzac, La Mesnardière, Faret, Colletet, d'Aubignac, etc., que acuden a buscar en los teóricos italianos y, por

El espíritu mundano y el oscuro saber de la pedantería

Molière, *Las mujeres sabias*

TRISSOTIN

A mí no me sorprende, en el combate que libro,
Ver tomar al señor la tesis que mantiene.
Está demasiado entregado a la corte, eso lo dice todo:
La corte, como es sabido, no protege la inteligencia,
Tiene un cierto interés en apoyar la ignorancia
Y como cortesano él toma su defensa.

CLITANDRO

Vos odiáis mucho a esa pobre corte,
Y su desdicha es grande al ver que cada día
Vosotros, espíritus superiores, clamáis contra ella,
Que de todos vuestros pesares a ella culpáis,
Y, al encausarla por su mal gusto,
No acuséis sólo a ella de vuestros fracasos.
Permitidme deciros, señor Trissotin,
Con todo el respeto que vuestro nombre me inspira,
Que vos haríais muy bien, vos y vuestros colegas
En hablar de la corte en tono más suave,
Que bien considerada, en el fondo, no es tan necia
como vosotros, señores, os obstináis en creer;
Que tiene bastante sentido común para ser competente en todo,
Que en ella puede formarse algo de buen gusto
Y que el espíritu mundano vale allí, sin adulación,
Por todo el oscuro saber de la pedantería.

TRISSOTIN

De su buen gusto, señor, ya vemos los efectos.

CLITANDRO

¿Dónde veis vos, señor, que lo tenga tan malo?

La naturalidad espontánea y la naturalidad cultivada

«Me gustaría que se entendiera todo y que por la manera de hablar no se pudiera saber con certeza que se ha estudiado.»
Méré, *De la conversation.*

«Lo que debe corregirse en la mayor parte de los Maestros es ese aire demasiado concertado que deja percibir el arte y el estudio. Es preciso actuar de forma que esto parezca natural.»
Méré, *Des Agrémens.*

«Pero todos los que escuchan se encuentran más a gusto si oyen decir cosas buenas sobre todo lo que se presenta, y de una forma agradable: el espíritu no puede ir más lejos y es la obra maestra de la inteligencia... Es preciso no decirles nada que dé la impresión de estudiado ni que parezca rebuscado; sobre todo, como ellos se sienten muy contentos con su valía, se debe evitar instruirles en lo que sea, y advertirles, sean cuales sean las faltas en las que se les haya visto incurrir.»
Méré, *De la conversation.*

«Esta cortesía se nota en la expresión del rostro, en el comportamiento, en las más mínimas acciones del cuerpo y del espíritu; y cuanto más se la tiene en consideración, más encantados nos sentimos, sin darnos cuenta de dónde proviene este encantamiento... Porque todo lo que se hace por obligación o por servilismo, o que pueda parecer, por poco que sea, grosero, la destruye. Y para hacer a una persona amable en sus modales, se necesita divertirla lo más posible y guardarse de abrumarla con explicaciones aburridas.»
Méré, *Des Agrémens.*

«Las personas de mundo se ven obligadas algunas veces a ocuparse de todo, e incluso de aquello de lo que menos saben. Cuando esto les suceda no deben comportarse como los artesanos profesionales, que no tienen otro fin que el de llevar a buen término su obra. Porque un caballero debe pensar menos en alcanzar la perfección en las cosas que emprende que en cumplir como tal... Ese aire desenvuelto que emana de una cuna afortunada y de unas excelentes costumbres es necesario para los Goces, de suerte que quien se ocupa de algo, aunque sea algo muy difícil, debe tomarlo de una manera tan natural que se llegue a imaginar que no le cuesta nada.»
Méré, *Des Agrémens.*

medio de ellos, en Aristóteles, esforzándose por fundamentarlas también en la razón, las reglas que intentan imponer para la concepción de las obras literarias[79], y los *mundanos* que, negándose a enredarse con preceptos, toman como juez a su propio placer y se interesan por los mil y un ínfimos matices que constituyen el "no se qué" y la delicada perfección de la mundología: los grandes debates sobre el gusto que las obras literarias suscitan o que ponen en escena (como la cuestión de los Preciosos* que, al codificar y racionalizar la delicadeza mundana, ese arte de vivir vivido y querido como indefinible, le hace sufrir un verdadero cambio de naturaleza) tienen como apuesta no sólo las *virtudes* en que se reconocen las diferentes fracciones de la clase dominante sino asimismo, como bien dice el Caballero de Méré, "*las maneras de practicarlas, que constituyen en sí mismas unas clases de virtudes*" y por medio de las cuales se expresan o se descubren su antigüedad en la clase y su manera de llegar a ella.

Se podrían multiplicar hasta el infinito las ilustraciones tomadas de esta inmensa literatura que trata de codificar, de modo inseparable, las costumbres ordinarias y la creación y percepción de las obras de arte, en pocas palabras, todo cuanto cae bajo la jurisdicción absoluta del *gusto,* uno de los términos clave de esa época (véase M. Magendie, *La politesse mondaine y les théories de l'honnêteté en France, au XVIIe siècle, de 1600 à 1660,* París, PUF, 1925), pero nos contentaremos con un ejemplo que destaca de forma explícita el vínculo existente entre la manera, el modo de adquisición y el grupo de que se trata: "El autor (Furetière, autor burgués de *Roman bourgeois,* que había criticado a La Fontaine y a Benserade) deja ver con toda claridad que no es mundano ni cortesano y que su gusto es de una pedantería que ni siquiera es posible esperar que se corrija. Existen algunas cosas que nunca se llegan a entender cuando no se las ha entendido a primera vista: es imposible hacer que ciertos espíritus duros y violentos penetren en el encanto y la facilidad de los ballets de Benserade y de las fábulas de La Fontaine. Esta puerta, y también la mía, está cerrada para ellos [...] No me vuelvo atrás de lo dicho, y sólo queda rogar a Dios por un hombre así y desear no tener ninguna clase de trato con él" (Mme. de Sévigné, carta a Bussy-Rabutin, 14 de mayo de 1686).

Paradójicamente, *la precocidad es un efecto de la antigüedad:* la nobleza es la forma por excelencia de la precocidad, porque no es otra cosa que la antigüedad que poseen por nacimiento los descendientes de las viejas familias (por lo menos en el universo en el que la antigüedad y la nobleza –nociones aproximadamente equivalentes– están reconocidas como valores). Y este *originario capital estatuario* se encuentra acrecentado por las ventajas que otorga –en materia de aprendizajes culturales, buenas maneras en la mesa o en el arte de la conversación, cultura musical o sentido de las conveniencias, práctica del tenis o pronunciación de la lengua– la precocidad de la adquisición de la cultura legítima: el capital cultural incorporado de las generaciones anteriores funciona como una especie de *anticipo* (en el doble sentido de ventaja inicial y de crédito o descuento) que, al asegurarle de entrada el ejemplo de la *cultura personificada en unos modelos familiares,* permite al recién llegado comenzar desde el origen, es decir, de la manera más incons-

---

79 Véase R. Bray, *La formation de la doctrine classique en France,* París, Nizet, 1951.

* Nombre dado en el siglo XVII francés a quienes adoptaron una actitud nueva y refinada hacia los sentimientos, y un lenguaje rebuscado. (*Nota de la T.*).

ciente y más insensible, la adquisición de los elementos fundamentales de la cultura legítima –y ahorrarse el trabajo de desculturización, de enmienda y corrección que se necesita para corregir los efectos de unos aprendizajes inapropiados–. Las maneras legítimas deben su valor al hecho de que ponen de manifiesto las más raras condiciones de adquisición, es decir, un *poder social sobre el tiempo* que es tácitamente reconocido como la forma por excelencia de la excelencia: *poseer lo "antiguo",* es decir, esas cosas presentes que pertenecen al pasado –la historia acumulada, atesorada, cristalizada, títulos de nobleza y nombres nobles, castillos y "residencias históricas", cuadros y colecciones, vinos añejos y muebles antiguos– es dominar el tiempo lo que escapa totalmente de cualquier influencia, gracias a todas aquellas cosas que tienen en común el hecho de no poder ser adquiridas más que con la acción del tiempo, *gracias al tiempo,* contra el tiempo, es decir, mediante la herencia y, si se me permite aquí la expresión, mediante la antigüedad, o merced a unas disposiciones que, como el gusto por las cosas antiguas, no se adquieren tampoco más que con el tiempo y cuya utilización supone tiempo para perder el tiempo.

Todo grupo tiende a dotarse de los medios precisos para perpetuarse más allá de la finitud de los agentes individuales en los que se encarna (ésta fue una de las intuiciones fundamentales de Durkheim). Por ello, el grupo pone en funcionamiento todo un conjunto de mecanismos tales como *la delegación, la representación y la simbolización* que confieren ubicuidad y eternidad. El representante (p. ej., el rey) es *eterno:* como ha puesto de relieve Kantorovitch, el rey tiene dos cuerpos, un cuerpo biológico, mortal, sujeto a las enfermedades biológicas, a la pasión o a la imbecilidad, y un cuerpo político, inmortal, inmaterial y libre de enfermedades y debilidades (H. Kantorovitch, *The King's Two Bodies, A Study in Mediaeval Political Theology,* Princeton, Princeton University Press, 1957). El rey puede asegurarse la *ubicuidad* delegando en otros la autoridad de la que está investido: en otros tiempos se hablaba del "fisco omnipresente" (*fiscus ubique presens*) y, como lo hace notar Post, el *delegado* que posee la *plena potestas agendi* "puede hacer todo lo que puede hacer el propio mandante", gracias a su *procuratio ad omnia facienda* (véase Gaines Post, "Plena Potestas and Consent", en *Studies in Medieval Legal Thought, Public Law and the State, 1100-1322,* Princeton, Princeton University Press, 1964, pp. 92-162). *Universitas non moritur.* La muerte, desde el punto de vista de los grupos, no es más que un accidente y los *colectivos personificados* se organizan de manera que la desaparición de los cuerpos mortales que han encarnado un momento al grupo, representantes, delegados, mandatarios, portavoces, no afecte a la existencia del mismo ni a la *función* en la cual el grupo se realiza: *dignitas non moritur.* Dando esto por sentado (aunque sería necesario plantearlo de una forma más sistemática), *el capital permite apropiarse los medios colectivamente producidos y acumulados, y superar realmente las limitaciones antropológicas.* Entre los instrumentos que permiten escapar a las alienaciones genéricas hay que citar la *representación,* el retrato o la estatua que *inmortaliza* a la persona representada (a veces, por una especie de pleonasmo, cuando todavía está viva); o el monumento conmemorativo, o funerario, el escrito, *aere perennius,* que celebra y "hace pasar a la posteridad", y, en particular, el escrito histórico, que hace entrar en la historia legítima, que merece ser conocida y aprendida –de ahí el particular estatus que el gran público, y sobre todo el público burgués, concede a los historiadores, maestros de la eternización científica–, las ceremonias conmemorativas mediante las cuales el grupo ofrece a los desaparecidos, gracias a estos actos aún vivos y operantes, tributos de homenaje y reco-

nocimiento, etc. Se ve que la vida eterna es uno de los privilegios sociales más buscados, dependiendo, por supuesto, la calidad de la *eternización,* de la calidad y de la extensión del grupo encargado de asegurarla y pudiendo así ir desde la misa de octava organizada por la familia hasta la fiesta nacional, celebrada anualmente.

Si los análisis anteriores pueden hacer pensar en un análisis esencial (aunque se esté bastante lejos, parece, de Heidegger y de su "antigua escuela"), ello ocurre porque la mayor parte de los grupos han utilizado, para marcar unas diferencias absolutas, infranqueables, definitivas, la irreversibilidad del tiempo que confiere un inflexible rigor a cualquier forma de orden social fundado en el *orden de las sucesiones:* los que tienen y los que pretenden la *sucesión,* padre e hijo, poseedor y heredero, maestro y discípulo, predecesor y sucesor, no están separados por nada que no sea el tiempo; pero ahí están todos los tipos de mecanismos sociales existentes para hacer de este intervalo un obstáculo infranqueable. Así es como, en la lucha que enfrenta las diferentes maneras, es decir, las diferentes maneras de adquisición, los dominantes siempre hacen causa común con el modo de adquisición más insensible y más invisible, es decir, el más antiguo y el más precoz; esto es lo que constituye los cimientos de los invariantes del discurso dominante y lo que presta ese aire de eterna juventud a ciertos temas, estrictamente situados y fechados, sin embargo, como todos los tópicos del discurso mundano sobre el gusto innato o sobre la torpeza de los "pedantes".

Basándose en el control práctico de la significación social que asegura la homología funcional y estructural es como se puede efectuar la lectura ordinaria de los "clásicos" o, más aún, puesto que se trata de un empleo práctico, es como se puede efectuar ese uso totalmente especial del discurso que es la *cita literaria,* especie de requerimiento para comparecer a título de defensor o de testigo, que se dirige a un autor del pasado en base a una *solidaridad social* disfrazada de *solidaridad intelectual.* En efecto, el sentido práctico del sentido que no va hasta la objetivación de la afinidad social que lo hace posible –lo que desembocaría en un efecto contrario al buscado, es decir, en una *doble relativización, del texto y de la lectura*–, permite tener simultáneamente el uso social y la negación de los fundamentos sociales de ese uso.

Señalar los *invariantes* no debe conducir, sin embargo, a eternizar un estado particular de la lucha, y un verdadero estudio comparativo debería tomar en cuenta las formas específicas que toman la lucha y los tópicos en los que ésta se expresa cuando cambian las relaciones objetivas entre las fracciones. Parece, por ejemplo, que, en la segunda mitad del siglo XVII, el fortalecimiento de la autoridad de los mundanos y de la Corte, junto con la tendencia de las gentes de mundo a hacerse más cultivadas, redujo la distancia entre los doctos y los mundanos, favoreciendo el desenvolvimiento de una nueva especie de eruditos, representados por los Jesuitas Rapin y Bouhours, sobre todo por éste[80], maestros de retórica doctos y mundanos que frecuentan artistas y gentes de mundo y que contribuyen a producir una síntesis de las exigencias mundanas y académicas (y esto desplazando el centro del debate del orden de los temas dignos de ser abordados al orden del *estilo* en el

[80] G. Doncieux, *Un jésuite homme de lettres au XVII siècle. Le Père Bouhours,* París, Hachette, 1886.

cual pueden ser tratados)[81]. El caso de las relaciones entre la universidad alemana del siglo XIX y las cortes de los príncipes representa otra situación de la relación de fuerzas de la que surgirá una configuración distinta de la representación de las virtudes académicas y de las virtudes cortesanas: como muestra con toda claridad Norbert Élias, los intelectuales burgueses han estado mucho antes y mucho más totalmente integrados en el mundo de la corte en Francia que en Alemania; los convencionalismos estilísticos y las formas de urbanidad que dominan el sistema escolar y a todos los que educa dicho sistema, en particular con la atención que presta al lenguaje y a la educación intelectual, encontraban su origen en el caso de Francia en el seno de la sociedad cortesana, mientras que en Alemania la *intelligentsia,* y muy especialmente la universitaria, se constituía contra la corte y los modelos franceses que aquélla importaba, resumiendo su visión de la "mundanidad" en la oposición entre la "Civilización", marcada por la ligereza y la superficialidad, y la "Cultura", definida por la seriedad, la profundidad, la sinceridad[82]. Es decir, que vuelve a darse la oposición canónica entre los doctos y los mundanos, con idénticos contenidos pero bajo la forma de un valor inverso, al no haber podido, en este caso, los doctos afirmarse como fracción autónoma de otra forma que afirmando sus propias virtudes, y sobre todo su propia "manera de practicarlas", al precio de una desvalorización de las virtudes mundanas. No es menos cierto que la situación del "pedante" nunca es totalmente confortable: propenso para aceptar, contra el pueblo y con los mundanos –que tienen todas las razones del mundo para admitirle puesto que están enteramente de acuerdo con los dones de nacimiento–, la ideología de lo innato de los gustos que constituye la única garantía absoluta de su *elección,* se ve obligado a afirmar contra los mundanos el valor de sus conocimientos adquiridos y el propio valor de la labor de adquisición, del "largo esfuerzo de formación interior" de que habla Kant y que, aunque lo rebaja a los ojos de los mundanos, constituye ante los suyos propios todo su mérito.

La perplejidad de los espíritus académicos, hombres de lo adquirido y de la adquisición, se hace evidente cuando están en tela de juicio la manera adecuada de abordar la obra de arte y la manera adecuada para adquirir aquélla manera; y la contradicción se asienta en el centro de todas sus teorías estéticas y también en sus intentos por fundar una *enseñanza del arte.* La ideología del don natural se impone con demasiada fuerza en el propio centro del mundo escolar como para que pueda afirmarse la fe en las posibilidades de una pedagogía racional que trate de reducir a unas reglas codificadas los esquemas prácticos de la familiaridad, y ello a pesar de que esta afirmación práctica del "derecho natural" al arte sea el arma natural de los que, teniendo para sí el saber y el concepto, intentan desacreditar el derecho divino de los defensores de la experiencia y del goce sin concepto. Se podría, como ejemplo, traer a colación todas las polémicas surgidas alrededor de la enseñanza del arte (o, con mayor precisión del dibujo): contradicción en los términos para

[81] Del mismo modo, hoy en día, el hecho de que una parte cada vez más importante de la alta burguesía de los negocios tienda a recurrir al sistema de enseñanza (y en particular en el caso de Francia a las Grandes Escuelas) es para modificar la forma de las relaciones entre lo mundano y lo escolar. (La excelencia cultural pertenece cada vez más a los que reúnen las dos formas de adquisición) y al mismo tiempo, el contenido de las oposiciones rituales en las que se expresa la oposición entre los "mundanos" y los "doctos" (cf. P. Bourdieu et M. de Saint-Martin, "Le Patronat", *Actes de la recherche en sciences sociales,* 1978, 20-21, pp. 3-82).

[82] N. Élias, *La civilisation des moeurs,* París, Calmann-Lévy, 1973.

unos, que sostienen que la belleza ni se enseña ni se aprende, que es una gracia que se transmite de maestros dotados a alumnos predestinados; un terreno como cualquier otro para una pedagogía para los otros (pensemos, por ejemplo, en los debates que han enfrentado a los portavoces de la pedagogía racional –tales como Guillaume– y los defensores de la representación carismática –como Ravaisson– a propósito de la introducción de la enseñanza del dibujo en la enseñanza general en los comienzos de la 3ª República).

La experiencia y la erudición

La ideología es una ilusión interesada pero bien fundamentada. Los que invocan la experiencia frente a la erudición tienen a su favor toda la verdad de la oposición entre el aprendizaje familiar y el aprendizaje escolar de la cultura: la cultura burguesa y la relación burguesa con la cultura deben su inimitable carácter al hecho de que, del mismo modo que la religión popular, según Groethuysen, se adquieren, prescindiendo del discurso, mediante la inserción precoz en un mundo de *personas, prácticas y objetos cultivados.* La inmersión en una familia en la que no sólo se escucha música (como ocurre en la actualidad a través de los equipos de alta fidelidad o de la radio), sino que también se practica (es el caso de la madre intérprete de música de las Memorias burguesas) y, con mayor razón, la práctica precoz de un instrumento de música "noble" –en particular el piano–[83], tiene por lo menos como resultado el producir una relación más familiar con la música que se distingue de la relación siempre un poco lejana, contemplativa y habitualmente disertante, de aquellos que han llegado a la música a través del concierto y, *a fortiori,* a través del disco, poco más o menos como la relación con la pintura de quienes la han descubierto tardíamente en el ambiente casi escolar del museo se distingue de la relación que con ella mantienen los que han nacido en un universo habitado por el objeto artístico, propiedad de la familia y familiar, acumulado por las sucesivas generaciones, testimonio objetivo de su riqueza y buen gusto, y a veces "producto de la casa", como las confituras y la lencería bordada.

La familiaridad en razón del estatus se manifiesta, por ejemplo, en la información sobre las ocasiones y las condiciones de adquisición de la obra de arte, que depende no sólo de las capacidades materiales y culturales de apropiación, sino también de la antigua pertenencia a un universo social en el que el arte, al ser objeto de apropiación, está presente bajo la forma de objetos familiares y personales. Por eso, en la encuesta realizada por encargo del Ministerio de Asuntos Culturales (F.C., VII), el porcentaje de los que han contestado cuando se les

[83] Las diferencias vinculadas al origen social nunca son, sin lugar a dudas, tan claras como para la práctica de un arte plástico o de un instrumento musical: estas aptitudes que, tanto para su adquisición como para su ejecución, suponen no sólo unas disposiciones asociadas con una antigua instalación en el mundo artístico y cultural, sino también unos medios económicos (particularmente en el caso del piano) y tiempo libre, varían mucho, con un nivel escolar idéntico, según el origen social: así, entre los bachilleres, el 11,5 % de los sujetos nacidos en el seno de la clase dominante confiesan que practican frecuentemente un instrumento musical, frente al 5 % de los que provienen de las clases populares y medias; entre los que han realizado estudios superiores, las proporciones correspondientes son del 22,5 % y del 5 %; la práctica de las artes plásticas, relativamente abandonada por los poseedores de las titulaciones más importantes, es también, con una titulación equivalente, mucho más frecuente en los sujetos originarios de la clase dominante.

preguntaba a partir de qué precio "es posible encontrar en estos momentos una litografía o una serigrafía de un artista profesional contemporáneo" varía muchísimo con arreglo a la pertenencia de clase y pasa del 10,2 % en los agricultores al 13 % en el peonaje y obreros especializados, al 17,6 % en los empleados y al 66,6 % en los cuadros superiores y miembros de profesiones liberales.

La elección de obras como *El concierto para la mano izquierda* (mucho más frecuente en los que practican un instrumento musical –y sobre todo el piano– que en los demás) o *El niño y los sortilegios* está mucho más estrechamente vinculada con el origen social que con el capital escolar. Por el contrario, en el caso de obras como *El clavecín bien temperado* y *El arte de la fuga,* la correlación es mucho más fuerte con el capital escolar que con el origen social. Mediante estos indicadores, por muy imperfectos que sean, se muestran relaciones distintas con el mundo jerarquizado y jerarquizante de las obras culturales que, estrechamente ligadas con un conjunto de diferencias vinculadas también entre sí, encuentran su principio en los modos de adquisición –familiar y escolar, o exclusivamente escolar– del capital cultural (efecto de supervivencia del modo de adquisición). De este modo cuando, al constituir en estética una particular relación con la música, la que produce un conocimiento precoz, familiar, "práctico", Roland Barthes describe el goce estético como una especie de comunicación inmediata entre el cuerpo del auditor y el cuerpo "interno" del intérprete, presente en el "grano de la voz" del cantante (o en "las articulaciones de los dedos" de la clavecinista), lo que de hecho está evocando es la oposición entre dos modos de adquisición. Por un lado, una música para discófilos (unida a una demanda nacida de la "extensión de la escucha y de la desaparición de la práctica"), "arte expresivo, dramático, sentimentalmente claro" de *comunicación,* de *intelección:* "Esta cultura [...] acepta el arte, la música, siempre que este arte, esta música sean claras, que 'traduzcan' una emoción y representen un significado (el 'sentido' del poema); arte que quite fuerza al goce (reduciéndolo a una emoción conocida, codificada) y reconcilie al sujeto con aquello que, en la música, puede decirse: lo que dicen de ella, predicativamente, la Escuela, la Crítica, la Opinión"[84]. Por otro lado, un arte que prefiera lo sensible a lo sentido, que odie la elocuencia, la grandilocuencia, el *pathos* y lo patético, lo expresivo y lo dramático: es la melodía francesa, Duparc, el último Fauré, Debussy, todo lo que en otra época hubiera sido denominado música pura, el intimismo del piano, instrumento maternal, y la intimidad del salón burgués. En esta antítesis entre dos formas de relacionarse con la música que se definen siempre, más inconsciente que conscientemente, la una con respecto a la otra –el gusto por los artistas del pasado, Panzera o Cortot, adorados hasta en sus imperfecciones, que evocan la libertad del aficionado, lleva consigo el rechazo, el disgusto, hacia los intérpretes actuales, conformes con las exigencias de impecabilidad de la industria de masas–, se vuelve a encontrar la vieja contraposición entre el docto que está totalmente de acuerdo con el código (en todos los sentidos del término), las reglas, y por consiguiente con la Escuela y la Crítica, y el mundano que, situado del lado de la naturaleza y de lo natural, se contenta con sentir o, como se acostumbra a decir ahora, con gozar, y que excluye de la experiencia artística cualquier rastro de intelectualismo, de didactismo, de pedantismo.

---

[84] R. Barthes, "Le grain de la voix", *Musique en jeu,* n.º 9, noviembre 1972, pp. 57-63.

El mundo natal

Hablando con propiedad, no existe herencia material que no sea a la vez una herencia cultural, y los *bienes familiares* tienen como función no sólo la de dar testimonio físico de la antigüedad y continuidad de la familia y, por ello, la de consagrar su identidad social, no disociable de la permanencia en el tiempo, sino también la de contribuir prácticamente a su reproducción moral, es decir, a la transmisión de los valores, virtudes y competencias que constituyen el fundamento de la legítima pertenencia a las dinastías burguesas. Lo que se adquiere gracias al cotidiano contacto con objetos antiguos o a la regular frecuentación de anticuarios y galerías de arte, o, simplemente, por la inserción en un universo de objetos familiares e íntimos "que están ahí, como dice Rilke, sin segunda intención, buenos, simples, ciertos", es evidentemente cierto "gusto" que no es otra cosa que una relación de familiaridad inmediata con las cosas del gusto; es también la sensación de pertenecer a un mundo más civilizado y más culto, un mundo que encuentra su justificación de existencia en su perfección, su armonía, su belleza; un mundo que ha producido a Beethoven y Mozart y que continuamente está reproduciendo gentes capaces de interpretarlos y apreciarlos; es, por último, una adhesión inmediata, inscrita en lo más profundo de los *habitus,* a los gustos y a los disgustos, a las simpatías y a las aversiones, a los fantasmas y a las fobias, que, más que las opiniones declaradas, constituyen el fundamento inconsciente de la unidad de una clase.

Si resulta posible leer todo el estilo de vida de un grupo en el estilo de su mobiliario y de su forma de vestir, no es solamente porque estas propiedades sean la objetivación de las necesidades económicas y culturales que han determinado su selección; es también porque las *relaciones sociales objetivadas en los objetos familiares,* en su lujo o en su pobreza, en su "distinción" o en su "vulgaridad", en su "belleza" o en su "fealdad", se imponen por mediación de unas experiencias corporales tan profundamente inconscientes como el tranquilizador y discreto roce de unas moquetas de color natural o el frío y descarnado contacto con unos linóleos gastados y chillones, el acre olor, fuerte y áspero de la lejía o los perfumes imperceptibles como un olor negativo[85]. Cada hogar, con su lenguaje, expresa el estado presente e incluso el pasado de los que lo ocupan, la seguridad sin ostentación de la riqueza heredada, la escandalosa arrogancia de los nuevos ricos, la discreta miseria de los pobres o la dorada miseria de los "parientes pobres" que pretenden vivir por encima de sus posibilidades económicas: pensamos en ese niño del cuento de D. H. Lawrence titulado *"The Rocking-Horse Winner"*, que oye por toda la casa, e incluso en su propia habitación llena sin embargo de juguetes caros, un murmullo, *"There must be more money"*. Experiencias de esta naturaleza son las que, sin duda, debería recoger en todos sus detalles un psicoanálisis social aplicado a conseguir entender la lógica de la incorporación insensible de las relaciones sociales

[85] Existe un protocolo de los objetos que hace corresponder la jerarquía de los mismos con la jerarquía de las personas. Así, puede leerse en un artículo sobre la residencia Marigny, destinada a recibir a los huéspedes extranjeros de la presidencia de la República: "El protocolo es estricto: la jerarquía se mide en espacio, en el estilo del mobiliario y en la calidad de las tapicerías. Muebles excepcionales y sedas de Lyon para los aposentos reservados a los Jefes de Estado; caoba napoleónica y terciopelo sintético en el primer piso para los aposentos de primeros ministros; satén y cretonas floreadas en el segundo piso, el de los consejeros técnicos" (J. MICHEL, *Le Monde,* 27 de enero de 1975).

objetivadas en las cosas y también, por supuesto, en las personas, inscribiéndose así en una relación duradera con el mundo y con los otros, que se manifiesta, por ejemplo en los límites de tolerancia al mundo natural y social, al ruido, a los atascos circulatorios, a la violencia física o verbal, etc., una dimensión de los cuales es el modo de apropiación de los bienes culturales[86].

El efecto del modo de adquisición nunca es tan señalado como en las elecciones más corrientes de la existencia cotidiana, como el mobiliario, el vestido o la cocina, que son particularmente reveladoras de las disposiciones profundas y antiguas, porque, al estar situadas fuera del campo de intervención de la institución escolar, deben afrontarse, si así puede decirse, por el gusto desnudo, al margen de toda prescripción o proscripción expresa, como no sean las que proporcionan unas instancias de legitimación poco legítimas como las revistas femeninas o los semanarios dedicados al hogar[87]. Si los calificativos elegidos para calificar la decoración de una vivienda o la procedencia de los muebles poseídos están más estrechamente correlacionados con la posición social de origen que con el título escolar (al contrario de lo que sucede con los juicios emitidos sobre las fotografías o las respuestas sobre el conocimiento de compositores), es porque, sin duda, nada depende más directamente de unos aprendizajes precoces, y muy especialmente de aquellos que se realizan al margen de cualquier acción pedagógica expresa, que las disposiciones y los conocimientos que se emplean en el vestido, el mobiliario y la cocina o, con mayor precisión, en la manera de comprar los vestidos, los muebles y los alimentos. Por eso, el modo de adquisición de los muebles (gran almacén, anticuario, *boutique,* rastro) depende tanto por lo menos del origen social como del nivel de instrucción: con un nivel escolar equivalente, los miembros de la clase dominante originarios de la burguesía, de los que se sabe que han heredado con mayor frecuencia que los demás una parte de su mobiliario, han comprado sus muebles más a menudo, sobre todo en París, en un anticuario que los que son originarios de las clases populares o medias, que más bien los han comprado en un gran almacén, una *boutique* especializada o en las *Puces* (rastro) (frecuentadas sobre todo, de una parte, por los miembros en ascensión de la clase dominante que poseen el capital escolar más importante y, de otra, por los miembros de la clase dominante originarios de esta clase que tienen menos capital escolar del que les prometían sus orígenes, esto es, aquellos que han realizado sólo algunos cursos de estudios superiores) (véase tabla 5).

---

[86] Basta con recordar que los objetos apropiados, sean cuales sean, constituyen unas relaciones sociales (de clase) objetivadas, para indicar en qué dirección podría desarrollarse una sociología del mundo de los objetos que fuera otra cosa distinta del protocolo de un test proyectivo oculto bajo la apariencia de un análisis fenomenológico-semiológico (pienso en J. Baudrillard, *Le système des objets,* París, Gallimard, 1968).

[87] Esto significa que, por imperfecta que sea en el actual estado de funcionamiento del sistema escolar, la mínima racionalización que implica toda acción pedagógica institucionalizada, y especialmente la transformación del "instinto" de clase, que funciona en la práctica como conocimientos parcialmente codificados (piénsese, por ejemplo, en la historia literaria con sus clasificaciones por épocas, por géneros y por estilos), tiene como efecto, por lo menos en los supervivientes más superseleccionados, reducir la proporción de lo que se deja a los "instintos" heredados y, en consecuencia, reducir las diferencias vinculadas con la herencia económica y cultural. Es verdad también que las diferencias continúan funcionando en otros lugares y que encuentran su plena amplitud desde el momento en que la lógica de la lucha por la distinción sitúa en estos lugares sus verdaderas apuestas. Lo que, evidentemente, siempre tiende a realizar.

Tabla 5—**Las compras de muebles en la clase dominante según el origen social y la titulación académica***

Titulación académica	Origen social	gran almacén	*boutique* especializada	rastro	salas de ventas	anticuario
Inferior al bachiller	Clases pop. y medias	25,5	41,5	11,0	14,5	33,5
	Clases superiores	11,5	23,5	15,0	31,5	43,5
Pequeña escuela	Clases pop. y medias	13,5	36,5	4,5	32,0	4,5
	Clases superiores	6,0	24,5	30,5	20,5	65,5
Licenciatura	Clases pop. y medias	11,0	28,5	11,0	11,0	21,5
	Clases superiores	4,5	21,5	21,5	14,5	49,0
Agregación, gran escuela	Clases pop. y medias	21,5	46,5	32,0	21,5	43,0
	Clases superiores	18,0	29,0	8,0	13,0	60,5

* Se trata del porcentaje de los sujetos que han comprado sus muebles en estos diferentes sitios.

Y es sin duda en los gustos alimenticios donde se encontrará la marca más fuerte e inalterable de los aprendizajes primitivos, los que más tiempo sobreviven al alejamiento o al derrumbamiento del mundo natal y cuya nostalgia se mantiene de forma más duradera: el mundo natal es ante todo, en efecto, el *mundo maternal,* el mundo de los gustos primordiales y de los alimentos originarios, de la relación arquetípica con la forma arquetípica del bien cultural en el que el prestar un servicio agradable forma parte integrante del placer y de la disposición selectiva hacia el placer que se adquiere en el propio placer[88]. No es una casualidad que en

[88] Cuando se intentaba captar las preferencias alimenticias, la búsqueda de la pregunta más económica, y por tanto la más "sintética", ha llevado a interrogar sobre la cocina para las grandes ocasiones, interesante indicador del modo de presentación de sí en situación de representación, esto es, del estilo de vida "de escaparate" (del que también forma parte el mobiliario por lo menos en una de sus funciones). Para entender por completo las elecciones en estas materias será necesario tener en cuenta un sistema de factores particularmente complejo: el estilo de las comidas que gusta ofrecer constituye sin duda alguna un indicador muy bueno de la imagen que se quiere dar o se quiere evitar dar a los otros y, por esta razón, constituye la expresión sistemática de un sistema de factores que comprende, además de los indicadores de la posición ocupada en la jerarquía económica y cultural, la trayectoria económica, la trayectoria social, la trayectoria cultural. En estas condiciones no tiene nada de sorprendente el hecho de que sea en la pequeña burguesía donde mejor se puedan captar sus efectos: los miembros de la pequeña burguesía establecida ofrecen a sus amigos comidas abundantes y buenas, sencillas pero bien presentadas, con mayor frecuencia que los miembros de la nueva pequeña burguesía, a los que les gusta más ofrecer comidas originales y exóticas o sin ceremonias. Pero además se registran unas grandes diferencias ligadas con la trayectoria: sucede así que los miembros de la nueva pequeña burguesía originarios de las clases medias o populares dicen que les gusta ofrecer comidas abundantes y buenas, lo

los placeres más "puros", más depurados de todo rastro de arraigo corporal (como la "nota única y pura" del *Philèbe* que los reservaba ya al "pequeño número") entre algo que, como en los placeres más "groseros" de la degustación de los sabores alimenticios, arquetipo de toda forma de gusto, remita directamente a las experiencias más antiguas y profundas, aquellas que determinan y sobredeterminan las oposiciones primitivas, amargo/dulce, sabroso/insípido, caliente/frío, grosero/fino, severo/alegre, tan indispensables para el comentario gastronómico como para las depuradas glosas de los estetas. En distintos grados, según el arte, el género y el estilo, la obra artística nunca es sólo esa *cosa mental,* esa especie de discurso destinado únicamente a ser leído, descodificado, interpretado, que de ella hace la visión intelectualista. Producto de un *arte* en el sentido durkeimiano, es decir, de una "pura práctica sin teoría", cuando no lo es de una simple *mimesis,* especie de gimnasia simbólica, también contiene siempre algo de inefable, no por exceso, como lo quieren los celebrantes, sino *por defecto,* algo que comunica, si así puede decirse, de cuerpo a cuerpo, como el ritmo de la música o la agradable calidad de los colores, es decir, sin llegar a las palabras y a los conceptos. El arte es también una "cosa corporal" y la música, la más "pura" y la más "espiritual" de las artes, quizás es sencillamente la más corporal. Vinculada a unos "estados de ánimo" que son también *estados de cuerpo* o, como antes se decía, *humores*, la música cautiva, arrebata, mueve y conmueve: se sitúa menos más allá de las palabras que más acá, en los gestos y los movimientos del cuerpo, en los ritmos, de los que Piaget dijo en alguna parte que caracterizan las funciones situadas, como todo lo que rige el gusto, en la conjunción de lo orgánico y lo psíquico, arrebatos y moderaciones, *crescendo* y *decrescendo,* tensiones y relajación[89]. Sin duda esto es lo que hace que, surgidos de la pura técnica, los discursos sobre la música apenas hablen de otra forma que mediante adjetivos o exclamaciones. Del mismo modo que los místicos hablan del amor divino con el lenguaje del amor humano, las evocaciones menos inadecuadas del placer musical son aquellas que pueden restituir las formas singulares de una experiencia tan profundamente enclavada en el cuerpo y en las experiencias corporales primitivas como son los gustos alimenticios.

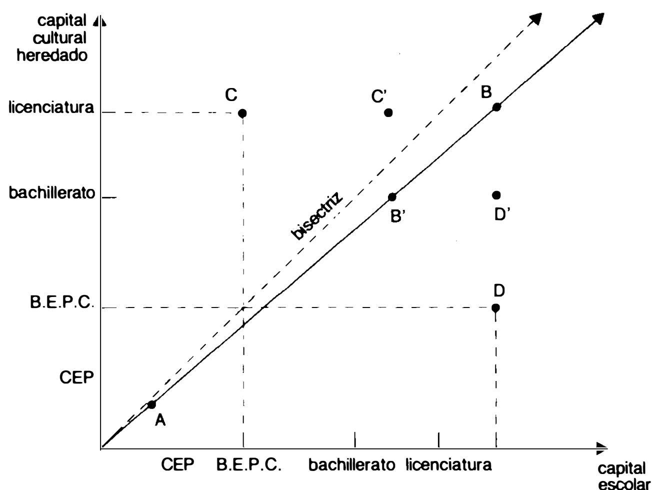
El capital heredado y el capital adquirido

Como acabamos de ver, las diferencias que la relación con el capital escolar deja inexplicadas, y que se manifiestan principalmente con respecto al origen

que no ocurre *nunca* en el caso de los que proceden de las clases superiores que, por el contrario, disfrutan ofreciendo comidas originales y exóticas. Dentro de la pequeña burguesía establecida, la propensión a ofrecer comidas abundantes y buenas es igual de fuerte en los que están en decadencia que en aquellos que, nacidos en clases populares, se encuentran en ascensión; pero los primeros no dicen nunca que les gusta ofrecer comidas sin ceremonias u originales y exóticas, mientras que los segundos se las proponen así algunas veces a sus amigos (pero con menor frecuencia, por supuesto, que los miembros de la nueva pequeña burguesía).

[89] Podría evocarse aquí, más que la teoría erótica del ritmo (invocada por ejemplo para dar cuenta de las aceleraciones del ritmo que conducen hasta un máximo seguido de un reposo), la teoría que invoca una concordancia o una correspondencia más amplia, marcada por ejemplo por la tendencia a producir unos movimientos que siguen el ritmo, entre el tempo de la música y los ritmos interiores (véase, por ejemplo, P. Fraisse, *Les estructures rythmiques,* París, Erasme, 1956; *Psychologie du temps,* 2ª ed., París, PUF, 1967).

Gráfico 3–**Relación entre el capital heredado y el capital escolar**



social, pueden provenir de diferencias en el modo de adquisición del capital cultural actualmente poseído: pero pueden provenir también de diferencias en el grado en que este capital es reconocido y garantizado por el título académico, ya que es posible que una fracción más o menos importante del capital efectivamente poseído no haya recibido sanción escolar, cuando ha sido heredado directamente de la familia, e incluso cuando ha sido adquirido escolarmente. Dada la importancia del efecto de supervivencia del modo de adquisición, los propios títulos académicos pueden garantizar muy diferentes tipos de relaciones con la cultura –cada vez menos, sin embargo, a medida que se sube en la jerarquía escolar y que aumenta la recompensa reconocida por la escuela a las maneras de utilizar los conocimientos en relación con la recompensa otorgada a dichos conocimientos–. Si el mismo volumen de capital escolar como capital cultural garantizado puede corresponder a diferentes volúmenes de capital cultural socialmente rentable, se debe en primer lugar a que la institución escolar que, al tener el monopolio de la *certificación,* rige la conversión del capital cultural heredado en capital escolar, no tiene el monopolio de la producción del capital cultural: otorga su sanción más o menos completamente al capital heredado (*efecto de conversión desigual del capital cultural heredado*) porque, según los momentos y, al mismo tiempo, según los niveles y los sectores, lo que exige se reduce más o menos completamente a aquello que aportan los "herederos", y porque reconoce más o menos valor a otras especies de capital incorporado y a otras disposiciones (como la docilidad con respecto a la propia institución)[90].

[90] Sin recordar en su totalidad el sistema de factores que determinan la reconversión diferencial en capital escolar del capital cultural heredado (que, para ser estrictos, sería necesario medir a escala del grupo doméstico en su conjunto), nos contentaremos con recordar el peso del *ethos* de clase y de la relación con la escuela y con sus sanciones (función a su vez, para lo esencial, del grado en el que la posición ocupada y su reproducción dependen de la escuela) que determina la importancia de lo inverti-

Los poseedores de un fuerte capital escolar que, han heredado un fuerte capital cultural y tienen a la vez los títulos y los cuarteles de nobleza cultural, la seguridad que da la pertenencia legítima y la naturalidad que asegura la familiaridad (B), se contraponen no sólo a los que se encuentran desprovistos de capital escolar y de capital cultural heredado (A) (así como a todos los que están situados más bajo sobre el eje que marca la perfecta reconversión del capital cultural en capital escolar), sino también, por una parte, a aquellos que, con un capital cultural heredado equivalente, han obtenido un capital escolar inferior (C ó C') (o que tienen un capital cultural heredado más importante que su capital escolar –es el caso de C' con respecto a B' o de D' con respecto a D) y que les son más próximos, sobre todo en materia de "cultura libre", que los poseedores de titulaciones idénticas; y por otra parte, a aquellos que, dotados de un capital escolar semejante, no disponían, en su origen, de un capital cultural tan importante (D ó D') y que mantienen con la cultura, que deben más a la escuela y menos a su familia, una relación menos familiar, más escolar (encontrándose estas contraposiciones secundarias en cada nivel del eje).

Podría construirse un esquema parecido para cada una de las especies de capital poseído en el origen y en el momento de la observación (capital económico, capital cultural, capital social) y definir luego el universo de casos posibles de la relación entre el capital de origen definido en su volumen y estructura, y el capital de llegada caracterizado de la misma forma (se tendría así, por ejemplo, los individuos que están en decadencia para todas las especies de capital o en decadencia para una sólo y en ascensión para las otras –reconversión–, etc.). Basta con afinar suficientemente el análisis de las distintas especies de capital (contraponiendo, por ejemplo, dentro del capital cultural diversas sub-especies como capital literario, capital científico y capital jurídico-económico) o el análisis de los distintos niveles, para descubrir en toda su complejidad, pero también en su multiplicidad casi infinita, cada uno de los casos empíricamente comprobados. Para ser completamente riguroso sería necesario tener en cuenta los cambios estructurales que, como la desvalorización de las titulaciones nominales, se observan en períodos en que, como ocurre actualmente, la utilización del sistema escolar se intensifica[91]. Habría que tener en cuenta también el desajuste entre el número de años de estudios y la titulación conseguida (que es tanto más probable cuanto más alto es el capital de origen y más extendida se encuentra la escolarización –llegando incluso a afectar en estos momentos a las clases populares cuyos niños salen a menudo sin el CEP–): se vería así que para explicar adecuadamente algunas prácticas (y muy particularmente la autodidaxia) hay que tener en cuenta, además de la titulación

---

do en el juego, y las apuestas escolares y las estrategias de inversión cultural (mediante la elección de establecimientos y grados, tiempo dedicado a la transmisión difusa o explícita, etc.), y contribuye de esta forma a determinar el rendimiento diferencial del capital cultural heredado; o también el peso del *ethos* sexual, producto de la interiorización de la división del trabajo entre los sexos, tal como se realiza en una clase social determinada, que contribuye asimismo a orientar las inversiones, al inclinar por ejemplo a las chicas hacia los estudios literarios y artísticos y a los chicos hacia los estudios científicos o económico-jurídicos. Sería necesario recordar también la eficacia propia de la institución escolar, que actúa a la vez sancionando el capital cultural heredado (por medio de sanciones expresas, como notas, titulaciones, y también por medio de la orientación hacia disciplinas, secciones o establecimientos más o menos prestigiosos) e inculcando una erudición escolar más o menos redundante con el saber heredado, con los estudios científicos más avanzados, en un extremo, y, en el otro, las escuelas que sin duda tienen como efecto esencial el de controlar y sancionar una competencia de clase, como Ciencias Políticas o la Escuela Nacional de Administración, y cuyo límite es sin duda la Escuela del Louvre, la forma perfecta de la escuela de los aficionados, si se nos permite esta combinación de palabras.

[91] Se ha querido simbolizar esta desvalorización situando el lugar de equivalencia real de las titulaciones por debajo de la bisectriz que marca la equivalencia de los valores *nominales* de las mismas.

escolar y del número de años de estudio, la relación entre ambos (que puede estar en el origen de la confianza o desconfianza en sí mismo, de la suficiencia o del resentimiento, etc.)[92].

El desajuste entre capital escolar y capital cultural efectivamente poseído, que se encuentra en el origen de las diferencias entre los poseedores de un capital escolar idéntico, puede nacer también del hecho de que la misma titulación académica puede corresponderse con unos tiempos desiguales de escolarización (*efecto de conversión desigual del capital cultural adquirido escolarmente*): los efectos directos o indirectos de uno o de varios años de estudios pueden, en realidad, no resultar sancionados con la titulación correspondiente –como ocurre con todos aquellos que abandonan sus estudios entre el tercero y el último curso del bachillerato o, en otro nivel, con los que han aprobado uno o dos cursos en una facultad universitaria sin llegar a obtener ninguna titulación–. Pero además, debido a que la frecuencia de este desajuste ha aumentado a medida que van aumentando las posibilidades de acceso de las diferentes clases a la enseñanza secundaria y superior, los agentes que pertenecen a generaciones diferentes (tomadas bajo la forma de clases de edad) tienen todas las probabilidades de haber dedicado un *número de años de estudios muy diferente* (con todos sus efectos correlativos, entre los cuales se encuentran, por supuesto, la elevación de la competencia no sancionada, pero también la adquisición de un tipo diferente de relación con la cultura –el efecto de "estudiantización"–, etc.) *en unas instituciones escolares muy diferentes* por sus maestros, sus métodos pedagógicos, su reclutamiento social, etc., para obtener un título idéntico. De donde resulta que las diferencias asociadas a la trayectoria social y al volumen del capital cultural heredado se duplican con diferencias que, visibles sobre todo en los miembros de la pequeña burguesía originarios a su vez de la propia pequeña burguesía o de las clases populares (y representados particularmente en la pequeña burguesía establecida), reflejan unos cambios en el estado de las relaciones entre el sistema de enseñanza y la estructura de las clases sociales: a estos diferentes *modos de generación* corresponden unas relaciones diferentes con el sistema escolar, que se expresan en unas estrategias diferentes de la inversión cultural no garantizada por la institución escolar (es decir, de autodidactismo).

A falta de indicadores más precisos del estilo global de consumos culturales como libros, periódicos o semanarios preferidos (que reflejaran, por ejemplo, la contraposición, entre *Le Canard enchaîné* y *Charlie-Hebdo* o, en materia de vulgarización, entre *Science et vie* y *Psychologie,* etc.), podemos utilizar las informaciones que proporciona la encuesta sobre los cantantes preferidos. Podría pensarse que, para dar cuenta del hecho de que, para todos los niveles de capital escolar, los sujetos más jóvenes elijan con mayor frecuencia cantantes de la generación joven (Françoise Hardy o Johnny Halliday) que los sujetos de más edad, que eligen las más de las veces cantantes más antiguos (Guétary o Luis Mariano), bastaría con tomar en cuenta la fecha de aparición de los cantantes en el campo de la producción cultural. En realidad, entre los bachilleres, los más jóvenes citan con mayor frecuencia a Jacques Douai (que, nacido en 1920, dio un recital en el Vieux

[92] Podría también considerarse la relación entre la edad de terminación de los estudios y la edad legítima para la obtención de un título (p. ej. el bachillerato a los 17 años o las edades límites para ser admitidos en concursos y oposiciones). Se sabe que una de las mediaciones en la transformación del capital cultural en capital escolar es el avance o el retraso escolar.

Colombier en 1963), Jacques Brel (quien, nacido en 1929, hizo su presentación en París a partir de 1953 en el Teatro de los Trois Baudets, dando recitales en el Olympia en 1958 y 1961) o incluso a Léo Ferré (nacido en 1916, licenciado en Letras, antiguo alumno de la Escuela libre de Ciencias Políticas, que se presentó en los cabarés de París en 1946), mientras que los de más edad citan más frecuentemente a Édith Piaf (nacida en 1915, muerta en 1963, que se había presentado en el ABC de París en 1937), Luis Mariano (nacido en 1920, que obtiene su primer éxito en 1945 en el Casino Montparnasse), Gilbert Bécaud (que nació en 1927 y se dio a conocer primero en los cabarés de la *rive droite* y después en el Olympia, y que alcanzó su consagración en 1954, "el año de Bécaud"), o incluso a Petula Clark (nacida en 1933, que obtuvo un gran éxito en el Olympia en 1960 y fue elegida en 1963 "la más popular y simpática estrella"). Puede verse que no es posible comprender estas relaciones si no es a condición de tener en cuenta no sólo la edad o la época de lanzamiento de los cantantes ni los lugares en los que se exhiben en la época de la encuesta, sino también y sobre todo la mayor o menor afinidad entre el estilo de sus canciones –más "intelectual" en el primer caso, más próxima al gusto pequeño burgués de la opereta o de la canción realista en el segundo– y las disposiciones culturales de dos *generaciones escolares* producidas por dos estados muy diferentes del sistema escolar (Para las informaciones biográficas, véase C. Brunschwig, L. J. Calvet, J. C. Klein, *100 ans de chanson française,* París, Ed. du Seuil, 1972, y *Who's Who in France*).

Son diferencias del mismo tipo las que distinguen, dentro de la fracción de los técnicos, unas generaciones escolares, contraponiéndose los más jóvenes a los de mayor edad menos por su competencia global que por la extensión y "libertad" de sus inversiones culturales: si bien leen obras científicas y técnicas como lo hacen los de más edad, se interesan con mayor frecuencia por los ensayos filosóficos o la poesía; no van más a los Museos que aquéllos, pero cuando van, a menudo lo hacen al Museo de arte moderno. Estas tendencias están particularmente señaladas entre aquéllos de esta edad originarios de las clases medias y superiores (relativamente más numerosos que entre los de más edad) y que conocen (relativamente) un número más alto de obras musicales y compositores, se interesan por el arte moderno y por la filosofía; y van mucho al cine. Pero quizá lo que distingue más claramente a las dos generaciones de técnicos son los signos externos –la manera de vestirse y peinarse, en particular– y también las preferencias declaradas: los más jóvenes, que intentan aproximarse al estilo estudiantil, confiesan seguir la moda y preferir la vestimenta que "corresponde a su personalidad", mientras que los de más edad eligen con mayor frecuencia una vestimenta "sobria y correcta" o de "corte clásico" (elección característica del pequeño burgués establecido).

El autodidacta a la antigua usanza se definía fundamentalmente por una reverencia respecto a la cultura que era efecto de una exclusión a la vez brutal y precoz, y que conducía a una devoción exaltada y mal orientada, y por ello destinada a ser percibida por los poseedores de la cultura legítima como una especie de homenaje caricaturesco[93]. En estos "primarios" que buscan en una autodidaxia

[93] El reconocimiento de la incompetencia y de la indignidad cultural que caracteriza a la autodidaxia antigua se observa, sobre todo, en los miembros de la pequeña burguesía establecida originaria de las clases populares o medias, que dicen, p. ej., con una frecuencia muy alta (un 70 % frente a un 31 % en la nueva pequeña burguesía originaria de las mismas clases) que "la pintura está bien pero es difícil". La alienación cultural de los autodidactas a la antigua usanza nunca se manifiesta con tanta claridad como en su afición a dar pruebas de su cultura, incluso cuando no se les pide, dejando ver su exclusión con su preocupación por probar su pertenencia (a la inversa de los bien nacidos que ocultan su ignorancia ignorando las preguntas o las situaciones que pueden hacerla presente).

profundamente ortodoxa la manera de continuar por sus propios medios una trayectoria brutalmente interrumpida, toda su relación con la cultura legítima y con las autoridades poseedoras de la autoridad sobre esa cultura permanece marcada por el hecho de que han sido excluidos por un sistema capaz de imponer a los excluidos el reconocimiento de su propia exclusión. Por el contrario, los autodidactas de nuevo estilo se han mantenido con frecuencia en el sistema escolar hasta un nivel relativamente alto y han adquirido en el curso de esta larga asistencia mal recompensada una relación a la vez "liberada" y desilusionada, familiar y desencantada, con la cultura legítima, que no tiene nada en común con la distante reverencia del antiguo autodidacta, aunque esta relación conduce a unas inversiones igualmente intensas y apasionadas pero situadas en un terreno completamente distinto, el *comic* o el jazz, campos abandonados o desdeñados por el universo escolar, antes que la historia o la astronomía, la psicología (e incluso la para-psicología) o la ecología antes que la arqueología o la geología[94]. Sin duda es en estas categorías en las que se recluta el público de todas las producciones que se cuentan en la "contra-cultura" (*Charlie-Hebdo, L'Echo des Savanes, Sexpol,* etc.) y que actualmente ofrecen, bajo una forma periodística, los productos de la vanguardia intelectual, del mismo modo que otras "vulgarizan" (es decir, difunden más allá del grupo de receptores legítimos) los productos de la retaguardia académica (*Histoire,* por ejemplo) o de la vanguardia consagrada (*Le Nouvel Observateur*).

Los poseedores del monopolio de la manipulación de lo sagrado, letrados de todas las iglesias, nunca son demasiado indulgentes con aquellos que pretenden "descubrir en ellos mismos las fuentes de la autoridad tradicional" y acceder sin intermediarios al depósito que tienen en custodia: como bien lo muestra Gershom Scholem, ponen siempre "tantas barreras como pueden ante los pasos del candidato al camino místico [...] y cuando las barreras llegan a asustar al peregrino y a forzarle a contentarse con la antigua ruta, porque las nuevas se le han hecho inaccesibles, tanto mejor va desde el punto de vista de la autoridad"[95]. Pero la censura preventiva de la institución puede ejercerse sin que nadie se vea obligado a ejercer controles o coacciones: mientras que los autodidactas tradicionales esperan todavía de la institución escolar que les indique y les abra los atajos de la vulgarización y de la vulgata, siempre más o menos directamente dominados por la institución[96], los más liberados entre los nuevos autodidactas buscan sus maestros de pensamiento entre heresiarcas que cumplen también con la función tradicionalmente impartida por las autoridades, a saber, como asimismo dice Scholem, con la de "anunciar al neófito las experiencias para las que debe prepararse" y con la de "suministrarle los símbolos gracias a los cuales podrá expresarlas".

---

[94] El hecho de que las matemáticas y la física hayan llegado a ser los principales criterios de eliminación o relegación contribuye sin duda a reforzar la propensión al irracionalismo y al anti-intelectualismo, que favorecen una relación ambivalente con el sistema escolar y una trayectoria social declinante o falsamente ascendente (imponiéndose este *efecto de falsa trayectoria* a todos los que ponen su mira en un porvenir que, en un estado anterior del sistema, estaba implícito en su titulación académica o en su posición escolar).

[95] G. SCHOLEM, *La Kabbale et sa symbolique,* París, Payot, 1975, p. 35.

[96] Como lo testimonia, por ejemplo, el valor que los responsables de las revistas de vulgarización, así como sus lectores, otorgan a estas especies de "fiadores" institucionales que son los poseedores de las altas titulaciones universitarias o académicas.

Los dos mercados

La familia y la escuela funcionan, de modo inseparable, como los lugares en que se constituyen, por el propio uso, las competencias juzgadas como necesarias en un momento dado del tiempo, y como los lugares en los que se forma el *precio* de esas competencias, es decir, como los mercados que, mediante sus sanciones positivas o negativas, controlan el resultado, consolidando lo que es "aceptable", quitando valor a lo que no lo es, condenando a perecer a las disposiciones desprovistas de valor, cosas poco serias que "caen como una losa" o que, siendo "de recibo", como suele decirse, en otros medios, en otros mercados, aquí parecen "desplazadas" y no suscitan sino vergüenza o reprobación –por ejemplo, citas latinas que hacen parecer "ridículo" o "pedante", etc–. Dicho de otra forma, la adquisición de la competencia cultural es inseparable de la adquisición insensible de un *sentido de aplicación productiva* de las inversiones culturales que, al ser producto del acoplamiento a las posibilidades objetivas de hacer valer la competencia, favorece la adaptación anticipada a esas posibilidades, y que es ella misma una dimensión de una relación con la cultura, próxima o distante, desenvuelta o reverente, mundana o académica, forma incorporada de la relación objetiva entre el lugar de adquisición y el "hogar de los valores culturales". Hablar de *sentido de aplicación productiva* como se habla del sentido de las conveniencias, o del sentido de las limitaciones, es indicar con claridad que al recurrir por necesidades de objetivación a términos tomados del léxico económico en absoluto se quiere sugerir que, como implica –sin duda equivocadamente– el uso ordinario de estos conceptos, las conductas correspondientes estén orientadas por el cálculo racional de la maximización de los beneficios. Si la cultura es el lugar por excelencia del desconocimiento es porque, al engendrar unas estrategias objetivamente ajustadas a las posibilidades objetivas de beneficio de las que es producto, el sentido de la aplicación productiva asegura unos beneficios que no tienen necesidad de ser buscados como tales, y proporciona así a quienes tienen la cultura legítima como segunda naturaleza un beneficio suplementario, el de ser vistos y verse a sí mismos como perfectamente desinteresados y perfectamente puros de cualquier utilización cínica o mercenaria de la cultura. Es decir, que el término de inversión, por ejemplo, debe ser entendido en el doble sentido de inversión económica –lo que objetivamente siempre es, aunque no sea reconocido como tal– y en el sentido de inversión afectiva que le da el psicoanálisis o mejor aún, en el sentido de *illusio,* creencia, *involvement,* compromiso con el juego que es producto del juego y que produce el juego. El aficionado al arte no conoce otra guía que su amor al arte y cuando se encamina, como por instinto, hacia lo que en cada momento hay que amar, a la manera de esos hombres de negocio que hacen dinero incluso cuando no lo buscan, no obedece a ningún tipo de cálculo cínico sino a su simple placer, al sincero entusiasmo que en estas materias constituye una de las condiciones del éxito de las inversiones. Así por ejemplo, es cierto que el efecto de las jerarquías de legitimidad (jerarquía de las artes, de los géneros, etc.) puede ser descrito como un caso particular del efecto de *labeling* (imposición de etiquetas verbales), bien conocido por los psicólogos sociales: igual que la idea que se fabrica de un rostro cambia según la etiqueta étnica que se le atribuya[97], el valor de las artes, de los

---

[97] Véase G. Razzan, "Ethnic Dislikes and Stereotypes", *Journal of Abnormal Social Psychology,* 45, 1950, pp. 7-27.

géneros, de las obras, de los autores, depende de las marcas sociales que en cada momento se les adjudica (por ejemplo el lugar de publicación, etc.). No es menos cierto que el sentido de la inversión cultural, que lleva a amar siempre y siempre sinceramente lo que es preciso amar y sólo aquello, puede ayudarse con el inconsciente desciframiento de los innumerables signos que dicen en cada momento lo que hay que hacer o no hacer, lo que hay que ver o no ver, sin estar nunca explícitamente orientados por la búsqueda de los beneficios simbólicos que aquél procura. La competencia específica (en música clásica o en jazz, en teatro o en cine, etc.) depende de las oportunidades que ofrecen, de modo inseparable los diferentes mercados –familiar, escolar o profesional– *para su acumulación, su ejecución y su valorización*, es decir, del grado en el que favorecen la adquisición de esta competencia con la promesa y la seguridad de unos beneficios que constituyen otros tantos refuerzos e incitaciones para nuevas inversiones. Las posibilidades de utilizar y "rentabilizar" la competencia cultural en los distintos mercados contribuyen en particular a definir la propensión a las inversiones "escolares" y a las a veces llamadas "libres" porque, a diferencia de las que organiza la escuela, parecen no deber nada a las coacciones o a las incitaciones de la institución.

La competencia es tanto más imperativamente exigida y tanto más "gratificante", y la incompetencia tanto más rigurosamente sancionada y tanto más "costosa", cuanto mayor es el grado de legitimidad de un determinado campo[98]. Pero esto no basta para explicar el hecho de que cuanto más se va hacia los campos más legítimos, más importantes son las diferencias estadísticas asociadas con el capital escolar, mientras que cuanto más se va hacia los campos menos legítimos, que los menos informados creen que están abandonados a la libertad de gustos y colores –como la cocina o la decoración del hogar, la elección de amigos o del mobiliario– más se ve crecer la importancia de las diferencias estadísticas ligadas con la trayectoria social (y con la estructura del capital), ocupando una posición intermedia los campos en vía de legitimación, como son la canción llamada "intelectual", la fotografía o el jazz. También aquí, en la relación entre las propiedades del campo (en especial las posibilidades de sanciones positivas o negativas que ofrece "como media" para cualquier agente) y las propiedades del agente es donde se determina la "eficacia" de dichas propiedades: por eso la propensión a las inversiones "libres" y el campo hacia el cual se orientan estas inversiones dependen, rigurosamente, no de la tasa "media" de beneficios proporcionada por el dominio considerado, sino de la tasa de beneficio que éste promete a cada agente o a cada categoría particular de agentes en función del volumen y de la estructura de su capital.

---

[98] Sería ingenuo tratar de obtener argumentos del hecho de que la definición legítima de la cultura o de la relación con la cultura o también la jerarquía de los diferentes campos, géneros, obras o autores sea la apuesta de una lucha permanente por poner en duda la existencia en cada momento de una jerarquía legítima: las luchas que tienen por objeto, por ejemplo, transformar o invertir las jerarquías establecidas por medio de la legitimación de un campo o de un género aún ilegítimo, fotografía o *comics*, por la rehabilitación de autores menos considerados o no tomados en consideración, etc., o también imponer un nuevo modo de apropiación, vinculado con un nuevo modo de adquisición, son precisamente lo que hace la legitimidad, engendrando la creencia no en el valor de tal o cual apuesta sino en el valor del juego en el que se produce y reproduce el valor de todas las apuestas. No sería menos ingenuo tratar a estas jerarquías que reproducen en su propia lógica, es decir, bajo una forma transfigurada, las relaciones de orden entre los grupos, como un orden absoluto, fundado por naturaleza, aunque deban lo esencial de su eficacia simbólica, es decir, de su legitimidad, al hecho de que son vividas como tales.

La jerarquía de las tasas "*medias*" de beneficio se corresponde, *grosso modo,* con la jerarquía de los distintos grados de legitimidad, proporcionando una fuerte cultura en materia de literatura clásica o incluso vanguardista –tanto en el mercado escolar como en cualquier otra parte– unos beneficios "medios" superiores a los que proporciona una fuerte cultura en materia cinematográfica o, *a fortiori,* en materia de *comics,* de novela policíaca o de deportes; pero los beneficios *específicos,* y por tanto las propensiones a la inversión que ellos imponen, sólo se definen en la relación entre un dominio determinado y un agente particular, caracterizado por sus propiedades particulares. Así, por ejemplo, aquellos que deben lo esencial de su capital cultural a la Escuela, como los maestros y los profesores originarios de las clases populares y medias, se muestran particularmente sumisos a la definición escolar de la legitimidad y tienden a proporcionar sus inversiones, de manera muy estricta, al valor que la Escuela reconoce en los diferentes dominios. Al contrario, unas artes medias como el cine y el jazz y, más aún, los *comics*, la ciencia-ficción o la novela policíaca, están predispuestas a atraer las inversiones, ya sea de quienes no han logrado por completo la reconversión de su capital cultural en capital escolar, ya sea de quienes, no habiendo adquirido la cultura legítima según el modo de adquisición legítimo (es decir, mediante una familiarización precoz), mantienen con ella una relación objetiva y/o subjetivamente desafortunada: estas artes en vía de legitimación, que los grandes poseedores de capital escolar desdeñan u olvidan, ofrecen un refugio y una revancha a aquellos que, al apropiárselas, hacen la mejor aplicación productiva de su capital cultural (sobre todo si éste no está escolarmente reconocido en su totalidad), atribuyéndose el mérito de poner en duda la jerarquía establecida de legitimidades y beneficios. Dicho de otra manera, la propensión a aplicar a las "artes medias" una disposición ordinariamente reservada a las artes legítimas –por ejemplo, la que mide el conocimiento de directores cinematográficos– depende mucho menos del capital escolar que de una relación global con la cultura escolar y con la escuela, que a su vez depende del grado en el que el capital cultural poseído se reduce al capital adquirido en la escuela y reconocido por la escuela. (De esta forma es como los miembros de la nueva pequeña burguesía que, aunque hayan heredado un capital cultural más importante, poseen más o menos el mismo capital escolar que los maestros, tienen un conocimiento de los directores cinematográficos muy superior al de éstos, mientras que conocen peor a los compositores). En realidad, nunca es posible escapar por completo a la jerarquía objetiva de las legitimidades. Dado que el sentido y el valor mismos de un bien cultural varían según el sistema de bienes en el que se encuentran insertos, la novela policíaca, la ciencia ficción o los *comics* pueden ser unas propiedades culturales muy prestigiosas como manifestaciones de audacia y libertad, o, por el contrario, pueden ser reducidas a su valor ordinario, según que estén asociadas a los descubrimientos de la vanguardia literaria o musical, o que se reúnan entre ellos, formando entonces una constelación típica del "gusto medio" y apareciendo así como lo que son, simples sustitutivos de los bienes legítimos.

Dado que cada uno de los espacios sociales, familia o escuela, por ejemplo, funcionan simultáneamente como uno de los lugares en los que se produce la competencia y uno de los lugares en los que ésta recibe su premio, se podría esperar que cada uno de los campos otorgara la máxima recompensa a los productos que allí se engendran. El mercado escolar concedería el mayor valor a la

competencia cultural escolarmente certificada y a la modalidad escolar, mientras que los mercados dominados por valores extra-escolares –ya se trate de salones y cenas "mundanas" o de cualquier ocasión de la existencia profesional (entrevistas previas a la designación para un puesto de trabajo, conferencias de dirección, coloquios, etc.) e incluso escolar (gran examen oral de la ENA o de Ciencias Políticas) en las que se trata de evaluar la *persona total*– concederían el más alto precio a la relación familiar con la cultura, devaluando, al mismo tiempo, todas las disposiciones y competencias que recuerdan las condiciones escolares de adquisición. Esto sería no contar con los efectos de dominación que hacen que los productos del modo de producción escolar puedan estar devaluados como "escolares" en el propio mercado escolar[99]. El signo más claro de la heteronomia del mercado escolar reside, en efecto, en la ambivalencia del tratamiento que reserva a los productos del *habitus* «escolar» y que es tanto más marcado cuanto más débil es la autonomía del sistema escolar en su conjunto (variable según los momentos y según los países) y de tal o cual de las instituciones que lo constituyen en relación con las demandas de las fracciones dominantes de la clase dominante[100].

Lo que sí es cierto es que existe una afinidad inmediata entre las disposiciones que se adquieren mediante la familiarización con la cultura legítima y el mercado "mundano" (o las formas más "mundanas" del mercado escolar): las ocasiones ordinarias de la vida social excluyen pruebas tan brutales como el cuestionario cerrado, límite de la interrogación escolar con la que la propia institución escolar se niega todas las veces que, al aceptar implícitamente la mundana depreciación de lo "escolar", hace de la interrogación destinada a verificar y medir la competencia una variante de la conversación mundana. De forma opuesta a las situaciones escolares más escolares, que tienen como mira la de desarmar y desalentar las estrategias de *bluff,* las ocasiones mundanas ofrecen libre curso a un arte de interpretar la competencia que es a la competencia lo que, en el juego de cartas, la manera de jugar es a la mano: se puede elegir terreno, esquivar las pruebas, transformar en cuestiones de preferencia las cuestiones de conocimiento, las ignorancias en desdeñoso rechazo, y tantas y tantas estrategias en las que se manifiestan la seguridad o la inseguridad, la comodidad o la incomodidad, y que dependen tanto del capital escolar como del modo de adquisición y de la familiaridad o distancia correlativas. Es decir, que la falta de un conocimiento profundo, metódico y sistemático en un campo particular de la cultura legítima no impide, de ninguna manera, satisfacer las exigencias culturales inscritas en la mayor parte de las situaciones sociales, aunque se trate de la situación casi escolar que crea la relación de encuesta[101].

---

[99] Las maneras dominantes, pronunciación, "naturalidad", "distinción", tienden a imponerse a las clases dominadas y no pueden ser devaluadas si no es en nombre de principios completamente "extra-culturales", como pueden ser los valores de la virilidad, que conducen a constituir la modalidad dominante como un índice de disposiciones afeminadas.

[100] Sobre todos estos puntos, y en particular sobre la oposición entre la ENA y la Politécnica, véase P. Bourdieu y M. de Saint-Martin, "Le Patronat", *loc. cit.*

[101] Ya se sabe cómo desprecian los miembros de la clase dominante, y muy especialmente las fracciones más ricas en capital cultural, los juegos de erudición de la radio o de la televisión que, a la manera de los cuestionarios sociológicos, les parecen negaciones caricaturescas de la relación legítima con la cultura legítima.

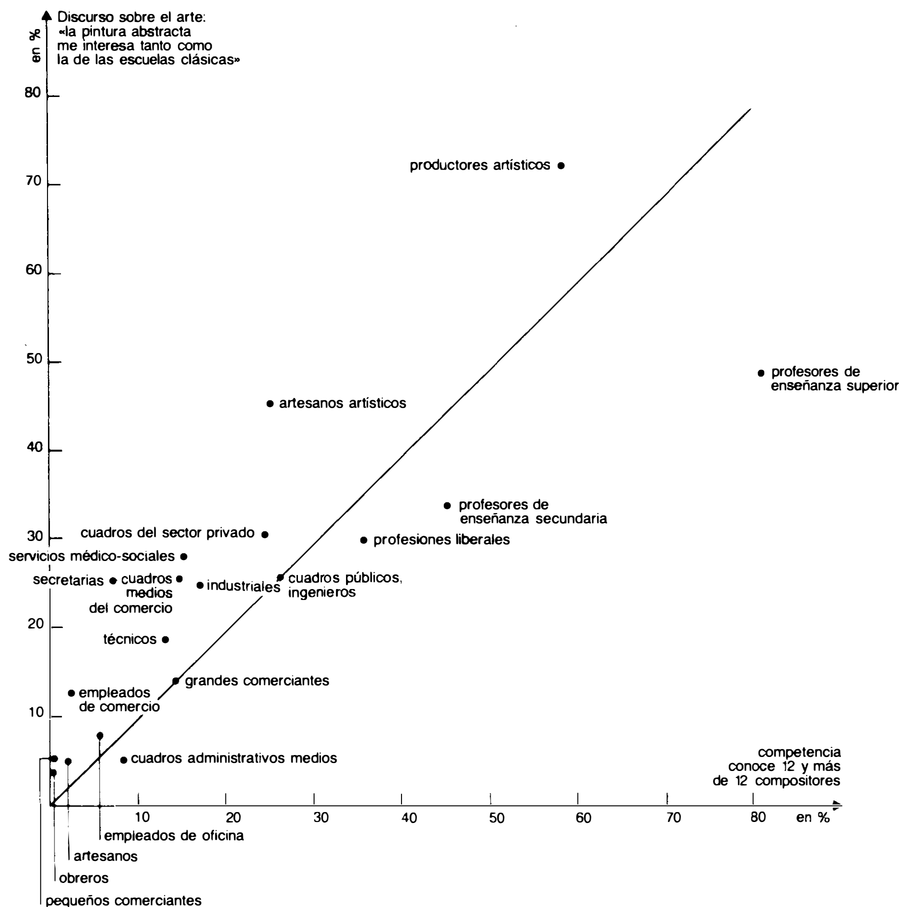
Al interrogar sobre los pintores de tal manera que el conocimiento profesado no pudo ser objeto de verificación alguna, intentábamos proporcionarnos menos el medio de medir la competencia específica (de la que puede suponerse que depende de los mismos factores que el conocimiento de los compositores) que el de captar de manera indirecta la relación con la cultura legítima y los efectos diferenciales de la situación de encuesta. Así es como los sujetos cuyos conocimientos no están a la medida de su familiaridad han podido sentirse autorizados a utilizar estrategias de *bluff,* que son altamente provechosas en los usos ordinarios de la cultura (es el caso, en particular, de la nueva pequeña burguesía). Pero el propio *bluff* no es rentable si no está orientado por el confuso conocimiento que da la familiaridad; de tal forma que si la libertad que esta pregunta dejaba ha permitido a los más ignorantes asirse a nombres propios que no corresponden ni a un conocimiento ni a una preferencia, como Picasso (citado por el 21 % de los obreros especializados y peonaje) o Braque (el 10 %) que era objeto de diversas conmemoraciones en el momento de la encuesta, funcionaba también como una trampa con Rousseau (el 10 %) que, prácticamente nunca fue nombrado por las otras clases, ha sido confundido sin duda con el escritor (por el contrario Bruegel no ha sido nunca citado por el peonaje o los obreros especializados, sin duda porque no se atreven a correr el riesgo de pronunciar un nombre que tienen pocas probabilidades de haber oído).

Para manifestar esta especie de sentido mundano, irreductible a una suma de conocimientos estrictamente controlables, que, lo más a menudo, se encuentra asociado a un fuerte capital cultural heredado, basta con comparar las variaciones de estas dos dimensiones de la competencia cultural, la posesión de conocimientos específicos, tales como el conocimiento de los compositores, y el "buen olfato" que se necesita para valorizarla, medida en la capacidad de reconocer lo que Flaubert hubiera llamado las "opiniones *chics*" entre diversos juicios propuestos[102]. Sobre el diagrama donde se han llevado, para cada categoría, el porcentaje de individuos que conocen a los compositores de por lo menos doce obras musicales y el porcentaje de los que responden que "la pintura abstracta les interesa tanto como la de las escuelas clásicas", se distinguen las fracciones (profesores de enseñanza secundaria y de enseñanza superior) en las que la competencia estricta prevalece sobre el sentido de la buena respuesta y las que, por el contrario, tienen un sentido de la postura legítima sin relación con su competencia específica (nueva pequeña y gran burguesía y productores artísticos), encontrándose las diferencias reducidas al mínimo en las fracciones pequeño burguesas o burguesas en ascensión (maestros, cuadros administrativos medios, ingenieros, cuadros superiores del sector público).

El horror que los burgueses (y sobre todo los burgueses en decadencia) manifiestan por lo "académico" encuentra sin duda uno de sus fundamentos en la devaluación que el mercado escolar impone, *a pesar de todo*, a los conocimientos aproximados y a las intuiciones confusas de la familiaridad. Así, por ejemplo, puede comprenderse mejor la denuncia de la rutina escolar que se encuentra en la base de la mayor parte de las innovaciones de los nuevos intermediarios culturales

[102] No se han podido recoger los juicios sobre la música porque –a diferencia de la serie de juicios sobre la pintura que preveía un juicio mediador ("Me gustan mucho los impresionistas")– la serie de juicios propuestos presentaba una discontinuidad muy marcada entre la opinión típicamente "media" ("Me gustan los valses de Strauss") y la opinión *chic* ("Cualquier música de calidad me interesa"), de suerte que la elección del juicio más legítimo se ha impuesto con más fuerza a todos los que tenían la intención de no darse por satisfechos con un juicio demasiado visiblemente "ingenuo".

Gráfico 4—**Competencia específica y discursos sobre el arte**



(animadores, educadores, etc.) si se sabe que la pequeña burguesía establecida dispone de un capital escolar relativamente importante para una herencia cultural relativamente pequeña, mientras que la nueva pequeña burguesía (de la que los artistas representan el límite) tiene una gran herencia cultural para un capital escolar relativamente pequeño. El maestro parisién o incluso provinciano, que puede superar al pequeño patrono, al médico de provincias o al anticuario parisién en las pruebas de puro conocimiento, tiene todas las probabilidades de resultar incomparablemente inferior en todas las situaciones que requieren *seguridad* o *perspicacia* –e incluso el *bluff* apropiado para disimular las lagunas– más que la prudencia, la discreción y la conciencia de las limitaciones vinculadas con el modo de adquisición escolar: es posible confundir Buffet y Dubuffet y mostrarse completamente capaz de enmascarar la ignorancia con los lugares comunes del discurso de celebración o con el entendido silencio de una mueca, de un movimiento de cabeza o de una actitud inspirada: es posible identificar la filosofía con Saint-Éxupéry,

Teilhard de Chardin y hasta con Leprince-Ringuet y sin embargo afirmarse a la altura de los mercados más cotizados hoy día, recepciones, coloquios, entrevistas, debates, seminarios, comisiones, comités, etc. Y ello sólo con tal de que se posea el conjunto de rasgos distintivos –porte, prestancia, aplomo, dicción y pronunciación–, maneras y usos sin los cuales, por lo menos en estos mercados, de poco o de nada sirve toda la erudición escolar, y que, en parte porque la Escuela no los enseña nunca o nunca por completo, definen exactamente la distinción burguesa[103].

En definitiva, la manera que designa el gusto infalible del *taste maker* y que denuncia los mal asegurados gustos de los poseedores de una cultura mal adquirida debe toda su importancia, en todos los mercados y en especial en el mercado en el que se decreta el valor de las obras literarias y artísticas, al hecho de que las elecciones deben siempre una parte de su valor al valor del que las realiza, y este valor se hace conocer y reconocer, principalmente, por la manera de hacerlas. Ahora bien, lo que se aprende por inmersión en un espacio en el que la cultura legítima es como el aire que respiramos, es un sentido de la elección legítima tan seguro que puede imponerse por la única manera de su realización, al modo de un *bluff* logrado: esto no es sólo un sentido de los terrenos adecuados para una aplicación productiva, para las buenas inversiones culturales –los directores mejor que los actores, las obras de vanguardia mejor que las clásicas– o, lo que viene a ser lo mismo, un sentido del momento oportuno para invertir o desinvertir, cambiar de terreno, cuando los beneficios de distinción se hacen demasiado inciertos; es, al límite, esa seguridad en sí mismo, esa arrogancia, esa confianza que, siendo de ordinario monopolio de los individuos más seguros del rendimiento de sus aplicaciones productivas, tienen todas las probabilidades, en un universo donde todo es cuestión de fe, de que sus inversiones sean reconocidas como las más legítimas y por ello como las más rentables.

Lo propio de la imposición de legitimidad es impedir que jamás pueda determinarse si el dominante aparece como distinguido o noble porque es dominante, es decir, porque tiene el privilegio de definir, mediante su propia existencia, lo que es noble o distinguido como algo que no es otra cosa que lo que él es –privilegio que se manifiesta precisamente por su seguridad– o si sólo porque es dominante es por lo que aparece como dotado de esas cualidades y como único legitimado para definirlas. No es una casualidad que, para denominar las maneras o el gusto legítimos, el lenguaje ordinario pueda contentarse con decir *las* "maneras" o *el* "gusto", "*absolutamente* empleados", como dicen los gramáticos: las propiedades asociadas con los dominantes –"acentos" de París o de Oxford, "distinción" burguesa, etc.– tienen el poder de desalentar la intención de discernir lo que dichas propiedades son "en realidad", en sí mismas y para ellas mismas, y el valor distintivo que les confiere la referencia inconsciente a su distribución entre las clases.

---

103 Individuos escolarmente equivalentes (los alumnos de las grandes escuelas, por ejemplo) pueden estar profundamente separados desde el punto de vista de la *hexis* corporal, de la pronunciación, de la manera de vestirse, de la relación de familiaridad con la cultura legítima, por no hablar de todo el conjunto de competencias y capacidades específicas que funcionan como derechos de entrada en el universo burgués –como la práctica de la danza, de deportes raros o de juegos de sociedad (en particular el bridge)– y que, mediante las ocasiones de reunión que aseguran y del capital social que permiten acumular, se encuentran sin lugar a dudas en la base de las ulteriores diferencias de carrera.

Al fin, resulta claro que la dificultad del análisis se debía al hecho de que la representación de lo que designan los propios instrumentos de análisis –nivel de instrucción u origen social– se encuentra en juego en las luchas cuyo objeto de análisis –el arte y la relación con la obra de arte– es la apuesta en la propia realidad: estas luchas enfrentan a aquellos que están totalmente de acuerdo con la definición escolar de la cultura y del modo escolar de adquisición y aquellos que se erigen en defensores de una cultura y de una relación con la cultura más "libres", menos estrictamente subordinadas a los aprendizajes y controles escolares, y que, si se reclutan sobre todo entre los sectores más antiguos de la burguesía, encuentran una indiscutida caución en los escritores y en los artistas, y en la representación carismática de la producción y del consumo de la obra artística de los que ellos son sus inventores y sus garantes. Las querellas de autores o escuelas que ocupan la delantera de la escena literaria o artística, ocultan unas luchas sin duda más importantes, como las que enfrentan a los profesores (entre los cuales, a lo largo de todo el siglo XIX, surgían a menudo los críticos) y los escritores (más vinculados en general, por su origen y sus relaciones, con las fracciones dominantes de la clase dominante), o las que no cesan de enfrentar a las fracciones dominadas en su conjunto con las fracciones dominantes a propósito de la definición del hombre consumado y de la educación encargada de producir tal hombre. Así, por ejemplo, lo que está en juego en la creación, a finales del siglo XIX, de una enseñanza privada que daba una gran importancia al deporte –con, entre otros, el fundador de la École des Roches, Demolins, discípulo de Frédéric Le Play, lo mismo que el barón de Coubertin, otro defensor de una educación nueva–, es la imposición, en el seno de la propia institución escolar, de una definición aristocrática de la educación que contrapone al conocimiento, a la erudición y a la docilidad "escolar" simbolizada por el "liceo cuartel" (es aquí donde nace el tema, tantas veces repetido), y a todos los criterios de evaluación favorables a los niños de la pequeña burguesía, mediante los cuales la escuela afirma su autonomía, "valores" tales como la "energía", la "intrepidez", la "voluntad", virtudes de jefes (militares o empresariales –en aquella época más o menos lo mismo–), y sobre todo, quizá, la "iniciativa" (privada), bautizada *self-help,* el "espíritu de empresa", todas ellas virtudes vinculadas con la práctica de los deportes. Valorizar la *educación* frente a la *instrucción,* el *carácter* frente a la *inteligencia,* el *deporte* frente a la *cultura,* es afirmar, en el propio mundo escolar, la existencia de una jerarquía irreductible a la jerarquía propiamente escolar que privilegia al segundo término de estas contraposiciones[104].

Estas luchas no pertenecen sólo al pasado, como puede verse por la existencia de dos vías de acceso a la dirección de las grandes empresas, una que conduce desde la École des Roches o de los grandes colegios jesuíticos y de los grandes liceos burgueses (del distrito 16) a la facultad de Derecho o, cada vez más, a Ciencias Políticas o a la HEC, y la otra que lleva desde el liceo normal de

---

[104] Véase especialmente E. DEMOLINS, *A quoi tient la supériorité des anglosaxons?*, París, Firmin-Didot, 1897; *L'education nouvelle, l'École des Roches,* París, Firmin-Didot, 1898; *L'avenir de l'éducation nouvelle,* París, Firmin-Didot, 1899; P. DE COUBERTIN, *L'éducation en Angleterre,* París, Hachette, 1888; *L'éducation anglaise en France,* París, Hachete, 1889.

provincia o de París a la Escuela Politécnica[105], y más claramente todavía, como puede verse por la contraposición, a nivel de las "escuelas de élites", de dos mercados escolares profundamente distintos tanto en el contenido de la competencia cultural exigida como en el valor otorgado a las maneras y en los criterios empleados para evaluarlas, con, en un extremo, la Escuela normal superior y la Politécnica, y, en el otro, Ciencias Políticas y la Escuela nacional de administración. Estas luchas, mantenidas a propósito de la definición legítima de la cultura y de la manera legítima de evaluarla, no representan sino una dimensión de las incesantes luchas que dividen a toda clase dominante y que, por medio de las virtudes del hombre consumado, intentan conseguir los títulos legítimos para el ejercicio de la dominación: así es como la exaltación del deporte, escuela del carácter, y la valorización de la cultura económico-política en detrimento de la cultura literaria o artística, forman parte de las estrategias con que los miembros de las fracciones dominantes de la clase dominante se esfuerzan por desacreditar los valores que reconocen las fracciones "intelectuales" de la clase dominante y de la pequeña burguesía –cuyos hijos constituyen para los hijos de los burgueses unos temibles rivales en el terreno de la competencia escolar más escolarmente definida–. Pero en su sentido más profundo, estas manifestaciones de anti-intelectualismo no son sino una dimensión de un antagonismo que, mucho más allá de la cuestión de los usos legítimos del cuerpo o de la cultura, afecta a todas las dimensiones de la existencia, ya que las fracciones dominantes tienden siempre a pensar su relación con las fracciones dominadas por medio de la contraposición entre lo masculino y lo femenino, lo serio y lo frívolo, lo útil y lo fútil, lo responsable y lo irresponsable, el realismo y el irrealismo.

Los principios de división lógica que emplea la estadística para producir sus clases, y los "datos" que "registra" con respecto a aquéllas, son también principios de división socio-lógica: no es posible interpretar correctamente las variaciones estadísticas asociadas a las dos variables principales en su definición simple –el nivel de instrucción y el origen social– si no es a condición de tener en mente que son solidarias con definiciones antagónicas de la cultura legítima y de la relación legítima con la cultura o, con mayor precisión, con mercados diferentes en los que las propiedades asociadas con una o con otra reciben precios diferentes. Nada sería más falso que situar en estos "factores" una eficacia que no aparece más que en cierta *relación* y que puede, pues, encontrarse anulada o invertida en otro campo o en otro estado del campo. Las disposiciones constitutivas del *habitus* cultivado no se forman, ni funcionan, ni valen más que en un campo, en la *relación* con un campo que, como dice Bachelard del campo físico, es en sí mismo un "campo de fuerzas posibles", una "situación dinámica"[106] donde las fuerzas sólo se manifiestan en la relación con determinadas disposiciones: es así como las mismas prácticas pueden recibir sentidos y valores opuestos en campos diferentes, en estados diferentes o en sectores opuestos del mismo campo.

El examen retrospectivo y reflexivo de los instrumentos del análisis no es, por tanto, un escrúpulo epistemológico sino una condición indispensable del conocimiento científico del objeto: la pereza positivista conduce a concentrar la inten-

[105] Véase P. Bourdieu y M. de Saint-Martin, "Le Patronat", *loc. cit.*

[106] G. Bachelard, *L'activité rationaliste de la physique contemporaine,* París, PUF, 2ª edición, 1965, p. 60.

ción, completamente defensiva, de verificación, en la intensidad de las relaciones comprobadas, en vez de situar la interrogación en las propias condiciones de la medida de las relaciones, que pueden estar en la base misma de la intensidad relativa de las diferentes relaciones. Para creer en la independencia de las "variables independientes" de la metodología positivista es preciso ignorar que los "factores explicativos" son, en realidad, "poderes" que no pueden valer ni ejercerse más que en cierto campo, y que son por ello tributarios de las luchas que se llevan a cabo, en el interior de cada campo, para transformar los mecanismos de formación de los precios que lo definen: si es fácil imaginar unos campos en los que los pesos de los dos "factores" dominantes estuvieran invertidos (y unas pruebas que constituirían su realización experimental y que proporcionarían, por ejemplo, un mayor lugar para objetos y formas de interrogación menos "académicas"), es porque las luchas cotidianas a propósito de la cultura tienen como última apuesta la transformación de los mecanismos de formación de los precios que definen el valor relativo de las producciones culturales asociadas con el capital escolar y con la trayectoria social (y de las variables primarias mediante las cuales se las capta).

Si es cierto que las relaciones estadísticas entre las propiedades atribuidas a los agentes y las prácticas no se definen por completo si no es en la relación entre las disposiciones constitutivas de un *habitus* y de cierto campo, no es posible definir los límites en los que las relaciones comprobadas conservan su validez, mediante una restricción aparente que es la condición de la plena generalización, si no es a condición de interrogar a la relación en la cual han sido establecidas estas relaciones: como la situación de examen con la que tiene un gran parecido (aunque le falte la apuesta de una sanción institucional), la relación que instaura una encuesta realizada mediante un cuestionario cerrado, centrado principalmente en la cultura legítima, es al mercado escolar lo que un mercado como lugar concreto de intercambios es al mercado de la teoría económica. Tanto por su objeto como por la forma que impone al intercambio (la interrogación que, como lo hizo notar Bally, implica siempre una forma de intrusión, de violencia, de duda --de aquí las atenuaciones con que ordinariamente se acompaña), la encuesta mediante cuestionario, sobre todo cuando toma la forma de un interrogatorio metódico y asimétrico[107], se contrapone a la conversación ordinaria, ya se trate de discusiones de café o de *campus* donde se elabora la "contra-cultura", o de intercambios mundanos en los que la precisión pedante y la pesadez didáctica están descartadas. Las variaciones que se observan en el peso relativo de la titulación escolar y del capital cultural heredado cuando, dentro de esta situación casi escolar, se va desde lo más escolar en la forma y en el objeto a lo menos escolar en la forma (preguntas que miden la familiaridad sin un control estricto de los conocimientos) o en el objeto (preguntas sobre el conocimiento del cine o las preferencias en materia de cocina), permiten hacerse una idea de esta relación entre los "factores" y los mercados. Si todos los índices (difíciles de obtener mediante cuestionario) de la *manera* de realizar o de dirigir, de hacer ver o de hacer valer la competencia (seguridad, arrogancia, desenvoltura, modestia, seriedad, inquietud, etc.) dependen estrechamente, tanto en su significación como en su valor del mercado en el que se sitúan, es porque llevan las

[107] Todo hace creer que la violencia ejercida es tanto mayor cuanto mayor es la distancia de las personas interrogadas con respecto a la cultura legítima –simbolizada, con razón o sin ella, por el encuestador y su cuestionario.

huellas visibles de un modo de adquisición (familiar o escolar), es decir, de un mercado. También, porque todos los mercados que están en condiciones de afirmar su autonomía con relación al mercado escolar, le conceden la prioridad; poner de relieve las maneras, y por medio de éstas el modo de adquisición, es concederse la posibilidad de hacer de la antigüedad en la clase el principio de la jerarquía en el seno de la clase[108]; es también conferir a los poseedores estatutarios de la manera legítima un poder absoluto y absolutamente arbitrario de reconocimientos o de exclusión. La manera no existe por definición más que para el otro y los poseedores estatutarios de la manera legítima y del poder de definir el valor de las maneras –pronunciación, porte, aplomo– tienen el privilegio de la indiferencia con respecto a su propia manera (que les dispensa de *hacer* maneras); por el contrario, los "recién llegados" que pretenden incorporarse al grupo de los poseedores legítimos, esto es, hereditarios, de la buena manera sin ser producto de las mismas condiciones sociales, se encuentran reducidos, hagan lo que hagan, a la alternativa de la hiper-identificación angustiada o del negativismo que confiesa su derrota en su propia rebelión: o la conformidad con una conducta "prestada" cuya corrección o incluso hipercorrección recuerda que *imita* y aquello que *imita*, o la ostentosa afirmación de la diferencia que está destinada a manifestarse como una confesión de la impotencia para identificarse[109].

Las competencias culturales, por el hecho de ser adquiridas en campos sociales que inseparablemente son mercados en los que reciben sus precios, son solidarias de estos mercados, y todas las luchas relacionadas con la cultura tienen como apuesta la creación del mercado más favorable para los productos que llevan en las maneras la marca de una clase particular de condiciones de adquisición, es decir, de un determinado mercado. Por eso, lo que hoy día se llama "contra-cultura" podría ser el producto del esfuerzo de los autodidactas a la nueva manera para liberarse de las leyes del mercado escolar (a las que los autodidactas a la antigua, menos seguros, continúan sometiéndose, aunque dichas leyes condenen de antemano sus productos), produciendo otra clase de mercado dotado de sus propias instancias de consagración, y capaz de poner en duda prácticamente, al modo de los mercados mundano o intelectual, la pretensión de la institución escolar de imponer a un mercado de bienes culturales perfectamente unificado los principios de evaluación de las competencias y de las maneras que se imponen al mercado escolar, o por lo menos a los sectores más "escolares" de este mercado.

---

[108] Se sabe que la división que se establece dentro de la burguesía financiera e industrial según la especie de capital dominante (económico o escolar) coincide con la división según la antigüedad en la clase.

[109] Uno de los fantasmas más típicos de todos los *racismos* es el que menciona Hoffmann en la parábola del "joven cultivado", un mono que, educado en el hogar de un consejero, había aprendido a hablar, leer, escribir y a ejecutar música, pero que no podía dejar de revelar "su origen exótico" en "algunos pequeños detalles" tales como los "movimientos interiores" que le excitaban cuando oía partir nueces (HOFFMANN, *Kreisleriana*, París, Gallimard, 1949, p. 150).

SEGUNDA PARTE

LA ECONOMIA DE LAS PRACTICAS

"De aquellas cosas cuyas reglas y principios le había enseñado su madre, la forma de preparar algunos platos, de interpretar las sonatas de Beethoven y de recibir con amabilidad, ella estaba segura de poseer una idea exacta de la perfección y de discernir si las otras se acercaban más o menos a esa idea. Por lo demás, la perfección era casi idéntica para las tres cosas: una especie de sencillez en los medios, de sobriedad y de encanto. Rechazaba con horror que se pusieran especias en los platos que no las exigen en absoluto, que se tocara el piano con afectación y abuso de pedales y que, al recibir, se abandonara una perfecta naturalidad y se hablara de uno mismo con exageración. Desde el primer bocado, por las primeras notas, por una simple esquela, tenía ya la pretensión de saber si estaba ante una buena cocinera, un verdadero músico, y una mujer bien educada. 'Puede tener unos dedos mucho más ágiles que los míos, pero carece de gusto al interpretar con tanto énfasis este andante tan sencillo'. 'Quizá sea una mujer muy brillante y llena de cualidades, pero es una falta de tacto hablar de sí misma en esta circunstancia'. 'Quizá sea una cocinera muy entendida, pero no sabe hacer un filete con patatas'. ¡Un filete con patatas!, pieza ideal para un certamen, difícil por su misma sencillez, especie de 'sonata patética' de la cocina, equivalente gastronómico de lo que es, en la vida social, la visita de una dama que viene a pediros información sobre un sirviente y que, en un acto tan sencillo, puede demostrar verdaderamente que tiene o carece de tacto y educación".

M. PROUST, *Pastiches et mélanges.*

2

EL ESPACIO SOCIAL Y SUS TRANSFORMACIONES

Hubiérase podido, sin duda, detener la investigación en este punto sin llegar a provocar grandes objeciones. Tan evidente parece la idea de la irreductibilidad del gusto artístico. Ahora bien, como ya lo ha puesto de manifiesto el análisis de las condiciones sociales de la disposición estética, no es posible comprender totalmente las disposiciones que orientan las elecciones entre los bienes de la cultura legítima si no es a condición de reinsertarlos en la unidad del sistema de disposiciones, de *hacer entrar* la "cultura", en el sentido restringido y normativo del uso ordinario, en la "cultura" en el sentido amplio de la etnología, y de relacionar el gusto elaborado por los objetos más depurados con el gusto elemental de los sabores alimenticios[1]. El doble sentido de la palabra gusto, que sirve de ordinario para justificar la ilusión de la *generación espontánea* que tiende a producir esa disposición cultivada al presentarla bajo las apariencias de la disposición innata, debe servir, por una vez, para recordar que el gusto como "facultad de juzgar los valores estéticos de manera inmediata e intuitiva" es inseparable del gusto en el sentido de capacidad para discernir los sabores propios de los alimentos que implica la preferencia por algunos de ellos. La abstracción que lleva a aislar las disposiciones con respecto a los bienes de cultura legítima lleva consigo, en efecto, una nueva abstracción en el sistema de los factores explicativos que, siempre presente y activo, no se deja observar más que a través de aquellos de sus elementos (el capital cultural y la trayectoria en el caso analizado a continuación) que constituyen el origen de su eficacia en el campo considerado.

El consumo de los bienes culturales más legítimos es un caso particular de la competencia con respecto a bienes y prácticas singulares, cuya particularidad obedece más, sin duda, a la lógica de la oferta o, si se prefiere, a la forma específica que adopta la competencia entre productores, que a la lógica de la demanda y de los gustos o, si se quiere, a la lógica de la competencia entre los consumidores.

---

[1] Al elegir que la interrogación recaiga sobre el conjunto de los consumos materiales o culturales, legítimos o no, que pueden ser objeto de juicios del gusto –cocina y pintura, vestimenta y música, cine y decoración– se pretendía precisamente conseguir los medios necesarios para examinar la relación entre las disposiciones que comúnmente se tratan como estéticas y el sistema de disposiciones que constituyen el *habitus*.

Basta, en efecto, con abolir la barrera mágica que hace de la cultura legítima un universo aparte para darse cuenta de las inteligibles relaciones entre unas "elecciones" en apariencia inconmensurables, como las preferencias en materia de música o de cocina, de deporte o de política, de literatura o de peinados. Esta temeraria reintegración de los consumos estéticos en el universo de los consumos ordinarios (contra los cuales no cesan aquéllos de definirse) tiene, entre otras virtudes, la de recordar que el consumo de bienes sin duda supone siempre, en grados distintos según los bienes y según los consumidores, *un trabajo de apropiación;* o, con mayor exactitud, que el consumidor contribuye a *producir el producto que consume* al precio de un trabajo de localización y desciframiento que, en el caso de la obra de arte, puede constituir la totalidad del consumo y de las satisfacciones que éste procura, y que requiere un tiempo y unas disposiciones adquiridas con el tiempo.

Importándoles poco una abstracción más o menos, los economistas pueden ignorar lo que les sucede a los productos en su relación con los consumidores, es decir, con las disposiciones que definen sus *propiedades útiles y sus usos reales:* plantear como hipótesis, como hacen algunos de ellos, que los consumidores perciben los mismos atributos decisivos, lo que viene a suponer que los productos poseen unas características objetivas –o, como se dice, "técnicas"– capaces de imponerse como tales a todos los sujetos perceptores, es hacer como si la percepción se aplicara sólo a las características que señalan los descriptivos propuestos por los productores (y la publicidad denominada "informativa") y como si los *usos sociales* pudieran deducirse de los *modos de empleo.* Los objetos, aunque de productos industriales se trate, no son *objetivos* en el sentido que de ordinario se da a esta palabra, es decir, no son independientes de los intereses y de los gustos de quienes los aprehenden y no imponen la evidencia de un sentido universal y unánimemente aprobado. La tarea del sociólogo sería mucho más fácil si, ante cada relación estadística entre una "variable independiente" y una "variable dependiente", no estuviera obligado a determinar cómo la percepción y la apreciación de lo que designa la "variable dependiente" varían según las clases que determina la "variable independiente" o, si se prefiere, cuál es el sistema de características pertinentes con arreglo al cual ha sido realmente determinada cada una de las clases de agentes[2]. Lo que la ciencia debe demostrar es esa objetividad del objeto que se establece en la relación entre un objeto definido en las posibilidades e imposibilidades que ofrece y que no se ponen de manifiesto más que en el universo de los usos sociales (entre los cuales se encuentra, si se trata de un objeto técnico, el uso en vista o con arreglo al cual el productor lo ha concebido), y las disposiciones de un agente o de una clase de agentes, es decir, los esquemas de percepción, de apreciación y de acción que constituirán su *utilidad* objetiva en un *uso* práctico[3]. No se trata, por supuesto, de reintroducir una forma cualquiera de lo que se denomina lo "vivido" y que no es otra cosa, la mayor parte de las veces, que una proyección apenas enmascarada de lo "vivido" por el investigador[4]. Se trata de

[2] ¿Es necesario decir que los sociólogos que tienen conciencia de esta tarea previa no constituyen legión, sobre todo entre los que hacen profesión de metodología?

[3] Podría sin duda mostrarse, a propósito de numerosos objetos técnicos, lo mismo que lo hemos hecho respecto a la fotografía (véase P. BOURDIEU *et al.*, *op. cit.*), que, dejando aparte lo que está implicado en los determinismos negativos, los límites, no puede deducirse casi nada referente a los usos sociales a partir de las propiedades técnicas de los objetos.

[4] Los economistas –a quienes en la actualidad emulan aquellos sociólogos que lo que menos les

sustituir la relación abstracta entre consumidores con gustos intercambiables y productos con propiedades uniformemente percibidas y apreciadas por una relación entre unos gustos que varían de manera necesaria según las condiciones económicas y sociales de su producción y unos productos a los que confieren sus diferentes identidades sociales. Basta, en efecto, con plantear la cuestión, extrañamente ignorada por los economistas, de las *condiciones económicas de la producción de las disposiciones postuladas por la economía,* es decir, en este caso particular[5], la cuestión de los determinantes económicos y sociales de los gustos, para percibir la necesidad de inscribir en la definición completa del producto las *experiencias diferenciales* que de ellos hacen los consumidores con arreglo a las disposiciones debidas a su posición en el espacio económico. No es preciso haber vivido estas experiencias para comprenderlas con una comprensión que puede no deber nada a la experiencia vivida y, menos aún, a la simpatía: relación objetiva entre dos objetividades, el *habitus* permite establecer una relación inteligible y necesaria entre unas prácticas y una situación de las que el propio *habitus* produce el sentido con arreglo a categorías de percepción y apreciación producidas a su vez por una condición objetivamente perceptible.

Condición de clase y condicionamientos sociales

Debido a que no puede dar razón de las prácticas si no es sacando sucesivamente a la luz la serie de *efectos* que se encuentran en su origen, el análisis hace desaparecer en primer lugar la estructura del estilo de vida característico de un agente o de una clase de agentes, es decir, la unidad que se disimula bajo la diversidad y la multiplicidad del conjunto de unas prácticas realizadas en campos dotados de lógicas diferentes, luego capaces de imponer unas formas de realización diferentes (de acuerdo con la fórmula: [(*habitus*) (capital)] + campo = práctica): el análisis hace desaparecer también la estructura del espacio simbólico que resalta el conjunto de estas prácticas estructuradas, de todos *estos estilos de vida distintos y distintivos* que se definen siempre objetivamente, y a veces subjetivamente, en y por sus relaciones mutuas. Se trata, pues, de recomponer lo que ha sido descompuesto, primero a título de verificación, pero también para redescubrir lo que hay de verdad en el enfoque característico del conocimiento común, a saber, la intuición de la sistematicidad de los estilos de vida y del conjunto que éstos constituyen. Para ello se hace necesario volver al principio unificador y generador de las prácti-

preocupa es el sentido de la interrogación teórica y la atención a la complejidad de lo real– son maestros en el arte de formalizar una vivencia o un inconsciente de clase. Y cuesta trabajo resistirse al perverso placer de evocar un reciente estudio en el que Gary S. Becker –que en otras ocasiones ha conseguido situar mejor su imaginación modelizadora– trata de dar cuenta de la paradoja que pretende que la demanda de ciertos bienes aumente constantemente con la experiencia (G. J. Stigler y G. S. Becker "De gustibus no est disputandum", *American Economic Review,* 67, marzo 1977, pp. 76-90). Para dar cuenta de disposiciones como la "melomanía", típica de las "manías benéficas", y la "toxicomanía", característica de las "manías nocivas", Becker invoca. en el primer caso, el descenso del coste de producción del "placer musical" que resulta de la acumulación de capital humano específico, y en el segundo, por el contrario, apela al aumento del coste de producción de la "euforia" que resulta del debilitamiento de la aptitud para la euforia. *Quod erat demonstrandum.*

[5] Para encontrar otro ejemplo de este paradójico olvido, véase P. Bourdieu, *Travail et travailleurs en Algérie,* París, Mouton, 1963, y *Algérie 60,* París, Éd. de Minuit, 1978.

cas, es decir, al *habitus* de clase como forma incorporada de la condición de clase y de los condicionamientos que esta condición impone; por consiguiente, hay que construir la *clase objetiva* como conjunto de agentes que se encuentran situados en unas condiciones de existencia homogéneas que imponen unos condicionamientos homogéneos y producen unos sistemas de disposiciones homogéneas, apropiadas para engendrar unas prácticas semejantes, y que poseen un conjunto de propiedades comunes, propiedades *objetivadas,* a veces garantizadas jurídicamente (como la posesión de bienes o de poderes) o *incorporadas,* como los *habitus* de clase (y, en particular, los sistemas de esquemas clasificadores)[6].

Variables y sistemas de variables

Al designar a esas clases (clases de agentes o, lo que bajo este punto de vista viene a ser lo mismo, clases de condiciones de existencia) por un nombre de profesión, no se hace otra cosa que manifestar que la posición en las relaciones de producción impone las prácticas, especialmente por conducto de los mecanismos que rigen el acceso a las distintas posiciones y que producen o seleccionan una clase determinada de *habitus.* Pero esto no es una forma de volver a una variable pre-construida como es la "categoría socio-profesional": en efecto, los individuos reunidos en una clase que está construida bajo una relación particular, pero particularmente determinante, llevan siempre consigo, además de las propiedades pertinentes que constituyen el origen de su enclasamiento, unas *propiedades secundarias* que se introducen así de contrabando en el modelo explicativo[7]. Es decir, que una clase o una fracción de clase se define no sólo por su posición en las relaciones de producción, tal como ella puede ser reconocida por medio de indicadores como la profesión, los ingresos o incluso el nivel de instrucción, sino también por un cierto *sex-ratio,* una distribución determinada en el espacio geográfico (que nunca es socialmente neutra) y por un conjunto de *características auxiliares* que, a título de exigencias tácitas, pueden funcionar como principios de selección o de exclusión reales, sin estar nunca formalmente enunciadas (es, por ejemplo, el caso de la pertenencia étnica o de sexo); numerosos criterios oficiales sirven, en efecto, de careta a unos criterios ocultos, pudiendo ser el hecho de exigir una titulación determinada una forma de exigir, en realidad, un origen social determinado[8].

[6] La clase objetiva no debe confundirse con la clase *movilizada,* conjunto de agentes reunidos, sobre la base de la homogeneidad de las propiedades objetivadas o incorporadas que definen la clase objetiva, con vistas a la lucha destinada a salvaguardar o a modificar la estructura de la distribución de las propiedades objetivadas.

[7] Esto es lo que expresa bien Jean Benzécri cuando dice: "Tomemos unos individuos $\alpha\ \beta_1\ \gamma_1$, $\alpha\ \beta_2\ \gamma_2$, ..., $\alpha\ \beta_n\ \gamma_n$, descritos cada uno por la posesión de tres características (o caracteres). Haciendo abstracción de los dos últimos elementos de cada descripción, se dirá que todos estos individuos encajan en una sola especie definida por la característica α, y que se podrá llamar, en pocas palabras, la especie α. Pero incluso si la característica α permite definir esta especie y reconocer en ella a los individuos, no puede estudiarse aquélla sin tener en cuenta las características β, γ de éstos. Desde este punto de vista, si denominamos B al conjunto de modalidades β que puede revestir el segundo carácter, y C al conjunto de modalidades γ del tercer carácter, estudiar la especie α será estudiar α BC, esto es, además de la primera característica que se ha fijado, todo lo que puede ser la segunda (B) o la tercera (C); y además las asociaciones permitidas entre estas últimas (como β con γ mejor que con γ' o γ''). J. Benzécri, "Definition logique et definition statistique: Notes de lecture sur un chapitre de Ernst Cassirer", *Cahiers de l'analyse des données,* Vol. III, 1978, n.° 2, pp. 239-242.

[8] Sería necesario examinar lo que la lista de criterios utilizados por el analista debe al estado de la

Así es como los miembros de los grupos basados en la cooptación, como son la mayor parte de los *cuerpos* a los que protege explícita o tácitamente un *numerus clausus* (médicos, arquitectos, profesores de enseñanza superior, ingenieros, etc.), tienen siempre en común algo más y distinto que las características exigidas de forma explícita: la percepción ordinaria de las profesiones, que sin duda constituye uno de los principios reales de las "vocaciones", es menos abstracta e irreal que la de los estadísticos y tiene en cuenta no sólo la naturaleza del puesto o el importe de los ingresos que proporciona, sino también esas características secundarias que a menudo se encuentran en la base de su valor social (prestigio y descrédito) y que, aunque ausentes de la definición oficial, funcionan como exigencias tácitas, orientando de forma más o menos abierta, como la edad, el sexo o el origen social o étnico, las elecciones de cooptación, a partir de la entrada en la profesión y a todo lo largo de la carrera, de manera que los miembros del cuerpo desprovistos de estas características son excluidos o rechazados hacia posiciones marginales (las mujeres médicos o abogados están condenadas a clientelas femeninas, y los médicos o abogados negros a clientes negros o a la investigación). En resumen, la propiedad destacada por el nombre empleado para designar una categoría, es decir, la profesión en la mayoría de los casos, puede disimular la eficacia de todas las propiedades secundarias que, aunque realmente constitutivas de la categoría así definida, no están mencionadas de forma expresa. Igualmente, pueden cometerse errores de bulto si, tratando de apreciar la evolución de una posición social (definida por la profesión), se ignoran, por el solo hecho de tener en cuenta *una sola de las propiedades pertinentes* aunque se trate de la más importante, todos los *efectos de sustitución* en los que también se expresa esta evolución: la trayectoria colectiva de una clase social puede ponerse de manifiesto en el hecho de que se "feminice" o se "masculinice", envejezca o rejuvenezca, se empobrezca o se enriquezca, transformaciones todas ellas que pueden ser simultáneas o alternativas (pudiendo manifestarse la decadencia de una posición del mismo modo por el hecho de que se feminice –lo que puede ir acompañado de una elevación del origen social– o de que se "democratice" o de que "envejezca"). Lo mismo valdría para *cualquier grupo definido por la ocupación de una posición en un campo* –por ejemplo, una disciplina universitaria en la jerarquía de las distintas disciplinas, un título nobiliario o académico en la jerarquía de los títulos, etc.

Las relaciones singulares entre una variable dependiente (como puede ser la opinión política) y unas variables llamadas independientes como el sexo, la edad y la religión, o incluso el nivel de instrucción, los ingresos y la profesión, tienden a disimular el sistema completo de las relaciones que constituyen el verdadero princi-

---

lucha entre los distintos grupos separados por estos criterios, o, con mayor exactitud, a la capacidad de los grupos definidos por estos criterios para hacerse *reconocer* como tales: es probable que habría menos posibilidades de olvidar que los O.S. son en una gran parte mujeres y emigrados si unos grupos fundados en el sexo o en la nacionalidad de origen se hubieran constituido como tales en el seno de la clase obrera. Por otra parte, el paralogismo del factor aparente no sería tan frecuente si no fuera la simple retraducción en el terreno científico de los juegos de legitimación mediante los cuales los grupos tienden a colocar en primera posición tal o cual propiedad legítima, principio declarado de su constitución, para ocultar los fundamentos reales de su existencia. Así es como los grupos más selectivos (como un público de concierto o de alumnos de gran escuela) pueden enmascarar(se) en cierto modo dos veces el verdadero principio de su selección: al renunciar a pregonar los principios reales de su existencia y de su reproducción, se condenan a tener que contar con la eficacia de mecanismos que, al no tener el rigor específico y sistemático de un derecho de entrada explícito, admiten *excepciones* (a diferencia de los clubes y de todas las "élites" basadas en la cooptación, no pueden controlar el *conjunto de propiedades* de los "elegidos", esto es, la totalidad de la persona).

pio de la fuerza y de la forma específica de los efectos registrados en tal correlación particular. La más independiente de las variables "independientes" oculta toda una red de relaciones estadísticas que están presentes, de forma soterrada, en la relación que mantiene con tal opinión o tal práctica. También aquí, en lugar de pedir a la tecnología estadística la resolución de un problema con el que no puede hacer otra cosa que desplazarlo, se necesitaría interrogarse, mediante un análisis de las divisiones y variaciones que introducen las diferentes variables secundarias (sexo, edad, etc.) en el seno de la clase definida por la variable principal, sobre todo lo que, presente en la definición real de la clase, no se ha tenido en cuenta conscientemente en la definición nominal, la que resume el nombre empleado para designarla y, en consecuencia, en la interpretación de las relaciones en las que se le hace entrar.

La relación entre la titulación académica y la profesión es un ejemplo típico de la falsa independencia entre las variables llamadas independientes: no sólo porque, por lo menos en algunos sectores del espacio social (a los que se tienen más o menos acceso según la titulación académica), la profesión depende de la titulación, sino también porque el capital cultural que se piensa que garantiza la titulación depende de la profesión ejercida, que puede suponer el mantenimiento o el aumento del capital adquirido en la familia y/o en la escuela (por y para la promoción profesional) o por el contrario la disminución de este capital (debida al hecho de la descualificación). A este efecto de la situación profesional –en la que también habría que distinguir el efecto del trabajo propiamente dicho que, por su misma naturaleza, puede reclamar una inversión más o menos grande y más o menos constante de capital cultural, y por tanto una conservación más o menos continua del mismo, y al efecto de la posible carrera que requiere o excluye unas inversiones culturales apropiadas para asegurar la promoción profesional o para legitimarla– se añade el *efecto del medio profesional,* es decir, el refuerzo ejercido sobre las disposiciones y, en particular, sobre las disposiciones culturales (o religiosas y políticas) por un grupo homogéneo en la mayor parte de las relaciones que lo definen: sería necesario así examinar en cada caso la medida en que las condiciones de existencia profesional favorecen o perjudican la realización de este efecto, lo que nos llevaría a tomar en cuenta las características propias del trabajo (penosidad, etc.), las condiciones en las que se realiza –ruido o silencio favorable para la comunicación, etc.– los ritmos temporales que impone y el tiempo libre que concede, y sobre todo la forma de relaciones horizontales o verticales que favorece en los lugares de trabajo –durante éste y en los intervalos de descanso– o fuera del mismo, etc. Este efecto se encuentra, sin duda, en el origen de muchas de las diferencias que separan a los empleados de oficina (empleados contables, empleados de banca, agentes de empresas, mecanógrafos) de los empleados de comercio (vendedores de almacenes en su mayor parte), y de las cuales no dan cuenta en su totalidad ni las diferencias ligadas con la fracción de clase de origen (con alguna mayor frecuencia los empleados de oficina son descendientes de agricultores autónomos y los empleados de comercio de pequeños patronos) ni las diferencias de capital escolar (los primeros tienen con alguna más frecuencia el BEPC y los segundos un CAP)[9]. Entre los efectos que la relación entre la fracción

[9] Los empleados de comercio y los empleados de oficina, que presentan una distribución más o menos igual según el sexo, la edad y los ingresos, están separados por diferencias importantes en lo que se refiere a disposiciones y prácticas. Así, los empleados de oficina, más ascéticos, esperan con mayor frecuencia de sus amigos que sean concienzudos o educados, desean más a menudo un hogar claro, limpio y cuidado, les gusta Brel, Guétary, Luis Mariano, la *Rapsodia húngara*, *La Arlesiana,* Rafael,

de clase y las prácticas desvela y vela a la vez, se encuentra el efecto de la posición en la distribución de las propiedades secundarias atribuidas a una clase: así ocurre que los miembros de la clase que no poseen todas las propiedades modales –por ejemplo, los hombres en una profesión fuertemente feminizada o los hijos de obreros en la Escuela nacional de administración– están profundamente marcados en su identidad social por esa pertenencia y por la imagen social que ella impone y con respecto a la cual deben inevitablemente situarse, tanto si la asumen como si la rechazan.

Del mismo modo, unas relaciones como las que unen el capital escolar o la edad con los ingresos disimulan la relación que enlaza entre sí a las dos variables aparentemente independientes, determinando la edad los ingresos con una fuerza que varía según el capital escolar y la profesión, determinada a su vez, en alguna medida, por el capital escolar al mismo tiempo que por otros factores menos visibles, como son el sexo o el capital cultural y social heredado. En algún otro caso, una de las variables no es, en cierto modo, más que una forma transformada de la otra: así la edad escolar (esto es, la edad para un nivel escolar determinado) es una forma transformada del capital cultural heredado, al ser el retraso una etapa hacia la relegación o la eliminación; de manera más general, el capital escolar que se posee en un momento dado del tiempo expresa, entre otras cosas, el nivel económico y social de la familia de origen (al término de un proceso más o menos largo que no tiene nada que ver con una relación mecánica, puesto que el capital cultural de origen puede no ser reconvertido en capital escolar más que de una manera imperfecta, o puede ejercer unos efectos irreductibles a los del título escolar, como se ve en todos los casos en los que el origen social distingue a individuos de nivel escolar idéntico). Igualmente, en toda relación entre el capital escolar y una determinada práctica, se percibe el efecto de las disposiciones asociadas con el sexo que contribuyen a determinar la lógica de la reconversión del capital heredado en capital escolar, es decir, y con mayor precisión, a determinar la "elección" de la especie de capital escolar que se obtendrá a partir del mismo capital de origen, de preferencia literario en el caso de una chica y científico en el de un chico. También de igual modo, la relación de una determinada práctica con la edad puede ocultar una relación con el capital escolar cuando la edad señala de hecho unos modos de acceso diferentes a la posición –por el título o por la promoción profesional– y/o unas generaciones escolares y unas oportunidades desiguales de acceso al sistema de enseñanza (al tener los agentes de mayor edad un capital escolar menor que los más jóvenes), o incluso con la clase social, en razón de las variaciones de la definición social de la precocidad o del retraso en los diferentes campos y en particular en el campo escolar[10]. Y de igual modo, por último, no se puede imputar las variaciones de la práctica cultural según el tamaño de la aglomeración residencial al efecto propio de la distancia puramente espacial y a las variaciones de la oferta cultural, antes de haber verificado si las diferencias subsisten

---

Watteau, Vinci. Por el contrario, los empleados de comercio buscan, con mayor frecuencia que los de oficina, amigos sociables, *bons vivants*, divertidos y elegantes, un hogar confortable e íntimo, y también con mayor frecuencia dicen que les gusta Brassens, Ferré, Francoise Hardy, *El crepúsculo de los Dioses, Las cuatro estaciones, La Rapsodia en blue,* Utrillo o Van Gogh.

[10] En realidad, la transformación de las probabilidades de acceso no es más que un aspecto de un cambio más sistemático que afecta también a la propia definición de la competencia, impidiendo, en circunstancias extremas, toda comparación entre las generaciones (los conflictos que enfrentan a los poseedores de competencias con edades y niveles escolares distintos –antiguo diploma elemental frente al nuevo bachillerato– se concentran precisamente en la definición de la competencia, reprochando la antigua generación a la nueva el no poseer las competencias juzgadas como elementales y fundamentales en la antigua definición: "ya no saben ortografía", "no saben ni siquiera contar").

cuando se elimina el efecto de las desigualdades de capital escolar que encubre (hasta en la misma categoría profesional) la distribución en el espacio geográfico[11].

Al conducir el análisis variable a variable, como frecuentemente se hace, se corre el riesgo de atribuir a una de las variables (por ejemplo el sexo o la edad, que pueden *expresar a su manera* toda la situación o el devenir de una clase) lo que es efecto del conjunto de las variables (error que resulta favorecido por la inclinación consciente o inconsciente de sustituir las alienaciones específicas, vinculadas a la clase, por las *alienaciones genéricas,* vinculadas al sexo o a la edad, por ejemplo). La condición económica y social, tal como es aprehendida a través de la profesión, impone su forma específica a todas las propiedades de edad o de sexo, de tal suerte que lo que se pone de manifiesto en las correlaciones entre la edad o el sexo y las prácticas es la eficacia de toda la *estructura de los factores* asociados a la posición en el espacio social: la ingenuidad de la inclinación a imputar las diferencias según la edad a un efecto genérico de envejecimiento biológico salta a la vista cuando se observa, por ejemplo, que el envejecimiento, que en los miembros de las clases más favorecidas está asociado con un deslizamiento hacia la derecha, en los obreros se acompaña de un deslizamiento hacia la izquierda. Igualmente, en la precocidad relativa de los cuadros, que mide, por ejemplo, la edad a la que acceden a una posición determinada, se expresa todo lo que, por encima de las apariencias de identidad puntual de condición, los divide, es decir, toda su trayectoria anterior y posterior, y el volumen y la estructura del capital que la determinan.

La clase construida

La clase social no se define por una propiedad (aunque se trate de la más determinante como el volumen y la estructura del capital) ni por una suma de *propiedades* (propiedades de sexo, de edad, de origen social o étnico –proporción de blancos y negros, por ejemplo, de indígenas y emigrados, etc.–, de ingresos, de nivel de instrucción, etc.) ni mucho menos por una cadena de propiedades ordenadas a partir de una propiedad fundamental (la posición en las relaciones de producción) en una relación de causa a efecto, de condicionante a condicionado, sino por la estructura de las relaciones entre todas las propiedades pertinentes, que confiere su propio valor a cada una de ellas y a los efectos que ejerce sobre las prácticas[12].

---

[11] Habría que someter la oposición entre París y las provincias a un análisis semejante al que se ha sometido la noción de "nivel de instrucción": en las relaciones en las que entra la variable "residencia" se expresan no sólo el efecto de la oferta cultural, ligada con la densidad del capital cultural objetivado, y en consecuencia con las oportunidades objetivas ofrecidas así al consumo cultural y al correlativo refuerzo de las aspiraciones a consumir, sino también todos los efectos que resultan de la desigual distribución en el espacio de las propiedades y de los propietarios (por ejemplo, de los poseedores de un importante capital escolar), y en particular el efecto de refuerzo circular que todo grupo ejerce sobre sí mismo, por ejemplo en el sentido de la intensificación de la práctica cultural, si es cultivado; en el sentido de la indiferencia e incluso de la hostilidad a esta práctica, si no lo es.

[12] Para construir las clases y fracciones de clase que han servido de base a los análisis que siguen se ha tenido en cuenta, de manera sistemática, no sólo la profesión y/o el nivel de instrucción (que se encuentran en la base de la CSP del INSEE) sino también, en cada caso, los índices disponibles del volumen de las diferentes especies de capital así como el sexo, la edad y la residencia.

Construir, como se ha hecho aquí, unas clases lo más homogéneas posible con respecto a los determinantes fundamentales de las condiciones materiales de existencia y de los condicionamientos que éstas imponen es, pues, tomar en cuenta conscientemente, *en la misma construcción de estas clases,* y en la interpretación de las variaciones, según las mismas, de la distribución de las propiedades y de las prácticas, la red de características secundarias que se manipula de manera más o menos inconsciente siempre que se recurre a unas clases construidas sobre la base de un criterio único, aunque sea tan pertinente como la profesión; es también comprender el principio de las divisiones objetivas, es decir, incorporadas u objetivadas en unas propiedades distintivas, con arreglo a las cuales los agentes tienen el máximo de probabilidades de dividirse y reagruparse realmente en sus prácticas ordinarias, al mismo tiempo que de movilizarse o ser movilizados (con arreglo, por supuesto, a la lógica específica, vinculada a una historia específica, de las organizaciones movilizadoras) por y para la acción política, individual o colectiva[13].

No es posible justificar de manera unitaria y a la vez específica la infinita diversidad de las prácticas si no es a condición de romper con el *pensamiento lineal,* que sólo conoce las estructuras simples de orden de la determinación directa, para dedicarse a la reconstrucción de las *redes* de las enmarañadas relaciones que se encuentran presentes en cada uno de los factores[14]. La *causalidad estructural de una red de factores* es completamente irreductible a la eficacia acumulada del con-

[13] Los principios de división lógica que se emplean para producir las clases están con toda evidencia, muy desigualmente constituidos socialmente en unos enclasamientos sociales preexistentes (con la simple existencia de un nombre de oficio o profesión, o de "categoría social", producto de la acción clasificatoria de un organismo administrativo –como el INSEE– o de transacciones sociales muy próximas por ejemplo a las convenciones colectivas en un extremo, y en el otro con los grupos dotados de una verdadera identidad social, de organismos permanentes encargados de expresar y defender sus intereses, etc.). Los principios de división secundarios (como la nacionalidad de origen o el sexo), que tienen todas las posibilidades de permanecer ignorados por el análisis ordinario *mientras que no sirvan de base a una forma cualquiera de movilización,* indican unas líneas potenciales de división según las cuales un grupo percibido socialmente como unitario puede llegar a escindirse de manera más o menos profunda y durable. Debido al hecho de que los diferentes factores que entran en el sistema de las determinaciones constitutivas de la condición de clase, y que pueden funcionar como principios de divisiones reales entre unos grupos objetivamente separados o realmente movilizados, poseen pesos funcionales diferentes y tienen por ello una eficacia estructurante muy desigual, estos principios de división están a su vez jerarquizados, y los grupos movilizados con arreglo a un criterio secundario (como el sexo o la edad) tienen todas las probabilidades de resultar unidos por unas afinidades y solidaridades menos duraderas y menos profundas que los grupos movilizados con arreglo a los determinantes fundamentales de la condición.

[14] No se ha hecho nada, y sobre todo no han hecho nada ni la lógica práctica de la recolección o del análisis de datos ni la representación de la cientificidad que es moneda corriente en las ciencias sociales, para hacer accesible y aceptable un modo de pensamiento parecido. Por el contrario, todo lleva a pedir a la tecnología la resolución de un problema que ella misma no hace otra cosa que desplazarlo: es el caso, por ejemplo, de Goldberg, cuando en un artículo de un rigor real que es poco corriente en este tipo de ejercicio, recurre a la técnica de "la inferencia causal" para probar diferentes modelos explicativos mediante las correlaciones parciales que expresan las "relaciones causales" más determinantes para un campo particular como es el del voto (A. S. GOLDBERG, "Discerning Causal Pattern among Data on Voting Behavior", *American Political Science Review,* 1966, 60, pp. 913-922). Y sin embargo, quizá no sea ofrecer un sacrificio en el altar de la nostalgia metafísica el hecho de rehusar darnos por satisfechos con los innumerables modelos parciales que han sido producidos, aquí o allí, campo a campo, golpe a golpe, para dar cuenta de las prácticas religiosas, de las elecciones políticas o de los consumos alimenticios, etc., y preguntarnos si la atomización de las teorías explicativas se debe a la lógica de lo que se trata de explicar o a la lógica del modo de explicación.

junto de las relaciones lineales de fuerza explicativa diferente que las necesidades del análisis obligan a aislar, las que se establecen entre los distintos factores tomados uno a uno y la práctica considerada; por medio de cada uno de los factores se ejerce la eficacia de todos los demás, ya que la multiplicidad de determinaciones no conduce a la indeterminación sino por el contrario a la *sobredeterminación*: de este modo, la superposición de determinaciones biológicas o psicológicas y de determinaciones sociales en la formación de la identidad sexual socialmente definida (dimensión fundamental de la personalidad social) no es otra cosa que un caso particular, pero particularmente importante, de una lógica que está también actuando en el caso de otras determinaciones biológicas (como es el envejecimiento).

No hace falta decir que los factores constitutivos de la clase construida no dependen todos entre sí en el mismo grado y que la estructura del sistema que constituyen está determinada por aquellos de entre los mismos que tienen el peso funcional más importante: así es como el volumen y la estructura del capital confieren su forma y su valor específico a las determinaciones que los demás factores (edad, sexo, residencia, etc.) imponen a las prácticas. Las propiedades de sexo son tan indisociables de las propiedades de clase como el amarillo del limón es inseparable de su acidez: una clase se define en lo que tiene de más esencial por el lugar y el valor que otorga a los dos sexos y a sus disposiciones socialmente constituidas. Es esto lo que hace que existan tantas maneras de vivir la feminidad como clases y fracciones de clase existen, y que la división del trabajo entre los sexos tome formas completamente distintas, tanto en las prácticas como en las representaciones, en el seno de las diferentes clases sociales. La verdad de una clase o de una fracción de clase *se expresa,* pues, en su distribución según el sexo o según la edad y, quizá más todavía, porque se trata entonces de su futuro, en la evolución en el curso del tiempo de esta distribución: las posiciones más bajas se caracterizan por el hecho de incluir una parte importante –y creciente– de extranjeros y/o de mujeres (O. S., peonaje) o de mujeres extranjeras (mujeres de servicio doméstico)[15]; del mismo modo, no es casual el hecho de que estén prácticamente reservadas a las mujeres las profesiones de *servicio y de cuidados personales* –servicios médico-sociales, establecimientos de cuidados personales, antiguos como los de peluquería o nuevos como los dedicados a la estética corporal, y sobre todo los servicios de hogar– que acumulan las dos dimensiones de la tradicional definición de las tareas femeninas, el servicio y la casa. Tampoco es casual el hecho de que las clases o las fracciones de clase de más edad sean también las clases en decadencia, como los agricultores y los patronos industriales y comerciales, no pudiendo encontrar la mayor parte de los jóvenes originarios de estas clases otro medio de escapar a la decadencia colectiva que el de su reconversión hacia algunas de las profesiones en expansión. De igual modo, en el aumento de la proporción de mujeres se expresa todo el devenir de una profesión y, en particular, la devaluación absoluta o relativa que puede

[15] Entre 1968 y 1975 las categorías obreras más cualificadas se han masculinizado aún más de prisa que en el pasado, mientras que las menos cualificadas, por el contrario, se han ido feminizando muy rápidamente: la proporción de mujeres entre los obreros especializados y el peonaje, después de haber disminuido entre 1962 y 1968, ha aumentado de nuevo, pasando del 24 % en 1968 al 28 % en 1975 (véase L. Thévenot, "Les catégories sociales en 1975. L'extensión du salariat", *Economie et statistique,* 91, julio-agosto 1977, p. 6).

resultar de las transformaciones de la naturaleza y organización del propio trabajo (es el caso, por ejemplo, de los empleos de oficina, con la multiplicación de tareas mecánicas y repetitivas, comúnmente dejadas a las mujeres) o de los cambios de posición relativa en el espacio social (es el caso de los profesores cuya posición ha resultado afectada por la translación global del cuerpo resultante del aumento global del número de posiciones ofertadas). Sería necesario analizar de la misma forma la relación entre el estatus matrimonial y la clase o la fracción de clase: se ha demostrado suficientemente, por ejemplo, que el celibato de los hombres del pequeño campesinado no es una propiedad secundaria de éste sino que es una manifestación esencial de la crisis que afecta a esta fracción de la clase campesina; la alteración de los mecanismos de reproducción biológica y social que determina la lógica específica de la dominación simbólica es una de las mediaciones a través de las cuales se realiza el proceso de concentración que conduce a una transformación profunda de la clase. Pero incluso en este caso sería necesario, como se ha hecho para el nivel de instrucción, someter la noción común a un verdadero trabajo de análisis; el hecho de estar casado no se contrapone simplemente al hecho de estar soltero como el hecho de tener un cónyuge legítimo al de no tenerlo. Basta con pensar en algunos casos límites (muy desigualmente frecuentes), como son el de la mujer sin profesión, el del artista que vive a costa de su mujer, el del patrón o el del cuadro industrial que debe su posición al estatus de yerno, para ver que es difícil caracterizar a un individuo sin hacer intervenir a todas las *propiedades* que sobrevienen a cada uno de los cónyuges –y no sólo a las mujeres– por mediación del otro, un nombre (a veces una preposición nobiliaria), unos bienes, unos ingresos, unas relaciones, un estatus social (al resultar caracterizados, en grados distintos según su sexo, su posición social y la diferencia entre las dos posiciones, por la posición social de su cónyuge). Para dejar de incluir las propiedades adquiridas y/o poseídas *por matrimonio* en el sistema de las propiedades que pueden determinar las prácticas y las propiedades, es preciso olvidar, como de ordinario se hace, preguntarse cuál es el sujeto de las prácticas o, más sencillamente, si el "sujeto" interrogado es realmente el sujeto de las prácticas sobre las que se le interroga. Basta, en efecto, con formular la pregunta para darse cuenta de que numerosas estrategias no se definen concretamente más que en la relación entre los miembros del grupo doméstico (pareja o, a veces, familia extensa), relación que depende de la relación entre los dos sistemas de propiedades asociados a los dos cónyuges. Los bienes comunes, sobre todo cuando tienen alguna importancia económica y social, como la vivienda o el mobiliario, o incluso los bienes personales, como la vestimenta, constituyen –como en otras sociedades la elección de un esposo o esposa para el hijo o la hija– la resultante de esas relaciones de fuerza (negadas) que definen a la unidad doméstica: así por ejemplo, todo hace suponer que, dada la lógica de la división del trabajo entre los sexos, que confiere a las mujeres la precedencia en materia de gusto (como a los hombres en materia de política), el peso del gusto propio del hombre en la elección de su vestuario (y por consiguiente el grado en que su vestido expresa su gusto) depende no sólo del capital cultural heredado y del capital escolar de que dispone (la división tradicional de los papeles tiende a debilitarse, tanto en este campo como en otros, cuando aumenta el capital escolar) sino también del capital escolar y cultural poseídos por su esposa y de la diferencia que los separa (y lo mismo vale para el peso de las preferencias propias de la mujer en materia de política, al tener el efecto de asignación estatuaria que hace de ella un

asunto de hombres, tantas menos probabilidades de ejercitarse cuanto más importante es el capital escolar de la esposa y más débil o más a su favor es la diferencia entre su capital y el de su marido).

Clase social y clase de trayectorias

Pero esto no es todo. Por una parte los agentes no están completamente definidos por las propiedades que poseen en un momento dado del tiempo y cuyas condiciones de adquisición sobreviven en los *habitus* (efecto de histéresis de los *habitus*), y por otra parte la relación entre el capital de origen y el capital de llegada o, si se prefiere, entre las posiciones original y actual en el espacio social, es una relación *estadística* de intensidad muy variable. Aunque *siempre* se perpetúen en las disposiciones constitutivas del *habitus,* las condiciones de adquisición de las propiedades sincrónicamente detalladas no se evocan más que en el caso de que exista *discordancia* entre las condiciones de adquisición y las de utilización[16], es decir, cuando las prácticas engendradas por el *habitus* aparecen como mal adaptadas porque se ajustan a un estado anterior de las condiciones objetivas (es lo que podría llamarse el efecto Don Quijote). El análisis estadístico que compara las prácticas de agentes que poseen las mismas propiedades y ocupan la misma posición social en un momento determinado, pero que resultan separados por su origen, realiza una operación análoga a la percepción ordinaria que, en un grupo, descubre a los "advenedizos" y a los desclasados, basándose en los sutiles indicios de las maneras o del aspecto en los que se traiciona el efecto de unas condiciones de existencia diferentes de las condiciones presentes o, lo que viene a ser lo mismo, el efecto de una trayectoria social diferente de la trayectoria modal en el grupo considerado.

Los individuos no se desplazan al azar en el espacio social, por una parte porque las fuerzas que confieren su estructura a este espacio se imponen a ellos (mediante, por ejemplo, los mecanismos objetivos de eliminación y de orientación), y por otra parte porque ellos oponen a las fuerzas del campo su propia inercia, es decir, *sus propiedades,* que pueden existir en estado incorporado, bajo la forma de disposiciones, o en estado objetivo, en los bienes, titulaciones, etc. A un volumen determinado de capital heredado corresponde un *haz de trayectorias* más o menos equiprobables que conducen a unas posiciones más o menos equivalentes –es el *campo de los posibles* objetivamente ofrecido a un agente determinado–; y el paso de una trayectoria a otra depende a menudo de acontecimientos colectivos –guerras, crisis, etc.– o individuales –ocasiones, amistades, protecciones, etc.– que comúnmente son descritos como casualidades (afortunadas o desafortunadas) aunque ellas mismas dependen estadísticamente de la posición y de las disposiciones de aquellos a quienes afectan (por ejemplo, el sentido de las "relaciones" que permite a los poseedores de un fuerte capital social conservar o aumentar este capital), cuando no están expresamente preparadas por determinadas intervenciones institucionalizadas (clubes, reuniones familiares, asociaciones de anti-

[16] El hecho de que el modo de adquisición sea particularmente visible en algunos terrenos y en algunas situaciones es una manifestación particular de este efecto (p. ej., la discordancia entre el modo de adquisición escolar y las situaciones "mundanas").

guos alumnos, asociaciones de profesionales, etc.) o "espontáneas" de los individuos o de los grupos. De ello se desprende que la posición y la trayectoria individual no son estadísticamente independientes, no siendo igualmente probables todas las posiciones de llegada para todos los puntos de partida: esto implica que existe una correlación muy fuerte entre las posiciones sociales y las disposiciones de los agentes que las ocupan o, lo que viene a ser lo mismo, las trayectorias que han llevado a ocuparlas, y que, en consecuencia, la *trayectoria modal* forma parte integrante del sistema de factores constitutivos de la clase (al ser las prácticas tanto más irreductibles al efecto de la posición sincrónicamente definida cuanto más dispersas son las trayectorias, como es el caso en la pequeña burguesía).

La homogeneidad de las disposiciones asociadas a una posición y su aparentemente milagroso ajuste a las exigencias inscritas en la misma son el producto, de una parte, de los mecanismos que orientan hacia las posiciones a unos individuos ajustados de antemano, sea porque se sienten hechos para unos puestos que parecen a su vez hechos para ellos –esto es la "vocación" como adhesión anticipada al destino objetivo que se impone mediante la referencia práctica a la trayectoria modal en la clase de origen–, sea porque se presentan como tales a los ocupantes de estos puestos –es la cooptación fundada en la inmediata armonía de las disposiciones– y, por otra parte, de la dialéctica que se establece, a lo largo de toda una existencia, entre las disposiciones y las posiciones, entre las aspiraciones y las realizaciones. El *envejecimiento social* no es otra cosa que este lento trabajo de duelo* o, si se prefiere, de *desinversión* (socialmente asistida y alentada) que lleva a los agentes a ajustar sus aspiraciones a sus oportunidades objetivas, conduciéndoles así a admitir su condición, a *devenir lo que son, a contentarse* con lo que tienen, aunque sea esforzándose en engañarse ellos mismos sobre lo que son y sobre lo que tienen, con la complicidad colectiva, para *fabricar su propio duelo,* de todos los posibles acompañantes, abandonados poco a poco en el camino, y de todas las esperanzas reconocidas como irrealizables a fuerza de haber permanecido irrealizadas.

El carácter *estadístico* de la relación que se establece entre el capital de origen y el capital de llegada es lo que hace que no se puedan justificar por completo las prácticas con arreglo solamente a las propiedades que definen la posición ocupada en un momento dado del tiempo en el espacio social: decir que los miembros de una clase que disponen en origen de un cierto capital económico y cultural están destinados, con una probabilidad dada, a una trayectoria escolar y social que conduce a una posición dada es decir, en efecto, que una fracción de la clase (que no puede ser determinada a *priori* en los límites del sistema explicativo considerado) está destinada a desviarse con respecto a la trayectoria más frecuente para la clase en su conjunto, tomando la trayectoria, superior o inferior, con más probabilidades para los miembros de alguna otra clase, y desclasándose así por arriba o por abajo[17]. El efecto de trayectoria que se manifiesta en este caso tiene todas las

* Véase P. Fedida, *op. cit. (N. de la T.).*

[17] La orientación de estas trayectorias "desviantes" no se deja en absoluto al azar: todo parece indicar, por ejemplo, que, en caso de decadencia, los individuos originarios de profesiones liberales van más bien hacia las nuevas fracciones de las clases medias, mientras que los hijos de profesores descienden más a menudo hacia la pequeña burguesía establecida.

posibilidades de ser mal entendido, como ocurre en todos los casos en que unos individuos que ocupan posiciones semejantes en un momento dado resultan separados por unas diferencias asociadas a la evolución, en el curso del tiempo, del volumen y de la estructura de su capital, es decir, por su *trayectoria individual.* La correlación entre una determinada práctica y el origen social (medido por la posición del padre cuyo *valor real* puede haber sufrido una degradación oculta debida a la permanencia del valor nominal) es la resultante de dos efectos (del mismo sentido o no): por una parte el *efecto de inculcación* ejercido directamente por la familia o por las condiciones de existencia originales; por otra parte, el *efecto de trayectoria social* propiamente dicho[18], es decir, el efecto que ejerce sobre las disposiciones y sobre las opiniones la experiencia de la ascensión social o de la decadencia, ya que la posición de origen no es otra cosa, en esta lógica, que el punto de partida de una trayectoria, el hito con respecto al cual se define la *pendiente* de la carrera social. Esta distinción se impone con evidencia en todos los casos en los que unos individuos originarios de la misma fracción o de la misma familia, y sometidos en consecuencia a unas inculcaciones morales, religiosas o políticas que pueden suponerse idénticas, se encuentran propensos a unas posturas divergentes en materia de religión o de política a causa de las diferentes relaciones con el mundo social que deben a unas trayectorias individuales divergentes, y según que, por ejemplo, hayan tenido éxito o no lo hayan tenido las estrategias de reconversión necesarias para escapar a la decadencia colectiva de su clase. Este efecto de trayectoria contribuye sin duda, en una parte muy importante, a hacer confusa la relación entre la clase social y las opiniones religiosas o políticas, debido al hecho de que dicho efecto impone la representación de la posición ocupada en el mundo social y con ello, la visión de este mundo y de su porvenir: de forma opuesta a los individuos o grupos en ascensión, plebeyos de nacimiento o de la cultura, que tienen su porvenir, es decir, su ser, delante de ellos, los individuos o los grupos en decadencia reinventan eternamente el discurso de todas las noblezas, la fe esencialista en la eternidad de las naturalezas, la celebración del pasado y de la tradición, el culto integrista de la historia y de sus rituales, porque no pueden esperar del porvenir otra cosa que el retorno del antiguo orden del que esperan la restauración de su ser social[19]. Esta ofuscación es particularmente visible en las clases medias y, en especial, en las nuevas fracciones de estas clases que, en calidad de lugares de indeterminación situados en *posición inestable en la estructura social,* personifican en su más alto grado la propiedad, característica de la clase en su conjunto, de hacer coexistir individuos y trayectorias extremadamente dispersas. Esta dispersión de trayectorias se observa incluso *en la unidad doméstica,* que tiene más probabilidades que en las demás clases de reunir unos cónyuges (relativamente) desiguales no sólo por su origen y trayectoria social sino también por su estatus profesional y su nivel escolar (lo que produce el resultado, entre otras cosas, de llevar a primer plano lo que la nueva vulgata denomina "los problemas de la pareja", es decir,

---

[18] Este efecto es a su vez una dimensión esencial del efecto de inculcación por el hecho de que la pendiente de la trayectoria paterna contribuye a formar la experiencia originaria de la inserción dinámica en el universo social.

[19] Hay que evitar imaginar a los grupos en ascensión por simple simetría: si la titulación escolar es para los grupos en ascensión –y tanto más cuanto más dominados están– una protección y un instrumento de defensa contra la explotación, tiende siempre a funcionar, incluso en este caso, como un instrumento de distinción y de legitimación.

esencialmente los problemas de la división sexual del trabajo y de la división del trabajo sexual).

Por oposición con el efecto de la trayectoria individual que, como *desviación* con respecto a la trayectoria colectiva (que puede ser de pendiente nula), es inmediatamente visible, el efecto de la *trayectoria colectiva* corre el riesgo de no ser visto como tal: cuando el efecto de trayectoria se ejerce sobre el conjunto de una clase o de una fracción de clase, es decir, sobre un conjunto de individuos que tienen en común el ocupar una posición idéntica y estar comprometidos en la misma *trayectoria colectiva* –la que define la clase en ascensión o en decadencia– se corre el riesgo de imputar a las propiedades sincrónicamente vinculadas a la clase unos efectos (por ejemplo, unas opiniones políticas o religiosas) que en realidad son producto de unas transformaciones colectivas El análisis se ve complicado por el hecho de que algunos miembros de una fracción de clase pueden estar embarcados en una trayectoria individual de sentido opuesto a la de la fracción en su conjunto: lo que no significa que sus prácticas no estén marcadas por el destino colectivo (podemos preguntarnos, por ejemplo, si los artesanos o los agricultores cuyo logro individual parece ir a contracorriente de la decadencia colectiva cesan de resultar afectados por ésta)[20]. Pero aquí también se hace preciso evitar el substancialismo. Así es como algunas de las propiedades asociadas a la clase social que pueden no tener eficacia ni valor alguno en un campo determinado –como la naturalidad y la familiaridad cultural en un campo estrictamente controlado por la institución escolar– pueden adquirir todo su peso en otro campo –por ejemplo, en un universo mundano– o en *otro estado del campo,* como las aptitudes que, después de la Revolución francesa, permitieron a los aristócratas franceses llegar a ser, según palabras de Marx, "los maestros de baile de Europa".

Capital y mercado

Pero todo sería demasiado simple si fuera suficiente con sustituir un factor, incluso uno particularmente importante como es la categoría socio-profesional, que debe una parte considerable de sus efectos a las variables secundarias que exige, o un índice establecido una vez por todas, por un sistema de factores definidos, primordialmente, por su estructura[21]. En realidad, según el dominio considerado, lo que resulta eficiente es una configuración particular del sistema de propie-

---

[20] Sería necesario preguntarse si la decadencia individual tiene los mismos efectos sociales que la decadencia colectiva. Puede suponerse que la segunda autoriza o favorece más las reacciones colectivas (tales como el movimiento Poujade) que la primera.

[21] Es evidente que no se trata de excluir el uso de indicadores que permitan acumular lo esencial de la información contenida en un conjunto de factores, como el indicador de estatus socio-cultural construido por Ludovic Lebart y Nicole Tabard para "resumir" la información sobre cada familia proporcionada por la profesión de los ascendientes paternos y maternos, la profesión, la edad de terminación de los estudios y el nivel de instrucción de los dos cónyuges. No es menos cierto que, como lo hacen notar estos autores muy acertadamente, no puede reconocérsele un poder "explicativo" a esta variable sintética si no es a condición de entender la palabra "explicativo" en un sentido estrictamente estadístico (véase L. LEBART, A. MORINEAU y N. TABARD, *Techniques de la description statistique,* París, Dunod, 1977, p. 22): lejos de hacer avanzar la investigación, el uso ingenuo de tales índices tendría por efecto excluir la cuestión de la configuración particular de las variables que en cada caso es operante.

dades constitutivas de la clase construida, definida de manera completamente teórica por el conjunto de todos los factores que operan en todos los dominios de la práctica: volumen y estructura del capital definidos puntualmente y en su evolución (trayectoria), sexo, edad, estatus matrimonial, residencia, etc. Es la lógica específica del campo, de lo que en él se encuentra en juego y de la especie de capital que se necesita para participar, lo que impone las propiedades mediante las cuales se establece la relación entre la clase y la práctica[22]. Para comprender el hecho de que el mismo sistema de propiedades (que determina la posición ocupada en el campo de las luchas de clases y que es determinado por ella) tenga siempre la mayor eficacia explicativa, sea cual sea el campo considerado –consumos alimenticios, prácticas crediticias o de fecundidad, opiniones políticas o prácticas religiosas, etc.– y que, simultáneamente, el peso relativo de los factores que lo constituyen varíe de un campo a otro, al venir a primer plano tal o cual factor, según los casos –aquí el capital escolar, allí el capital económico, más allá el capital de relaciones sociales, y así sucesivamente–, basta con darse cuenta de que, al ser el capital una relación social, es decir, una energía social que ni existe ni produce sus efectos si no es en el campo en la que se produce y se reproduce, cada una de las propiedades agregadas a la clase *recibe su valor y su eficacia de las leyes específicas de cada campo:* en la práctica, esto es, en un campo particular, todas las propiedades incorporadas (disposiciones) u objetivadas (bienes económicos o culturales) vinculadas a los agentes no siempre son simultáneamente eficientes; la lógica específica de cada campo determina aquellas que *tienen valor* en ese mercado, que son pertinentes y *eficientes* en el juego considerado, que, *en la relación con ese campo,* funcionan como capital específico y, en consecuencia, como factor explicativo de las prácticas. Esto significa, en concreto, que el rango social y el poder específico que los agentes reciben en un campo particular dependen en primer lugar del capital específico que puedan movilizar, sea cual sea por otra parte su riqueza en cualquier otra especie de capital (que, sin embargo, puede ejercer un efecto de contaminación). Así se explica que la relación que el análisis descubre entre la clase y las prácticas parezca establecerse en cada caso por la mediación de un factor o de una combinación particular de factores que varía según el campo. Esta apariencia se encuentra en la base del error que consiste en inventar tantos sistemas explicativos como campos existen, en lugar de ver en cada uno de ellos una forma transformada de todos los demás o, lo que es peor, en instaurar en principio de explicación universal una combinación particular de factores eficientes en un campo particular de prácticas. La configuración singular del sistema de los factores explicativos que hace falta construir para explicar un estado de la distribución de una clase particular de bienes o de prácticas, es decir, de un balance, confeccionado en un momento dado del tiempo, de la lucha de clases que tiene como apuesta

[22] Si no se realiza esta doble relación de cada factor explicativo, nos exponemos a todas las clases de errores que tienen por principio el hecho de ignorar que lo que "actúa" en el factor considerado depende del sistema en el cual está inserto y de las condiciones en las cuales "actúa"; o, más sencillamente, el hecho de omitir el plantear la cuestión del verdadero principio de la eficacia de la "variable independiente", haciendo como si la relación comprobada entre el factor designado por lo que no es con respecto a él, lo más a menudo, más que un *indicador* (por ejemplo, el nivel de instrucción) y una determinada práctica (por ejemplo, el porcentaje de respuesta a las preguntas sobre política o, en un orden completamente distinto, la aptitud para adoptar la disposición estética, la frecuentación de los museos o el conocimiento de los músicos, etc.) no tuviera que ser también *explicada.*

esa categoría particular de bienes o de prácticas (caviar o pintura de vanguardia, premio Nobel o mercado de Estado, opinión avanzada o deporte elegante, etc.), es la forma que toma, *en este campo,* el capital objetivado (propiedades) e incorporado *(habitus)* que define en propiedad la clase social y que constituye el principio de producción de prácticas distintivas, es decir, enclasadas y enclasantes; representa un estado del sistema de propiedades que hacen de la clase un principio de explicación y de clasificación universal, que define el rango ocupado en todos los campos posibles.

Un espacio en tres dimensiones

Es posible construir un espacio cuyas tres dimensiones fundamentales estarían definidas por el volumen del capital, la estructura del capital y la evolución en el tiempo de estas dos propiedades (puesta de manifiesto por la trayectoria pasada y potencial en el espacio social)[23], obedeciendo así a la preocupación por recomponer las unidades más homogéneas desde el punto de vista de las condiciones de producción de los *habitus,* es decir, bajo el aspecto de las condiciones elementales de existencia y de los condicionamientos que éstas imponen.

Las diferencias primarias, aquellas que distinguen las grandes clases de condiciones de existencia, encuentran su principio en el *volumen global del capital* como conjunto de recursos y poderes efectivamente utilizables, capital económico, capital cultural, y también capital social: las diferentes clases (y fracciones de clase) se distribuyen así desde las que están mejor provistas simultáneamente de capital económico y de capital cultural hasta las que están más desprovistas en estos dos aspectos (véase más adelante el gráfico 5). Los miembros de profesiones liberales que tienen altos ingresos y elevadas titulaciones, que muy a menudo (52,9 %) son originarios de la clase dominante (profesiones liberales o cuadros superiores), que reciben mucho y consumen mucho, tanto en bienes materiales como en bienes culturales, se contraponen casi en todos los aspectos a los empleados de oficina, con pocas titulaciones, frecuentemente originarios de las clases populares y medias, que reciben poco, gastan poco y dedican una parte importante de su tiempo al cuidado de su coche y al *bricolage,* y aún más rotundamente, a los obreros cualificados o especializados y sobre todo al peonaje y a los asalariados agrícolas, con ingresos más escasos, desprovistos de titulaciones escolares y originarios en su casi totalidad (a razón de un 90,5 % para los asalariados agrícolas y de un 84,5 % para el peonaje) de las clases populares[24].

---

[23] Para no complicar excesivamente el análisis de lo que constituye el objeto central de este trabajo, se ha dejado para otra obra, dedicada a las clases sociales, la exposición de los principios fundamentales de esta construcción, es decir, la teoría de las especies de capital, de sus propiedades específicas y de las leyes que rigen las conversiones entre estos diferentes estados de la energía social, que inseparablemente es una teoría de las clases y de las fracciones de clase definidas por la posesión de un capital de volumen y estructura determinados.

[24] Las diferencias son más claras y en todo caso más visibles en materia de instrucción que en materia de ingresos porque la información sobre los ingresos (basada en las declaraciones de impuestos) es mucho menos fiable que la información sobre las titulaciones: y esto sobre todo para los patronos industriales y comerciales (que, en la encuesta CESP -F.C., V-, tenían, junto con los médicos, los porcentajes más altos de "no contestan" a las preguntas sobre los ingresos), para los artesanos, los pequeños comerciantes y para los agricultores autónomos.

Las diferencias que tienen como base el volumen global del capital disimulan casi siempre, tanto para el conocimiento común como para el conocimiento "erudito", las diferencias secundarias que, dentro de cada una de las clases definidas por el volumen global de su capital, separan distintas fracciones de clase, definidas por unas *estructuras patrimoniales* diferentes, es decir, por unas formas diferentes de distribución de su capital global entre las distintas especies de capital[25]. Tomar en cuenta la estructura del patrimonio –y no sólo, como implícitamente se ha hecho siempre, la *especie dominante* en una estructura determinada, "nacimiento", "fortuna" o "talento", como se decía en el siglo XIX– es conseguir el medio de proceder a unas divisiones más precisas al mismo tiempo que el de aprehender los efectos específicos de la propia estructura de la distribución entre las diferentes especies, que, por ejemplo, puede ser simétrica (como en el caso de los miembros de las profesiones liberales que unen con unos ingresos muy altos un capital cultural muy fuerte) o asimétrica (en el caso de los profesores o de los patronos, la especie dominante es en los primeros el capital cultural y en los segundos el capital económico). Se tienen así dos conjuntos de posiciones homólogas. Las fracciones cuya reproducción depende del capital económico, casi siempre heredado –industriales y grandes comerciantes en el nivel superior[26], artesanos y pequeños comerciantes en el nivel medio– se contraponen a las fracciones más desprovistas de capital económico (relativamente, por supuesto) y cuya reproducción depende principalmente del capital cultural –profesores en el nivel superior, maestros en el nivel medio[27].

Dado que el volumen del capital económico va aumentando de manera continuada mientras que decrece el volumen del capital cultural cuando se va desde los artistas hacia los patronos de la industria y del comercio, se ve que la clase dominante se organiza según una *estructura en quiasma.* Para demostrarlo es preciso examinar sucesivamente, por medio de diferentes indicadores tomados de una encuesta que tiene el mérito de distinguir entre los cuadros del sector público y los

---

[25] Entre las dificultades de las que este modelo intentaba explicar de manera unitaria y sistemática, la más visible es la observación, hecha también por otros con frecuencia (por ej. F.C., VII), de que las jerarquías comprobadas, tanto en el seno de la clase dominante, entre los cuadros superiores por un lado y los patronos industriales y comerciales por otro, como en el seno de las clases medias, entre los cuadros medios y los artesanos o los comerciantes, varían según las prácticas y los bienes considerados –lo que parecía dar argumentos a la crítica relativista de las clases sociales mientras que no se percibió la relación entre la naturaleza de esas prácticas o de esos bienes, por ejemplo, la frecuentación del teatro por una parte y la posesión de televisión en color por la otra, y las características del capital de los correspondientes grupos.

[26] Los industriales, que en las encuestas realizadas con muestras representativas –en las que son muy poco numerosos– son agrupados con los comerciantes, declaran unos ingresos netamente superiores a estos últimos (el 33,6 % declara más de 100.000 F. de ingresos frente al 14,5 % de los comerciantes). Los que en la encuesta del INSEE (F.C., I) destacan así están mucho más cercanos de la nueva burguesía que los comerciantes: declaran con más frecuencia salarios, remuneraciones, acciones, y con menos frecuencia beneficios industriales, comerciales o no comerciales.

[27] Para las clases populares, fuertemente jerarquizadas según el volumen global del capital, los datos disponibles no permiten apreciar las diferencias en la segunda dimensión: y esto aunque diferencias como las que separan los OS de origen rural de una fábrica de provincia, sin titulación, que viven en el campo en una granja heredada, y los OQ de una empresa de la región parisiense, que pertenecen a la clase obrera desde hace varias generaciones, que tienen una especialidad o unos títulos técnicos, estén sin duda en la base de diferencias tanto en el estilo de vida como en las opiniones religiosas o políticas.

del sector privado (F.C., V), la distribución del capital económico y la distribución del capital cultural entre las fracciones, y poner en relación las estructuras de estas distribuciones.

Evidente cuando se toman en consideración unos indicadores de patrimonio (como se hará más abajo), la jerarquía que se establece entre las fracciones para la posesión de capital económico y que va desde patronos industriales y comerciales a profesores, es ya menos aparente cuando no se trata como aquí más que con índices de *consumo* (automóvil, barco, hotel) que no son ni perfectamente adecuados ni perfectamente unívocos: el primero depende también del tipo de práctica profesional y los otros dos del tiempo libre que, como por otra parte se sabe, varía casi en razón inversa del capital económico; la posesión de una vivienda depende también de la estabilidad en la misma ciudad de residencia (más baja en los cuadros, los ingenieros y los profesores). En cuanto a los ingresos, están rebajados de forma muy desigual (el porcentaje de no declarantes puede ser considerado como un indicador de la tendencia a declarar por bajo) y asimismo muy desigualmente acompañados de ingresos secundarios, como comidas o viajes de negocios (de los que por otra parte se sabe que aumenta conforme se va de los profesores a los cuadros del sector privado y a los patronos).

Tabla 6—**Variaciones de algunos indicadores del capital económico según la fracción de la clase dominante** (F.C., V)

	profesores	cuadros públicos	miembros de profesiones liberales	ingenieros	cuadros privados	patronos industriales	patronos comerciales
propietarios de vivienda	51	38	54	44	40	70	70
propietarios de automóviles de categoría superior	12	20	28	21	22	34	33
propietarios de barcos	8	8	**14**	10	12	**14**	33
vacaciones en hoteles	15	17	23	17	21	26	32
ingresos medios (en millares de F)	33	32	**41**	36	37	36	33
porcentaje de no declarantes de ingresos	6	8	27	9	13	**28**	24

En lo que concierne al capital cultural, con la excepción de algunas inversiones en las que se expresa la acción de variables secundarias tales como el lugar de residencia, con la oferta cultural que le es solidaria, y los ingresos, con los medios que asegura, las diferentes fracciones se organizan según una jerarquía inversa (las diferencias según la especie de capital poseído –literario, científico o económico, político– se ven sobre todo en el hecho de que los ingenieros testimonian más interés por la música, y también por los juegos "intelectuales" como el bridge o el ajedrez, que por las actividades literarias –lectura de *Le Figaro littéraire* o frecuentación del teatro).

Tabla 7—**Variaciones de algunos indicadores de la práctica cultural según las diferentes fracciones de la clase dominante** (F.C., V)

	profesores	cuadros públicos	miembros de profesiones liberales	ingenieros	cuadros privados	patronos industriales	patronos comerciales
lectores de libros no profesionales (1)	**21**	18	18	16	16	10	10
espectadores de teatro (2)	**38**	29	29	28	34	16	20
oyentes de música clásica	83	89	86	89	89	75	73
visitantes de museos	**75**	66	68	58	69	47	52
visitantes de galerías	**58**	54	57	45	47	37	34
poseedores de radio de FM	**59**	54	57	56	53	48	48
no poseedores de TV	**46**	30	28	33	28	14	24
lectores de *Le Monde* (3)	**410**	235	230	145	151	82	49
lectores de *Le Figaro littéraire* (3)	**168**	132	131	68	100	64	24

(1) 15 y más horas por semana.
(2) Una vez cada dos o tres meses por lo menos.
(3) Índice de penetración por 1.000.

Estos indicadores tienden sin duda a reducir mucho la importancia de las diferencias entre las diferentes fracciones: en efecto, la mayor parte de los consumos culturales implican también un coste económico, por ejemplo la frecuentación del teatro, que depende no sólo del nivel de instrucción sino también de los ingresos; además, unos aparatos como los receptores de frecuencia modulada o los equipos de alta fidelidad pueden ser objeto de muy distintas utilizaciones (p. ej., la escucha de música clásica o de música de baile) y resultar dotados con valores tan desiguales, por referencia a la jerarquía dominante de los usos posibles, como las diferentes formas de lectura o de teatro. En realidad, el rango de las diferentes fracciones, jerarquizadas según el interés que otorgan a los diferentes tipos de lectura, tiende a aproximarse a su rango en la jerarquía establecida según el volumen del capital cultural poseído, a medida que se va hacia las lecturas más especiales y, ya se sabe por lo que hemos visto en otro lugar, más vinculadas con el nivel de instrucción y situadas más alto en la jerarquía de los grados de legitimidad cultural (véase tabla 8).

Asimismo se observa (F. C., XIV, tabla 215 a) que la sobre-representación de los profesores (y de los estudiantes) en el público de los diferentes teatros decrece continuamente, mientras que aumenta la sobre-representación de las otras fracciones (jefes de empresa, cuadros superiores y miembros de profesiones liberales, desafortunadamente mezclados en la estadística), cuando se pasa del teatro de vanguardia, o percibido como tal, al teatro clásico y sobre todo cuando se pasa de este último al teatro de bulevar, que obtiene entre la tercera y la cuarta parte de su público de las fracciones menos "intelectuales" de la clase dominante.

Tabla 8— **Tipo de lectura según las diferentes fracciones de la clase dominante** (F.C., V)*

	profesores	cuadros públicos	miembros de profesiones liberales	ingenieros	cuadros privados	patronos industriales	patronos comerciales
novelas policíacas	25 (6)	**29** (1)	27 (4)	28 (3)	**29** (1)	27 (4)	25 (6)
novelas de aventuras	17 (7)	20 (3)	18 (6)	**24** (1)	22 (2)	19 (4)	19 (4)
relatos históricos	44 (4)	47 (2)	**49** (1)	47 (2)	44 (4)	36 (6)	27 (7)
libros de arte	28 (2)	20 (3)	**31** (1)	19 (5)	20 (3)	17 (6)	14 (7)
novelas	64 (2)	**68** (1)	59 (5)	62 (3)	62 (3)	45 (6)	42 (7)
filosofía	**20** (1)	13 (3)	12 (5)	13 (3)	15 (2)	10 (7)	12 (5)
política	**15** (1)	12 (2)	9 (4)	7 (5)	10 (3)	5 (6)	4 (7)
economía	**10** (1)	8 (3)	5 (6)	7 (5)	9 (2)	8 (3)	5 (6)
ciencias	15 (3)	14 (4)	18 (2)	**21** (1)	9 (7)	10 (6)	11 (5)

* Se ha recalcado la tendencia más fuerte en cada línea. La cifra entre paréntesis representa el rango de cada fracción. Se ha puesto aparte la lectura de las obras de economía y ciencias en la medida en que el interés por este género de literatura depende de factores secundarios, a saber, el tipo de práctica profesional para los unos (de ahí el rango de los cuadros del sector privado y de los patronos) y el tipo de formación intelectual para los otros (de ahí el rango de los ingenieros).

Después de establecer que la estructura de la distribución del capital económico es simétrica e inversa de la estructura de la distribución del capital cultural, se puede plantear la cuestión de la jerarquía de los dos principios de jerarquización (sin olvidar que esta jerarquía es en cada momento lo que está en juego en las luchas y que, en algunas coyunturas, el capital cultural puede ser, como sucede actualmente en Francia, una de las condiciones del acceso al control del capital económico). Como indicador del estado de la relación de fuerzas entre estos dos principios de dominación, se puede tomar la frecuencia de los desplazamientos intergeneracionales entre las fracciones. Si se consideran como índices de la rareza de una posición (o, lo que viene a ser lo mismo, de su cerramiento) la proporción de sus miembros que son originarios de la clase dominante en su conjunto o de la fracción considerada en sí misma, se ve que la jerarquía así obtenida se corresponde con bastante precisión, para uno y otro índice, con la jerarquía establecida según el volumen del capital económico: la proporción de los miembros de cada fracción que son originarios de la clase dominante, así como la proporción de los individuos originarios de la fracción a la cual pertenecen, decrecen paralelamente cuando se va desde los patronos industriales hacia los profesores, con un marcado corte entre las tres fracciones de rango superior (patronos industriales y comerciales y profesiones liberales) y las tres fracciones de rango inferior (ingenieros, cuadros del sector público y profesores).

A la utilización de estos indicadores puede oponerse el hecho de que las diferentes fracciones tienen un control muy desigual de las condiciones de su repro-

Tabla 9– **Variaciones del origen social de los miembros de la clase dominante según la fracción de clase** (F.C., II)

Padres: / Hijos:	patronos industriales	patronos comerciales	profesores liberales	ingenieros públicos	cuadros	profesores
patronos industriales	**33,5**	2,8	2,3	6,1	4,4	1,5
patronos comerciales	1,9	**31,0**	–	1,8	5,0	0,8
miembros de profesiones liberales	0,6	0,9	**20,0**	0,9	2,4	7,6
ingenieros	–	–	6,4	**6,7**	2,3	4,6
cuadros del sector público	1,9	3,3	9,9	13,2	**14,2**	7,6
profesores	0,6	–	2,9	2,7	0,3	**6,1**
conjunto de la clase	38,5	38,0	41,5	31,4	28,7	29,2

ducción social, de manera que la alta proporción de patronos endógenos puede no expresar otra cosa que la capacidad propia de estas fracciones (o por lo menos de una parte de sus miembros) para transmitir sin mediación ni control sus poderes y privilegios. En realidad, esta capacidad es en sí misma uno de los privilegios más especiales que, al dar una libertad mayor con respecto a los veredictos escolares, hace menos indispensables o menos urgentes las inversiones culturales a que no pueden escapar aquellos que dependen por completo del sistema de enseñanza para su reproducción. De hecho, las fracciones más ricas en capital cultural se inclinan a invertir preferentemente en la educación de sus hijos al mismo tiempo que en las prácticas culturales apropiadas para mantener y acrecentar su particularidad específica; las fracciones más ricas en capital económico relegan las inversiones culturales y educativas en beneficio de las inversiones económicas, mucho más, sin embargo, los patronos industriales y comerciales que la nueva burguesía de los cuadros del sector privado, que manifiesta la misma preocupación por la *inversión racional* tanto en el terreno económico como en el de la educación; relativamente provistos de las dos formas de capital pero demasiado poco integrados en la vida económica como para comprometer en ella de forma activa su capital, los miembros de las profesiones liberales (y en particular los médicos y los abogados) invierten en la educación de sus hijos, pero también, y sobre todo, en unos consumos apropiados para simbolizar la posesión de los medios materiales y culturales aptos para ajustarse a las reglas del arte de vivir burgués y capaces de asegurarles con ello un *capital social,* capital de relaciones mundanas que pueden, llegado el caso, proporcionar "apoyos" útiles, capital de honorabilidad y de respetabilidad que a menudo es indispensable para atraerse o asegurarse la confianza de la buena sociedad y, con ello, su clientela, y que puede convertirse, por ejemplo, en una carrera política.

Debido al hecho de que el éxito escolar depende principalmente del capital cultural heredado y de la propensión a invertir en el sistema escolar (y de que ésta es tanto mayor, para un individuo o para un grupo determinado, cuanto más completamente depende de ella el mantenimiento o la mejora de su posición social), se comprende que la proporción de alumnos originarios de las fracciones más ricas en capital cultural sea tanto mayor en una institución escolar determinada cuanto más alto esté situada ésta en la jerarquía *propiamente escolar* de las instituciones de enseñanza (medida, por ejemplo, por el índice de éxitos escolares anteriores), llegando a su máximo en la institución encargada de asegurar la reproducción del cuerpo profesoral (Escuela normal superior). En realidad, de igual modo que la clase dominante que contribuye a reproducir, las instituciones de enseñanza superior se organizan según *dos principios opuestos de jerarquización:* la *jerarquía dominante en el interior de la institución escolar,* esto es, la que ordena las instituciones según los criterios propiamente escolares y, correlativamente, según la proporción que dentro de su público corresponde a las fracciones más ricas en capital cultural, se contrapone diametralmente a la *jerarquía dominante fuera de la institución escolar,* esto es, la que ordena las instituciones según la proporción en su público de las fracciones más ricas en capital económico o en poder y según la posición en la jerarquía del capital económico y del poder de las profesiones a las que conducen. Si los hijos de las fracciones dominadas están menos representados en las instituciones temporalmente más altas (como la ENA o la HEC) de lo que podrían dejar esperar sus éxitos escolares anteriores y la posición de estas instituciones en la jerarquía propiamente escolar, ello se debe, por supuesto, a que estas instituciones se separan con respecto a los criterios propiamente escolares, pero también a que la jerarquía escolar se impone de manera tanto más exclusiva (determinando, por ejemplo, a elegir Ulm Ciencias* mejor que la Politécnica, o la facultad de Letras mejor que Ciencias Políticas) cuanto que la dependencia con respecto al sistema escolar es más total (la ceguera ante los otros principios de jerarquización nunca es tan perfecta como en los hijos de profesores, inclinados por toda su formación familiar a identificar cualquier logro con el logro escolar).

La misma estructura en quiasma se observa en las clases medias, en las que se ve también decrecer el volumen del capital cultural mientras que aumenta el volumen del capital económico, cuando se va desde los maestros a los patronos medios de la industria y del comercio, ocupando los cuadros medios, los técnicos y los empleados una posición intermedia, homóloga de la que ocupan los ingenieros y los cuadros superiores en el espacio superior. Los artesanos y comerciantes artísticos que, por vivir de beneficios industriales y comerciales, están próximos, bajo este aspecto, a los demás pequeños patronos, se distinguen de ellos, sin embargo, por un capital cultural relativamente importante, que los aproxima a la nueva pequeña burguesía. En cuanto a los miembros de los servicios médico-sociales, originarios, en una proporción relativamente importante, de la clase dominante[28], ocupan una posición central, casi homóloga de la de los miembros de las profesiones liberales (aunque estén ligeramente más desplazados hacia el polo del capital cultural): son los únicos que disponen no sólo de salarios sino también, en algunos

* Escuela normal superior de la calle de Ulm. Comprende una sección de Ciencias y otra de Letras. *(N. de la T.).*

[28] La categoría de los miembros de los servicios médico-sociales se caracteriza por el hecho de que acoge a hombres que han nacido, la mayor parte de ellos, en las clases populares, y mujeres de las que una buena parte (25 %) es originaria de las clases superiores (véanse los dos histogramas).

casos, de beneficios no comerciales (como los miembros de las profesiones liberales).

De inmediato se ve que la homología entre el espacio de la clase dominante y el espacio de las clases medias se explica por el hecho de que su estructura es producto de los mismos principios: en los dos casos se ve la contraposición entre los propietarios (poseedores de su vivienda, de propiedades rurales o urbanas y de valores mobiliarios), que con frecuencia tienen más edad, disponen de poco tiempo libre y a menudo son hijos de patronos o de agricultores autónomos, y los no-propietarios, dotados sobre todo de capital escolar y de tiempo libre, originarios de fracciones asalariadas de las clases medias y superiores o de la clase obrera. Los ocupantes de posiciones homólogas, maestros y profesores, por ejemplo, o pequeños comerciantes y grandes comerciantes, están separados principalmente por el volumen de la especie de capital dominante en su estructura patrimonial, es decir, por unas diferencias de grado que separan a individuos desigualmente provistos de los mismos recursos especiales. Las posiciones inferiores –y, correlativamente, las disposiciones de sus ocupantes– deben una parte de sus propiedades al hecho de que están objetivamente referidas a las posiciones correspondientes del nivel superior hacia las que tienden y a las que pretenden; esto se ve claramente en el caso de la pequeña burguesía asalariada, cuyas virtudes ascéticas y buena voluntad cultural –que manifiesta de todas las maneras posibles, siguiendo cursos de tarde, inscribiéndose en bibliotecas, haciendo colecciones– expresan con toda claridad la aspiración de la ascensión a la posición superior, destino objetivo de los ocupantes de la posición inferior que manifiestan estas disposiciones[29].

Para explicar mejor las diferencias de estilo de vida entre las distintas fracciones –y particularmente en materia de cultura– habría que tener en cuenta su *distribución en un espacio geográfico socialmente jerarquizado*. En efecto, las probabilidades que un *grupo* puede tener de apropiarse una clase cualquiera de bienes singulares (y que miden las esperanzas matemáticas de acceso) dependen, de una parte, de sus capacidades de apropiación específica, definidas por el capital económico, cultural y social que puede utilizar para apropiarse material y/o simbólicamente los bienes considerados, es decir, de su posición en el espacio social, y de otra parte de la relación entre su distribución en el espacio geográfico y la distribución de los bienes singulares en ese espacio (relación que puede medirse en distancias medias a unos bienes o a unos equipos, o en tiempos de desplazamiento –lo

---

[29] Para reconstruir tan completamente como sea posible las condiciones sociales de producción de los *habitus*, es preciso tener en cuenta también la trayectoria social de la clase y de la fracción de clase de pertenencia que, a través de la pendiente probable del porvenir colectivo, impone las disposiciones progresivas o regresivas con respecto al porvenir, y la evolución a través de varias generaciones del patrimonio de las dos líneas genealógicas que, perpetuándose en los *habitus*, introduce divisiones en el interior de grupos tan homogéneos como las fracciones. Para dar una idea de la diversidad de los casos, bastará con indicar que una *trayectoria social* representa la *combinación* de la evolución en el curso de la vida de ego del volumen de su capital que puede ser descrito, de forma muy *grosera*, como creciente, decreciente o estacionario, del volumen de cada una de las especies (susceptibles de las mismas distinciones), y por tanto de la estructura del capital (un volumen global constante puede ocultar una transformación de la estructura) y, del mismo modo, del volumen y de la estructura de los patrimonios paternos y maternos y de sus pesos respectivos bajo sus diferentes especies (p. ej., asimetría en favor del padre con respecto al capital económico y de la madre con respecto al capital cultural o a la inversa, o equivalencia), y por consiguiente del volumen y de la estructura del capital de los abuelos paternos y maternos.

que hace intervenir al acceso a unos medios de transporte, individuales o colectivos–)[30]. Dicho de otra manera, la distancia social real de un grupo a unos bienes debe integrar la distancia geográfica, que a su vez depende de la distribución del grupo en el espacio, y con mayor precisión, de su distribución con respecto al "centro de los valores" económicos y culturales, es decir, con respecto a París o a las grandes metrópolis regionales (se conocen, por ejemplo, las obligaciones en materia de residencia que implican algunas carreras en las que el acceso a la profesión –v.g., algunos servicios postales– o el ascenso en la misma está subordinado a un exilio más o menos prolongado)[31]. Así, por ejemplo, la distancia de los agricultores a los bienes de la cultura legítima no sería tan inmensa si, a la distancia propiamente cultural correlativa a su escaso capital cultural, no viniera a añadirse el alejamiento geográfico resultante de la dispersión en el espacio que caracteriza a esta clase. De igual modo, las numerosas diferencias observadas en las prácticas (culturales o de cualquier otro tipo) de las distintas fracciones de la clase dominante tienen mucho que ver, sin duda alguna con su distribución según el tamaño de la ciudad de residencia: así, la contraposición entre los ingenieros y los cuadros del sector privado, de un lado, y los patronos industriales y comerciales, del otro, obedece, por una parte, al hecho de que los primeros son de preferencia parisienses y pertenecen a empresas relativamente importantes (solamente el 7 % de los cuadros del sector privado trabajan en empresas que tienen de 1 a 5 asalariados, frente al 34 % que lo hacen en empresas medias y el 40 % que trabajan en empresas de más de 50 asalariados), mientras que los segundos se encuentran en su mayor parte a la cabeza de empresas pequeñas (el 6 % de los industriales de la encuesta SOFRES 1966 –F.C., V– emplean de 1 a 5 asalariados; el 70 %, de 6 a 49, el 24 % emplean a más de 50; de estos porcentajes corresponden a los patronos de comercio el 30 %, el 42 % y el 12 % respectivamente) y en su mayor parte son provincianos, e incluso rurales (según el censo de 1968, el 22,3 % y el 15,5 % de los patronos comerciales residen en un municipio rural; el 14,1 % y 11,8 % en un municipio de menos de 10.000 habitantes).

La representación que de este modo se obtiene no sería tan difícil de alcanzar si no supusiera una ruptura con la representación espontánea del mundo social que resume la metáfora de "la escala social" y que evoca todo el lenguaje corriente de la "movilidad", con sus "ascensiones" y sus "decadencias"; y una ruptura, no menos resuelta, con toda la tradición sociológica que, cuando no se contenta con recuperar tácitamente y por su cuenta la representación unidimensio-

---

[30] Sería preciso detallar todas las propiedades culturales que obtienen los individuos por el hecho de su posición en el espacio geográfico, y, entre otras cosas, por medio de la calidad de los contactos sociales (las "frecuentaciones") que favorece la proximidad espacial. Una de las que más marcan es, sin lugar a dudas, la pronunciación, que evidencia de la manera más infalible un origen más o menos estigmatizado o valorizado.

[31] Además de constituir una de las manifestaciones de su posición en el espacio social, la distribución de una clase o de una fracción de clase en el espacio geográfico socialmente jerarquizado –y en particular su distancia con respecto a los "centros" económicos y culturales– es casi siempre una manifestación de sus jerarquías internas. Así, por ejemplo, si es posible establecer mediante el análisis secundario de la encuesta sobre el tiempo libre realizada por el INSEE en 1968 que, en todas las categorías socio-profesionales, la práctica cultural aumenta cuando el tamaño de la aglomeración urbana (un buen indicador de la oferta cultural) va siendo más grande es, sin duda y en parte, porque la homogeneidad aparente de las categorías utilizadas oculta diferencias, dentro de cada una de las categorías, según el tamaño de la aglomeración, en particular con respecto al capital cultural poseído.

nal del espacio social –como hacen, por ejemplo, las investigaciones sobre "movilidad social"– la somete a una elaboración falsamente científica, reduciendo el universo social a un *continuum* de estratos abstractos *(upper middle class, lower middle class, etc.),* obtenidos mediante la agregación de especies diferentes de capital que permite la construcción de índices (los instrumentos por excelencia de la destrucción de las estructuras)[32]. La proyección sobre un solo eje que supone la construcción de la serie continua, lineal, homogénea y unidimensional a la que ordinariamente se identifica la jerarquía social, implica una operación extremadamente difícil (y en particular arriesgada cuando es inconsciente), que consiste en reducir a un único patrón las distintas especies de capital y en medir con la misma vara, por ejemplo, la contraposición entre patronos de industrias y profesores (o entre artesanos y maestros) y la contraposición entre patronos y obreros (o entre cuadros superiores y empleados). Esta operación abstracta encuentra un fundamento objetivo en la posibilidad, siempre disponible, de convertir una especie de capital en otra –con unos porcentajes de conversión variables según los momentos, es decir, según el estado de la relación de fuerza entre los poseedores de las diferentes especies–. Al obligar a formular el postulado de la *convertibilidad de las diferentes especies de capital* que es la condición para la reducción del espacio a la unidimensionalidad, la construcción de un espacio en dos dimensiones permite, en efecto, darse cuenta de que los porcentajes de conversión de las diferentes especies de capital es una de las apuestas fundamentales de las luchas entre las diferentes fracciones de clase cuyos poderes y privilegios están vinculados a una u a otra de estas especies y, en particular, de la lucha sobre el principio dominante de dominación (capital económico, capital cultural o capital social, este último estrechamente vinculado con la antigüedad en la clase por mediación de la notoriedad del nombre y de la extensión y calidad de la red de relaciones) que enfrenta en todos los momentos a las diferentes fracciones de la clase dominante.

Las estrategias de reconversión

Las estrategias de reproducción, conjunto de prácticas fenomenalmente muy diferentes, por medio de las cuales los individuos a las familias tienden, de manera consciente o inconsciente, a conservar o a aumentar su patrimonio, y correlativamente, a mantener o mejorar su posición en la estructura de las relaciones de clase, constituyen un sistema que, al ser producto de un mismo principio unificador y generador, funciona y se transforma como tal sistema. Por medio de la disposición con respecto al porvenir, determinado a su vez por las oportunidades objetivas de reproducción del grupo, estas estrategias dependen en primer lugar del volumen y de la estructura del capital que hay que reproducir, esto es, del volumen actual y potencial del capital económico, del capital cultural y del capital

[32] Gerhard Lenski, que ha tenido el mérito de darse cuenta del problema de las discordancias entre las diferentes especies de capital, y de señalar algunos de los más ocultos efectos que pueden ejercer (en particular la propensión al "liberalismo" asociada a una fuerte "descristalización" del estatus), no se ha permitido sin duda sacar todas las consecuencias posibles de su intuición al mostrarse sumiso al ritual positivista de la construcción de un índice (Véase G. Lenski, "Status Crystallisation: A Non-vertical Dimension of Social Status", *American Sociological Review,* 19, 1954, pp. 405-413).

Una de las dificultades del discurso sociológico obedece al hecho de que, como todo discurso, se desarrolla de forma estrictamente lineal mientras que, para escapar al simplismo y a la falsedad de las apreciaciones parciales y de las intuiciones unilaterales, se necesitaría poder reflexionar, en cada uno de esos puntos, sobre la totalidad de la red de relaciones que en ellos se encuentra, en cierta manera, implicada. Por eso nos ha parecido necesario dar –en forma de un esquema que tiene la propiedad, como dice Saussure, de poder "ofrecer complicaciones simultáneas en varias dimensiones"– el medio de captar la correspondencia entre la estructura del espacio social, cuyas dos dimensiones fundamentales corresponden al volumen y a la estructura del capital de los grupos que en dicha estructura se distribuyen, y la estructura del espacio de las propiedades simbólicas vinculadas con los grupos distribuidos en este espacio. Pero este esquema no quiere ser la bola de cristal que, según los alquimistas, permitía apreciar con una sola mirada todo lo que ocurre sobre la tierra y que, a la manera de los matemáticos que tratan siempre lo que ellos llaman "imaginería" como un mal inevitable, el mismo movimiento realizado para darlo lleva en sí la tentación de retirarlo. ¿Cómo no temer, en efecto, que dicho esquema no favorezca las lecturas que reducirían las homologías entre unos sistemas de variaciones diferenciales a unas relaciones directas y mecánicas entre grupos y propiedades? ¿O cómo no temer que no aliente esa forma de *voyeurismo* inherente a la intención objetivista, situando al sociólogo en el papel del Diablo cojuelo que levanta los tejados y descubre a su maravillado lector los secretos de las intimidades domésticas?

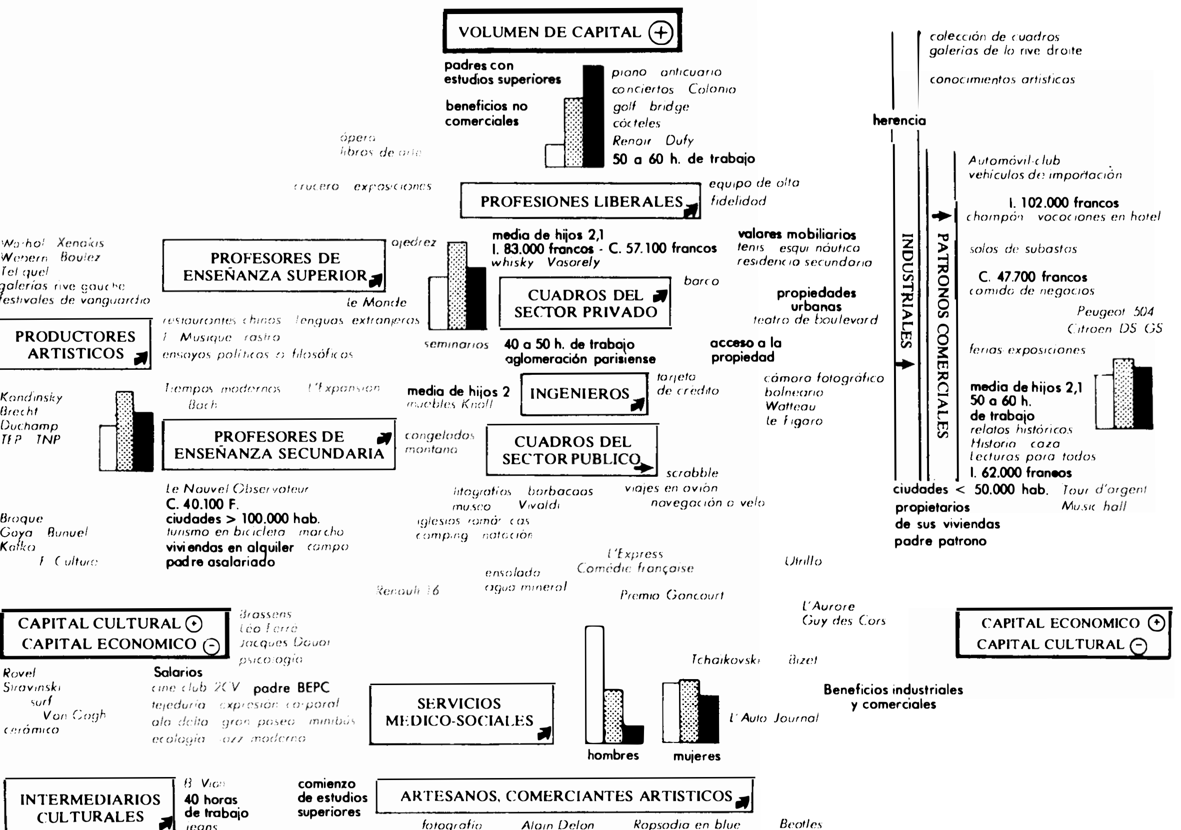
Para darnos una idea tan exacta como sea posible del modelo teórico propuesto, hace falta imaginar que se sobreponen (en la forma en que puede hacerse con unas láminas transparentes) tres esquemas: el primero (gráfico 5) presentaría el espacio de las condiciones sociales tal como lo organiza la distribución sincrónica y diacrónica del volumen y de la estructura del capital en sus diferentes especies encontrándose determinada, la posición de cada uno de los grupos (fracciones de clase) en este espacio por el conjunto de las propiedades características en las relaciones así definidas como pertinentes; el segundo (gráfico 6) presentaría el espacio de los estilos de vida, es decir, la distribución de las prácticas y de las propiedades que son constitutivas del estilo de vida en el que se manifiesta cada una de las condiciones; por último, entre los dos esquemas precedentes, sería necesario introducir además un tercero que presentara el espacio teórico de los *habitus*, es decir, de las fórmulas generadoras (por ejemplo, para los profesores, el ascetismo aristocrático) que se encuentran en la base de cada una de las clases de prácticas y de propiedades, esto es, de la *transformación* en un estilo de vida distinto y distintivo de las necesidades y de las habilidades características de una condición y de una posición[1].

Entre las limitaciones de una construcción de este tipo, las más importantes provienen de las lagunas de la estadística, que mide mucho mejor los consumos o incluso, en rigor, los *ingresos* (dejando aparte los beneficios secundarios y ocultos) y el patrimonio, como conjunto de propiedades destinadas a unos individuos o a unas familias, que el *capital* propiamente dicho (en particular el capital invertido en el ahorro): les siguen las que provienen de las imperfecciones de las categorías de análisis que son muy desigualmente homogéneas, incluso desde el punto de vista de los criterios pertinentes, y que, en el caso de los industriales y de los grandes comerciantes, impiden aislar, por ejemplo, a los poseedores de un capital capaz de ejercer un poder sobre el capital –es decir,

[1] Los esquemas aquí presentados *no son unos diagramas-plano de análisis de correspondencias*, aunque tengan de ello una cierta apariencia y se hayan apoyado en distintos análisis de las correspondencias para construirlos, y aunque numerosos análisis de dichas correspondencias hayan producido unos espacios que se organizan según la misma estructura (comenzando por los análisis de datos de nuestra encuesta que se presentarán más adelante).

Gráfico 5—**Espacio de las posiciones sociales**

Gráfico 6—**Espacio de los estilos de vida**



Jacques Brel

I. 33.000 francos
media de hijos 1,7

CUADROS MEDIOS COMERCIALES, SECRETARIAS

C. 36.000 francos
BEC-BEH
opereta

bachillerato
colección de sellos
Science et vie

MAESTROS

TECNICOS

castillos monumentos
inscripción en biblioteca
cursos de tarde
Utrillo

CUADROS MEDIOS ADMINISTRATIVOS

padre CEP
danzas folklóricas
Buffet

BEI
circo

40 a 45 horas de trabajo

France-Soir
Renault 6
Ami 6

excursión
Renault 8
Aznavour
Sheila
Johnny Holliday

Radio-Luxembourg
petanca

Europe nº 1
Renault 10
Simca 1100

France Inter

L'Humanite

BEPC
media de hijos 1,7

EMPLEADOS DE OFICINAS

EMPLEADOS DE COMERCIO

pernod
espumosos

mantenimiento del automóvil
costura
bricolage
libros de aventuras

diarios regionales
cerveza
bicicleta

pesca
fiestas feriales

CONTRAMAESTRES

CAP-BP
I. 21.000 francos
media de hijos 1,9

coche

televisión
espectáculos deportivos

OBREROS CUALIFICADOS

I. 18.000 francos - C. 26.000 francos
45 a 50 h. de trabajo

belote
futbol
rugby
patatas

OBREROS ESPECIALIZADOS

baile público

pan
pastas alimenticias
vino tinto corriente
tocino

media de hijos 2,8

PEONAJE

I. 13.000 francos

sin titulación alguna
padre sin titulación

ASALARIADOS AGRICOLAS

VOLUMEN DE CAPITAL (−)

ARTESANOS

PEQUEÑOS COMERCIANTES

> 60 horas de trabajo

CEP

municipios rurales
beneficios agrícolas

media de hijos 3

Renault 4

Fernandel
Brigitte Bardot

acordeón

Petula Clark
L. Mariano
T. Rossi

apuesta en carreras de caballos
variedades
Guy Lux

media de hijos 1,9

Le Parisien libéré

Guétary

historias sentimentales

Delly

Léviton
Louis de Funes

petanca
pernod
espumosos

AGRICULTORES AUTONOMOS

LEYENDA

I. 13.000 F. = ingresos de 13.000 francos
C. 15.000 francos = consumo de 15.000 francos
< 40 horas = menos de 40 horas de trabajo a la semana
% de individuos de una categoría socio-profesional dada, originarios de las

clases populares
clases medias
clases superiores

evolución de la categoría
aumento > 25% entre 1962 y 1968
aumento < 25%
disminución

el gran patronato–. (A falta de poder disponer de rigurosos indicadores de la dispersión de las diferentes categorías, se ha hecho patente la dispersión económica y cultural de las categorías más heterogéneas –agricultores, patronos industriales y comerciales, artesanos y comerciantes– escribiendo verticalmente, entre los límites extremos que la definen, la denominación correspondiente.) Es preciso tener presente que la posición marcada por la denominación no representa nunca otra cosa que el punto central de un espacio más o menos extenso que puede organizarse, en algunos casos, como campo de competencia.

Al no poder contar con la encuesta (quizá prácticamente irrealizable) que suministrara, respecto a la misma muestra representativa, el conjunto de indicadores del patrimonio económico, cultural y social, y de su evolución que son necesarios para construir una representación adecuada del espacio social, se ha construido un *modelo simplificado* de este espacio a partir de conocimientos adquiridos en el curso de investigaciones anteriores y sobre la base de un conjunto de datos sacados de diferentes encuestas, realizadas todas por el INSEE y en consecuencia homogéneas por lo menos en lo que concierne a la construcción de categorías (véase anexo 3): de la encuesta realizada por el INSEE, en 1967, sobre la utilización del tiempo libre (en las tablas referidas a los hombres) se han tomado unos indicadores del mismo tales como el del tiempo de trabajo (F. C., IV); de la encuesta sobre la formación y la calificación profesional, de 1970 (tablas referidas a los hombres), se han tomado los datos sobre la categoría socio-profesional del padre (trayectoria social), la titulación del padre (capital cultural heredado) y la titulación del sujeto (capital escolar) (F. C., II); de la encuesta sobre los ingresos, de 1970, se han tomado las informaciones sobre el importe de los ingresos, las propiedades rurales y urbanas, las acciones, los beneficios industriales y comerciales y los salarios (capital económico) (F. C., I); y por último, de la encuesta sobre el consumo de las familias, de 1972, se han tomado los datos sobre el importe del consumo, la posesión de lava-vajillas, teléfono, el estatus de ocupación de la vivienda y de la segunda vivienda (F. C., III), y del censo de 1968, los datos sobre el tamaño del lugar de residencia.

Se ha representado así, para cada uno de los grupos que figuran, en primer lugar, la distribución de los ocupantes de cada una de las posiciones consideradas según la *trayectoria social* que les ha conducido a ellas, con los histogramas que representan la proporción en cada fracción de los individuos originarios de las diferentes clases[2], y en segundo lugar, la *historia* de la fracción en su conjunto: a ello responden las flechas ascendentes, descendentes y horizontales que señalan que entre 1962 y 1968 la fracción considerada ha aumentado –por lo menos en un 25 %–, ha disminuido o ha permanecido estable, y que hacen visible así la contraposición entre las fracciones nuevas, en fuerte expansión, y las fracciones establecidas, estables o en decadencia. Nos hemos esforzado así por poner de manifiesto simultáneamente el estado de la relación de fuerzas entre las clases que forma parte de la estructura del espacio social en un momento dado del tiempo y lo que constituye a la vez uno de los efectos y uno de los factores de la transformación de esta estructura, a saber, las estrategias de reconversión mediante las cuales los individuos (y los grupos) se esfuerzan por mantener o por mejorar su posición en el espacio social.

Al yuxtaponer informaciones per-

[2] A fin de no perjudicar la legibilidad del esquema, sólo se han incluido estos histogramas para algunas de las categorías definidas: lo que basta para dejar ver que la proporción de los individuos originarios de las clases superiores –en negro– aumenta claramente a medida que nos elevamos en la jerarquía social, mientras que disminuye la proporción de los que son originarios de las clases populares –en blanco– (el histograma de los obreros especializados, que no ha podido ser incluido, presenta unas características intermedias entre las del peonaje y las de los obreros cualificados). Habría sido preciso, por lo menos para las clases superiores y medias, poder dar la distribución por *fracción* de origen.

tenecientes a unos campos que los sistemas ordinarios de clasificación separan –hasta el punto de hacer impensable o escandalosa la simple asociación– y al poner así de manifiesto las relaciones –que la intuición inmediata capta y sobre la que se guían las clasificaciones de la existencia ordinaria– entre todas las propiedades y prácticas características de un grupo, el esquema sinóptico obliga a buscar el fundamento de cada uno de los sistemas de "elección", por una parte, en las condiciones y condicionamientos sociales característicos de una posición determinada en el espacio objetivo en el que se expresan, aunque bajo una forma irreconocible y, por otra, en la relación con los otros sistemas de "elección" con respecto a los cuales se definen su significación y su valor propiamente simbólicos: debido al hecho de que los estilos de vida son esencialmente distintivos, numerosas características no toman todo su sentido si no se relacionan, no sólo con las posiciones sociales que expresan, sino también con otras características situadas en otro polo del espacio: es, por ejemplo, el caso de las oposiciones que se establecen primordialmente entre las posiciones más alejadas en una y/o en otra de las dos dimensiones fundamentales del espacio social (es decir, con respecto al volumen y a la estructura del capital): Goya y Renoir, teatro de vanguardia y teatro de bulevar, Jacques Brel y Tino Rossi, France-Musique y France-Inter o Radio-Luxembourg, cine-club y variedades, etc. Además de las informaciones recogidas directamente por la encuesta, se ha utilizado un conjunto de índices de consumo cultural, tales como la posesión de piano o discos, la utilización de la televisión, la frecuentación de museos, exposiciones, espectáculos de variedades, cine; la inscripción en una biblioteca, cursos; la posesión de una colección, la práctica de algún deporte, tomados todos ellos de la encuesta del INSEE, de 1967, sobre la utilización del tiempo libre; informaciones sobre los consumos y el estilo de vida de los miembros de la clase dominante (equipo de alta fidelidad, barco, crucero, bridge, colección de cuadros, champán, whisky, deportes practicados, etc.) sacadas de las encuestas de la SOFRES y del CESP (F. C., V y VI); y también informaciones sobre la frecuentación del teatro suministradas por la encuesta de la SEMA (F. C., XIV); sobre los actores favoritos, por las encuestas IFOP (F. C., IX y X); sobre la lectura de diarios, semanarios, revistas, por las encuestas del CSE y del CESP (F. C., XXVIII); sobre diferentes actividades y prácticas culturales (cerámica, alfarería, ferias, etc.), por la encuesta del Secretariado de estado para la cultura (F. C., VII).

Sobre el diagrama así construido, cada información pertinente no figura más que una sola vez y vale, pues, para toda una zona *(más o menos amplia según el caso)* del espacio social, aunque caracterice tanto más a una categoría cuanto más cerca figure de su denominación (así la mención *salarios* que, situada a media altura en la parte izquierda del gráfico 5, se contrapone a *beneficios industriales y comerciales,* vale para toda la mitad izquierda del espacio social, es decir, tanto para los profesores, cuadros o ingenieros como para los maestros, cuadros medios, técnicos, empleados u obreros; del mismo modo, la posesión de *valores mobiliarios* –en la parte de arriba a la derecha– vale a la vez para los patronos, los miembros de profesiones liberales, los cuadros del sector privado y los ingenieros). Puede, pues, leerse de forma inmediata que la posesión de un *piano* y la elección de *El concierto para la mano izquierda* corresponden sobre todo a los miembros de las profesiones liberales; o que la *marcha* y la *montaña* son particularmente características al mismo tiempo de los profesores de enseñanza secundaria y de los cuadros del sector público; o que la *natación,* situada a media distancia entre la nueva pequeña burguesía y los cuadros del sector privado o los ingenieros, participa de los estilos de vida de estos dos conjuntos de profesiones. De esta forma, alrededor de la denominación de cada fracción se encuentran reunidas las características más pertinentes, puesto que son las más *distintivas,* de su estilo de vida –que, por otra parte, puede compartir con otros grupos.

social que el grupo posee, y de su peso relativo en la estructura patrimonial; y, en segundo lugar, del estado del sistema de los instrumentos de reproducción, institucionalizados o no (estado de la costumbre y de la ley sucesoria, del mercado de trabajo, del sistema escolar, etc.), con arreglo a su vez, al estado de la relación de fuerzas entre las clases: con mayor precisión, estas estrategias dependen de la relación que se establece en cada momento entre el patrimonio de los diferentes grupos y los diferentes instrumentos de reproducción, y que define la transmisibilidad del patrimonio, fijando las condiciones de su transmisión, es decir, dependen del rendimiento diferencial que los distintos instrumentos de reproducción pueden ofrecer a las inversiones de cada clase o fracción de clase.

Debido a que las estrategias de reproducción constituyen un sistema y a que dependen del estado del sistema de los instrumentos de reproducción y del estado (volumen y estructura) del capital a reproducir, todo cambio en relación con cualquiera de ellos lleva consigo una *reestructuración* del sistema de las estrategias de reproducción: la *reconversión* del capital poseído bajo una particular especie en otra especie distinta, más accesible, más rentable y/o más legítima en un estado dado del sistema de instrumentos de reproducción, tiende a determinar una transformación de la estructura patrimonial.

Las reconversiones se traducen en otros tantos desplazamientos en un espacio social que no tiene nada en común con el espacio simultáneamente irreal e ingenuamente realista de los estudios denominados de "movilidad social". La misma ingenuidad positivista que lleva a describir como "movilidad ascendente" los efectos de las transformaciones morfológicas de las diferentes clases o fracciones de clase, conduce a ignorar que la reproducción de la estructura social puede, en determinadas condiciones, exigir una muy escasa "herencia profesional": esto sucede siempre que los agentes no pueden mantener su *posición* en la estructura social ni las propiedades ordinales inherentes a la misma más que al precio de una *translación* asociada a un cambio de *condición* (tal como el paso de la condición de pequeño propietario de tierras a la de pequeño funcionario o de la condición de pequeño artesano a la de empleado de oficina o de comercio).

El hecho de que el espacio social esté jerarquizado en sus dos dimensiones –por una parte la del volumen del capital global, desde el más importante al menos importante, y por otra, la de la especie de capital dominante a la especie de capital dominado– permite dos formas de desplazamiento que los tradicionales estudios de movilidad confunden, aunque de ninguna manera sean equivalentes y aunque sean muy desigualmente probables: en primer lugar, los *desplazamientos verticales,* ascendentes o descendentes, en el mismo sector vertical del espacio, es decir, en el mismo campo (como el maestro que llega a profesor, el pequeño patrono que llega a gran patrono); después, los *desplazamientos transversales,* que implican el paso de un campo a otro distinto y que pueden realizarse ya sea en el mismo plano horizontal (cuando el maestro, o su hijo, se hacen pequeños comerciantes), ya sea en planos diferentes (como el maestro –o su hijo– que llegan a patrón de industria). Los desplazamientos verticales, que son los más frecuentes, suponen sólo una modificación del volumen de la especie de capital ya dominante en la estructura patrimonial (del capital escolar en el caso del maestro que llega a profesor), y por consiguiente un desplazamiento en la estructura de la distribución del volumen global de capital que toma la forma de un desplazamiento en los límites de un campo específico (campo empresarial, campo escolar, campo administrativo, cam-

po médico, etc.) Por el contrario, los desplazamientos transversales suponen el paso a un campo distinto, y en consecuencia la *reconversión* de una especie de capital en otra especie diferente, o de una sub-especie de capital económico o de capital cultural en otra distinta (por ejemplo, de propiedad agrícola en capital industrial, o de una cultura literaria o histórica en una cultura económica), y, por tanto, una transformación de la estructura patrimonial que es la condición de la salvaguardia del volumen global del capital y del mantenimiento de la posición en la dimensión vertical del espacio social.

La probabilidad de acceder a una fracción determinada de la clase dominante a partir de otra clase cualquiera es tanto más baja, ya se ha visto, cuanto más alto sea el rango que dicha fracción ocupe en la jerarquía de las fracciones según el capital económico (la única discordancia proviene de las profesiones liberales que, pudiendo en muchos casos acumular la transmisión de capital cultural y de capital económico, tienen el porcentaje más elevado de reclutamiento endógeno). De igual modo, los desplazamientos de gran amplitud dentro de la clase, hijos de patronos que se hacen profesores o hijos de profesores que se hacen patronos, son extremadamente raros: así, en 1970, las probabilidades de llegar a ser patrono industrial o comercial son, para un hijo de profesor, del 1,9 %, mientras que las probabilidades de llegar a ser profesor son, para un hijo de patrono industrial, del 0,8 %, y para un hijo de patrono comercial, del 1,5 % (representando, sin duda, las profesiones liberales una especie de punto de pasaje obligado entre los dos polos de la clase dominante); las probabilidades de hacerse artesano o comerciante son del 1,2 % para un hijo de maestro, y las de llegar a ser maestro para un hijo de artesano son del 2,4 %, y del 1,4 % para un hijo de pequeño comerciante (F. C., II, análisis secundario).

Enclasamiento, desclasamiento, reenclasamiento

Las recientes transformaciones de la relación entre las diferentes clases sociales y el sistema de enseñanza, que han tenido como consecuencia la explosión escolar y todos los cambios correlativos del sistema de enseñanza en sí mismos –y también todas las transformaciones de la estructura social que (por lo menos en parte) resultan de la transformación de las relaciones establecidas entre las titulaciones y los puestos– son el resultado de una intensificación de la competencia por las titulaciones académicas a la que ha contribuido mucho, sin duda, el hecho de que las fracciones de la clase dominante (patronos industriales y comerciales) y de las clases medias (artesanos y comerciantes) más ricas en capital económico, para asegurar su reproducción, han tenido que intensificar con gran fuerza la utilización que antes hacían del sistema de enseñanza.

La diferencia entre el capital escolar de los adultos de una clase o de una fracción de clase (medida por el porcentaje de los poseedores de una titulación igual o superior al BEPC) y el porcentaje de escolarización de los correspondientes adolescentes es claramente más marcada en los artesanos, los comerciantes y los industriales que en los empleados y los cuadros medios, siendo la ruptura de la correspondencia que de ordinario se observa en las probabilidades de escolarización de los jóvenes y el patrimonio cultural de los adultos el índice de una profunda transformación de las disposiciones con respecto a la inversión escolar. Mien-

tras que la proporción de los poseedores del BEPC o de una titulación superior es claramente más baja en los pequeños artesanos y en los comerciantes de edades comprendidas entre los 45 y 54 años que en los empleados de oficina (referido a 1962, el 5,7 % frente al 10,1 %), sus hijos, a los 18 años, están escolarizados en las mismas proporciones (el 42,1 % y el 43,3 % respectivamente en 1962). Del mismo modo, los industriales y los grandes comerciantes que tienen un capital escolar más bajo que el de los técnicos y cuadros medios (respectivamente el 20 % y el 28,9 % de los poseedores de una titulación por lo menos equivalente al BEPC) escolarizan a sus hijos en las mismas proporciones (el 65,8 % y el 64,2 % respectivamente). Por lo que se refiere a los agricultores, se ha iniciado el mismo proceso, como lo muestra el muy rápido aumento de los porcentajes de escolarización entre 1962 y 1975 de los niños originarios de esta clase. (Fuentes: M. Praderie, «Héritage social y chances d'ascension", en Darras, *Le partage des bénefices,* París, Ed. de Minuit, 1966, p. 348; INSEE, *Recensement général de la population de 1968, Résultats du sondage au 1/20e pour la France entière, Formation,* París, Imprimerie national, 1971.)

La entrada en la carrera y en la competencia por la titulación académica de fracciones que hasta entonces han utilizado poco la escuela, ha tenido como efecto obligar a las fracciones de clase cuya reproducción estaba asegurada principal o exclusivamente por la escuela, a intensificar sus inversiones para mantener la particularidad relativa de sus titulaciones y, correlativamente, su posición en la estructura de las clases, llegando a ser así la titulación académica y el sistema escolar que la otorga una de las apuestas privilegiadas de una competencia entre las clases que engendra un aumento general y continuo de la demanda de educación y una inflación de las titulaciones académicas[33].

Relacionando el número de poseedores de una titulación cualquiera con el número de jóvenes en edad modal de aprobación de cada uno de los exámenes correspondientes, puede hacerse una *estimación rudimentaria* de la evolución de la particularidad relativa de los poseedores de una titulación: por cada 100 jóvenes de 15 años había 6,8 nuevos titulados de un BEPC, BE o BS en 1936, 7,9 en 1946, 23,6 en 1960, 29,5 en 1965. Por cada 100 jóvenes de 18 años, había 3 bachilleres en 1936, 4,5 en 1946, 12,6 en 1960, 16,1 en 1970. Por cada 100 jóvenes de 23 años, había 1,2 nuevos diplomados de enseñanza superior en 1936, 2 en 1946, 1,5 en 1950, 2,4 en 1960 y 6,6 en 1968.

La comparación de los puestos que ocupan en dos épocas distintas los poseedores de una misma titulación de una idea aproximada de las variaciones en el valor de las titulaciones en el mercado de trabajo. Mientras que los hombres de 15 a 24 años que no tienen ninguna titulación o sólo poseen el CEP ocupan en 1968

[33] A los efectos de la competencia entre los grupos que luchan por el reenclasamiento y contra del desclasamiento que se organiza alrededor de la titulación académica (y, más generalmente, alrededor de cualquier clase de títulos mediante los cuales los grupos afirman y constituyen su particularidad con relación a los otros grupos), es preciso añadir un factor de inflación que se puede llamar *estructural.* El aumento generalizado de la escolarización tiene como efecto el aumento de la masa del capital cultural que, en cada momento, existe en estado incorporado, de manera que, sabiendo que el éxito de la acción escolar y la durabilidad de sus efectos dependen de la importancia del capital cultural directamente transmitido por las familias, se puede suponer que el rendimiento de la acción escolar tiende continuamente a acrecentarse, si todo lo demás, por otra parte, permanece igual. En resumen, el rendimiento de una misma inversión escolar es mayor, lo que contribuye sin duda a producir un efecto inflacionista al hacer accesibles las titulaciones a un mayor número de personas.

posiciones completamente iguales a las que ocupaban sus homólogos en 1962, los titulados con el BEPC que pertenecen a las mismas clases de edad y que, en 1962, ocupaban principalmente posiciones de empleados, en 1968 han visto aumentar sus posibilidades de llegar a ser contramaestres, obreros profesionales o incluso obreros especializados. Mientras que en 1962 los titulados de bachillerato que entraban en la vida activa directamente llegaban en su gran mayoría a ser maestros, en 1968 tenían grandes probabilidades de llegar a ser técnicos, empleados de oficina o incluso obreros. La misma tendencia se observa para los poseedores de una titulación superior al bachillerato con edades entre 25 y 34 años, que tenían en 1968 más probabilidades que en 1962 de llegar a ser maestros o técnicos y claramente menos de llegar a ser cuadros administrativos superiores, ingenieros o miembros de profesiones liberales[34].

Cada 100 jóvenes (varones) de 15 a 24 años, titulados con el BEPC y que ocupaban un empleo en 1962, había 41,7 empleados frente a sólo 36,3 en 1968, y, a la inversa, 5,8 obreros especializados y 2 peones en 1962 frente a 7,9 y 3,8 respectivamente en 1968. Los jóvenes de la misma edad que sólo poseían el título de bachiller tenían muchas menos probabilidades de llegar a ser cuadros medios en 1968 (57,4 %) que en 1962 (73,9 %), y a la inversa, muchas más probabilidades de llegar a ser empleados (19,9 % frente a 8,8 %) o incluso obreros (11 % frente a 6,4 %). En cuanto a los hombres de 25 a 34 años que estaban en posesión de una titulación superior al bachillerato, tenían menos probabilidades de ejercer profesiones superiores en 1968 (68 %) que en 1962 (73,3 %) y en particular menos de ser miembros de profesiones liberales (7,6 % frente a 9,4 % respectivamente); por el contrario, tenían mayores probabilidades de ser maestros (10,4 % frente a 7,5 %) o técnicos (5,4 % frente a 3,7 %). Por lo que respecta a las jóvenes, se observan fenómenos análogos, pero ligeramente atenuados. Para ellas la titulación que ha sufrido una mayor devaluación ha sido la de bachiller: en 1968 una joven de 15 a 24 años con título de bachiller, siempre que trabajase, tenía más probabilidades de llegar a ser empleada que en 1962 (23,7 % frente a 12 %) y menos de llegar a ser maestra (50 % frente a 71,7 %).

Si tenemos en mente que el volumen de los puestos correspondientes puede haber variado también en el mismo intervalo, es posible considerar que una titulación tiene todas las posibilidades de haber sufrido una devaluación ya que el aumento del número de poseedores de titulaciones académicas es más rápido que el aumento del número de puestos a los que esas titulaciones conducían al principio del período considerado. Todo parece indicar que el bachillerato y las titulaciones inferiores han sido las más afectadas por la devaluación: en efecto, entre los hombres activos, el número de los titulados con el BEPC o con bachillerato (con exclusión de un diploma de enseñanza superior) ha aumentado en un 97 % entre 1954 y 1968, mientras que el número de empleados y cuadros medios no ha aumentado en el mismo tiempo más que en un 41 %; del mismo modo, el número de los poseedores de una titulación superior al bachillerato, entre los hombres, ha aumentado en un 85 %, mientras que el número de cuadros superiores y miembros de profesiones liberales no ha aumentado más que en un 68 % en el período considerado (el conjunto de las profesiones superiores ha aumentado en un 49 %).

---

[34] Véase C. Delcourt, "Les jeunes dans la vie active", *Economie et statistique,* n.º 18, diciembre 1970, pp. 3-5.

Sin duda la diferencia es más fuerte de lo que las cifras muestran; en efecto, la proporción de los que poseen los medios para resistir a la devaluación, y en particular los que poseen un capital social vinculado a un origen social elevado, aumenta a medida que se llega más alto dentro de la jerarquía de las titulaciones.

A lo cual hay que añadir una devaluación más encubierta que es la que resulta del hecho de que las posiciones (y las titulaciones que a ellas conducen) pueden haber experimentado pérdidas en su valor distintivo, aunque el número de puestos haya aumentado en la misma proporción que las titulaciones que al principio del período considerado daban paso a estos puestos, y por esta misma razón: es el caso, por ejemplo, de la posición de profesor que ha perdido su rareza en todos los niveles.

El rapidísimo aumento que ha conocido la escolarización de las chicas tiene bastante que ver con la devaluación de las titulaciones académicas. Y esto tanto más cuanto que la transformación de las representaciones de la división del trabajo entre los sexos (que el aumento del acceso de las jóvenes a la enseñanza superior ha contribuido mucho, sin duda, a determinar) ha sido acompañada de un aumento de la proporción de mujeres que lanzan al mercado de trabajo unas titulaciones hasta entonces parcialmente mantenidas en reserva (y "situadas" sólo en el mercado matrimonial); aumento que resulta tanto más marcado cuanto más elevada es la titulación poseída: así es como la proporción de mujeres de 25 a 34 años, poseedoras de una titulación superior a la de bachiller, que ejercen una profesión ha pasado del 67,9 % en 1962 al 77,5 % en 1968 y alcanzaba cerca del 85 % en 1975.

De paso esto supone decir que por el hecho de que toda segregación (según el sexo o según cualquier otro criterio) contribuye a frenar la devaluación por un efecto de *numerus clausus*, toda integración tiende a restituir su plena eficacia a los mecanismos de devaluación (lo que hace que, como lo ha puesto de relieve un estudio norteamericano sobre los efectos económicos de la integración racial, son los que menos titulaciones han conseguido los que experimentan más directamente los efectos).

Puede adelantarse, sin que ello resulte una paradoja, que las principales víctimas de la devaluación de las titulaciones académicas son aquellos que entran

Tabla 10—**Porcentaje de actividad de las mujeres entre los 25 y los 34 años según las titulaciones en 1962 y 1968**

	CEP	CAP	BEPC	bachiller	> bachiller
1962	43,8	59,7	59,8	67,1	67,9
1968	46,3	60,6	63,5	74,3	77,5

Fuente: INSEE, *Recensement général de la population de 1968. Résultats du sondage au 1/20ème pour la France entière. Formation.* París. Imprimerie nationale, 1971 (no ha sido posible aislar a las mujeres que no tienen titulación alguna).

en el mercado de trabajo sin poseer ninguna de ellas. En efecto, la devaluación de las titulaciones se acompaña de la progresiva extensión del monopolio de los poseedores de las mismas sobre unas posiciones hasta entonces abiertas a los no titulados, lo que tiene como efecto el limitar la devaluación de las titulaciones al limitar la competencia, pero al precio de una restricción de las posibilidades de carrera que se ofrecen a los no titulados (es decir, "por la puerta pequeña") y de un fortalecimiento de la predeterminación escolar de las posibilidades de trayectoria profesional. Entre los cuadros administrativos medios (hombres entre 25 y 34 años), sólo existía en 1975 un 43,1 % que no tenían ninguna titulación de enseñanza general o sólo tenían el CEP, frente al 56 % en 1962; para los cuadros administrativos superiores las proporciones eran respectivamente del 25,5 % y 33 %, y para los ingenieros, del 12 % y 17,4 %. Por el contrario, la proporción de los poseedores de una titulación de enseñanza superior pasaba entre 1962 y 1975 del 7,4 % al 13,8 % para los cuadros administrativos medios, del 32,2 % al 40,1 % para los cuadros administrativos superiores, y del 68 % al 73,4 % para los ingenieros. De aquí se desprende, para algunos sectores del espacio social y en especial para la función pública, una disminución de la dispersión de los poseedores de las mismas titulaciones entre puestos diferentes y de la dispersión según la titulación académica de los ocupantes de un mismo puesto, o lo que es lo mismo, un fortalecimiento de la dependencia entre la titulación académica y el puesto ocupado.

Se ve que el mercado de los puestos ofertados a la titulación académica no ha cesado de aumentar, en detrimento, por supuesto, de los no titulados. La generalización del reconocimiento otorgado a la titulación académica tiene como resultado, sin lugar a dudas, la unificación del sistema oficial de los títulos y cualidades que dan derecho a la ocupación de unas posiciones sociales, y la reducción de los efectos de aislamiento, vinculados con la existencia de espacios sociales dotados de sus propios principios de jerarquización: sin que por ello la titulación académica llegue nunca a imponerse por completo, al menos fuera de los límites del sistema escolar, como el patrón único y universal del valor de los agentes económicos.

Fuera del mercado propiamente escolar, la titulación vale lo que vale económica y socialmente su poseedor, siendo el rendimiento del capital escolar función del capital económico y social que puede ser dedicado a su valorización. De manera general, los cuadros tienen tantas más probabilidades de acceder a las funciones de dirección en lugar de a las de producción, fabricación, mantenimiento, cuanto más alto es su origen social: el análisis secundario que hemos realizado de la encuesta efectuada por el INSEE en 1964 sobre la movilidad profesional demuestra que el 41,7 % de los hijos de miembros de profesiones liberales y el 38,9 % de los hijos de profesores que son ingenieros, cuadros administrativos superiores o medios, o técnicos en las empresas, ocupan puestos administrativos y de dirección general frente al 25,7 % del conjunto. Por el contrario, el 47,9 % de los hijos de obreros cualificados, el 43,8 % de los hijos de contramaestres y el 41,1 % de los hijos de técnicos cumplen funciones de producción, fabricación o mantenimiento frente al 29,7 % del conjunto. Se sabe también que los cuadros superiores originarios de familias de empleados recibían en 1962 un salario anual medio de 18.027 francos frente a 29.470 francos para los hijos de industriales o de grandes comerciantes; los ingenieros hijos de asalariados agrícolas y de los agricultores autónomos recibían 20.227 francos frente a 31.388 francos para los hijos de industriales y grandes comerciantes.

La transformación de la distribución de los puestos entre los poseedores de titulaciones que se produce automáticamente por el aumento del número de titulados hace que, en cada momento, una parte de los poseedores de las titulaciones –y en primer lugar, sin duda alguna, aquellos que están más desprovistos de medios heredados para hacer valer sus titulaciones– sea víctima de la devaluación. Las estrategias con las que los más expuestos a la devaluación se esfuerzan por luchar a corto plazo (en el curso de su propia carrera) o a largo plazo (mediante estrategias de escolarización de sus hijos) contra esta devaluación constituyen uno de los factores determinantes del aumento de las titulaciones distribuidas, factor que a su vez contribuye a la devaluación. La dialéctica de la devaluación y de la recuperación tiende así a alimentarse a sí misma.

Estrategias de reconversión y transformaciones morfológicas

Las estrategias a las que recurren los individuos y las familias para salvaguardar o mejorar su posición en el espacio social se manifiestan en unas transformaciones que afectan inseparablemente al *volumen* de las diferentes fracciones de clase y a su *estructura patrimonial.*

Para dar una idea aproximada de estas transformaciones, se ha construido una tabla que permite relacionar unos índices de la evolución del volumen de las diferentes fracciones con unos indicadores (por desgracia muy imperfectos) del volumen y de la estructura del capital que dichas fracciones poseen. No habiéndose podido establecer, como se habría deseado, la evolución por categorías afinadas del importe de los ingresos, por una parte, y de la estructura de los mismos, por otra, para el período 1954-1975 (lo que nos ha llevado a reproducir una tabla –12– que presenta esta evolución mediante categorías más imprecisas para el período 1954-1968), se ha indicado, además de la distribución por procedencias de los ingresos, el total de los ingresos declarados a los servicios fiscales, fuente explotada por el INSEE, aun sabiendo que están subestimados en proporciones muy variables: según A. Villeneuve –"Les revenus primaires des ménages en 1975", *Economie et statistique,* 103, sept. 1978, p. 61– habría que multiplicar por 1,1 los salarios y las remuneraciones, por 3,6 los beneficios agrícolas, por 2,9 las rentas de capitales mobiliarios, etc.; como puede verse, basta con aplicar estas correcciones para situar en su verdadero sitio a las profesiones independientes y en particular a los agricultores y artesanos o a los pequeños comerciantes. Las categorías más ricas (relativamente) en capital económico (tal como puede captarse a través de indicadores de la posesión de valores mobiliarios, propiedades rurales o urbanas, etc.) tienden a sufrir una fortísima regresión como lo muestran la disminución de su volumen (es el caso de los agricultores, artesanos y de los comerciantes e industriales) y el hecho de que la proporción de jóvenes disminuya en ellas o aumente más despacio que en otros casos (el hecho de que la evolución de los 25-34 años sea en los pequeños comerciantes y artesanos igual o ligeramente superior a la del conjunto de la categoría puede explicarse por la llegada de comerciantes y artesanos de un estilo nuevo). Una parte del aumento aparente del capital escolar (y también del económico) en estas categorías se debe, sin duda, al hecho de que el éxodo que ha originado su decadencia numérica les ha afectado sobre todo en sus capas inferiores. Al contrario que las fracciones precedentes, las fracciones ricas en capital cultural (medido, por ejemplo, por el porcentaje de posee-

Tabla 11—**Evolución morfológica y estructura patrimonial de las diferentes clases y fracciones de clase (1954-1975)**

	Volumen en 1975	Proporción de hombres en 1975 (%)	Indice de evolución Base 100 en 1954: Conjunto		Indice de evolución Base 100 en 1954: de 20 a 34 años		Evolución del capital escolar. Porcentaje de titulados: en 1962			Evolución del capital escolar. Porcentaje de titulados: en 1975			Capital económico: Ingresos medios por familia (en francos) en 1975	Capital económico: Porcentaje de familias poseedoras de (en 1970)			
			conjunto	sólo hombres	conjunto	sólo hombres	BEPC	Bachillerato	dipl. facultad o gran escuela	BEPC	Bachillerato	dipl. facultad o gran escuela		salarios y remuneraciones	beneficios indust. y comerc.	rentas propiedades urbanas	valores inmobiliarios
asalariados agrícolas	375 480	88,4	32	33	27	27	0,5	0,2	0,1	2,7	0,6	0,3	27 740	86,0	1,5	0,8	6,3
agricultores autónomos	1 650 865	65,7	42	46	26	31	0.9	0,5	0,2	3,5	0,9	0,6	22 061	19,3	5,3	6,4	16,5
peonaje	1 612 725	61,9	143	115	146	108	0,4	0,1	-	2,9	0,7	0,4	27 027	93,4	1,3	2,3	3,3
obreros especializados	2 946 860	73,2	162	167	185	186	1,0	0,2	0,1	3,5	0,5	0,2	35 515	97,7	2,2	2,4	3,6
obreros cualificados	2 985 865	86,5	112	126	120	128	2,1	0,5	0,1	5,5	0,7	0,3	39 527	98,2	2,2	2,7	3,6
contramaestres	443 305	94,1					6,0	1,7	0,5	10,4	2,5	1,1	56 692	99,5	1,4	4,1	6,7
empleados para oficina	3 104 105	35,0	191	141	218	168	11,5	2,9	1,2	19,6	5,3	2,6	42 785	98,8	2,1	5,1	8,6
empleados de comercio	736 595	40,6	167	138	183	158	6,5	3,6	1,3	13,4	5,2	2,2	46 196	97,5	3,4	8,9	9,5
artesanos	533 635	88,1	71	77	81	88	2,8	1.0	0,5	6,1	1,8	1,3	50 335	34,1	96,9	12,9	14,2
pequeños comerciantes	912 695	51,8	73	78	73	81	4,7	2.4	0,9	9,3	3,7	2,3	60 160	24,3	93,2	20,2	19,2
técnicos	758 890	85,6	39,3	36,7	417	374	16,3	7.0	2,7	25,8	9,6	6,0	59 003	98,5	2,4	5,8	8,7
servicios médico-sociales	298 455	21,0	269	261	345	340	9,7	7,7	6,1	17,7	18,1	20,3	53 450	84,2	–	10,0	12,4
maestros	737 420	36,5					10,0	55,0	14,5	11,3	39,4	29,4	54 013	84,2	–	10,0	12,4
industriales	59 845	86,5	66	71	66	65	8,5	6,7	7,5	12,9	6,1	6,3	132 594	83,0	26,0	34,7	40,0
grandes comerciantes	186 915	69,2	103	100	98	95	9,0	7,3	5,7	14,6	9,1	6,3	132 435	64,0	47,5	29,7	30,2
cuadros admvos. superiores	653 755	83,9	236	217	293	254	15,5	18,9	25,5	19,3	16,2	32,0	107 342	99,6	3,6	15,2	27,7
ingenieros	256 290	95,6	338	305	272	263	7,3	9,0	59,8	10,0	18,1	63,2	105 989	98,7	3,1	15,5	30,4
profesores	377 215	53,0	469	402	612	517	2,7	10,8	71,4	3,6	8,4	77,7	87 795	97,6	2,1	10,4	21,0
profesiones liberales	172 025	77,8	143	130	145	137	4,5	10,3	65,1	4,2	6,2	79,9	150 108	41,0	17,5	30,3	40,6

Fuentes: INSEE, Censos de 1954, 1962, 1968 y 1975; para la evolución del capital escolar: INSEE, *Recensement général de la population de 1968: resultats du sondage au 1/20ème pour la France entière. Formation*, París, Impr. nationale 1971 (este fascículo presenta también los datos sobre formación para el censo de 1962); e INSEE, Censo de 1975, Tabla de población total de más de 16 años por categoría socio-profesional, edad, sexo, diploma de enseñanza general. (Datos comunicados por L. Thévenot); para los ingresos: INSEE, *Enquêtes revenus* 1975 y 1970. (Datos comunicados por A. Villeneuve para la encuesta de 1975 y P. Ghigliazza para la encuesta de 1970).

Tabla 12—**Evolución morfológica y estructura patrimonial de las diferentes clases y fracciones de clase (1954-1968)**

	Volumen de la categoría (1968)		Indice de evolución de la categoría (base 100 en 1954)		Porc. de evolución de los menores de 35 años (base 100 en 1962) (1)	Capital escolar Porc. de titulados (hombres) en 1968			Importe de los ingresos (en 1965) Ingresos primarios (2)	Patrimonio medio por familia (1-1-1966) (3)	Porcentaje de familias poseedoras de				Estructura de los ingresos (1965)				Evolución de la estructura de los ingresos			
	Conjunto (1)	Hombres sólo (1)	Conjunto (1)	Hombres sólo (1)		BEPC (1)	Bachillerato (1)	Dipl. ens. super. (1)			Valores mobiliarios (4) 1965	Propiedades urbanas (4) 1965	Efectos comerciales (5) 1966	Bienes inmobiliarios (5) 1966	Ingresos trabajo (2)	Transferencias (2)	Rentas empresariales (2)	Rentas de capital (2)	Remuneraciones, pensiones (4) 1956	Remuneraciones, pensiones (4) 1965	Propiedades rurales, urbanas y valores mobiliarios (4) 1956	Propiedades rurales, urbanas y valores mobiliarios (4) 1965
asalariados agrícolas	588 200	527 200	51	54	67	1,0	0,4	0,2	9 859 F		10,2	2,3			59,5	29,8	9,2	1,5	96,7	95,9	1,4	1,8
agricultores autónomos	2 459 840	1 527 780	62	65	72	1,6	0,7	0,4	23 854 F		27,6	5,2			6,9	10,9	78,5	3,7	23,8	23,5	16,4	9,9
obreros	7 698 600	6 128 840	119	123	116	2,3	0,4	0,2	14 811 F	35 000 F	4,8	2,9	3,2	39	66,7	27,9	4,6	0,8	98,0	97,5	0,8	0,8
empleados	3 029 900	1 188 300	146	121	133	14,0	3,7	1,5	16 149 F	46 000 F	11,8	6,0	6,6	40,8	69,6	23,2	5,4	1,8	95,9	95,9	2,6	2,1
cuadros medios	2 014 000	1 197 360	177	168	151	19,0	16,5	7,7	26 887 F	92 000 F	14,0	8,1	8,5	50,3	73,1	18,5	6,8	1,8	91,6	94,4	4,9	2,1
artesanos	622 800	532 340	85	88	109	4,1	1,5	1,0														
pequeños comerciantes	1 028 160	515 440	81	85	107	6,7	2,8	1,4														
grandes comerciantes	213 500	143 840	116	110	148	14,1	8,0	5,2														
industriales	79 160	68 940	93	93	98	10,8	6,1	7,5														
conjunto de patronos industriales y comerc.	1 943 620	1 360 560	86	96	110	6,4	3,0	1,9	45 851 F		28,6	20,7			7,1	6,4	79,2	7,3	12,9	16,4	7,0	6,7
profesiones liberales	142 520	114 920	119	112	122	5,1	6,3	76,8	58 021 F						56,5	9,6	28,9	5,0	71,8	73,0	9,4	6,0
cuadros superiores	840 280	691 680	196	183	144	12,6	13,3	45,0		214 000 F	38,2	18,9	33,1	66,3								

Fuentes: 1) INSEE, *Recensements;* 2) H. Roze, «Prestations sociales, impôt direct et échelle des revenus», *Economie et statistique,* febrero 1971; 3) P. L'Hardy, «Les disparités du patrimoine», *Economie et statistique,* febrero 1973; 4) G. Banderier, «Les revenus des ménages en 1965», *Collections de l'INSEE,* M 7, diciembre 1970; 5) P. L'Hardy, «Structure de l'épargne et du patrimoine des ménages en 1966», *Collections de l'INSEE,* M 13, marzo 1972.

dores del BEPC, del bachillerato o de una titulación de estudios superiores) han conocido un aumento muy fuerte que implica un rejuvenecimiento y que con mayor frecuencia se manifiesta en una fuerte feminización y en una elevación de los porcentajes de titulados (siendo las categorías más típicas en este proceso las de los empleados de oficina y comercio, técnicos, cuadros medios y superiores, maestros y sobre todo profesores, en los que los distintos procesos vinculados entre sí son excepcionalmente intensos y muy particularmente en la generación más joven –a diferencia de los ingenieros, en los que el proceso parece haberse detenido, siendo el porcentaje de crecimiento más bajo para la generación más joven que para el conjunto). Otra característica notable es la estabilidad relativa de las profesiones liberales que, al precio de una deliberada política de *numerus clausus,* han podido limitar su crecimiento numérico así como la feminización de las mismas (habiendo permanecido ambos más débiles que en las profesiones superiores con fuerte capital escolar) y escapar gracias a ello a la pérdida de singularidad y sobre todo a la redefinición más o menos crítica del puesto que lleva a la multiplicación de los titulares y, todavía más, a la existencia de un excedente de poseedores de títulos en relación con los puestos.

Las modificaciones en las estrategias de reproducción que se encuentran en la base de los cambios morfológicos se hacen notar, por una parte, en el aumento de la proporción de salarios en los ingresos de las categorías denominadas independientes, y, por otra, en la diversificación de los activos y de las inversiones de los cuadros superiores, que tienden a conservar su capital tanto en especie económica como en especie cultural, contrariamente a los patronos, poseedores sobre todo de capital económico. La proporción de salarios, remuneraciones y pensiones en los ingresos de los patronos pasa del 12,9 % en 1956 al 16,4 % en 1965; en 1975, al haberse modificado los reagrupamientos, se sabe que representa el 19,2 % de los ingresos de los artesanos y pequeños comerciantes y el 31,8 % de los industriales y grandes comerciantes. (En los agricultores autónomos, por el contrario, ha permanecido más o menos constante: el 23,8 % en 1956, el 23,5 % en 1965 y el 24,8 % en 1975.) Por otra parte se sabe que en 1965 la proporción en los recursos de las rentas correspondientes a propiedades territoriales urbanas o rurales y de las del capital mobiliario es más alta en los cuadros superiores del sector privado (5,9 %) que en los cuadros superiores del sector público (2,7 %). (Datos comunicados por A. Villeneuve.)

La reconversión del capital económico en capital escolar es una de las estrategias que permiten a la burguesía industrial y comercial mantener la posición de una parte o de la totalidad de sus herederos, al permitirle apropiarse de una parte de los beneficios de las empresas industriales y comerciales bajo forma de salarios, modo de apropiación mejor disimulado –y sin lugar a dudas más seguro– que la renta. Así es como, entre 1954 y 1975, la proporción relativa de industriales y grandes comerciantes disminuye de forma brutal mientras que se acrecienta muchísimo la proporción de asalariados que deben su posición a sus titulaciones académicas, cuadros, ingenieros, profesores e intelectuales (pero que, igual que los cuadros del sector privado, pueden obtener gracias a sus acciones una parte importante de sus recursos) (véase tabla 13). De igual modo, la desaparición de muchas pequeñas empresas comerciales o artesanales encubre el trabajo de reconversión, más o menos logrado, que realizan unos agentes individuales, según lógicas que dependen en cada caso de su situación singular y que tienen como resultado una transformación del peso de las diferentes fracciones de la clase media (véase tabla 14): también aquí, la proporción de pequeños comerciantes y artesanos, así como

la de agricultores, experimenta una marcada caída, mientras que aumenta la proporción de maestros, técnicos o personal de los servicios médico-sociales. Además, la relativa estabilidad morfológica de un grupo profesional puede encubrir una transformación de su estructura, resultante de la *reconversión en la misma posición* de los agentes presentes en el grupo al comienzo del período (o de sus hijos) y/o de su sustitución por agentes originarios de otros grupos. Así, por ejemplo, la relativamente débil disminución del volumen global de la categoría de los comerciantes, poseedores en su gran mayoría (93 %) de pequeñas empresas individuales, que en parte han debido al aumento del consumo doméstico el poder resistir a la crisis, oculta una transformación de la estructura de esta profesión: el estancamiento o la disminución de los pequeños comercios de alimentación –particularmente afectados por la competencia de los supermercados– o del vestido están casi compensados por un aumento del comercio del automóvil y del relacionado con el mueble y la decoración domésticos, y sobre todo con el comercio deportivo, del ocio y de la cultura (librerías, tiendas de discos, etc.), y de las farmacias. Es posible suponer que incluso dentro del campo de la alimentación, la evolución que las cifras indican enmascara unas transformaciones que conducen a una progresiva redefinición de la profesión, pudiendo coexistir el cierre de tiendas de alimentación general, las más fuertemente afectadas por la crisis, y de panaderías situadas en zonas rurales, con la apertura de *boutiques* de dietética, de productos naturales de las distintas regiones, de alimentos biológicos o de panaderías especializadas en la fabricación artesana del pan. Estas transformaciones de la naturaleza de las empresas comerciales –que son correlativas con las transformaciones, en el mismo período, de la estructura del consumo doméstico, que a su vez está en correlación con el incremento de los ingresos y sobre todo, quizá, con el aumento del capital cultural ocasionado por la traslación de la estructura de las oportunidades de acceso al sistema de enseñanza– están vinculadas por una relación dialéctica con una elevación del capital cultural de los propietarios o de los directivos. Todo hace pensar que la categoría de los artesanos ha experimentado unas transformaciones internas más o menos parecidas a las experimentadas por los comerciantes, al compensar la decadencia de las capas más desfavorecidas del artesanado tradicional el impulso experimentado por el artesanado de lujo y el artesanado artístico, que exigen la posesión de un patrimonio económico pero también la de un capital cultural. Se comprende que la disminución del volumen de estas categorías medias se vea acompañada de una elevación del capital cultural medido por el nivel de instrucción.

Artesanos o comerciantes de lujo, culturales o artísticos, gerentes de "*boutiques*" de confección, revendedores de prendas a las que se les ha quitado la etiqueta de marca, vendedores de vestidos y joyas exóticas u objetos rústicos, de discos; anticuarios, decoradores, propietarios de *boutiques* de objetos "diseño", fotógrafos, o incluso dueños de restaurantes o patronos de "tabernas" a la moda, "alfareros" provenzales y libreros de vanguardia afanados en prolongar más allá del tiempo de los estudios el estado de indistinción entre el ocio y el trabajo, el militantismo y el "diletantismo", característico de la condición de estudiante, vendedores todos ellos de bienes o servicios culturales, encuentran en unas profesiones ambiguas a la medida de sus deseos, en las que el éxito depende por lo menos tanto de la distinción sutilmente desenvuelta del vendedor y de sus productos como de la naturaleza y calidad de las mercancías, un medio de obtener el mejor rendimiento para un capital cultural donde la competencia técnica cuenta menos que la familia-

Tabla 13—Cambios morfológicos en el seno de la clase dominante

	Estructura (%)				Porcentaje anual de variación (%)			Proporción de mujeres (%)			
	1954	1962	1968	1975	1954 1962	1962 1968	1968 1975	1954	1962	1968	1975
grandes comerciantes	22,0	17,0	16,4	11,0	-1,5	0,0	-4,2	29,2	30,2	32,9	30,8
miembros de profesiones liberales	11.0	7,9	6,3	3,5	-0,6	3,3	-1,7	14,9	14,2	1,7	13,5
cuadros admvos. sup.	14.6	12,3	10,8	10,1	0,5	2,0	2,9	15,6	17,3	19,3	22,2
ingenieros	33,5	37,0	35,3	38,3	3,9	3,1	5,3	8,6	11,1	13,4	17,1
profesores	9,2	13,5	14,5	15,0	7,8	5,1	4,7	2,1	3,2	3,4	4,4
profesiones literarias y científicas	9,7	12,3	16,6	22,1	5,7	9,3	8,5	39,9	43,0	44,7	47,0

Tabla 14—Cambios morfológicos en el seno de la clase media

	Estructura (%)				Porcentaje anual de variación (%)			Proporción de mujeres (%)			
	1954	1962	1968	1975	1954 1962	1962 1968	1968 1975	1954	1962	1968	1975
artesanos	14.6	11.2	9.3	16.6	-2.1	-0.5	-2.1	18.3	16,0	14.7	11,9
pequeños comerciantes	24.1	20.0	15.4	11.3	-1.2	-1.7	-1.7	51.7	51.3	50.2	48.2
empleados de comercio	8.5	9.0	9.4	9.1	1.9	3.4	2.4	52.0	57.0	57.7	59,4
empleados de oficina	31.3	33.2	35.7	38.5	1.9	3.9	3.0	53.0	59.4	61.9	65,0
cuadros admvos. medios	10.2	11.0	11.1	12.0	2.0	2.8	3.9	24.6	31,9	34,9	44.9
maestros	7.4*	7.4	8.4	9.1	4.1*	4,9	4,0	68,3*	65,1	62,7	63,5
técnicos	3.7	6.1	8.0	9.4	7.5	7.5	5.2	7,1	7,9	11.3	14.4
miembros de los servicios médico-sociales	1.9	2.6	3.7		7.8	8,1		84,8	83,2	79,0	

* Comprendiendo en ellos los miembros de los servicios médico-sociales

Fuente: L. Thévenot, «Las catégories sociales en 1975: l'extension du salariat», *Economie et statistique*, 91, julio-agosto 1977, pp. 4-5. Los datos de esta tabla proceden de un análisis exhaustivo de los censos de 1954 y 1962, del sondeo al 25% de la población realizado en 1968 y del sondeo al 20% de la misma realizado en 1975. Constituyen los más precisos datos comerciales de que se puede disponer sobre este período.

Se sabe que entre 1954 y 1975 la estructura de la población activa se ha modificado notablemente: mientras que el porcentaje de agricultores en general, autónomos y asalariados, pasaba del 26,7% al 9,3% y el porcentaje de obreros aumentaba muy ligeramente (del 33,8% al 37,7%), el conjunto de la clase media conocía un alto porcentaje de incremento (pasando del 27% al 37% de la población activa) debido —como lo muestra la tabla 14— al aumento de la población asalariada en este sector, y la clase dominante veía pasar sus efectivos del 4,3% al 7,8%.

ridad con la cultura de la clase dominante y el dominio de los signos y emblemas de la distinción y del gusto. Todos estos rasgos predisponen a este nuevo tipo de artesanado y de comercio con una fuerte inversión cultural, que permite rentabilizar la herencia cultural transmitida directamente por la familia, a servir de refugio a los hijos de la clase dominante eliminados por la Escuela.

Tiempo para comprender

Entre los efectos más importantes del proceso de inflación de las titulaciones académicas y de la correlativa devaluación que, poco a poco, ha forzado a todas las clases y fracciones de clase, comenzando por las más grandes usufructuarias de la escuela, a intensificar sin descanso su utilización de la misma y a contribuir así por su parte a la superproducción de titulaciones, el principal es, sin duda alguna, el conjunto de estrategias que los poseedores de titulaciones devaluadas han elaborado para mantener su posición heredada o para obtener de sus titulaciones el equivalente real de aquello que garantizaban en un estado anterior de la relación entre las titulaciones y los puestos.

Al saber que lo que garantiza la titulación académica, más próxima en esto al título de nobleza que a esa especie de título de propiedad que de la misma hacen las definiciones estrictamente técnicas, es infinitamente más, y algo distinto, en la experiencia social, que el derecho a ocupar una posición y la capacidad para desempeñarla, es fácil imaginar que los poseedores de titulaciones devaluadas sean poco dados a darse cuenta (cosa siempre difícil) –y a confesárselo a sí mismos– de la devaluación de aquéllas con las que se sienten fuertemente identificados, tanto objetivamente (puesto que en gran medida son constitutivos de su *identidad social*) como subjetivamente. Pero la preocupación por salvaguardar la estima de sí mismo que lleva a asirse al *valor nominal* de los títulos y de los puestos no llegaría a sostener e imponer el desconocimiento de esta devaluación si no encontrara la complicidad de mecanismos objetivos, entre los cuales los más importantes son la histéresis de los *habitus,* que lleva a aplicar al nuevo estado del mercado de las titulaciones unas categorías de percepción y apreciación que corresponden a un estado anterior de las posibilidades objetivas de evaluación, y la existencia de unos mercados relativamente autónomos en los que el debilitamiento del valor de las titulaciones académicas se opera a un ritmo más lento.

El efecto de histéresis es tanto más marcado cuanto mayor es la distancia con el sistema escolar y tanto más débil o más abstracta es la información sobre el mercado de las titulaciones académicas. Entre las informaciones constitutivas del capital cultural heredado, una de las que más valor tienen es el conocimiento práctico o intelectual de las fluctuaciones del mercado de las titulaciones académicas, el *sentido de la inversión* que permite obtener el mejor rendimiento del capital cultural heredado en el mercado escolar o del capital escolar en el mercado laboral, sabiendo, por ejemplo, abandonar a tiempo las vías o carreras devaluadas para orientarse hacia vías o carreras de porvenir, en lugar de aferrarse a los valores escolares que procuraban los más altos beneficios en un estado anterior del mercado. La histéresis de las categorías de percepción y apreciación hace, por el contrario, que los poseedores de titulaciones devaluadas de alguna manera se hagan cómplices de su propia mistificación puesto que, mediante un efecto típico de

alodoxia, conceden a las titulaciones devaluadas que les otorgaron, un valor que no les es reconocido objetivamente: así se explica que los más desprovistos de información sobre el mercado de las titulaciones, que desde hace mucho tiempo saben reconocer el debilitamiento del salario real que hay detrás del mantenimiento del salario nominal, puedan continuar aceptando y buscando el "papel moneda" académico que reciben en pago de sus años de estudios (y ello aunque sean los primeros afectados, al estar faltos de capital social, por la devaluación de las titulaciones).

El apego a una antigua representación del valor de titulación que la histéresis del *habitus* favorece sin duda, contribuye a la existencia de mercados donde las titulaciones pueden escapar (por lo menos en apariencia) a la devaluación; en efecto, el valor objetiva o subjetivamente vinculado a una titulación académica sólo se define dentro de la totalidad de los usos sociales que de ella puede hacerse. Así es como la evaluación de las titulaciones que se efectúa en los grupos de interconocimientos más directamente vividos, como el conjunto de parientes, de vecinos, de condiscípulos (la "promoción"), de colegas, puede contribuir a enmascarar bastante los efectos de la devaluación. Todos estos efectos de desconocimiento individual y colectivo no tienen nada de ilusorios puesto que pueden orientar de manera real las prácticas y, en particular, las estrategias individuales y colectivas que intentan afirmar o restablecer en la objetividad el valor subjetivamente atribuido a la titulación o al puesto y que pueden también contribuir a determinar la revalorización real de ambos.

Conociendo que en las transacciones en las que se define el valor de mercado de la titulación académica, la fuerza de los vendedores de la fuerza de trabajo depende, si se deja de lado su capital social, del valor de sus titulaciones escolares y ello tanto más estrechamente cuanto más rigurosamente codificada esté la relación entre la titulación y el puesto (lo que ocurre en las posiciones establecidas, por oposición a las nuevas posiciones), se ve que la devaluación de las titulaciones académicas sirve directamente los intereses de los poseedores de puestos: si los poseedores de titulaciones están totalmente a favor del valor nominal de las mismas –esto es, de lo que por derecho éstas garantizaban en el estado anterior–, los poseedores de puestos están totalmente a favor del valor real, el que se determina en el momento considerado en la competencia entre los titulados (los efectos de esta especie de descalificación estructural vienen a añadirse a todas las estrategias de descualificación elaboradas por las empresas desde hace mucho tiempo). En esta lucha tanto más desigual cuanto menos valor relativo tiene una titulación en la jerarquía de las titulaciones y más devaluada esté, puede ocurrir que el poseedor de alguna titulación no tenga otro recurso, para defender el valor de la suya, que el de rehusar vender su fuerza de trabajo al precio que se le ofrece; la opción de permanecer en paro reviste entonces el sentido de una huelga (individual)[35].

[35] El estudio de la evolución de las demandas y de las ofertas de empleo permite hacerse una idea, sin duda completamente parcial e imperfecta, del desajuste entre las aspiraciones de los agentes y los empleos que de manera efectiva les proponen: se observa así que desde septiembre de 1958 a septiembre de 1967, el número de solicitantes de empleo con edades menores de 18 años se había casi triplicado mientras que el número de ofertas de empleo permanecía estacionario; el desajuste es particularmente importante en lo que concierne a los empleos de oficina y asimilados, que son los más buscados: las demandas con respecto a estos empleos representan el 30,2 % del conjunto de las demandas, mientras que las ofertas correspondientes no representan más que el 3,3 % del conjunto de las

El desajuste entre las aspiraciones que el sistema de enseñanza produce y las oportunidades que realmente ofrece, en una fase de inflación de las titulaciones, es un hecho estructural que afecta, en diferentes grados según la singularidad de las mismas y según el origen social, al conjunto de los miembros de una generación escolar. Las clases recientemente llegadas a la enseñanza secundaria están expuestas a esperar de ella, por el sólo hecho de haber tenido acceso a la misma, lo que proporcionaba en el tiempo en que estaban prácticamente excluidas de dicha enseñanza. Estas aspiraciones que, en otros tiempos y para otro público, eran perfectamente realistas, puesto que se correspondían con unas posibilidades objetivas, son frecuentemente desmentidas, con mayor o menor rapidez, por los veredictos del mercado escolar o del mercado laboral. La menor paradoja de lo que se denomina la "democratización escolar" no es que habrá sido preciso que las clases populares, que hasta entonces no pensaban demasiado en la ideología de la "escuela liberadora" o la aceptaban sin saber lo que era, pasen por la enseñanza secundaria para descubrir, mediante la relegación y la eliminación, a la escuela conservadora. La desilusión colectiva que resulta del desajuste estructural entre las aspiraciones y las oportunidades –entre la identidad social que el sistema de enseñanza parece prometer y la que propone a título provisional y la identidad social que realmente ofrece, al salir de la escuela, el mercado de trabajo– se encuentra en la base de la desafección con respecto al trabajo y de las manifestaciones del *rechazo de la finitud social,* que está en la raíz de todas las fugas y de todos los rechazos constitutivos de la "contra-cultura" adolescente. Sin duda esta discordancia –y el desencanto que en ella se engendra– reviste formas objetiva y subjetivamente distintas según las clases sociales. Así es como, para los hijos de la clase obrera, el paso por la enseñanza secundaria y por el ambiguo estatus de "estudiante" provisionalmente liberado de las necesidades del mundo del trabajo, tiene como efecto el de introducir fracasados en la dialéctica de las aspiraciones y oportunidades que llevaba a aceptar, a veces con impaciencia (como ocurría con los hijos de mineros que identificaban su entrada en el estatus de hombre adulto con su bajada a la mina), casi siempre como inevitable, el destino social. El malestar en el trabajo que sienten y expresan de forma particularmente viva las víctimas más evidentes del desclasamiento, como esos bachilleres condenados a un papel de OS o de cartero, es, en cierta manera, común a toda una generación; y si se expresa en formas de lucha, de reivindicación o de evasión insólitas, a menudo mal comprendidas por las tradicionales organizaciones de lucha sindical o política, es porque está en juego algo más y distinto que el puesto de trabajo, la "situación", como se decía antaño. Profundamente dudosos de su identidad social, de su propia imagen, por un sistema escolar y un sistema social que les han pagado con vanas promesas, no pueden restablecer su integridad personal y social de otra forma que oponiendo a estos veredictos un rechazo global. Todo ocurre como si sintieran que lo que está en

mismas. La mayor parte de los jóvenes que se encuentran buscando empleo parecen por lo menos tan preocupados por obtener uno que se corresponda con su cualificación como por tener un salario conforme con sus aspiraciones: el 44 % no aceptarían un empleo que no se correspondiera con su cualificación; el 35 % rechazarían percibir un salario inferior al que piensan que pueden pretender (véase M. MANGENOT, N. ALISÉ, F. REMOUSSIN, *Les jeunes face à l'emploi,* París, Ed. Universitaires, 1972, p. 230).



Las nuevas cadenas



Los desencantados

"Primero hice encuestas. Había encontrado a un amigo de L. que las hacía. Yo tenía la lista de todas las empresas de encuestas de París. Telefoneé, busqué durante dos meses y al final pues encontré. Después, al cabo de varios meses, ya no me han vuelto a llamar más, ya no les quedaban encuestas. Tenía derecho al paro (1.000 francos al mes) y así hemos vivido siete meses, después me fui a la vendimia durante dos meses. Luego he vuelto a hacer encuestas durante siete meses más o menos, yo estaba harta, he dejado la empresa, allí dentro no había más que lesbianas que daban el trabajo a su capricho, me fui. De todas maneras mi marido y yo trabajamos un poco por turno. En un tipo de sociedad así el trabajo no es esencial para mí. Si se concibiera como en China, quizá yo pudiera trabajar diez horas diarias" (F., 24 años, casada, bachillerato y algunos meses en la facultad de letras, padre rentista).

"Cuando no se ha conseguido terminar el bachillerato, uno ya se ha quedado en la cuneta; en un momento dado ya no hay orientación que valga y además los trabajos que se encuentran no son trabajos a los que se les vea la utilidad.

Siempre he hecho trabajos poco apasionantes, entonces ahorro lo que puedo para poder parar algunos meses. De todos modos, me gusta parar para no dejarme ganar por la costumbre.

Después de mi fracaso con el examen final de bachillerato, estuve en un campamento al aire libre durante las vacaciones. Después encontré un trabajo en un periódico de Dreux. Era redactor en prácticas, pero al cabo de dos meses necesitaba sacar el carnet de periodista para poder ser redactor fijo, y entonces pasé a trabajar como destajista en esa tarea, y además no debía encajar bien con ellos. Todo lo que escribía era corregido y deformado. También hacía fotos. Pero existían unas relaciones de fuerza en el trabajo, yo no era bastante combativo y además no tenía ganas de pelearme. Al cabo de seis meses ya no me daban trabajo y me fui. Después de esto me dejé enganchar por el mito de la administración, y me inscribí para trabajar en los P.T.T. Estuve seleccionando cartas tres semanas. Esto me encogió el corazón, caí en un mundo de trabajo que no conocía. No son las personas las que me han impresionado sino quizá las relaciones entre ellas, la denuncia, no existía ningún tipo de solidaridad. Al cabo de tres semanas presenté la dimisión: éramos cinco auxiliares, y hubo uno al que echaron de la noche a la mañana (se había tomado un cuarto de hora de más en el descanso) y entonces todos presentamos la dimisión. Lo que es el colmo es que tú acabas de fracasar en tu bachillerato y que los estudios no te han interesado nunca, y en seguida te encuentras considerado como un intelectual.

Luego a través de la A.N.P.E. encontré un trabajo de contabilidad en un organismo de regularización de la carne de bovino. En seguida hubo una historia de una prima de mercado que no se repartía entre todo el mundo y entonces, después de una agarrada, me largué. Y así pasaron otros dos meses y medio. En septiembre estuve un mes en la vendimia y después volví a la A.N.P.E. para tratar de encontrar trabajo. He sido mensajero en una *mobylette* durante seis meses. Es la cosa más dura que he hecho en mi vida. Es un trabajo infernal, pronto estás completamente "paranoico" en tu mobylette, tienes la impresión de que todos quieren tu pellejo; lo he dejado, ya tenía bastante.

Después de dos meses de paro, me inscribí en la S.C.N.F., estuve contratado en algo relacionado con las vacaciones, hacía reservas electrónicas (operador o algo parecido...) y allí duré cuatro meses pero me fui porque tenía la intención de irme a vivir al campo, y desde entonces sigo aquí" (G., 21 años, no consiguió obtener el título de bachillerato D, padre agente de policía, madre asistenta).

Véase C. Mathey, "Recherche de travail y temps de chômage", entrevistas a 50 jóvenes trabajadores sin empleo, *L'entrée dans la vie active,* Cahiers du centre d'études de l'emploi, 15, París, PUF, 1977, pp. 479-658.

juego no es ya, como antes, un fracaso individual vivido –con los estímulos del sistema escolar– como imputable a las limitaciones de la persona, sino la propia lógica de la institución escolar. La descualificación estructural que afecta al conjunto de los miembros de esta generación, destinados a obtener de sus titulaciones menos de lo que hubiera obtenido de ellas la generación precedente, se encuentra en la base de una especie de desilusión colectiva que lleva a esta generación engañada y desengañada a hacer extensiva a todas las instituciones la rebeldía unida al resentimiento que le inspira el sistema escolar. Esta especie de carácter anti-institucional (que se nutre de crítica ideológica y científica) conduce, en última instancia, a una especie de denuncia de unos supuestos tácitamente asumidos en el orden social, a una suspensión práctica de la adhesión dóxica a las metas que éste propone, a los valores que profesa, y al rechazo de las inversiones que constituyen la condición *sine qua non* para su funcionamiento.

Puede comprenderse que el conflicto entre las generaciones –que se expresa no sólo en el seno de las familias sino también en la institución escolar, en las organizaciones políticas o sindicales y sobre todo, quizá, en el medio de trabajo, siempre que, por ejemplo, unos autodidactas a la antigua usanza, que empezaron hace treinta años con un certificado de estudios o un diploma de enseñanza general y una inmensa buena voluntad cultural, se encuentran enfrentados a unos jóvenes bachilleres o a unos autodidactas de nuevo estilo que llevan con ellos a la institución su carácter anti-institucional– tome a menudo la forma de un conflicto final sobre los propios fundamentos del orden social: más radical y también más problemático que el conflicto político en su forma ordinaria, esta especie de carácter desencantado que evoca el de la primera generación romántica, dirige sus ataques, en efecto, contra los dogmas fundamentales del orden pequeño-burgués, "carrera", "situación", "promoción", "progreso".

La lucha contra el desclasamiento

La contradicción específica del modo de reproducción con componente escolar reside en la oposición entre los intereses de la clase que la Escuela sirve *estadísticamente* y los intereses de los miembros de esta clase que la misma sacrifica, es decir, los de aquéllos que se denominan "fracasados" y que se ven amenazados de desclasamiento al no poseer las titulaciones formalmente exigidas a los miembros de pleno derecho; sin olvidar a los poseedores de titulaciones que "normalmente" dan derecho –"normalmente", es decir, en un estado anterior de la relación entre las titulaciones y los puestos– a una profesión burguesa que, no siendo originarios de la clase, no cuentan con el capital social necesario para obtener el pleno rendimiento de sus titulaciones académicas. La superproducción de titulaciones y su consecuencia, la correspondiente devaluación de las mismas, tienden a devenir una constante estructural cuando se ofrecen a todos los hijos de la burguesía (tanto los últimos como los primogénitos, tanto las chicas como los chicos) unas probabilidades teóricamente iguales de obtener determinadas titulaciones, mientras que aumenta también (en números absolutos) el acceso de las otras clases a esas titulaciones. Las estrategias que emplean los unos para intentar escapar al desclasamiento e incorporarse a su trayectoria de clase y los otros para

prolongar el curso interrumpido de una trayectoria que se daba por descontada, constituyen en la actualidad uno de los factores más importantes de la transformación de las estructuras sociales: en efecto, las estrategias individuales de recuperación que permiten a los poseedores de un capital social de relaciones heredadas suplir la ausencia de titulaciones u obtener el máximo rendimiento de las que han podido conseguir, mediante su orientación hacia regiones todavía poco burocratizadas del espacio social (donde las disposiciones sociales cuentan más que las "competencias" escolarmente garantizadas), se conjugan con las estrategias colectivas de reivindicación que intentan hacer valer las titulaciones y obtener de ellas la contrapartida que les estaba asegurada en un estado anterior, para favorecer la creación de un gran número de *posiciones semi-burguesas,* nacidas de la redefinición de antiguas posiciones o de la invención de posiciones nuevas y bien proyectadas para evitar el desclasamiento a los "herederos" desprovistos de titulaciones, y para ofrecer a los advenedizos una contrapartida aproximada a sus devaluados títulos.

Las estrategias que emplean los agentes para evitar la devaluación de las titulaciones correlativa a la multiplicación de los titulados encuentran su fundamento en el desajuste, particularmente señalado en ciertas coyunturas y en ciertas posiciones sociales, entre las oportunidades objetivamente ofrecidas en un momento dado del tiempo y las aspiraciones realistas, que no son otra cosa que el producto de un estado distinto de las oportunidades objetivas: este desajuste es, con frecuencia, el efecto de una decadencia con respecto a la trayectoria individual o colectiva que se encontraba inscrita como potencialidad objetiva en la posición anterior y en la trayectoria que conducía a esa posición. Este efecto de *trayectoria interrumpida* hace que las aspiraciones, a semejanza de un proyectil arrastrado por su propia

---

Mientras que en 1962 únicamente el 1,5 % de los obreros especializados con edades comprendidas entre los 15 y los 24 años están en posesión del BEPC y el 0,02 tienen el bachillerato o un título superior, en 1975 los porcentajes correspondientes son del 8,2 % y del 1,0 %. Entre los empleados, en los que en 1962, e incluso entre los de más edad, se contabilizaba una proporción relativamente alta de poseedores de titulaciones, la proporción de los diplomas más importantes aumenta más rápidamente entre los jóvenes que entre los de más edad, de manera que la proporción de titulaciones elevadas deviene más alta en los primeros que en los segundos (en 1962, el 25 % de los empleados de edades comprendidas entre los 15 y los 24 años tenían el diploma de estudios del primer ciclo de enseñanza secundaria, el 2 %, el título de bachiller, el 0,2 %, un título de facultad o gran escuela, frente al 38 %, 8 % y 1,7 % en 1975, siendo los porcentajes correspondientes para los de más edad del 16,1 %, 3,3 % y 1,4 % respectivamente). Además de todas las transformaciones en las relaciones entre colegas de generaciones diferentes que se encuentran inscritas en estas distribuciones, es preciso tener en cuenta las transformaciones en las relaciones con el trabajo que resultan de la instalación en unos *puestos a menudo degradados* (con la automatización y todas las formas de mecanización de las tareas que hacen de numerosos empleados los obreros especializados (OS) de las grandes burocracias) de agentes provistos de *titulaciones más altas* que en el pasado. Todo permite suponer que la oposición entre el rigor un poco estricto de los de mayor edad y la relajación, percibida sin duda como negligencia, de los más jóvenes, con la combinación, en particular, de la barba y los cabellos largos, atributos tradicionales de la bohemia, expresa otra cosa que un simple enfrentamiento entre generaciones.








inercia, tracen, por encima de la trayectoria real –la del hijo y la del nieto del politécnico que se han hecho ingeniero comercial o psicólogo, o la del licenciado de derecho que, no teniendo capital social, se ha hecho animador cultural– una trayectoria no menos real y que en todo caso no tiene nada de imaginaria en el sentido que de ordinario se da a este término: inscrita en lo más profundo de las disposiciones, esta imposible potencialidad objetiva, especie de esperanza o de promesa traicionada, es lo que puede reconciliar, a despecho de todas las diferencias, a los hijos de la burguesía que no han obtenido del sistema escolar los medios para proseguir la trayectoria más probable para su clase, y a los hijos de las clases medias y populares que, careciendo de capital cultural y social, no han obtenido de sus titulaciones académicas lo que éstas aseguraban en otro estado distinto del mercado, dos categorías particularmente impulsadas a orientarse hacia las nuevas posiciones.

Aquellos que intentan escapar al desclasamiento pueden, en efecto, o bien producir nuevas profesiones más ajustadas a sus pretensiones (fundadas socialmente en un estado anterior de las relaciones entre las titulaciones y los puestos), o bien acomodar confortablemente a sus pretensiones, mediante una redefinición que implique una revalorización, aquellas profesiones a las que sus titulaciones les dan acceso[36]. La llegada a un puesto de agentes que, dotados de titulaciones distintas de las de sus ocupantes ordinarios, introducen en su relación con el puesto –considerado tanto en su definición técnica como en su definición social– aptitudes, disposiciones y exigencias desconocidas, lleva consigo necesariamente unas transformaciones del mismo: entre las que se observan cuando los recién llegados poseen titulaciones superiores, las más visibles son el *acrecentamiento de la división del trabajo* que resulta de la autonomización de una parte de las tareas que hasta entonces estaban teórica o prácticamente aseguradas por unas profesiones con una extensión más amplia (piénsese en la diversificación de las profesiones de enseñanza o de asistencia), y, a menudo, la redefinición de las carreras vinculada con la aparición de reivindicaciones nuevas tanto en su forma como en su contenido. Todo permite suponer que la amplitud de la redefinición de un puesto que resulta del cambio de las propiedades escolares de sus ocupantes –y de todas las propiedades asociadas– tiene todas las probabilidades de ser tanto mayor cuanto más importante es la *elasticidad* de la definición técnica y social del mismo (la cual es probable que aumente conforme más alto sea el puesto dentro de su jerarquía), y cuanto más elevado sea el origen social de los nuevos ocupantes, que estarán, por consiguiente, menos inclinados a aceptar las ambiciones limitadas, progresivas y previsibles en la escala de toda una vida, de los pequeños-burgueses normales. Estas dos propieda-

[36] Contra la representación realista e inmovilista que se encuentra implicada en algunas tradiciones de la sociología del trabajo, es preciso recordar que el *puesto* no es reducible ni al puesto teórico, es decir, a la actividad tal como puede ser descrita en los reglamentos, circulares, organigramas, ni al puesto real tal como puede ser descrito mediante la observación de la actividad real del que lo ocupa, ni siquiera a la relación entre los dos. En verdad, los puestos, tanto en su definición teórica como en su realidad práctica, constituyen la apuesta de las luchas permanentes que pueden enfrentar a los que los ocupan con sus superiores o sus subordinados o con los ocupantes de puestos próximos y competidores, o incluso entre ellos mismos (por ejemplo entre los antiguos y los recién llegados, los titulados y los no titulados, etc.). Los pretendientes a un puesto o sus ocupantes actuales pueden tener interés en redefinir en hecho y/o en derecho el puesto de tal manera que no pueda ser ocupado por otros que no sean los poseedores de propiedades idénticas a las suyas (véanse las luchas entre los antiguos alumnos de la ENA y de la X, o en las clases medias entre las enfermeras de las diferentes generaciones).

des no son, sin duda, independientes: en efecto, bien porque se vean llevados por su sentido de la inversión rentable o por su preocupación de no degradarse al orientarse hacia las profesiones establecidas, particularmente odiosas en su transparente univocidad, los hijos de la burguesía amenazados de desclasamiento se dirigen prioritariamente hacia las más indeterminadas de las antiguas profesiones y hacia los sectores donde se elaboran las nuevas profesiones. El efecto de redefinición creadora se observa sobre todo en las ocupaciones que tienen una mayor dispersión y están poco profesionalizadas, y en los sectores más nuevos de la producción cultural y artística, como las grandes empresas públicas o privadas de producción cultural (radio, televisión, *marketing,* publicidad, investigación en ciencias sociales, etc.), en los que los puestos y las carreras no han adquirido todavía la rigidez de las viejas profesiones burocráticas y el reclutamiento aún se hace, casi siempre, por cooptación, es decir, en base a las "relaciones" y a las afinidades de *habitus,* mucho más que en nombre de las titulaciones académicas (de suerte que los hijos de la burguesía parisiense, que tienen más oportunidades de acceder a los estatus intermedios entre los estudios y la profesión que ofrecen, por ejemplo, las grandes burocracias de la producción cultural, y que pueden "mantenerse" en ellas mucho más tiempo, en lugar de entrar directamente en una ocupación bien definida pero definitiva –como la de profesor–, tienen más probabilidades de entrar y de triunfar en unas profesiones que las titulaciones específicas –diploma del Instituto de altos estudios cinematográficos o de la Escuela técnica de foto y cine, licenciatura de sociología o de psicología, etc.– no abren, en realidad, más que a aquellos que se encuentran en condiciones de añadir a sus títulos formales unos títulos reales)[37].

El peso relativo de las diferentes categorías que participan en el sistema de producción cultural se ha transformado profundamente en el curso de los dos últimos decenios; las nuevas categorías de productores asalariados surgidas del desarrollo de la radio y la televisión o de los organismos públicos o privados de investigación (en especial en ciencias sociales) han conocido un considerable aumento, así como también el profesorado, sobre todo en sus capas inferiores, mientras que decaían las profesiones artísticas y las jurídicas, esto es, el artesanado intelectual; estos cambios morfológicos, que se acompañan con el desarrollo de nuevas entidades para la organización de la vida intelectual (comisiones de reflexión, de estudios, etc.) y de nuevos modos institucionalizados de comunicación (coloquios, debates, etc.), resultan apropiados para favorecer la aparición de productores intelectuales más directamente subordinados a la demanda de los poderes económicos y políticos, y portadores de nuevos modos de pensamiento y de expresión, de nuevas temáticas y de nuevas maneras de concebir el trabajo intelectual y la función del intelectual. Pudiera ser que estas transformaciones, a las que hay que añadir el considerable acrecentamiento de la población de estudiantes, situados en una posición de aprendices intelectuales, y el desarrollo de todo un conjunto de profesiones semi-intelectuales, hubieran tenido como principal efecto el de proporcionar a la producción "intelectual" aquello de lo que antes sólo podía

[37] Estas nuevas estrategias vienen a unirse o a reemplazar a unas estrategias ya experimentadas, como la concesión de una ayuda financiera directa, especie de herencia anticipada, o la reconversión del capital social de la familia en un rico matrimonio, o también la orientación hacia mercados menos tensos, donde la rentabilidad del capital económico, cultural o social es más alta (como en otros tiempos lo fueron las colonias o unas instituciones prestigiosas, o por lo menos honorables, como podían ser el ejército o la iglesia, cuyo acceso no estaba subordinado ni a la posesión de capital económico ni siquiera a la posesión de capital cultural).

disponer el "arte burgués", esto es, un público lo suficientemente importante como para justificar el desarrollo y el funcionamiento de entidades de producción y difusión específicas, y la aparición, en las márgenes del campo universitario y del intelectual, de una especie de alta vulgarización –de la que los "nuevos filósofos" representan el espécimen límite–. (Sobre la evolución de las diferentes categorías socio-profesionales, véase L. Thévenot, "Les catégories sociales en 1975. L'extension du salariat", *Economie et statistique,* n.° 91, julio-agosto 1977, pp. 3-31; y sobre el desenvolvimiento regular, entre 1962 y 1975, del sector de los "estudios y asesoramientos prestados a las empresas" –asesores jurídicos, contables y financieros, publicitarios, estudios de arquitectura, etc.–, que emplea a muchas mujeres y constituye una importante salida para los diplomados, véase P. Trogan, "Croissance régulière de l'emploi dans les activités d'études et de conseils", *Economie et statistique,* n.° 93, oct. 1977, pp. 73-80).

Pero el lugar por excelencia de esta forma de cambio debe buscarse en todo el conjunto de profesiones que tienen en común el asegurar el máximo rendimiento al capital cultural transmitido de forma más directa por la familia, buenas maneras, buen gusto o encanto físico: profesiones artísticas o semi-artísticas, inte-

---

L AURORE 8 avril 1966

Cette école où l'on acquiert la « classe »

Si vous pensez, Madame, que votre mari n'est pas le parfait gentleman que vous aimeriez avoir à vos côtés ; si vous trouvez, Mademoiselle, que votre fiancé, ou votre soupirant, manque de raffinement, donnez-lui donc cette adresse avec tact : 50, rue de Panthieu. C'est là, en effet, que Claude Lelief, déjà directrice de la célèbre école de mannequins Lucky, vient d'ouvrir la première « école de bon goût et de galanterie française ».

Les élèves — dont l'âge varie entre 18 et 60 ans — y apprennent, en dix leçons particulières d'une heure et demie, à s'habiller avec chic et recherche (tout comme Cary Grant et le duc de Windsor, qui figurent parmi les hommes les plus élégants du monde), à se conduire d'une manière irréprochable, à bien se tenir à table, à connaitre les fleurs et à les offrir.

On se familiarise également avec la façon de marcher comme un grand de ce monde et d'éternuer discrètement (ce que, paraît-il, une personne sur sept sait faire). En un mot, cette école de bon goût dispense ce qui passait pour impossible à acquérir : la classe. Les représentantes du sexe faible, quant à elles, y apprendront l'art de descendre d'une voiture sans attirer les regards indiscrets des messieurs et de repousser avec tact les avances d'un patron trop entreprenant.

Les célibataires désirant se perfectionner auront une raison supplémentaire de fréquenter cet établissement : Michael, fils d'un grand diplomate, qui tient à conserver l'anonymat, a mis au point un « cours accéléré de séduction » dont les leçons ouvrent — affirme-t-il — tous les cœurs féminins.

Esa escuela en la que se adquiere "clase"

Si usted cree, señora, que su marido no es el perfecto caballero que le gustaría tener a su lado; si usted encuentra, señorita, que su novio, o su pretendiente, no tiene el suficiente refinamiento, déle, pues, con tacto, la siguiente dirección: 50 rue de Ponthieu. Es ahí, en efecto, donde Claude Lelief, hasta ahora directora de la célebre escuela de maniquíes Lucky, acaba de abrir la primera "escuela de buen gusto y de galantería francesa".

Los alumnos –cuya edad varía desde los 18 a los 60 años– aprenden en ella, en diez lecciones particulares de hora y media, a vestirse con elegancia y refinamiento (lo mismo que Cary Grant y el duque de Windsor, que figuran entre los hombres más elegantes del mundo), a portarse de una manera irreprochable, a conducirse con elegancia en la mesa, a conocer las flores y a saber regalarlas.

Se familiarizan también con la forma de andar como un grande de este mundo y con la de estornudar con discreción (lo que, al parecer, sólo una persona entre siete sabe hacer). En una palabra, esta escuela de buen gusto enseña lo que parecía imposible de adquirir: la clase. Por lo que se refiere a las representantes del sexo débil, adquirirán en ella el arte de bajarse de un vehículo sin atraer las miradas indiscretas de los caballeros y el de rechazar con tacto las insinuaciones de un jefe demasiado atrevido.

Los solteros que deseen perfeccionarse tendrán una razón suplementaria para visitar este establecimiento: Michael, hijo de un importante diplomático, que desea conservar el anonimato, ha preparado un "curso acelerado de seducción" cuyas lecciones abren –según él afirma– todos los corazones femeninos.

lectuales o semi-intelectuales, asesoras (psicólogos, orientadores, ortofonistas, esteticistas, consejeros conyugales, dietéticos, etc.), profesiones pedagógicas o parapedagógicas (educadores, animadores culturales, etc.), profesiones de presentación y de representación (animadores de turismo, azafatas, guías artísticos, presentadores de radio o de televisión, agregados de prensa, etc.).

La necesidad que tienen las burocracias públicas y sobre todo las privadas de ejercitar funciones de recepción y acogida que difieren profundamente, tanto por su amplitud como por su estilo, de las que tradicionalmente confiaban a hombres (diplomáticos, miembros de gabinetes ministeriales) originarios frecuentemente de las fracciones más ricas en capital social de la clase dominante (aristocracia, burguesía con tradición) y también más ricas en técnicas de sociabilidad indispensables para el mantenimiento de este capital, ha determinado la aparición de todo un conjunto de profesiones femeninas y de un *mercado legítimo para las propiedades corporales*. El hecho de que algunas mujeres obtengan un beneficio profesional *de su encanto*, de que la belleza reciba así un valor en el mercado de trabajo, ha contribuido sin duda a determinar, además de numerosos cambios en las normas del vestido, de la cosmética, etc., todo un conjunto de transformacio-

---

Una profesión que prolonga vuestra vocación de mujer

Una azafata, según el Sr. Tunon –Presidente-fundador de la Escuela– es "una muchacha, una mujer joven, que os sirve sonriendo".

¿Ha comprobado usted alguna vez la gentileza, la amabilidad, la alegría de vivir de quienes han elegido esta vía?

¡Su sonrisa no es una "sonrisa profesional"!

Es simplemente la manifestación externa de la alegría y la dicha que les proporciona una profesión en armonía con sus deseos y con su personalidad.

Porque la azafata, en el ejercicio de su profesión, hace valer sus cualidades de mujer y prolonga su vocación femenina.

El encanto, la elegancia, la distinción, la gracia, todas esas cualidades que concurren en el éxito profesional de una azafata son indispensables para el éxito de la vida personal de toda mujer. Y elegir la profesión de azafata es querer dar también a su propia vida equilibrio y armonía.

Segundo episodio: cómo adelgazar sin valerse de la voluntad

Recorte su cabeza de una foto de carnet de identidad y adhiérala en la parte correspondiente a esta silueta. Ver el resultado, el fin de un régimen ayuda a soportar el hambre





nes éticas, al mismo tiempo que una redefinición de la imagen legítima de la feminidad: las revistas femeninas y todas las entidades legítimas en materia de definición de la imagen y del uso legítimo del cuerpo difunden la imagen de la mujer encarnada por estas profesionales del encanto burocrático, seleccionadas y formadas racionalmente, de acuerdo con una carrera rigurosamente programada (con sus escuelas especializadas, sus concursos de belleza, etc.) con vistas a cumplir, según las normas burocráticas, las funciones femeninas más tradicionales.

En los sectores más indeterminados de la estructura social es donde se da el máximo de probabilidades de que tengan éxito los esfuerzos para lograr producir unas especialidades reservadas, en especial de "asesoramiento", cuyo ejercicio no exige más que una forma racionalizada de una competencia cultural de clase. La constitución de un cuerpo socialmente reconocido de especialistas del asesoramiento en materia de sexualidad, que está a punto de realizarse a través de la progresiva profesionalización de asociaciones gratuitas, filantrópicas o políticas, representa la forma paradigmática del proceso por el que unos agentes tienden a satisfacer sus intereses indiscutibles con la íntima convicción de desinterés que se encuentra en la base de cualquier tipo de proselitismo, considerándose autorizados –ante las clases excluidas de la cultura legítima, y por la parcela de legitimidad cultural de que han sido dotados por el sistema de enseñanza– para producir a la vez la necesidad y la singularidad de su cultura de clase. Desde los consejeros conyugales a los vendedores de productos dietéticos, todos cuantos hoy día hacen profesión del hecho de ofrecer los medios de cubrir la separación entre el ser y el deber ser para todo aquello que tiene relación con la imagen o el uso del cuerpo, nada podrían hacer sin la inconsciente colusión de los que contribuyen a producir un mercado inagotable para los productos que ofrecen, al imponer unos nuevos usos del cuerpo y una nueva hexis corporal, la que la nueva burguesía de la sauna, de la sala de gimnasia y del esquí ha descubierto para ella misma, y al producir al mismo tiempo otras tantas necesidades, expectativas e insatisfacciones: médicos y dietéticos que imponen, con la autoridad de la ciencia, su definición de la *normalidad* –"tablas de proporción entre el peso y la estatura en el hombre normal", regímenes alimenticios equilibrados o modelos de la plena realización sexual–, modistas que confieren la sanción del buen gusto a las imposibles medidas de las modelos, publicitarios que encuentran en los nuevos y obligados usos del cuerpo la ocasión para llamadas al orden sin cuento ("vigilad vuestro peso", etc.), periodistas que dejan ver y hacen valer su propio arte de vivir en los semanarios femeninos y en las revistas para ambientes "dorados" que producen y en las que se producen, todos compiten, en la propia competencia que a veces los enfrenta, en hacer progresar una causa a la que sólo sirven tan bien porque no siempre tienen conciencia de que la están sirviendo ni incluso de que se sirven de ella al servirla. Y no es posible comprender la propia aparición de esta nueva pequeña burguesía, que pone al servicio de su función de intermediaria entre las clases nuevos instrumentos de manipulación y que determina, con su misma existencia, una transformación de la posición y de las disposiciones de la pequeña burguesía tradicional, si no es por referencia a las transformaciones del modo de dominación que, al sustituir la represión por la seducción, la fuerza pública por las relaciones públicas, la autoridad por la publicidad, la manera fuerte por la manera suave, espera de la imposición de unas necesidades, más que de la inculcación de unas normas, la integración simbólica de las clases dominadas.

Vemos, pues, cuán ingenuo sería tratar de reducir a un proceso *mecánico* de inflación y devaluación el conjunto de transformaciones que, tanto en el sistema escolar como fuera de él, han estado determinadas por el masivo crecimiento de la población escolarizada; y en particular todos los cambios que, a través de las transformaciones morfológicas ocurridas en todos los niveles del sistema escolar, pero también mediante las reacciones de defensa de los tradicionales usuarios del sistema, han afectado a la organización y al funcionamiento del mismo, como por ejemplo la multiplicación de vías de carrera sutilmente jerarquizadas y de vías muertas sabiamente enmascaradas que contribuyen a complicar la percepción de las jerarquías. Para una mayor claridad, podemos enfrentar dos estados del sistema de enseñanza secundaria: en el estado más antiguo, la propia organización de la institución, las vías que proponía, las enseñanzas que aseguraba, los títulos que otorgaba, descansaban en unos cortes claros, en unas fronteras netas, determinando la división entre la enseñanza primaria y la secundaria unas diferencias sistemáticas en todas las dimensiones de la cultura enseñada, unos métodos de enseñanza, unas carreras aseguradas (es significativo que el corte se haya mantenido e incluso *reforzado* en aquellos lugares en los que, de ahora en adelante, se juega el acceso a la clase dominante, es decir, en el momento de la entrada en el bachillerato, con la oposición entre la sección de "élite", la secundaria C, y las demás, y el nivel de la enseñanza superior, con la oposición entre las grandes escuelas o, con mayor precisión, las escuelas del poder, y las demás instituciones). En el estado actual, la exclusión de la gran masa de los hijos de las clases populares y medias no se opera ya a la entrada en el bachillerato, sino progresivamente, insensiblemente, a lo largo de los primeros años del mismo, mediante unas formas *negadas* de eliminación como son el *retraso* como eliminación diferida, la *relegación* a unas vías de segundo orden que implica un efecto distintivo y de *estigmatización,* adecuado para imponer el reconocimiento anticipado de un destino escolar y social, y por último la *concesión de títulos devaluados*[38].

> Si la representación de los hijos de las diferentes categorías socioprofesionales en las clases de 4.º y de CPPN refleja el reparto global de la población activa de Francia, las diferencias entre las clases están ya puestas de manifiesto en la distribución entre las secciones: la proporción de los chicos que son eliminados *de facto* de la enseñanza extensa (esto es, que quedan relegados a unos CPPN o a unas clases prácticas) varía en razón inversa de la jerarquía social, pasando del 42 % en los asalariados agrícolas al 29 % en los obreros y personal de servicios, al 4 % en los cuadros medios y al 1 % en los cuadros superiores. Los chicos originarios de las clases populares están sobre-representados en la enseñanza técnica corta, pero la proporción de hijos de cuadros medios y de empleados aumenta de forma regular conforme se va de la formación en un año (Certificado de estudios profesionales), pasando por las Clases preparatorias para el aprendizaje (en las

[38] Es notable que haya sido en el mismo momento en que la división en dos vías —en rigor, siempre ha habido tres, con la primaria superior y sobre todo con el conjunto de formaciones y concursos internos que ofrecían todas las grandes administraciones— tendía a desaparecer para reconstruirse a un nivel distinto, cuando Baudelot y Establet descubrieron esta oposición, cuya existencia nadie hubiera soñado con ponerla en duda, puesto que constituía la más evidente manifestación de los mecanismos escolares de reproducción.

que son más numerosos los hijos de artesanos) y el primer año de CAP, hasta el Diploma de enseñanza profesional (de segundo nivel) y la secundaria técnica, mientras que la proporción de los hijos de obreros disminuye paralelamente (la proporción de hijos de la clase dominante permanece ínfima). Pero si se va más lejos, se observa que, en el nivel del CAP, los muchachos de las clases medias se orientan más hacia la electricidad que hacia la construcción y tienen un abanico de opciones más amplio que los otros; que las chicas de clases medias se dirigen con mayor frecuencia hacia un tipo de formación económica y financiera mientras que los chicos de las clases populares están más representados en el sector del vestido. O también, que en el nivel del BEP, los jóvenes de las clases medias, bastante más representados que en el nivel del CAP, se orientan más hacia los servicios comerciales, mientras que los hijos de obreros son mayoritarios en el diseño industrial. Hay, pues, que entendérselas con toda una selva de vías jerarquizadas desde la más teórica y la más abstracta hasta la más técnica y la más práctica, conteniendo cada una de ellas una jerarquía que obedece a los mismos principios –con la contraposición, por ejemplo, entre la electricidad y la construcción (véase F. Oeuvrard, en un artículo de próxima aparición)–. En el nivel de la enseñanza secundaria, las diferencias entre las clases sociales de origen, que pueden verse con toda claridad en los propios porcentajes de representación, se manifiestan con toda precisión en el reparto entre las secciones, con la clase de "élite" en uno de los polos, la segunda o secundaria C, en la que los hijos de cuadros medios, cuadros superiores, miembros de profesiones liberales, y de industriales y grandes comerciantes representan más de la mitad de los efectivos, y en el otro polo las segundas o secundarias especiales, "pasarela" entre el segundo ciclo corto y el segundo ciclo largo, reservado de hecho a un pequeño número, en el que los hijos de obreros están sobre-representados; y, entre los dos polos, las secciones A, AB o T. La devaluación impuesta por la recuperación, que actúa como mecanismo de entrenamiento, y la transformación de los puestos profesionales más cualificados que, a causa del progreso tecnológico, exige de una minoría una competencia técnica incrementada, hacen que el recurso a la enseñanza técnica más o menos extensa se imponga cada vez más a los hijos de la clase obrera y en particular a los que son originarios de las capas más "favorecidas" de la misma (técnicos, obreros cualificados), como condición para el mantenimiento en la posición y como único medio de escapar a la carrera negativa que conduce al sub-proletariado.

Mientras que el sistema de fronteras muy definidas hacía interiorizar unas divisiones escolares que claramente se correspondían con unas divisiones sociales, el sistema de clasificaciones vagas y confusas favorece o consiente (por lo menos en los niveles *intermedios* del espacio escolar) unas aspiraciones a su vez vagas y confusas, al imponer, de manera menos estricta y también menos brutal que el sistema antiguo, simbolizado por el implacable rigor de la oposición, el ajuste de unos "niveles de aspiración" con unas barreras y unos niveles escolares. Si bien es cierto que a una gran parte de sus utilizadores les paga en titulaciones académicas devaluadas –jugando con unos errores de percepción que favorecen la anárquica floración de vías y titulaciones a la vez relativamente insustituibles y sutilmente jerarquizadas–, no es menos cierto que no les impone una *desinversión* tan brutal como la que les imponía el sistema antiguo, y que la confusión de jerarquías y fronteras entre los elegidos y los excluidos, entre los verdaderos y los falsos títulos, contribuye a imponer la eliminación suave y la aceptación también suave de esta eliminación, pero favoreciendo la instauración de una relación menos realista y

menos resignada con el porvenir objetivo que la que favorecía el antiguo *sentido de las limitaciones* que se encontraba en la base de un sentido muy agudizado de las jerarquías. La *alodoxia* que el nuevo sistema fomenta de mil maneras es lo que hace que los relegados ayuden a su propia relegación al sobreestimar las vías en las que se internan, al sobrevalorar sus titulaciones y al concederse unas posibilidades que en realidad les son negadas, pero también lo que hace que no acepten realmente la verdad objetiva de su posición y de sus titulaciones. Y las posiciones nuevas o renovables no ejercerían un atractivo como el que ejercen si, vagas y mal definidas, mal localizadas en el espacio social, sin ofrecer a menudo –a la manera del oficio de artista o de intelectual de antaño– ninguno de los criterios materiales o simbólicos –promoción, recompensas, subidas de salarios– con los que se siente y se mide el *tiempo social* y asimismo las jerarquías sociales, no dejaran un margen tan grande a las aspiraciones, permitiendo así escapar a la brutal y definitiva desinversión que imponen las profesiones con límites y perfil bien trazados, desde la entrada en ellas y hasta la jubilación: el indeterminado porvenir que ofrecen, reservado hasta ahora a los artistas e intelectuales, permite hacer del presente una especie de *prórroga constantemente renovada,* y tratar aquello que la vieja lengua denominaba un *estado* como una condición provisional, a la manera del pintor que, aunque trabaje en la publicidad, continúa considerándose como un "verdadero" artista y haciendo protestas de que ese oficio mercenario no es más que una ocupación temporal que abandonará en el momento en que haya ganado lo bastante como para asegurarse su independencia económica[39]. Estas profesiones ambiguas permiten ahorrarse el trabajo de desinversión y reinversión que implica la reconversión de una "vocación" de filósofo en "vocación" de profesor de filosofía, de artista pintor en dibujante publicitario o en profesor de dibujo; ahorrarse ese trabajo o, por lo menos, remitirlo indefinidamente para más tarde. Se comprende que estos agentes en situación de prórroga estén totalmente de acuerdo con la educación permanente (o con la permanencia en el sistema educativo) que, perfecta antítesis del sistema de las grandes oposiciones, partidario de marcar los límites temporales, de dejar bien claro de una vez por todas y lo más pronto posible que lo que está acabado está acabado, ofrece un porvenir abierto, sin límites[40]. Y se comprende también que, a la manera de los artistas, se consagren con tanta diligencia a las modas y a los modelos estéticos y éticos de la *juventud,* una manera de poner de manifiesto, para sí y para los otros, que después de todo, no se está acabado, definido, en final de trayecto. Las brutales discontinuidades del todo o del nada entre los estudios y la profesión, la profesión y la jubilación, se sustituyen por unas transiciones, por unos deslizamientos insensibles e infinitesimales (piénsese en todas las ocupaciones temporales o semi-permanentes, desempeñadas a menudo por estudiantes al final de sus estudios, que circundan las posiciones establecidas de la investigación científica

---

[39] M. Griff, "Les conflits intérieurs de l'artiste dans une société de masse", *Diogène*, n.º 46, 1964, pp. 61-94. En el mismo artículo de Mason Griff se puede encontrar una descripción muy precisa de los procedimientos que los publicitarios, "artistas comerciales", imponen a sus aprendices, con frecuencia artistas en potencia, para determinar la desinversión ("hacer los recados", etc.) y la reinversión en un campo "inferior".

[40] Así es como una parte de los productos sobrantes del sistema de enseñanza encuentra su empleo en la gestión de los problemas y conflictos sociales engendrados por la "superproducción" escolar y por las nuevas "demandas" que ésta a su vez ha engendrado (por ejemplo, la "necesidad" de educación permanente, etc.).

o de la enseñanza superior o, en otro orden distinto, en la jubilación progresiva que ofrecen las empresas de "vanguardia"). *Todo ocurre como si* la nueva lógica del sistema escolar y del sistema económico alentara a diferir el mayor tiempo posible el momento en el que acaba por determinarse el límite hacia el que tienden todos los cambios infinitesimales, esto es, el balance final que toma a veces la forma de una "crisis personal". ¿Es necesario decir que el ajuste entre las oportunidades objetivas y las aspiraciones que así se obtiene es a la vez más sutil y más sutilmente logrado, pero también más arriesgado y más inestable? La vaguedad en las representaciones del presente y del porvenir de la posición es una forma de aceptar los límites, pero con un esfuerzo por enmascararlos que equivale a rechazarlos o, si se prefiere, una manera de rechazarlos pero con la mala fe de un revolucionarismo ambiguo basado en el resentimiento contra el desclasamiento con respecto a unas expectativas imaginarias. Mientras que el sistema antiguo tendía a producir unas identidades sociales bien definidas, dejando poco sitio al onirismo social, pero tan confortables y tranquilizadoras en la propia renuncia que exigían sin concesiones, la especie de *inestabilidad estructural* de la representación de la identidad social y de las aspiraciones que en ella se encuentran legítimamente incluidas tiende a llevar a los agentes, mediante un movimiento que no tiene nada de personal, desde el terreno de la crisis y de la crítica sociales al terreno de la crítica y de la crisis personales.

Las luchas competitivas y la translación de la estructura

Podemos ver cuán ingenua es la pretensión de resolver el problema del "cambio social" asignando a la "novación" o a la "innovación" un *lugar* en el espacio social –en lo más alto para los unos, en lo más bajo para los otros, siempre en otra parte, en todos los grupos "nuevos", "marginales", "excluidos"– para todos aquellos cuya primera preocupación es la de introducir a cualquier precio la "novación" en el discurso: caracterizar una clase como "conservadora" o "novadora" (incluso sin precisar con respecto a qué), recurriendo tácitamente a un patrón ético, necesariamente situado socialmente, es producir un discurso que no dice apenas otra cosa que el lugar donde se produce porque hace desaparecer lo esencial, esto es, el *campo de lucha* como sistema de relaciones objetivas en el que las posiciones y las tomas de posición se definen *relacionalmente* y que domina además a las luchas que intentan transformarlo: sólo por referencia al espacio de juego que las define y que ellas tratan de mantener o de redefinir más o menos por completo en tanto que tal espacio de juego, pueden comprenderse las estrategias individuales o colectivas, espontáneas u organizadas, que tienen como punto de mira el conservar, el transformar o el transformar para conservar.

Las estrategias de reconversión no son sino un aspecto de las acciones y reacciones permanentes mediante las cuales cada grupo se esfuerza por mantener o cambiar su posición en la estructura social; o, con mayor exactitud, en un estadio de la evolución de las sociedades divididas en clases en las que no es posible conservar si no es cambiando, cada grupo se esfuerza *por cambiar para conservar*. En el caso particular, pero que es el que se da con mayor frecuencia, en que las acciones mediante las cuales cada clase o fracción de clase trabaja para conquistar

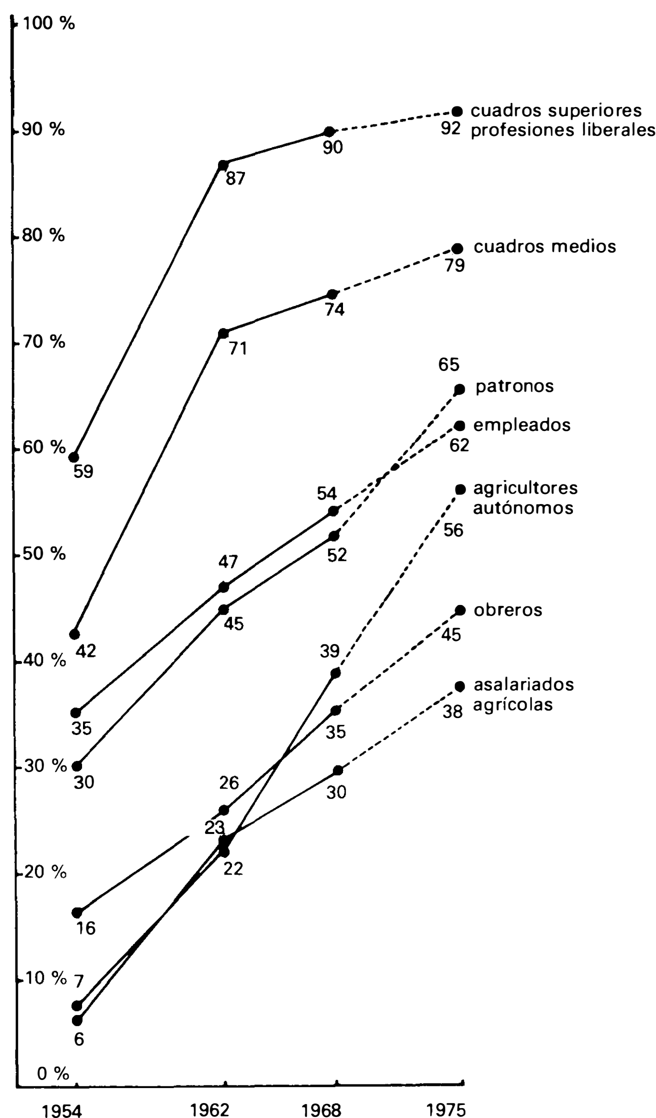
nuevas mejoras –es decir, para aventajar a las demás clases y por consiguiente, objetivamente, para *deformar la estructura* de las relaciones objetivas entre las clases (las que registran las *distribuciones* estadísticas de propiedades)– están compensadas (luego *ordinalmente* anuladas) por las reacciones, orientadas hacia los mismos objetivos, de las demás clases, la resultante de estas acciones enfrentadas, que se anulan en el propio movimiento que ellas suscitan, es una *translación global* de la estructura de la distribución entre las clases o las fracciones de clases de los bienes que están en juego en la competencia (es el caso de las oportunidades de acceso a la enseñanza superior) (véanse tabla 15 y gráfico 7).

Puede verse en la tabla la relación entre la evolución morfológica de las diferentes clases y fracciones de clases y la evolución del grado en que los miembros de las mismas utilizan el instrumento escolar de reproducción: el volumen de los grupos cuyo modo de reproducción estaba fundado sobre todo, al principio del período, en la transmisión del patrimonio económico, tiende a disminuir o a permanecer estacionario, mientras que se acrecienta durante el mismo tiempo la utilización de la escuela por parte de los chicos originarios de estos grupos que, en una parte importante, irán a engrosar las categorías asalariadas situadas en un mismo nivel de la jerarquía social; los miembros de las fracciones de clase en expansión morfológica (cuadros medios, cuadros superiores, empleados) que, ricos sobre todo en capital cultural, aseguraban su reproducción principalmente gracias a la escuela, tienden a incrementar la escolarización de sus hijos casi en la misma proporción que las categorías independientes que ocupan una posición equivalente en la estructura de las clases. La inversión de la posición relativa de los patronos comerciales y de los empleados por una parte, de los agricultores y de los obreros por la otra, se explica simultáneamente por la intensificación de su recurso a la escuela que se ha impuesto para las dos categorías, en decadencia numérica, y por la elevación de las características estadísticas globales de esas categorías (visible, por ejemplo, en materia de titulaciones académicas) que resulta de la trans-

Tabla 15—**Evolución morfológica de las diferentes clases y evolución de su relación con el sistema de enseñanza (1954-1968)**

	Porcentaje de evolución morfológica (base 100 en 1954)	Porcentaje de titulados del BEPC y más (hombres) (%)		Probabilidades de acceso a la enseñanza superior (%)		Porcentaje de escolarización de los 16 a los 18 años (%)		
		1962	1968	1961 1962	1965 1966	1954	1962	1968
asalariados agrícolas	53,7	0,8	1,6	0,7	2,7	8,0	23,3	29,7
agricultores autónomos	65,2	1,6	2,7	3,6	8	7,5	22,5	38,8
obreros	122,8	2,0	2,9	1,4	3,4	16,3	22,5	38,8
patronos industriales y comerciales	89	8,5	11,3	16,4	23,2	30	45,0	51,7
empleados	120,4	14,7	19,2	9,5	16,2	34,9	47,0	54,3
cuadros medios	168,3	39,9	43,3	29,6	35,4	42,6	71,0	74,6
cuadros superiores, profesiones liberales	167,8	69,5	73,4	48,5	58,7	59,3	87,0	90,0

Gráfico 7—**Translación de los porcentajes de escolarización de los jóvenes con edades comprendidas entre los 16 y los 18 años, entre 1954 y 1968.**



* Con la línea de trazos se han indicado los porcentajes de escolarización en 1975 de los jóvenes de 18 años.

Fuentes: INSEE, *Recensements de la population 1954, 1962, 1968;* "Probabilités d'acces à l'enseignement supérieur", P. Bourdieu, J. C. Passeron, *Les héritiers,* París, Ed. de Minuit, 1964, p. 15, y P. Bourdieu, J. C. Passeron, *La reproduction,* París, Ed. de Minuit, 1970, p. 260; "Taux de scolarisation de 16 à 18 ans", *Données sociales,* INSEE, 1973, p. 105 (para 1975 los cálculos están hechos a partir del sondeo a 1/5 del censo, tabla SCO 38 C).

formación de su estructura interna –en el sentido de una menor dispersión– y, con mayor precisión, del hecho de que sus capas inferiores han resultado particularmente afectadas por la crisis y se han visto forzadas a la desaparición o a la reconversión. Las tasas de escolaridad que figuran en el gráfico están, sin duda, sobreestimadas debido al hecho de que las estadísticas no tienen en cuenta más que a los jóvenes censados en su familia –con exclusión de los que viven solos o en un internado, una residencia colectiva, etc.– y sin duda tanto más cuanto más se desciende en la jerarquía social. El ligero acortamiento del abanico que parece dibujarse en el período reciente es imputable, por una parte, al efecto de saturación que afecta a las categorías más elevadas, y, por otra parte, al hecho de que la estadística ignora la distribución de los adolescentes de las diferentes clases entre las vías de enseñanza que están a su vez fuertemente jerarquizadas. Entre 1967-1968 y 1976-1977, la proporción de hijos de obreros en clase de segunda de la enseñanza pública (que representaban en 1975 el 40,7 % de los jóvenes de 17 años) ha permanecido constante (pasando del 25,7 % al 25,9 %) mientras que la proporción de hijos de cuadros y de miembros de profesiones liberales pasaba durante el mismo período del 15,4 % al 16,8 %. Además, en 1976-77, entre los alumnos de segunda el 57,6 % de los hijos de cuadros superiores y miembros de profesiones liberales estaban en la sección C (con dominante científica) frente al 20,6 % de los hijos de asalariados agrícolas y el 23,5 % de los hijos de obreros. A la inversa, sólo el 9,8 % de los primeros estaban en una sección con dominante técnica frente al 24,6 % de los hijos de asalariados agrícolas y el 28,7 % de los obreros (véase F. Oeuvrard, artículo citado). Análogas tendencias se observan en el nivel de la enseñanza superior, en el que los estudiantes originarios de las clases populares son cada vez más y más relegados a las facultades de letras y de ciencias o a las formaciones cortas de carácter técnico, mientras que los estudiantes originarios de la clase dominante se dirigen hacia las grandes escuelas, la facultad de medicina y, en los casos de un menor éxito escolar, hacia las pequeñas escuelas de comercio y de gestión.

En el caso de las ciencias sociales, el discurso científico no puede ignorar las condiciones de su propia recepción: ésta depende, en efecto, en cada momento, del estado de la *problemática social* en vigor, definida a su vez, por lo menos en parte, por las reacciones a un estado anterior de este discurso. Quienes, con el álibi de la claridad pedagógica, simplifican hasta el simplismo los análisis propuestos en *Les héritiers* y en *La reproduction,* y profundizados posteriormente por todo un conjunto de trabajos que han tenido al menos como efecto mostrar que los primeros pecaban aún de exceso de simplificación, tienen en común con los que los critican sin comprenderlos, además del gusto por las verdades simples, la incapacidad de pensar *relacionalmente*. La obstinación ideológica no basta, en efecto, para explicar ingenuidades tales como la que consiste en hablar de un "alza de reclutamiento medio" de la universidad entre 1950 y 1960 (lo que más o menos no quiere decir nada) y en deducir de ello la transformación de la universidad burguesa en "universidad dominada por las clases medias" (Véase R. Boudon, "La crise universitaire française: essai de diagnostic sociologique", *Annales,* 3, mayo-junio 1969, pp. 747-748). Una simple ojeada sobre la posición que ocupan las facultades –y en particular las facultades de letras y de ciencias– en la distribución de las instituciones de enseñanza superior, según el origen social de su clientela, basta para dar la medida de un análisis estadístico de tal clase, muy celebrado por el autor de *Le Mal français* que deplora que dicho análisis no haya conocido todo el éxito que merece, dando así otra prueba más de su gran conocimiento de las realidades universitarias (véase A. Peyrefitte, *Le Mal français,* París, Plon, 1978, *passim* y especialmente, pp. 408-409 y pp. 508-509): situadas en el punto más bajo de un campo evidentemente dominado por las grandes escuelas, más bajo incluso

actualmente, si se juzga por el rendimiento económico y social de las titulaciones que proporcionan, que las menos prestigiosas y las más recientes de las escuelas de comercio que han proliferado desde hace algunos años, las facultades de letras y de ciencias tienen todas las propiedades de los lugares de relegación, comenzando por el porcentaje de "democratización" (y de feminización) particularmente alto, del que se maravillan los medidores. ¿Qué podría decirse de quien midiera la "democratización" de la enseñanza secundaria por la estructura social de un CET de Aubervilliers o de un CES de Saint Denis? Para hablar de universidad "dominada por las clases medias" es preciso, además, operar una confusión, consciente o inconsciente, entre el porcentaje *de representación* de las clases medias en la población de las facultades (expresado por el porcentaje de estudiantes originarios de las clases medias en la población de las facultades) y las *probabilidades de acceso a las facultades* que están objetivamente vinculadas a estas clases, entre el cambio de la *composición social* de las facultades (que puede tener efectos importantes –por ejemplo en materia de comunicación pedagógica, con la multiplicación de estudiantes desprovistos de pre-requisitos implícitamente exigidos en el sistema antiguo–, y esto aunque un grupo pueda permanecer *socialmente dominado* incluso cuando es *numéricamente dominante*) y la evolución de la *estructura de las probabilidades de escolarización* características de las diferentes clases, tal como pueden ser calculadas relacionando la proporción de supervivientes escolares de cada clase (para un nivel dado de la carrera) *con el conjunto de su clase de origen* (y no con el *conjunto de sus condiscípulos*), estructura que ha sufrido una simple translación hacia arriba y no una verdadera transformación.

Un proceso semejante de *desarrollo homotético* se observa, según parece, siempre que las fuerzas y los esfuerzos de los grupos en competencia por una especie determinada de bienes o de titulaciones especiales tienden a equilibrarse como en una *carrera* en la que, al término de una serie de adelantamientos y recuperaciones, se mantienen las diferencias iniciales, es decir, siempre que las tentativas de los grupos inicialmente más carentes por apropiarse los bienes y las titulaciones poseídos hasta entonces por los grupos situados inmediatamente *por encima de ellos* en la jerarquía social, o inmediatamente *delante de ellos* en la carrera, resultan casi compensadas, en todos los niveles, por los esfuerzos que hacen los grupos mejor situados por mantener la singularidad y la distinción de sus bienes y de sus titulaciones. Piénsese en la lucha que la venta de títulos nobiliarios, suscitó, en la segunda mitad del siglo XVI, en el seno de la nobleza inglesa, al desencadenar un proceso automantenido de inflación y devaluación de estos títulos: los más bajos, como el de *Esquire* o el de *Arms,* fueron los primeros afectados, después le tocó el turno al título de *Knight,* que se devaluó de forma tan rápida que los más antiguos poseedores del mismo tuvieron que presionar para obtener la creación de uno nuevo, el de *Baronet;* pero este nuevo título, que venía a ocupar un vacío entre el de *Knight* y el de par del reino, se presentó como una amenaza para los poseedores del título superior, cuyo valor estaba ligado con una cierta *diferencia*[41]. Así, los pretendientes fraguaron la ruina de los poseedores por el hecho de apropiarse los títulos que constituían su singularidad: no hay nada mejor para devaluar un título nobiliario como comprarlo cuando se es plebeyo. Por lo que respecta a los poseedores, éstos persiguen objetivamente la desvalorización de los

---

[41] L. Stone, "The Inflation of Honours, 1558-1641", *Past and Present,* 14, 1958, pp. 45-70.

pretendientes, ya sea abandonándoles de alguna manera sus títulos para procurarse otros más escasos, ya sea introduciendo entre los titulados unas diferencias vinculadas con la antigüedad en el acceso al título (como la manera). Se desprende de ello que todos los grupos que se encuentran comprometidos en la carrera, sea en el puesto que sea, no pueden conservar su posición, su singularidad, su rango, si no es a condición de correr para mantener la separación con los que les siguen inmediatamente y amenazar así en *su diferencia* a los que les preceden; o, bajo otro punto de vista, a condición de aspirar a tener lo que los grupos situados justo delante de ellos poseen en ese momento y que ellos mismos llegarán a tener, pero *en un tiempo ulterior*.

Los poseedores de las titulaciones más escasas pueden también colocarse de alguna manera fuera de carrera, fuera de concurso, fuera de competencia, instaurando un *numerus clausus*. El recurso a medidas de este tipo se impone, en general, cuando se muestran insuficientes los mecanismos estadísticos que aseguran "normalmente" la protección de la singularidad del grupo privilegiado y cuya eficacia discreta y lógica verdadera (en particular los criterios reales de eliminación) sólo pueden captarse por el análisis estadístico: el *laisser-faire,* que resulta conveniente mientras esté asegurada la protección de los intereses del grupo privilegiado, se sustituye por una especie de *proteccionismo* consciente, que reclama de las *instituciones* que hagan *al descubierto* lo que de manera invisible hacían unos mecanismos que presentaban todas las apariencias de la necesidad natural. Para protegerse contra un número excesivo de individuos, los poseedores de las titulaciones especiales y de los puestos también especiales a que aquéllas dan acceso, deben defender una definición del puesto que no es otra que la definición de los que ocupan ese puesto en un estado determinado de la singularidad de la titulación y del puesto: declarando que el médico, el arquitecto o el profesor del porvenir deben ser lo que hoy día son, es decir, lo que ellos mismos son, inscriben para toda la eternidad en la definición del puesto todas las propiedades que le son conferidas por el pequeño número de sus ocupantes (como pueden ser las propiedades secundarias asociadas a una fuerte selección, tales como un origen social alto), esto es, por los límites impuestos a la competencia y con ello a las transformaciones del puesto que aquélla no dejaría de ocasionar.

A las fronteras estadísticas --que trazan alrededor de los grupos ese terreno "espúreo" de que habla Platón, a propósito de la frontera del ser y del no-ser, desafío lanzado al poder de discriminación de los sistemas de enclasamientos sociales (¿Joven o viejo? ¿De ciudad o de pueblo? ¿Rico o pobre? ¿Burgués o pequeñoburgués?, etc.)– las sustituye el *numerus clausus,* en la forma límite que le dan las medidas discriminatorias, por unos límites netos, rígidos; a los principios de selección, de inclusión y de exclusión, fundados en una pluralidad de criterios más o menos estrechamente ligados entre sí y la mayor parte de las veces implícitos, los sustituye una operación institucionalizada, y por tanto consciente y organizada, de segregación, de discriminación, fundada en un solo y único criterio (no a las mujeres, o a los judíos, o a los negros) que no deja lugar a nadie que no haya tenido éxito en el enclasamiento. En realidad, los grupos más selectivos prefieren ahorrarse la brutalidad de las medidas discriminatorias y acumular los encantos de la aparente ausencia de criterios, que deja a los miembros del grupo la ilusión de una elección fundada en la singularidad de la persona, y las garantías de la selección, que asegura al grupo el máximo de *homogeneidad.*

Los clubes elegantes protegen su *homogeneidad* sometiendo a los pretendientes a unos procedimientos muy estrictos, acta de candidatura, recomendación, a veces presentación –en el sentido propio del término– por unos padrinos miembros del club, con cierto número de años de antigüedad en el mismo, elección confiada al conjunto de los miembros o a una comisión de admisión, pago de derechos de entrada a veces extremadamente altos –5.000 F por persona en 1973 en el Círculo del Bois de Boulogne, 9.500 F en el golf de Saint-Cloud en 1975, a los que vienen a añadirse unas cotizaciones anuales, 2.050 F en Saint-Cloud–. En realidad, sería inútil tratar de determinar si las reglas formales que sirven sobre todo para proteger al grupo frente al exterior –no tanto frente a las otras clases, excluidas de antemano, como frente a las otras fracciones de clase o frente a los advenedizos de la propia fracción– y que lo más frecuente es que no tengan necesidad de funcionar, están hechas para disimular la arbitrariedad de la elección o si, por el contrario, la arbitrariedad pregonada, que deja a un tacto indefinible el cuidado de la elección, está hecha para disimular las reglas oficiales: "Es a decisión del cliente", dice un presidente de un círculo; y otro: "Hay clubes en los que es preciso tener dos padrinos y en los que se recibe a todo el mundo; hay otros en los que es preciso tener dos padrinos y en los que se recibe casi a todo el mundo; y hay otros clubes con dos padrinos en los que se ponen muchas dificultades para recibir a la gente." Además, todo depende del peso de los padrinos: "La duración de la espera es de dos o tres años: con buenos padrinos no hay que esperar nada" (Director de sociedad, miembro del Círculo del Bois de Boulogne). De igual modo, aunque los derechos de pertenencia no sean oficialmente hereditarios, a cualquier mujer joven que desea inscribirse en dicho círculo se le pregunta si su padre o su hermano primogénito forma parte del mismo. Todo parece indicar que, aunque muchos de ellos se organicen oficialmente alrededor de una actividad singular y selectiva, pero que a menudo no es más que un pretexto –golf, polo, caza, caballo, tiro de pichón, vela–, los clubes elegantes se contraponen a los clubes especializados cuyos miembros se definen por la posesión de una propiedad común –por ejemplo un barco en el caso del Círculo de la Vela de París– en que aquéllos tienen en cuenta toda la persona social, toda la capacidad social de la que esa persona es portadora, y esto tanto más cuanto más prestigiosos son y más se preocupan por hacer realidad una comunidad total de intereses y de valores.

Por el hecho de que la verdad de los criterios de selección no puede venir más que del exterior, es decir, de una *objetivación* que de antemano es rechazada como reductora y superficial, el grupo puede persuadirse de que su propia reunión no tiene otro principio que un sentido indefinible de la conveniencia que sólo puede proporcionar la pertenencia. El milagro de la elección mutua alcanza su perfección con los grupos de intelectuales que no tienen la ingenuidad de conceder el mínimo de objetivación necesario para constituirse en club: por el hecho de que ellos se fían, en el sentido casi místico, de la participación que precisamente define a los participantes, obligan a los excluidos, que no pueden dar otra prueba de la existencia del grupo exclusivo que la que ellos dan con su propia denuncia, a abrirse camino en las sombras cuando quieren indicar los límites invisibles que les separan de los elegidos. Si los grupos intelectuales, y sobre todo los más prestigiosos, están protegidos de manera tan formidable contra la objetivación, no es sólo porque sea preciso estarlo para dominar prácticamente los mecanismos que definen la pertenencia y porque quienes en ellos están no sean evidentemente los más llamados a objetivarlos, mientras que los que no están dentro corren siempre el riesgo de ignorar lo esencial y en todo caso son sospechosos de verse empujados por su exclusión a una visión resentida, y por tanto reductora; es también porque no se puede objetivar el juego intelectual si no es a condición de poner en juego su propia pertenencia al juego, riesgo a la vez irrisorio y absoluto.

La dialéctica del desclasamiento y del reenclasamiento que se encuentra en la base de todas las clases de procesos sociales implica e impone que todos los grupos afectados corran en el mismo sentido, hacia los mismos objetivos, las mismas propiedades, aquellas que les son marcadas por el grupo que ocupa la primera posición en la carrera y que, por definición, son inaccesibles para los siguientes, puesto que, cualesquiera que sean en sí mismas y para ellas mismas, resultan modificadas y calificadas por su rareza distintiva y *no serán más lo que son* a partir del momento en que, multiplicadas y divulgadas, sean accesibles a unos grupos de rango inferior. Así, por una paradoja aparente, el mantenimiento del orden, es decir, del conjunto de las *variaciones,* de las diferencias, de los rangos, de las precedencias, de las prioridades, de las exclusividades, de las distinciones, de las *propiedades ordinales* y, por ello, de las *relaciones de orden* que confieren su estructura a una formación social, está asegurado por un cambio incesante de las propiedades substanciales (esto es, no relacionales). Lo que implica que el orden establecido en un momento dado del tiempo es inseparablemente un orden temporal, un *orden de sucesiones,* teniendo cada grupo como pasado el grupo inmediatamente inferior y como porvenir el grupo superior (es comprensible la fertilidad de los modelos evolucionistas). Los grupos en competencia están separados por unas diferencias que, para lo esencial, se sitúan en el *orden del tiempo.* No es casualidad que este sistema deje tanto lugar al *crédito*: la imposición de legitimidad que se realiza mediante la lucha competitiva y que acrecientan todas las acciones de proselitismo cultural, suave violencia ejercida con la complicidad de las víctimas y capaz de dar a la arbitraria imposición de determinadas necesidades las apariencias de una misión liberadora, reclamada por quienes la sufren, tiende a producir la pretensión como necesidad que preexiste a los medios de satisfacerse de forma adecuada; y contra un orden social que reconoce a los más desposeídos el derecho a todas las satisfacciones, pero sólo a plazo, a largo plazo, la pretensión no tiene otra opción que el crédito, que permite tener el goce inmediato de los bienes prometidos pero que lleva consigo la aceptación de un porvenir que no es sino la continuación del presente, o la imitación, falsos vehículos de lujo y vacaciones de lujo falso. Pero la dialéctica del desclasamiento y del reenclasamiento está predispuesta a funcionar también como un *mecanismo ideológico* cuyo discurso conservador se esfuerza por intensificar los efectos y que, en la impaciencia misma que empuja al goce inmediato mediante el crédito, tiende a imponer a los dominados, sobre todo cuando comparan su condición presente con su condición pasada, la ilusión de que les basta con esperar para obtener lo que en realidad no obtendrán más que a través de sus luchas: situando la diferencia entre las clases en el orden de las sucesiones, la lucha competitiva instaura una diferencia que, a la manera de la que separa al *predecesor del sucesor* en un orden social regido por unas leyes sucesorias bien establecidas, es a la vez la más absoluta, la más infranqueable –puesto que no tiene otra cosa que hacer que esperar, a veces durante toda una vida, como esos pequeño-burgueses que entran en su casa en el momento de la jubilación; a veces varias generaciones, como todos los que se esfuerzan por prolongar en sus hijos su propia trayectoria truncada[42]– y la más irreal, la más evanescente, puesto que se

[42] Sería preciso analizar todas las consecuencias sociales del retraso colectivo e individual: el acceso tardío (por contraposición a precoz) no tiene como único efecto el de reducir el *tiempo de utilización*; implica también una relación menos familiar, menos "cómoda" con la práctica o el bien

sabe que de todas maneras se tendrá, si se sabe esperar, aquello que es dado esperar por las leyes ineluctables de la evolución. En resumen, lo que la lucha competitiva eterniza no son unas condiciones diferentes, sino la *diferencia de las condiciones.*

Comprender este mecanismo es percibir ante todo la inanidad de los debates que se engendran en la alternativa académica de la permanencia y de la alteración, de la estructura y de la historia, de la reproducción y de la "producción de la sociedad", y que tienen como principio real la dificultad de admitir que las contradicciones y las luchas sociales no están todas ni siempre en contradicción con la perpetuación del orden establecido; que, más allá de las antítesis del "pensamiento por parejas", la permanencia puede estar asegurada por el cambio y la estructura perpetuada por el movimiento; que las "expectativas frustradas" que necesariamente engendra el desajuste entre la imposición de las necesidades legítimas (lo que en el lenguaje más *in* de los profesionales del *marketing,* que las importan, las adoptan y las imponen, se denomina *must*) y el acceso a los medios necesarios para satisfacerlas, y que producen unos efectos económicos al permitir obtener, directa o indirectamente (por medio del crédito), un trabajo extra, no amenazan necesaria ni automáticamente la supervivencia del sistema: que la variación estructural y las frustraciones correlativas se encuentran en el principio mismo de la reproducción por translación que asegura la perpetuación de la estructura de las posiciones mediante la transformación de la "naturaleza" de las condiciones. Es también comprender que los que, apoyándose en las propiedades que pueden llamarse cardinales, hablan de "aburguesamiento" de la clase obrera, y los que tratan de refutarlos invocando las propiedades ordinales tienen en común, evidentemente, el ignorar que los aspectos contradictorios de la realidad que ellos retienen son, de hecho, unas dimensiones indisociables de un mismo proceso. La reproducción de la estructura social puede realizarse dentro y por medio de una lucha competitiva que conduce a una simple translación de la estructura de las distribuciones mientras, y sólo mientras, que los miembros de las clases dominadas entren en la lucha *en orden disperso,* esto es, con acciones y reacciones que sólo se totalicen *estadísticamente* por los *efectos externos* que las acciones de los unos ejercen sobre las acciones de los otros fuera de toda interacción y de toda transacción, y por consiguiente en la objetividad, fuera del control colectivo o individual, y casi siempre contra los intereses individuales y colectivos de los agentes[43]. Esta forma particular de lucha

considerados (lo que puede tener unas consecuencias técnicas —si se trata de un automóvil— o simbólicas —si se trata de un bien cultural); puede además representar el equivalente disimulado de la pura y simple privación cuando el valor del bien o de la práctica proviene de su poder *distintivo* (vinculado, evidentemente, con la apropiación privilegiada o exclusiva —"filmes en exclusividad"—, o prioritaria —"reestrenos"— más que de las satisfacciones intrínsecas que proporciona. (Los vendedores de servicios o de bienes, que están interesados en los efectos de *alodoxia,* juegan al máximo con estos desajustes, ofreciendo por ejemplo fuera de tiempo —viajes organizados fuera de estación— o con retraso —vestidos o prácticas pasadas de moda— unos bienes que sólo tienen todo su valor en su tiempo o en su momento.)

[43] El límite de estos procesos de acción estadística está constituido por los procesos de pánico o de *desbandada* en los que cada agente contribuye a lo que teme al realizar unas acciones determinadas por el efecto temido (es el caso de los pánicos financieros): en todos estos casos, la acción colectiva, simple suma estadística de acciones individuales no coordinadas, acaban en un resultado colectivo irreductible o antinómico a los intereses colectivos e incluso a los intereses particulares que persiguen las acciones individuales (esto se ve bien cuando el efecto de desmoralización que ejerce una representa-

de clases que es la lucha competitiva es la que los miembros de las clases dominadas se dejan imponer cuando aceptan las apuestas que les proponen los dominantes, lucha *integradora* y, a causa de su *handicap* inicial, *reproductora,* puesto que los que entran en esta especie de carrera-persecución en la que parten necesariamente derrotados, como testimonia la constancia de las diferencias, reconocen implícitamente, por el solo hecho de competir, la legitimidad de los fines perseguidos por aquellos a quienes persiguen.

Una vez establecida la lógica de los procesos competitivos (o de desbandada) que condenan a cada agente a reaccionar *de forma aislada* ante el efecto de las innumerables reacciones de los otros agentes, o con mayor exactitud, al resultado de la *agregación estadística* de sus acciones aisladas, y que reducen a la clase al estado de *masa* dominada por su propio número y por su propia masa, se está en condiciones de plantear la cuestión, muy debatida entre los historiadores de estos momentos[44], de las condiciones (crisis económica, crisis económica que sobreviene después de un período de expansión, etc.) en las cuales viene a interrumpirse la dialéctica de las oportunidades objetivas y de las esperanzas subjetivas que se reproducen mutuamente: todo permite suponer que un brusco desenganche de las oportunidades objetivas con respecto a las esperanzas subjetivas suscitadas por el estado anterior de las oportunidades objetivas puede determinar una ruptura de la adhesión que las clases dominadas, objetiva y subjetivamente excluidas de la carrera de repente, otorgan a los objetivos dominantes hasta ese momento tácitamente aceptados, y puede también hacer posible por ello un verdadero vuelco de la tabla de valores.

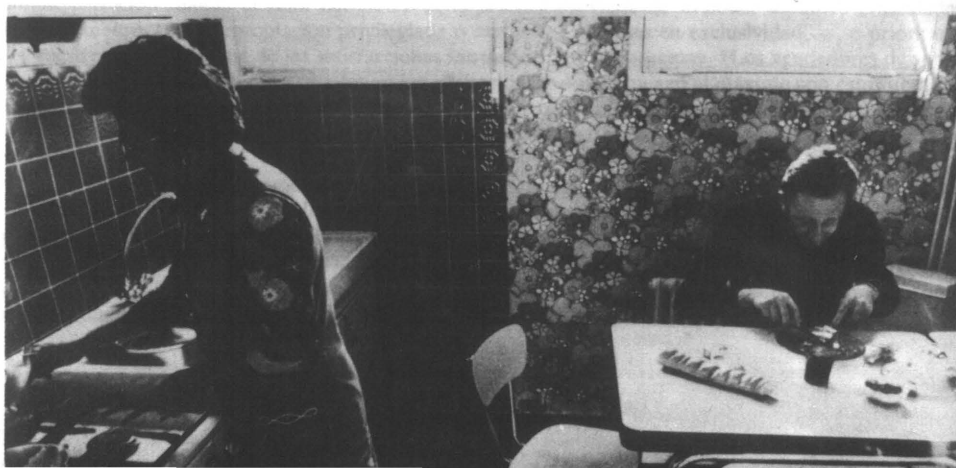
---

ción pesimista del porvenir de la clase contribuye a la decadencia de la clase que la determina, al contribuir los miembros de las clases en decadencia con muchas de sus conductas a la decadencia colectiva, como ocurre con los artesanos que empujan a sus hijos hacia los estudios al mismo tiempo que reprochan al sistema escolar el desvío de los jóvenes respecto del oficio de los padres).

[44] Véase L. STONE, "Theories of Revolution", *World Politics*, 18 (2), enero 1966.













3

EL *HABITUS* Y EL ESPACIO DE LOS ESTILOS DE VIDA

El hecho de que pueda presentarse bajo la forma de un esquema bastaría para recordar que el espacio social, tal como ha sido descrito, es una *representación abstracta,* producida al precio de un trabajo específico de construcción y que proporciona, a la manera de un mapa, una visión a vista de pájaro, un punto de vista sobre el conjunto de puntos a partir de los cuales los agentes ordinarios (entre los cuales se encuentran el sociólogo o el propio lector en sus conductas ordinarias) dirigen sus miradas hacia el mundo social. Al hacer existir en la simultaneidad de una totalidad perceptible en un solo golpe de vista –y esto es lo que le confiere su virtud heurística– unas posiciones que los agentes jamás pueden aprehender todas juntas y en la multiplicidad de sus relaciones, el espacio social es al espacio práctico de la existencia cotidiana, con sus distancias guardadas y marcadas y con sus allegados que pueden estar más distantes que los extraños, lo que el espacio geométrico es al especio hodológico de la experiencia ordinaria, con sus lagunas y sus discontinuidades. Pero lo más importante es, sin duda, que la cuestión de este espacio se plantea en este propio espacio, que los agentes tienen sobre este espacio, del que no sería posible negar la objetividad, unos puntos de vista que dependen de la posición que en el mismo ocupan, y en los que a menudo se expresa su voluntad de transformarlo o de conservarlo. Así es como muchas de las palabras que emplea la ciencia para designar a las clases que ella misma construye están tomadas del uso ordinario, en el que sirven para expresar la visión, frecuentemente polémica, que los grupos se fabrican unos de otros. Como llevados por su entusiasmo hacia una mayor objetividad, los sociólogos olvidan casi siempre que los "objetos" que ellos enclasan son productores de prácticas objetivamente enclasables, pero también lo son de operaciones no menos objetivas de enclasamiento, operaciones por otra parte también enclasables. La división en clases que opera la ciencia conduce a la raíz común de las prácticas enclasables que producen los agentes y de los juicios clasificatorios que éstos aplican a las prácticas de los otros o a sus propias prácticas: el *habitus* es a la vez, en efecto, el *principio generador* de prácticas objetivamente enclasables y el *sistema de enclasamiento (principium divisionis)* de esas prácticas. Es en la relación entre las dos capacidades que definen al *habitus* –la capacidad de

producir unas prácticas y unas obras enclasables y la capacidad de diferenciar y de apreciar estas prácticas y estos productos (gusto)– donde se constituye el *mundo social representado,* esto es, el *espacio de los estilos de vida.*

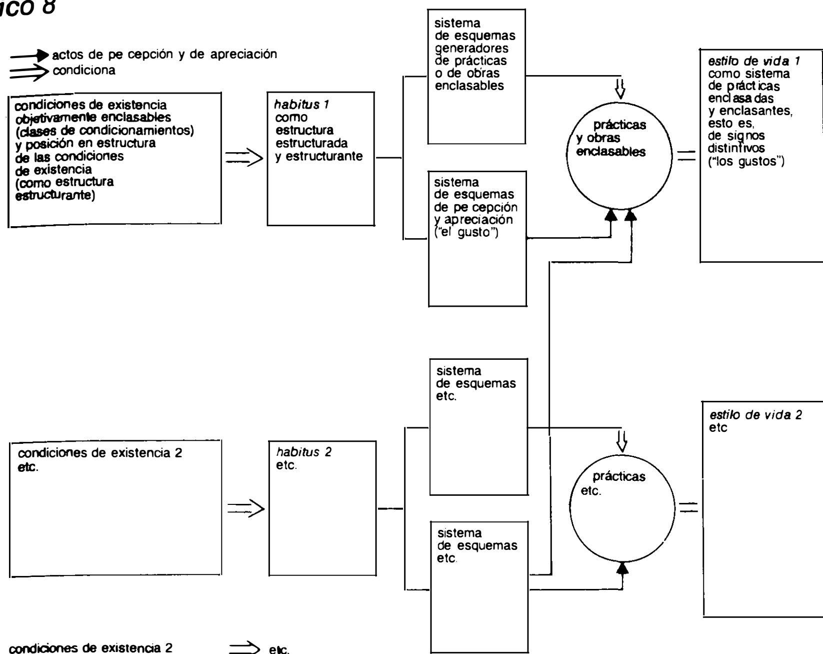
La relación que se establece de hecho entre las características pertinentes de la condición económica y social (el volumen y la estructura del capital aprehendidos sincrónicamente y diacrónicamente) y las características distintivas asociadas con la posición correspondiente en el espacio de los estilos de vida, sólo llega a ser una relación inteligible gracias a la construcción del *habitus* como fórmula generadora que permite justificar simultáneamente las prácticas y los productos enclasables, y los juicios, a su vez enclasados, que constituyen a estas prácticas y a estas obras en un sistema de *signos distintivos.* Hablar del ascetismo aristocrático de los profesores o de la pretensión de la pequeña burguesía no es sólo describir a estos grupos por medio de una de sus propiedades, aunque se trate de la más importante, sino que es también intentar distinguir mediante un nombre el principio generador de todas sus propiedades y de todos sus juicios sobre sus propiedades o las de los demás. Necesidad incorporada, convertida en disposición generadora de prácticas sensatas y de percepciones capaces de dar sentido a las prácticas así engendradas, el *habitus,* en tanto que disposición general y transportable, realiza una aplicación sistemática y universal, extendida más allá de los límites de lo que ha sido directamente adquirido, de la necesidad inherente a las condiciones de aprendizaje: es lo que hace que el conjunto de las prácticas de un agente (o del conjunto de agentes que son producto de condiciones semejantes) sean a la vez sistemáticas, porque son producto de la aplicación de idénticos esquemas (o mutuamente convertibles), y sistemáticamente distintas de las prácticas constitutivas de otro estilo de vida.

Debido al hecho de que unas condiciones de existencia diferentes producen unos *habitus* diferentes, sistemas de esquemas generadores susceptibles de ser aplicados, por simple transferencia, a los dominios más diferentes de la práctica, las prácticas que engendran los distintos *habitus* se presentan como unas configuraciones sistemáticas de propiedades que expresan las diferencias objetivamente inscritas en las condiciones de existencia bajo la forma de sistemas de variaciones diferenciales que, *percibidas* por unos agentes dotados de los necesarios esquemas de percepción y de apreciación para descubrir, interpretar y evaluar en ellos las características pertinentes, funcionan como unos estilos de vida[1].

Estructura estructurante, que organiza las prácticas y la percepción de las prácticas, el *habitus* es también estructura estructurada: el principio de división en clases lógicas que organiza la percepción del mundo social es a su vez producto de la incorporación de la división de clases sociales. Cada condición está definida, de modo inseparable, por sus propiedades intrínsecas y por las propiedades relacionales que debe a su posición en el sistema de condiciones, que es también un *sistema de diferencias,* de posiciones diferenciales, es decir, por todo lo que la distingue de todo lo que no es y en particular de todo aquello a que se opone: la identidad social se define y se afirma en la diferencia. Esto es lo mismo que decir que inevitablemente se encuentra inscrita en las disposiciones del *habitus* toda la estructura del sistema de condiciones tal como se realiza en la experiencia de una condición que ocupa una posición determinada en esta estructura: las más fundamentales oposi-

[1] Es decir, que la relación entre las condiciones de existencia y las prácticas o el sentido de las prácticas no debe entenderse ni en la lógica del mecanismo ni en la lógica de la consciencia.

Gráfico 8



ciones de la estructura de las condiciones (alto/bajo, rico/pobre, etc.) tienden a imponerse como los principios fundamentales de estructuración de las prácticas y de la percepción de las prácticas. Sistema de esquemas generadores de prácticas que expresa de forma sistemática la necesidad y las libertades inherentes a la condición de clase y la *diferencia* constitutiva de la posición, el *habitus* aprehende las diferencias de condición, que retiene bajo la forma de diferencias entre unas prácticas enclasadas y enclasantes (como productos del *habitus*), según unos principios de diferenciación que, al ser a su vez producto de estas diferencias, son objetivamente atribuidos a éstas y tienden por consiguiente a percibirlas como naturales[2]. Si es preciso reafirmar, contra todas las formas de mecanismo, que la experiencia ordinaria del mundo social es un conocimiento, no es menos importante hacer resaltar, contra la ilusión de la generación espontánea de la conciencia a la que se reducen tantas teorías de la "toma de conciencia", que el conocimiento primero es desconocimiento, reconocimiento de un orden establecido que también lo está en el cerebro. Los estilos de vida son así productos sistemáticos de los *habitus* que, percibidos en sus mutuas relaciones según los esquemas del *habitus,*

[2] El observador que divide una población en clases realiza una operación que tiene su equivalente en la práctica social. Si no lo sabe, además de que está expuesto a dar como clasificación científica una forma más o menos modificada de una clasificación indígena (numerosas "tipologías" no son otra cosa que esto), no tiene ninguna probabilidad de llevar al nivel de la conciencia la verdad de sus operaciones de clasificación que, parecidas en esto a las del conocimiento indígena, suponen una relación, unas comparaciones, y que, incluso cuando parecen situarse en el terreno de la física social, producen e interpretan en realidad unas distinciones significativas; para resumirlo en pocas palabras, se sitúan en el orden de lo simbólico.

devienen sistemas de signos socialmente calificados (como "distinguidos", "vulgares", etc.). La dialéctica de las condiciones y de los *habitus* se encuentra en la base de la alquimia que transforma la distribución del capital, resultado global de una relación de fuerzas, en sistema de diferencias percibidas, de propiedades distintivas, es decir, en distribución de capital simbólico, capital legítimo, desconocido en su verdad objetiva.

En tanto que productos estructurados *(opus operatum)* que la misma estructura estructurante *(modus operandi)* produce al precio de unas *retraducciones* impuestas por la lógica propia de los diferentes campos, todas las prácticas y todas las obras de un mismo agente están objetivamente armonizadas entre sí, fuera de toda búsqueda intencional de coherencia, y objetivamente orquestadas, fuera de toda concertación consciente, con las de todos los miembros de la misma clase: el *habitus* engendra continuamente metáforas prácticas, esto es, en un lenguaje distinto, transferencias (de las que la transferencia de costumbres motrices no es más que un ejemplo particular) o, mejor, *transposiciones sistemáticas* impuestas por las condiciones particulares de su puesta en práctica, pudiendo el mismo *ethos* ascético, del que pudiera esperarse que se exprese siempre en el ahorro, manifestarse, en un contexto determinado, por una manera particular de usar del crédito. Las prácticas de un mismo agente y, más ampliamente, las prácticas de todos los agentes de una misma clase, deben la *afinidad de estilo* que hace de cada una de ellas una metáfora de cualquiera de las demás, al hecho de que son producto de unas transferencias de un campo a otro de los mismos esquemas de acción: paradigma familiar de este operador analógico que es el *habitus,* la disposición que denominamos "escritura", es decir, una manera singular de trazar unos caracteres, produce siempre la misma escritura, es decir, unos trazos gráficos que, a pesar de diferencias de tamaño, de materia y de color vinculadas con el soporte –hoja de papel o pizarra– o con el instrumento –estilográfica o tiza– presentan una semejanza inmediatamente perceptible, al modo de todos los rasgos estilísticos o de manera por los que se reconoce a un pintor o a un escritor de forma tan infalible como a un hombre por su modo de andar[3].

La sistematicidad existe en el *opus operatum* porque existe en el *modus operandi*[4]: sólo existe en el conjunto de las "propiedades", en el doble sentido del término, de que se rodean los individuos o los grupos –casas, muebles, cuadros, libros, automóviles, licores, cigarrillos, perfumes, vestidos– y en las prácticas en las que manifiestan su distinción –deportes, juegos, distracciones culturales– porque existe en la unidad originariamente sintética del *habitus,* principio unificador y generador de todas las prácticas. El gusto, propensión y aptitud para la apropiación (material y/o simbólica) de una clase determinada de objetos o de prácticas encla-

[3] El verdadero "pastiche", del que Proust da ejemplo, reproduce no los rasgos más notables de un estilo —como lo hacen la parodia o la caricatura— sino el *habitus,* lo que Jacques Rivière denomina el "centro de la actividad mental", donde se engendra el discurso original: "Nosotros nos divertimos viendo a cada escritor 'resurgir' por completo y volver a hacer, al contacto con un acontecimiento que no ha conocido, exactamente los mismos gestos con los que reaccionaba ante aquellos acontecimientos que le aportaba la vida. Ha vuelto a encontrar el centro de su actividad mental, la luz ha vuelto a hacerse en su cerebro" (J. Rivière, en M. Proust y J. Rivière, *Correspondance, 1914-1922,* París, Gallimard, 1976, Apéndice B, p. 326).

[4] Contra el atomismo de una psicología social que, rompiendo la unidad de la práctica, establece unas "leyes" parciales que pretenden justificar los productos, del *opus operatum*, se intenta establecer así las leyes generales que reproducen las leyes de producción, el *modus operandi.*

sadas y enclasantes, es la fórmula generadora que se encuentra en la base del estilo de vida, conjunto unitario de preferencias distintivas que expresan, en la lógica específica de cada uno de los sub-espacios simbólicos –mobiliario, vestidos, lenguaje o hexis corporal– la misma intención expresiva. Cada dimensión del estilo de vida "simboliza con" los otros, como decía Leibniz, y los simboliza: la visión del mundo de un viejo artesano ebanista, su manera de administrar su presupuesto, su tiempo o su cuerpo, su uso del lenguaje y sus elecciones de vestimenta, están enteramente presentes en su ética del trabajo escrupuloso e impecable, de lo cuidado, de lo esmerado, de lo acabado, y en su estética del trabajo por el trabajo que le hace medir la belleza de sus productos por el cuidado y la paciencia que le han exigido.

El sistema de propiedades *bien avenidas,* entre las cuales hay que contar a las personas –se habla de "matrimonio bien avenido" y a los amigos les gusta decir que tienen los mismos gustos–, tiene como principio el gusto, sistema de esquemas de enclasamiento que pueden no tener acceso a la conciencia más que de forma muy parcial aunque, a medida que sube el grado en la jerarquía social, el estilo de vida deje una parte cada vez más importante a lo que Weber llama la "estilización de la vida". El gusto se encuentra en la base de este mutuo ajuste de todas las características asociadas con cada persona que la antigua estética recomendaba para el *refuerzo mutuo* que se aportan: las innumerables informaciones que, consciente o inconscientemente, suministra una persona que se repiten y se confirman de modo indefinido, ofreciendo al observador atento esa especie de placer que procuran al aficionado al arte las simetrías y las correspondencias resultantes de una distribución armónica de las redundancias. El efecto de sobredeterminación que resulta de estas redundancias es experimentado con tanta mayor fuerza cuanto más fuertemente interpenetradas están, para la percepción ordinaria, las diferentes características que la observación o la medición obligan a aislar, al estar contaminado cada uno de los elementos de información suministrados por la práctica (por ejemplo, un juicio sobre pintura) –y en caso de desviación con respecto a una característica probable, *corregido*– por el efecto del conjunto de las características anterior o simultáneamente percibidas. De ahí viene que la encuesta que tiende a aislar las características –disociando por ejemplo las cosas dichas de la manera de decirlas–, a arrancarlas del sistema de características correlativas, tienda a minimizar la distancia con respecto a cada punto, entre las clases, y en especial la distancia entre los pequeño-burgueses y los burgueses: en las situaciones ordinarias de la existencia burguesa, las trivialidades sobre el arte, la literatura o el cine tienen la voz grave y bien impostada, la dicción lenta y desenvuelta, la sonrisa distante o segura, el gesto mesurado, el traje de buen corte y el salón burgués de aquél que las dice[5].

---

[5] De tal manera que las lagunas pueden convertirse en desdeñoso rechazo y las confusiones en distracciones. Los burgueses se distinguen muy especialmente por su aptitud para ***dominar la situación de encuesta*** (lo que debería tomar en cuenta cualquier análisis de resultados). El dominio de la relación social en la que funciona la cultura les es dado sobre todo por la aptitud, repartida de forma muy desigual, para adoptar el tipo de relación con el lenguaje requerida en cualquier situación de conversación mundana (p. ej., charleta sobre cine o sobre viajes) y que supone un arte de tratar superficialmente, de insinuar, de enmascarar, utilizando abundantemente todas las muletillas, todos los términos de relleno y todas las prudenciales sintácticas reconocidos por los lingüistas como característicos del lenguaje burgués.

De esta forma, el gusto es el operador práctico de la transmutación de las cosas en signos distintos y distintivos, de las distribuciones continuas en oposiciones discontinuas; el gusto hace penetrar a las diferencias inscritas en el *orden físico* de los cuerpos en el *orden simbólico* de las distinciones significantes. Transforma unas prácticas objetivamente enclasadas, en las que una condición se significa a sí misma (por su propia mediación), en prácticas enclasantes, es decir, en expresión simbólica de la posición de clase, por el hecho de percibirlas en sus relaciones mutuas y con arreglo a unos esquemas de enclasamiento sociales. Así ocurre con el principio del sistema de las características distintivas, que está destinado a ser percibido como una expresión sistemática de una clase particular de condiciones de existencia, esto es, como un estilo de vida distintivo, por quienquiera que posea el conocimiento práctico de las relaciones entre los signos distintivos y las posiciones en las distribuciones, entre el espacio de las propiedades objetivas, que la construcción científica muestra, y el espacio no menos objetivo de los estilos de vida, que existe como tal para y por la existencia ordinaria. Este sistema de enclasamiento, que es producto de la incorporación de la estructura del espacio social tal como ésta se impone a través de la experiencia de una posición determinada en este espacio, es, en los límites de las posibilidades y de las imposibilidades económicas (que él mismo tiende a reproducir en su lógica), el principio de prácticas ajustadas a las regularidades inherentes a una condición; opera continuamente la transfiguración de necesidades en estrategias, de represiones en preferencias, y engendra, fuera de cualquier tipo de determinación mecanicista, el conjunto de "elecciones" constitutivas de *estilos de vida* enclasados y enclasantes que obtienen su sentido, es decir, su valor, de su posición en un sistema de oposiciones y de correlaciones[6]. Necesidad hecha virtud, el *habitus* inclina continuamente a hacer de la necesidad virtud inclinando a unas "elecciones" ajustadas a la condición de la que es producto: como puede verse en todos los casos en que, después de un cambio de posición social, las condiciones en las que se ha producido el *habitus* no coinciden con las condiciones en las que funciona y en las que es posible aislar de entre ellas la propia eficacia, es el gusto, *gusto de necesidad* o *gusto de lujo,* y no unos ingresos más o menos fuertes, el que impone las prácticas objetivamente ajustadas a estos recursos. Es el *habitus* el que hace que se tenga lo que gusta porque gusta lo que se tiene, esto es, las propiedades que de hecho resultan atribuidas en las distribuciones y que de derecho resultan asignadas en los enclasamientos[7].

La homología entre los espacios

Teniendo presente todo lo que precede y en particular el hecho de que los esquemas generadores del *habitus* se aplican, por simple transferencia, a los más

---

[6] La teoría económica, que trata a los agentes económicos como actores intercambiables, omite, paradójicamente, tomar en cuenta las condiciones económicas de posibilidad de las disposiciones económicas y, con ello, se incapacita para justificar realmente los sistemas de preferencias que definen unas utilidades subjetivas incomparables e independientes.

[7] La ética, que pretende imponer como norma universal los principios de un *ethos,* es decir, las elecciones forzadas por una condición, es también una manera, más o menos sutil, de sucumbir al *amor fati,* de contentarse con lo que se es y con lo que se tiene. Tal es el fundamento de la manifiesta antinomia entre la ética y la intención revolucionaria.

diferentes campos de la práctica, se comprende de inmediato que las prácticas, o los bienes que están asociados con las diferentes clases en los diferentes campos de la práctica, se organicen de acuerdo con unas estructuras de oposición que son perfectamente homólogas entre sí, porque son totalmente homólogas del espacio de las oposiciones objetivas entre las condiciones. Sin pretender demostrar aquí, en unas pocas páginas, lo que todo cuanto sigue deberá establecer, sino únicamente para dar a entrever en su globalidad un conjunto de relaciones que el detalle de los análisis corre el riesgo de disimular, nos contentaremos con indicar, de manera muy esquemática, cómo los dos grandes principios organizativos del espacio social imponen la estructura y el cambio del espacio de los consumos culturales y, más generalmente, de todo el espacio de los estilos de vida de los que estos consumos son sólo un aspecto. En materia de consumos culturales, la oposición principal, según el volumen global del capital, se establece aquí entre los consumos designados como *distinguidos,* por su propia singularidad, de las fracciones mejor provistas tanto de capital económico como de capital cultural, y los consumos socialmente considerados como *vulgares,* porque son a la vez *fáciles* y *comunes,* de los más desprovistos de esos dos tipos de capital, con, en posiciones intermedias, las prácticas condenadas a parecer *pretenciosas* por el hecho de la discordancia existente entre la ambición y las posibilidades que en aquellas prácticas se manifiesta. A la condición dominada, caracterizada, desde el punto de vista de los dominantes, por la combinación de la ascesis forzada y del laxismo injustificado, la estética dominante, de la que la obra de arte y la disposición estética son las realizaciones mejor acabadas, enfrenta la combinación de la soltura y de la ascesis, es decir, el ascetismo electivo como restricción deliberada, economía de medios, moderación, reserva, que se afirman en esa manifestación absoluta de la excelencia que es la relajación en la tensión.

Esta oposición fundamental se especifica según la estructura del capital: gracias a la mediación de los medios de apropiación de los que disponen, exclusiva o principalmente culturales por un lado, o más bien económicos por otro, y las diferentes formas de relacionarse con las obras de arte que de ello resultan, las distintas fracciones de la clase dominante se encuentran orientadas hacia unas prácticas culturales tan diferentes en su estilo y en su objeto, y a veces tan abiertamente antagónicas (como las de los "artistas" y las de los "burgueses"[8]), que se acaba por olvidar que son variantes de una misma relación fundamental con la necesidad y con los que permanecen sometidos a ella, y que tienen en común la búsqueda de la apropiación exclusiva de los bienes culturales legítimos y de los beneficios de distinción que esta apropiación proporciona. Al contrario que los miembros de las fracciones dominantes, que reclaman del arte un alto grado de negación del mundo social y tienden hacia una estética hedonista de la soltura y de la facilidad, simbolizada por el teatro de bulevar o la pintura impresionista, los miembros de las fracciones dominadas están completamente de acuerdo con la estética en lo que ésta tiene de esencialmente ascético y se ven por ello impelidos a adherirse a todas las revoluciones artísticas realizadas en nombre de la pureza y de la purificación, del rechazo de la ostentación y del gusto burgués por el ornato,

[8] El término "burgués" es empleado aquí como una abreviación de "fracciones dominantes de la clase dominante", y el término "intelectual" funciona de la misma manera para "fracciones dominadas de la clase dominante".

además, las disposiciones con respecto al mundo social que deben a su estatus de *parientes pobres* les inclina a acoger una representación pesimista del mundo social.

Si es demasiado evidente que el arte le ofrece su terreno por excelencia, no es tampoco menos cierto que no existe un campo de la práctica en el que la intención de someter a la depuración, al refinamiento, a la sublimación las pulsiones fáciles y las necesidades primarias pueda afirmarse; no existe un campo en el que la "estilización de la vida", es decir, la prioridad conferida a la *forma* sobre la *función,* que conduce a la *negación de la función,* produzca los mismos efectos. En materia de lenguaje, es la oposición entre la libertad de expresión popular y el lenguaje muy censurado de la burguesía, entre la búsqueda expresionista de lo pintoresco o del efecto y la decisión por la reserva y la sencillez fingida (*litotes* en griego). Y la misma economía de medios en el uso del lenguaje corporal: también aquí, la gesticulación y la prisa, las muecas y las mímicas, se contraponen a la lentitud –"los gestos lentos, la mirada lenta" de la nobleza según Nietzsche[9]–, a la reserva y a la imposibilidad con las que se expresa la altura. Y no existe nada incluso en el campo del gusto primario que no se organice según la oposición fundamental, con la antítesis entre la cantidad y la calidad, la gran comilona y los platos delicados, la materia y las maneras, la substancia y la forma.

La forma y la substancia

El hecho de que en materia de consumos alimenticios la oposición principal corresponda *grosso modo* a unas diferencias de ingresos ha disimulado la oposición secundaria que, tanto en el seno de las clases medias como en el de la clase dominante, se establece entre las fracciones más ricas en capital cultural y menos ricas en capital económico y las fracciones que tienen un patrimonio de estructura inversa. Los observadores ven así un efecto simple de los ingresos en el hecho de que, a medida que se sube en la jerarquía social, la proporción de consumos alimenticios disminuye, o de que decrece la proporción de los consumos de alimentos pesados y grasos y que hacen engordar, pero que también son alimentos baratos, pastas, patatas, judías, tocino, cerdo (F. C., XXXIII) y el del *vino,* mientras que aumenta la proporción de los consumos de alimentos sin grasas, ligeros (fáciles de digerir) y de los que no hacen engordar (vaca, ternera, cordero pascual y lechal, y sobre todo frutas y legumbres frescas, etc.)[10]. Por el hecho de que el verdadero principio de las preferencias es el gusto como necesidad hecha virtud, la teoría que hace del consumo una función simple de los ingresos es, en apariencia, verdad, puesto que los ingresos contribuyen, en una parte muy importante, a determinar la distancia con respecto a la necesidad. Sin embargo, es incapaz de explicar aquellos casos en los que ingresos iguales se encuentran asociados con unos consumos de estructuras totalmente distintas: así los contramaestres perma-

---

[9] F. NIETZSCHE, *Der Wille zur Macht*, Stuttgart, Alfred Kröner Verlag, 1964, Aph. 943, p. 360.

[10] El plátano es la única fruta de la que los obreros y los asalariados agrícolas tienen un consumo anual por persona (23,36 F y 25,20 F) superior al de todas las demás clases y en particular a la de los cuadros superiores (19,15 F), que van en cabeza en el consumo de *patatas* (31,60 F frente a 21,00 F para los obreros), mientras que las frutas y frutos caros y ricos, *uvas, melocotones, nueces* y *avellanas*, se consumen principalmente por los miembros de profesiones liberales, los industriales y los grandes comerciantes (29,04 F, 19,09 F, 17,23 F frente a 6,74 F, 11,78 F y 4,90 F para los obreros).

necen anclados en el gusto "popular", aunque disponen de ingresos superiores a los de los empleados, cuyo gusto, sin embargo, marca una ruptura brutal con el de los obreros y se aproxima al de los profesores.

Para dar cuenta verdaderamente de las variaciones que la ley de Engel no hace sino registrar, es preciso considerar el conjunto de características de la condición social que se encuentran asociadas (estadísticamente) desde la primera infancia hasta la posesión de unos ingresos más o menos altos, y que son de índole suficiente como para modelar unos gustos ajustados a esas condiciones[11]. El verdadero principio de las diferencias que se observan en el terreno del consumo y bastante más allá, es la oposición entre los *gustos de lujo (o de libertad)* y los *gustos de necesidad:* los primeros son propios de aquellos individuos producto de unas condiciones materiales de existencia definidas por *la distancia con respecto a la necesidad,* por las libertades o, como a veces se dice, por las *facilidades* que asegura la posesión de un capital; los segundos expresan, en su propio ajustamiento, las necesidades de las que son producto. Así es como se pueden "deducir" los gustos populares por los *alimentos* a la vez más *alimenticios* y más *económicos* (el doble pleonasmo muestra la reducción a la pura función primaria) de la *necesidad de reproducir al menor coste la fuerza de trabajo* que se impone, como su propia definición, al proletariado. La idea de gusto, típicamente burguesa, puesto que supone la absoluta libertad de elección, está tan estrechamente asociada con la idea de libertad que cuesta trabajo concebir las paradojas del gusto de necesidad. Ya sea que pura y simplemente se la anule, haciendo de la práctica un producto directo de la necesidad económica (los obreros comen judías porque no pueden pagarse otra cosa) e ignorando que la necesidad no puede satisfacerse, la mayor parte del tiempo, si no es porque los agentes estén inclinados a satisfacerla, porque *tengan el gusto* de aquéllo a lo que de todas formas están condenados. Ya sea que se haga de ella un gusto de libertad, olvidando los condicionamientos que la han producido y que se la reduzca así a una preferencia patológica o mórbida hacia las cosas de (primera) necesidad, una especie de indigencia congénita, pretexto para un racismo de clase que asocia al pueblo con lo grueso y con lo graso rojo fuerte, toscos zuecos, trabajos pesados, risotadas, bromas pesadas, burdo buen sentido, bromas groseras, etc...*. El gusto es *amor fati,* elección del destino, pero una elección forzada, producida por unas condiciones de existencia que, al excluir como puro sueño cualquier otra posible, no deja otra opción que el gusto de lo necesario.

Basta con describir los gustos por necesidad como si se tratase de gustos de lujo[12] (lo que inevitablemente sucede siempre que se ignora la *modalidad de las prácticas*) para producir falsas coincidencias entre las dos posiciones extremas del espacio social: ya se trate de fecundidad o de celibato (o, lo que viene a ser lo mismo, de retraso en el matrimonio), se ve que lo que es un lujo electivo para unos es para otros un efecto de la privación. Por esta razón, el análisis de Nicole Tabard sobre las actitudes con respecto al trabajo femenino es ejemplar: para las mujeres

[11] Todo este parágrafo está apoyado en un análisis secundario de las tablas de la encuesta del INSEE sobre el consumo de las familias en 1972, según la categoría socio-profesional, en 39 puestos.

* Los adjetivos *gros, grasse, grosse,* al traducirlos al español, no permiten hacer el juego de palabras. (*Nota de la T.*).

[12] Diremos mejor gustos de lujo que gustos de libertad para evitar que pueda olvidarse que los gustos de libertad son producto también de una necesidad social que se define por las "facilidades", es decir, por la distancia con respecto a la necesidad que aquélla ofrece.

de la clase obrera, "el trabajo es una opresión que se alivia cuando aumentan los ingresos del marido"; por el contrario, para las clases privilegiadas, el trabajo femenino es una opción, como lo testimonia el hecho de que "la tasa de actividad femenina no disminuye cuando se eleva el status"[13]. Debería tenerse presente este ejemplo cuando se leen estadísticas en las que la identidad nominal que impone la homogeneidad de la pregunta oculta, como ocurre a menudo cuando se pasa de un extremo al otro del espacio social, unas realidades totalmente distintas: si en un caso las mujeres que trabajan se muestran favorables al trabajo femenino, mientras que en el otro se muestran desfavorables aunque trabajen, es porque el trabajo al que tácitamente se refieren las mujeres de la clase obrera es el único que les es permitido esperar, esto es, un trabajo manual penoso y mal remunerado que no tiene nada en común con el que la palabra trabajo evoca para las mujeres de la burguesía. Y para dar una idea de los efectos ideológicos que ejerce la visión dominante cuando, esencialista y antigenética, naturaliza, consciente o inconscientemente, el gusto por necesidad ("el gusto bárbaro" de Kant) convirtiéndolo en inclinación natural por el solo hecho de disociarlo de sus *razones de ser* económicas y sociales, bastará con recordar una experiencia de psicología social que ha demostrado que un mismo acto, donar sangre, es percibido como voluntario o forzado según que lo realicen miembros de las clases privilegiadas o miembros de las clases populares[14].

El gusto por necesidad sólo puede engendrar un estilo de vida en sí, que sólo es definido como tal negativamente, por defecto, por *la relación de privación* que mantiene con los demás estilos de vida. Para los unos los emblemas electivos, para los otros los estigmas que llevan hasta en su propio cuerpo. "Del mismo modo que el pueblo elegido llevaba inscrito en la frente que pertenecía a Yaveh, la división del trabajo imprime en el obrero fabril un sello que lo consagra como propiedad del capital." Este sello, del que Marx habla, no es otra cosa que el estilo de vida mismo, por medio del cual los más desposeídos se denuncian de inmediato, hasta en su utilización del tiempo libre, dedicándose así a servir de *contraste* a todas las empresas de distinción y a contribuir, de manera completamente negativa, a la dialéctica de la pretensión y de la distinción que se encuentra en la base de los incesantes cambios del gusto. No contentos con no poseer casi ninguno de los conocimientos o de las maneras que reciben su valor en el mercado de los exámenes escolares o de las conversaciones mundanas, y con tener sólo unas habilidades carentes de valor en esos mercados, ellos son los que "no saben vivir", los que más dinero dedican a los alimentos materiales, y a los más pesados, a los más groseros y a los que más engordan de entre aquéllos –pan, patatas y grasas– a los más vulgares también –como el vino–, los que menos dedican al vestido y a los cuidados corporales, a la cosmética y a la estética, los que "no saben descansar", los que "siempre encuentran algo que hacer", los que van a plantar sus tiendas en los *campings* superpoblados, los que se instalan con sus meriendas en los bordes de las carreteras nacionales, los que se introducen con su Renault 5 o su Simca 1000 en los embotellamientos de comienzos de las vacaciones, los que se abandonan a diversiones prefabricadas concebidas para ellos por los ingenieros de la producción cultural de gran serie, los que, con todas sus "elecciones" tan mal inspiradas, confirman el

[13] N. Tabard, *Besoins et aspirations des familles et des jeunes*, CREDOC y CNAF, s.d., p. 153.

[14] J.W. Thibaut y A.W. Riecken, "Some Determinants and Consequences of the Perception of Social Psychology", *Journal of Personality*, 1956, vol. 24, pp. 113-133.

racismo de clase, si es necesario, en la convicción de que no tienen más que lo que se merecen.

El arte de beber y de comer es sin duda uno de los pocos terrenos que quedan en los que las clases populares se oponen explícitamente al arte de vivir legítimo. A la nueva ética de la sobriedad en favor de la esbeltez, que es tanto más reconocida cuanto más alto se está en la jerarquía social, los campesinos y sobre todo los obreros contraponen una *moral de la buena vida.* El "vividor" no es sólo aquél a quien le gusta comer bien y beber bien. Es también el que sabe entrar en la relación generosa y *familiar,* eso es, sencilla y libre a la vez, que el beber y el comer en común favorecen y simbolizan, y en la que desaparecen por completo las reticencias, las reservas que manifiestan la distancia con el rechazo de mezclarse y de abandonarse.

El 64% de los cuadros superiores, miembros de profesiones liberales e industriales, y el 60% de los cuadros medios y empleados juzgan que "el francés come demasiado". Los agricultores (que son con mucho los más inclinados a pensar que come "normalmente" –el 54% frente al 32% en las clases superiores–) y los obreros son los menos dados a aceptar la nueva norma cultural (el 40 y el 46%), que es más reconocida entre las mujeres que entre los hombres y más también entre los *jóvenes* que entre los viejos. En materia de bebida, sólo los agricultores se oponen claramente a la opinión dominante (el 32% dicen que "el francés bebe normalmente"), que los obreros aceptan no obstante con menos frecuencia que las demás categorías. El 63% de los obreros (y el 56% de los campesinos frente al 48% de los cuadros, miembros de profesiones liberales e industriales) dicen tener una opinión favorable de quien gusta de comer y beber bien. Otro índice de su propensión a reivindicar en este campo unas prácticas heterodoxas que en materia de cultura se esfuerzan por disimular, es que dicen que en un restaurante escogerían más bien un plato cocinado que una carne a la parrilla (como hacen los cuadros superiores) o que tomarían en la misma comida queso y postre (lo que se comprende si se sabe que, por su propia singularidad, la visita a un restaurante es para la mayor parte de ellos –el 51% de los agricultores y el 44% de los obreros no van casi nunca a restaurantes, frente al 6% de los miembros de las clases superiores– algo extraordinario, asociado a la idea de abundancia y de suprensión de las restricciones ordinarias). Incluso en materia de consumo de alcohol, en la que el peso de la legitimidad es sin duda mayor, los miembros de las clases populares son los menos inclinados (el 35% para los agricultores y el 46% para los obreros frente al 55% para las clases superiores) a situar más allá de los 15 años la edad en que un niño puede ser autorizado a beber alcohol (F. C., XXXIV).

La frontera que marca la ruptura de la relación popular con los alimentos pasa sin lugar a dudas entre los obreros y los empleados: gastando menos que los obreros cualificados, tanto en valor absoluto (9.377 F frente a 10.347 F) como en valor relativo (34,2% frente a 38,3%), para la alimentación, los empleados consumen menos cantidad de pan, cerdo, embutidos, de leche y quesos, de conejos y aves, de legumbres secas y materias grasas y, dentro de un presupuesto alimenticio más restringido, gastan lo mismo en carne –vaca, ternera, cordero pascual y lechal– y un poco más en pescado, frutas frescas y aperitivos. Estas transformaciones de la estructura de los consumos alimenticios se acompañan de un aumento de los gastos en materia de higiene o de cuidados personales (esto es, tanto para la salud como

Tabla 16—**Estructura de los consumos alimenticios de los empleados, capataces y obreros cualificados (F. C., III)**

	obreros cualificados		capataces		empleados	
número medio de personas por familia	3,61		3,85		2,95	
gasto medio total por familia (en F)	26.981		35.311		27.376	
gasto alimenticio medio por familia (en F)	10.347		12.503		9.376	
gasto alimenticio en % del gasto total	38,3		35,4		34,2	
gasto medio en F y % del gasto alimenticio total:	F	%	F	%	F	%
Cereales, entre ellos:	925	8,9	1.054	8,4	789	8,4
· pan	464	4,5	512	4,1	349	3,7
· productos de pastelería, *biscottes*	331	3,2	439	3,5	322	3,4
· arroz	27	0,3	28	0,2	24	0,2
· pastas	65	0,6	46	0,4	49	0,5
· harinas	37	0,3	27	0,2	45	0,5
Legumbres y hortalizas, entre ellas:	858	8,3	979	7,8	766	8,2
· patatas	141	1,4	146	1,2	112	1,2
· verduras frescas	556	5,4	656	5,2	527	5,6
· legumbres secas y en conserva	162	1,6	177	1,4	127	1,3
Frutas y frutos, entre ellos:	515	5,0	642	5,1	518	5,5
· Frutas frescas	248	2,4	329	2,6	278	3,0
· cítricos, plátanos	202	1,9	229	1,8	177	1,9
· frutos secos	65	0,6	86	0,7	62	0,7
Carnes, entre ellas:	1.753	16,9	2.176	17,4	1.560	16,5
· vaca	840	8,1	1.086	8,7	801	8,5
· ternera	302	2,9	380	3,0	296	3,1
· cordero pascual y lechal	169	1,6	170	1,3	154	1,6
· caballo	88	0,8	112	0,9	74	0,8
· cerdo	354	3,4	428	3,4	235	2,5
Chacinería, platos preparados	893	8,6	1.046	8,4	758	8,0
Pescados, crustáceos, mariscos	268	2,6	330	2,6	280	3,0
Aves	389	3,7	403	3,2	317	3,4
Conejos, caza	173	1,7	156	1,2	131	1,4
Huevos	164	1,6	184	1,5	146	1,5
Leche	342	3,3	337	2,7	252	2,7
Quesos, yogures	631	6,1	700	5,6	521	5,5
Materias grasas, entre ellas:	547	5,3	629	5,0	439	4,7
· mantequilla	365	3,5	445	3,5	292	3,1
· aceites	149	1,4	146	1,2	125	1,3
· margarina	30	0,3	37	0,3	21	0,2
· manteca de cerdo	2	–	–	–	1	-
Azúcar, bombones y caramelos, cacao	345	3,3	402	3,2	290	3,1
Alcoholes, entre ellos:	883	8,6	1.459	11,7	771	8,2
· vinos	555	5,4	1.017	8,1	466	5,0
· cerveza	100	1,0	109	0,9	68	0,7
· sidra	13	–	5	–	8	–
· aperitivos, licores, etc.	215	2,1	328	2,6	229	2,4
Bebidas no alcohólicas	236	2,3	251	2,0	224	2,4
Café, té	199	1,9	252	2,0	179	1,9
Comidas en restaurantes	506	4,9	583	4,7	572	6,1
Comidas en cantinas	457	4,4	559	4,5	473	5,0
Varios	263	2,5	359	2,9	389	4,1

para la belleza) y de vestuario, así como con un ligero aumento de los gastos culturales y para diversiones. Basta con observar que la restricción de los gastos alimenticios, y en particular de los más *terrestres,* de los más prosaicos y de los más *materiales* de entre ellos, se acompaña de una restricción de los nacimientos, para tener derecho a suponer que constituye un aspecto de una transformación global de la relación con el mundo: el *gusto "modesto",* que sabe sacrificar los apetitos y placeres inmediatos a los deseos y a las satisfacciones futuras, se contrapone con el materialismo espontáneo de las clases populares que rehusan entrar en la contabilidad benthamiana de los placeres y de las penas, de los beneficios y de los costes (por ejemplo para la salud y la belleza). Quiere decirse que estos dos tipos de relación con los alimentos terrestres tienen como base dos tipos de disposiciones con respecto al porvenir, que están ellos mismos en una relación de causalidad circular con dos futuros objetivos: contra la antropología imaginaria de la ciencia económica que nunca ha retrocedido ante la formulación de leyes universales de la "preferencia temporal", hay que recordar que la propensión a subordinar los deseos presentes a los deseos futuros depende del grado en que este *sacrificio* sea "razonable", es decir, de las probabilidades que existen de obtener *en cualquier caso* unas satisfacciones futuras superiores a las satisfacciones sacrificadas[15]. Al número de las condiciones económicas de la propensión a sacrificar las satisfacciones inmediatas a las satisfacciones esperadas, hay que añadir la probabilidad de esas satisfacciones futuras que está inscrita en la condición presente. Es también una especie de cálculo económico el que disuade de someter la existencia al cálculo económico: el hedonismo que lleva a tomar al día las raras satisfacciones ("los buenos momentos") del presente inmediato es la única filosofía concebible para aquellos que, como suele decirse, no tienen futuro y que en todo caso poco tienen que esperar del futuro[16]. Se comprende mejor que el materialismo práctico que se manifiesta sobre todo en lo que respecta a los alimentos sea uno de los componentes más fundamentales del *ethos,* e incluso de la ética popular: la presencia en el presente que se afirma en la preocupación por aprovechar los buenos momentos y por tomar los tiempos conforme vienen es, en sí, una afirmación de solidaridad con los otros (que son, por lo demás, la única garantía presente frente a las amenazas del porvenir), en la medida en que esta especie de inmanentismo temporal es un reconocimiento de los límites que definen la condición. Por eso la sobriedad del pequeño-burgués se siente como una ruptura: al abstenerse de divertirse y de divertirse con los otros, el aspirante pequeño-burgués revela su ambición de sustra-

[15] Será suficiente un buen ejemplo, tomado de Böhn-Bawerk, de esos falsos análisis de esencia: "We must now consider a *second* phenomenon of human experience —one that is heavily fraught with consequence. That is the fact that we feel less concerned about future sensations of joy and sorrow simply because they do lie in the future, and the lessening of our concern is in proportion to the remoteness of that future. Consequently we accord to goods which are intended to serve future ends a value which falls short of the true intensity of their future marginal utility. *We systematically undervalue our future wants and also the means which serve to satisfy them*" (E. BOHM-BAWERK, *Capital and Interest,* vol. 2, South Holland, IL 1959, p. 268, citado por G. J. STIGLER y G. S. BECKER, *loc. cit.*).

[16] Puede suponerse que la relación profunda con el porvenir (y también con su propia persona —a la que se concede tanto más valor cuanto más alto se está situado en la jerarquía social) se expresa en el hecho de que la proporción de los que dicen que "después de la muerte existe una vida nueva" es muy pequeña en los obreros (el 15 % frente al 18 % en los artesanos y comerciantes o en los empleados y cuadros medios y el 32 % en los cuadros superiores) (SOFRES, Antenne 2, *Les Français et la mort,* octubre 1977).

erse al presente común, cuando no construye toda su imagen de sí alrededor de la oposición entre la casa y el café, la abstinencia y la intemperancia, esto es, también entre la salvación individual y las solidaridades colectivas.

> El café no es un lugar al que se va para beber sino un lugar al que se va para beber *en compañía* y en el que se pueden establecer relaciones de familiaridad fundadas en la supresión momentánea de las censuras, de las convenciones y de las conveniencias que son moneda corriente en los contactos entre extraños: en oposición al café o al restaurante burgués o pequeño burgués, en los que cada mesa constituye un pequeño territorio separado y apropiado (se solicita permiso para tomar prestados una silla o un salero), el café popular es una compañía (lo que indica el "Salud a la compañía" o "Buenos días a todo el mundo" o "Salud a los amigos" del que acaba de llegar) en la que cada uno se integra. Tiene como centro el mostrador, en el que se acodan los habituales después de haber estrechado la mano del "patrón", situado así en posición de anfitrión (a menudo es él quien lleva el juego), y a veces incluso a todos los presentes (las mesas –no siempre las hay– se dejan a los "forasteros" o a las mujeres que llegan para darles algo de beber a sus hijos o para hacer una llamada telefónica). Es en el café donde llega a su perfección el arte típicamente popular de la *broma,* el arte de tomar todo a broma (de ahí los *fuera de broma* o *déjate de bromas,* con los que se indica la vuelta a las cosas serias que, por otra parte, pueden servir de introducción a una broma en segundo grado), pero también el arte de decir o de hacer bromas, cuya víctima propiciatoria es el gordo reconocido, porque se presta a ellas más que nadie gracias a una propiedad que, según el código popular, constituye más una singularidad pintoresca que una tara, y porque el buen carácter que se le supone le predispone a aceptarlas y a tomarlas por el lado bueno; el arte, en una palabra, de burlarse de los otros sin que se enfaden, por medio de burlas o insultos rituales que resultan neutralizados por su propio exceso y que, al suponer una gran familiaridad tanto por la información que utilizan como por la libertad que manifiestan, son en realidad testimonios de atención o de afecto, maneras de valorizar bajo la apariencia de criticar, de asumir bajo la apariencia de condenar –aunque también puedan servir para poner a prueba a aquellos que quisieran tomar distancias con respecto al grupo[17].

Tres maneras de distinguirse

La principal oposición entre los gustos de lujo y los gustos por necesidad se especifica en tantas oposiciones cuantas maneras diferentes existen de afirmar su distinción con respecto a la clase obrera y a sus necesidades primarias, o, lo que viene a ser lo mismo, cuantos poderes permiten mantener a distancia a la necesidad. Así, en la clase dominante se puede, para simplificar, distinguir tres estructuras de consumos distribuidas en tres categorías principales: alimentación, cultura y gastos de presentación de sí mismo y de representación (vestidos, cuidados de belleza, artículos de tocador, personal de servicio). Estas estructuras toman formas estrictamente inversas –como las estructuras de su capital– en los profesores y en los industriales o los grandes comerciantes: mientras que estos últimos tienen con-

[17] No parece inútil indicar que este arte, que tiene sus virtuosos, los bromistas reconocidos, puede caer en la caricatura con burlas y murmuraciones que aparecen como estereotipos, estúpidas y groseras *según los propios criterios del gusto popular.*

Tabla 17—**Estructura de los gastos entre los profesores, miembros de profesiones liberales, industriales y grandes comerciantes (F. C., III)**

	profesores		miembros de profesiones liberales		industriales, grandes comerciantes	
	F	%	F	%	F	%
alimentación*	9.969	24,4	13.956	24,4	16.578	37,4
presentación**	4.912	12,0	12.680	22,2	5.616	12,7
cultura***	1.753	4,3	1.298	2,3	574	1,3

* Alimentación: incluidas comidas en restaurante o en cantina.
** Presentación: incluye vestidos, calzados, reparaciones y limpiezas, artículos de tocador, peluquería, empleados de hogar.
*** Cultura: incluye libros, periódicos, papelería, discos, deportes, juguetes, música, espectáculos.

sumos alimenticios excepcionalmente altos (de más del 37% de sus presupuestos), gastos culturales muy bajos y gastos de presentación y representación medios, los primeros, cuyo gasto total medio es muy reducido, tienen gastos alimenticios bajos (inferiores, relativamente, a los de los obreros), gastos de presentación y representación moderados (con unos gastos para la salud que se encuentran entre los más elevados) y gastos culturales (libros, periódicos, espectáculos, deportes, juguetes, música, radio y tocadiscos) relativamente altos. Tanto a los unos como a los otros se oponen los miembros de las profesiones liberales, que dedican a la alimentación una parte de su presupuesto igual a la de los profesores (24,4%) para un gasto global mucho más elevado que el de éstos (57.122 F en lugar de 40.884 F), y cuyos gastos de presentación y representación rebasan con mucho los de todas las demás fracciones, sobre todo si se le añaden los gastos en personal de servicio, mientras que sus gastos culturales son más bajos que los de los profesores (o incluso que los de los ingenieros y cuadros superiores, que se sitúan a medio camino entre los profesores y los miembros de profesiones liberales, aunque más cerca de estos últimos, para casi todos los consumos).

Es posible precisar el sistema de diferencias observando más de cerca cómo se distribuyen los consumos alimenticios: los industriales y los comerciantes difieren profundamente, en este punto, de los miembros de profesiones liberales y, *a fortiori*, de los profesores, en razón de la importancia que conceden a los productos a base de cereales (en especial la pastelería), a los vinos, las conservas de carne, la caza, y de la parte relativamente débil que dejan a la carne y a las frutas frescas y hortalizas. Los profesores, cuyos gastos alimenticios tienen una estructura casi idéntica a la de los empleados de oficina, dedican más que todas las otras fracciones al pan, a los productos lácteos, al azúcar, a las confituras, a las bebidas no alcohólicas, menos siempre a los vinos y a los alcoholes, y claramente menos que los miembros de las profesiones liberales a los productos caros, como las carnes –y sobre todo a las más caras de entre las mismas, como el cordero pascual y lechal–, las frutas y las hortalizas. En cuanto a los miembros de las profesiones liberales, se

Tabla 18—**Estructura de los consumos alimenticios según las distintas fracciones de la clase dominante (F. C., III)**

	profesores		cuadros superiores		miembros de prof. liberales		ingenieros		industriales, grandes com.	
número medio de personas por familia	3.11		3.6		3.5		3.6		3.6	
gasto medio total por familia (en F)	40.844		52.156		57.122		49.822		44.339	
gasto alimenticio medio por familia (en F)	9.969		13.158		13.956		12.666		16.578	
gasto alimenticio en % del gasto total	24.4		2.52		24.4		25.4		37.4	
gasto medio en F y % del gasto alimenticio total:	F	%	F	%	F	%	F	%	F	%
Cereales. entre ellos:	865	8.7	993	7.5	1.011	7.2	951	7.5	1.535	9.2
· pan	322	3.2	347	2.6	326	2.3	312	2.5	454	2.5
· productos de pastelería. *biscottes*	452	4.5	552	4.1	548	4.0	539	4.2	989	5.6
· arroz	16	0.2	27	0.2	33	0.2	28	0.2	29	0.1
· pastas	35	0.3	32	0.2	62	0.4	41	0.3	33	0.1
· harinas	40	0.4	35	0.2	41	0.3	31	0.2	28	0.1
Legumbres y hortalizas. entre ellas:	766	7.7	1.015	7.7	1.100	7.9	899	7.1	1.222	7.4
· patatas	81	0.8	94	0.7	95	0.7	98	0.7	152	0.8
· verduras frescas	555	5.6	729	5.5	811	5.8	647	5.1	915	5.1
· legumbres secas y en conserva	131	1.3	191	1.4	216	1.5	154	1.2	153	0.8
Frutas y frutos. entre ellos:	632	6.3	871	6.6	990	7.2	864	6.8	877	5.2
· frutas frescas	295	2.9	405	3.1	586	4.2	424	3.3	547	3.1
· cítricos. plátanos	236	2.4	343	2.6	303	2.2	324	2.5	256	1.4
· frutos secos	102	1.0	122	0.9	98	0.7	116	0.9	73	0.4
Carnes. entre ellas:	1.556	15.6	2.358	18.0	2.552	18.3	2.073	16.4	2.323	14.0
· vaca	814	8.1	1.291	9.8	1.212	8.7	1.144	9.0	1.273	7.2
· ternera	335	3.4	452	3.4	630	4.5	402	3.1	377	2.3
· cordero pascual y lechal	156	1.6	315	2.3	438	3.2	242	1.9	390	2.2
· caballo	31	0.3	49	0.3	31	0.2	37	0.3	94	0.5
· cerdo	221	2.2	251	1.7	239	1.7	247	1.9	187	1.3
Chacinería. platos preparados	634	6.3	741	5.6	774	5.5	705	5.6	812	4.9
Pescados. crustáceos. mariscos	336	3.4	503	3.8	719	5.1	396	3.1	588	3.5
Aves	235	2.3	311	2.4	399	2.8	310	2.4	333	2.0
Conejos. caza	36	0.3	97	0.7	148	1.1	89	0.7	289	1.7
Huevos	149	1.4	172	1.3	190	1.4	178	1.4	185	1.1
Leche	299	3.0	271	2.0	249	1.8	287	2.3	309	1.9
Quesos, yogures	692	6.9	776	5.9	843	6.0	785	6.1	1.090	6.5
Materias grasas. entre ellas:	399	4.0	564	4.3	525	3.8	504	4.0	551	3.3
· mantequilla	320	3.2	408	3.1	379	2.7	371	2.9	405	2.4
· aceites	66	0.6	136	1.0	132	1.0	103	0.8	112	0.6
· margarina	12	0.1	17	0.1	12	0.1	29	0.2	19	0.1
· manteca de cerdo	1	–	2	–	1	–	1	–	13	0.1
Azúcar, bombones y caramelos. cacao	304	3.0	395	3.0	265	1.9	327	2.6	407	2.4
Alcoholes. entre ellos:	711	7.1	1.365	10.3	1.329	9.5	937	7.4	2.218	13.4
· vinos	457	4.6	869	6.6	899	6.4	392	3.1	1.881	11.8
· cerveza	82	0.8	91	0.7	40	0.3	184	1.4	93	0.5
· sidra	13	0.1	391	3.0	389	2.8	352	2.8	237	1.4
· aperitivos. licores. etc.	157	1.6	391	3.0	389	2.8	352	2.8	237	1.4
Bebidas no alcohólicas	344	3.4	342	2.6	267	1.9	295	2.3	327	2.0
Café, té	152	1.5	215	1.5	291	2.1	178	1.4	298	1.8
Comidas en restaurantes	829	8.3	1.863	13.0	1.562	11.2	1.372	10.8	1.179	7.1
Comidas en cantinas	745	7.5	562	4.0	221	1.6	773	6.1	299	1.8
Varios	264	2.6	379	2.7	258	1.8	432	3.4	324	1.9

distinguen principalmente por la importante parte de sus gastos que va a productos caros y en particular a las carnes (el 18,3% de los gastos de alimentación) y sobre todo a las más caras de entre las mismas (ternera, cordero pascual y lechal), a las hortalizas y a las frutas frescas, a los pescados y crustáceos, a los quesos y a los aperitivos[18].

Así, cuando se va desde los obreros a los patronos comerciales e industriales, pasando por los capataces y los artesanos y pequeños comerciantes, el freno económico tiende a debilitarse sin que cambie el principio fundamental de las elecciones en consumo: la oposición entre los dos extremos se establece entonces entre el *pobre* y el (nuevo) *rico,* entre la "*bouffe*" y la "gran *bouffe*"*; los alimentos consumidos son cada vez más ricos (es decir, cada vez más costosos y más ricos en calorías) y cada vez más pesados (caza, *foie gras*). Por el contrario, el gusto de los miembros de profesiones liberales o de los cuadros superiores constituye negativamente el gusto popular como gusto de lo pesado, de lo graso, de lo grosero, al orientarse hacia lo ligero, lo fino, lo refinado: la abolición de los frenos económicos se acompaña con el refuerzo de las censuras sociales que prohiben la grosería y la gordura en beneficio de la distinción y de la esbeltez. El gusto por los alimentos selectos y aristocráticos inclina a una cocina con tradición, rica en productos caros o selectos (hortalizas, carnes, etc.). Por último, los profesores, más ricos en capital cultural que en capital económico, y llevados por ello hacia consumos ascéticos en todos los campos, se oponen casi conscientemente, mediante una búsqueda de la originalidad, al menor coste económico que orienta hacia el exotismo (cocina italiana, china, etc.) y el populismo culinario (platos campesinos), a los (nuevos) ricos y a sus ricos alimentos, vendedores y consumidores de "gruesa *bouffe*", a los que a veces se les llama los "gruesos", gruesos de cuerpo y groseros de espíritu, que tienen los medios económicos suficientes como para afirmar con una arrogancia percibida como "vulgar" un estilo de vida que permanece muy próximo, en materia de consumos económicos y culturales, al de las clases populares[19].

No hace falta decir que no es posible autonomizar los consumos alimenticios, sobre todo al ser tomados únicamente mediante los *productos* consumidos, con respecto al conjunto del estilo de vida: aunque sólo sea porque el gusto en materia de *platos* (de los que los productos, sobre todo en el grado de indeterminación en que los recoge la estadística, no pueden dar una idea demasiado aproximada) se encuentra asociado, por la mediación del modo de preparación, con toda la representación de la economía doméstica y de la división del trabajo entre los sexos, al ser afín con una concepción tradicional del papel femenino el gusto por los *platos cocinados* (*pot-au-feu***, *blanquette,* adobo) que reclaman una fuerte in-

---

[18] En el seno de las clases medias, las oposiciones son mucho menos netas, aunque se encuentran diferencias homólogas entre los maestros y los empleados de oficina por una parte, y los pequeños comerciantes por la otra.

[19] La preferencia por los restaurantes extranjeros, italianos, chinos, japoneses y, en menor grado, rusos, aumenta a medida que se va elevando la posición en la jerarquía social (la única excepción son los restaurantes españoles, ligados sin duda con una forma de turismo más popular, que van siendo escogidos con mayor frecuencia conforme va bajando la posición en la jerarquía social, y los restaurantes norteafricanos que resultan más elegidos por los cuadros medios). (F. C., XXXIV).

* El verbo francés *bouffer* podría traducirse, aproximadamente por zampar, y la expresión gran *bouffe* por comilona, panzada, siempre con un sentido un poco grosero. *(Nota de la T.).*

** *Pot-au-feu* podría traducirse aproximadamente por puchero (refiriéndose al guiso, no a la vasija). *(Nota de la T.).*

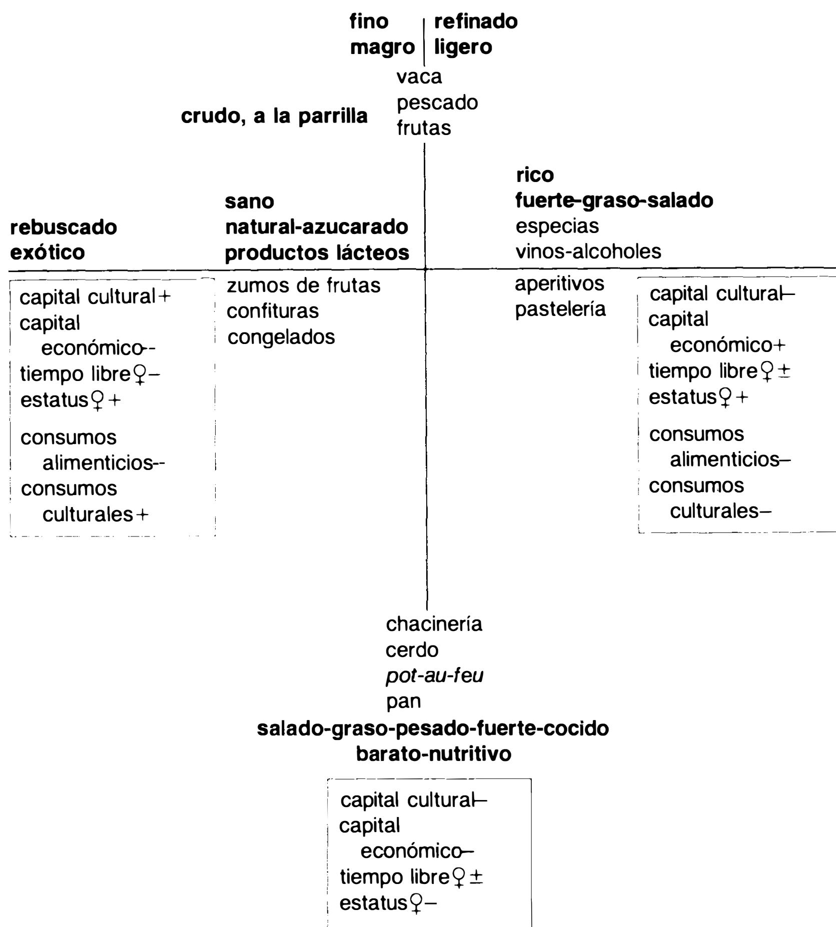
versión de tiempo e interés: así es como, mirado desde este punto de vista, la oposición es particularmente fuerte entre las clases populares y las fracciones dominadas de la clase dominante en la que las mujeres, cuyo trabajo tiene un gran valor económico (lo que contribuye sin duda a explicar que tengan una idea más alta de su valor), intentan dedicar con prioridad su tiempo libre al cuidado de los niños y a la transmisión del capital cultural, y tienden a dudar de la tradicional división del trabajo entre los sexos; la búsqueda de la economía de tiempo y trabajo en la preparación se conjuga con la búsqueda de la ligereza y del bajo contenido en calorías de los productos para inclinar hacia los alimentos a la plancha o parrilla y los alimentos crudos (las "ensaladas compuestas") y también hacia los productos y platos congelados, los yogures y los productos lácteos azucarados, otras tantas elecciones que se encuentran en las antípodas de los platos populares, de los que el más típico es el *pot-au-feu,* hecho de carne de segunda y hervida –por contraposición con hecho a la plancha o asado al horno–, modo de cocción inferior que sobre todo requiere tiempo. No es una casualidad que esta forma de cocina –se dice de una mujer que se dedica por completo a su hogar que ella es *pot-au-feu*– simbolice un estado de la condición femenina y de la división del trabajo entre los sexos, como las *pantuflas* que se calzan antes de cenar simbolizan el papel complementario adjudicado al hombre[20].

Son los obreros los que dedican mayor tiempo e interés a la cocina: el 69% de las personas interrogadas manifiestan que les gusta guisar para las grandes ocasiones frente al 59% de los cuadros medios, el 52% de los pequeños comerciantes y el 51% de los cuadros superiores, miembros de profesiones liberales e industriales (F. C., XXXIV bis). Otro índice indirecto de estas diferencias en materia de división sexual del trabajo: mientras que los profesores y los cuadros superiores parecen conceder la prioridad al lava-vajillas y a la lavadora, para los miembros de las profesiones liberales y para los industriales o grandes comerciantes, la prioridad parece ir más bien hacia la televisión y el automóvil (F. C., III). Por último, invitados a elegir en una lista de siete platos sus dos manjares preferidos, los agricultores y los obreros que, como todas las demás categorías, ponen en primer lugar la *pierna de cordero asada,* se muestran los más inclinados (el 45% y el 34% –frente al 28% de los empleados, el 20% de los cuadros superiores y el 19% de los pequeños patronos–) a citar el *pot-au-feu* (siendo los agricultores casi los únicos que eligen la *andouillette* (especie de salchicha muy grasa) –a razón del 14% frente al 4% de los obreros, empleados y cuadros medios, el 3% de los cuadros superiores y el 0% de los pequeños patronos–). Los obreros y los pequeños patronos se dirigen también hacia el *pollo al vino* (50% y 48%), plato típico de los pequeños restaurantes medios que quieren parecer elegantes, lo que sin duda está asociado con la idea de "salida" al restaurante (frente al 42% de los empleados, al 39% de

[20] Los pequeños patronos de la industria y del comercio, encarnación del "tendero" tradicionalmente execrado por los artistas, son los que dicen con mayor frecuencia (el 60 %) que se calzan sus pantuflas todos los días antes de cenar, mientras que los miembros de las profesiones liberales y los cuadros superiores con los que más tienden a rechazar este símbolo pequeño-burgués (el 35 % manifiestan que nunca lo hacen). Por lo que se refiere a las obreras y a las campesinas, el hecho de que ellas se distingan por un consumo particularmente alto de pantuflas testimonia sin lugar a dudas el tipo de relación con el cuerpo, con el arreglo personal y con la cosmética que implica el repliegue en la casa y en la vida doméstica (se sabe, por ejemplo, que las mujeres de artesanos o comerciantes y de obreros son las más dadas a decir que, en la elección de su vestuario, se guían sobre todo por la preocupación de gustar a su marido).

los cuadros superiores y al 37% de los agricultores). Los cuadros, miembros de profesiones liberales y patronos no se distinguen de manera relativamente clara más que por la elección de aquél que, entre los platos propuestos por una lista *particularmente exigua para ellos,* es a la vez relativamente "ligero" y simbólicamente señalado con respecto a la rutina ordinaria de la cocina pequeño-burguesa, la bullavesa (el 31% frente al 22% de los empleados, el 17% de los pequeños patronos, el 10% de los obreros, el 7% de los agricultores), y en el que la contraposición entre el pescado y la carne (y sobre todo el cerdo con *choucroute* o al *cassoulet*) se dobla claramente con la colaboración regionalista y turística (F. C., XXXIV). Es evidente que, por el hecho de la imprecisión de la clasificación empleada, no es posible captar aquí los efectos de la oposición secundaria entre las distintas fracciones, y que las tendencias observadas sin duda habrían sido más marcadas si se hubiera podido aislar, por ejemplo, a los profesores y si la lista de los platos propuestos hubiera estado más diversificada de acuerdo con los aspectos sociológicamente pertinentes.

Gráfico 9—**El espacio de los consumos alimenticios**



El gusto en materia de alimentos depende también de la idea que cada clase se hace del cuerpo y de los efectos de la alimentación sobre el mismo, es decir, sobre su fuerza, su salud y su belleza, y de las categorías que emplea para evaluar estos efectos, pudiendo ser escogidos algunos de ellos por una clase e ignorados por otra, y pudiendo las diferentes clases establecer unas jerarquías muy distintas entre los diferentes efectos: así es como allí donde las clases populares más atentas a la *fuerza* del cuerpo (masculino) que a su *forma,* tienden a buscar productos a la vez baratos y nutritivos, los miembros de profesiones liberales preferirán productos sabrosos, buenos para la salud, ligeros y que no hagan engordar. Cultura convertida en natura, esto es, incorporada, clase hecha cuerpo, el gusto contribuye a hacer el cuerpo de la clase: principio de enclasamiento incorporado que encabeza todas las formas de incorporación, elige y modifica todo lo que el cuerpo ingiere, digiere, asimila, fisiológica y psicológicamente. De ello se deduce que el cuerpo es la más irrecusable objetivación del gusto de clase, que manifiesta de diversas maneras. En primer lugar, en lo que tiene de más natural en apariencia, es decir, en las dimensiones (volumen, estatura, peso, etc.) y en las formas (redondas o cuadradas, rígidas y flexibles, rectas o curvas, etc.) de su conformación visible, en las que se expresa de mil maneras toda una relación con el cuerpo, esto es, toda una manera de tratar el cuerpo, de cuidarlo, de nutrirlo, de mantenerlo, que es reveladora de las disposiciones más profundas del *habitus:* es, en efecto, a través de las preferencias en materia de consumo alimenticio como pueden perpetuarse más allá de sus condiciones sociales de producción (como en otros dominios un acento, una forma de andar, etc.)[21], y también, por supuesto, por medio de los usos del cuerpo en el trabajo y en el ocio que les son solidarios, como se determina la distribución entre las clases de las propiedades corporales.

La mediación por la que se establece la definición social de los alimentos convenientes no es sólo la representación casi consciente de la configuración aprobada del cuerpo percibido, y en particular de su gordura o de su delgadez. Es, con mayor profundidad, todo el *esquema corporal,* y en particular la manera de mantener el cuerpo en el acto de comer, lo que se encuentra en la base de la selección de algunos alimentos. Así, por ejemplo, si el pescado es, para las clases populares, un alimento poco conveniente para los hombres, no es sólo porque se trate de una alimentación ligera, que no sostiene al cuerpo, que no se prepara, en realidad, más que por razones higiénicas, esto es, para los enfermos y para los niños; sino también porque forma parte, junto con las frutas (con la excepción del plátano), de esas cosas delicadas que no pueden ser manipuladas por manos masculinas y ante las que el hombre es como un niño (es la mujer la que, situándose en un papel maternal, como hace en todos los casos parecidos, se encargará de preparar el pescado en el plato o de pelar la pera); pero sobre todo es porque exige ser comido de una forma que contradice totalmente la propia manera masculina de comer, es decir, porque hay que comerlo con moderación, a bocados pequeños, masticándolo ligeramente, *con la parte delantera de la boca,* manteniéndolo en la punta de los dientes (a causa de las espinas). En verdad es toda la identidad masculina –lo que se denomina virilidad– lo que se pone en juego en esas dos maneras de comer, con desgana y a trocitos, como hacen las mujeres a quienes les agrada "comisear" o con

---

[21] Por eso el cuerpo muestra no sólo la posición actual sino también la *trayectoria.*

toda la boca, con todos los dientes y a grandes bocados, como gusta a los hombres, de igual modo que también se pone en juego en las dos maneras, perfectamente homólogas, de hablar, con la parte de delante de la boca o con toda la boca, y en particular con el fondo de la misma, la garganta (según la posición, anteriormente indicada en otro lugar entre la *boca,* la boca fina, la boca apretada o los labios, y la *bocaza* –deslenguado, mordisco, insultar, etc.*–). Esta oposición se podría encontrar también en todos los usos del cuerpo y en particular en *los más insignificantes en apariencia,* que, a este respecto, están predispuestos a servir de memorándum en el que se depositan los más profundos valores del grupo, sus más fundamentales "creencias". Sería fácil demostrar, por ejemplo, que los *kleenex,* que requieren que se coja la nariz con delicadeza, sin apretar demasiado, y que de alguna manera se suene sólo la punta de la misma, poco a poco, son con respecto al gran pañuelo de tela, en el que se sopla muy fuerte, de una sola vez y con gran ruido, arrugando los ojos por el esfuerzo y sujetando la nariz con todos los dedos, lo que la risa contenida en sus manifestaciones visibles y sonoras es a la risa a carcajadas, que brota *de todo el cuerpo,* arrugando la nariz, abriendo toda la boca y tomando el aliento muy hondo ("estaba doblado en dos"), como para amplificar al máximo una experiencia que no tolera ser contenida, en primer lugar porque necesita ser compartida y por consiguiente necesita ser expresada con toda claridad en honor de los otros. En consecuencia, la filosofía práctica del cuerpo masculino como una especie de *potencia,* grande, fuerte, con unas necesidades enormes, imperiosas y brutales, que se afirma en la manera total masculina de mantener el cuerpo y en particular respecto a los alimentos, se encuentra también en el principio de la división de éstos entre los sexos, división reconocida, tanto en las prácticas como en el discurso, por los dos sexos. Es propio de los hombres beber y comer más cantidad y de unos alimentos más fuertes, a su imagen. Así durante el aperitivo, a los hombres se les servirá dos veces (y más, si es fiesta) y colmando los vasos, que serán grandes (el éxito del Ricard o del Pernod sin duda obedece en gran parte al hecho de que se trata de bebidas a la vez fuertes y abundantes –y no de un "dedal"), y dejarán las cositas de picar (galletitas saladas, cacahuetes, etc.) para los niños y las mujeres, que beben sólo un vaso pequeño ("es preciso no perder la cabeza") de unos aperitivos que ellas han fabricado (y de los que se intercambian las recetas). De igual modo, entre las entradas, la chacinería es más bien para los hombres, como luego el queso, y éste tanto más cuanto más *fuerte* es, mientras que las frutas y verduras crudas son más bien para las mujeres, como por ejemplo la ensalada: unos u otras volverán a servirse de aquéllos o de éstas o se repartirán entre sí los fondos de los platos respectivos. La carne, alimento nutritivo por excelencia, fuerte y que da fuerza, vigor, *sangre* y salud, es el plato de los hombres, del que repiten, mientras que las mujeres se sirven un trozo pequeño: lo que no significa que *se priven* de ella propiamente hablando; no sienten realmente deseo de algo que puede faltar para los demás, y en primer lugar para los hombres a los que la carne les es debida por definición, y obtienen una especie de autoridad de lo que no es vivido como privación; es más, las mujeres no sienten *gusto* por los alimentos para hombres que, reputados como nocivos cuando se absorben en exce-

---

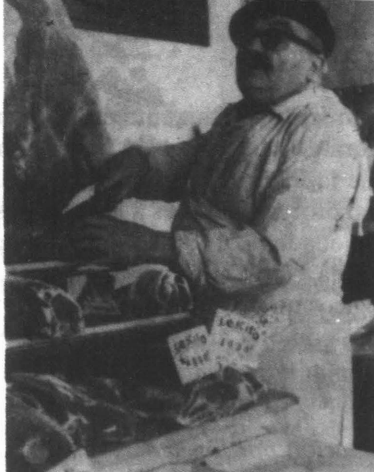
* Juego de palabras, este último, a base del término *gueule* que he traducido como *bocaza,* y que forma parte también de los términos que le siguen: *fort en gueule, coup de gueule, engueuler,* etc., cuya traducción más aproximada es la que figura: *deslenguado, mordisco, insultar,* etc. *(Nota de la T.).*

so por las mujeres (por ejemplo, comer demasiada carne "trastorna la sangre", proporciona un vigor anormal, produce espinillas, etc.), pueden incluso suscitar una especie de repugnancia.

Las diferencias de pura conformación se encuentran aumentadas y simbólicamente acentuadas por las diferencias de *actitud corporal,* diferencias en la manera de "mantener" el cuerpo, de portarse, de comportarse, en la que se expresa la plena relación con el mundo social. A lo que hay que añadir todas las correcciones aportadas intencionalmente al aspecto modificable del cuerpo, en particular mediante el conjunto de efectos de la cosmética (peinado, maquillaje, barba, bigote, patillas, etc.) o del vestuario que, al depender de los medios económicos y culturales que pueden ser invertidos en ello, son otras tantas marcas sociales que reciben *su valor* de su posición en el sistema de signos distintivos que aquéllas constituyen y que es a su vez homólogo del sistema de posiciones sociales. Portador de signos, el cuerpo es también productor de signos que están marcados en su substancia perceptible por la relación con el cuerpo: es así como la valorización de la virilidad puede, mediante la manera de poner la boca al hablar o de colocar la voz, determinar por completo la pronunciación de las clases populares. Producto social, el cuerpo, única manifestación sensible de la "persona", se percibe por lo común como la expresión más natural de la naturaleza profunda: no hay en él signos propiamente "físicos", y el color y el espesor de la pintura de los labios o la configuración de una mímica, exactamente igual que la forma del rostro o de la boca, se leen inmediatamente como indicios de una fisonomía "moral", socialmente caracterizada, es decir, como estados anímicos "vulgares" o "distinguidos", naturalmente "naturales" o naturalmente "cultivados". Los signos constitutivos del cuerpo que se percibe, esos productos de una fabricación propiamente cultural que producen el efecto de distinguir a los grupos por referencia al grado de cultura, esto es, al grado de distancia con la naturaleza, parecen fundados en la propia naturaleza. Lo que denominamos el porte, es decir, la manera legítima de llevar nuestro propio cuerpo y de presentarlo, se percibe espontáneamente como un indicio de la actitud moral, y constituye un indicio de *dejadez,* de culpable abandono en la *facilidad,* el hecho de dejar al cuerpo su apariencia "natural".

Se dibuja así un espacio de cuerpos de clase que, dejando a un lado los azares biológicos, tiende a reproducir en su lógica específica la estructura del espacio social. Y no es por tanto pura casualidad el que las propiedades corporales sean aprehendidas a través de los sistemas de enclasamientos sociales que no son independientes de la distribución entre las clases sociales de las diferentes propiedades: las taxonomías en vigor tienden a contraponer, jerarquizándolas, las propiedades más frecuentes en los dominantes (esto es, las más especiales) y las más frecuentes en los dominados[22]. La representación social del propio cuerpo con la que cada agente debe contar, y desde el origen, para elaborar su representación subjetiva de su cuerpo y de su hexis corporal, se obtiene así mediante la aplicación de un sistema de enclasamiento social cuyo principio es el mismo que el de los productos sociales a los que se aplica. De esta forma, los cuerpos tendrían todas las

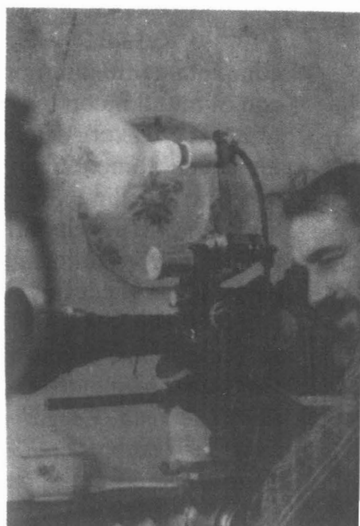
[22] Es decir, que las taxonomías aplicadas al cuerpo percibido (grueso/delgado, fuerte/débil, grande/pequeño, etc.) son, como siempre, simultáneamente arbitrarias (pudiendo estar asociada la idea de la belleza femenina, en contextos económicos y sociales diferentes, con la gordura o con la delgadez) y necesarias, esto es, fundadas en la razón específica de un orden social determinado.





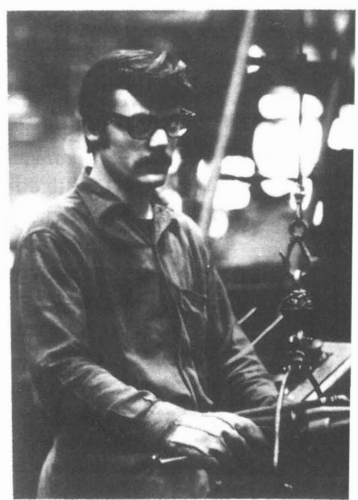






El físico del trabajo





probabilidades de recibir un precio estrictamente proporcionado con la posición de sus poseedores en la estructura de la distribución de las demás propiedades fundamentales, si la autonomía de la lógica de la herencia biológica con respecto a la lógica de la herencia social no otorgara a veces a los más desfavorecidos bajo todos los demás aspectos las propiedades corporales más singulares, por ejemplo, la belleza (que a veces es llamada "fatal" porque amenaza las jerarquías) y si, a la inversa, los accidentes biológicos no privaran a veces a los "grandes" de los atributos corporales de su posición, como la gran estatura o la belleza.

¿Sin cumplidos o sin preocupación por los demás?

Resulta, pues, claro que el gusto en materia alimenticia no puede ser completamente autonomizado con respecto a las otras dimensiones de la relación con el mundo, con los otros, con el propio cuerpo, en la que se realiza la filosofía práctica característica de cada clase. Para convencernos de ello, habría que someter a una comparación sistemática la manera popular y la manera burguesa de preparar los alimentos, de servirlos, de presentarlos, de ofrecerlos, que son infinitamente más reveladoras que la propia naturaleza de los productos a que atañen (sobre todo cuando se ignora las diferencias de calidad, como lo hacen la mayor parte de las encuestas sobre consumos). Un análisis difícil, puesto que no se puede pensar realmente cada uno de los estilos de vida si no es en relación con el otro que es la negación objetiva y subjetiva del primero, de suerte que el sentido de las conductas se invierte por completo según que se le comprenda desde uno u otro punto de vista, y según que se inscriban en la lectura de las *palabras corrientes* que es preciso emplear para nombrar dichas conductas (por ejemplo, "maneras") unas significaciones populares o burguesas.

Es posible imaginar los malentendidos que pueden resultar de la ignorancia de este mecanismo en todas las encuestas realizadas mediante cuestionario, que siempre quedan reducidas a unos intercambios de *palabras. A fortiori,* desde luego, cuando se intenta recoger unos juicios sobre unas palabras o suscitar unas reacciones a unas palabras (como en el "test ético" que consistía en proponer a todos los encuestados la misma lista de adjetivos para caracterizar a un amigo, a un vestido o a una vivienda ideal): las respuestas que se registran en este caso están definidas realmente en relación a unos estímulos que, más allá de su *identidad nominal* (la de las palabras propuestas), varían en su *realidad percibida,* y por consiguiente en su eficacia práctica, según los mismos principios de variación (y de entrada la clase social) cuya eficiencia se intentaba medir (lo que conduce a unas coincidencias entre clases opuestas totalmente desprovistas de sentido). Los grupos se delimitan por completo –con todo lo que los contrapone a los otros grupos– en las palabras corrientes en que se expresa su identidad social, es decir, su diferencia. Bajo su aparente neutralidad, unas palabras tan comunes como prácticas –sobrio, limpio, funcional, divertido, fino, íntimo, distinguido– resultan así divididas contra ellas mismas, sea porque las diferentes clases les otorgan diferentes sentidos, sea porque les den el mismo sentido pero atribuyan valores opuestos a las cosas nombradas: así se puede decir de "cuidado", tan enormemente apropiado para quienes quieren expresar con ello su gusto por el trabajo bien hecho, por lo acabado, o expresar la atención un poco meticulosa con la que velan por su

apariencia externa, que evoca para los que la rechazan el rigor un poco estrecho y mezquino que ellos perciben en el estilo de vida pequeño-burgués; o también de *divertido,* cuyas connotaciones sociales, asociadas con una pronunciación, una elocución socialmente marcada, más bien burguesa o esnob, entran en contradicción con los valores expresados, apartando a quienes se reconocerían seguramente en un equivalente popular como *mondante, tronchante* o *desternillante*; o también de *sobrio* que, aplicado a un vestido o a una vivienda, puede recibir unas significaciones radicalmente distintas según que se emplee para expresar las estéticas estrategias prudentes y defensivas de un pequeño artesano, el ascetismo estetizante del profesor o el gusto por la austeridad en el lujo del gran burgués chapado a la antigua. Puede verse, pues, que cualquier tentativa para producir un *organon* ético común a todas las clases está condenado de antemano, a menos que juegue sistemáticamente, como lo hace cualquier moral o religión "universal", con lo que la lengua tiene a un tiempo de común en las diferentes clases y de capacidad de recibir sentidos diferentes, o incluso opuestos, en los usos particulares, y aun antagónicos, que de ella se hacen.

A propósito de las clases particulares, se podría hablar de comer con franqueza igual que se dice hablar con franqueza. La comida está situada bajo el signo de la abundancia (lo que no excluye restricciones y limitaciones) y sobre todo bajo el signo de la libertad: se confeccionan platos "elásticos", que "abundan", como las sopas y las salsas, las pastas o las patatas (asociadas casi siempre con verduras) y que, servidas, con cazo o cucharón, evitan el tener que medir o contar demasiado –lo contrario que ocurre con todo lo que se corta, como los asados[23]–. Esta impresión de abundancia, que constituye la regla en las ocasiones extraordinarias y que vale siempre, en los límites de lo posible, para los hombres, cuyos platos se llenan dos veces (privilegio que marca el acceso de los muchachos al estatus de hombre), a menudo tiene como contrapartida, en las ocasiones ordinarias, las restricciones que frecuentemente se imponen las mujeres –tomando una parte para dos o comiendo los restos de la víspera–, marcándose el acceso en las muchachas al estatus de mujer por el hecho de que comienzan a imponerse privaciones. Comer y comer bien (y también beber bien) forma parte del estatus de hombre: se *insiste* particularmente cerca de ellos, invocando el principio de que "no hay que dejarse nada", y el rechazo de cualquier cosa sospechosa; el domingo, mientras que las mujeres, siempre de pie, se atarean en servir y en quitar la mesa y lavar la vajilla, los hombres, sentados todavía, continúan bebiendo y comiendo. Estas diferencias tan marcadas entre los estatus sociales (asociadas con el sexo o con la edad) no se acompañan de ninguna diferenciación práctica (como la división burguesa entre el comedor y el *office,* donde comen los criados y a veces los niños); se tiende a ignorar la preocupación por el estricto orden de la comida: así, todo puede ponerse en la mesa casi al mismo tiempo (lo que tiene también la virtud de ahorrar pasos), de suerte que las mujeres pueden haber llegado al postre, junto con los niños, que se llevan sus platos para ver la televisión, mientras que los hombres acaban el plato

---

[23] De la misma manera se podría contraponer el *cuenco*, en el que se sirve mucha cantidad de una sola vez, que se sujeta con las dos manos y en el que se bebe sin cumplidos, y la *taza,* en la que se sirve poco para volver a servir en seguida —"¿otro poco de café?"—, que se sujeta con dos dedos y en la que se bebe con la punta de los labios (El juego de la distinción y de los "retornos" hacen que el "cuenco de madera" se haya convertido en uno de los símbolos de la contra-cultura).

principal o mientras que el "joven", que ha llegado tarde, engulle su sopa. Esta libertad, que puede ser percibida como desorden o dejadez, es una libertad adaptada. En primer lugar, asegura una economía de esfuerzos, expresamente buscada, por otra parte: debido al hecho de que la participación de los hombres en las tareas hogareñas esté excluida, y en primer lugar por las mujeres, que se sentirían deshonradas si los contemplaran en un papel excluido de su definición, todos los medios son buenos para reducir al mínimo "los costes". De esta forma, se puede también, a la hora del café, contentarse con una sola cucharilla que se pasa al vecino después de haberla sacudido, para que éste a su vez "remueva su azúcar". Pero esta economía de esfuerzos sólo se da porque se sienten y se quieren *entre sí*, en su casa, en familia, lo que precisamente excluye el que se actúe con afectación: por ejemplo, se puede, para ahorrarse los platos de postre, recortar –bromeando para señalar que se trata de una transgresión que "puede permitirse"– unos platos improvisados a partir de una caja de galletas, y el vecino que ha sido invitado para tomar el postre recibirá también su trozo de cartón (ya que ofrecerle un plato equivaldría a excluirle) como testimonio de la *familiaridad* que se tiene con él. Del mismo modo, todo se come en el mismo plato. El plato sopero, que se limpia con pan, puede así servir hasta el final de la comida. El ama de casa nunca se olvida de proponer el "cambio de platos", empezando a empujar su silla con una mano y tendiendo la otra hacia el plato de su vecino en la mesa, pero todo el mundo protesta ("todo se mezcla en el estómago") y si insistiera parecería que deseaba exhibir su vajilla (lo que se le concede cuando alguien acaba de regalársela) o tratar a sus invitados como a extraños, como a veces se hace conscientemente con algunos intrusos o algunos gorrones conocidos porque nunca "corresponden", a los que se quiere mantener a distancia cambiándoles los platos a pesar de sus protestas, no riéndoles sus gracias o regañando a los niños por su falta de etiqueta ("no, por Dios, déjenles, pueden hacerlo..." dirán los invitados; "ya es hora de que sepan comportarse" responderán los padres). La raíz común de todas estas "licencias" mutuamente consentidas es sin duda el sentimiento de que, además, no se van a imponer controles, represiones y restricciones deliberadas –y más en materia de alimentación, necesidad primaria y compensación– también en el seno mismo de la vida doméstica, único refugio de la libertad, cuando por todas partes y todo el resto del tiempo se está sometido a la necesidad.

Al "comer con franqueza" popular, la burguesía contrapone la preocupación de comer *guardando las formas*. Las formas son, en primer lugar, ritmos que implican esperas, retrasos, contenciones; nunca se da la impresión de precipitarse sobre los platos, se espera hasta que el último que se ha servido haya comenzado a comer, se sirve y se repite con discreción. Se come dentro de un orden y está excluida cualquier tipo de coexistencia de los platos que dicho orden separa, asado y pescado, queso y postre: por ejemplo, antes de servir el postre, se quita todo lo que queda sobre la mesa, incluso el salero, y se barren las migajas. Esta manera de introducir el rigor de la regla hasta en lo cotidiano (es costumbre afeitarse y vestirse cada día desde por la mañana, y no solamente para "salir"), de excluir la separación entre el hogar y el exterior, entre lo cotidiano y lo extra-cotidiano (asociado, para las clases populares, al hecho de endomingarse) no se explica sólo por la presencia en el seno familiar y de la familia de esos extraños que son los criados y los invitados. Es la expresión de un *habitus* de orden, de postura, de compostura, del que no se sabría abdicar. y ello tanto menos cuanto que la relación con los

alimentos –necesidad y placer primario por excelencia– no es sino una dimensión del tipo de relación burguesa con el mundo social; la oposición entre lo inmediato y lo diferido, lo fácil y lo difícil, la substancia o la función y la forma, que en ella se expresa de manera particularmente brillante, se encuentra en la base de toda estetización de las prácticas y de toda estética. Mediante todas las formas y todos los formalismos que se encuentran impuestos al apetito inmediato, lo que se exige –y se inculca– no es sólo una disposición que tienda a disciplinar el consumo alimenticio mediante una compostura que es también una censura suave, indirecta, invisible (opuesta totalmente a la imposición brutal de las *privaciones*) y que es parte integrante de un arte de vivir; al ser, por ejemplo, el arte de comer guardando las formas una manera de rendir homenaje a los anfitriones y a la dueña de la casa, de los que se respeta los cuidados y el trabajo que se han tomado respetando el orden riguroso de la comida. Es también toda una relación con la naturaleza animal, con las necesidades primarias y con el vulgo, que se abandona sin freno a ambas; es una manera de negar el consumo en su significación y su función primarias, esencialmente *comunes*, haciendo de la comida una *ceremonia social* una afirmación de dignidad ética y de refinamiento estético. La manera de presentar los alimentos y de consumirlos, el orden de la comida y la disposición de los cubiertos, estrictamente diferenciados según la sucesión de los platos y dispuestos para el recreo de la vista, la misma presentación de los platos, considerados tanto en su composición según la forma y el color a la manera de las obras de arte como por su substancia consumible, la etiqueta que rige la forma de vestir, la compostura, la manera de servir o servirse y de usar los diferentes utensilios, la disposición de los invitados, sometida a unos principios muy estrictos, pero siempre eufemísticamente presentados, de jerarquización, la censura impuesta a todas las manifestaciones corporales del acto (como los ruidos) o del placer de comer (como la precipitación), el mismo refinamiento de las cosas consumidas en las que la calidad prima sobre la cantidad (y esto es tan cierto para los vinos como para los platos), todo este juego de estilizaciones tiende a desplazar el acento de la substancia y de la función hacia la forma y la manera, y, con ello, a negar o, mejor, a rechazar la realidad groseramente material del acto de consumir y de las cosas consumidas o, lo que viene a ser lo mismo, la grosería vilmente material de los que se abandonan a las satisfacciones inmediatas del consumo alimenticio, forma por excelencia de la simple *estesis*[24].

Se han reunido en un cuadro sinóptico los principales resultados de una encuesta extremadamente rica (F. C., XLIII) sobre el arte de recibir, que permite corroborar y precisar estos análisis. Se ve en ella de entrada que, en la clase obrera, el universo de intercambios de invitaciones improvisadas u organizadas está circunscrito a la familia y al universo de los conocidos a los que es posible tratar "como si fueran de la familia" y con los que "uno se siente en familia",

[24] Producir formas es también una manera de negar la verdad del mundo social y de sus relaciones sociales. Del mismo modo que se rechaza el "funcionalismo" popular en materia de alimentación, se rechaza también la visión realista que lleva a las clases populares a aceptar los intercambios sociales como tales intercambios (y a decir, por ejemplo, a propósito de alguien que ha tenido una atención o ha hecho un servicio, sin que ello tenga nada de descortés o de desagrado: "está segura de que yo haré algo parecido por ella"). Excluyendo el reconocimiento del cálculo que ronda las relaciones sociales, no quiere verse en los regalos que se reciben o que se hacen otra cosa que testimonios "puros" de amistad, de respeto, de afección, y manifestaciones no menos "puras" de generosidad y de valor moral.

Tabla 19—Variaciones de las maneras de recibir (F. C., XLIII)

reservan sus invitaciones improvisadas	obreros	empleados cuadros medios	cuadros industriales prof. liberales
· a la familia próxima	**51,7**	34.7	32.5
· a los amigos íntimos	20.9	**35,9**	33.2
· a los amigos de los niños	2.8	3.4	**8,3**
· a las relaciones profesionales	1.9	3.1	**4,2**
reservan sus invitaciones hechas con anticipación			
· a la familia próxima	**41,2**	33.1	30.2
· a las relaciones profesionales	2.6	8.4	**18,9**
invitan bastante o muy a menudo a tomar			
· el café	**49,2**	33.1	30.2
· el postre	23.7	**24,7**	15.1
· la cena	51.3	67.8	**70,2**
hacen invitaciones improvisadas			
· para el aperitivo	**52,8**	46.3	39.2
· para la comida	23.9	31.9	**40,0**
lo más importante en las invitaciones improvisadas			
· platos logrados	**10,1**	5.9	9.4
· abundancia de comida	**33,6**	28.4	26.0
· que nadie se aburra	33.4	46.6	**47,9**
prefieren ofrecer a los invitados			
· un ***buffet*** o un plato único	19.4	25.3	26.1
· un verdadero menú	**77,2**	71.6	70.9
cuando tienen invitados, utilizan (regularmente y a menudo)			
· cubertería de plata	27.8	40.7	**61,5**
· vasos de cristal	29.3	49.7	**57,3**
· vajilla de porcelana	39.6	46.3	**60,0**
· vasos corrientes	**84,8**	56.5	55.4
· vajilla de loza	**60,6**	55.9	54.8
les gusta que sus amigos			
· vayan elegantes	10.8	15.9	**30,6**
· lleven trajes cómodos	**79,7**	70.9	58.5
· se sienten donde les indiquen Vds.	29.7	31.3	**46,0**
· elijan su propio sitio	**65,7**	63.1	46.8
prefieren			
· separar las parejas	22.8	35.0	**50,6**
· no separarlas	**26,0**	38.4	26.0
aceptan a los niños (edad media, menores de edad)			
· en la comida	6.5	7.5	**8,8**
· al final de la reunión	10.9	11.9	**12,9**
· en la conversación	12.0	12.2	12.1
reciben de sus invitados			
· flores	41.8	56.3	**68,3**
· postres	**24,6**	16.6	9.8
· vinos	**18,6**	16.9	14.0
cuando hay invitados les gusta			
· música ambiental	48.1	56.6	**57,7**
· ver la TV	**14,4**	4.7	4.2
· cantar al final de la comida	**64,9**	55.3	45.3
· organizar juegos	**66,4**	59.7	50.9

Esta tabla se lee como sigue: el 51,7% de los obreros reservan sus invitaciones improvisadas para la familia próxima, el 20,9% para los amigos íntimos, etc.; el 34.7% de los empleados y cuadros medios reservan las invitaciones para la familia próxima, el 35,9% para los amigos íntimos, etc. El total de los porcentajes puede ser, para cada pregunta, inferior o superior a 100; los encuestados, en efecto, han podido retener, para cada pregunta, varias de las opciones propuestas o por el contrario no retener ninguna. En negrita se indica la tendencia más fuerte dentro de cada línea.

mientras que las *relaciones* propiamente dichas, en el sentido de relaciones profesionales, útiles en la profesión, aparecen a nivel de las clases medias y son sobre todo el modo de obrar característico de la clase dominante. Testimonio de esta libertad es el hecho de que se invite principalmente a tomar el café, el postre o el aperitivo (mientras que, en el otro extremo del espacio social, se invita más bien al te, a la comida o a la cena, o a comer en un restaurante). El que se prefiera limitar las invitaciones improvisadas al aperitivo o al café obedece a que no se invita "a medias" y que es una cuestión de pundonor el "hacer bien las cosas", excluyendo las "soluciones prácticas" (las que enseñan las revistas femeninas) destinadas a permitir una economía de esfuerzos, como el *buffet* o el plato único[25]. Este rechazo de la falsa apariencia (se quiere ante todo que los invitados tengan suficiente comida y unos platos logrados, y, en segundo lugar, que no se aburran) se ve mejor todavía si se analiza la composición de las comidas que se ofrecen. Los obreros intentan que la comida contenga todos los elementos considerados como constitutivos de una verdadera comida, desde el aperitivo hasta el postre (mientras que en las otras clases se acepta con más frecuencia el "simplificar", omitiendo la entrada, la ensalada o el postre)[26]. La primacía concedida a la substancia con respecto a la forma hace que si es preciso "simplificar", ello no pueda hacerse más que en el orden de la *forma*, de las maneras, tenidas por no esenciales, por puramente simbólicas. Poco importa que el servicio de mesa sea *ordinario* si la comida es *extra-ordinaria*: se recrean proclamándolo y muchas de las reflexiones rituales recaen sobre este tema. Poco importa que los invitados no estén colocados de acuerdo con las formas ni estén vestidos con la ropa de rigor. Poco importa que los niños estén presentes en una comida que no tiene nada de *ritual* –siempre que no intervengan en la conversación, que es asunto de adultos–. No practicando la religión de las formas, puede verse una emisión de televisión, puede cantarse al terminar la comida o incluso puede organizarse una sesión de juegos: aquí también, encontrándose claramente reconocida la función –"estamos aquí para divertirnos"–, se dedican a cumplirla, utilizando todos los medios disponibles, bebidas, juegos, anécdotas divertidas, etc., para *hacer* la fiesta. Y la primacía de la substancia sobre la forma, el rechazo de la negación implicada en el hecho de introducir unas formas, se expresa también en el contenido de los bienes intercambiados con ocasión de las recepciones: las flores, que están al lado de lo gratuito, del arte, del arte por el arte (gusta gastar bromas sobre el hecho de que "esto no se come"), quedan relegadas en beneficio de los alimentos terrenales, vinos o postres, regalos "que siempre agradan" y que uno puede permitirse ofrecerlos sin cumplidos en nombre de una representación realista del coste de la comida y de la voluntad, tenida como natural y aceptada de común acuerdo, de contribuir a reducirlo.

Sería posible volver a crear todas las oposiciones entre las dos maneras antagónicas de tratar los alimentos y el acto de comer a partir de la oposición entre la forma y la substancia: en un caso los alimentos son reivindicados en su verdad de substancia alimenticia, que mantiene al cuerpo y da fuerza (lo que lleva a preferir

[25] A lo largo de este análisis, es preciso tener en cuenta más el conjunto de las tendencias convergentes que la importancia de las diferencias, que resultan en cualquier caso disminuidas por el hecho de que la clase dominante está dividida en fracciones cuyos gustos, sobre todo en materia alimenticia, varían en sentido opuesto.

[26] Hacen una excepción con el pescado, que es cada vez más frecuente cuanto más alta es la posición en la jerarquía social, siendo particularmente marcada la diferencia para el lenguado y el salmón, pescados asociados con la idea de lujo, y relativamente baja para la merluza y los pescados de río.

los alimentos pesados, grasos y fuertes, cuyo paradigma es el cerdo, graso y salado, antítesis del pescado, magro, ligero y poco sabroso); en el otro caso, la prioridad otorgada a la forma (la del cuerpo, por ejemplo) y a las formas lleva a relegar a un segundo plano la búsqueda de la fuerza y la preocupación por la substancia, y a reconocer la verdadera libertad en la ascesis electiva de una regla auto-prescrita. Y asimismo sería posible demostrar que en esta matriz se encuentran comprendidas dos visiones antagónicas del mundo, dos mundos, dos representaciones de la excelencia humana: la substancia –o la materia– es aquello que es substancial, en el sentido primero de alimento pero también en el sentido de real, por oposición a todas las apariencias, a todos los (bellos) gestos, en una palabra, a todo lo que es, como suele decirse, puramente simbólico; se trata de la realidad frente al oropel, a la imitación, a lo que pretende deslumbrar; es la taberna pequeña que tiene una mala apariencia con sus mesas de mármol y sus manteles de papel, pero donde dan lo que se paga y donde no se resulta pagado con falsas promesas como en los restaurantes con pretensiones; es el ser contra el parecer, la naturaleza ("franca y directa") y lo natural, la sencillez (a la buena de Dios, sin cumplidos, sin ceremonia), frente a la falta de naturalidad, las apariencias, las hipocresías, las maneras y los modales, sospechosos siempre de no ser otra cosa que un sustitutivo de la substancia, esto es, de la sinceridad, del sentimiento, de lo que se siente y se expresa mediante los actos; es el habla franca y la finura del corazón lo que hacen al verdadero "tipo simpático y generoso", leal, entero, honesto, recto, franco, de una sola pieza, en contraposición con todo lo que es pura forma, con todo lo que sólo se hace *para la forma* ("con la boca chica") y para la cortesía de las palabras ("demasiado cortés para ser honesto"); es la libertad y el rechazo de las complicaciones, por oposición al respeto de las formas espontáneamente percibidas como instrumentos de distinción y de poder. Sobre estas morales, sobre estas visiones del mundo, no existe un punto de vista neutral; allí donde los unos ven grosería, abandono, los otros ven ausencia de afectación, de pretensión; la familiaridad es para los unos la más absoluta forma de reconocimiento, la abdicación de cualquier tipo de distancia, el abandono confiado, la relación de igual a igual; para los otros, que se cuidan de no llegar a la familiaridad, ésta tiene el inconveniente de unos modales demasiado libres.

El realismo popular, que lleva a reducir las prácticas a la verdad de su función, a hacer lo que se hace, a ser lo que se es ("yo soy así"), "sin contarse cuentos" ("así es como es"), y el materialismo práctico, que inclina a censurar la expresión de los sentimientos y a conjurar la emoción por medio de violencias o de tosquedades, constituyen la antítesis casi perfecta de la negación estética que, mediante una especie de *hipocresía* esencial (visible, por ejemplo, en la oposición entre la pornografía y el erotismo), *enmascara,* gracias a la primacía concedida a la *forma*, el interés otorgado a la función, y lleva a hacer lo que se hace como si no se hiciera.

Lo visible y lo invisible

Pero el alimento –que las clases populares colocan en el lado de la substancia y del ser, mientras que la burguesía, rechazando la distinción del dentro y del fuera, del en sí y del para otro, de lo cotidiano y de lo extracotidiano, introduce



ya en él las categorías de la forma, del parecer– es igual al vestido en las relaciones del dentro a fuera, de lo íntimo a lo exterior, de lo doméstico a lo público, del ser al parecer. Y en consecuencia, la inversión de la parte otorgada a la alimentación y al vestido en las clases populares, que dedican la prioridad al ser, y las clases medias, en las que surge la preocupación del parecer, es el índice de una inversión de toda la visión del mundo. Las clases populares hacen del vestido un uso realista o, si se prefiere, funcionalista. Prefieren la substancia y la función con respecto a la forma, odian ésta porque, si puede decirse así, no da nada a cambio, eligen cualquier cosa "que sirva durante largo tiempo". Ignorando la preocupación burguesa por introducir la etiqueta en el universo doméstico, sede de la libertad, del delantal y de las pantuflas (para las mujeres), del torso desnudo o de la camiseta (para los hombres), las clases populares marcan poco la distinción entre el vestuario exterior, visible, destinado a ser visto, y el interior, invisible u oculto, a la inversa de las clases medias, que comienzan a inquietarse, al menos en el exterior y en el trabajo (al que las mujeres van teniendo cada vez mayor acceso), por la apariencia externa, tanto por lo que respecta al vestuario como a la cosmética.

Tan es así que, a pesar de las limitaciones de los datos de que disponemos, volvemos a encontrar, en el orden del vestuario masculino (mucho más *marcado*, al nivel de lo que la estadística de productos puede captar, que el vestuario femenino), el equivalente de las grandes oposiciones observadas en materia de cocina. En la primera dimensión del espacio, el corte pasa, también aquí, entre los empleados y los obreros y se indica en particular por la contraposición entre la bata gris y el mono, entre los zapatos y los mocasines, los *kickers* y los *baskets,* más cómodos (por no hablar de la bata de casa que los empleados compran 3,5 veces más que los obreros). El aumento, muy señalado tanto en cantidad como en calidad, de todas las compras de vestuario masculino, se resume en la contraposición entre el *traje*, atributo del cuadro superior, y el *mono de trabajo*, marca distintiva del agricultor y del obrero (lo ignoran casi por completo los demás grupos, con la excepción de los artesanos); o también entre el *abrigo* que, siempre más escaso que el abrigo femenino, está claramente más extendido entre los cuadros superiores que en las demás clases, y la *canadiense* o la *cazadora,* que las llevan sobre todo los campesinos y los obreros. A medio camino, los cuadros medios, que casi no usan ya la ropa específica de trabajo y compran bastante a menudo trajes.

Entre las mujeres, que en todas las categorías (exceptuando la de los agricultores y la de los asalariados agrícolas) tienen gastos superiores a los de los hombres (con una diferencia particularmente señalada en las categorías de cuadros medios, cuadros superiores y profesiones independientes o en las de altos ingresos), el número de compras aumenta a medida que se eleva la posición en la jerarquía social, encontrándose las mayores diferencias con respecto a los *trajes sastre,* los *conjuntos* (que son artículos caros), y las menores con respecto a los vestidos y sobre todo a las faldas y chaquetas. Entre el *abrigo*, cada vez más frecuente conforme sube la posición en la jerarquía social, y el *impermeable*, que "sirve para todo", se observa una oposición análoga a la que se establece en los hombres entre el abrigo y la cazadora. El uso de la bata de trabajo o del *delantal* que, en las clases populares, es una especie de *uniforme funcional* del ama de casa, aumenta fuertemente conforme se va hacia abajo en la jerarquía social (a la inversa de la *bata de casa*, casi desconocida en el mundo rural y obrero).

En número medio anual, los obreros compran más pañuelos, más camisetas y *slips*, casi los mismos calcetines, "zapatillas de deporte", polos, chándales, etc. que las demás clases, pero siempre menos camisas y pijamas (prenda que, como la bata de casa, es un atributo típicamente burgués). Entre las mujeres, las diferencias entre las clases en materia de ropa interior, claramente señaladas con respecto al valor, son pequeñas con respecto al número (e incluso se invierten para las combinaciones, los camisones, las medias, los *panties* y los pañuelos). Por el contrario, tanto entre las mujeres como entre los hombres, las compras de *ropa de calle* aumenta en número y en valor conforme más alta es la posición en la jerarquía social.

Por lo que se refiere a las oposiciones transversales, resultan más difíciles de captar debido al hecho de que la encuesta sobre las condiciones de vida de las familias, que permite el estudio de las variaciones según unas categorías muy definidas, no contiene más que unos conceptos muy imprecisos. Puede verse, sin embargo, que los gastos, casi nulos para la ropa interior, varían muy fuertemente, en materia de vestuario, en el seno de la clase dominante, entre las fracciones, y van aumentando de manera regular desde los profesores, que son los que menos dedican a este concepto tanto en valor absoluto como en valor relativo (1.523 F por año, o sea un 3,7 %), los industriales y grandes comerciantes (un 4,5 %), los cuadros superiores y los ingenieros (un 5,7 % y un 6,1 %, respectivamente), y los miembros de profesiones liberales (4.361 F, o sea un 7,6 %). Estas diferencias en el *valor* que se concede a estos instrumentos de la propia presentación (el consumo de calzado varía como el del vestuario) encuentran su base en las fórmulas generadoras que manifiestan en un estilo de vida particular las necesidades y las comodidades características de una condición y de una posición, determinando, por ejemplo, el valor y el lugar otorgados a la vida de relación –mínimo, según parece, en los profesores, próximos en esto a la pequeña burguesía, y máximo en los miembros de las profesiones liberales o en la gran burguesía industrial y comercial, no desglosada por las estadísticas– como ocasión para acumular capital social. Pero sería imposible caracterizar por completo la *forma específica* que en este terreno particular toman los principios fundamentales de cada estilo de vida si no se dispusiera de descripciones muy precisas de la *calidad* de los objetos considerados, tejido (los ingleses, por ejemplo, asocian los *tweeds* con el *country gentleman*), color, corte, que permiten comprender las taxonomías empleadas y las intenciones expresivas consciente o inconscientemente buscadas ("joven" o "clásico", "deportivo" o "vestido", etc.). No obstante, todo hace suponer que se viste y se peina cada vez más *joven* a medida que nos alejamos del polo dominante, y cada vez más *serio* (es decir, oscuro, severo, clásico) conforme nos aproximamos al mismo[27]: cuanto más joven se es *socialmente*, esto es, cuanto más joven se es por edad biológica para idéntica fracción y más próximo se está, dentro del espacio de las distintas fracciones, del polo dominado y/o de los nuevos sectores del espacio profesional (nuevas profesiones), mayor afinidad se tiene con todas las nuevas formas de indumentaria (vestuario unisex de la moda denominada *junior, jean, sweat shirt,* etc.) que se definen por un rechazo de las trabas y convenciones de la indumentaria llamada de vestir.

[27] Esto es cierto para los hombres, pero para las mujeres la oposición toma una forma completamente distinta, debido al hecho de que la división del trabajo entre los sexos reviste formas muy diferentes en las fracciones dominadas (en las que se reduce al mínimo) y en las fracciones dominantes (en las que la mujer, por su exclusión en las responsabilidades económicas, puede resultar alineada al lado de los cometidos jóvenes y "artistas": es conocido el papel de intermediario entre el mundo artístico y el mundo de los negocios que nunca han cesado de desempeñar las mujeres de la burguesía o de la aristocracia, y sus salones).

Tabla 20—Variaciones del valor otorgado al cuerpo, a la belleza y a los cuidados del cuerpo (F. C., XLIV)

	profesión del cabeza de familia				actividad de la mujer interrogada	
	agricultor	obrero	empleado, cuadro medio	c. superior, industrial, prof. liberal	no trabaja	trabaja
tienen una talla normalizada superior a la 42	**33,7**	24.2	20.4	11.4	**24,7**	17.3
en el terreno de la belleza se estiman						
por debajo de la media	**40,2**	36.0	33.2	24.2	34.2	31.0
piensan que representan más edad de la que tienen	**13,0**	**14,0**	10.1	7.6	13.6	9.8
nota media que se atribuyen las mujeres interrogadas:						
· para el cabello	5.22	5.47	5.40	**5,88**	5.47	**5,62**
· para el rostro	5.36	5.53	5.51	**5,67**	5.54	**5,58**
· para los ojos	6.18	6.44	6.30	**6,48**	6.35	**6,41**
· para el cutis	**5,88**	5.63	5.64	5.75	5.63	**5,74**
· para los dientes	5.24	5.45	5.40	**5,74**	5.40	**5,59**
· para el cuerpo	5.35	5.78	5.75	**5,91**	5.76	**5,83**
· para la nariz	**5,94**	5.48	5.56	5.65	5.41	**5,74**
· para las manos	5.88	5.99	**6,10**	5.82	5.78	**6,17**
tienen a menudo o algunas veces deseo de						
cambiar de aspecto	45.7	60.8	**68,2**	64.4	60.1	64.6
la belleza						
· depende del cuidado que se tenga de sí mismo	33.7	46.9	52.0	**54,7**	45.8	**53,1**
· depende de los ingresos	15.2	**18,8**	9.2	8.9	16.7	10.3
los cuidados que se dedican a la belleza aumentan las posibilidades de éxito	75.0	68.8	72.9	74.5	70.1	72.1
en el terreno de la belleza preferirían ser						
· naturales	**69,6**	69.8	62.8	57.6	**68,8**	61.6
· refinadas	12.0	15.6	22.9	**25,0**	16.8	22.3
piensan que su marido prefiere una mujer						
· natural	**65,2**	65.0	51.4	50.8	**60,6**	61.6
· refinada	6.5	8.1	15.1	**16,1**	10.6	12.3
piensan que es preferible						
· bella	52.2	58.5	59.2	**61,9**	59.5	58.7
· rica	**39,1**	35.4	33.5	27.5	32.7	33.9
piensan que es preferible						
· ser bella	9.8	14.0	**17,5**	**17,4**	15.7	14.4
· tener suerte	**83,7**	**83,3**	76.8	75.8	80.2	80.3
piensan que engañar con respecto a la edad por medio del maquillaje es normal	3.3	51.9	62.3	**67,8**	52.1	**63,6**
para perder peso hacen						
· un régimen alimenticio	23.9	19.8	**28,8**	23.3	23.9	23.1
· deporte, gimnasia	4.3	8.3	14.0	**16,9**	10.6	11.8
· un tratamiento a base de medicamentos	2.2	**4,6**	3.6	3.0	3.8	3.6
· nada	**69,6**	**71,7**	60.6	66.1	68.3	66.4
aprueban el recurso a la cirugía estética para rejuvenecer	50.0	50.0	**56,4**	52.0	51.3	53.4
toman un baño o una ducha por lo menos una vez al día	9.8	16.9	36.6	**43,2**	23.2	**32,0**
no se maquillan nunca o muy raramente	**48,9**	35.6	21.2	17.3	35.1	22.9
pasan más de media hora arreglándose y embelleciéndose	12.3	45.6	**48,9**	45.3	42.1	**48,2**
se maquillan para elevarse la moral	4.3	15.9	25.9	**27,8**	21.0	22.1
van al peluquero por lo menos una vez cada quince días	6.5	8.1	16.9	**20,8**	9.8	13.5
se limpian la cara por la noche						
· con jabón	**34,8**	35.4	20.1	15.7	28.1	25.7
· con un desmaquillaje, etc.	47.8	59.4	86.0	**91,4**	67.5	**78,8**

El interés que conceden las diferentes clases sociales a la propia presentación, la atención que le prestan, la conciencia que tienen de los beneficios que aquélla aporta y las inversiones de tiempo, de ésfuerzos, de privaciones, de cuidados que le otorgan, realmente están proporcionadas con las posibilidades de beneficios materiales o simbólicos que razonablemente pueden esperar de la misma; y, con mayor precisión, dependen de la existencia de un mercado de trabajo en el que las propiedades cosméticas puedan recibir un valor (con grados variables según la naturaleza de la ocupación) en el mismo ejercicio de la profesión o en las relaciones profesionales, y de las oportunidades diferenciales de acceso a dicho mercado y a los sectores del mismo en los que la belleza y la forma de vestirse contribuyen con más fuerza al valor profesional. Puede verse una primera prueba de esta correspondencia entre la propensión a las inversiones en cosmética y las probabilidades de beneficio en la distancia que, para todas las clases de cuidados corporales, separa a las mujeres según que ejerzan o no un trabajo remunerado (distancia que aún debe variar según la naturaleza del trabajo y del medio profesional). En esta lógica, es fácil comprender que las mujeres de las clases populares, que tienen muchas menos oportunidades de acceder a una profesión y sobre todo a aquellas profesiones que exigen de manera más estricta la conformidad con las normas dominantes en materia de cosmética corporal, tengan menos conciencia que todas las demás del valor "comercial" de la belleza y estén mucho menos dispuestas a invertir tiempo, esfuerzos, privaciones y dinero en la corrección del cuerpo. Muy de otra manera sucede con las mujeres de la pequeña burguesía, y sobre todo de la nueva pequeña burguesía de las profesiones de presentación y representación, que imponen a menudo un *aspecto* destinado, entre otras funciones, a hacer desaparecer todas las trazas de cualquier gusto heterodoxo, y que exigen siempre lo que se denomina compostura, en el sentido de "dignidad de la conducta y corrección de las maneras", que implica, según el diccionario Robert, "un rechazo a ceder a la vulgaridad, a la facilidad" (las escuelas especializadas en la formación de las azafatas realizan una transformación radical en su manera de andar, de sentarse, de reír, de sonreír, de hablar, de vestirse, de maquillarse, etc., a las jóvenes de las clases populares a las que seleccionan en función de su belleza "natural"). Las mujeres de la pequeña burguesía, que tienen bastante interés en los mercados en los que las propiedades corporales pueden funcionar como capital para otorgar a la representación dominante del cuerpo un reconocimiento incondicional sin disponer, al menos ante sus propios ojos (y sin duda objetivamente), de un capital corporal suficiente para obtener de él los más altos beneficios, se encuentran, también aquí, con motivos para las más grandes tensiones. En efecto, la seguridad que da la certeza de su propio valor, y en particular del valor de su propio cuerpo o de su propia forma de hablar, está unida de manera muy estrecha con la posición ocupada en el espacio social (y, por supuesto, con la trayectoria): así, la proporción de las mujeres que se estiman por debajo de la media con respecto a la belleza o que piensan que aparentan más edad que la que tienen decrece enormemente conforme se va elevando la posición en la jerarquía social; de igual modo, las mujeres tienden a atribuirse notas tanto más elevadas para las diferentes partes de su propio cuerpo cuanto más alta es la posición que ocupan en el espacio social, y esto aunque sin duda las exigencias aumentan de forma paralela. Se comprende que las mujeres de la pequeña burguesía, que están casi tan poco satisfechas con su cuerpo como las mujeres de las clases populares (son incluso las más numerosas entre las que desean cambiar de aspecto

y entre las que se confiesan descontentas de diversas partes de sus cuerpos), sean mucho más conscientes que éstas de la utilidad de la belleza y reconozcan con mayor frecuencia el ideal dominante en materia de excelencia corporal, dediquen a la mejora de su apariencia física unas inversiones tan importantes –en *tiempo* sobre todo y también en *privaciones*– y concedan una adhesión tan incondicional a cualquier forma de voluntarismo cosmético (como el recurso a la cirugía estética). En cuanto a las mujeres de la clase dominante, obtienen de su cuerpo una doble seguridad: creen, como las pequeño-burguesas, en el valor de la belleza y en el valor del esfuerzo para embellecerse, y asocian así el valor estético con el valor moral, se sienten superiores tanto por la belleza intrínseca, natural, de sus cuerpos, como por el arte de embellecerlos y por todo lo que ellas denominan la compostura, virtud inseparablemente moral y estética, que constituye negativamente lo "natural" como *dejadez*. La belleza puede ser así simultáneamente un don de la naturaleza y una conquista del mérito, una gracia de naturaleza, justificada por ello mismo, y una adquisición de la virtud, justificada por segunda vez, que se opone tanto a los abandonos y a las facilidades de la vulgaridad como a la fealdad.

Así la experiencia por excelencia del "cuerpo alienado", la *incomodidad (gêne)*, y la experiencia opuesta, la *comodidad (aisance)*, se presentan con toda evidencia con unas probabilidades desiguales para los miembros de la pequeña burguesía y de la burguesía que, concediendo el mismo *reconocimiento* a la misma representación *de la conformación y del aspecto legítimos,* están desigualmente dotados para realizarla: las oportunidades de vivir el propio cuerpo bajo el modo de la gracia y del milagro continuo son tanto mayores, en efecto, cuanto más a la medida del reconocimiento es la capacidad corporal; o, a la inversa, la probabilidad de sufrir el cuerpo en el malestar, la incomodidad, la timidez, es tanto más fuerte cuanto mayor es la desproporción entre el cuerpo ideal y el cuerpo real, entre el cuerpo soñado y el *looking-glass self,* como a veces se dice, que refleja las reacciones de los otros (las mismas leyes valen también para el lenguaje).

El solo hecho de que las propiedades corporales más solicitadas (delgadez, belleza, etc.) no estén distribuidas al azar entre las clases (por ejemplo, la proporción de mujeres que tienen una talla normalizada superior a la talla modelo aumenta muy fuertemente conforme se desciende en la jerarquía social) bastaría para excluir que pueda tratarse como *alineación genérica,* constitutiva del "cuerpo para el otro", la relación que mantienen los agentes con la representación social de su cuerpo, ese "cuerpo alienado" que evoca el análisis esencialista, cuerpo genérico, como la "alienación" que adviene a todo cuerpo cuando es percibido y nominado, luego objetivado por la mirada y el discurso de los otros (véase J. P. Sartre, *L'Etre et le néant*, París, Gallimard, 1943, pp. 404-427). El "cuerpo para el otro" de los fenomenólogos es doblemente un producto social: debe sus propiedades distintivas a sus condiciones sociales de producción, y la mirada social no es un poder universal y abstracto de objetivación, como la mirada sartriana, sino un poder social, que siempre debe una parte de su eficacia al hecho de que encuentre en aquél a quien se aplica el reconocimiento de las categorías de percepción y de apreciación que dicho poder le aplica.

Aunque los pequeño-burgueses no tengan el monopolio, la experiencia pequeño-burguesa del mundo social es antes que nada la timidez, malestar de todo aquél que se siente incómodo en su cuerpo y en su lenguaje; que, en lugar de

aceptarlos como parte integrante de sí mismos, en cierta manera los observa desde fuera, con los ojos de los demás, vigilándose, corrigiéndose, reprendiéndose, y que mediante sus desesperadas tentativas para reapropiarse un ser-para-el-otro alienado, da motivo precisamente para la apropiación, traicionándose tanto por su hipercorrección como por su encogimiento: la timidez que a pesar de ella realiza el cuerpo objetivado, que se deja encerrar en el destino propuesto por la percepción y la enunciación colectivas (piénsese en los motes y apodos), resulta *traicionada* por un cuerpo sometido a la representación de los otros hasta en sus reacciones pasivas e inconscientes (se nota cómo se enrojece). Por el contrario, la soltura, esa especie de indiferencia ante la mirada objetivante de los otros cuyos poderes neutraliza, supone la *seguridad* que da la certeza de poder objetivar esa objetivación, de poder apropiarse de esa apropiación, de encontrarse en condiciones de imponer las normas de la percepción de su cuerpo, en resumen, de disponer de todos los poderes que le son esencialmente irreductibles, incluso cuando radican en el cuerpo y le prestan en apariencia sus armas específicas, como la prestancia o el encanto. Así es como hay que entender el resultado de la experiencia de Dannemaier y Thumin en la que los sujetos, invitados a evaluar de memoria la estatura de personas que les eran familiares, tendían a sobreestimar tanto más la de aquéllas cuanto que a sus ojos poseían una autoridad o un prestigio más importante[28]. Todo lleva a pensar que la lógica que conduce a percibir a los "grandes" como los más grandes se aplica de manera muy general y que la autoridad, sea del orden que sea, encierra un *poder de seducción* que sería ingenuo reducir al efecto de un servilismo interesado. Esta es la razón de que la contestación política haya recurrido siempre a la caricatura, deformación de la imagen corporal destinada a *romper el encanto* y a convertir en ridículo uno de los principios del efecto de imposición de autoridad.

El *encanto* y el *carisma* son nombres que en realidad se aplican al poder que algunos poseen de imponer como representación objetiva y colectiva de sus cuerpos y de sus propios seres la representación que tienen de sí mismos; al poder de obtener de los otros, como en el amor o en la fe, que *abdiquen de su poder genérico de objetivación* para delegarlo en aquél que sería el objeto del mismo y que así se encuentra constituido en sujeto absoluto, sin exterior (puesto que él es para sí mismo el otro), plenamente justificado de existir, legitimado. El jefe carismático llega a ser para el grupo lo que es para sí mismo, en lugar de ser para sí mismo, a la manera de los dominados de la lucha simbólica, lo que él es para el otro; él "hace", como suele decirse, la opinión que le hace; él se constituye como indeformable, sin exterior, absoluto, mediante una simbólica del poder que es constitutiva de su propio poder, puesto que le permite producir e imponer su propia objetivación.

Los universos de los posibles estilísticos

De este modo, los espacios de las preferencias alimenticias, vestimentarias, cosméticas, se organizan según la misma estructura fundamental, la del espacio social determinado por el volumen y la estructura del capital. Para construir por

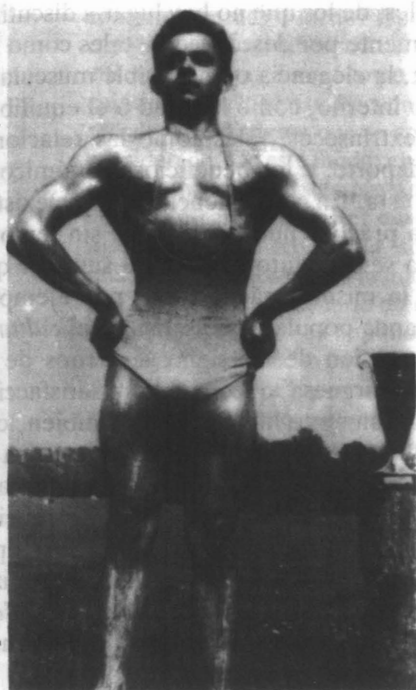
[28] W. D. Dannemaier y F. J. Thumin, "Authority Status as Factor in Perceptual Distorsion of Size", *Journal of Social Psychology*, 63, 1964, pp. 361-365.

completo el espacio de los estilos de vida en cuyo interior se definen los consumos culturales, sería necesario establecer, para cada clase y fracción de clase, es decir, para cada una de las configuraciones del capital, la *fórmula generadora* del *habitus* que manifiesta en un *estilo de vida* particular las necesidades y las facilidades características de esta clase de condiciones de existencia (relativamente) homogéneas y, una vez hecho esto, determinar cómo se especifican, para cada uno de los grandes dominios de la práctica, las disposiciones del *habitus*, al realizar tal o cual entre *los posibles estilísticos ofrecidos para cada campo*, el del deporte y el de la música, el de la alimentación y el de la decoración, el de la política y el del lenguaje, y así sucesivamente. Superponiendo estos espacios homólogos se obtendría una rigurosa representación del espacio de los estilos de vida que permitiría caracterizar cada uno de los rasgos distintivos (el uso de la gorra o la práctica del piano) bajo los dos aspectos en que aquél se define objetivamente, esto es, de un lado con respecto al conjunto de los rasgos constitutivos del dominio considerado (por ejemplo, el sistema de peinados y tocados), sistema de las posibilidades en el interior del cual, toma su valor distintivo y del otro con respecto al conjunto de los rasgos constitutivos de un estilo de vida particular (el estilo de vida popular), en el interior del cual se determina su significación social. De este modo, por ejemplo, el universo de las prácticas y espectáculos deportivos se presenta ante cada nuevo participante como un conjunto de opciones enteramente preparadas, de posibles objetivamente instituidos, tradiciones, reglas, valores, equipos, técnicas, símbolos, que reciben su significación social del sistema que constituyen, y que deben una parte de sus propiedades, en cada momento, a la historia.

Sólo es posible comprender la ambigüedad social de un deporte como el rugby, que, practicado todavía en las "escuelas de élite", al menos en Inglaterra, ha llegado en Francia a ser patrimonio de las clases populares y medias de las regiones del Sur del Loira (conservando al mismo tiempo algunos bastiones "universitarios" como el Racing o el SBUC), si se tiene en mente la historia del proceso que, en las "escuelas de élite" inglesas del siglo XIX, condujo a la transmutación de los *juegos populares* en *deportes elitistas*, asociados con una moral y una visión del mundo aristocráticas (*fair play, will to win,* etc.), al precio de un cambio radical de sentido y de función completamente análogo al que afecta a las danzas populares cuando entran en las formas complejas de la música culta, y si se tiene presente también la historia, peor conocida sin duda, del proceso de divulgación, emparentado por más de un rasgo con la difusión de la música culta o *folk* por el microsurco que, en un segundo tiempo, transforma el deporte de élite en *deporte de masa*, tanto como espectáculo cuanto como práctica.

Las *propiedades distribucionales* que sobrevienen a las distintas prácticas cuando éstas son aprehendidas por unos agentes que poseen un conocimiento práctico de su distribución entre agentes distribuidos a su vez en clases jerarquizadas o, si se prefiere, de la probabilidad para las diferentes clases de practicar aquéllas, deben mucho, realmente, a causa de los efectos de histéresis, al pasado de estas distribuciones: la imagen "aristocrática" de deportes como el tenis o la equitación, por no hablar del golf, puede sobrevivir a la transformación –relativa– de las condiciones materiales del acceso a los mismos, mientras que la petanca debe a sus orígenes y a sus raíces populares y meridionales –doble maldición– el tener una significación distribucional muy próxima a la del Ricard o a la de otras bebidas

La Fuerza y la Forma



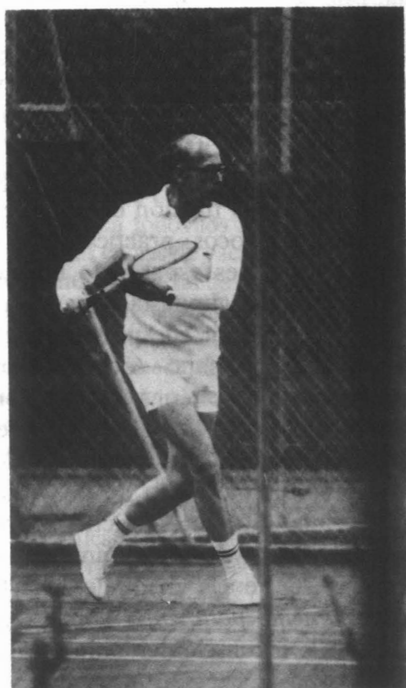
Prospecto de *Sculpture humaine*

"Yo ya era bastante fuerte para mi edad y a pesar de todo he aumentado 12 cm de ancho de espalda, 8 cm de contorno de pecho, 3 cm de contorno de brazo, y todo esto en tres meses. Es verdaderamente magnífico."

"Todas mis esperanzas han sido superadas, mis músculos han aumentado varios centímetros y mi fuerza se ha doblado."

"Me siento completamente nuevo. Mis padres y mis amigos se reían de mí, pero ahora mi padre me pide que me quite la camisa para que los invitados vean lo que he conseguido gracias a ustedes."

"La lección de tenis del presidente Valéry Giscard d'Estaing, París, julio 1978. Igual que un número cada vez más alto de franceses, el presidente Valéry Giscard d'Estaing se interesa por el tenis. Para perfeccionar su estilo, ahora, todas las mañanas muy temprano, recibe regularmente lecciones en un club de la periferia parisiense donde lo ha sorprendido nuestro fotógrafo."



La maison de Marie-Claire, n.° 56, octubre 1971. *Tennis-magazine*/Sygma

"No se sabría ser un esteta de la moda sin ser sensible a la armonía del cuerpo", explica Karl Lagerfeld. El estilista parisiense dedica por lo menos treinta minutos cada mañana para mantenerse en forma. Su dormitorio, transformado en pequeño gimnasio, contiene las más diversas instalaciones: bicicleta-salud, espalderas, máquina para remar, aparato de vibro-masaje, etc. Todos estos aparatos le permiten, al volver de sus vacaciones en Saint-Tropez (donde ha practicado mucho la natación), cuidarse a su gusto y dentro de su propia casa: "Quiero tener la libertad de elegir mi propia silueta."

fuertes y a la de todos los alimentos no sólo económicos sino también *fuertes* y reputados como dadores de fuerza, por pesados, grasos y especiados.

Pero las propiedades distribucionales no son las únicas que se atribuyen a los bienes por la percepción que de ellos se tiene. Debido al hecho de que los agentes aprehenden los objetos a través de los esquemas de percepción y de apreciación de su *habitus*, sería ingenuo suponer que todos los practicantes de un mismo deporte (o de cualquier otro tipo de práctica) atribuyen el mismo sentido a su práctica o incluso suponer que practican, propiamente hablando, la misma práctica. Sería fácil demostrar que las diferentes clases no se ponen de acuerdo sobre los beneficios que esperan de la práctica del deporte en cuestión, ya se trate de los beneficios específicos, propiamente corporales, de los que no hay lugar a discutir si son reales o imaginarios porque se dan realmente por descontados, tales como los efectos sobre el cuerpo externo: la delgadez, la elegancia o una visible musculatura; ya se trate de los efectos sobre el cuerpo interno, como la salud o el equilibrio psíquico, por no hablar de los beneficios extrínsecos, tales como las relaciones sociales que permite trabar la práctica del deporte, o los beneficios económicos y sociales que en ciertos casos puede asegurar ésta. En consecuencia, aunque existan casos en los que la función dominante de la práctica pueda señalarse sin temor a demasiados equívocos, prácticamente nunca se está autorizado para suponer que las diferentes clases esperan lo mismo de la misma práctica: así, por ejemplo, puede pedirse a la gimnasia –ésta es la demanda popular, que satisface el *culturismo*– que procure un cuerpo fuerte y en posesión de los signos externos de su fuerza, o un cuerpo sano –ésta es la demanda burguesa, que encuentra satisfacción en una gimnasia que tenga una función esencialmente higiénica–, o también, con las "nuevas gimnasias", un cuerpo "liberado" –ésta es la demanda característica de las mujeres de las nuevas fracciones de la burguesía y de la pequeña burguesía[29]. Sólo un análisis metódico de las variaciones de la significación y de la función otorgadas a las diferentes prácticas deportivas podría permitir escapar de las "tipologías" abstractas y formales fundadas –ésta es la ley del género– en la universalización de la experiencia vivida del investigador y construir la *tabla de características sociológicamente pertinentes* con arreglo a las cuales se determinan los agentes (consciente o inconscientemente) en la elección de sus prácticas deportivas.

El sentido de las prácticas deportivas está tan fuertemente ligado con la frecuencia y la antigüedad de la práctica, con las condiciones socialmente calificadas en las que se realiza (sitio, momento, equipos, instrumentos, etc.), con la manera de realizarla (por ejemplo, lugar que se ocupa en el equipo, estilo, etc.) que la mayor parte de los datos estadísticos disponibles resultan muy difíciles de interpretar, sobre todo para todas aquellas prácticas que tienen una fuerte dispersión, como la petanca, que cambia totalmente de sentido según se practique de forma regular, todos los fines de semana, en un terreno apropiado, con unos compañeros habituales, u ocasionalmente, durante las vacaciones, como un juego improvisado, para divertir a los niños; o, aún más, la gimnasia, que difiere totalmente según se trate de la simple cultura física cotidiana o semanal, practicada a domicilio, sin equipos especiales, o de la gimnasia practicada en una sala especializada, cuya "calidad" (y precio) varía también según las instalaciones y servicios

---

[29] Véase J. DEFRANCE, "Esquise d'une histoire sociale de la gymnastique" (1760-1870). *Actes de la recherche en sciences sociales,* 6, diciembre, 1976, pp. 22/47.

que ofrezca (por no hablar de la gimnasia deportiva o de las diferencias entre la gimnasia clásica y todas las formas de "gimnasia nueva"). Pero ¿pueden colocarse en la misma clase, a igual frecuencia, a aquellos que practican el esquí o el tenis desde su infancia y aquellos que han llegado a esta práctica en la edad adulta, o también a quienes practican el esquí en los períodos de vacaciones escolares y a quienes tienen los medios necesarios para practicarlo fuera de tiempo y, si ello puede decirse, fuera de lugar, con el esquí fuera de pistas o el esquí de fondo? En realidad, es raro que la homogeneidad social de los practicantes sea tan grande que los públicos definidos por la práctica de una misma actividad no funcionen como campos en los que se encuentre en juego la propia definición de la práctica legítima: los conflictos relacionados con la manera legítima de practicar o con las condiciones, más o menos especiales, de la práctica (financiación, instrumentos, espacios, etc.) manifiestan casi siempre unas diferencias sociales en la lógica específica del campo. Es así como los deportes que se "democratizan" pueden hacer coincidir (con la mayor frecuencia en espacios y tiempos separados) unos públicos socialmente distintos que se corresponden con las diferentes épocas del deporte considerado. De este modo, en el caso del tenis, los miembros de clubes privados, que practican desde siempre y son mucho más estrictos que nunca con respecto al vestuario (camisa Lacoste, *short* –o vestido blanco–, calzado especial) y con todo lo que el mismo representa, se contraponen en todos los aspectos a los nuevos practicantes de los clubes municipales o de los clubes de vacaciones que hacen ver que el ritual en el vestuario no es un atributo superficial de la práctica legítima: el tenis que se practica en bermuda y *T-shirt,* en chándal o incluso en traje de baño o en meyba es de hecho *otro* tenis distinto, tanto en la manera de practicarlo como en las satisfacciones que proporciona. Tampoco puede esperarse que se rompa el círculo que quiere que el sentido de la práctica ponga al descubierto la distribución de las prácticas entre las clases y que esta distribución descubra el sentido diferencial de la práctica según las clases, invocando la definición denominada "técnica": lejos de escapar a la lógica del campo y de sus luchas, esta definición es, con la mayor frecuencia, la que corresponde a quienes, como los profesores de educación física, deben asegurar la imposición y la inculcación metódica de los esquemas de percepción y de acción que organizan en la práctica las prácticas, y se ven obligados a fundar en razón o en naturaleza la explicitación, más o menos lograda, de estos esquemas prácticos que ellos construyen.

Basta en todo caso con tener conciencia de que las variaciones de las prácticas deportivas según las clases obedecen tanto a las variaciones de la percepción y de la apreciación de los *beneficios*, inmediatos o diferidos, que se supone proporcionan, como a las variaciones de los *costes* económicos, culturales y también, si puede decirse, corporales (riesgos más o menos grandes, desgaste físico más o menos importante, etc.), para comprender en sus grandes líneas la distribución de las prácticas entre las clases y las diferentes fracciones de clase. Todo ocurre como si la probabilidad de practicar los diferentes deportes dependiera, en los límites definidos por el capital económico (y cultural) y por el tiempo libre, de la percepción y de la apreciación de los beneficios y de los costes intrínsecos y extrínsecos de cada una de las prácticas con arreglo a las disposiciones del *habitus* y, con mayor precisión, de la relación con el propio cuerpo que es una de las dimensiones de aquél[30]. La relación *instrumental* con el propio cuerpo que las

[30] La relación entre los diferentes deportes y la edad es más compleja, puesto que no se define —con la mediación de la intensidad del esfuerzo físico que exige y de la disposición con respecto a este

clases populares expresan en todas las prácticas que tienen por objeto el cuerpo –régimen alimenticio o cuidados de belleza, relación con la enfermedad o cuidados de salud– se manifiesta también en la elección de deportes que exigen una gran inversión de esfuerzos, de molestias, o incluso de sufrimientos (como el boxeo) y a veces poner en juego el cuerpo mismo (como la moto, el paracaidismo, todas las formas de acrobacia y, en una cierta medida, todos los deportes que entrañan un combate).

El rugby, que acumula las características populares del juego de balón (o de pelota) y del combate al poner en juego el cuerpo mismo y al autorizar una expresión –parcialmente regulada– de la violencia física y un uso inmediato de las cualidades físicas "naturales" (fuerza, rapidez, etc.), se encuentra en afinidad con las disposiciones más típicamente populares, culto de la virilidad y gusto por la pelea, dureza en el "contacto" y resistencia a la fatiga y al dolor, sentido de la solidaridad ("los compañeros") y de la fiesta ("el tercer descanso"), etc. Lo que no impide que pueda ser objeto, sobre todo por parte de los miembros de las fracciones dominantes de la clase dominante (o de los intelectuales que consciente o inconscientemente reproducen sus valores) de una inversión estético-ética que a veces lleva incluso a la práctica: la búsqueda del endurecimiento, el culto de las virtudes viriles, mezclado algunas veces con un esteticismo de la violencia y del combate cuerpo a cuerpo, conducen a hacer aflorar al nivel del discurso las disposiciones profundas de los practicantes del primer grado que, poco dados a la verbalización y a la teorización, son remitidos mediante el discurso de encuadramiento (el de los entrenadores, de los dirigentes y de una fracción de los periodistas) a la docilidad de la fuerza bruta y sumisa (los "buenos chicos"), de la fuerza popular en su forma aceptada (abnegación, entrega al "colectivo", etc.). Pero la reinterpretación aristocrática que tradicionalmente se apoyaba en los valores de brillantez asociados con el juego de tres-cuartos, encuentra sus limitaciones en la realidad del rugby moderno que, bajo los efectos conjugados de una racionalización de la técnica del juego y del entrenamiento, de una transformación del reclutamiento social de los jugadores y de la extensión del público, otorga el predominio a un juego de delantera del que se habla cada vez más en el lenguaje del más oscuro trabajo industrial ("ir al carbón") o del sacrificio del soldado de infantería ("hombres de deber")[31].

Todo parece indicar que la preocupación por la cultura corporal aparece, en su forma elemental, es decir, en tanto que culto higienista de la salud asociado a menudo con una exaltación ascética de la sobriedad y del rigor dietético, en las

---

desgaste que es una de las dimensiones del *ethos* de clase— más que en la relación entre un deporte y una clase: entre las propiedades de los deportes "populares", la más importante es el hecho de que estén tácitamente asociados con la juventud, espontánea e implícitamente acreditada con una especie de *licencia provisional* que se expresa entre otras cosas por el despilfarro de un exceso de energía física (y sexual), y muy pronto abandonados (lo más frecuente en el momento de la entrada en la vida adulta marcada por el matrimonio); por el contrario, los deportes "burgueses", practicados principalmente a causa de su función de mantenimiento físico y del beneficio social que proporcionan, tienen en común el hecho de extender mucho más allá de la juventud la edad límite de su práctica y quizá tanto más allá cuanto más prestigiosos son (como el golf).

[31] Las disposiciones que los practicantes originarios de las clases populares o de las franjas inferiores de las clases medias introducen en el ejercicio de los deportes colectivos —y en particular la esperanza de una milagrosa salida de la clase— están en armonía con las exigencias de la racionalización del entrenamiento y de la práctica.

clases medias (cuadros medios, empleados de servicios médicos y sobre todo maestros, y muy particularmente entre las mujeres de estas categorías fuertemente feminizadas) de las que se sabe que están especialmente ansiosas por la apariencia y, en consecuencia, por su cuerpo para el otro, y que se entregan de manera particularmente intensiva a la gimnasia, el deporte ascético por excelencia, puesto que se reduce a una especie de entrenamiento *(askesis)* para el entrenamiento. Si se sabe, como lo demuestra la psicología social, que uno se acepta tanto mejor (es la misma definición de la soltura) cuanto menos se ocupa de sí, más dado se es a desviar la atención de sí mismo, más capaz se es de escapar a la fascinación por un cuerpo propio poseído gracias a la mirada de los otros (habría que mencionar aquí la mirada de ansiedad interrogativa que vuelve sobre sí la mirada de los otros, tan frecuente en la actualidad en las mujeres de la burguesía que no *pueden* envejecer), se comprende que las mujeres de la pequeña burguesía estén dispuestas a sacrificar mucho tiempo y muchos esfuerzos para acceder al sentimiento de estar de acuerdo con las normas sociales de la presentación de sí que es la condición del olvido de sí y de su cuerpo para el otro (F. C., LXI).

Pero la cultura física y todas las prácticas estrictamente higiénicas, tales como la marcha o el *footing*, se encuentran asociadas, a través de otras afinidades, con las disposiciones de las fracciones más ricas en capital cultural de las clases medias y de la clase dominante: al no tener sentido, la mayor parte de las veces, más que por referencia a un conocimiento completamente teórico y abstracto de los efectos de un ejercicio que, en la gimnasia, se reduce a una serie de movimientos abstractos, descompuestos y organizados con respecto a un fin específico y culto (por ejemplo, "los abdominales"), totalmente opuestos a los movimientos totales y orientados hacia unos fines prácticos de la existencia cotidiana, dichas prácticas higiénicas suponen una fe racional en los beneficios diferidos y a menudo impalpables que las mismas prometen (como la protección contra el envejecimiento o contra los accidentes asociados con la edad, beneficio abstracto y negativo). Por eso se comprende que encuentren las condiciones para su realización en las disposiciones ascéticas de los individuos en ascensión que están preparados para encontrar su satisfacción en el esfuerzo en sí mismo y para aceptar como moneda contante y sonante –lo que es el sentido mismo de toda su existencia– las satisfacciones diferidas que se prometen a su sacrificio presente. Pero además, por el hecho de que pueden ser practicadas en solitario o en cualquier momento o lugar, gracias a la búsqueda casi consciente de la máxima distancia con respecto a los otros –marchas por un bosque, por caminos apartados, etc.–, y de que excluyen por tanto de cualquier tipo de competencia y de competición (ésta es una de las diferencias entre la carrera y el *footing*), las prácticas estrictamente higiénicas se inscriben naturalmente en el número de los prejuicios éticos y estéticos que definen el aristocratismo ascético de las fracciones dominadas de la clase dominante.

Resulta claro que los deportes de equipo que, al no exigir más que unas competencias ("físicas" o adquiridas) casi igualmente repartidas entre las clases, son igualmente accesibles dentro de los límites del tiempo y de la energía física disponibles, deberían ser practicados cada vez con mayor frecuencia conforme se sube en la jerarquía social, como lo son los deportes individuales, si, de acuerdo con una lógica observada en otros campos –la práctica fotográfica, por ejemplo–, su misma accesibilidad y todas las propiedades correlativas, como los contactos sociales indeseables, no apartaran de ellos a los miembros de la clase dominante. Y

de hecho, los deportes más típicamente populares, el fútbol y el rugby, o la lucha y el boxeo, que, en sus comienzos en Francia, hicieron las delicias de los aristócratas (o, por lo menos, de aquellos, nunca demasiado numerosos, que situaban su esnobismo en ellos), pero que, al "vulgarizarse", han cesado de ser lo que eran, tanto en la realidad como en la percepción que de ellos mismos tienen los dominantes, acumulan todas las razones para repeler a los miembros de la clase dominante: la composición social de su público que duplica la vulgaridad inscrita en el hecho de su divulgación, pero también los valores y virtudes exigidos, fuerza, resistencia al dolor, disposición para la violencia, espíritu de "sacrificio", de docilidad y de sumisión a la disciplina colectiva, antítesis perfecta de la "distancia con respecto al cometido" implicada en los papeles burgueses, exaltación de la competición.

La práctica regular del deporte varía mucho según la clase social, pasando del 1,7 % en los agricultores o del 10,1 % y 10,6 % en los obreros y empleados, al 24 % en los cuadros medios y al 32,3 % en las profesiones liberales –observándose variaciones de la misma amplitud con arreglo al nivel de instrucción, mientras que la diferencia entre los sexos aumenta, como en otros temas, conforme se desciende en la jerarquía social (véase *Collections de l'INSEE*, Série M, n.° 2, julio 1970)–. Las diferencias resultan aún más marcadas en el caso de un deporte individual como el tenis, mientras que en el caso del fútbol, la jerarquía se invierte, encontrándose el porcentaje de práctica más alto en los obreros, seguidos por los artesanos y los comerciantes. Estas diferencias, que se explican en parte por la acción de incitación de la escuela, resultan también del hecho de que el debilitamiento de la práctica con la edad, muy brutal y relativamente precoz en las clases populares, en las que coincide con la salida de la escuela o con el matrimonio (las tres cuartas partes de los agricultores y de los obreros han terminado a los 25 años con la práctica del deporte), es mucho más lenta en la clase dominante, en la que el deporte está investido explícitamente de una función higiénica (como lo muestra, por ejemplo, el interés por el desarrollo físico de los niños). (Así se explica que, en el cuadro sinóptico, la proporción de los que practican regularmente un deporte cualquiera en el momento considerado aumenta fuertemente con arreglo a su posición en la jerarquía social, mientras que la proporción de los que no practican ninguno después de haber practicado alguno en algún momento varíe poco, alcanzando incluso su máximo en los artesanos y en los comerciantes.)

La frecuentación de espectáculos deportivos (y sobre todo de los más populares entre los mismos) corresponde principalemnte a los artesanos y a los comerciantes, a los obreros, a los cuadros medios y a los empleados (que son también grandes lectores de *L'Equipe*); y lo mismo ocurre con el interés por los reportajes televisados (fútbol, rugby, ciclismo, carreras de caballos). Por el contrario, los miembros de la clase dominante consumen claramente menos espectáculos deportivos, tanto en los estadios como en la televisión, con excepción del tenis y también del rugby o el esquí.

Lo mismo que ocurría en los tiempos en que las prácticas deportivas estaban reservadas a unos pocos, en los que el culto del *fair play*, la manera de jugar el juego de aquellos que son suficientemente dueños de sí mismos como para no dejarse prender por el juego hasta el punto de olvidar que se trata de un juego, no hacía sino llevar a su realización la verdad esencialmente distinta del deporte, igual ocurre en un tiempo en el que el hecho de la práctica no basta siempre para afirmar la rareza de los practicantes, en el que aquellos que intentan probar su excelencia

Tabla 21—Variaciones de las prácticas deportivas y de los juicios sobre el deporte (F. C., XXVIII)

	agricultores	obreros	artesanos, pequeños comerciantes	empleados, cuadros medios	cuadros superiores, profesiones liberales	Hombres	Mujeres
asisten con mucha o bastante frecuencia a pruebas deportivas	20	22	**24**	18	16	26	10
ven o escuchan (en la tele o en la radio) con mucha o bastante frecuencia pruebas deportivas	50	**62**	60	60	50	71	47
desearían que su hijo llegue a ser un gran campeón deportivo	50	**61**	55	44	33	52	47
piensan que en la actualidad no se concede suficiente importancia al buen desarrollo físico de los niños dentro del marco del empleo del tiempo escolar	23	**48**	41	60	**71**	47	39
practican de forma regular uno o varios deportes (con exclusión de la natación si sólo es practicada durante las vacaciones)	17	18	24	29	**45**	25	15
en la actualidad no practican ningún deporte de forma regular pero lo han practicado	**26**	34	**41**	34	33	42	21
no han practicado nunca con regularidad ningún deporte	**57**	48	35	37	22	33	64
practican con regularidad							
· el tenis	–	1,5	2,5	2,5	**15,5**	2	2,5
· la equitación	1,5	0,5	1	1,5	**3,5**	1	1
· el esquí	3,5	1,5	6,5	4,5	**8**	3	3
· la natación	2,0	2,5	3,5	6,5	**10**	4	3
· la gimnasia	0,5	3	0,5	5	7	1,5	4
· el atletismo	–	1,5	0,5	2,5	**4**	2	0,5
· el fútbol	2,5	6	**4,5**	4	4	7	0,5

De las estadísticas disponibles (véase lista de fuentes complementarias) sólo es posible extraer las tendencias más generales que resultan probadas en gran manera de las mismas, a pesar de las variaciones debidas a la imprecisión de la definición de la práctica, de su frecuencia, de sus ocasiones, etc. (sin contar la sobre-estimación de las tasas reales de práctica, sin duda desigual según la clase, que resulta del hecho de que todas las encuestas se basan en las *declaraciones* de los encuestados, y no podrían sustituir a unas verdaderas encuestas realizadas sobre unos *públicos* de practicantes o de espectadores). Por ello es por lo que se ha presentado en un cuadro sinóptico la proporción, para cada clase o para cada sexo, de agentes que tienen una propiedad determinada según la encuesta más reciente sobre prácticas deportivas y opiniones con respecto al deporte (F. C., XXXVIII).

deben afirmar su desinterés en la distancia con respecto a unas prácticas devaluadas por las apariencias de conformismo gregario que toman al volverse más corrientes. Para huir de las diversiones comunes, a los privilegiados les basta con dejarse guiar, también aquí, por el horror de las vulgares aglomeraciones que les lleva a buscar siempre en otra parte, más alto, más lejos, en distinto tiempo y lugar, la exclusividad o la primacía de nuevas experiencias o de espacios vírgenes, y también por el sentido de la legitimidad de las prácticas que es función, por supues-

to, de su valor distribucional, pero también del grado en el que éstas se prestan a la estetización, tanto en la práctica como en el discurso[32].

Todas las características que percibe y aprecia el gusto dominante se encuentran reunidas en unos deportes como el golf, el tenis, la navegación a vela o a motor, la equitación (o el salto de obstáculos), el esquí (sobre todo en las formas más distintivas, como el esquí de fondo), la esgrima: practicados en lugares *reservados* y separados (clubes privados), practicados en los momentos en que apetece, solo o con compañeros *elegidos* (características todas ellas opuestas a las disciplinas colectivas, a los ritmos obligados y a los esfuerzos impuestos de los deportes colectivos), al precio de un coste corporal relativamente reducido y en cualquier caso libremente determinado, pero al precio también de una inversión relativamente importante –y tanto más rentable cuanto más precoz es– en tiempo y en esfuerzos de aprendizaje específico (lo que les hace relativamente independientes de las variaciones del capital corporal y de su decadencia con la edad), estos deportes sólo dan lugar a competiciones altamente ritualizadas y regidas, más allá de los reglamentos, por las leyes no-escritas del *fair-play*: el intercambio deportivo reviste en ellos la apariencia de un intercambio social altamente civilizado, que excluye toda violencia física o verbal, todo uso anómico del cuerpo (gritos, gestos desordenados, etc.) y sobre todo cualquier especie de contacto directo entre los adversarios (separados con frecuencia por la propia organización del espacio de juego y por los diferentes ritos de apertura y de clausura). O bien, con la navegación, el esquí y todos los deportes californianos, sustituyen por el combate contra la naturaleza, de siempre celebrado, las batallas entre los hombres, cuerpo a cuerpo, de los deportes populares (por no hablar de las competiciones, incompatibles con una alta idea de la persona). Resulta comprensible el hecho de que los obstáculos económicos –por muy importantes que sean en el caso del golf, de la navegación, o incluso de la equitación y del tenis– no basten para explicar la distribución de estas prácticas entre las clases: son unos derechos de entrada mucho mejor ocultos, como la tradición familiar y el *aprendizaje precoz,* e incluso la compostura (en el doble aspecto de "corrección de las maneras" y "manera de vestirse, aspecto externo") y las técnicas de sociabilidad de rigor los que excluyen de estos deportes a las clases populares y a los individuos en ascensión de las clases medias o superiores y los que sitúan *a dichas prácticas deportivas* entre los más seguros indicadores (junto con los juegos de sociedad distinguidos tales como el ajedrez y sobre todo el bridge) de la antigüedad en la burguesía[33].

---

[32] También en estas materias existe una jerarquía de legitimidades que define el valor susceptible de ser reconocido a los diferentes deportes en la conversación burguesa y que *Le Monde* expresa bastante bien al dedicar al tenis y al rugby (y secundariamente al atletismo) verdaderos artículos "críticos", firmados a menudo por hombres conocidos, mientras que concede un tratamiento mucho más distante e impersonal al fútbol y al ciclismo.

[33] Se sabe que, a la inversa de la práctica de la *belote** (y todavía más, de la malilla), la práctica del bridge aumenta a medida que se sube en la jerarquía social, culminando en las profesiones liberales (IFOP, 1948). De igual modo, entre los alumnos de las grandes escuelas, la práctica del bridge, y sobre todo la práctica intensiva (con torneos), varía muchísimo según el origen social. La práctica (declarada) del ajedrez parece menos ligada con unas determinadas tradiciones sociales y con la búsqueda de la acumulación del capital social que el bridge, y, por el contrario, mucho más dependiente del capital cultural; lo que explicaría que aumente conforme se sube en la jerarquía social. pero sobre todo cuando se va hacia el sector del espacio definido por un fuerte capital cultural (F. C., VII).

* Nombre de un juego de cartas muy popular en Francia. *(Nota de la T.)*.

El hecho de que las mismas prácticas, en momentos diferentes, hayan podido –aunque fuera al precio de un cambio de sentido y de función– atraer a unos públicos aristocráticos o populares, o, en el mismo momento, hayan podido tomar sentidos y formas diferentes para los diferentes públicos que atraen, es motivo suficiente para poner en guardia contra la tentación de encontrar en la propia "naturaleza" de los deportes la explicación completa de su distribución entre las distintas clases. Incluso si la lógica de la distinción bastara para dar cuenta de lo esencial de la oposición entre los deportes populares y los deportes burgueses, no dejaría de ser cierto que es imposible comprender por completo la relación entre los diferentes grupos y las diferentes prácticas si no es a condición de tomar en cuenta las potencialidades objetivas de las diferentes prácticas institucionalizadas, esto es, de los distintos usos sociales que resultan favorecidos, desfavorecidos o excluidos por dichas prácticas consideradas en su lógica intrínseca y en su valor posicional y distribucional. Puede afirmarse como ley general que un deporte tiene tantas más probabilidades de ser adoptado por los miembros de una determinada clase social cuanto menos en contradicción se encuentre con la relación con el cuerpo en lo que ésta tiene de más profundo y de más profundamente inconsciente, es decir, con el *esquema corporal* en tanto que es depositario de toda una visión del mundo social, de toda una filosofía de la persona y del cuerpo propio. Es así como un deporte está de alguna manera más predispuesto al uso burgués cuando la utilización del cuerpo que el mismo reclama no ofende lo más mínimo el sentimiento de la alta dignidad de la persona, que por ejemplo excluye que se pueda utilizar el cuerpo como un proyectil en los oscuros combates del rugby de delanteros o en las competiciones que atentan la propia estima en el atletismo, y que exige que, preocupado por imponer la representación indiscutible de su autoridad, de su dignidad o de su distinción, se trate al cuerpo como un fin, se haga del cuerpo un signo y un signo de su propia "soltura": situando en primer plano el estilo, la manera más típicamente burguesa de llevar el cuerpo se reconoce en una cierta *amplitud* de gestos, de la forma de andar, que manifiesta, mediante el sitio ocupado en el espacio, el sitio que se ocupa en el espacio social; y sobre todo en un *tempo* moderado, medido y seguro que, totalmente opuesto a la precipitación popular o al apresuramiento pequeño-burgués, caracteriza también el uso burgués del lenguaje, y en el que se afirma la seguridad de estar autorizado para perder su propio tiempo y hacérselo perder a los demás. La afinidad entre las potencialidades objetivamente inscritas en las prácticas y las disposiciones nunca se ve tan bien como en el caso de la aviación, y especialmente de la aviación militar: las hazañas individuales y la moral caballeresca de los aristócratas prusianos y de los nobles franceses pasados de Saumur a la escuadrilla (todo aquello que evoca *La grande illusion**) están implicados en la propia práctica del vuelo que, como sugieren todas las metáforas del sobrevuelo y de la altura, está asociada con la altura social y con la altura moral, "un cierto sentimiento de la actitud relacionándose con la vida espiritual", como dice Proust a propósito de Stendhal[34]. Toda la oposición entre una burguesía belicosa y patriotera, que identificaba las virtudes del jefe con la búsqueda del riesgo viril y con la resolución del hombre de acción, y una burguesía multinacionalista y libre-cambista, que sitúa el principio de su poder en sus capacidades deciso-

* Célebre filme de Renoir. *(Nota de la T.).*

[34] M. Proust, *A la recherche du temps perdu,* París, Gallimard (Pléiade), 1954, T. III, p. 377.

rias y organizativas, o *cibernéticas,* se condensa en la oposición entre el caballo, la esgrima, el boxeo o la aviación de los aristócratas y burgueses de comienzos de siglo y el esquí, la navegación o el vuelo sin motor de los grandes cuadros modernos.

Y lo mismo que una historia de las prácticas deportivas de la clase dominante conduciría sin lugar a dudas a lo más profundo de la evolución de las disposiciones éticas, de la representación burguesa del ideal humano y en particular de la manera de conciliar las virtudes corporales y las intelectuales, consideradas como inclinadas hacia el sentido de lo femenino, de igual modo el análisis de la distribución en un momento dado del tiempo de las prácticas deportivas entre las distintas fracciones de la clase dominante conduciría sin duda a algunos de los más ocultos principios de la oposición entre estas fracciones, como la representación, enterrada en lo más profundo de los inconscientes, de la relación entre la división del trabajo entre los sexos y la división del trabajo de dominación. Y esto, sin duda alguna, hoy más que nunca, cuando la suave e invisible educación mediante el ejercicio deportivo y los regímenes alimenticios que convienen a la nueva moral higiénica tiende cada vez más a reemplazar a la pedagogía explícitamente ética del pasado a la hora de tratar de asegurar la formación del cuerpo y del espíritu. Debido a que los diferentes principios de división que confieren a la clase dominante su estructura nunca son perfectamente independientes, como las oposiciones entre los más dotados de capital económico y los mejor provistos de capital cultural, entre los herederos y los advenedizos, los viejos y los jóvenes (o los *juniors*), las prácticas de las diferentes fracciones tienden a distribuirse, desde las fracciones dominantes hasta las fracciones dominadas, según una serie de oposiciones a su vez parcialmente reducibles unas a otras: oposición entre los deportes más caros y los más elegantes (golf, navegación, equitación, tenis) o entre las maneras más caras y más elegantes de practicar estos deportes (clubes privados) y los deportes menos caros (marcha, fondo, *footing*, cicloturismo, alpinismo, etc.) o las maneras menos caras de practicar los deportes elegantes (por ejemplo, para el tenis, en los clubes municipales o de vacaciones); oposición entre los deportes "viriles", que pueden exigir una fuerte inversión energética (caza, pesca con lanzamiento, deportes de combate, tiro al pichón, etc.) y los deportes "introvertidos", orientados hacia la exploración y la expresión de sí mismo (yoga, danza, expresión corporal), o "cibernéticos", que exigen una fuerte inversión cultural para una inversión energética relativamente reducida. Es así como las diferencias que separan a los profesores, los miembros de profesiones liberales y los patronos se encuentran como condensadas en las tres prácticas que, aunque relativamente singulares –del orden del 10 %– incluso en las fracciones que las mismas distinguen, aparecen como el rasgo distintivo de cada una de dichas fracciones porque son claramente más frecuentes en ellas, a edad equivalente, que en las demás (F. C., V y F. C., VI, análisis secundario): el ascetismo aristocrático de los profesores encuentra una expresión ejemplar en el alpinismo que, aún más que el fondo y sus senderos reservados –piénsese en Heidegger– o el cicloturismo y sus iglesias románicas, ofrece un medio de obtener al menor coste económico el máximo de distinción, de distancia, de altura, de elevación espiritual, a través del sentimiento de dominar simultáneamente su propio cuerpo y una naturaleza inaccesible para la mayoría de los hombres[35], mientras

[35] Otro rasgo distintivo, que condensa la oposición entre dos formas distintas de enfrentarse con el cuerpo y con la vida de relación: los dos tercios (el 59,8 %) de los profesores dicen que nunca bailan

que el hedonismo higienista de los médicos y de los cuadros modernos, que poseen los medios materiales y culturales (unidos a la práctica precoz) necesarias para acceder a las prácticas más prestigiosas y huir así de los agrupamientos comunes, se realiza en las salidas en barco, los baños en alta mar, el esquí de fondo o la pesca submarina, y mientras que los patronos esperan los mismos beneficios de distinción de la práctica del golf, de su etiqueta aristocrática, de su léxico tomado del inglés y de sus vastos espacios exclusivos, por no hablar de los beneficios extrínsecos, tales como la *acumulación de capital social,* que además asegura dicha práctica[36].

Sabiendo que, evidentemente, la edad es aquí una variable de gran peso, no es sorprendente que las diferencias de edad social –las que contraponen, a posición social idéntica, a los más jóvenes y los más viejos biológicamente, pero también, a edad biológica idéntica, a las fracciones dominadas y a las fracciones dominantes o a las fracciones nuevas y a las fracciones establecidas– se manifiesten en la oposición entre los deportes tradicionales y todas las formas nuevas de los deportes clásicos (equitación a través de los campos, esquí de fondo, esquí fuera de pistas, etc.) o todos los deportes nuevos, importados con frecuencia de Norteamérica por los miembros de las nuevas gran y pequeña burguesías, y en particular por las gentes de moda, estilistas, fotógrafos, modelos, publicitarios, periodistas, que inventan y venden una nueva forma de *elitismo del pobre*, próximo del que caracterizaba a los profesores pero más ostensiblemente liberado de convenciones y conveniencias. La verdad de esta "contra-cultura", que en realidad reaviva todas las tradiciones de los viejos cultos típicamente cultivados de lo natural, de lo puro y de lo auténtico, quizá nunca se manifiesta de forma tan clara como en el equipo que ofrecen al aficionado a los grandes paseos al aire libre los nuevos almacenes de accesorios del estilo de vida avanzada, Fnac, Beaubourg, Nouvel observateur, Clubes de vacaciones: *parkas, knickers, jacquards* "auténticos" en *shetland* o en lana "del país", "verdaderos" *pulls* en lana "natural", chaquetas de tramperos canadienses, *pulls* de pescadores ingleses, impermeables del ejército estadounidense, camisas de guardabosques sueco, *fatigue pants*, calzado de trabajo USA, *rangers*, mocasines indios en cuero flexible, gorras de trabajo irlandesas, gorros de lana noruegos, sombreros de fibras vegetales, sin olvidar los silbatos, altímetros, podómetros, libros sobre excursiones, Nikon y otros obligados *gadgets* sin los cuales no existe un retorno natural a la naturaleza. ¿Y cómo no reconocer la dinámica del sueño de vuelo social en la base de todas las nuevas prácticas deportivas, excursiones a pie, a caballo, en bicicleta, en moto, en barco, en canoa *kayak*; *moto-cross,* tiro al arco, *windsurf,* esquí de fondo, vuelo a vela, ala delta, que, teniendo en común la exigencia de una fuerte inversión de capital cultural, en el ejercicio mismo de la práctica, en la preparación, en el entretenimiento y en la utilización de los instrumentos, y sobre todo, quizás, en la *verbalización* de las experiencias, son un poco a los deportes de lujo de los miembros de profesiones liberales y de los cuadros de empresa lo que la apropiación simbólica es a la apropiación material de la obra de arte?

---

mientras que los miembros de profesiones liberales practican con mucha frecuencia el baile (el 18 % solamente, el porcentaje más bajo de toda la población, dicen que no bailan nunca) (F. C., IV).

[36] Más de la mitad de los miembros del golf de Saint-Nom-la-Bretèche (en las afueras de París) son banqueros, industriales, hombres de negocios, administradores de sociedades; el 26 % son directores de sociedades, cuadros, ingenieros, y el 16 % son miembros de profesiones liberales.

EL CATÁLOGO DE LOS NUEVOS RECURSOS DEPORTIVOS

Extractos del *Catalogue des ressources*, co-édition Librairies Alternative et Parallèles, 1977.

EXPRESIÓN CORPORAL

Gacela

Impregnada de la enseñanza del Arca, donde ha vivido una decena de años, Lanza del Vasto ha escrito de ella: "Su arte no es una cuestión de piernas, sino que se ha madurado durante mucho tiempo en el corazón y en la cabeza"; "si yo le hago salir al exterior de vez en cuando, lo hago porque este arte tan valioso, inspirado tanto en la danza hindú como en la imaginería cristiana de la Edad Media, no se pierda".

Los acercamientos a la vida interior se practican por medio de las actividades que tienen lugar a lo largo de la jornada de sesión, para inmediatamente continuarse en la vida de cada día; en efecto, la búsqueda de la unidad interior constituye su principal objeto. La danza ocupa el lugar de honor, ya sea folklórica, religiosa o de creación. No constituye un fin en sí, sino que es un soporte de la vida interior. Ciertamente, se trabaja la técnica, pero nunca en detrimento del sosiego indispensable para la armonía de la persona.

Las mujeres descubren su cuerpo gracias a la danza

Para las mujeres, la danza representa ante todo un medio de tomar consciencia de su propio cuerpo y en este sentido, constituye un descubrimiento de sí mismas... Para las entrevistadas, la toma de consciencia del propio cuerpo va a veces acompañada por la toma de consciencia del cuerpo en tanto que medio de expresión particular. Para las mujeres, la danza se vive como un nuevo lenguaje que permite una afirmación de sí mismas... Además, esta actividad parece participar, según la mitad de las entrevistadas, de un erotismo primario o incluso de un autoerotismo primario, al vivirse como un placer, ese conocimiento del cuerpo... "Es el momento en que siento que tengo un cuerpo... yo creo que la danza puede darme una armonía conmigo misma...", "...una búsqueda de mí misma, el hecho de descubrirme físicamente", "¡son sensaciones por medio del cuerpo... es un medio de hablar, puedes decir tantas cosas!", "es una afirmación...". "Me siento muy bien cuando danzo. Tengo consciencia de mí misma. En una ocasión abandoné la danza durante dos años, y me faltaba algo... Es una necesidad."

CARAVANAS

Eramos cuatro chicas, dos muchachos, un caballo alquilado, un carro propio y una bicicleta

Partimos de La Charité-sur-Loire en la Nièvre, sin una meta precisa. Hicimos 300 km. durante un mes hasta Montaigut-en-Combraille (Puy-de-Dôme) rodando por las carreteras secundarias del Boubonnais. Ibamos a tres kilómetros por hora de media (el estado físico y el humor del caballo no permitían más). Hacíamos entre 15 y 20 kilómetros diarios. El hecho de ir a 3 kilómetros por hora nos permitía hacer un montón de cosas imposibles de realizar cuando se viaja en coche: coger moras, montar en bici, charlar con las gentes de los pueblos más perdidos, montar en el carro, bañarnos, amarnos... Al cabo de algunos días habíamos perdido por completo la noción del tiempo (el tiempo de todos los días: comida, trabajo, sueño).

VUELO LIBRE

Un ala delta es una vela tensada sobre unos tubos de aluminio, una gran cometa cuya cuerda es reemplazada por el peso de un hombre suspendido por un aparato y con el cual se lanza desde una cima para VOLAR.

La iniciación se hace desde pequeñas colinas, en pendientes con hierba, en canteras de arena, a sólo pocos metros del suelo. Geográficamente, se

puede volar en todas partes: desde los Pirineos a los Vosgos, desde los terrenos y acantilados del Norte hasta el Jura y los Alpes, pasando por el Puy-de-Dôme.

MARCHA A PIE

Pensar que hay gente que vive sin saber que basta con salir del agobiante mundo del metro en la estación "Porte de Saint-Cloud"... para encontrarse en el camino de la Grande Randonnée n.º 1 ¡¡¡Perfectamente!!! Se diría que es el relato, algodonoso y brumoso, que se hace de un sueño en el desayuno del día siguiente. Y sin embargo es cierto: ¡al final de la avenida de Versailles parten 565 km. (¡ni uno menos!) de caminos, SIN ATRAVESAR NI UNA SOLA AGLOMERACIÓN!

EL SIMPÁTICO FÚTBOL

Desde hace algún tiempo asistimos al desarrollo de un fútbol "al margen"; fuera de los clubes, fuera de los campeonatos, y a menudo incluso fuera de los estadios. La vestimenta tradicional de color único deja paso a unas *tee-shirts* abigarrados, a camisas de todo tipo, incluso camisetas indias. No se ven demasiados *shorts* y por el contrario florece el pantalón vaquero. Las gruesas botas claveteadas todas llenas de cordones y ataduras bastante complicadas son rarísimas y provocan curiosos grupos de mirones antes del partido. Los zapatos de tenis y los *clarks* son los calzados más corrientes.

El número de los jugadores varía muchísimo y raramente alcanza la fatídica cifra de once. El sexo no siempre es el masculino y puedo recordar algunos partidos jugados en el barro invernal del Par-de-Sceaux en los que en cada equipo jugaban tres o cuatro chicas ¡cuyos zapatos de tacón hacían delicia de tobillos y tibias no siempre adversos!

Eran partidos homéricos, con dos o tres descansos, en el curso de los cuales los menos cansados se fumaban sus buenos cigarrillos. Los tanteos tipo eran del orden de 32 a 28.

La edad también a menudo es muy variable. Nada de categorías de tipo infantil, mínimos, cadetes, *juniors, seniors* o veteranos. Y los chicos de once-doce años constituyen el género de mosquitos de los que sólo a duras penas se llega uno a desembarazar.

Evidentemente, las reglas no se siguen al pie de la letra. Por otro lado, la mayor parte de las veces, no existe árbitro. El fuera de juego sólo es castigado en caso de abuso flagrante (por ejemplo, cuando un jugador permanece durante todo el partido pegado a la línea de gol contraria en espera de recuperar un pase cualquiera). ¡Las líneas de banda no existen, lo que a menudo permite contar con terrenos de fútbol más anchos que largos! Sí se tiran los saques de esquina porque permiten estirarse un poco las camisetas. Los equipos se forman a medida que van llegando los jugadores durante el curso del partido.

No está totalmente excluido el espíritu de competición, pero se permanece, sin embargo, muy lejos del fanatismo de algunos equipos "pro". En realidad, las gentes que vienen a golpear el balón no se encuentran sobre la hierba para vencer a cualquier precio, visto que no existen apuestas, que raramente juegan dos veces los mismos equipos, que los períodos de juego son muy elásticos y que el triunfo suele darse con muy poca diferencia en el tanteo (de uno o dos goles como mucho). Y cuando un equipo es manifiestamente superior, se reequilibra el partido realizando "transferencias" entre los dos equipos. (...) Lo que queda (...) es un estado de espíritu bastante diferente del que se aprende la mayor parte de las veces en los equipos de colegios o de institutos.

En la oposición entre los deportes clásicos y los deportes californianos se expresan, de forma tan clara como en los gustos en materia de teatro o de literatura, dos tipos opuestos de relación con el mundo social, con el respeto de las formas y de las formas de respeto, por un lado, que se manifiesta en la preocupación por la manera de vestirse y por los rituales, y en todas las exhibiciones sin ningún tipo de complejo de la riqueza y del lujo, y por otro lado, con la subversión simbólica de los rituales del orden burgués mediante la pobreza ostensiva que hace de la necesidad virtud; con la libertad con respecto a las formas y la impaciencia por las coacciones, que se nota en primer lugar en materia de vestuario o de cosmética, constituyendo los vestidos sueltos y los cabellos largos (como en otros dominios el minibús y la caravana, o el folk y el rock) otros tantos desafíos a los atributos obligados de los rituales burgueses –vestidos de corte clásico o automóviles de lujo, teatro de bulevar y ópera–. Y esta oposición entre dos tipos de relación con el mundo social se resume perfectamente en los dos tipos de relación con el mundo natural, con el gusto de la naturaleza, salvaje, por una parte, y de la naturaleza civilizada, balizada, cultivada, por la otra.

De esta forma, el sistema de las prácticas y los espectáculos deportivos que se ofrecen en un momento dado del tiempo a la elección de los "consumidores" potenciales está como pre-dispuesto para expresar todas las diferencias sociológicamente pertinentes en ese momento, oposición entre los sexos, oposición entre las clases y las fracciones de clase: a los agentes les basta con abandonarse a las inclinaciones de su *habitus* para volver a tomar por su cuenta, incluso sin saberlo, la intención inmanente a las prácticas correspondientes, para reconocerse por completo en ellas, reconociendo también en las mismas a todos aquellos que en ellas se reconocen, sus *pares.* Y lo mismo ocurre en todos los dominios de la práctica: cada consumidor debe contar con un estado determinado de la oferta, es decir, con las posibilidades objetivadas (bienes, servicios o esquemas de acción, etc.) cuya apropiación es una de las cosas que se encuentran en juego en las luchas entre las clases y que, por el hecho de su probable asociación con unas clases o fracciones de clases, resultan automáticamente enclasadas y enclasantes, jerarquizadas y jerarquizantes. El estado observado de la distribución de los bienes o de las prácticas se define en el encuentro entre las posibilidades ofertadas en un momento dado del tiempo por los diferentes campos de producción (presentes y pasados) y las disposiciones socialmente diferenciadas que, asociadas al capital (definido en su volumen y en su estructura) del que son más o menos por completo su producto (según la trayectoria) y en el que encuentran los medios de su realización, definen el interés por estas posibilidades, esto es, la propensión y la aptitud para adquirirlas y para convertirlas (por el hecho de su apropiación) en signos distintivos.

Así, por ejemplo, una investigación sobre el mercado de juguetes emprendida bajo esta perspectiva debería establecer en primer lugar los principios de estructuración específicos de un campo de producción que, aquí como en cualquier otra parte, hace coexistir, sin duda alguna, establecimientos que difieren por su "edad" (desde las pequeñas fábricas que producen juguetes de madera hasta las grandes empresas modernas), por su volumen (cifras de negocio, número de personas empleadas) y sobre todo, quizá, por la parte que dedican a la inversión "cultural", es decir, por el grado en que la producción se apoya en una investigación no sólo tecnológica sino también psicológica: en segundo lugar, a partir de un análisis de las condiciones en las que se producen las compras de juguetes y, en

particular, del grado, sin duda variable según las clases, en que están ligadas con ocasiones tradicionales, y por tanto estacionales, de intercambios de regalos (Navidad, primero de año), se podría tratar de determinar la significación y la función que las diferentes clases confieren, consciente o inconscientemente, a los juguetes con arreglo a sus propios esquemas de percepción y de apreciación y, con mayor precisión, con arreglo a sus estrategias educativas, ellas mismas parte integrante de su sistema de estrategias de reproducción, siendo sin duda tanto más fuerte la propensión a conferir a los juguetes una función educativa cuanto que la reproducción de la posición social depende de forma más exclusiva de la transmisión del capital cultural, y por consiguiente cuanto mayor es el peso de dicho capital en la estructura patrimonial. Y debería examinarse también cómo la lógica de la competencia que enfrenta a las empresas de diferentes tipos, diferentemente dotadas y forzadas por ello a defender productos diferentes, es, en alguna manera, arbitrada por las diferentes categorías de clientes, al poder las empresas artesanales encontrar una segunda carrera cuando los juguetes de madera coinciden con el gusto por los materiales naturales y por las formas sencillas de las fracciones intelectuales, atraídas también por todas las formas de juegos lógicos aptos para "despertar" o para "desarrollar" la inteligencia, mientras que las empresas con una fuerte inversión cultural encuentran su apoyo espontáneo en la intensificación de la competición por la titulación académica y el aumento generalizado de las inversiones educativas, pero también en esa especie de publicidad espontánea que ofrecen a los productos de su gusto aquellos que no cesan de mostrar como ejemplo su propio estilo de vida ni de erigir en ética universal las inclinaciones de su *ethos*[37]: los productores de juguetes culturales, que tienen un interés vital en quitar al mercado del juguete el carácter estacional que debe a su asociación con unas fiestas rituales, pueden contar con el proselitismo de todos aquellos que están inclinados a creer y a hacer creer en la eficacia pedagógica –rigurosamente indemostrable– de los juguetes y del juego: psicólogos, psicoanalistas, educadores, animadores de ludotecas, y de todos aquellos que están a favor de una definición de la infancia capaz de producir un mercado para los productos y los servicios destinados a la infancia[38].

De todo ello se deduce que solamente multiplicando los análisis empíricos de las relaciones entre unos campos relativamente autónomos de producción de una clase particular de productos y el público de consumidores que los mismos reúnen, y que funciona a veces como un campo (sin dejar de estar determinado por

[37] No existe, en todas las cosas, mejor prueba de la existencia de una legitimidad y de una definición de la práctica legítima que la seguridad inconsciente, pero socialmente corroborada, con la que los nuevos *taste-makers* miden todas las prácticas con la vara de su buen gusto, constituido en *norma de futuro* (en oposición a todo lo que es arcaico, viejo, rígido, superado): la ingenuidad de algunos de los comentarios con los que acompañan las estadísticas de consumo que producen para las necesidades del *marketing* dejan ver, por ejemplo, que clasifican todos los consumos alimenticios con arreglo a su distancia con el ideal anglosajón del *breakfast* con huevos y bacon o del *lunch* ligero, regado con agua mineral, como otros deciden lo que es *in* en materia de política o el último *must* de la moda filosófica con arreglo a lo que se hace (o no se hace) en Harvard, Princeton o Palo Alto.

[38] Se hubiera podido también mencionar el análisis de las relaciones entre el campo literario como campo de producción de un universo de posibilidades lingüísticas y los *habitus* de clase (véase P. BOURDIEU, con L. BOLTANSKI, "Le fétichisme de la langue", *Actes de la recherche en sciences sociales,* 4, 1975, pp. 2-33, y P. BOURDIEU, "L'économie des échanges lingüístiques", *Langue française*, 34, mayo 1977, pp. 17-34); o también las relaciones, que se mencionarán más adelante, entre el espacio de los diarios y de los semanarios o el espacio de los partidos políticos y las expectativas de las diferentes clases sociales.

su posición en el campo de las clases sociales), es como puede realmente escaparse a la abstracción de las teorías económicas que sólo quieren saber de un consumidor reducido a su poder de compra (reducido a su vez a sus ingresos) y de un producto caracterizado, de manera también completamente abstracta, por una función técnica supuesta idéntica para todos, y fundar así una verdadera teoría científica de la economía de las prácticas[39].

[39] Sería necesario someter a una crítica análoga la noción abstracta de *mercado de trabajo* y describir simultáneamente los invariables y las variaciones de la relación entre el poseedor de los medios de producción —y por consiguiente de los puestos de trabajo— y el vendedor de fuerza de trabajo según las relaciones de fuerza entre las dos partes, que dependen, entre otras cosas, de la escasez del puesto y de los beneficios materiales y simbólicos que proporciona, de la escasez de la fuerza de trabajo ofertada o de las titulaciones que la garantizan; o, en otros términos, del grado en que el poseedor de puesto puede soportar la retirada individual o colectiva de la fuerza de trabajo (rechazo del puesto, huelga, etc.) y del grado en que el poseedor de fuerza de trabajo puede soportar el rechazo del puesto (por ejemplo, según sus titulaciones académicas, su edad, sus cargas familiares, siendo menos vulnerables los jóvenes solteros, etc.).

4

LA DINAMICA DE LOS CAMPOS

Hay así tantos espacios de preferencias como universos de posibles estilísticos existen. Cada uno de estos universos –bebidas (aguas minerales, vinos y aperitivos) o automóviles, diarios y semanarios o lugares y formas de vacaciones, mobiliarios u organización de casas y jardines, por no hablar de los programas políticos– proporciona los diferentes rasgos distintivos que, funcionando como sistema de diferencias, de variaciones diferenciales, permiten expresar las más fundamentales diferencias sociales de una forma casi tan completa como los sistemas expresivos más complejos y más refinados que puedan ofrecer las artes legítimas; pueden en consecuencia, verse las posibilidades casi inagotables que para la investigación de la distinción proporciona el universo de estos universos.

Si entre todos los universos de posibles no existe ninguno como el universo de los bienes de lujo y, entre éstos, de los bienes culturales, que parezca tan predispuesto para expresar las diferencias sociales, es porque *la relación de distinción se encuentra objetivamente inscrita en él* y se vuelve a activar, se sepa o no, se quiera o no, en cada acto de consumo, mediante los instrumentos de apropiación económicos y culturales que la misma exige. No se trata solamente de las afirmaciones de la diferencia que a porfía profesan escritores y artistas a medida que se afirma la autonomía del campo de producción cultural[1], sino de la intención inmanente a los propios objetos culturales.

Se podría así evocar toda la carga social del lenguaje legítimo y, por

---

[1] Algunos ejemplos a pesar de todo: "¿Qué es, pues, la Igualdad sino la negación de toda libertad, de toda superioridad y de la propia naturaleza: La Igualdad es la esclavitud. He aquí el porqué de que me guste el Arte" (G. Flaubert, *A Louise Colet,* 15-16 de mayo de 1852). "En el reino de la igualdad, que se aproxima, se despellejará vivo todo aquello que no esté cubierto con verrugas. ¿Qué demonios puede importarle a la masa el Arte, la poesía, el estilo? La masa no necesita nada de esto. Háganseles *vaudevilles,* tratados sobre el trabajo en las prisiones, sobre las ciudades obreras y sobre los intereses materiales *del momento,* simplemente. Existe una conjuración permanente contra lo original" (G. Flaubert, *A la misma,* 20 junio 1853). "Pero me parece que de todo esto surge una verdad; la de que no hay ninguna necesidad del vulgo, del numeroso elemento de las mayorías, de la aprobación, de la consagración, el 89 ha demolido a la realeza y a la nobleza, el 48 a la burguesía y el 51 al *pueblo.* Ya no existe *nada* más que una turba canalla e imbécil. Estamos todos sumergidos al mismo nivel en una común mediocridad. La igualdad social ha entrado en el espíritu. Se hacen libros para todo el mundo, Arte para todo el mundo, ciencia para todo el mundo, de la misma forma que se construyen ferrocarri-

ejemplo, los sistemas de valores éticos y estéticos que se encuentran depositados, listos para funcionar de manera cuasi automática, en las parejas de adjetivos antagónicos o la misma lógica del lenguaje culto cuyo valor total reside en una *diferencia,* es decir, en la distancia con respecto a las maneras simples y comunes de hablar: las figuras, en tanto que *modificaciones* del uso ordinario, son de alguna manera la objetivación de la relación social en la que se producen y funcionan, y resulta perfectamente vano buscar en el ser mismo de los tropos que enumeran los tratados de retórica unas propiedades que, como todas las propiedades de distinción, no existen más que en y por la relación, en y por la diferencia. Una figura de palabras o de estilo nunca es otra cosa que una alteración del uso y, por ello, una marca distintiva que puede consistir en la ausencia de toda marca cuando la intención de distinguirse de una intención de distinción tenida como excesiva (la que define la "pretensión") o simplemente como "gastada", "superada", obliga a esas *dobles negaciones* que se encuentran en el origen de tantos falsos encuentros entre los extremos opuestos del espacio social: sabido es el valor otorgado por las estéticas dominantes a las cualidades de sobriedad, simplicidad, economía de medios, que tan bien se contraponen a la sencillez y a la pobreza del primer grado como al énfasis o a la ampulosidad, al esmero o a la afectación de los "semi-hábiles".

Apenas hay necesidad de probar que el objeto artístico es la objetivación de una relación de distinción y que por ello está expresamente predispuesto a soportar, en los contextos más diferentes, tal relación. Desde el momento en que el arte toma conciencia de sí mismo –en Alberti por ejemplo–, se define, como lo muestra Gombrich, por una negación, un rechazo, una renuncia, que están en el propio principio del refinamiento por el que se afirma la distancia con el simple placer de los sentidos y con las superficiales seducciones del oro y de los ornamentos por las que se deja atrapar el gusto vulgar de los *philistins.* "En la sociedad estrictamente jerarquizada de los siglos XVI y XVII, la oposición entre lo 'vulgar' y lo 'noble' llega a ser una de las principales preocupaciones de los críticos" que creen que "ciertas formas o ciertos modos son 'realmente' vulgares porque seducen a las gentes inferiores, mientras que otros son intrínsecamente nobles porque sólo un gusto desarrollado es capaz de apreciarlos"[2]. La intención de distinción en la que se afirma el interés propio de los artistas, cada vez más inclinados a reivindicar el dominio exclusivo de la forma, a riesgo de decepcionar el "mal gusto" de quienes les hacen los encargos, está lejos de contradecir las funciones realmente otorgadas a las obras de arte por quienes las encargan o las conservan en sus colecciones: esas "creaciones culturales que nosotros consideramos, bajo un ángulo puramente estético, como las diversas variantes de un estilo dado, eran experimentadas por los hombres de su tiempo, según lo recuerda Norbert Elias a propósito de la sociedad del Gran Siglo*, como la expresión altamente diferenciada de ciertas cualidades sociales"[3].

---

les y calefactorios públicos. La humanidad tiene el delirio de la degradación moral y yo la odio por formar parte de ella" (G. FLAUBERT. *A la misma,* 28-29 septiembre 1853). Habría que citar también "L'Art pour tous" o "Le mystère dans les lettres" de MALLARMÉ (*Oeuvres complètes,* París, Gallimard, Pléiade, pp. 257-260 y 382-387).

[2] E. H. GOMBRICH, *Méditations..., op. cit.,* pp. 17-18.

* La denominación de Gran Siglo (Grand Siècle) corresponde al siglo XVII francés. *(Nota de la T.).*

[3] N. ELIAS, *La Société..., op. cit.,* p. 38.

Es decir que, como el arte según Yeats ("Art is a social act of a solitary man"), toda apropiación de una obra de arte, que es una relación de distinción realizada, hecha cosa, es a su vez una relación social y, contra la ilusión del comunismo cultural, una relación de distinción. Los poseedores de los instrumentos de apropiación simbólica de los bienes culturales no desean otra cosa que creer que únicamente su dimensión económica es la que proporciona su singularidad a las obras de arte y, más en general, a los bienes culturales. Se complacen en concebir la apropiación simbólica, única legítima a sus ojos, como una especie de participación mística en un bien común del que cada uno tiene su parte y que todos tienen por entero, como una apropiación paradójica, que excluye el privilegio y el monopolio, a diferencia de la apropiación material, que realmente afirma la exclusividad y por tanto la exclusión. "Que contemple un cuadro de Poussin o que lea un diálogo de Platón no implica que yo prive de ello a quienquiera que sea ni que sea necesario producir tantos cuadros de Poussin y tantos diálogos de Platón como posibles espectadores o lectores existen" (Profesor de filosofía, 30 años). El amor por el arte se piensa como una forma secularizada del "amor intelectual de Dios", amor "tanto más dichoso –si damos crédito a Spinoza– cuantos más hombres gozan del mismo". No hay duda de que el hecho de que las obras de arte heredadas del pasado y depositadas en museos o colecciones privadas y, más allá, todo el *capital cultural objetivado,* producto de la historia acumulado en forma de libros, artículos, documentos, instrumentos, etc., que constituyen el esbozo o la realización de teorías o de críticas de esas teorías, de problemáticas y de sistemas conceptuales, se presenten como un mundo autónomo que, aunque sea producto de la acción histórica, tiene sus propias leyes, transcendentes a las voluntades individuales, y permanece irreducible a lo que cada agente o incluso a lo que el conjunto de agentes puede apropiarse (esto es, al capital cultural incorporado), del mismo modo que la lengua objetivada en los diccionarios y gramáticas permanece irreducible a la lengua realmente apropiada, es decir, a lo que de ella es incorporado por cada agente o incluso por el conjunto de los agentes. Sin embargo, contra la teoría de la autonomía del mundo de las ideas o del "conocimiento objetivo sin sujeto conocedor" y "de los procesos sin sujeto" (en las que se encuentran Althusser y Popper), es preciso recordar que el capital cultural objetivado no existe y no subsiste como capital cultural material y simbólicamente actuante más que en y por las luchas que se desarrollan en el terreno de los campos de producción cultural (campo artístico, campo científico, etc.) y, más allá, en el campo de las clases sociales, y en las que los agentes comprometen unas fuerzas y obtienen unos beneficios proporcionados al dominio que ellos tienen de ese capital objetivado, y por tanto a la medida de su capital incorporado[4].

[4] Durkheim que, a diferencia de Popper, por ejemplo, cuyas tesis anticipa (véase K. POPPER, *Objective Knowledge: An Evolutionary Approach,* Oxford, Oxford University Press, 1972, especial, cap. 3), plantea el problema de la relación entre el mundo de la ciencia, "resultado de la existencia humana concentrada y acumulada", y la razón individual, lo hace desaparecer de inmediato dándole una respuesta en el lenguaje de la *participación,* fundamento de la *ilusión del comunismo cultural:* "Los filósofos frecuentemente han imaginado, por encima de los entendimientos humanos, una especie de entendimiento universal e impersonal, en el que los primeros querrían participar por vías místicas; ¡y bien!, este entendimiento existe, existe no en un mundo transcendente, sino en este mismo mundo; existe en la ciencia o por lo menos se realiza en ella de manera progresiva, y es la fuente de la más alta vía lógica a la que pueden acudir a beber las razones de los individuos" (E. DURKHEIM, *L'evolution pédagogique en France,* vol. I, París, Alcan, 1938, pp. 215-216).

Por el hecho de que su apropiación supone unas disposiciones y unas competencias que no están distribuidas universalmente (aunque tengan la apariencia de lo innato), las obras culturales constituyen el objeto de una apropiación exclusiva, material o simbólica, y, al funcionar como capital cultural (objetivado o incorporado), aseguran un *beneficio de distinción,* proporcionado a la singularidad de los instrumentos necesarios para su apropiación, y un *beneficio de legitimidad,* beneficio por excelencia, que consiste en el hecho de sentirse *justificado de existir* (como se existe), de *ser como es necesario* (ser)[5]. Es esto lo que hace la diferencia entre la cultura legítima de las sociedades divididas en clases, producto de la dominación predispuesto a expresar y a legitimar la dominación, y la cultura de las sociedades poco o nada diferenciadas, en las que el acceso a los instrumentos de apropiación de la herencia cultural está repartido casi por igual, de manera que la cultura, casi igualmente dominada por todos los miembros del grupo, no puede funcionar como capital cultural, es decir, como instrumento de dominación, o puede hacerlo sólo en unos límites muy restringidos y a un grado muy alto de eufemistización.

El beneficio simbólico que proporciona la apropiación material o simbólica de una obra de arte se mide en el valor distintivo que esa obra debe a la singularidad de la disposición y de la competencia que exige y que rige la forma de su distribución entre las clases[6]. Sutilmente jerarquizadas, las obras culturales están predispuestas para marcar las etapas y los grados del progreso iniciático que define la empresa cultural según Valéry Larbaud y que, semejante al "progreso del Cristiano hacia la celestial Jerusalén", lleva del "iletrado" al "letrado", pasando por el "no letrado" y el "semi-letrado", o del simple "lector" –dejando a un lado "al bibliófilo"– al verdadero "leedor": los misterios de la cultura tienen sus catecúmenos, sus iniciados, sus profesos, esa "discreta élite" separada de la mayoría por los inimitables matices de la manera y agrupada por "una cualidad, algo que se debe al hombre mismo, que forma parte de su felicidad, que puede serle indirectamente muy útil pero que no le proporcionará nunca un centavo, como tampoco se lo proporcionará su educación, su valor o su bondad"[7]. Son comprensibles las incesantes revisiones, reinterpretaciones, redescubrimientos que los letrados de todas las religiones del libro realizan en sus textos canónicos: al remitir los diversos niveles de "lectura" a unas jerarquías de lectores, hay que cambiar y basta con cambiar la jerarquía de las lecturas para alterar la jerarquía de los lectores.

De lo que precede se desprende que la simple translación de la estructura de la distribución entre las clases de un bien o de una práctica (es decir, el aumento

[5] Dando por sentado que atestigua no solamente la riqueza de su propietario sino también su buen gusto, la posesión de obras de arte aparece, de alguna manera, como *merecida* y tiende a constituir por sí misma una garantía de legitimidad.

[6] La singularidad de la competencia exigida por una obra culta es tanto mayor cuanto más "moderna" sea, es decir, cuanto más situada esté en un estado más avanzado de la historia relativamente autónoma de los campos de producción, que debe su cuasi-acumulatividad al hecho de que la pertenencia al campo y a la historia del campo ("hacer época") implica que el artista defina por referencia y, lo más frecuente, por oposición al arte inmediatamente anterior (lo que, como puede verse particularmente bien en el caso de la música, conduce, por ejemplo, a una extensión continua del campo de los acordes admitidos o la amplitud de las modulaciones toleradas). Así se explica que la historia de los gustos individuales tienda a reproducir, con algunas ligeras diferencias, la historia del arte correspondiente.

[7] Debo esta referencia a Jean-Daniel Reynaud.

casi idéntico de la proporción en cada clase de los poseedores de ese bien) tiene como efecto disminuir la singularidad del mismo y su valor distintivo, y amenazar la distinción de los antiguos poseedores. Se comprende que, divididos entre el interés por el proselitismo cultural, esto es, por la *conquista del mercado* mediante la auto-divulgación que les inclina a las empresas de vulgarización, y la ansiedad de su distinción cultural, única base objetiva de su singularidad, los intelectuales y los artistas mantengan con todo lo que toca a la "democratización de la cultura" una relación de extrema ambivalencia que se manifiesta, por ejemplo, en un discurso doble o, mejor, desdoblado sobre las relaciones entre las instituciones de difusión cultural y el público.

Interrogados sobre las mejoras que puedan aportarse a la presentación de las obras en los museos y, en particular, sobre la oportunidad de las innovaciones pedagógicas que tienen como objeto rebajar el "nivel de oferta" de las obras, proporcionando esclarecimientos técnicos, históricos o estéticos, los miembros de la clase dominante –y muy especialmente los profesores y los especialistas de arte– tratan de escapar a la contradicción operando una *disociación* entre lo que es *deseable para los otros* y *lo que es deseable para ellos mismos.* Porque el museo es como es, es por lo que es privilegio exclusivo de ellos; es, pues, como debe ser para gentes como ellos, es decir, para gentes hechas para el museo. Cambiar el museo, para hacerlo más accesible, es, pues, quitarle algo, una parte de su mérito, de su singularidad. Pero no pueden dejar de ser sensibles al hecho de que les interrogue con prioridad a los demás, a ellos, los familiarizados, sobre la política que se debe seguir, porque esto significa reconocerles su privilegio de conceder a los otros una parte de su privilegio. Al aceptar las mejoras pedagógicas, es *su* museo, el que sólo ellos eran capaces de tener, es decir, el museo austero, ascético y noble, el que ellos aceptan que se ponga a disposición de los otros[8].

Por el hecho de que el poder distintivo de las posesiones y de los consumos culturales, obra de arte, titulación académica o cultura cinematográfica, tiende a disminuir cuando aumenta el número absoluto de quienes están en condiciones de apropiárselos, los beneficios de distinción estarían destinados a deteriorarse si el campo de producción de los bienes culturales, regido por la dialéctica de la pretensión y de la distinción, no ofreciera continuamente nuevos bienes o nuevas maneras de apropiarse de los mismos bienes.

La correspondencia entre la producción de los bienes y la producción de los gustos

En materia de bienes culturales –y sin duda en cualquier otra– el ajuste entre la oferta y la demanda no es ni el simple efecto de la imposición que ejercería la producción sobre el consumo, ni el efecto de una búsqueda consciente por la que aquélla iría por delante de las necesidades de los consumidores, sino el resultado del concierto objetivo de dos lógicas relativamente independientes, la lógica de los

[8] Un análisis de los debates que han rodeado la aparición del libro de bolsillo, promesa de divulgación para el autor, amenaza de vulgarización para el lector, sacaría también a la luz esta ambivalencia.

campos de producción y la del campo de consumo: la más o menos perfecta homología entre los campos de producción especializados en los que se elaboran los productos y los campos (campo de las clases sociales o campo de la clase dominante) en los que se determinan los gustos hace que los productos elaborados en las luchas competitivas que tienen lugar en cada uno de los campos de producción, y que se encuentran en la base del incesante cambio de estos productos, encuentren, sin tener necesidad de buscarla expresamente, la demanda que se elabora en las relaciones objetiva o subjetivamente antagónicas que las diferentes clases y fracciones de clase mantienen a propósito de los bienes de consumo materiales o culturales o, con mayor exactitud, en las luchas competitivas que les enfrentan con respecto a estos bienes y que se encuentran en la base del cambio de los gustos. Este concierto objetivo de la oferta y la demanda es lo que hace que los gustos más diferentes encuentren las condiciones para su realización en el *universo de los posibles* que les ofrece cada uno de los campos de producción, mientras que éstos encuentran las condiciones de su constitución y de su funcionamiento en los diferentes gustos que aseguran un mercado –a más o menos largo plazo– a sus diferentes productos[9].

El campo de producción, que evidentemente no podría funcionar si no pudiera contar con unos gustos ya existentes, propensiones más o menos intensas para consumir unos bienes más o menos estrictamente definidos, es lo que permite al gusto *realizarse,* ofreciéndole, en cada momento, el universo de bienes culturales como sistema de posibles estilísticos entre los cuales puede seleccionar el sistema de los rasgos estilísticos constitutivos de un estilo de vida. Se tiende a olvidar, en efecto, que el universo de los productos ofrecidos por cada uno de los campos de producción tiende a limitar de hecho el universo de las formas de la experiencia (estética, ética, política, etc.) que son objetivamente posibles en un momento dado del tiempo[10]. De ello se deduce, entre otras consecuencias, que la distinción que se reconoce en todas las clases dominantes y en todas sus propiedades toma formas diferentes según el estado de los signos distintivos de la "clase" que se encuentran disponibles de manera efectiva. En efecto, por lo menos en el caso de la producción de bienes culturales, la relación entre la oferta y la demanda reviste una forma particular, ejerciendo siempre la oferta un efecto de imposición simbólica: un producto cultural determinado –cuadro de vanguardia, programa político o diario de opinión– es un gusto constituido, un gusto que ha sido transportado de la vaga semi-existencia de lo vivido semi-expresado o no expresado, del deseo implícito, incluso inconsciente, a la plena realidad del producto acabado, por medio de un trabajo de objetivación que, en el estado actual, incumbe casi siempre a unos determinados profesionales; como consecuencia de ello, contiene la fuerza de lici-

[9] Se ha podido demostrar así que la condición da la institución de un campo de producción artística relativamente autónomo, que proponga unos productos *estilísticamente diversificados,* es la existencia de dos o varios grupos de patronos artísticos que tengan unas necesidades artísticas diferentes y un poder igual para elegir obras conformes con sus necesidades (E. B. HENNING, "Patronage and Style in The Arts: a Suggestion concerning their Relations", *The journal of Esthetics and Art Criticism",* vol. 18, n.° 4, junio 1960, pp. 464-471).

[10] Este sistema de los posibles éticos, estéticos, políticos, que son efectivamente ofrecidos en un momento dado, es sin duda una dimensión esencial de lo que hace la historicidad de las maneras de pensar y de las visiones del mundo, y la contemporaneidad de los individuos y grupos ligados a la misma época y al mismo lugar.

tación, de legitimación y de consolidación que siempre posee la objetivación, sobre todo, como ocurre en este caso, cuando la lógica de las homologías estructurales lo asigna a un grupo prestigioso, funcionando entonces como autoridad que autoriza y refuerza las disposiciones al otorgarles una realización colectivamente reconocida[11]. Por su parte, el gusto, sistema de enclasamiento constituido por los condicionamientos asociados a una condición situada en una posición determinada en el espacio de condiciones diferentes, rige las relaciones con el capital objetivado, con este mundo de objetos jerarquizados y jerarquizantes, que contribuyen a definirlo al permitirle realizarse al especificarse[12].

De esta forma, los gustos efectivamente realizados dependen del estado del sistema de los bienes ofrecidos, ocasionando cualquier cambio del sistema de bienes un cambio de los gustos; pero a la inversa, todo cambio de los gustos resultante de una transformación de las condiciones de existencia y de las correlativas disposiciones conduce a determinar, más o menos directamente, una transformación del campo de producción, al favorecer el éxito, en la lucha constitutiva de ese campo, de aquellos productores mejor adaptados para producir las necesidades correspondientes a las nuevas disposiciones. No es, pues, necesario recurrir a la hipótesis del gusto soberano que impone el ajuste de la producción a las necesidades, o a la hipótesis opuesta que hace del propio gusto un producto de la producción, para justificar la casi milagrosa correspondencia que se establece en cada momento entre los productos ofrecidos por un determinado campo de producción y el campo de los gustos socialmente producidos. La lógica de la competencia con los otros productores y los intereses específicos ligados con su posición en el campo de producción (y en consecuencia por los *habitus* que les han llevado a esta posición), conduce a los productores a producir unos productos distintos que *coinciden* con los diferentes intereses culturales que los consumidores deben a su condición y a su posición de clase, ofreciéndoles así la posibilidad real de satisfacerse. En resumen, la lógica que hace que, como vulgarmente se dice, "haya cosas para todos los gustos", que cada una de las fracciones de la clase dominante tenga sus artistas y sus filósofos, sus diarios y sus críticos, de la misma forma que tienen su peluquero, su decorador o su sastre, o que, como decía un pintor, "todo el mundo vende", entendiendo por ello el que las pinturas de los más diferentes estilos terminan por encontrar comprador, no es producto de una búsqueda intencionada sino el encuentro de dos sistemas de diferencias.

---

[11] Es conocido el sistemático partido que la publicidad de los productos de lujo obtiene de la asociación de un producto con un grupo. No existe otro campo en el que las instituciones se definan más abiertamente para *su clientela* que el comercio de lujo, sin duda porque en este caso los productos que se ofrecen tienen como función casi exclusiva la de *enclasar* a sus poseedores. El lazo de unión entre el *valor* de los emblemas y el valor del grupo que los posee se marca así de manera muy concreta en el mercado de las antigüedades, donde el valor de un objeto puede depender de la cualidad social de sus antiguos propietarios.

[12] Los enclasamientos incorporados del gusto deben contar, en cada momento, con los enclasamientos objetivados en unas instituciones, tales como los organismos de consagración y conservación culturales, y con todas las jerarquías hechas cosas de las que siempre, y parcialmente, son producto; pero en cambio, los sistemas de enclasamiento dominantes continuamente se ponen sin cesar en tela de juicio y son sometidos a revisión en las luchas de enclasamientos mediante las cuales las diferentes clases o fracciones de clase se esfuerzan por imponer su propio sistema de enclasamiento como legítimo, directamente o por mediación de los profesionales que se enfrentan en los campos de producción especializados.

El principio de la homología funcional y estructural que hace que la lógica del campo de producción y la lógica del campo de consumo sean concertadas de manera objetiva, reside en el hecho de que todos los campos especializados (el campo de la alta costura o de la pintura, del teatro o de la literatura, etc.) tienden a organizarse según la misma lógica, es decir, según el volumen del capital específico poseído (y según la antigüedad, que a menudo le es asociada, de la posesión), y de que las oposiciones que tienden a establecerse en cada caso entre los más ricos y los menos ricos en capital específico, entre los dominantes y los dominados, los poseedores y los pretendientes, los antiguos y los recién llegados, la distinción y la pretensión, la ortodoxia y la herejía, la vieja guardia y la vanguardia, el orden y el movimiento, etc..., *son homólogas entre sí* (de ahí toda suerte de invariantes) y *homólogas de las oposiciones que organizan el campo de las clases sociales* (entre dominantes y dominados) *o el campo de la clase dominante* (entre fracción dominante y fracción dominada)[13]. El acuerdo que así se establece de manera objetiva entre unas clases de productos y unas clases de consumidores no se realiza en los consumos más que por la mediación de esta especie de *sentido de la homología entre unos bienes y unos grupos* que define el gusto: elegir según los gustos propios es realizar la *delimitación* de los bienes objetivamente concebidos a su posición y armonizados entre sí, debido a que están situados en unas posiciones a *grosso modo* equivalentes de sus respectivos espacios –filmes o piezas teatrales, *comics* o novelas, muebles o vestidos–, ayudado en ello por unas instituciones *–boutiques,* teatros (de *rive droite* o de *rive gauche*), críticos, diarios y semanarios– que por otra parte se eligen según el mismo principio y que, estando definidos por su posición en un campo, deben a su vez ser objeto de una delimitación distintiva. Con la clase dominante, la relación de la oferta y la demanda toma la forma de una armonía preestablecida: como una dimensión de la lucha por la imposición del principio dominante de dominación que tiene lugar en la clase dominante, la competencia por los emblemas de la "clase" que son los bienes de lujo impone unas estrategias que, teniendo en común el estar objetivamente orientadas hacia la maximalización del rendimiento distintivo de las posesiones exclusivas, deben necesariamente dotarse con medios diferentes para cumplir con esta función común; por su parte, para producir esos signos distintos y distintivos de la "clase", el campo de producción no tiene otra cosa que hacer que abandonarse, si puede decirse así, a su propia lógica, la de la distinción, que le lleva siempre a organizarse según una estructura análoga a la de los sistemas simbólicos que el mismo produce mediante su funcionamiento y en la que cada elemento desempeña una función distintiva.

---

[13] A falta de poder recordar aquí todos los presupuestos del análisis en términos de campo (y en particular la relación de interdependencia que une un *capital específico* con el campo en que éste circula y produce unos determinados efectos), nos contentaremos con remitir a anteriores trabajos en los que se encuentran aplicadas estas nociones (véanse en particular P. Bourdieu, "Le marché des biens symboliques", *L'année sociologique,* 22, 1971; "Genèse et structure du champ religieux", *Revue française de sociologie,* 12 (3), 1971; "Champ du pouvoir, champ intellectuel et habitus de classe", *Scolies,* 1, 1971; "Le couturier et sa griffe", *Actes de la recherche en sciences sociales,* 1, enero 1975; "L'invention de la vida d'artiste", *Actes de la recherche en sciences sociales,* 2, marzo 1975; "L'ontologie politique de Martin Heidegger", *Actes de la recherche en sciences sociales,* 5/6, noviembre 1976; y por último, y muy especialmente, "La production de la croyance: contribution à une économie des biens symboliques", *Actes de la recherche en sciences sociales,* 13, febrero 1977).

Es así como el caso de la moda, que en apariencia proporciona sus mejores justificaciones a un modelo que haga de la búsqueda intencionada de la distinción, como el del *trickle down effect,* el motor del cambio vestimentario, constituye un ejemplo casi perfecto de encuentro entre dos espacios y dos historias relativamente autónomas: las incesantes transformaciones de la moda son producto del concierto objetivo entre, por una parte, la lógica de las luchas internas en el campo de producción que se organizan según la oposición entre lo antiguo y lo nuevo, oposición a su vez ligada, por mediación de la oposición entre lo caro y lo (relativamente) barato y entre lo clásico y lo práctico (o entre la vieja guardia y lo vanguardista), con la oposición entre lo viejo y lo joven (de gran peso, tanto aquí como en materia deportiva) y, por otra parte, la lógica de las luchas internas en el campo de la clase dominante que, como se ha visto, enfrentan a las fracciones dominantes y las fracciones dominadas o, con mayor exactitud, a los poseedores y los pretendientes, es decir –dada la equivalencia entre el poder (y, más precisamente, el poder económico) y la edad, que hace que, a idéntica edad biológica sea tanto mayor socialmente cuanto más próximo, y desde hace más tiempo, se esté del polo del poder–, enfrentan a quienes tienen las propiedades sociales asociadas a la edad adulta del hombre consumado y quienes tienen las propiedades asociadas a la falta de conclusión de la juventud. Del mismo modo que los modistas que ocupan una posición dominante en el campo de la moda no tienen más que dejarse llevar por las estrategias negativas de discreción y de *understatement* que les impone la competencia, un poco agresiva, de los pretendientes para encontrarse directamente ajustados a las demandas de la antigua burguesía, a la que una relación homóloga con las escandalosas audacias de la nueva burguesía envía de nuevo hacia el mismo rechazo del énfasis, los recién llegados, jóvenes modistas o estilistas que tratan de imponer sus subversivas concepciones, son los "aliados objetivos" de los jóvenes de las fracciones dominantes y de las nuevas fracciones de la burguesía que en las revoluciones simbólicas, de las que las audacias vestimentarias y cosméticas son el paradigma, encuentran el terreno soñado para afirmar la ambivalencia de su relación de "parientes pobres" con las grandezas temporales[14].

La lógica del funcionamiento de los campos de producción de bienes culturales y las estrategias de distinción que se encuentran en la base de su dinámica hacen que los productos de su funcionamiento, ya se trate de creaciones de moda o de novelas, estén predispuestos para funcionar *diferencialmente,* como instrumentos de distinción, entre las fracciones en primer lugar y, en seguida, entre las clases.

---

[14] Véase P. Bourdieu e Y. Delsaut, "Le couturier et sa griffe: contribution à une théorie de la magie", *Actes de la recherche en sciences sociales,* n.º 1, enero 1975, pp. 7-36. Del mismo modo que la "revolución" del *prêt-à-porter* nació de un encuentro entre las disposiciones de un modista (Courrèges) que ocupaba una posición particular en el campo de la moda y el estilo de vida "moderno", "dinámico" y "despreocupado" de la nueva burguesía que introdujo las funciones tradicionales de representación en la vida profesional, la nueva moda de lo "verdadero" (verdaderos vestidos chinos, verdaderos uniformes procedentes de restos del ejército —*parkas,* pantalones de combate, impermeables ligeros—, chaquetas de tramperos canadienses, kimonos japoneses de artes marciales, *rangers* de safari) que las *boutiques* más *in* venden a precio de oro a una clientela de gentes de moda, modelos, publicitarios, periodistas, etc., debe su éxito al hecho de que coincide con las demandas ligadas con la nueva contracultura juvenil.

Comprometidos y encerrados en las luchas internas que los enfrentan, los productores, convencidos de no invertir en su práctica más que unos intereses específicos, pueden así vivirse a sí mismos como totalmente desinteresados de las funciones sociales que desempeñan y totalmente ajenos a las mismas, a un plazo más o menos largo, para un público determinado, sin cesar por ello de responder, y a veces de forma muy estricta, a las expectativas de tal o cual clase o fracción de clase. Esto nunca se ve tan bien como en el caso del teatro, donde la coincidencia entre varios espacios relativamente autónomos, el espacio de los productores, escritores y actores, el espacio de los críticos (y, por medio de éstos, el espacio de los diarios y semanarios) y el espacio del público, es decir, el espacio de la clase dominante, es tan perfecta, tan necesaria e imprevisible a la vez, que cada uno de los actores puede vivir su encuentro con el objeto de su preferencia como el milagro de una elección[15]. El teatro de bulevar, que ofrece espectáculos ya experimentados (adaptaciones de piezas extranjeras, reestrenos de "clásicos" de este tipo de teatro), concebidos de acuerdo con fórmulas seguras, interpretados por actores consagrados, y que interesa a un público de cierta edad, "burgués" y dispuesto a pagar precios elevados, se contrapone en todos los aspectos al teatro de ensayo, que ofrece, a precios relativamente reducidos, unos espectáculos que rompen con las convenciones éticas y estéticas y que atrae a un público joven e "intelectual". Esta estructura del espacio de producción funciona simultáneamente en la realidad, por medio de los mecanismos que producen las oposiciones entre los autores y los actores y sus teatros, los críticos y sus periódicos, y en los cerebros, en la forma de sistema de categorías de percepción y apreciación que permiten clasificar y juzgar a los autores, las obras, los estilos, los temas: es así como los críticos que ocupan posiciones opuestas en el campo de producción cultural reflexionarán sobre las obras con arreglo a las propias oposiciones que se encuentran en la base de sus diferencias objetivas, pero estableciendo unas jerarquías inversas entre los términos de estas oposiciones. Las reacciones suscitadas por una obra de Françoise Dorin, *Le Tournant*, que pone en escena la tentativa de una autora de bulevar para convertirse en autora de vanguardia, varían, tanto en su contenido como en su forma, según la posición del órgano de prensa en la que se expresan, esto es, según la mayor o menor distancia del crítico y de su público respecto del polo "burgués" y por consiguiente de la obra de Françoise Dorin: dichas reacciones se distribuyen desde la adhesión más incondicional hasta el silencio del desprecio, pasando por un punto neutro (marcado por *Le Monde*), conforme se recorre de derecha a izquierda, de *rive droite a rive gauche,* de *L'Aurore* a *Le Nouvel Observateur,* el espacio de los periódicos y, al mismo tiempo, el espacio de los públicos que a su vez se organiza según unas oposiciones que se corresponden con bastante exactitud con las que definen el espacio de los teatros. Situados delante de un objeto tan claramente organizado según la oposición canónica, los críticos, distribuidos en el espa-

[15] Véase P. Bourdieu, "La production de la croyance", *Actes de la recherche en sciences sociales,* n.º 13, 1977, pp. 3-43. No costaría trabajo demostrar igualmente todo lo que, incluso en la era de la encuesta de mercado, estos productos culturales de una particular especie que son los diarios deben a la lógica de la competencia *por los anunciantes y por los lectores,* que hace que los órganos de la prensa, como los partidos políticos, deban trabajar sin descanso para ampliar tanto como sea posible su clientela, en detrimento de sus competidores más próximos en el campo de producción y al precio de plagios más o menos disimulados de temas, de fórmulas, e incluso al "préstamo" de periodistas, sin por ello perder el público que los define.

cio de la prensa según la estructura que se encuentra en la base del objeto enjuiciado y del sistema de enjuiciamiento que le aplican, reproducen en el espacio de los juicios mediante los cuales lo enjuician y se enjuician el espacio en el que ellos mismos son enjuiciados (círculo perfecto del que sólo se sale objetivándolo). En la misma obra, Françoise Dorin contrapone al teatro "burgués" –el suyo–, que pone su habilidad técnica al servicio de la alegría, de la ligereza y de la desenvoltura –cualidades "bien francesas"–, la "pretensión" y el *bluff,* camuflados bajo una "ostentosa sobriedad", el espíritu de seriedad, la tristeza del decorado que caracterizan al otro teatro. La serie de propiedades contrastadas que retienen los críticos de *rive droite* –habilidad técnica, alegría de vivir, claridad, naturalidad, ligereza, *vie en rose,* contra aburrimiento, tristeza, oscuridad, pretensión, pesadez, *vie en noir*– se vuelve a encontrar más o menos en los críticos de la orilla opuesta, pero con un *cambio de signo* que resulta de una inversión de la jerarquía de las propiedades señaladas.

Como en un juego de espejos, cada uno de los críticos situados en las posiciones extremas puede decir *exactamente lo que diría* el crítico de la otra orilla pero en condiciones tales que sus palabras toman un valor irónico y designan por antífrasis lo que precisamente alaba el crítico de la orilla opuesta. Así cuando el crítico de *rive gauche* adjudica a Françoise Dorin las cualidades de las que ella se envanece pero que él no puede expresar sin que, *en su boca* y *delante de su público,* automáticamente se conviertan en irrisorias (interpretándose la técnica como "burdos" trucos y entendiéndose inmediatamente el "buen sentido" como sinónimo de necedad burguesa), vuelve contra Françoise Dorin el arma que ella a su vez emplea cuando, explorando la lógica estructural del campo, vuelve contra el teatro de vanguardia el arma que éste gusta emplear contra la palabrería "burguesa" y contra el teatro "burgués" que reproduce las perogrulladas y los lugares comunes de aquella palabrería (piénsese, por ejemplo, en Ionesco describiendo la *Cantatrice chauve* o *Jacques* como "una especie de parodia o caricatura del teatro de bulevar, un teatro de bulevar que se descompone y se vuelve loco"). En todos los casos se da el mismo procedimiento; el procedimiento que consiste en servirse de la relación de connivencia ética y estética que se mantiene con el público propio para quebrantar la relación de connivencia que el discurso parodiado mantenía con el suyo, y hacer de este discurso una sucesión de *expresiones "desplazadas",* que chocan y hacen reír porque no son pronunciadas en el lugar adecuado y delante del público conveniente, y que sólo pueden establecer con éste la inmediata complicidad de la risa porque han podido conseguir del mismo, si es que no estaban seguros de ello de antemano, la revocación de los presupuestos del discurso parodiado.

Como bien lo demuestra este caso ejemplar, es la lógica de las homologías y no el cálculo cínico lo que hace que las obras estén ajustadas a las expectativas de su público: las objetivaciones parciales a que se dedican los intelectuales y los artistas en los combates que les enfrentan dejan escapar lo esencial al describir como producto de una búsqueda consciente del éxito ante el público lo que en realidad es el resultado de la armonía preestablecida entre dos sistemas de intereses (que pueden coincidir en la persona del escritor "burgués") o, más exactamente, de la homología estructural y funcional entre la posición de un escritor o de un artista determinado en el campo de producción y la posición de su público en el campo de las clases y de las fracciones de clase. Rehusando reconocer ninguna otra relación posible entre el productor y su público que no sea la del cálculo cínico o el

Un test sociológico

Al ir de la "derecha" a la "izquierda" o de la "rive droite" a la "rive gauche", lo primero que encontramos es *L'Aurore:* «La impertinente Françoise Dorin corre el peligro de disputarse con nuestra "intelligentsia marxista y snob" —las dos son iguales—. Porque la autora de "Un malvado egoísta" no manifiesta ningún respeto por "el aburrimiento" solemne, el vacío profundo, la nada vertiginosa, que caracterizan tantas obras teatrales llamadas "de vanguardia". Tiene el atrevimiento de salpicar con una risa sacrílega esa famosa "imposibilidad de comunicación" de los seres que es el alfa y el omega de la escena contemporánea. Y esta "reaccionaria" perversa, que adula los más bajos apetitos de la sociedad de consumo, en vez de reconocer sus errores y de llevar con humildad su reputación de autora de teatro ligero, se permite preferir la fantasía de Sacha Guitry y las bromas de Feydeau, a las oscuras claridades de Marguerite Duras o de Arrabal. Es un crimen que difícilmente se le perdonará. Tanto menos cuanto que es un crimen cometido con alegría, con todos los procedimientos condenables que hacen duraderos a los éxitos.» (Gilbert Guilleminaud, *L'Aurore,* 12 de enero de 1973). Situado en la frontera del campo intelectual, el crítico de *L'Aurore* no se muerde la lengua (llama reaccionario a un reaccionario) y no oculta sus estrategias. El efecto retórico que consiste en hacer hablar al adversario pero en condiciones tales que su discurso, al funcionar como la antifrase irónica, significa objetivamente lo contrario de lo que quiere decir, supone y pone en juego la estructura misma del campo de la crítica y la relación de connivencia inmediata, fundada en la homología de posición que mantiene con su público.

Desde *L'Aurore* nos vamos *Le Figaro:* el crítico sólo puede sentir la experiencia de la delectación absoluta ante una obra tan absolutamente conforme con sus categorías de percepción y de apreciación, con su visión del teatro y su visión del mundo. Sin embargo, al estar obligado a un grado de eufemización más alto, excluye los juicios claramente políticos y se refugia en el terreno de la estética o de la ética: «Cuánta gratitud se le debe a Françoise Dorin, por ser una autora "valientemente ligera", lo que quiere decir "espiritualmente" dramática y "seria con la sonrisa", desenvuelta sin fragilidad, al llevar la comedia hasta el más auténtico *vodevil,* pero de la manera más sutil posible. Una autora que maneja la sátira "con elegancia", una autora que da pruebas en todo momento de una virtuosidad que confunde. (...) Françoise Dorin sabe "mucho más que todos nosotros respecto a la fuerza del arte dramático, los medios de lo cómico, los recursos de una situación", el poder ridículo o mordaz de la palabra exacta... Sí, qué arte para desconcertar, qué ironía en el uso consciente del cambio brusco, qué maestría en el manejo en segundo grado de todo el tinglado. Hay en ese *Tournant* todo lo que hace falta para agradar, sin un gramo de complacencia o de vulgaridad. Y no resulta fácil, porque no hay duda de que hoy en día "el conformismo está totalmente del lado de la vanguardia", el ridículo del lado de la seriedad, y la impostura del lado del aburrimiento. Françoise Dorin va a "tranquilizar a un público equilibrado", llevándolo de nuevo al equilibrio con una sana alegría (...) Apresúrense a ir a verlo y creo que "ser reirán con tantas ganas" que se olvidarán de pensar lo angustioso que puede ser para un escritor el hecho de preguntarse si está aún de acuerdo con el tiempo en que vive... Esta es, finalmente, la misma pregunta que todos los hombres se hacen y sólo el humor y un "incurable optimismo" les liberan de ella.» (Jean-Jacques Gautier, *Le Figaro,* 12 de enero de 1973).

De *Le Figaro* pasamos, naturalmente, a *L'Express,* que oscila entre la adhesión y la distancia, alcanzando por este hecho un grado de eufemización claramente superior: «Esta obra "debería" ir derecha hacia el "éxito"... Una obra astuta y divertida. Un personaje. Un actor al que le va el papel como un guante: Jean Piat (...) Con una "virtuosidad sin defecto, excepto quizá un poco lento, con una astuta inteligencia y

una perfecta maestría para las triquiñuelas de su profesión. Françoise Dorin ha escrito una obra sobre el "giro" del teatro ligero, que es, irónicamente, la obra más tradicional del teatro ligero. "Sólo los sombríos pedantes discutirán a fondo la oposición de los dos teatros y la de las dos concepciones de la vida política y de la vida privada que subyacen en la obra". El diálogo "brillante" lleno de "palabras" y de "fórmulas", contiene con frecuencia sarcasmos vengativos. Pero Romain no es una caricatura, es mucho menos estúpido que la media de los profesionales de vanguardia. Philippe "se luce" porque está en su terreno. Lo que el autor de "Como en el teatro" quiere, amablemente, insinuar, es que es en el teatro donde se habla, donde se actúa "como en la vida", y es verdad, pero una verdad a medias y no solamente porque es una verdad de clase». (Robert Kanters, *L'Express*, 15-21 de enero de 1973). Aquí, ya, la aprobación, que permanece completa, se matiza con el recurso sistemático de las formulaciones ambiguas del punto de vista mismo de las oposiciones que están en juego: "Esta obra debería ir derecha al éxito". "Una astuta inteligencia, una perfecta maestría de las triquiñuelas de la profesión". "Philippe se luce", son fórmulas que pueden también entenderse como peyorativas. Y sucede incluso que se sospecha, mediante la "negación", un poco de la otra verdad ("Sólo los pedantes sombríos discutirán el fondo...") o incluso de la verdad a secas, pero doblemente neutralizada por la ambigüedad y la negación ("y no solamente porque es una verdad de clase").

Le Monde nos ofrece un ejemplo perfecto del discurso ostentosamente neutro, poniendo de espaldas, como dicen los comentaristas deportivos, a los defensores de dos posturas opuestas, el discurso claramente político de *L'Aurore* y el silencio despreciativo de *Le Nouvel Observateur:* «El argumento simple o simplista se complica por una formulación "a distintos niveles" muy sutil, como si se superpusieran dos obras. Una, escrita por Françoise Dorin, autora convencional, y la otra inventada por Philippe Roussel que intenta dar el "giro" hacia el teatro moderno. Este juego describe, como un boomerang, un movimiento circular. Françoise Dorin expone, intencionadamente, los tópicos del teatro ligero, a los que Philippe acusa y se autoriza, por su voz, a hacer una vehemente crítica de la burguesía. Segundo nivel: Françoise Dorin confronta ese discurso con el de un autor joven al que atraviesa de una estocada con la misma vehemencia. En fin, la trayectoria vuelve el arma a la escena propia del teatro ligero, y las pretensiones del mecanismo son desenmascaradas por los procedimientos del teatro tradicional, que por lo tanto no han perdido nada de su valor. Philippe puede considerarse un autor "valientemente ligero" imaginando "personajes que hablan como todo el mundo", puede reivindicar un arte "sin fronteras", por lo tanto apolítico. Sin embargo, la demostración está totalmente falseada por el modelo de autor escogido por Françoise Dorin. Vankovicz es un epígono de Marguerite Duras, existencialista retrasado, vagamente militante. Es caricaturesco al máximo, como el teatro que se denuncia aquí (La cortina negra y el tinglado, ¡eso ayuda!, o ese título de una obra: Tomará un poco de infinito en su café, señor Karsov). El público "se muestra contento" con esa descripción irrisoria del teatro moderno; la crítica de la burguesía le provoca agradablemente en la medida en que salta sobre una víctima odiada que termina por rematar (...) En la medida en que refleja el estado del teatro burgués y pone al descubierto sus sistemas de defensa, *Le Tournant* puede considerarse como una "obra importante". Pocas obras dejan adivinar tanto la preocupación por una amenaza "exterior" y la "recuperan" con tanto empeño "inconsciente"» (Louis Dandrel, *Le Monde*, 13 de enero de 1973). La ambigüedad que ya cultivaba Robert Kanters alcanza aquí su punto culminante; el argumento es simple "o" simplista, a elección; la obra se desdobla, ofreciendo además dos obras, a elección del lector, es decir "una crítica vehemente" pero "recuperadora" de la burguesía y una defensa del arte apolítico. Para el que tuviera la in-

genuidad de preguntar si el crítico está "a favor o en contra", si juzga la obra "buena o mala" habría dos respuestas: primero puntualizar que se es un "informador objetivo" que se debe a la verdad, el hecho de recordar que el autor de vanguardia representado es "caricaturesco al máximo" y que el público "se muestra contento". Luego, al final de una serie de juicios ambiguos a fuerza de ser prudentes, de matices y de atenuaciones universitarias ("en la medida en que..." "puede considerarse como...") la afirmación de que *Le Tournant* es una "obra importante" pero que se entiende bien, como documento sobre la crisis de civilización contemporánea, como se diría en Ciencias Políticas.

Este arte de la conciliación y del compromiso alcanza a la virtuosidad del arte por el arte, con el periodista de *La Croix,* que combina su aprobación incondicional con unos "considerando" tan sutilmente articulados, lítotes con dobles negaciones, matices de reservas y de correcciones a sí mismo que la "conciliatio oppositorum" final, tan ingenuamente jesuítica "fondo y forma" como él diría, parece casi evidente: «*Le Tournant,* ya lo he dicho, me parece una obra admirable, en el fondo y en la forma. No hace falta decir que hará rechinar muchos dientes. Situado por casualidad al lado de un partidario incondicional de la vanguardia, noté, durante toda la noche, su ira reconcentrada. No por ello deduzco que Françoise Dorin fuera injusta con respecto a ciertas búsquedas respetables —aunque con frecuencia aburridas— del teatro contemporáneo (...) Y si ella llega a la conclusión —el empujón es leve— del triunfo del "Teatro ligero" —pero de un teatro ligero de vanguardia— es porque un maestro como Anouilh se ha colocado desde hace tiempo como guía, en el cruce de esos dos caminos.» (Jean Vigneron, *La Croix,* 21 de enero de 1973).

Aunque el silencio de *Le Nouvel Observateur* significa, sin duda, algo por sí mismo, podemos tener una idea aproximada de la postura que hubiera adoptado este semanario, leyendo la crítica que apareció en *Le Nouvel Observateur* sobre la obra de Felicien Marceau *La preuve par quatre* o la crítica de *Le Tournant* que Philippe Tesson, que en aquella época era redactor jefe del *Combat,* publicó en *Le Canard enchainé:* "No creo que se deba llamar teatro a esas reuniones mundanas de comerciantes y de mujeres de negocios" en el curso de las cuales un actor famoso y bien relacionado recita el texto laboriosamente espiritual de un autor igualmente famoso en medio de un dispositivo escénico, aun cuando fuera revolucionario y con las pinceladas del humor moderado de Folon... No hay aquí "ceremonia", tampoco "catarsis" y menos aún improvisación. Es simplemente un plato preparado de cocina burguesa para estómagos que están curados de espanto (...) Las salas, como todas las salas de teatro ligero de París, se ríen a carcajadas cuando hace falta, en los pasajes más conformistas donde produce su efecto ese espíritu de racionalista bonachón. La connivencia es perfecta y los actores están en el ajo. Es una obra que podría haberse escrito hace diez, veinte o treinta años.» (M. Pierret, *Le Nouvel Observateur,* 12 de febrero de 1964).

«Françoise Dorin es una "gran taimada". Una "recuperadora" de primer orden, además de ser una "formalista" formidable. Su *Le Tournant* es una excelente comedia de teatro ligero, cuya fuerza esencial es la mala fe y la demagogia. La señora quiere probar que el teatro de vanguardia es trabajo de balde. Para conseguirlo, "maneja bien los hilos" y es inútil decir que cuando hace un nudo con ellos, el público se retuerce de risa y grita: más, más. La autora "que sólo esperaba eso", lo hace de nuevo. Pone en escena a un joven dramaturgo izquierdista al que llama Vankovicz —¡sigan mis ojos!— y lo coloca en situaciones ridículas, incómodas y no muy honradas, para probar que ese pobre señor no es más desinteresado ni menos burgués que ustedes y yo, ¡qué "sentido común"! ¡qué lucidez"! ¡qué "franqueza"! Madame Dorin, usted por lo menos tiene el valor de tener sus opiniones, unas opiniones muy sanas y muy propias de nuestro país.» (Philippe Tesson, *Le Canard enchainé,* 17 de marzo de 1973).

puro desinterés, los escritores y los artistas encuentran un medio cómodo de imaginarse desinteresados descubriendo en la base de la actividad de sus adversarios la búsqueda del éxito a cualquier precio, mediante la provocación y el escándalo, argumento más bien de *rive droite,* o mediante el servilismo mercenario, más bien de *rive gauche.* Los pretendidos "escritores de servicio" tienen fundamentos para pensar y profesar que no sirven a nadie hablando con propiedad: sólo sirven objetivamente porque sirven, con toda sinceridad, sus propios intereses, intereses específicos, altamente sublimados y contemplados bajo su mejor cara, tales como el "interés" por una forma de teatro o de filosofía que está lógicamente asociado a una determinada posición en un determinado campo y que (salvo en períodos de crisis) es adecuado para ocultar, a los propios ojos de sus defensores, las implicaciones políticas que encubre. Entre el puro desinterés y el cínico servilismo, queda sitio para las relaciones que se establecen, de manera objetiva, a despecho de cualquier intención consciente, entre un productor y un público, y que hacen que las prácticas y las obras producidas en el seno de un campo de producción especializado y relativamente autónomo estén necesariamente *sobredeterminadas;* que las funciones que cumplen en las luchas internas se doblen inevitablemente con funciones externas, las que reciben en las luchas simbólicas entre las fracciones de la clase dominante y, por lo menos a cierto plazo, entre las clases. La "sinceridad" (que es una de las condiciones de la eficacia simbólica) no es posible –ni real– más que en el caso de un acuerdo perfecto, inmediato, entre las expectativas inscritas en la posición ocupada (en un universo menos consagrado, se diría "la definición del puesto") y las disposiciones del ocupante. Es el privilegio de aquellos que, guiados por su sentido social (lo que en inglés se denomina *sense of one's place*), han encontrado su *sitio natural* en el campo de producción. Según la ley que pretende que no se predique más que a los conversos, un crítico no puede tener "influencia" sobre sus lectores más que en tanto ellos le concedan este poder porque estén estructuralmente de acuerdo con él en su visión del mundo social, en sus gustos y en todo su *habitus.* Jean Jacques Gautier, durante mucho tiempo crítico literario de *Le Figaro,* describe bien esta afinidad electiva que une al periodista con su periódico y, por medio de éste, con su público: un buen director de *Le Figaro,* que se ha elegido a sí mismo y ha sido elegido según los mismos mecanismos, sabe reconocer a un crítico literario de dicho diario por el hecho de que "tiene el tono que conviene para dirigirse a los lectores del periódico", que, *sin haberlo hecho adrede,* "habla naturalmente la lengua de *Le Figaro*" y que sería «el lector-tipo» de este diario. "Si mañana, en *Le Figaro,* me pongo a hablar el lenguaje de la revista *Les Temps Modernes,* por ejemplo, o de *Saintes Chapelles des Lettres,* yo no sería leído ni entendido, y por consiguiente tampoco sería escuchado, porque me apoyaría en cierto número de nociones o argumentos de los que el lector se burla a más no poder"[16]. A cada posición corresponden unas *presuposiciones,* una *doxa,* y la homología de las posiciones ocupadas por los productores y por sus clientes es la condición de esta complicidad, que se exige tanto más cuanto que, como en el teatro, lo que se encuentra comprometido es más esencial, más próximo de las inversiones últimas.

[16] J. J. Gautier, *Théâtre d'aujourd'hui,* París, Julliard, 1972, pp. 25-26. Hay que creerle cuando afirma que el principio de la eficacia de sus críticas reside, no en un ajuste calculado con las expectativas del público, sino en un *acuerdo objetivo* que permite, entre el crítico y el público, una perfecta sinceridad, indispensable también para ser *creído,* luego eficaz.

Este caso límite obliga a poner en tela de juicio las apariencias de la acción directa de la demanda sobre la oferta o de la oferta sobre la demanda, e invita a considerar de otra manera todas las coincidencias entre la lógica de la producción de los bienes y la lógica de la producción de los gustos mediante las cuales se constituye el universo de las cosas apropiadas, objetos, personas, conocimientos, recuerdos, etc. El límite de todas estas coincidencias de estructuras y de secuencias homólogas, en las que se realiza la concordancia entre una persona socialmente enclasada y las casas o las personas también socialmente adecuadas a ella está representado por todos los actos de cooptación de la simpatía, de la amistad o del amor que conducen a unas relaciones duraderas, socialmente sancionadas o no. El sentido social encuentra sus puntos de referencia en el sistema de signos indefinidamente redundantes unos con respecto a otros que cada cuerpo lleva consigo –vestido, pronunciación, porte, forma de andar, maneras– y que, registrados de forma inconsciente, constituyen el fundamento de las "antipatías" o de las "simpatías": las "afinidades electivas" más inmediatas en apariencia se fundamentan siempre, por una parte, en el desciframiento inconsciente de características expresivas de las que cada una de ellas sólo toma su sentido y su valor en el interior del sistema de sus variaciones según las clases (basta con pensar en las formas de reír o de sonreír que recoge el lenguaje común). El gusto es lo que empareja y une cosas y personas que van bien juntas, que se convienen mutuamente.

Sin lugar a dudas, no existe una prueba más indiscutible de esta especie de sentido inmediato de las compatibilidades y de las incompatibilidades sociales que la endogamia de clase o incluso de fracción de clase, que resulta casi tan rigurosamente asegurada por el libre juego de la elección amorosa como por las expresas intervenciones de las familias. Se sabe que la estructura de los circuitos de intercambios matrimoniales tiende a reproducir la estructura del espacio social tal como ésta ha sido descrita aquí (véase A. Desrosières, "Marché matrimonial et structure des classes sociales", *Actes de la recherche en sciences sociales,* 20/21, 1978, pp. 97-107). Es probable que todavía se subestime la homogeneidad de las parejas y que un mejor conocimiento de las propiedades "secundarias" de los cónyuges y de sus familias redujera aún la parte aparente del azar. Así, por ejemplo, la encuesta realizada en 1964 sobre las estrategias matrimoniales de seis promociones (1948-1953) de normalistas de la rama de letras muestra que, entre los que en aquella fecha se encontraban casados (el 85 % del total de los encuestados), el 59 % lo estaban con una profesora en general, y el 58 % de éstos lo estaban con una agregada (véase P. Bourdieu y M. de Saint Martin, "Les catégories de l'entendement professoral", *Actes de la recherche en sciences sociales,* 3, 1975, pp. 87 y 90). De igual modo, entre los directores de la administración central que ocupan una posición intermedia entre la función pública y los negocios y de los que el 22,6 % tienen un padre en la función pública y el 22 % en los negocios, el 16,6 % de los que están casados tienen un suegro funcionario y el 25,2 % tienen un suegro en los negocios (véase Ezra N. Suleiman, *Politics, Power and Bureaucracy in France. The Administrative Elite,* Priceton, Princeton University Press, 1974, p. 69). Lo mismo ocurre, por último, entre los antiguos alumnos del INSEAD, que acoge a los futuros cuadros dirigentes del sector privado, y de los cuales el 28 % son hijos de patronos de la industria y del comercio y el 19,5 % de cuadros superiores o de ingenieros, el 23,5 % de los que están casados tienen un







suegro patrono y el 21 % un suegro cuadro o ingeniero, y son muy raros los que tienen un padre (el 2 %) o un suegro (el 5 %) profesor (véase J. Marceau, *The Social Origins, Educational Experience and Career Paths of a Young Business Elite,* Informe final para SSRC Grant de 1973-75, París, 1975, 117 p. mecanografiado). Se sabe además la determinante contribución que aporta a la reproducción de la gran burguesía la lógica de los intercambios matrimoniales (véase P. Bourdieu y M. de Saint Martin, "Le patronat", *loc. cit.*).

El gusto aúna; casa los colores y también a las personas, que forman las "parejas bien avenidas", y avenidas, en primer lugar, por lo que se refiere a los gustos. Todos los actos de cooptación que se encuentran en la base de los "grupos primarios" son actos de conocimiento de los otros en tanto que éstos son sujetos de actos de conocimiento o, en un lenguaje menos intelectualista, sujetos de operaciones de reconocimiento (particularmente visibles en los primeros encuentros) mediante las cuales un *habitus* se asegura de su afinidad con otros *habitus*. Se comprende así la sorprendente armonía de las parejas normales que, entendiéndose bien frecuentemente desde su origen, se entienden cada vez mejor por una especie de aculturación mutua[17]. Este reconocimiento del *habitus* por el *habitus* constituye la base de las afinidades inmediatas que orientan los encuentros sociales, desalentando las relaciones socialmente discordantes y alentando las relaciones armónicas, sin que estas operaciones tengan nunca que formularse de otra manera que no sea la del lenguaje socialmente inocente de la simpatía o de la antipatía[18]. La extrema improbabilidad del encuentro singular entre las personas singulares, que enmascara la probabilidad de azares sustituibles, lleva a vivir la elección mutua como venturosa casualidad, coincidencia que imita la finalidad ("porque era él, porque era yo"), aumentando así el sentimiento de lo milagroso.

Aquellos a quienes encontramos de nuestro gusto ponen en sus prácticas un gusto que no es diferente del que nosotros empleamos en la percepción de sus prácticas. Dos personas no pueden darse mejor prueba de la afinidad de sus gustos que el gusto que tienen la una por la otra. Lo mismo que el aficionado al arte se siente constituido en razón de ser de su hallazgo, que parece haber existido desde toda la eternidad en espera de la mirada del "descubridor", los que se aman se sienten "justificados de existir", según palabras de Sartre, esto es, "hechos el uno *para* el otro", constituidos en fin y en razón de ser de otra existencia completamente suspendida de su propia existencia, luego aceptados, asumidos, reconocidos en lo que tienen de más contingente, una manera de reír o de hablar, en resumen, legitimados en la arbitrariedad de una manera de ser y de hacer, en la arbitrariedad de un destino biológico y social. El amor es así una manera de amar en otro el propio destino y de sentirse amado en el propio destino. Es sin duda la ocasión por

---

[17] Antes de alegar los casos de discordancia y de divorcio, debería pensarse en lo que deben ser las fuerzas de cohesión constituidas por la armonía de los *habitus* para contrapesar las contradicciones inherentes a la empresa matrimonial tal como la definen la costumbre y la ley social.

[18] La intuición del *habitus* proporciona una comprehensión inmediata (que sólo un gran trabajo de explicitación podría fundamentar) del hecho de que, invitados a señalar en una lista de personalidades aquellas a las que les gustaría recibir en su casa, los cuadros superiores y los miembros de profesiones liberales eligiesen más que todas las demás clases a Simone Veil, Giscard d'Estaing, Barre, Françoise Giraud, Chirac, pero también Gicquel y Mourousi, mientras que los obreros eligieron más que todos los demás a Coluche, Poulidor, Thévenet y Marchais, teniendo las clases medias el primer puesto para la selección de Le Luron, Mitterrand, Carolina de Mónaco, Platini y Jauffret (F. C., XLIII).

excelencia para una especie de experiencia del *intuitus originarius,* del que la posesión de bienes de lujo y obras de arte (hechos *para* su poseedor) es una forma aproximada, y que hace del sujeto perceptor y denominador (es conocido el papel que juega la imposición de nombres en la relación amorosa) la causa y el fin, en pocas palabras, la razón de ser del ser percibido.

El Maestro, con su profunda mirada, tiene, tras sus pasos, apaciguada la inquieta maravilla del Edén cuyo estremecimiento final despierta con su sola voz el misterio de un nombre para la Rosa y la Flor de Lis.

El gusto es la forma por excelencia del *amor fati.* El *habitus* engendra unas representaciones y unas prácticas que están siempre más ajustadas de lo que parece a las condiciones objetivas de las que son producto. Decir con Marx que "el pequeño-burgués no puede superar los límites de su cerebro" (otros habrían dicho los límites de su entendimiento), es decir que su pensamiento tiene los mismos límites que su condición, que su condición de alguna manera le limita dos veces, con los límites materiales que impone a su práctica y con los límites que impone a su pensamiento, y por consiguiente a su práctica, y que le hacen aceptar, e incluso amar, esos límites [19]. Se está así en mejores condiciones para comprender el efecto propio de la *toma de conciencia*: la explicación de lo dado presupone y produce la suspensión de la adhesión inmediata al mismo, que puede conducir a la disociación del *conocimiento* de las relaciones probables y del *reconocimiento* de esas relaciones, pudiendo así convertirse el *amor fati* en *odium fati.*

Las luchas simbólicas

Si para escapar a la ilusión subjetivista que reduce el espacio social al espacio coyuntural de las interacciones, es decir, a una sucesión discontinua de *situaciones* abstractas[20], es preciso construir, como se ha hecho, el espacio social en tanto que *espacio objetivo,* estructura de relaciones objetivas *que determina la forma que pueden tomar las interacciones y la representación que de ellas pueden tener aquellos que se encuentran en dicho espacio o estructura,* no es menos cierto que es necesario llegar más allá de este objetivismo *provisional* que, al tratar los hechos sociales como cosas, reifica lo que describe; las posiciones sociales que se presentan al observador como plazas yuxtapuestas, *partes extra partes,* en un *orden estático*, planteando la cuestión completamente teórica de los límites entre los grupos que las ocupan, son inseparablemente unos emplazamientos estratégicos, unas *plazas* que hay que defender y conquistar en un campo de luchas.

---

[19] Sería necesario recoger el inagotable discurso del resentimiento con el que se intenta llegar a *contentarse* con lo que se tiene (como la siguiente frase: "No me digas, lo que ha debido costarle alquilar una villa justo a la orilla del mar").

[20] La noción de *situación* que se encuentra en el centro del error interaccionista permite reducir al orden puntual, local, lábil (como en los encuentros por azar entre desconocidos) y a menudo *artificial* (como en los experimentos de psicología social) que se realiza en las interacciones, la estructura objetiva y durable de las relaciones entre las posiciones oficialmente constituidas y garantizadas que organiza toda interacción *real*: los individuos en interacción introducen *todas sus propiedades* en las interacciones más circunstanciales y la posición relativa en la estructura social (o en un campo especializado) rige la posición en la interacción (sobre la oposición entre la "situación" y el campo o el mercado, véase P. BOURDIEU, "L'économie des échanges linguistiques", *Langue française,* 34 mayo 1977, pp. 17-34).

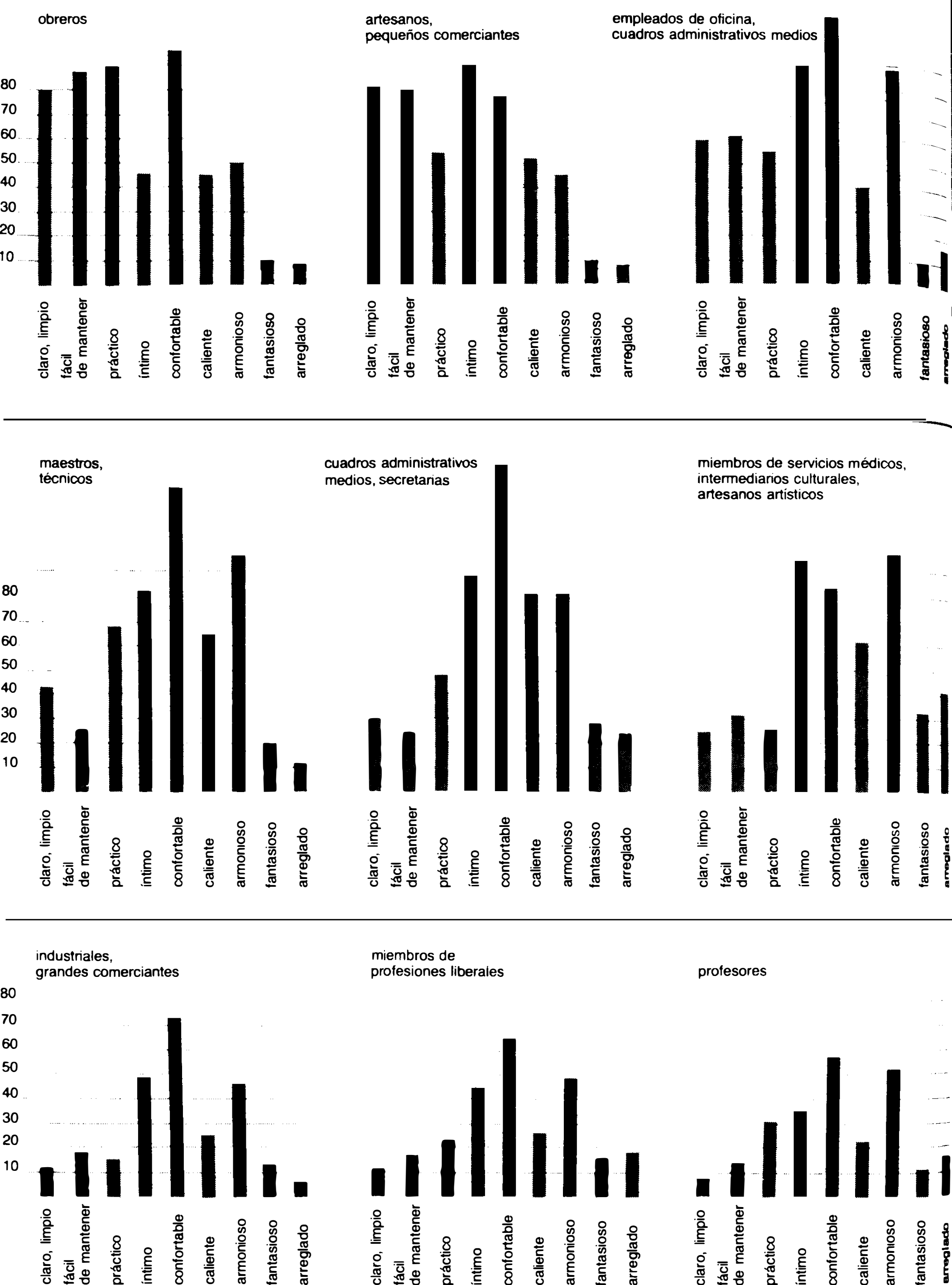
Hay que estar en guardia contra la inclinación objetivista (que se realiza y se refuerza en el esquema espacial) a separar en este espacio unas regiones definidas una vez por todas bajo un solo aspecto y delimitadas por unas *fronteras* claramente trazadas: como se ha mostrado, por ejemplo, a propósito de los patronos industriales, y como se verá más adelante a propósito del caso ejemplar de las fracciones nuevas de las clases medias, zona particularmente indeterminada de ese lugar de indeterminación relativa que representa la pequeña burguesía, cada una de las clases de posiciones que obligan a construir los enclasamientos ordinarios de la estadística puede funcionar a su vez como un campo relativamente autónomo, y bastaría con reemplazar las categorías relativamente abstractas que imponen las necesidades de la acumulación estadística para unos puestos más estrictamente definidos, para ver dibujarse la red de las relaciones de competencia en las que se engendran, por ejemplo, los conflictos de aptitudes –conflictos sobre las titulaciones que dan derecho al legítimo ejercicio de la profesión y sobre la dependencia legítima del ejercicio– que enfrentan a agentes dotados de titulos de legitimidad diferentes, como los médicos, los anestesistas, las enfermeras, los kinesiterapeutas y los curanderos (funcionando a su vez cada uno de estos universos como un campo de luchas), o también entre las profesiones, en buena parte de reciente creación, que, al ofrecer un encuadramiento "social" (asistentes sociales, consejeros en economía familiar y social, delegados de la tutela, trabajadoras familiares, etc.) o de servicios educativos (educadores especializados, educadores de la educación vigilada, etc.), culturales (animadores, formadores de adultos, etc.) o médico-psicológicos (consejeros conyugales, puericultoras, kinesiterapeutas, etc.), tienen en común el no definirse más que en y por la competencia que les enfrenta y en las estrategias antagónicas mediante las cuales tratan de transformar el orden establecido para asegurarse en él una *plaza reconocida.*

El modelo del espacio tal como ha sido propuesto no debe, pues, sus límites sólo a la naturaleza de los datos utilizados (y utilizables) y en especial a la imposibilidad práctica de hacer entrar en el análisis unos hechos estructurales como el poder que ciertos individuos o ciertos grupos detentan sobre la economía, o incluso los innumerables beneficios indirectos y ocultos que le son correlativos. Si la mayor parte de los que dirigen investigaciones empíricas se ven obligados con frecuencia a aceptar, implícita o explícitamente, una teoría que reduce las clases a simples estratos jerarquizados pero no antagónicos, ello obedece sobre todo a que la propia lógica de su práctica les lleva a ignorar lo que objetivamente está inscrito en toda distribución: balance en un momento dado del tiempo de lo que ha sido adquirido en las luchas anteriores y de lo que podrá ser invertido en las luchas ulteriores, la *distribución* en el sentido de la estadística, pero también en el de la economía política, expresa *un estado* de la relación de fuerzas entre las clases o, con mayor precisión, de la lucha por la apropiación de los bienes escasos y por *el poder propiamente político sobre la distribución o la redistribución de los beneficios.* Es decir, que la oposición entre las teorías que describen el mundo social en el lenguaje de la estratificación y las que hablan el lenguaje de la lucha de clases corresponde a dos maneras de comprender el mundo social que, aunque sean difíciles de conciliar *en la práctica,* de ningún modo son exclusivas en su principio: si los "empiristas" parecen consagrados a la primera, mientras que la segunda parece empresa de los "teóricos", es porque la encuesta descriptiva o explicativa, que sólo puede poner de manifiesto las clases o las fracciones de clase bajo la forma de un conjunto *puntual* de distribuciones de propiedades entre unos individuos, se

sitúa siempre, en alguna manera, *después (o antes) de la batalla* y pone necesariamente entre paréntesis la lucha de la que esa distribución es producto. Cuando el estadístico olvida que *todas* las propiedades que trata, las que clasifica y evalúa, pero también las que emplea para clasificar y evaluar, son armas y apuestas de la lucha entre las clases, se encuentra inclinado a abstraer la clase de sus relaciones con las demás clases, no sólo de las relaciones de oposición que confieren a las propiedades su valor distintivo, sino también de las relaciones de poder y de lucha por el poder que se encuentran en la base misma de las distribuciones. Semejante a la fotografía de una partida de billar o de póker que fijara el *balance de los activos,* bolas o fichas, en un momento dado, la encuesta fija un instante de una lucha en la que los agentes vuelven a poner en juego en cada momento, como arma y como apuesta, el capital que han adquirido en las fases anteriores de la lucha y que puede implicar un poder sobre la lucha misma y, en consecuencia, sobre el capital poseído por los demás. La estructura de las relaciones de clase es lo que se obtiene al fijar mediante un corte sincrónico un estado, más o menos estable, del campo de las luchas entre las clases: la fuerza relativa que los individuos pueden comprometer en esa lucha, o, en otros términos, la distribución en el momento considerado de las diferentes especies de capital, define la estructura de ese campo; pero en compensación, la fuerza de que disponen los individuos depende del estado de la lucha con respecto a la definición de la apuesta de la lucha. La definición de los instrumentos y de las apuestas legítimas de la lucha forma parte, en efecto, de las apuestas de la lucha, y la eficacia relativa de los instrumentos que permiten dominar el juego (el capital bajo sus diferentes especies) se encuentra a su vez en juego, y por consiguiente está sometida a variaciones según el curso del juego. Por eso, como se ha recordado continuamente (aunque sólo haya sido mediante las comillas), la noción de "volumen global del capital" que es obligado construir para explicar ciertos aspectos de las prácticas no deja de ser tampoco un *artefacto teórico* que podría producir unos efectos muy peligrosos si se olvidara todo aquello de lo que es necesario hacer abstracción para construirlo, comenzando por el hecho de que el porcentaje de conversión de una especie de capital en otra es en cada momento una apuesta de las luchas y está expuesta, por tanto, a unos incesantes cambios.

Ajustadas a una condición de clase, como conjunto de posibilidades e imposibilidades, las disposiciones están ajustadas también a una posición definida relacionalmente, a un *rango* en la estructura de las clases, y por consiguiente referidas siempre, al menos objetivamente, a las disposiciones asociadas a otras posiciones. Es decir que, estando "adaptadas" a una clase particular de condiciones de existencia caracterizadas por un grado determinado de distancia a la necesidad, las "morales" y las "estéticas" de clase están inseparablemente situadas las unas con respecto a las otras según el criterio del grado de trivialidad o de distinción, y que todas las "elecciones" que las mismas producen se encuentran así *automáticamente* asociadas a una posición distinta, luego afectadas de un valor distintivo. *Y esto con independencia incluso de cualquier intención de distinción,* de cualquier *búsqueda* explícita de la diferencia; y aunque las estrategias propiamente intencionales que conducen a distinguirse del grupo inmediatamente inferior –o supuesto como tal–, tratado como contraste, y a identificarse con el grupo de rango inmediatamente superior –o supuesto como tal–, reconocido así como poseedor del estilo de vida legítimo, no hagan sino asegurar una plena eficacia, gracias al aumento intencional, a los efectos automáticos e inconscientes de la dialéctica de lo

Gráfico 10—**Las cualidades del hogar**



especial y de lo común, de lo nuevo y de lo superado, que está inscrita en la diferenciación objetiva de las condiciones y de las disposiciones. Y de hecho, incluso cuando en absoluto se inspira en la preocupación consciente por tomar distancia con respecto al laxismo popular, toda profesión pequeño-burguesa de rigorismo, todo elogio de lo limpio, de lo sobrio y de lo cuidado, encierra una referencia tácita a la suciedad, en las palabras o en las cosas, a la intemperancia o a la imprevisión; y la reivindicación burguesa de la naturalidad o de la discreción, del desapego y del desinterés, no tiene necesidad de obedecer a una búsqueda intencional de la distinción para encerrar una denuncia implícita de las "pretensiones", siempre marcadas en exceso o en defecto, de la pequeña burguesía, "mezquina" o "escandolosa", "arrogante" o "servil", "inculta" o "académica": no es una casualidad que cada grupo tienda a reconocer sus propios valores en aquello que constituye su valor, en el sentido de Saussure, es decir, en la *última diferencia,* que es también, con bastante frecuencia, la última conquista; en la diferencia estructural y genética que le define en sí. Allí donde las clases populares, reducidas a los bienes y virtudes de "primera necesidad", reivindican la limpieza y la comodidad, las clases medias, ya más liberadas de la urgencia, desean un hogar cálido, íntimo, confortable y cuidado, o un vestido a la moda y original[21]. Valores éstos que las clases privilegiadas relegan a un segundo plano, porque los tienen desde hace mucho tiempo y por consiguiente les parecen completamente naturales: al acceder a unas intenciones socialmente reconocidas como estéticas, como pueden ser la búsqueda de la armonía y de la composición, estas clases no pueden identificar su distinción con unas propiedades, unas prácticas o unas "virtudes" que no tienen ya por qué ser reivindicadas o que, al haberse hecho comunes, no pueden ya serlo puesto que, al conservar su valor de uso, pierden su valor distintivo.

Como muestra la serie de histogramas que representan las variedades, según la fracción de clase, de los adjetivos atribuidos al hogar ideal (con exclusión de tres de ellos, clásico, cuidado y sobrio, cuyo sentido se ha revelado ambiguo), la proporción de las elecciones acentúan unas propiedades propiamente estéticas (arreglado, lleno de fantasía, armonioso) aumenta a medida que se va subiendo en la jerarquía social, mientras que disminuye la proporción de las elecciones que se pueden denominar "funcionalistas" (claro y limpio, práctico y fácil de mantener). La deformación continua del histograma que se observa se orienta de hecho hacia tres términos relativamente inconmensurables, acompañando los pequeños comerciantes a los industriales y a los grandes comerciantes, los maestros a los profesores de enseñanza secundaria y los intermediarios culturales a los productores artísticos[22].

---

[21] La nueva pequeña burguesía se distingue también en esto por la elección particularmente frecuente de adjetivos que declaran con toda claridad la intención de distinción, como "compuesto" en lo que concierne al hogar o "elegante y distinguido" para los vestidos. De igual modo, el comercio de semi-lujo (Faubourg Saint-Antoine) declara abiertamente en su publicidad los "valores" que el comercio de lujo (Faubourg Saint-Honoré) se contenta con sugerir (con la referencia al arte, por ejemplo), dando así lugar a la acusación de "vulgaridad" como búsqueda del "efecto": "los muebles de Claude Deco (*boutique* del Faubourg Saint-Antoine) tienen ese 'no sé qué' que constituye el alma de la elegancia y de la distinción".

[22] Por lo que se refiere a los adjetivos rechazados, la lógica es la misma; las clases populares nunca rechazan claro y limpio, fácil de mantener o práctico. A nivel de las clases medias, las fracciones establecidas (empleados de oficina, cuadros administrativos medios, artesanos y pequeños comerciantes) claramente rechazan más fantasía que clásico, a la inversa de la nueva pequeña burguesía (con

Los gustos obedecen así a una especie de ley de Engel generalizada: a cada nivel de la distribución, lo que es especial y constituye un lujo inaccesible o una fantasía absurda para los ocupantes del nivel anterior o inferior, deviene trivial y común, y se encuentra relegado al orden de lo que se da por normal debido a la aparición de nuevos consumos, más especiales y más distintivos; y esto, una vez más, incluso fuera de toda búsqueda intencional de la singularidad distintiva y distinguida[23]. El sentido de la inversión que conduce a abandonar los objetos, los lugares y las prácticas pasados de moda o, más sencillamente, devaluados, para dirigirse hacia objetos siempre nuevos, con esa especie de huida hacia delante, con anticipación, en vanguardia, que define el esnobismo y que se aplica a todos los terrenos –al deporte como a la cocina, a los lugares de vacaciones como a los restaurantes– se guía por mil indicios e indicaciones diferentes, desde las advertencias expresas ("Saint-Tropez –o el *buffet* de la estación de Lyon o cualquier otro lugar– está imposible") hasta las llamadas de atención apenas conscientes que, como la experiencia de la divulgación o de los atascos de tráfico, inclinan de manera insidiosa al horror o al disgusto por unos determinados objetos o prácticas que han llegado a ser comunes (no es casual que los gustos en materia de pintura o de música sigan con tanta frecuencia unos itinerarios que, al margen de retrospectivas o rehabilitaciones, reproducen la historia de la biografía). La búsqueda de la distinción no necesita, pues, presentarse y afirmarse como tal, y todas las intolerancias –a los ruidos, a los contactos– que inculca una educación burguesa bastan casi siempre para determinar los cambios de terreno o de objeto que, tanto en el trabajo como en la diversión, orientan hacia objetos, lugares y prácticas más especiales en un momento dado del tiempo. Aquellos a los que se considera distinguidos tienen el privilegio de no tener que preocuparse por su distinción: pueden fiarse para ello de los mecanismos objetivos que les aseguran las propiedades distintivas y de su "sentido de la distinción", que les aleja de todo lo que es "común". En aquello en que la pequeña burguesía o la burguesía de fecha reciente "hace demasiado", traicionando así su inseguridad, la distinción burguesa se marca por una especie de ostentación de la discreción, de la sobriedad y del *understatement,* un rechazo de todo lo que es "llamativo", "fatuo" y "pretencioso", y que se desvaloriza *por la propia intención de distinción,* una de las formas más aborrecidas de lo "vulgar", opuesta en todo a la elegancia y a la distinción llamadas naturales, elegancia sin búsqueda de la elegancia, distinción sin intención de distinción[24]. Las

---

excepción de los artesanos artísticos) que, como la mayor parte de las fracciones de la clase dominante (y en particular los profesores y los miembros de profesiones liberales), rechaza con mayor frecuencia clásico que fantasía.

[23] El error inherente al modelo del *"trickle-down effect"* reside en el hecho de reducir a una *búsqueda intencional* de la diferencia lo que en realidad es un efecto objetivo y automático —que puede o no ser aumentado intencionalmente— de la diferenciación de las condiciones y disposiciones de los consumidores y de la diferenciación del campo de producción (véase B. Barber y L.S. Lobel, "Fashion in Women's Clothes and the American Social System", *Social Forces,* XXXI, 1952, pp. 124-131; Ll. A. Fallers, "A Note on the 'Trickle Effect' ", *Public Opinion Quarterly,* Vol. 18, 1954, pp. 314-321).

[24] Interrogadas sobre la manera en que se vestirían para ir a cenar a "casa del patrón de su marido", el 33% de las mujeres de cuadros medios o empleados (así como el 32% de las mujeres de obreros, y el 29% de las mujeres de agricultores) dicen que se pondrían "lo mejor que tienen" frente al 19% solamente de las mujeres de industriales o de grandes comerciantes, o de cuadros superiores y miembros de profesiones liberales, que dicen que irían a cambiarse "pero sin ponerse de punta en blanco" a razón del 81% frente al 67% para las mujeres de cuadros medios y empleados y al 68% para las mujeres de obreros o de agricultores (F. C., XLII).

luchas por la apropiación de los bienes económicos o culturales son inseparablemente luchas simbólicas por la apropiación de esos *signos distintivos* que son los bienes o las prácticas enclasadas y enclasantes, o por la conservación o la subversión de los principios de enclasamiento de esas propiedades distintivas. En consecuencia, el espacio de los estilos de vida, esto es, el universo de propiedades por las que se diferencian, con o sin intención de distinción, los ocupantes de las diferentes posiciones en el espacio social, no es otra cosa que el balance, en un momento dado, de las luchas simbólicas que tienen como apuesta la imposición del estilo de vida legítimo y que encuentra una realización ejemplar en las luchas por el monopolio de los emblemas de la "clase", bienes de lujo, bienes de cultura legítima o modo de apropiación legítima de esos bienes. La dinámica del campo en la que los bienes culturales se producen, se reproducen y circulan, proporcionando unos beneficios de distinción, encuentra su principio en las estrategias en las que se engendran su singularidad y la creencia en su valor, y que concurren a la realización de esos efectos objetivos mediante la misma competencia que los contraponen: la "distinción" o, mejor, la "clase", manifestación legítima, esto es, transfigurada y desfigurada, de la clase social, no existe más que mediante las luchas por la apropiación exclusiva de los signos distintivos que constituyen la "distinción natural". La cultura es una apuesta que, como todas las apuestas sociales, supone e impone a la vez que se entre en el juego y que se tome gusto al juego; y el interés por la cultura, sin el que no existe carrera, concurso, competencia, se produce por las mismas carrera y competencia que produce. Fetiche entre los fetiches, el valor de la cultura se engendra en la inversión originaria que implica el mismo hecho de entrar en el juego, en la creencia colectiva en el valor del juego que hace el juego y que rehace sin cesar la competencia por las apuestas. La oposición entre lo "auténtico" y lo "imitado", la "verdadera" cultura y la "vulgarización", que funda el juego al fundar la creencia en el valor absoluto de la apuesta oculta una *colusión* no menos indispensable para la producción y reproducción de la *illusio,* reconocimiento fundamental del juego y de las apuestas culturales: la distinción y la pretensión, la alta cultura y la cultura media –como por otra parte la alta costura y la costura, la alta peluquería y la peluquería, y así sucesivamente– no existen si no es la una para la otra y es su *relación* o, mejor, la *colaboración* objetiva de sus instrumentos de producción y de sus clientes respectivos, lo que produce el valor de la cultura y la necesidad de apropiársela. En esas luchas entre adversarios objetivamente cómplices es donde se engendra el valor de la cultura o, lo que viene a ser lo mismo, donde se engendra la creencia en el valor de la cultura, *el interés por la cultura, el interés de la cultura* –que no se deducen necesariamente, aunque uno de los efectos del juego consista en hacer creer en lo innato del deseo y del placer de jugar–. La barbarie es preguntar para qué sirve la cultura; admitir la hipótesis de que la cultura pueda estar desprovista de interés intrínseco, y de que el interés por la cultura no sea una propiedad innata, por otra parte desigualmente distribuida, como para separar a los bárbaros de los predestinados, sino un simple artefacto social, una forma particular y particularmente aprobada de *fetichismo*; es plantear la cuestión del interés de las actividades que se denominan desinteresadas porque no ofrecen ningún interés intrínseco (ningún placer sensible, por ejemplo) e introducir así la cuestión *del interés del desinterés.*

La lucha a su vez produce así los efectos propios para disimular la propia existencia de la lucha. Si se puede expresar indiferentemente la relación que man-

tienen las diferentes clases sociales con la cultura en el lenguaje, grato para Halbwachs, de la "distancia al foco de los valores culturales" o en el lenguaje del conflicto, es porque las luchas simbólicas entre las clases no tienen ninguna posibilidad de manifestarse ni de organizarse como tales, y están destinadas a tomar la forma de luchas competitivas que contribuyen a la reproducción de las *distancias* que se encuentran en el propio principio de la carrera. No es una casualidad que, si se exceptúa Proudhon, que extrae de su horror pequeño-burgués por el estilo de vida disoluto y licencioso de los artistas y de lo que Marx denonima su *"irae hominis probi"* la audacia necesaria para hacer aparecer la cara oculta, reprimida, de la contradictoria o, mejor, *ambivalente* representación que la pequeña burguesía se hace del arte, no existe prácticamente nada que ponga en tela de juicio el arte y la cultura que conduzca a una verdadera objetivación del juego cultural; tal es la fuerza con la que se impone a los miembros de las clases dominadas y a sus portavoces el sentimiento de su indignidad cultural[25].

Las clases dominadas sólo intervienen a título de punto de referencia pasivo, de *contraste,* en las luchas simbólicas por la apropiación de las propiedades distintivas que confieren su fisonomía a los diferentes estilos de vida, y sobre todo en las luchas por la definición de las propiedades que merecen ser apropiadas y del modo de apropiación legítima. La naturaleza contra la cual se construye en este caso la cultura no es otra cosa que todo lo que es "pueblo", "popular", "vulgo", "común". Por consiguiente, aquel que quiere "medrar" debe pagar su acceso a todo lo que define a los hombres propiamente humanos con un verdadero cambio de naturaleza (ésta sería la ocasión única para hablar de *metabasis eis allo genos*); "promoción social" vivida como una promoción ontológica o, si se prefiere, como un proceso de *civilización* (Hugo habla en alguna parte del "poder civilizador del arte"), un salto de la naturaleza a la cultura, de la animalidad a la humanidad; pero, al haber introducido en sí mismo la lucha de clases, que se encuentra en el propio centro de la cultura, está destinado a la vergüenza, al horror, incluso al odio del hombre viejo, de su lenguaje, de su cuerpo, de sus gustos y de todo aquello de que antes era solidario –el *genos*, el origen, el padre, los pares, a veces incluso la lengua materna– y de lo que a partir de ahora se encuentra separado por una frontera más absoluta que todas las prohibiciones juntas.

Las luchas en las que lo que se encuentra en juego es todo lo que, en el mundo social, es del orden de la creencia, del crédito o del descrédito, de la percepción y de la apreciación, del conocimiento y del reconocimiento, nombre, renombre, prestigio, honor, gloria, autoridad, todo lo que constituye el poder simbólico como poder reconocido, no conciernen nunca más que a los poseedores "distinguidos" y a los pretendientes "pretenciosos". Reconocimiento de la distinción que se afirma en el esfuerzo para apropiársela, aunque sea bajo las especies ilusorias del *bluff* o de la imitación, y para desmarcarse con respecto a quienes están desprovistos de ella, la pretensión inspira la adquisición, que trivializa de por

---

[25] Nada se encuentra más alejado de una tal objetivación que la impugnación artística del arte a la que se entregan algunos artistas (véase P. Bourdieu, "La production de la croyance", *loc. cit.*) o las manifestaciones agrupadas bajo el nombre de contra-cultura, que no hacen sino enfrentar una cultura con otra, una cultura dominada en el campo relativamente autónomo de la producción y de la difusión cultural (que no es, por consiguiente, la cultura de los dominados) con una cultura dominante, desempeñando así el papel, previsto desde toda la eternidad, de una vanguardia cultural que, gracias a su propia existencia, contribuye al funcionamiento del juego cultural.

sí, las propiedades hasta entonces más distintivas, y contribuye con ello a sostener continuamente la tensión del mercado de bienes simbólicos, obligando a los poseedores de las propiedades distintivas amenazadas de divulgación y vulgarización a buscar indefinidamente en unas nuevas propiedades la afirmación de su singularidad[26]. La demanda que en esta dialéctica se engendra continuamente es, por definición, inagotable, puesto que las necesidades dominadas que la constituyen deben redefinirse de manera indefinida con respecto a una distinción que siempre se define negativamente con respecto a aquéllas.

Las luchas simbólicas sobre el ser y el parecer, sobre las manifestaciones simbólicas que el sentido de las conveniencias y de las inconveniencias, tan estricto como las antiguas leyes suntuarias, otorga a las diferentes condiciones ("¿Por quién se toma?"), separando, por ejemplo, la verdadera "elegancia", hecha de facilidad, de naturalidad y de desenvoltura, de la simple "farolería", devaluada por lo que tiene de intención y afectación, y por consiguiente de usurpación, tienen como fundamento y como apuesta la proporción de libertad con respecto a la condición que da la propia lógica de las manifestaciones simbólicas. No se terminaría nunca de enumerar todas las disposiciones sociales que tienden a regular las relaciones del parecer y del ser, desde las leyes sobre el uso ilegal de uniformes o condecoraciones y sobre todas las formas de usurpación de títulos hasta las formas más suaves de represión, que tratan de volver a la realidad, al sentido de las realidades, al sentido de los *límites,* a aquellos que, ostentando unos signos externos de riqueza asociados a una condición superior a la suya, muestran que "se creen" otra cosa distinta de lo que son, los pretendientes pretenciosos que con sus poses, sus gestos, su "presentación" dejan ver que tienen y quieren dar de ellos mismos una representación demasiado discordante con la verdad de la representación que los demás se hacen de ellos y a la cual deberían ajustar su representación de sí mismos ("rebajar sus pretensiones")[27]. Lo que no significa que las estrategias de pretensión estén perdidas de antemano. Siendo el signo más seguro de la legitimidad la seguridad con la que aquélla se afirma y con la que, como suele decirse, "se hace respetar", el *bluff,*

---

[26] El *elitismo bien comprendido* de Nietzsche no se encuentra lejos de la verdad científica de los mecanismos de producción de la creencia en el valor de la cultura: "Ustedes tenían la costumbre de decir que nadie aspiraría a la cultura si se supiera hasta qué punto el número de hombres verdaderamente cultivados es finalmente, y no puede ser más que, increíblemente pequeño: y que, no obstante, este pequeño número de hombres verdaderamente cultivados no sería posible si no fuera porque una masa tan grande, en el fondo determinada contra su propia naturaleza y únicamente por unas seductoras ilusiones, se entregara a la cultura; que no se debería, pues, dar a conocer públicamente nada de esta ridícula desproporción entre el número de hombres verdaderamente cultivados y el enorme aparato de la cultura; que el verdadero secreto de la cultura estaba ahí: innumerables hombres luchan por adquirir la cultura, trabajan para la cultura, aparentemente en su propio interés, pero en el fondo sólo para permitir la existencia del pequeño número" (F. NIETZSCHE, *Sur l'avenir de nos établissements d'enseignement,* París, Gallimard, 1973, pp. 41-42).

[27] Al ser una de las huellas más visibles de los efectos de la exposición precoz y recurrente a unas situaciones arquetípicas, muy desigualmente probables para las diferentes clases, la relación con el cuerpo propio, que se expresa en una cierta manera de llevarlo, confianza en sí, comodidad y autoridad "naturales" de quien se siente autorizado para ello ("puede permitírselo"), incomodidad o arrogancia de aquel que incita a la sospecha sobre su legitimidad, revelándose a sí mismo mediante su diligencia en afirmarla que él mismo no está seguro de poseerla, es sin duda uno de los indicadores sociales más poderosos y por ello mismo un objeto privilegiado de manipulaciones estratégicas, al encontrarse siempre expuesta la comodidad forzada o afectada de aquel que quiere engañar a la desmitificadora ironía de aquel que no se deja engañar.

si llega a triunfar, y en primer lugar cerca del mismo que lo utiliza, es una de las pocas maneras de escapar a los límites de la condición, al jugar con la relativa autonomía de lo simbólico (es decir, con la capacidad de dar representaciones y de percibir representaciones) para imponer una representación de sí normalmente asociada a una condición superior y asegurarle la adhesión y el reconocimiento que hacen de ella una representación legítima, objetiva. Si hay que guardarse de prestar adhesión al idealismo interaccionista –y típicamente pequeño-burgués– que concibe el mundo social como representación y voluntad, no es menos cierto que sería absurdo excluir de la realidad social la representación que los agentes se hacen de esta realidad: en efecto, la realidad del mundo social está parcialmente en juego en las luchas que enfrentan a los agentes a propósito de la representación de su posición en el mundo social, y, en consecuencia, en este mundo.

Como lo testimonia la inversión de la relación entre las proporciones atribuidas a los alimentos y al vestido y, más generalmente, a la sustancia y a la apariencia, cuando se pasa de la clase obrera a la pequeña burguesía, las clases medias toman partido por lo simbólico. Su preocupación por el parecer, que puede ser vivida según el modo de la conciencia infeliz, disfrazada a veces de arrogancia (son los "con esto me basta", "esto me gusta", de las villas pequeño-burguesas), se encuentra también en la base de su *pretensión*, disposición permanente para esa especie de *bluff* o de usurpación de identidad social que consiste en adelantar el ser mediante el parecer, en apropiarse de las apariencias para tener la realidad, de lo nominal para tener lo real, en tratar de modificar las posiciones en los enclasamientos objetivos modificando la representación de los puestos en el enclasamiento o de los principios de enclasamiento. El pequeño-burgués es aquél que, condenado a todas las contradicciones entre una condición objetivamente dominada y una participación en intención y en voluntad en los valores dominantes, está obsesionado por la apariencia que muestra al otro y por el juicio que el otro tiene sobre su apariencia. Llevado a hacer demasiado por temor de no hacer bastante, dejando ver su incertidumbre y su preocupación por encontrarse preocupado como está al tener que demostrar o *dar la impresión*, está destinado a ser percibido, tanto por las clases populares, que no tienen esa preocupación de su ser-para-otro, como por los miembros de las clases privilegiadas que, seguros de su ser, pueden desinteresarse del parecer, como el hombre de la apariencia, obsesionado por la *mirada* de los otros, y ocupado continuamente en "hacerse valer" *a los ojos de los demás* ("¿me has visto?"*, "llamativo"). Al tomar partido por la apariencia, la que debe dar para cumplir su función, esto es, para *desempeñar su papel*, para hacer creer y para engañar, para inspirar confianza o respeto y dar su personaje social, su "presentación", su representación, como garantía de los productos o de los servicios que propone (es el caso de los vendedores, de los representantes comerciales, de las azafatas, etc.), pero también para afirmar sus pretensiones y sus reivindicaciones, para hacer avanzar sus intereses y sus proyectos de ascensión, se encuentra propenso a una visión berkeleyniana del mundo social, reducido así a un teatro en el cual el ser nunca es otra cosa que un ser percibido o, mejor, una representación (mental) de una representación (teatral)[28]. Su ambigua posición en la estructura

* El autor parece que juega con el sentido literal de esta frase entre interrogaciones *m'as-tu-vu?* (¿me has visto?) y el sentido que la misma tiene como objetivo: fatuo, vanidoso. *(Nota de la T.)*.

[28] En otro lugar se intentará mostrar que a partir de un tal postulado es como se construye la visión goffmaniana del mundo social, especie de marginalismo social que reduce la realidad del orden

social, acrecentada a veces por la ambigüedad inherente a todas las funciones de intermediario entre las clases, de manipulador manipulado, de burlador burlado, a menudo su misma trayectoria, que le conduce a unas posiciones de segunda, de segundo papel, de eminencia gris, de comparsa, de auxiliar, de suplente, de apoderado o de sustituto, privado de los beneficios simbólicos asociados al estatus reconocido y a la delegación oficial que hacen legítima la impostura (y bien situado para sospechar el verdadero fundamento de ello), todo le predispone para percibir el mundo social según las categorías de la apariencia y de la realidad, y está tanto más inclinado a prestar a las manipulaciones y a las imposturas la sospechosa atención del *resentimiento* cuanto más haya tenido él mismo que rebajar sus pretensiones[29].

Pero el lugar por excelencia de las luchas simbólicas es la propia clase dominante: las luchas por la definición de la cultura legítima que enfrentan a los intelectuales y a los artistas no son más que un aspecto de las incesantes luchas en las que se enfrentan las diferentes fracciones de la clase dominante para lograr la imposición de la definición de las apuestas y de las armas legítimas de las luchas sociales o, si se prefiere, para lograr la definición del principio de dominación legítima, capital económico, capital escolar o capital social, poderes sociales cuya eficacia específica puede ser redoblada con la eficacia propiamente simbólica, esto es, con la autoridad que da el hecho de ser reconocido, elegido por la creencia colectiva. La lucha que enfrenta a las fracciones dominantes con las fracciones dominadas (constituidas a su vez en campos divididos por unas luchas organizadas según una estructura homóloga a la de la clase dominante en su conjunto) tiende, en su manifestación ideológica, de la que las fracciones dominadas tienen la iniciativa y la soberanía, a organizarse según unas oposiciones casi superponibles a las que la visión dominante establece entre la clase dominante y las clases dominadas: de un lado la libertad, el desinterés, la "pureza" de los gustos sublimados, la salvación en el más allá, etc., del otro la necesidad, el interés, la bajeza de las satisfacciones materiales, la salvación en este mundo. De ello se deduce que todas las estrategias que los intelectuales y los artistas producen contra los "burgueses" tienden inevitablemente, al margen de cualquier intención expresa y en virtud misma de la estructura del espacio en el que se engendran, a tener un doble efecto y a estar dirigidas *indistintamente* contra todas las formas de sumisión a los intereses materiales, tanto populares como burguesas "Yo llamo burgués a quienquiera que piense con bajeza". Esta sobredeterminación esencial es lo que hace que los "burgueses" puedan encontrar tan cómodamente en el arte que el artista produce contra ellos una ocasión para testimoniar su distinción cuando, intentando demostrar, con respecto a las clases dominadas, que ellos se sitúan del lado del "desinterés", de la "libertad", de la "pureza", del "alma", vuelven contra las otras clases las armas que han sido forjadas contra ellos.

No es pues una casualidad, como puede verse, que el arte y el arte de vivir dominantes se pongan de acuerdo sobre las mismas distinciones fundamentales, que tienen todas como principio la oposición entre la necesidad bruta y brutal que

---

social a la suma de las representaciones (subjetivas) que los agentes se hacen de las representaciones (teatrales) que les dan los otros agentes.

[29] Por el hecho mismo de su ambivalencia esencial, que incita a unas alternancias de sumisión y agresión, y por el hecho también de los riesgos de humillación a que se expone permanentemente, la relación del pretendiente pretencioso con el poseedor seguro está cargada de tensión afectiva y generadora de resentimiento.

se impone al común y el lujo como testimonio de la distancia con respecto a la necesidad, o la ascesis, como restricción deliberadamente asumida –dos maneras opuestas de negar la naturaleza, la necesidad, el apetito, el deseo–, entre el despilfarro desenfrenado que recuerda en negativo las privaciones de la existencia ordinaria y la libertad ostentosa del dispendio gratuito, o la ascesis de la restricción electiva; entre el abandono a las satisfacciones inmediatas y fáciles y la economía de medios, testimonio de una posesión de los medios a la medida de los medios poseídos. La "soltura" no es tan universalmente aprobada sino porque representa la afirmación más visible de la libertad con respecto a las restricciones que dominan a la gente corriente, el testimonio más indiscutible del capital como capacidad de satisfacer las exigencias inscritas en la naturaleza biológica y social o de la autoridad que autoriza ignorarlas: es así como la "soltura" en materia de lenguaje puede afirmarse ya sea mediante los esfuerzos que consisten en ir más allá de lo que exigen las reglas propiamente gramaticales o pragmáticas, en hacer por ejemplo "conexiones" facultativas o en sustituir los giros o palabras comunes por palabras y tropos raros, ya sea en la libertad con respecto a unas exigencias de la lengua o de la situación que se afirma en unas libertades o en unas licencias estatutarias. Estas estrategias opuestas, que permiten situarse más allá de las reglas y de las conveniencias impuestas a los locutores normales, no son de ninguna manera exclusivas: las dos formas de ostentación de la libertad que son el aumento constante de exigencias y la transgresión deliberada pueden coexistir en diferentes momentos o niveles del discurso, pudiendo ser compensada la "relajación" en el orden del léxico, por ejemplo, mediante un aumento de tensión en la sintaxis o en la dicción, o a la inversa (esto se ve bien en las *estrategias de condescendencia,* en las que la misma distancia que se ha mantenido así entre los distintos niveles del lenguaje manifiesta en el orden simbólico el doble juego de la distancia afirmada en la propia apariencia de su negación). Estrategias parecidas –que pueden ser perfectamente inconscientes, y por consiguiente tanto más eficaces– constituyen la más imparable respuesta a las estrategias de hipercorrección de los pretendientes pretenciosos que, destinados a hacer siempre demasiado o no lo bastante, se remiten a una ansiosa interrogación sobre la regla y sobre la manera legítima de ajustarse a la misma y que, paralizados por este reflexivo retorno que es la antítesis misma de la soltura, no saben ya a qué atenerse. Aquel que, como se suele decir, "puede permitirse" situarse más allá de las reglas solamente buenas para los pedantes o los gramáticos –de los que se comprende que no estén dispuestos a inscribir estos juegos con la regla en sus codificaciones del juego lingüístico– se erige en instaurador de las reglas, esto es, en *taste maker,* árbitro de las elegancias cuyas transgresiones no constituyen a su vez faltas sino el esbozo o el anuncio de una nueva moda, de un nuevo modo de expresión o de acción destinado a imponerse como modelo, y por consiguiente a devenir modal, normal y a convertirse en norma, reclamando así nuevas transgresiones por parte de aquellos que rehusan dejarse alinear en la moda, que rehusan fundirse y confundirse en la clase definida por la propiedad menos enclasante, menos marcada, la más común, la menos distintiva, la menos distinguida. Lo que quiere decir de paso que, contra todas las convicciones ingenuamente darwinianas, la ilusión (sociológicamente fundada) de la "distinción natural" reposa fundamentalmente en el poder que tienen los dominantes de imponer, con su existencia misma, una definición de la excelencia que, al no ser otra que su propia manera de existir, está destinada a presentarse a la vez como distintiva,

diferente, y por consiguiente arbitraria (puesto que es una entre otras) y totalmente necesaria, absoluta, natural.

La "soltura" en el sentido de "facilidad natural" no es más que el "desahogo" en el sentido de "situación de fortuna que asegura una vida fácil": proposición auto-destructiva, puesto que no habría necesidad de recordar que no sería lo que es si no fuera verdaderamente otra cosa, que también forma parte de su verdad. Error del objetivismo que omite incluir en la definición completa del objeto la representación de ese objeto que ha tenido que destruir para conquistar la definición "objetiva"; que olvida hacer una última reducción a la reducción indispensable para comprender la verdad objetiva de los hechos sociales, objetos cuyo ser consiste *también* en su ser-percibido[30]. Es necesario reintroducir en una definición completa de la "facilidad natural" lo que se le destruye recordando que la "soltura", como la virtud de Aristóteles, quiere cierta "soltura" (o, a la inversa, que la incomodidad nace de la incomodidad), esto es, el efecto de imposición que realizan, con su existencia misma, aquellos que sólo tienen que ser lo que son para ser lo que hay que ser. Esta perfecta coincidencia es la definición misma de la "soltura" que, en compensación, testimonia esta coincidencia del ser y del deber ser, así como el poder de auto-afirmación que la misma encierra.

El precio atribuido a la desenvoltura y a todas las formas de distancia de sí mismo se debe al hecho de que, por oposición a la ansiosa tensión de los pretendientes, crispados con respecto a sus posesiones y siempre en tela de juicio por lo que se refiere a ellos mismos y a los otros, en su misma arrogancia, aquéllas atestiguan a la vez la posesión de un fuerte capital (lingüístico o de cualquier otra clase) y una libertad con respecto a esta posesión que es una afirmación de segundo orden del poder sobre la necesidad. Las proezas verbales o los gratuitos dispendios de tiempo o dinero que supone el consumo material o simbólico de la obra de arte, o incluso, en segundo grado, las limitaciones y restricciones deliberadamente asumidas que constituyen el "ascetismo de ricos" (según palabras de Marx a propósito de Séneca), y el rechazo de lo fácil que se encuentra en la base de todas las estéticas "puras", constituyen otras tantas repeticiones de esta variante de la dialéctica del amo y el esclavo, mediante la cual los poseedores afirman la posesión que tienen de sus posesiones, aumentando así su distancia con respecto a los desposeídos que, no contentos con estar sometidos a la necesidad en todas sus formas, son también sospechosos de estar poseídos por el deseo de posesión, y por consiguiente potencialmente poseídos por unas posesiones que o no tienen o no tienen todavía[31].

---

[30] El famoso precepto de Durkheim, "hay que tratar los hechos sociales como cosas", encierra su propia negación: inmediatamente se ve que sería inútil enunciar a bombo y platillo semejante manifiesto metodológico si la percepción normal, que es un hecho social y que contribuye también a hacer el hecho social, tratara los hechos sociales como la ciencia quiere que se les trate.

[31] El aristocratismo del desinterés se encuentra sin lugar a dudas en la base de muchas de las condenas de la "sociedad de consumo" que olvidan que la condena del consumo es una idea consumista.

TERCERA PARTE

GUSTOS DE CLASE Y ESTILOS DE VIDA

"Nuestro amor propio sufre con mucha mayor impaciencia la condena de nuestros gustos que la de nuestras opiniones"

L. Rochefoucauld, *Maximes*

Para que la descripción de los estilos de vida tenga el valor de *verificación empírica* que debe tener, hay que volver otra vez a la encuesta y confrontar las unidades puestas de manifiesto por el método que parece el más apropiado para captar *total simul* el conjunto de las observaciones recogidas y para desprender de ellas, al margen de cualquier imposición de supuestos previos, las estructuras inmanentes, es decir, el análisis de las correspondencias, con aquellas que pueden *construirse* a partir de los principios de división según los cuales se definen objetivamente las grandes clases de condiciones y de condicionamientos homogéneos, por lo tanto de *habitus* y, en consecuencia, de prácticas. Una operación semejante reproduce, en sentido inverso, la transformación que la percepción común opera cuando, aplicando a las prácticas y a las propiedades de los agentes unos esquemas de percepción y apreciación socialmente constituidos, aquélla los constituye en estilos de vida distintivos en los que adivina unas determinadas condiciones sociales[1].

---

[1] Limitándonos a los datos recogidos por la encuesta, a la manera del lingüista que se contentaría con el *corpus* finito de frases suscitadas por un conjunto finito de desencadenantes, en lugar de tomarse la libertad de extraer al infinito en el universo indefinido unas frases efectivamente realizadas o gramaticalmente posibles, nos privamos de la posibilidad de evocar en su infinita riqueza cada uno de los estilos de vida. Posibilidad por otra parte completamente teórica, puesto que, bajo pena de caer en la tentación positivista, evocada por Borges, del mapa tan grande como el país, debería buscarse, para un trabajo de escritura como éste, muy largo, si no interminable, el lenguaje más capaz de evocar las características que, del mismo modo que la diferencial condensa toda la curva, condensen todo un universo de prácticas. Para evitar la monotonía de las referencias a los únicos indicadores utilizados en la encuesta, hubiera podido sustituirse, por ejemplo, las obras y los trabajos efectivamente propuestos por unos equivalentes, cada vez distintos (por ejemplo, las *Variaciones,* Goldberg o el *Pequeño cuaderno de Ana Magdalena,* Bach para sustituir a *El clavecín bien temperado* o, en materia de canciones, Reggiani, Ferrat, Barbara o Greco para sustituir a Brel y Douai, o también Marcel Amont, Adamo o Mireille Mathieu para Aznavour). Si se ha renunciado a este procedimiento, a pesar de ser perfectamente conforme con la lógica del gusto, que opera continuamente sustituciones parecidas en el interior de clases de equivalencia confusamente comprendidas a partir de puntos de referencias sociales, es porque la naturaleza misma de las clases de equivalencia depende del sistema de clasificación que se adopte, y por que allí donde tal sistema no vería más que unos elementos intercambiables de la clase "gran música", tal otro sistema rechazaría las sustituciones más justificadas en apariencia (por la identidad de compositor, de fecha de composición, de forma y de estilo).

Del mismo modo que, como enseñaba Aristóteles, porque los cuerpos tienen en común el tener un color que nosotros observamos es por lo que algunos de ellos tienen un color diferente de los otros, diferenciándose las cosas diferentes en aquello por lo que se parecen, de la misma manera las diferentes fracciones de la clase dominante se distinguen de forma muy precisa en aquello por lo que ellas participan de la clase en su conjunto, esto es, por la especie de capital que se encuentra en la base de su privilegio y por las diferentes maneras de diferir del común y de afirmar su distinción que les son correlativas.

Y del mismo modo que, según un ejemplo tomado a Rapoport, se habla de nube o de bosque, aunque, en los dos casos, la densidad de los árboles y de las gotitas de agua sea una función continua, y que el límite no existe en tanto que línea bien definida, lo mismo se puede hablar de fracción de clase aunque sea imposible trazar, en el lugar que sea, una línea de demarcación tal que no se encuentre nadie de una parte y de la otra de esa línea que posea todas las propiedades más frecuentes en un lado de la línea y ninguna de las propiedades más frecuentes en el otro lado. En efecto, en este universo de continuidad, el trabajo de construcción y de observación consigue aislar unos conjuntos (relativamente) homogéneos de individuos caracterizados por unos *conjuntos* de propiedades estadística y socio-lógicamente ligadas entre sí en diversos grados, o, si se prefiere, unos grupos separados por unos *sistemas de diferencias.*

5

EL SENTIDO DE LA DISTINCIÓN

Si es cierto que, como se ha tratado de establecer, la clase dominante constituye un espacio relativamente autónomo cuya estructura se define por la distribución entre sus miembros de las diferentes especies de capital, caracterizándose propiamente cada fracción por una cierta configuración de esa distribución a la que corresponde, por mediación del *habitus,* un cierto estilo de vida; que la distribución del capital económico y la distribución del capital cultural entre las fracciones presentan unas estructuras simétricas e inversas; y que las diferentes estructuras patrimoniales se encuentran, junto con la trayectoria social, en la base del *habitus* y de las sistemáticas elecciones que éste produce en todos los campos de la práctica y de los que las elecciones comúnmente reconocidas como estéticas constituyen una dimensión, estas estructuras tienen que aparecer de nuevo en el espacio de los estilos de vida, es decir, en los diferentes sistemas de propiedades en los que se expresan los diferentes sistemas de disposiciones[1]. Esto es lo que se ha intentado establecer al someter al análisis de las correspondencias el conjunto de los datos recogidos[2].

En primer lugar, y después de una metódica lectura de las tablas, se han sometido a análisis las respuestas de los miembros de la clase dominante (n.° 467) a los diferentes conjuntos de preguntas (véase en el Anexo 1 el cuestionario) a fin de determinar si las estructuras y los factores explicativos obtenidos variaban según los distintos campos de práctica considerados: el conjunto de preguntas referentes al conocimiento o la preferencia en materia de pintura y de música y a la frecuentación de museos, que tienen en común el medir la competencia legítima; el conjunto de preguntas sobre las oportunidades de hacer una foto bella, interesante, insignificante o fea con cada uno de los veintiún temas propuestos, que

---

[1] Los análisis de las diferentes fracciones de la clase dominante que aquí se presentan, sólo retienen de un conjunto de investigaciones en curso (de las que algunas ya han sido objeto de publicaciones separadas) lo que es indispensable para explicar las diferencias fundamentales en materia de estilo de vida.

[2] Sobre el método de análisis, véase L. LEBART, A. MORINEAU y N. TABARD, *Techniques de la description statistique, Méthodes et logiciels pour l'analyse des grands tableaux,* París, Dunod, 1977; y para los fundamentos teóricos y las condiciones lógicas de utilización, J. BENZÉCRI, *l'analyse des données. leçons sur l'analyse factorielle et la reconnaissance des formes et travaux du Laboratoire de statistiques de l'Université de Paris VI,* París, Dunod, 1973, 2 vol.

miden la disposición estética; el conjunto de preguntas sobre las preferencias en materia de canción, radio, lecturas, sobre el conocimiento de los actores y directores, y sobre la práctica de la fotografía, otros tantos indicadores de la disposición con respecto a la cultura media; el conjunto de elecciones en materia de decoración del hogar, de muebles, de cocina, de vestidos, de cualidades de los amigos, mediante las cuales se expresan de forma más directa las disposiciones éticas, etc. En todos estos análisis, el primer factor opone las fracciones más ricas en capital cultural a las fracciones más ricas en capital económico, situándose los patrones comerciales y los profesores de enseñanza superior o los artistas en los dos extremos opuestos del eje, mientras que los miembros de profesiones liberales, los cuadros y los ingenieros ocupan unas posiciones intermedias. En el caso del análisis que selecciona los indicadores de preferencias en materia de cultura media, son los profesores de enseñanza secundaria (y no los profesores de enseñanza superior o los productores artísticos) los que, según una lógica ya observada en las preferencias de los maestros en materia de canción, se oponen rotundamente a los patronos comerciales. En el caso del análisis sobre los indicadores de disposiciones éticas, los productores artísticos, que afirman de este modo su desenvoltura y su indiferencia con respecto a las conveniencias, se contraponen a los profesores, a los ingenieros y a los cuadros públicos, y ocupan unas posiciones bastante cercanas a las de los patronos comerciales (a los que se oponen muy fuertemente en otros aspectos, tomados en este caso por el segundo factor).

Habiendo reconocido así en cada caso los indicadores más pertinentes, ha habido que –para evitar el efecto de sobrecarga resultante de la abundancia de las informaciones recogidas (véase el cuestionario en el Anexo 1)– eliminar del análisis final, cuyos resultados únicamente se presentan aquí, las preguntas mal formuladas (como las que hacían referencia a los vestidos o a las obras preferidas) o poco enclasantes, en provecho de preguntas (como la pregunta sobre la cocina) que miden más o menos las mismas disposiciones (se ha dejado asimismo de lado el conjunto de preguntas sobre los temas fotografiables, que se han analizado aparte. De esta forma se han seleccionado los datos (que han sido objeto de una codificación distintiva) referentes a las calidades preferidas para la decoración del hogar (doce adjetivos), a las cualidades del amigo (doce adjetivos), a los platos que prefieren servir a los amigos (seis posibilidades), a las compras de muebles (seis posibilidades), a los cantantes preferidos (en número de doce), a las obras de música clásica preferidas (en número de quince), a la frecuentación del museo de arte moderno o del Louvre, al conocimiento de los compositores (clasificados en cuatro niveles), a los juicios sobre pintura (en número de cinco). Para dar toda su fuerza a la demostración, se ha optado por tratar como variables ilustrativas las principales características, edad, profesión del padre, nivel de instrucción, ingresos, no interviniendo como tal la fracción de pertenencia, que constituye el factor explicativo más poderoso[3].

El análisis de las correspondencias permite aislar, por sucesivas divisiones, diferentes conjuntos coherentes de *preferencias* que encuentran su principio en unos sistemas de disposiciones distintos y distintivos, definidos tanto por la relación que mantienen entre ellos como por la relación que les une con sus condiciones sociales de producción. Los indicadores que miden el capital cultural (del que ya se sabe que varía más o menos en razón inversa de los indicadores del capital económico) aportan la contribución más alta a la constitución del primer factor (que

[3] Para el análisis de las respuestas de las clases medias y de las populares se ha procedido exactamente a efectuar las mismas operaciones.

Gráficos 11 y 12—**Variantes del gusto dominante**

Análisis de las correspondencias. Plano de los ejes de inercia 1° y 2°: el espacio de las propiedades (gráfico 11) y el espacio de los individuos de las diferentes fracciones (gráfico 12). Los títulos correspondientes a las contribuciones absolutas más fuertes se han representado en MAYUSCULAS SUBRAYADAS para el primer factor y en MAYUSCULAS para el segundo.



resume el 5,8% de la inercia total contra el 3,5% y el 3,2% para el segundo y el tercero respectivamente)[4]: se tiene así, de una parte, a aquellos que, teniendo los ingresos más débiles, poseen la competencia más alta; que conocen el mayor número de obras musicales (6%) y de compositores (7,7%), dicen preferir las obras que requieren las más "pura" disposición estética, como *El clavecín bien temperado* (1,8 %) o el *Arte de la fuga* (1,7 %), y la más general, la más capaz de aplicarse a unos campos menos consagrados, como la canción y el cine, o incluso a la cocina o a la decoración de la casa; que se interesan por la pintura abstracta, frecuentan el Museo de arte moderno y esperan de sus amigos que sean artistas (2,4%); por la parte contraria, los que disponen de los ingresos más altos y poseen la competencia más baja, conocen pocas obras musicales y pocos compositores, prefieren amigos serios (1,5%) y dedican sus preferencias a obras de cultura burguesa de segunda fila, depreciadas o clásicas –La Arlesiana (3%), El Bello Danubio azul (2,9%), *La Traviata* (2,1%), *Rapsodia húngara*, Buffet, Vlaminck, Utrillo, Raphaël (2,3%), Watteau, Vinci– y a la opereta —Guétary (1,8 %), Luis Mariano– o a la canción más divulgada –Petula Clark (2,2 %).[5]

Intuitivamente se ve que la estructura según la cual se organizan estos indicadores de los diferentes estilos de vida se corresponde con la estructura del espacio de los estilos de vida tal como ha sido establecida, y por consiguiente con la estructura de las posiciones. Y de hecho, por parte de los individuos, la oposición más rotunda se establece entre los patronos comerciales y, en menor grado, industriales, y los profesores de la enseñanza superior y los productores artísticos, casi indiscernibles en este nivel del análisis. Los grupos correspondientes a los conjuntos de puntos que representan a los miembros de una misma fracción se distribuyen según la estructura prevista[6]. La proyección como variables suplementarias de los determinantes de la posición (ingresos, titulación, origen social, edad) confirma que esta estructura se corresponde con la estructura de la distribución de las especies de capital, distribuyéndose el capital escolar sobre el primer eje desde la ausencia total de titulaciones hasta las titulaciones superiores a la licenciatura, mientras que los ingresos presentan una distribución inversa (pero menos dispersa y no lineal). Los patronos industriales y comerciales están tanto más próximos al extremo del primer eje cuanto menor es el peso del capital cultural en la estructura de su capital: aquéllos que se sitúan del lado de las profesiones liberales son industriales o patronos comerciales de bienes culturales (anticuarios, vendedores de discos, libreros, etc.), dotados todos con un capital cultural superior a la media de la fracción (licenciatura o gran escuela). Los patrones comerciales (exceptuados los vendedores de bienes culturales) están muy próximos en otro aspecto (aprehendido por el tercer factor) de la cultura media en sus preferencias culturales (*El bello Danubio azul*, Guétary, Petula Clark) y también en las elecciones que comprome-

[4] En todo este párrafo, como en lo que sigue del texto, las cifras que van entre paréntesis representan las contribuciones absolutas de las variables consideradas al correspondiente factor.

[5] Por la misma lógica puede comprenderse que las opiniones formuladas a propósito de juicios preformados, tales como, de una parte, "la pintura abstracta me interesa tanto como la de las escuelas clásicas", o, por la parte opuesta, "la pintura es algo que está bien, pero es difícil", o la elección de cantantes tales como Léo Ferré, Georges Brassens, Jacques Douai, estén perfectamente explicados por el primer factor.

[6] Se ha renunciado a representar por un conjunto de puntos a los ejecutivos del sector público y los del sector privado, muy dispersos sobre el diagrama plano.

ten con más fuerza unas disposiciones éticas (cuando se trata de la decoración del hogar y del amigo ideal cualidades citadas a menudo en las clases populares y medias, como fácil de mantener y práctico, serio y ponderado); en este aspecto se oponen a los patronos industriales, que en su conjunto están más próximos al gusto burgués[7]. Por lo que se refiere a los profesores de la enseñanza superior que poseen una gran competencia incluso en unos campos menos consagrados, como el cine, ocupan el otro extremo del primer eje: sus preferencias oscilan entre una cierta audacia y un prudente clasicismo y rechazan las facilidades del gusto *"rive droite"* sin aventurarse en la vanguardia artística, llevando su búsqueda más hacia los "redescubrimientos" que hacia los "descubrimientos", hacia las más singulares obras del pasado más que hacia la vanguardia del presente (decoración del hogar cálida y bien arreglada, llena de fantasía, Braque, Picasso, Bruegel y a veces Kandinsky. *El pájaro de fuego,* el *Arte de la fuga* y *El clavecín bien temperado*).

Los miembros de las profesiones liberales ocupan una posición intermedia y se dividen en dos subgrupos separados principalmente por lo que respecta al capital cultural: el más importante, que se sitúa cerca del polo ocupado por los productores artísticos, comprende sobre todo a los arquitectos, abogados o médicos parisienses (y solamente algunos cirujanos-dentistas o farmacéuticos); el segundo subgrupo, más próximo al polo de los patronos, lo componen una mayor parte de provincianos relativamente mayores, dentistas, farmacéuticos, notarios, etc. Los primeros citan, por ejemplo, las obras más singulares, Braque, Kandinsky, *El concierto para la mano izquierda*, los filmes más "intelectuales" *(El Angel exterminador, Salvatore Giuliano),* conocen muy a menudo a los directores de los filmes propuestos; mientras que los otros declaran las preferencias más triviales del gusto medio, Vlaminck, Renoir, *El Bello Danubio azul*, y ven los filmes para el gran público *(Los domingos de Ville de Avray)* o los filmes históricos de gran espectáculo *(El día más largo).*

De esta forma, dado que las diferencias ligadas con el volumen global del capital están parcialmente neutralizadas (debido al hecho de que el análisis se aplica a los miembros de una misma clase, que en estos aspectos son casi iguales), la posición de cada individuo en el espacio determinado por los dos primeros factores depende esencialmente de la estructura de su patrimonio, es decir, del peso relativo del capital económico y del capital cultural que posee (eje 1) y de su trayectoria social (eje 2), que rige, mediante el modo de adquisición correlativo, la relación que mantiene con ese patrimonio[8]. Los indicadores de las disposiciones asociadas a la mayor o menor antigüedad en la burguesía son los que aportan las más altas contribuciones absolutas al segundo factor: huellas incorporadas de una trayectoria social y de un modo de adquisición del capital cultural, las disposiciones éticas y estéticas que se manifiestan principalmente en la relación con la cultura

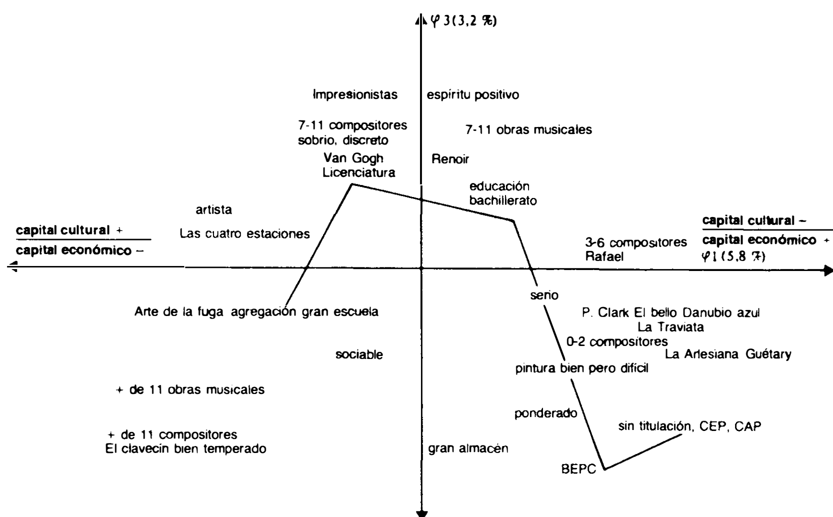
[7] Es cierto que en el aspecto de la cultura, de la lengua y del estilo de vida, la frontera con las clases populares sin duda está mucho menos marcada, y en todo caso está situada mucho más alto, en el sector de las profesiones independientes (y sobre todo de las profesiones comerciales) que en el de los asalariados, en la que se marca a partir del nivel de los empleados. Como en materia de alimentación, los pequeños patronos están más cercanos a la clase obrera por su manera de hablar, sus gustos (para el deporte, el *music-hall*), sus valores (por ej. virilidad) que los empleados que, aunque se oponen a ésta mucho más en todos estos aspectos, se aproximan más en sus posturas políticas.

[8] Esto significa que el primer factor del análisis factorial corresponde a la segunda dimensión del espacio social y el segundo a la tercera.

legítima y en los matices del arte de vivir cotidiano separan a unos individuos que tienen más o menos el mismo volumen de capital cultural. Se comprende que, del lado de los individuos, este segundo factor enfrente, dentro de cada fracción, a los que han accedido hace mucho tiempo a la burguesía y a los que acaban de llegar a ella, es decir, a los advenedizos y a los que tienen el privilegio de los privilegios, la antigüedad en los privilegios; aquellos que han adquirido su capital cultural mediante la frecuentación precoz y normal de objetos, gentes, lugares y espectáculos selectos y "distinguidos" y aquellos que, al deber su capital a un esfuerzo de adquisición estrechamente tributario del sistema escolar o conducidos al azar a unas ocasiones autodidácticas, tienen con la cultura una relación más seria, más severa, e incluso más crispada. Este segundo factor evidentemente distribuye las fracciones según la proporción de sus miembros que son originarios de la burguesía o de cualquier otra clase: de un lado, los miembros de profesiones liberales y los profesores de enseñanza superior (y, en menor grado, los cuadros del sector privado), y del otro los ingenieros, los cuadros del sector público y los profesores de la enseñanza secundaria, categorías que representan unas vías de acceso privilegiadas (con la mediación del éxito escolar) a la clase dominante, dividiéndose los patronos en partes casi iguales entre los dos polos. Los primeros, agrupados junto a los valores positivos del segundo factor, tienen en común el haber adquirido (inicialmente) su capital por familiarización en el seno de su propia familia y presentan signos de una antigua pertenencia a la burguesía tales como la posesión de muebles heredados (3,1%) y la frecuentación de anticuarios (2,4%), la predilección por un hogar confortable y por una cocina tradicional (1,5%), la frecuentación de los museos del Louvre y de arte moderno (1,8 %), el gusto por *El concierto para la mano izquierda,* del que se sabe que casi siempre se asocia con la práctica del piano. Los otros, que deben lo esencial de su capital a la escuela y a los aprendizajes tardíos que una alta cultura escolar favorece e implica, se oponen a los precedentes por su inclinación hacia unos amigos decididos (2,6%) y con espíritu positivo (3,6%) y no, como en el otro polo, refinados o artistas; por su gusto hacia los hogares claros y limpios (3,2%), sobrios y discretos (1,6%) y hacia unas obras de cultura burguesa media, como *La danza del sable* (5,1 %), Utrillo y Van Gogh, o, en otro orden de cosas, Jacques Brel o Aznavour, Buffet y la *Rapsodia en blue,* otros tantos índices de una ascensión en curso. Se caracterizan por unas elecciones prudentes y en consecuencia relativamente homogéneas: nunca descienden hasta obras sospechosas de trivialidad o vulgaridad, como *La Arlesiana o El bello Danubio azul*, sólo raramente se aventuran hasta obras ya un poco menos "canónicas", como *El niño y los sortilegios*, elegidas con frecuencia por los intermediarios culturales y los productores artísticos.

La proyección de la profesión del padre, de la edad, de la titulación, de los ingresos, etc., como variables ilustrativas manifiesta que el principio de división es verdaderamente la trayectoria social: la oposición se establece entre los miembros de la clase dominante que al mismo tiempo tienen más edad y son originarios de fracciones más antiguas y/o los más ricos en capital económico (profesiones liberales, patronos industriales y comerciales), y los miembros de la misma clase cuyo padre era empleado, cuadro medio u obrero, que son relativamente menos ricos en capital económico y más jóvenes. La compleja relación que se establece entre la posición en el espacio de las fracciones, la antigüedad en la burguesía y la edad (vinculada igualmente con los dos primeros factores), y que es muy importante

Gráfico 13—**Variantes del gusto dominante**
Análisis de las correspondencias. Plan simplificado de los ejes de inercia primero y tercero.

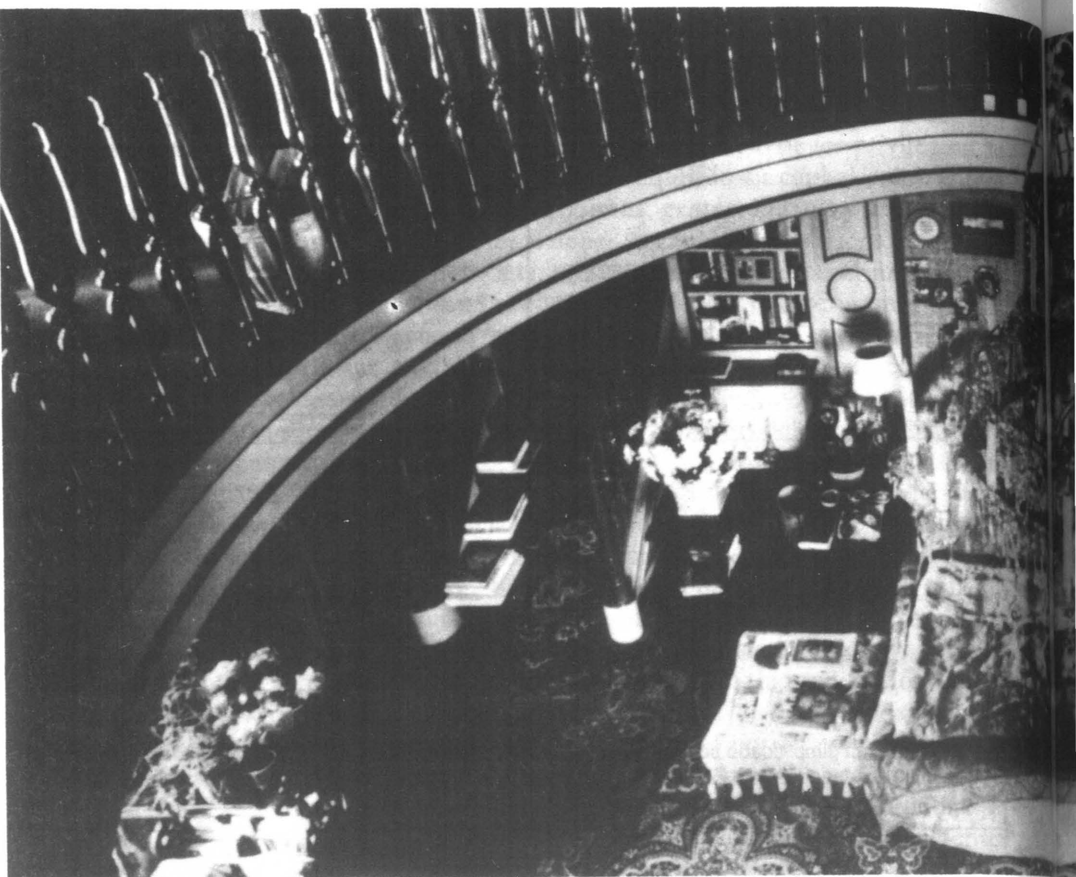


En este esquema simplificado sólo se han representado las variables cuyas contribuciones absolutas eran iguales o superiores a 1,5. Entre las variables ilustrativas sólo se ha representado la titulación.

para comprender muchas de las diferencias éticas y estéticas entre los miembros de la clase dominante –por ejemplo, las diferencias en materia de prácticas deportivas o de vestuario–, es fácil de comprender si se sabe que la proporción de "advenedizos" aumenta conforme se va de las fracciones dominantes a las fracciones dominadas (y, *a fortiori*, aquellos que deben su ascensión a una empresa de acumulación de capital escolar —resultando sin duda la dispersión de los cuadros por una parte del hecho de que tienen tantas más probabilidades de no acceder a esas posiciones más que a una edad relativamente avanzada cuanto más bajo es su origen social)[9].

El tercer factor que, por parte de los individuos, opone a la mayoría de los profesores y sobre todo de los artistas –más inclinados aún que los profesores a marcar su rechazo del gusto burgués– y a los patronos comerciales, la parte más típicamente burguesa (por su origen, su residencia y su formación) de las profesiones liberales, de los industriales y de los cuadros, tiende sobre todo a caracterizar el "gusto burgués" de estas categorías oponiéndolo al gusto de todas las demás frac-

[9] En los análisis que sucesivamente se han ido realizando, ya sea para los mismos conjuntos de indicadores (y en particular para el que se ha utilizado para la síntesis final), ya sea para los diferentes conjuntos, el primer factor se ha revelado más estable (no resultando afectada su significación por cualquier permutación en la posición relativa de las fracciones) que el segundo, pudiendo encontrarse, en tal dominio, la antigüedad de la burguesía relegada al tercer puesto.

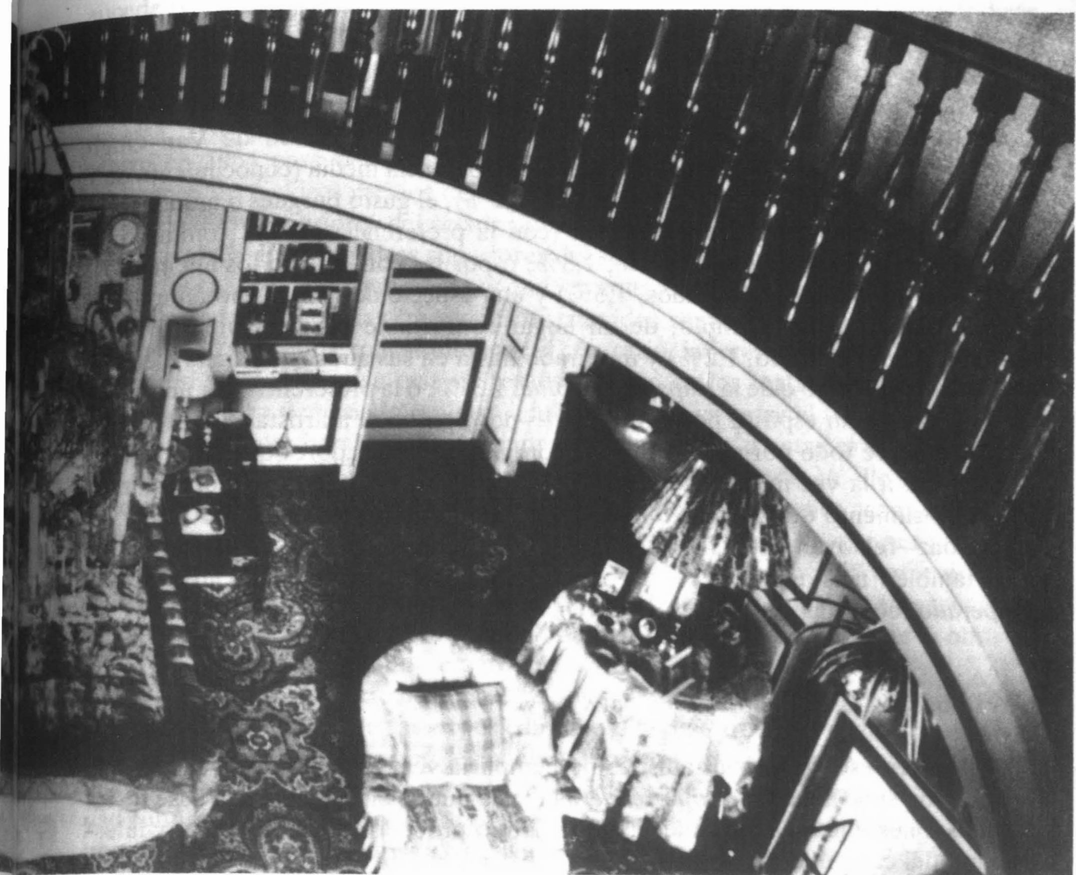


“Una habitación de estilo samovar y *cosy*”

“Isabelle d’Ornano, hermana política del ministro, ha hecho de su habitación la pieza maestra de su vivienda. Una obra maestra de estilo barroco”

"*Yo sé cómo me gusta vivir. La decoración es una manera de expresarlo*. Un principio que, sin preocuparse de la moda y de sus convenciones, ha aplicado al conjunto de su vivienda, delirante de colores, de falsos mármoles verdes y de ‘estores’ venecianos, y en particular a su habitación. Una pieza un poco fuera del tiempo y sin embargo muy actual, que también sirve de despacho a Isabelle cuando trabaja (en el *marketing* de los productos de belleza ‘Sisley’ lanzados por su marido hace tres años), que hace las veces de salón de televisión para sus cinco hijos y que, al comunicar con las piezas de recepción, en ocasiones hace el oficio de segundo salón en las noches de grandes cenas. En su origen era una gran biblioteca gris, suntuosa y aburrida, de la que ella ha hecho un lugar cálido y ‘*cosy*’, como ella misma dice.

Haciendo construir primeramente un balcón circular que rodea toda la pieza a casi media altura (...). Organizando la circulación alrededor de una pieza maestra: la cama. ¡Y no una cama cualquiera! (...) A Isabelle d’Ornano le gusta el mobiliario ‘fuerte’ y quería una ‘*cama que evoque a una góndola*’ ¡Un año y medio de dificultades para su tapicero!



Combinando, con olvido de las grandes reglas clásicas, diferentes estilos de muebles, por no decir todos los estilos. Un buró 'cilíndrico' Luis XVI taraceado, unas butacas 'calzadoras' acolchadas y unas sillas bajas Segundo Imperio, una gigantesca araña del XVIII en cristal de la Fábrica de La Granja comprada en un anticuario madrileño, uno o dos muebles ingleses de reducido tamaño de finales del XIX con estantes en los que descansan unas plantas, unos libros y una orquídea *('la única flor que dura')*, dos lámparas de vidrio compradas baratísimas en Drouot y cubiertas con unas pantallas modernas, dos mesillas de noche en escalera fabricadas recientemente por un ebanista.

Mezclando con cierta audacia colores y tejidos (...).

Salpicándolo todo no de *bibelots ('que no sirven para nada')* sino de fotos a docenas (...). Cestos de mimbre llenos de mil cosas menudas. Tambores infantiles llenos de lápices. Novelas, catálogos de exposiciones, revistas de decoración (de las que recorta las señas interesantes para pegarlas en unos álbumes), desperdigados por todas partes. Y muchos otros detalles bien particulares, como por ejemplo esos mosaicos pintados con los que ha rodeado el dintel de la chimenea (...). En resumen, adoptando un estilo de decoración original y personal. Hasta tal punto que el decorador Henri Samuel, que en tanto que consejero técnico se ha ocupado de la instalación, me ha respondido cuando le pedía que me definiera esta habitación: *¡Es del más puro estilo d'Ornano, y esto es un cumplido!*"

D. de Saint-Sauveur, *Le Figaro Magazine*, 1, 7-10-1978.

ciones y principalmente al "gusto intelectual", a la vez más seguro y más audaz, pero también, secundariamente, a un gusto negativamente definido que acumula algunos rasgos del gusto medio y del gusto popular (el de los grandes comerciantes). Gusto modal o a la moda –como lo testimonia la adhesión al juicio en favor de los pintores impresionistas (4,2%), confirmado por la elección de Van Gogh (2,1%) o Renoir (2,1%)– y fundado en una competencia media (conocimiento de 7 a 11 obras, 3,3%, y de 7 a 11 compositores, 3,2%), el gusto burgués o mundano es fundamentalmente un gusto tradicional (con la preferencia por las comidas que caen dentro de la tradición francesa, 1,3%, o por las compras en los anticuarios, 1,0%, o por los amigos educados, 1,5%) y una especie de hedonismo temperado (con la elección, por ejemplo, de un hogar confortable pero también sobrio y discreto, 1,8%, e íntimo, 1,2%) y mesurado hasta en sus audacias (con la elección de *El pájaro de fuego* o de la *Rapsodia en blue,* 1,3 %, o la preferencia por unos amigos dotados de un espíritu positivo, 1,7 % –por oposición a artistas–). Este gusto se define sobre todo por oposición a un conjunto de indicadores que caracterizan una cultura a la vez más "académica" (conocimiento de 12 compositores y más, 3%, conocimiento de 12 obras o más, 1,9%, preferencia por Vinci, 1,6%, etc.) y más audaz –relativamente– (con la elección de Kandinsky, 1,4%, y Picasso, 1,3%) pero también más ascética (con la preferencia por Goya o por *El clavecín bien temperado*, compras en los rastros, etc.).

Los modos de apropiación de la obra de arte

Pero este análisis estadístico no cumpliría verdaderamente su función de verificación si no ayudara a *comprender* la lógica que se encuentra en la base de las distribuciones que aquél establece; si, habiendo probado que el volumen y la estructura del capital, definidos a la vez en la sincronía y en la diacronía, constituyen el principio de división de las prácticas y de las preferencias, no fuera posible sacar a la luz la relación inteligible, *socio-lógica,* que une, por ejemplo, una estructura patrimonial disimétrica con dominante de capital cultural y una determinada relación con la obra de arte, y explicar, es decir, comprender totalmente, por qué la forma más ascética de la disposición estética y las prácticas más culturalmente legítimas y menos económicamente costosas, como, en materia de prácticas culturales, la frecuentación de museos o, en materia deportiva, el alpinismo o la marcha, tienen todas las probabilidades de encontrarse con una frecuencia particular en las fracciones más ricas (relativamente) en capital cultural y más pobres (relativamente) en capital económico.

Es necesario seguir, para probarla, a la intuición inmediata cuando reconoce en el gusto de los profesores por la austeridad de las obras puras, Bach o Braque, Brecht o Mondrian, la misma disposición ascética que se expresa en todas sus prácticas, y cuando presenta en estas elecciones, en apariencia inocentes, el síntoma de una relación, sólo que mejor oculta, con la sexualidad o con el dinero: o cuando adivina toda la visión del mundo y de la existencia que se expresa en el gusto por los encantos del teatro de bulevar o por los impresionistas, por las mujeres en fiesta y en flor de Renoir, las soleadas playas de Boudin o los decorados teatrales de Dufy.

Como bien puede verse a propósito del teatro o de la pintura (y lo mismo

sucede con las otras artes), lo que se pone de manifiesto por medio de los índices discontinuos o disparatados a los que hay que recurrir para efectuar mediciones, son dos tipos de relaciones antagónicas con la obra de arte, o mejor, dos modos de apropiación de ésta en los que se expresan dos estructuras patrimoniales de forma inversa. Así, por ejemplo, ¿cómo puede comprenderse que el gasto medio en teatro en 1964 pase de 4,17 francos en los profesores (suma inferior a la que reconocen los cuadros medios del sector privado, 4,61, y del público, 4,77) a 6,09 en los cuadros superiores del sector público, 7,00 en los miembros de profesiones liberales, 7,58 en los cuadros superiores del sector privado, 7,80 en los comerciantes y 9,19 en los jefes de empresas, y que, en consecuencia, volvamos a encontrar la jerarquía ordinaria de las fracciones distribuidas según el volumen de su capital económico[10]. ¿Cómo explicar que, por el contrario, la jerarquía de las fracciones se invierta si se considera su tasa de representación en los teatros menos caros? Al comprender con demasiada rapidez la afinidad electiva entre el teatro de vanguardia, relativamente barato, y las fracciones intelectuales, o entre el teatro de bulevar, mucho más caro, y las fracciones dominantes (no viendo en ello más que un efecto directo de la relación entre el coste económico y los medios económicos), se corre el riesgo de olvidar que, a través del precio que se admite pagar por acceder a la obra artística o, con mayor precisión, a través de la relación entre el coste material y el beneficio "cultural" que se espera, se expresa toda la representación que cada fracción se hace de lo que constituye en propiedad el valor de la obra de arte y de la manera legítima de apropiársela[11].

Para los intelectuales, acreditados o aprendices, prácticas como la frecuentación del teatro, de las exposiciones o del cine artístico, cuya frecuencia y pertenencia a la rutina casi profesional bastan para despojarlas de toda extracotidianeidad, obedecen, de alguna manera, a la búsqueda del máximo de "rentabilidad cultural" para el menor coste económico, lo que implica la renuncia a cualquier tipo de gasto ostentativo o a cualquier tipo de gratificación que no sean los que proporciona la apropiación simbólica de la obra ("se va al teatro a ver un espectáculo y no para ser visto", como dice uno de ellos). Ellos esperan el beneficio simbólico de su práctica de la obra en sí, de su singularidad y de las conversaciones

[10] Se observa de manera general que las prácticas culturales varían tanto más con arreglo a los ingresos, por supuesto dentro de los límites del capital cultural, cuanto más elevado es el coste directo que tienen (como el teatro o las exposiciones) o cuanto más subordinadas estén a la posesión de equipos costosos (como la audición de discos, la práctica de un instrumento musical como el piano, o la práctica intensiva del cine como afición). La frecuentación de los museos de arte (que —relativamente— están más igualmente distribuidos en el espacio que los teatros o las salas de conciertos) dependería exclusivamente del capital cultural (y esto tanto más, evidentemente, cuanto que el precio de la entrada sea mantenida a un nivel más bajo) si el turismo, a su vez estrechamente ligado al capital económico, no intensificara la práctica (lo que explica que la tasa de representación de las fracciones de la clase dominante más ricas en capital económico sea más elevada en los museos que tienen un fuerte atractivo turístico que en los museos "ordinarios").

[11] Con esta lógica se comprende que el precio deseado aporte la contribución absoluta más fuerte al primer factor revelado por el análisis de las correspondencias de un conjunto de características de una muestra de teatros parisienses y de su público (SEMA, *La situation du théâtre en France,* Anexo, tabla 231b). O también que la propensión a juzgar barato o muy barato el precio de la entrada a los museos aumente mucho, según la jerarquía ordinaria, cuando se va de las fracciones (relativamente) ricas en capital cultural a las fracciones ricas en capital económico, distinguiéndose los miembros de profesiones liberales solamente por una distribución en dos modalidades (correcto-muy barato).

que mantendrán con respecto a la misma (al salir, ante una taza de café, o en sus cursos, sus artículos o sus libros), y mediante el cual se esforzarán por apropiarse una parte de su valor distintivo. Por el contrario, las fracciones dominantes hacen de la *"soirée"* en el teatro una ocasión para el gasto y para la exhibición del gasto. Se "visten" (lo que cuesta tiempo y dinero), toman las localidades más caras de los teatros más caros según la lógica que, en otros campos, lleva a comprar "lo mejor que hay"; se van a cenar después del espectáculo[12]. Eligen su teatro como se elige una *"boutique"*[13], marcada con todos los signos de la "calidad" y apropiada para poner al abrigo de las "desagradables sorpresas" y de las "faltas de gusto": un autor conocedor de su oficio, que sepa todo sobre "los medios para lograr la comicidad, los recursos de una situación, el poder burlesco o incisivo de una palabra "justa", en pocas palabras, un orfebre o, mejor, un joyero, maestro desconocido en "el arte de hacer reír a todo trapo" y que conozca a la perfección "los resortes del arte dramático"[14]; unos actores conocidos por su aptitud para entrar en el "papel de puro oro" que les ofrezcan y para "poner al servicio"[15] de ese politécnico del arte dramático la docilidad entusiasta del perfecto técnico; una obra, por último, que contiene "todo lo que es preciso para agradar, sin un ápice de complacencia o de vulgaridad", que está bien hecha para "relajar a un público equilibrado, conduciéndolo de nuevo al equilibrio con un sano alborozo", porque nunca plantea más que aquellas preguntas que "todos los hombres se plantean" y de las que "sólo el humor y un incurable optimismo" pueden "liberar".

Sin continuar aquí el análisis de todo lo que se encuentra implicado en la oposición entre el teatro burgués y el de vanguardia, y para permanecer dentro de los límites de los datos proporcionados directamente por la encuesta, es posible evocar rápidamente las oposiciones que se observan en materia de cine, en la que el gusto por obras "ambiciosas" y que exigen una fuerte inversión cultural se contrapone al gusto por los espectáculos más espectaculares y más claramente hechos para divertir (diferencias que a menudo van unidas a unas diferencias en el precio de las entradas y en la localización de las salas cinematográficas en el espacio geográfico). Existen, sin duda, películas *omnibus* que se caracterizan por conseguir la unanimidad de las diferentes fracciones de la clase dominante (y de sus críticos): en la lista propuesta, *El proceso,* "obra fuerte y grave, intelectualmente valerosa, que no debe dejar de verse" (*Le Monde,* 25-12-1962), *Rocco y sus hermanos,* de Visconti, con Alain Delon, y sobre todo *Divorcio a la italiana,* con Mastroianni, "filme comercial honesto" para *Combat* (2-6-1962), filme cómico, "de un cinismo, de una crueldad y de una audacia que sorprenden" para *Le Monde*

[12] Se ha demostrado que el precio de las localidades no representa más que una pequeña parte del coste de la frecuentación del teatro (a lo que se añaden el precio del transporte, el tiempo consumido, el precio de la cena, y el coste del *"babysitting"*), y que el conjunto de los gastos aumenta con los ingresos (véase Thomas MOORE, "The demand for Broadway theater tickets", *The Review of Economics and Statistics,* 48 (I), febrero 1966, pp. 79-87). Esto significa que el coste global de la "salida" al teatro aumenta sin duda mucho, a la vez por el precio de la propia localidad y por los gastos accesorios, cuando se va de los intelectuales a los miembros de profesiones liberales y a los patronos industriales y comerciales.

[13] Véase P. MARTINEAU, "Social classes and spending behavior", *Journal of Marketing,* 23 de octubre de 1958, pp. 121-130.

[14] Las expresiones entrecomilladas están tomadas del artículo típico-ideal que Jean-Jacques Gautier dedica a la pieza –también típico-ideal– de Françoise Dorin *Le Tournant* (*Le Figaro,* 12 de enero de 1973).

[15] Se dice de un autor, o de su obra, que "está bien servido" por los actores.

Gráfico 14—**Películas vistas***
(por orden de preferencia decreciente)

profesores de enseñanza secundaria	miembros de profesiones liberales	patronos comerciales e industriales
Divorcio a la italiana	Divorcio a la italiana	El día más largo
El ángel exterminador	El proceso	Divorcio a la italiana
Rocco y sus hermanos	Los domingos de V. d'Avray	55 días en Pekín
Salvatore Giuliano	Rocco y sus hermanos	El proceso
Cantando bajo la lluvia	El ángel exterminador	El vicio y la virtud
El pretendiente	El gatopardo	Rocco y sus hermanos
El proceso	Los 7 mercenarios	La espada y la balanza
Los domingos de V. d'Avray	El día más largo	Cantando bajo la lluvia
La espada y la balanza	Cantando bajo la lluvia	El pretendiente
El gatopardo	El pretendiente	Los domingos de V. d'Avray
El día más largo	Balada por un granuja	El gatopardo
Los 7 mercenarios	La espada y la balanza	El ángel exterminador
Balada por un granuja	Salvatore Giuliano	El abominable h. de las a.
El abominable h. de las a.**	El vicio y la virtud	Balada por un granuja
55 días en Pekín	Venus imperial	Los 7 mercenarios
Viaje a Biarritz	55 días en Pekín	Viaje a Biarritz
El corsario de las islas	Viaje a Biarritz	Salvatore Giuliano
El vicio y la virtud	El abominable h. de las a.	El corsario de las islas
Venus imperial	El corsario de las islas	Venus imperial

*Se trata aquí sólo de las elecciones de los parisienses. Las elecciones de los encuestados de la región de Lille en las que se había propuesto una lista diferente (en función de los filmes programados) se organizan según una estructura análoga.
**El abominable hombre de las aduanas.

(22-5-1962). Sin embargo, las diferencias resultan muy marcadas entre los dos extremos del espacio, ocupando los miembros de profesiones liberales, como de costumbre, una posición intermedia. Así, los patronos industriales y comerciales eligen filmes históricos, como *El día más largo,* "colosal reconstrucción" que presenta "la batalla más espectacular" de la última guerra (*Le Monde,* 12-10-1962), superproducciones como *55 días en Pekín*, "excelente ejemplo de filmes con grandes movimientos de masas", "fastuosos espectáculos, cuidadosamente despojados de intelectualismo, que llenan las salas porque saben estimular las facultades de asombro del público" (*Le Monde,* 17-5-1963), filmes de "éxito comercial" como *El vicio y la virtud* de Vadim, un filme "sólidamente construido, realizado con una virtuosidad innegable", que pone "al alcance de todos un sadismo moderado" (*France-Soir,* 2-3-1963); y por último, filmes y actores cómicos, Fernandel, Darry Cowl, etc. En el polo opuesto, casi siempre capaces de citar el nombre de los directores y actores de los filmes que han visto, los profesores de enseñanza secundaria excluyen sistemáticamente los filmes de gran comicidad y los grandes éxitos comerciales y llevan sus preferencias hacia los filmes "clásicos" (reseñados casi todos por las historias de la cinematografía), como *El ángel exterminador* de

Buñuel, al que el crítico de *Le Monde* compara con *Huis Clos* de Sartre, *Salvatore Giuliano,* "apasionante y bellísimo filme de Francesco Rossi, que ha narrado, con el rigor de un historiador y el lirismo de un artista, un momento de la vida siciliana", "estudio de costumbres" que "evoca los problemas del sur de Italia" (*Le Monde,* 6-3-1963), y, por último, *El pretendiente,* filme cómico de Pierre Étaix del que el crítico prevé que "algún día tendrá su sitio en la gran línea que va de Mack Sennett a Tati, pasando por Max Linder, Chaplin, Keaton y algunos más" (*Le Monde,* 16-2-1963). Es significativo que, para justificar las órdenes que los lectores sagaces esperan de los periódicos "serios" ("hay que verlo", "no hay que dejar de verlo", etc.), pueda invocarse aquí ("nada parecido a un amable entretenimiento" –*Le Monde*, 25-12-1962–, a propósito de *El proceso*) lo que en otro lugar sería una condena sin apelación posible.

Al contrario que el teatro "burgués", la ópera o las exposiciones (por no hablar de los pre-estrenos o de las *soirées* de gala), que dan ocasión o pretexto para unas ceremonias sociales que permiten a un público elegido afirmar y probar su pertenencia al "mundo" con la obediencia a los ritmos del calendario mundano, al mismo tiempo integradores y distintivos, el museo de arte recibe a no importa quién (en los límites del capital cultural disponible) en no importa qué momento, sin ninguna exigencia en materia de vestuario, no ofreciendo así ninguna de las gratificaciones sociales vinculadas a las grandes manifestaciones mundanas. Además, a diferencia del teatro y, *a fortiori,* del *music-hall* y de las variedades, nunca propone otra cosa que los sublimes y altamente depurados placeres que reivindica la estética pura y, próximo en esto a la biblioteca, exige a menudo una disposición austera y cuasi académica, orientada tanto hacia la acumulación de experiencias y de conocimientos, o hacia el placer del reconocimiento y del desciframiento como hacia la simple delectación[16].

Bajo la obligada exaltación de la severa austeridad del museo y del "recogimiento" que favorece, aparece a menudo la verdad de la visita como empresa siempre un poco laboriosa, que uno se impone cumplir, y cumplirla hasta el final, con una metódica obstinación, y que encuentra su recompensa tanto en el sentimiento del deber cumplido como en el placer inmediato de la contemplación. "La impresión que me ha dejado el museo es la del silencio, la del vacío también, pero quizás a causa del propio silencio. Esto se presta, por otra parte, a la contemplación de las obras, a su comprensión. No me he sentido muy exaltado, era muy fastidioso. La visita sistemática del museo es cansada, era una disciplina que yo me había impuesto; ello crea una obligación y se tiene una indigestión. Creo que he terminado muy pronto porque deseaba poderme decir que había visto este museo. Hay demasiada monotonía, cuadros y más cuadros. De cuando en cuando las obras deberían ser relevadas por otras cosas" (Ingeniero, Amiens, 39 años, museo

[16] Los visitantes de las clases medias y los profesores —y en segundo lugar, los ingenieros— son los más indicados a asociar el museo con una biblioteca ("¿Lo que más me gusta? Una biblioteca: contiene obras valiosas y se necesita la voluntad de ir a ella" —Ingeniero, Cambrai, 44 años, museo de Lille–). Son los mismos los más inclinados a asociar la contemplación con unas prácticas de registro (tales como la toma de notas) y de atesoramiento (como la compra de reproducciones). Por otra parte, se observa que los profesores son los más inclinados a rechazar la disociación de la experiencia directa de la obra de arte del conocimiento erudito (son también los más propensos a rechazar el juicio: "me es indiferente saber quién la ha pintado y cómo lo ha hecho, lo que para mí cuenta es que el cuadro resulte agradable en su contemplación").

de Lille). Las palabras de este visitante recuerdan las del conservador del Museo Metropolitano de Nueva York que ve en su museo "un gimnasio donde el visitante se encuentra en condiciones de desarrollar los músculos de los ojos" (frase recogida por R. Lynes, en *The tastemakers,* Nueva York, Universal Library, Grosset and Dunlap, 1954, p. 262).

Se comprende que, cuando se pasa de los conciertos o de las obras de vanguardia, de los museos de alto nivel artístico y débil atractivo turístico o de las exposiciones de vanguardia, a las exposiciones de gran espectáculo, a los conciertos de las grandes sociedades o a los teatros "clásicos", y, por último, a los teatros de bulevar y a las variedades, el porcentaje de representación de las diferentes fracciones distribuidas por orden de capital cultural decreciente o de capital económico creciente –o sea, profesores, cuadros administrativos, ingenieros, miembros de profesiones liberales, patronos industriales y comerciales– tiende a modificarse de manera sistemática y continua, de suerte que la jerarquía de las fracciones distribuidas según su peso en el público tiende a invertirse[17]. Profesores e industriales o grandes comerciantes ocupan posiciones simétricas en los diagramas de correlación entre las tasas de frecuentación de dos categorías de espectáculos que presentan unas propiedades inversas, ya sea el concierto y las exposiciones artísticas por una parte, ya sean las variedades y las ferias-exposiciones por la otra, ocupando en los dos casos una posición intermedia los miembros de profesiones liberales y los cuadros superiores. Los miembros de profesiones liberales, sub-representados en lo que se refiere a la frecuentación de bibliotecas o museos, están más representados en el público de las exposiciones que en el de los museos, y tienen una frecuentación relativamente intensa de los teatros (y de los teatros "burgueses" o de "variedades" más que de los teatros clásicos o de los de vanguardia).

El *museo,* lugar de culto que presenta objetos excluidos de la apropiación privada y predispuestos, por la neutralización económica, para constituir el objeto de la "neutralización" que define en propiedad la aprehensión "pura", se opone a la *galería,* que, como los demás comercios de lujo (*"boutiques",* tiendas de antigüedades, etc.), ofrece unos objetos susceptibles de ser contemplados pero también comprados, de la misma manera que las disposiciones estéticas "puras" de los miembros de las fracciones dominadas de la clase dominante, y en particular, de los

[17] Los profesores representan el 16,3 % de la clase dominante en 1968 constituyen respectivamente el 54,4 %, el 39,5 %, el 34,1 %, el 27,7 % y el 13,5 % del conjunto de los miembros de la clase dominante que utilizan las bibliotecas (véase "La lecture publique en France", *Notes et études documentaires* 3948, 15 diciembre 1972), los teatros de vanguardia consagrados, Odeón, TEP, TNP, Montparnasse (véase SEMA, *Le pulic des théâtres,* París, 1964 —agrupando los sin profesión con los cuadros y los miembros de profesiones liberales—), los museos (véase nuestra encuesta complementaria 1965), los teatros "clásicos", Atelier, Comédie Française, y, por último, los teatros de bulevar (SEMA, *Ibid.*). El análisis secundario de la encuesta del INSEE sobre el empleo del tiempo libre (F. C., IV) muestra que los profesores (o sea, el 13,7% de los miembros de la clase dominante de la muestra) representan respectivamente 1) el 40,9%; 2) el 38%; 3) el 27,1%; 4) el 19,4%; 5) el 16,1%; y 6) el 6% de los miembros de la clase dominante que *dicen* 1) haber ido a la biblioteca por lo menos una vez al mes; 2) haber ido a los conciertos por lo menos cinco o seis veces al año; 3) haber visitado una exposición artística en los últimos seis meses; 4) haber frecuentado un museo; 5) haber ido al teatro por lo menos cinco o seis veces al año; y 6), por último, haber asistido a un espectáculo de variedades por lo menos una vez al año. La proporción de industriales y grandes comerciantes varía rigurosamente en razón inversa, representando, por ejemplo, un 18,6% de los miembros de la clase dominante que han asistido a un espectáculo de variedades.

Un gran burgués "único en su género"*

S., abogado, de 45 años de edad, es hijo de abogado y pertenece a una familia de la gran burguesía parisiense; su mujer, hija de ingeniero, ha estudiado Ciencias Políticas y no trabaja. Sus cuatro hijas están estudiando bachillerato en los "mejores" establecimientos católicos privados de París. Viven en un gran piso de más de 300 m^2 en el distrito 16; tiene una gran entrada, un salón inmenso, un comedor, un despacho, las alcobas (el despacho profesional no se encuentra en este piso).

En el salón, elementos modernos (grandes cojines, gran canapé, butacas), objetos antiguos, "una cabeza griega en piedra que es de pura época, muy bella" (un regalo de boda), un objeto al que el dueño de la casa denomina su "altar particular" ("un chisme religioso, bastante hermoso, que he logrado sacarle a los padres"; su padre colecciona obras de arte de todas clases, ha comprado, entre otras, "montones de cosas, esmaltes, cálices, cruces... a una especie de ruso que era revendedor"), "una especie de terracota de la época Tang", comprada en Formosa en un anticuario, adonde se hizo acompañar por diez especialistas; varios cuadros, un Paul Sérusier ("tiene un cierto encanto, pero dicho esto, con mucho gusto lo reemplazaría por una pintura moderna"), en el comedor una naturaleza muerta holandesa.

"Unico en su género"

Cuando compra estos objetos, "en absoluto es para hacer una inversión". Lo que cuenta para él es "en primer lugar la belleza de la cosa, del objeto, y en segundo lugar, no que sea único, sino que esté hecho de manera artesanal": "Tú puedes imitarlo pero puedes hacer una chapuza. Debido a ello, se convierte en único en su género, porque no puedes recopiar dos veces el mismo objeto, el mismo sujeto (...). Lo que constituye la belleza de un rostro, la belleza de una escultura, es la sonrisa, la mirada. Tú no puedes hacerla igual dos veces. Puedes reproducirla en yeso pero no puedes repro-

* Todas estas entrevistas fueron realizadas en 1974 con el fin de inventariar, lo más sistemáticamente posible, los rasgos más significativos de cada uno de los estilos de vida que el análisis de la encuesta, en ese momento ya muy avanzado, había permitido separar: guiados por un conocimiento previo de la fórmula generadora que se encuentra en la base de sus propiedades y de sus prácticas, se decidió orientar metódicamente al encuestado (unido frecuentemente al encuestador por relaciones familiares o de familiaridad) hacia las regiones más centrales de su arte de vivir (de ahí la heterogeneidad de los temas abordados que contrasta con la homogeneidad forzada de los datos que debe recoger la encuesta estadística), ofreciéndole toda la seguridad y el apoyo que se espera en las situaciones ordinarias de la vida, de alguien a quien uno "se confía". Por último, se hicieron toda clase de esfuerzos para hacer inmediatamente sensible, llevándola a su más alta intensidad mediante lo conciso del discurso que permite un uso alterno del estilo directo, indirecto o semi-directo, la figura concreta de esta totalidad sistemática, el estilo de vida, que el análisis estadístico rompe en las mismas operaciones con las que la pone de manifiesto.

ducirla en la misma materia, la materia cuenta más, en fin, tanto como la forma (...). Me gustaría mucho tener un buen bronce. Hay bronces que son absolutamente extraordinarios".

"Es propio de nuevo rico"

El va poco a las galerías, no frecuenta "sistemáticamente" los anticuarios ni el hotel Drouot. Compra (un objeto, un mueble...) porque le "gusta en ese momento". No es demasiado condescendiente con aquellos que "quieren invertir y no tienen tiempo para hacerlo": "No tienen tiempo para interesarse personalmente. Lo que esencialmente les interesa no es lo que les gusta sino lo que tiene un valor". También constituyen unos grupos en los que "cotizan X francos por año; delegan en otras personas para hacer sus compras. De un lado la inversión económica y del otro la incompetencia total; les podrían colgar en sus paredes una boñiga cualquiera, les daría lo mismo siempre que se diga que la boñiga vale dinero. Es propio de nuevo rico, es querer demostrar que se tiene algo... o que se es capaz también de tener algo. Es como utilizar los servicios de un decorador, delegar en alguien".

"Lo has buscado durante mucho tiempo y finalmente lo has encontrado"

"El objeto tiene un valor interior y afectivo, en la medida en que lo has deseado durante mucho tiempo, lo has buscado durante mucho tiempo. Es exactamente lo que tú querías y finalmente, por una pura casualidad, lo has encontrado, no existe problema de precio, es como lo que me ocurrió con el órgano ('un trasto divertido, es electrónico'), me encapriché con tenerlo y lo tengo (...). Pero vuelvo a repetírtelo, normalmente uno se limita a sí mismo a las posibilidades que tiene; yo no compraré nunca la catedral de Chartres" (le hubiera gustado mucho "tener" una iglesia y transformarla (...), "lo que me gusta muchísimo de ellas es la piedra, la forma de las piedras, las bóvedas, la piedra es bella". Nacido en una familia católica, pero no siendo actualmente practicante, con frecuencia emplea referencias religiosas –semi-irónicas).

"Para mi disfrute personal"

Para su casa de campo en Borgoña, muy grande ("lo mismo tiene unos 1.000 m^2 para amueblar"), una "querida", ha comprado unos muebles en un "marchante de pieles de conejo": "Me he topado con un tipo, un chamarilero, que tenía unos muebles completamente rústicos, en madera maciza; también conseguí allí otras cosas, unos animales disecados", especialmente unos jabalíes disecados, "comprados contra la opinión horrorizada de todo el mundo, menos la mía, claro (...) porque son divertidísimos. El placer, eso sí que es lo divertido".

"Me irritan las personas que compran cosas simplemente para enseñarlas, para decir que las tienen o para ponerlas en tal sitio. El valor importa poco, lo que vale es el placer que se encuentra en ellas (...). Si compré unos jabalíes, fue para mi disfrute personal o simplemente porque los encontré la mar de divertidos, porque los encontré graciosos o porque hacían rabiar a los demás". En esta casa, que es "demasiado húmeda para poner un piano", va a "haber un piano de cola" (...). "En el casino, tienen unos pianos de cola que van a liquidar (...); quizás les falta una nota o dos".

"Herencias... me haces reír"

Los objetos recibidos en herencia con los que ha amueblado esta casa cuentan poco para él. A su mujer, que le recuerda la existencia de los mismos, le responde: "Herencias, tú me haces reír, sólo han sido tres muebles"; pero ella precisa: "Cuando me casé, tía X la palmó. Yo heredé cierto número de objetos y cubiertos de plata, bien, primera herencia. Luego fue Madame C., segunda herencia, en seguida Mademoiselle L., tercera herencia. De modo que tengo una colección de vajillas, de chismes viejos y de muebles. Nosotros no hemos tenido nunca problemas de muebles porque los hemos heredado en cantidades importantes. Cuarta herencia, mis suegros se han ido a vivir a un piso más pequeño. Hemos heredado unas butacas..."

Si esos muebles no le agradan, él los "salda": "No quiero demasiados estorbos". Hay que tener una vivienda suficientemente grande, habitaciones que permitan tener un cierto silencio interior, con pocos muebles y cacharros, y, por el contrario, hay que tener otras habitaciones con todos los objetos personales que nunca sean objetos que representen recuerdos –éstos, a la basura–, sino objetos de los que guste estar rodeado". Tiene "horror a los recuerdos turísticos" y nunca los trae de sus viajes ("salvo eso de lo que te he hablado hace un momento, esa terracota de China (...). En mis viajes he comprado pequeñas baratijas que las he repartido por aquí, por allí, pero no me he cargado con ellas; (...) no se ve que haya ido a ninguna parte. El recuerdo local, comprado localmente, no tiene el menor interés"). Por lo demás, en los viajes es mucho mejor tener el espíritu libre, "ir con las manos en los bolsillos, y mirar alrededor de uno, pero sin tener un ojo pegado a la cámara fotográfica" (En Extremo Oriente, "hemos tomado fotos", recuerda su mujer, pero, añade él, "las hemos visto, las hemos enseñado un par de veces" y ahora están "en el fondo de un armario").

"Muchas horas en los museos, por placer, en Holanda, en Italia"

Tiene un estudio de pintura en el que pasa mucho tiempo ("le gusta coger los pinceles", indica su mujer) pero él juzga que este hecho no tiene "ningún interés" y prefiere no hablar de ello. Por el contrario, confiesa de buena gana que ha pasado "muchas horas en los museos, por placer, en Holanda,

en Italia". Le ha "impresionado mucho la pintura italiana, he sido educado por ella (...), Leonardo de Vinci, las pinturas venecianas, de Siena, todas las pinturas que se ven en el museo Borghese de Roma, Botticelli". Es también "muy sensible a las pinturas holandesas por su carácter, Frans Hals, Rembrandt: es una pintura totalmente diferente porque es mucho más pastosa, mucho más espesa (...); también hay un cierto número de dibujos de Matisse o de Cocteau". No es necesario que la pintura sea "figurativa" para que la aprecie. En cambio, es "completamente cerrado a la pintura 'camelística' ", por ejemplo, una tela blanca "desgarrada en diferentes sentidos". Como su mujer precisa que ella "no llama a eso pintura", él matiza: "En fin, no es pintura, es una especie de arte, de expresión".

"Amar una cosa quiere decir tenerla consigo"

Para él, "una pintura es algo que permite soñar durante mucho tiempo y que siempre se mira con el mismo placer. Placer diferente, quizá, según la variación de lo que se es o de los estados de ánimo". "El criterio es saber si me gustaría tenerlo en casa (...). Amar una cosa quiere decir tenerla consigo". Y añade: "Las cosas agradables, ésas son las cosas necesarias. Yo no vivo para atesorar (...). Vivo para vivir. Y en la medida de lo posible, trato de vivir cada instante, pero esto no resulta siempre cómodo".

"Tan necesaria como una cocina de gas"

El no podría vivir sin el equipo de alta fidelidad, comprado hace más de diez años, unos ocho mil francos ("no es de una marca, es el resultado de diferentes combinaciones, yo me he informado y después esto es todo, es como para el órgano, me he informado y después esto es todo"). "Es algo que resulta tan necesario como una cocina de gas (...); cualquier persona, aunque no gane nada en absoluto, tiene necesidad de música, es una necesidad como la del alimento." Entre sus discos, "Vivaldi, Bach, muchas cantatas de Bach, misas, Requiems, Monteverdi". Es "un poco cerrado para la música moderna (...) no porque quiera ser cerrado sino porque es una cuestión de educación del oído": "Mahler, Jolivet, Messiaen, son cosas accesibles a mi inteligencia" pero "en cierto número de músicas de orden puramente serial, electrónico, hay cosas que son muy bellas, pero hay otras que me parecen también 'camelos', como en pintura".

"Cuando existe una obra importante, tú lo sabes"

Va poco a los conciertos y no es de los que "van a ver las cosas porque hay que verlas", no lee las críticas de espectáculos de *Le Monde* (su diario), y preferiblemente se informará con la crítica o el juicio de un amigo: "Cuando existe algo que es una obra importante, ya sea en el teatro, en el cine o donde sea, tú lo sabes. Lo sabes porque estás siempre en contacto con

montones de gente, por eso es por lo que yo no leo las críticas. Si fuera preciso leerlas, habría que leerlas en su totalidad". Recientemente ha ido a ver *One man show*, "un italiano, un maoísta que estaba completamente solo en escena": "Me he salido a mitad de la cosa porque verdaderamente actuaba como un cochino". Cuando va al teatro, no necesariamente va a cenar después: "No se pueden hacer treinta y seis cosas a la vez... hay que disfrutar plenamente de las cosas".

"Tengo un alto concepto de mí mismo"

Rechaza toda "afectación" en materia de vestuario: "Si la gente quiere verme, no es por el calzado que llevo en mis pies, ni por mi pañuelo, ni por el clavel de mi solapa, ni por la corbata que llevo. Si tienen deseos de verme o de invitarme, me invitan como soy. Dicho de otra manera, tengo un alto concepto de mí mismo", precisa, atrapando una vez más la atención para marcar las distancias tanto con respecto al gusto burgués como con respecto a las preguntas que le plantea el sociólogo (que forma parte de su familia política). El añade: "Encuentro que quinientos francos es suficiente para un traje, para nada sirve gastarse mil francos en un traje cuando a mí eso me trae sin cuidado".

"La cocina es una disposición espiritual"

Muy ocupado, dispone de poco tiempo al mediodía, está "un poco en espera de la píldora que permitiría evitar engullir durante la jornada de trabajo (...). La cocina es una disposición espiritual"; para poder apreciarla, es necesario estar "relajado": "Las huevas de esturión, cierta cocina rusa, es totalmente suculenta. Para la cocina, no existe solamente la cocina, existe el marco. Tanto que para comer anguila ahumada, es más agradable comerla en Amsterdam, en el mercado de pescado, que en un restaurante exquisito (...). Una cocina cocinada, lo que se dice una cocina cocinada, es decir, que hagan falta dos días para hacer una salsa al madeira, hacer cocer a fuego lento alguna cosa durante mucho tiempo, esto es lo que es la cocina, esto es lo que es algo artístico. Pero cuando hoy en día se habla de cocina, eso no es una cocina, se mezclan unas cosas y se les hace cocer por espacio de cinco minutos, son las cosas preparadas que se descongelan, en fin, eso no es cocina. No existe preparación, ya no es un arte."

"Una cierta liturgia"

Le gusta "buscar los restaurantes" en la *Guía Michelin* o en el *Gault et Millau* y se acuerda de "unos vinos corrientes, hace tres años, de un perfume, un Oporto, un Saint-Estèphe particular de un cierto año": "Tengo recuerdos muy precisos de botellas 1923-1929... de los burdeos (...). Tengo aquí todavía una decena de botellas de vino de 1923. Y luego tengo cuatro

botellas de alcohol de 1870". Una buena botella, "eso no se bebe con cualquiera (...); eso necesita *una cierta liturgia,* liturgia por una parte para hacer templar la botella, liturgia para beberla. Es una comunión" (que no puede celebrarse más que) "con ciertas personas que son capaces de disfrutar de la misma manera (...). Yo prefiero mejor tomarla solo que tomarla con gente que no sabe disfrutarla". "Una cena con champán, eso tiene algo de folklórico (...), un vino es distinto, diferente, comparar el champán con el vino es un poco como comparar una especie de flautín con una orquesta".

"Yo prefiero el placer"

Entre los libros de su biblioteca, que "vienen de una abuela" o que han sido comprados "en una especie de *boutique* de la calle de Provence", hay libros "género del XVII" encuadernados, "por la belleza de la obra más que por el interés del texto... los *Sermones* de Bossuet, los *Pensamientos* de Pascal... un libro del XVII que es un libro que podría llamarse 'porno' para la época, bastante divertido". En París no le quedan más que los libros "de orden un poco filosófico y religioso, un poco de poesía también"; los libros de "género novela" (alrededor de dos mil) están en la casa de campo. Hay también unos libros sobre la historia de Alemania, sobre la guerra de Argelia...; si se deja de lado "los libros viejos encuadernados, como algo exquisito", "el libro para mí es más que nada el instrumento de lectura y no el libro por el libro". No forma parte de ningún club ("hay gentes que adoran tener uniformes o formar parte de tal o cual equipo, tal o cual cosa, tal o cual club, yo sigo siendo individual e individualista a cualquier precio"). Ya no caza "porque hay que ir lejos, porque es bastante fatigoso, porque, por otra parte, es bastante caro también", juega un poco al tenis, durante las vacaciones, practica el esquí "por puro placer". "No voy a subir con los esquíes al hombro mientras que haya un telesilla o un arrastre al lado. Prefiero el descenso a la subida, prefiero el placer."

profesores, sobre-representados en los museos, se oponen a las de los *happy few* de las fracciones dominantes que disponen de los medios necesarios para apropiarse materialmente las obras de arte. En efecto, es toda la relación con la obra de arte la que se encuentra cambiada cuando el cuadro, la estatua, el vaso chino o el mueble antiguo pertenecen al universo de los objetos que pueden comprarse, inscribiéndose así en la serie de bienes de lujo que se poseen y de los que se disfruta sin tener necesidad de testimoniar de otra manera la delectación que proporcionan y el gusto que atestiguan y que, incluso cuando no se poseen personalmente, forman parte, de alguna manera, de los atributos estatutarios del grupo al que se pertenece, decorando los despachos que se ocupan o los salones de los familiares y conocidos que se frecuentan.

Basta con abrir una revista como *Connaissance des arts* para descubrir la *serie* en la que las fracciones dominantes inscriben la obra de arte, el universo de los *objetos de lujo,* distinguidos y distintivos, seleccionados y selectivos; joyas, pieles, perfumes, tapices, tapicerías, mobiliario antiguo, péndulos, lámparas, bronces, porcelanas, cerámicas, servicios de plata, ediciones de lujo, vehículos de lujo (Volvo, SM, Mercedes, Rolls, etc.), cigarrillos de lujo (Craven, Benson and Hedges, Kent, Rothmans), alta costura (Dior Boutique y Old England), castillos, casas solariegas, grandes propiedades, "propiedades con carácter", "parques con estanque", champán, burdeos, borgoña, coñac, cruceros, cámaras fotográficas. La compañía de los peritos tasadores de París inserta el anuncio, lujosamente ilustrado, de sus ventas en el Hôtel Drouot o en el Palais Galliera, al lado de dos anuncios de los anticuarios del Quai Voltaire y del Faubourg Saint-Honoré que ofrecen "muebles y objetos de arte", "cerámicas y porcelanas antiguas", "cuadros, estatuaria, muebles y objetos de arte". Una publicidad de la Galería Arditti, que presenta a unos hiperrealistas americanos, se encuentra al lado de un anuncio de "Curiosités", que ofrece "mobiliario francés e inglés del siglo XIX", mientras que un anuncio de la Galería Martin-Caille (Faubourg Saint-Honoré), que presenta a Max Agostini (post-impresionista nacido, según se dice, en 1914), se encuentra frente a otro de los encendedores Dupont[18].

La conjunción de la apropiación material y de la apropiación simbólica confiere a la posesión de los bienes de lujo una singularidad del segundo orden, al mismo tiempo que una legitimidad que hacen de ella el símbolo por excelencia de la excelencia: "*Princes de Cognac*: para hablar de él se necesita las *viejísimas palabras* de la lengua de la región de Cognac. *Carnoso*: Calidad de cuerpo de un Cognac. *Princes de Cognac* tiene algo de *carnoso,* pero de un carnoso sin *grasa,* un carnoso esbelto que no es más que músculo. *Lo que un Botticelli es a un Rubens. Flor:* Olor de la flor de vid de la pura campiña, el *aristócrata* del Cognac. *Princes de Cognac. Vieja* y pura campiña, tiene *flor,* una flor *elegante, depurada,* que tiene *brío, raza. Toneles rojos:* toneles *viejísimos,* muy *civilizados,* que están completamente curados, que han expulsado su exceso de tanino. *Princes de Cognac* ha *envejecido* en toneles rojos. De ahí su sabor seco, puro, amaderado, con *medida. Paraíso:* Así es como se denomina la bodega donde se guardan las más viejas reservas de Cognac. *Princes de Cognac* se ha criado en el paraíso de la Maison Otard, en el castillo de Cognac. *Princes de Cognac* se produce en *cantidades*

[18] Pensando que la *densidad* de la información pertinente no es menos importante que su calidad, se ha optado por tomar el conjunto de los documentos aquí utilizados de un solo número (el de noviembre de 1973) del que el atento examen de dos años (1972-1973) de la revista permite garantizar su representatividad.

limitadas –sólo algunos millares de botellas anuales–; sólo se encuentra en tiendas y restaurantes *seleccionados*" (p. 16).

El mismo efecto de esoterismo arcaizante a propósito del Borgoña: "En Bourgogne es la época del *épondage* (de la poda de otoño). El eco de las recientes vendimias apenas se ha extinguido cuando ya se ocupan nuevamente de la viña. Con un golpe de podadera neto y preciso, los viñadores cortan los sarmientos inútiles y preparan la cepa para recibir la futura poda de primavera; es la primera poda, operación *delicada,* que requiere mucha *delicadeza y habilidad* y que Moillard supervisa *para ustedes. Seleccionados* para *su placer* entre los *climas* más reputados, los Bourgognes Moillard sólo se confían a los distribuidores *cualificados*" (p. 200).

Mediante el dominio de un *lenguaje de acompañamiento,* de preferencia técnico, arcaico y esotérico, que separa la *degustación experta* del simple consumo inseguro y pasivo, encerrado en la muda instantaneidad del placer, el "entendido" se afirma como digno de apropiarse simbólicamente los bienes singulares que los medios materiales le permiten adquirir: "Para algunos entendidos no existe más que *una sola* cerveza en Francia. Esto es poco cierto. Pero cuanto más entendido es un entendido, más difícil resulta. *Exclusivo.* Y si algunos no conceden sus favores más que a la 1664, ello se debe simplemente a que una 1664 proporciona un *placer único.* Un *placer tan especial* (...). Y luego, es un placer que tiene *trescientos años* (...). A veces es bueno volver a encontrar el gusto de lo *auténtico*" (p. 187). "Pocas personas se *permiten explicar* lo que es un gran Cognac. El Barón del Château du Cognac tiene el derecho a hacerlo (...). Había encontrado también, bajo las bóvedas del castillo, el *lugar privilegiado* para hacer madurar su Cognac. Y se *comprende* cuán importante puede ser esto *cuando se sabe* que un gran Cognac *debe envejecer* durante largos años para llegar a ser un V.S.O.P. Desde 1795, *nada ha cambiado* en el Château du Cognac. Ni las bóvedas, ni el *envejecimiento,* ni los *cuidados* proporcionados a este gran Cognac" (p. 155).

En última instancia, el gasto ostentoso y gratuito que supone la compra de un objeto "fuera de precio" constituye la manera más indiscutible de afirmar el precio que se sabe otorgar a las cosas que no tienen precio, testimonio absoluto de la irreductibilidad del amor al dinero que sólo el dinero puede proporcionar: "–¿Qué es el *verdadero lujo*? –Es el *Refinamiento*; una necesidad para aquellos que pueden ofrecérsela y una llave para aquellos que al verlo se acostumbran a él, se aficionan y pueden encontrarla en el objeto más simple, un chal, una falda, un calzado y un vestido, si son bellos. –¿Pero son caros? –La Alta Costura es *el rigor absoluto, y lo absoluto no tiene precio*" (Marc Bohan, Director artístico de la sociedad Cristian Dior, entrevista). "Hay que ser Perrier-Jouët y poseer el más hermoso viñedo de las colinas de Cramant para *ofrecerse* y ofrecernos *esta locura*: un Champán hecho casi exclusivamente con *la uva más cara del mundo.* Pero los 78 centilitros que contiene esta botella del XVIII *no tienen precio* para *quien adora el Champán por el Champán.* Sobre todo cuando se trata de un Champán de una cosecha muy vieja" (p. 14). "Para acentuar su *personalidad,* nosotros creamos relojes *lujosos, finos,* pequeños (...) que sólo realizamos en *series limitadas.* Cada uno de nuestros relojes *realza la personalidad* de quienes *saben elegirlo* (...). Ustedes poseerán un reloj *exclusivo* y precioso" (p. 81).

Creemos estar leyendo a Marx cuando escribe: "El hombre se define, de inmediato, como propietario privado, es decir, como poseedor exclusivo que afirma su personalidad, se distingue del otro y se relaciona con el otro por medio de esta posesión exclusiva: la propiedad privada es su modo de existencia personal,

distintivo, y en consecuencia, su vida esencial"[19]. La apropiación de los objetos simbólicos con soporte material, como la pintura, eleva a la segunda potencia la eficacia distintiva de la propiedad, reduciendo el estatus inferior de *sustitutivo simbólico,* el modo de apropiación puramente simbólico: apropiarse una obra de arte es afirmarse como el poseedor exclusivo del objeto y del gusto verdadero por ese objeto, convertido así en negación reificada de todos aquellos que son indignos de poseerlo, por falta de los medios materiales o simbólicos necesarios para apropiárselo o, simplemente, de un deseo suficientemente fuerte de poseerlo como para "sacrificarle todo".

El consumo de la obra de arte, ilustración casi demasiado evidente de estos análisis, no es más que una entre otras de estas prácticas distintivas. Piénsese en el nuevo culto de la naturaleza que la moda de la segunda vivienda y el rechazo del turismo pequeño-burgués ponen de nuevo al gusto del día, y que mantiene una profunda afinidad con el estilo de vida "vieja Francia" de la fracción más "antigua" de las fracciones dominantes. Animales, flores, caza, gastronomía, medio ambiente, equitación, jardines, pesca, enología, largos paseos, las permanentes rúbricas de *Connaissance de la campagne,* que es a la degustación distinguida de la naturaleza lo que *Connaissance des arts* es a la degustación distinguida de la cultura, presentan un exhaustivo programa de los objetos y modos de apropiación legítima. Apropiarse la "naturaleza", pájaros, flores, paisajes, supone una cultura, privilegio de las gentes con raíces antiguas. Poseer un castillo, una casa solariega, incluso una buena casa de campo, no es sólo una cuestión de dinero; es preciso también apropiárselos, apropiarse la bodega y el embotellado, descrito como "un acto de profunda comunión con el vino" que los "fieles del vino" deben haber realizado "por lo menos una vez", apropiarse de los recuerdos de la caza, de los secretos de la pesca y de las recetas de jardinería, competencias a la vez *antiguas* y que *sólo se adquieren con el tiempo,* como la cocina o el conocimiento de los vinos, en una palabra, apropiarse el arte de vivir del aristócrata o del campesino, su indiferencia hacia el tiempo que pasa y su enraizamiento en las cosas que duran. "Nada es más sencillo que hacer pepinillos en vinagre, afirma mi madre: a condición de que cuando se les rocoja sea luna nueva, de que se les haga desaguar en sal gorda durante veinticuatro horas en un cacharro de gres, después de haberlos frotado con un paño de lino, el único que tiene la rugosidad necesaria. A condición de ponerles estragón desecado pero no seco y de forzar los pepinillos para apiñarlos al vacío, etc." (*Connaissance de la campagne,* septiembre, 1973). Sacar un tarro de "pepinillos de la casa", de "pepinillos de la abuela", junto con tal discurso de acompañamiento, es exhibir, como ocurre con el "cuadrito de un maestro francés del XVIII" que se ha sabido descubrir en un anticuario o el "delicioso mueble" que se ha encontrado en un chamarilero, el tiempo que se ha consumido en ello y una competencia que sólo puede adquirirse mediante una larga frecuentación de las viejas personas y de las viejas cosas cultivadas, es decir, mediante la pertenencia a un grupo antiguo, único garante de la posesión de todas las propiedades que están dotadas del más alto valor distintivo porque no se acumulan más que a lo largo del tiempo.

Lo que está en juego es, por supuesto, la "personalidad", es decir, la

[19] K. Marx, "Manuscrits parisiens, 1844", en *Oeuvres,* T. II, Économie, París, NRF, 1965, página 24.

calidad de la persona, que se afirma en la capacidad para apropiarse un objeto de calidad[20]. Los objetos dotados del más alto poder distintivo son los que mejor testimonian la *calidad de la apropiación,* y por consiguiente, la calidad del propietario, porque su apropiación exige tiempo o capacidades que, al suponer una gran inversión de tiempo –como la cultura pictórica o musical–, no pueden adquirirse con prisas o por medio de otros, y que aparecen, pues, como los más seguros testimonios de la calidad intrínseca de la persona. Con ello se explica el lugar que la búsqueda de la distinción concede a todas las prácticas que, como el consumo artístico, exigen un *gasto puro, para nada,* y de la cosa sin duda más preciosa y más escasa –sobre todo en quienes, aunque tienen el mayor valor en el mercado, tienen menos de aquélla para despilfarrarla–, es decir, de *tiempo,* tiempo dedicado al consumo o tiempo dedicado a la adquisición de la cultura que supone el consumo adecuado[21].

De todas las técnicas de conversión que tienen como fin formar y acumular capital simbólico, la adquisición de obras de arte, testimonio objetivo del "gusto personal", es la que mejor se aproxima a la forma más irreprochable y más inimitable de acumulación, es decir, a la *incorporación* de los signos distintivos y de los símbolos de poder bajo la forma de "distinción" natural, de "autoridad" personal o de "cultura". La apropiación exclusiva de obras sin precio tiene cierta analogía con la destrucción ostentosa de las riquezas: la irreprochable exhibición de riqueza que permite constituye, inseparablemente, un desafio lanzado a todos aquellos que son incapaces de disociar su ser de su tener, de acceder al desinterés, afirmación suprema de la excelencia de la persona. Y, como lo testimonia, por ejemplo, el privilegio otorgado a la cultura literaria y artística sobre la cultura científica o técnica, los poseedores exclusivos de lo que se denomina "una gran cultura" no hacen otra cosa cuando arrojan en el *potlatch* de los encuentros sociales el tiempo que han consumido –sin la menor preocupación por el beneficio inmediato– en unos ejercicios tanto más prestigiosos cuanto más inútiles son.

Las fracciones dominantes no tienen el monopolio de los usos de la obra de arte orientados objetivamente –y a veces subjetivamente– por la búsqueda de la apropiación exclusiva, que testimonia la "personalidad" singular del propietario. Pero cuando faltan las condiciones para la apropiación material, a la búsqueda de

---

[20] Se ve que la inclinación al *personalismo* y a todas las formas de exaltación de la unicidad de la persona está inscrita en lo más profundo de las disposiciones. Lo que varía, según las fracciones, esto es, según las especies de capital que constituyen el principal fundamento de la pertenencia a la clase, son las *propiedades* constitutivas (de hecho y de derecho) de la persona —valor intelectual, valor moral y espiritual, etc.— que son especialmente exaltadas.

[21] Es preciso, en efecto, tener presente, por una parte, el hecho de que el tiempo, a pesar de la posibilidad de apropiarse por procuración el tiempo de los otros, o de economizar tiempo mediante todas las estrategias de racionalización y, sobre todo, utilizando la libertad de ir a contra-tiempo y contra-lugar que permite escapar de los efectos de las aglomeraciones o embotellamientos, es, sin duda, uno de los límites antropológicos más difíciles de eludir, y, por otra parte, el hecho de que el valor en el mercado del tiempo —más o menos directamente experimentado según el modo de remuneración, honorarios por acto, como en el caso de los médicos, salario mensual o beneficios— aumenta a medida que más alto se está en la jerarquía social, para comprender el valor de los *potlatch de tiempo,* de los que forman parte todas las conductas que consisten en "conceder" o en "dar" del tiempo propio a los otros —dimensión importante de lo que se ofrece en las recepciones—, y, por supuesto, las distracciones cuyo valor simbólico se debe siempre, en parte, a la capacidad para dominar el tiempo y el dinero que se encuentra afirmada en el hecho de "tomarse tiempo", es decir, de gastar para nada un tiempo tan valioso.

la exclusividad no le queda otra cosa que la singularidad del modo de apropiación: amar de modo distinto las mismas cosas, amar de igual modo cosas distintas, más débilmente designadas para la admiración; tantas y tantas estrategias de renovación, de adelantamiento y de desplazamiento que, principio de la transformación permanente de los gustos, permiten a las fracciones dominadas, económicamente menos dotadas y por tanto consagradas casi exclusivamente a la apropiación simbólica, asegurarse en cada momento unas posesiones exclusivas. Los intelectuales y los artistas tienen una particular predilección por las más arriesgadas, pero también las más rentables, entre las estrategias de distinción: las que consisten en afirmar el poder, que en propiedad les pertenece, de constituir como obras de arte unos objetos insignificantes o, lo que es peor, tratados ya como obra de arte pero según otro modo, por otras clases o fracciones de clase (como el *kitsch*): en este caso, es la manera de consumir la que crea como tal el objeto del consumo, y la delectación de segundo grado transforma los bienes "vulgares" abandonados al consumo común –*westerns, comics,* fotos familiares, *graffitis*– en obras culturales distinguidas y distintivas.

LAS VARIANTES DEL GUSTO DOMINANTE

La ascética coloración de las prácticas culturales de los profesores y de los intelectuales aparece con toda evidencia cuando se las sitúa de nuevo en el sistema del que forman parte, y se está obligado así a plantear la cuestión del sentido mismo de la cultura y de la apropiación simbólica, sustitutivos sublimes y sublimados de todas las apropiaciones materiales y de todos los alimentos terrestres que la división del trabajo de dominación deja a los parientes pobres. El antagonismo entre los estilos de vida correspondientes a los polos opuestos del campo de la clase dominante es, en efecto, tajante, total, y la oposición entre los profesores y los patronos (y muy especialmente, sin duda, entre los pequeños y medios de las dos categorías) evoca la que separa dos "culturas" en el seno de la etnología. Por un lado, la lectura y la lectura de poesía, de ensayos filosóficos y de obras políticas, de *Le Monde* y de las revistas mensuales literarias o artísticas (más bien de izquierdas); por el otro, la caza y las apuestas en las carreras de caballos y, en cuanto a la lectura, la lectura de narraciones históricas, de *France-Soir* o de *L'Aurore,* de *L'Auto-journal* y de *Lectures pour tous.* En los primeros, el teatro, más bien clásico, o de vanguardia (con, por ejemplo, *Le Tartuffe* o *La Remise* puesta en escena por Planchon, *Bodas de sangre* de Lorca o *Un mes en el campo* de Turgueniev), el museo, la música clásica, *France-Musique,* los "rastros", el *camping,* la montaña y la marcha a pie; en los segundos, los viajes y las comidas profesionales, el teatro de bulevar (Robert Lamoureux, Marcel Achard, Françoise Dorin) y el *music-hall,* los espectáculos de variedades de la televisión, las ferias-exposiciones, salas de subastas y las *boutiques,* el automóvil de lujo y el barco, el hotel (cinco estrellas) y los balnearios[22]. Y el propio estilo de las diferentes prácticas culturales, la filosofía

[22] Nos apoyamos aquí en los resultados del análisis de correspondencias de la encuesta de la SOFRES (F. C., V) estudiados más arriba y que aquí no se reproducirán en detalle. Como para nuestra encuesta, el primer eje factorial opone las fracciones que tienen (relativamente) más tiempo libre y más capital cultural, pero que están más desprovistas (relativamente) de capital económico (profesores y, en menor medida, cuadros del sector público), con las fracciones más ricas económicamente y más insertas

social y la visión del mundo que ellas suponen, se ve mucho mejor si se tiene presente el universo de las prácticas de las que son solidarias; si se sabe, por ejemplo, que el teatro de vanguardia o la lectura de los poetas o de los filósofos se opone al teatro burgués o al *music-hall,* o la lectura de narraciones históricas, de novelas de aventuras o de semanarios ilustrados, del mismo modo que la marcha a pie, el *camping,* las vacaciones en el campo o en la montaña de los profesores se oponen ya sea al conjunto de las prácticas y de los bienes de lujo que caracteriza a la antigua burguesía –Mercedes o Volvo, yates, vacaciones en hotel, estancias en balnearios–, ya sea a la constelación de consumos culturales y materiales más costosos y más prestigiosos –libros de arte, cámaras cinematográficas, magnetófonos, barcos, esquí, golf, equitación o esquí náutico– propios de los miembros de profesiones liberales.

No existe mejor prueba de la pertenencia de las elecciones estéticas al conjunto de las elecciones éticas constitutivas del estilo de vida que la oposición que se establece, en el propio terreno de la estética, entre dos categorías tan próximas con respecto al capital cultural como los miembros de profesiones liberales y los profesores[23], y que, fundada en la oposición entre unas disposiciones éticas correlativas a unas trayectorias diferentes, encuentra en unas condiciones económicas también muy diferentes unos refuerzos y unas condiciones adecuadas para su realización. Basta, en efecto, con tener en la mente, además de las diferencias con respecto a la estructura del capital, las diferencias que obedecen a la trayectoria, y, en particular, el hecho de que la proporción de los individuos que deben su ascensión a la clase dominante a una empresa de acumulación de capital escolar aumenta cuando se va de las fracciones dominantes a las fracciones dominadas, para comprender que los profesores, y, en segundo lugar, los ingenieros y los cuadros, sean los más inclinados a orientar hacia la acumulación de capital cultural las disposiciones ascéticas desarrolladas por y para la acumulación anterior, y esto con una buena voluntad tanto más exclusiva cuanto que su débil capital económico no les permite pagar muchos de los beneficios y placeres concurrentes, mientras que los miembros de profesiones liberales poseen los medios suficientes para realizar las disposiciones al laxismo de lujo que están vinculadas a un origen burgués, y que encuentran un estímulo en las propias exigencias de sus profesiones, que suponen una fuerte acumulación de capital simbólico. El *ascético aristocraticismo* de los profesores (y de los cuadros del sector público) que, como ya se ha visto, se orientan simultáneamente hacia las distracciones menos costosas y más austeras, y hacia unas prácticas culturales serias e incluso un poco severas, frecuentando, por ejemplo, los museos, sobre todo de provincia (con preferencia a las grandes exposiciones, las galerías y los museos extranjeros, como lo hacen los miembros de

---

en la vida económica, por la propiedad, por la participación financiera y también por los intereses y por una competencia específica, adquirida en su trabajo, en el propio ejercicio de la profesión, más que en la escuela o en la lectura de la prensa económica y financiera, pero más desprovista (relativamente) de capital cultural y de tiempo libre: los patronos industriales y comerciales. Los cuadros de sector privado y los miembros de profesiones liberales ocupan, bajo este doble aspecto, una posición intermedia.

[23] Originarios de las clases populares o medias en una proporción relativamente importante, los cuadros administrativos (en la definición amplia que de ellos da el INSEE) están muy próximos, por el ascetismo de sus gustos, a los profesores de enseñanza secundaria, aunque, con menos titulaciones, se orienten más bien hacia unas prácticas culturales menos prestigiosas, como la visita de monumentos y castillos.

Indice por actividades. **El gusto del lujo**

ANIMALES
Compra
Pajarería del Pont-Neuf
Pajarería Vilmorin

Naturalista
Nérée, Boubée et Cie

ANTICUARIOS
Aaron
Bensimon
Hagnauer
Jansen
Kugel
Lagrand
Laroussilhe
Lévy
Litybur
Mallie de Fonfais
Mancel
Perrin
Taillemas

OBJETOS DE PLATA
CERAMICA
Andrieux
Helft
Kugel
Nicolier

BAÑERAS
Au Bain de Diane
Juif-Delepine

ZAPATERIA A MEDIDA
Roger Vivier

CLINICAS
Clínica del Belvédère

Clínicas veterinarias
Clínica del Dr. Neienat
Clínica veterinaria de Maisons-Alfort
Fundación Windsor
Hospital Frégis

PELUQUEROS
Alexandre
Arden
Carita
Jean-Louis David

MODISTOS
Balmain
Cardin
Courrèges
Dior
Hermès
Lapidus
Rabanne
Saint-Laurent
Ungaro

DECORADORES
Carlhian
Demachy
Jansen

EMBALSAMADORES
Ets Marette
Roblot

NIÑOS
Juguetes
Le Nain Bleu

Muebles
Bonnichon
Thireau

Vestidos
Baby Dior
Dominique
Enfantillage
Petit Faune
Petite Gaminerie
Minimômes

FUEGOS ARTIFICIALES
Ruggieri

FLORISTAS
Boullet
Lachaume
Lambert
Moreux
Veyrat

PELETERO
Révillon

INSTITUTOS
DE BELLEZA
Arden
Carita
Guerlain
Harriet Hubbard Ayer
Lancome
Monteil
Helena Rubinstein

JOYEROS
Boucheron
Cartier
Chaumet
Van Cleef et Arpels
Mauboussin

ARREND. Y SERVICIOS
Artistas
Marouani et Tavel

Embarcaciones
International Sea Service

Castillos
Prefectura de Indre-et-Loire

Empleados de hogar
Bons Secours

Trenes
S.N.C.F. - D.C.P.

Vehículos
Murdoch

TIENDAS DE ALIMENTACION
Côte de France
Dominique
Fauchon
Godiva
Hédiard
Petrossian
Maison de la Truffe

MAGOS
Belline
Criss
Delya
Martínez
Sabato

MARROQUINERIAS
Hermès
Morabito

MEDICOS
Boivin
Chartier
Dolto
Dubost
Hervé
Lacan
Lagache
Leibovici
Nacht
Vellay

ALFOMBRAS Y TAPICES
Benadava
Catan

TINTORERIAS
Billard
Bobin
Pouyanne
Starisky

SERV. DE COMIDAS A DOMICILIO
Battendier
Casimir
Lenotre
Marquise de Presles
Pons
Potel et Chabot
Scott

L. Schroeder, J. Matignon, *Le goût du luxe*, París, *Balland*, 1972.

se, doncella y ayuda de cámara, cocinera, jardinero, y fijó seriamente sus salarios.

Empleados de hogar	
Jefe de comedor	al mes 1.500 F
Mayordomo	al mes 1.500 F
Chófer	al mes 1.200 F
Niñera	al mes 1.200 F
Doncella	al mes 1.100 F
Ayuda de cámara	al mes 1.000 F
Cocinera	al mes 1.000 F
Jardinero según región	al mes 800 F

Lamentó que existieran palcos con abono vitalicio en la *Comédie Française*, y consideró con desdén, probablemente no sin malicia, el precio de los abonos para las *soirées* de gala.

Comédie Française	
Abono para una sesión:	
Soirées de gala	108 F
Matinées clásicas	85 F

Habló de los médicos de moda, con honorarios misteriosos, ya fuesen tocólogos, como los doctores Hervé, Dubost, Velley o Chartier, o psicoanalistas, como los doctores Lacan, Daniel Lagache, Sacha Nacht, Lebouici, la doctora Dolto.

MEDICOS	
Psicoanalista poco conocido	por sesión 60 F
Psicoanalista famoso	por sesión, a partir de 200 F

Describió un apartamento con vistas al jardín en la clínica del Belvédère, en Boulogne-sur-Seine, donde solamente estaba prohibido conectar aparatos de proyección cinematográfica para evitar eventuales perturbaciones en la instalación eléctrica —pero esta prohibición podía a su vez ser derogada con una autorización especial de la dirección.

CLINICA

La más cara: Clínica del Belvédère
Precio fijo para alumbramiento:
comprende: sala de partos, cuidados, pensión y gasto normal de farmacia
8 días
Pequeña habitación con vistas al patio 800 F

Le goût du luxe, pp. 188-189

profesiones liberales), se opone a los *gustos por el lujo* de los miembros de profesiones liberales, que coleccionan los consumos más costosos (culturalmente y/o económicamente) y más prestigiosos –lectura de publicaciones mensuales ilustradas, frecuentación de las salas de conciertos, de los anticuarios y de las galerías, vacaciones en balnearios, posesión de pianos, libros de arte, muebles antiguos, obras de arte, cámaras cinematográficas, magnetófonos, vehículos extranjeros, práctica del esquí, del tenis, del golf, de la equitación, de la caza y del esquí náutico–[24]. Al no poseer ni la competencia ni las disposiciones necesarias para

[24] Como en el análisis de nuestra encuesta, el tercer factor aislado por el análisis de las correspondencias de la encuesta de la SOFRES opone a todas las demás fracciones los miembros de profesiones liberales, particularmente inclinadas a los consumos y a las distracciones de lujo, como lo atestigua la simple enumeración de las características (dispuestas en orden decreciente) que aportan a este factor la contribución absoluta más importante: suscripción a las publicaciones mensuales ilustradas, posesión de un magnetófono, de libros de arte, práctica del tenis, frecuentación de balnearios, práctica del *bridge*, de la caza, del esquí, de la equitación, cócteles profesionales, etc. Sabiendo que revistas tales como *Connaissance des arts* o *La maison française* cuentan entre sus lectores con una parte importante de miembros de profesiones liberales (15,5% y 18,5%), se puede, además (a partir de la encuesta realizada por el CESP en 1970), imputar a esta fracción unas propiedades particularmente frecuentes en los lectores de estas publicaciones, como la posesión de muebles antiguos y obras de arte, la frecuenta-

Un profesor "bien clásico"

Jean L., agregado de física, antiguo alumno de la Escuela normal superior de la calle de Ulm, de 36 años, es profesor ayudante en una universidad parisiense y habita en el Noroeste del cinturón de París; su padre, agregado de gramática, era profesor de enseñanza secundaria, su abuelo, maestro. Su mujer, hija de farmacéutico, es dentista; es profesora de la Escuela dental y tiene consulta privada.

"Una mesa conventual estilo Luis XIII, encontrada en el Rastro"

Como le gusta lo "sobrio" y lo "discreto" –le disgustan "los grandes cojines y las grandes cortinas", los hogares "hechos por los decoradores"–, es "bastante sensible a la armonía de conjunto de una vivienda": "Si se tiene la suerte de encontrar un mueble suficientemente bello, ya tenemos un mueble muy bello en un rincón y esto es todo ¿no le parece?; será suficiente para 'llenar' una habitación." "En casa, hasta hace no demasiado tiempo, había muebles baratos que habíamos comprado cuando nos casamos –tenían cierto aire moderno que no estaba mal después de todo–, muebles chapados en teca, baratos, sólo que las sillas están dando las últimas boqueadas (...). Ahora tenemos uno o dos muebles antiguos que hemos encontrado, verdaderamente antiguos (...), una mesa conventual estilo Luis XIII, encontrada en el Rastro, que alguien nos dijo que la había visto, un arcón también Luis XIII que tampoco está mal", encontrado en un anticuario de Amiens. "Naturalmente, lo que nunca tendremos serán sillas Luis XIII porque son carísimas, y además incluso no son sólidas, si son verdaderamente Luis XIII; entonces, lo que haremos será encargar unas sillas de estilo Luis XIII pero que no intentaremos hacerlas pasar como auténticas." Del mobiliario y la decoración de la casa se ocupa sobre todo su mujer, que les concede mucha importancia; "entiende bastante en estas cosas, yo no entiendo nada, sobre todo de precios (...), a mí me gusta pero, en fin, si estuviera solo, creo verdaderamente que no gastaría mucho tiempo en estas cosas, realmente no tengo mucho gusto para ello, en cambio mi mujer tiene mucho gusto y al final yo sé por lo menos apreciarlo". A su mujer le gustan mucho las cerámicas antiguas: "yo la acompaño de buena gana si ella me dice 'ven, vamos a ver una cerámica', esto me agrada, siento que ella es más sensible que yo (...). Hay algo que me gustaría mucho comprar, aún no lo he hecho pero los miro muchas veces, son los instrumentos científicos antiguos, porque se hacían cosas verdaderamente notables, tanto en el siglo pasado como hace tres o cuatro siglos".

"Prefiero leer algo más concreto"

En casa, hace algunas "chapuzas" y "por obligación": "Es mi mujer la que me dice: habría que hacer esto, habría que hacer aquello, y lo hago con un cuidado excesivo, tardo muchísimo... podría hacer las cosas con más rapidez aunque las hiciera un poco menos bien, pero encuentro un placer en concebir cómo hay que hacer lo que sea, que marche bien, y después hacerlo."

No tiene televisión, pero tiene ocasión de verla de cuando en cuando. "El interés de las cosas por sí mismas, se encuentra a menudo demasiado diluido; sobre cualquier tema dado, prefiero leer algo más concreto. Sin embargo en la televisión hay algunas cosas, por el contrario, que para mí son irreemplazables. Confieso que fui a ver en casa de mi madre los primeros pasos sobre la Luna, cosas como ésta (...). Me acuerdo de haber visto durante cinco minutos a Ivan Illich, me acordaré siempre, estoy contento de haberlo visto en lugar de sólo leerlo, de haber visto qué tipo de hombre era."

"Toda mi lectura está fundada en *Le Monde*"

Recibe *Tribune socialiste* –"no está tan mal"–, lee *Le Nouvel Observateur* ocasionalmente. Su mujer recibe *L'Express:* "Éste lo veo superficialmente; algunas veces trae entrevistas que están bien. Toda mi lectura está fundada en *Le Monde* al que estoy suscrito, ahora que... ya no lo leo con regularidad". Sus lecturas son más bien austeras, nada de policiacas ni de novelas: "A pesar de todo, he leído *El primer círculo,* de Soljenitsin, porque mi mujer me ha dicho que 'era preciso que lo leyera' ". También he leído recientemente *Una sociedad sin escuela* de Ivan Illich ("que me ha impresionado mucho"), *El azar y la necesidad, El instinto de agresión* de Konrad Lorenz. Tiene una historia de la cultura de la UNESCO en siete u ocho volúmenes: "Es formidable, no es una narración, no es principalmente una narración, si tiene unos personajes y unas situaciones, entonces no me interesa. La arqueología me interesa mucho (...). Hay una cosa que miro mucho que se llama el *Diccionario arqueológico*."

"Cosas bien clásicas y bien serias"

"Delante de un Vermeer puedo estar dos horas y sentirme verdaderamente satisfecho, delante de esto (un libro de dibujos de un tipo que se llama Escher, que acaban de regalarle), no." Le gusta mucho una historia del arte aparecida en una serie dirigida por Francastel: "Está muy bien sobre todo por el texto, no hay tantas reproducciones, no son extraordinarias, son relativamente originales, pero está muy bien porque analizan bien (lo que no es simplemente anecdótico) las ideas de los pintores, cómo esto se imbrica con la estructura económica, social, de la época". No "frecuenta todos los museos de forma exhaustiva" pero va a ellos "con gusto": "Me gusta mucho si un amigo me dice, mira, hay tal cosa o si he visto o leído (...), entonces voy con mucho gusto y me estoy un buen rato". Ha ido varias veces a Toscana y "le gusta mucho todo lo que se puede ver allí (...); me gusta situar unos con respecto a otros a los pintores de ese momento, me digo: Angélico pintaba todavía así mientras que tal otro hacía ya otra cosa". Le gusta mucho "el *Quattrocento,* Botticelli, Piero della Francesca, mucho también Vermeer, Watteau": "No sé cómo lo diría, si es la materia, si es la factura (...), me gustan mucho las superficies y después esa especie de gracia, de encanto, de melancolía". Consciente de que los pintores no pueden pasarse sin artificios, no le gustan los que utiliza Rousseau: hay algo no natural, algo querido, rebuscado, sofisticado, en su forma de hacer". "Matisse, por ejemplo, cosas bien clásicas y bien serias,

eso es lo que me gusta mucho; a menudo también me gusta Picasso; me gusta mucho también Villon, lo poco que de él conozco. A decir verdad, conozco bastante poco la pintura moderna (...). Hay una cosa que para mí no es pintura, es todo el surrealismo. A mi juicio, es puramente un trabajo intelectual, Dalí y compañía, les tengo horror.

"*El arte de la fuga* lo prefiero en el órgano"

No tiene equipo de alta fidelidad ("me gustaría bastante tenerlo, pero para mí no es indispensable") sino "un tocadiscos que no es malo" (un 'mono' que compré por 60.000 francos antiguos hace cuatro o cinco años"). "La música, a mi entender, hay que ir a verla ejecutar por las gentes que la fabrican, es la mejor manera, si no, en casa, basta con tener algo no demasiado malo y unas buenas interpretaciones (...), yo soy poco sensibe a la interpretación, no obstante me gusta mucho." Su "sentido de la economía de medios", su gusto por lo que es "sobrio", "su formación científica también", le inclinan a apreciar "la música pura". "*El arte de la fuga,* es típico, yo lo prefiero tocado en el órgano que ejecutado por una orquesta, es verdaderamente la música pura, no es una cuestión de timbre". Por el contrario, no le gustan "las músicas románticas, demasiado enfáticas, demasiado grandilocuentes": "me gusta bastante Berlioz, por ejemplo, pero la Sinfonía fantástica es demasiado grandilocuente". Aunque tiene "montones de pequeñas actividades de todas clases", tiene "cuatro tardes a la semana comprometidas con unas pequeñas reuniones, unos pequeños ensayos de canto" con una coral de la que forma parte desde hace diez años: "Además, últimamente, con un grupo de gente que es aficionada a la ópera, se canta ópera, se toca el piano, y esto acaba por llevar mucho tiempo". "Para mí, la cima de la música es *Così fan tutte,* es Mozart (...); tengo adoración por Poulenc en general, me gusta mucho Delalande (...), me ha gustado mucho Wozzeck. Había visto a Wozzeck dirigido por Boulez en la Opera, no le conocía antes." Cuatro o cinco veces al año va a conciertos: "Esta semana, he ido a escuchar a Fischer-Dieskau, para mí es el dios del canto". Apenas escucha variedades o canciones modernas, nunca ha comprado discos de cantantes de música ligera ("me gusta mucho Brassens, pero no lo escucho").

"Con la ayuda de pocas cosas, con unos medios económicos"

No es "demasiado entendido en materia de cine"; a menudo va a ver "simplemente, tontamente, en el cine que está en D., los grandes éxitos del momento que no sean demasiado malos". Le gusta bastante Truffaut, pero es "impermeable a las artes norteamericanas" ("A mi juicio, hay algo infantil en muchos filmes norteamericanos, salvo en Woody Allen"). No demasiado filmes históricos, "evidentemente *Napoleón,* de Abel Gance, es algo que hay que haber visto, o *El acorazado Potemkin,* o *Alexander Newski*". "Soy muy alérgico a todo lo que sea una exhibición demasiado pesada; me gusta mucho que alguien me haga sentir algo que a su vez sienta muy fuerte, con la ayuda de pocas cosas, con unos medios económicos."

Ni "gastrónomo", ni "entendido", sin embargo es "bastante sensible" a los platos que se le presentan. "Cuando me invitan unos amigos, insisto, ése es un placer que me gusta mucho." Trata "de tener vinos presentables" en su casa ("he encontrado un pequeño comerciante de Beaujolais que tiene cosas que encuentro que están bien, y me surto en su tienda").

"Yo me precipito sobre la marcha"

Le "gustaría mucho jugar al ajedrez" y juega algunas veces al *scrabble*. Hace algo de fotografía: "He acabado por hacerme dos carretes de treinta y seis fotos cada año, principalmente durante las vacaciones (...). Algo que hago típicamente cuando voy de vacaciones a la montaña es que tomo fotos de los paisajes (...); me paso horas con un mapa para identificar exactamente todo lo que se ve". En vacaciones, "me precipito sobre la marcha, pero entonces como un imbécil, el primer día me hago cuarenta kilómetros a toda prisa, y después de esto, me duelen los pies durante quince días. Cuando lo hago, lo hago relativamente con intensidad, pero desgraciadamente estoy mucho tiempo sin hacerlo (...). Desde hace un año, tengo una perra, es muy necesario que la saque a pasear, y lo haga a todo correr; (...) el sábado la llevo conmigo y después, corriendo a ratos, nos hacemos diez kilómetros a escape."

reinvertir eficazmente en la economía los beneficios que les proporciona un capital cultural con un alto rendimiento económico, y vinculados por su formación y su estilo de vida a los "valores intelectuales" (suministran una fuerte proporción de los escritores aficionados)[25], los miembros de profesiones liberales encuentran en la práctica de los deportes y de los juegos distinguidos, en las recepciones, cócteles y otros intercambios mundanos, además de las satisfacciones intrínsecas que proporcionan y la acción educativa que ejercen, las selectas frecuentaciones que les permiten crear y mantener unas determinadas relaciones y acumular el capital de honorabilidad indispensable para el ejercicio de su profesión[26]. Este no es sino uno de los casos en que el lujo, esa "prodigalidad completamente convencional", es, como observaba Marx, una "necesidad de oficio y entra en los gastos de representación" como "escaparate de riqueza" que funciona como "capacidad de crédito"[27]. Por el contrario, no existe una sola elección de los profesores (por ejemplo, la preferencia que señalan por una decoración de su vivienda armoniosa, sobria y discreta o por unas comidas sencillas pero bien presentadas) que no pueda entenderse como una manera de hacer de la necesidad virtud, maximalizando el beneficio que pueden obtener de su capital cultural y de su tiempo libre (reduciendo al mínimo sus gastos de dinero). Si los primeros no siempre tienen el gusto que corresponde a sus medios, los segundos no tienen casi nunca los medios que corresponden a sus gustos, y este desajuste entre el capital económico y el capital cultural les condena a un esteticismo ascético (variante más austera del estilo de vida de artista), que "saca partido" de lo que tiene, sustituyendo lo antiguo por lo "rústico", las alfombras persas por las alfombras rumanas, la casa solariega por el hórreo restaurado, los cuadros por las litografías (o las reproducciones), tantos sustitutivos inconfesados que, como el vino espumoso o el oropel de los verdaderos pobres, son otros tantos homenajes que la privación rinde a la posesión[28]. El desajuste entre el

ción de salas de subastas y galerías. Se sabe, por último —por la encuesta del INSEE sobre el tiempo libre—, que los miembros de profesiones liberales se distinguen por la frecuencia particularmente alta de las recepciones que ofrecen.

[25] El 14,5% de los magistrados y el 13,5% de los médicos inscritos en el *Who's who* (frente al 9,7% solamente de los altos funcionarios o al 4,2% de los patronos y directores de empresas) han escrito por lo menos una obra no especializada (política o literaria).

[26] Esas tendencias genéricas toman formas diferentes según las profesiones, las especialidades, los lugares de residencia. De este modo, los médicos, que tienen un porcentaje de ahorro muy superior a la media nacional (30% frente al 15% de los ingresos disponibles) pero para unos ingresos incomparablemente más elevados, gastan en conjunto un porcentaje muy alto de unos ingresos muy altos, en particular en las vacaciones (el 10% de los ingresos disponibles), el automóvil y los bienes duraderos: con mucha frecuencia (más de los dos tercios) propietarios de su vivienda, poseen a menudo una segunda vivienda, inmuebles en renta, explotaciones agrícolas, bosques y terrenos (prácticamente nunca empresas industriales), y también acciones. Pero es en los médicos rurales en los que las inversiones inmobiliarias son las más frecuentes, mientras que las inversiones financieras, que de manera general aumentan con la edad, son más frecuentes en los cirujanos y en los especialistas (véase Centre de recherche économique sur l'épargne, *Enquête sur les comportements patrimoniaux des médecines exerçant en pratique libérale,* París, CREP, 1971, 3 vol.). Puede suponerse que los cirujanos y demás especialistas —y muy particularmente de París— consagran una parte especialmente importante de sus ingresos a los gastos de lujo, y en particular a la adquisición de objetos artísticos.

[27] K. Marx, *El capital,* libro I, captíulo XXIV, en *Oeuvres*, t. I, *Économie,* París, NRF, 1965, páginas 1097-1098.

[28] Producto de un desajuste análogo entre el capital cultural y el capital económico, la misma forma de disposición se encuentra también en los miembros de las nuevas fracciones de las clases medias (véase la entrevista de una enfermera "que vive con pasión").

capital económico y el capital cultural o, con mayor exactitud, el capital escolar, que es la forma certificada de aquél, es, sin lugar a dudas, uno de los fundamentos de su propensión a impugnar un orden social que no reconoce plenamente sus méritos porque reconoce otros principios de enclasamiento que los del sistema escolar que les ha reconocido. Esta rebelión meritocrática (luego, en un sentido, aristocrática) aumenta cuando se duplica con fidelidades, rechazos e imposibilidades, o con rechazos de lo imposible, que son correlativos con un origen social pequeño-burgués o popular y que, junto con los límites puramente económicos, impiden el pleno acceso a la burguesía[29]. Por el contrario, para aquellos que, como los miembros de profesiones liberales, viven de la venta de servicios culturales a una clientela, la acumulación de capital económico se confunde con la acumulación de capital simbólico, es decir, con la adquisición de una reputación de competencia y de una imagen de respetabilidad y de honorabilidad cómodamente convertibles en posiciones políticas de *notable* local o nacional: se comprende por ello que sean y se sientan solidarios con el orden (moral) establecido, al cual, por otra parte, contribuyen enormemente con sus intervenciones cotidianas, de las que las declaraciones del Consejo del Orden de los médicos o de las posturas y las acciones políticas no son más que la forma más visible[30].

Puede verse que la oposición que de ordinario se hace entre el gusto "intelectual" o "de *rive gauche*" y el gusto "burgués" o "de *rive droite*" no se establece sólo entre la preferencia por unas obras contemporáneas (aquí, en los límites de las listas propuestas, Picasso, Kandinsky, Boulez) y el gusto por obras más antiguas y más consagradas (la pintura impresionista, y particularmente Renoir, Watteau, la *Rapsodia húngara, Las cuatro estaciones,* la *Pequeña música nocturna*), entre el gusto por unos valores seguros, tanto en pintura y en música como en materia de cine o de teatro, y el prejuicio de la novedad, sino también entre dos visiones del

[29] Una de las maneras subjetivamente aceptables de escapar de las contradicciones resultantes del hecho de que el capital cultural sea un *principio dominado de dominación,* reside en la participación en calidad de cuadro en las organizaciones encargadas de expresar y defender los intereses de las clases dominadas. Así es como la distribución de los miembros de las diferentes fracciones de la clase dominante en el campo de los que pretenden (con desiguales probabilidades de éxito) unas posiciones de mandatarios políticos (y de la que el análisis de las características sociales de los candidatos a las elecciones legislativas permite tener una idea) se corresponde bastante estrictamente con la distribución de sus fracciones respectivas en el campo relativamente autónomo de la clase dominante, organizado a su vez, ya se ha visto, según una estructura homóloga de la del campo de las clases sociales. De ello se deduce que las luchas políticas constituyen uno de los terrenos donde se desarrolla la lucha por la imposición del principio legítimo (es decir, dominante y desconocido como tal) de dominación.

[30] Según un sondeo realizado por la SOFRES, antes de la primera vuelta de las elecciones presidenciales, con una muestra nacional de 200 médicos, el 59% de los mismos declaraban tener la intención de votar a Giscard, el 16% a Mitterrand, el 9% a Chaban-Delmas, el 11% a otro de los candidatos; los demás (el 5%) todavía estaban indecisos; interrogados sobre el candidato que les parecía tener las mayores probabilidades de resultar elegido presidente de la república, el 71% designaban a Giscard, el 12% a Mitterrand, el 3% a Chaban-Delmas, el 1% a algún otro de los candidatos, y el 13% no supieron pronunciarse (*Le Quotidien du médecin,* n.º 710, 3-4 de mayo, 1971); es posible hacerse, sin duda, una idea bastante justa de lo que los médicos eligen en Giscard leyendo la entrevista, completa y especialmente ajustada a las expectativas de los médicos, que el elegido de los mismos publica en ese propio número y en la que se declara favorable a la selección de los estudiantes, se constituye en defensor del ejercicio libre de la medicina, del médico de familia y de la coexistencia de la hospitalización pública y de la hospitalización privada, se declara dispuesto a luchar contra "ciertas fuentes de despilfarro" de la seguridad social, y aprueba la existencia de un Colegio de médicos en el que no ve nada que reformar.

mundo, dos filosofías de la existencia, simbolizadas si se quiere por Renoir y Goya (o Maurois y Kafka), centros de las dos constelaciones de elecciones, el rosa y el negro, la vida en rosa y la vida en negro, el teatro de bulevar y el teatro de vanguardia, el optimismo social de la gente sin problemas y el pesimismo anti-burgués de la gente con problemas, el bienestar material e intelectual, con el hogar íntimo y discreto y la cocina tradicional francesa, y la búsqueda estética e intelectual, con el gusto por los platos exóticos, o –inversión– comidas sin ceremonias, hogares arreglados, o –inversión– fáciles de mantener, muebles comprados en los "rastros" y espectáculos de vanguardia[31].

Para volver a situar en el conjunto de las elecciones constitutivas del estilo de vida las oposiciones entre los sistemas de preferencias puramente estéticas, que simboliza la antítesis entre Kandinsky y Renoir, basta con considerar las características de un público como el de *Connaissance des arts*: esta revista cultural de lujo con un coste relativamente alto, que al mismo tiempo es un apoyo publicitario para el comercio de los bienes de lujo, y muy especialmente de las obras de arte, proporciona sin duda una imagen bastante exacta de los grupos que reúne el "gusto burgués" y que se encuentran en las manifestaciones culturales más mundanas y más costosas, exposiciones distinguidas, *soirées* de gala de la Opera, "pre-estrenos" teatrales, grandes conciertos de sociedades, etc. Los cuadros del sector privado y los miembros de profesiones liberales, y, ya claramente menos representados, y por consiguiente considerablemente sobreseleccionados, los profesores y los patronos industriales que componen ese público, tienen en común entregarse a unas actividades de lujo y de prestigio (golf, equitación) y a unas prácticas culturales encaminadas al menos tanto hacia la apropiación material como hacia la apropiación simbólica solamente –frecuentación de teatros y galerías más bien de *rive droite,* de salas de subastas, de tiendas de antgüedades y de *boutiques* de lujo–. El "gusto burgués" que les caracteriza se opone no solamente al gusto "intelectual" sino también (esencialmente por la posesión de obras de arte, la frecuentación de galerías y del teatro) al "gusto medio" de la gran mayoría de los industriales y sobre todo de los grandes comerciantes, lectores del *Auto-Journal,* que no se apropian *más que aquellos* recursos especiales que son accesibles al dinero, tales como los automóviles de lujo (F. C., VI)[32].

Mientras que las fracciones "intelectuales" más bien exigen del artista una *protesta simbólica* de la realidad social y de la representación ortodoxa que de ella da el arte "burgués", el "burgués" espera de sus artistas, de sus escritores, de sus críticos, así como de sus modistas, de sus joyeros o de sus decoradores, unos emblemas de distinción que al mismo tiempo sean unos instrumentos de *negación*

---

[31] Los patronos y los miembros de profesiones liberales rechazan como fea, mucho más que todas las demás fracciones, la fotografía de un hombre herido.

[32] Para medir la distancia entre el público "burgués" y el público "intelectual", basta con señalar que la proporción de estudiantes, profesores y artistas es del 53% en el festival de música antigua de Saintes, del 60% en los encuentros internacionales de arte contemporáneo de La Rochelle, del 66% en el festival internacional de teatro de Nancy —dedicado a la vanguardia de la creación teatral—, del 83% en el festival de música contemporánea de Royan; y que la intensidad de la práctica varía en el mismo sentido, pasando de 3,5 espectáculos de media por persona en Saintes, a 5 en La Rochelle, a 7 en Nancy y en Royan (véase J. Henrard, C. Martin, J. Mathelin, *Étude de trois festivals de musique,* París, CETEM, 1975, y F. X. Roussel, *Le public du festival mondial de théâtre de Nancy,* Nancy, CIEDEHL, 1975).

octobre 1971

la télévision par Jacques Siclier

« LES HOMMES DE L'ART »

Médecin-chef de la clinique endocrinologique de Paris, le professeur Gilbert Dreyfus donne une consultation, puis il raconte comment il eut, dans sa jeunesse, la révélation de Rembrandt. Il parle de son amour de la peinture. Nous voyons également, dans cette émission de Champ visuel, *un médecin de banlieue,* collectionneur de tableaux *« pour le plaisir des yeux », le docteur Dolfuss, passionné d'égyptologie et archéologue ; le docteur Apelbaum, qui peint « pour se retrouver avec lui-même », et le docteur Genon-Catalot, qui accroche des toiles de peintres modernes dans sa salle d'attente et anime une galerie de peinture.*

Les producteurs de Champ visuel *ont voulu comprendre et nous faire comprendre pourquoi les médecins sont des amateurs d'art. La réponse est donnée par le professeur Dreyfus : « Parce que, comme les artistes, ils ont l'amour de la vie et l'horreur de la mort. » L'émission se développe sur ce thème. Des œuvres de Mantegna, Léonard de Vinci, Géricault, Cézanne, rejoignent dans l'idée de la lutte contre la mort les travaux de Vesale, les planches anatomiques et ces « écorchés » destinés aux études médicales qui deviennent, dans la manière dont ils sont présentés, des œuvres d'art.*

Trois réalisateurs se sont partagés les reportages composant ce numéro, auquel la souplesse du montage, la beauté partout égale des images en couleurs, donnent une unité de style remarquable. Il faut ajouter à cela la richesse de l'iconographie.

Les « hommes de l'art » est un des sujets les plus intéressants qu'aient traités Champ visuel. *C'est, hélas ! l'avant-dernier, sinon le dernier, car la série de Pierre Schneider et Robert Valley est condamnée. —* (Deuxième chaîne.)

Los hombres del arte

Médico-jefe de la clínica endocrinóloga de París, el profesor Gilbert Dreyfus pasa consulta y luego nos cuenta cómo en su juventud tuvo la revelación de Rembrandt y nos habla de su amor por la pintura. En esa misma emisión de «Campo visual» vemos igualmente a un médico de la periferia, coleccionista de cuadros «por el placer de los ojos», el doctor Dolfuss, apasionado por la egiptología y la arqueología; el doctor Apelbaum, que pinta «para encontrarse consigo mismo», y el doctor Genon-Catalot, que cuelga los cuadros de pintores modernos en su sala de espera y colabora con una galería de pintura.

Los productores de «Campo visual» han querido comprender y hacernos comprender por qué los médicos son aficionados al arte. La respuesta nos la da el doctor Dreyfus: «Porque, igual que los artistas, aman la vida y les da horror la muerte». La emisión se desarrolla sobre ese tema. Las obras de Mantegna, Leonardo de Vinci, Gericault y Cézanne se unen, en esa idea de lucha contra la muerte, a los trabajos de Vesale y a las láminas anatómicas de esas «figuras desolladas» destinadas a los estudios médicos, que se convierten, por la forma en que son presentadas, en obras de arte.

Tres realizadores se han repartido los reportajes que componen ese número, al que la flexibilidad del montaje y la belleza, siempre igual, de las imágenes en color, proporcionan una unidad de un estilo excelente. Hay que añadir a esto la riqueza de la iconografía.

Los «hombres del arte» es uno de los temas más interesantes que ha tocado «Campo visual». Pero por desgracia es el penúltimo, si no el último, porque el programa de Pierre Schneider y Robert Valley está sentenciado. (Segunda cadena.)

Ingenuo sería quien creyese que la relación entre los artistas y los médicos es la del productor y del cliente distinguido: médicos y artistas tienen en común «el amor a la vida y el horror a la muerte». Basta con pensar en ello. La negación impone su evidencia a los productores de la emisión televisiva que la toman por tema, al periodista que la reseña, y sin duda a más de un lector ya bien predispuesto de antemano.

La televisión, por Jacques Siclier

de la realidad social[33]. Los objetos de lujo y las obras de arte no son otra cosa que el aspecto más visible de ese decorado del que se rodea la existencia burguesa o, por lo menos, la parte privada, doméstica, dominical de esa vida fundamentalmente doble y falsamente unificada en y por una falsa división contra ella misma, desinterés contra interés, arte contra dinero, espiritual contra temporal. Periódicos políticos civilizados, discretamente politizados u ostentosamente despolitizados, revistas de decoración y libros de arte, guías azules y narraciones de viajes, novelas regionalistas y biografías de grandes hombres, otras tantas pantallas colocadas delante de la realidad social. Representación apenas desrealizada de una de las formas de la existencia burguesa, con sus bellos decorados, sus bonitas mujeres, sus fáciles aventuras, sus cháchara ligeras, su filosofía tranquilizadora (siendo igualmente de recibo cualquier otra combinación de nombres y adjetivos), el teatro "burgués" es sin duda la forma por excelencia del arte que reconoce el burgués porque se reconoce en él. La burguesía espera del arte (por no hablar de lo que ella denomina literatura o filosofía) un refuerzo de su certeza de sí y, tanto por suficiencia como por insuficiencia, nunca puede reconocer verdaderamente las audacias de la vanguardia, incluso en los campos más neutralizados, como la música: y los pocos aficionados ilustrados que han comprendido que nada costaba afirmarse "en arte, siempre a la izquierda", como Mme. de Cambremer, no deben hacer olvidar a todos aquellos que, admiradores hoy de Flaubert o de Mahler, tienen la misma impaciencia ante el desorden, incluso simbólico, y el mismo horror al "movimiento", incluso artísticamente sublimado, que sus homólogos del pasado.

Sería necesario tomar en cuenta toda la lógica del campo de producción artística y de la relación que éste mantiene con el campo de la clase dominante, para comprender que la producción artística de vanguardia esté condenada a decepcionar, desigualmente y siempre a corto plazo, las expectativas burguesas[34]. En

[33] En realidad, una clase o una fracción de clase se define menos por el juicio global que hace de los intelectuales o artistas en general (aunque el anti-intelectualismo sea una característica determinante de ciertas fracciones de la pequeña burguesía y de la burguesía) que por los artistas y escritores que elige en el abanico que le ofrece el campo de producción. Así es como el anti-intelectualismo de la fracción dominante de la clase dominante puede expresarse en la elección de intelectuales a los que su posición en el campo intelectual condena el anti-intelectualismo: en efecto, cuanto más nos alejamos de los géneros más "puros", esto es, de los más completamente purificados de toda referencia al mundo social y a la política (en el orden, la música, la poesía, la filosofía, la pintura), los productores que reconocen las fracciones dominantes, autores dramáticos y críticos teatrales o filósofos y ensayistas políticos, están más alejados de aquellos que son reconocidos por los propios productores. Además, como lo recuerda la reacción que suscita en los pequeño-burgueses en decadencia, el estilo de vida de artista, y en particular todo lo que en él niega la relación ordinaria entre la edad (o el estatus social) y unos atributos simbólicos como el vestido, o unos comportamientos tales como las conductas sexuales o políticas, encierra una denuncia de los postulados prácticos que están en los cimientos del arte de vivir burgués. Parecidos a esas viejas que, en los mitos australianos, trastornan la estructura de las relaciones establecidas entre las generaciones, al conservar con medios mágicos la piel suave y lisa de sus veinte años, los artistas y los intelectuales, a la manera de Sartre rechazando un premio Nobel o frecuentando a los jóvenes *gauchistes* a una edad en que otros corren tras los honores y no practican más que los poderes, pueden a veces poner en tela de juicio uno de los pilares más profundamente asentados del orden social, el *obsequium* de que hablaba Spinoza, la disposición de aquellos que "se respetan" y se sienten con derecho a exigir respeto.

[34] Sobre el esencial desajuste entre la producción y el consumo que condena a los productores más avanzados a unos mercados y a unos beneficios póstumos, véase P. Bourdieu, "Le marché des biens symboliques", *L'année sociologique,* vol. 22, 1973, pp. 49-126; "La production de la croyance: contribu-

efecto, no es una casualidad que el análisis no se encuentre con el gusto de la vanguardia artística más que al término de una serie de oposiciones. En realidad, todo ocurre como si, aunque encarne la legitimidad artística, el gusto de la vanguardia de los productores se definiese, de manera casi negativa, como la suma de los rechazos de todos los gustos socialmente reconocidos: rechazo del *gusto medio* de los grandes comerciantes y de los patronos advenedizos, del "hortera" caro a Flaubert, que es una de las encarnaciones del "burgués" tal como lo piensan los artistas, y sobre todo, quizá, en la actualidad, de la pequeña burguesía a la que su pretensión cultural impulsa hacia los bienes de cultura media o hacia los más accesibles de los bienes de la cultura legítima (tales como la opereta y el teatro de bulevar más fácil), inmediatamente desclasada gracias a esta apropiación; rechazo del *gusto burgués,* es decir, del gusto de lujo típicamente *"rive droite",* que encuentra cómplices en una fracción de los artistas; rechazo, por último, del *gusto pedante*[35] de los profesores que, aunque se oponga al anterior, no es a los ojos de los artistas otra cosa que una variante del gusto burgués, desdeñada por su pesado didactismo, razonado, pasivo y estéril, por su espíritu de seriedad y sobre todo, quizá, por sus prudencias y sus *retrasos.* Así es como la lógica de la doble negación puede conducir a los artistas a volver a tomar, como por desafío, algunas de las preferencias características del gusto popular: se les ve, por ejemplo, ponerse de acuerdo con las clases populares y las fracciones inferiores de las clases medias, de las que, por otra parte, todo les separa, para elegir una decoración de su vivienda fácil de mantener y práctica, antítesis del "*confort* burgués"; de igual modo que pueden rehabilitar, pero en segundo grado, las formas más denostadas del gusto popular, *kitsch* o cromo. El estilo de vida de artista, que se define por esta distancia con respecto a todos los otros estilos de vida y a sus apegos temporales, supone una especie particular de patrimonio en la que el tiempo libre desempeña el papel de un factor independiente, que en parte sustituye al capital económico[36]. Pero el tiempo libre y la disposición para defenderlo con la renuncia a lo que el mismo permitiría obtener suponen tanto el capital (heredado) que se necesita para hacer posible (es decir, vivible) la renuncia, y la disposición, muy aristocrática, a esa renuncia.

---

tion à une économie des biens symboliques", *Actes de la recherche en sciences sociales,* 13, 1977, pp. 3-43.

[35] Para designar los distintos estilos de vida, puede elegirse siempre entre una terminología neutra (gusto ascético), pero poco evocadora, y las "etiquetas" indígenas (gusto pedante, gusto burgués) que tienen el peligro de hacer caer en el terreno de la lucha simbólica en el que las mismas se han forjado.

[36] Es frecuente que los artistas, mediante una inversión casi completa de la visión ordinaria del mundo, consideren el dinero (ganado a menudo con trabajos que no son los propios de su oficio) como un medio para comprar tiempo para trabajar en su arte y para llevar la "vida de artista" que forma parte integrante de su actividad específica (Indicaciones interesantes sobre los usos que los artistas hacen de su tiempo pueden encontrarse en B. Rosenberg y N. Fliegel, *The Vanguard Artist,* Chicago, The Quadrangle Books, 1965, especialmente en p. 321). Así es como los artistas (y los intelectuales) cambian el dinero, el que podrían ganar, por el tiempo, el que les es necesario consumir sin medida para producir unos objetos que a menudo no tienen mercado (a corto plazo) y para "descubrir" unos objetos y unos lugares cuya singularidad y precio ellos contribuyen a crear —pequeños restaurantes, espectáculos nuevos, etc.—, y se apropian de manera casi exclusiva de bienes o de servicios colectivos —museos, galerías de pintura o radio cultural—. Las variaciones del tiempo libre y de la relación con el tiempo están, junto con la desigual propensión al consumo, entre los factores que hacen que los gastos de consumo expresen de manera muy desigual los recursos de las diferentes clases.

No existe, sin duda, clase alguna en la que la oposición entre los jóvenes y los viejos, los pretendientes y los poseedores, así como también la oposición entre los antiguos en la clase y los recién llegados, que no siempre puede superponerse a la primera (puesto que, en algunos sectores por lo menos, los más antiguos son también los más precoces), sean tan determinantes como en el seno de la clase dominante, que no puede asegurarse su propia perpetuación más que si es capaz de superar las crisis cuya virtualidad está inscrita en la competencia entre las fracciones por la imposición del principio dominante de dominación y en las luchas de sucesión que tienen lugar dentro de cada fracción. Las diferencias entre las generaciones (y la potencialidad de los conflictos generacionales) son tanto mayores cuanto más importantes son los cambios acaecidos en la definición de los puestos o en las maneras institucionalizadas de acceder a los mismos, es decir, en los *modos de generación* de los individuos encargados de ocuparlos[37]. Por consiguiente, las diferencias que obedecen a la diversidad de los modos de acceso al puesto en un momento dado del tiempo (y que son particularmente visibles en poblaciones muy dispersas en relación con este aspecto, como los cuadros y los ingenieros) se aumentan con la diversidad que introducen las variaciones, en el curso del tiempo, de la definición del puesto y de las condiciones de acceso al mismo, y, en particular, con las variaciones en el peso relativo de los diferentes modos de acceso, que se encuentran vinculados con las transformaciones del sistema escolar y de las relaciones entre este sistema y el aparato productivo[38]. Estas variaciones ligadas con la historia que, si bien son particularmente importantes en el caso de las fracciones más directamente relacionadas con la economía, como los ingenieros y los cuadros, han afectado, de una manera más insidiosa, al conjunto de la clase dominante, tienen todas las probabilidades de pasar desapercibidas porque no se manifiestan nunca más que en relación con la edad, pudiendo pasar así por un efecto de la edad biológica o incluso social, y no de la generación, y porque se vuelven a manifestar en unas trayectorias, es decir, en unas historias individuales que son otras tantas respuestas a un estado determinado de las probabilidades objetivamente ofrecidas

[37] Los sistemas de clasificación que utiliza la estadística oficial y que corresponden necesariamente a un estado superado de la lucha de las clasificaciones, no pueden poner de manifiesto las diferencias que resultan de la aparición de nuevas profesiones y del deterioro o de la redefinición de las profesiones antiguas.

[38] La oposición entre los más viejos, que conceden mayor valor a las disposiciones éticas más ascéticas, y los más jóvenes, que se reconocen en los valores más típicos del cuadro moderno, resulta particularmente marcada en los cuadros y en los ingenieros –y en segundo lugar, en los profesores y en los miembros de profesiones liberales–: por ejemplo, en el conjunto de la clase, los mayores de 45 años eligen un amigo serio a razón del 51,5% frente al 24,5% de los más jóvenes, que citan el adjetivo dinámico a razón del 39% frente al 19,5% de los de más edad; en los cuadros y en los ingenieros, el 42,5% de los jóvenes citan el adjetivo dinámico frente al 8% de los de más edad, y el 15% citan el adjetivo serio frente al 54% de los de más edad (variaciones muy parecidas se registran también, siempre más marcadas en los cuadros y en los ingenieros, en el caso de adjetivos como decidido, que varía como dinámico, o educado, que varía como serio). Se observa una evolución del mismo sentido (que sin duda es correlativa con un acrecentamiento generalizado del capital cultural) en el gusto en materia de cultura legítima: así, los cuadros y los ingenieros menores de 45 años citan con mayor frecuencia la *Rapsodia en blue* (el 32% frente al 17,5%) o *Las cuatro estaciones* (el 47% frente al 24%), con menor frecuencia *La Arlesiana* (el 14,5% frente al 28%), la *Rapsodia húngara* (el 32% frente al 58,5%), *El bello Danubio azul* (el 13% frente al 30,5%).

por la historia colectiva al conjunto de una generación. A diferencia de las profesiones liberales (o, al menos, de los médicos) que, habiendo sabido mantener la tradicional definición del puesto y de las competencias que éste exige, al defender, entre otras cosas, las condiciones más malthusianas de acceso al mismo, escapan de alguna manera a la historia y a las divisiones entre las generaciones, categorías como las de los cuadros y los ingenieros agrupan a individuos separados, simultáneamente, tanto respecto a la trayectoria como respecto a la generación, entendida ésta como el conjunto de los productos de un mismo modo de generación asociado a un estado semejante de las posibilidades objetivas. En efecto, debido al hecho de la dualidad de los modos de acceso, por la titulación y por ascenso, y de las correlativas divisiones que constituyen un obstáculo para una defensa organizada de los modos de acceso y de los correlativos privilegios, estas categorías han resultado mucho más directamente afectadas por los efectos de la extensión de la escolaridad que, al aumentar el número de titulaciones que dan derecho al puesto, ha transformado la relación de hecho entre la titulación y el puesto, y la forma de la competencia por el puesto, entre los poseedores y no poseedores de titulaciones[39]. Además, las transformaciones de la economía se han manifestado en una transformación de las relaciones numéricas y jerárquicas entre las diferentes funciones de encuadramiento y de dirección, determinando con ello un brutal cambio en el sistema de posibilidades ofrecidas a los productos de los diferentes tipos de formación, autodidactas salidos de las propias filas del lugar de trabajo, ingenieros salidos de las pequeñas escuelas, ingenieros de las grandes escuelas científicas (Politécnica, Minas, etcétera), alumnos de los Institutos de Ciencias Políticas o de la Escuela de altos estudios comerciales. Resultando evidente que, una vez más, es en las diferencias de origen social y escolar, que han determinado, desde siempre, importantes diferencias entre los individuos que ocupan en un momento dado del tiempo unas posiciones formalmente idénticas, donde reside el principio de las diferentes respuestas que tanto unos como otros hayan podido dar a los cambios resultantes de las transformaciones de la economía. Por ejemplo, el fortalecimiento de las direcciones financieras y comerciales con respecto a las direcciones técnicas que resulta del fortalecimiento de la dominación de los bancos sobre la industria y del incremento de la internacionalización de los grupos industriales, de su capital, de sus dirigentes, de sus *patentes*, ha traído consigo una revalorización de las titulaciones y de las instituciones que conducen a esas posiciones –Ciencias Políticas o la ENA y la HEC por un lado, la Politécnica y las otras escuelas de ingenieros por el otro– y ha determinado, al mismo tiempo, una *redistribución de las posibilidades* ofrecidas a las fracciones de la burguesía que alimentan esas instituciones: así es como, con la ayuda del cambio de las estructuras económicas y con la mediación, principalmente, del Instituto de Ciencias Políticas, situado en la parte inferior de la jerarquía propiamente escolar de las escuelas de poder, la gran burguesía parisiense se ha reapropiado, sin duda más completamente que nunca, las posiciones dirigentes en la economía y en la alta administración del Estado

[39] En este aspecto, los profesores ocupan una posición intermedia entre los miembros de profesiones liberales y los ingenieros o los cuadros. No pudiendo controlar las condiciones de acceso, han tratado de controlar, al menos al nivel de la enseñanza superior, las condiciones de promoción (véase P. BOURDIEU, L. BOLTANSKI y P. MALDIDIER, "La defense du corps", *Information sur les sciences sociales*, X, 4, 1971).

(determinante de las réplicas colectivas e individuales de los Politécnicos que, por ejemplo, cada vez son más numerosos los que pasan por Harvard, Columbia o el M.I.T.). Es más, la aparición de un gran número de *posiciones nuevas*, que prometen unos beneficios por lo menos equivalentes a los de las posiciones establecidas –finales de carreras estrictamente previsibles– pero sin ofrecer las mismas garantías de seguridad, tiende a trastocar el sistema de las posibilidades diferenciales de beneficio: al menos en la fase en la que se presentan más arriesgadas y ofrecen los mayores beneficios, esas posiciones, situadas en unos puntos críticos de la estructura social, atraen prioritariamente a aquellos que deben a su origen social la inclinación a las inversiones arriesgadas, las relaciones necesarias para efectuarlas y las informaciones indispensables para triunfar.

Pueden distinguirse así, en una categoría como la de los ingenieros, unas familias de gustos correspondientes a unos subconjuntos de individuos separados tanto con respecto al capital cultural y escolar como con respecto a la antigüedad en la burguesía: en un extremo, el gusto pequeño-burgués de los ingenieros ya mayores que, originarios de las clases medias o populares, han llegado mediante ascensos o han pasado por escuelas de segunda fila y, en el otro extremo, el gusto burgués de los ingenieros jóvenes recién salidos de las grandes escuelas y pertenecientes a la burguesía desde una generación por lo menos[40].

Las mismas divisiones vuelven a encontrarse, *a fortiori*, en la categoría "cajón de sastre" de los cuadros, especie de lugar de paso donde se encuentran, a la vez, antiguos ingenieros, dotados con un capital cultural tradicional (lo más frecuente, científico), que ejercen funciones de autoridad (delegada); cuadros administrativos surgidos por ascenso (en el sector público, mediante concursos internos) al precio de un gran esfuerzo de recuperación escolar raramente sancionado por alguna titulación (si se exceptúan las titulaciones "de la casa"); jóvenes cuadros salidos de las grandes escuelas (Politécnica y Escuela nacional de administración) y destinados muchos de ellos a llegar a altas posiciones en el sector privado; y por último, cuadros de un tipo nuevo, con la mayor frecuencia destinados a funciones comerciales o de gestión, con un capital escolar (cuando lo tienen) adquirido en escuelas comerciales *(Business-schools)* o en los institutos de ciencias políticas, e inclinados a un estilo de vida que difiere del de la "vieja burguesía", de la que con frecuencia son originarios[41].

[40] Entre los ingenieros, el 48,8% han pasado por una escuela de ingeniería, el 6,5% han obtenido cualquier otra titulación de enseñanza superior. el 10,6% poseen una titulación que sólo necesita uno o dos años de estudios después del bachillerato, el 9,2% tienen por lo menos algún tipo de bachillerato, el 8,3% tienen una titulación de técnico, el 5,0% el BEPC, el 3,8% el CAP, el 4,7% el CEP, y el 3,1% no tienen ningún tipo de titulación (F. C., II). Dentro del mismo cuerpo pueden coexistir dos categorías separadas desde el origen por una diferencia de carrera de 6 u 8 años, que no hace sino ir luego en aumento: por un lado, los antiguos alumnos de la X, por el otro, los que han llegado merced a concursos internos y que, al perder en el nuevo cuerpo el beneficio de su antigüedad en el escalafón inferior, pueden tardar varios años en recuperar un nivel de remuneración equivalente al que hubiera sido el suyo en el cuerpo de origen. Los promocionados no llegarán a obtener el grado de ingeniero jefe hasta que se encuentren próximos a la edad de jubilación, grado que los politécnicos alcanzan entre los 35 y los 45 años, mientras esperan ir a "sestear" en alguna empresa privada.

[41] Como prueba lo que se denomina el "sesteo", es decir, el éxodo hacia el sector privado de la "élite" del sector público, las posiciones administrativas que se encuadran comúnmente en la categoría de cuadros superiores –con la excepción, quizá, de las grandes direcciones de la administración central– sólo representan, para los poseedores de las titulaciones más prestigiosas, una posición provisional, tanto más desdeñada cuanto más alto sea su origen social (así, los alumnos de la Escuela nacional de administración originarios de la clase dominante, y en especial los hijos de altos funcionarios, están más

Un joven ejecutivo que “sabe vivir”

Michel R., ejecutivo en una Agencia de Publicidad de París, hijo del presidente-director general de la filial francesa de una empresa multinacional de vanguardia, estudió en un colegio católico privado del distrito 17 y luego Ciencias Políticas; su mujer, Isabelle, hija de un industrial de provincias, también estudió Ciencias Políticas y trabaja en un semanario. Tienen 30 y 28 años respectivamente, y dos hijos; viven en París, en un piso moderno de cinco habitaciones en el distrito 15. Les gusta que sea “cómodo y acogedor”. No son mañosos para las cosas de la casa y no se han ocupado ellos mismos de arreglarla. “Nuestro predecesor la decoró. El color verde del comedor no me gustaba mucho, era un poco oscuro, luego nos acostumbramos, es que me aburre un poco ocuparme de la casa.” Sobre todas las puertas hay moldura: “Lo encuentro horrible, me gustaría quitarlas; el enchapado imitando el estilo del siglo XVI o XVII, o no sé qué, de este piso, es deplorable; lo soporto pero me pone nervioso” dice Michel, que ha quitado un poco pero “no he tenido valor de continuar”.

“El universo de los abuelos”

Su piso “es un poco el universo de los abuelos y de los bisabuelos que eran de la alta burguesía”; cuadros del abuelo de Michel “que se pasó la vida pintando y nunca trabajó”, y otros cuadros que les regalaron, uno de Beaudin, otro de Bissière y otro más de Folon. Pero a Michel, que “adora a los impresionistas en general y sobre todo a Bonard y Monet o Manet, el que pinta muchos paisajes, y Pisarro”, no le gustan.

Tampoco le gustan los bodegones ni los cuadros que “plantean problemas”: “Fernand Léger o cosas así, son horribles, pesados (...); ver dos o tres Braque es interesante, pero cuando ves 200 que tienen todos el mismo sistema, que siempre tocan el mismo tema, lo encuentro un poco triste, como de pesadilla (...) En la pintura me gusta el paisaje (...) Mi abuela tiene un Bonnard en su casa, es el único cuadro que tiene de mucho valor; nosotros no lo tendremos nunca porque somos muchos nietos, pero es maravilloso tener algo así, es increíble. A mí me gustan las cosas que no estén de moda, que sean intemporales”.

Isabelle no está completamente de acuerdo con su marido: “Hay cosas modernas que me gustan mucho, pero porque me gusta su colorido (...) por ejemplo Vieira de Silva (duda en el nombre), el Baudin que está detrás de ti me gusta mucho.” Ninguno de los dos visita mucho las galerías, dos o tres veces al año para ver exposiciones; vieron la exposición de Braque y seguramente irán a los impresionistas en la galería Durand-Ruel.

“Se veían montones de cosas de tipo medio”

La mesa y las sillas del comedor son de caoba, estilo inglés del siglo XVIII, y las compraron en Londres justo después de su boda: “No sé si hoy en día lo haríamos (...) compramos eso no sé por qué, seguramente es una buena inversión desde el punto de vista burgués.” Después de haber visitado muchos anticuarios, finalmente “compramos algo muy caro, pero hubiera costado el doble en París; veíamos montones de cosas de tipo medio pero nos decíamos: eso no nos va a gustar”. Traer a París el mobiliario “no planteó problemas, está exento de derechos de aduana, sólo hay que pagar el TVA”. En el salón, mobiliario antiguo y moderno, una biblioteca comprada en Roche-Bobois, un diván comprado en una tienda del Village suizo...

El coche de Michel es “un viejo 404”, mientras que sus jefes tienen un Jaguar y el Director del Servicio un Alfa-Romeo y un Lancia; “de vez en cuando me dicen: pero bueno, ¿cuándo vas a cambiar de coche? Eso les tranquilizaría, porque tienen miedo que vaya a ver a clientes con mi coche”.

“Eso es lo que está bien para la gente que trabaja en publicidad”

Aunque el fin de semana se pone “un pantalón viejo y feo”, en su vida profesional se viste correcta y elegantemente; compra sus trajes en Barnes, el sastre de los publicitarios que está en París, en la avenida de Victor Hugo. “Eso es lo que está bien para la gente que tiene éxito en publicidad, telas inglesas, Príncipe de Gales, con un poco de lujo (...) No es la clase de ropa que usa un alto funcionario, ni tampoco los banqueros (...); en la Banca hay que llevar una camisa de un solo color, la Banca no es ostentosa, mientras que en publicidad todo el mundo gasta lo que tiene (...) En nuestra profesión se clasifica fácilmente a la gente, hay clases, castas sociales y hay que asignar bien un producto a una casta. Cuando alguien nuevo viene a la Agencia, con una ojeada basta (...) El que lleva un traje de terciopelo con grandes vueltas es que tiene que compensar algo, que no está tan seguro de sí mismo como quiere demostrarlo a los otros”. Durante un tiempo “hubo en la Agencia un director financiero de una clase muy modesta; cuando llegó iba tan mal vestido como un empleadillo laborioso.” Por ejemplo, según los cánones que tenemos, está mal visto llevar un traje con pequeñas vueltas, estrecho por abajo, un poco corto, de un color llamativo y una camisa que no le pega y una corbata estrecha.

“No es el mismo esnobismo de algunas secretarias”

“Por el contrario, ir demasiado a la moda también está mal visto” añade Isabelle, que viste a sus hijos “de una forma bastante clásica”, dando mucha importancia a la elección de los colores: “Me gusta que lleven de vez en cuando un bonito vestido bordado. También me gustan los abrigos ingleses, en realidad es algo snob, pero no es el mismo esnobismo de algunas secretarias de *L'Express* que visten a sus hijos en las pequeñas boutiques que acaban de crearse, Minimachin, Minipêche, Minitout, que tienen unos precios de locura y que son una copia del padre en pequeñito.” Esas secretarias van “todas bien vestidas, según mis cánones, no combinan mal los colores (...) Hubo algunas chicas que cuando llegaron se vestían con un gusto horrible, vulgar, barato y mal visto (...), y después de cuatro años terminan por vestir como las otras.” Isabelle tiene una amiga que siempre va vestida “con un gran estilo, es encantador, diría que es elegante, que tiene clase (...) Se nota un refinamiento en todo el conjunto.” El padre de Michel “va también muy bien vestido, refinado sin ostentación. Su sastre está en Londres”. La madre de Michel “tampoco hace excesos, siempre tendrá su precioso abrigo de piel bien hecho”; se viste con frecuencia en Londres.

“Empleadillos de provincias que ponen molinitos y enanitos”

“Los pequeño-burgueses no tienen ningún gusto es una expresión que se utiliza a menudo, pero siendo muy consciente de que se es racista.” (Michel e Isabelle recalcan así constantemente “guardar las distancias” con las prácticas de la antigua generación de la gran burguesía, sobre todo delante de un sociólogo, aun cuando sea la hermana de un amigo.) Los padres de Isabelle, industriales de provincia, son más severos o menos tolerantes: “A propósito del fenómeno de la pequeña burguesía, empleadillos de provincia que ponen en sus jardines esas cosas horribles, molinitos, enanitos, mamá decía que era un escándalo, que se debería prohibir a la gente que fabricara esas cosas; esto es totalmente autoritario, fascista, y en eso nosotros defendimos la idea de que cada uno tenía derecho a tener sus gustos”.

“Una comida muy ligera, verduras cocidas, queso”

En materia de cocina, igual que con la ropa o los muebles, existe el mismo rechazo a la pretensión, “al exceso”, el mismo sentido de “la distinción”. Sin ser “un enólogo que distingue los años”, Michel es “bastante experto en vinos”; su suegro, que tiene bodegas, les ha ido iniciando poco a poco; cuando van a su casa beben “Margot 1926, algo fabuloso que ya no se encuentra en los restaurantes (...) Por

ejemplo en mi medio soy yo el que escoge el vino en el restaurante; no lo hago mal, sé que un Cahors no tendrá el mismo gusto que un Saint-Estèphe o un Saint-Emilion (...) por lo general, nadie sabe escoger los vinos, si uno sabe aunque sea un poco, da la sensación de ser un hombre que sabe vivir." En su casa tienen algunos "magnums de Veuve Cliquot 1962" que han comprado: "Son cosas de calidad que se toman dos o tres veces al mes, y luego están los regalos de fin de año (...) En cuanto al whisky, bebemos Chivas, somos bastante exigentes, a pesar de todo". Compran vino bordelés, a quince o dieciocho francos la botella que vale cuarenta francos, un vino muy bueno. Por la noche, cuando están solos, preparan una cena muy ligera, verdura cocida, queso. Les gusta servir a sus amigos "escalopes a la crema, salteado de ternera, curry, y salmón" que compran a veces. A Michel le gusta mucho el hígado fresco de pato con uvas, asado bajo la ceniza, y el encurtido de oca. Ha estado en treinta de los cien mejores restaurantes de París citados por el "Gault y Millau", muchas comidas de negocios ("entre los treinta sólo ha pagado diez"). Tampoco le gustan los platos a la antigua moda, "cocina casera, en realidad", pero no le gustan los restaurantes sencillos ni "los platos extranjeros, la comida china o italiana".

"Es sano"

Michel e Isabelle son socios de un club de golf: "Es formidable, no la gente que va, que son viejos chochos; en Francia eso está muy caracterizado socialmente, pero en Japón el 30 % de la población es socia de un club". La inscripción les costó un millón, ya no van mucho, a causa de los niños, pero no han dejado de pagar las cuotas. Michel ya no juega al tenis: "Es muy duro para los nervios (...), hay que correr, hay que superar la red y para mí es un problema porque me duele la espalda (...), el golf es menos violento para los músculos". "Víctimas de la moda, este invierno se habla mucho de ello", van a practicar esquí de fondo. También han comprado bicicletas de carrera de segunda mano y el verano anterior hicieron muchas excursiones, "es sano".

Cuando era estudiante, Michel iba al TNP, al teatro de Aubervilliers, para ver a Gombrowicz y Brecht, pero ya no va; hace poco fueron a la Cartoucherie de Vincennes, a la Opera, y van al cine con bastante frecuencia. Tienen un aparato de música de alta fidelidad, un tocadiscos, y escuchan la Tribuna de las Críticas de discos en Francemusique. A Michel le gusta Mozart, *Las bodas de Fígaro,* Schubert, Bach, Beethoven. "Lo que es puramente moderno, por ejemplo Webern, no he conseguido iniciarme en ello." Michel, que lee poca literatura, novelas, va a leer a Tony Duvert (le gustan los libros "un poco estimulantes"; ha leído *Les gommes,* pero no le ha gustado). Lee principalmente "todo lo que trata de ciencias humanas", obras de psicología y de economía.

Retratos de ejecutivos

Un análisis somero de las ofertas de empleo publicadas en *Le Monde* en el curso de una semana, basta para darse cuenta del sistema de los rasgos característicos de la nueva clase de ejecutivos, más bien dedicados a la comercialización, como necesita el nuevo estado de la estructura de las empresas.

"Product manager", ingeniero comercial, adjunto al director comercial, adjunto al director financiero, "general sales manager", "sales engineer", tiene que ser ante todo buen negociador, con relaciones (3/7-1973) y:

"apto para contactos del más alto nivel": sabiendo actuar con "diplomacia" (4/7); gran sensibilidad para los "contactos de todo nivel" (4/7); "contactos de todo nivel" (7/7); "acostumbrado a contactos con la administración del más alto nivel, buen negociador" (7/7); "aptitud para contactos de alto nivel" (5/7); "contactos y negociación de alto nivel" (5/7); "negociación con los Bancos" (3/7); "tener a su cargo las relaciones con las administraciones, representar a la sociedad en el seno de organizaciones profesionales" (3/7): "apto para los contactos y actividades"; "apto para los problemas y contactos humanos, facilidad de palabra" (4/7);

"y para las negociaciones internas", es decir, para un jefe de servicio de administración de las ventas: "acción permanente de conciliación y arbitraje entre la venta y la dirección" (3/7); para un responsable de las compras; esta función exige el perfecto control de las relaciones entre un servicio de marketing y una unidad de producción; para un ingeniero comercial, "las negociaciones que deberá dirigir necesitan una actitud de comprensión y un espíritu de creación que su competencia autoriza (3/7); en fin, "coordinador entre los clientes, los vendedores, la administración, los técnicos post-venta y la fabricación";

que haya estudiado en las nuevas escuelas HEC, INSEAD, Escuela Superior de Comercio (ESC) o el Instituto Superior de Negocios (ISA) lo más frecuentemente nombrados juntos, con, eventualmente, cierto tiempo en una Universidad americana (6/7);

con aptitudes y actitudes adecuadas para pertenecer a empresas multinacionales o dedicadas al comercio internacional ("inglés, absolutamente indispensable"); léxico inglés: marketing, merchandising, etc., y anglicismos;

que sea apto para trabajar en equipo (7/7) *y tenga sentido de "la actividad"* (sustituto de "autoridad"); dinámico, dúctil (...) deberá poder integrarse en un equipo" (6/7; dirigir y "motivar" a un staff de 20 personas (3/7);

creativo y dinámico (como la empresa misma a la que la expansión obliga a dedicarse cada vez más a la exportación) (4/7); "dirigir, animar, formar un equipo" "dinámico y creativo" (4/7); dinamismo, espíritu de empresa, de síntesis y de equipo (3/7);

joven (joven ejecutivo);

disponible para viajar, con frecuencia tiene que prever desplazamientos y en particular estancias en los Estados Unidos.

Las mismas características se desprenden de la descripción de la evolución de los empleos "poco corrientes y por lo tanto caros" que se puede leer en un número de *Expansión* (junio de 1973, n.° 64, p. 139) bajo el título de "Los nuevos mirlos blancos": "El responsable del desarrollo" se paga a 70.000 u 80.000 F al año; "el controlador de gestión" entre 60.000 y 90.000. Gran demanda de "auditores internos que se buscan siempre con preferencia en Peat Marwick, Arthur Andersen o Price Waterhouse. Un "junior" se paga a 70.000 u 80.000 F; un "senior", de 110.000 a 120.000 F; "El analista de valor" continúa pagándose por lo menos a 60.000 F al año. "El responsable de la formación" ha dado un salto: 45.000 a 70.000 el año pasado, y de 50.000 a 80.000 este año. En los grandes Bancos se les paga incluso de 110.000 a 130.000. La misma subida en lo que respecta a "los directores de hipermercados". Este año se han destacado cinco candidatos: "el

responsable del mantenimiento", el "director de hotel", el responsable de "merchandising" (en el marco del plan de marketing trata de mejorar la implantación de la marca en los nuevos circuitos de distribución). El "merchandiser" de base recorre las secciones de los hipermercados para reservar a la marca que defiende el "máximo lineal"; el "responsable de los métodos administrativos " (analiza los circuitos y los tipos administrativos; su sueldo al contratarlos depende, en gran parte, como los auditores, de los despachos de donde vengan); el "controlador de fábrica" (el origen anglo-sajón de la función hace que se busquen los candidatos en un despacho de "charter accounting") ¿Y mañana? Dos nuevos mirlos blancos aparecen en el horizonte, los "audit-marketing" y los "audit-relaciones públicas".

El retrato del ejecutivo moderno, tal como se describía en 1973, parece haberse transformado desde entonces, sin duda porque la crisis ofrece condiciones más favorables a la antigua moda de mando (se ve también reaparecer al "dirigente" o "cabecilla", que según la frase de un informador es el que "sabe decir no sin explicar" y aumenta la demanda de especialistas de la producción y de directores comerciales formados sobre el terreno) y también porque las Escuelas de Ingenieros han reaccionado con la subida de las Escuelas de Gestión (con, por ejemplo, la creación del Instituto de Ciencias de la Acción en 1977). Según el sondeo del *Nouvel economiste* (8-11-1976) a directores de personal de 5.000 sociedades, las empresas siguen pidiendo "amplitud de mente", "dinamismo", "facultad de adaptación y de contacto", "espíritu de síntesis" y "temperamento motivado", pero insisten en la "fidelidad" (en Saint Gobain) y el "espíritu de equipo" (en el BSN y en Oréal). En fin, un 49 % dicen dar importancia a las posturas políticas y sindicales, contra un 33 % que dicen que no dan importancia a ese aspecto (18 % no contesta).

Todo parece indicar que a los diferentes modos de acceso que determinan el capital escolar y el capital social poseído (por promoción o por titulación) corresponden carreras muy diferentes, mucho más rápidas para los poseedores de capital escolar y de capital social, sobre todo en la segunda mitad de la carrera (los observadores están de acuerdo en decir que los autodidactas tienen sus mejores oportunidades en el periodo que va desde la entrada hasta la mitad de la carrera, situado en los alrededores de los 35 a 40 años). Pero los ciclos de vida profesional dependen también de las empresas, encontrándose los poseedores de titulaciones completamente de acuerdo con las grandes empresas, las únicas que pueden asegurar unas carreras de tipo burocrático. Y de hecho, como más adelante se verá, es entre los cuadros de las grandes empresas privadas donde se observan en su más alto grado todos los rasgos del nuevo estilo de vida burguesa.

Aunque los cuadros y los ingenieros detenten el monopolio de los instrumentos de apropiación simbólica del capital cultural objetivado bajo la forma de los instrumentos, de las máquinas, etcétera, que son indispensables para el ejercicio del poder del capital económico sobre ese capital, y deban a ese monopolio un poder real de mando y unos privilegios relativos en el seno de la empresa, los beneficios que produce su capital cultural son apropiados, al menos parcialmente, por los detentadores del *poder sobre ese capital*, es decir, por aquellos que poseen el capital económico necesario para asegurar la concentración y la ejecución del capital cultural. De ello se desprende que los cuadros y los ingenieros ocupan en la clase dominante una posición inestable que les lleva a una adhesión muy ambivalente con la empresa y con el "orden social": tanto en la reivindicación como en la rebelión, obedecen por igual a la preocupación por mantener la distancia legítima –la que han establecido los veredictos escolares– con los trabajadores ordinarios, o a la indignación meritocrática de ser tratados como éstos, y al sentimiento de una verdadera solidaridad de condición; y a la inversa, su ansiosa búsqueda de la integración en la clase, ya sea por ellos mismos, ya sea por sus hijos, deja siempre un lugar, variable según el estado coyuntural de sus intereses, a un resentimiento ambivalente contra las apuestas que no pueden ni apropiarse por completo ni mucho menos ignorar o rechazar totalmente. Todas estas disposiciones características de la categoría en su conjunto se encuentran, sin duda, elevadas a su mayor intensidad en aquellos que, al no poseer capital escolar o al menos el capital escolar más precioso en el momento considerado (por ejemplo, la titulación de gran escuela mejor que la de pequeña escuela, o una cultura económico-jurídica mejor que una cultura literaria o científica tradicional), o el capital social necesario para hacerlo fructificar en los mercados que ofrecen los porcentajes de beneficio más elevados, se ven relegados a posiciones de *técnicos*, es decir, de ejecutantes desprovistos, propiamente hablando, de poder económico, político o cultural: llevando consigo a las posiciones inferiores de la clase dominante las disposiciones pequeño-burguesas que les han sido válidas para acceder a dichas posiciones, se oponen en casi todos los aspectos a los jóvenes cuadros salidos de las grandes escuelas y

---

inclinados que los alumnos originarios de las clases populares y medias a estimar que es normal pasarse al sector privado a la salida de la ENA, o a un cierto plazo de la misma); esas posiciones administrativas constituyen, por el contrario "la culminación de una carrera de méritos" para los que han "salido mediante promoción de las propias filas de la administración"; en efecto, entre los individuos que el INSEE sitúa en los "cuadros superiores", el 6,2% no declaran ninguna titulación, el 16,7% declaran sólo el CEP, el 10,9% el CAP o un diploma equivalente y el 11,8%, el BEPC (F. C., II).

también, muy a menudo, de las grandes familias, que ocupan una parte importante de las nuevas posiciones ofrecidas por el sector privado[42]. La dispersión de la fracción, simple categoría de la estadística burocrática, pero también movimiento de defensa corporativo que se afirma en la *representación* que da y que se da, expresa la ambigüedad objetiva de la posición de los "cuadros", destinados a oscilar entre la colaboración y la distancia, y por consiguiente, a hacer la apuesta de *estrategias de anexión* que les permitan negociar su solidaridad; esa dispersión obedece también al hecho de que la palabra "cuadro" es uno de esos *títulos* que, en tanto que retribución asociada a la ocupación de una posición, constituyen uno de los instrumentos privilegiados de los juegos de lo nominal y de lo real.

Aunque la oposición entre las posiciones nuevas, con el estilo de vida correspondiente, y las posiciones establecidas no coincide exactamente con la oposición entre el sector privado y el sector público, es, sobre todo, en los cuadros del sector privado donde se encuentra el estilo de vida característico de la "nueva burguesía"[43]. Y de hecho, aunque la encuesta sólo capta de forma muy insuficiente los rasgos distintivos de la nueva burguesía[44], registra un conjunto de oposiciones ligeras pero sistemáticas entre los cuadros del sector público, originarios con mayor frecuencia de las clases populares y medias y más próximos a los ingenieros, y los cuadros del sector privado, más jóvenes, de origen social más elevado en su conjunto, habiendo estudiado a menudo en la HEC o en Ciencias Políticas, y próximos a los miembros de profesiones liberales. Los cuadros del sector privado frecuentan un poco más los anticuarios, eligen a Dalí y Kandinsky en contraposición con Vlaminck, Renoir y Van Gogh, que tienen la preferencia de los cuadros del sector público, el *Arte de la fuga* y *El concierto para la mano izquierda* más que *La Arlesiana, La Traviata, El crepúsculo de los dioses,* la *Pequeña música nocturna* y *Scherezade,* o también Aznavour, Françoise Hardy y Brassens más bien que Bécaud, Piaf y Jacques Brel, los ensayos filosóficos y la poesía más bien que las narraciones de viajes, las históricas y las obras clásicas; describen al amigo ideal como artista y distinguido en lugar de serio, *bon vivant* y ponderado; la decoración del hogar como arreglada, llena de fantasía y cálida en lugar de sobria, armoniosa y discreta. En resumen, poco diferentes con respecto a la estricta com-

[42] Y lo mismo sucede, en el otro sector del campo, con numerosos patronos, medianos o grandes, "llegados a fuerza de puños", cuyo *habitus*, como la barca que continuaba navegando por su propia inercia, de la que hablaba Hume, tiende a prolongar las virtudes de ascetismo y de ahorro, los gustos y los intereses de sus comienzos: es decir, que los patronos se distinguen no sólo según el tamaño y el estatus de las empresas que dirigen y, de forma inseparable, según los títulos de propiedad o de gran escuela que poseen, sino también, aunque en menor grado, según la trayectoria que los ha llevado a su posición. (Estos análisis han sido verificados y precisados después por el análisis de las propiedades de los patronos de las doscientas mayores empresas francesas; véase P. Bourdieu y M. de Saint Martin, "Le patronat", *Actes de la recherche*, 20-21, marzo-abril 1978, pp. 3-82.)

[43] La encuesta SOFRES, que los distingue, muestra que el 22% de los cuadros del sector privado tienen menos de 35 años y el 49% menos de 49 años, frente al 14% y 40%, respectivamente, de los cuadros administrativos del sector público (F. C., V). Los cuadros superiores de la función pública (categoría A) disponen de unos ingresos fiscales medios por familia de 47.323 francos frente a 62.803 francos para los otros cuadros superiores (F. C., I).

[44] En parte porque se inspiraba en la intención de captar disposiciones profundas, relativamente independientes del tiempo, la encuesta realizada en 1963 no constituía el mejor instrumento para captar las variaciones de las prácticas y de los sistemas de preferencias vinculados con las condiciones históricas: Por eso ha sido necesario recurrir al análisis secundario de una encuesta de mercado sobre "los consumos de los cuadros" (F. C., V) que, orientada por la preocupación por anticipar la demanda de bienes de lujo, estaba bien hecha para captar los consumos más distintivos de los nuevos estilos de vida.

petencia cultural (conocimiento de los compositores), los cuadros del sector privado y los cuadros del sector público se oponen claramente en todos los campos que dependen del orden del *ethos*.

Estas diferencias serían mucho más marcadas si cada una de las dos categorías no contuviera una fracción de individuos que presentan las propiedades dominantes en la categoría opuesta: antiguos alumnos de grandes escuelas de origen burgués que, de paso en las funciones superiores del sector público, están muy próximos a los ingenieros politécnicos o a los miembros de profesiones liberales; cuadros del sector privado originarios de las clases medias o populares y desprovistos de titulaciones académicas, que están muy próximos a los cuadros del sector público y de los ingenieros ordinarios.

Pero la nueva burguesía se caracteriza principalmente por oposición a la vieja burguesía industrial y comercial. Llegados más jóvenes a posiciones de poder, provistos con mayor frecuencia de titulaciones universitarias, perteneciendo más a menudo a empresas más importantes y más modernas, los cuadros del sector privado se distinguen de los patronos industriales y comerciales –burguesía de tradición, con sus vacaciones en balnearios, sus recepciones y sus obligaciones mundanas– por un estilo de vida más "modernista" y más "joven", más conforme en todo caso con la nueva definición dominante del dirigente (aunque la misma contraposición se encuentra entre los patronos): así, son los que más leen el diario financiero *Les Echos* (índice de penetración 126 frente a 91 para los patronos industriales); y los semanarios dedicados a la economía y a las finanzas (con un índice de penetración de 224 frente a 190 para los patronos industriales); parecen menos inclinados a invertir su capital en bienes inmobiliarios; se dedican con mayor frecuencia a deportes que a la vez son elegantes, activos y a menudo "cibernéticos", como la vela, el esquí, el esquí náutico, el tenis y, en segundo lugar, la equitación y el golf; y a la práctica de juegos de sociedad que sean simultáneamente "intelectuales" y elegantes, bridge y sobre todo ajedrez. Y antes que nada, se identifican más totalmente con el papel del cuadro moderno, orientado hacia el extranjero (tienen, junto con los cuadros del sector público y los ingenieros, el porcentaje más alto de viajes al extranjero) y abierto a las ideas modernas (como lo testimonia su muy alta participación en coloquios y seminarios profesionales). Puede verse un último índice de esta oposición, menor en apariencia pero muy significativo, en el hecho de que los cuadros del sector privado tienen en bastante mayor número (proporcionalmente) whisky en su casa, mientras que los patronos industriales y comerciales permanecen más apegados al champán, bebida tradicional por excelencia[45]. Esta combinación de propiedades al mismo tiempo lujosas e intelectuales, que parecen incompatibles porque se asocian de ordinario a unas posiciones diametralmente opuestas en la clase dominante, contrapone a la nueva burguesía de los negocios tanto a los profesores como a los patronos tradicionales, cuyos automóviles de lujo, vacaciones en hoteles, barcos, golf, evocan unas disposiciones éticas tenidas ahora como

[45] El 81% de los cuadros del sector privado, el 80% de los ingenieros, el 74% de los miembros de profesiones liberales, el 69% de los cuadros del sector público, el 62% de los patronos industriales, el 60% de los patronos comerciales y el 58% de los profesores dicen que tienen permanentemente whisky en su casa, mientras que el 80% de los patronos industriales, el 75% de los patronos comerciales y de los miembros de profesiones liberales, el 73% de los cuadros del sector privado, el 72% de los cuadros del sector público y de los ingenieros, y el 49% de los profesores dicen tener champán.

El "turismo de negocios"

Los "seminarios-recompensa" y los "seminarios de prestigio", como los llama el lenguaje "indígena", forman parte de ese conjunto de beneficios ocultos que las empresas modernas ofrecen a sus cuadros. Los "seminarios residenciales" (es decir, los que duran más de un día y se desarrollan fuera de la empresa, cuyo número estaba evaluado en 25.000 anuales en 1973) ocupan una industria de las más florecientes, que asocia los hoteles especializados en el "turismo de negocios" (Novotel, Frantel, Sofitel, P.L.M., Méridien, Mercure, Motellerie), las cadenas (como Seminotel) que aseguran la promoción de un conjunto de hoteles especializados en seminarios y congresos con una media del 4% de cifra de negocio, y las firmas de consejo y asesoramiento (Cegos o Sema) y sus psicólogos que ofrecen a la carta (véase el "catálogo" de la Cegos y sus 294 "estilos" con una tarifa de 200 a 600 francos diarios), "seminarios de creatividad" y "animadores" encargados de organizarlos. Séminarc es la invención de un antiguo alumno del INSEAD que, para rentabilizar la estación de Les Arcs durante los seis meses muertos del otoño y la primavera, ha hecho de ella un centro de seminarios. Como dice el semanario económico de donde se han tomado estas informaciones (*L'Expansion*, diciembre 1973), "el otoño y la primavera son propicios para el recogimiento y la meditación de los cuadros superiores". La temporada baja de invierno está reservada para los "seminarios de reciclaje-recompensa para las redes de ventas que han trabajado bien", mientras que la temporada alta acoge los seminarios de prestigio del *top-management*, y los clientes importantes. Puede creerse a Gilbert Trigano, que conoce bastante todo esto, cuando dice: "En el Club Mediterráneo, de aquí a veinte años, habrá, sin duda, un 50% de falsos congresos y un 50% de verdaderas vacaciones." Los que se interrogan sobre las causas de la inflación deberían tener en cuenta, entre otros factores olvidados, el hecho de que los hombres de negocios, con su "turismo de negocios", sus "regalos de empresa", sus vehículos de representación, constituyen una fuente de buenos negocios para los hombres de negocios.

"Confesión de un seminarista"

Organizar vuestro seminario es nuestra vocación.
Club Mediterráneo

"La angelical sonrisa de las azafatas del Club, las formalidades cumplidas con toda celeridad, la puntualidad de nuestro avión (¿les he dicho que viajábamos a Túnez?), lo reconozco, el viaje fue muy agradable, así como la acogida en el *village*. Y Djerba la Douce es realmente un pequeño paraíso. En seguida llegaron los grupos que venían de Lyon y Bruselas en avión especial, como nosotros. Cambio de vestuario (el sol obliga), y después presentación del programa y del Club. Y en dirección a la mesa de la abundancia del Club, que bien merece su nombre, palabra de gastrónomo. En seguida, no podía ser de otra manera, me he encontrado en bermudas: ¿Es que hay otro medio de hacer esquí náutico?

"¿Y el trabajo? Ha comenzado al día siguiente y se ha continuado todos los demás días, siempre por la mañana. En excelentes condiciones: una sala agradable y bien equipada, con aparatos de proyección, micrófonos para intervenciones, etcétera. Otro buen punto para el Club.

"Esto facilitó las exposiciones y los debates, que fueron animados y con el mejor espíritu. El resto del tiempo: excursiones, conciertos, deporte... nunca obligatorio, *farniente*, y espectáculos, *soirées*, sin olvidar el *night-club*. Hasta cena de gala el último día.

"Se acabó. ¡Bien, este seminario! Y fructuoso: cuando se puede estar distendido se trabaja en buenas condiciones y con eficacia. No quiero dar la impresión de que predico para mi santo, pero ¿tienen algo mejor para proponer que el Club?"

L'Expansion, n.° 63, mayo 1973.

"Dos seminarios de 3 estrellas"



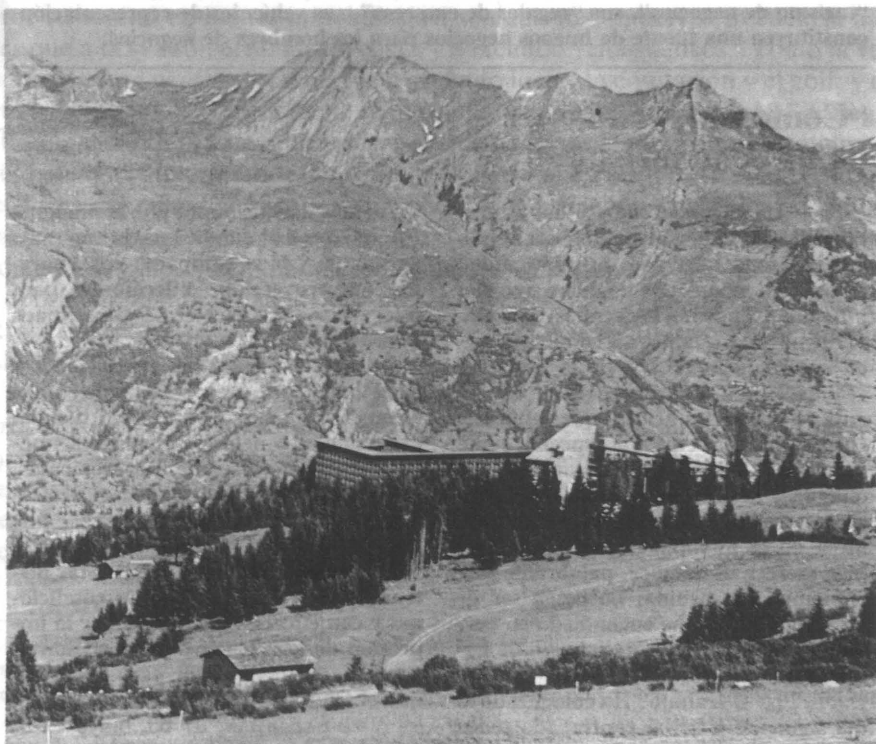
"5 hoteles":
Hotel de Les Trois Arcs (muy buen *confort*)
Hotel de La Cascade (lujoso)
Hotel Pierre Blanche (muy buen *confort*)
Hotel de La Cachette (alto *standing*)
Hotel del Golf (alto *standing*)

Todas las habitaciones tienen cuartos de baño y w.c. independientes, teléfono, radio, etc.
12 restaurantes en Arc Pierre Blanche y en la montaña, 2 restaurantes en Arc Chantel.

"Seminarios en los que se respira"

"La naturaleza domina todo en Les Arcs; desde la estación se contempla todo el valle del Isère, que en este lugar no es todavía más que un vivo torrente de montaña. La privilegiada orientación de este valle permite aprovechar el sol al máximo.

"Tanto desde nuestras habitaciones como desde nuestras salas de trabajo, ustedes dominarán con una sola mirada todo el panorama del macizo del Mont Blanc."



Documentos *Seminario*

Tarifas 1975-76

(1.º diciembre 1975-30 noviembre 1976)
600 habitaciones hoteleras de "3 estrellas". Precio por día y por participante.

número de participantes	temporada normal	TEMPORADA ALTA (vacaciones escolares 2-1-76/20-3-76) 2D. 1 noche 3D. 2 noches	4D. 3 noches	5D. 4 noches 6D. 5 noches 7D. 6 noches
de 10 a 25	170	250	235	205
de 26 a 50	165	245	230	200
de 51 a 75	160	240	225	195
de 76 a 100	155	235	220	190
de 101 a 200	145	230	195	185
de 201 a 300	135	225	190	180

"Me he encontrado con seminaristas contentos"

"Si existe un lugar privilegiado para que tengan éxito los Congresos y Seminarios, este lugar es Mont d'Arbois en Megève (Alta Saboya), en el centro del macizo del Mont Blanc.

"Allí me he encontrado con seminaristas y congresistas bronceados, relajados, en fin, resumiendo, contentos de estar allí. Para trabajar, por supuesto, pero en un marco propicio para cambiar de costumbres y para el descanso.

"Por lo que respecta al trabajo, el hotel del Mont d'Arbois responde a las particulares exigencias de cada empresa. El equipo es muy completo: salas de conferencias y salas de comisiones que pueden acoger de 20 a 200 personas, aparatos audiovisuales, cabinas de traducción simultánea... así cada prestación está organizada 'a vuestra medida'.

"Se puede llegar allí por avión con Air Alpes (París está a 90 minutos del Mont d'Arbois), por tren (una noche nos separa de la capital), y por carretera (lo que os permite elegir vuestro itinerario).

"Por lo que respecta a las distracciones, es el paraíso. Según la temporada, esquiarán en el centro del fantástico macizo del Mont Blanc o harán uno de los más bellos recorridos de golf de Francia. El hotel también pone a vuestra disposición las pistas de tenis y la piscina cubierta, con sauna y gimnasio.

"Para aquellos a quienes no les gusta el deporte, pueden contar con paseos muy agradables en un paisaje excepcional y en el encantador pueblo de Megève, con múltiples posibilidades. En el propio hotel, pueden prepararse alegres veladas, siempre que se soliciten, con decoración, orquesta e incluso *vedettes*. Por lo que se refiere a la mesa, este hotel de gran clase ofrece una cocina irreprochable, con un servicio particularmente atento. En cuanto a los precios, tranquilícense, son muy competitivos, sobre todo en septiembre y diciembre. El mejor medio para convencerse es consultar al hotel del Mont d'Arbois y comparar (teléfono 50/21 25 03, pregunten por M. Thommen o M. Ziegler).

"Un último detalle: se ha comprobado que la altura estimula las facultades intelectuales. El Mont d'Arbois está a 1.300 m... vuestros seminarios serán más eficaces."

(Publicidad) *Entreprise*, 977, 31-5-74

un poco "pasadas de moda". Pero la misma se opone también a los miembros de profesiones liberales, y a la combinación un poco distinta del lujo y de la cultura que les caracteriza, con una fuerte inserción en la vida económica que atestigua la lectura de diarios (*Les Echos*) y de semanarios (*L'Expansion*, *Entreprise*) económicos, con una actividad profesional que implica un estilo de vida modernista y cosmopolita, con sus distantes y frecuentes viajes de negocios (en avión), sus comidas y cócteles profesionales, sus coloquios y seminarios.

Conociendo el peso determinante que la lectura de diarios y semanarios económicos tiene en la caracterización de la nueva burguesía, es importante recordar que, según una encuesta realizada por el IFOP en 1973, el 20% de los lectores de *Entreprise* pertenecen a empresas que cuentan con más de 1.000 asalariados; que el 20% trabajan en la industria química, aeronáutica, automovilista, mecánica o electrónica, mientras que las empresas correspondientes no representan más que el 2,6% de las empresas francesas; y que sólo el 6% pertenecen a empresas de construcción y obras públicas, que representan el 13,5% del conjunto de las empresas; que los establecimientos financieros, las sociedades de servicios y de distribución tienen una proporción relativamente importante de suscriptores, al contrario que las empresas comerciales, hoteles, cafés y restaurantes (que constituyen una proporción muy importante del total de las empresas); que, ya dentro de las empresas, el 4,6% de los lectores son jefes de empresa o miembros de la dirección general; que el 15% cumplen una función comercial, el 12% una función administrativa y sólo el 10% una función de producción (*Entreprise, caractéristiques professionelles des lecteurs, Résultats de l'enquête IFOP*, París, Régie presse, 1973, 20 pp.). Se sabe por otra parte (F. C., VI) que los lectores de *Entreprise*, de *L'Expansion* (que presentarían unas características semejantes, pero sin duda más acentuadas aún) y de *Les Echos*, se distinguen particularmente del público de los demás órganos de prensa en que les gusta hablar de economía y de negocios, que realizan frecuentes viajes de negocios en Francia y por el extranjero, que poseen una carta de crédito, que leen revistas en lenguas extranjeras, que tienen un mobiliario de estilo actual –indicador muy equívoco aunque, por otra parte, haya podido observarse una sistemática conexión entre la nueva burguesía, los nuevos barrios, los inmuebles modernos y el mobiliario moderno–. Es posible precisar la imagen de esta nueva burguesía considerando las características de la población de los antiguos alumnos del INSEAD (Instituto Europeo de la Administración de los Negocios) que, originarios en buena parte del patronato tradicional, han adquirido en esta original institución escolar (la enseñanza se da en ella, en gran parte, en inglés, por un cuerpo de profesores internacional, con frecuencia de formación norteamericana) las capacidades necesarias para operar una reconversión con éxito hacia los puestos de cuadros (sobre todo comerciales y administrativos) de empresas multinacionales, especialmente norteamericanas. Estos "jóvenes cuadros dinámicos", lectores de *L'Expansion* (63,5%), de *L'Express* (53%), de *Entreprise* (33%) y, secundariamente, de *Le Nouvel Observateur* (22,5%), practican el esquí (71,5%), el tenis (58%), la vela (37%), la equitación (23,5%). Sus esposas, enroladas a menudo en las nuevas profesiones (el 10% de las que trabajan son periodistas, el 6% intérpretes, el 12% médicos o psicólogos), participan de las mismas disposiciones modernistas (el 84% hablan, al menos, una lengua extranjera) pero siguen estando más apegadas a las formas tradicionales de cultura (el 28% visitan por lo menos una vez al mes museos o exposiciones). (Véase J. Marceau, *The Social Origins, Educational Experience and Career Paths of a Yougn Busines Elite, Final report for SSRC Grant of 1973-1975,* París, 1975, 117 p., dactilografiado.)

La lucha por la inclusión en una clase determinada que se desarrolla ante todo en el seno de las empresas y que tiende a subordinar la producción a la publicidad, el *engineering* al *marketing* –lucha con la que cada categoría de dirigentes intenta promocionar sus intereses profesionales, haciendo que se acepte una escala de valores que sitúa en la cima de la jerarquía las funciones para las que se sienten mejor dotados– y todas las luchas de igual clase que se desarrollan en el seno de la fracción dirigente de la clase dominante, son inseparables de los conflictos de valores que determinan toda la visión del mundo y todo el arte de vivir[46] porque no contraponen sólo unos intereses de categorías, sino también unas carreras académicas y profesionales y, por medio de éstas, unos reclutamientos sociales diferentes y, en consecuencia, unas diferencias últimas de *habitus*. Así, por ejemplo, los directores financieros de las mayores empresas (véase *L'Expansion*, abril 1975 y julio-agosto 1975) que proceden casi todos de Ciencias Políticas o de la HEC, poseen un capital social muy importante (relaciones familiares, compañeros de promoción), pertenecen con frecuencia a clubes, figuran casi todos en el *Who's Who* y en una buena parte en el *Bottin mondain*, se oponen sin duda, en todo aquello que constituye el estilo de vida, a los directores de "investigación-desarrollo" que, procedentes casi siempre de las escuelas de ingenieros, y originarios más a menudo de las clases populares o medias, emplean su tiempo libre de forma muy parecida a como lo hacen los profesores (montaña, marcha, etcétera). Es decir, que las transformaciones de los puestos (y de sus ocupantes) se acompañan inevitablemente de todo un trabajo simbólico con vistas a hacerse *reconocer* en las representaciones, y por consiguiente, con una lucha permanente entre los que intentan imponer el nuevo sistema de enclasamiento y los mantenedores del antiguo. El gusto se encuentra en la base de estas luchas simbólicas que enfrentan, en cada momento, a las fracciones de la clase dominante y que serían menos absolutas, menos totales, si no se basaran en esa especie de adhesión primitiva, de creencia elemental, que une a cada agente con su estilo de vida: la reducción materialista de las preferencias a sus condiciones económicas y sociales de producción, y a las funciones sociales que cumplen las prácticas en apariencia más desinteresadas, no debe hacer olvidar que en materia de cultura, las *inversiones* no son sólo económicas sino también psicológicas. Los conflictos sobre el arte o sobre el arte de vivir que tienen como verdadera apuesta la imposición del principio de dominación dominante en el seno de la clase dominante o de tal o cual campo específico –o, en otro tipo de lenguaje, la obtención de la tasa de conversión más favorable para la especie de capital del cual se está mejor provisto– no tomarían una forma tan dramática (piénsese, por ejemplo, en los debates sobre el *curriculum* o los programas escolares) si no se vieran envueltos en ellos los valores últimos de la persona, esa forma muy sublimada de los intereses.

---

[46] En estas luchas, en las que los discursos sobre el mundo social –aunque se trate de los que llevan el marchamo científico– constituyen casi siempre estrategias de imposición simbólica (que se ignoran como tales), el recurso a las "autoridades" desempeña un papel muy importante. De ahí el alto rendimiento simbólico de los "estudios norteamericanos", espontáneamente acreditados con la objetividad de una "ciencia" de alguna manera doblemente neutra, puesto que es extranjera. Se sabe, por ejemplo, el uso que se ha hecho de los análisis críticos de John Mac Arthur y Bruce Scott, según los cuales la empresa francesa concede la prioridad a los problemas técnicos sobre los problemas de gestión financiera y de *marketing*; al futuro de la firma concebido en términos de progreso tecnológico y de investigación de nuevos procedimientos más que en términos de producción de productos para el consumo de masas realmente rentables, etcétera.

La nueva burguesía es la iniciadora de la conversión ética exigida por la nueva economía, de la que obtiene su poder y sus beneficios y cuyo funcionamiento depende tanto de la producción de necesidades y consumidores como de la producción de los propios productos. La nueva lógica de la economía sustituye la moral ascética de la producción y de la acumulación, fundada en la abstinencia, la sobriedad, el ahorro, el cálculo, por una moral hedonista del consumo, fundada en el crédito, el gasto, el disfrute. Esta economía quiere un mundo social que juzgue a los hombres por sus capacidades de consumo, por su *standing*, por su estilo de vida, tanto como por sus capacidades de producción. Encuentra sus convencidos portavoces en la nueva burguesía de los vendedores de bienes y servicios simbólicos, patronos y cuadros de empresas de turismo y periodismo, de prensa y de cine, de moda y de publicidad, de decoración y de promoción inmobiliaria: mediante sus consejos disimuladamente imperativos y su ejemplo de un arte de vivir que ellos viven como ejemplar, los nuevos *taste makers* proponen una moral que se reduce a un arte de consumir, de gastar, de disfrutar. Por medio de llamadas al orden que toman las apariencias de consejos o de llamadas de atención, mantienen, sobre todo en las mujeres –sujetos y objetos privilegiados de los actos de consumo–, el temor de no estar a la altura de los innumerables deberes de consumidor que implica el estilo de vida "liberado", y el sentimiento de no poseer las disposiciones indispensables para cumplirlos, forma inédita del sentimiento de indignidad moral.

Compuesta por los miembros de las fracciones dominantes que han operado la necesaria reconversión para adaptarse al nuevo modo de apropiación del beneficio que implica la transformación de la estructura del campo de las empresas, la nueva burguesía está en la vanguardia de la transformación de las disposiciones éticas y de la visión del mundo que se realiza en el seno de la burguesía, que a su vez se encuentra en la vanguardia (como lo muestra la tabla 22) de una transformación general del estilo de vida, que se pone particularmente de manifiesto en el orden de la división del trabajo entre los sexos y de la manera de imponer la dominación. Es ella la que inventa o importa (de los Estados Unidos) el nuevo modo de dominación, fundado en la *manera suave*, tanto en la escuela como en la iglesia o en la empresa, y en ese estilo de vida "relajado" que se manifiesta ante todo con una forma eufemística de todas las manifestaciones –en particular las relacionadas con la manera de vestir– de la distancia social y con un estudiado abandono de la rigidez aristocrática apropiado para asegurarlo. Sólo los ingenuos pueden ignorar, después de tantos trabajos históricos sobre la simbólica del poder, que las modas en el vestido y en la cosmética constituyen un elemento capital del modo de dominación. Y toda la oposición entre el "viejo juego" y el "nuevo juego", entre el patronato integrista y el patronato modernista, informado de las últimas técnicas del *management*, de las relaciones públicas y de la dinámica de grupo, puede leerse en la oposición entre el patrono ventripotente y afectado, y el cuadro bronceado, esbelto y "relajado", tanto en su aspecto como en sus maneras, tanto en los cócteles como en las relaciones con aquellos a los que denomina "compañeros sociales".

La distinción burguesa se define siempre, tanto en la manera de hablar como en la manera de mantener el cuerpo, por *la relajación en la tensión*, la soltura en la manera de manifestarse y de contenerse, singular combinación, altamente improbable, de propiedades antagónicas. Y todo sucede como si la lucha que enfrenta a la vieja burguesía con la nueva tuviera como apuesta el privilegio otor-

Tabla 22—Variaciones de las disposiciones éticas

	agricultores	patronos industriales y comerciales	obreros	empleados, cuadros medios	cuadros superiores, miembros profesiones liberales
un muchacho puede salir solo antes de los 18 años (1959)	39	29	42	40	**62**
una chica puede salir sola antes de los 18 años (1959)	12	5	14	14	**26**
hay que dejar a los muchachos de 18 años que vean los filmes que quieran (1971)	56	62	69	**70**	69
hay que dejar a las chicas de 18 años que vean los filmes que quieran (1971)	55	58	63	**66**	66
las escuelas mixtas son una buena cosa para la educación de los muchachos (1971)	59	64	75	81	**87**
las escuelas mixtas son una buena cosa para la educación de las chicas (1971)	55	64	74	78	**86**
la venta de la píldora anticonceptiva a las menores no casadas se haría sin la autorización de los padres (1967)	8	18	13	20	32
abortar no es cometer un crimen (1971)	24	*	44	**56**	47
parece preferible confiar en los hijos dejándoles mucha iniciativa (1972)	60	60	58	65	**70**
es imposible para los jóvenes vivir de otra manera (sin gastar dinero) (1972)	34	41	42	**48**	41
un muchacho (no) puede salir solo (más que) a partir de los 18 años (1959)	58	71	56	58	38
una chica (no) puede salir sola (más que) a partir de los 18 años (1959)	83	**88**	82	82	70
no hay que dejar a los muchachos de 18 años que vean los filmes que quieran (1971)	38	33	25	26	26
no hay que dejar a las chicas de 18 años que vean los filmes que quieran (1971)	**38**	**38**	31	30	28
las escuelas mixtas son una mala cosa para la educación de los muchachos (1971)	**21**	**22**	18	13	8
las escuelas mixtas son una mala cosa para la educación de las chicas (1971)	**24**	**24**	20	15	9
la venta de la píldora anticonceptiva a las menores no casadas (no) se haría (si no es con) la autorización de los padres (1967)	74	70	**78**	76	62
abortar es cometer un crimen (1971)	**59**	*	**43**	36	**43**
parece preferible decir a los hijos lo que tienen que hacer y evitar mostrarse débiles con ellos (1972)	36	34	**40**	29	25
los jóvenes gastan demasiado dinero (1972)	**50**	47	45	37	37

*En esta encuesta, los patronos habían sido agrupados con los cuadros superiores y los miembros de profesiones liberales

Fuente: Instituto francés de la opinión pública.

Aquí, como en cualquier tipo de interrogación sobre la moral doméstica, la propensión al liberalismo o al laxismo tiende a aumentar a medida que se sube en la jerarquía social (relación que, como lo muestran numerosas estadísticas no reproducidas aquí, se invierte de forma muy regular cuando lo que está en juego es el orden social y no ya el orden moral). No es necesario entrar en un análisis a fondo de todas las variaciones para ver que las clases superiores se encuentran siempre en la vanguardia de la innovación ética. Todo parece indicar (y en particular el hecho de que los empleados y los cuadros medios se muestren mucho más rigoristas en la encuesta de 1959 que en las encuestas ulteriores) que la nueva moral pedagógica y la nueva moral sexual, de la que aquélla se solidariza, tienden a imponerse cada vez con mayor amplitud, debido sin duda, por una parte, al efecto de imposición de legitimidad que ejercen continuamente las revistas femeninas y los órganos especializados en la educación de las mujeres y de las familias, pero también y sobre todo, a causa de la generalización del acceso de las chicas jóvenes de la burguesía a la enseñanza superior, que ha determinado, tanto por la experiencia prolongada de la condición de estudiante como por el efecto del contenido de la enseñanza, una modificación de todo lo que, en la moral burguesa, era de la incumbencia de las mujeres y, en especial, de todos los valores que estaban confiados a su custodia. La categoría de los empleados y de los cuadros medios reagrupa aquí a la pequeña burguesía establecida y a la nueva pequeña burguesía (jóvenes empleados, servicios médico-sociales, etc.), que ha pasado con mayor frecuencia y durante más tiempo por la enseñanza secundaria o superior, y de la que puede suponerse que, al ser particularmente sensible a la legitimidad del nuevo estilo de vida al que aspira, represente la vía de penetración privilegiada de la nueva moral.

gado a uno o a otro de los contrarios que tiene que conciliar la distinción: mientras que los *juniors* de la clase dominante y la nueva burguesía denuncian el crispado rigor de la vieja burguesía "de cuello alto" y predican la "distensión" y el estilo de vida "relajado", la vieja burguesía condena el estilo de vida "relajado" de la nueva burguesía y reclama, en materia de lenguaje o de costumbres, mayor corrección y mayor contención.

Podría dibujarse una especie de retrato compuesto de la hexis corporal de la nueva burguesía, a partir de los retratos de los "hombres de la promoción inmobiliaria" presentados por la revista *Entreprise* (894, 27 de octubre de 1972), de los que damos a continuación dos muestras ejemplares: "Alto, delgado, bronceado, con traje gris y gafas de concha, W. S., 32 años, licenciado en derecho, diplomado de la Escuela superior de comercio de París, hijo de industrial, se confiesa apasionado por su trabajo, pero sabe concederse el tiempo necesario para jugar al golf y al tenis, y para leer algunas novelas contemporáneas." "Alto, delgado, de frente despejada, sonriente", J. C. A., 55 años, licenciado en derecho, hijo del presidente del sindicato de agentes de bolsa de París, "se encuentra igual de cómodo y seguro de sí entre sus pares que ante los poderes públicos (...). Si desde hace varios años se ha desinteresado del póker, en sus horas perdidas le gusta 'respirar' en los campos de golf o tocar el órgano". Así, originario casi siempre de la gran burguesía de los negocios, antiguo alumno de uno de los grandes liceos parisienses y posteriormente de un establecimiento de enseñanza superior, el promotor inmobiliario ideal o típico-ideal se declara aficionado al arte o a la música clásica y se entrega a uno o más de los deportes elegantes, con frecuencia el esquí, el golf o el tenis, pero también la equitación, la pesca submarina, la vela, la caza, la aviación –lo que se manifiesta en su "aspecto deportivo" y en su rostro "bronceado", y también, negativamente, en su "delgadez". En cuanto al uso del vestuario que, como se ha mostrado en otro lugar (véase P. Bourdieu y Y. Delsaut, "Le couturier et sa griffe", *Actes de la recherche*, I [1], enero 1975, pp. 7-36), es solidario con esa relación con el cuerpo y con las disposiciones éticas que en aquélla se expresan, bastará con citar un artículo de *Le Figaro* (1-12-1975) que, después de haber indicado que a Antoine Riboud, presidente de BSN, le gustan los conjuntos deportivos y cómodos, y que Gilbert Trigano raramente lleva corbata, da testimonio de que el vestuario, como el lenguaje o cualquier otra propiedad, forma parte de las estrategias casi conscientes de manipulación: "Un joven industrial francés nos ha declarado: 'Yo tengo tres maneras de vestirme. Cuando voy a las reuniones del comité de desarrollo regional, donde me encuentro con banqueros y funcionarios, tengo que vestirme de manera muy estricta. En los negocios, mis trajes son bastante poco convencionales, porque trabajo en la industria del mueble, próxima a la decoración. Para la visita de las fábricas, *me presento* con cazadora y cuello cisne'" (la cursiva es de P. Bourdieu).

El estilo de vida de la nueva vanguardia ética expresa de manera muy directa la estructura del patrimonio que se encuentra en la base de su poder y de sus condiciones de existencia. Cuadros de grandes empresas nacionales, públicas o privadas (distinción bastante artificial, a este nivel) o patronos de grandes empresas modernas, con frecuencia multinacionales, no se encuentran ligados con un lugar a la manera de los pequeños patronos de las empresas locales, notables locales, cuyo prestigio es inseparable de un universo de interacciones reales, y de toda una labor de representación. Remitidos sin cesar a un "centro", a las direcciones centrales de las que esperan órdenes y promoción, deben en buena parte su

prestigio y su poder a las titulaciones académicas, también éstas nacionales o internacionales, y están más emancipados de los privilegios y prestigios locales, cada vez más devaluados a medida que progresa la unificación de los mercados económico y simbólico que los sitúan en la jerarquía nacional o internacional. Convencidos de que deben su posición únicamente a sus titulaciones académicas y a la competencia técnica y "humana" ("dinamismo", "combatividad", etcétera) que se supone garantizan aquéllas, impregnados de la cultura económico-política que se enseña en los institutos de ciencias políticas o en las *Business schools* y de la visión modernista del mundo económico y social que le es solidaria y que ellos contribuyen a crear en sus coloquios, comisiones o seminarios, estos "cuadros dinámicos" han abandonado el champán de los patronos "Vieja Francia" (y toda la visión del mundo, y de Francia, y de Francia en el mundo que le acompañaba) por el whisky de los *managers*, el culto de las "bellas letras" –delegado en las esposas– por el gusto por la información económica, que se cultiva en inglés. Negación y futuro de los patronos de antaño, de los que a menudo son los herederos, y de los que no están separados, en el fondo, más que por el tiempo, y consecuentemente, con frecuencia, por la edad –lo que puede hacer creer en un efecto de generación en el sentido corriente del término–, ellos son los que dejan atrás para mejor conservar.

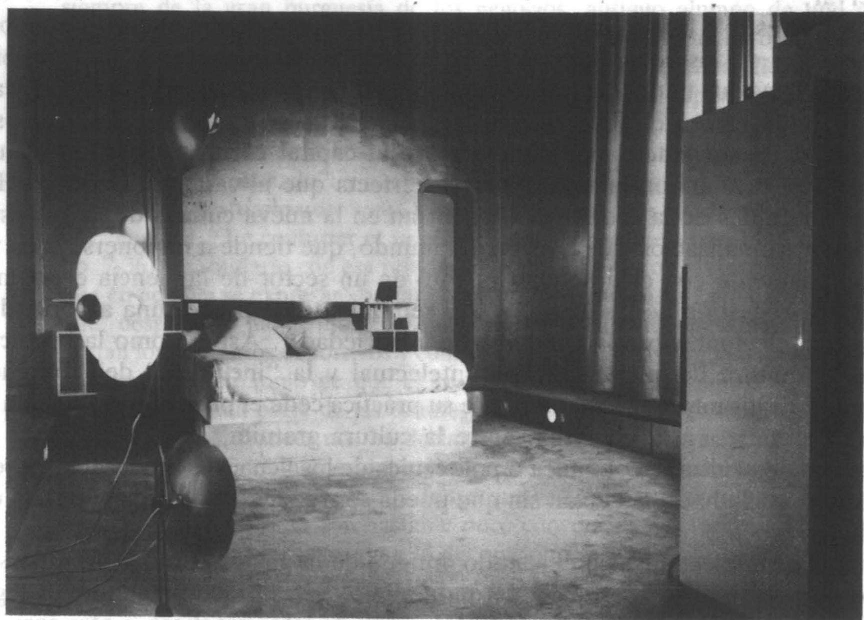
No es sólo la estructura interna de las fracciones dominantes, sino también la estructura de las relaciones entre las fracciones dominantes y las fracciones dominadas, las que tienden a transformarse profundamente cuando una parte cada vez más importante de la fracción dirigente debe, si no su poder, sí al menos la legitimidad de su poder, más directamente al capital escolar adquirido en una competición escolar formalmente pura y perfecta que al capital económico. Los nuevos dirigentes de la economía encuentran en la nueva cultura de la que están dotados –racionalización de su visión del mundo, que tiende a imponerse cada vez más ampliamente con el desenvolvimiento de un sector de la ciencia económica aplicada a la gestión de las empresas– el sentimiento de poseer una autoridad de derecho intelectual sobre la conducta de la sociedad[47]. Así es como la oposición entre la "cultura desinteresada" del intelectual y la "incultura" del "burgués" encerrado en los intereses ordinarios de su práctica cede el puesto, y no sólo en los nuevos burgueses, a la oposición entre la cultura gratuita, irreal e irrealista del intelectual y la cultura económica o politécnica de los "cuadros modernos", que se quiere orientada hacia la acción sin que pueda ser reducida a la indignidad de una simple "práctica".

Los intelectuales en el sentido antiguo de la palabra no deben, quizás, el hecho de conservar la apariencia del monopolio de las prácticas culturales legítimas, o al menos de la imposición de la definición de estas prácticas, a otra cosa que a la inercia de las instituciones de producción y de difusión cultural (y en particular del sistema escolar), a la histéresis de los *habitus*, que encuentran un permanente refuerzo en el hecho de que la cultura literaria y artística siga siendo la forma por excelencia de la cultura "desinteresada" y, por ello, la más legítima de las marcas de distinción con respecto a las otras clases; y sin duda también a la división del trabajo entre los sexos, que encierra a las mujeres en el privilegio del juicio del

[47] Sobre esta visión del mundo, véase P. Bourdieu y Boltanski, "La production de l'idéologie dominante", *Actes de la recherche,* II (2-3), junio 1976, pp. 3-8.

Los objetos no están ahí para cumplir una función técnica ni incluso estética, sino sencillamente para significar esta función y solemnizarla de alguna manera con su antigüedad, de la que da testimonio su pátina. Reducidos así al estado de instrumento de un ritual, nunca son interrogados sobre su función ni sobre su comodidad: forman parte de la aceptada necesidad sobre el modo del "eso es lo natural" a la que sus usuarios deben adaptarse.





"En un inmueble burgués (...) una vivienda resueltamente moderna, aunque no revolucionaria"; así es, según la periodista de *Maison et Jardin*, la vivienda de J.-J. Servan-Schreiber. Todo está subordinado en ella a la búsqueda de la eficacia y de la comodidad: "El dormitorio de los dueños de la casa. Los muros tapizados de papel color plata están iluminados por una lámpara con tres proyectores (...). A cada lado de la cama, unas puertas en forma de entrada de camarote conducen al cuarto de baño; como supremo refinamiento, un interruptor permite encender, desde la propia cama, la luz del cuarto de baño".

***Maison et Jardin* n.° 162, abril 1970**

gusto y en las funciones de mantenimiento del capital cultural en su forma tradicional, reservando a los hombres la nueva cultura, orientada hacia la acción, la economía y el poder. Con lo que se encuentra confirmada, si es que fuera necesario, la tendencia de las fracciones dirigentes a pensar en la oposición entre "el hombre de acción" y el "intelectual" como una variante de la oposición entre lo masculino y lo femenino[48].

GRANDEZAS TEMPORALES Y GRANDEZAS ESPIRITUALES

Las diferentes especies de capital cuya posesión define la pertenencia a la clase y cuya distribución determina la posición en las relaciones de fuerza constitutivas del *campo del poder* y, al mismo tiempo, las estrategias que pueden adoptarse en esas luchas –"nacimiento", "fortuna" y "talentos" en tiempos pasados, capital económico y capital escolar en la actualidad– son simultáneamente unos instrumentos de poder y unas apuestas en la lucha por el poder, desigualmente poderosos en realidad y desigualmente reconocidos como principios de autoridad o signos de distinción legítimos según los momentos y, por supuesto, según las fracciones: la definición de la jerarquía entre las fracciones, o, lo que viene a ser lo mismo, la definición de los principios de jerarquización legítimos, es decir, de los instrumentos y de las apuestas de lucha legítimos, es a su vez una apuesta de la lucha entre las fracciones[49].

Debido al hecho de que los que participan en un juego se ponen de acuerdo sobre las apuestas, al menos lo bastante como para disputárselas, se puede, a voluntad, acentuar las complicidades que les unen en la hostilidad, o las hostilidades que les separan en la complicidad. Baste con evocar, por ejemplo, las relaciones tan ambivalentes que existen entre los artistas y los patronos artísticos que, por lo menos en el siglo XIX, a menudo eran simplemente patronos. Estos responden con una especie de patronazgo paternalista a las provocaciones simbólicas de los artistas, en nombre de una imagen, de hecho bastante realista, de lo que son los productores de bienes culturales, es decir, hijos de burgueses desligados de sus tradicionales ataduras o parientes pobres lanzados a estas trayectorias de susti-

---

[48] La distribución del público de las revistas según el sexo muestra claramente esta división de intereses (aunque, como por otra parte se sabe, esté siempre menos marcada en la clase dominante que en ninguna otra clase): la proporción de mujeres, muy pequeña entre el público de las revistas consagradas a la técnica, al automóvil, a la economía o a la ciencia, pequeña mientras que la política esté presente (es decir, en los periódicos y semanarios de opinión), no iguala a la de los hombres más que con respecto a los órganos dedicados a la literatura, a la casa, a la televisión, a las artes. Dado, por otra parte, que el porcentaje de feminización –que, tratándose de órganos principalmente orientados hacia la política, permanece siempre baja– se acrecienta cuando se va de *L'Aurore* a *France-Soir*, a *Le Monde*, a *Le Figaro*, a *L'Express*, a *Le Nouvel Observateur*, es decir, a medida que disminuye la proporción de las fracciones dominantes de la clase dominante, mientras que aumenta la proporción de las fracciones dominadas, cabe suponer que la frecuencia de la adhesión a la representación tradicional de la división del trabajo entre los sexos varía según la misma lógica entre las diferentes fracciones, estando menos inclinadas las fracciones más "femeninas" a aceptar la definición de las tareas según la cual las mujeres están excluidas o se excluyen ellas mismas de la política.

[49] Las fracciones dominantes no son lo que ellas son más que si, y sólo si, el principio de jerarquización económica se impone realmente como dominante, lo que es el caso, al menos en un cierto plazo, incluso en el campo relativamente autónomo de la producción cultural, en el que la divergencia entre el valor específico y el valor de mercado tiende a anularse con el tiempo.

tución; incluso pueden encontrar el pretexto para la explotación que les hacen soportar en su pregonada preocupación por protegerles contra los efectos de su "idealismo" y de su ausencia de sentido "práctico"[50]. Por su parte, los intelectuales, y sobre todo los artistas, pueden encontrar, en la homología estructural entre la relación de los dominados con los dominantes y la relación de las fracciones dominadas con las fracciones dominantes, el principio de una solidaridad vivida y a veces real con las clases dominadas, poniendo en juego unas lealtades simbólicas que los "burgueses" de alguna manera se ven obligados a reconocerles, aunque no sea más que porque están obligados a reconocer la afirmación por excelencia de su pundonor espiritual en la negación del materialismo popular que encierra la negación del artista, del materialismo "burgués". Los que ocupan la posición temporalmente dominante en el seno de la clase dominante están, en efecto, colocados en una situación contradictoria, que les inclina a mantener una relación *ambivalente* con los bienes culturales y con los que los producen: lanzados por los intelectuales y los artistas al lado del materialismo filisteo y del anti-intelectualismo viril, cuando se imaginan a sí mismos en relación con las clases dominadas tienen que invocar todo lo que invocan contra ellos los intelectuales y los artistas. Y esto sin poder darse satisfechos por completo con la solución que les ofrecen "sus" intelectuales y "sus" artistas (es decir, los intelectuales y los artistas que ocupan, en el campo de la producción cultural, una posición temporal y *provisionalmente* dominante, homóloga de su propia posición en la clase dominante): la propia relación con el poder temporal y con los correlativos beneficios que define al intelectual o al artista "burgués", ¿no siembra la duda sobre el "desinterés" que, a los ojos mismos de los dominantes, define en propiedad a los intelectuales y a los artistas?

Los intelectuales y los artistas están situados así en el espacio social en cuanto que están totalmente a favor del desinterés y de todos los valores universales y universalmente reconocidos como los más altos (y ello tanto más cuanto más próximos estén del polo dominado del campo de la producción cultural). Las estrategias ideológicas a las que tienen que recurrir para desacreditar las prácticas de la fracción opuesta en el espacio de la clase dominante (y de las que las palabras de los críticos "de *rive gauche*" respecto al teatro "de *rive droite*" dan una buena idea) deben su casi automática perfección al hecho de que, dada la estructura quiasmática de la distribución de las diferentes especies de capital, que quiere que los primeros en un orden tengan las mayores probabilidades de ser los últimos en el otro, les basta con hacer de la necesidad virtud para arrojar a la arbitrariedad las "virtudes" correspondientes a las demás necesidades. La esperanza de una inversión de las jerarquías temporales en el más allá, que se engendra en la experiencia, vivida como escandalosa, de la discordancia entre la jerarquía de las grandezas "temporales" y la jerarquía de las grandezas "espirituales", se impone como una evidencia práctica a los productos culturales, y muy especialmente a los que ocupan en el campo de la producción cultural una posición homóloga de la que los productores culturales en su conjunto ocupan en el campo de la clase dominante; debido al hecho de que se oponen a aquellos productores que, ofreciendo unos productos directamente ajustados al gusto dominante, son los más reconocidos temporalmen-

[50] Véase A. Boime, "Entrepreneurial Patronage in Ninteenth Century France", en E. Carter II, R. Forster y J. Moody (eds.), *Enterprises and Entrepreneurs, Nineteenth and Twentieth Century France*, Baltimore y Londres, Johns Hopkins University Press, 1976, pp. 137-208.

te, como se oponen a las fracciones dominantes los productores culturales en su conjunto, los escritores y los artistas que están temporal y *provisionalmente* dominados porque sus productos deben producir su propio mercado, son los predestinados portadores de las esperanzas escatológicas que, en tanto que sostiene su "ascesis en este mundo" y su sentimiento de la "misión", constituyen el verdadero opio de los intelectuales. La analogía con la religión no es artificial: en efecto, en los dos casos, de la inmanencia de las luchas interesadas surge la más indiscutible trascendencia con respecto a los intereses estrictamente temporales.

6

LA BUENA VOLUNTAD CULTURAL

Los miembros de las diferentes clases sociales se distinguen menos por el grado en que *reconocen* la cultura que por el grado en que la *conocen*: son excepcionales las declaraciones de indiferencia y más excepcionales son aún las repulsas hostiles –por lo menos en la situación de imposición de legitimidad que crea la relación de encuesta cultural efectuada casi como un examen. Uno de los más seguros testimonios de reconocimiento de la legitimidad reside en la propensión de los más desposeídos a disimular su ignorancia o su indiferencia y a rendir homenaje a la legitimidad cultural de la que el encuestador, ante sus ojos, es depositario, eligiendo en su patrimonio lo que les parece más conforme con la definición legítima, por ejemplo, obras de la música denominada "ligera", valses vieneses, el *Bolero* de Ravel o cualquier nombre considerado importante, pronunciado con mayor o menor timidez[1].

El reconocimiento de las obras y de las prácticas legítimas termina siempre por expresarse, por lo menos en la relación con el encuestador, investido de una autoridad que favorece la imposición de la legitimidad, debido al hecho de la disimetría de la situación de encuesta y de su posición social: dicho reconocimiento puede tomar la forma de una simple profesión de fe –"me gusta mucho"–, de una declaración de buena voluntad –"me gustaría conocer"– o de una confesión de indiferencia –"no me interesa"– que imputa en realidad la falta de interés más al tema que al objeto. Picasso, o mejor, "lo Picasso", concepto genérico que engloba todas las formas de arte moderno, y en especial de lo que del mismo se conoce, es decir, un cierto estilo de decoración, constituye el objeto de las únicas denuncias expresas: como si el imposible rechazo de la cultura dominante sólo pudiera confesarse bajo la máscara de una oposición circunscrita a lo que parece ser el punto de menor defensa de la misma. El efecto de imposición de legitimidad que se ejerce en la situación de encuesta es tal que, si no se toman las debidas precauciones, se

[1] Basta con relacionar las opiniones sobre la música con el conocimiento de las obras para ver que una buena parte (los dos tercios) de los que eligen la respuesta más "noble" ("me gusta toda la música de calidad") tienen un escaso conocimiento de las obras musicales.

puede *producir*, como lo han hecho numerosas encuestas sobre la cultura, unas profesiones de fe que no se corresponden con ninguna práctica real. Así es como en una encuesta sobre el público del teatro, el 74% de los encuestados que sólo tenían estudios primarios aprueban unos juicios preformados, tales como "el teatro alimenta el espíritu", y se pierden en discursos complacientes sobre las virtudes "positivas", "instructivas", "intelectuales" del teatro, por oposición con el cine, simple pasatiempo que distrae, fácil, artificial, incluso vulgar. Por muy ficticias que sean, estas declaraciones encierran una realidad, y no es indiferente que sean los más desposeídos culturalmente, los de mayor edad, los más alejados de París –en pocas palabras, los que tienen las menores posibilidades de ir realmente al teatro– los que reconozcan con mayor frecuencia que "el teatro *alimenta* el espíritu". Igualmente falso sería tomar como moneda corriente (como han hecho tantos "populicultores" de buena voluntad) estas profesiones de fe obtenidas con violencia, o ignorarlas: dan una idea del poder de imposición que el capital cultural y las instituciones que lo concentran pueden ejercer, incluso mucho más allá de la esfera propiamente cultural. Se observa así que el reconocimiento otorgado a las instituciones de consagración literaria es tanto más incondicional cuanto mayor es la distancia con respecto a ellas, y en consecuencia, más improbable es la conformidad real con las normas que las mismas imponen y garantizan.

Tabla 23–**Opiniones sobre los premios literarios (%)**

	las prácticas		los conocimientos	los juicios sobre los premios			
	no compradores de		ignoran los nombres	¿jurados sospechosos?	¿buenos libros?	¿jurados sospechosos?	¿buenos libros?
	premios literarios (1)	libros (2)	(3)	NC (4a)	NC (5a)	no (4b)	sí (5b)
agricultores	95	88	65	50	26	44	81
obreros	90	75	59	43	20	46	[illegible]
patronos ind. y comerciales	82	63	45	39	16	37	64
empleados, cuadros medios	74	53	36	28	10	35	56
prof. liberales, cuad. superiores	29	46	16	18	16	33	64
primaria	94	85	68	51	27	48	[illegible]
secundaria	66	67	30	23	8	40	53
superior	55	21	9	18	5	25	[illegible]

Fuente: IFOP. *Actitudes de los franceses con respecto a los premios literarios*, noviembre 1969

Puesto que estos datos no toman su pleno sentido si no se construye el sistema completo de sus relaciones, nos hemos esforzado por presentar en este cuadro sinóptico el conjunto de los hechos pertinentes revelados por una serie de interrogaciones relacionadas con los premios literarios:

Toda la relación de la pequeña burguesía con la cultura puede deducirse, de alguna manera, de la distancia, muy marcada, entre el conocimiento y el reconocimiento, principio de la *buena voluntad cultural* que toma formas diferentes según el grado de familiaridad con la cultura legítima, es decir, según el origen social y el modo de adquisición de la cultura que le es correlativo: la pequeña burguesía ascendente invierte su buena voluntad desarmada en las formas menores de las prácticas y de los bienes culturales legítimos –visita de monumentos y castillos (por oposición a los museos y a las colecciones de arte), lectura de revistas de divulgación científica o histórica, práctica de la fotografía, adquisición de una cultura en materia de cine o de jazz– de la misma manera que despliega cantidades prodigiosas de energía y de ingenio para vivir, como vulgarmente se dice, "por encima de sus posibilidades", por ejemplo, en el orden de la vivienda, con el artificio de los "rincones" (los "rincones-cocina", los "rincones-comedor", los "rincones-dormitorio" de las revistas femeninas) destinados a multiplicar las habitaciones, o los "trucos" apropiados para agrandarlas ("áreas para guardar las co-

---

1) ¿Ha comprado alguna vez un libro después de que este haya obtenido un premio literario?

2) De un año a esta parte, ¿ha comprado libros de literatura general para adultos, es decir, que no sean libros escolares, de estudio, o libros para niños?

3) Cada año se conceden diversos premios literarios para libros. ¿Podría citar los nombres de los grandes premios literarios que conozca o, por lo menos, los más importantes?

4) ¿Qué piensa usted de la siguiente opinión?: "La manera en que son otorgados los grandes premios literarios con frecuencia es sospechosa."

5) ¿Qué piensa usted de la siguiente opinión?: "Los grandes premios recompensan generalmente a los libros muy buenos."

Si la propensión y la aptitud para formular juicios sobre los premios literarios varía de la misma manera que la práctica de la lectura y la información sobre estos premios, un buen número de los que no tienen ninguna práctica de lectura (y, *a fortiori*, de la lectura de libros galardonados) ni ningún conocimiento de los premios literarios expresan, a pesar de todo, una opinión con respecto a los mismos, y, en su mayor parte, una opinión favorable (el 5,54% de las personas interrogadas y el 67% de las que responden): este reconocimiento sin conocimiento es cada vez más frecuente cuando se desciende en la jerarquía social (como lo muestra el hecho de que aumente la distancia entre la proporción de los que no compran ni libros en general ni los premiados y la proporción de los que se abstienen de emitir un juicio sobre los premios o sobre los jurados); de igual modo, la proporción de juicios que encierran una afirmación explícita de la legitimidad de los premios aumenta a medida que se desciende en la jerarquía de las profesiones y de los niveles de instrucción (columnas 4b y 5b), y esto sin que puedan imputarse estas variaciones a un efecto de imposición de legitimidad directamente ejercido por la pregunta planteada (puesto que la pregunta 4, que propone un juicio negativo, varía según el mismo principio y recibe menos respuestas que la pregunta 5, sin duda porque con mayor claridad parece apelar a la competencia y suponer un conocimiento específico de los medios literarios).

"Para las mujeres que trabajan, recibir es prevenir"

"Porque recibir supone llegar a casa justo a tiempo para ocuparse de las flores, dar los últimos toques a la mesa, o cambiarse rápidamente antes de que suene el primer timbrazo. Cambiarse y abandonar todas las preocupaciones profesionales para metamorfosearse en mujeres de su casa, atentas y sonrientes."

"Para conseguirlo –casa acogedora, con flores, servicio de acuerdo con el estilo de recepción, buena comida, y que nada se descuide, desde el primer cigarrillo a la copa de despedida– las mujeres que viven fuera de su casa deben suplir su presencia continua en ella con las aptitudes de una asesora de organización.

Ante todo, su vivienda no debe dar en modo alguno la impresión de que sólo están allí de paso sino, por el contrario, la de un refugio confortable, refinado, imagen viva de su personalidad. Deben considerarse como la primera invitada de su casa; y, como no disponen de mucho tiempo para ella, les gusta que siempre esté preparada para recibirlas, aunque la abandonen durante todo el día o a causa de largos viajes. Resultado: hogares íntimos, cálidos, en los que es agradable vivir, y que dan testimonio de su presencia y de sus preferencias.

Si tienen un color favorito, su decoración lo muestra en seguida; si viajan mucho, ¡ésta se beneficia a cada regreso! Si tienen pasión por la pintura o la lectura, las paredes y las estanterías lo pregonan de inmediato. Gracias a su casa, esas mujeres a las que su profesión obliga con frecuencia a tener en cuenta la opinión de los demás, vuelven a encontrar ese placer tan femenino de decir: 'A mí me gusta...'

¿De qué forma reciben? Esto depende, evidentemente, de la disposición de la casa, de que exista o no un comedor, *un rincón-comedor fijo o escamoteable*. De ello y del servicio doméstico de que dispongan depende la posibilidad de dar cenas dentro de la tradición clásica, o de practicar con humor y elegancia *el 'prêt-à-servir' o el 'self-service'*.

Por lo que se refiere a la cocina, a menudo se convierte en un trabajo teledirigido carnet en mano y previsiones en cabeza. Conocen todos los *ahorratiempo* que ofrecen las técnicas modernas, poseen un repertorio bien experimentado de platos preparados la víspera, y son hábiles para utilizar parcialmente los servicios de una casa especializada en suministrar a domicilio todo lo necesario para una comida, sin despersonalizar por ello su menú.

De esta forma, esas estrategas de la hospitalidad que son, con tanta eficacia como encanto, las mujeres que trabajan, dan la impresión de amas de casa a tiempo completo."

"Una acogida contemporánea"

"Aquí, la mujer que trabaja ha trabajado para sí misma... porque el autor de esta decoración no es otra que Françoise Sée, creadora y decoradora. Su casa: tres habitaciones a la orilla del Sena, en la que recibe en un gran *living-room* con dos estancias: *salón-salón y pequeño salón-comedor.* Decoración sobria pero sin aridez, y ese don tan femenino de atraer la atención sobre un detalle pero sin insistir (...). Una gran puerta corredera, de madera lacada, separa, en el momento oportuno, el salón, de la parte del comedor. En los dos lados, las paredes están tapizadas con tela color mostaza claro, la moqueta es verde aceituna, las cortinas de seda salvaje blanca. El techo es blanco. Comedor cuando se necesita: delante de un sofá blanco se coloca una mesa de madera lacada en blanco, con un pie de acero cromado mate, y unas butacas (plegables) en cuero blanco, de McQuinn. Plegada, la mesa toma la forma de consola y *hace salón* con el *complemento de pequeños muebles* blancos. En el gran salón, un *confort* más profundo, dominado por el gran canapé en ángulo de becerro vuelto. Delante una sencilla mesa baja en madera lacada en verde con perfiles de acero."

"*Hostess* en París"

"Susan Train, periodista del Vogue norteamericano y gran viajera, se ha instalado en la *rive gauche*, en tres habitaciones sin ruidos de un inmueble moderno. Su experiencia de la belleza y de la moda le confiere en decoración un virtuosismo en el juego de los colores y de las materias, en unos acertados contrastes de estilos; y todo esto con sutileza y con el gusto por una elegancia clásica (...). Aunque Susan Train recibe en un estilo relajado, ha previsto un comedor, muy pequeño sin embargo, a fin de evitar la incomodidad de los *buffets* o de los *piqueniques* en la mesa baja. Así, no teniendo ninguna persona para el servicio, después de la comida cierra la puerta del comedor y olvida el desorden que allí pueda quedar. Durante la comida, utiliza un cesto de mimbre donde se van poniendo los platos y cubiertos sucios conforme se van utilizando. El primer plato lo sirve antes de sentarse a la mesa y el resto del menú espera en un *carrito* con sus correspondientes calientaplatos. Sirve menús simplificados aunque refinados, ya que, norteamericana y viajera, recoge por dondequiera que va recetas sabrosas y exóticas ideas.

"Maison & Jardin"

Una enfermera "muy modesta"*

Madame B., cuyos padres explotaban una pequeña propiedad en el Lot, tiene 48 años y trabaja desde hace casi 20 en el hospital de Saint-Louis, en París; a ella "le gustaba mucho la escuela" y hubiera querido hacerse maestra, pero tuvo que interrumpir sus estudios un año después de terminar la enseñanza primaria porque sus padres "no disponían de medios económicos para que los continuara". Divorciada a los 28 años, con dos hijos, tuvo que entrar a trabajar en un hospital y luego, mientras trabajaba, siguió los cursos de enfermería y llegó a ser enfermera titulada. Su hijo, 26 años, está casado; su hija, 20 años, es estudiante de biología y vive con ella. Madame B., a quien "le gustan mucho los niños", tiene "horror a las familias numerosas" ("es algo que da demasiadas preocupaciones").

"Me molesta ver una falta de ortografía"

Madame B. lamenta mucho "no tener un nivel (de instrucción) superior": "Me contento con el que tengo pero estaría muy contenta si supiera más de lo que sé (...). Es muy importante ser una persona instruida." La instrucción, para ella, es en primer lugar conocer bien las reglas gramaticales, la ortografía: "Las jóvenes que trabajan conmigo hablan mal, ponen las cosas en femenino cuando son del género masculino y viceversa, lo que prueba que no tienen el menor sentido de la gramática; justamente, esto muestra su estado primitivo." "Me molesta ver una falta de ortografía (...). Yo me sentiría realmente desdichada si cometiera faltas de ese calibre (...)."

"Detesto a la gente pretenciosa"

Le gustan "las personas bastante sencillas, que no sean pretenciosas": "Detesto a la gente pretenciosa, no soporto a las personas que son incorrectas (...), que no dicen buenos días y que entran así, que parece que no te miran, que te ignoran. ¿Por qué?: porque quizá no eres de su nivel. No me gusta que los superiores me humillen" (ella "respeta a la gente que está por debajo"). Todavía le gusta menos "la gente sucia": "Creo que incluso sin ser muy rico, siempre se puede estar limpio y seguir siendo modesto. Hay enfermos que llegan con los pies sucios y todo así, podrían lavarse en el baño municipal."

"Es muy modesta"

Su casa es "muy modesta", dos habitaciones y una cocina; una de las habitaciones la ocupa su hija, la otra, ella, no tiene comedor: "Es muy modesta, no hay lavadora automática porque no me gusta la lavadora, yo lavo a mano, apenas tengo ropa blanca, mire, y luego es que me gusta hervirla en el recipiente para la colada, encuentro que la ropa se queda muy limpia haciéndolo así... Pienso que de todas formas las máquinas no llegan a alcanzar el grado de calor que alcanzan esos recipientes... Tengo mi frigorífico, mi cocina con horno; los he pagado al contado, no me gustan mucho los pagos a plazo. Para cosas grandes sí, un comedor o un dormitorio, ah, eso es otra cosa, eso sí estoy de acuerdo en pagarlo a plazo, pero, en fin, para una cocina o una lavadora pequeña, o un frigorífico, pienso que verdaderamente no es práctico".

* Basta con cotejar esta entrevista con el testimonio de otra enfermera, más joven y con más titulaciones académicas –entrevista que se presentará más adelante– para ver con toda concreción que las oposiciones entre las clases de edad que dividen a numerosas profesiones corresponden, en realidad, a unas diferencias de generación escolar y de trayectoria social y, por consiguiente, de estilos de vida.

"Me gusta mucho que esto esté bastante despejado"

En su habitación, "un mueble comprado en la Samaritaine por 70.000 francos, una mesa comprada en una pequeña tienda del barrio en que vivo, una banqueta pequeña": "Me encuentro muy a gusto en mi casa, me contento con ella, es muy modesta." En las paredes, algunas fotos de familia; las chucherías, los regalitos que le han hecho los tiene guardados en una caja de cartón: "Esas cosas ocupan sitio, estorban (...), me gusta mucho que esto esté bastante despejado" (...). "Al contrario, por supuesto, si se tiene una vitrina, se pueden poner dentro las chucherías, así no es molesto, están guardadas, así no se llenan de polvo."

"Vestuario clásico, trajes de chaqueta, vestidos de algodón"

En materia de vestuario, la misma "sobriedad", el mismo cuidado por la "corrección": "No hay que gastarse el dinero a lo loco... Hay que saber organizarse el presupuesto, esto es lo que cuenta." Ella no se ve "yendo por ahí con pantalón vaquero" (pero piensa que éste le va bien a su hija), usa un "vestuario clásico, trajes de chaqueta, vestidos de algodón": "En estos momentos, tengo una falda plisada azul marino que es de Gérard Pasquier, una tienda pequeñita que está en los *faubourgs*, donde tienen cosas de marcas, tienen cosas de Cacherel y de otras marcas. Me siento muy cómoda con esta falda, más que con esas nuevas faldas con forma que se hacen ahora." Va a la peluquería todas las semanas: "Eso me relaja, es verdad, me encanta ir a la peluquería, lavar y marcar se hace rápido. El ambiente está bien, es tranquilo, hay señoras, todo eso; miro una revista tranquila, las cosas de la moda."

No compra revistas, porque las revistas "traen mucha publicidad, cuestan muy caras y no aportan gran cosa". Ve muy poco la tele, que está en la habitación de su hija, salvo para "distraerse" o "relajarse" con las variedades y un poco con las canciones. No tiene, en efecto, "tiempo para ello": "Prefiero dormir bastantes horas, por ejemplo, que comer mucho (casi siempre come carne a la plancha, ensaladas, frutas). Encuentro que es lo mejor para mi estado físico. Necesito dormir mis ocho horas." No va al cine desde hace dos o tres años: "La última película que vi, no me acuerdo el nombre, era una historia con unos médicos."

Madame B. escucha "la radio, France-Inter sobre todo, la música", le gusta bastante Frédéric François: "Encuentro que sus canciones, en fin, sus letras, no dejan de tener sentido, algunas... Enrico Macias no está mal, es moderno, pero encuentro que sus canciones están llenas de nostalgia. Hugues Aufray me gusta mucho porque encuentro que sus canciones son formidables, es un muchacho que tiene una filosofía terrible (...). Me gustan mucho las canciones sobre todo cuando las letras tienen sentido, escucho mucho las letras."

Para las vacaciones alquila un apartamento pequeño en alguna población al lado del mar (Hendaya, Arcachon, Les Sables d'Olonne). Descansa, va "un poquito" a la playa, juega "un poco al minigolf", hace punto "un poquito pero no labores grandes cuando hace calor", no hace "gran cosa".

artes en vías de legitimación o de las formas menores y marginales del arte legítimo, se combinan con los efectos de la alodoxia, a los que les expone su distancia con el foco de los valores culturales, para producir, con la mezcla de "géneros", "estilos", "niveles", esas especies de imágenes objetivadas de la cultura pequeño-burguesa, asociando unos productos legítimos "fáciles" o "superados", pasados de moda, excluidos, y por consiguiente devaluados, y los productos más nobles del campo de la gran producción: recopilación de canciones "poéticas", semanarios "intelectuales" de gran tirada que reúnen a los divulgadores que juegan a autoridades y las autoridades que se divulgan, emisiones de televisión que reúnen el jazz y la música sinfónica, el *music-hall* y la música de cámara, el cuarteto de cuerda y la orquesta zíngara, el violinista y el rascatripas, el *bel canto* y la cantata, la cantante y el *chansonnier*, el "*Pas de deux*" de *El lago de los cisnes* y el "Dúo de los gatos" de Rossini. Nada menos subversivo que esas transgresiones derrotadas que se inspiran en una inquietud de rehabilitación y de ennoblecimiento, cuando no son simplemente la expresión de un reconocimiento mal situado, tan anárquico como encarnizado, de las jerarquías. Los espectadores pequeño-burgueses lo entienden bien, así como saben reconocer las "garantías de calidad" que sus *taste-makers*, contestatarios, demasiado poco seguros como para ir hasta el fin de su contestación, les ofrecen bajo la forma de todos los garantes dotados con todos los signos institucionales de la autoridad cultural de que se rodean, académicos de las revistas de divulgación histórica, profesores de la Sorbona de los debates televisados, Menuhins de los espectáculos de variedades "de calidad"[6]. La cultura media, no nos engañemos, se piensa por oposición a la vulgaridad.

Poco seguros de su enclasamiento y divididos entre sus gustos de inclinación y sus gustos de voluntad, los pequeño-burgueses están destinados a elecciones contrapuestas (de las que la nueva pequeña burguesía, preocupada por rehabilitar el folklore y las músicas exóticas, toma una decisión existencial): y esto tanto en sus preferencias musicales o pictóricas como en sus elecciones cotidianas[7]. En materia de radio unen el gusto por las variedades y el interés por las emisiones culturales, dos clases de bienes que, en los dos extremos del espacio social, se excluyen: en efecto, los obreros se dirigen exclusivamente hacia consumos heterodoxos, y las fracciones de la clase dominante más próxima al polo intelectual –cuadros superiores y miembros de profesiones liberales– expresan unas preferencias que se jerarquizan de manera conforme con la jerarquía de legitimidades establecida (si se tiene en cuenta el efecto desigualmente desvalorizador de la retransmisión radiofó-

[6] Esto quiere decir que no hay necesidad de invocar las censuras o "las complicidades políticas" (aunque éstas desempeñen un cierto papel en más de un caso) para explicar que los productos más académicos, al mismo tiempo que los productos más típicamente "medios", hayan encontrado en la televisión un considerable refuerzo, apropiado para modificar de forma indirecta –entre otras cosas, con la mediación del efecto económico de la publicidad así ofrecida y de las transformaciones correlativas de las estrategias de edición y difusión– las relaciones entre el campo de la producción restringida y el campo de la gran producción.

[7] El Félix de *Nightwood* manifiesta también ese gusto por lo heteróclito: "Versado en edictos y en leyes, en cuentos populares y en herejías, degustador de vinos raros, hojeador de libros más raros aún y de cuentos de abuela –cuentos sobre hombres que llegan a ser santos y de bestias humanas a las que les sobreviene la condenación eterna–, erudito en materia de proyectos de fortificaciones y puentes, concediéndose un alto delante de todos los cementerios, de todos los caminos, conocedor de montones de iglesias y castillos, su espiritu regresaba confusa y respetuosamente a Madame de Sévigné, a Goethe, a Loyola y a Brantôme" (*Ibid.*).

nica). Y se distinguen netamente de las otras categorías por el lugar que conceden a las formas menores de la cultura legítima, como la opereta, o a los sucedáneos de los consumos legítimos que son el teatro radiofónico, las emisiones científicas o la poesía. Se sabe también que es entre ellos donde se reclutan la mayor parte de los fotógrafos fervorosos, de los especialistas de jazz y de cine, y que conocen mucho mejor (relativamente) a los directores cinematográficos que a los compositores musicales. De igual modo, en el orden de las artes más legítimas, sus elecciones se orientan con particular frecuencia hacia las obras "medias" o "devaluadas", Buffet o Vlaminck, en pintura, *Scherezade*, la *Rapsodia en blue, La Traviata, La Arlesiana* o *La danza del sable*, en música. Aunque sea fácil encontrar en esos objetos las propiedades que, al menos en un momento dado del tiempo, los predisponen al tratamiento que les hacen sufrir los nuevos intermediarios culturales y su público pequeño-burgués, cuando no es que son expresamente producidos para ese uso, no es menos cierto que es preciso abstenerse de situar, en las cosas que en un momento dado del tiempo entran en la cultura media, las propiedades que una forma particular de consumo les confiere: como lo atestigua el hecho de que el mismo objeto hoy típicamente "medio" pudo entrar ayer en las más "refinadas" constelaciones de gustos y lo podrá hacer de nuevo el día de mañana –o incluso a partir del momento actual, gracias a uno de esos golpes de fuerza de los estetas, capaces de rehabilitar los objetos más desacreditados–, no existe cultura media como no existe lenguaje medio. Lo que constituye la cultura media es la relación pequeño-burguesa con la cultura, error de objeto, equivocación, creencia mal situada, alodoxia. Y es preciso también abstenerse de tratar de manera sustancialista esa relación subjetiva y objetivamente *desdichada*, por más que siempre se revele, a los ojos de los dominantes, mediante los índices más indiscutibles, más objetivos, de una manera y de un modo de adquisición (como, en la actualidad, el aspecto típicamente "discófilo" de ciertos sistemas de preferencias musicales): lo que constituye la relación pequeño-burguesa con la cultura, y su capacidad para convertir en cultura media todo lo que toca, igual que la mirada legítima "salva", como suele decirse, todo lo que reconoce, no es, si puede expresarse así, su "naturaleza"; es la posición misma del pequeño-burgués en el espacio social, la naturaleza social del pequeño-burgués que se recuerda constantemente, y en primer lugar al propio pequeño-burgués, determinando su relación con la cultura legítima y su manera al mismo tiempo ávida y ansiosa, ingenua y seria, de asirse a ella; es, simplemente, el hecho de que la cultura legítima *no está hecha para él*, cuando no es que está hecha contra él, que por consiguiente él no está hecho para ella, y que cesa de ser lo que es tan pronto como él se la apropia, como sería el caso de las melodías de Fauré o de Duparc si mañana el desarrollo de los Conservatorios de barrio hiciera que llegaran a cantarse, bien o mal, en los *livings* pequeño-burgueses.

La escuela y el autodidacta

Resultaría vano tratar de comprender la relación con la cultura característica de las fracciones de la pequeña burguesía cuya posición descansa en la posesión de un pequeño capital cultural acumulado, al menos en parte, mediante una empresa de autodidaxia, sin relacionarla con los efectos que ejerce, por su sola existencia, un sistema de enseñanza que ofrece, de modo muy desigual, la posibilidad

de un aprendizaje con progresiones institucionalmente organizadas según un recorrido y unos programas estandarizados. La correspondencia entre unos conocimientos jerarquizados (de manera más o menos arbitraria según los campos y las disciplinas) y unas titulaciones asimismo jerarquizadas hace, por ejemplo, que la posesión de la titulación académica más alta se considere que acredita, por implicación, la posesión de todos los conocimientos que garantizan las titulaciones de rango inferior o, también, que dos individuos que cumplan la misma función y estén dotados de las mismas competencias útiles, esto es, directamente necesarias para el ejercicio de su función, pero que posean titulaciones diferentes, tendrán todas las probabilidades de encontrarse separados por una diferencia de estatus (y, por supuesto, de remuneración): y esto en nombre de la idea de que la competencia certificada por las titulaciones más altas es la única que puede garantizar el acceso a los conocimientos (las "bases") que se encuentran en el fundamento de todos los conocimientos llamados prácticos o aplicados. No es, pues, cultivar la paradoja el ver en la relación autodidacta con la cultura y en el propio autodidacta *unos productos del sistema escolar*, el único habilitado para transmitir ese cuerpo jerarquizado de aptitudes y de conocimientos que constituye la cultura legítima y para sancionar, por medio del examen y de las titulaciones, el acceso a un determinado nivel de iniciación[8]. Por el hecho de que no ha adquirido su cultura según el orden legítimo que instaura la institución escolar, el autodidacta está destinado a revelar continuamente, en su propia ansiedad por el buen enclasamiento, lo arbitrario de sus clasificaciones y, con ello, de sus conocimientos, especie de perlas sin hilo, acumuladas en el curso de un aprendizaje singular, ignorando las etapas y los obstáculos institucionalizados y estandarizados, los programas y las progresiones que hacen de la cultura escolar un conjunto *jerarquizado* y *jerarquizante* de conocimientos implícitos[9]. Las carencias, las lagunas, las arbitrarias clasificaciones de su cultura no existen más que en relación con una cultura escolar que está en condiciones de hacer desconocer la arbitrariedad de esas clasificaciones y de hacerse reconocer hasta en sus lagunas. El desigual aspecto de las preferencias, la confusión de los géneros y de los órdenes –opereta y ópera, divulgación y ciencia– la imprevisibilidad de las ignorancias y de los conocimientos, sin otros lazos entre ellos que la secuencia de los azares biográficos, todo remite a las particularidades de un *modo de adquisición* herético. Al carecer de esa especie de sentido de la inversión que, con la ayuda de índices a menudo completamente externos, tales como el nombre del editor, del director o de la sala de teatro o de concierto, permite descubrir los consumos culturales "de primera clase" –de la misma manera que se tiene la seguridad de la calidad de los productos fiándose de esas "garantías de calidad" que son ciertas "marcas" o ciertas tiendas– el pequeño-burgués, expuesto siempre a saber demasiado sobre ellos, o demasiado poco, a la manera de los héroes de los concur-

---

[8] No es una casualidad que las encuestas sobre las prácticas y opiniones en materia de cultura tiendan a tomar la forma de un examen en el que los encuestados, que siempre están y se sienten medidos por una *norma*, obtengan unos resultados jerarquizados de conformidad con su grado de dedicación escolar y expresen unas preferencias que siempre se corresponden, con bastante exactitud, con sus titulaciones, tanto en su contenido como en su modalidad.

[9] La representación que los productos de la Escuela se hacen del autodidacta es un buen ejemplo de las verdades parciales e interesadas que produce la parcial lucidez de la percepción ordinaria y de las estrategias (inconscientes) con las que cada arte de vivir se refuerza continuamente en la convicción de su excelencia, confrontándose, para desvalorizarlos, con otras artes de vivir.

sos televisados, a los que su mal situada erudición los hace ridículos a los ojos de los "espíritus cultivados", se ve destinado a atesorar sin fin unos conocimientos heterogéneos y a menudo desordenados, que son con respecto a los conocimientos legítimos lo que la colección de pequeños objetos de poco precio (sellos, objetos técnicos en miniatura, etcétera), a los que dedica su tiempo y su minucia clasificatoria, es a la colección de cuadros y objetos de lujo de los gran-burgueses: una cultura en pequeño.

Pero sobre todo, víctima por defecto de los efectos de la titulación escolar, el autodidacta ignora el derecho a ignorar que confieren los certificados de conocimientos, y sin duda sería vano buscar en otra parte que no sea en la manera en que se afirma o se revela lo que constituye la diferencia entre el eclecticismo forzado de esta cultura adquirida al azar de los encuentros y de las lecturas, y el eclecticismo electivo de los estetas, que gustan buscar en la mezcla de géneros y en la subversión de las jerarquías una ocasión para manifestar la omnipotencia de su disposición estética. Piénsese solamente en el Camus del *Homme révolté*, ese breviario de edificante filosofía sin otra unidad que el vacío en el alma egotista que tanto agrada a las adolescencias *hipokhagneuses** y que asegura siempre una reputación de alma bella; o en el Malraux de *Voix du silence*, que envuelve en un batiburrillo metafísico a lo Spengler una cultura de acá y de allá, asociando sin complejo las más contradictorias "intuiciones", los apresurados plagios de Schlosser o Worringer, las vulgaridades retóricas exaltadas, las letanías puramente mágicas de nombres exóticos y las impresiones de las que se dice que son brillantes porque incluso no son falsas[10]. En realidad –pero quién lo dirá, puesto que los que podrían decirlo, si es que lo saben, no lo dirán, tanto les va en ello de su propio ser, y los que tendrían interés en decirlo no lo saben– nada separa verdaderamente esta otra imagen realizada de la cultura pequeño-burguesa (*El Palacio Ideal del Factor Caballo*, cuento de hadas folletinesco salido de los grabados de la *Veillée des Chaumières* con sus laberintos y sus galerías, sus grutas y sus cascadas, Inice y Velleda la Druidesa, la bóveda al estilo de los sarracenos y el castillo de la Edad Media, la gruta de la Virgen María y el templo hindú, el chalet suizo, la Casa Blanca y la mezquita de Argel) del *pathos* de pacotilla de Malraux, que reúne en una misma frase "la innumerable sonrisa del mar" y los caballeros del Partenón, la *Kermesse* de Rubens y la escultura kmer, la pintura song y la Danza de Siva, el tímpano románico y la "inmortal evidencia de Antígona", todo esto bajo el signo de la comunión con el cosmos[11]. Nada, sino la altura de las referencias y sobre todo la arrogancia, la suficiencia, la insolencia, en una palabra, la seguridad, certeza de tener que se arraiga en la certeza de haber tenido siempre, como por un *don*

* *Hypokhagneux* = Alumno del primero de los dos cursos preparatorios para el ingreso en la Escuela Normal Superior (Letras). (*Nota de la T.*).

[10] ¿Hay necesidad de decir que la elección de estos dos ejemplos, altamente celebrados, se hace para invitar al razonamiento *a fortiori*?

[11] "Los bodisatvas de los Wei y los de Nara, las esculturas kmer y javanesa, la pintura Song, no expresan la misma comunión cósmica que un tímpano románico, que una danza de Siva, que los caballeros del Partenón; todas esas obras, sin embargo, expresan una comunión; e incluso la *Kermesse* de Rubens. Basta con mirar cualquier obra maestra griega para ver que, por muy triunfante que sea sobre lo sagrado oriental, funda su triunfo no sobre la razón, sino sobre 'la innumerable sonrisa de las olas'. El fragor ya lejano del antiguo rayo orquesta sin cubrirla la inmortal evidencia de Antígona" (A. MALRAUX, *Les voix du silence*, París, NRF, 1952, p. 633).

inmemorial, y que es lo exactamente opuesto a la ingenuidad, a la inocencia, a la humildad, a la seriedad, con las que se manifiesta la ilegitimidad: "Nadie es más tenaz que yo", "Para un corazón valiente, nada hay imposible", "En el campo de labor, yo espero a mi vencedor", estas expresiones del amor puro del trabajo por el trabajo evidentemente no son de Malraux.

Se llega aquí, sin duda, al principio de la oposición que se establece entre todas las clases en ascensión, la burguesía en otros tiempos, la pequeña burguesía hoy, y las clases establecidas, aristocracia o burguesía: por un lado, la adquisición, la acumulación, el atesoramiento, en resumen, un apetito de posesión inseparable de una permanente ansiedad en relación con las propiedades y en particular con la mujer, objeto de una celosa tiranía de propietario, que es efecto de la inseguridad; por el otro, no sólo la ostentación, el gasto y la generosidad que forman parte de las condiciones de reproducción del capital social, sino también la seguridad que se manifiesta en particular en la galantería aristocrática y el liberalismo elegante, prohibiendo los celos que tratan al objeto amado como una posesión[12]. Como si el principal privilegio otorgado a los poseedores de propiedades de nacimiento fuera ignorar la *inseguridad* que obsesiona a los hombres de lo adquirido, tanto a Harpagón como a Arnolfo, que saben quizá demasiado que "la propiedad es el robo" como para no temer el robo de sus propiedades.

La avidez acumuladora que se encuentra en la base de toda gran acumulación de cultura se reconoce con demasiada evidencia en la perversión del aficionado al jazz o al cine que, llevando al límite, es decir, al absurdo, lo que lleva implícito la definición legítima de la contemplación cultivada, sustituye el consumo de la obra por el consumo de los conocimientos que la acompañan (genérico, composición de la orquesta, datos de la grabación, etcétera), o en el encarnizamiento adquisitivo de todos los coleccionistas de conocimientos inagotables sobre temas socialmente ínfimos. En la lucha de clases simbólica que le enfrenta a los poseedores de certificados de cualificación cultural, el pretendiente "pretencioso" –enfermera contra médico, técnico contra politécnico, cuadro ingresado por la "puerta pequeña" contra cuadro que ha entrado por la "puerta grande"– tiene todas las probabilidades de ver devaluados sus conocimientos y sus técnicas por estar demasiado estrechamente subordinados a unos fines prácticos, demasiado "interesados", demasiado "marcados", en su modalidad, por la prisa y el apresuramiento de su adquisición, en beneficio de conocimientos más "fundamentales" y también más "gratuitos"; y no se terminaría nunca de reseñar los mercados, desde los grandes concursos hasta las redacciones de revistas ilustradas, las entrevistas realizadas a los aspirantes de un puesto de trabajo o las reuniones mundanas, en los que las producciones culturales del *habitus* pequeño-burgués son desacreditadas sutilmente, porque recuerdan la adquisición en unas materias en las que, más que en cualquier otra, se trata de tener sin haber nunca adquirido, y revelan con demasiada claridad, incluso por la seriedad con que se ofrecen, las disposiciones éticas que se encuentran en su base, y que son la antítesis casi perfecta de la legítima relación con la cultura.

Los pequeño-burgueses no saben jugar como un juego el juego de la cultura: la toman demasiado en serio para permitirse el *bluff* o la impostura o, simplemente, la distancia y la desenvoltura que dan testimonio de una verdadera

---

[12] Véase P. Bénichou, *op. cit.*, pp. 177-178.

familiaridad; demasiado en serio para escapar a la permanente ansiedad de la ignorancia o del error y para esquivar las pruebas oponiéndoles bien la indiferencia de los que no están en la carrera, bien el liberado desapego de los que se sienten autorizados a confesar, o incluso a reivindicar, sus lagunas. Al identificar la cultura con los *conocimientos*, piensan que el hombre cultivado es el que posee un inmenso *tesoro* de conocimientos, y no pueden creerle cuando éste declara, con una de esas salidas de cardenal que puede sorprender con el dogma de las libertades prohibidas al simple cura de aldea, que, llevada a su más simple y a su más sublime expresión, se reduce a una *relación con la cultura* ("Cultura es aquello que queda en el espíritu después de que se ha olvidado todo lo que se aprendió"). Al hacer de la cultura una cuestión de vida o muerte, de verdadero o falso, no pueden ni imaginar la irresponsable seguridad, la insolente desenvoltura, e incluso la oculta indignidad que supone la más mínima página de un ensayo inspirado en la filosofía, el arte o la literatura. Hombres de lo adquirido, no pueden mantener con la cultura la relación de familiaridad que autoriza las libertades y las audacias de aquellos que le están vinculados por nacimiento, es decir, por naturaleza y por esencia,

La pendiente y la tendencia

Las disposiciones que se manifiestan en la relación con la cultura, tales como la preocupación por la conformidad que determina una ansiosa búsqueda de las autoridades y de los modelos de conducta, y que inclina a la elección de productos seguros y certificados (como los clásicos y los premios literarios); o en la relación con la lengua, con la tendencia a la hipercorrección, especie de rigorismo que lleva a hacer demasiado por miedo a no hacer bastante, y a perseguir, en sí o en los otros, las incorrecciones en el lenguaje –como en otro aspecto, la incorrección y la falta moral–, no son otras que las que se manifiestan en la relación con la moral, con la casi insaciable sed por las técnicas o por las reglas de conducta que lleva a someter toda la existencia a una rigurosa disciplina y a regirse en todas las cosas por principios y preceptos, o en la relación con la política, con el respetuoso conformismo o el prudente reformismo que constituyen la desesperación del revolucionarismo esteta. La verdad de las estrategias de acumulación cultural de los pequeño-burgueses ascendentes, o de sus estrategias escolares, nunca se ve tan perfectamente como cuando se las relaciona con el conjunto de las estrategias en que se expresa con toda claridad la necesidad que constituye el principio de las disposiciones características del *habitus* pequeño-burgués, ascetismo, rigorismo, juridicismo, propensión a la acumulación en todas sus formas. Así, sus estrategias de fecundidad son las de la gente que no puede lograr su acumulación inicial de capital económico y cultural más que al precio de una *restricción* de su consumo, restricción destinada a concentrar todos los recursos en un número pequeño de descendientes, encargados de prolongar la trayectoria ascendente del grupo.

Se sabe que la fecundidad, alta para los ingresos bajos, pasa por un mínimo, que se corresponde *grosso modo* con los ingresos medios, para aumentar de nuevo en los ingresos elevados. Si esto es así, es porque el coste relativo del hijo, bajo para las familias con ingresos mínimos que, al no poder tener a la vista para sus hijos un porvenir distinto a su propio presente, realizan unas inversiones educativas extremadamente reducidas; también bajo para las familias dotadas de in-

gresos altos, puesto que los ingresos aumentan paralelamente a las inversiones, pasa por un máximo que se corresponde con los ingresos medios, es decir, con las clases medias, a las que la ambición por la ascensión social obliga a unas inversiones educativas relativamente desproporcionadas con sus recursos. Este coste relativo se define por la relación entre los recursos de que dispone la familia y las inversiones monetarias o no monetarias que debe permitirse para reproducir por medio de su descendencia su posición –dinámicamente definida– en la estructura social, es decir, para que se cumpla el futuro que espera, dando a sus hijos los medios necesarios para realizar las ambiciones efectivas que para ellos cultiva. Así se explica la forma de la relación que se observa entre las estrategias de fecundidad de las diferentes clases o fracciones de clase y las probabilidades de ascensión social objetivamente ofrecidas a sus miembros (tabla 24). Las clases populares, cuyas probabilidades de acceder a la clase dominante en dos generaciones son casi nulas, tienen tasas de fecundidad muy altas, que disminuyen ligeramente cuando aumentan las probabilidades de ascensión intergeneracional. A partir del momento en que las probabilidades de acceso a la clase dominante (o, lo que viene a ser lo mismo, a los instrumentos capaces de asegurarlo, como el sistema de las instituciones de enseñanza superior) alcanzan un cierto umbral, con los contramaestres y los empleados de oficina, las tasas de fecundidad señalan una baja sensible (siendo la tasa de fecundidad de los empleados de oficina del sector público, entre los cuales la proporción de trabajadores manuales es mayor, de 2,04 frente a 1,83 sólo para los empleados de oficina del sector privado, que son casi todos asalariados no manuales). En las clases medias propiamente dichas, cuyas probabilidades de ascensión son incomparablemente más altas (y mucho más dispersas que los ingresos), las tasas de fecundidad se mantienen en un mínimo (que oscila entre 1,67 y 1,71): con la clase dominante, la tasa de fecundidad vuelve a subir mucho, atestiguando que la reproducción biológica no cumple la misma función en el sistema de las estrategias de reproducción de estas categorías que solamente tienen que *mantener* su posición.

Los pequeño-burgueses tienen la paradójica propiedad de no determinarse más que con arreglo a las probabilidades objetivas que no tendrían si no tuvieran la pretensión de tenerlas, y si no añadieran así un aumento de recursos "morales" a sus recursos en capital económico y cultural. Al haber conseguido despegarse del proletariado, su pasado, y pretendiendo acceder a la burguesía, su futuro, para rematar la acumulación necesaria para lograr esta ascensión tienen que extraer de alguna parte los recursos indispensables para suplir la ausencia de capital. Esta fuerza adicional, inclinación inscrita en la pendiente de la trayectoria pasada que es la condición para la realización del porvenir implícito en esa trayectoria, no puede ejercerse más que *de forma negativa*, como poder de limitación y de restricción, de manera que sus efectos no pueden medirse más que en forma de "grandezas negativas", como habría dicho Kant, ya se trate de "economías", como gastos rehusados, o de limitación de nacimientos, como restricción de la fecundidad natural. Si los pequeño-burgueses ascendentes pueden actuar como si tuvieran unas oportunidades superiores a como son (o por lo menos a como serían en realidad si no las *creyeran* superiores), y aumentarlas así realmente, ello se debe a que sus disposiciones tienden a reproducir, no la posición de la que aquéllas son producto, tomada en un momento dado del tiempo, sino la *pendiente* en el punto considerado de la trayectoria individual y colectiva. El *habitus* pequeño-burgués es la *pendiente* de la trayectoria social, individual o colectiva, convertida en tendencia por la que esta trayectoria ascendente tiende a prolongarse y realizarse: especie de *nisus perseve-*

Tabla 24—**Tasa de fecundidad y probabilidades de acceso a la clase dominante de las diferentes clases y fracciones de clase**

	Probabilidades de acceso a la clase dominante*	Porcentaje de fecundidad**
asalariados agrícolas	1,8	3,00
peonaje	2,3	2,77
agricultores	2,9	2,77
obreros especializados	3,7	2,42
obreros cualificados	4,3	2,10
capataces	9,6	1,94
artesanos	10,6	***
empleados de oficina	10,9	1,97
empleados de comercio	12,0	1,68
pequeños comerciantes	15,6	***
cuadros medios	19,2	1,71
técnicos	20,4	1,67
maestros	32,5	1,68
industriales	35,0	2,09
grandes comerciantes	35,6	
ingenieros	38,7	
cuadros superiores	42,0	2,00
profesores	52,7	
miembros de profesiones liberales	54,5	2,06

*INSEE, encuesta sobre formación y cualificación profesional 1970. Probabilidades de acceso a la clase dominante para los hombres según la profesión del padre.
**Número medio de hijos por familia completa, en G. Calot, J. C. Deville, «Nuptialité et fécondité selon le milieu socio-culturel», *Economie et statistique*, 27, octubre 1971, p. 28.
***El estudio de G. Calot y J. C. Deville da unidos el porcentaje de fecundidad de los artesanos y comerciantes (1,92). Pero por otras fuentes puede establecerse que el porcentaje de fecundidad de los artesanos es claramente superior a la de los comerciantes: en efecto, en la distribución por categorías socio-profesionales del número de hijos menores de 16 años por familia (según el censo de 1968), que presenta globalmente la misma estructura que la distribución de los porcentajes de fecundidad presentadas aquí, los artesanos están mucho más próximos a los obreros que los comerciantes: el número medio de hijos menores de 16 años por familia es de 1,35 para los obreros, 1,01 para los artesanos, 0,88 para los empleados y 0,78 para los comerciantes.

randi, como decía Leibnitz, en el que el trayecto pasado se conserva bajo la forma de una tensión hacia el porvenir que lo prolonga, el *habitus* delimita las ambiciones "razonables" y, con ello, el precio que es preciso pagar para realizar esta pretensión realista. La pequeña burguesía ascendente repite indefinidamente la historia de los orígenes del capitalismo: para ello, sólo puede contar, como los puritanos, con su ascetismo. En los intercambios sociales en los que otros pueden anticipar unas garantías reales, dinero, cultura o relaciones, ella no puede ofrecer más que garantías morales; pobre (relativamente) en capital económico, cultural y social, no puede "justificar sus pretensiones", como suele decirse, y concederse con ello las posibilidades de realizarlas, más que a condición de pagar con sacrificios, con privaciones, con renuncias, con buena voluntad, con reconocimiento, en resumen, con virtud.

Si las fracciones más ricas en capital económico, a saber, los pequeños y medios comerciantes, artesanos o propietarios de tierras, se orientan más bien (al menos hasta una fecha reciente) hacia el ahorro, mientras que las fracciones más ricas en capital cultural (los cuadros medios y los empleados) recurren principalmente a la escuela, las unas y las otras tienen en común el invertir en sus estrategias económicas y escolares unas disposiciones ascéticas que hacen de ellas la clientela ideal de la banca y de la escuela: buena voluntad cultural y espíritu de economía,

Un técnico que "trata de trepar"

Jacques C., 29 años, es delineante en el estudio de un ingeniero-asesor; ha realizado sus estudios secundarios en las secciones técnicas y los ha interrumpido después de haber obtenido el equivalente al certificado de enseñanza industrial ("no es un examen"); a los 17 años entró como delineante principiante (por 45.000 francos mensuales) en una empresa en la que su padre era técnico superior. Al no ser readmitido a la vuelta del servicio militar, entró en otra empresa distinta, siempre como delineante.

"Todavía me faltan cinco años en el CNAM"

Ha cambiado muchas veces de empresa: "Estaba dos años en una empresa para aprender y después, cuando ya lo había aprendido todo, me iba. Así es como he ido subiendo escalones." Desde hace tres años está especializado en estructuras. En 1966, comenzó a seguir los cursos del CNAM (un colega le "dio la idea"). Como siempre había deseado hacer decoración (su padre se había opuesto a ello cuando Jacques C. era más joven), quiso "intentar lanzarse en la arquitectura", y comenzó "a seguir unos cursos de arte aplicado a los oficios": "Así es como entré un poco en la construcción" (...). Su hermana, que está en una escuela de secretariado de arquitectura, le hablaba mucho de las "agencias de arquitectura, de los ambientes que reinaban en ellas". Siguió, pues, cursos de arquitectura, historia de la arquitectura, construcción ("gracias a esto, por lo menos me he colocado en el estudio de un ingeniero-consultor") y "todavía me faltan cinco años en el CNAM".

Su mujer (cuyo padre es guardia municipal y cuya madre es vendedora en un gran almacén) tiene 26 años; es secretaria en la Regie Renault desde hace cinco años. Aprobó el bachillerato, serie técnica y economía, después el certificado de técnico superior de secretariado de dirección, y comenzó a trabajar como "secretaria" ("Digamos que esto distaba mucho de las promesas que se nos habían hecho (...) los patronos no saben utilizar nuestras titulaciones ni las capacidades de sus secretarias (...). Tenía conocimientos de derecho. No se va al liceo hasta los 21 años sin lograr unos conocimientos, y luego la emplean a una como taquimecanógrafa".)

"Confortable, un poco acogedor, íntimo"

Viven en un apartamento en una urbanización del cinturón oeste de París, no reciben demasiado en casa ("aparte de la familia [...], no se tienen tantos amigos"). A él le gusta que su hogar sea "confortable, eso es lo principal", "un poco acogedor", "íntimo" ("me gusta mucho tener una intimidad bastante cálida"). Le gustaría tener "un poco más de espacio a pesar de todo", pero están "limitados por los medios financieros". Sus muebles (un gran diván "comprado en Roche-Bobois de saldo, por el que pagamos 7.000 francos", un aparador que encontraron en un decorador que les hizo un buen precio, 3.000 francos) los han comprado a plazos durante dos años. Le gusta "lo que es moderno" y hubiera querido "muebles blancos", pero no le gusta el estilo inglés que es el que le gusta a su mujer (a ésta le gustaría "tener un mueble grande con una gran colección de platos de calidad").

En materia de pintura no tiene "un canon particular... lo que hace falta es que me guste". Le gusta "mucho Modigliani, sus formas tan puras": "No conozco toda su pintura, pero lo que he visto me ha gustado mucho (...), eran reproducciones en los periódicos y quizá haya visto alguna en París (...). He visto bastantes exposiciones en el Grand Palais; me acuerdo de una (...), era sobre la pintura moderna, no me ha gustado (...). Los cuadros que también me gustan mucho son los Van Gogh, estos cuadros son terroríficos, se siente que algo hierve en ellos." (A su mujer también le gustan mucho los impresionistas; ha visto la exposición Picasso y "le ha gustado mucho todo lo de su comienzo, todo el período azul".)

"Tratar de trepar, llegar a algo"

Los cursos que sigue para "tratar de trepar, de llegar a algo", rigen todo el empleo de su tiempo, que está muy cargado. Sale de casa a las ocho de la mañana y vuelve a las siete de la tarde; dos o tres tardes por semana, así como el sábado por la mañana, sigue unos cursos (además de los cursos del CNAM, recibe clases particulares de matemáticas en su casa). No tiene, pues, "tiempo para leer lo que sea, sobre todo para leer libros que le distraigan" y lee "más bien libros de técnica, científicos y todo eso, para instruirse". Le gustan mucho "los libros de acción" ha leído "libros de aventuras" ("Cousteau, no sé si eso se puede llamar científico"), "libros de guerra" (los libros sobre la guerra del 40, sobre las batallas aéreas). A él le "gustaba mucho la historia en clase", pero no tiene "realmente libros históricos". "Las novelas de amor no me gustan en absoluto, no sé decir por qué." Desde que sigue los cursos del CNAM ha "perdido el gusto por la lectura": "Se lee otra cosa, no puede uno distraerse, distraer su pensamiento en otra cosa, no se tiene tiempo." (Su mujer, a la que le gustan mucho los libros en los que "hay un poco de medicina" y en los que "se plantean problemas morales", ha leído recientemente a Boris Vian: ha encontrado "muy divertido *L'écume des jours*", pero le ha gustado menos *L'arrache-cœur*; a él no le "han gustado en absoluto".)

"A causa de los cursos y del examen", apenas "han salido este invierno"; un poco, luego. Van de cuando en cuando al cine, porque es "una cosa fácil, se puede ir al cine cuando se quiere, y luego no es demasiado caro, son diez francos (...), nos interesamos por lo menos por las buenas películas en general, no vamos al cine así como así, nos documentamos un poco antes de ir". A él "le gustan mucho los *westerns*, las películas de aventura, de acción" pero no tiene "preferencias, desde el momento que es una buena película, que está bien rodada, que el director ha sabido dirigirla". Hace poco que ha visto "una película italiana que no se parecía a nada, una monja sobre un tejado intentando volar, un industrial que vendía todos sus bienes, puede que sea una imagen psicológica pero no llega más que a una cierta clase". Por otra parte, "los estudiantes de ciencias económicas o de matemáticas o gente parecida" con los que fue a ver esa película "tampoco la habían comprendido (...), en fin, no sé quién puede comprender películas como ésa". Han visto *L'anarque*: "Yo creo que lo que más nos ha gustado, sobre todo, ha sido la interpretación de los actores, los personajes", explica su mujer, a quien también le ha gustado mucho *El padrino*, "sobre todo por la interpretación de Marlon Brando".

Bastante "conservador", gustándole "mucho las cosas clásicas", es "a pesar de todo, también, inconformista": "Cuando se es joven, a uno le importa un bledo lo que piensa la gente, se es anticonformista (...), se es siempre un poco, yo no diría revolucionario, pero se desea que haya algo, aunque sea poco, que cambie." Lee *Le Canard enchaîné* porque le "gustan mucho las críticas sobre las personas del gobierno, por ejemplo, los rumores de pasillo, todo eso; también todas esas transacciones tanto políticas como inmobiliarias y financieras", *Le Nouvel Observateur,* sobre todo por la política exterior", pero no lee con regularidad ningún diario.

"Allí había trabajo"

Hasta el año en que se realizó la entrevista, tomaban un abono para el Teatro de la Villa: "No es caro, es muy importante, si usted quiere; la Opera, eso es carísimo, como todos los demás teatros, no es posible" ("yo quería ir a ver a Nureyev, y esto suponía más de 90 francos por los dos; esto nos hizo dudar y al final nos fuimos", precisa su mujer, que antes de terminar su bachillerato iba al TNP; ha visto *Hamlet, La loca de Chaillot, Chant public devant une chaise electrique*). Le gustan los *ballets* (y en particular "la danza clásica"): "Los *ballets* Moisseiev nos gustaron mucho, eso sí que tiene mérito"; han visto también unos *ballets* en el Teatro de la música que está al lado de Artes y oficios: "No eran de danza clásica, pero estaban muy bien." "Era *El Pájaro de fuego*", precisa su mujer, que añade: "Se notaba que era un buen

ballet, digamos que se veía el trabajo" (a ella le gusta también "el folklore francés de provincias [...], las danzas folklóricas de todos los países, por lo demás"). En el teatro, él pide que las obras estén "bien interpretadas". Le gustaría ir a ver *Magic Circus* del que ha visto algunos extractos en la televisión.

Van casi todos los años de vacaciones a España ("es económico"; su padre, español, tiene un apartamento en España a orillas del mar). Durante las vacaciones, "lee bastante" y, le recuerda su mujer, "sale todas las noches a las *boîtes*". Ha probado el esquí náutico (su mujer lo practica mucho): "Pero eso no marcha, es decir, yo no tengo las piernas bastante fuertes, es preciso, a pesar de todo, tener un entrenamiento deportivo que no se tiene durante el año y entonces se llega a las vacaciones completamente hecho puré (...); si se tuvieran menos horas de trabajo, se tendría más tiempo para las distracciones, sobre todo que yo aprovecho mi tiempo libre para perfeccionarme en mi trabajo (...), se necesita estar verdaderamente loco como yo lo estoy para hacerlo." "En estos momentos, yo deseo más que nada una vida de multimillonario, estoy hasta la punta de los pelos de la rutina de cada día, incluso en las vacaciones tal como están concebidas. Yo quiero ser multimillonario, qué quiere usted, con una gran finca, un bosque, una piscina, una gran casa, y después todos los deportes, el tenis." Por lo que se refiere a su mujer, a ella "le gustaría mucho salir en barco": "Pescaríamos, nos divertiríamos con los amigos, nos broncearíamos, bailaríamos, leeríamos". A ella le gustaron mucho las vacaciones que pasaron una vez en Rumania con el club Mediterráneo; habían elegido "la forma motel": "Se tiene su propia comodidad, pero a pesar de ello, se está integrado, se tienen amigos con facilidad, no es como en un hotel donde no se puede entrar en contacto con la gente (...), se tiene todo al alcance de la mano". Durante su estancia han visitado un poco Rumania, porque "si se va a un país extranjero, hay que visitarlo": "Cada vez que viajamos, visitamos los monumentos, es necesario para conocer el país", añade el marido. No le había gustado en absoluto "el espíritu de los organizadores". La mayor parte de los días, por la noche, "había un espectáculo hecho por los G.O. *(gentils organisateurs)* que en general son unos estudiantes que están allí para pasar sus vacaciones. Entonces, no está bien organizado, trabajado en absoluto, ni siquiera es algo improvisado, ¡es reírse de todo el mundo, vamos!"

seriedad y empeño en el trabajo –garantías todas ellas que el pequeño-burgués ofrece a esas instituciones poniéndose enteramente a su merced (por oposición con el poseedor de un *verdadero* capital, económico o cultural), puesto que sólo por ellas puede obtener los beneficios de un patrimonio fundamentalmente negativo. La pretensión puede escribirse también pre-tensión: pendiente ascendente convertida en tendencia a perpetuar la ascensión pasada, de la que es producto, tiene como contrapartida el espíritu de economía y toda la estrechez asociada a las virtudes pequeño-burguesas. Si la pre-tensión fuerza al pequeño-burgués a entrar en la *competencia* de las pretensiones antagónicas y le empuja a vivir siempre *por encima de sus medios*, al precio de una *tensión* permanente, siempre dispuesta para explotar como agresividad, es también la que le da la fuerza necesaria para extraer de sí mismo, por medio de todas las formas de autoexplotación, ascetismo y maltusianismo en particular, los medios económicos y culturales indispensables para la ascensión.

El pequeño-burgués realiza los sacrificios más importantes, si no los más patentes, en el orden de la sociabilidad y de las satisfacciones correlativas. Seguro de que no debe su posición más que a su propio mérito, está convencido de que no debe contar más que con él mismo para conseguir su salvación: cada uno para sí, cada uno en su propia casa. La preocupación por concentrar los esfuerzos y reducir los costes conduce a romper los lazos, incluso los familiares, que constituyen un obstáculo para la ascensión individual. La pobreza tiene sus círculos viciosos, y los deberes de solidaridad que contribuyen a encadenar a los más dotados (relativamente) con los más carentes hacen de la miseria un eterno comienzo. El "despegue" supone siempre una *ruptura* en la que renegar de los antiguos compañeros de infortunio no representa más que un aspecto. Lo que se exige del tránsfugo es una inversión total de la tabla de valores, una conversión de toda la actitud. Así, sustituir por la familia reducida o el hijo único la familia numerosa –de la que las causas negativas, tal como un insuficiente dominio de las técnicas anticonceptivas, no dan enteramente razón–, es renunciar a la concepción popular de las relaciones familiares y de las funciones de la unidad doméstica; es abandonar, además de las satisfacciones de la gran familia y todo un modelo de sociabilidad tradicional, con sus intercambios, sus fiestas, sus conflictos, las seguridades que proporciona una descendencia numerosa, única protección casi segura, sobre todo para las madres, contra las incertidumbres de la vejez, en un universo asediado por la inestabilidad doméstica y la inseguridad económica y social. Las relaciones de familia o de amistad no pueden ser ya para el pequeño-burgués una seguridad contra la desgracia y la calamidad, contra la soledad y la miseria, una red de apoyos y de protección de la que se recibirá, en caso de necesidad, una ayuda, un préstamo o un sitio; no son todavía lo que en otras partes se denomina "relaciones", es decir, un capital social indispensable para obtener el mejor rendimiento posible del capital económico y cultural. No son más que grilletes que hay que romper cueste lo que cueste, porque la gratitud, la ayuda mutua, la solidaridad y las satisfacciones materiales y simbólicas que proporcionan, a corto o a largo plazo, forman parte de los lujos prohibidos.

Al limitar su familia a un pequeño número de hijos, cuando no a un hijo único, sobre el que se concentran todas las esperanzas y todos los esfuerzos, el pequeño-burgués no hace otra cosa que obedecer al sistema de trabas a su libertad de acción que en sí lleva su ambición: al no poder aumentar los ingresos, es necesa-

rio restringir los gastos, es decir, el número de consumidores. Pero al hacer esto, se conforma además con la representación dominante de la fecundidad legítima, esto es, subordinada a los imperativos de la reproducción social: la limitación de los nacimientos es una forma (sin duda la forma elemental) de *numerus clausus*. El pequeño-burgués es un proletario que se hace pequeño para llegar a ser burgués.

Si es verdad que es en la realidad y no en la mente del sociólogo donde el pequeño-burgués es un burgués en pequeño, es fácil ver lo que se perdería al abandonar el concepto de pequeño-burgués, en nombre de una definición objetivista de la objetividad. Aquí, como en todas partes, los conceptos indígenas concentran, bajo una forma especialmente evocadora, el máximo de propiedades sociológicamente pertinentes. Además, la reducción objetivante, por muy brutal que sea, no tiene nada en común con el menosprecio de clase –que irrumpe en tantos escritos consagrados a los pequeño-burgueses, cabezas de turco tradicionales de la profecía estetizante y blanco preferido del anatema político (piénsese en Marx hablando de Proudhon...)–: dicha reducción relaciona las propiedades del *habitus* –percibidas con la mayor frecuencia por el racismo de clase–, tales como la "pretensión" o la "pobreza de espíritu", con las condiciones objetivas de las que son producto. Los que pueden ofrecer unas virtudes menos duras y presentar un rostro menos "ingrato" olvidan que las propiedades que condenan constituyen la inevitable contrapartida de los mecanismos que aseguran la ascensión individual, es decir, de la obtención selectiva de los individuos conformes, y hacen como si los "vicios" y las "virtudes" de los pequeño-burgueses (que –¿es preciso recordarlo?– no se definen como tales más que con respecto a la moral dominante) debieran, sólo en su caso, ser imputados a los agentes y no a las estructuras, bajo pretexto de que las estructuras les han dejado la libertad de "elegir" su alienación.

Renunciando a la prolificidad del proletario, que se reproduce tal cual y en gran número, el pequeño-burgués "elige" la reproducción restringida y selectiva, limitada con frecuencia a un producto único, concebido y formado en función de las expectativas rigurosamente selectivas de la clase importadora. El pequeño-burgués se repliega sobre una familia estrechamente unida, pero estrecha y un poco agresiva. No es una casualidad que el adjetivo pequeño o cualquiera de sus sinónimos, siempre más o menos peyorativos, pueda unirse a todo lo que dice, piensa, o es el pequeño-burgués, a su moral misma, su punto fuerte sin embargo: estricta y rigurosa, tiene algo de mezquindad e incomodidad, de crispación y de susceptibilidad, de estrechez y de rigidez a fuerza de formalismo y de escrúpulo. Pequeñas preocupaciones, pequeñas necesidades, el pequeño-burgués es un burgués que vive en la pequeñez. Su *hexis* corporal misma, en la que se expresa toda su relación objetiva con el mundo social, es la de un hombre que debe hacerse pequeño para pasar por la estrecha puerta que da acceso a la burguesía: a fuerza de ser estricto y sobrio, discreto y severo, en su manera de vestirse, pero también en la de hablar –ese lenguaje hipercorrecto por exceso de vigilancia y de prudencia–, en sus gestos y en todo su porte, siempre le falta un poco de anchura de hombros, de grandeza, de amplitud de miras y de largueza.

De este modo, a condición de situarse en un nivel bastante elevado de agregación estadística, se puede oponer a un *ethos* burgués de la *"soltura"* –relación segura con el mundo y con el yo, vividos así como *necesarios*, esto es, como realizada coincidencia del ser y del deber-ser, que funda y autoriza todas las formas íntimas o manifiestas de la *certitudo sui*, desenvoltura, gracia, facilidad, elegancia, libertad, en una palabra, "naturalidad"– un *ethos* pequeño-burgués de la restricción por pretensión, voluntarismo rigorista de llamados pero todavía no elegidos que fundan, en la permanente invocación del deber, su pretensión de ser un día el deber-ser realizado. Sin embargo, basta con afinar el análisis para darse cuenta de que ese sistema de disposiciones tiene tantas modalidades como formas existen de acceder a una posición media en la estructura social, de mantenerse en ella o de atravesarla, y que esta posición puede a su vez ser estable, en ascensión o en decadencia.

Se han sometido al análisis de correspondencias, procediéndose a las mismas operaciones sucesivas y reteniendo las mismas variables activas e ilustrativas que para la clase dominante, los datos recogidos en relación con las clases medias (n = 583 individuos). El primer factor tiene un peso relativo más importante que en el análisis de la clase dominante (7% frente a 3,4% para el segundo y 3% para el tercero) –sin duda porque entran en su composición no sólo la estructura del capital sino también el volumen global del mismo, cuyo efecto no resulta completamente neutralizado por el hecho de la dificultad y de la arbitrariedad relativa que existen para definir los límites de la clase, tanto del lado del polo cultural, donde los intermediarios culturales, muy próximos a los profesores de enseñanza secundaria, hubieran podido ser excluidos, como del lado del polo económico, donde nunca es fácil hacer la separación, con los elementos de información disponibles, entre los grandes y los pequeños comerciantes o artesanos—. (Por ello, el diagrama-plano se presenta como una deformación sistemática del espacio social, tal como figura en el esquema teórico anterior, en el que el volumen y la estructura del capital se corresponden con *dos dimensiones diferentes*, mientras que aquí el primer factor se corresponde con la segunda dimensión, pero también por una parte con la primera, correspondiéndose el segundo con la tercera). Ese primer factor pone en evidencia una estructura de oposiciones casi semejante a la que manifestaba también el primer factor en el análisis de la clase dominante. Son los indicadores de la competencia en materia de cultura legítima y, quizá sobre todo, de la ambición (o de la pretensión) cultural, los que contribuyen con más fuerza a la constitución del primer factor: de un lado, la aptitud para identificar al menos doce compositores (2,0%), el conocimiento de por lo menos doce de las obras musicales (2,4%), la frecuentación del Louvre y del Museo de arte moderno (2,7%), la elección de obras de música clásica típicas de la disposición "discófila" como *Las cuatro estaciones* (2,4%), el *Arte de la fuga* (1,6%) y *El clavecín bien temperado* (1,6%), de cantantes "intelectuales" como Jacques Douai (1,8%) y Léo Ferré, de pintores que son el equivalente de Bach o Vivaldi en el espacio de los gustos pictóricos, como Bruegel (1,8%), de juicios ambiciosos sobre la pintura, como "la pintura abstracta me interesa tanto como la de las escuelas clásicas" (2,4%) y, por último, de amigos "artistas" (2,0%) y de un hogar arreglado y lleno de fantasía; del otro lado, el bajo (de 0 a 6) conocimiento de los compositores (2,9%) y de las obras (2,7%), la elección de obras susceptibles de ser percibidas como legítimas por un efecto de alodoxia, como *El bello Danubio azul* (2,8%) o

La Arlesiana (1,5%), de cantantes asociados con la opereta, como Guétary (1,6%), y, por último, las preferencias más "comunes" (como el hogar claro y limpio, fácil de mantener). (Del lado de las contribuciones relativas se observa que los adjetivos elegidos para calificar el hogar resultan explicados con más fuerza por el primer factor que por los siguientes -y en especial armonioso, arreglado y lleno de fantasía, asociados, ya se ha visto, al polo cultural; claro y limpio y fácil de mantener, asociados al polo económico–, así como la elección de pintores tales como Renoir y Kandinsky.)

La proyección de las variables ilustrativas hace aparecer que, como para la clase dominante, las titulaciones se distribuyen de manera lineal sobre el primer eje (lo que no sucede con los ingresos). Del lado de los individuos, el primer factor enfrenta a los artesanos y pequeños comerciantes con los miembros de la nueva pequeña burguesía más ricos en capital cultural (intermediarios culturales, servicios médico-sociales) y, secundariamente, a los maestros, los técnicos y los cuadros medios ocupan unas posiciones intermedias.

El segundo factor caracteriza sistemáticamente las disposiciones éticas y estéticas más tradicionales o conservadoras, el apego a los valores antiguos y consagrados, en materia de pintura, con Rafael (2,6%), Vinci (2,3%) o Watteau (1,6%), y en materia de música clásica, con *La Traviata* (2,4%), o de canción, con Luis Mariano (1,9%), pero también en materia de arte de vivir, con el gusto por la cocina tradicional francesa (2,3%), el hogar cuidado (2,3%) y armonioso (1,6%). Y esto oponiéndoles a unas disposiciones que parecen no tener en común otra cosa que la ignorancia o el rechazo de los valores establecidos –con la preferencia por Halliday (4,4%), Aznavour (3,3%), Buffet (2,3%), el hogar cálido (1,6%) y el amigo divertido (2,9%)–. (Entre los indicadores explicados con más fuerza por el segundo factor, se encuentra la misma oposición, con, por un lado, la elección del amigo serio o dotado de un espíritu positivo, y por el otro, la elección del amigo decidido, la compra de muebles en un gran almacén, la elección de Françoise Hardy o del juicio "la pintura no me interesa".)

La proyección en variables ilustrativas de las características "objetivas" hace aparecer que, como en el caso del gusto dominante, el segundo factor expresa una oposición según la edad (los de mayor edad se encuentran en la parte superior del segundo eje y del lado del polo económico y los más jóvenes están en la parte de abajo de este eje y del lado del polo cultural) e, inseparablemente, una oposición según el origen social: los hijos de patronos, pequeños o grandes, y de cuadros superiores o de miembros de profesiones liberales se sitúan del lado de los valores positivos del eje, mientras que los hijos de obreros, de empleados o de cuadros medios se colocan del lado de los valores negativos. Dicho de otra forma, el segundo factor enfrenta, dentro de cada fracción, a los que más bien están en decadencia y a los que más bien están en ascensión, correspondiendo *grosso modo* la distribución global de las diferentes fracciones a la proporción en cada una de ellas de las dos categorías, con la oposición entre los intermediarios culturales y los cuadros administrativos medios, que se inclinan hacia los valores positivos, y los empleados de comercio o los secretarios, que lo hacen hacia los valores negativos. Por último, como en el caso de la clase dominante, en la que el tercer factor oponía a los miembros de profesiones liberales, que realizan en su plenitud el gusto burgués, con las dos fracciones que representan los extremos del espacio cultural dominante, profesores e intelectuales por un lado, grandes comerciantes e industriales por el otro, dicho tercer factor opone también a los que poseen más y más completamente las características modales de la clase en su conjunto –aquellas características que los oponen mejor a las otras clases, en resumen, las más típicamente *medias*– con los que tienen menos capital cultural, es decir, con los artesanos y comerciantes, y con los que tienen más, es decir, con los intermedia-

Gráficos 15 y 16—Variantes del gusto pequeño-burgués.

Análisis de las correspondencias. Plano de los ejes de inercia 1° y 2°: el espacio de las propiedades (gráfico 15) y el espacio de los individuos de las diferentes fracciones —con exclusión de los empleados de oficina, demasiado dispersos (gráfico 16)—. Los títulos correspondientes a las contribuciones absolutas más altas figuran en MAYUSCULAS SUBRAYADAS para el primer factor, y en MAYUSCULAS para el segundo.

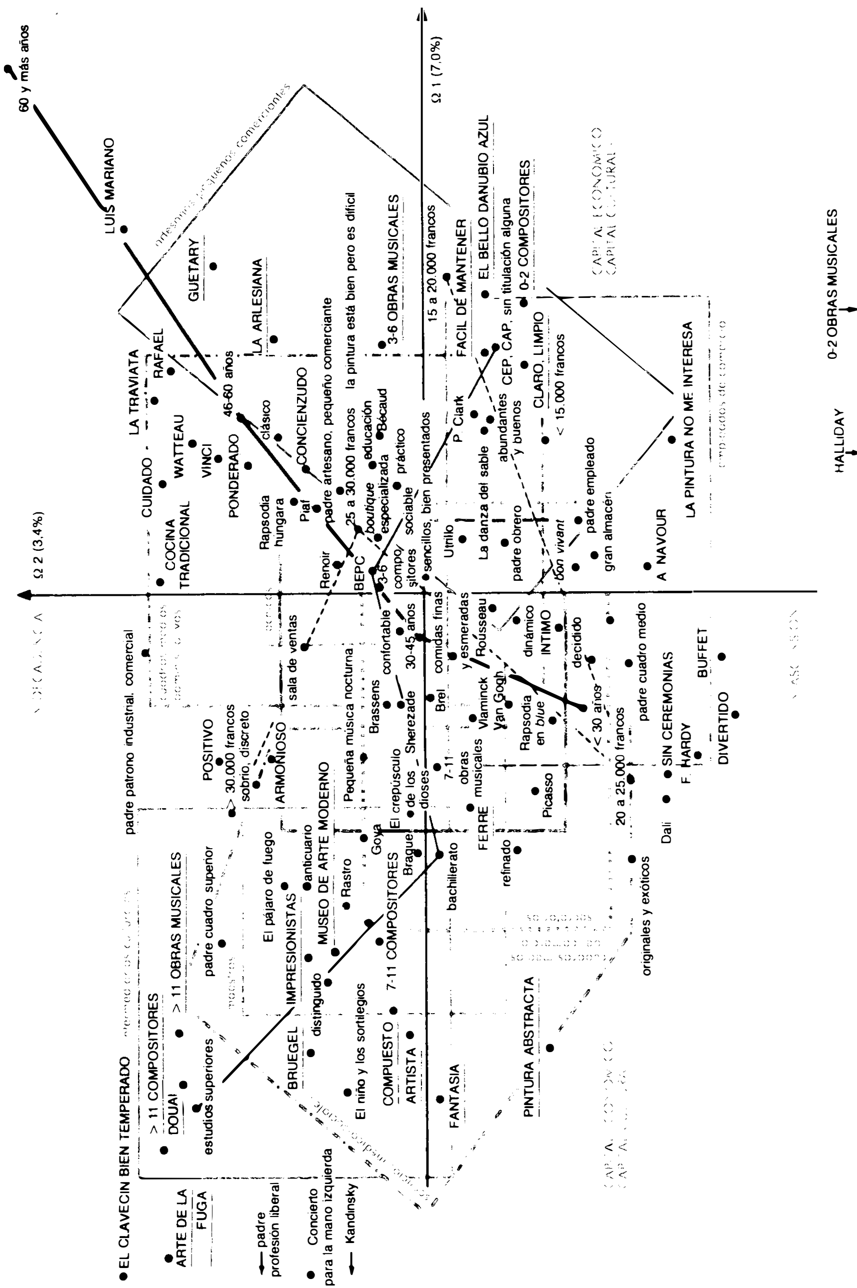
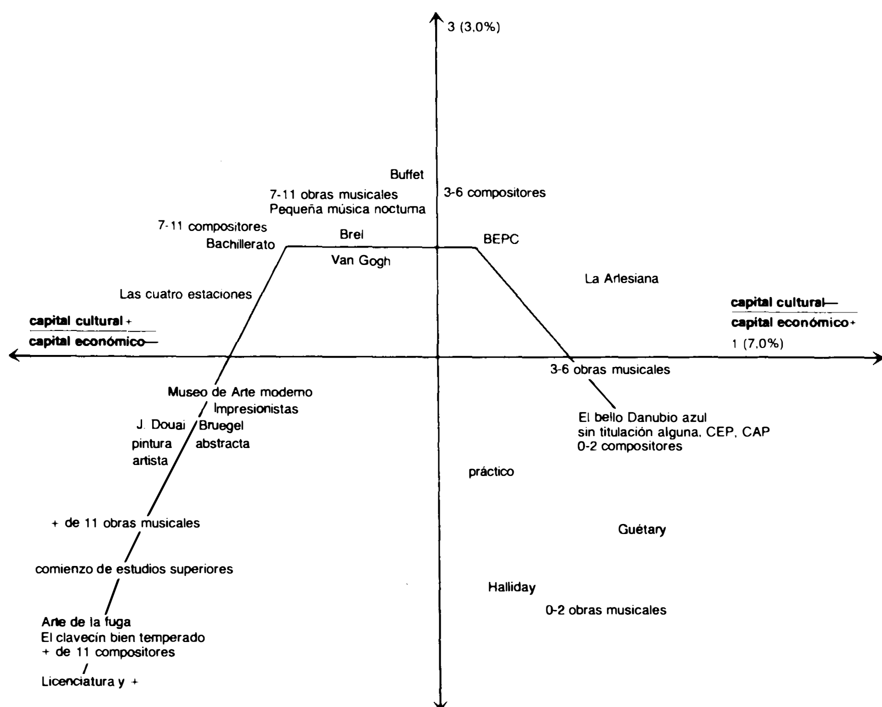


Gráfico 17—**Variantes del gusto pequeño-burgués**
Análisis de las correspondencias. Plano simplificado de los ejes de inercia 1° y 3°.



Sobre este esquema simplificado no se han representado más que las variables cuyas contribuciones absolutas eran iguales o superiores a 1,5. Entre las variables ilustrativas, no se ha representado más que la titulación.

---

rios culturales y los maestros. Los indicadores de una competencia cultural media, como un conocimiento medio (de 7 a 11) de las obras (4,0%) y un conocimiento medio (de 3 a 6) de los compositores (2,9%), o como el gusto por los bienes culturales más típicamente medios, como Brel (2,9%), Buffet (1,7%), Van Gogh (1,9%), Vinci (2,2%), la *Pequeña música nocturna* (1,9%), se oponen de una parte a los índices de un conocimiento muy alto (12 y más) de las obras (2,2%) y de los compositores (4,0%), y de un gusto por unas obras más legítimas, como el *Arte de la fuga* (2,2%); y, de otra parte, a los índices de un conocimiento muy bajo (de 0 a 2) de las obras (3,3%) y de los compositores (1,8%), y de un gusto por las obras menos legítimas, como Guétary (2,4%) o Halliday (1,9%) (los indicadores que se explican con fuerza por este factor están todos dentro del número de los que, al aportar contribuciones absolutas elevadas, han sido ya citados).

La proyección de las variables ilustrativas hace aparecer, como era de esperar, una oposición entre los poseedores de titulaciones medias (BEPC o bachillerato) y los que poseen diplomas inferiores (CEP o CAP) o superiores (comienzo de estudios superiores o titulación superior), que se dobla con una oposición entre los que son originarios más bien de las clases medias y los que lo son sobre todo de las clases superiores o populares. La "cultura media" es esencialmente la propia de los maestros, los técnicos, los miembros de los servicios médico-sociales y los cuadros administrativos medios.

Para explicar el conjunto de hechos que el análisis de las correspondencias tiene la virtud de hacer surgir en su sistematicidad, no basta con observar que, aunque fenomenalmente muy distintos (puesto que recaen sobre unos objetos globalmente menos legítimos), las elecciones de los miembros de la pequeña burguesía se organizan según una estructura casi semejante a la que organiza los gustos de los miembros de la clase dominante, oponiéndose los artesanos y los pequeños comerciantes, cuya posición descansa en la posesión de cierto capital económico, a los maestros y a los intermediarios culturales, según unos principios completamente análogos a los que distinguen a los patronos industriales o comerciales de los profesores y de los productores artísticos. No es posible afrontar realmente el problema que plantea la relación puesta en evidencia por el segundo factor, a saber, el nexo entre unos conjuntos de disposiciones estéticas y éticas que pueden definirse, imperfectamente, como "conservadoras" o "novadoras", y el origen social y la edad, asociados a su vez por una relación compleja con la posición en la dimensión horizontal del espacio, si no es a condición de interrogar sistemáticamente a la relación que se establece entre unas posiciones (o unos puestos) situados en el espacio-tiempo social y unos agentes situados también en ese espacio.

Si de ordinario se comprende tan mal lo que ocurre en ese lugar *central* del espacio social, se debe a que, en el mejor de los casos, para tratar de conocer y de medir (recurriendo, por ejemplo, a unos códigos por definición *definidos*), hay que detener los movimientos de igual sentido y de sentido contrario que arrastran tanto a las posiciones como a los agentes, haciendo de la región central y media del espacio social, lugar de incertidumbre e indeterminación relativas entre los dos polos del campo de las clases sociales, un conjunto de lugares de paso en movimiento en el que se encuentran durante un tiempo más o menos largo unos agentes arrastrados por unas trayectorias de igual sentido o de sentido inverso, ascendentes o descendentes. Para abarcar aún desde más cerca la realidad, se podría caracterizar a las posiciones medias o centrales como unos lugares de paso en movimiento que se desplazan –en una región relativamente indeterminada de un espacio-tiempo social que no es sino la estructura de orden de esos movimientos ordenados pero parcialmente desordenantes– en parte, al menos, porque las personas que en ellos se encuentran durante un tiempo más o menos largo, y cuyas prácticas y trayectorias están parcialmente determinadas por las determinaciones ligadas a esos lugares, contribuyen a hacer que se muevan por sus movimientos o, más exactamente, con las transformaciones que suscitan en la realidad o en la *representación* de las posiciones que ocupan y que, en ciertos casos, arrastran en su movimiento. Esto vale tanto en el caso en que los agentes "vayan hacia arriba" en el espacio social, "realzando" su posición, como en el caso en que desciendan en el espacio social, "arrastrando" a su posición en su descenso (con los efectos de desbandada). Se ve, de paso, que las metáforas mecánicas que es obligado emplear para hablar de una realidad que no se deja nombrar fácilmente, tienen el peligro de hacernos olvidar que la representación que los agentes se hacen del futuro de su propia posición, y que depende del futuro objetivo de esa posición pero también de la representación que de ella se hacen los otros agentes, contribuye a determinar el futuro objetivo de la posición considerada[13]. En realidad, la adecuada descripción de un

[13] Es evidente que lo que aquí se dice de las posiciones medias, porque la evidencia de lo dicho se impone mejor cuando se habla de ellas, vale para todas las posiciones del espacio-tiempo social.

tal universo supondría poner en tela de juicio, en todos los momentos, de todas las disposiciones, inclinaciones, propensiones al realismo sustancialista que están inscritas tanto en los modos de pensamiento ordinarios como en el lenguaje ordinario y en las expectativas ordinarias de la ciencia social, dada a reclamar unos enclasamientos estrictos, unos grupos con *fronteras* bien establecidas, bien definidas en su nombre –es preciso (poder) llamar pequeño-burgués al pequeño-burgués– y en su número –gustan las denominaciones precisas, exactas, que parecen "ciencia"–[14]. Dicho esto, sobre todo, para procurar de antemano la indulgencia para todas las recaídas, quizá provisionalmente inevitables, en el modo de pensamiento realista, que no dejarán de aparecer a lo largo de estos análisis.

De este modo, las posiciones medias del campo social pueden definirse sincrónicamente como situadas en una región intermedia, caracterizada por su relativa indeterminación (primera dimensión, vertical, del espacio social), del uno u otro subcampos (segunda dimensión, horizontal), campo económico o campo cultural, del campo de las clases sociales, pero también diacrónicamente como poseedoras de una historia (que puede ser la historia colectiva de los sucesivos ocupantes de esa posición) relativamente independiente de la de los individuos que ocupan esa posición en un momento dado del tiempo, o, si se prefiere, como poseedoras de una trayectoria pasada y futura, de un pasado y de un porvenir. Este porvenir, es decir, el porvenir colectivo que esa posición promete a sus ocupantes, quizás esté relativamente *predeterminado*, y como *más o menos favorable*, es decir, como prometiendo con una relativa certeza una ascensión o una decadencia más o menos marcadas, o el estancamiento, aunque sea casi-*indeterminado*, abierto.

> Entre las propiedades comunes a todos los ocupantes de esas posiciones medias o neutras, las más características son, sin duda, las que se deben a esa indeterminación estructural: situadas a igual distancia de los dos polos extremos del campo de las clases sociales, en un punto medio o, mejor, en un lugar neutro donde las fuerzas de atracción y de repulsión se equilibran, los pequeño-burgueses se ven continuamente enfrentados a unas alternativas éticas, estéticas o políticas, y por tanto obligados a llevar al orden de la conciencia y de las elecciones estratégicas las operaciones más ordinarias de la existencia. Condenados, para sobrevivir en su universo de aspiración, a "vivir por encima de sus medios", luego a estar continuamente atentos y sensibles, hipersensibles, a los más pequeños signos de la recepción otorgada a la representación que proporcionan, están continuamente expuestos a determinadas llamadas al orden, rechazos o repulsas violentas destinados a rebajar sus pretensiones y a "ponerlos en su lugar", y por consiguiente siempre en guardia y listos para transformar la docilidad en agresividad.

En el lado de las posiciones relativamente predeterminadas, se pueden distinguir así unas posiciones *decadentes*, como las posiciones del artesano y del pequeño comerciante, que han conocido una importante disminución numérica, correlativa con una rápida decadencia económica y social, y unas posiciones *estables o ascendentes*, tales como las posiciones del empleado de oficina, del cuadro administrativo medio o del empleado de comercio, que no han sufrido sino un

---

[14] Así es como pueden anunciarnos hoy que los pequeño-burgueses "son, todo lo más, 4.311.000" (C. BAUDELOT, R. ESTABLET, J. MALEMORT, *La petite bourgeoisie en France*. París, Maspero, 1974, p. 153).

aumento moderado, acompañado de pocos cambios en los beneficios económicos y sociales asociados a las mismas[15]. Por otra parte, en el lugar de mayor indeterminación en una región de indeterminación, esto es, principalmente en el lado del polo cultural[16] de la clase media, se sitúan unas posiciones todavía mal determinadas, tanto para el presente que proponen como para el porvenir tan incierto, y al mismo tiempo tan *abierto*, es decir, simultáneamente arriesgado y disperso, que prometen (por oposición al porvenir *asegurado* pero *cerrado* de las posiciones fuertemente predeterminadas): estas posiciones, nuevas o renovadas, han nacido de las recientes transformaciones de la economía (y en particular del aumento de la parte que corresponde, hasta en la producción de bienes, al trabajo simbólico de producción de la necesidad –condicionamiento, *design*, promoción, relaciones públicas, *marketing*, publicidad, etcétera) o han sido, de alguna manera, "inventadas" e impuestas por sus ocupantes que, para poder vender los servicios simbólicos que podían ofrecer, tenían que producir su necesidad en los consumidores potenciales mediante una *acción simbólica* (ordinariamente designada con eufemismos tales como "trabajo social", "animación cultural" etcétera), tendente a imponer unas normas y unas necesidades, en particular en el campo del estilo de vida y de los consumos materiales y culturales.

Todo sucede como si las propiedades sincrónicas y diacrónicas de las posiciones estuvieran ligadas por una relación estadística tan estrecha con las propiedades sincrónicas y diacrónicas vinculadas a los individuos –es decir, con el volumen y la estructura del capital que rigen su posición en un momento dado y con la evolución en el tiempo de esas dos propiedades que definen las trayectorias pasadas y potenciales en el espacio social– como para que se pueda, como con frecuencia se ha hecho hasta ahora, caracterizar indiferentemente las posiciones por las propiedades de sus ocupantes o a la inversa. Esto puede demostrarse, como nunca se ha dejado de hacer, para las propiedades sincrónicas, al estar el volumen y la estructura del capital tan evidentemente ligados a la posición que, en algunos casos, se podría omitir el examen de la relación entre los ocupantes y la posición y los mecanismos mediante los cuales se realiza aquélla; pero las clases medias proporcionan una ocasión particularmente favorable para establecerlo en el caso de las propiedades diacrónicas. Nos vemos así remitidos al punto de partida de este análisis, es decir, a la relación que establece la observación entre las grandes clases de posiciones definidas en sus propiedades diacrónicas y unas propiedades individuales evidentemente vinculadas al tiempo, como la edad, mediante la cual se expresa la relación con el pasado (pasado del sistema económico, en el polo económico; pasado del sistema escolar, en el polo cultural) y con el futuro, o como el origen social, indicador (imperfecto) de la evolución del volumen y de la estructura del patrimonio, y también de toda una relación con el pasado y con el futuro, al mismo tiempo que con las otras clases sociales, como lugares de donde se viene y a donde se va[17].

---

[15] Entre las propiedades de las posiciones fuertemente predeterminadas de la función pública (como los cuadros administrativos medios), la más significativa desde el punto de vista aquí considerado es, sin lugar a dudas, el hecho de que ofrecen, con la *carrera* estatutariamente garantizada, la seguridad de una trayectoria individual relativamente previsible.

[16] Lo que se comprende, puesto que su aparición es, en una gran parte, el efecto de las transformaciones del sistema escolar.

[17] Este nexo entre el futuro y la ascensión social o entre el pasado y la decadencia se encuentra

Las posiciones cuyo descenso numérico expresa la decadencia económica están ocupadas por unos individuos que, tanto en sus propiedades objetivas como en sus prácticas y opiniones, aparecen como ligados con un pasado acabado. Situados en el extremo del primer eje, los artesanos y los pequeños comerciantes, relativamente mayores en su conjunto y poco dotados de capital escolar (lo más que tienen es el CEP o el CAP), manifiestan en todas sus preferencias unas *disposiciones regresivas* que están, sin duda, en la base de sus inclinaciones *represivas*, particularmente visibles en sus reacciones ante todos los signos de la ruptura con el antiguo orden, comenzando, por supuesto, por la conducta de los jóvenes. Es así como en reacción contra todas las inclinaciones al modernismo o al confort que se les aparecen como otros tantos abandonos laxistas, realizan, con respecto a todo lo que se relaciona con el arte de vivir cotidiano, unas elecciones que pueden denominarse regresivas, puesto que están muy próximas a las de los obreros, aunque no les sean impuestas por la necesidad en el mismo grado que a éstos (dicen, por ejemplo, que prefieren un hogar claro y limpio, fácil de mantener o práctico). Igualmente, en materia de música y de canción, se dirigen sistemáticamente hacia las obras excluidas de la cultura burguesa (como *La Arlesiana* o *El bello Danubio azul*) y sobre todo hacia los cantantes al mismo tiempo más pasados de moda y más tradicionales (como Guétary y Luis Mariano).

Según una lógica que vale también para las demás posiciones, en la subcategoría más ajustada en sus propiedades diacrónicas de edad y de trayectoria a las propiedades diacrónicas de la posición –es decir, en la más exactamente orientada en el sentido de la historia colectiva, la más dispuesta, pues, a expresar la verdad objetiva de esta última y a anunciar su porvenir– es en la que se observan, en su más alto grado de densidad y de intensidad, las preferencias características de la fracción en su conjunto: así, el conjunto (situado en la parte de arriba del segundo eje) de los pequeños artesanos o pequeños comerciantes, la mayoría de ellos, de padres pequeños artesanos y pequeños comerciantes que están condenados, a falta del capital económico y sobre todo del cultural necesarios para intentar una reconversión, a mantenerse a cualquier precio a la cabeza de pequeñas empresas particularmente amenazadas (comercios de productos alimenticios, pequeño artesanado tradicional, etcétera) y destinados a desaparecer con ellas (tienen más edad aún que los otros), se distingue, por unas elecciones sistemáticamente retrógradas, del resto de la fracción, en la que se cuentan una buena parte de artesanos modernos (electricistas, mecánicos, etcétera), poseedores del BEPC o incluso del bachillerato que, sobre todo cuando son jóvenes y parisienses, están muy próximos a los

---

muy profundamente marcado en la visión dominante del mundo (en la que se dice de un individuo que "tiene futuro" o de una posición que es de "porvenir", para indicar que están destinados a la ascensión social, es decir, al aburguesamiento). Encuentra un fundamento y un refuerzo incesante en todos los mecanismos sociales de competencia (de los que el más ejemplar es, evidentemente, la moda) en los que las diferencias entre las clases se manifiestan en *separaciones temporales* en una carrera orientada hacia el mismo objetivo. Funciona en el inconsciente político o incluso científico mediante todos los usos normativos del esquema evolucionista que identifica al pueblo con el pasado superado o que, más sutilmente, hace de la visión revolucionaria, inversión de la visión dominante que conduce a identificar al pueblo con el futuro, la forma por excelencia del arcaísmo (este esquema de pensamiento es particularmente eficiente en aquellos universos que, como el campo intelectual, se basan en la oposición de lo nuevo y de lo antiguo).

Una panadera "justo en la media"

Madame D., panadera de Grenoble, huérfana desde los 12 años, fue confiada a la Asistencia Pública: ha ido a clase hasta los 14 años pero no ha aprobado el CEP. Su marido trabajó primero por la noche en una lechería, después como obrero panadero durante 8 años; hace 12 años que se ha instalado por su cuenta. Su hija tiene 22 años, está casada y es ayudante de laboratorio en una farmacia. Son propietarios de una panadería pequeña (sólo emplea un obrero), que van a dejar pronto, con la intención de volver a empezar con otro comercio pequeño, pero que sea menos esclavo, "menos sujeto". Acaban de comprar en las afueras de Grenoble una casa que tiene un salón, un comedor, varias habitaciones, una cocina y un cuarto de baño, rodeada de un gran jardín muy bien cuidado.

"Me gusta mucho la limpieza"

En el interior, todo reluce, todo está limpísimo: "No es por presumir, pero me gusta mucho la limpieza, por eso me gusta mucho arreglar mi casa, limpiar bien el polvo, quizá demasiado, porque al final, cuando se dedica a ello todo el tiempo, no se hace otra cosa." La preocupación por mantenerse en lo que le parece un justo medio, por estar "justo en la media", por no hacerse notar demasiado, orienta todas sus palabras. Así, de su casa dirá que es un poco "el fruto de nuestro trabajo", "una recompensa", que "está bien, pero que las hay mejores a pesar de todo; digamos que no está mal, por supuesto (...); algo bien dentro de la media, no es que yo sea orgullosa, aunque hubiera sido un poco más pequeña, la hubiera cogido igual. Hay que decir: está justo en el término medio, no es un lujo, lujo, pero no es tampoco completamente corriente". "Nos han educado de manera muy estrecha económicamente"; "trabajando como se trabaja, no te queda tiempo para gastar (...), no te queda tiempo para salir, entonces se ahorra por la fuerza de las cosas; a menudo yo digo: 'Hay quien tiene dinero y tiene tiempo, yo tengo dinero, pero no tengo tiempo', es triste decirlo, pero es la verdad".

"Algo intermedio entre lo muy moderno y lo antiguo"

La elección del mobiliario, de estilo Lévitan, ha planteado muchos "problemas". "He recorrido bastantes tiendas (...) para no equivocarme (...); quería algo que fuera un poco con mi edad, porque no veo bien a una persona de 50 años con unos muebles ultramodernos (...); pensé elegir algo intermedio entre lo muy moderno y lo antiguo". Ha preferido "esperar el tiempo que fuera necesario" para comprar la casa antes "que comprar a ciegas"; "los hay que en seguida tienen una casa, digamos que nosotros no lo hemos entendido así, no nos servía para nada tenerla; hemos esperado cierto número de años, lo que nos ha permitido comprar algo más confortable".

"No los más corrientes, pero tampoco los más bellos"

Los muebles del salón "no son los más corrientes pero tampoco los más bellos, he elegido algo clásico"; la gran banqueta gris, "con ese tono una puede sentarse en ella", "no se es esclava de la banqueta (no se tiene miedo de ensuciarla) al mismo tiempo que está bastante bien". Ha tenido que tomar sola todas estas decisiones porque su marido no tenía ni tiempo ni ganas de acompañarla: "A él le tenía sin cuidado, me dijo 'tú haces lo que te parezca'." Ella buscaba algo "que fuera con el estilo de las habitaciones; no pienso que estoy muy cualificada en esta materia, pero hay que respetar un cierto estilo en las habitaciones".

"Estas cosas tienen ahora valor porque está limpio"

En las paredes, un cuadro que le ha regalado su cuñado y otro que ella le ha comprado a "un pintor sobre tela". "Me gustaría muchos cuadros, pero no dispongo de los medios para ello." Piensa que quizá también le gustaría escuchar discos, pero no los ha comprado nunca ni se ve comprándolos. La preocupación por no perder nada, el sentido de la economía les han llevado a "recuperar" algunos objetos decorativos para su casa. "Tengo montones de pequeñas porquerías que he recuperado, cosas que he encontrado en los desvanes de las tías, de los tíos, chismes a los que he sacado brillo. Todas esas cosas tienen un valor ahora porque están limpias (...); cuando las recuperé, nadie se habría agachado para recogerlas porque estaban demasiado sucias."

"No me gusta deslumbrar a nadie..."

Le gusta su hogar: si dispone de dinero, prefiere "gastarlo en un mueble o en algo para la casa", comprar una cortina o una alfombra, que podrá "conservarla mucho tiempo", mejor que un vestido, que pasado un año será un "trasto inútil", o que una joya, que apenas se pondrá. "Hay personas que son muy coquetas, que compran mucho. Yo no experimento esa necesidad porque después de todo, incluso algunas veces se compran cosas que nunca se ponen. Te han gustado no sabes por qué, y de un día para otro ya no te gustan. Los zapatos, basta con que te hagan daño, te los pones medio día o una hora y después te dices 'me duelen demasiado los pies, ya no me los pongo más', y se quedan en su caja guardaditos. Estoy segura de que no soy la única a la que le pasa esto." A ella "le gustan las joyas de verdad", las "joyas de oro", pero no se pone las que tiene. "No me gusta deslumbrar a nadie, sacar todas mis joyas, dirán 'mira, saca todas sus joyas'; no me gusta exhibir todas mis riquezas, si se puede llamar así a lo que tengo."

"Arreglarse un poco, sin más"

Ella "nunca derrocha" en su vestuario: "No soy de esas que gastan demasiado en vestirse." De todas maneras, "la moda cambia y cambia; (...), por mucho que se haga nunca se está a la moda si es eso lo que se quiere". Por consiguiente, busca más bien vestidos "clásicos". Duda mucho antes de aceptar una invitación a una boda: "Eso no me dice nada porque hay que comprar demasiadas cosas caras y la verdad, eso no sirve más que una vez, prácticamente." Va de cuando en cuando a la peluquería, lo que para ella es una "pesadez"; hay que "arreglarse un poco, sin más". En el campo, donde pasó su infancia, "ponerse delante del espejo y maquillarse, no se hacía nunca". En la vida cotidiana, Madame D. no cocina demasiado porque no son más que dos; pero cuando tiene gente a comer "le gusta mucho cocinar cosas clásicas", flanes de Lorena, *gratin* del Delfinado, asados de todas clases, tomates rellenos.

"Los que todo lo tiran por la ventana"

Madame D. se entiende muy bien con aquellos que tienen "los mismos gustos" que ella, le gusta "relacionarse con gentes honestas". Siendo "bastante ahorrativa sin ser, digamos, tacaña" ("pero, en fin, a una no le gusta el despilfarro"), piensa que no podría entenderse con los que, al contrario, "todo lo tiran por la ventana". Le cuesta comprender a los que "para hablar vulgarmente, tientan al propio diablo, pero tanto como ganan, igual gastan (...). No son los más ricos los que se niegan menos cosas, a menudo son las personas de clase media las que, en el fondo, no se niegan nada; les encantan los pasteles, beben buen vino cuando se les antoja y cuando ya no les llega, lo dejan a deber". Junta en la misma condena a quienes no saben "administrar su presupuesto" y a quienes, a finales de mes, piden

que les anoten los gastos en cuenta a fin de pagarlos más tarde, esto es, sin duda, aunque no los nombre explícitamente, los obreros.

"Las emisiones alegres, con las que no haya que reflexionar demasiado"

No ha ido al cine "desde hace por lo menos diez años" no tiene tiempo para leer los periódicos ni los semanarios, como *Match* o *Jours de France*, que algunos clientes olvidan a veces en la panadería, "muchas páginas para nada y muchos anuncios". Ve un poco la televisión, "pero no demasiado", el domingo sobre todo, pero nunca después de las diez de la noche; no es una "fanática de la tele", "le gustan las emisiones alegres", "con las que no haya que reflexionar demasiado", en particular las emisiones de variedades a condición de que el realizador no busque "hacerlo demasiado bien": "Cuanto más lo intentan, más encuentro que incluso las emisiones de variedades quieren hacerlas demasiado perfectas, lo clásico estaba mejor." Rechaza toda investigación formal, no le gustan las emisiones de Averty. "No me gustan nada esos trucos, todo cortado, se ve una cabeza, se ve una nariz, se ve una pierna. Lo encuentro idiota, seguramente debo ser de la antigua escuela (...). Se ve un cantante que es alto... unos tres metros de alto, después, hay unos brazos con dos metros de envergadura, ¿usted encuentra eso divertido? Ah, a mí no me gusta, es idiota, no veo qué interés puede tener el deformar las cosas." Por el contrario, le gusta ver a un cantante "clásico", es decir, "un cantante que cante, que cante normalmente, que sea de talla normal y que no esté deformado".

"A mi marido no le gustan los hoteles"

Cada año, salen de vacaciones quince días o tres semanas con una caravana; han estado dos o tres veces en un *camping* en la Costa Azul y últimamente a la orilla de un lago en la región de Grenoble. Antes de tener la caravana, no salían de vacaciones, a su marido "no le gustan los hoteles, en absoluto, tampoco los restaurantes". Durante las vacaciones, su marido juega mucho a los bolos, a las cartas, "hace muchos amigos". En cuanto a ella, no le gusta estar sin hacer algo útil; descansa y hace punto o borda tapicería: "Es un pasatiempo agradable; el tiempo pasa rápido." Van un poco a la playa, toman el *pastis* con los amigos. Fuera de las vacaciones, las obligaciones del trabajo son tales que no pueden salir: su marido trabaja todas las noches de domingo a partir de las 9, lo que le obliga a dormir la tarde del domingo. Todo lo más, llegan a salir "una vez al año, el lunes de Pascua o el lunes de Pentecostés. Como esos días son fiesta, se cierran dos días, el domingo y el lunes".

técnicos en sus elecciones éticas y estéticas –y sin duda políticas–[18]. Convencidos de que deben su posición, amenazada por todas las afrentas del tiempo, a una vida "sencilla", "seria" y "honesta", los pequeño-burgueses en decadencia expresan en todos los campos las preferencias más austeras y también las más tradicionales (eligiendo el hogar cuidado y clásico, el amigo serio y ponderado, las comidas tradicionales francesas, los pintores más conformes a los cánones, Rafael, Vinci, Watteau y, como ya se ha visto, los cantantes más consagrados de antiguo, Édith Piaf, Luis Mariano, Guétary). Sus rechazos –en los que se expresa el resentimiento contra la nueva moral, su engañosa pretensión, su laxismo en materia de economía (con el recurso al crédito), de educación o de sexualidad– no son menos significativos: al rechazar los componentes más característicos del estilo de vida apreciado por los obreros (como la cualidad de *bon vivant*), excluyen sistemáticamente todas las virtudes en que se reconocen los miembros de las nuevas profesiones (artista, divertido, distinguido, refinado) y los gustos "modernistas" que estos últimos se complacen en pregonar (no citan *jamás* a Picasso, del que se sabe que es uno de los blancos del resentimiento pequeño-burgués contra los artistas, ni mucho menos esos representantes ejemplares del nuevo estilo de vida de los jóvenes que son Françoise Hardy o Johnny Halliday). Dimensión de un *ethos* de lo "serio" que les hace reconocer en todas las cosas los valores de trabajo, de orden, de rigor y de minucia, su estética de lo "cuidado" no se confunde con el gusto de lo "sobrio", frecuente en los obreros o en los miembros de la pequeña burguesía de promoción, que guía la preocupación por pasar desapercibidos (y también, pero con un sentido completamente distinto, en la antigua burguesía, que afirma mediante un lujo discreto su rechazo de las audacias "pretenciosas" o "vulgares" de la pequeña burguesía y de la nueva gran burguesía); pero se opone sobre todo al gusto "liberado" de la nueva pequeña burguesía y a sus chillonas "fantasías" de *boutique* de vanguardia y de peluquero *"unisex"*.

LA PEQUEÑA BURGUESÍA DE EJECUCIÓN

Situados en posición central desde el punto de vista de la estructura del capital, los miembros de la pequeña burguesía de ejecución presentan en su más alto grado los rasgos, evocados al comienzo, que hacen de ellos la más cumplida realización de la pequeña burguesía, como el culto al esfuerzo autodidacta y el gusto por todas las actividades que tienen en común el exigir sobre todo tiempo y buena voluntad cultural (las colecciones, por ejemplo)[19]. Al tratarse de una tal

[18] El ejemplo de los artesanos constituye una buena ocasión para recordar que, al tratar como si fuera un punto lo que en realidad es un *espacio* (y a veces un verdadero *campo*), se opera una inevitable simplificación, impuesta por la misma escala en la que hay que situarse para intentar aprehender el espacio social en su conjunto (e intentar evitar así los errores a que casi inevitablemente están condenadas, por el propio efecto de la autonomización, las monografías especialmente dedicadas a tal o cual "profesión").

[19] El 19,5% del conjunto de los cuadros medios (cuadros administrativos, técnicos, maestros) y el 20,3% de los empleados de oficina están inscritos en una biblioteca (frente al 3,7% de los empleados de comercio y el 2,2% de los pequeños patronos); el 18,5% y el 12,9% respectivamente tienen una colección de sellos (frente al 3,7% y 2,8% respectivamente); el 14,2% y el 10,3% están suscritos a cursos por correspondencia o inscritos en algún tipo de cursos (frente al 0% y al 2%). (F. C., IV).

población intermedia, es una sola y la misma cosa demostrar en qué se distingue esta fracción de las fracciones vecinas y cómo se distribuyen sus miembros, con respecto a las propiedades diacrónicas, desde los de más edad y, muy especialmente, aquellos de entre los mismos que, de origen burgués o pequeño-burgués, están más próximos, en sus elecciones éticas y estéticas, a la fracción más regresiva de la pequeña burguesía en decadencia, hasta los más jóvenes que, sobre todo si poseen titulaciones académicas elevadas, tienen un gran parecido con los miembros en ascensión de la nueva pequeña burguesía. Todo sucede como si la disposición fundamental que caracteriza a la fracción en su conjunto se transformara sistemáticamente en función de la edad y del origen social, yendo desde un optimista progresismo en los jóvenes en ascensión hasta un pesimista y regresivo conservadurismo en los de más edad.

Entre los más jóvenes de las profesiones que proponen un futuro más seguro, como los cuadros medios y los empleados de oficina, y más especialmente entre los que proceden de las clases populares y no poseen más que titulaciones académicas medias (BEPC o bachillerato), es donde se encuentran, en la forma más cumplida, las disposiciones ascéticas y la devoción a la cultura asociadas a la ambición de prolongar mediante la acumulación cultural una ascensión que se ha hecho posible por una pequeña acumulación inicial de capital cultural. Destinados a un progreso progresivo mediante un esfuerzo de educación, están naturalmente inclinados a una visión progresista del mundo, fundada en la fe en las luces de la instrucción y de la inteligencia, y a un temperado reformismo que tendería a dar a cada uno según sus méritos escolares. Además de deber a la educación todo lo que son y de esperar de ella todo lo que aspiran tener, a menudo se encuentran en una relación –que es la de la *ejecución* con la *concepción*– con los cuadros superiores, redactores de las instrucciones que ellos aplican, autores de los planes que ejecutan y de los manuales que utilizan, y tienden por ello a identificar las jerarquías con unas diferencias de competencias o, más sencillamente, de titulaciones académicas. Tanto más cuanto que, muy a menudo, los que han llegado a esos puestos por vía de ascensos chocan con los límites (por ejemplo, la ignorancia del álgebra) que las barreras escolares que se les oponen hacen surgir delante de ellos, de manera arbitraria, y fuera de cualquier necesidad técnica realmente inscrita en el ejercicio de la función. Es fácil de comprender que se distingan de la pequeña burguesía en decadencia por el hecho de que asocien a ciertos rasgos del *ethos* popular –como el gusto por las comidas sin ceremonias y por los amigos *bons vivants* y divertidos– unos rasgos que les caracterizan en propiedad, ya se trate de los signos de apego a unos valores ascéticos –como la elección de un amigo serio o educado, o la preferencia por un vestuario sobrio y correcto–, o de todos los indicios de una buena voluntad cultural tan intensa como desarmada: dedicados a unas tareas que requieren ante todo precisión, rigor, seriedad, en pocas palabras, buena voluntad y dedicación, y más ricos en buena voluntad cultural que en capital cultural, enfocan sus preferencias[20] hacia obras típicamente medias, como *La danza del sable* o Utrillo,

[20] No resulta fundado hablar de "preferencia" en materia de cultura legítima si no es a partir de un determinado nivel de competencia (que se corresponde más o menos con una titulación de final de los estudios secundarios). Esto se ve claramente en el hecho de que, a partir de ese nivel, los sujetos tratan las cuestiones de preferencias como cuestiones de conocimientos, diciendo que prefieren a los pintores que *conocen*; y de que la proporción de los sujetos que conocen un número de compositores

compran sus muebles en los grandes almacenes y les gustan los hogares claros y limpios, fáciles de mantener; eligen a Aznavour, Petula Clark o Johnny Halliday, y se interesan mucho por la fotografía y por el cine[21].

Esta buena voluntad cultural pura y vacía, definida toda entera por los imperativos de la ascensión, tiene su equivalente en el plano de la moral: por oposición al rigorismo represivo de las fracciones en decadencia que, al tener como principio el resentimiento vinculado con la regresión social, parece no tener otro fin que el de proporcionar a aquellos que no tienen otra cosa que un pasado la satisfacción de condenar a quienes tienen un futuro, esto es, en primer lugar a los jóvenes, el rigorismo ascético de las fracciones en ascensión, que a menudo se asocia con un prudente progresismo en política, es ante todo el principio de una *disciplina* que se imponen a sí mismos y a los suyos, y que está totalmente subordinada a la ascensión social: la prueba de ello puede verse en el hecho de que los pequeño-burgueses en ascensión, que de ordinario se muestran mucho más rigoristas que las otras clases (en particular en todo lo que concierne a la educación de los hijos, a su trabajo, sus salidas, sus lecturas, su sexualidad, etcétera), pueden, sin contradicción, mostrarse mucho menos rigurosos que la moral dominante y que las fracciones de la clase dominante más apegadas a esa moral –que hacen de ella una "cuestión de principios"– siempre que las prácticas consideradas, como el aborto o el acceso de los menores a los anticonceptivos, puedan ponerse al servicio de la ascensión. Y en la misma lógica puede entenderse que los pequeño-burgueses en ascensión tiendan a deslizarse desde el ascetismo optimista a un pesimismo represivo a medida que avanzan en edad y que surge el desencanto con respecto al porvenir que justificaba sus esfuerzos y sus sacrificios.

Se observa así, entre los cuadros medios y los empleados, diferencias entre las clases de edad, más marcadas que en el seno de las otras fracciones de clase, siempre que las preguntas planteadas ofrecen a las disposiciones regresivas una ocasión para expresarse (por ejemplo, la proporción de los miembros de esta fracción que rechazan la idea de que los maestros no son bastante severos pasa del 36,2% al 29,0% y al 26,4% cuando se va desde las personas menores de 35 años a las de 35 a 50 y a las que tienen más de 50 años; de igual modo, la proporción de los que estiman que los maestros hacen demasiado política pasa del 44,6% al 47,6% y al 60,4% para las mismas clases de edad) (véase IFOP, *Attitude à l'égard des enseignants*, marzo 1970, análisis secundario).

Toda la existencia del pequeño-burgués ascendente es anticipación de un porvenir que no podrá vivir, en la mayoría de los casos, más que por procuración, por mediación de sus hijos, sobre los que "hace recaer –como suele decirse– sus ambiciones". Especie de proyección imaginaria de su trayectoria pasada, el futuro

superior o igual al número de obras que dicen conocer aumenta a medida que se sube en el nivel de instrucción, rechazando los sujetos más cultivados reconocer valor alguno a algunas de las obras que conocen.

[21] Los empleados de oficina, en especial los más jóvenes, que han visto una alta proporción de los filmes propuestos (3,5 de media frente a 2,4 para los obreros cualificados y capataces, 2,3 para los artesanos y pequeños comerciantes), se interesan más por los actores que por los directores (citan de media 2,8 actores frente a 1 solo director y con frecuencia nombran a actores de filmes que no han visto). Así, si con mayor frecuencia que todas las otras categorías han visto *Rocco y sus hermanos*, de Visconti, se debe sin duda a que en ella trabajaban Annie Girardot y Alain Delon.

"que sueña para su hijo" y en el que desesperadamente se proyecta, devora su presente. Puesto que está condenado a estrategias que necesitan varias generaciones, que se imponen siempre que el plazo de acceso al bien codiciado excede los límites de una vida humana, el pequeño-burgués es el hombre del placer y del presente diferidos, que se tomará más tarde, "cuando tenga tiempo", "cuando haya terminado de pagar", "cuando se hayan terminado los estudios", "cuando los hijos crezcan", o "cuando se jubile". Es decir, con la mayor frecuencia, cuando sea demasiado tarde, cuando, habiendo entregado a crédito su vida, ya no habrá tiempo para recuperar sus fondos y será necesario, como suele decirse, "rebajar sus pretensiones" o mejor, "*desistir* de ellas". No existe reparación para un presente perdido. Sobre todo cuando acaba por manifestarse (con la ruptura de la relación de identificación con los hijos, por ejemplo) la desproporción entre las satisfacciones y los sacrificios que, retrospectivamente, despoja de su sentido a un pasado enteramente definido por su tensión hacia el futuro. A estos parsimoniosos que todo lo han dado sin medida, a estos avaros de sí que, en el colmo de la generosidad egoísta o de un egoísmo generoso, se han sacrificado por completo al *alter ego* que esperaban ser, ya sea en primera persona, elevándose en la jerarquía social, ya sea por la mediación de un sustituto formado a su medida, ese hijo por el que "todo lo han hecho" y que "les debe todo", no les queda otra cosa que el resentimiento, que siempre les ha obsesionado, en el estado de virtualidad, bajo la forma del miedo de ser víctima de un mundo social que tanto les exige.

Llegados al precio de un largo y lento esfuerzo a la cima de su carrera, en el momento del balance, los cuadros medios y empleados de más edad, que se sienten además amenazados en sus valores y en su concepción misma de su trabajo por la llegada de generaciones más escolarizadas y portadoras de un nuevo *ethos*, están inclinados, como lo muestra el análisis de las correspondencias que les sitúa muy cerca de los pequeños artesanos y comerciantes tradicionales, a unas disposiciones conservadoras, tanto en el plano de la estética y de la ética como en el de la política. Para conseguir su revancha, les basta con situarse en su terreno de elección, el de la moral, con hacer de *su* necesidad virtud, con erigir en moral universal su moral particular, tan perfectamente conforme con la idea común de la moral. Y es que no sólo tienen la moral de su interés, como todo el mundo; tienen interés por la moral: para estos denunciadores de los privilegios, la moralidad es el único título que da derecho a todos los privilegios. El resentimiento conduce a menudo a unas posturas políticas fundamentalmente ambiguas en las que la fidelidad verbal a las convicciones pasadas sirve de máscara al desencanto presente, cuando, simplemente, no suministra a la indignación moral los medios de expresarse en la impecabilidad subjetiva y objetiva; el anarquismo humanista y un poco sensiblero, que puede prolongarse más allá de la adolescencia en algunos viejos bohemios melenudos, desemboca muy fácilmente con la edad hacia el nihilismo de corte fascista que se encierra en la machacona y obsesiva preocupación por los escándalos y las conspiraciones.

Al describir así una forma entre otras de la evolución de las disposiciones políticas, la que conduce a los empleados y cuadros medios a adoptar, conforme se van haciendo mayores, unas posiciones más próximas a las de los pequeños comerciantes y, sobre todo, de los pequeños artesanos en decadencia, que a las de los miembros más jóvenes de su propia clase, se querría indicar, frente a la tendencia típicamente conservadora a establecer una relación transhistórica entre el enveje-

cimiento biológico (implícitamente asociado a un progreso en prudencia y en razón) y la evolución hacia el conservadurismo, que los cambios de disposición y de posición políticas no mantienen una relación aparente con la edad más que por la mediación de los cambios de posición social que se realizan en el tiempo, y que existen tantas formas de evolución de las opiniones políticas como formas de envejecimiento social, es decir, como trayectorias sociales, existen. La ideología conservadora que tiene como ley antropológica la relación entre la evolución hacia el conservadurismo y el envejecimiento, y que encuentra en esta relación la mejor justificación de su representación pesimista y desengañada de las ideologías y de los ideólogos revolucionarios, tiene a su favor todas las apariencias: dado por una parte, que para simplificar, las innumerables formas de envejecimiento social que se ofrecen a unos adolescentes pequeño-burgueses o burgueses (los únicos que considera la ideología) pueden ser distribuidas en dos grandes clases, que se corresponden *grosso modo* con el éxito social o con el fracaso, y por otra parte, que estas dos clases de trayectorias conducen, por vías diferentes, a unas disposiciones conservadoras (muy distintas, por supuesto, en su *modalidad*), se ve que basta con ignorar las variedades de la ideología y los principios sociales de variación de la relación entre el *envejecimiento ideológico* y el *envejecimiento social* para transformar una relación estadística sociológicamente inteligible en ley natural.

Situados en el polo opuesto de los precedentes, desde el punto de vista de la edad y de la trayectoria, los más instruidos de la generación más joven de los cuadros medios y de los técnicos[22], y sobre todo de los maestros, se aproximan a la nueva pequeña burguesía, sobre todo por sus competencias y por sus preferencias en materia de cultura legítima (citan en las mismas proporciones el *Arte de la fuga, Las cuatro estaciones,* la *Pequeña música nocturna, El clavecín bien temperado,* pero más a menudo *La danza del sable*, la *Rapsodia húngara*, la *Rapsodia en blue,* y con menor frecuencia *El niño y los sortilegios*); permanecen, sin embargo, alejados de aquélla, y tanto más cuanto menos tiempo hayan estado expuestos al nuevo modo de generación escolar, en todo lo que afecta de manera más directa al arte de vivir cotidiano: así, tratándose del amigo ideal, que la nueva pequeña burguesía describe más bien como dinámico, refinado, distinguido y artista, ellos están más inclinados a describirlo como *bon vivant*, serio, sociable, y sólo evocan la cualidad de artista porque ésta constituye, sin duda, la única dimensión de los valores burgueses que unos pequeño-burgueses ascéticos pueden juzgar aceptable en razón del valor que conceden a la cultura legítima[23].

La nueva pequeña burguesía

Como bien puede verse en este caso, las diferencias de edad –y cada vez más, a medida que nos aproximamos al polo cultural– marcan unas diferencias en

[22] Los rasgos distintivos de la constelación de las elecciones de los técnicos (que, tomados en su conjunto, ocupan las posiciones más próximas al centro de gravedad) residen en el hecho de que leen claramente más obras científicas o técnicas, y hacen más fotografías y van más al cine.

[23] La profesión de maestro participa, en una cierta medida, de las características de las nuevas profesiones en razón de los cambios (de los que el más visible es la feminización, correlativa, sin duda, de una elevación del origen social) que han conocido el reclutamiento escolar y social y la formación del cuerpo, y que conducen a la coexistencia en la misma posición de agentes que difieren entre sí por su trayectoria social y por todas las propiedades correlativas (por ejemplo, unos hombres en ascensión social y unas mujeres que pertenecen a las clases superiores por su origen o por su casamiento).

el modo de generación escolar, y por consiguiente unas diferencias de generación definidas en y por la relación con el sistema escolar: los que están en posesión de más titulaciones entre la joven generación de cuadros medios y empleados (originarios en su mayor parte de las clases populares y medias) tienen en común con los miembros de las nuevas profesiones –y sobre todo, como se verá, con aquellos de entre los mismos que no son originarios de la burguesía– una relación con la cultura y, al menos parcialmente, con el mundo social que encuentra su fundamento en una *trayectoria interrumpida* y en el esfuerzo por prolongar o restablecer esa trayectoria. Tan es así que, como se ha visto, las nuevas profesiones constituyen el lugar de elección de todos los que no han obtenido del sistema escolar las titulaciones que les permitirían reivindicar con éxito las posiciones establecidas que les prometía su posición social de origen, y también de los que no han obtenido de sus titulaciones todo lo que consideraban con derecho a esperar de ellas por referencia a un estado anterior de la relación entre las titulaciones y las posiciones.

También aquí la descripción completa de las posiciones encierra una descripción (implícitamente normativa) de aquellos que están predispuestos a ocuparlas y a triunfar en ellas, es decir, con mayor precisión, una descripción de las mediaciones por las cuales se realiza el ajuste con las posiciones de las disposiciones vinculadas con unas determinadas trayectorias, en una palabra, de todo lo que de ordinario se oculta bajo la palabra "vocación". Se ve de inmediato que, en razón también de su indeterminación actual y potencial, unas posiciones que no ofrecen ninguna garantía pero que, en compensación, tampoco la piden; que no exigen ningún derecho de entrada, sobre todo estrictamente escolar, pero que permiten obtener los más altos beneficios para el capital cultural no certificado, que no garantizan ningún porvenir seguro (del tipo del que ofrecen las profesiones bien establecidas) pero tampoco excluyen ninguno, aunque se trate de los más ambiciosos, están ajustadas de antemano a las disposiciones típicas de los individuos en decadencia dotados de un fuerte capital cultural imperfectamente convertido en capital escolar, o de los individuos en ascensión que no han conseguido todo el capital escolar que, en ausencia de capital social, es necesario para escapar a las más limitadas de las posiciones medias. En primer lugar, la propensión o la tolerancia al riesgo (medio) que resulta de la indeterminación de los puestos varía sin duda –permaneciendo iguales todas las demás cosas–, como el capital heredado, en parte por un efecto de las propias disposiciones, tanto más seguras cuanto más seguridades se tienen, en parte en razón de la distancia real a la necesidad que da la posesión de los medios económicos necesarios para mantenerse en unas posiciones provisionalmente poco rentables[24]. Mientras que el riesgo que encierran las posiciones más arriesgadas decrece, tanto objetiva como subjetivamente, a medida que aumenta el capital heredado, las probabilidades de beneficio aumentan cuando aumenta el capital bajo todas sus formas, no sólo el capital económico, que permite esperar el porvenir de las posiciones de porvenir, o el capital cultural, que permite *construir* este porvenir mediante los golpes de fuerza simbólicos necesarios para producir e imponer unos nuevos productos, sino sobre todo, quizás, el capital social, que, en estos sectores poco institucionalizados en los que el reclutamiento se

[24] Esta ley contribuye en gran medida a determinar la elección de una carrera artística en detrimento de carreras menos arriesgadas (o a la inversa) y, entre las carreras artísticas, a determinar la elección de las que, en el momento considerado, son las más arriesgadas (género, manera, etcétera).

Una enfermera que "vive con pasión"

Elisabeth F. tiene 25 años, ha aprobado su bachillerato filosófico y después ha estudiado en una escuela de enfermería; desde hace cuatro años es enfermera en el hospital de la Ciudad universitaria de París. Su padre era funcionario, su madre está empleada en los PTT. Vive sola en un estudio que tiene una pequeña entrada; nada de muebles, ni de mesas, ni de sillas, ni de estanterías, todo está por tierra, el colchón, el tocadiscos, los libros. En las paredes, un cartel de Darío Fo sobre la guerra en Chile, comprado con ocasión de una velada de poemas y canciones sobre Chile en la Ciudad internacional, un cartel de una obra de teatro de Yeats "muy bonita", la foto del filme *Aphrodite Child* "muy emotiva", la foto de su sobrinillo, un espejo color naranja "muy funcional", un gran tablero color púrpura con toda una serie de collares de conchas, perlas, esmaltes, granos de legumbres, etcétera, hechos en gran parte por ella misma. No piensa comprar muebles: "No es que no me gusten, es que no los tengo, no me parecen demasiado esenciales, reconozco que no es demasiado práctico para la gente, cuando invito a alguien a cenar, pero, en fin, creo que es algo que carece de importancia." Su 2CV lo compró de ocasión, a "precio de amigo", a su madrina; su tocadiscos, comprado cuando estaba en clase de primero, con su "primera paga conseguida trabajando los jueves en un centro aéreo", no está "adaptado" para la música clásica, y sus discos están "muy, muy estropeados".

"Me gusta mucho crear algo"

Preocupada por expresar su personalidad, aprovecha todas las ocasiones para "crear" algo ella misma: "Me gusta mucho dibujar (...); en la familia, siempre se ha dibujado, mi hermana dibuja, mi padre dibujaba, siempre se ha dibujado (...)." Hace sobre todo de vez en cuando retratos monocromos de las personas que le gustan: "Me gusta mucho el color; pero para mí, el color no es lo importante en el dibujo"; lo que más cuenta "son las curvas y después... en fin, la expresión, captar una expresión de alguien (...); experimento placer mientras estoy dibujando, después, esto ya no tiene ninguna importancia". Ha aprendido a hacer esmaltes, primero con unos libros y con un horno de esmaltar que le regaló su tía cuando tenía 15 años, después ha hecho esmaltes con su hermana y unos amigos en una Casa para los jóvenes.

"La gente que lleva una vida mezquina"

No se maquilla; lleva solamente un maquillaje de fondo invisible, tiene el pelo semicorto y claro; en sus amigos lo que más le gusta encontrar es "en primer lugar, la alegría: me gusta mucho la gente sana, que se encuentra a gusto consigo misma, quizá porque yo no siempre lo consigo. Yo creo que lo que en realidad hace vivir es el poder esperar siempre algo, no aceptar nunca nada como adquirido (...). No me gustan en absoluto ciertas personas que nunca llego a aceptar, que me parecen... vacías, es decir, que son insulsas, que no tienen gusto, ni pasión, en fin, no pasión que es una palabra un poco demasiado fuerte, sino deseos; tengo la impresión de que no sienten nada, que viven mezquinamente, que no viven, que están completamente prisioneras de todo un ambiente, sin salir de él, sin tener conciencia de que se puede salir; conozco bastante de ellas entre mis enfermos, entre las personas que trabajan conmigo; personas que, quizá, dependen demasiado de las satisfacciones materiales, de lo que de material puede ofrecerles la sociedad (...).

No puedo decir que no los quiera pero no me intereso por ellos; ellos no me interesan".

"Hay que hacer algo con el propio cuerpo"

Elisabeth dedica una especie de culto a la naturaleza, a "todo lo que es natural en las personas, en la calle", y le gusta "la naturaleza en París, las arboledas, las flores". Ha hecho expresión corporal durante todo el año con el teatro de Montreuil; "hay que hacer algo con el propio cuerpo (...), hacer movimientos que no son forzosamente teatrales, que son la expresión del cuerpo, me gusta mucho". Por lo que respecta a las vacaciones, huye de los *campings*, "demasiado organizados en estos momentos, son algo parecido a un hotel"; no puede pasar más de una semana a orillas del mar "sin hacer nada"; "ir a la playa, tomar el sol, nadar cuando apetece, me aburro al cabo de dos días". Se va a Grecia, a Italia, a las Baleares, haciendo *stop*: "Me gusta mucho viajar de esa manera para conocer otra cosa que lo que hago durante el año, un estilo de vida diferente (...); también me gusta el hecho de vivir un poco en la inseguridad, es muy atrayente, y luego el hecho de poder conocer a gente distinta, de poder comunicarse." el año pasado hizo un *stage* de restauración de abadías en el Rouergue y durante este año participa en unas excavaciones con un equipo arqueológico en Eure-et-Loir; al mismo tiempo sigue un curso un miércoles sí y otro no –sólo tiene libre un miércoles cada quince días– en la Escuela práctica de altos estudios para "tener un poco de teoría" ("incluso es interesante tener algunas nociones históricas y arqueológicas").

"Se elegía un tema, se discutía y luego se creaba"

También ha hecho teatro durante tres años con unos amigos en Bois-d'Arcy (en la región parisiense); juntos han "hecho no pocos espectáculos-poesía, en particular un espectáculo-poesía sobre Boris Vian, para intentar que la gente conociera a Boris Vian". Ellos mismos escribían también algunos espectáculos: "Se elegía un tema, se discutía y luego se creaba"; "pero los que allí estábamos éramos demasiado jóvenes y aquello se ha ido a la porra por esa causa; todo el mundo se ha marchado, cada uno en una dirección distinta, al terminar el bachillerato, y después ¡se acabó!, nunca más nos hemos vuelto a encontrar." De vez en cuando, con una amiga, todavía hace algo de teatro, "pequeñas cosas, lo hacemos entre nosotras" ("jamás hubiera querido hacer una carrera profesional, pero es un pasatiempo").

"No voy allí porque sea más barato"

Va con bastante frecuencia al teatro, por temporadas: en el teatro de la Ciudad universitaria ha visto la Cueva de Alí Babá por "una compañía del *Téâtre Oblique*, me parece, no era nada buena"; Darío Fo, en la sala Gémier, "era muy crítico, era algo en forma de historias contadas a la gente, estaba muy bien". Va a ver espectáculos que no sean muy caros: "No voy allí porque sea más barato, pero digamos que, en la Ciudad universitaria hay muy buenos espectáculos por poco dinero (...); evidentemente, no es muy confortable, pero, en fin, se pasa una velada agradable y no es demasiado caro: unos 10 francos (...). Después, por lo general, nos venimos aquí o nos vamos a casa de otra compañera, discutimos sobre la obra que hemos visto cuando se tienen ganas de discutir." Ha ido a la *Comedie française* cuando era más joven y ya no va: "Nunca ha dejado de gustarme del todo, pero no es tampoco el teatro que a mí me gusta. Es incluso un teatro muy clásico, pero, en fin, no lo conozco bien". Por lo que se refiere al teatro de bulevar, "eso no es teatro (...), el teatro es algo que permite movilizar a la gente, hacer participar a los que dan la representación, a los que miran (...); el teatro de bulevar no aporta nada, no

sé siquiera si la gente se distrae, porque, finalmente, vuelven a ver su propia vida, ven lo que ocurre en su vida, esto no es una distracción, el teatro está hecho para soñar, para inventar".

"Boris Vian y bastantes cosas sobre él"

Le gusta mucho la música clásica, en particular Bach y Beethoven; oye mucho los discos de Félix Leclerc, Léo Ferré, Jacques Brel, "gran amor" de sus quince años ("es el único cantante que siempre me gusta, desde hace bastantes años", Brassens: "No me gusta en absoluto Sheila, eso no es música, es comercio, es opio, es algo dentro del género de las cosas que yo detesto"; aunque no le guste "quizás a causa de la educación", porque a su familia no le gustaba nada, estima que "sin embargo hay algo en Johnny Hallyday"; le gustan los Pink Floyd, de los que tiene un disco, pero "superficialmente".

Cuando tiene tiempo, lee *Le Monde*, pero le es difícil encontrar tiempo, las críticas de *Le Nouvel Observateur, Le Canard enchaîné* con bastante regularidad. Leía más cuando estaba en el liceo, lee novelas (recientemente ha leído "un libro sobre el Nepal de Hans Suyin"), todas las novelas de Françoise Sagan, "Boris Vian y bastantes cosas sobre él", le gusta "descubrir a un autor" y sobre todo "sumergirse en un libro y decirse que lo que se está leyendo es un libro apasionante". Le gusta Van Gogh (ha visto la exposición del Petit Palais), Goya, Buffet, "todo lo que tiene profundidad", el impresionismo: "Es una visión mucho más profunda que un objeto concreto (...); se tiene realmente la impresión de captar la impresión de alguien que ha visto algo y que lo ha reproducido." Recientemente, ha estado en el museo Rodin, que es "fantástico": "Me gusta mucho lo que Rodin ha hecho, es maravilloso."

hace por cooptación, permite entrar en la carrera y progresar en ella. Además, estas posiciones, que son tanto menos arriesgadas, en definitiva, y tanto más rentables, al menos a largo plazo, cuanto más capital se invierta en ellas, presentan, para las personas amenazadas de desclasamiento que, no queriendo descender, buscan un *refugio honorable*, otro tipo de atractivo, sin duda el más importante a corto plazo y en la determinación concreta de la "vocación": basta con pensar en la oposición entre el educador o el animador cultural y el maestro, entre el periodista o el realizador de televisión y el profesor de enseñanza secundaria, entre el técnico de institutos de sondeo o de encuestas de mercado y el empleado de banca o de correos, para darse cuenta de que, a diferencia de las posiciones establecidas, que están claramente situadas en una jerarquía, y que imponen sin equívocos la imagen de una profesión bien definida en su presente y en su porvenir, las nuevas o renovadas profesiones permiten o favorecen las estrategias de restablecimiento simbólico ilustradas por el uso de denominaciones nobles, más o menos abiertamente eufemísticas, tales como "colaboradora" en lugar de secretaria, o enfermero "psicoterapeuta" en lugar de enfermero psiquiátrico. Pero este efecto no es nunca tan visible como en todos los casos en los que los agentes se esfuerzan en producir unos puestos ajustados a sus ambiciones más que en ajustar sus ambiciones a unos puestos ya existentes, en producir la necesidad de su propio producto mediante acciones que, desinteresadas en su origen, como muchas de las profesiones sociales, tratan de imponerse como "servicios públicos", oficialmente reconocidos y más o menos completamente financiados por el Estado, según un clásico proceso de profesionalización (creación de una formación específica sancionada por unas titulaciones, de una deontología y de una ideología profesional, etcétera).

La nueva pequeña burguesía se realiza en las profesiones de presentación y representación (representantes de comercio y publicitarios, especialistas de relaciones públicas, de la moda y de la decoración, etcétera) y en todas las instituciones dedicadas a la venta de bienes y de servicios simbólicos, ya se trate de trabajos de asistencia médicosocial (consejeros conyugales, sexólogos, dietéticos, consejeros de orientación, puericultores, etcétera) o de producción y animación cultural (animadores culturales, educadores, realizadores y presentadores de radio y de televisión, periodistas de revistas ilustradas, etcétera) que han experimentado un fuerte crecimiento en el curso de los últimos años, o incluso de profesiones ya establecidas, como las de artesano artístico o enfermera: así, al lado de los artesanos artísticos en el sentido antiguo, tapiceros, forjadores, ebanistas, enmarcadores, orfebres, joyeros, doradores o grabadores, salidos de las escuelas técnicas y muy cercanos a los pequeños artesanos y a sus valores, han aparecido, desde hace una quincena de años, unos fabricantes de joyas, de tejidos estampados, de cerámicas, de vestidos tejidos a mano que, con una instrucción general más elevada, con mayor frecuencia parisienses y de origen burgués, se parecen por su estilo de vida a los intermediarios culturales; también de igual modo, entre las secretarias o las enfermeras, las hay que, originarias de las clases populares o medias, se encuentran muy próximas a los cuadros administrativos, mientras que otras de ellas, más jóvenes, a menudo parisienses y de origen burgués, presentan todos los rasgos característicos de las nuevas profesiones. De manera general, la indeterminación de las profesiones nuevas o renovadas hace que la heterogeneidad de las trayectorias de los agentes se encuentre aquí particularmente marcada y que puedan distinguirse en ellos casi siempre dos grupos que, separados desde el punto de vista de su origen social y de

todas las disposiciones correlativas, se enfrentan de manera más o menos abierta a propósito de la definición del puesto y de las competencias o virtudes necesarias para desempeñarlo.

> Las oposiciones que esta dualidad en los orígenes hace surgir dentro de la nueva pequeña burguesía se expresan con toda claridad en la relación entre las preferencias y los rechazos éticos: a diferencia de la pequeña burguesía en decadencia que, como se ha visto, rechaza en bloque los valores directamente opuestos a los suyos, es decir, las mismas virtudes que busca la nueva pequeña burguesía (divertido, refinado, distinguido, artista, lleno de fantasía), los miembros de los servicios médicosociales realizan unas elecciones contradictorias que parecen expresar los antagonismos (variables según los orígenes) existentes entre los valores del medio de partida y los valores del medio de llegada, rechazando algunos las cualidades que la mayor parte de los otros colocan en el primer puesto (refinado, distinguido, divertido), mientras que otros rechazan las cualidades más apreciadas por la pequeña burguesía establecida (ponderado, clásico). Esas incertidumbres, incluso esas incoherencias, se encuentran sin duda en cada uno de los miembros de estas nuevas profesiones, que tienen que inventar un nuevo arte de vivir, especialmente en materia de vida doméstica, y tienen que redefinir sus coordenadas sociales. En efecto, si la indeterminación de la posición, si favorece las estrategias de *bluff* o del eufemismo, tiene también como contrapartida la incertidumbre de su ocupante sobre su identidad social, como puede verse en el testimonio de esta hija de industrial, de 35 años de edad, propietaria de una "boutique" de diseño, de objetos contemporáneos y de regalos en París, que, a pesar de haber estudiado en una escuela de decoración, no posee ningún tipo de titulación y ejerce su comercio de arte un poco como una profesión artística: "Cuando me preguntan lo que hago, y digo 'soy comerciante', siempre tengo la impresión de que es otra persona la que responde por mí, porque yo no me considero como comerciante. Pero en fin, finalmente, a la fuerza, tengo que serlo, no puedo decir (...). Me siento, sin embargo, muy muy alejada de las preocupaciones de mi carnicero y me siento mucho más cerca de alguien que haga publicidad en una agencia o de un decorador de viviendas. Es muy difícil de decir. Tengo la impresión de estar así, un poco al margen, un poco entre dos aguas, no sé decirlo. Para mí, el comercio es como un juego; es siempre una especie de apuesta, se compra, se vende."

Los miembros de la nueva pequeña burguesía originarios de las clases superiores que, faltos (lo más frecuente) de capital escolar, han tenido que operar una reconversión hacia las profesiones nuevas, como las de intermediario cultural o artesano artístico, y que, habiendo realizado unos estudios más cortos que la media de su clase de origen, pero más largos que la de las clases medias, disponen de un capital cultural de familiaridad y de un capital social de relaciones muy importantes, manifiestan la más alta competencia dentro de las clases medias, y se inclinan hacia un sistema de elecciones muy semejantes al de la burguesía: *Arte de la fuga*, *El concierto para la mano izquierda, El pájaro de fuego, Las cuatro estaciones,* Goya, Braque, Bruegel, Jacques Douai, Museo de arte moderno, anticuarios y rastros; hogares armoniosos, discretos y arreglados; amigos refinados, artistas y distinguidos, filmes "intelectuales", *Salvatore Giuliano*, *El ángel exterminador*, *El proceso*, o entre los filmes cómicos, *El pretendiente.* La ambivalente relación que mantienen con el sistema escolar, y que les lleva a sentirse cómplices de cualquier especie de protesta *simbólica*, les inclina a acoger todas las formas de cultura que estén, al menos provisionalmente, en los márgenes (inferiores) de la cultura legítima –jazz,

Gráfico 18—**Filmes vistos***
(por orden de preferencia decreciente)

servicios médico-sociales	cuadros medios del comercio y secretarios	empleados de oficina	artesanos y pequeños comerciantes
Divorcio a la italiana	Divorcio a la italiana	Rocco y sus hermanos	El día más largo
El proceso	El día más largo	Divorcio a la italiana	El vicio y la virtud
Los dom. de V. d'Avray	Los dom. de V. d'Avray	El vicio y la virtud	Divorcio a la italiana
El pretendiente	Rocco y sus hermanos	Los 7 mercenarios	Los dom. de V. d'Avray
Salvatore Giuliano	El pretendiente	El día más largo	Rocco y sus hermanos
Cantando bajo la lluvia	Los 7 mercenarios	Venus imperial	La espada y la balanza
Rocco y sus hermanos	El proceso	Viaje a Biarritz	El pretendiente
El ángel exterminador	Salvatore Giuliano	El proceso	Los 7 mercenarios
El día más largo	El vicio y la virtud	El pretendiente	Venus imperial
La espada y la balanza	Cantando bajo la lluvia	La espada y la balanza	Cantando bajo la lluvia
Balada por un granuja	El abominable h. de a.	Balada por un granuja	El abominable h. de a.
Viaje a Biarritz	Balada por un granuja	Los dom. de V. d'Avray	El proceso
El gatopardo	La espada y la balanza	El corsario de las islas	Balada por un granuja
El vicio y la virtud	Viaje a Biarritz	Cantando bajo la lluvia	El ángel exterminador
Venus imperial	El corsario de las islas	El abominable h. de a.	55 días en Pekín
El abominable h. de a.**	El gatopardo	55 días en Pekín	Viaje a Biarritz
55 días de Pekín	El ángel exterminador	Salvatore Giuliano	El corsario de las islas
Los 7 mercenarios	55 días en Pekín	El gatopardo	Salvatore Giuliano
El corsario de las islas	Venus imperial	El ángel exterminador	El gatopardo

*Se trata aquí sólo de las elecciones de los parisienses. Las elecciones de las encuestas de la región de Lille, en las que se había propuesto una lista diferente (con arreglo de los filmes programados), se organizan según una estructura análoga.
**El abominable hombre de las aduanas.

cine, *comics*, ciencia ficción– y a encontrar, por ejemplo, en las modas y en los modelos norteamericanos *–jazz*, *jeans*, *rock* o *underground*–, de los que hacen un monopolio, la ocasión para una revancha contra la cultura legítima; pero con frecuencia introducen en esas regiones abandonadas por la institución escolar una disposición culta, incluso erudita, de la que la Escuela no renegaría y que se inspira en una evidente intención de *rehabilitación*, análoga en su orden a las estrategias de restauración que forman parte de su proyecto profesional.

Así, los miembros de los servicios médico-sociales citan más directores de cine que actores, marcando con ello sus distancias con respecto a los empleados de oficina o de comercio o a los secretarios, que se interesan sobre todo por los actores[25]. La preferencia que manifiestan por *El proceso*, filme "prodigioso y desgarrador", por *Los domingos de Ville d'Avray* de Serge Bourguignon (que utiliza unos medios "a veces discutibles" pero "nunca vulgares", para contar con una "delicadeza" sin "falsas notas" "la historia purísima y tan poética de un

[25] Otro índice de la posición inestable de los miembros de los servicios médico-sociales puede verse en el hecho de que tienen un porcentaje de práctica de deportes elegantes incomparablemente superior a la de los demás miembros de las clases medias (por ejemplo, sólo el 41,6% dicen que nunca han jugado al tenis frente al 70,4% de los maestros; para el esquí, los porcentajes correspondientes son del 41,6% y del 78,5%).

encuentro y de una amistad entre una niña de doce años y un hombre de treinta", *Le Monde,* 24-11-1962), sin duda es reveladora del interés cuasi profesional que ponen en todas las "interrogaciones" psicológicas[26]; pero constituye también un testimonio entre tantos otros de las altas ambiciones culturales (reflejadas asimismo en la frecuencia en la que declaran lecturas filosóficas) de estas categorías de transición y de mediación, identificadas en intención y en aspiración a las clases dominantes a las que sirven, de las que se encuentran, al mismo tiempo, muy próximas –como la secretaria de dirección del director, la enfermera del médico– y separadas por una barrera invisible.

El hecho de que las nuevas posiciones estén ocupadas, en una proporción importante, por mujeres, contribuye sin duda a que se realicen por completo las potencialidades que aquéllas encierran y que precisamente se afirman en este reclutamiento. Se ve que sería ingenuo buscar en el *sex-ratio* de la categoría, que es a su vez una propiedad de la categoría, la explicación de tal o cual propiedad de la misma. Las disposiciones socialmente inculcadas (y, en particular, la inclinación hacia las cosas del gusto), que llevan particularmente a las mujeres de estas fracciones hacia los adjetivos más nobles a sus ojos (distinguido, refinado, etcétera), se encuentran también en el principio de la "vocación" que las mueve hacia las nuevas profesiones y de las aptitudes totalmente funcionales que manifiestan en ellas, comenzando por las disposiciones estéticas exigidas tanto en la producción o en la venta de bienes y servicios como en la propia presentación que, en más de un caso, es una de las condiciones más determinantes del éxito de las operaciones de imposición simbólica implicadas en el ejercicio de la profesión.

La verdad de todo el sistema de preferencias de estos pequeño-burgueses desclasados, con pretensiones al reenclasamiento, se encuentra contenida en la frecuencia con la que se dejan llevar hacia aquellos adjetivos que declaran sin ambages el atractivo que sobre ellos ejercen las cualidades más ingenuamente aristocráticas (distinguido, refinado, esmerado)[27]: esta especie de sistemática pretensión de la distinción, esta casi metódica preocupación por marcar las distancias con respecto a los gustos y virtudes más claramente asociados con la pequeña burguesía establecida y con las clases populares, que dan a todas sus prácticas un aire de tensión en la relajación misma de coacción en la búsqueda de un estilo de vida libre y "liberado", de afectación en la "relajación" y la sencillez, constituyen, en efecto, las más significativas manifestaciones de esta nueva variante del *ethos* pequeño-burgués.

Completamente diferente, en sus medios y en su modalidad, de la ansiosa pretensión de la pequeña burguesía de promoción, la *pretensión armada* que con-

[26] Los cuadros medios del comercio y los secretarios, que disponen de un poco menos capital cultural que los miembros de los servicios médico-sociales, realizan elecciones más desiguales: se interesan por los filmes preferidos por los miembros de las clases populares o por los pequeños patronos (*El día más largo*, *Los siete mercenarios*, *El vicio y la virtud*), más que los maestros y los miembros de los servicios médico-sociales, interesándose también, pero menos que ellos evidentemente, por los filmes preferidos por estos últimos (*Salvatore Giuliano*, *El proceso*, *Los domingos de Ville d'Avray*).

[27] Esta búsqueda de la conformidad con el ideal de distinción se revela en la elección combinada de comidas sin ceremonias y de comidas originales y exóticas –"los pequeños restaurantes chinos"– o también en unas series tales como Françoise Hardy, Buffet, Van Gogh, que pueden darse la mano con el Kandinsky de los profesores o *El concierto para la mano izquierda* de los miembros de profesiones liberales.

fiere la familiaridad con la cultura asociada a un alto origen social funciona como una especie de "olfato" social, que permite orientarse en unas situaciones difíciles en las que no existen los puntos de referencia ordinarios: así, aunque los miembros de la nueva pequeña burguesía estén tan poco inclinados como los otros a admitir (sobre todo en la práctica) que el tratamiento fotográfico pueda transfigurar objetos tales como una mujer encinta, un depósito de chatarra, un tajo de carnicero, un hombre herido o un accidente de automóvil, tienen mayor habilidad para reconocer los objetos "tontos" del gusto popular o del esteticismo pequeño-burgués, puesta de sol, paisaje, niña jugando con un gato, danza folklórica (de los que mucho más raramente dicen que pueden ser objeto de una foto bella). De manera general, el *"bluff"* cultural que se arma con este olfato –y que mide bien la separación entre la propensión a citar los pintores, músicos u obras más raras (*El niño y los sortilegios, El pájaro de fuego*, Kandinsky, Dalí, Braque) y la intensidad de la frecuentación de museos y en particular del Museo de arte moderno– varía como lo hace la proporción, en cada categoría, de herederos y de advenedizos: particularmente frecuente en los intermediarios culturales y en los cuadros comerciales, es muy raro, por el contrario, en la pequeña burguesía de promoción (así como en los cuadros del sector público y en los profesores de enseñanza secundaria) y se reduce a una intención vacía de distinción en la fracción en ascensión de las nuevas profesiones (situada en el lado de los valores negativos del segundo eje)[28].

Las disposiciones de las que es portadora la nueva pequeña burguesía no encuentran sus plenas condiciones de realización en ninguna otra parte más que en París[29]. La pretensión cultural constituye sin duda –junto con la instrucción, cuya eficacia refuerza– uno de los factores que contribuyen a favorecer la apropiación de las ventajas vinculadas a la proximidad con el centro de los valores culturales, como pueden ser una oferta cultural más intensa, el sentimiento de pertenencia y las incitaciones que da la frecuentación de grupos a su vez más favorecidos culturalmente[30]. Por consiguiente, no existe ninguna otra categoría en la que estén más marcadas las diferencias, sistemáticas, entre parisienses y provincianos: diferencias en la intensidad de las prácticas legítimas (frecuentación de museos, por ejemplo) y en la extensión de la competencia (en música, por ejemplo); diferencias en la relación con la cultura legítima, encontrándose siempre más marcado en los provincianos –y permanece igual, por otra parte, todo lo demás– el sentimiento de ser

---

[28] El 39,5 % de los miembros de la nueva pequeña burguesía originarios de las clases superiores dicen conocer por lo menos 12 de las obras musicales que les son propuestas, mientras que sólo el 25% pueden citar por lo menos 12 de los compositores de esas mismas obras. Esta diferencia no se observa ya en la nueva pequeña burguesía originaria de las clases populares y medias: el 15% de ellos dicen conocer por lo menos 12 obras, el 15% igualmente citan el nombre de por lo menos 12 compositores. Es la misma lógica que hace que los primeros declaren con mucha mayor frecuencia (85%) que los segundos (58%) que les interesa cualquier música de calidad.

[29] Y ello aunque los provincianos puedan pedir a las revistas ilustradas (ésta es sin duda la principal función de *Le Nouvel Observateur*) que les sirvan de sustituto de lo que proporciona la residencia parisiense, es decir, esa especie de sentimiento de "formar parte de" que es el verdadero principio del olfato o del descaro cultural.

[30] Debido a que se obtiene tanto mejor provecho de las posibilidades ofrecidas por el medio ambiente cultural cuanto más importante es el capital que se posee, y de que las incitaciones "conformistas" que el grupo ejerce sobre sus miembros son tanto más intensas cuanto mayor es su capital cultural, las diferencias entre los parisienses y los provincianos son tanto mayores cuanto más alto es el nivel de instrucción.

Tabla 25—**Pequeña burguesía establecida y nueva pequeña burguesía en París y en provincias**

		0-2 compositores	3-6 compositores	la pintura no me interesa	la pintura bien pero difícil	Jacques Brel	Aznavour	Gilbert Bécaud	Rapsodia en *blue*	La danza del sable	amigo, espíritu positivo	hogar, cálido
pequeña burguesía establecida*	París	37,3	34,9	9,3	66,7	53,6	37,7	31,3	21,1	24,5	13,4	27,0
	Provincias	58,5	23,1	19,8	61,4	35,8	42,5	28,3	28,8	20,3	16,6	25,6
nueva pequeña burguesía**	París	10,4	17,9	3,0	20,9	34,3	23,9	13,4	17,7	9,7	12,1	25,8
	Provincias	32,7	26,9	5,7	42,3	50,0	36,5	32,7	35,6	15,6	30,8	43,1

		conoce 7-11 compositores	conoce 12 compositores y +	le gustan mucho los impresionistas	le gusta la pintura abstracta	Léo Ferré	Jacques Douai	El pájaro de fuego	Arte de la fuga	El clavecín bien temperado	amigo, artista	hogar, compuesto
pequeña burguesía establecida	París	21,4	6,3	16,3	7,7	32,5	8,7	12,2	5,1	4,2	10,5	3,6
	Provincias	14,2	4,2	8,2	10,6	28,8	4,7	4,0	2,8	2,8	8,1	3,8
nueva pequeña burguesía	París	43,3	28,4	37,3	38,8	47,8	23,9	21,0	22,6	17,7	39,4	20,9
	Provincias	34,6	5,8	25,0	26,9	36,5	13,5	8,9	2,2	4,4	15,4	15,7

*En la pequeña burguesía establecida se han reunido los artesanos y pequeños comerciantes, los empleados, los cuadros administrativos medios, los maestros y los técnicos.
**En la nueva pequeña burguesía se han reunido los miembros de los servicios médico-sociales, los intermediarios culturales, los artesanos y comerciantes de arte, los secretarios y los cuadros medios del comercio.

extraño al universo de la pintura o de la música ("ése no es mi fuerte", "no sé nada de ese tema"); diferencias, sobre todo, en la aptitud para reconocer –a menudo sin conocerlas– las opiniones distinguidas, estando siempre los parisienses más propensos, en todos los niveles de competencia, a inclinarse hacia los juicios más legítimos ("me gusta cualquier música de calidad") desde el momento en que se formulan, mientras que los provincianos aprueban más bien los juicios que expresan el reconocimiento de la legitimidad unido con una confesión de ignorancia ("no sé nada de ese tema") o de incompetencia ("es algo complicado"); diferencias en los índices de pretensión cultural, como –por ejemplo– la elección de un hogar lleno de fantasía o arreglado, de vestidos elegantes y distinguidos –dos expresiones típicas del nuevo arte de vivir pequeño-burgués que propagan las revistas femeninas de gran tirada– y sobre todo la declarada preferencia por las obras musicales más selectas, *El pájaro de fuego*, el *Arte de la fuga*, *El clavecín bien temperado* (en lugar de la *Rapsodia en blue* de los provincianos), por las cuales la nueva pequeña burguesía se distingue mucho más claramente en París que en provincia de la

pequeña burguesía de promoción; diferencias, en fin, en todos los índices del estilo de vida, en la elección de los vestidos, los gustos en cocina, o las preferencias éticas, en las que los provincianos se muestran siempre más prudentes, menos audazmente "liberados".

Con la oposición entre los parisienses y los provincianos, tenemos aquí la oposición (muy marcada en materia de competencia cultural) entre los ocupantes de las nuevas posiciones que son originarios de la clase dominante y los que son originarios de las demás clases, para recordarnos las condiciones del éxito del *bluff* social que, parcialmente, siempre entra en la definición de las profesiones nuevas. Reteniendo sólo, del nuevo estilo de vida, los aspectos más visibles y menos prestigiosos, los individuos en ascensión, que buscan, en unas posiciones marginales y definidas de forma menos cerrada, una manera de escapar a destinos poco compatibles con las promesas contenidas en sus carreras escolares, sin estar provistos de las competencias culturales, de las disposiciones éticas y, sobre todo, del capital social y del sentido de la inversión de los que los individuos originarios de la clase dominante esperan su restablecimiento en su antigua posición, tienen todas las probabilidades de resultar expulsados de las posiciones a las que se han encontrado conducidos por un efecto de alodoxia suscitado por el sistema escolar, a medida que dichas posiciones vayan revalorizándose (entre otros motivos, por el hecho de su eliminación) por efecto de la acción de sus únicos ocupantes legítimos.

Del deber al deber de placer

Vemos cómo las disposiciones heredadas predisponen para ocupar las posiciones hacia las que aquéllas se orientan. Con estos comerciantes de necesidades, vendedores de bienes y servicios simbólicos que siempre se venden ellos mismos como modelos y como garantes del valor de sus productos, que no representan tan bien más que porque presentan bien y porque creen en el valor de lo que presentan y representan, la autoridad simbólica del vendedor íntegro y fiable toma la forma de una imposición simultáneamente más violenta y más dulce, puesto que el vendedor sólo engaña al cliente en la misma proporción en que *se* engaña a sí mismo, en que él cree sinceramente en el valor de lo que vende. Es porque la nueva industria de la imitación, hábil en pagar con palabras y en dar palabras por cosas a las que, a falta de poder pagarse las cosas, aceptan pagarse con palabras, encuentra en ella su privilegiada clientela, por lo que la nueva pequeña burguesía está predispuesta a colaborar con la mayor convicción en la imposición del estilo de vida que propone la nueva burguesía, probable término de su trayectoria y objetivo real de sus aspiraciones[31]. En resumen, esta pequeña burguesía de consumidores que intenta apropiarse a crédito, es decir, antes de la hora, antes de *su* hora, los atributos constitutivos del estilo de vida legítimo, "residencias" con nombres a la antigua y estudios en Merlin-Plage, vehículos de lujo falso y falsas vacaciones de lujo, está totalmente llamada a desempeñar el papel de correa de transmisión y a hacer entrar en la carrera del consumo y de la competencia a aquéllos de los que a

[31] La novela de Georges Perec *Les choses* (París, Julliard, 1965) evoca muy bien con sus propios medios la relación de mitificadores mitificados que estos profesionales del discurso sobre las cosas, fascinados por las cosas (los héroes de la novela son psico-sociólogos que trabajan en una oficina de estudios publicitarios) mantienen con unas cosas cuyo valor total deben al discurso del que son objeto.

cualquier precio intenta distinguirse, y de los que se distingue, entre otras cosas, por el hecho de sentirse legitimada para enseñarles el estilo de vida legítimo mediante una acción simbólica que no sólo tiene como efecto el de producir la necesidad de su propio producto y, por consiguiente, a un cierto plazo, el de legitimarse y legitimar a quienes lo cultivan, sino también el de legitimar el arte de vivir propuesto como modelo, es decir, el de la clase dominante o, con mayor exactitud, el de las fracciones que constituyen la vanguardia ética de esta última.

A estos análisis se opondrá la imagen que de ellos mismos y de su acción se hacen los que, en el seno de las empresas industriales o en las grandes burocracias de la producción cultural, radio, televisión, institutos de sondeo de opinión, gabinetes de estudios, grandes diarios o semanarios, y sobre todo en las profesiones de "trabajo social" y de "animación cultural", están encargados de las acciones de manipulación discreta a las que les destina la nueva división del trabajo. Ocupando en la jerarquía de las instituciones de producción y de circulación cultural una posición dominada y viviendo una experiencia de casi-alienación que les suministra a veces las bases para una solidaridad *in mente* con las clases dominadas, los nuevos intermediarios culturales, situados en una posición inestable de la estructura social –como en otros tiempos le ocurría al bajo clero– son dados a reconocerse en los discursos que tienen como objeto poner en tela de juicio el *orden cultural* y las jerarquías que la "jerarquía" cultural trata de mantener, y a encontrar de nuevo los tópicos de todas las *herejías* –denuncia de la pretensión (tecnocrática) al monopolio de la competencia, hostilidad a las jerarquías y a la jerarquía, ideología de la creatividad universal. Pero en realidad, estas profesiones destinan a sus ocupantes a la ambigüedad esencial que resulta del desajuste, de la discordancia o de la antinomia entre las disposiciones (simbólicamente) subversivas vinculadas con la posición en la división del trabajo y las funciones de manipulación o de conservación ligadas con la posición, entre la representación subjetiva del proyecto profesional y la función objetiva de la profesión –pudiendo suponer la misma realización de la función ese desajuste, principio de disimulación y de desconocimiento, como en el caso de esos revolucionarios de mayo del 68 convertidos en psicólogos de empresa y obligados, para aceptar su ambigua posición y aceptarse a sí mismos aceptando la ambigüedad de esa posición, a inventar los discursos y las prácticas sabiamente hechas ambiguas que estaban como inscritas de antemano en la propia definición de la posición (véase M. Villette, "La carrière d'un 'cadre de gauche' après 1968", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 29, 1979, pp. 64-75). Obligados a vivir cotidianamente el desajuste entre sus mesiánicas aspiraciones y la realidad de su práctica, forzados a cultivar la incertidumbre de su identidad social para poder aceptarla, y destinados por ello a una interrogación sobre el mundo que enmascara una ansiosa interrogación sobre ellos mismos, estos intelectuales de servicio están predispuestos a experimentar, con una particular intensidad, el humor existencial de toda una generación intelectual que, cansada de esperar desesperadamente una esperanza colectiva, busca en el repliegue sobre sí mismos de las místicas narcisistas el sustitutivo de la esperanza de cambiar el mundo social o incluso de comprenderlo.

Así es como la nueva o renovada burguesía, en la lucha de clase que lleva, en el seno de las fracciones dominantes de la clase dominante, para sustituir el conservadurismo primario, fundado en una representación abiertamente autoritaria de las relaciones jerárquicas entre las clases, las generaciones, o los sexos, por un conservadurismo reconvertido, conforme a los intereses bien entendidos de los

que han encontrado en una utilización racional del sistema escolar el medio para lograr la reconversión impuesta por la nueva lógica de la economía, la nueva o renovada burguesía, repetimos, encuentra su aliado natural, tanto en el plano económico como el político, en la nueva pequeña burguesía, que reconoce en aquélla la realización de su ideal humano (el del cuadro "dinámico") y que, habiendo abandonado el ascetismo un poco sombrío de la pequeña burguesía en ascensión, colabora con entusiasmo en la empresa de imposición de las nuevas normas éticas (particularmente en materia de consumo) y de las necesidades correspondientes.

Esperando su salvación profesional y personal de la imposición de nuevas doctrinas de salvación ética, la nueva pequeña burguesía está predispuesta para desempeñar el papel de vanguardia en las luchas que tienen como apuesta todo lo que afecta al arte de vivir y, con mayor precisión, a la vida doméstica y al consumo, a las relaciones entre los sexos y entre las generaciones, a la reproducción de la familia y sus valores. Se opone casi en todos los puntos a la moral represiva de la pequeña burguesía en decadencia, cuyo conservadurismo religioso o político a menudo tiene como fuente la indignación moral contra el desorden moral y especialmente contra el desorden de las costumbres sexuales –como lo testimonia el tema de la "Pornocracia" y el antifeminismo que obsesiona a todo un pensamiento de derechas, más bien pequeño-burgués, desde Proudhon a Pareto–. Pero no se opone menos, por la pretensión aristocrática de sus elecciones fundamentales y por su representación subversiva de las relaciones entre los sexos, al ascetismo de la pequeña burguesía de promoción, cuyo optimismo austero, rigorista pero no sin algo de heroico, se opone al pesimismo represivo de la pequeña burguesía en decadencia[32].

Así, a la moral del deber que, fundada en la oposición entre el placer y el bien, lleva a la sospecha generalizada hacia la diversión y lo agradable, al miedo al placer y a una relación con el cuerpo hecha de "reserva", de "pudor" y de "modestia", y que acompaña con la culpabilidad cualquier satisfacción de las pulsiones vedadas, la nueva vanguardia ética opone una moral del *deber de placer*[33] que conduce a experimentar como un fracaso, capaz de amenazar la propia estima, cualquier tipo de impotencia para "divertirse", *to have fun*[34], o, como gusta decir hoy con un pequeño estremecimiento, para "disfrutar", no sólo al estar autorizado el placer, sino también porque se exige en nombre de razones que se pretenden menos éticas que científicas[35]: el miedo de no tener bastante placer, consecuencia

[32] Entre los determinantes que inclinan a los miembros de las nuevas profesiones a una representación subversiva de las relaciones entre los sexos, hay que contar, entre otros, el hecho de que es en el seno de la clase media –y sin duda de las nuevas fracciones– donde son más frecuentes las discordancias en favor de la mujer entre las titulaciones académicas o entre los estatus profesionales de los dos cónyugues, y de que las discordancias en favor del marido entre los estatus profesionales, a titulación académica equivalente, son, sin duda, las experimentadas con mayor impaciencia.

[33] Enunciando por anticipación el punto de vista de la antigua moral sobre lo que para ella es una especie de impensable, Kant escribe: "Una obligación al goce es un absurdo evidente. Debe también ser así para toda pretendida obligación a unas acciones que tengan como fin único el goce aun cuando incluso éste fuera espiritualizado (o embellecido) tanto como se quiera: aunque fuera incluso un goce místico y al que se haya convenido denominar celestial" (E. KANT, *Critique du Jugement*, trad. al francés de Gibelin, París, Vrin, 1928, p. 46, n.° 1).

[34] M. WOLFENSTEIN, "The Emergence of Fun Morality", en E. Larrabee and R. Meyershohn (eds.), *Mass Leisure*, Glencoe, Ill., The Free Press, 1958, pp. 86-97.

[35] ¿Hay necesidad de enumerar todos los riesgos de error que se corren cuando se intenta, como

lógica de la preocupación por superar el miedo al placer, se combina con la búsqueda de la expresión propia y del propio cuerpo ("la expresión corporal") y de la comunicación con los otros (*"to relate"*, el "intercambio"), incluso de la inmersión en los otros (considerados no como *grupo* sino como subjetividades en busca de sí mismas), para sustituir una ética personal por un culto a la *salud personal* y una *terapéutica psicológica*. Antítesis perfecta de la "politización" que despersonaliza las experiencias personales, haciéndolas aparecer como unos casos particulares de experiencias genéricas, comunes a una clase, la "moralización" y la "psicologización" personalizan las experiencias, concordando así perfectamente con las formas más o menos secularizadas de la búsqueda de la salvación religiosa[36]. Como lo demuestra el uso que hace de la jerga psicoanalítica, la moral modernista es una vulgata psicológica que moraliza bajo color de psicoanálisis; y como lo testimonia el lugar que concede a la "utopía de la plena reciprocidad orgásmica" de la que habla Erikson, transmuta, según el viejo sueño positivista, una definición falsamente positiva de lo normal en imperativo de la normalidad y funda el *deber de orgasmo* de la moral teórica sobre las observaciones de una falsa ciencia de las costumbres a lo Kinsey, introduciendo así la terrible contabilidad racional del "toma y daca" en el terreno de los intercambios sexuales, de los que la mayor parte de las sociedades hacen uno de los últimos refugios del desconocimiento colectivo[37]. Basándose en la autoridad de una falsa ciencia de la sexualidad para *naturalizar* una manera de ver y de vivir la sexualidad que, invención histórica muy reciente[38], descansa en unas condiciones sociales de posibilidad muy desigualmente re-

aquí, objetivar una moral social –y sobre todo en el mismo momento en que ésta se impone con la agresividad de los comienzos, pudiendo no ser la lucidez otra cosa que el efecto de la adhesión a un *ethos* adverso? Es evidente que cada una de las palabras empleadas para caracterizar las dos morales antagónicas puede funcionar, para los defensores de la moral opuesta, como una injuria, y que es, pues, vano buscar una perfecta "neutralidad" de tono (la vulgata psicológica identificará, por ejemplo, "ascético" con "masoquista"). En resumen, sería necesario, en cada caso, liberar el revés vivido de la objetivación sociológica (por ejemplo, la dimensión heroica del virtuosismo ascético, que encuentra su placer en el esfuerzo y en la exaltación de la superación de sí mismo, o la generosa inocencia del culto liberacionista, que se funda en un agudo sentido del absurdo de las obligaciones y apuestas sociales) y, como no se ha dejado de hacer aquí, relacionar las disposiciones descritas con sus condiciones sociales de producción, sabiendo ver siempre, por ejemplo, en las disposiciones represivas el producto de la represión (o de la regresión social).

[36] Si se lleva demasiado lejos la oposición entre la politización y la psicologización, se corre el riesgo de olvidar que la participación en la comunidad militante puede ofrecer también una solución a unas dificultades existenciales –aun cuando éstas no sean el principio exclusivo de la adhesión–, al procurar todas los seguros y reaseguros que proporciona la inmersión en un grupo integrado, separado, cerrado sobre sí mismo, dotado de sus propias leyes, de su lenguaje y de su ritual distintivos, reclamando y reconociendo la dedicación y el sacrificio (véase D. MOTHÉ, *Le métier de militant*, París, Seuil, 1973). Pero si se reduce la lógica de la participación en un partido político a la de una terapia de grupo, se correría el riesgo de olvidar que las *transacciones psicológicas* y en particular el intercambio de dedicación y de reconocimiento ("la confianza de los camaradas") no son sino la forma *vivida* (lo que no quiere decir que carezcan de importancia) de transacciones, mucho más profundas, *entre la "institución total"* –que, exigiendo una dependencia total, da tanto más cuanto que más totalmente se le dé lo que se tiene y de lo que se es fuera de ella– *y sus miembros* –que (se) dan tanto más a la institución (y recibirán en compensación tanto más de la institución) cuanto más esperan de ella porque tienen menos y son menos fuera de la misma.

[37] Véase P. BOURDIEU, *Esquisse d'une théorie de la pratique*, París-Ginebra, Droz, 1972, pp. 194-195.

[38] Véase N. ELIAS, *La civilisation des moeurs,* París, Calmann-Lévy, 1973, y *La dynamique de l'occident*, París, Calmann-Lévy, 1975.

partidas, dicha moral destina a la patología de la *"miseria sexual"*, es decir, a los buenos oficios del psicoanalista o del sexólogo, únicos en condiciones de definir la competencia sexual legítima, a todos aquellos que la moral antigua hubiera destinado a la barbarie de la sexualidad "natural" y que, retardados en una "revolución sexual", son una vez más víctimas de la universalización de una definición de la competencia no acompañada de la universalización de las condiciones de adquisición de esa competencia.

Más próximos en esto a la profecía religiosa que a la ciencia, que se dedica a las verdades parciales y provisionales, esta moral que invoca en su favor el testimonio de la ciencia suministra una respuesta sistemática a los problemas de la existencia cotidiana, proponiendo, por ejemplo, una concepción del ejercicio y del mantenimiento del cuerpo y una representación de la infancia y de la primera educación que están en concordancia con su visión de la sexualidad. Al ascetismo de la gimnasia tradicional que, en su forma vivida, mide el valor de un ejercicio por el coste del esfuerzo que requiere, incluso en sufrimiento –según el dicho "hay que sufrir para estar bella"–; que, exaltando la disciplina, hace del esfuerzo físico una "escuela de la voluntad", y que puede incluso encontrar una forma de placer en la experiencia de la tensión, la nueva gimnasia, que a veces ella misma se designa como una "anti-gimnasia", opone un sistema de preceptos también totalmente imperativos, que constituyen su contrapartida: intentando sustituir la tensión por la relajación, el esfuerzo por el placer, la disciplina por la "creatividad" y la "libertad", la soledad por la comunicación, trata al cuerpo como el psicoanalista trata al alma, poniéndose "a la escucha" de un cuerpo ("escuchar nuestros músculos"), ya se trate de "desatar", de liberar o, más simplemente, de reconocer y de asumir ("sentirse bien en el propio pellejo"). Esta psicologización de la relación con el cuerpo es inseparable de una exaltación del yo, pero de un yo que no se realiza verdaderamente ("desarrollarse libremente en todas sus posibilidades") más que en la comunicación con los otros ("compartir las experiencias") por mediación del cuerpo tratado como un *signo* y no como un *instrumento* (por donde puede deslizarse toda una política de la relación con el cuerpo "alienado"). Ya se habrán reconocido las intenciones que se encuentran en la base de la "expresión corporal", esa especie de parto sin dolor del cuerpo propio[39].

Y vuelven a encontrarse las mismas oposiciones en el dominio de la puericultura y de la pedagogía. La concepción puritana de la naturaleza infantil como lugar de pulsiones tan peligrosas como poderosas (esencialmente autoeróticas) lleva a concebir la educación como una doma y la pedagogía como un conjunto de técnicas que permiten al mismo tiempo dominar al niño y reducir los malos instintos que en él se encuentran; dicha concepción otorga a los adultos el poder para definir unas *necesidades*, es decir, unos deseos legítimos, para discernir, por ejemplo, entre los llantos legítimos (de hambre o de dolor) y los ilegítimos, o también entre las "buenas" y las "malas" costumbres. Por el contrario, la ética terapéutica, nutrida de lugares comunes "liberacionistas" ("relación con el padre", "miedo a

---

[39] A pesar de no ser posible apoyarse en otra cosa que no sean las observaciones de la existencia cotidiana y las indicaciones indirectas suministradas por la encuesta, creemos poder indicar que los adeptos de estas especies de sectas que se organizan alrededor de las nuevas formas de ejercicio corporal se reclutan, sobre todo, entre las mujeres de la nueva pequeña burguesía, y que el tema del cuerpo liberado se inscribe en una problemática con fuerte coloración religiosa (al menos en su léxico) en la que entran los "problemas de la pareja", la "liberación de la mujer", etcétera.

crecer", etcétera) presta al niño una naturaleza *buena* que debe aceptarse como tal, con sus *necesidades legítimas de placer* (necesidad de atención, de afecto y de cuidados maternales); la educación, que también es una fuente de *placeres legítimos* (de forma que la procreación, que proporciona este objeto de consumo que aporta alegría, juventud y *unión* a los *dos* padres, es también un deber psicoterapéutico) trata al niño como una especie de aprendiz que tiene que descubrir, mediante la exploración, tanto su cuerpo como el mundo, y, desdibujando las fronteras entre el juego y el trabajo, entre el deber y el placer, define el juego como aprendizaje motor o intelectual y, por ello, como *placer necesario*, subjetivamente agradable y objetivamente indispensable, creando así, tanto para los niños como para los padres, un deber de placer. Mística racionalizante de la edad de la ciencia, el psicoanálisis libremente interpretado ofrece el discurso legitimador que proporciona apariencias de fundamento racional a los presupuestos simultáneamente arbitrarios y necesarios de un *ethos*. Y el deslizamiento desde la ética a la terapéutica produce la necesidad del terapeuta de la que éste es producto: en efecto, no deja lugar a dudas que la búsqueda de la salud psicológica mediante el recurso a unos *profesionales de la cura racional de las almas* (psicoanalista, psicoterapeuta, consejero conyugal, etcétera) mantiene una relación dialéctica con el desarrollo de un cuerpo de profesionales capaces de producir la necesidad de su propio producto, esto es, un *mercado* para los bienes y servicios que están preparados para ofrecer.

Ciertamente es preciso guardarse de imputar únicamente a este factor todos los cambios de la ética doméstica que constituyen el efecto de la conjunción de un haz de series causales (relativamente) independientes, como la aparición de teorías psicológicas nuevas (psicoanálisis, psicología genética, etcétera); el acceso masivo de las hijas de la burguesía a las instituciones de enseñanza superior y al estilo de vida correspondiente; la transformación del modo de reproducción que hace que las faltas escolares tiendan a preceder en importancia a las faltas morales; la ansiedad escolar, que afecta en prioridad a los muchachos, reemplazando a la ansiedad ética, que concierne sobre todo a las chicas; el aumento del acceso de las mujeres al mercado de trabajo, también, las transformaciones de la producción económica en sí misma que, obligada a procurar un lugar cada vez más importante a la producción de la necesidad de su propio producto y a la artificial creación de escaseces, contribuye con toda suerte de mediaciones a favorecer una moral de consumidores. No es menos cierto que el auge de la moral terapéutica está ligado, de forma indiscutible, con la constitución de un cuerpo de profesionales (psicoanalistas, sexólogos, consejeros conyugales, psicólogos, periodistas especializados, etcétera) que pretenden el monopolio de la definición legítima de la competencia pedagógica o sexual legítima, y que la constitución de un campo de producción de los bienes y servicios, exigidos por la separación entre la competencia antes exigida en estas materias y la competencia real, no puede comprenderse con independencia de todo el conjunto de las estrategias de reconversión gracias a las cuales unos agentes, que por su formación familiar y escolar estaban predispuestos a desempeñar el papel de vanguardia ética, han podido encontrar, en los intersticios del cuerpo profesoral y del cuerpo médico, el sustitutivo de unas posiciones prestigiosas que el mercado de trabajo les negaba. Así es como la historia ejemplar de todos los que, haciendo profesión de proselitismo, han terminado por hacer del proselitismo una profesión, y en especial de todas esas asociaciones que, en el campo de la

asistencia, de la educación permanente, de la animación cultural o del consejo en materia de pedagogía o de sexualidad, han pasado, en el espacio de una generación, de las entusiastas incertidumbres del desinterés misionero a la seguridad del semifuncionariado, despliega en el tiempo la doble verdad de todas las profesiones que constituyen formas burocratizadas de la "profecía ejemplar" y en las que se trata de *dar (o de vender) en ejemplo* su propio arte de vivir.

Si el proselitismo ético de estos profetas éticos de las sociedades burocráticas toma naturalmente la forma opuesta a la moral ascética de la pequeña burguesía establecida, es porque, como la elección –que los define– de fabricar su profesión antes que abrazar unas profesiones ya fabricadas, su estilo de vida y sus tomas de posición éticas y políticas tienen como principio el rechazo de todo lo que en ellos mismos hay de determinado, de definido, de definitivo, en una palabra, de pequeño-burgués, es decir, el rechazo de *estar colocados* en un lugar determinado del espacio social, *utopismo práctico* que hasta ahora constituía el privilegio de los intelectuales y que les predispone a acoger todas las formas de utopía. Enclasados, desclasados, en labor de reenclasamiento, se pretenden inenclasables, "excluidos", "marginales", todo antes que enclasados, asignados a una clase, a un lugar determinado en el espacio social; y ello aunque todas sus prácticas –culturales, deportivas, educativas, sexuales– hablen de enclasamiento, pero en el modo de la *negación*, como lo testimonian las siguientes rúbricas tomadas del índice de un repertorio de "recursos" de la anticultura adolescente[40]: agricultura biológica, *aïkido*, antroposofía, antigimnasia, antinuclear, antipsiquiatría, antirradiaciones, anticientificismo, antivacunación, astrología, biodinamia, bioenergía, Charlie Hebdo, cinema diferente, comunicación no-verbal, cuerpo, creatividad, danza, dietética, droga, ecología, infancia, esoterismo, expresión corporal, extraterrestres, locura, folk, formación permanente, futurología, *Gestalt*-terapia, *go*, alucinógenos, minusválidos, hata-yoga, hierba, homeopatía, homosexualidad, imaginación, inmigrados, invención, judo, *kendo*, kinesiterapia, *kyudo*, Larzac, libertades, luchas, magnetismo, medicinas orientales, meditación trascendental, macrobiótica, nómadas, no-violencia, nueva prensa, paralelo, parapsicología, cerámica, prisiones, fenómenos psicológicos, plantas, excursiones, regionalismo, encuentros, represión, *roulottes*, cienciaficción, telepatía, terapia, tejido, cestería, vegetariano, verde, vida comunitaria, vuelo a vela, vuelo libre, viaje, vulgarización, paracientífico, yoga, zen. Expresiones todas ellas apenas disfrazadas con una especie de *sueño de vuelo social*, con un desesperado esfuerzo por sustraerse a la fuerza de atracción del campo social de gravitación.

Guiados por su humor antiinstitucional y por la preocupación por escapar a todo lo que puede recordar las competiciones, las jerarquías, los enclasamientos y

[40] Se comprende el horror que les inspira cualquier forma de objetivación sociológica –y la seducción que sobre ellos ejerce, por el contrario, el encantamiento psicológico o psicoanalítico. Y se comprende también que estén dispuestos a aplaudir todas las variantes al gusto del día de la vieja denuncia personalista del "reduccionismo" científico, que es la forma elemental del aristocratismo intelectual, y que ha encontrado un inesperado refuerzo en la identificación de cualquier esfuerzo por objetivar científicamente las prácticas con una condena ética, e incluso política (con el tema "ciencia = Goulag" que permite a los fósiles post-heideggerianos más acabados realizar un *come-back* inesperado en los semanarios de calidad para intelectuales). Asimismo se comprende que la existencia de una sociología científica no sea menos improbable que de ordinario, en unos tiempos en los que las posiciones de sociólogo forman parte de los "lugares" de refugio para los que intentan escapar al enclasamiento.

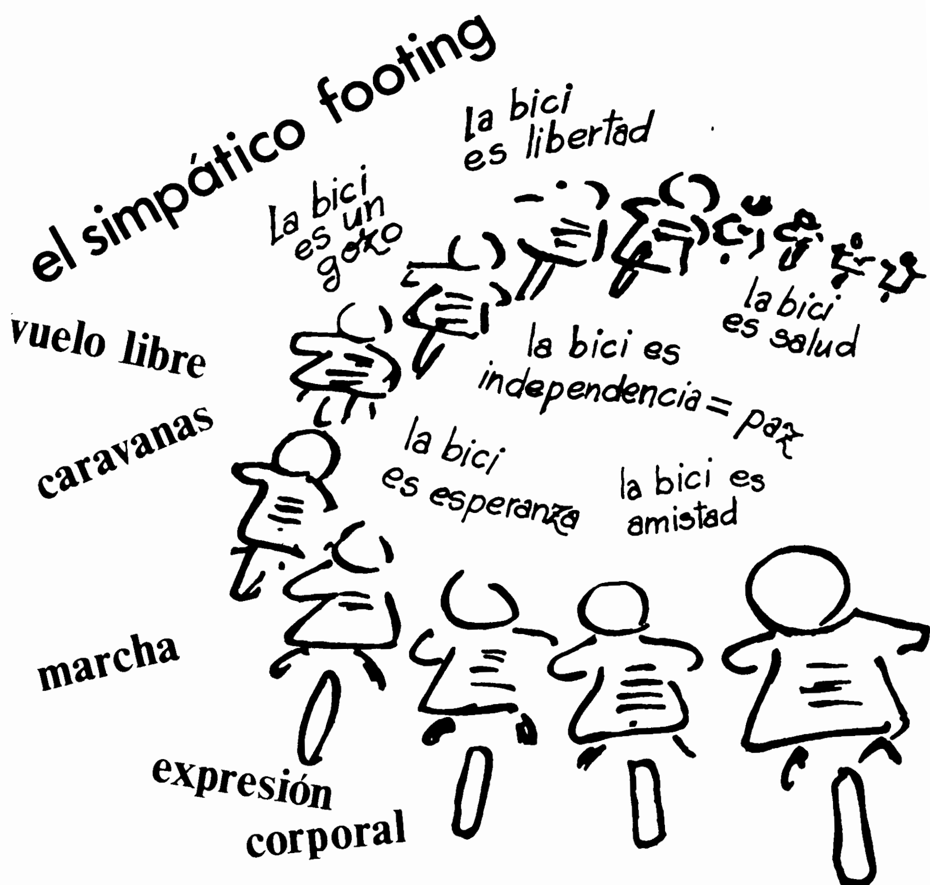
las clasificaciones, y, por encima de todo, las clasificaciones escolares, conocimientos jerarquizados y jerarquizantes, abstracciones teóricas o competencias técnicas, estos nuevos intelectuales inventan un arte de vivir que les asegura, al menor costo, las gratificaciones y los prestigios del intelectual, adoptando, en nombre del combate contra los "tabúes" y de la liquidación de los "complejos", los aspectos más externos, y por consiguiente los más fáciles de copiar, del estilo de vida intelectual (maneras libres y liberadas, audacias cosméticas o vestimentarias, poses y posturas despreocupadas) y aplicando sistemáticamente la disposición cultivada al campo de la cultura en vías de legitimación (cine, *comics*, cultura *underground*, etcétera) o en el terreno de lo cotidiano ("el arte en la calle"), de lo personal (sexualidad, cosmética, pedagogía, distracciones, etcétera), de lo existencial (relación con la naturaleza, con el amor, con la muerte, etcétera). Público soñado para una nueva vulgarización intelectual que es una vulgarización del estilo de vida intelectual, estos nuevos intelectuales se reconocen inmediatamente en la nueva vulgata *espontaneísta* en la que cohabitan Freud y Freinet, Rogers y Reich, Fourier y Bakunin. Apenas hay necesidad de decir lo que puede tener de "cultivada", incluso de académica, esta huida romántica fuera del mundo social que, por el hecho de que exalta el cuerpo y la naturaleza, se piensa a veces como una vuelta a lo "salvaje" y a lo "natural"; al tener en común con la cultura legítima el dejar en estado implícito sus principios (lo que es fácil de comprender puesto que se trata de las disposiciones de un *ethos*), la contracultura está también en condiciones de llenar las funciones de distinción, poniendo al alcance de *casi todos* los juegos distintivos, las posturas distinguidas y demás signos externos de la riqueza interior, que hasta ahora estaban reservados a los intelectuales.

Las coincidencias entre la temática de la vulgata publicitaria –acostumbrada desde hace mucho tiempo a hablar el lenguaje del *deseo*[41]– y los tópicos más típicos de la alta vulgarización filosófica, las correspondencias entre la "política social" de una clase dominante que, renunciando a la antigua alternativa del todo o nada, hace concesiones para mejor conservar, y la nueva pedagogía, por otra parte propiamente burguesa en su difusión, que apuesta sobre el liberalismo y las liberalidades, bastarían para demostrar que la nueva ética, que encuentra su terreno privilegiado en la vanguardia de la burguesía y de la pequeña burguesía, se armoniza perfectamente con una forma de conservadurismo ilustrado[42].

---

[41] Véase, por ejemplo, E. DICHTER, *La stratégie du désir, Une philosophie de la vente*, París, Fayard, 1961.

[42] Es posible incluso preguntarse si la moral de la liberación no está ofreciendo a la economía el consumidor perfecto, tal como lo *sueña*, desde sus orígenes, la teoría económica: y no sólo impulsándole a consumir, y a consumir unos productos siempre nuevos. La contribución más importante de la nueva moral podría consistir en producir consumidores *aislados* (a despecho de todas las asociaciones, agrupaciones estadísticas de acciones puramente aditivas) y, por ello mismo, libres para (o forzados a) enfrentarse en orden disperso a mercados separados (para niños, para *teen-agers*, para "tercera edad", etcétera) del nuevo orden económico, y liberados de las trabas y frenos impuestos por las memorias y las anticipaciones colectivas, en resumen, liberados de las estructuras temporales propias de las unidades domésticas, con su ciclo de vida propio, su "planificación" a largo plazo, a veces para varias generaciones, y sus defensas colectivas contra los apremios brutales e inmediatos del mercado.



Catalogue des ressources, op. cit, pp. 134-148.

7
LA ELECCION DE LO NECESARIO

La proposición fundamental que define el *habitus* como necesidad hecha virtud nunca se deja experimentar con tanta evidencia como en el caso de las clases populares, puesto que la necesidad abarca perfectamente, por lo que a ellas se refiere, todo lo que de ordinario da a entender esta palabra, esto es, la ineluctable privación de los bienes necesarios. La necesidad impone un gusto de necesidad que implica una forma de adaptación a la necesidad y, con ello, de aceptación de lo necesario, de resignación a lo inevitable, disposición profunda que de ninguna manera es incompatible con una intención revolucionaria, aun cuando siempre confiere a ésta una modalidad que no es la de las rebeliones intelectuales o de artistas. La clase social no se define sólo por una posición en las relaciones de producción, sino también por el *habitus* de clase que "normalmente" (es decir, con una fuerte probabilidad estadística) se encuentra asociado a esta posición[1]. Al proyectarse en su objeto hasta el punto de hacer pasar su relación con la condición obrera como la relación obrera con esta condición, haciendo como si bastara con ocupar por un momento –como observador o incluso como actor– la posición del obrero en las relaciones de producción para comprender lo que es la experiencia obrera de esta posición, los *narodniki* de todos los tiempos y de todos los países dan de la condición obrera una representación *estadísticamente improbable*, puesto que esta representación no es producto de la relación con esa condición que ordinariamente se encuentra asociada con la misma, precisamente en razón de los condicionamientos que ésta ejerce. No procede examinar si es verdadera o falsa la imagen insostenible del mundo obrero que produce el intelectual cuando, colocándose en la situación del obrero, sin tener un *habitus* de obrero, aprehende la condición obrera según unos esquemas de percepción y apreciación que no son los que los propios miembros de la clase obrera emplean para aprehenderla; dicha imagen es, *verdadera-*

[1] No es una casualidad que el olvido del *habitus* y de sus efectos sea común a todas las visiones burguesas del pueblo, tanto al pesimismo conservador que *naturaliza* las propiedades engendradas por las condiciones sociales, como al optimismo de la revolución idealista que ignora que la clase obrera está modelada por la necesidad, incluso hasta en la forma de su rebelión contra la necesidad.



mente, la experiencia que puede tener del mundo obrero un intelectual que entra de manera provisional y decisoria en la condición obrera, y puede llegar a ser cada vez menos improbable estadísticamente si, como comienza a ocurrir en la actualidad, llega a incrementarse el número de los que se encuentran proyectados a la condición obrera sin tener el *habitus* que es producto de los condicionamientos "normalmente" impuestos a los que están destinados a esta condición. El populismo nunca es otra cosa que la inversión de un etnocentrismo, y si las descripciones de la clase obrera y de la clase campesina oscilan casi siempre entre el miserabilismo y la exaltación milenarista, es porque hacen abstracción de la relación con la condición de clase que forma parte de una definición completa de esta condición, y porque es más difícil enunciar (lo que no supone necesariamente que se esté en condiciones de *experimentarla*) la relación *justa* con la condición que se describe que proyectar en la descripción su propia relación con esta condición –aunque sólo sea porque esta falsa identificación y la indignación que inspira sean en apariencia completamente legítimas[2].

El gusto de necesidad y el principio de conformidad

El efecto propio del gusto de necesidad, que no cesa de actuar, aunque de manera encubierta –debido al hecho de que su acción se confunde con la de la necesidad–, nunca se ve tan bien como en el caso en que, actuando de alguna manera a contratiempo, sobrevive a la desaparición de las condiciones de las que es producto: testigos esos artesanos o esos pequeños empresarios que, como ellos mismos dicen, "no saben gastar el dinero que han ganado", o esos pequeños empleados que, arrancados tardíamente a la condición campesina u obrera, encuentran una satisfacción equivalente a la que hubiera podido proporcionarles un bien o un servicio, en el hecho de calcular y saborear "lo que han ganado", eximiéndose de la obligación de recurrir a los mismos (privándose de utilizarlos o "haciendo ellos mismos el trabajo") pero que, por este motivo, no pueden, llegado el caso, recurrir a ellos sin experimentar el doloroso sentimiento de efectuar un despilfarro. No es bastante con tener un millón para estar en condiciones de llevar una vida de millonario: y los advenedizos tardan en general demasiado tiempo, a veces toda una vida, en aprender que lo que ellos consideran como una culpable prodigalidad forma parte, en su nueva condición, de los gastos de primera necesidad[3]. Se olvida, por ejemplo, que para *apreciar* "en su justo valor" los servicios completamente simbólicos que en muchas materias (hoteles, peluqueros, etcétera) constituyen lo esencial de la dife-

---

[2] ¿Hay necesidad de decir que no es suficiente haber nacido en estas clases para estar en condiciones de producir una representación exacta de su visión del mundo social? Aunque sólo sea porque la toma de distancia puede suponer o determinar unas relaciones con estas clases (tales como el proselitismo populista) tan radicalmente cerradas como la pura y simple distancia de los extraños con la clase.

[3] Norbert Elias narra (de Taine) un gesto del duque de Richelieu que hace ver que el *arte de gastar sin contar*, por el que en el siglo XVII se marcaba la distancia entre el aristócrata y el burgués del ahorro y del beneficio, como hoy en día se marca la distancia entre el burgués y el pequeño-burgués, puede, en el caso límite de una clase cuya propia existencia depende de la *reproducción de su capital social*, ser objeto de un aprendizaje explícito: "El duque entrega a su hijo una bolsa con dinero para que el joven aprenda a gastarlo a la manera del gran señor; como el hijo le devuelve al padre la bolsa llena, éste la coge y la tira, ante los ojos de su hijo, por la ventana." N. ELIAS, *La société de cour*, París, Calmann-Lévy, 1974, p. 48.

rencia entre los establecimientos de lujo y los establecimientos corrientes, es preciso sentirse como el destinatario legítimo de esos cuidados y de esas atenciones burocráticamente personalizadas y tener, con respecto a los que son pagados para ofrecerlos, la mezcla de distancia (de la que forma parte la concesión de "generosas" gratificaciones) y de libertad que los burgueses tienen con sus servidores. Para quien dude de que el hecho de "saber hacerse servir", como dice el discurso burgués, es uno de los componentes del arte de vivir burgués, basta con evocar a esos obreros o a esos pequeños empleados que, habiendo ido con motivo de alguna gran ocasión a un restaurante elegante, gastan bromas al *maître* o a los camareros –que "en seguida ven con quién tienen que habérselas"–, intentando destruir simbólicamente la relación de servicio y conjurar así el malestar en que ésta les coloca. El obrero que ve en un escaparate un reloj de dos millones, o que oye que un cirujano ha gastado tres millones en la petición de mano de la novia de su hijo, no siente envidia por el reloj o por la petición de mano sino por los millones, con los que haría algo completamente distinto, no pudiendo concebir el sistema de necesidades en el que no habría nada mejor que comprar con dos millones que un reloj de ese precio[4]. Cuando "hay tantas cosas que son más importantes", como suele decirse, "hay que estar loco", efectivamente, para pensar en un reloj de dos millones. Pero nunca es realmente posible ponerse "en el lugar" de los que están situados en el otro extremo del mundo social. La locura de los unos es la necesidad primera de los otros. Y no sólo porque el valor marginal de esos dos millones varíe según el número de millones poseídos: muchos de los gastos de los denominados ostentosos no tienen nada que ver con el despilfarro, y además de ser obligados elementos de un cierto tren de vida, son casi siempre –como la recepción con motivo de la petición de mano– una excelente inversión, que permite acumular capital social.

Lo que la estadística registra bajo forma de *sistemas de necesidades* no es otra cosa que la coherencia de las elecciones de un *habitus*. Y la incapacidad para "gastar más" o para gastar de otra manera, es decir, para acceder al sistema de necesidades implicado en un nivel superior de recursos, es la mejor prueba de la imposibilidad de reducir la propensión a consumir a las capacidades de apropiación, o de reducir el *habitus* a las condiciones económicas puntualmente definidas (tales como, por ejemplo, se las aprehende en un nivel determinado de ingresos). Si todo lleva a creer en la existencia de una relación directa entre los ingresos y el consumo, ello obedece a que el gusto es casi siempre producto de condiciones

---

[4] Miles de razones –y en particular la separación física y social de los universos de vida– hacen que esas dos experiencias sean muy *improbables* (aunque las dos estén tomadas de la experiencia). En efecto, como apuntaba Marx, no sin cierta brutalidad, "lo que se ofrece a sus ojos, en calidad y en cantidad, no depende sólo del estado actual del mundo, donde no tiene parte, sino también de su portamonedas y de su posición social, que debe a la división del trabajo y que quizá le vedan muchas cosas, por muy acaparadores que sean sus ojos y sus oídos" (K. MARX, *L'idéologie allemande*, París, Ed. sociales, 1968, p. 326). Salvo excepciones, los miembros de las clases populares "no tienen ni idea" de lo que puede ser el sistema de necesidades de las clases privilegiadas ni mucho menos de sus recursos, de los que tienen también un conocimiento muy abstracto y sin ninguna correspondencia con lo real (así, por ejemplo, cuando se les interroga sobre "el precio medio de una buena comida en el barrio de los Campos Elíseos", el 13% de los obreros dicen no saberlo, el 35% lo sitúan entre 15 y 24 francos, el 22% entre 25 y 29, el 13% entre 30 y 39 y el 13% más allá de 50 francos –frente, respectivamente, al 2, 11, 20, 33 y 14% para los cuadros, los industriales y los miembros de profesiones liberales, proponiendo los cuadros medios unas evaluaciones intermedias).

económicas idénticas a aquéllas en las que funciona, de suerte que es posible imputar a los ingresos una eficacia causal que no ejerce más que en *asociación con* el *habitus* que han producido. En realidad, *la eficacia propia del habitus* se ve bien cuando ingresos iguales se encuentran asociados con consumos muy diferentes, que sólo pueden entenderse si se supone la intervención de principios de selección diferentes.

De esta forma, para unos ingresos medios por familia mucho más altos (34.581 francos frente a 25.716 francos), los capataces dedican a la alimentación una parte de sus gastos muy próxima a la de los obreros cualificados (el 35,4% frente al 38,3% en los obreros cualificados y el 30% en los cuadros medios), de suerte que el importe global de sus gastos en esta materia es igual al de los cuadros superiores (12.503 francos frente a 12.904 francos). Todo muestra, en efecto, que permanecen apegados a los valores populares del "buen comer" y sobre todo a la manera popular de realizar estos valores: en primer lugar, los consumos más característicos de la alimentación popular –féculas, cerdo, patatas, aves de corral– no sólo no disminuyen, sino que aumentan; en segundo lugar, los consumos caros, que los obreros tienen que limitar aunque para ellos sean el símbolo del "buen comer" –chacinería, vinos, café y sobre todo azúcar– (que disminuye fuertemente en las clases superiores), aumentan mucho, así como el de la mantequilla (444 francos frente a 365, mientras que disminuye el consumo de aceite); en tercer lugar, los consumos costosos, pero característicos del estilo de vida burgués, aumentan mucho menos claramente o no aumentan en absoluto: es el caso de la carne de vaca, de cordero, de oveja; del pescado, de los crustáceos, de los frutos agrios, etcétera; de igual modo, el consumo de hortalizas aumenta mucho más rápidamente que el de las frutas frescas, aumentando ambos mucho menos que el de la chacinería[5].

Otro ejemplo: cuando se pasa de la banda de ingresos comprendida entre los 30.001 a 50.000 francos a la banda superior, las adquisiciones alimenticias de los cuadros superiores no se modifican en absoluto según la misma lógica que las de los obreros; si bien el consumo alimenticio aumenta en los dos casos (aumenta relativamente más en los cuadros superiores), los consumos en aumento son, en el orden en que se reseñan, en los cuadros superiores (en los que se incluyen los profesores y los ingenieros), los aperitivos, las comidas en restaurantes, las bebidas no alcohólicas, la carne de ovino, la pastelería, la carne de bovino, las frutas frescas, los pescados y crustáceos, el queso; y en los obreros, el cerdo, los aperitivos, el conejo, las frutas frescas, las legumbres, el pan y las hortalizas[6].

El principio de las diferencias más importantes en el orden del estilo de vida y, más aún, de la "estilización de la vida", reside en las variaciones de la distancia objetiva y subjetiva con el mundo, con sus limitaciones materiales y con sus urgencias temporales. Igual que la disposición estética, que es una de sus dimensiones, la disposición distante, despegada o desenvuelta con respecto al mun-

---

[5] Dado que la proporción de los ingresos destinada a la alimentación se eleva fuertemente en valor absoluto, la proporción que corresponde a los otros gastos aumenta relativamente menos y la estructura de los gastos permanece casi igual a la de los obreros cualificados. Algunos consumos aumentan, sin embargo, de manera significativa (pequeños aparatos electrodomésticos, gastos de mantenimiento-reparación, peluquería-belleza, teléfono, libros-periódicos-espectáculos, gastos de instrucción escolar, gastos de vacaciones). (F. C., III.)

[6] C. Roy, "Les conditions de vie des ménages, exploitation triennale 1965-66-67", *Les collections de l'INSEE*, diciembre 1973, M. 30.

do o a los otros, disposición que apenas puede denominarse subjetiva puesto que es objetividad interiorizada, no puede constituirse más que en unas condiciones de existencia relativamente liberadas de la urgencia. La sumisión a la necesidad que, como se ha visto, inclina a las clases populares hacia una "estética" pragmática y funcionalista, rechazando la gratuidad y la futilidad de los ejercicios formales y de cualquier especie de arte por el arte, se encuentra también en la base de todas las elecciones de la existencia cotidiana y de un arte de vivir que impone la exclusión de las intenciones propiamente estéticas como si de "locuras" se tratase[7]. Así, los obreros, con mayor frecuencia que todas las demás clases, dicen que les gustan las viviendas claras y limpias[8], fáciles de mantener, o los vestidos de calidad adecuada que en cualquier caso les asigna la necesidad económica. La elección doblemente prudente de una prenda de vestir que sea a la vez "sencilla" (se dice "vale para todo", "va con todo", etcétera), es decir, tan poco señalada y tan poco arriesgada como sea posible (se dice también "sin adornos inútiles", "práctica", etcétera), y "conveniente", esto es, barata y duradera a la vez, que pueda "ser utilizada al máximo" por el menor precio posible, se impone sin duda como la estrategia más *razonable*, dados, por una parte, el capital económico y el capital cultural (por no hablar del tiempo) que se puede invertir en la compra de tal prenda, y dados, por otra parte, los beneficios simbólicos que se pueden esperar de una tal inversión (al menos en el trabajo –a diferencia, por ejemplo, de los empleados).

Siempre más frecuente entre las mujeres que no trabajan fuera de casa (el 59% frente al 47%) y que nunca leen una publicación femenina, la proporción de las que dicen que "tienden más bien a no tener en cuenta la moda" claramente es mucho más alta en las mujeres de los artesanos o comerciantes, los agricultores y los obreros (62, 61 y 55%) que en las de los cuadros medios y en los cuadros superiores, miembros de profesiones liberales, grandes comerciantes o industriales (43%). De igual modo, la preocupación por "seguir la moda" es claramente mucho más alta en las mujeres de los cuadros medios o de los empleados, mientras que la elección de "lo que sea más práctico o más económico" (elección cuya frecuencia aumenta rotundamente con la edad y que es mucho más corriente en las mujeres que no trabajan fuera de casa que en las otras) corresponde más bien a las mujeres de agricultores, de artesanos o de comerciantes y de obreros (siendo las mujeres de las dos últimas categorías las más inclinadas a decir que se dejan guiar ante todo por el deseo de "agradar a sus maridos"). Por último, la elección de un vestuario "clásico" (con preferencia a "refinado", "no conformista" o "deportivo") que, como la elección del vestuario "más práctico y más económico", aumenta claramente con la edad y varía en razón inversa de la lectura de *Elle*, índice de una inversión en la investigación vestimentaria, se encuentra sobre todo

---

[7] Es sin duda el mismo "realismo" que conduce a excluir de la acción política o sindical todo lo que podría darle un aspecto puramente simbólico en los medios empleados (con todo lo que proporciona su marca a las manifestaciones típicamente estudiantiles) y, sobre todo, en los objetivos que intenta alcanzar.

[8] Los miembros de las clases populares, igual que los miembros de las etnias dominadas, pueden hacer cuestión de honor el desmentir la imagen que los dominantes se hacen de la clase a que aquéllos pertenecen. Es así como el culto popular por la *limpieza*, o por la honestidad –"pobres, pero honestos", se dice– debe sin duda algo –igual que algunas formas de la ostentación de la sobriedad– a la preocupación por rechazar el prejuicio burgués. E igual intención de *rehabilitación* se encuentra en la base del discurso con el que se esfuerzan por convencerse de que "lo que falta es el dinero" (y no el gusto), y de que "si se tuvieran los medios, se sabría comprar" (o "vestirse como es preciso").

en las mujeres de agricultores (67%) y de obreros (59%), mientras que las mujeres de la burguesía, que son las menos inclinadas a realizar esa elección (39%), son las más numerosas en elegir un vestuario "deportivo" o "refinado" (F. C., XLII). Otro testimonio de la débil inversión en materia de vestuario y de la baja propensión a invertir en la investigación estética en estas materias lo constituye el hecho de que sean relativamente numerosas las mujeres de las clases populares que compran sus vestidos en el mercado, por correspondencia o en los grandes almacenes "populares", mientras que las mujeres de la burguesía tienden a reservar sus compras a las *boutiques* y a los grandes almacenes elegantes (F. C., XLV). En el orden de la cosmética la lógica es la misma, y las encuestas de mercado, abundantes sobre este tema, coinciden todas en mostrar que las mujeres de las clases populares reducen al mínimo los gastos en productos y en cuidados de belleza (cuya importancia aumenta muchísimo conforme se va de los agricultores a los obreros, a los artesanos y comerciantes, a los cuadros medios y a los cuadros superiores); así, dichas mujeres representan el grado cero del maquillaje, cuya complejidad (sólo rojo de labios; rojo de labios y maquillaje de fondo; rojo de labios, maquillaje de fondo y productos para las pestañas; rojo de labios, maquillaje de fondo, productos para las pestañas y para las cejas), coste en dinero y *sobre todo en tiempo* aumenta a medida que se sube en la jerarquía social (según el mismo orden que se acaba de reseñar), al menos hasta el nivel de los empleados y de los cuadros medios.

De este modo, aunque pueda parecer que se deducen directamente de las condiciones objetivas, puesto que aseguran una economía de dinero, de tiempo y de esfuerzos en cualquier caso poco rentables, las prácticas populares tienen como principio la *elección de lo necesario* ("esto no es para nosotros"), en el sentido, al mismo tiempo, de lo que es técnicamente necesario, "práctico" (o, en otro lenguaje, funcional), es decir, necesario para ser "como hay que ser, sin más", y de lo que viene impuesto por una necesidad económica y social que condena a la gente "sencilla" y "modesta" a unos gustos "sencillos" y "modestos". El ajuste de las posibilidades objetivas, que está inscrito en las disposiciones constitutivas del *habitus*, se encuentra en la base de todas las elecciones realistas que, fundadas en la *renuncia a unos beneficios simbólicos* de cualquier manera inaccesibles, reducen las prácticas o los objetos a su función técnica –corte de pelo "aseado", "vestido completamente sencillo", muebles "fuertes", etcétera. De esta forma, nada es más ajeno a las mujeres de las clases populares que la idea, típicamente burguesa, de hacer de todos los objetos de su vivienda ocasión para una elección estética, de llevar hasta el cuarto de baño o la cocina, lugares estrictamente definidos por su función, la intención de armonía o de belleza, o incluso de hacer intervenir unos criterios propiamente estéticos en la elección de una cacerola o de un armario. Las comidas o los vestidos de fiesta se oponen a la ropa y a las comidas de todos los días mediante la arbitrariedad de una supresión de convenciones –"hace falta lo que hace falta", "hay que hacer bien las cosas"–, de la misma manera que los lugares socialmente designados para ser "decorados" –salón, comedor o *living*– se oponen a los lugares cotidianos, es decir, según una antítesis que es casi la misma de lo "decorativo" y de lo "práctico", y se les decora según unas convenciones establecidas (figuritas y cacharros en la chimenea, cuadros populares encima del aparador, flores del tiempo sobre la mesa), sin que ninguna de estas obligadas elecciones suponga algún tipo de interrogación o investigación. Este convencionalismo, que es el de la fotografía popular, apegado a fijar según las convenciones unas posturas

convencionales[9], está en el polo opuesto del formalismo burgués y de todas las formas de arte por el arte que predican los manuales de mundología y las revistas femeninas: arte de recibir, arte de la mesa, arte de ser madre. Además de asegurar una forma de seguridad mínima en un universo donde no se dispone de casi ninguna *seguridad*, la elección de "hacer lo que hay que hacer" o lo que "se hace" (los vendedores de bienes domésticos saben el poder que ejerce el "esto se hace" sobre la inseguridad popular) se inscribe naturalmente en una economía de las prácticas fundada en la búsqueda de lo "práctico" y el rechazo de las "maneras" y de lo "afectado"[10]. Y las mismas elecciones que, desde el punto de vista de las normas dominantes, aparecen como las más "irracionales" tienen como fundamento el gusto de necesidad –con el efecto, por supuesto, totalmente negativo de la falta de información y de competencia específica que resulta de la falta de capital cultural: por ejemplo, el gusto por los colgantes de fantasía y por las llamativas baratijas que pueblan "salones" y "entradas" de chucherías y cacharros de feria se inspira en una intención desconocida por los economistas y por los estetas ordinarios, a saber, la intención de obtener al menor costo el máximo de "efecto" ("esto causará mucho efecto"), fórmula que, para el gusto burgués, es la definición misma de la vulgaridad (al ser una de las intenciones de la distinción la de sugerir, con la menor cantidad de efectos posible, el mayor gasto de tiempo, de dinero y de ingenio)–. ¿Qué otra cosa es el relumbrón y la pacotilla sino aquello que hace mucho efecto por poco valor, esto es, las "locuras" que uno puede concederse sólo en cuanto que puede decirse que "se las ha comprado por nada"? Los vendedores ambulantes y los especialistas en promoción de ventas saben bien que tienen que llegar a retirar los frenos y las censuras que impiden el derroche, haciendo aparecer como "buenos negocios" los consumos prohibidos: el canapé depreciado del que uno se esfuerza por olvidar el color para convencerse, no teniendo en cuenta más que el precio, que es exactamente el que uno soñaba desde hace mucho tiempo "para ponerlo delante de la televisión", o el inutilizable vestido de nylon que se acaba comprando porque estaba de rebajas aunque se había "jurado no llevar nylon nunca más".

Y si aún fuera necesario probar que la resignación ante la necesidad es la base del gusto de necesidad, bastaría con evocar el derroche de tiempo y de energía que lleva consigo la negativa a someter la gestión cotidiana de los asuntos domésticos a las reglas del cálculo racional y de principios de vida formales ("un lugar para cada cosa", "cada cosa a su tiempo", etcétera) y que sólo en apariencia se opone a la negativa a dedicar tiempo y cuidados a la salud ("escucharse") o a la belleza ("arreglarse"): en efecto, en estas dos características de su estilo de vida, las mujeres, doblemente dominadas, de las clases populares testimonian que no reconocen el suficiente valor a su trabajo o a su tiempo, las únicas cosas que pueden gastar (y *dar*) sin cuento, como para preocuparse de administrarlos y economizarlos o, si se prefiere, que *no se estiman a sí mismas lo suficiente* (tienen, por otra parte, poco valor en el mercado de trabajo, a diferencia de la fuerza de trabajo cualificada y del cuerpo cultivado de las mujeres de la burguesía) como para concederse unas consideraciones y una atención que no se dan sin algún tipo de *complacencia*, y consentir

---

[9] Véase P. BOURDIEU, *Un art moyen*, París, Éditions de Minuit, 1965, pp. 54-64.

[10] Véase Y. DELSAUT, "L'économie du langage populaire", *Actes de la recherche en sciences sociales,* 1975, pp. 33-40.

a sus cuerpos esos cuidados, esos desvelos, esas tentaciones de todos los momentos que son necesarios para asegurarles o conservarles la salud, la delgadez, la belleza[11].

Todo un conjunto de índices convergentes tiende a mostrar que las mujeres de las clases populares conceden menos *valor* y menos *interés* a su cuerpo que las mujeres de las otras clases: por ejemplo, el 40,2% de las mujeres de agricultores y el 36,0% de las mujeres de obreros se estiman por debajo de la media con respecto a la belleza, frente al 24,2% de las mujeres de la clase dominante y al 33,2% de las mujeres de las clases medias; el 13,0% y el 14,0% respectivamente frente al 10,1% y al 7,6% dicen parecer mayores de la edad que tienen; y las mujeres de las clases populares se atribuyen casi siempre unas notas inferiores (salvo para el cutis, la nariz y las manos) a las de las mujeres de las demás clases. Por otra parte, conceden menos valor a la belleza y dedican sistemáticamente menos tiempo, menos dinero y menos interés a todos los cuidados del cuerpo (F. C., XLIV).

Las llamadas al orden ("¿por quién se toma ella?", "eso no es para gente como nosotros") en las que se enuncia el *principio de conformidad*, única norma explícita del gusto popular, y que apuntan a alentar las elecciones "razonables" impuestas en todo caso por las condiciones objetivas, encierran además una llamada de atención contra la ambición de distinguirse identificándose a otros grupos, es decir, una llamada a la solidaridad de condición. Y la distancia entre las prácticas y las preferencias culturales de las diferentes clases obedece, en una parte muy importante, al hecho de que las probabilidades de encontrar en su entorno el "mercado" donde las experiencias culturales y los discursos a que dan lugar pueden encontrar valor varían aproximadamente como lo hacen las probabilidades de tener esas experiencias y contribuyen sin duda, en parte, a determinarlas: el poco interés que los miembros de las clases populares manifiestan por las obras de la cultura legítima a las que podrían tener acceso –sobre todo por la televisión– no es sólo efecto de una falta de competencia y familiaridad; de la misma manera que los temas reputados como vulgares, como la televisión, son desterrados de la conversación burguesa (F. C., VI), los temas por excelencia de la conversación burguesa –exposiciones, teatro, conciertos o incluso cine– se ven excluidos, de hecho y de derecho, de la conversación popular, en la que no podrían expresar otra cosa que la pretensión de distinguirse. La más implacable llamada al orden, que bastaría sin duda para explicar el extraordinario *realismo* de las clases populares, está constituida indudablemente por el efecto de enclaustramiento que ejerce la homogeneidad del universo social directamente experimentado: no hay otro lenguaje posible, no existe otro estilo de vida, no existen otras relaciones de parentesco. El universo de los posibles es cerrado. Las expectativas de los otros constituyen otros tantos refuerzos de las disposiciones impuestas por las condiciones objetivas.

El ritual de las prácticas y de las conversaciones, que puede ir hasta el estereotipo, por una parte es un efecto de la rigurosísima aplicación del principio de conformidad: un hombre de edad madura que va de visita debe aceptar beber cualquier cosa; de modo parecido, una mujer de edad madura que se vistiera demasiado corta para su edad sería severamente, incluso cruelmente, sancionada (por medio de pullas, de bromas a sus espaldas, etcétera). Mientras que grandes

[11] Aquí se encontraría el principio de la imagen que las mujeres de las clases populares se fabrican de las reivindicaciones feministas.

diferencias de clase a clase pasan desapercibidas y en cualquier caso son muy bien toleradas ("es un original", "no es como nosotros"), porque aparecen como fundadas en unas diferencias de naturaleza (de la mujer del médico se dirá que "está hecha para vestir bien"), no se pasa la menor desviación, la menor extravagancia a los miembros de la propia clase (o a los que son originarios de la misma), porque la diferencia en este caso sólo puede tener como fundamento la voluntad de distinguirse, esto es, el rechazo o la negación del grupo (así se otorga un juicio anticipado favorable al hijo de burgués que rompe con su familia, mientras que se condena al hijo de obrero que hace otro tanto)[12].

Si cualquier especie de "pretensión" en materia de cultura, de lenguaje o de indumentaria está especialmente vedada a los hombres, esto no es sólo porque la búsqueda estética, sobre todo en materia de cosmética y de vestuario, esté reservada a las mujeres por una representación más estricta que en ninguna otra clase de la división del trabajo entre los sexos y de la moral sexual[13], o porque está asociada, de manera más o menos confusa, a unas disposiciones y a unas maneras consideradas como características de los burgueses ("los amaneramientos", "las maneras", etcétera) o de aquellos que están dispuestos a someterse a sus exigencias para hacerse admitir por ellos y de los que los "lacayos" o los "pederastas" de la injuria ordinaria representan el límite; es también porque la sumisión a unas exigencias percibidas al mismo tiempo como femeninas y burguesas aparece de alguna manera como el índice de una doble negación de la virilidad, de una doble sumisión que el lenguaje ordinario, que piensa naturalmente cualquier tipo de dominación en la lógica y el léxico de la dominación sexual, está predispuesto para expresar.

No es sólo en pensamiento donde la oposición entre las clases populares y la clase dominante (y muy en especial las fracciones dominadas de esta última) se organiza por analogía con la oposición entre lo masculino y lo femenino, esto es, según las categorías de lo fuerte y de lo débil, de los graso-grueso (de los alimentos pero también de las bromas) y de lo magro-flaco (o de lo fino), etcétera. Así, en materia de alimentación, las clases populares (y más, sin duda, los hombres que las mujeres) se oponen a las otras clases del mismo modo que los hombres se oponen

[12] Por el hecho de que lo que se reprueba no es la diferencia sino la intención evidente de desmarcarse, se acepta tanto mejor la diferencia "natural" que define al burgués, cuya "simplicidad" atestigua que no es producto de una intención negativa de distinción. La diferencia sólo es percibida y denunciada en tanto que tal por los formados política y sindicalmente, por aquellos de los que los demás dicen "hacen política", sobreentendiéndose "es alguien no acomodaticio", "alguien incómodo", "alguien que no deja pasar nada". Es fácil ver el partido que las estrategias de condescendencia de todas las formas de paternalismo pueden obtener de estas disposiciones.

[13] Todo un conjunto de índices tiende a demostrar que las clases populares permanecen apegadas a una moral más rigorista para todo lo que afecta a la sexualidad y a la división del trabajo entre los sexos. Así, en materia de vestuario, las clases populares, que, sin duda por razones funcionales, admiten de buena gana el pantalón para el trabajo, lo rechazan mucho más a menudo que las demás clases para la casa y para salir; de igual modo, desaprueban siempre con energía las minifaldas –y sobre todo para el trabajo y las salidas– (*Sondages*, n.º 1, 1968, p. 79). Los obreros y, sobre todo, los agricultores están menos inclinados (34 y 53,2%) a decir que no conceden ninguna importancia a la virginidad que los cuadros medios (57%) y los cuadros superiores (59%); la proporción de los que estiman bastante o muy importante el lugar del amor físico en la vida aumenta ligeramente cuando se sube de la jerarquía social; a la inversa, la proporción de los que dicen no haber amado más que a una persona en su vida disminuye cuando también se sube, así como la proporción de los que dicen que no se puede amar a dos personas a la vez, o que el amor aporta ante todo ternura (más bien, por ejemplo, que placer físico), o que el erotismo y la infidelidad matan el amor (F. C., XLVI).

a las mujeres: se observa, por ejemplo, que los cuadros superiores toman leche todos los días en el desayuno en mucho mayor número que todas las demás clases, con excepción de los agricultores (el 59% frente al 42% de los obreros), de igual modo que son más las mujeres en su conjunto que toman este tipo de desayuno que los hombres que lo hacen; igual ocurre con el chocolate (el 12% frente al 5% de los obreros y el 5% de los agricultores, siendo nula en este caso la diferencia entre los sexos), y con el té, bebida típicamente burguesa y femenina (el 27% frente al 3% de los obreros y el 0% de los agricultores). Pero las clases populares se distinguen sobre todo por el lugar que conceden, en su desayuno, a los alimentos *salados y sustanciosos*, netamente masculinos, como la sopa, casi exclusivamente consumida por los campesinos, o la *carne* (el 46% de los agricultores y el 17% de los obreros frente al 6% de los cuadros superiores dicen comerla por lo menos de cuando en cuando) y el *queso*, mientras que los cuadros superiores y los miembros de profesiones liberales suben claramente al primer puesto (el 40% dicen consumirlos todos los días frente al 29% de los agricultores y el 11% de los obreros) respecto a los alimentos *dulces* y *azucarados*, como la mermelada y la miel, por lo demás netamente femeninas (solamente el 38% de los hombres dicen tomarlas por lo menos de cuando en cuando frente al 63 % de las mujeres, F. C., XLVIII)[14]. Se sabe, por otra parte, que el conjunto de las diferencias socialmente constituidas entre los sexos tiende a debilitarse conforme se sube en la jerarquía social y sobre todo cuando se va hacia las fracciones dominadas de la clase dominante, en las que las mujeres tienden a atribuirse las prerrogativas más típicamente masculinas, como pueden ser la lectura de los periódicos denominados de opinión y el interés por la política, mientras que los hombres no dudan en afirmar unos intereses y unas disposiciones, en materia de gustos por ejemplo, que en otras clases les expondrían a pasar por "afeminados"[15].

Antes de invocar un efecto de inercia cultural o de "retraso cultural", por aplicación de un esquema evolucionista que permite a los dominantes percibir su manera de ser o de hacer como el deber-ser realizado, habría que preguntarse si la valorización popular de la *fuerza física* como dimensión fundamental de la virilidad[16] y de todo lo que la produce y la sostiene, como los alimentos y las bebidas

[14] La misma oposición se encontró en una encuesta más antigua en la que la proporción acumulada de los que comían alimentos salados (huevos, jamón, salchichón, *pâté* o queso) en el desayuno disminuye cuando se va de los agricultores a los obreros, a los empleados y a los cuadros superiores, mientras que la proporción de los que comían productos azucarados (mermelada, miel o fruta) varía en razón inversa (véase H. Gournelle y A. Szakvary, "Enquête sur le petit déjeuner en France", *Annales d'hygiène de langue française*, T. 3, n.º 2, mayo-junio 1967, p. 28).

[15] Puede imputarse, sin duda, en parte a la mayor tolerancia con respecto a las infracciones de la norma de la división del trabajo entre los sexos el hecho de que la proporción de homosexuales conocidos y reconocidos como tales aumente muy fuertemente a medida que se sube en la jerarquía social (y también a medida que aumenta el tamaño de las aglomeraciones residenciales): la proporción de las personas interrogadas que dicen "conocer algunos homosexuales en su entorno" pasa del 10% en los agricultores al 16% en los obreros, 22% en los pequeños comerciantes y artesanos, 25% en los cuadros medios y empleados y 37% en los industriales, cuadros superiores, miembros de profesiones liberales y grandes comerciantes; dicha proporción pasa del 10% en las localidades con menos de 2.000 habitantes al 38% en la aglomeración parisiense. (F. C., XVLII.)

[16] La referencia a la división del trabajo entre los sexos que connota la representación de la identidad personal o colectiva (en el caso, por ejemplo, en que un obrero, teniendo que clasificar las profesiones, coloca en la misma clase a todas las profesiones no manuales, diciendo: "¡Todos son unos maricones!") evoca menos la dimensión propiamente sexual de la práctica que las virtudes y capacidades asociadas por estatus a los dos sexos, esto es, la fuerza o la debilidad, el valor o la cobardía, más que la potencia o la impotencia, la actividad o la pasividad.



"El benajacqués adoptivo François Bruat va a defender esta tarde en Nay su título de campeón de Francia del mayor tragón de judías blancas (2,7 kilos en un cuarto de hora). Henri Boiramé, el palés, ¿será este año su contrincante?

Anunciados como los boxeadores, con la servilleta atada al cuello, se arrojan rápidamente sobre sus platos humeantes llenos de judías blancas con tocino, delante de un público de *ring* de barrio...

Y ¡venga, que te como! Una cuchara por Verlaine, una por Rimbaud, una por Simin Palay...

Hipaba, resoplaba, masticaba y requetemasticaba las judías...

Y venga, que te traigan otro plato... volvía a pedir el público, animando a su favorito François Bruat de Bénajacq, campeón titular de Francia. Una especie de Raymond Poulidor de la comida —el imbatible en la contrarreloj— que se volvía hacia sus seguidores cada 500 gramos. ¡Un verdadero tragón, el bribón!

¡Dos mandíbulas y un enorme vientre así de grande!

Y unas actitudes de contrincante de catch entre plato y plato, para desanimar a los adversarios.

Y todavía una tercera ración. ¡Toma ya!, ¡para que aprendas!"

(*La République des Pyrénées*, julio 1978)

"fuertes", tanto en su sustancia como en su sabor, o los trabajos y ejercicios que requieren fuerza, no mantiene una relación inteligible con el hecho de que la clase campesina y la clase obrera tengan en común el depender de una fuerza de trabajo que las leyes de la reproducción cultural y del mercado de trabajo reducen, más que para ninguna otra clase, a la fuerza muscular[17]; sin olvidar el hecho de que una clase que, como la clase obrera, sólo es rica en su fuerza de trabajo no puede oponer nada frente a las otras clases, fuera de la suspensión de esa fuerza, que no sea su fuerza de combate, que depende de la fuerza y de la energía física de sus miembros y también de su número, es decir, de su conciencia y de su solidaridad o, si se prefiere, de la conciencia de su solidaridad.

Esto quiere decir que sería equivocado ignorar el efecto propiamente político de la acción de moralización (o de desmoralización) que se ejerce por medio de todos los vehículos de la nueva moral terapéutica (revistas femeninas, semanarios, emisiones radiofónicas, etcétera). Como lo demuestra el caso límite de los campesinos, a los que la imposición del estilo de vida dominante y de la representación legítima del cuerpo ha atacado en sus específicas condiciones de reproducción (con el celibato de los cabezas de las explotaciones agrícolas), y en su propia existencia como clase capaz de definir ella misma los principios de su identidad, es sin duda uno de los últimos refugios de la autonomía de las clases dominadas, de su capacidad de producir ellas mismas su propia representación del hombre consumado y del mundo social que amenazan todas las veces que se pone en tela de juicio la adhesión de los miembros de la clase obrera a los valores de la virilidad que constituyen una de las formas más autónomas de su propia afirmación como clase. Y los principios más fundamentales de la identidad y de la unidad de la clase, los que residen en el *inconsciente*, se verían afectados, en efecto, si sobre ese punto decisivo que es la relación con el propio cuerpo llegase a suceder que la clase dominada no se captara como clase si no fuera por la mirada de los dominantes, es decir, por referencia a la definición dominante del cuerpo y de sus usos. Dicho esto, en este terreno, como en tantos otros igual de importantes, que no están constituidos políticamente, cualquier resistencia colectiva al efecto de imposición no puede, por descontado, conducir ni a constituir como valor las propiedades negativamente evaluadas por la taxonomía dominante (según la estrategia del *black is beautiful*) ni a crear nuevas propiedades positivamente evaluadas. No queda, pues, a los dominados otra alternativa que la de la fidelidad a sí mismos y a su grupo (expuesta siempre a la recaída en la vergüenza de sí) y del esfuerzo individual para asimilarse el ideal dominante que es todo lo contrario de la propia ambición de una recuperación colectiva de la identidad social (del tipo de la que persigue la rebelión colectiva de las feministas norteamericanas cuando predica el *natural look*).

Los efectos de la dominación

La adaptación a una posición dominada implica una forma de aceptación de la dominación. Los efectos de movilización política en sí misma no son suficientes

[17] Este hecho se hace patente, de forma concreta, recordando la rápida devaluación de la fuerza de trabajo que acompaña al envejecimiento.

para contrarrestar por completo los efectos de la inevitable dependencia de la estima de sí con respecto a los signos del valor social que son el estatus profesional y el salario, legitimados de antemano por la sanción del mercado escolar. Sería fácil enumerar las características del estilo de vida de las clases dominadas que encierran, a través del sentimiento de incompetencia, de fracaso o de indignidad cultural, una forma de reconocimiento de los valores dominantes. Fue Gramsci quien, en alguna parte, dijo que el obrero tiene tendencia a transportar a todos los campos sus disposiciones de ejecutante. Tanto como por la ausencia de todos los consumos de lujo –whisky o cuadros, champán o conciertos, cruceros o exposiciones de arte, caviar o antigüedades–, el estilo de vida de las clases populares se caracteriza por la presencia de *sustitutivos en rebaja* de muchos de esos bienes especiales –espumosos en lugar de champán, *sky* en lugar de cuero, litografías en lugar de pinturas–, índices de una carencia en segundo grado que se deja imponer la definición de los bienes dignos de ser poseídos. Con los productos culturales de gran difusión –músicas cuyas estructuras simples y repetitivas requieren una participación pasiva y ausente, diversiones prefabricadas que los nuevos ingenieros de la producción cultural en gran serie conciben en honor de los telespectadores, y, sobre todo, espectáculos deportivos que establecen una separación reconocida entre los profanos y los profesionales, virtuosos de una técnica esotérica o "superhombres" con capacidades fuera de lo común–, la carencia de la intención misma de formular sus propios fines va acompañada de una forma más insidiosa de reconocimiento de la privación. La crítica de la producción cultural de masa –de la que Adorno hace tiempo que ha suministrado la fórmula al establecer una *analogía directa e ingenua* entre la propia forma y los usos de las músicas de gran difusión y el mundo del trabajo alienado, y que debe, sin duda, lo esencial de su credibilidad, como cierta crítica del deporte al hecho de que permite expresar en la impecabilidad populista una nostalgia y una repulsión de aficionado– ha enmascarado, en efecto, lo esencial[18]: no es sólo en los campos de la música o del deporte en los que los hombres ordinarios se ven reducidos al papel del *fan*, límite caricaturesco del *militante*, destinado a una participación apasionada –a veces hasta chauvinista– pero pasiva y ficticia, que no es otra cosa que la ilusoria compensación de la privación en beneficio de los expertos. Lo que la relación con los productos culturales de "masa" (y, *a fortiori*, de élite) reproduce, reactiva y refuerza no es la monotonía de la cadena o de la oficina, sino la *relación social* que se encuentra en la base de la experiencia obrera del mundo y que hace que el trabajo y el producto del trabajo, *opus proprium,* se presenten ante el trabajador como *opus alienum.* Y la privación nunca es totalmente desconocida, luego tácitamente reconocida, como cuando, con el progreso de la automatización, la privación económica va acompañada de la privación cultural que proporciona a la primera su mejor justificación aparente. Al no poseer el capital cultural incorporado que es la condición de la apropiación adecuada

[18] Véase T. W. ADORNO, "On Popular Music", *Studies in Philosophy and Social Sciences*, 9, 1941. Sería fácil demostrar, por ejemplo, que la música más legítima es objeto, mediante el disco y la radio, de usos no menos pasivos e intermitentes que las músicas "populares", sin estar desacreditada por ello y sin que se le imputen los alienantes efectos que se atribuyen a la música popular. En cuanto al carácter repetitivo de la forma, éste alcanza un máximum en el canto gregoriano (altamente valorado, sin embargo) o en muchas de las músicas medievales cultivadas actualmente, así como en tantas obras musicales de *divertimento* de los siglos XVII y XVIII, concebidas, por otra parte, para ser consumidas también "como fondo sonoro".

(según la definición legítima) del capital cultural objetivado en los objetos técnicos, los trabajadores ordinarios están dominados por las máquinas y por los instrumentos a los que sirven más que de los que se sirven, y por los que poseen los medios legítimos, es decir, *teóricos* para dominarlos. Tanto en la fábrica como en la escuela, que enseña el respeto a los conocimientos inútiles y desinteresados y que establece unas relaciones investidas de la autoridad "natural" de la razón científica y pedagógica entre unos individuos y unas actividades *solidariamente jerarquizados*, los trabajadores se topan con la cultura legítima como con un *principio de orden* que no tiene necesidad de demostrar su utilidad práctica para resultar justificado. La experiencia que los más privados de capital cultural pueden tener de las obras de la cultura legítima (o incluso de muchos de los espectáculos prefabricados que les ofrece la industria del *show business*) no es más que una de las formas de una experiencia más fundamental y más corriente, la de la separación tajante entre las habilidades prácticas, parciales y tácitas, y los conocimientos teóricos, sistemáticos y explícitos (que tiende a reproducirse incluso en el terreno de la política), entre la ciencia y la técnica, la teoría y la práctica, la "concepción" y la "ejecución", el "intelectual" o el "creador", que da su propio nombre a una obra "original" y "personal" y se atribuye así la propiedad de la misma, y el "manual", simple servidor de una intención que le supera, ejecutante desposeído del pensamiento de su propia práctica[19].

El sistema de enseñanza, operador institucionalizado de enclasamientos –que es a su vez un sistema de enclasamiento objetivado que reproduce, bajo una forma transformada, las jerarquías del mundo social, con sus segmentaciones según unos "niveles" correspondientes a unos estratos sociales, y sus divisiones en especialidades y en disciplinas, que reflejan hasta el infinito unas divisiones sociales, como la oposición entre teoría y práctica, concepción y ejecución– transforma, en una aparente neutralidad total, unos enclasamientos sociales en enclasamientos escolares y establece unas jerarquías que no son vividas como puramente técnicas, luego parciales y unilaterales, sino como unas jerarquías totales, fundadas naturalmente, llevando así a identificar el valor social y el valor "personal", las dignidades académicas y la dignidad humana. La "cultura" que se supone garantiza la titulación académica es uno de los componentes fundamentales de lo que hace al hombre consumado en su definición dominante, de suerte que la privación se percibe como una mutilación esencial, que alcanza a la persona en su identidad y en su dignidad de hombre, condenando al silencio en todas las situaciones oficiales, en las que es preciso "aparecer en público", mostrarse ante los otros, con su propio cuerpo, sus propias maneras, su propio lenguaje[20].

---

[19] "En *Sud-Ouest Dimanche*, del 8 de agosto, figura una fotografía de un Renault 5 transformado en *cabriolet* de cuatro plazas. Un artículo subtitulado 'Cuando un carrocero y un modista se unen para vestir a un automóvil' presenta al carrocero Lohr como autor de este último. Lo que no es en absoluto el caso. Soy yo quien he *concebido* esa versión del vehículo, quien lo he dibujado para Cacharel y quien conserva su *propiedad artística*. He velado *personalmente* por su *realización* en el taller del carrocero, *que sólo ha desempeñado un papel técnico*. Hubiera estado mucho más conforme con la realidad si se hubiera subtitulado: 'Cuando un artista y un modista se unen para transformar un automóvil' " (Correo de los lectores, *Sud-Ouest Dimanche*, 22 de agosto de 1976).

[20] Por eso, ese campesino bearnés que, para explicar por qué no había pensado en ser alcalde a pesar de haber obtenido el número más alto de votos en las elecciones municipales, respondía: "¡Pero es que yo no sé hablar!"

Tabla 26—Variaciones de la conciencia de los factores sociales del éxito escolar y social

	La continuación de los estudios depende de			El éxito en la vida depende de				
	NC	inteligencia social	medio	NC	concienc. profes.	medio social	inteligencia	instrucción
agricultores	6	65	29	–	51	13	21	15
obreros	3	55	42	2	48	11	19	20
artesanos comerciantes	1	74	25	–	45	9	35	11
cuadros medios	4	45	21	2	34	18	28	18
cuadros superiores	4	52	44	5	34	18	35	8

Fuente: SOFRES, enero 1971.

Tabla 27—Variaciones de la representación de los medios de reducir la desigualdad

El mejor medio de reducir la desigualdad de oportunidades entre los jóvenes franceses:	agricultores	obreros	patronos	empl. cuadros medios	cuadros sup. profesiones liberales
reformar profundamente el sist. de herencia	–	3	–	1	**6**
democratizar completamente la enseñanza	10,5	16,5	–	25	**29,5**
aumentar los beneficios sociales para los más desfavorecidos	38	50,5	**71**	49	23,5
nacionalizar las empresas privadas	–	**4**	–	3,5	–
aumentar la prosperidad de la economía nacional	24	20	8	18	**38**
sin opinión	**27,5**	6	21	3,5	3

Fuente: SOFRES 1970.

La conciencia de los efectos del medio social es particularmente baja en los artesanos y los comerciantes, los agricultores y los obreros, mientras que en los cuadros superiores el reconocimiento de estos efectos no excluye la adhesión a las virtudes de la inteligencia[21].

[21] Todo parece indicar que, para que las clases populares reconocieran su interés de clase en materia de educación, haría falta al menos que estuviesen comprometidas en el proceso educativo: el descubrimiento de la escuela conservadora supone la experiencia previa de "la escuela liberadora". Se observa así que los estudiantes originarios de las clases medias y populares son los más sensibles a la problemática de la "democratización", a pesar de que a menudo se adhieren a los valores carismáticos que dominan la institución escolar. Pero sobre todo la experiencia de la relegación en las vías y secciones escolares más devaluadas y también el descubrimiento de la devaluación de las titulaciones conseguidas son los factores apropiados para favorecer el inicio de una toma de conciencia colectiva.

El desconocimiento de los determinantes sociales de la carrera escolar –y, por consiguiente, de la trayectoria social que ésta contribuye a determinar– confiere a la titulación académica el valor de un derecho natural, y hace de la escuela una de las instituciones fundamentales para el mantenimiento del orden social. Es sin duda en el terreno de la educación y de la cultura en el que los miembros de las clases dominadas tienen menos probabilidades de descubrir su interés objetivo y de producir e imponer la problemática conforme con sus intereses: en efecto, la conciencia de los determinantes económicos y sociales de la privación cultural varía casi en razón inversa a esta privación (como lo muestran perfectamente las tablas 26 y 27). La ideología carismática que imputa a la *persona*, a sus dones naturales o a sus méritos, la total responsabilidad de su destino social ejerce sus efectos mucho más allá de los límites del sistema escolar: no existe una relación jerárquica que no deba una parte de la legitimidad que los propios dominados le reconocen a su participación, confusamente percibida, en la oposición entre la "instrucción" y la ignorancia.

Los principios más visibles de las diferencias *oficiales* (esto es, oficialmente registradas en unos estatus y en unos salarios) que se observan en el seno de la clase obrera son la antigüedad y la instrucción (técnica o general), de las que es posible preguntarse si son valoradas, sobre todo en los contramaestres, a título de garantías de competencia o como testimonios de "moralidad", es decir, de conformidad, o incluso de docilidad. La proporción de individuos que no tienen ningún tipo de titulación (o nacidos de un padre a su vez sin titulación alguna) disminuye considerablemente cuando se va desde el peonaje a los contramaestres, pasando por los obreros especializados y los obreros cualificados. Diferentes indicadores de una disposición ascética vinculada con frecuencia a la ambición de movilidad, como el porcentaje de fecundidad o la práctica de la gimnasia y de la natación, varían en el mismo sentido, así como algunos índices de buena voluntad cultural, tales como la visita a castillos y monumentos, la frecuentación del teatro o del concierto, la posesión de discos o la inscripción en una biblioteca. Sin embargo, no habría que sacar de ello la conclusión de que los trabajadores situados en la cima de la jerarquía obrera se confunden con las capas inferiores de la pequeña burguesía. Se distinguen de ella de muchas maneras y de entrada por el hecho de que se conducen como trabajadores manuales hasta en el uso que hacen del tiempo libre (el 53,9% de los contramaestres y el 50,8% de los obreros cualificados hacen pequeños trabajos en casa por lo menos una vez a la semana). Y también su solidaridad con el estilo de vida popular se manifiesta en todos los campos, en sus consumos, sus lecturas, sus distracciones y, en particular, en todo lo que afecta a la simbolización de la posición social, como es la indumentaria, en la que, a pesar de mostrarse un poco menos economizadores que los obreros especializados y el peonaje, no manifiestan la preocupación por el vestuario que caracteriza a las profesiones no-manuales, comenzando por los empleados. En resumen, todo parece indicar que entre los obreros cualificados y los contramaestres, que permanecen sometidos al principio de conformidad, y los empleados, que, al menos en pensamiento están ya en la carrera, pasa una verdadera frontera, tanto en el orden del estilo de vida como en el dominio de las tomas de posición políticas[22].

[22] Sería interesante determinar por medio de un análisis propiamente lingüístico, *cómo* se define esa frontera en el campo del lenguaje. Si se acepta el veredicto del "sentido social" de los encuestadores, buena medida no del estatus lingüístico de la lengua utilizada por los encuestados, sino de la imagen

Los primeros se muestran mucho menos preocupados que los segundos por tomar sus distancias respecto a las diversiones y pasatiempos más típicamente populares, como las ferias o los espectáculos deportivos: el 60,4% de ellos (y el 58,2% de los obreros especializados y del peonaje) dicen que han ido por lo menos una vez a una feria en el curso del último año, frente al 49,5% de los empleados y el 49,6% de los cuadros medios; y se sabe que los obreros en su conjunto ven algo más frecuentemente las emisiones deportivas o los espectáculos circenses, mientras que los cuadros medios y los empleados ven mucho más las emisiones científicas, históricas o literarias (F. C., VII). Para unos ingresos más o menos equivalentes, los obreros, que gastan más en la alimentación, dedican una parte menos importante de su presupuesto a todo lo que tiene relación con los cuidados prodigados a la persona (vestido, higiene, peinado, farmacia) (F. C., III); en los hombres, los gastos en prendas de vestir representan el 85,6% de lo que representan para los empleados, y en las mujeres el 83,7%. Compran a mejor precio las mismas prendas (el 83%, por ejemplo, del gasto correspondiente de los empleados para los abrigos, el 68,7% para los trajes, el 83,5% para los zapatos, diferencia que resulta mucho más señalada en las mujeres) y sobre todo unas prendas de vestir diferentes: por un lado, las chaquetas de cuero o de *sky* y las canadienses para los trayectos en *mobilette* en las mañanas frías, por el otro los abrigos que alinean del lado de la respetabilidad pequeño-burguesa; aquí los monos o los pantalones de trabajo, allí los guardapolvos y los delantales, las chaquetas tipo deportivo, los trajes completos y los *blazers*. Los obreros cualificados, única categoría aislada en las estadísticas disponibles, se distinguen casi tanto de los empleados, aunque tengan los mismos ingresos, como el conjunto de los obreros (salvo en un punto, los gastos en materia de cine y de discos).

Sin embargo, no es en el terreno de la cultura en el que hay que buscar una distancia o una toma de distancia, salvo la completamente negativa, por defecto, respecto de la clase dominante y de sus valores: existe, por supuesto, todo lo que pertenece al orden del arte de vivir, una sabiduría adquirida a prueba de necesidad, de sufrimiento, de humillación, y depositada en un lenguaje heredado, denso hasta en sus estereotipos, un sentido de la diversión y de la fiesta, de la expresión de sí mismo y de la solidaridad práctica con los otros (evocado por el adjetivo *bon vivant* en el que se reconocen las clases populares), en resumen, todo lo que se engendra en el hedonismo realista (y no resignado) y en el materialismo escéptico (pero no cínico) que constituyen a la vez una forma de adaptación a las condiciones de existencia y una defensa contra esas condiciones[23]; existe la eficacia

social que del mismo pueden hacerse unos interlocutores cultivados (al ser las del uso escolar las taxonomías empleadas para clasificar los lenguajes y las pronunciaciones), se pone de manifiesto que esa diferencia está muy marcada, en efecto, entre los obreros (y también entre los artesanos y pequeños comerciantes) y los empleados: de los primeros, sólo el 42% hablan un lenguaje juzgado como "correcto", frente al 77% de los empleados (a lo cual hay que añadir el 4% de lenguaje "depurado", totalmente ausente en los obreros); de igual modo, los "acentos nulos" pasan del 12,5% al 28%.

[23] Los obreros, que son los más numerosos a la hora de elegir el adjetivo "*bon vivant*" para calificar al amigo ideal, son también los más numerosos –y con mucho– a la hora de decir que son dados a juzgar favorablemente a una persona a la que le gusta comer y beber bien (el 63% frente al 56% de los agricultores, el 54% de los cuadros medios y empleados, el 50% de los comerciantes y artesanos, y el 48% de los patronos, cuadros y profesiones liberales) (F. C., XXXIV). A estas características se puede añadir el gusto, ya recordado, por todo lo que constituye "el ambiente" de un espectáculo, pero también de una fiesta, de una comida, y por los que saben contribuir a ello; y también la propensión, muy marcada, a exigir a las imágenes el eternizar los "buenos momentos" de la existencia y los símbolos de la fiesta.

Un encargado que "ha trabajado mucho para los demás"

Mr. L., 61 años, comenzó a trabajar como obrero aprendiz en la SNCF cuando tenía 14 años y medio, fue después obrero y ahora encargado se ocupa del material rodante para viajeros. Su mujer, que tiene 52 años, no ha trabajado nunca, ha realizado estudios secundarios y le gustaría encontrar un empleo. Han tenido cuatro hijos; el mayor es programador, el segundo es religioso dominico, la tercera era secretaria de dirección y dejó de trabajar a partir de su matrimonio, y el último prepara su examen final de bachillerato. Viven en Grenoble, en un piso de un inmueble de tipo HLM.

"Es muy necesario conocer las cosas..."

Mr. L. ha realizado muchos trabajos en su piso: "No tiene usted más que verlo, ahí había una habitación, aquí había otra. Dado que éramos muchos, nos veíamos verdaderamente encerrados ahí dentro; bien, he tirado el tabique, lo que hace que haya más sitio, se puede recibir a más gente, sobre todo con toda la familia (...), hay que tener sitio, sobre todo cuando vienen a casa algunos amigos de mi hijo, hace falta sitio, se baila, se juega." La mayor parte de los muebles están comprados en Túnez, donde han vivido varios años. Los chamarileros o los anticuarios "son todos unos mercachifles (...), unos tunantes", y su mujer añade: "Es muy necesario conocer las cosas (...), pero como no se tiene ninguna idea del precio de estas cosas, por eso es por lo que mi marido dice que son unos mercachifles, que le timan a uno; pueden vendernos lo falso por verdadero, y luego, vistos los precios..."

"Yo sabía encontrarle utilidad"

La casa no es "un museo"; los chirimbolos, los floreros "son nidos de polvo". Los diferentes objetos que adornan la casa son, en su mayor parte, regalos de los hijos y de los amigos, o han sido "recuperados" y todos tienen su "utilidad". Mme. L. no compra ningún objeto si "primero no le ha encontrado un sitio en la casa": "Ese florero, yo tenía necesidad de un florero, era necesario un florero porque hacían falta unas flores, y cuando me han preguntado lo que quería, he dicho 'un florero' y me lo han regalado, pero porque yo sabía encontrarle utilidad." Sus hijos "saben muy bien que no hay que comprar cosas que no van a servir para nada o que las voy a meter en un armario. Es preciso que primero tengan su sitio... Por el contrario, a mí no me gustan las cosas para guardarlas". La mayor parte de sus compras las hacen en Carrefour, Record o en las Nouvelles Galeries. "A mí no me gusta perder el tiempo viendo escaparates, yo voy a un gran supermercado donde se encuentra casi todo, donde se elige sin prisas", precisa Mr. L., que cuando está de vacaciones empieza siempre por "ir a ver el mercado": "Me intereso por el precio de lo que compro, por la calidad de las cosas que me traigo. Si se quiere comprar a ciegas, le dan a uno cualquier cosa".

"Ahora, me encantará trabajar"

Desde hace poco tiempo son propietarios de una casita en los alrededores de Grenoble, en la montaña. Esa casa, "son unos amigos –él era ingeniero–" que, hace varios años, les han propuesto que la habiten. Durante tres años han trabajado mucho en ella: "Todo estaba podrido, me colé por un agujero del primer piso y me encontré en el piso bajo... No tenía tejas, el agua entraba por todas partes"; él lo ha arreglado todo y lo ha hecho todo él solo: "Ya sabe usted, yo empecé como aprendiz en los ferrocarriles, y los aprendices tienen que hacerlo todo, se hacen distintos tipos

de trabajo por períodos, tres meses en las instalaciones sanitarias, tres meses en la soldadura eléctrica... Entonces, más o menos, se conserva lo que se ha aprendido." Piensan hacer de esta casa su residencia principal: "Ahora, me encantará trabajar, ahora que la casa es mía; no trabajo ya para los demás, bastante he trabajado y bastante explotado he sido."

"Ponerse unos esquíes a los 42 años"

Le gusta "mucho el frío, la nieve, pero no el esquí": "Tengo miedo de hacerme daño. Practico un poco el trineo con mis nietos. Tengo que decir que en Túnez tuve un accidente de coche yendo con mi cuñado (...) y me fracturé la muñeca, no tiene usted más que ver en qué estado tengo esta muñeca (...), por eso es por lo que prefiero el trineo; en él voy sentado, no corro el riesgo de caerme." (Su mujer ha empezado a "ponerse unos esquíes a los 42 años" y "lo ha hecho por los niños". "Ibamos con ellos, y no apetecía pasarse todo el día mirando en un café o helándonos en el coche.") Cuando era joven, practicaba "mucho el deporte, el fútbol".

"Sin embargo, es preciso que gusten"

Algunas veces se dedica a la cocina: "Cuando mi mujer está de vacaciones o en casa de sus hermanos y me quedo solo, entonces prefiero cocinar que ir a comer a casa de mi madre o de mis cuñadas." Su mujer, cuando quiere "darle gusto a alguien, busca un menú entre sus recetas": "Estoy totalmente en desacuerdo con mis hijos porque ellos me dicen que 'hay que hacer algo que le guste a uno'. Yo les digo que 'en la vida, a menudo se hacen cosas que de entrada no gustan y sin embargo es preciso que gusten'." "Para el vino de mesa, yo compro el vino en Carrefour, allí es más barato que en otros comercios; es de 11° y vale 1,40 francos y en botellas; el vino de 11° se suele pagar a 2,35 francos, me parece."

"Siempre hay algo que hacer"

Durante las vacaciones hacen *camping*: "A orillas del mar, nos bañamos (...), me gusta mucho coger conchas (...). En la montaña, cogemos níscalos y setas si hay, cogemos caracoles si los encontramos, de verdad, siempre hay algo que hacer." Y su mujer añade que en las últimas vacaciones, su marido "estaba un poco decepcionado porque no había nada que coger (...). No quiere estar inactivo, tiene que encontrar algo que hacer, por eso es por lo que, por otra parte, se ha elegido la fórmula del *camping*, porque él no se encontraría en un hotel, en un restaurante. Mientras que en el *camping* se ocupa, por una parte, de hacer las compras, de bañarse, por supuesto, de hacer todo lo que hay que hacer. Y luego, se visita en general, en primer lugar, todos los alrededores (...). Cuando recorrimos Italia, pasamos un poco por todas partes; justamente a mi marido no le interesa demasiado lo antiguo, la arqueología. Personalmente, yo formo parte de un equipo cultural y por consiguiente estas cosas a mí sí me interesan".

"El circo, la pista al aire libre, los juegos de Guy Lux" (emisiones radiofónicas)

En la televisión, Mr. L. sigue "los partidos de fútbol, el ciclismo, el deporte en general: cuando la copa del mundo, hace dos o tres años de eso, me levantaba a la una de la madrugada, a las dos de la madrugada para ver los encuentros de fútbol". En cuanto a lo demás, no ve demasiado: "Me gusta ver una película del Oeste, eso sí me gusta; si es una película de capa y espada también me gusta. Pero si es una obra de teatro o algo parecido, entonces me duermo." Su mujer, a la que le gusta mucho ver las obras teatrales, añade que a su marido le gusta mucho "el circo, la pista al aire libre, los juegos de Guy Lux...". No va a ver personalmente los

partidos porque es "demasiado nervioso", pero lee en los periódicos "los resultados deportivos". No tiene costumbre de comprar periódicos, pero coge los diarios que dejan los viajeros; así, la víspera "recogió *Le Figaro*, *L'Aurore*, *Le Canard Enchaîné*, *Le Nouvel Observateur*": "Entre los que recoge –dice su mujer– mira sobre todo *L'Aurore*, los accidentes de carretera, los alborotos, cosas como ésas, mientras que en *Le Monde* lo que mira son las cosas políticas." Mr. L. lee "novelas policiacas, Maurice Leblanc, Michel Zevaco": "Todas las cosas de capa y espada; si me caen en las manos, las leo. Si no, no les presto demasiada atención. Cuando me acuesto, en seguida cojo el periódico para poderme dormir" (su mujer, suscrita a la biblioteca del barrio, ha leído recientemente a Soljenitshin, *El pabellón de los cancerosos*, a Michel de Saint-Pierre, a Pierre-Henri Simon, y compra algunos libros cuando los "estima valiosos").

"No me pregunte los nombres de los autores clásicos"

Cuando era joven "tocaba el clarinete, luego vino el fútbol y no podía hacer las dos cosas a la vez (...), después siempre he empujado a mis hijos hacia la música porque me gusta la música". "Vivaldi está bien, es bonito como música, es atrayente y todo eso. Beethoven está bien porque es una música dulce (...). No me pregunte los nombres de los autores clásicos, aparte de Beethoven, Chopin, Bach o de tipos como éstos, pero después, los demás...". Tienen algunos discos, música de baile principalmente. Entre los cantantes, a él le gusta Sheila: "Hay dos que realmente no puedo soportarlos, la Sylvie Vartan y el Guy Béart" (a su mujer le gusta sobre todo Marie Laforêt, Les Compagnons de la chanson, Moustaki).

"Esto representa algo"

Rara vez van al cine: "Porque salir al cine cuando se tiene la tele..." cuando estuvieron en París vieron en el Châtelet *"L'auberge du cheval blanc, Toison d'or*, en el Mogador *Los valses de Viena*". Desde que se casaron no han visto ópera; cuando él era joven vio y le gustó Tosca, La Traviata. Con ocasión de su primer viaje a París "vieron todos los museos": "Incluso el museo Grévin, el Louvre, Versalles, el Panteón, los vieron todos una vez." "Me gusta la pintura pero no conozco a los pintores (...), oigo hablar de Goya, oigo hablar de Pirandello, de Miguel Angel, de gentes así." Su mujer, un poco molesta de verle confesar así su falta de interés, le recuerda: "¡Ah!, pero a ti te gustó Miguel Angel. La capilla Sixtina por lo menos te gustó." Entonces él añade: "Me gustan bastante esos cuadros porque representan algo. Pero cuando se ven cuatro trazos de lápiz y que la gente compra eso a unos precios locos, yo, personalmente, si me los encuentro, los tiraré a la basura... Y además, uno teme dejarse engañar."

y la vivacidad de un modo de hablar que, libre de las censuras y de coacciones que pesan sobre los modos de hablar casi escritos, y por consiguiente autónomos con respecto al contexto práctico, encuentra en la referencia común a unas situaciones, unas experiencias y unas tradiciones compartidas, el principio de sus elipsis, de sus abreviaciones y de sus metáforas; existe también todo lo que depende de la política, de la tradición de las luchas sindicales, donde podría residir el único principio verdadero de una contracultura pero donde los efectos de la dominación cultural no cesan de ejercerse, como más adelante se verá. Los que creen en la existencia de una "cultura popular", verdadera alianza de palabras mediante la cual se impone, quiérase o no, la definición dominante de la cultura, no deben esperar encontrar, si van a ver lo que hay ahí, otra cosa que los dispersos fragmentos de una cultura erudita más o menos antigua (como los conocimientos "médicos") seleccionados y reinterpretados evidentemente con arreglo a los principios fundamentales del *habitus* de clase e integrados en la visión unitaria del mundo que éste engendra, y no la contracultura que ellos reclaman, cultura enfrentada a la cultura dominante, reivindicada con todo conocimiento como símbolo de estatus o profesión de existencia separada.

> Si ciertamente no existe un arte popular en el sentido de arte de la clase obrera urbana, ello se debe, quizás a que esta clase no conoce otras jerarquías que aquéllas, totalmente negativas, que se miden por la distancia a la miseria y a la inseguridad absolutas del subproletariado, y permanece definida fundamentalmente por la relación de desposeído a poseedor que le une con la burguesía, tanto en materia de cultura como en todo lo demás[24]. Lo que comúnmente se entiende como arte popular, es decir, el arte de las clases campesinas de las sociedades capitalistas y precapitalistas, es el producto de una intención de estilización que es correlativa con la existencia de una jerarquía: los núcleos aislados, relativamente autónomos, con base local tienen también su jerarquía del lujo y de la necesidad, que aumentan, al expresarlos, las marcas simbólicas –vestidos, muebles, joyas–. También aquí, el arte marca unas diferencias que a su vez presupone. No es casualidad que el único campo de la práctica de las clases populares donde el estilo en sí accede a la estilización sea el de la lengua, con el *argot*, lengua de jefes, de "caídes", que encierra la afirmación de una contralegitimidad, por ejemplo mediante la intención de irrisión y de desacralización de los "valores" de la moral y de la estética dominante.

Se suele olvidar que toda la lógica específica de la dominación cultural hace que a menudo pueda coexistir y coexista el más completo reconocimiento de la legitimidad cultural con la protesta más radical de la legitimidad política. Es más, la toma de conciencia política con frecuencia es solidaria de una verdadera empresa de rehabilitación y de restauración de la estima de sí que, pasando por una reafirmación –vivida como liberadora (lo que también es siempre)– de la dignidad cultural, implica una forma de sumisión a los valores dominantes y a algunos de los principios sobre los que la clase dominante funda su dominación, como el reconoci-

---

[24] La "carrera" que se ofrece a los obreros está vivida sin duda, en primer lugar, como el *revés de la carrera negativa* que conduce al subproletariado; lo que cuenta en la "promoción", junto con las ventajas financieras, son las garantías suplementarias contra la amenaza, siempre presente, de la recaída en la inseguridad y en la miseria. La *potencialidad de la carrera negativa* es tan importante para explicar las disposiciones de los obreros cualificados como lo es la potencialidad de la promoción para comprender las disposiciones de los empleados y de los cuadros medios.

miento de jerarquías ligadas a las titulaciones académicas o a las capacidades que se supone garantiza la Escuela.

Unicamente una encuesta especial podría establecer de manera indiscutible la relación que une, en el seno de la clase obrera, la posición entre las relaciones de producción, la conciencia política y la relación con la cultura. Pero se sabe, por una parte, que la proporción de los sindicados pasa del 23% en el peonaje al 29% en los obreros especializados y al 30% (de los cuales el 24% en la CGT) en los obreros cualificados, cayendo al 18% en los cuadros inferiores y en los técnicos, encontrándose debilitada la relación entre el nivel de instrucción y los porcentajes de sindicación debido al hecho de que los cuadros inferiores, más instruidos, son también los menos sindicados (véase G. Adam, F. Bon, J. Capdevielle y R. Mouriaux, *L'ouvrier français en 1970*, París, Armand Colin, 1971); y, por otra parte, que, igual que el nivel de instrucción, el conocimiento de la cultura dominante aumenta también con la posición en la jerarquía profesional. De mayor edad y con algún tiempo más de escolarización que los obreros especializados y el peonaje, los obreros cualificados y los contramaestres manifiestan una competencia cultural ligeramente superior: sólo un 17,5% conocen de nombre menos de dos obras musicales frente al 48,5% de los primeros, que se abstienen en una proporción muy alta de responder a las preguntas sobre la pintura y la música; citan con mayor frecuencia los pintores canónicos, Vinci (38% frente al 20%), Watteau, Rafael, mientras que los obreros especializados localizan casi al azar unos nombres conocidos, Picasso, Braque, Rousseau, confundiendo sin duda al aduanero con el escritor[25]. Y sobre todo, mientras que los obreros especializados y el peonaje admiten fácilmente que la pintura no les interesa o que la "gran música" les parece "complicada", los obreros cualificados, más sumisos a la legitimidad cultural, se reconocen con mayor frecuencia en una profesión de reconocimiento combinada con una confesión de ignorancia ("me gusta la gran música pero no la conozco" o "la pintura está bien, pero es difícil")[26].

De este modo, todo incita a pensar que la fracción más consciente de la clase obrera permanece muy profundamente sumisa, en materia de cultura y de lengua, a las normas y a los valores dominantes; y por consiguiente, profundamente sensible a los efectos de imposición de autoridad que puede ejercer, incluido el terreno de la política, cualquier poseedor de una autoridad cultural sobre aquellos a quienes el sistema escolar –y éste es uno de los efectos sociales de la enseñanza primaria– ha inculcado un reconocimiento sin conocimiento.

---

[25] El 10,5% de los obreros especializados y del peonaje y el 17% de los pequeños comerciantes citan a Rousseau entre los pintores frente, por ejemplo, al 6% de los obreros cualificados, al 3% de los maestros y de los técnicos y al 0% de los cuadros administrativos medios (parece que el nombre de Braque, que se cita por el 10,5% de los obreros especializados y del peonaje frente al 4% de los obreros cualificados, es objeto de un conocimiento *ex auditu*, al haber coincidido la encuesta con la muerte de Braque, que había sido muy comentada en la televisión y en la radio).

[26] Los efectos de la diferencia de edad y de la diferencia de instrucción se combinan para producir unas diferencias bastante señaladas en los gustos en materia de canción, dirigiéndose los contramaestres y los obreros cualificados más bien hacia los cantantes más antiguos y más establecidos, pero también los mejor situados en la jerarquía de los valores culturales –Piaf, Bécaud, Brel, Brassens–, mientras que los obreros especializados y el peonaje citan principalmente a Johnny Hallyday y Françoise Hardy.

8

CULTURA Y POLITICA

No existe sin duda manera más radical de plantear el problema de la política que la de llevar a ese terreno la cuestión que enuncian Marx y Engels cuando, a partir de un análisis de la concentración de la capacidad de producción artística en las manos de algunos individuos, y de la correlativa (o incluso consecutiva) privación de las masas, imaginan una sociedad (comunista) en la que "no existan pintores sino todo lo más unos hombres que, entre otras cosas, practican también la pintura"[1] y en la que, gracias al desarrollo de las fuerzas productivas, la reducción general del tiempo de trabajo (correlativa con una disminución global y a una distribución igual) permita dejar "a todos el suficiente tiempo libre para tomar parte en los asuntos generales de la sociedad *–tanto teóricos como prácticos–*"[2]. "No existen hombres políticos sino todo lo más hombres que, entre otras cosas, practican la política": la utopía en este campo, como en tantos otros, encuentra su justificación científica (y, sin duda, política) en la demolición de las evidencias que opera y que fuerza a sacar a la luz los supuestos previos del orden corriente. En efecto, aunque su aparente generosidad la enfrente diametralmente a las denuncias elitistas del sufragio universal a las que los intelectuales y artistas de antaño se dedicaban de tan buena gana, la complacencia populista que otorga al pueblo el conocimiento infuso de la política no contribuye menos a *consagrar*, disimulándola en lugar de enunciarla (o de denunciarla), la "concentración en algunos individuos" de la capacidad de producción del discurso sobre el mundo social y, con ello, de la capacidad de acción *consciente* sobre ese mundo. La paradoja utópica rompe la *doxa*: imaginando un mundo social en el cual "todo hombre en el que dormite un Rafael" de la pintura o de la política podría realizarse, obliga a darse cuenta de que la concentración de los instrumentos (incorporados u objetivados) de producción es apenas menor en materia de política que en materia de arte, e impide olvidar a todos los Rafaeles que mantienen adormecidos, más que todos los "aparatos ideológicos del Estado", los mecanismos responsables de ese monopolio.

---

[1] K. MARX y F. ENGELS, *L'idéologie allemande*, París, Editions sociales, 1968, pp. 433-434.
[2] F. ENGELS, *Anti-Dühring*, París, Editions sociales, 1950, p. 214.

Aunque al pueblo idealizado se le atribuya un conocimiento completamente *práctico*, si no del mundo social como tal, al menos de su posición y de sus intereses en ese mundo, aún quedaría por examinar si, y cómo, ese *sentido político* puede expresarse en un discurso conforme con la verdad que encierra en estado práctico y convertirse de ese modo, en el principio de una acción *consciente*[3] y, mediante el poder de movilización que encierra la explicitación, realmente *colectiva*; o, para permanecer más cerca de la realidad, si constituye verdaderamente esa especie de intuición infalible en que a veces se le ha transformado y que permitiría al menos reconocer, en el *mercado* de los discursos producidos y ofertados por los poseedores de los instrumentos de producción de problemas y opiniones legítimas, los productos más apropiados[4].

Desde hace mucho tiempo, la ciencia política ha registrado el hecho de que una parte importante de las personas interrogadas "se abstenían" de responder a las preguntas sobre política y que estos "no contestan" variaban de manera significativa en función del sexo, de la edad, del nivel de instrucción, de la profesión, del lugar de residencia y de la tendencia política, pero sin sacar de ello ninguna consecuencia y contentándose con deplorar esta culpable "abstención". Bastaría con hacer notar que esa "mediocridad" se recluta, en buena parte, en lo que otros llaman el "pueblo" o las "masas", para sospechar la función que cumple en el funcionamiento de la "democracia liberal" y la contribución que aporta al mantenimiento del orden establecido. El abstencionismo es, quizá, menos un fallo del sistema que una de las condiciones de su funcionamiento como *sistema censatario desconocido como tal*, en consecuencia reconocido.

Lo que hay que poner en tela de juicio es la propia noción de "opinión personal": al requerir a todas las personas interrogadas, sin distinción, para que den una "opinión personal" –intención que recuerdan todos los "según usted", "según su opinión", "¿qué piensa usted de?" de los cuestionarios– o elijan por sus propios medios, sin ninguna ayuda, entre varias opiniones enteramente preparadas, el sondeo de opinión acepta de manera implícita una filosofía política que hace de la elección política un *juicio* propiamente político, utilizando unos principios políticos para responder a un problema aprehendido como político y que reconoce a todos no sólo el derecho sino también el poder de emitir un juicio de tal naturaleza. Una historia social de la noción de "opinión personal" mostraría, sin duda, que esta invención del siglo XVIII tiene sus raíces en la fe racionalista según la cual la facultad de "juzgar bien", como decía Descartes, es decir, de discernir el bien del mal, lo verdadero de lo falso, mediante un sentimiento interior, espontáneo e inmediato, es una aptitud universal de aplicación universal (como la facultad de juzgar estéticamente según Kant) –incluso aunque haya que conceder, sobre todo a partir del siglo XIX, que la instrucción universal es indispensable para permitir a esta aptitud su pleno desarrollo y fundar realmente el juicio universal, el sufragio universal–. La idea de "opinión personal" debe, quizá, en parte su evidencia al hecho de que, construida contra la pretensión de la Iglesia al *monopolio* de la

---

[3] Si se acepta la ecuación que MARX plantea en *La ideología alemana* (*op. cit.*, p. 59), "el lenguaje es la conciencia real, práctica".

[4] Sobre la génesis histórica de la filosofía de la *invisible hand* y sobre su función en el pensamiento económico y político, puede leerse a Albert HIRSCHMANN, *The Passions and the Interests. Political Arguments for Capitalism before its Triumph,* Princeton, N. J., Princeton University Press, 1977.

producción legítima de los juicios, de los instrumentos de producción de los juicios y de los productores de los juicios, e inseparable de la idea de *tolerancia*, es decir, de la oposición a toda *autoridad* en nombre de la convicción de que en estas materias todas las opiniones, sea quien sea su productor, tienen el mismo valor, expresa desde su origen los intereses de los intelectuales, pequeños productores de opinión independientes, cuyo papel se desarrolla paralelamente a la constitución de un campo de producción especializado y de un mercado para los productos culturales, y luego de un subcampo especializado en la producción de opiniones políticas (con la prensa, los partidos y todas las instituciones representativas).

El hecho de emitir una respuesta a un cuestionario sobre política, como el hecho de votar o, en otro nivel de participación, de leer un periódico de opinión o de afiliarse a un partido, es un caso particular de coincidencia entre una oferta y una demanda: por un lado, el *campo de producción ideológica*, universo relativamente autónomo, donde se elaboran, en la competencia y el conflicto, los instrumentos de pensamiento del mundo social objetivamente disponibles en un momento dado del tiempo, y donde se define al mismo tiempo *el campo de lo pensable políticamente* o, si se quiere, la *problemática legítima*[5]; por el otro, unos agentes sociales que ocupan unas posiciones diferentes en el campo de las relaciones de clases y están definidos por una *competencia política específica* más o menos grande, es decir, por una capacidad más o menos grande para reconocer la cuestión política como política y tratarla como tal, respondiendo políticamente a ella, es decir, respondiendo a partir de principios propiamente políticos (y no éticos, por ejemplo), capacidad que es inseparable de un sentimiento más o menos fuerte de ser *competente* en el pleno sentido de la palabra, esto es, socialmente reconocido como habilitado para ocuparse de los asuntos políticos, para dar su opinión a propósito de los mismos o incluso para modificar su curso: puede, en efecto, suponerse que la competencia en el sentido de capacidad técnica (cultura política) varía de igual modo que la competencia en el sentido de capacidad socialmente reconocida, de atributo y de atribución estatutarios –lo contrario de lo cual es a la vez impotencia y exclusión objetiva ("no es asunto mío") y subjetiva ("eso no me interesa")[6].

Censo y censura

Tomar en serio los "no contestan" y sus variaciones –la información más importante que suministran las encuestas de opinión– es descubrir que la probabilidad vinculada a una categoría determinada de tener tal o cual opinión (y que se manifiesta a través de la *frecuencia* con que los miembros de esta categoría eligen tal o cual de las opciones propuestas) no es sino una *probabilidad condicional*, probabilidad para que se produzca una eventualidad a condición de que se realice otra eventualidad distinta, en este caso particular, la producción de una opinión más bien que la ausencia pura y simple de respuesta. No es posible interpretar de

[5] Como en cualquier otro campo, el campo de producción artística delimita en cada momento el campo de las posiciones artísticas posibles.

[6] Esta relación, muy general, se observa, como es sabido, en el campo de la competencia artística en el que la exclusión subjetiva ("eso no me interesa" o "eso no es para nosotros") no es otra cosa que el efecto de una exclusión objetiva.

manera adecuada las opiniones registradas, esto es, las opiniones que alcanzan la explicitación, si no es a condición de tener muy presente que en su existencia y en su significación dependen de la probabilidad *(absoluta)* de emitir una opinión que varíe (de manera al menos tan significativa como la probabilidad condicional de emitir tal o cual opinión particular) según las propiedades de los que contestan y también según las propiedades de la pregunta o, con mayor exactitud, según la relación entre las propiedades de la pregunta y las propiedades de los que responden; mayor para un hombre que para una mujer, es tanto más alta cuanto más joven se sea, cuanto mayor sea el tamaño de la población en que se habita (y sobre todo si se vive en París), cuanto más importantes sean el capital escolar (medido por la titulación alcanzada) y el capital económico (medido por los ingresos) poseídos, y cuanto más elevada sea la posición social ocupada; las variaciones ligadas con estas variables son tanto más señaladas cuanto más alejados de la experiencia estén los problemas planteados, más abstractos sean y más desgajados estén de las realidades ordinarias, tanto en su contenido como en su expresión (y también, pero en segundo lugar, cuanto más recientemente hayan aparecido en el campo de la producción ideológica) y cuanto con mayor insistencia requieran una respuesta engendrada a partir de principios propiamente políticos (lo que se revela en la propia sintaxis y en el propio léxico de la pregunta).

Todo sucede como si los agentes más "legítimos", es decir, los más competentes en el doble sentido, estuvieran y se sintieran tanto más legitimados, esto es, simultáneamente inclinados y llamados a opinar, cuanto más "legítimo" sea el problema planteado. Se observa así que quienes no pueden responder a la pregunta de su pertenencia o de su preferencia política (designando el partido con el que se sienten más próximos) son los más inclinados a dejar también sin respuesta las demás preguntas; y esto tanto más cuanto que la pregunta formulada se sitúa más claramente en el registro de la política profesional: los encuestados clasificados en "mediocridad" por la SOFRES no responden con mucha menor frecuencia (81%) que los que se dicen próximos a la extrema izquierda (91%), a la izquierda (90%), al centro (86%), a la derecha (93%) o a la extrema derecha (92%) cuando se les pregunta si Francia debería ayudar a los "países pobres"; por el contrario, cuando se les pregunta si debería interesarse por los países que tienen un "régimen democrático", los primeros responden claramente con menor frecuencia (51%) que los que se dicen próximos a la extrema izquierda (76%), a la izquierda (67%), al centro (75%), a la derecha (70%) o a la extrema derecha (74%)[7].

Para dar validez por completo a estas proposiciones fundadas en el análisis secundario de las distribuciones de los que no contestan a estas preguntas planteadas por diferentes institutos de sondeo entre 1960 y 1976 y de los que sí lo hacen, sería preciso proceder a una encuesta en la que se hicieran variar de manera sistemática el *objeto* y la *forma* de las preguntas formuladas –desde, por ejemplo, los problemas de política exterior, que son a la vez extraños a la experiencia concreta y vividos como inaccesibles a cualquier acción política concebible, hasta los problemas más cotidianos, que reclaman las respuestas éticas de la existencia ordinaria, o los más directamente enraizados en la experiencia política o sindical, como puede ser todo lo que afecta a los salarios, a las relaciones de trabajo, a los sindicatos; y desde las formulaciones más abstractas de la "politología" hasta las

---

[7] SOFRES, *La France, l'Algerie et le Tiers Monde*, febrero 1971.

interrogaciones concretas que a veces constituyen el equivalente práctico de las precedentes. No se ha podido, en efecto, reconstruir esta especie de cuestionario ideal más que yuxtaponiendo preguntas tomadas de las encuestas de los diferentes organismos. Ahora bien, el porcentaje de "no contestan" varía según el instituto de sondeo de que se trate (la SOFRES da la impresión de que siempre obtiene, manteniéndose iguales todas las demás cosas, unos porcentajes de "no contestan" inferiores a las del IFOP) y según la encuesta (con independencia del tema), es decir, según las consignas dadas a los encuestadores y según la propensión de éstos a aplicarlas. Varía también, para un mismo tema, según la coyuntura[8].

Además, la ausencia de respuestas no siempre es producto de una determinación negativa y, al lado de los "no contestan" por falta de competencia, que son los que sobre todo se analizan aquí, hay que contar con los "no contestan" electivos, verdadera *abstención* en la que se expresa el efecto de una discordancia con la respuesta legítima que, no atreviéndose a expresar, se censura, de un conflicto ético o político que no ofrece otra salida que el silencio. Caso particularmente claro de censura, los agricultores y los pequeños patronos se abstienen en una proporción importante (el 17,1% y el 15,8% frente al 4,1% de los empleados y cuadros medios, el 5,1% de los cuadros superiores y los miembros de profesiones liberales y el 8% de los obreros) de responder a una pregunta sobre el fraude fiscal ("Con respecto a las declaraciones de impuestos, cuando son posibles las tres actitudes siguientes, ¿cuál es la que le parece más normal?: Declarar escrupulosamente sus ingresos, declarar sus ingresos cometiendo omisiones voluntarias, tratar de sustraer de su declaración la mayor cantidad posible de sus ingresos?" –IFOP, febrero 1969–). Caso típico de conflicto y de correlativa censura, los cuadros superiores se abstienen con una frecuencia relativamente elevada (el 22%, igual que los obreros, frente al 19% de los empleados y cuadros medios, el 27% de los patronos y el 41% de los agricultores) de responder a una pregunta sobre el papel de los sindicatos ("¿Aprueba o desaprueba usted el papel que actualmente desempeñan en Francia los sindicatos de los asalariados?" –IFOP, abril 1969–); ¿y no se tiene derecho a reconocer la ambigüedad, incluso la ambivalencia, de la relación que los campesinos mantienen respecto a los obreros y sus organizaciones, en un porcentaje alto de abstención que no puede ser sólo imputado a la incompetencia, puesto que, en la misma encuesta, responden con mayor frecuencia a una pregunta sobre los movimientos estudiantiles que no conocen mejor (el 72% frente al 59%)?

Un malestar parecido es el que manifiesta la distribución típica de los miembros de un grupo en tres clases casi iguales: los que se escapan por la abstención, los que aprueban y los que desaprueban. Situados ante una pregunta formulada por el IFOP en 1968 sobre las relaciones entre los rusos y los checos ("¿Cree usted que los acuerdos de Moscú firmados el 26 de agosto último entre los rusos y los checoslovacos son o no satisfactorios para los checos?"), el 37% de los encuestados que piensan votar por el partido comunista se abstienen de responder, el 19% dicen que esos acuerdos son satisfactorios y el 44% que no lo son. Los encuestados que piensan votar por los otros partidos de derecha o de izquierda responden en mayor proporción que los primeros (el 18% solamente de "no contestan" en los posibles votantes del PSU, el 22% en los centristas, el 26% en los socialistas y radicales, el 27% en los de UDR, el 32% en los republicanos independientes), y dicen con mucha frecuencia que esos acuerdos no son satisfactorios (el

[8] No resulta posible, en el estado actual de la investigación, captar la lógica de las variaciones que se observan en los porcentajes de "no contestan" a unas preguntas idénticas formuladas por el mismo organismo en momentos diferentes (una serie de encuestas realizadas por el IFOP sobre la energía nuclear en 1974, 1975, 1976, 1977). Todo parece indicar, en cualquier caso, que estas variaciones siguen siendo inferiores a las variaciones de las diferentes opiniones expresadas.

80% de los futuros votantes del PSU, el 73% de los centristas, el 70% de los socialistas y radicales, el 69% de los de UDR, el 64% de los republicanos independientes). De igual modo, interrogados sobre la introducción de la educación sexual en la escuela ("¿Aprueba o desaprueba usted la creación en las escuelas de cursos de educación sexual?" –IFOP, 1966–), el 19% de los agricultores se abstienen de responder (frente al 11% de los patronos industriales y comerciales, el 9% de los obreros, empleados, cuadros medios, y el 7% de los cuadros superiores y miembros de profesiones liberales), el 33% declaran (y esto a pesar del efecto de imposición de legitimidad, muy fuerte, sin duda, en este caso) que desaprueban esos cursos, y el 48% que los aprobarían (mientras que el 74% de los cuadros superiores y de los miembros de profesiones liberales se declaran favorables a esos cursos, igual que el 72% de los obreros, empleados, cuadros medios, y el 60% de los patronos industriales y comerciales).

También es posible hacerse una idea bastante precisa del efecto propio de la relación entre la competencia (en el doble sentido a que se aludía anteriormente) del que responde y el objeto y la forma de la pregunta examinando cómo las diferencias entre los porcentajes de "no contestan" –por ejemplo, para los hombres y las mujeres– varían en una sola encuesta (realizada en febrero de 1971 por la SOFRES sobre "Francia, Argelia y el Tercer Mundo"), esto es, en un caso en el que todas las demás cosas pueden ser consideradas como iguales. Se observa en primer lugar que las mujeres, que responden casi con la misma frecuencia que los hombres cuando se pregunta si "Francia hace un esfuerzo suficiente o insuficiente para permitir a los trabajadores extranjeros tener un alojamiento adecuado" (el 85% en los dos casos), "para darles una formación" (el 70% frente al 75%), "para acogerlos con hospitalidad" (el 80% frente al 83%), "para darles el salario adecuado" (77% frente al 83%) –problemas todos ellos que se prestan a una lectura ética y para los cuales, según la moral tradicional, la mujer es competente– están mucho menos inclinadas que los hombres a responder cuando se ven enfrentadas con un problema más propiamente político: así, sólo el 75% de las mujeres (frente al 92% de los hombres) responden a una pregunta sobre "la continuación de la *política* de cooperación con Argelia", problema, la propia pregunta lo dice, de política pura, al estar los asuntos exteriores más alejados de la experiencia concreta que la política interior, sobre todo cuando son abordados, como ocurre en este caso, fuera de cualquier referencia ética ("En lo que concierne a las relaciones francoargelinas, ¿estima usted deseable que Francia continúe con una *política* de cooperación con Argelia?"). Basta, en efecto, con que el problema abstracto de la cooperación sea situado en el terreno de la ética, incluso en el terreno de la caridad, que la división tradicional del trabajo entre los sexos otorga a las mujeres, especialistas del corazón y de la sensibilidad ("Entre los diferentes grupos de países subdesarrollados, ¿debería Francia, según su opinión, interesarse particularmente por los países *más pobres*?"), para que las mujeres respondan en la misma proporción que los hombres (o sea, en el 88% de los casos). Pero en cuanto se reintroduce una interrogación más específicamente política o politológica –y un vocabulario abstracto que evoca unas realidades diferentes para unos grupos diferentes–, preguntando si Francia debería interesarse "por los países que tengan un *régimen democrático*", la proporción de mujeres que responden disminuye de nuevo considerablemente, disminuyendo al 59% frente al 74% en los hombres.

Se tiene aquí una paradigmática manifestación de los efectos de la división del trabajo entre los sexos: los hombres se sienten tanto más fuertemente *requeridos* a formular una opinión –y no sólo autorizados para darla– cuanto que las mujeres se sienten más dispensadas de hacerlo y más *libres* para *delegar* esta tarea y para elegir por procuración. Ilustración de la carga –insostenible a veces, como se ve con toda claridad en las situaciones de encuesta sobre la cultura– que para los hombres, dominados por su propia dominación, implica la representación establecida de la división del trabajo entre los sexos, división que es *tanto más reconocida y obligatoria cuanto más bajo se está situado en las jerarquías del capital económico y sobre todo del capital cultural*[9].

De manera más general, cuanto más recae la interrogación sobre unos problemas que afectan a la existencia cotidiana o a la vida privada y que pertenecen al campo de la moral doméstica, como es todo lo que concierne al alojamiento, la alimentación, la educación de los hijos, la sexualidad, etcétera, más disminuye la distancia que separa a los hombres de las mujeres y a los menos instruidos de los más instruidos, llegando a veces hasta anularse: así, por ejemplo, a una pregunta sobre la educación de las hijas[10], las mujeres responden apenas menos que los hombres (el 93,9% frente al 96%) y los menos instruidos un poco más que los más instruidos (el 94,5% para el nivel primario y el 92,8% para el nivel superior); interrogadas sobre la cocina, campo socialmente otorgado a la mujer, las mujeres responden incluso con mayor frecuencia, en su conjunto, que los hombres (el 98%, por ejemplo, frente al 94% en una pregunta sobre los platos preferidos) –si se exceptúan las preguntas sobre los vinos, cuyo conocimiento constituye un atributo masculino, y alguna pregunta en la que los problemas culinarios están referidos al terreno de lo universal ("¿Diría usted que los franceses, *de una manera general*, comen demasiado, normalmente, no lo suficiente?": hombres, el 98%, mujeres, el 96%)[11].

[9] El efecto del estatus sexual puede encontrarse reforzado o contrarrestado por el efecto de ese otro título de competencia política que es la titulación académica. Por eso, cuando se les interroga sobre sus intenciones de voto en caso de elecciones legislativas, si las mujeres en su conjunto responden con menor frecuencia que los hombres, la diferencia entre los sexos tiende a aumentarse cuando se desciende en la jerarquía social: la proporción de los "no contestan" es del 21% para las mujeres y del 18% para los hombres en los cuadros superiores, del 22% y 17% respectivamente en los cuadros medios, del 27% y 17% en los empleados, del 32% y 24% en los artesanos y comerciantes, del 28% y 18% en los obreros, y del 38% y 26% en los agricultores (G. Michelat y M. Simon, "Catégories socio-professionnelles en milieu ouvrier et comportament polituqe", *Revue française de science politique,* XXV, 2 de abril de 1975, pp. 291-316). En realidad, un análisis por fracciones pondría, sin duda, de manifiesto que en materia de política, lo mismo que en materia de estética, las diferencias entre los sexos tienden a disminuir tanto cuando se va de las clases dominadas a las clases dominantes como cuando, en la clase dominante y sin duda también en la pequeña burguesía, se va de las fracciones dominantes económicamente a las fracciones dominadas. Todo parece indicar que el rechazo del estatus sexual, tanto en materia de política como en las demás, tiende a reforzarse a medida que se sube en el nivel de instrucción. De esta forma, las mujeres que han realizado estudios secundarios o superiores son más numerosas que los hombres que han realizado los mismos estudios a la hora de juzgar que la participación en un movimiento de planificación familiar constituye una acción política, o de decir que la educación sexual es un problema político (observándose la relación inversa entre los hombres y las mujeres con niveles de instrucción inferiores, y ello para los dos problemas).

[10] La diferencia observada a favor de los hombres obedece también, sin duda, al hecho de que se trata de una pregunta que requiere explícitamente la aplicación de un *principio*: "¿Cree usted que *hay que* dejar a las chicas de 18 años que vean las películas que quieran?" (IFOP, marzo, 1971).

[11] SOFRES, *Les habitudes de table des Français*, diciembre 1971 (F. C., XXXIV).

Tabla 28—Variaciones de la tasa de "no contestan" según el sexo

En la actualidad hay en Francia numerosos trabajadores extranjeros: con frecuencia ocupan los empleos penosos. ¿Cree usted que Francia hace un esfuerzo suficiente, o insuficiente para...

permitirles un alojamiento adecuado	suficiente	insuficiente	NC
hombres	30	54	16
mujeres	27	57	16

darles una formación adecuada	suficiente	insuficiente	NC
hombres	34	41	25
mujeres	31	39	30

acogerles con hospitalidad	suficiente	insuficiente	NC
hombres	47	36	17
mujeres	40	40	20

pagarles salarios convenientes	suficiente	insuficiente	NC
hombres	44	39	17
mujeres	47	28	25

En lo que se refiere a las relaciones franco-argelinas, ¿estima usted deseable que Francia continúe una política de cooperación con Argelia?

	sí	no	NC
hombres	56	36	8
mujeres	47	28	25

Entre los diferentes grupos de países subdesarrollados, ¿debería Francia, según su criterio, interesarse particularmente...

por los países más pobres	sí	no	NC
hombres	70	18	12
mujeres	74	14	12

por sus antiguas colonias	sí	no	NC
hombres	50	37	13
mujeres	41	39	20

por los países cuya política exterior está próxima a la de Francia	sí	no	NC
hombres	56	74	20
mujeres	48	20	32

por los países que tienen un régimen democrático	sí	no	NC
hombres	40	34	26
mujeres	25	34	41

Fuente: SOFRES, *La France, l'Algérie et le Tiers Monde,* febrero 1971. (Las distribuciones por niveles de instrucción no se encuentran disponibles.)

En la misma lógica, es fácil comprender que los obreros, que de ordinario tienen una tasa de "no contestan" particularmente alta, puedan mostrarse los más solícitos a la hora de responder a unas preguntas sobre el papel del gobierno en los conflictos entre el patronato y los trabajadores (pasando la proporción de los "no contestan" del 13% en los obreros al 18% en los cuadros superiores y miembros de profesiones liberales, al 19% en los empleados y cuadros medios, al 25% en los artesanos y comerciantes y al 31% en los agricultores)[12], o sobre los partidos y los

[12] "¿Cree usted que, en los conflictos entre el patronato y los trabajadores, el Gobierno sostiene las reivindicaciones de los trabajadores, sostiene los intereses del patronato, es neutral?" (SOFRES, octubre 1970).

sindicatos que mejor defienden los intereses de los asalariados (el 36,4% en los obreros, el 37,6% en los patronos, el 38,9% en los empleados y cuadros medios, el 40,1% en los cuadros superiores y miembros de profesiones liberales, el 49% en los agricultores)[13]. Por el contrario, cuanto más propiamente política o politológica es la pregunta formulada, es decir, cuanto más constituida está como tal, sin referencia directa a la experiencia o a los intereses propios del grupo considerado, tanto en su objeto como en su lenguaje, más se acrecienta la distancia entre los hombres y las mujeres o entre los más instruidos y los menos instruidos: de esta forma, en una pregunta límite del IFOP sobre la relación entre "el conflicto" del Oriente Medio y la "guerra" del Vietnam[14], la proporción de los "no contestan" alcanza el 40% en las mujeres frente al 21,8% en los hombres, y el 40,6% entre los encuestados con instrucción de nivel primario frente al 8,5% entre los encuestados con instrucción de nivel superior; o en otra pregunta, ya citada, sobre el interés de los acuerdos de Moscú para los checos, las proporciones correspondientes son del 44,6% y 21,1% y del 39,4% y 11%[15]. Especie de realización experimental de la democracia electoral, el sondeo muestra que la antinomia entre la espontaneidad democrática, que otorga a todos, sin distinción de sexo ni de clase, el derecho y el deber de opinión, y el aristocraticismo tecnocrático, que lo reserva únicamente a los "expertos", elegidos por su "inteligencia" y su "competencia", encuentra su solución práctica en los mecanismos que conducen a excluirse "libremente" del juego democrático a aquellos a los que la selección tecnocrática excluiría en cualquier caso.

Competencia e incompetencia estatutarias

Las probabilidades de respuesta se definen, pues, en cada caso, en la relación entre una pregunta (o, más generalmente, una situación) y un agente (o una clase de agentes) definido por una competencia determinada, capacidad que a su vez se corresponde con las probabilidades de ejercer esa capacidad. Se podría comprender mejor "el interés" o la "indiferencia por la política" si se supiera ver que la propensión a utilizar un "poder" político (el poder de votar, de "expresión política" o de "hacer política") se corresponde con la realidad de ese poder o, si se prefiere, que la indiferencia no es otra cosa que una manifestación de la impotencia[16].

---

[13] "Entre las organizaciones sindicales y los partidos políticos siguientes, ¿cuáles, según usted, defienden mejor los intereses de los asalariados en estos momentos? UDR, Centristas, PC, CFDT, CGT, PS, GGT-FO?" (IFOP, 2 de febrero de 1970).

[14] "Según usted, ¿existe o no un nexo entre el conflicto del Oriente Medio y la guerra del Vietnam?" (IFOP, 9 de octubre de 1967).

[15] Se observan unas distribuciones semejantes (o sea, respectivamente, el 43,4% de "no contestan" en las mujeres y el 19,6% en los hombres, y el 38,9% en los menos instruidos y el 9,4% en los más instruidos) para una pregunta sobre política exterior: "¿Está usted satisfecho o descontento con la acción del gobierno en los siguientes sectores: política exterior de Francia?" (IFOP, 1966).

[16] El nexo entre la indiferencia y la impotencia ha sido captado por diferentes observadores, entre ellos, por ejemplo, D. Riesman y N. Glazer, "Criteria for Political Apathy", en A. W. Gouldner, ed., *Studies in Leadership,* Nueva York, Russel and Russel, 1965, pp. 505-559; E. Kriss y N. Leites, "Trends in twentieth Century Propaganda", en G. Roheim, ed., *Psychoanalysis and the Social Sciences,* Nueva York, IUP, 1947 (especialmente p. 400).

Tabla 29—**Variaciones de los porcentajes de "no contestan" según el nivel de instrucción**

	primaria	secundaria	superior
Ser maestro es un buen trabajo	10,5	9,8	11,4
Los maestros tienen mérito al hacer su trabajo en las condiciones actuales	11,2	8,3	4,1
Actualmente muchos maestros no realizan concienzudamente su trabajo	35,5	26,7	17,7
Los maestros no son suficientemente severos con los jóvenes	21,6	16,9	8,3
En Francia los maestros tienen demasiadas vacaciones	12,0	7,2	3,1
Los maestros no están suficientemente pagados	46,4	25,9	19,2
Los maestros hacen demasiada política	32,3	17,6	12,4
Los maestros no están bien preparados para su trabajo	47,9	24,5	12,5

(IFOP, marzo de 1970)

Los porcentajes de los "no contestan" son, en su conjunto, más elevados que en el orden de la experiencia ordinaria al que aún pertenece la primera pregunta, lo que se comprende puesto que la interrogación recae sobre el sistema de enseñanza, institución que parece tanto más incontrolable cuantos menos estudios se hayan realizado. En esta región intermedia entre lo doméstico y lo político, se ve aumentar los porcentajes de "no contestan" a medida que la interrogación se aleja del orden de la moral (recordado, en las preguntas, por unas palabras con connotaciones éticas: mérito, concienzudamente, severos) para ir hacia la política. La comparación de las distribuciones de las dos últimas preguntas (y en particular el hecho de que la distancia entre el porcentaje de "no contestan" de los hombres y de las mujeres sea más alto para la penúltima -el 18,5% frente al 32%- que para la última -el 32,5% frente al 42%-) muestra que, en este caso, la propensión a responder o a abstenerse, o, si se prefiere, la competencia social, puede tener dos principios, que pueden o no acumularse: la competencia estatutaria para juzgar el sistema de enseñanza que confiere la titulación académica y la competencia de estatus para juzgar sobre política, que depende *también* del sexo.

Si yo estuviera más informada...

"Es decir, que yo podría ciertamente entender mejor y entender ciertas cosas, qué quiere que le diga, si estuviera más informada. Eso es todo. Si estuviera más informada, ciertamente que no sería lo mismo. Porque no voy lo bastante a reuniones y... Hay muchos otros medios, están los periódicos, está la tele, 'A armes égales' (una emisión televisiva), como se decía. Bueno, hay que seguir, siempre es igual, hay que tener tiempo. Sobre todo es esto, el tiempo es lo que me falta. Esto es, si tuviera tiempo, me gustaría mucho informarme de todo esto, y estar por supuesto al corriente de ciertas cosas. Pero, verdaderamente no tengo mucho tiempo. Si tuviera más tiempo, entonces me ocuparía de esto, trataría de saber ciertas cosas, vamos, de saber más. Es cierto que estando más informado, ya se puede discutir con ciertas personas. Cuando no se sabe gran cosa, se queda una un poco apartada."

(Empleada de hogar.)

"Naturalmente, cualquiera puede hacer política, es cierto. Pero, en fin, se necesita por lo menos una cierta educación para hacer política. Hay que haber ido a la escuela oiga, para aprender muchas cosas."

(Empleada municipal.)

Esta hipótesis es la única que permite entender el hecho, aceptado comúnmente como evidente, de que, como la propensión a responder, el interés declarado por la política sea más fuerte en los hombres que en las mujeres y que aumente con el nivel de instrucción, la posición en la jerarquía social, la edad y el tamaño de la aglomeración de residencia: según una encuesta del IFOP (*Sondages*, 1-2, 1969), la proporción de los que dicen interesarse mucho por la política pasa del 2% entre las personas con una instrucción de nivel primario, al 13% para las que tienen un nivel de instrucción secundario y al 34% para las que tienen un nivel de instrucción superior; según Emeric Deutsch, Denis Lindon y Pierre Weill (*Les familles politiques aujourd'hui en France*, París, Ed. de Minuit, 1966, pp. 104-105), los porcentajes correspondientes son del 6, 14% y 32% (la proporción para los hombres es del 11% y para las mujeres del 5%). De igual modo, el interés declarado por los debates políticos *("Face à face")* y por las emisiones dedicadas a problemas políticos, económicos y sociales es más fuerte en los hombres que en las mujeres, en París que en las ciudades pequeñas, en los más instruidos que en los menos instruidos: la proporción de los que han visto "a menudo" o "de vez en cuando" los debates *"Face à face"* pasa del 43,3 % en los que no tienen ninguna titulación académica al 51,8% en los poseedores del CEP, al 55,5% en los poseedores del BEPC o del CAP y, por último, al 65,7% en los poseedores del bachillerato o de alguna titulación de enseñanza superior, siendo la proporción de los que han visto emisiones dedicadas a problemas económicos y sociales, respectivamente, del 34,8%, 47,8%, 55,8% y 65,7% (Secretariado de Estado para la Cultura, *Pratiques culturelles des Français*, París, 1974, T. II, pp. 28 y 29). Según la misma lógica, los hombres dicen con mayor frecuencia que las mujeres que se interesan mucho por los resultados de los sondeos de opinión (el 26% frente al 22%), los jóvenes más a menudo que los de más edad (el 26% de los de menos de 49 años frente al 23% de los de 50 a 64 y el 19% de los de 65 años en adelante), los cuadros superiores y los miembros de profesiones liberales con mayor frecuencia (32%) que los cuadros medios y empleados (28%), los artesanos y pequeños comerciantes (27%), los obreros (23%), los agricultores y los asalariados agrícolas (17%) (SOFRES, *Sondage sur les sondages d'opinion*, noviembre, 1975), También entre los cuadros superiores y los miembros de profesiones liberales se encuentra, según otro sondeo realizado por la SOFRES en septiembre de 1976, la más alta proporción de individuos que dicen ser los más dispuestos a hablar en su entorno del programa de un partido, a participar en manifestaciones, a afiliarse a un partido o a dar dinero a un partido "para el triunfo de sus ideas".

Es necesario comparar estas regularidades con las que se observan en el reclutamiento y promoción del personal político. En efecto, todo concurre para atestiguar que se tienen probabilidades incomparablemente mayores de participar activamente en la política y de ocupar funciones importantes en un partido cuando se es hombre y se dispone de un capital escolar más importante. Sólo hay un 1,8% de mujeres en la Cámara de los diputados y un 2,5% en el Senado. En todos los partidos, la proporción de mujeres siempre es mucho más baja en los estados mayores que entre los delegados locales[17]. Las mujeres, que representaban el 50%

---

[17] Se ha utilizado principalmente, en lo que concierne a los militantes en general, a J. LAGROYE, G. LORD, L. MONNIER-CHAZEL, J. PALARD, *Les militants politiques dans trois partis français, PC, PS, UDR*, París, Pedone, 1976; M. KESSELMAN, "Système de pouvoir et cultures politiques au sein des partits politiques français", *Revue française de sociologie*, XIII, octubre-diciembre 1972; por lo que se refiere a los militantes socialistas, R. CAYROL, "Les militants du Partit socialiste, contribution à une sociologie", *Projet*, 88, septiembre-octubre 1974; H. PORTELLE, T. DUMAS, "Militants socialistes à Paris", *Projet*, 101, enero 1976; *L'unité*, 257, 1-6 julio 1977, y "Qui sont les cadres du PS?", *Le Point*, 249, 27 junio 1977; sobre los militantes comunistas, F. PLATONE, F. SUBILEAU, *Les militants communistes de la Fedération de*

del electorado potencial del Partido socialista según la intención de voto, no constituían más que el 1,5% de los delegados del Congreso del PS que tuvo lugar en Nantes en junio de 1977, y el 30% de los efectivos de las secciones locales de París. Hay un 31% de mujeres entre los militantes comunistas presentes en las conferencias de sección de la Federación de París, un 29% entre los delegados que ejercen responsabilidades en el Partido, y un 26% entre los secretarios de célula de la misma federación.

De igual modo, los obreros, que representan el 31% de los electores y el 16% de los afiliados a la UDR (el 17,6% de los afiliados en la Gironde), constituyen solamente un 2% de los responsables y un 1% de los diputados elegidos en 1968. Mientras que, según la intención de voto representan, el 36% del electorado socialista para el conjunto de toda Francia (que cuenta con un 40% de obreros) y el 21,9% de los afiliados de las secciones en la Gironde (departamento que cuenta con un 34,2% de obreros), están casi ausentes de las secciones locales de París (1,7%) y no representan más que el 5% de los delegados del Congreso de Nantes y el 0% de los diputados en 1968. Más representados que en la población activa entre los afiliados al PC (o sea, por ejemplo, para la Gironde, el 53,8% frente al 34,2% en la población activa), los obreros están un poco menos representados entre los delegados que ejercen responsabilidades o entre los secretarios de células (un 17% en París frente a un 26% en la población activa parisiense) o en la Cámara de los diputados (un 37% en 1968 frente al 40% en la población activa francesa).

Se nota una fuerte sobrerepresentación de los titulados de enseñanza superior entre los hombres políticos (a pesar de que la militancia ofrece una vía distinta de acceso a los que tienen un nivel de instrucción bajo): en 1968, el 67,5% de los diputados habían realizado estudios superiores, el 14% estudios secundarios. El 54,6% de los delegados del Partido socialista en el Congreso nacional de Grenoble (junio de 1973) han asistido a establecimientos de enseñanza superior, el 23,3% tienen un nivel de instrucción secundaria; y todo parece indicar que la posesión de un capital escolar importante tiende cada vez más a constituir una condición necesaria para ser elegido como delegado en el Partido socialista: los dos tercios de los diputados que se habían afiliado al PS entre 1971 y 1973 han realizado estudios superiores, frente al 36,4% sólo de los que se habían afiliado antes de 1968. El acceso de los diputados a las "funciones dirigentes" (*Bureau* de la Asamblea Nacional, de las Comisiones, etcétera) depende o bien del volumen del capital escolar (entre los delegados socialistas, el 64% de los "dirigentes" han realizado estudios superiores frente al 31% de los "no dirigentes"), o bien –en los partidos en los que la gran mayoría de los diputados han realizado estudios superiores– de la especie de capital escolar que poseen (los diputados "dirigentes" del PDM o de la UDR han realizado con mayor frecuencia estudios de derecho o de letras que los "no dirigentes").

Sería, pues, ingenuo ver en la relación tan estrecha que se establece entre el capital escolar y la propensión a responder a los problemas más propiamente políticos un efecto simple y directo de la desigual distribución de la competencia específicamente política, definida, en sentido restringido, por la posesión de los conocimientos eruditos y prácticos necesarios para producir unas acciones y unos juicios propiamente políticos, y sobre todo, quizá, por el dominio del lenguaje

---

Paris, París, Fondation nationale des sciences politiques, 1975; y por último, sobre los diputados, R. Cayrol, J. C. Parodi, C. Ysmal, *Le députéfrançaise*, París, A. Colin, 1973, y M. Dogan, "Les filières de la carrière politique", *Revue française de sociologie,* VIII, 4, 1967, pp. 468-492.

Una toma de conciencia

"Primero, cuando me casé, no tenía opiniones precisas, venía de la Bretaña, bueno, sabía por supuesto que había unos problemas y después, bien, yo los sentía, pero no podría definirlos. Me casé con un comunista sin darme cuenta de ello. Al comienzo, sabe usted, cuando veía el *Humanité-Dimanche*, llegaba a casa toda enfadada. Sabe usted, yo despreciaba a ese periódico, durante meses y meses lo he despreciado. Y después, poco a poco, sabe usted, me he visto obligada a reconocer, sabe usted, que el periódico tomaba posiciones quizás un poco duras, pero que en realidad eran válidas. Mi marido era sindicalista, por tanto yo estaba en relación con un sindicalista; y después he tenido 1, 2, 3 hijos, después, sabe usted, he conocido las dificultades de la vida, como todo el mundo las conoce, poco a poco; yo las he tenido particularmente duras, porque además tenía a mi cargo a mi madre. Mi marido es un obrero, bueno, bien, sabe usted, yo he conocido los problemas de los obreros. Y luego, verdaderamente yo he tomado partido en el momento de la guerra de Argelia, sabe usted, he reconocido a pesar de todo que existen cosas monstruosas, que se han hecho cosas monstruosas, cosas contra las que siempre había luchado. Siempre había considerado que esa guerra no era admisible, y es entonces, realmente, cuando he comprendido la lucha del partido. Sobre todo cuando ocurrió lo de Charonne, ¿sabe usted? Entonces, con eso, estuve completamente asqueada, disgustada, porque, sabe usted, yo había retenido a mi marido, esa tarde, lo había retenido en casa; podría muy bien haber estado allí."

(Costurera, mujer de tornero, 42 años, comunista.)

propiamente político, capacidades de las que todo permite suponer que varían del mismo modo que lo hace el capital escolar.

Invitados a reagrupar en la forma que les pareciera oportuna un conjunto de movimientos, agrupaciones o partidos políticos, los encuestados forman, de manera general, un número tanto más elevado de grupos cuanto más alta es la posición social que ocupan o cuanto más importante es el capital escolar que poseen: la mayor parte de los que tienen un nivel de estudios inferior al bachillerato formaron como máximo cuatro grupos, mientras que los que poseen titulaciones más altas formaron cinco o más; una cuarta parte de los que tienen una titulación superior a la licenciatura construyeron por lo menos nueve grupos (resultado que sólo excepcionalmente se observa en los titulados con un CEP o con un CAP y nunca entre los que no tienen titulación alguna). La aptitud para operar unas clasificaciones afinadas, la propensión a efectuar algún tipo de comentarios sobre las clasificaciones realizadas y, sobre todo, para atribuir unos nombres o unos calificativos a los grupos construidos, varían mucho más aún según la posición social, el capital escolar y el *origen social*[18].

[18] Nos apoyamos aquí en un sumario análisis estadístico de los resultados de una preencuesta realizada mediante entrevistas en profundidad (n = 130), durante el curso del año 1970 en la región parisiense, cerca de hombres y mujeres mayores de 18 años (la pequeñez y la imperfección de la muestra impiden ver en las regularidades así observadas otra cosa que unas indicaciones de tendencias, que serán utilizadas aquí a título ilustrativo más bien que demostrativo, y que están evidentemente sometidas a verificación). En primer lugar, se presentaba a los encuestados un conjunto de 15 tarjetas, cada una de las cuales llevaba el nombre de un movimiento, agrupación o partido (*Action française*, *Centre démocrate*, *Convention des institutions républicaines*, *Gauche prolétarienne*, *Gaullistes de gauche*, *Ligue*

Una lectura de esta naturaleza, que tendría para sí todas las apariencias de verdad, no haría sino registrar dos representaciones contrastadas y complementarias de la división del trabajo político; la representación tecnocrática que hace de la competencia puramente técnica, tal como ella la define, la condición de acceso a las "responsabilidades políticas" o a las elecciones políticas "responsables", y la representación complementaria, fundada en el sentimiento de la incompetencia y de la impotencia, que destina a los menos favorecidos económica y culturalmente al recurso a unos "expertos" o a la creencia en la criptocracia, esa otra manera de sobreestimar a las otras clases. Como todo registro del dato tal como se da, esa observación de la apariencia tendría como efecto el impedir preguntar sobre los fundamentos objetivos de esas representaciones y, con mayor precisión, impedir buscar en la realidad de la división del trabajo político la verdad de las representaciones de esa división del trabajo. En efecto, en ese campo, como en cualquier otro, es por mediación de las disposiciones –que constituyen la forma incorporada de las posibilidades asociadas a una posición determinada en la división del trabajo– como se establece la relación entre la realidad y las representaciones. La competencia "técnica" depende fundamentalmente de la competencia social y del correlativo sentimiento de estar estatutariamente motivado y llamado para ejercer esa capacidad específica, y por consiguiente para poseerla, y eso con la mediación de la propensión para adquirirla, que es función de la capacidad y de la necesidad socialmente reconocidas de adquirirla. Dicho de otra manera, para comprender la relación entre el capital escolar y la propensión a responder a las preguntas políticas, no basta con tener en cuenta la capacidad para comprender el discurso político, para reproducirlo, incluso para producirlo, que garantiza la titulación académica; es necesario hacer intervenir también al sentimiento (socialmente autorizado y alentado) de tener buenas razones para ocuparse de la política, de estar autorizado para hablar de política, de tener autoridad para hablar políticamente de las cosas políticas, utilizando una cultura política específica, esto es, unos principios de clasificación y de análisis explícitamente políticos, en lugar de responder una y otra vez a partir de principios éticos[19]. El efecto de la titulación académica no es en principio tan diferente como parece del efecto del estatus sexual: lo que está en juego, en los dos casos, es tanto un derecho estatutario sobre la política como una

---

communiste, *Mouvement de la Tour du Pin*, *Occident*, *Parti communiste*, *Progrès et démocratie moderne*, *Partie socialiste unifié*, *Radicaux*, *Républicains indépendants*, *Socialistes*, *Union pour la défense de la république*) y se les pedía que agruparan las tarjetas como les pareciera (sin invitarlos expresamente a hacer comentarios sobre las agrupaciones realizadas o a dar un calificativo o un nombre a los grupos constituidos). En segundo lugar, se presentaba un conjunto de 24 tarjetas, cada una de las cuales llevaba el nombre de un hombre político o de un sindicalista (Bergeron, Chaban-Delmas, Descamps, Duclos, Duhamel, Edgar Faure, Maurice Faure, Geismar, Giscard d'Estaing, Krivine, Lecanuet, Marchais, Mendès-France, Mitterrand, Mollet, Nicoud, Philippon, Poujade, Rocard, Savary, Seguy, Servan-Schreiber, Tixier-Vignancour, Wallon, habiéndose introducido el nombre de Philippon a fin de medir la reacción ante un nombre desconocido) y se pedía, en primer lugar, con qué grupo o partido se relacionaba cada uno de esos individuos, y, en segundo lugar, que formaran grupos con las tarjetas.

[19] A riesgo de parecer sacrílego, es necesario hacer notar que es en nombre de la misma fe en la legitimidad otorgada por la competencia cultural (o, como se decía mucho en los tiempos del Frente popular, por "la inteligencia") en el que los intelectuales podían en el siglo pasado, denunciar los peligros del sufragio universal o reclamar con sus fervientes votos, como lo hacía Flaubert, el reino de los mandarines, y en el que pueden hoy sentirse legitimados y obligados al mismo tiempo, *en virtud de su esencia*, a producir y a profesar su opinión sobre los grandes problemas del momento.

simple cultura política, condición para el ejercicio de ese derecho de que se dotan los que se sienten con derecho para ejercerlo. La competencia técnica es a la competencia social lo que la capacidad de hablar es al derecho a la palabra, tanto una condición para el ejercicio como un efecto. El efecto de marca (en el sentido de acción de marcar) que produce la imposición de propiedades tales como el estatus escolar o la identidad sexual se impone al individuo marcado –requerido de este modo para estar a la altura de su definición social– así como también a los demás, que esperan de él que realice su esencia (la manifestación psicosociológica de esa relación es particularmente visible en las relaciones en el interior de la pareja). Es esto lo que hace que la competencia en el sentido de cultura específica esté con respecto a la competencia en el sentido de propiedad estatutaria en la relación de la existencia con la esencia: únicamente aquéllos a quienes pertenece el poseerla pueden realmente adquirirla y únicamente aquellos que están habilitados para poseerla se sienten obligados a adquirirla.

Se quiere ver un comienzo de prueba de estos análisis en el hecho de que las mujeres, permaneciendo igual todas las demás cosas (y en particular el capital escolar), se distinguen menos de los hombres en el terreno de la estricta competencia técnica que *en su manera de afirmarla.* Así, a capital escolar igual, las mujeres constituyen casi el mismo número de clases en el interior del universo de los movimientos y partidos políticos y atribuyen casi con la misma frecuencia unas designaciones a esas clases. Sin duda, por una parte porque la política es asunto de ellos y porque sus inversiones son más importantes en ese terreno, los hombres conocen más nombres de hombres políticos que las mujeres, saben con mayor frecuencia con qué grupo, partido o movimiento se relacionan, pueden decir un poco más a menudo el nombre y la tendencia política del diputado de su circunscripción. Pero es sobre todo cuando se trata de afirmar socialmente esta competencia cuando se manifiesta la diferencia: a igual nivel de instrucción, las mujeres son más numerosas que los hombres en decir que no saben si son políticos o no los diferentes problemas propuestos[20]; confiesan más a menudo que no saben quién es Philippon, mientras que los hombres están más inclinados a disimular esa ignorancia; se contentan con mayor frecuencia con indicar una zona en la escala política, mientras que los hombres tienden a situarse en un punto preciso. Sobre todo, están dispuestas más a menudo a reconocer que la política es un asunto para especialistas. Y por último, son claramente más numerosas en confesarse confusas en el momento del voto ante la elección de un candidato. Además de que tienen más tendencia a delegar en los otros (y sin duda en primer lugar, en su marido) su capacidad de elección política, las mujeres parecen tener de la política una visión más local y también más moral y sentimental que los hombres: así, en todos los niveles, son un poco más numerosas que los hombres en considerar que la ayuda a los minusválidos es un problema político; y un poco menos numerosas, por el contrario, en juzgar que es un problema político el voto en las elecciones legislativas o en las municipales, o una colecta para el Vietnam.

De este modo, las variaciones de los "no contestan", según el sexo, el capital escolar o la clase social, es decir, a grandes rasgos, según las probabilidades de poseer el poder en algún campo, cualquiera que éste sea, están ahí para testimoniar que la competencia política, en el sentido de capacidad socialmente reconoci-

[20] Los encuestados eran invitados a elegir en una lista de 17 problemas aquellos que ellos consideraran como políticos.

da, es de esas aptitudes que sólo se poseen en la medida en que se está en derecho o en deber de poseerlas; y las variaciones que también se observan, permaneciendo igual todo lo demás, según la saturación de la pregunta en índices de conformidad con las normas del discurso político despolitizado (neutralidad estilística, eufemismos, etcétera) están ahí para atestiguar la contribución que los doxósofos, sabios aparentes y sabios de la apariencia, aportan a la imposición de los límites de competencia cuando, imponiendo a la interrogación y al análisis las apariencias que contribuyen a colocarlos fuera de toda discusión, refuerzan en los "incompetentes" el sentimiento de su indignidad.

El país legal

La propensión a tomar la palabra –incluso de la manera más rudimentaria, aquella que consiste en producir un sí o un no o en poner una cruz delante de una respuesta prefabricada– es estrictamente proporcionada al sentimiento de tener derecho a la palabra. Nada lo prueba mejor que la composición de la muestra llamada espontánea de las personas que, al responder a una "consulta nacional" sobre el sistema de enseñanza –realizada, con el concurso de la prensa, después de 1968[21]–, se han afirmado como implicadas y autorizadas para expresar una *opinión autorizada* y con derecho a ello, para hacer de portavoz preformativo de un grupo de presión legítimo[22]: la *opinión movilizada* –en la lógica de la petición– a propósito de la educación coincide poco más o menos con la población de los usufructuarios de la enseñanza superior. La probabilidad para un agente aislado de acceder,

---

[21] Esta encuesta ha sido realizada mediante la publicación de un cuestionario, a requerimiento de la Asociación para la expansión de la investigación científica, en un gran número de diarios y semanarios, entre el 1 y el 15 de agosto de 1969. (El hecho de que ni *L'Humanité* ni *Le Parisien libéré* hayan publicado el cuestionario contribuye, sin lugar a dudas, a acentuar la subrepresentación de las clases populares.) El cuestionario, que constaba de veinte preguntas sobre el desarrollo del curso escolar, la situación de la enseñanza, las transformaciones de los contenidos, de los métodos de enseñanza y organización universitaria; sobre la formación, selección y remuneración de los profesores, sobre las relaciones entre estos últimos, los padres de alumnos y los alumnos o estudiantes; sobre los poderes de las distintas categorías de agentes, las funciones atribuidas a la escuela (preparación para un trabajo, inculcación de una formación moral, etcétera); sobre la política en los establecimientos escolares, la prolongación de la escolaridad obligatoria, la ayuda a la enseñanza privada, etcétera, estaba precedido de un texto más o menos largo, según los diferentes órganos de prensa, que presentaba la encuesta como una "verdadera consulta nacional" sobre un "tema capital", y organizada, "gracias a la ayuda desinteresada de la prensa", por la Asociación de estudios para la expansión de la investigación científica, "movimiento independiente y sin fines lucrativos".

[22] Esta población, en la que los diferentes grupos están representados en proporción a su pretensión de actuar sobre el sistema de enseñanza, es perfectamente representativa del grupo de presión autolegitimado que no ha cesado de presionar, en todos los niveles del sistema, sobre las orientaciones del mismo; de suerte que las ideas-fuerza que expresa permitían prever todo el ulterior devenir: por ejemplo, la "gran mayoría" –forma de expresión adecuada en este caso– de los que contestaron deseaba la supervivencia de las oposiciones para el ingreso en los distintos cuerpos de profesores, la introducción de la selección, el mantenimiento de las grandes escuelas, el refuerzo de la enseñanza orientada hacia la cultura general (para sí misma) y hacia la preparación para las distintas formas de trabajo (para los demás, etcétera). En todos los puntos en los que ha sido posible establecer la comparación (es decir, en todas las preguntas mencionadas, salvo las que recaían sobre las grandes escuelas y sobre las oposiciones de acceso a los distintos cuerpos de profesores, que nunca han sido formuladas por ningún instituto de sondeo), las tendencias son más fuertes en la muestra espontánea que en la muestra representativa.

fuera de toda delegación, a una opinión explícita y coherente sobre el sistema de enseñanza depende del grado en el que él mismo dependa de este sistema para su reproducción y en el que, objetiva y subjetivamente, esté *interesado* en su funcionamiento.

Como si se tuviera una propensión tanto mayor cuanto mayor sea el peso que se tiene sobre el destino de la institución, tanto más se responde a una consulta sobre el sistema de enseñanza cuanto más legitimado se siente uno con respecto al mismo y cuanto más directamente interesado se está en su funcionamiento[23]. Así es como la probabilidad de responder, que es claramente más fuerte para los hombres que para las mujeres (tendiendo, además, estas últimas a expresarse en "pariente de alumno" más bien que en portavoz autorizado de los intereses de un grupo o del interés general) y para los parisienses más que para los provincianos, está muy próxima, para una clase social determinada, de sus probabilidades objetivas de hacer acceder a sus hijos a las grandes escuelas (esto es, casi nula para los campesinos y los obreros –del orden del 0,09 y del 0,05 por 10.000–, del orden de 0,7 por 10.000 para los artesanos y comerciantes, del 0,9 para los empleados, del 3 para los cuadros medios, del 19 para los maestros, del 5 para los industriales y grandes comerciantes, del 11 para los cuadros superiores, del 22 para los ingenieros, del 26 para los miembros de profesiones liberales, del 110 para los profesores –de enseñanza secundaria y superior–, cifras obtenidas relacionando la población masculina de cada clase de los que contestan con la fracción correspondiente de la población activa); para los alumnos y estudiantes, que responden con tanta mayor frecuencia cuanto más alto es el nivel de estudios en que se encuentran y cuanto más elevada es la institución en la que están matriculados (liceo antes que CES o CET, gran escuela antes que facultad), o si residen en París que si residen en provincias, la probabilidad de aparición está estrechamente ligada con el origen social (es de 2 a 3 veces más alta para un hijo de industrial, cuadro superior o miembro de profesiones liberales que para un hijo de obrero cuando se trata de estudiantes, y 6 veces más alta cuando se trata de alumnos*).

Las mismas tendencias se observan exactamente en las respuestas suscitadas por diferentes preguntas formuladas por institutos de sondeo a propósito del sistema de enseñanza: de manera general, la proporción de "no contestan" es más fuerte en las mujeres que en los hombres (así, en una encuesta sobre la ley de

---

[23] Es evidente que estas capacidades y estas disposiciones están vinculadas a aquellas que son necesarias para emprender la contestación por escrito a un cuestionario, y que están muy fuertemente ligadas al capital escolar, con un efecto propio de las disposiciones éticas, que se manifiesta claramente cuando el encuestado es invitado a realizar un verdadero trabajo, regular y prolongado, como es el caso en las encuestas de panel (así ocurre que el porcentaje de respuestas a las encuestas del Centro de estudios de apoyos a la publicidad, en las que el encuestado debe anotar cada día durante un mes, cada cuarto de hora, las emisoras de radio que escucha, varía, por una parte, igual que la buena voluntad que se manifiesta en el celo escolar: es máxima, en efecto, en los cuadros medios y en los contramaestres –y secundariamente en los obreros cualificados–, de los que se sabe que se caracterizan por unos porcentajes relativamente altos de frecuentación de bibliotecas, de formación de colecciones, etcétera). Sería necesario, para tener toda la información completa, preguntarse también sobre los efectos propios de la selección mediante periódicos, y tratar de determinar en qué ha podido afectar a la estructura de la población de los que han contestado el hecho de que la pregunta haya sido formulada por medio del periódico habitual y no, por ejemplo, por medio del establecimiento donde se hayan matriculado los hijos, de una asociación, de un sindicato o de un partido (baste con indicar que los suscriptores han manifestado, por ejemplo, una tendencia a contestar más alta que los lectores ocasionales).

* Aunque también en castellano parece existir esta distinción, si bien no de una manera tan rotunda, "estudiante" en Francia es el que estudia en universidades o escuelas superiores, y "alumno" es el que lo hace en los niveles de la enseñanza primaria, secundaria y profesional. *(Nota de la T.)*.

orientación –IFOP, octubre 1968–, el 29,7% frente al 25,7%; en una encuesta sobre la selección a la entrada en facultad –IFOP, septiembre 1968–, el 16,9% frente al 11,2%, pero el 26% en los dos casos para una pregunta sobre el traslado del latín al 4º –IFOP, septiembre 1968–); en los menos instruidos que en los más instruidos (respectivamente, el 32% –primaria– frente al 15% –superior–, el 19% frente al 6%, el 35% frente al 10%); en los provincianos que en los parisienses, aumentando la proporción de los que responden conforme se sube en la jerarquía social. Esto quiere decir que la muestra espontánea es el *límite* hacia el que tiende la población de los que responden a una encuesta realizada con una muestra representativa o, si se prefiere, que las respuestas obtenidas mediante una encuesta realizada con una muestra representativa constituye una muestra espontánea que, aunque no sea percibida como tal, es producto de leyes de construcción completamente semejantes en su principio a las que aquí se describen.

Los representantes de cada categoría son tanto menos representativos del grupo en su conjunto cuanto que pertenezcan a una categoría menos representada, y el principio del sesgo es casi siempre la relación con el sistema de enseñanza

Cantidad y calidad

Sería peligroso, en esta materia, hacer prevalecer la noción de *cantidad* sobre la calidad. Se impone, creo yo, una cierta *competencia* para emitir un juicio objetivo sobre la cuestión.

(Profesor agregado, anotación marginal al cuestionario de la Asociación de estudios para la expansión de la investigación científica.)

(así, el 90,7% de los industriales y grandes comerciantes tienen una titulación igual o superior al bachillerato, frente a sólo el 11,3% en la población activa, del mismo modo que el 28,7% de los artesanos y pequeños comerciantes, frente a sólo el 2,8% de la población activa); se observa asimismo que cuanto más alejada está una fracción del sistema de enseñanza, los que han respondido están en la parte de la fracción más interesada en el mismo, la parte que está en edad de tener hijos, en el momento de la encuesta, en la enseñanza secundaria o superior: así, el 49,7% de los profesores de la muestra espontánea tienen entre 35 y 54 años, frente al 38,9% en la población activa; el 69,7% de los miembros de profesiones liberales tienen entre 35 y 54 años en la muestra espontánea, frente al 53,5% en la población activa; el 77,1% de los industriales y grandes comerciantes, frente al 50,7% sólo en la población activa.

De este efecto de sobreselección se deduce que las diferencias entre las clases y las fracciones (que, dentro de las clases medias y de la clase dominante, tienen una representación tanto más importante cuanto más importante es a su vez su capital cultural) se reducen al mínimo y que, en consecuencia, el grado de acuerdo sobre los diferentes problemas propuestos es, sin duda, mayor que en la población madre[24]. Si los profesores están también considerablemente representa-

[24] Los padres de alumnos que devolvieron cumplimentados sus cuestionarios a la Federación Cornec (y no a la Asociación para la expansión de la investigación científica) se distinguen globalmente de los demás padres por un nivel social y escolar más bajo y por un porcentaje de feminización más

dos, ello obedece a que están interesados y legitimados por varias razones. En realidad, la jerarquía de las probabilidades de aparición muestra que el efecto de la legitimidad priva sobre el efecto del interés ligado con la sola pertenencia: en efecto, la probabilidad de aparición de las diferentes categorías de profesores aumenta a medida que se sube en la jerarquía de las instituciones (así, del orden del 19 por 10.000 para los maestros, al 34 para los profesores de CET, 60 para los profesores de CEG, 199 para los profesores de liceo, 224 para los profesores de la enseñanza superior) y aumenta también según el grado dentro de cada institución (pasando del 58 para los profesores rectorales a 175 para los profesores certificados* y a 382 para los agregados, y de 164 para los asistentes de la enseñanza superior a 204 para los profesres asistentes y a 320 para los profesores y profesores-conferenciantes). Si los profesores agregados de la enseñanza secundaria, y sobre todo los que enseñan las disciplinas "clásicas" (latín, griego, francés, historia, geografía) tienen, entre todas las categorías, la propensión a responder más alta, se debe a que, más legitimados, por ejemplo, que los maestros, que no están menos vinculados al sistema que ellos, están más *apegados* al sistema de enseñanza que los profesores de enseñanza superior, que (con la excepción de los profesores de las disciplinas literarias más tradicionales –francés, latín, griego, historia–, mucho más inclinados a responder que los profesores de las demás disciplinas y de las otras facultades) pueden situar sus inversiones fuera de la institución y no sólo en la investigación. Es, quizás, también porque han sentido que estaban *en tela de juicio por la crisis* más que todas las otras categorías.

Si los profesores de las disciplinas antiguamente dominantes en la enseñanza secundaria –latín, griego, francés, historia– tienen una propensión particularmente alta a responder (han escrito muchos libros o artículos acerca de mayo del 68), ello obedece también a que la redefinición de los contenidos de la cultura legítima y de las formas legítimas de transmitirla, muy particularmente en la enseñanza secundaria, amenaza su misma existencia en tanto que productores (o reproductores) de productos que no tienen otro mercado ni otra razón de ser que la enseñanza secundaria y las oposiciones de acceso a los cuerpos de profesores de la misma.

Pero la lección esencial que se obtiene de este análisis es que, al imponer a todos, de manera uniforme, unos problemas que no se plantean más que a algunos, mediante un procedimiento tan irreprochable como la administración de un cuestionario con respuestas prefabricadas en una muestra representativa, se tienen todas las probabilidades de producir con todas las piezas un simple artefacto, al hacer existir unas opiniones que no eran preexistentes a la pregunta y que de otra manera no se habrían expresado, o que, expresadas de otra manera, es decir, por

elevada: lo que hace pensar que la movilización previa en el seno de un organismo y el aumento de "autoridad" que confiere esta pertenencia tienden a acrecentar la propensión a intervenir políticamente, permaneciendo igual todo lo demás. (Así se explicaría quizá que, en el cuerpo de maestros, los que contestan espontánea e inorganizadamente presentan unas características muy diferentes de las de los militantes "pedagógicos", que se reclutan sobre todo entre las mujeres agregadas y los hombres con un grado inferior. Véase J. M. Chapoulie y D. Merllié, *Les determinants sociaux et scolaires des pratiques professionnelles des enseignants du second degré y leurs transformations*, París, CSE, 1974, especialmente pp. 120-124). Cabe señalar que los padres de alumnos de la Federación Cornec, sub-seleccionados con respecto al capital social y cultural, tengan, aunque más movilizados, una propensión generalmente un poco más baja a responder a las diferentes preguntas, salvo (especialmente) a la pregunta sobre la ayuda a la enseñanza privada, en la que tienen un porcentaje de respuestas más alto.

* Profesores en posesión de un CAPES (Certificado de Aptitud para la Enseñanza Secundaria). *(Nota de la T.).*

medio de portavoces autorizados, hubieran sido completamente distintas; unas opiniones que, en cualquier caso, tenían pocas probabilidades de ser formuladas *de manera espontánea*, de *manifestarse*, al ser la manifestación una de las maneras de dar fuerza a las opiniones *al poner de manifiesto el grupo que las mismas movilizan*. La opinión política no es un juicio puro y puramente informativo capaz de imponerse por la fuerza intrínseca de su verdad, sino una *idea-fuerza* que encierra una pretensión a realizarse tanto más grande, al pasar al acto, cuanto que el grupo que moviliza con su eficacia propiamente simbólica es más numeroso y más poderoso: dicho de otra manera, porque encierra necesariamente un poder de movilización y una pretensión de existencia, la opinión política se define, tanto como por su contenido informativo, por la fuerza de la que obtiene su existencia como fuerza propiamente política, aunque sea ella la que, por una parte, haga existir esa fuerza al movilizar al grupo que la posee en estado potencial.

A la palabra autorizada de la competencia estatutaria, palabra poderosa, que contribuye a hacer lo que dice, responde el silencio de la incompetencia, no menos estatutaria, que, vivida como incapacidad técnica, condena a la delegación, esa *privación desconocida y reconocida* de los menos competentes en favor de los más competentes, de las mujeres en favor de los hombres, de los menos instruidos en favor de los más instruidos, de los "que no saben hablar" en favor de los "que hablan bien". Si la propensión a delegar en otros, reconocidos por su competencia técnica, la responsabilidad de los asuntos políticos varía en razón inversa del capital escolar poseído, ello se debe a que la titulación académica (y la cultura que se supone garantiza) es tácitamente considerada –por sus poseedores, pero también por los demás– como un título legítimo para ejercer la autoridad. Por un lado, los que admiten que la política no es asunto de ellos y que, a falta de poseer los medios reales para ejercerlos, abdican los derechos formales que les son reconocidos; por el otro, los que se sienten con derecho a pretender a la "opinión personal" o incluso a la opinión autorizada, actuante, que es monopolio de los competentes: dos representaciones opuestas pero complementarias de la división del trabajo político que reproducen en las disposiciones, las prácticas y los discursos la división objetiva de los "poderes" políticos entre las clases y los sexos y que contribuyen con ello a reproducir esa división[25]. Así es como en la actualidad, por uno de esos retornos paradójicos que son habituales en estas materias, la instrucción, de la que los reformadores del siglo XIX esperaban, por encima de todo, que asegurara las condiciones para el buen funcionamiento del sufragio universal, produciendo ciudadanos capaces de votar ("el juez, decía Jules Simon, debe saber lo que hace, debe discernir por sí mismo"), tiende a funcionar como un principio de selección, tanto más eficaz cuanto que no es impuesta oficialmente ni siquiera tácitamente, que justifica y legitima la desigual participación en la democracia electoral, y, tendencialmente, *toda la división del trabajo político*.

[25] Cualquier tentativa para incitar a los miembros de las clases populares a expresar su representación del mundo social (por ejemplo, su imagen de la división en clases) se estrella con la dificultad que suscita ese sentimiento de impotencia mezclada de indignidad ("No veo por qué gente como usted viene a pedir su parecer a tipos como yo. Todo eso lo sabe usted mejor que yo"). Por otro lado, en el horror que suscita en algunos la sociología entra bastante el hecho de que interrogue al primero (o al último) que llega, en lugar de dar la palabra sólo a los portavoces autorizados.

Nietzsche ridiculiza en alguna parte el culto académico o la "andadura personal", y no sería una cosa baladí el describir por completo el conjunto de los mecanismos institucionales, y muy particularmente intelectuales y escolares, que contribuyen a estimular el *culto y la cultura* de la "persona", ese conjunto de *propiedades personales*, exclusivas, únicas, originales, como las "ideas personales", el "estilo personal" y, por encima de todo, la "opinión personal". Podría demostrarse que la oposición de lo selecto, lo distinguido, lo elegido, lo único, lo exclusivo, lo diferente, lo irreemplazable, lo incomparable y lo original con lo común, lo vulgar, lo trivial, lo cualquiera, lo ordinario, lo medio, lo habitual y lo insignificante –con todas las oposiciones emparentadas entre lo brillante y lo apagado, lo fino y lo grosero, lo refinado y lo bruto, lo elevado (o lo relevante) y lo bajo– es una de las dimensiones fundamentales (organizándose la otra alrededor de la oposición entre lo desahogado y lo pobre) del léxico de la moral y de la estética burguesa. Los que, intentando captar la contribución que el sistema de enseñanza puede aportar para inculcar una visión del mundo social, dirigen su búsqueda –como lo hacen tantos estudios sobre el contenido de los manuales de historia– por el lado de las intervenciones ideológicas más directas y más visibles o incluso –como lo hace una investigación de la Escuela de Francfort sobre los elementos fundamentales de la imagen de la historia *(Geschichtsbild)*– por el lado de la filosofía elitista de la historia que opera en la enseñanza de esta disciplina, dejan escapar, sin duda, lo esencial[26]: de hecho, la institución escolar en su conjunto, desde la organización del trabajo estrictamente individualista que impone, hasta los esquemas clasificatorios que emplea en sus operaciones de clasificación y que privilegian siempre lo original en detrimento de lo común, pasando por los propios contenidos que enseña y la manera de enseñarlos, tiende a reforzar la inclinación al individualismo o al egotismo que los hijos de la pequeña o de la gran burguesía llevan al sistema. La literatura, "donde, como decía Gide en su *Journal*, nada vale sino lo que es personal", y la celebración de la que es objeto en el campo literario y en el sistema de enseñanza, están, evidentemente, en el centro de ese culto del yo en el que la filosofía, reducida con frecuencia a una altanera afirmación de la distinción del pensador, canta también su parte. Y todo permite augurar que el psicoanálisis que, aunque describe unos mecanismos genéricos, autoriza y alienta la inmersión en la unicidad de las experiencias originarias (al contrario de la sociología, que no suscitaría tantas resistencias si no redujera a lo genérico, a lo común), entrará en la variante modernista de ese culto.

Para explicar totalmente la pretensión pequeño-burguesa a la "opinión personal", habría que tener en cuenta no sólo el refuerzo ejercido por el sistema escolar o por las instituciones de difusión, sino también las características específicas de las condiciones sociales de producción del *habitus* del que esta pretensión constituye una dimensión. Se ve, en efecto, que la reivindicación del derecho a la

---

[26] El análisis en cuestión tiene el mérito de mostrar que, al recalcar los sujetos dominantes ("grandes hombres") o unas entidades colectivas personalizadas, la historia académica da cauce a una filosofía carismática de la historia que no deja sitio alguno a los intereses sociales ni a los conflictos entre grupos antagónicos, y que reclama el juicio moral antes que la reflexión crítica sobre los procesos históricos y sus condiciones sociales.

Una opinión muy personal

Los partidos no me interesan. No quiero votar a un partido, yo voto a un candidato. Lo mejor sería a un candidato sin etiqueta alguna. No tengo una definición exacta del socialismo; es una palabra muy empleada hoy en día, que quiere decirlo todo y que no quiere decir nada; por consiguiente no puedo explicarle cómo hay que construirlo o dejarlo de construir, dado que yo no sé lo que es en estos momentos. ¡Está demasiado desprestigiado!

Personalmente, no creo que pudiera afiliarme a un partido. Sería incapaz de tener de entrada los mismos gustos. Mis orígenes jansenistas y mi abuelo librero hacen que yo esté abierto a todo y que no pueda motivarme por una idea general; es decir, que acepto lo que yo creo que tienen de bueno una serie de partidos, pero no creo que sea posible, dado que es una opinión muy personal lo que cuenta, encontrar un partido que pueda agrupar determinados elementos de varias doctrinas que, a mi entender, no son incompatibles.

(Contable)

"opinión personal" y la desconfianza con respecto a todas las formas de delegación, sobre todo en política, se inscriben lógicamente en el sistema de las disposiciones propias de los individuos cuyo pasado y proyecto totales descansan en la apuesta por la salvación individual, fundada en los "dones" y en los "méritos" *personales*, en la ruptura de las pesadas solidaridades, e incluso en el absoluto rechazo de las obligaciones entorpecedoras, en la elección de privilegiar sistemáticamente, tanto en el *habitat* como en el trabajo, en las diversiones como en sus pensamientos, lo privado, lo íntimo (lo "en casa de uno"), contra lo público, lo colectivo, lo común, lo cualquiera, lo copiado[27]. Pero las disposiciones ingenuamente "egoístas" de los pequeño-burgueses no tienen nada en común con el sutil egotismo de los que tienen los medios suficientes para afirmar la unicidad de su persona en todas sus prácticas, y en primer lugar en su profesión, *actividad liberal*, libremente elegida y libremente conducida, en la que se afirma, como su única virtud, una "personalidad" irreducible al papel anónimo, impersonal, intercambiable con el que los pequeño-burgueses todavía deben identificarse ("el reglamento es el reglamento") para existir o, por lo menos, para hacer reconocer su existencia social, especialmente en sus conflictos con los burgueses[28]. Y la desconfiada prudencia que frena la delegación o la afiliación a un partido no tiene nada en común con la certidumbre de ser el mejor portavoz de pensamientos y opiniones sin parangón posible.

[27] No es raro que las exigencias de la salvación individual –cursos de tarde o docilidad hacia los superiores– entren en conflicto con las exigencias de la salvación colectiva –participación en las actividades sindicales, etcétera– por razones prácticas y también porque están inspiradas en dos visiones totalmente opuestas del mundo social. Las empresas de reciclaje o de promoción interna (concursos internos, etcétera) no estarían tan positivamente sancionadas si, lo mismo que el perfeccionamiento técnico, no garantizasen la adhesión a la institución y al orden social.

[28] Habría que evocar aquí toda la literatura producida por los defensores del "orden médico" para defender la unicidad del acto médico, realizado libremente por un hombre libre (y solitario), o las indignadas protestas que ha suscitado en los defensores del orden universitario la reivindicación del reconocimiento de los trabajos colectivos.

En el hecho de que los cuadros superiores sean los más numerosos a la hora de decir que, en materia de información política, se fían sobre todo de los periódicos (en el 27% de los casos y el 24% de los cuadros medios y empleados, frente al 14% de los agricultores, el 11% de los obreros, el 8% de los artesanos y pequeños comerciantes) o de los semanarios (el 19% frente al 7% de los cuadros medios y de los empleados, el 6% de los obreros, el 5% de los artesanos y pequeños comerciantes y el 4% de los agricultores), puede verse una muestra de la preocupación (que aumenta con el nivel de instrucción) por *hacerse una opinión*, como suele decirse, recurriendo al instrumento más específico y más legítimo, el diario llamado de opinión, que se puede elegir con arreglo a la propia, por oposición a la televisión o a la radio, "medios de comunicación de masa", que ofrecen productos "ómnibus" (SOFRES, *Télévision et politique*, mayo de 1976). Y se tiene la tentación de reconocer una oposición de igual estructura en el hecho de que, para hacer llegar a buen fin sus reivindicaciones, los cuadros superiores recurran con particular frecuencia a las *presiones* cerca de un servicio público, mientras que los obreros y los empleados cuentan con la *huelga* más a menudo que todas las demás categorías, y los artesanos, los pequeños comerciantes y los cuadros medios evocan sobre todo la *manifestación*, movilización instantánea que no preexiste ni sobrevive a su ocasión.

Un profesor inclasificable

–¿Podría usted situarse en la escala política?

–Escuche, ésa es también una pregunta a la que soy incapaz de responder. Sólo podría decirle que he votado a tal o cual grupo, en tal o cual período.

–¿Podría usted definirse de alguna otra manera?

–¿Mediante esos movimientos? Escuche, ¿dónde sitúa usted el gaullismo? Me corresponde a mí ahora hacer una pregunta. Hay gaullistas que se dicen izquierdas, los hay que se dicen de derechas. Hay uno que lo ha dicho una vez (risas). Es un valiente. Si examino mis papeletas de voto, desde que soy mayor de edad, me encuentro con que he votado a la derecha, he votado a Mendès-France, con bastante frecuencia he votado a De Gaulle. Entonces, sitúeme usted donde quiera. Si con un cuchillo al cuello se me obligara a elegir un partido político, de entrada no elegiría a ninguno. Encontraría alguna forma para no hacerlo. No, no lo sé, el principio de los partidos políticos no me satisface, qué quiere que le diga. Pienso que son un mal necesario, como tantas otras cosas. Pero no me siento personalmente afectado. Puedo eliminar un determinado número de cosas, si le parece bien. Por eliminación, yo no soy comunista. Ciertamente hay algunas aspiraciones de tipo izquierdista, o mendesista, o gaullista de izquierda, que en el límite se unen, que no me son extrañas. Y por otra parte, contradictoriamente, soy partidario de cierto orden. Pienso que en el desorden no se puede hacer nada. En período normal, por supuesto. Por otra parte, yo no soy un hombre de centro. Cuando considero que hay que tomar partido, tomo partido. Es difícil responder a esto, como puede ver. Entonces, si le parece, actualmente yo sería un poco gaullista de los primeros tiempos, el gaullismo de la guerra, lo que he sido en otros tiempos. Eso no es un partido político. Es más bien una cierta filosofía. Eso no prueba que... en el movimiento gaullista, no apruebe tampoco muchas de sus cosas. Por esto es por lo que yo no estaré nunca afilado a ningún partido.

(Profesor de Universidad, París.)

Pero basta con recordar, incluso sumariamente, las condiciones sociales en que se constituye la reivindicación de la "opinión personal" y en que se realiza esa ambición para observar que, frente a la ingenua fe en la igualdad formal ante la política, la visión popular es realista y no ve otra opción, para los más desfavorecidos, que la pura y simple abdicación, reconocimiento resignado de la incompetencia de estatus, o la delegación total, entrega de sí sin reservas, que designa magníficamente la noción teológica de *fides implicita*, confianza tácita, abandono de sí silencioso, que elige su palabra al elegir sus portavoces.

Yo pienso que la política es una lucha, y por eso, es preciso ser muchos. Hace falta la masa.
(Empleada de hogar, comunista.)

Realmente, cuando van a la huelga, es porque tienen verdadera necesidad de llegar a eso. La gente no va a la huelga por el gusto de ir a la huelga.
(Empleada de hogar.)

A mí la política me ha llegado porque he sufrido de niña, ¿comprende?
(Empleada municipal, comunista.)

LOS MODOS DE PRODUCCIÓN DE LA OPINIÓN

En realidad, todas las respuestas no constituyen opiniones y las probabilidades de que las respuestas de un grupo determinado no sean otra cosa que "no contestan" enmascarados, concesiones de complacencia con la problemática impuesta o discursos éticos ingenuamente recibidos como "opiniones personales", varían sin duda como lo hacen las probabilidades de "no contestan" que les caracterizan. La propensión a llevar los intereses y las experiencias al orden del discurso político, a buscar la coherencia de las opiniones y a integrar el conjunto de las posturas alrededor de principios explícitos y explícitamente políticos, así como la aptitud para ello dependen, en efecto y de manera muy estrecha, del capital escolar y, secundariamente, de la estructura del capital global, aumentando de la misma manera que lo hace el peso relativo del capital cultural con respecto al capital económico[29].

No basta con reconocer las desigualdades de competencia estatutaria que

[29] Esta proposición, que tiene su equivalente, como ya se ha visto, en el orden de la estética, es un caso particular de la proposición más general según la cual la propensión para hacer depender las posturas verbales o prácticas de *principios explícitos*, sometidos como tales a una *sistematización intencional* (los principios de una ética, de una estética o de un pensamiento político más bien que los de un *ethos*), y la aptitud para ello aumentan del mismo modo que lo hace el capital escolar; estableciéndose esta relación tanto por medio de las condiciones de existencia necesarias para la adquisición de ese capital como por el efecto de las capacidades específicas que el mismo asegura.

obligan a recordar las condiciones sociales de posibilidad del juicio político; al aceptar el postulado intelectualista de que toda respuesta a una pregunta política es producto de un acto de enjuiciamiento, y de un acto de enjuiciamiento propiamente político, se enmascara por completo el problema político más fundamental, esto es, la cuestión de los *modos de producción* de la respuesta a una pregunta política[30]. En realidad, una respuesta a una pregunta a la que la aplicación de la definición dominante de la política lleva a clasificar como política (por ejemplo, una pregunta sobre las manifestaciones estudiantiles o sobre el aborto) puede ser producida según tres modos de producción muy diferentes. El principio de producción de la respuesta puede ser el *ethos de clase*, fórmula generadora, no constituida como tal, que permite engendrar, sobre todos los problemas de la existencia ordinaria, unas respuestas objetivamente coherentes entre sí y compatibles con los postulados prácticos de una relación práctica con el mundo; puede ser también un *"partido" político sistemático* (en el sentido en que se habla de un "partido" artístico), es decir, un sistema de principios explícitos y específicamente políticos, dispensados del control lógico y de la aprehensión reflexiva, en pocas palabras, una especie de axiomática política (en el lenguaje ordinario, una "línea" o "un programa") que permite engendrar o prever la infinidad de los juicios y de los actos políticos inscritos en el algoritmo y únicamente éstos; y puede ser, por último, el producto de una *elección en dos grados*, es decir, del reconocimiento, operado sobre el modo del saber, de las respuestas conformes a la "línea" definida por un *partido político* –en el sentido, esta vez, de organización que suministra una "línea" política sobre un conjunto de problemas que el mismo contribuye a constituir como políticos– pudiendo a su vez la adhesión implicada en esa *delegación* tácita o explícita tener por principio, como se verá, el reconocimiento práctico operado por el *ethos* o la elección explícita con arreglo a un "partido"[31].

Todo enfrenta a la *coherencia intencional* de las prácticas y de los discursos engendrados a partir de un principio explícito y explícitamente "político" con la *sistematicidad objetiva* de las prácticas producidas a partir de un principio implícito, por lo tanto, sin llegar al discurso político, es decir, a partir de esquemas de pensamiento y de acción objetivamente sistemáticos, adquiridos por simple familiarización, fuera de cualquier inculcación explícita y empleando el modo prerreflexivo. Sin estar mecánicamente ligadas a la situación de clase, esas dos formas de *disposición política* le están vinculadas de manera muy estrecha, por medio, principalmente, de las condiciones materiales de existencia cuyas urgencias vitales se imponen con un rigor desigual, y por consiguiente desigualmente acomodado para "neutralizar" simbólicamente, y por medio de la formación escolar capaz de procu-

[30] Para demostrar la analogía entre el sondeo y el voto, sería necesario analizar, además de la filosofía política que está inscrita en la pregunta misma, la que está implicada en los métodos de análisis (y en particular la lógica puramente *agregativa* de la estadística). Se vería así que el sondeo nunca está tan próximo a su verdad como cuando, intentando prever los resultados de una consulta electoral, hace proceder a un simulacro de voto.

[31] Sería suficiente indicar que la elección en dos grados se observa muy corrientemente en el terreno del gusto, en el que, como a menudo se ha mostrado, los consumidores eligen una unidad de producción o de difusión (un almacén, un teatro, una cadena de radio, etcétera) y, a través de esta elección, eligen a su vez los productos seleccionados que la misma ofrece, cuando no delegan pura y simplemente la elección en unos mandatarios estéticos como los decoradores, los arquitectos y otros vendedores de servicios estéticos, que desempeñan en estas materias un papel bastante parecido al del partido.

rar los instrumentos del dominio simbólico de la práctica, es decir, de la verbalización y de la conceptualización de la *experiencia política*. La inclinación populista a atribuir a las clases populares una "política" (como, en otro orden de cosas, una "estética") espontánea y naturalmente dotada de propiedades incluidas en la definición dominante de la política ignora que la habilidad práctica que se expresa en las elecciones cotidianas (capaces o no de ser constituidas como políticas por referencia a la definición dominante de la política) encuentra su fundamento no en los principios explícitos de una conciencia continuamente vigilante y universalmente competente, sino en los esquemas de pensamiento y de acción implícitos en el *habitus* de clase; es decir, si fuera necesario atenerse a las fórmulas simplificadoras o simplistas de la discusión política, en el inconsciente de clase más bien que en la conciencia de clase.

Así, cuando se les confronta con una pregunta de moral doméstica, la de la educación sexual, que tiende a constituirse en cuestión política por medio de la institucionalización escolar, todas las categorías, con excepción de los cuadros superiores, dan unas respuestas que, regidas por el *ethos* de clase, son casi independientes de las opiniones políticas declaradas: los agricultores son, por ejemplo, los más numerosos en opinar que no hay que hablar de sexualidad a los niños, que no hay que dar una educación sexual antes de los 15 años, mientras que los empleados y los cuadros medios, a los que su buena voluntad cultural los lleva a reconocer, tanto en este terreno como en los demás, la norma dominante (que se recuerda mediante la propia pregunta), son más numerosos en decir que hay que dar esa educación antes de los 11 años; por el contrario, para las dos categorías, las variaciones según la pertenencia política siguen siendo poco señaladas. Todo parece indicar, por el contrario, que las respuestas de los cuadros superiores y de los miembros de profesiones liberales expresan de manera inseparable un *ethos* de clase que inclina a un cierto laxismo pedagógico y a unos principios explícitamente políticos: el 80% de los que entre ellos se dicen más bien de izquierdas piensan que hay que dar una educación sexual antes de los 11 años, frente al 50% de los que se dicen próximos al centro y el 33% de los que se dicen de derechas. Donde se ve que, como se ha demostrado para la disposición estética "pura", que lleva a hacer de cada elección estética una manifestación de un "partido" estético, la propensión a realizar las elecciones cotidianas a partir de principios propiamente políticos, es decir, en la lógica del "partido" político y no de la intuición ética, es a su vez una dimensión de un *ethos* que se expresa también en la relación con el lenguaje, con el cuerpo, con los otros y con el mundo en general.

En realidad, los dos últimos modos de producción de las opiniones se distinguen del primero en que los principios propiamente políticos de producción del juicio político son llevados aquí a nivel explícito y constituidos como tales, ya sea por la institución a la que se confía la producción y la gestión de estos principios, ya sea por el agente político aislado que, propietario de sus propios instrumentos de producción de las preguntas y respuestas políticas, puede aportar unas respuestas sistemáticas y sistemáticamente políticas a unos problemas aparentemente tan diferentes como la lucha de los trabajadores de Lip, la educación sexual o la polución. En estos dos casos, la relación no se establece ya directamente, por medio únicamente del inconsciente de clase, entre la clase social y la opinión política: para comprender de manera adecuada las opiniones políticas y para explicar totalmente las mismas, es preciso hacer intervenir a una autoridad propiamente

política, ya sea la "línea" política o el "programa" del partido político, investido así, *de facto*, con el monopolio de la producción de los principios de producción de las opiniones políticas, ya sea la axiomática política que permite producir una opinión propiamente política sobre todos los problemas, estén o no constituidos políticamente[32]. Sin embargo, para los problemas que no están constituidos en "partido" o constituidos por el partido, los agentes se ven remitidos al *ethos* (por medio del cual se expresan las condiciones sociales de producción particulares de las que ese *ethos* es producto). Así ocurre con los agentes ordinarios, pero también con los productores profesionales –intelectuales, sociólogos, periodistas u hombres políticos–: en la producción del discurso (científico o de cualquier otra clase) sobre el mundo social, así como en la definición de una línea de acción política sobre ese mundo, es el *ethos* de clase el encargado de suplir las insuficiencias de la axiomática y del método (o del insuficiente dominio de esos instrumentos de pensamientos y de acción). El "obrerismo" de los partidos revolucionarios encuentra, sin duda, su raíz en esa intuición de la dualidad de los principios de producción de opiniones y de acciones políticas, y en un cierto escepticismo, bien fundado, que concierne a la posibilidad de responder a todas las preguntas y a todos los desafíos *prácticos* de la existencia ordinaria a partir únicamente de los principios de la axiomática política. Nada más opuesto, en todo caso, que la sistematicidad consciente y cuasi forzada del "partido" político y la sistematicidad "en sí" de las prácticas y de los juicios engendrados a partir de los principios inconscientes del *ethos*; o también la conciencia, al mismo tiempo mínima y fundamental, que se necesita para delegar en un partido la producción de los principios de producción de las opiniones políticas, y la conciencia sistemática que permite constituir cualquier situación como política y aportar a la misma una solución política engendrada a partir de principios propiamente políticos. Si la conciencia política sin las disposiciones es irreal e incierta, las disposiciones sin la conciencia son opacas para sí mismas y por ello vulnerables siempre ante el desvío operado a favor de los falsos reconocimientos[33].

Los miembros de profesiones intelectuales (profesores, investigadores, artistas) se dicen más a menudo que todos los demás "partidarios de acciones revolucionarias", hostiles al "autoritarismo" y en favor de "la solidaridad internacional de clase"; piensan con mayor frecuencia que "la crisis de mayo de 1968 ha sido provechosa para el interés general de la población" y declaran también con la misma frecuencia que los obreros, que "los piquetes de huelgas están justificados", que "el Frente popular fue una buena experiencia", que prefieren el "socialismo" al "liberalismo", que "las cosas irían mejor si el Estado fuera propietario de todas las industrias importantes". Pero sus respuestas dejan ver algunas veces un *ethos* discordante con sus discursos: dicen más a menudo que los obreros que su "confianza en los sindicatos" ha disminuido después de mayo del 68, o que la característica más importante de un individuo es su personalidad (los obreros citan

[32] Esto quiere decir que la pertenencia política declarada no es un factor como cualquier otro, del que podrían estudiarse los efectos como se estudian los del sexo, de la edad o de la profesión: los principios propiamente políticos funcionan como factores relativamente autónomos con respecto a los determinantes económico y sociales, y (aunque la adhesión a esos principios no sea independiente de esos determinantes) permiten producir unas opiniones o unas prácticas contrarias al interés personal inmediato.

[33] Entre todos los intelectuales, Sartre es sin duda el que ha experimentado de la manera más "auténtica" la oposición entre la irrealidad abstracta del "compromiso", vivido siempre como arbitrario, como producto de una elección deliberada, y la opacidad de una elección impuesta por las condiciones de existencia.

con mayor frecuencia la clase), o también que "el progreso económico ha sido provechoso para la mayoría" (los obreros piensan más bien que sólo ha sido provechoso para una minoría). (Este análisis tiene como base los resultados –presentados por Mattéi Dogan en la mesa redonda de la Asociación francesa de ciencias políticas sobre "los obreros y la política en Europa occidental"– de una encuesta realizada después de 1968 sobre una muestra de 3.288 hombres, de los que 176 eran representantes de las profesiones intelectuales). Podría ser que la tendencia a la supercoherencia política, que lleva a los intelectuales a aplicar a todos los problemas la propia disposición a constituirlos como políticos y a buscar la coherencia perfecta de todas las posturas en todas las dimensiones de la vida, les sea impuesta por la discordancia fundamental que entre el *ethos* y el discurso se establece en ellos, sobre todo cuando son originarios de las fracciones dominantes de la clase dominante, a diferencia de lo que se observa en los miembros de las fracciones dominantes.

Las disposiciones que se encuentran en la base de la producción de las opiniones se denuncian o se descubren principalmente en la *manera* de expresar las opiniones, esto es, precisamente, en todas esas insignificancias que están casi inevitablemente perdidas en el registro ordinario de las respuestas (lo más a menudo simplificado al máximo para favorecer la rapidez y la estandarización de las operaciones de la encuesta). De ello se desprende que nos vemos conducidos a ordenar en la misma clase unas respuestas que, aunque sean idénticas si se las toma en su valor aparente, pueden expresar unas disposiciones muy distintas, anunciadoras de acciones a su vez muy distintas, e incluso opuestas. La intuición común, que descubre en unos imponderables de la postura y de las maneras, de los matices de la argumentación y de la *hexis*, las diferentes maneras de ser "de derechas" o "de izquierdas", "revolucionario" o "conservador", principio de todos los dobles entendimientos y de todos los dobles juegos, recuerda que el mismo *habitus* puede conducir a abrazar unas opiniones fenomenalmente distintas, mientras que unos *habitus* diferentes pueden expresarse en unas opiniones superficialmente (es decir, electoralmente) semejantes y sin embargo separadas por su modalidad. Por eso, cuando Lipset llega a la conclusión de la ausencia, en una población estudiantil, de cualquier tipo de relación entre la profesión de los padres y la posición política de los hijos, imputando todas las diferencias observadas a factores tales como el tipo de universidad y de disciplina cursada, ello se debe no sólo a que olvida que, como se ha demostrado en otro lugar, las diferencias de posición universitaria en un momento dado son la manifestación escolar de diferencias de origen social, y esto incluso en el nivel de las aspiraciones, puesto que la orientación hacia una disciplina expresa las ambiciones que son accesibles a los individuos de cierto origen social para un nivel determinado de logro escolar; es sin duda también, y sobre todo, porque, al no formular una pregunta adecuada a los indicadores de la modalidad de la práctica y de los juicios políticos, se ha condenado a identificar unas posturas que, aunque fueran idénticas en su contenido político, pueden expresar unas disposiciones opuestas y que, como lo testimonia la evolución ulterior, con sus virajes, son peores anunciadoras de las prácticas –a corto plazo pero sobre todo a largo plazo– que algunos detalles del aspecto o de la dicción, en apariencia insignificantes, en los que se expresa la modalidad de los "compromisos"; por no hablar de los silencios que se denominan *elocuentes* y que pueden ser aprobatorios, interrogadores, tolerantes, hostiles, despreciativos, resignados, etcétera[34].

---

[34] Véase S. M. Lipset, "Students and Politics in comparative Perspective", *Daedalus*, invierno 1968, pp. 1-20; para una crítica fundada sobre el análisis de una encuesta realizada a los estudiantes

Es la oposición entre el primero y el segundo principio, es decir, entre la producción en primera persona y la producción por procuración, la que invocan siempre los defensores del orden establecido cuando, en caso de huelga, por ejemplo, oponen la lógica "democrática" del voto o del sondeo a la lógica "centralista" de la expresión por el sindicato, para intentar así cortar la relación orgánica de delegación y reducir al individuo únicamente a sus propias fuerzas, a la cabina de preparación del voto, al aislamiento. Y el sondeo de opinión no hace otra cosa que establecer un modo de producción de opiniones apropiados para obligar a los más desfavorecidos a producir unas opiniones opuestas a las que les prestan y les atribuyen sus portavoces autorizados, poniendo así, en tela de juicio la validez del contrato de delegación[35]. Es también a la oposición entre esos dos modos de producción de la opinión a la que se recurre cuando, por referencia a unas clientelas políticas más o menos completamente destinadas a lo uno o a lo otro –la de los partidos de masa por un lado y, por otro, la de los pequeños partidos o grupos de "vanguardia", de los que la casi totalidad de los militantes está en condiciones de vivir la política bajo el modo del "partido"– se enfrentan dos concepciones de las relaciones entre el partido y las masas: la que, la mayoría de las veces en nombre del realismo, exige un alto grado de delegación en favor de la dirección central, y la que invita a la autogestión de la opinión política, mediante una universalización inconsciente de la relación con la política propia de los pequeños propietarios de sus instrumentos de producción de opiniones políticas, que no tienen ninguna razón para delegar en otros el poder de producir opiniones en su lugar. La imagen que ordinariamente se crea de la relación entre el aparato de los partidos y su clientela –especialmente la ideología de la representación imperfecta, según la cual "la élite política no responde a la demanda de su base social" o "crea la demanda política que le permite permanecer en el poder"– ignora *las formas completamente diferentes* que de hecho puede tomar esta relación, según los partidos y según las categorías de clientela dentro de un mismo partido.

Estas variaciones de la relación entre los delegados y sus mandantes depende, entre otras cosas, de los modos de reclutamiento, de formación y de promoción de los responsables políticos (con, por ejemplo, por un lado, el partido comunista, que tiene que crear en alguna manera *ex nihilo* unos hombres políticos, mediante una acción de formación total y casi totalmente asumida por el partido[36], y, por el otro, los partidos conservadores, que pueden contentarse con incorporar unos ciudadanos importantes, ya dotados de una formación general y que, por otra parte, ocupan una posición establecida); de las características sociales de la base (y, en particular, de su nivel de educación general y de los modos de pensamiento político que tiende a utilizar); de los modos de elaboración del discurso político o, lo que viene a ser lo mismo, de los modos de organización de los grupos en los que ese discurso se elabora o se difunde, etcétera[37].

---

franceses, véase también Y. DELSAUT, "Les opinions politiques dans le système des attidudes: les étudiants en lettres et la politique", *Revue française de sociologie*, XI, 1, enero-marzo 1970, pp. 3-33.

[35] No es una casualidad que la *procuración* (o la asistencia), que es la condición del acceso a la opinión política para los que se encuentran desposeídos de los instrumentos de producción de la "opinión personal" sea uno de los blancos más o menos sabiamente enmascarados del pensamiento conservador o "revolucionario conservador" (véase P. BOURDIEU, "L'ontologie politique de Martin Heidegger", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 5-6, noviembre 1975, pp. 109-156).

[36] Véase G. ANSART, *De l'usine à l'Assemblée national*, París, Editions Sociales, 1977.

[37] Como productores por cuenta propia de discursos, los intelectuales tienden siempre a exigir a

El análisis de los sondeos de opinión permite aportar algunas indicaciones sobre el segundo punto. Así, por ejemplo, que el principio según el cual los electores del Partido Comunista realizan sus opiniones varía según el terreno, es decir, según que sepan práctica o teóricamente, por experiencia o por el aprendizaje político (como es el caso para todo lo que se refiere a las luchas en el campo de las relaciones de producción), "lo que hay que pensar", o que, por el contrario, se entreguen a las disposiciones de su *ethos* y se dediquen así a presentarse como los guardianes de un estado ya superado de la moral burguesa. También es un juego de niños el hacer aparecer, tanto en los militantes como en los líderes, las contradicciones o las disonancias entre las respuestas realizadas según los dos principios y, muy especialmente, entre las disposiciones revolucionarias que manifiestan en el orden político y las disposiciones conservadoras que dejan escapar en el orden "ético" y que pueden estar en la base, en determinadas situaciones, de prácticas políticas realmente conservadoras. Por el contrario, los electores del PSU, que se reclutan en buena parte dentro de las profesiones "intelectuales", con el alto grado de coherencia de sus respuestas ponen de manifiesto su aptitud para constituir todo políticamente (según una disposición análoga a la del esteta, capaz de constituir todo estéticamente) y para suministrar un sistema de respuestas explícitamente coherentes, integradas de manera más clara alrededor de principios políticos explícitamente formulables que las de los electores del Partido Comunista. Se distinguen de todos los demás por el grado en que se muestran capaces de afirmar los principios de producción propiamente políticos hasta en los terrenos donde los demás tienen la tendencia más fuerte a "regresar" hacia los principios del *ethos.*

Moral y política

Yo he votado siempre a los comunistas porque creo que es el partido más limpio. Jamás se ha visto a los comunistas complicarse en escándalos financieros o de cualquier otro tipo. Hay algunos a los que al cabo de algunos años aquello ya no les gustaba y se iban deslizando un poco hacia el otro lado; se han ido voluntariamente o bien se les ha hecho comprender que debían irse; pero yo creo que es el partido más limpio y el único que defiende a la clase obrera.

(Carpintero.)

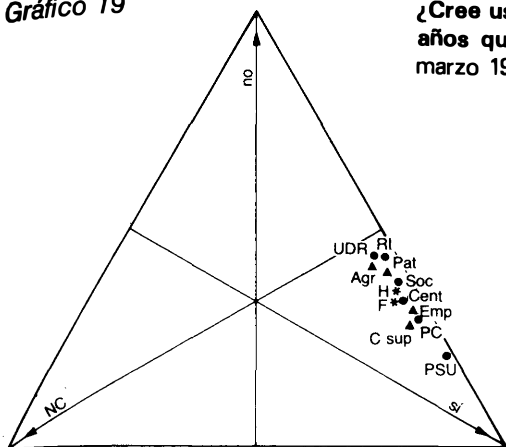
Todos los juicios políticos, incluso los que se pretenden más esclarecidos, implican una parte inevitable de *fides implicita* que obedece a la propia lógica de la elección política como elección de portavoz y apoderados, como elección de ideas, de opiniones, de proyectos, de programas, de planes, *encarnados en unas "personalidades"* y que dependen en su realidad y en su credibilidad de la realidad y de la

---

las instituciones que pretenden el monopolio de la producción legítima de bienes simbólicos, como son las iglesias o los partidos, el derecho a la autogestión de la opinión (a este respecto, el movimiento ecologista, que se niega a conducirse "como propietario" de las voces de sus electores, rechazando uno de los privilegios de los aparatos, representa la utopía realizada del partido intelectual).

Gráfico 19

¿Cree usted que hay que dejar a las chicas de 18 años que ven las películas que quieran? (IFOP, marzo 1971)



Igual que en el caso ilustrado por el triángulo, los electores del PSU ocupan una posición completamente notable siempre que se trata de afirmar unos principios políticos sobre unos terrenos que se prestan a una percepción ética. Así, por ejemplo, el 53 % de ellos desaprueban el juicio según el cual "los enseñantes no son suficientemente severos con los jóvenes", frente al 33 % sólo de los electores del PC, el 28 % de los del PS, el 22,5 % de los de la UDR, el 20 % de los de los Republicanos independientes. De igual modo, son los más inclinados a desaprobar juicios tales como "los enseñantes en Francia tienen demasiadas vacaciones", o "los enseñantes hacen demasiada política" (IFOP, marzo 1970).

---

credibilidad de esas "personalidades". La incertidumbre sobre el mismo objeto del juicio, un hombre o unas ideas, está inscrita en la propia lógica de la política que, bajo cualquier tipo de régimen, hace que el trabajo de formular unos problemas o unas soluciones políticas y de su imposición esté confiado necesariamente a unos hombres, de suerte que estos "apoderados" puedan ser siempre elegidos ya sea por su *programa* (objetivado), en el sentido de catálogo de juicios ya formulados y de medidas que habrá que tomar ya anunciadas y hechas públicas (en la lógica del *juramento*), ya sea por su "personalidad", es decir, por su *habitus* como *programa* (en el sentido de la informática) *incorporado*, como principio generador de un conjunto de juicios y de acciones (las "medidas políticas") que no son formuladas explícitamente, en el momento de la "elección", ni por el candidato ni por el elector, y que deben, pues, ser *presentidas* mediante los sutiles indicios de las disposiciones que no se ponen de manifiesto más que por medio de la hexis corporal, de la dicción, del porte, de las maneras. No existe una "elección" política que no tenga en cuenta, inseparablemente, la personalidad del garante y lo que el mismo garantiza. El delegado es al mismo tiempo el que expresa las opiniones ya expresadas de sus mandantes (es, como suele decirse, "prisionero" de un programa, especie de contrato de delegación explícita) y el que, actuando más según el programa incorporado que según el programa objetivado –o que según los intereses específicos asociados con su posición en el campo de producción ideológica–, expresa las opiniones todavía no formuladas, implícitas y potenciales, y con ello,

La intuición de la persona

–¿Qué es lo que tiene en cuenta par la elección de un diputado?

–En primer lugar, el partido. Luego, no la honestidad, sino la manera de batallar. Personalmente prefiero al hombre que sea un tantico brutal, a reserva de que obtenga unos resultados quizá menos buenos, que el que sea más tranquilo. Pero yo prefiero más al hombre que no se anda con rodeos. Como actualmente, por ejemplo, pongamos en la cabeza del partido, bien, yo prefiero a Jacques Duclos que a Georges Marchais. Porque yo creo que Jacques Duclos, cuando tiene ganas de decir lo que le da la gana, bueno, no se anda con chiquitas. Georges Marchais tampoco, pero es un poco menos tajante, un poco más manitas de seda.

(Obrero, comunista.)

Los radicales son, en fin, eran sobre todo antes, ahora yo no sé cómo son, aunque Servan-Schreiber trate de rejuvenecerlos, pero, en fin, siempre fueron un partido de viejos atontados, con muchos masones, me parece, y con unas opiniones no demasiado firmes. No es un partido muy, muy franco, creo yo.

(Secretaria.)

La entrega de sí mismo

Tengo confianza en ellos, siempre he tenido confianza, siempre han hecho lo que han dicho, por eso es por lo que yo siempre he votado a los comunistas.

(Empleado municipal, comunista.)

En conjunto, yo hago siempre todo de buena gana, sobre todo por el partido. Así es. Siempre he hecho lo que me ha dicho. Confieso que hay algunas cosas que no me han gustado y lo he dicho: a mí esto no me gusta. En fin, en conjunto, creo que no hay ningún problema, encuentro muy bien lo que hacen.

(Empleada de hogar, comunista.)

Yo sigo en primer lugar los consejos de mi partido. Tomo nota de ellos y llego a votar según las directrices ya pedidas.

(Carpintero, comunista.)

Muchas personas van a votar porque se debe ir a votar. Mientras que yo, no. Para mí personalmente no es ése mi caso. Yo voy a votar porque estoy segura de lo que voto. Yo formo parte de un partido y yo voto por mis propias ideas.

(Mecanógrafa, comunista.)

Yo creo que, personalmente, tengo confianza y que en el Comité central, cuando discuten la candidatura de tal o cual, pues bien, tienen argumentos que yo no tengo. Tal o cual para mí me parecería muy bueno, incluso quizá mejor en mi opinión personal que el candidato oficial, pero hay ciertos detalles que yo ignoro y que no son ignorados en las altas esferas. Por consiguiente, si ellos han elegido a uno antes que a otro, es porque existe una razón valedera.

(Cerrajero, comunista.)

las hace existir; puede incluso utilizar el monopolio de la palabra que le otorga su estatus de portavoz reconocido para atribuir a sus mandantes, mediante una *usurpación inverificable*, unas expectativas, unas intenciones, unas exigencias en las que aquéllos no se reconocerían (y que pueden ser, según el caso, las de una vanguardia o las de una retaguardia del grupo en su conjunto). En resumen, el hecho de que el delegado sea el garante del programa no sólo como *opus operatum*, como conjunto de proposiciones ya formuladas, sino también como *modus operandi*, como conjunto de principios generadores de proposiciones no constituidas todavía ("la línea"), es sin duda lo que hace que, utilizando una fórmula de Durkheim, nunca sea todo contractual en el contrato de delegación política.

Obligados a realizar a la luz del día, bajo forma de un programa objetivado, sus intenciones heréticas, en ruptura con la doxa, adhesión ordinaria al orden ordinario que evidentemente, no hay ni que decirlo, los partidarios de un cambio están por ello expuestos a la contradicción entre el programa que enuncia el portavoz y el programa implícito que deja traslucir su *habitus*, y esto tanto más cuanto que, en razón de las condiciones ocultas del acceso a la competencia política (y en particular de la instrucción), los poseedores del monopolio de la producción o incluso de la reproducción del programa explícito son el producto de condiciones sociales de producción (perceptibles en los signos visibles de su *habitus*) que tienen todas las probabilidades de ser diferentes de aquéllas en las que se producen sus mandantes. Al contrario, los que no tienen otra intención que la de reconducir el orden establecido pueden ahorrarse ese trabajo de explicitación y contentarse con presentar, bajo la forma de su persona, de su distinción, de su elegancia, de su cultura, y también de sus *propiedades* (títulos de nobleza, titulaciones académicas, etcétera), las garantías de un programa de conservación incorporado; tienen de manera espontánea, natural, la hexis corporal, la dicción, la pronunciación de sus proposiciones, y el acuerdo entre la palabra y la personalidad que la tiene es inmediato, perfecto, natural.

Privación y desvío

Esta ambigüedad esencial de la elección política no es más que una de las razones que hace que no exista ningún agente, ni siquiera los virtuosos de la conciencia política, que no recurra en la práctica, y esto tanto más cuanto que *la situación a la que tiene que responder esté menos constituida políticamente*, a unos modos de producción diferentes. Los dos modos de producción propiamente políticos, la procuración o la producción autónoma, son tanto más frecuentes, permaneciendo igual todo lo demás, cuanto que el problema planteado es reconocido más claramente como político. Son también tanto más frecuentes, a propósito de los problemas políticamente constituidos, cuanto más elevada es la conciencia política: dicho de otra manera, dependen del conjunto de los factores (sexo, nivel de instrucción, clase social, etcétera) que rigen la propensión a responder a las preguntas más específicamente políticas (por oposición a la propensión a abstenerse).

Según nuestra encuesta, la proporción de los que *reconocen* como políticos la totalidad o la casi totalidad de los problemas propuestos, muy baja en los no titulados, aumenta de manera regular con el nivel de instrucción, para alcanzar los

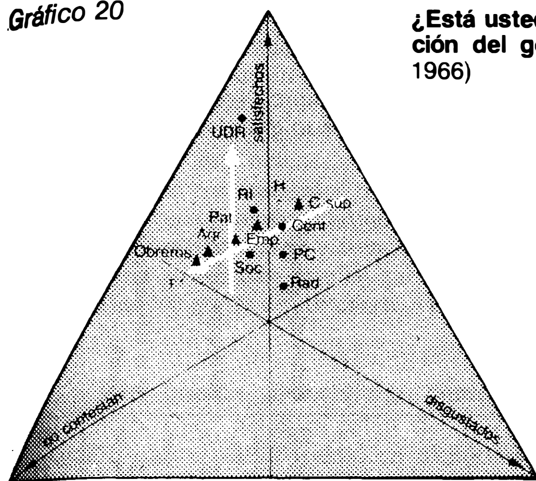
dos tercios en los bachilleres y en los licenciados. (Sin duda porque se trataba de "problemas", las diferencias según el nivel de instrucción son aquí más fuertes que en lo que concierne a la aptitud para identificar como políticas diferentes acciones.) Como era de esperar, las distancias que separan a los diferentes agentes según el capital escolar son tanto más elevadas cuando se trata de "problemas" que han *aparecido desde hace relativamente poco tiempo* en los debates políticos, como la liberación de la mujer, la protección de la naturaleza, la educación sexual, o de problemas que no se plantean más que raras veces fuera del campo de producción ideológica, como es la supresión del latín en la enseñanza secundaria. Pero se notan también variaciones no desdeñables en la capacidad de señalar como políticos problemas tales como el paro, la participación en la empresa, el aumento de los salarios en las empresas, el precio de la carne.

Esto significa que la relación entre la clase social y las opiniones políticas varía según la clase social, es decir, según el modo de producción de la opinión más frecuente en la clase de que se trate: la probabilidad de dar una respuesta propiamente política a una pregunta constituida políticamente aumenta a medida que se sube en la jerarquía social (y en la jerarquía de los ingresos y de las titulaciones académicas). Por eso, a propósito de un problema típicamente político, como es el de las relaciones internacionales, en el que la opinión tiene que ser política o no hay opinión, la correlación con la clase social es muy fuerte (y también, por supuesto, con el sexo y la instrucción) en lo que concierne a la capacidad de acceso a la "opinión", marcada por el porcentaje de "no contestan" (agricultores, 37,7%; obreros, 38,6%; pequeños patronos, 30,9%; empleados y cuadros medios, 25,0%; cuadros superiores y miembros de profesiones liberales, 16,1%); la correlación con la pertenencia política declarada es muy estrecha cuando se trata de la orientación propiamente política de las opiniones afirmadas (para las opiniones favorables a la política exterior del gobierno, Partido Comunista, 48,7%; Socialistas, 47,7%; Partido Radical, 41,2%; Centristas, 52,3%; Republicanos Independientes, 56,8%; UDR, 76,3% –IFOP, 1966–). Esto es lo que, con mayor claridad, aparece en el diagrama, en el que, como ocurre con la mayor parte de las preguntas sobre política exterior, las diferentes clases y fracciones de clase se distribuyen según el eje de los "no contestan", mientras que las preferencias por los diferentes partidos se distribuyen según el eje de los grados de satisfacción. Puede verse que, de manera general, el hecho de ignorar los "no contestan", como comúnmente se hace en el análisis de los sondeos o de las elecciones, y el de calcular las frecuencias con referencia sólo a la población de los que responden, según una lógica propiamente electoral, tiene como efecto el anular –o el debilitar– la relación con la clase social: los "supervivientes" de cada categoría son, en efecto, tanto más diferentes del conjunto de la categoría –y en el propio aspecto que está en cuestión, el grado de politización– cuanto que la proporción de la categoría que se elimina es más importante.

Además, el desajuste entre la capacidad de dar una respuesta mínima, aprobación o rechazo, y la capacidad de formular la pregunta correspondiente o, por lo menos, de recoger en la pregunta formulada la significación propiamente política que reviste para quienes la dan y la formulan (es decir, para quienes se hallan en el campo de producción de las problemáticas propiamente políticas), se encuentra en la base de un *efecto de imposición de problemática* que se manifiesta por un *desvío del sentido de la respuesta* propuesta: en efecto, se priva a los encues-

Gráfico 20

¿Está usted satisfecho o disgustado con la acción del gobierno en política exterior? (IFOP, 1966)



tados del sentido de su respuesta siempre que ellos eligen una de las respuestas propuestas a una pregunta para la que realmente no tienen los medios de formularla, y autorizan así a tratar como su opinión propia una opinión que, incluso si por ventura los refleja, les es totalmente *extraña*, o cuando responden, no a la pregunta formulada, sino a la que ellos mismos han tenido que producir para tratar de apropiarse la pregunta inicial (en efecto, el trabajo de reapropiación, que se manifiesta casi siempre por una retraducción en un lenguaje distinto, convirtiéndose la "racionalización de las elecciones presupuestarias" en "evitar el despilfarro", es ignorada casi siempre por los politólogos, ya sea desde el nivel de la observación, ya sea en el momento de la codificación).

Para hacer ver el efecto de imposición –y el efecto de alodoxia que del mismo resulta– bastará con un ejemplo: una pregunta sobre la influencia ejercida por los "negocios" en la política, en la que se ven, de pasada, dos *procedimientos retóricos* muy frecuentes, a saber, la imposición de presupuestos –en este caso "en todos los países", cláusula anodina por medio de la cual se insinúa toda la filosofía conservadora de la historia, la del "siempre y en todo lugar es así"–, y el efecto de falsa simetría que permite que exista una respuesta altamente improbable, casi absurda, bajo la apariencia de conceder las mismas oportunidades a todas las respuestas, a lo cual habría que añadir, sin duda, el efecto de neutralización y de eufemistización, apropiados para disuadir de utilizar cualquier tipo de expresión "poco decente", la indignación o la rebelión (no presentándose, por otra parte, la propia pregunta considerada más que para "hacer pasar", como suele decirse, enmascarándola eufemísticamente mediante otro efecto de simetría, otra pregunta que ésta sí que forma parte de la problemática dominante y que recae sobre la acción de los sindicatos: "Y la influencia de los sindicatos, en su opinión, ¿es demasiado grande, justo como tiene que ser, no suficientemente grande?").

Se ve que la proporción de los que juzgan demasiado grande la influencia de los "negocios" aumenta a medida que se sube en la jerarquía social (y –todo permite suponerlo, aunque no se disponga de los datos correspondientes– confor-

Tabla 30—**El efecto de imposición**

En todos los países, los negocios ejercen una cierta influencia sobre la vida política. En su opinión, esta influencia, en Francia, ¿es demasiado grande, justo como debe ser, no lo suficientemente grande?

	demasiado grande	justo como debe ser	no lo suficientemente grande	sin opinión
agricultores	28	13	3	**56**
obreros, personal de servicio	34	19	**14**	33
pequeños comerciantes, artesanos	39	23	7	31
cuadros medios, empleados	44	25	11	20
cuadros superiores, miembros de profesiones liberales, industriales, grandes comerciantes	**55**	21	8	16

Tabla 31

M. Miterrand preconiza una nueva forma de socialismo, el 'socialismo de lo posible': es decir, unas reformas que tuvieran en cuenta la situación de Francia en el Mercado Común y la competencia internacional. ¿Cree usted que esa nueva forma de socialismo puede ser aplicable?

	sí	no	sin opinión
hombre	37	35	28
mujer	24	24	52
agricultores	16	33	51
obreros	32	30	38
artesanos, pequeños comerciantes	26	31	43
empleados, cuadros medios	37	31	32
miembros de profesiones liberales, cuadros superiores	40	32	28
Partido Comunista	45	34	21
Izquierda no comunista	48	22	30
UDR	19	37	44
Centro Demócrata (Lecanuet)	29	35	36
Centro PDM (Duhamel)	31	28	41
Republicanos independientes	20	42	38
nulos y abstenciones	18	19	63

(SOFRES, *Le socialisme du possible,* junio, 1971).

me se sube en la jerarquía de los niveles de instrucción), es decir, en *razón inversa*, con gran exactitud, de la proporción de los que se abstienen de responder. Y se ve también así que sólo el 34% de los obreros "juzgan" demasiado importante la influencia de los "negocios", mientras que el 52% se refugian en la abstención o en la posición neutral llegando una proporción no despreciable (un 14%) hasta "juzgar" esta influencia demasiado pequeña. La retraducción, a menudo generadora de contrasentidos o de malentendidos, que tienen que realizar los menos favorecidos de entre los encuestados para apropiarse, aunque sólo sea un poco, una pregunta larga y compleja referente a un problema "politológico", puede verse en ese otro caso en que los encuestados menos favorecidos no tienen otra elección que la de abstenerse o responder con arreglo a la imagen que se hacen de Mitterrand[38].

Esto prueba, al menos así parece, que, *en la situación de encuesta*, los agentes menos competentes están casi por completo a merced de los efectos de imposición que resultan todos, en último análisis, del hecho de que tienen que elegir entre dos respuestas que sólo adquieren su sentido por referencia a una *problemática política*. Ahora bien, esta problemática no es otra cosa que el campo de producción ideológica como tal, es decir, el universo de las relaciones objetivas, automáticamente retraducidas en *posturas* definidas en su contenido por el lugar desde el que se emiten, entre las posiciones ocupadas y defendidas en ese campo por los agentes y las instituciones en competencia por el monopolio de la producción y de la imposición de la representación legítima del mundo social y de la acción legítima sobre ese mundo. No existe ningún otro medio de apropiarse por completo esta problemática que el de participar realmente *en su producción*, el de ocupar una posición que cuente, es decir, con la que los demás deban contar o, mejor, una posición cuya sola existencia modifique las demás posiciones, obligando a sus ocupantes a volver a pensar sus posturas (basta con pensar en los efectos estructurales determinados por la aparición del izquierdismo como idea-fuerza en el campo de producción ideológica). Los "problemas" políticos (como todos los problemas filosóficos, religiosos, etcétera) existen siempre en y por la relación entre dos o varios grupos antagónicos. Esto quiere decir que, a falta de poder participar de manera activa en el juego propiamente político que está reservado *de facto* a los *profesionales con plena dedicación* (hombres políticos, miembros permanentes de los aparatos –palabra adecuada en este caso– de los partidos, periodistas políticos, ideólogos profesionales), los *profanos* no tendrían posibilidad alguna de reconocer, en el universo de las opiniones prefabricadas, aquellas que les convienen, que les "van", si los productos ofertados no llevaran siempre *la marca de fábrica*, la etiqueta que es a la vez un punto de referencia y una garantía. Al anunciar con claridad la posición en el campo de producción ideológica que se expresa de hecho en todas las posturas autorizadas, la etiqueta que es la *referencia política* a una autoridad (a una encíclica papal, a una decisión del comité central de un partido, a un autor canónico, etcétera), permite al profano "encontrarse en ella", encontrar la postura que debe adoptar, ya sea sobre la base de la delegación

[38] Hay que anotar también aquí el efecto de neutralización que se ejerce a través de rasgos estilísticos tan imperceptibles como es el M. delante de Mitterrand, o el uso de un verbo tan académico como "preconizar" (la expresión de "socialismo de lo posible" pertenece a su vez al registro de la alta política).

que explícita o tácitamente otorga a los ocupantes de una posición determinada en el campo de producción ideológica, ya sea gracias a su dominio práctico de las homologías entre el campo político (es decir, el campo de las luchas de clases ordinarias o extraordinarias, larvadas o abiertas, individuales o colectivas, espontáneas u organizadas, etcétera) en el que sabe situarse y orientarse prácticamente, y el campo de producción ideológica que reproduce la estructura de aquél según su propia lógica[39].

El efecto de etiqueta

Sobre todo, es en el momento de las elecciones, entonces, cuando pasan por la televisión, entonces, de acuerdo, es cuando verdaderamente puede una informarse, y saber verdaderamente el partido y todo eso. Pero de otra manera, entre dos... Es decir, que en la televisión hay algunos que se expresan bien y todo eso, incluso llega una a enterarse. Pero incluso cuando antes explican a qué partido pertenecen y todo eso, entonces se presta mayor atención.

(Empleada de hogar.)

El efecto de desvío se ejerce de manera casi inevitable siempre que la pregunta requiera dos lecturas diferentes y no pueda suscitar la respuesta de los profanos más que a condición de ser conducida de nuevo desde el plano propiamente político, en el que la sitúan los profesionales que la producen y que comentarán y analizarán los resultados, al plano de la experiencia ordinaria, a la que directamente se aplican los esquemas inconscientes del *ethos*. Este es el caso, por supuesto, que se produce cuando tal o cual pregunta, ya constituida políticamente por tal o cual grupo político, y por consiguiente por el conjunto del campo de producción ideológica, no lo está para aquellos que, alejados de la lógica de la producción de la problemática por su incompetencia de estatus, no pueden captarla más que como una pregunta de la experiencia "práctica" que requiere una respuesta práctica, esto es, ética. Así es como los más desprovistos de competencia política específica tienen todas las probabilidades de alinearse en el campo de los defensores del orden moral y del orden social, e incluso de mostrarse más conservadores en este dominio que los conservadores conscientes del orden social, siempre que son conducidos a captar, según las categorías del *ethos* de clase, unos problemas ya constituidos políticamente a nivel del campo de producción ideológica. Se sabe, en efecto, que, mientras que se permanezca en el orden de la moral doméstica, la

[39] También aquí se impone la analogía con el mercado de las obras de arte: ¿qué sería el "gusto" como sistema de enclasamiento incorporado si de repente se viera privado de todos los puntos de referencia, de todas las clasificaciones objetivadas, y, en particular, de todos los índices de la posición en el campo de producción que son los lugares de exposición o de publicación, etcétera, que permiten reconocer lo que Flaubert denominaba la "opinión elegante"?

propensión al liberalismo o al laxismo tiende a aumentar a medida que se sube en la jerarquía social (lo que parece autorizar las muy conocidas tesis sobre el "autoritarismo" de las clases populares) y esto, sin duda, por medio de la elevación del nivel de instrucción. Pero esta relación tiende a invertirse desde el momento en que el orden social, y no sólo el orden moral, está en tela de juicio.

Lipset funda toda su sociodicea de la democracia norteamericana en una observación parecida: "Más a la izquierda" *(liberal and leftist)* en materia de economía, los miembros de las clases populares se muestran más "autoritarios" "cuando se define el liberalismo en términos no económicos" (es decir, cuando se trata de libertades cívicas, etcétera) e, incapaces de acceder al "desinterés" (interesado) que define toda verdadera cultura, tanto en política como en cualquier otra materia, ignoran el "liberalismo" que la nueva burguesía, tan resueltamente no-represiva –al menos para ella misma y para sus hijos– sitúa en la base de su arte de vivir[40]. Debido al hecho de que tienen el autoritarismo por naturaleza, las clases populares pueden adherirse con conocimiento de causa a unas ideologías autoritarias; porque su intolerancia les inclina a una visión simplista y maniquea de la política es por lo que no esperan el cambio de su condición más que de unas transformaciones rápidas y brutales. El "milenarismo evolucionista", que es el colofón natural de esa teología política, hace de la elevación del nivel de vida y de educación de las clases populares el motor de un movimiento universal hacia la democracia norteamericana, esto es, hacia la abolición del autoritarismo y de las clases portadoras del mismo. Apenas debería ser necesario recordar que si los miembros de la clase dominante son, en su conjunto, más "innovadores" en el terreno de la moral doméstica al mismo tiempo que más "conservadores" en el terreno más ampliamente reconocido como "político", es decir, en todo lo que afecta al mantenimiento del orden económico y político, y a las relaciones entre las clases (como lo atestiguan sus respuestas a las preguntas sobre la huelga, el sindicalismo, etcétera), es evidente que su propensión para tomar unas posiciones "innovadoras" o "revolucionarias" varía en razón inversa del grado en que las transformaciones consideradas afectan al principio de su privilegio. Así, para no utilizar más que un ejemplo muy particular, los cuadros superiores pueden parecer, con respecto a los trabajadores extranjeros, más "liberales" que los obreros, que se ven más directamente afectados por la competencia: los primeros dicen mucho más a menudo que éstos que "Francia hace un esfuerzo insuficiente para permitir que los trabajadores extranjeros dispongan de viviendas" (el 67% frente al 48%), "para darles una formación" (el 52% frente al 36%), o "para acogerlos con hospitalidad" (el 45% frente al 33%). Pero su "liberalismo" resulta menos marcado cuando se consideran medidas capaces de tener determinadas consecuencias para ellos mismos: el 41% de los cuadros superiores y miembros de profesiones liberales estiman que "Francia hace un esfuerzo insuficiente para pagar unos salarios convenientes" a los trabajadores extranjeros, frente al 43% de los obreros y el 51% de los empleados y cuadros medios; el 48% juzgan que "Francia debería disminuir o suprimir su ayuda a los países subdesarrollados", frente al 31% de los obreros y al 35% de los empleados y cuadros medios (SOFRES, *La France, l'Algérie y le Tiers-Monde*, febrero 1971).

[40] Para una exposición de estas tesis, véase S. M. LIPSET, "Democracy and Working Class Authoritarianism", *American Sociological Review*, XXIV, 4 agosto 1959, pp. 482-501.

Por consiguiente, para llegar a desarrollar el comunismo y llegar al socialismo, hay que tomar el poder. Y en estos momentos, se es demasiado democrático, también; se cede en muchas cosas, ya no hay la violencia que había hace algunos años. Cuando digo violencia no quiero decir destrozar todo, pero se es blando en las huelgas, se duda a la hora de tomar una decisión. Y no me importa decirlo, yo creo que esto ocurre porque la clase obrera no es lo suficientemente desgraciada.

(Carpintero, 67 años, comunista.)

Orden moral y orden político

La dualidad de los principios de producción del discurso se está revelando continuamente, en el propio discurso de los militantes o de los más politizados de los obreros, mediante los cambios de tono y estilo que se observan de un campo al otro, e incluso mediante la permanente tensión, en el seno del mismo discurso, entre los dos modos de expresión: de un lado, las fórmulas construidas de antemano, pequeños bloques indivisibles de pensamientos y de palabras prefabricados, que proporcionan a las palabras su color de universalidad conceptual, pero al mismo tiempo su aire de lección aprendida y esa especie de irrealidad tan característica de las disertaciones (un ferroviario puede hablar de "capas desfavorecidas" del mismo modo que un adolescente puede disertar sobre "la juventud actual"), y las palabras más cultas del léxico político ("mandantes", "reevaluación de los salarios", etcétera) que se emplean para marcar, a veces al precio de inoportunismos ("es contrario al interés de la masa salarial"), que se es capaz de enfrentarse con una prueba casi escolar y de defender a la vez un atributo estatutario del hombre y un pundonor de clase, en pocas palabras, que uno no se deja engañar, que sabe "defenderse", y que "pueden venir aquí, con sus palabrerías, todos esos politicastros"; del otro lado, separadas por bruscas rupturas de tono, las referencias más concretas a la experiencia inmediata en su singularidad intransferible, que confiere su realidad, su plenitud, su autenticidad, al discurso, al mismo tiempo que tiende a impedirle su universalización, condición para la movilización[41].

Visibles en el lenguaje hablado, estos defectos se marcan todavía más en el lenguaje escrito. Por eso, entre los obreros que han contestado a la encuesta de la AEERS y que, enormemente superseleccionados, se distinguen de su clase por un conjunto de diferencias (tienen más titulaciones académicas, sus hijos asisten más a liceos, instituciones privadas o enseñanza superior, son con mayor frecuencia

[41] Para explicar las formas particulares que puede tomar este discurso, en todo opuesto a la homogeneidad de los productos "puros" del *ethos* o de la axiomática política, sería preciso describir (a la manera de Bachelard cuando describe unos "perfiles epistemológicos") los "perfiles políticos" que dibujan unos discursos o unas prácticas engendradas según unos principios diferentes en unas situaciones diferentes, es decir, en unos terrenos donde los efectos de la inculcación política o del control propiamente político se ejercen de manera muy desigual.

parisienses y leen más a menudo periódicos de París), se ve a un mecánico discurrir en primera persona del plural sobre "la misión de Francia frente al mundo", a un minero exclamar "Pobre Francia, todo el mundo se ríe de ella", a un monotipista exponer, en un discurso particularmente representativo del esfuerzo por reproducir bien que mal la altura, el énfasis y la ampulosidad del discurso político oficial, su visión de un sistema de enseñanza capaz de asegurar "el advenimiento de una mejora del bienestar general". Pero, fuera de estas tentativas de generalización –que dan testimonio de una cierta familiaridad con el discurso sindical y político sobre el sistema de enseñanza, con la mayor frecuencia reducido a unas palabras clave o a unas consignas ("reformilla", "embaucado", "reabsorción del paro" –un ajustador–, "integración de las fuerzas vivas del país", "concertación",

Un lenguaje postizo

Señores,

La innovación que representa la presente forma de contacto es beneficiosa para todos, habría que tratar de desarrollar estos contactos, debe buscarse cada vez más el espíritu de equipo.

La teoría debe ceder ahora el lugar a una mayor cantidad de técnica, favoreciéndose al máximo los métodos audiovisuales; son deseables visitas a las empresas; también la politización, a condición de que se encamine hacia un englobamiento suficientemente amplio para que la estabilidad tome ampliamente la delantera.

La formación de los adultos, y sobre todo el perfeccionamiento, se hacen indispensables, las formaciones básicas ya no pueden ser suficientes, el control de los conocimientos y el saber práctico deberían poder permitir una progresión social.

Con exclusión de todas las tendencias, debe buscarse el progreso; está por hacer una reconversión importante de la manera de orientar hacia los distintos trabajos; la instrucción y la inteligencia son dos cosas diferentes; el dirigente o el jefe íntegro puede encontrarse entre los muy jóvenes, un espíritu organizador se manifiesta pronto (...).

(Monotipista, extracto de una carta dirigida a la AEERS, en respuesta al cuestionario publicado en la prensa.)

"gestión incontrolada", "capas desfavorecidas" –un ferroviario–)–, las respuestas están extremadamente particularizadas: todo sucede como si los que contestan aprovecharan esta ocasión para formular cualquier queja personal y sin relación inmediata con las preguntas formuladas. Ocurre también que la respuesta no sea otra cosa que una manera de "hacer saber en las alturas lo que pasa" y en particular la falta de conciencia de los maestros: un agricultor responde *exactamente* la misma frase a todas las preguntas: "Los maestros no cumplen con su deber, no piensan más que en las vacaciones"; otro vuelve siempre, en sus comentarios, al despilfarro de horas de trabajo; otro, por último (una taquimecanógrafa cuyo marido es carrocero), que deja sin respuesta la mitad de las preguntas, responde a cada una de las demás: "Ya no se tiene conciencia profesional, no se habla más que de diversiones."

Sin duda, es en parte porque choca continuamente con estos *efectos de interferencia* y con la tendencia a la autoexclusión que viene impuesta por la privación y por el sentimiento de impotencia, por lo que la acción de formación –con la que las organizaciones políticas o sindicales se esfuerzan por inculcar a los más políticamente desfavorecidos la voluntad de tener una opinión, y por proporcionarles los medios para crearla– debe a su vez oscilar continuamente entre el formalismo de las fórmulas generales sobre el mundo económico y social y las referencias directas a la experiencia inmediata –sin poder proceder nunca al análisis, imposible, sin duda, para el productor tanto como para el receptor, que verdaderamente relacionaría el caso particular con sus fundamentos últimos en la economía política[42]–: si la atención a la situación concreta es indispensable para dar confianza, la superación del caso particular que encierra en la particularidad, y por consiguiente *aísla*, no se impone en menor grado, puesto que es la condición para la movilización colectiva alrededor de *problemas comunes*. Esta dialéctica de lo general y de lo particular está en el centro de la política y en especial de la acción de *politización*, con la necesidad para los unos –que son totalmente partidarios del orden establecido– de universalizar sus intereses particulares, y para los otros, de aprehender en su universalidad la particularidad de su condición. Ahora bien, en la práctica política –de la que los sondeos, debido a la diversidad de los campos de la existencia que tocan, reconstruyen su variedad– se pasa insensiblemente de las cuestiones particulares y privadas, concernientes todas ellas en especial a la moral doméstica (por ejemplo, la educación de los hijos, la sexualidad, la autoridad en la familia, la división del trabajo entre los sexos, etcétera) y que pueden ser ya algunas de las apuestas de las luchas políticas para ciertas vanguardias, a unas cuestiones que, aunque se relacionen también con la educación o la sexualidad, se sitúan a un nivel más general y más abstracto, puesto que implican a la institución escolar, pero también más alejado de la experiencia práctica –como las cuestiones sobre los métodos pedagógicos, el reclutamiento, la formación o la remuneración de los profesores, la introducción de la educación sexual o de la política en los liceos, las manifestaciones estudiantiles, etcétera–, o a unas cuestiones constituidas como políticas por la tradición de la lucha sindical o política –como todas las que se relacionan con las huelgas, las relaciones entre patronos y trabajadores, el papel de los sindicatos, etcétera.

El efecto de desvío se ejerce al máximo cuando, en unas situaciones políticas ambiguas, como lo son todas las situaciones de crisis que ponen en tela de juicio los puntos de referencia y los esquemas de pensamiento establecidos (en este caso particular, justo después de mayo del 68), los más desposeídos políticamente –que son también, en buena parte, los más desposeídos económica y culturalmente– aplican a unos problemas políticos, todavía mal definidos para ellos –por ejemplo, los problemas que plantean las manifestaciones estudiantiles–, los esquemas de percepción y apreciación (en este caso particular su aversión ética hacia los "hijos de papá" y los escándalos de la vida bohemia) que les llevan inevitablemente a su "autoritarismo", aportando así su refuerzo a los defensores ordinarios del orden establecido.

---

[42] Lo que distingue a estas organizaciones en el universo de las instituciones educativas es, sin duda, el hecho de que realizan su acción pedagógica en el propio seno de los grupos primarios, por mediación de unos agentes, los militantes, que pertenecen al propio grupo.

Tabla 32—Orden político y orden moral

	agricultores	artesanos, pequeños comerciantes	obreros	empleados, ejecutivos medios	ejecutivos superiores, profesiones liberales
El orden político					
las huelgas hacen más mal que bien a los trabajadores (SOFRES, 1970)	58	57	35	33	42
cuando hay una huelga en una empresa, los que quieren seguir trabajando deben poder hacerlo (SOFRES, 1970)	74	62	41	61	**82**
los patronos y los trabajadores tienen los mismos intereses, deben trabajar juntos y entenderse por el interés de todos (SOFRES, 1970)	72	**87**	53	60	80
son favorables a una cierta limitación del derecho de huelga en el sector público (SOFRES, 1970)	**60**	54	31	50	57
piensan que es deseable que el papel de los sindicatos de asalariados en Francia sea menos importante de lo que lo es actualmente (IFOP, 1971)	16	**26**	7	14	20
desaprueban el papel que desempeñan en Francia los sindicatos de asalariados (IFOP, 1969)	24	30	19	26	**33**
El orden moral					
una chica no puede salir sola hasta los 18 años y más (IFOP, 1959)	83	**88,5**	81,5	82	69,5
no hay que dejar que las chicas de 18 años vean las películas que quieran (IFOP, 1971)	**38,5**	**38,5**	31,5	29,5	28
las escuelas mixtas no son buenas para la educación de las chicas (IFOP, 1971)	**24**	**24**	20	14,5	8,3
desaprobarían la creación en las escuelas de cursos de educación sexual (IFOP, 1966)	**33**	29	19	19	19
la venta de píldoras anticonceptivas a las menores no casadas sólo se haría con autorización de los padres (IFOP, 1967)	74	70	**78**	76	62
sería preferible decirle a los hijos lo que tienen que hacer y evitar mostrarse débiles con ellos (IFOP, 1972)	36	34	**40**	29	25

La SOFRES reagrupa a los industriales y grandes comerciantes con los cuadros superiores y miembros de profesiones liberales; el IFOP los reagrupa con los artesanos y pequeños comerciantes. Se han dado aquí los porcentajes de miembros de cada categoría (ej., agricultores) que han aprobado cada uno de los juicios propuestos (los porcentajes de "no contestan" son más bajos, de manera general, en el conjunto de las clases, para todas las preguntas relacionadas con el orden moral —con excepción de las preguntas sobre la venta de píldoras anticonceptivas a las menores y la introducción de cursos de educación sexual— que para las que se refieren al orden político). Se han puesto en negrita las tendencias más fuertes por línea.

Si unas preguntas sobre los desórdenes en los liceos y las manifestaciones en las facultades, o sobre la política en los establecimientos escolares, están predispuestas a funcionar como trampas, se debe a que, en realidad, sólo toman todo su sentido en su verdadero contexto, la *problemática dominante* como conjunto de problemas que se engendran a partir de la cuestión principal del mantenimiento del orden establecido. Como lo muestra el inventario de las preguntas formuladas por los institutos de sondeo, esta problemática reúne las preguntas que se formulan a aquellos, y sólo a aquellos, que deben tomar en cuenta la distribución de las opiniones a propósito de su política en la determinación de esta política. Al no conocer más que los problemas que se plantean los dominantes a propósito de los grupos que les "plantean problemas", la problemática dominante ignora los problemas que se plantean esos grupos (o que se les plantean a los mismos).

Al no saber, hablando con propiedad, a qué pregunta responden, al no poseer ni los intereses ni las disposiciones que les permitirían *reactivar* realmente la pregunta formulada, reconociendo en ella una forma particular de la cuestión de la

conservación o de la subversión del orden establecido, los más desfavorecidos no responden a la pregunta que en realidad se les formula sino a una pregunta que ellos producen con sus propios recursos, es decir, a partir de los principios prácticos de su *ethos* de clase. Cuando las preguntas formuladas se sitúan en la región intermedia entre la moral y la política es cuando se ve mejor la contaminación de la política por la moral y el deslizamiento desde la indignación moral al integrismo político, muy especialmente en quienes su posición en el espacio social les predispone a una percepción moral del mundo social, como ocurre con la pequeña burguesía y en particular con los individuos o las fracciones de esta clase que se encuentran en decadencia. El resentimiento es evidente en el principio de las posturas reaccionarias o revolucionarias-conservadoras de los pequeño-burgueses en decadencia que, preocupados por mantener el orden en todo, tanto en la moral doméstica como en la sociedad, invierten en la indignación moral contra la degradación de las costumbres toda su rebeldía contra la degradación de su posición social, pero muy a menudo también habita en el rigorismo jacobino y la rebelión meritocrática de los pequeño-burgueses en ascensión, convencidos de que tienen derecho para exigir cuentas a un orden social que no ha recompensado sus méritos de manera suficiente: simple revés de la pretensión, disposición característica de los grupos condenados a ocupar subjetivamente una posición que no les es objetivamente reconocida, el resentimiento es lo propio de todos los que condenan el orden establecido en la medida, solamente, en que éste no les conceda el reconocimiento que ellos le conceden, con su misma rebeldía, y en que no sepa reconocer en ellos los valores que dicho orden establecido reconoce oficialmente. De ahí viene que el conservadurismo ilustrado, siempre dispuesto a aceptar o incluso impulsar unos cambios en todos los campos que no afecten a los fundamentales del orden social[43], se vea ofrecer, desde la derecha y desde la izquierda, los contrastes que necesita para darse las apariencias de una vanguardia.

Habitus de clase y opiniones políticas

Resultaría vano, tanto en este campo como en cualquier otro, buscar el principio explicativo de las respuestas en un factor o en un conjunto puramente aditivo de factores: en efecto, el *habitus* integra en la unidad originariamente sintética de un principio generador el conjunto de los efectos de las determinaciones impuestas por las condiciones materiales de existencia (cuya eficacia está cada vez más subordinada al efecto de la acción de formación y de información previamente experimentada a medida que se avanza en el tiempo). El *habitus* es la *clase incorporada* (que incluye unas propiedades biológicas socialmente moldeadas, tales como el sexo o la edad) y, en todos los casos de desplazamiento inter o intrageneracional, se distingue (en sus efectos) de la *clase objetivada* en un momento dado del

[43] Este liberalismo ético encuentra su fundamento en las transformaciones del modo de reproducción de la clase dominante, cuyas recientes transformaciones del derecho de familia constituyen una buena prueba, y que tienen como efecto el volver inútiles o incluso disfuncionales las "virtudes" de la antigua burguesía (las mismas que los integristas, destinados a la decadencia social por su incapacidad para reconvertirse, se esfuerzan en perpetuar, como si tuvieran la inversión de la tabla de los valores burgueses como causa de la decadencia de la que participa su ocaso y esperaran su salvación social de una restauración ética).

tiempo (bajo la forma de propiedades, titulaciones, etcétera) en que perpetúa un estado diferente de las condiciones materiales de existencia, aquéllas de las que es producto y que difieren más o menos en este caso de las condiciones de su actualización. Las determinaciones que se ejercen, a lo largo de toda la existencia, sobre los agentes constituyen un sistema dentro del cual el peso predominante revierte en unos factores tales como el capital poseído, definido en su volumen global y también en su estructura, y en la posición correlativa en las relaciones de producción (reconocida a través de la profesión, con todas las determinaciones asociadas a la misma, como puede ser la influencia de las condiciones de trabajo, del medio profesional, etcétera).

Esto significa que, como ya se ha visto, la eficacia propia de un factor tomado aisladamente nunca se mide en realidad por la correlación entre ese factor y la opinión o la práctica considerada, pudiendo estar asociado el mismo factor a unos efectos diferentes, a veces contrarios, según el sistema de factores en que se encuentra inserto: así, el título de bachiller puede ser un principio de rebeldía cuando el que lo posee es un hijo de cuadro medio o de obrero cualificado que baja a la categoría de obrero especializado (el aumento regular del número de bachilleres entre los obreros especializados no es, sin duda, ajeno al desarrollo del izquierdismo en el seno de la clase obrera), o un principio de integración cuando el que lo posee es un cuadro medio hijo de obrero o de campesino. Del mismo modo, podría demostrarse que el valor de una titulación académica y la relación con el mundo social que le es correlativa varían considerablemente según la edad de su portador (en la medida en que las probabilidades de poseer esa titulación son muy desiguales para las diferentes generaciones), según su origen social (en la medida en que el capital social heredado –apellido, relaciones familiares, etcétera– rige el *rendimiento real* que aquélla pueda tener) y, sin duda, también según su origen geográfico (por medio de las propiedades incorporadas, como el acento, y asimismo de las características del mercado de trabajo) y según el sexo.

Es comprensible que, por intermedio del *habitus*, que define la relación con la posición sincrónicamente ocupada, y, por consiguiente, las posturas prácticas o explícitas sobre el mundo social, la distribución de las opiniones políticas entre la derecha y la izquierda se correspondan bastante estrechamente con la distribución de las clases y de las fracciones de clase en el espacio definido en su primera dimensión por el volumen del capital global y en la segunda por la estructura de ese capital: la propensión a votar a la derecha aumenta a medida que aumenta el volumen global del capital poseído, y también a medida que aumenta el peso relativo del capital económico en la estructura del capital, aumentando en los dos casos en sentido inverso la propensión a votar a la izquierda. La homología entre las oposiciones que se establecen bajo estos dos aspectos –la oposición fundamental entre los dominantes y los dominados, y la oposición secundaria entre las fracciones dominantes y las fracciones dominadas de la clase dominante– tiende a favorecer las coincidencias y las alianzas entre los ocupantes de posiciones homólogas en unos espacios diferentes: la más visible de esas paradójicas coincidencias se establece entre las fracciones dominadas de la clase dominante –intelectuales, artistas o profesores– y las clases dominadas, que tienen en común el expresar su relación (objetivamente muy distinta) con los dominantes (comunes) en una particular propensión a votar a la izquierda.

Si, sobre la base de las distribuciones de las intenciones de voto según la categoría socioprofesional establecidas por Michelat y Simon[44], se caracteriza cada fracción de clase por la distancia algebraica entre los porcentajes de las intenciones de voto para la izquierda y de las intenciones de voto para el centro o los gaullistas (dejando de lado los "no contestan", que varían relativamente poco), se ve que todo ocurre como *si los efectos de volumen y los efectos de estructura del capital se acumularan*, de suerte que el espacio político aparece como una deformación sistemática del espacio social, al venir a situarse, por un lado, los maestros (–43) junto a los mineros (–44), los profesores (–21) a la altura de los obreros cualificados (–19), los artistas (–15) a la altura del peonaje (–15) y los empleados de oficina (–9) junto a los obreros especializados (–10), mientras que los industriales (+61), seguidos de los miembros de profesiones liberales (+47), los cuadros administrativos superiores (+34) y, muy próximos, los comerciantes (+32) ocupan el otro extremo del espacio político, situándose los técnicos (+2) y los contramaestres (+1) en la frontera entre la derecha y la izquierda. Todo parece indicar que se establece una oposición secundaria entre las fracciones que se inclinan en una fuerte proporción hacia las elecciones más enclasantes de sus regiones respectivas del espacio político: los industriales y los miembros de profesiones liberales por una parte, entre los que se cuenta una fuerte proporción de votos para el Centro, y el peonaje, los obreros especializados y los obreros cualificados por otra, que votan en una fuerte proporción al PC, parecen oponerse así a las fracciones que acumulan una fuerte proporción de abstenciones y de elecciones relativamente menos enclasantes (izquierda no comunista o gaullista), esto es, los artistas, los profesores, los maestros y los contramaestres, que quizás expresan con ella las ambigüedades y contradicciones vinculadas con su posición de inestabilidad en el espacio social.

Es evidente que no es posible explicar por completo las prácticas o las opiniones políticas, así como tampoco las demás prácticas, si se hace abstracción de todo lo que se capta mediante los indicadores ordinarios del origen social, donde hay que distinguir, por lo menos, el *efecto de la trayectoria* que conduce de la posición original a la posición actual; el efecto de los condicionamientos sociales inscritos en una condición particular, y especialmente importante cuando se trata de entender las posturas políticas como posturas expresas en el mundo social; el *efecto de inculcación* propiamente dicho, al recibirse la educación política, así como la educación religiosa que es una forma eufemistizada de la primera, desde la infancia y en la familia, por lo menos en parte.

[44] Véase G. Micheat y M. Simon, "Catégories socio-professionnelles en milieu ouvrier et comportement politique", *Revue française de science politique,* XXV, 2 abril 1975, pp. 291-316 (en especial, 296-297). La clasificación adoptada por los autores, tanto para las categorías socioprofesionales como para las opiniones políticas (reducidas a unas categorías muy poco afinadas y sin ninguna indicación de modalidad), no permite contraponer claramente a la pequeña burguesía establecida, más apegada a las organizaciones políticas clásicas (aunque los efectos del desclasamiento hayan hecho surgir en ellas también nuevas formas de reivindicación y de lucha), con la nueva burguesía, que debe reconocerse en todas las formas políticas nuevas –desde el izquierdismo a la ecología, pasando por el PSU y las nuevas tendencias del PS– y en todas las consignas de participación y autogestión, apropiadas para satisfacer las aspiraciones de autonomía o de soberanía personal de los pequeño-burgueses con pretensiones intelectuales. Sin embargo, puede observarse que, entre todas las categorías situadas en el centro del espacio, los miembros de los servicios médico-sociales (+28) se sitúan del lado del polo marcado por los industriales, mientras que los técnicos se inclinan más bien hacia el polo de los mineros (+2), ocupando una posición intermedia los cuadros administrativos medios (+14) y los empleados de comercio (+16), junto con los artesanos (+13), los ingenieros (+19) y los agricultores (+20).

Antes de asombrarse por la intensidad de la correlación observada entre la práctica religiosa y la opinión política, es necesario preguntarse si no obedece en gran parte al hecho de que ambas no son otra cosa que dos manifestaciones diferentes de la misma disposición; no sólo porque, tanto en su contenido como en las disciplinas de inculcación, la formación religiosa es una forma eufemistizada de socialización política, sino también porque la imposición de una práctica y de una creencia declarada implica la asignación a una clase, y por consiguiente la atribución de una *identidad social* que, cualquiera que pueda ser el contenido de la correspondiente inculcación, se encuentra relacionalmente definida por su oposición a la clase complementaria de los "no-creyentes" y se encuentra también cargada con todas las propiedades excluidas de ésta en un momento dado del tiempo (como puede ser una disposición política conservadora implicada en la oposición a los "rojos"). La *fidelidad* a esta identidad y a los que de ella participan ("yo soy cristiano") confiere a la fe *profesada* una gran autonomía con respecto a las condiciones de existencias efectivas. En cuanto al efecto propio del contenido del mensaje religioso, puede estimarse que refuerza la propensión primera a pensar el mundo social en la lógica "personalista" de la "salvación personal", a entender la miseria o la opresión como fatalidades, y fatalidades personales, parecidas a la enfermedad o a la muerte. (A la inversa, el modo de pensamiento político tiende a rechazar fuera de la política todo lo que el modo de pensamiento personalista y la religión constituyen como ética, comenzando por lo que se relaciona con la economía doméstica; de ahí viene que esté poco preparado para politizar lo doméstico, como puede ser el consumo o la condición femenina. Dificultad aumentada por el hecho de que la vanguardia de la politización de lo doméstico está compuesta a menudo por individuos o por movimientos de origen cristiano, respecto de los que no es fácil determinar si politizan lo doméstico o si domestican y despolitizan lo político).

La oferta y la demanda de opiniones

Para tratar de precisar la relación entre las clases y las opiniones políticas socialmente constituidas en un momento dado del tiempo, puede tenerse la tentación de examinar, a partir de las estadísticas disponibles, cómo se distribuyen las elecciones que hacen las diferentes clases y fracciones de clase entre los distintos periódicos o semanarios más o menos marcados políticamente. Diligencia que no es perfectamente legítima a menos que se comience por interrogar la significación que las diferentes categorías de lectores confieren a la lectura del periódico, y que puede no tener nada en común con las funciones que normalmente le son atribuidas o con las que le asignan los productores o sus mandantes. Unicamente la fe etnocéntrica en el mito de la "opinión personal", que uno "se hace" al precio de un permanente esfuerzo por informarse y mantenerse al corriente, puede hacer ignorar que el periódico (cuando se lee alguno) sólo es un *periódico de opinión* para unos pocos.

Así, los lectores de diarios nacionales como *France-Soir* y *Le Parisien Libéré* (510.000 y 360.000 ejemplares, respectivamente, de venta diaria en 1977) se distribuyen en partes casi iguales entre la derecha y la izquierda –41% frente a 36% para el primero y 33% frente a 33% para el segundo– (mientras que, algo más sorprendente aún, dado el contenido de derechas más claramente marcado de este periódico, el 27% de los lectores de *L'Aurore* se declaran dispuestos a votar a la izquierda); el 60% y el 64% de los lectores respectivos de esos dos periódicos

dicen que no abandonarían su lectura si llegaran a tomar unas posiciones políticas contrarias a las suyas; por último, una fuerte proporción de estos lectores se abstienen de juzgar sobre su objetividad o sobre sus posturas en la campaña electoral. Pero sobre todo, sólo una parte muy pequeña de lectores (un 24% para *Le Parisien Libéré* y un 29% para *France-Soir*, frente a un 37% para *Le Figaro* y un 42% para *L'Aurore*) se confiesa de total acuerdo con las opiniones expresadas por esos periódicos, mientras que una gran proporción de ellos (un 40% y un 50% respectivamente) los juzgan más a la derecha que ellos mismos. Se ve aquí que el efecto propiamente político de un periódico no se mide por la orientación política de su discurso propiamente político tal como puede ser apreciada en el campo de producción ideológica, y menos todavía en el número de centímetros cuadrados dedicados propiamente a la política, sino en la relación que los lectores mantienen con el periódico, del que pueden *ignorar* su mensaje político, y cuya acción política más importante puede ser la de no conceder ninguna importancia a la política.

Todo sucede, en efecto, como si la opinión política de los lectores fuera tanto más independiente de la opinión explícitamente profesada por el periódico cuanto más bajo se sitúan estos lectores en la jerarquía social. Comprar un periódico como *Le Parisien Libéré* o *France-Soir* (o incluso *L'Aurore*) es, para los obreros o los empleados que votan a los socialistas o a los comunistas (y que constituyen, sin duda, el grueso de los lectores de estos periódicos cuyos votos van hacia esos partidos, que son respectivamente el 10% y el 20% del público del primero y el 9% y el 29% del público del segundo), cumplir un acto que, aunque sea objetivamente político y presuponga y produzca sin duda la "despolitización", no implica ninguna afiliación, ninguna *delegación* política. *Le Parisien Libéré*, que dedica el 16,3% de su superficie a los deportes (frente al 2,6% en *Le Monde*) y a los más populares de ellos, es considerado por muchos de sus lectores como un periódico deportivo que, a diferencia de *L'Equipe*, ofrece por el mismo precio unas informaciones generales y unos sucesos de todo tipo.

La independencia relativa de las opiniones políticas de los lectores con respecto a las posturas políticas del periódico obedece también al hecho de que, a diferencia del partido político, aquél presenta una información que no es exclusivamente política (en el sentido restringido que de ordinario se da a esta palabra) y de que –producto múltiple, que ofrece en proporciones muy variables política (internacional y nacional), sucesos y deportes– puede ser objeto de un interés relativamente independiente de los intereses específicamente políticos[45]. Además, obedeciendo a la búsqueda consciente del aumento al máximo del número de sus lectores, valiosos por los beneficios que aportan mediante la compra del periódico pero también por el aumento de valor que proporciona a los ojos de los anunciantes[46], los órganos de prensa que pueden denominarse ómnibus (y entre los cuales se

[45] Mientras que los periódicos parisienses dedican un espacio cada vez menor conforme se va de los asuntos internacionales a los sucesos y a los deportes (el 14,8%, 8,8% y 8,9%), las proporciones se invierten en los periódicos de provincias (7,9%, 8,4% y 16,5%). (Véase J. KAYSER, *Les quotidiens français*, París, Armand Colin, 1963, pp. 125-127.) Es posible suponer que las diferencias serían aún más marcadas si se separaran de los otros –que conceden a los sucesos y a los deportes (como es el caso por lo menos de *Le Parisien*) un espacio comparable al de los periódicos de provincias– los periódicos nacionales cuyo público se recluta sobre todo en la clase dominante, como *Le Figaro* y *Le Monde*.

[46] La encuesta de mercado es mucho más un arma en esta lucha –puesto que permite poner de manifiesto la "penetración" del periódico ante los ojos de los anunciantes, de donde procede una parte más o menos importante de su financiación–, que un instrumento de conocimiento que permita conocer y satisfacer mejor las expectativas del público.

pueden contar la mayor parte de los periódicos locales) se ven obligados a evitar metódicamente todo lo que puede escandalizar y alejar a una fracción de su público actual o potencial, esto es, en primer lugar, las posturas propiamente políticas (descartadas también, por las mismas razones, en las conversaciones ocasionales entre desconocidos –en beneficio de tópicos garantizados, como la lluvia y el buen tiempo–), con la excepción, sin embargo, de las que pueden ser percibidas como las menos políticas, es decir, las declaraciones oficiales (lo que confiere a los periódicos ómnibus su aire de órganos semioficiales o "gubernamentales")[47]. Este imperativo, que se impone cada vez más a medida que aumenta la clientela, reagrupando necesariamente a gentes cada vez más diferentes por sus gustos y sus opiniones, basta para explicar los rasgos invariables de todos los bienes culturales ómnibus: folletines televisados, filmes de gran espectáculo, *best-sellers*, mensajes políticos, sabiamente despolitizados, de los partidos políticos a los que se denomina *"catch-all"*, bellezas insignificantes de las *vedettes* hollywoodenses o de los profesionales del encanto burocrático, perfil perfectamente pulido y civilizado de los gestores modelos que han tenido que pagar su ascensión con un metódico lijado de todas las asperezas sociales, otros tantos productos que pueden ser, en última instancia, perfectamente *no enclasantes*, o, como suele decirse, *insípidos*, pero aceptables, a ese precio, para todos los gustos[48].

Todo enfrenta así a los grandes periódicos o semanarios ómnibus, que obtienen la máxima extensión de clientela mediante la neutralización del producto, con los grupúsculos o con las pequeñas revistas de vanguardia, que dan testimonio de su lealtad hacia su programa inicial, ya sea por una rápida desaparición, ya sea por una supervivencia continuamente dependiente (de las suscripciones, de la sobrecarga de trabajo de los responsables y del sacrificio de los militantes, etcétera). A menos de que lleguen a superar o a manejar los conflictos que hace surgir, tanto en la unidad de producción como en el público, la búsqueda de la máxima extensión de la clientela, condición para el acceso al poder, imponiendo unas concesiones, unos compromisos o unas atenuaciones en contradicción con el programa inicial y en ruptura con la fracción más antigua y más "significativa" del público. Así es como algunos grandes partidos (como en la actualidad el Partido Socialista) y algunos grandes órganos de prensa pueden encontrar en una gestión racional de la competencia dentro de la unidad de producción, funcionando como *campo*, el medio de ofrecer a las diferentes categorías de lectores o de electores (por ejemplo en el caso de *Le Monde*, a las diferentes fracciones de la clase dominante), incluso sin tener que proponerse explícitamente este fin, unos productos diversificados y ajustados a sus distintas e incluso opuestas expectativas.

Pero además, si se exceptúan los más politizados, que leen *L'Humanité* o algún otro periódico de extrema izquierda, los obreros y los empleados no ven prácticamente nunca en el periódico esa especie de guía política o de mentor moral

---

[47] Por oposición a los periódicos y semanarios que se ven excluidos por demasiado "marcados" de los lugares donde es tradicional ofrecer lecturas –salas de espera de los médicos o de ciertos establecimientos públicos, cafés, peluquerías–, los semanarios *ómnibus*, que están especialmente preparados a fin de no excluir a ninguna fracción potencial de la clientela (*Paris-Match*, *Jours de France*, *L'Express*), convienen perfectamente a unas situaciones en las que se les pide precisamente que cumplan esa función (*Le Parisien Libéré* y *France soir* desempeñan a menudo ese papel en las peluquerías).

[48] La ley se aplica también a los bienes de consumo material: basta con pensar en los nuevos quesos (del estilo *Bonbel*) o en los alimentos para bebés.

y cultural que, en rigor, quizás sea sólo para una fracción de los lectores de *Le Figaro*, ni tampoco el instrumento de información, de documentación y de análisis que es, sin duda, sólo para los alumnos de Ciencias Políticas o de la ENA, los altos funcionarios y una fracción de los profesores, es decir, para el público a quien va dirigido *Le Monde*. Además de los resultados y comentarios deportivos del lunes por la mañana, de un periódico se espera eso que se denomina "noticias", es decir, unas informaciones sobre el conjunto de los acontecimientos por los que uno se siente directamente afectado porque afectan a personas a las que se conoce (como son las defunciones, los casamientos, los accidentes o los éxitos escolares de los periódicos locales) o a personas parecidas a uno, de las que por procuración se sienten su desgracia, su miseria o su infortunio (como, por ejemplo, la catástrofe ocurrida durante el verano de 1978 en un *camping* popular en España). El interés por estas "noticias", que los periódicos llamados "serios" relegan al sitio menos importante porque es de buen tono no hacerles demasiado caso, no es, sin duda, de naturaleza diferente del que los miembros de la clase dominante más próximos a los centros de decisión política prestan a las noticias llamadas generales, a los nombramientos de los miembros de los gabinetes ministeriales o del comisario del plan, a las elecciones de la Academia o a las recepciones del Elíseo, a las luchas de clanes dentro de los aparatos políticos o a las guerras de sucesión en el seno de un gran periódico o de una gran empresa, por no hablar de los sucesos mundanos o de los palmarés de los concursos de las grandes escuelas. En las cenas o en las conversaciones de la existencia burguesa es donde los nombres propios de interés general –los del ministro de Hacienda o de su director de gabinete, del director de Schlumberger o del director de precios, etcétera– remiten a unas personas familiares, concretamente conocidas y frecuentadas, que pertenecen al universo del interconocimiento (lo que contribuye en no poca medida a hacer de la lectura de *Le Monde* un requisito obligado para la entrada en "el mundo"). Se suele olvidar que la clase dominante se define precisamente por el hecho de que tiene un interés particular por los asuntos denominados de interés general, puesto que los intereses particulares de sus miembros están particularmente vinculados con estos asuntos.

Pero ésta no es más que una de las razones para sospechar la oposición semiculta entre *news* y *views*, entre el "periódico sensacionalista", como se suele decir, y el periódico de "reflexión". Lo que significa, mediante la lectura de esas dos categorías de periódicos, es en realidad dos tipos de relaciones completamente diferentes con la política. El hecho de leer un periódico nacional, y sobre todo uno de los grandes periódicos legítimos, como *Le Figaro* o *Le Monde*, es una manera entre otras (como el hecho de escribir en los periódicos o de escribir a los periódicos, de firmar unas peticiones publicadas en los periódicos o de responder a las encuestas lanzadas por los periódicos, etcétera) de poner de manifiesto que uno se siente miembro del país legal, es decir, que se siente con derecho y con *deber* de participar en la política, de ejercer realmente *sus derechos de ciudadano*.

No sorprenderá, pues, observar que la lectura de los periódicos nacionales –y sobre todo de los más legítimos– está vinculada de manera estrecha con el nivel de instrucción, en virtud de un efecto de asignación estatutaria: la titulación académica contribuye considerablemente a determinar el sentimiento de pertenecer con pleno derecho al universo de la política y de la cultura legítimas, del que forma parte el sentimiento de tener el derecho y el deber de leer un periódico legítimo. Si la probabilidad de leer un periódico nacional aumenta siempre considerable-

mente con el capital escolar (variando en sentido inverso la probabilidad de leer un periódico regional), las diferencias resultan particularmente marcadas respecto a *Le Monde* y *Le Figaro*, cuyo público se recluta en parte muy importante entre los poseedores de una titulación de enseñanza superior. Por mediación del nexo con el capital escolar, la probabilidad de leer un periódico nacional está ligada con la clase social (si bien de manera menos estrecha): muy baja en las clases populares, en las que la lectura se reduce casi exclusivamente a los periódicos deportivos y a los periódicos *ómnibus* (*France-Soir* y *Le Parisien*), aumenta regularmente a medida que se sube en la jerarquía social. Todo permite suponer que, aunque permanezca igual todo lo demás, las mujeres están más inclinadas socialmente que los hombres a interesarse en el contenido "no político" de los periódicos ("noticias" locales, sucesos, sucesos mundanos, etcétera). A diferencia de lo que sucede en el orden de las prácticas culturales, el efecto de asignación estatutaria que ejerce el capital escolar no puede, en materia de política, hacerse sentir plenamente sobre

Tabla 33—Lectura de los periódicos según el nivel de instrucción (hombres-1975)

Nivel de instrucción de la persona interrogada	Probabilidad de leer un periódico	Probabilidad, si se lee un periódico, de leer								
		un periódico regional	un periódico nacional	L'Équipe	L'Aurore	France-Soir	La Croix	Le Figaro	Le Monde	L'Humanité
primaria	64,7	87,3	18,0	3,7	2,7	6,1	0,5	1,3	1,2	3,4
primaria superior	74,2	80,3	25,2	1,2	4,7	7,3	1,6	3,5	3,4	3,1
técnico-comercial	65,5	79,0	15,8	6,9	3,5	8,9	0,3	3,0	3,0	4,4
secundaria	67,2	80,6	28,9	5,6	3,0	7,4	1,0	5,6	8,0	2,7
superior	73,1	60,0	**54,8**	7,3	4,3	8,2	4,0	**16,0**	**28,2**	6,6

Tabla 34—Lectura de los periódicos según la edad (hombres-1975)

Edad de la persona interrogada	Probabilidad de leer un periódico	Probabilidad, si se lee un periódico, de leer								
		un periódico regional	un periódico nacional	L'Équipe	L'Aurore	France-Soir	La Croix	Le Figaro	Le Monde	L'Humanité
15-25 años	58,9	84,2	21,3	4,6	1,7	5,1	0,1	1,8	5,3	3,2
25-34 años	64,6	77,4	**32,7**	10,4	2,7	8,7	0,6	4,8	**10,2**	4,3
35-49 años	66,7	80,0	**28,0**	6,1	2,7	**9,0**	0,9	4,9	6,0	**5,5**
50-64 años	71,9	81,3	25,4	2,5	3,8	7,7	1,7	3,7	4,3	3,7
65 años y más	74,1	82,2	23,7	0,5	**5,5**	4,7	1,7	**6,1**	3,3	1,8

Tabla 35—Lectura de los periódicos según la clase social

categoría de la persona interrogada	Probabilidades		
		si se lee un periódico	
hombres	de leer un periódico	de leer un periódico nacional	de leer un periódico regional
agricultores	60,2	3,8	98,9
obreros especializados, personal de servicios	59,3	17,3	92,5
obreros cualificados, contramaestres	63,0	18,8	89,9
pequeños patronos	70,7	20,2	90,1
empleados	66,1	33,4	80,5
cuadros medios	63,7	40,6	73,3
negocios, cuadros superiores	74,0	49,8	67,6
mujeres			
agricultores	53,3	–	100
obreros especializados, personal de servicios	46,6	12,8	92,4
obreros cualificados, contramaestres	40,6	14,6	91,4
pequeños patronos	72,2	13,0	93,4
empleados	50,2	21,6	83,5
cuadros medios	50,3	35,3	70,8
negocios, cuadros superiores	68,9	52,0	61,7

Fuente: F. C., XXXV (CESP, 76)

las mismas más que cuando se debilitan o desaparecen los efectos de la división tradicional del trabajo entre los sexos, como es el caso en las fracciones dominadas de la clase dominante: se observa también que, salvo en la clase dominante, el porcentaje de lectura de un periódico nacional es más alta en los hombres que en las mujeres (observándose la relación inversa para la lectura de un periódico regional); mientras que la probabilidad de leer por lo menos un periódico, aumenta regularmente con la edad, la probabilidad de leer un periódico nacional es casi independiente de la edad, aunque sea ligeramente más alta para las personas de 25 a 49 años de edad que para las personas de edad superior, como si el envejecimiento se acompañara de un debilitamiento del sentimiento de tener que estar *al corriente* en materia de política (esta tendencia no aparece en el caso de *L'Aurore* y en el de *Le Figaro*, de los que se sabe que reclutan una parte importante de sus lectores entre los jefes de empresas industriales y comerciales, que pueden mantenerse en activo hasta unas edades muy avanzadas).

Pero la diferencia entre la "prensa sensacionalista" y la "prensa informativa" reproduce en definitiva la oposición entre los que *hacen* política en actos, palabras o pensamiento, y los que la *reciben*, entre la opinión actuante y la opinión

sobre la que se actúa. Y no es una casualidad que la oposición entre los dos tipos de prensa recuerde, bajo la figura de la antítesis del *entendimiento* y de la *sensibilidad*, de la *reflexión* y de la *sensación*, que está en el centro de la representación dominante de la relación entre dominantes y dominados, la oposición entre dos tipos de relaciones con el mundo social, entre el punto de vista soberano de los que dominan el mundo social en la práctica o en pensamiento ("Las ideas generales –decía más o menos Virginia Woolf– son ideas en general") y la visión ciega, estrecha, parcial, la del simple soldado perdido en la batalla, de los que están dominados por ese mundo[49]. El análisis político supone la distancia, la altura, la posición que permite una contemplación *a vista de pájaro* por parte del observador que se sitúa por encima de la refriega, o la perspectiva del historiador, que se otorga y otorga un tiempo para la reflexión, realizando una especie de distanciamiento político capaz –lo mismo que la distanciación estética– de neutralizar el objeto en su presencia inmediata, su urgencia, sus funciones, de sustituir el enunciado directo de las palabras o de las consignas en su bruta brutalidad por el eufemismo del *estilo indirecto*[50], de subsumir bajo los conceptos unificadores del análisis político la pura multiplicidad sensible del hecho en su pura facticidad, de los sucesos, de la variedad sensible, del acontecimiento inmediato, efímero, de todo lo que se denomina lo sensacional y con lo que se satisface la lectura del lector ordinario de los periódicos ordinarios, papanata curioso, destinado a la inmersión en el acontecimiento y al breve tiempo de las sensaciones fugitivas y *fáciles*. Del mismo modo que el arte "difícil" por oposición al arte "fácil" o el erotismo por oposición a la "pornografía", los periódicos llamados de calidad requieren una relación con el objeto que implica la afirmación de una distancia con respecto al mismo que es afirmación de un poder sobre él, al mismo tiempo que afirmación de la dignidad del sujeto que se afirma en ese poder. Estos periódicos dan al lector bastante más que las opiniones "personales" que necesita; le reconocen la dignidad de *sujeto político*, capaz de ser si no sujeto de la historia, al menos sujeto de un discurso sobre la historia.

Al haber precisado así la significación de la relación que las diferentes clases sociales mantienen con sus periódicos y mediante la cual se capta, sin duda, una dimensión de su relación objetiva y subjetiva con "la política" –que se manifiesta también en los porcentajes de participación en los órganos directivos de los diferentes partidos o en los diferentes cargos electivos–, se puede intentar extraer, de las variaciones de la lectura de los periódicos nacionales más claramente marcados políticamente, unas indicaciones sobre las posturas políticas (véase tabla 36). En primer lugar, se puede dibujar con bastante precisión el límite, inseparablemente cultural y político, entre las clases populares que, fuera de los periódicos locales, leen casi exclusivamente periódicos ómnibus, y las clases medias: los técnicos, que tienen un nivel de lectura de la prensa diaria muy próximo al de los contramaestres, se oponen a los empleados, que leen claramente más, y a los cuadros medios, que leen mucho más, pero también más a la derecha (es decir,

[49] ¿Es necesario decir que esta oposición se encuentra en la base misma de toda la representación tecnocrática que otorga únicamente a los dirigentes ilustrados la visión global y total, remitiendo así las visiones particulares de los simples particulares al error que, en esta lógica, es privación?

[50] Uno de los más importantes responsables de un gran periódico "de calidad", a quien se le preguntaba si habría publicado una entrevista del "enemigo público n.º 1", a la manera de un semanario que acababa de ser procesado por haberlo hecho, respondía: "Por supuesto, pero en estilo indirecto."

leen más *La Croix*, *Le Figaro* y *Le Monde* y menos *L'Humanité* o *L'Equipe*). Se perciben aquí, sin duda, los efectos acumulados de medios profesionales profundamente distintos, el mundo de los talleres y el mundo de las oficinas, pero también de formaciones apropiadas para reforzar las diferencias previas: la formación técnica, que inclina a unas prácticas y unos intereses próximos a los de los demás trabajadores manuales, y la formación secundaria que, al iniciar, por poco que sea, en la cultura legítima y de sus valores, introduce un corte con la visión popular del mundo.

Para verificarlo, basta con observar que, a pesar de tener unos ingresos netamente superiores y una distribución geográfica casi semejante a la de los empleados (que están sólo un poco más representados en París), los contramaestres tienen unos porcentajes de lectura claramente más bajos, tanto para los periódicos nacionales como para los semanarios (del 18,5% para los periódicos y del 28,4% para los semanarios, frente al 41,4% y 43,2% de los empleados) y leen más los periódicos *ómnibus* o, en materia de semanarios, *L'Humanité Dimanche,* mientras que los empleados leen ligeramente más *Le Figaro, Le Monde* y *La Croix*, y, para los semanarios, *La Vie* y sobre todo *Le Nouvel Observateur.* Todo permite suponer que aquellos a los que separa esta frontera estadística se oponen también en otros aspectos, y en especial en sus actitudes con respecto a la religión, los sindicatos y los partidos políticos, con una proporción mayor, del lado de los empleados, de católicos practicantes, de sindicatos a FO y de votos socialistas (o PSU e izquierdistas) pero también gaullistas, y, del lado de los obreros, una proporción mayor de no creyentes y no practicantes, de sindicados en la CGT y de comunistas (véase M. Dogan, *op. cit.*, *passim*), oposiciones que a su vez son parte integrante de estilos de vida vinculados con unas trayectorias sociales y con unas condiciones de ejercicio de la profesión distintas (como, por ejemplo, las diferencias según la antigüedad de la urbanización y de la proletarización de la familia, o según el tamaño de la empresa, etcétera)[51].

Los periódicos y los semanarios, con excepción de *L'Humanité*, no desempeñan verdaderamente su papel de indicadores políticos más que a partir del nivel de las clases medias. El espacio que dibujan la cantidad y la calidad de las lecturas reproduce con bastante exactitud, tanto a nivel de las clases medias como a nivel de la clase dominante, las oposiciones ordinarias según el volumen y la estructura del capital: de un lado, las fracciones ricas (relativamente) en capital económico –artesanos y pequeños comerciantes, o industriales y grandes comerciantes– que leen poco y sobre todo leen periódicos ómnibus: del otro, las fracciones ricas (relativamente) en capital cultural –empleados, cuadros medios, maestros de primer nivel, miembros de profesiones liberales, ingenieros, cuadros superiores y profesores de segundo nivel– que leen mucho, tanto periódicos nacionales, y sobre todo los más "legítimos", como semanarios. En las clases medias, lo mismo que en la clase dominante, la proporción de lectores de periódicos nacionales y de periódicos de

[51] La frontera entre la clase obrera y el campesinado se marca también en la probabilidad, claramente mayor en los obreros, de leer un periódico nacional, y sobre todo *L'Humanité*, y en el hecho de que los agricultores no leen apenas otra cosa que *semanarios católicos* (*Le Pèlerin*, *La Vie*), mientras que los obreros tienen unas lecturas más diversificadas y parecen dirigirse tanto más hacia la prensa comunista y tanto menos hacia la prensa católica conforme más se sube en la jerarquía profesional (de la que puede pensarse que está vinculada con la antigüedad en la clase obrera) –lo que no es sorprendente si se conoce que la tendencia a votar a la izquierda varía en el mismo sentido.

Tabla 36—**Proporción de lectores de periódicos y semanarios sobre 100 personas de cada categoría**

	PERIÓDICOS										SEMANARIOS							
	L'Équipe	Le Parisien Libéré	L'Aurore	France-Soir	Σ 2,3,4 Parisien, Aurore, France-Soir	La Croix	Le Figaro	Le Monde	L'Humanité	Total	Minute	Le Pélerin	La Vie	Le Point	L'Express	Le Nouvel Observateur	L'Humanité-Dimanche	Total semanarios
asalariados agrícolas	–	0,6	–	–	0,6	1,4	–	–	–	2,0	–	9,8	8,4	1,4	–	–	1,4	21,0
agricultores	0,3	1,4	0,5	0,5	2,4	0,3	0,8	0,3	0,3	4,1	0,8	12,0	4,8	1,4	2,2	0,3	0,8	21,5
pescadores / patronos de pesca / mineros	–	–	–	–	–	–	–	–	–	–	3,2	6,4	–	3,2	–	–	6,4	19,2
peonaje	–	1,7	0,8	1,7	4,2	0,8	0,8	0,8	0,8	7,4	0,8	3,4	1,7	–	1,7	3,4	1,6	12,6
obreros especializados	1,8	2,6	0,4	3,6	8,4	0,2	0,4	0,4	2,0	9,6								
obreros cualificados	2,6	4,0	1,1	4,0	9,1	0,1	0,7	1,6	2,0	13,5	1,6	4,3	2,2	2,3	3,0	3,3	5,1	21,8
capataces	5,0	3,6	2,1	5,7	11,4	0,7	1,4	2,9	2,1	18,9	2,1	4,3	1,4	4,2	7,1	2,8	6,5	28,4
personal de servicios	8,3	7,3	5,2	14,6	**27,1**	1,0	3,1	4,2	2,1	37,5	2,0	2,0	1,0	3,1	6,2	2,0	3,1	47,8
artesanos	5,4	3,6	4,8	4,2	12,6	0,6	1,2	3,6	1,2	19,2	3,0	5,4	5,4	5,8	6,6	3,0	5,4	34,6
pequeños comerciantes	8,0	3,1	5,6	8,1	16,8	0,6	1,8	5,0	0,6	24,8	6,2	3,7	6,2	3,1	4,9	1,2	3,0	28,3
técnicos	8,1	1,0	5,7	7,2	10,1	–	5,0	7,3	4,1	26,5	1,9	6,3	7,7	7,7	14,0	10,0	7,3	54,9
empleados de oficina	**10,8**	7,9	1,9	8,2	22,4	2,5	4,7	7,3	4,5	41,4	3,1	5,0	3,8	7,3	9,8	8,2	6,0	43,2
cuadros medios	9,7	5,0	6,4	8,8	20,2	2,8	**11,1**	12,0	2,8	48,9	3,7	3,7	5,9	9,2	21,6	11,1	3,7	58,9
maestros	10,4	3,5	4,3	7,7	15,5	**4,3**	2,6	**19,0**	**5,2**	46,6	**8,6**	**7,8**	**8,6**	**13,8**	**25,0**	**25,8**	**9,5**	**99,1**
grandes comerciantes	7,7	–	2,6	2,6	5,2	–	5,1	5,2	–	15,5	5,2	3,7	–	5,2	12,8	2,6	–	29,5
industriales	8,4	–	–	–	–	4,2	12,5	8,3	–	25,0	–	4,2	8,4	16,7	12,5	4,2	–	**46,0**
miembros de prof. liberales	2,0	2,0	4,1	8,1	14,2	2,0	18,4	16,3	–	50,9	**8,2**	**8,2**	10,1	**20,4**	**30,7**	8,1	–	85,7
cuadros superiores	6,7	1,7	5,9	8,4	**16,0**	**4,2**	15,3	22,0	2,5	60,0	2,5	3,4	**10,2**	17,7	26,3	22,9	2,5	**85,5**
ingenieros	8,2	1,4	1,4	10,9	13,7	2,8	**23,0**	24,3	–	63,8	1,4	4,1	8,2	19,0	28,5	13,6	1,4	76,2
profesores	**9,5**	–	3,6	6,0	9,6	2,4	8,4	**42,9**	**6,0**	69,3	4,8	4,8	8,2	15,3	21,4	**35,8**	**7,2**	**97,5**

Cada una de las cifras representa el porcentaje de cada categoría que ha leído u hojeado el periódico correspondiente la víspera o la antevíspera de la encuesta. Para los semanarios, el último período de lectura es la semana anterior a la encuesta. Se ha puesto en negrita la tendencia más fuerte por columna en los límites de la clase media de una parte, de la clase superior de la otra. No se han retenido las cifras concernientes a los miembros de los servicios médico-sociales y a los aprendices obreros, representados muy débilmente (para las fuentes estadísticas, véase F. C., XXXV, análisis secundario por categorías afinadas).

izquierda disminuye, mientras que aumenta la proporción de los lectores de periódicos regionales y de periódicos de derecha, cuando se va de los maestros o de los profesores a los pequeños o a los grandes comerciantes.

Es solamente para los miembros de la clase dominante para los que el periódico desempeña realmente su papel de principio generador de posturas, que se define por una cierta *posición* distintiva en un campo de principios generadores institucionalizados de posturas, y que expresa, sin duda, tanto más completa y adecuadamente a sus lectores cuanto que la homología es más perfecta entre su posición en el campo de los órganos de prensa y la posición que aquéllos ocupan en el campo de las clases (o de las fracciones de clase), fundamento del principio generador de sus opiniones. Se tiene así, en un polo, a los grandes comerciantes e industriales, que, poco lectores, leen sobre todo periódicos ómnibus y *Le Figaro*, y en el otro, los profesores (y, más lejos todavía, los intelectuales), que, grandes lectores, leen sobre todo *Le Monde* y *L'Humanité* o *Le Nouvel Observateur.* El espacio de los semanarios, debido, sin duda, a que tienen que mantener una mayor distancia con respecto al curso cotidiano de la vida política, puesto que dedican un mayor espacio a la vida cultural, y también a que no pueden alcanzar las vastas tiradas necesarias para atraer a los anunciantes más que a condición de evitar todos los principios de división y de exclusión, y de buscar los terrenos, los objetos y los estilos más generales, se dibuja con menos claridad, aunque *Le Nouvel Observateur* se opone también bastante netamente a *L'Express* y a *Le Point.* Es preciso, sin duda, guardarse de llevar demasiado lejos la interpretación de las diferencias entre las fracciones que definen unas posiciones intermedias (y sobre todo las más heterogéneas de las mismas, como los cuadros o los ingenieros), porque las encuestas de los años sucesivos presentan unas divergencias imputables a la exigüidad de las correspondientes poblaciones en las muestras representativas. Sin embargo, sabiendo por la encuesta sobre la lectura de la prensa (F. C., V) que los cuadros del sector privado leen mucho más *L'Aurore* y *Le Figaro* (así como los órganos de información económica *Les Echos* y *Entreprise*) y mucho menos *Le Monde* y *Le Nouvel Observateur* que los cuadros del sector público, y también que los miembros de profesiones literarias y científicas leen más *Le Nouvel Observateur* y menos *Le Figaro* que los profesores, puede estimarse que el modo de distribución, según las fracciones, de los periódicos y semanarios ordenados según su contenido político, periódicos ómnibus (con *L'Aurore*), *Le Figaro*, *Le Monde*, *Le Nouvel Observateur*, *L'Humanité*, tiende a desplazarse continuamente conforme se va en el orden siguiente: grandes comerciantes e industriales, cuadros del sector privado, miembros de profesiones liberales, cuadros del sector público, profesores, intelectuales; caracterizándose las categorías centrales, en particular los miembros de profesiones liberales y los ingenieros, por la dispersión particularmente alta de sus lecturas.

La oposición entre las fracciones según la estructura del capital poseído resulta borrosa debido a los efectos de la oposición que, dentro de cada una de las fracciones, enfrenta a los "jóvenes" con los "viejos" o, con mayor exactitud, a *los predecesores con los sucesores*, al "viejo juego" con el "nuevo juego". Las fracciones dominadas que, debido a su posición en el espacio de la clase dominante, están globalmente situadas del lado de la subversión parcial y simbólica, tienen también sus dominantes (temporalmente) que pueden encontrarse empujados (entre otras cosas por las disposiciones subversivas de los pretendientes) al lado de la conservación; y de igual modo, en el seno de las fracciones dominantes, que están totalmen-

te de acuerdo con todas las formas de conservación, los sucesores (y, en cierta medida, las mujeres), que provisionalmente están alejados del poder, pueden participar, hasta cierto punto y durante un tiempo más o menos largo, de la visión del mundo social que proponen las fracciones dominadas. Es así como en la oposición entre *Le Figaro* o *L'Express* y *Le Nouvel Observateur* se expresan no sólo la oposición entre las fracciones dominantes y las fracciones dominadas, entre lo privado y lo público, y, con mayor precisión, entre los patronos más próximos al polo privado del campo económico, los menos ricos en capital escolar y, sin duda, los más amenazados de decadencia, los cuadros del sector privado de mayor edad y más vinculados con el patronato, de un lado, y los cuadros del sector público y los profesores, del otro, sino también la oposición entre los predecesores y los sucesores, los jóvenes y los viejos[52]. Jugando sin saberlo con la confusión entre las luchas de clase y las luchas de fracciones de clase o, más simplemente, entre la derecha y la *rive droite* o la izquierda y la *rive gauche*, y también con la vaguedad clasificadora y conceptual que resulta de las parciales ocultaciones de las diferentes divisiones internas de la clase dominante, *Le Nouvel Observateur* permite a todos los dominantes dominados bajo uno u otro de los aspectos posibles, intelectuales, jóvenes o mujeres, vivir la suma de sus conflictos *necesariamente parciales* como la manera más radical de poner en tela de juicio el orden establecido. Remitiendo así las "viejas luchas" a las viejas lunas, les ofrece además los instrumentos y los placeres de un esnobismo inseparablemente ético, estético y político, capaz de conciliar en una especie de pesimismo antiburgués las apariencias del vanguardismo intelectual, que conduce al elitismo, y del vanguardismo político, que conduce al populismo. Si parece que la mayor parte de los juicios que emite sobre el mundo social no tienen otro fundamento que la oposición entre el "viejo juego" y el "nuevo juego", y si la oposición del orden social se reduce en él a la oposición de las formas –las de la buena educación, de la política o del arte establecidos–, ello se debe a que las estrategias de subversión simbólica que imponen a algunos las luchas competitivas por la sucesión encuentran sus límites en el reconocimiento del juego y de las apuestas que aquéllas suponen y producen; se debe, con mayor exactitud, a que el orden interno de la clase dominante depende de manera muy directa de todo lo que rige la estructura del tiempo social, es decir, del *orden de sucesiones*, en el doble sentido: ya se trate de las representaciones que otorgan a cada edad sus pasiones y sus poderes, sus libertades y sus deberes, o del respeto de las formas y de las formas de respeto que, mejor que todas las reglas, garantizan las distancias sociales manteniendo las distancias temporales, las diferencias, los miramientos, los retrasos y las expectativas que la conveniencia impone a la impaciencia de los sucesores.

---

[52] Insignificante para *Le Figaro*, la proporción de los lectores de menos de 25 años representa el 20% del público de *Le Nouvel Observateur*; cabe señalar el hecho de que los periódicos que han conocido la mayor decadencia en el curso de los diez últimos años sean, junto con los periódicos *ómnibus* (*Le Parisien Libéré* y *France-Soir*), *L'Aurore y Le Figaro*, que sólo cuentan con una baja proporción de jóvenes entre sus lectores (la decadencia de estos dos periódicos y la ascensión de *Le Monde* y *Le Nouvel Observateur* reflejan de manera muy directa las transformaciones morfológicas de la clase dominante en beneficio de las fracciones más ricas en capital escolar).

El espacio político

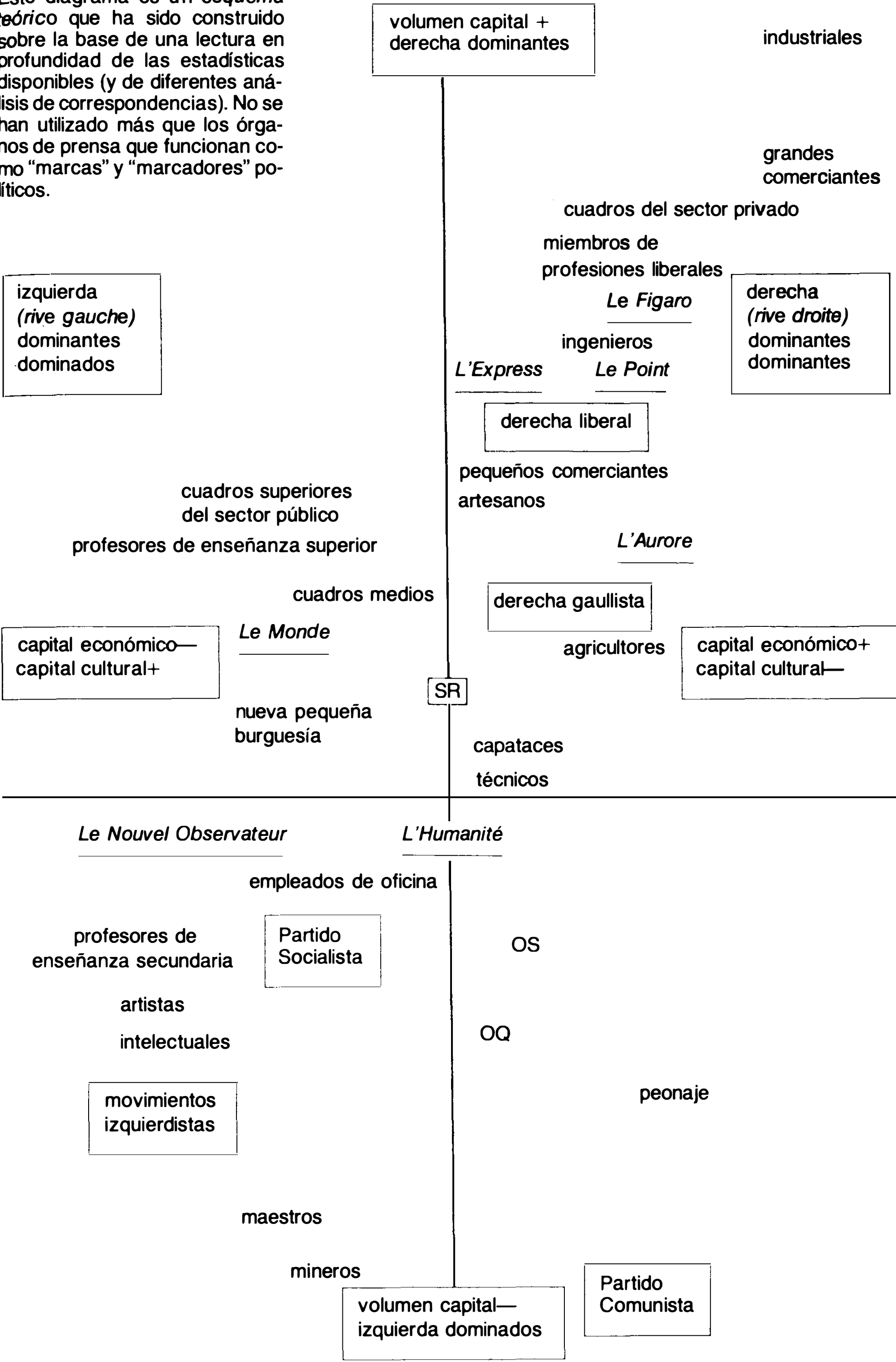
Llegados a este punto, es posible materializar y sistematizar provisionalmente el conjunto de las relaciones establecidas en un esquema del espacio político, con vistas a representar cómo se distribuyen, unas con respecto a otras, las diferentes fracciones de clase (siendo, evidentemente, las posiciones relativas más fáciles de controlar, y por consiguiente más seguras, que las *distancias*), al mismo tiempo que en relación con el conjunto de "productos" o de "marcas" políticas que funcionan como unas señalizaciones con referencia a las cuales uno se sitúa, o como unos emblemas gracias a los cuales se afirman las diferencias. Este espacio se presenta inmediatamente como una deformación sistemática del espacio de las clases y fracciones de clase distribuidas según el volumen y la estructura de su capital: el conjunto de las fracciones situadas a la izquierda en el espacio político (y en el esquema) se encuentran representadas hacia la parte de abajo, mientras que las que se hallan a la derecha lo están hacia la parte de arriba, lo que es fácil de comprender puesto que, como se ha visto, los efectos de la oposición con respecto al volumen global del capital y de la oposición desde el punto de vista de la estructura del capital (y de la trayectoia que le está vinculada) se acumulan. La posición atribuida a las fracciones de clase o a las "marcas" no indica, por supuesto, más que el punto central alrededor del cual se distribuyen –con mayor o menor amplitud, según el caso– la población o la clientela considerada: la "superficie social" correspondiente a cada uno de los puntos marcados varía considerablemente, en efecto, según el volumen de la población indicada, que, con la mayor frecuencia, está ligado a su dispersión social (aunque el aumento del volumen de una clientela pueda resultar tanto de la intensificación de la penetración en un espacio restringido como de la extensión del espacio cubierto).

El efecto propio de la trayectoria

De este modo, para poner de manifiesto que las elecciones políticas son mucho menos independientes de la clase social, incluso definida *sincrónicamente* por la posesión de un capital con un volumen y una estructura determinados, de lo que ordinariamente se dice, basta con construir adecuadamente las categorías –y aún podría irse mucho más lejos en la dirección abierta por Michelat y Simon, teniendo en cuenta las propiedades *diacrónicas* de cada posición social y, sobre todo quizá, procurándose los medios para describir y comprender lo que significan para cada clase o fracción de clase adecuadamente caracterizadas las diferentes *marcas* políticas y los correspondientes productos políticos. Es de lamentar que las encuestas disponibles (en Francia) no permitan ni captar ni aislar los efectos de trayectoria y de inculcación (mediante la profesión y las opiniones políticas de los padres). Y más todavía, quizá, que no procuren ningún medio para aprehender directamente, *en la manera de enunciarlas o de justificarlas*, las diferencias que hacen que unas opiniones *nominalmente idénticas* sean realmente incomparables, e incluso incompatibles (de cualquier otro modo que no sea sobre el papel). Por el hecho de que la lógica electoral ignore las diferencias entre el voto al partido comunista del artista o del profesor y el del maestro, o, *a fortiori*, del empleado, del OS o del minero, la ciencia no debe hacer otro tanto: bajo pena de vedarse cual-

Gráfico 21

Este diagrama es un *esquema teórico* que ha sido construido sobre la base de una lectura en profundidad de las estadísticas disponibles (y de diferentes análisis de correspondencias). No se han utilizado más que los órganos de prensa que funcionan como "marcas" y "marcadores" políticos.



quier posibilidad de producir una explicación científica, debe descubrir las maneras realmente distintas de ser o de decirse comunista y las diferentes significaciones del voto para el partido comunista que se ocultan bajo la identidad nominal de los votos, sabiendo contar también con el hecho políticamente importante de que la lógica electoral trate como idénticas unas opiniones que difieran tanto en sus intenciones como en sus expectativas.

No es menos cierto que no es posible comprender realmente las diferencias, inmensas a veces, que separan unas categorías no obstante próximas en el espacio objetivo, como los artesanos o los agricultores y los contramaestres o los técnicos, más que si se tiene en cuenta, además del volumen y de la estructura del capital, la evolución en el tiempo de esas propiedades, es decir, la *trayectoria social* del grupo en su conjunto y del individuo considerado y su familia, que está en la base de la *representación subjetiva* de la posición objetivamente ocupada. Una de las características más determinantes de las elecciones políticas reside, en efecto, en que hacen intervenir, más que todas las demás elecciones, más sobre todo que las oscuras y profundas elecciones del *habitus*[53], la representación más o menos explícita y sistemática que uno se hace del mundo social, de la posición que en él se ocupa y de la *que se "debería" ocupar en él*; y el discurso político, cuando existe como tal, a menudo no es otra cosa que la expresión más o menos eufemistizada y universalizada –y siempre irreconocible a los propios ojos de los que lo expresan– de esa representación. Esto quiere decir que entre la posición realmente ocupada y las posturas que se toman se interpone una representación de aquélla que, aunque esté determinada por la misma (a condición de que se la defina completamente, es decir, *también* diacrónicamente), puede estar en desacuerdo con las posturas que dicha posición parece implicar para un observador exterior (esto es lo que a veces se denomina "falsa conciencia"). La pendiente de la trayectoria individual, y sobre todo de la colectiva, rige, mediante las *disposiciones temporales*, la percepción de la posición ocupada en el mundo social y la relación encantada o desencantada con esa posición que es, sin duda, una de las principales mediaciones por las cuales se establece la relación entre la posición y las posturas políticas: el grado en que los individuos y los grupos se orientan hacia el porvenir, la novedad, el movimiento, la innovación, el progreso –disposiciones que se manifiestan especialmente en el liberalismo con respecto a los "jóvenes", para quienes y por quienes todo esto puede acontecer– y, más generalmente, el grado en que se inclinan al optimismo social y político, o, por el contrario, en que se orientan hacia el pasado, llevados al resentimiento social y al conservadurismo, depende, en efecto, de su *trayectoria colectiva*, pasada y potencial, es decir, del grado en el que han conseguido reproducir las propiedades de sus ascendientes y en el que están (o se sienten) en condiciones de reproducir sus propiedades en sus descendientes.

Una clase o una fracción de clase está en decadencia, y por consiguiente orientada hacia el pasado, cuando no está en condiciones de reproducirse con todas sus propiedades de condición y de posición, y cuando, para reproducir su capital

---

[53] De igual modo que lo que se transmite por medio de la herencia biológica es, sin duda, más estable que lo que se transmite por medio de la herencia cultural, el inconsciente de clase inculcado por las condiciones de existencia es un principio de producción de juicios y de opiniones más estable que los principios políticos explícitamente constituidos, puesto que, precisamente, aquél es relativamente independiente de la conciencia.



global y mantener su posición en el espacio social (la de su familia de origen o su posición presente), sus miembros más jóvenes, en una proporción importante, tienen que realizar por lo menos una reconversión de su capital, que se acompaña con un cambio de condición, marcada por un desplazamiento horizontal en el espacio social: cuando, en otros términos, la reproducción de la posición de clase llega a ser imposible (desclasamiento) o no se cumple si no es mediante un cambio de fracción de clase (reconversión). En ese caso, la transformación del modo de generación social de los agentes determina la aparición de *generaciones* diferentes, cuyos conflictos no se reducen a aquello que normalmente se inscribe en los conflictos generacionales, puesto que tienen por principio la oposición entre los valores y los estilos de vida asociados al predominio en el patrimonio del capital económico o del capital cultural.

La historia estructural de un campo (ya se trate del campo de las clases sociales o de cualquier otro) constituye en períodos la biografía de los agentes que en él se encuentran comprometidos (de suerte que la historia individual de cada agente contiene la historia del grupo al que pertenece); en consecuencia, no es posible separar en una población unas *generaciones* (por oposición a unas simples clases de edad arbitrarias) si no es sobre la base de un conocimiento de la historia específica del campo en cuestión: en efecto, únicamente los cambios estructurales que afectan a ese campo poseen el poder de determinar la producción de generaciones diferentes, al transformar los *modos de generación* y al determinar la organización de las biografías individuales y la agregación de esas biografías en clases de biografías orquestadas y sometidas a un ritmo según el mismo *tempo*. Aunque tenga como efecto el *sincronizar* durante un tiempo más o menos largo los diferentes campos y el confundir, por espacio de un momento, la historia relativamente autónoma de cada uno de esos campos en una historia común, los grandes acontecimientos históricos (revoluciones o cambios de régimen), que lo más a menudo

son ultilizados como puntos de referencia en la periodización de los campos de producción cultural, introducen con frecuencia unos cortes artificiales y desaniman en la búsqueda de las discontinuidades propias de cada campo.

El conservadurismo liberal de las fracciones de la clase dominante, cuya reproducción está asegurada hasta el punto de ser evidente, se opone así a las disposiciones reaccionarias de las fracciones que, amenazadas en su porvenir colectivo, no pueden mantener su valor más que relacionándose y refiriéndose al pasado, remitiéndose a unos sistemas de valores, esto es, a una lógica de la determinación del valor, correspondiente a un estado superado de la estructura del campo de las clases sociales[54].

Si es cierto que unos individuos que ocupan unas posiciones semejantes pueden tener unas opiniones diferentes según su origen social y su trayectoria, todo parece indicar que los efectos de la *trayectoria* individual, que son particularmente visibles en el caso de los grupos que ocupan unas posiciones mal determinadas en el espacio social y destinados por ello a una gran dispersión en todos los aspectos, se ejercen en el límite de los efectos propios de la clase; de suerte que las disposiciones ético-políticas de los miembros de una misma clase aparecen como otras tantas formas transformadas de la disposición que caracteriza fundamentalmente el conjunto de la clase[55]. Así, el *obsequium*, ese reconocimiento profundo del orden establecido que asigna sus límites a la rebeldía pequeño-burguesa, se encuentra también en la base de las virtudes sociales de la nueva pequeña burguesía: cuando se trata de vender unos bienes o unos servicios que, como los bienes culturales o

[54] Las disposiciones represivas de los pequeños patronos del artesanado y del comercio, y, más particularmente, de las fracciones de más edad de esos grupos globalmente bastante mayores, se marcan en todo un conjunto de índices convergentes. Así, manifiestan una desconfianza próxima a la hostilidad con respecto al arte moderno y a los artistas, que simbolizan, sin duda, ante sus ojos, por todas sus prácticas y en particular por las libertades que se toman con las normas lingüísticas, vestimentarias, cosméticas o éticas, todo lo que ellos deploran o detestan en "los jóvenes": el 20% declaran que el "artìsta moderno es alguien que se burla del público", frente al 13% de los cuadros superiores y de los obreros, el 9% de los cuadros medios y el 6% de los agricultores; el 28% aprueban la idea de que "la pintura no es más que un asunto comercial", frente al 20% de los cuadros medios, de los obreros y de los agricultores y el 15% de los cuadros superiores (F. C., LI). Son los más dados a decir que los profesores no saben hacerse respetar (el 62% frente al 55% de los cuadros medios y empleados, el 54% de los obreros, el 48% de los agricultores y el 45% de los cuadros superiores), los más inclinados a imputar el fracaso de los hijos en sus estudios al hecho de que "no trabajan bastante" (el 57% frente al 47% de los cuadros medios y empleados, el 46% de los obreros y agricultores, el 40% de los cuadros superiores) o a juzgar que la disciplina no es lo suficientemente severa en los establecimientos escolares (el 45% frente al 38% de los obreros, el 36% de los cuadros medios y empleados, el 31% de los agricultores y el 30% de los cuadros superiores [SOFRES, *Les Français et les problèmes de l'éducation nationale*, "Etude auprès des parents", T. II, junio-agosto 1973]). Ellos son, más que todos los demás, favorables a un refuerzo de la censura en el cine –al contrario que los obreros y los cuadros medios– (F. C., L). Es posible comprender que, como los grandes comerciantes y los contramaestres, dediquen una *parte significativa* de sus lecturas (globalmente reducidas) de semanarios a *Minute*, órgano que concede el mayor espacio a todos los temas y a todos los fantasmas sociales (como la xenofobia) del resentimiento pequeño-burgués. Todo permite suponer que la extrema derecha recluta mucha de su clientela en esas categorías.

[55] No sería posible excluir todas las posturas esencialmente confusas, cuyo paradigma es el movimiento de los "revolucionarios conservadores" de la Alemania prenazi, y que reproducen sin duda, en su indeterminación, las contradicciones inherentes a la rebelión contra el desclasamiento (especie de contradicción en los términos) o a la discordancia entre la trayectoria individual y la trayectoria colectiva.

unos bienes materiales tales como los "bienes de confort" –electrodomésticos, muebles o inmuebles, vestidos o equipos para el tiempo libre– constituyen la materialización más o menos lograda del estilo de vida dominante, y cuya adquisición implica una forma de reconocimiento de los valores dominantes en materia de ética o de estética, nada es más conveniente que la disposición a vender sus propias virtudes, sus propias certidumbres, sus propios valores, en una palabra, la certidumbre de su propio valor, en una especie de *esnobismo ético*, afirmación de singularidad ejemplar que encierra la condenación de todas las demás maneras de ser o de actuar. Esta disposición se impone particularmente, puesto que implica la combinación de la buena voluntad, que es la condición para la empresa, y de la buena conciencia, que es su recompensa, cuando se trata de convertir a las clases populares, de hacerlas entrar en la carrera imponiéndoles el último grito de la conveniencia burguesa, la última moda o la última moral, y de comprometer en la represión de sus disposiciones "represivas" la misma indignada convicción que otros invertían antaño en la represión de su laxismo y de su intemperancia irreprimibles.

En el terreno político, la sumisión ética a la clase dominante y a los "valores" que la misma encarna se manifiesta en una oposición al orden establecido que, al encontrar su principio en el sentido de no ocupar su justo puesto en ese orden, obedece a las normas de conveniencia impuestas por la clase de aspiración en la propia oposición a esta clase: así es como, recurriendo a su estrategia favorita, que consiste en volver contra el orden dominante los mismos principios que éste proclama, los pequeño-burgueses dan testimonio del reconocimiento que otorgan a esos principios, y por consiguiente del reconocimiento que debería merecerles, en nombre de esos principios, su incansable lucha contra el escándalo y, por encima de todo, contra la *hipocresía*, fuente de todos los escándalos, que impide la realización de los principios. El deseo de ser reconocido socialmente y la anticipada identificación con la clase dominante se revelan en la naturaleza de las reivindicaciones que se dirigen con prioridad hacia los aspectos simbólicos de la existencia, no sólo porque los ataques a la dignidad y al respeto de la "persona" se hacen sentir tanto más, y tanto más dolorosamente, cuanto más liberado se está de las formas más brutales de la explotación y de la opresión, sino también porque la propia preocupación por la dignidad inclina a las reivindicaciones más apropiadas para atestiguar, tanto en su forma como en su contenido, la dignidad del que las formula. Así es como el temor de perder lo que han adquirido, buscando obtener todo lo que les ha sido prometido (en particular por medio de la escuela y de la titulación académica), no explica por completo, sin duda, la forma que toman las estrategias reivindicativas de los pequeño-burgueses: a los medios ordinarios de la lucha obrera, la huelga o la manifestación, que ellos sólo se plantean como últimos recursos, arrancados a su moderación por un exceso de injusticia ("si hace falta, bajaremos a la calle"), los pequeño-burgueses prefieren las armas simbólicas, y en primer lugar la pedagogía, que instaura una relación de dominación moral, o la "información", objeto de una arrebatada confianza, y esa forma particular de acción colectiva que realiza la *asociación*, reagrupamiento estrictamente serial de individuos reunidos solamente por la misma "causa", por la misma voluntad de ejercer una especie de requerimiento ético: la actuación gratuita, gasto ostentoso de *buena voluntad*, acción ética pura y puramente desinteresada, que no reconoce ningún otro fin que ella misma, confiere, entre otros derechos, el de indignarse, en

nombre de la impecabilidad de quienes han pagado con su persona, han cumplido con todo su deber; y, sobre todo, crea *un hecho consumado que reclama el reconocimiento*[56]. La acción estrictamente "desinteresada", "limpia", "digna", libre de todos los "compromisos" de la "política", es, en efecto, la condición del éxito de la empresa de *institucionalización*, la forma más consumada de reconocimiento social, que persiguen más o menos secretamente todas las *asociaciones*, movimientos pequeño-burgueses por excelencia que, a diferencia de los partidos, procuran los beneficios de dignidad y respetabilidad de las empresas "de interés general", prometiendo satisfacer, de manera completamente directa, los intereses particulares[57].

Pero si la posición puntualmente ocupada en el espacio social no está vinculada con las posturas políticas por unas relaciones tan simples y tan directas como las que se observan en otros campos, se debe no sólo a que la trayectoria individual y colectiva orienta la percepción del mundo social, y sobre todo el futuro de ese mundo, por medio de las experiencias asociadas a la ascensión o a la decadencia[58]; se debe también y sobre todo a que las probabilidades de que la "elección" política no sea sino una respuesta *políticamente ciega* del *ethos* de clase aumentan a medida que se va hacia las edades más altas, hacia las unidades de residencia más pequeñas, o a medida que se desciende en la jerarquía de los niveles de instrucción o de posiciones sociales, y son claramente más fuertes en las mujeres que en los hombres. Aunque esté menos marcada en los obreros, más "politizados", que en los agricultores y pequeños patronos, la contaminación de la política por la moral no perdona a los miembros de las clases populares: en efecto, en aquellos que, debido a su sexo –las mujeres–, su edad –los viejos–, su residencia –los habitantes en el medio rural– y, correlativamente, su medio de trabajo –los trabajadores de las pequeñas empresas– están más expuestos a la amenaza de la decadencia social, de la caída o de la recaída en el subproletariado, al mismo

[56] Esta estrategia es muy común en las relaciones interpersonales, y en particular en la economía de los intercambios domésticos, donde la impecabilidad adquirida por los servicios prestados permite instituirse en vivo reproche.

[57] Todo permite suponer que los pequeño-burgueses sienten tanta mayor repugnancia a comprometerse con el Partido Comunista, en desacuerdo con las conveniencias, poco sensible a sus intereses específicos y sobre todo poco receptivo para la fraseología moralizante, edificante y vagamente humanista en la que ellos se reconocen con sumo gusto ("valores", "realización", "asumir", "promover", "responsable", "compañero de equipo", "interesado", etcétera), cuanto que su preocupación por la dignidad personal y sus prudencias individualistas han sido alentadas con mayor fuerza, desde la infancia, por unas condiciones de existencia más ventajosas y por una primera educación más impregnada de valores religiosos que inclinan al personalismo; siendo tanto más probables estos efectos del condicionamiento o de la inculcación cuanto más elevado sea su origen social (y teniendo, pues, todas las posibilidades de verse aumentados por los efectos de una trayectoria declinante). Puede también suponerse que irían hacia el PSU y hacia todo lo que en éste es a la vez rebeldía y convencionalismo, oposición y moral, si fuera menos abiertamente revolucionario en sí, vuelto al buen juicio, acabara por convertirse en partido de gobierno, lo que más o menos ocurre hoy día con la tendencia tecnocrático-modernista del Partido Socialista. Pero se reconocen asimismo bien en un conservadurismo reformador e "inteligente". En pocas palabras, titubean, pero en período de crisis pueden caer hacia un lado bruscamente.

[58] Para comprender las prácticas y las opiniones políticas de las personas de edad, hay que tener en cuenta no sólo el *efecto de jubilación* que, junto con la retirada fuera del medio profesional y el debilitamiento de las relaciones sociales, tiende a reducir la presión y el sostén colectivos, sino también, y sobre todo, el *efecto de decadencia social*, que se ejerce tanto más fuertemente y sobre todo más brutalmente cuando se pertenece a una clase más desfavorecida, y que puede, sin duda, entenderse por analogía con el efecto que las trayectorias sociales declinantes ejercen sobre los individuos o los grupos.

tiempo que políticamente menos formados y encuadrados, luego menos inclinados a captar los problemas y las situaciones mediante categorías políticas de percepción y apreciación, y menos preparados para ello, nada viene a contrarrestar la inclinación al pesimismo, incluso al resentimiento, que lleva al rechazo generalizado de la "política" y de los "políticos", cualesquiera que sean, y con ello al abstencionismo o al conservadurismo[59].

Es posible suponer que los individuos son tanto más sensibles a los *efectos de pantalla* (o de falsa contextualización) que ejercen los grupos con base local (y también los campos), es decir, los más dados a tomar como referencia de su apreciación de la posición que ocupan en el espacio social un subespacio social con base geográfica (pueblo, grupo de vecindad, etcétera), cuanto más desposeídos están de las propiedades que determinan las posibilidades de acceso a la opinión o a los medios para formarla (como la lectura de un periódico nacional). Los dominantes de un espacio globalmente dominado (propietarios de 50 ha. en una región de pequeñas propiedades, notables locales, contramaestres, etcétera) pueden así, al ocultar el árbol al bosque, realizar unas elecciones políticas que están de acuerdo con las de los dominantes sin más[60]. Sin duda, la misma lógica entra en parte en

[59] Para comprender las disposiciones que, según el grado de politización, pueden expresarse en unas posturas políticas "progresistas" o "conservadoras", sería necesario analizar la *inseguridad* profunda que engendra la experiencia de toda una vida vivida bajo la amenaza del accidente, de la enfermedad, del desempleo y de la carrera negativa que conduce al subproletariado, y el correlativo apego a las ventajas adquiridas y a las estrategias individuales o colectivas responsables de su adquisición, que no tiene nada en común con el apego al orden establecido. Habría que examinar de qué manera las condiciones de trabajo y, con mayor precisión, las *disciplinas* –en particular temporales–, impuestas por la empresa tienden, por sí solas y al margen mismo de cualquier inculcación ideológica, a reforzar continuamente las disposiciones inculcadas por una primera educación que reproduce a la vez, por necesidad y por voluntad, las necesidades, las durezas y las rigideces de la existencia para la que prepara. (Es evidente, en efecto, que la "educación política" no se reduce, como quieren casi siempre los que se interesan por esta materia, a la transmisión consciente de las representaciones más directamente vinculadas con la esfera de la "política" en el sentido ordinario del término: sería por lo menos igual de absurdo reducir las condiciones de la producción de las disposiciones que se encuentran en la base de los juicios y de las prácticas políticas a la socialización propiamente política –o, lo que es peor, a su aspecto institucionalizado, la instrucción cívica– que reducir las condiciones sociales de producción del gusto –que es también una disposición política– a la formación propiamente artística.) Sería necesario analizar con mayor precisión el universo de las mediaciones prácticas por las cuales el apego a un *mundo ordenado* y, en primer lugar, a un mundo doméstico ordenado, es decir, *subordinado al orden impuesto por el universo de trabajo*, se impone a los obreros industriales; de qué manera el orden de la fábrica –orden temporal, orden moral, orden social– se extiende hasta la esfera de la vida denominada "privada", en los esquemas de pensamiento y de expresión que permiten pensarla y expresarla y que se aplican a menudo, como se ha visto ya, más allá de esta esfera. Habría que preguntarse si ese islote de seguridad, de autonomía, de estabilidad que representa la familia, no es al mismo tiempo el lugar de las últimas defensas, con, por ejemplo, la memoria de las luchas pasadas y de todo lo que constituye el *pundonor de clase* (del que forma parte, por ejemplo, cierto culto a la virilidad, principio de toda una visión "conservadora" de la división del trabajo entre los sexos) y el punto de menor resistencia (simbolizado y encarnado a la vez por la mujer, estatutariamente "despolitizada" y predispuesta al consumo), por donde se introducen, hasta lo más íntimo de las prácticas y lo más profundo de los inconscientes, las fuerzas de la dominación.

[60] La unificación del mercado económico y simbólico, y el correlativo debilitamiento de la autonomía de los espacios sociales con base local, tiende a favorecer la "politización" de los agricultores que, dependiendo cada vez más de los mecanismos de la economía y de las decisiones políticas, tienen cada vez más interés en interesarse en la política: si la "politización" no equivale en ellos necesariamente, como ocurre con los obreros, a una orientación hacia la izquierda, no es menos cierto que aparece la posibilidad real de esa elección y que el propio conservadurismo toma en los mismos un sentido completamente distinto.

el hecho de que los empleados de oficina, que están situados en lo más bajo de la jerarquía de los asalariados de la administración y de las clases medias, voten más a la izquierda que los contramaestres, que están situados en la cima de la clase obrera. Más generalmente, puede suponerse que, permaneciendo igual todo lo demás y sea cual sea la posición de esos campos en el espacio social, los dominantes de un campo relativamente autónomo tienen una mayor inclinación a votar a la derecha que los dominados de los campos correspondientes, y que los dominados de todos los campos tienen una mayor inclinación a votar a la izquierda que los dominantes correspondientes.

El lenguaje político

De este modo, la parte de la discordancia que permanece inexplicada durante tanto tiempo como se siga situado del lado de los determinantes de las disposiciones éticas reside en la relación que se establece, con ocasión de la encuesta de opinión o de la elección electoral, entre una oferta de opiniones completamente preparadas y una capacidad determinada de elección: los consumidores de opiniones pueden cometer errores de objeto (alodoxia) e incluso están tanto más expuestos a reconocerse en unas opiniones que no son las suyas cuanto que, no disponiendo de principios de percepción y apreciación propiamente políticos, se fían más completamente de los esquemas políticamente inciertos, incluso indeterminados, de su *ethos* de clase; pero pueden también elegir una opinión constituida cuando, *lo sepan o no*, elegirían otra, más o menos diferente, si estuviera constituida como tal y sobre todo si, al ser profesada por un grupo determinado de profesionales, tuviera posibilidades de imponerse. El campo político propone un universo de posibles políticos que, como tal, ejerce, pues, un doble efecto: en primer lugar, favorece el efecto de *falsa identificación* resultante del hecho de que lo mismo que está implícito puede reconocerse en diferentes formas de "ya-explicitado"; en segundo lugar, tiende a producir un *efecto de cierre* al dar tácitamente el universo de los posibles realizados por el universo de los posibles posibles y al delimitar así el universo de lo *políticamente pensable.* Estos dos efectos se ejercen aquí con una particular fuerza, debido al hecho de que la "demanda" casi nunca preexiste (al menos en las clases dominadas) a la oferta de discurso político: informulada o parcialmente formulada, la demanda no se conoce más que cuando puede reconocerse, con razón o sin ella, en una opinión ofertada. Ese es el motivo de que sea necesario volver al análisis del logocentrismo de la encuesta politológica que, en su inocencia metodológica, constituye una especie de reconstrucción *in vitro* del efecto más fundamental de la división del trabajo político: proponiendo a elección varios enunciados y exigiendo una postura sobre lo ya enunciado, la encuesta de opinión, lo mismo que las consultas políticas, da como resuelto el problema mismo de la política, es decir, la cuestión de la transmutación de la experiencia en discurso, del *ethos* informulado en *logos* constituido y constituyente, del sentido de clase que puede implicar una forma de adaptación y resignación con las evidencias del orden social, en aprehensión consciente, esto es, explícitamente formulada, de ese orden. Haciendo desaparecer la exigencia de una labor de enunciación, presupone tácitamente que la persona interrogada sería capaz de producir o incluso de reproducir la proposición que constituye el enunciado de la pregunta o incluso de adop-

tar espontáneamente la relación con el lenguaje y con la política que supone la producción de tal pregunta (no puede valorarse como un inicio de esa aptitud el *sí* o el *no* que siempre puede producir) y al mismo tiempo se priva, mediante una inconsciente petición de principio, de la posibilidad de recoger la información que rige la significación susceptible de ser otorgada a todas las informaciones directamente recogidas. Al no conocer otra cosa que el imperativo electoral de la igualdad formal ante el cuestionario, que se conjuga con el imperativo técnico de la normalización de los instrumentos de recogida –condición de la comparabilidad formal del material recogido y sobre todo de la automatización material y mental del análisis–, se carga a cuenta de la persona interrogada la operación de *constitución*, aun cuando ella sea el objeto de la interrogación: el efecto de la interrogación se ejerce tanto más fuertemente cuando los productores de respuestas están desprovistos por completo de los instrumentos necesarios para captar como "políticas" las preguntas formuladas y para darles una respuesta, y una respuesta "política"; y más alejados de la posibilidad de satisfacer las condiciones de producción de un cuerpo de opiniones coherentes y homogéneas puesto que están engendradas a partir de un principio explícitamente constituido.

¿Cómo han llamado a esto los patronos? El año I de la era obrera, algo así, en fin, deberíamos estar muy, pero que muy dichosos...

(Obrero de la construcción)

Entre el *ethos* y el *logos*, el dominio práctico y el dominio verbal, la discontinuidad es radical[61]. No existe ningún tipo de nexo entre el dominio práctico, que puede orientar la práctica cotidiana en todo lo que tiene de política (objetivamente) sin acceder nunca a la explicitación, y menos todavía a la conceptualización sistemática, y el dominio simbólico de la experiencia, que se expresa en el discurso socialmente reconocido como político y que supone poner entre paréntesis cualquier tipo de referencia directa y exclusiva a la situación en su singularidad concreta; puesto que esto es así y que la relación de la experiencia con la expresión, es decir, con la conciencia, es relativamente indeterminada, pueden reconocerse las mismas experiencias en unos discursos muy diferentes[62]. Sin lugar a dudas, esta disponibilidad no es infinita y sería falso conferir al lenguaje político el poder de hacer existir arbitrariamente lo que el mismo designa: la acción de manipulación tiende a circunscribirse en determinados límites, puesto que se puede estar en condiciones de resistirse a la argumentación sin ser capaz de argumentar la resistencia y, menos todavía, de formular explícitamente los principios de la misma; y

[61] Sobre este punto, véase P. Bourdieu, *Le sens pratique*, París, Ed. de Minuit, 1979.

[62] Esta relativa indeterminación del *ethos* con respecto a las posturas expresadas constituye, sin lugar a dudas, el principio de las vacilaciones y de los cambios de opiniones políticas (por ejemplo entre el gaullismo y el comunismo) de la fracción más desprovista de la clase obrera.

el hecho de que los empleados de oficina, que están situados en lo más bajo de la jerarquía de los asalariados de la administración y de las clases medias, voten más a la izquierda que los contramaestres, que están situados en la cima de la clase obrera. Más generalmente, puede suponerse que, permaneciendo igual todo lo demás y sea cual sea la posición de esos campos en el espacio social, los dominantes de un campo relativamente autónomo tienen una mayor inclinación a votar a la derecha que los dominados de los campos correspondientes, y que los dominados de todos los campos tienen una mayor inclinación a votar a la izquierda que los dominantes correspondientes.

El lenguaje político

De este modo, la parte de la discordancia que permanece inexplicada durante tanto tiempo como se siga situado del lado de los determinantes de las disposiciones éticas reside en la relación que se establece, con ocasión de la encuesta de opinión o de la elección electoral, entre una oferta de opiniones completamente preparadas y una capacidad determinada de elección: los consumidores de opiniones pueden cometer errores de objeto (alodoxia) e incluso están tanto más expuestos a reconocerse en unas opiniones que no son las suyas cuanto que, no disponiendo de principios de percepción y apreciación propiamente políticos, se fían más completamente de los esquemas políticamente inciertos, incluso indeterminados, de su *ethos* de clase; pero pueden también elegir una opinión constituida cuando, *lo sepan o no*, elegirían otra, más o menos diferente, si estuviera constituida como tal y sobre todo si, al ser profesada por un grupo determinado de profesionales, tuviera posibilidades de imponerse. El campo político propone un universo de posibles políticos que, como tal, ejerce, pues, un doble efecto: en primer lugar, favorece el efecto de *falsa identificación* resultante del hecho de que lo mismo que está implícito puede reconocerse en diferentes formas de "ya-explicitado"; en segundo lugar, tiende a producir un *efecto de cierre* al dar tácitamente el universo de los posibles realizados por el universo de los posibles posibles y al delimitar así el universo de lo *políticamente pensable.* Estos dos efectos se ejercen aquí con una particular fuerza, debido al hecho de que la "demanda" casi nunca preexiste (al menos en las clases dominadas) a la oferta de discurso político: informulada o parcialmente formulada, la demanda no se conoce más que cuando puede reconocerse, con razón o sin ella, en una opinión ofertada. Ese es el motivo de que sea necesario volver al análisis del logocentrismo de la encuesta politológica que, en su inocencia metodológica, constituye una especie de reconstrucción *in vitro* del efecto más fundamental de la división del trabajo político: proponiendo a elección varios enunciados y exigiendo una postura sobre lo ya enunciado, la encuesta de opinión, lo mismo que las consultas políticas, da como resuelto el problema mismo de la política, es decir, la cuestión de la transmutación de la experiencia en discurso, del *ethos* informulado en *logos* constituido y constituyente, del sentido de clase que puede implicar una forma de adaptación y resignación con las evidencias del orden social, en aprehensión consciente, esto es, explícitamente formulada, de ese orden. Haciendo desaparecer la exigencia de una labor de enunciación, presupone tácitamente que la persona interrogada sería capaz de producir o incluso de reproducir la proposición que constituye el enunciado de la pregunta o incluso de adop-

tar espontáneamente la relación con el lenguaje y con la política que supone la producción de tal pregunta (no puede valorarse como un inicio de esa aptitud el *sí* o el *no* que siempre puede producir) y al mismo tiempo se priva, mediante una inconsciente petición de principio, de la posibilidad de recoger la información que rige la significación susceptible de ser otorgada a todas las informaciones directamente recogidas. Al no conocer otra cosa que el imperativo electoral de la igualdad formal ante el cuestionario, que se conjuga con el imperativo técnico de la normalización de los instrumentos de recogida –condición de la comparabilidad formal del material recogido y sobre todo de la automatización material y mental del análisis–, se carga a cuenta de la persona interrogada la operación de *constitución*, aun cuando ella sea el objeto de la interrogación: el efecto de la interrogación se ejerce tanto más fuertemente cuando los productores de respuestas están desprovistos por completo de los instrumentos necesarios para captar como "políticas" las preguntas formuladas y para darles una respuesta, y una respuesta "política"; y más alejados de la posibilidad de satisfacer las condiciones de producción de un cuerpo de opiniones coherentes y homogéneas puesto que están engendradas a partir de un principio explícitamente constituido.

¿Cómo han llamado a esto los patronos? El año I de la era obrera, algo así, en fin, deberíamos estar muy, pero que muy dichosos...

(Obrero de la construcción)

Entre el *ethos* y el *logos*, el dominio práctico y el dominio verbal, la discontinuidad es radical[61]. No existe ningún tipo de nexo entre el dominio práctico, que puede orientar la práctica cotidiana en todo lo que tiene de política (objetivamente) sin acceder nunca a la explicitación, y menos todavía a la conceptualización sistemática, y el dominio simbólico de la experiencia, que se expresa en el discurso socialmente reconocido como político y que supone poner entre paréntesis cualquier tipo de referencia directa y exclusiva a la situación en su singularidad concreta; puesto que esto es así y que la relación de la experiencia con la expresión, es decir, con la conciencia, es relativamente indeterminada, pueden reconocerse las mismas experiencias en unos discursos muy diferentes[62]. Sin lugar a dudas, esta disponibilidad no es infinita y sería falso conferir al lenguaje político el poder de hacer existir arbitrariamente lo que el mismo designa: la acción de manipulación tiende a circunscribirse en determinados límites, puesto que se puede estar en condiciones de resistirse a la argumentación sin ser capaz de argumentar la resistencia y, menos todavía, de formular explícitamente los principios de la misma; y

[61] Sobre este punto, véase P. Bourdieu, *Le sens pratique*, París, Ed. de Minuit, 1979.

[62] Esta relativa indeterminación del *ethos* con respecto a las posturas expresadas constituye, sin lugar a dudas, el principio de las vacilaciones y de los cambios de opiniones políticas (por ejemplo entre el gaullismo y el comunismo) de la fracción más desprovista de la clase obrera.

puesto que también el lenguaje popular dispone de sus recursos propios, que no son los del análisis pero que encuentran a veces el equivalente de éste en una parábola o en una imagen (como la que sigue, dirigida contra la participación de los trabajadores en los beneficios de la empresa: "Tú me prestas tu reloj y yo te doy la hora"). No es menos cierto que, tratándose incluso de reconocerse en una palabra o en un portavoz, el *habitus* de clase no es infalible: si resulta frecuente que los miembros de las clases dominadas sostengan un discurso en contradicción con ellos mismos, con el sentido de su práctica y con su condición objetiva, se debe a que tienen que hablar políticamente sin tener la propiedad de los instrumentos de producción de su discurso, sin poseer, como suele decirse, su lengua política.

En el punto de encuentro entre la experiencia y la expresión es donde se sitúa la intervención de los productores profesionales de discursos; es ahí donde se instauran las relaciones entre los profesionales y los profanos, los significantes y los significados: los dominados que toman partido por la conciencia, es decir, por el lenguaje, están a merced del discurso que se les propone, corriendo el riesgo de no salir de la doxa más que para caer en la alodoxia, en todos los falsos reconocimientos que favorece el discurso dominante; a merced, en el mejor de los casos, de su portavoz, al que corresponde proporcionarles los instrumentos de la reapropiación de su propia experiencia. La esencial indeterminación de la relación entre la experiencia y la expresión se acompaña con el efecto de imposición de legitimidad y de censura que ejerce el uso dominante del lenguaje, tácitamente reconocido, incluso por los portavoces de los dominados, como el modo de expresión legítima de la opinión política. El lenguaje dominante destruye, desacreditándolo, el discurso político espontáneo de los dominados: no les deja otra cosa que el silencio o el *lenguaje postizo*, cuya lógica no es ya la del uso popular sin ser tampoco la del uso culto, lenguaje deteriorado, en el que las "grandes palabras" sólo están allí para señalar la dignidad de la intención expresiva, y que, al no poder transmitir nada de verdadero, de real, de "sentido", priva al que lo habla de la misma experiencia que se supone expresa. El lenguaje dominante impone el recurso a unos portavoces, condenados a su vez al lenguaje dominante –lo que basta para introducir una distancia con los mandantes y, lo que es más grave, con sus problemas y su experiencia de esos problemas– o, por lo menos, a un lenguaje rutinario que, además de sus funciones de recordatorio y de parapeto, constituye el único sistema de defensa de aquellos que no pueden ni jugar el juego ni "romper la baraja", lenguaje que rueda en vacío, como una especie de máquina automática que produce sus sartas de fórmulas canónicas y de consignas, y que, por segunda vez, priva de su experiencia a los mandantes.

Por medio del lenguaje y de la relación con el lenguaje, solidarios de todo un estilo de vida que se impone a cualquiera que quiera participar en la "vida política", lo que se encuentra impuesto es todo un tipo de relación con el mundo, relación de negación que, a la manera del arte, pone a distancia, neutraliza, permitiendo hablar sin pensar en lo que se habla. Ese lenguaje intrínsecamente eufemistizado y eufemistizante, que se impone con las apariencias de la universalidad, quita realidad a todo lo que nombra (pudiendo hablar así un determinado ministro de trabajo, en plena crisis de paro, de "cierta erosión del pleno empleo"), inflingiendo una censura al mismo tiempo total y totalmente invisible a la expresión de los intereses propios de los dominados, condenados a la eufemistización del discur-

so oficial o a la indignidad del "consumirse y gruñir". Preguntas que, en el mejor de los casos, no exigen aparentemente otra cosa que un "sí" o un "no", se dirigen, en realidad, por un tácito privilegio, a unos individuos y a unos grupos definidos menos por una categoría particular de opinión política que por la aptitud para mantener con el lenguaje y lo que éste expresa la relación neutralizada y casi teórica que constituye la condición de la producción y recepción de los discursos de "interés general" sobre las cuestiones de "interés general", es decir, por la capacidad no sólo de descifrar y manipular los términos "especiales" del lenguaje político, sino también de situarse al nivel de la casi abstracción en que se sitúa comúnmente el discurso político, tanto por la sintaxis de sus enunciados como por las referencias implícitas que contiene; o, con mayor precisión, de *reconocer*, en el doble sentido del verbo, la pregunta "política", de reconocerla como tal y de sentirse en la obligación de responder a ella y de responder "políticamente" es decir, conforme a las normas de la *cortesía política.* En resumen, la cuestión politológica requiere la disposición disertativa que permite manipular el lenguaje sin referencia a ninguna situación práctica, un poco como se haría con un test o con un tema de disertación; que permite otorgarle la seriedad lúdica que se otorga a los ejercicios escolares o a los juegos de sociedad.

Basta con reproducir la definición que el "director de juego" de la emisión "Face à face" da del debate político conforme a sus deseos: "Es totalmente inútil decir que se trata de un debate político. Yo creo que, si están ustedes de acuerdo, voy a comenzar por pedir *al uno y al otro*, y en primer lugar a M. Habib Deloncle, puesto que a él le toca empezar, que definan su *posición de conjunto,* su *interpretación de conjunto* sobre el problema y después, en seguida, presentarán ustedes *unos ejemplos* que elegirán en dos campos, en primer lugar la educación *en sentido amplio* y luego la información igualmente *en sentido amplio*, y después, naturalmente, podrán exponer sus conclusiones." Del mismo modo que el debate televisado, la situación de encuesta está muy próxima a la situación escolar por las preguntas que formula y que a menudo son, palabras más o menos, las que constituyen los temas de disertación de la ENA, los temas de los cursos de "ciencias políticas" o los títulos de los artículos de *Le Monde*; muy próxima sobre todo por la forma misma de la relación social en la que se instaura la interrogación: sólo la *neutralización* y distanciación escolar pueden permitir responder de manera adecuada a una situación en la que cualquiera viene a formular unas preguntas políticas (excluidas normalmente de ese género de relación), incluso sin pensar en invocar la garantía de un tercero. Empíricamente se ha establecido que las discusiones políticas se emprenden, con la mayor frecuencia, entre personas de opiniones idénticas. Si esto es así, se debe a que se pone en práctica toda una semiología espontánea para evitar metódicamente todos los "temas peligrosos", esto es, en primer lugar, los temas políticos, y para establecer el consenso provisional que, en los fortuitos contactos de la vida cotidiana, sólo puede fundarse mediante el recurso a lugares comunes y al precio de una continua vigilancia.

Pensamos en una observación de Pierre Gréco que hace notar que la pregunta "¿los amigos de vuestros amigos son amigos vuestros?" requiere unas respuestas que, incluso idénticas, pueden radicalmente diferir en su principio, según que sean producto de un simple cálculo lógico fundado únicamente en la reescritura sintáctica del propio enunciado o de la referencia mental al universo

concreto de los amigos. Como todo el discurso del doxósofo, que nunca enseña otra cosa que la dificultad de tomar partido, la interrogación que el mismo propone engendra *distancia*: aleja al receptor al recordarle la complejidad y la profundidad de las preguntas mediante la complejidad misma de la formulación; aleja lo real al imponer esa especie de vacía intencionalidad que exigen los temas obligados del discurso escolar.

La irrealidad de las preguntas más propiamente políticas obedece también, y sobre todo, al hecho de que no toman todo su sentido más que por referencia a un campo semántico que no es otro que el campo de las posturas correspondientes a las diferentes posiciones en el campo de producción ideológica. Para dominar por completo el sentido objetivamente introducido en la respuesta más sumaria (el sí o el no de un referéndum) a una pregunta tal como "¿está usted a favor o en contra de una reforma regional con vistas a crear unas regiones dotadas de amplios poderes?", sería necesario poder movilizar esa competencia totalmente específica que poseen los comentadores y los analistas políticos, y que permite dominar el sistema de los posibles, conocer con detalle el conjunto de las posturas pertinentes sobre la cuestión, definir el sentido que toman las mismas en la estrategia interna y externa de los grupos políticos a los que atañe, y poner al descubierto las apuestas que en ello se juegan cada uno de esos grupos. En resumen, las interrogaciones más propiamente políticas, las que exigen más imperativamente la competencia política específica, son aquellas que se formulan a los profesionales a los que las mismas enfrentan (como son los problemas de derecho constitucional o, en otro orden de cosas completamente distinto, la cuestión de la dictadura del proletariado) o aquellas que, si bien afectan de manera muy directa a las condiciones más concretas de la existencia de sus destinatarios, se presentan bajo la forma que tienen que tomar para convertirse en las apuestas reconocidas en las luchas que tienen lugar en el campo de la producción ideológica.

Nada es más revelador de la verdad de esa interesada interrogación que la obsesión por la "información económica de los ciudadanos" que preocupa a los dirigentes, y en la que se expresa el ideal de dominados que tuvieran justo la competencia económica suficiente como para *reconocer* la competencia económica de los dominantes. La información que los dominantes confían gustosamente y en abundancia es la que tiende a descalificar (como hace el médico respecto a los conocimientos de sus enfermos) la información que los dominados poseen en estado práctico, sobre la base de su experiencia ordinaria (por ejemplo, el conocimiento que tienen de la elevación del coste de la vida, de la desigualdad de los impuestos, etcétera). De ahí un discurso político que, lejos de dar cuenta, exige *darse cuenta*, que, lejos de proporcionar los medios para poner en relación la información particular y práctica y la información general, se contenta con aleccionar, imponiendo a las experiencias singulares los cuadros generales en los cuales deben entrar aquéllas. Las encuestas de opinión buscan a menudo la lógica de esas encuestas sobre "la información económica de los franceses", que tratan de medir el conocimiento y el reconocimiento que tienen los encuestados de la economía oficial y de la información económica, simple enunciado justificativo de una política económica, y que, con un etnocentrismo soberano, reducen la economía y la política prácticas de los agentes a un torpe y desmañado enunciado de la economía y de la politología oficial (en particular mediante unas operaciones de codificación *a priori* o *a posteriori* hechas a propósito para hacer desaparecer lo esencial, esto es, el modo de expresión).

Todo concurre a reforzar la profunda desconfianza, no exclusiva de una forma también totalmente profunda de reconocimiento, que los dominados experimentan con respecto al lenguaje político, globalmente situado, como todo lo que es simbólico, del lado de los dominantes, maestros en el arte de utilizar buenas maneras y de contentar con buenas palabras. Esta desconfianza por el escenario y la puesta en escena políticos, todo ese "teatro" del que no se conocen bien las reglas y ante el cual el gusto ordinario se siente desarmado, se encuentra con frecuencia en la base del apoliticismo y de la falta de confianza generalizada con respecto a cualquier especie de palabra y de portavoz. Y a menudo no queda otra solución, para escapar de la ambivalencia o de la indeterminación ante el discurso, que la de fiarse de lo que se sabe apreciar, el cuerpo antes que las palabras, la sustancia antes que la forma, la "buena cara" antes que las "bellas palabras".

CONCLUSION

CLASES Y ENCLASAMIENTO

"Si me veo obligado a elegir el menor entre dos males, no elijo ninguno de los dos."

K. KRAUS

El gusto es una disposición, adquirida, para "diferenciar" y "apreciar"[1], como dice Kant, o, si se prefiere, para establecer o para marcar unas diferencias mediante una operación de *distinción* que no es (o no es necesariamente) un conocimiento *distinto*, en el sentido de Leibniz, puesto que asegura el reconocimiento (en el sentido ordinario del término) del objeto sin implicar el conocimiento de los rasgos distintivos que lo definen en propiedad[2]. Los esquemas del *habitus*, formas de clasificación originarias, deben su eficacia propia al hecho de que funcionan más allá de la conciencia y del discurso, luego fuera de las influencias del examen y del control voluntario: orientando prácticamente las prácticas, esconden, lo que se denominaría injustamente unos *valores* en los gestos más automáticos o en las técnicas del cuerpo más insignificantes en apariencia, como los movimientos de las manos o las maneras de andar, de sentarse o de sonarse, las maneras de poner la boca al comer o al hablar, y ofrecen los principios más fundamentales de la construcción y de la evaluación del mundo social, aquellos que expresan de la forma más directa la división del trabajo entre las clases, las clases de edad y los sexos, o la división del trabajo de dominación, en unas divisiones de los cuerpos y de las relaciones con el cuerpo que toman más de un rasgo, como para darle las apariencias de lo natural, de la división sexual del trabajo y a la división del trabajo sexual. Dominio práctico de las distribuciones, que permite sentir o presentir las probabilidades de futuro o de no futuro que existen, e, inseparablemente, lo que conviene o no conviene a un individuo que ocupa tal o cual posición en el espacio social, el gusto, al funcionar como una especie de sentido de la orientación social *(sense of one's place)*, orienta a los ocupantes de una determinada plaza en el espacio social

---

[1] E. KANT, *Anthropologie du point de vue pragmatique,* trad. M. Foucault, París, Vrin, 1964, p. 100.

[2] G. W. LEIBNIZ, "Meditationes de cognitione, veritate et ideis", en *Opuscula philosophica selecta*, París, Boivin, 1939, pp. 1-2 (véase también *Discours de métaphysique*, 24). Es de notar que, para ilustrar la idea de conocimiento *claro* pero *confuso*, Leibniz evoca, además del ejemplo de los colores, sabores y olores que sabemos distinguir "por el simple testimonio de los sentidos y no por unas marcas enunciables", el de los pintores y artistas que, capaces de reconocer una obra bien o mal hecha, no pueden justificar su juicio si no es invocando la presencia o la ausencia de "un no sé qué".

hacia las posiciones sociales ajustadas a sus propiedades, hacia las prácticas o los bienes que convienen –que les "van"– a los ocupantes de esa posición; implica una anticipación práctica de lo que el sentido y el valor social de la práctica o del bien elegido serán, probablemente, dada su distribución en el espacio social y el conocimiento práctico que tienen los demás agentes de la correspondencia entre los bienes y los grupos.

Así, los agentes sociales que el sociólogo enclasa son productores no sólo de actos enclasables sino también de actos de enclasamiento que a su vez son enclasados. El conocimiento del mundo social debe tener en cuenta un conocimiento práctico de ese mundo que le preexiste y al que no debe dejar de incluir en su objeto a pesar de que, en un primer momento, debe constituirse contra las representaciones parciales e interesadas que proporciona ese conocimiento práctico. Hablar de *habitus* es incluir en el objeto el conocimiento que los agentes –que forman parte del objeto– tienen del mismo, y la contribución que ese conocimiento aporta a la realidad del objeto. Pero no es sólo imponer, si puede así decirse, a lo real que se trata de pensar un pensamiento de lo real que contribuya a su realidad (y a la eficacia misma que ejerce). Es también conferir a ese conocimiento un poder propiamente constituyente, el mismo que se le niega cuando, en nombre de una concepción objetivista de la objetividad, se hace del conocimiento común o del conocimiento erudito un simple reflejo de lo real.

Los que creen producir una teoría materialista del conocimiento cuando hacen del conocimiento un registro pasivo y abandonan así al idealismo, como lo lamentaba ya Marx en las *Tesis sobre Feuerbach*, el "aspecto activo" del conocimiento, olvidan que todo conocimiento, y en particular todo conocimiento del mundo social, es un acto de construcción que elabora unos esquemas de pensamiento y de expresión, y que entre las condiciones de existencia y las prácticas o las representaciones se interpone la actividad estructurante de los agentes que, lejos de reaccionar mecánicamente a unos estímulos mecánicos, responden a los llamamientos o a las amenazas de un mundo cuyo sentido ellos mismos han contribuido a producir. Sin embargo, el principio de esta actividad estructurante no es, como lo quiere el idealismo intelectualista y antigenético, un sistema de formas y de categorías universales, sino un sistema de *esquemas incorporados* que, constituidos en el curso de la historia colectiva, son *adquiridos* en el curso de la historia individual, y funcionan *en la práctica y para la práctica* (y no para unos fines de puro conocimiento).

Estructuras sociales incorporadas

Esto significa, en primer lugar, que la ciencia social levanta acta, en su construcción del mundo social, del hecho de que los agentes son ellos mismos, en su práctica ordinaria, los sujetos de actos de construcción del mundo social; pero que se da como objeto, entre otras cosas, el describir la *génesis social* de los principios de construcción, y que busca en el mundo social, tal como puede aprehenderlo, el fundamento de esos principios[3]. Rompiendo con el prejuicio antigené-

[3] Correspondería a una *sociología genética* el establecer la forma en que se constituye ese sentido de las posibilidades y de las imposibilidades, de las proximidades y de las distancias.

tico que con mucha frecuencia va a la par con el reconocimiento del aspecto activo del conocimiento, la ciencia social busca en las distribuciones objetivas de las propiedades, en particular materiales (puestas de manifiesto por censos y registros que suponen todos selección y clasificación), el fundamento de los sistemas de enclasamiento que los agentes aplican a todas las cosas, comenzando por las mismas distribuciones. A diferencia de la perspectiva que a veces se denomina "cognitiva" y que, tanto en su forma etnológica (antropología estructural, etnociencia, etnosemántica, etnobotánica, etcétera) como en su forma sociológica (interaccionismo, etnometodología), ignora la cuestión de la *génesis* de las estructuras mentales y de las clasificaciones, la ciencia social se interroga sobre la relación entre los principios de división y las divisiones sociales (entre las generaciones, los sexos, etcétera) que constituyen su fundamento, y sobre las variaciones del uso que se hace de esos principios según la posición ocupada en las distribuciones (cuestiones todas ellas que exigen el recurso a la estadística).

Las estructuras cognitivas que elaboran los agentes sociales para conocer prácticamente el mundo social son unas estructuras sociales incorporadas. El conocimiento práctico del mundo social que supone la conducta "razonable" en ese mundo elabora unos esquemas clasificadores (o, si se prefiere, unas "formas de clasificación", unas "estructuras mentales", unas "formas simbólicas", expresiones todas ellas que, si se ignoran sus connotaciones, son más o menos intercambiables), esquemas históricos de percepción y apreciación que son producto de la división objetiva en clases (clases de edad, clases sexuales, clases sociales) y que funcionan al margen de la conciencia y del discurso. Al ser producto de la incorporación de las estructuras fundamentales de una sociedad, esos principios de división son comunes para el conjunto de los agentes de esa sociedad y hacen posible la producción de un mundo común y sensato, de un mundo de sentido común.

Todos los agentes de una formación social determinada tienen en común, efectivamente, un conjunto de esquemas de percepción fundamentales, que reciben un comienzo de objetivación en las parejas de adjetivos antagónicos comúnmente empleados para clasificar y calificar a las personas o los objetos en los campos más diferentes de la práctica. Matriz de todos los *lugares comunes*, que si se imponen tan fácilmente es porque tienen a su favor todo el orden social, la red de oposiciones entre alto (o sublime, elevado, puro) y bajo (o vulgar, mediocre, modesto), espiritual y material, fino (o refinado, elegante) y grosero (o grueso, graso, bruto, brutal, tosco), ligero (o sutil, vivo, sagaz) y pesado (o lento, espeso, obtuso, penoso, torpe), libre y forzado, ancho y estrecho o, en una dimensión distinta, entre único (o raro, diferente, distinguido, exclusivo, excepcional, singular, inaudito) y común (u ordinario, vulgar, corriente, trivial, insignificante), brillante (o inteligente) y apagado (u oscuro, borroso, mediocre), tiene como principio la oposición entre la "élite" de los dominantes y la "masa" de los dominados, multiplicidad contingente y desordenada, intercambiable e innumerable, débil y desarmada, sin otra existencia que la estadística. Es suficiente con dejar jugar estas raíces míticas para engendrar, a voluntad, cualquiera de los temas, incansablemente repetidos bajo formas apenas renovadas, de la eterna sociodicea, como las apocalípticas denuncias de todas las formas de "nivelación", "trivialización" o "masificación" que, al identificar la decadencia de las sociedades con la de las casas burguesas, es decir, con la caída en lo homogéneo, en lo indiferenciado, ponen de manifiesto una preocupación obsidional por el *número*, por la masa sin diferencia y

sin preocupación por las diferencias, o por la multitud siempre dispuesta a inundar los espacios reservados del exclusivismo burgués[4].

Las oposiciones en apariencia más formales de esa mitología social siempre deben su eficacia ideológica al hecho de que remiten, más o menos discretamente, a las oposiciones más fundamentales del orden social: la que, inscrita en la división del trabajo, se establece entre dominantes y dominados, y la que fundada en la división del trabajo de dominación, enfrenta, en el seno de la clase dominante, dos principios de dominación, dos poderes, dominante y dominado, temporal y espiritual, material e intelectual, etcétera. Esto quiere decir que el esquema del espacio social anteriormente propuesto puede también leerse como un riguroso cuadro de las categorías históricamente constituidas y adquiridas que organizan el pensamiento del mundo social del conjunto de los sujetos pertenecientes a ese mundo y modelados por él. Debido al hecho de que los mismos esquemas clasificadores (y las oposiciones en que se expresan) pueden funcionar, especificándose, en campos organizados alrededor de posiciones polares, ya se trate del campo de la clase dominante, organizada alrededor de una oposición homóloga a la oposición constitutiva del campo de las clases sociales, o del campo de producción cultural, organizado a su vez alrededor de oposiciones que, al reproducir la estructura de la clase dominante, son homólogas a la precedente (como puede ser la oposición entre teatro burgués y teatro de vanguardia), la oposición fundamental no cesa de sostener las oposiciones de segundo, tercero o enésimo orden (las que motivan los juicios éticos y estéticos más "puros", con sus sentimientos bajos o elevados, sus bellezas fáciles o difíciles, sus estilos ligeros o pesados, etcétera), utilizando eufemismos hasta el punto de hacerse irreconocible: así la oposición entre lo pesado y lo ligero que, en muchos de sus usos, principalmente en los escolares, servirá para distinguir los gustos populares o pequeño-burgueses de los gustos burgueses, puede ser empleada por la crítica teatral destinada a la fracción dominante de la clase dominante para pensar la relación entre el teatro "intelectual", condenado en su pretensión "penosa" y en su didactismo "pesado", y el teatro "burgués", alabado por su tacto y su arte de tratar superficialmente un tema, mientras que la crítica "intelectual" pensará la misma relación, al precio de una simple inversión de signo, a través de una forma apenas modificada de esa oposición, oponiéndose entonces la ligereza –identificada con la futilidad– a la profundidad. De igual modo podría demostrarse que la oposición entre la derecha y la izquierda que, en su forma fundamental, afecta a la relación entre los dominantes y los dominados, puede también, al precio de una primera transformación, designar las relaciones entre fracciones dominantes y fracciones dominadas de la clase dominante, tomando entonces las palabras "derecha" e "izquierda" un sentido próximo al que toman en expresiones tales como teatro "de *rive droite*" o "de *rive gauche*"; puede incluso, en un grado suplementario de falta de realidad, servir para distinguir dos tendencias rivales de un grupo artístico o literario de vanguardia, y así sucesivamente. De ello se desprende que, consideradas en cada uno de sus usos, las parejas de califica-

[4] De igual modo que la oposición entre lo único y lo múltiple se encuentra en el centro de la filosofía dominante de la historia, la oposición –que es una forma transformada de aquélla– entre lo brillante, lo visible ("a la vista"), lo distinto, lo distinguido, lo "conocido" (es decir, reputado, ilustrado) y lo oscuro (los pequeños, los oscuros, los "sin graduación"), las tareas "oscuras", lo apagado, lo gris de la masa indiferenciada, indistinta, sin nombre ni renombre (el "ilustre desconocido") es una de las categorías fundamentales de la percepción dominante del mundo social.

tivos cuyo sistema constituye el aparejo conceptual del juicio del gusto son extremadamente pobres, casi indefinidas, pero por ello mismo apropiadas para procurar o para expresar sensación de lo indefinible: cada uso singular de una de esas parejas sólo toma su sentido completo en relación con un *universo de discurso* cada vez diferente, implícito la mayoría de las veces –puesto que se trata del sistema de evidencias y presupuestos admitidos como necesarios en el campo con respecto al cual se definen las estrategias–; pero cada una de las parejas así especificadas por el uso tiene como armónicos todos los otros usos que podría tener –en razón de las relaciones de homología entre los campos que autorizan las transferencias de un campo a otro– y también todas las demás parejas que pueden sustituirla, matiz más o menos (por ejemplo fino/grosero por ligero/pesado), es decir, en unos contextos ligeramente diferentes.

El hecho de que las oposiciones semicodificadas que conlleva el lenguaje se encuentren, con unos valores muy próximos, en el principio de la visión dominante del mundo social, en todas las formaciones sociales divididas en clases (piénsese, por ejemplo, en la inclinación a imaginar al pueblo como lugar de apetitos alimenticios o sexuales totalmente desbocados) se comprende si se sabe que, reducidas a su estructura formal, las mismas relaciones fundamentales, las que precisamente expresan las grandes relaciones de orden (alto/bajo, fuerte/débil, etcétera), se encuentran en todas las sociedades divididas en clases. Y la recurrencia de la estructura triádica, grata a Georges Dumézil, de la que, a propósito de la sociedad feudal, Georges Duby muestra que se enraíza en las estructuras sociales que la misma legitima, podría no ser, igual que las oposiciones invariantes en las que se expresa la relación de dominación, más que una resultante necesaria de la conjunción de dos principios de división que están operando en todas las sociedades divididas en clases, la división entre los dominantes y los dominados, y la división entre las diferentes fracciones que pretenden la dominación en nombre de principios diferentes, *bellatores* y *oratores* en la sociedad feudal, patrones e intelectuales en la actualidad[5].

Un conocimiento sin concepto

Así, por medio de los condicionamientos diferenciados y diferenciadores que se encuentran asociados a las diferentes condiciones de existencia, por medio de las exclusiones y de las inclusiones, de las uniones (matrimonios, amistades, alianzas, etcétera) y de las divisiones (incompatibilidades, rupturas, luchas, etcétera) que están en el origen de la estructura social y de la eficacia estructurante que la misma ejerce; por medio también de todas las jerarquías y de todas las clasificaciones que están inscritas en los objetos (en especial en las obras culturales), en las instituciones (por ejemplo, en el sistema escolar) o, simplemente, en el lenguaje; por medio, por último, de todos los juicios, veredictos, clasificaciones, llamadas al orden, que imponen las instituciones especialmente dispuestas para este fin, como la familia o el sistema escolar, o que continuamente surgen de los encuentros e interacciones de la existencia ordinaria, el orden social se inscribe progresivamente en las mentes. Las divisiones sociales se convierten en principios de división que

[5] Véae G. Duby, *Les trois ordres ou l'imaginaire du féodalisme*, París, Gallimard, 1978.

organizan la visión del mundo social. Los límites objetivos se convierten en *sentido de los límites*, anticipación práctica de los límites objetivos adquirida mediante la experiencia de los límites objetivos, *sense of one's place* que lleva a excluirse (bienes, personas, lugares, etcétera) de aquello de que se está excluido.

Lo propio del sentido de los límites es el implicar el olvido de los límites. Uno de los más importantes efectos de la correspondencia entre las divisiones reales y los principios de división prácticos, entre las estructuras sociales y las estructuras mentales, es, sin lugar a dudas, el hecho de que la primera experiencia del mundo social es la de la *doxa*; adhesión a las relaciones de orden que, porque fundan de manera inseparable el mundo real y el mundo pensado, son aceptadas como evidentes. La percepción primera del mundo social, lejos de ser un simple reflejo mecánico, es siempre un acto de conocimiento que hace intervenir unos principios de construcción exteriores al objeto construido captado en su inmediatez, pero que, no conteniendo el dominio de esos principios ni de su relación con el orden real que los mismos reproducen, constituye un acto de *desconocimiento* que implica la forma más absoluta de reconocimiento del orden social. Utilizando, para apreciar el valor de su posición y de sus propiedades, un sistema de esquemas de percepción y apreciación que no es otra cosa que la incorporación de las leyes objetivas según las cuales se constituye objetivamente su valor, los dominados tienden de entrada a atribuirse lo que la distribución les atribuye, rechazando lo que les es negado ("eso no es para nosotros"), contentándose con lo que se les otorga, midiendo sus esperanzas por sus posibilidades, definiéndose como los define el orden establecido, reproduciendo en el veredicto que hacen sobre sí mismos el veredicto que sobre ellos hace la economía, destinándose, en una palabra, a lo que en todo caso les pertenece *–ta heautou*, como decía Platón–, aceptando ser lo que tienen que ser, "modestos", "humildes" y "oscuros". Es fácil ver la decisiva contribución que aporta a la conservación del orden social lo que Durkheim denominaba el "conformismo lógico"[6], esto es, la orquestación de las categorías de percepción del mundo social que, ajustadas a las divisiones del orden establecido (y, con ello, a los intereses de los que lo dominan) y comunes a todos los espíritus estructurados conforme a esas estructuras, se imponen con todas las apariencias de la necesidad objetiva[7].

El sistema de los esquemas clasificadores se opone a un sistema de enclasamiento fundado en unos principios explícitos y explícitamente concertados, del mismo modo que las disposiciones constitutivas del gusto o del *ethos*, que son unas de sus dimensiones, se oponen a la estética o a la ética. El sentido de las realidades sociales que se adquiere por la confrontación con una forma particular de la necesidad social es lo que permite actuar *como si* se conociera la estructura del mundo social y el lugar ocupado en esa estructura, y, al mismo tiempo, las distancias a guardar o a mantener[8]. Dominio práctico del enclasamiento, que no tiene nada en

---

[6] E. DURKHEIM, *Formes élémentaires de la vie religieuse*, París, Alcan, 1912, p. 24.

[7] Puede encontrarse una evocación más circunstanciadas del contexto teórico en que se sitúan estos análisis en P. BOURDIEU, "Sur le pouvoir symbolique", *Annales*, 3, mayo-junio 1977 pp. 405-411.

[8] La ideología del pensador utópico, sin ataduras ni raíces, sin domicilio fijo (en sentido metafórico), sin intereses ni beneficios, y el rechazo, que la acompaña, de la forma suprema de la grosería materialista, la *reducción* de lo único a la clase, la explicación de lo superior por lo inferior, la aplicación a lo *inenclasable* de modelos explicativos buenos para los enclasados, los ordenados, los limitados, los burgueses, los pequeño-burgueses, lo común, no predisponen apenas a los intelectuales, esos *enclasado-*

común con el dominio culto que exige la construcción de un sistema de clasificación de la realidad social a la vez coherente y adecuado, la "ciencia" práctica de las posiciones ocupadas en el espacio social que supone el arte de comportarse "como es preciso" con unas personas o unas cosas enclasadas y enclasantes (elegantes o no, frecuentables o no, etcétera), de encontrar la distancia justa, por una especie de cálculo práctico del máximum, ni demasiado cerca ("familiarizarse") ni demasiado lejos ("mostrarse distante"), de jugar con la distancia objetiva aumentándola ("mantener a distancia", "guardar las distancias") o negándola simbólicamente ("ponerse a la altura de", "mostrarse sencillo"), de ninguna manera implica que se esté en condiciones de situarse explícitamente en el enclasamiento (como exigen que se haga tantas encuestas sobre las clases sociales) y menos todavía de describir, más o menos sistemáticamente, ese enclasamiento y de enunciar sus principios[9]. El "juicio de atribución" práctico mediante el cual se asigna a alguien a una clase dirigiéndose a él de una cierta manera (y asignándose uno mismo, al mismo tiempo, una clase) no tiene nada que ver con una operación intelectual que implique la referencia consciente a unos índices explícitos y la elaboración de clases producidas por y para el concepto. La misma oposición clasificadora (rico/pobre, viejo/joven, etcétera) puede aplicarse a cualquier punto de la distribución y a reproducir todo el espacio de la misma en cualquiera de sus segmentos (el sentido común nos dice bien que siempre se es el rico o el pobre de alguien, el superior o el inferior de alguien, que siempre se está a la derecha o a la izquierda de alguien, etcétera –lo que no condena a un relativismo elemental–)[10]. Se comprende que sea tan fácil

res inenclasables, a pensar como tal el sentido de la oposición social y, menos todavía, de su propia posición y la perversa relación con el mundo social que la misma le impone. (Sería necesario, en este punto, releer a Sartre, cuyas obras y existencia completas tienen como principio esta afirmación del pundonor subversivo del intelectual, y, por ejemplo, las páginas de "El ser y la nada" sobre la psicología de Flaubert, patético esfuerzo por arrancar a la persona –en la persona del intelectual, creador increado, hijo de sus obras obsesionado por el "proyecto de ser Dios"– de toda especie de reducción a lo general, al género, a la clase, por afirmar la trascendencia del ego contra "lo que Comte denominaba el *materialismo*, es decir, la explicación de lo superior por lo inferior" –véase J. P. SARTRE, *L'Etre et le Néant*, París, Gallimard, 1943, pp. 643-652, y especialmente p. 648.)

[9] No hay mejor ocasión para ver funcionar ese sentido de la plaza ocupada que las *estrategias de condescendencia* que suponen, tanto en el autor de la estrategia como en las víctimas, el conocimiento práctico del desajuste entre la plaza realmente ocupada y la plaza ficticiamente indicada por la práctica adoptada (por ejemplo, el tuteo): cuando aquel a quien se le atribuye el Rolls-Royce, el sombrero de copa o el golf toma el metro, se pone una gorra (o un *pull* de cuello de cisne), o juega al fútbol, sus prácticas toman su sentido con respecto a esa atribución estatutaria, que continúa afectando, como en sobreimpresión, a las prácticas reales. Pero se podría igual de bien evocar las variaciones, observadas por Bally, de la estilística del discurso según la distancia social entre los interlocutores o, también, las variaciones de la pronunciación en función del interlocutor, pudiendo el locutor, según el caso, acercarse al "acento" de la persona de estatus (supuestamente) superior a la que se dirige o, al contrario, alejarse intensificando su acento ordinario (véase H. GILES, "Accent Mobility, A. Model and Some Data", *Anthropological Linguistics*, 1973, 15, pp. 87-105).

[10] Así se comprende que, en una serie de entrevistas (n = 30) a propósito de las clases sociales, realizadas alrededor de una prueba que consistía en enclasar treinta profesiones comunes (inscritas en unas tarjetas), los encuestados, que muy a menudo comienzan por preguntar en cuántas clases hay que dividir a la población, pudieran modificar en varias vueltas el número de las clases y los criterios de enclasamiento, para tener en cuenta las diferentes dimensiones de cada profesión, y por consiguiente los diferentes aspectos bajo los cuales podrían ser evaluadas, o sugerir espontáneamente que podrían multiplicar hasta el infinito las subdivisiones (testimoniando con ello el carácter artificial de la situación creada por la interrogación culta que exige la adopción de una actitud culta, *completamente inhabitual*, como lo atestigua el desconcierto inicial); todo ello estando de acuerdo casi siempre sobre los puestos

coger en falta el sentido práctico del espacio social que se encuentra en la base de los juicios de atribución a unas clases; los sociólogos que sacan sus argumentos de las contradicciones en las que caen los encuestados en sus identificaciones de clase para negar la existencia de las clases, dan testimonio únicamente de que ignoran todo lo que se refiere al funcionamiento de ese "sentido" y, además, de la situación artificial en la que le hacen funcionar. En efecto, ya se trate de situarse en el espacio social o de situar en él a los demás, el sentido del espacio social, como cualquier otro sentido práctico, se refiere siempre a *la situación particular* en la que debe orientar las prácticas: de aquí, por ejemplo, las divergencias entre las encuestas que estudian la representación de las clases en una pequeña ciudad (los "estudios de comunidades") y las que interrogan sobre las clases a escala de la nación[11]. Pero si, como a menudo se ha observado, los encuestados no se ponen de acuerdo ni sobre el número de divisiones que realizan en el seno del grupo considerado, ni sobre los límites de los "estratos" ni sobre los criterios empleados para definirlos, ello se debe no sólo a un efecto de la vaguedad inherente a las lógicas prácticas; sino también a que la visión del enclasamiento es función de la posición ocupada en los enclasamientos.

Nada está, pues, más alejado de un acto de conocimiento tal como lo concibe la tradición intelectualista que ese sentido del juego social que, como bien lo dice la palabra gusto ("facultad de percibir los sabores" y "capacidad para juzgar unos valores estéticos"), es la necesidad social convertida en naturaleza, convertida en esquemas motores y en automatismos corporales. Todo sucede como si los condicionamientos sociales ligados con una condición social tendieran a inscribir la relación con el mundo social en una relación durable y generalizada con el cuerpo propio –una manera de llevar el cuerpo, de presentarlo a los otros, de moverlo, de hacerle un sitio– que da al cuerpo su fisonomía social. Dimensión fundamental del sentido de la orientación social, la hexis corporal es una manera práctica de experimentar y de expresar la opinión que se tiene, como suele decirse, de su propio *valor social*: la relación que se mantiene con el mundo social y el lugar que uno se atribuye en él nunca se declara de mejor manera que por medio del espacio y el tiempo que se siente con derecho a tomarle a los otros, y, con mayor precisión, mediante el lugar que se ocupa *con el cuerpo en el espacio físico*, con un porte y unos gestos seguros o reservados, amplios o exiguos (acertadamente se dice de alguien que se hace el importante cuando trata de ocupar mucho sitio) *y con su palabra en el tiempo*, por la parte del tiempo de interacción que se apropia y por la manera, segura o agresiva, desenvuelta o inconsciente, de apropiárselo[12].

---

otorgados a las diferentes profesiones tomadas de dos en dos (Lenski hace unas observaciones parecidas en una experiencia que consistía en pedir a los encuestados ordenar a unas familias de una pequeña ciudad de Nueva Inglaterra: véase G. E. Lenski, "American Social Classes: Statistical Strata or Social Groups?", *The American Journal of Sociology*, LVIII, septiembre 1952, pp. 139-144).

[11] Divergencias que se observan también, en la misma encuesta, cuando se pide sucesivamente a los encuestados que definan las clases sociales a escala de su ciudad y de todo el país: los porcentajes de "no contestan" aumentan muchísimo en este caso, así como el número de las clases percibidas (véase J. G. Manis y B. N. Meltzer, *loc. cit.*).

[12] La percepción ordinaria, que aplica a las prácticas el esquema de lo ancho y lo estrecho, o de lo amplio y de lo exiguo, se anticipa a los descubrimientos de la psicología social más refinada, que establece la existencia de una correlación entre el sitio que se llena en el espacio físico y el sitio que se ocupa en el espacio social (véase sobre este punto S. Fisher y C. E. Cleveland, *Body Image and Personality*, Princeton, Nueva York, Van Nostrand, 1958).

No existe mejor imagen de la lógica de la socialización, que trata al cuerpo como recordatorio, que esos complejos de gestos, de posturas corporales y de palabras –simples interjecciones o lugares comunes particularmente manidos–, en los cuales basta con entrar, como en un personaje teatral, para ver resurgir, por la virtud evocadora de la mimesis corporal, un mundo de sensaciones y de experiencias enteramente preparados. Sobrecargados de significaciones y de valores sociales, los actos elementales de la gimnasia corporal y, muy en particular, el aspecto propiamente sexual, luego biológicamente preconstruido, de esa gimnasia, funcionan como las más fundamentales de las *metáforas*, capaces de evocar toda una relación con el mundo, "altanera" o "sumisa", "rígida" o "flexible", "amplia" o "estrecha", y con ello todo un mundo. Las "elecciones" prácticas del sentido de la orientación social no suponen más la *representación* de los posibles que las "elecciones" entre unos fonemas, elección en acto que no supone unos actos de elección. El logocentrismo y el intelectualismo de los intelectuales, junto con el prejuicio inherente a la ciencia que se da como objeto la *psiqué*, el alma, el psiquismo, la conciencia, las representaciones, por no hablar de la pretensión burguesa al estatus de "persona", han impedido que nos demos cuenta de que "somos autómatas en las tres cuartas partes de nuestras acciones", según palabras de Leibniz, y que los valores últimos, como suele decirse, nunca son otra cosa que las disposiciones primeras y primitivas del cuerpo, los gustos y los ascos que se denominan viscerales, en las que se depositan los más vitales intereses de un grupo, aquello por lo que se está dispuesto a poner en juego el cuerpo propio y el de los demás. El sentido de la distinción, *discretio* que lleva a separar y reunir lo que debe ser separado y reunido, a excluir todos los matrimonios entre personas de diferentes clases sociales y todas las uniones *contra natura*, esto es, contrarias al enclasamiento común, a la *diacrisis* que se encuentra en la base de la identidad colectiva e individual, suscita un horror visceral y homicida, una repugnancia absoluta, un furor metafísico por todo lo que ocupe el *terreno espúreo* de Platón, todo lo que *exceda al entendimiento*, es decir, al enclasamiento incorporado y que, al poner en tela de juicio los principios del *orden social hecho cuerpo*, y en particular los principios socialmente constituidos de la división sexual del trabajo y de la división del trabajo sexual, atenta contra el orden mental a título de desafío al sentido común, de escándalo[13].

Unas atribuciones interesadas

El fundamento del principio de pertinencia elaborado por la percepción del mundo social y que define el conjunto de las características de las cosas o de las

[13] Se podría demostrar que la socialización tiende a constituir el cuerpo en operador analógico, instaurando toda clase de equivalencias prácticas entre las diferentes divisiones del mundo social, divisiones entre los sexos, entre las clases de edad y entre las clases sociales, o, con mayor exactitud, entre las significaciones y los valores asociados a los individuos que ocupan unas posiciones prácticamente equivalentes en los espacios determinados por esas divisiones; y esto integrando en un mismo lenguaje corporal la simbólica de la dominación y de la sumisión social y la simbólica de la dominación y de la sumisión sexual –como puede verse, por ejemplo, en la buena educación que encuentra en la oposición entre lo recto y lo curvo o, lo que viene a ser lo mismo, entre enderezar(se) e inclinar(se), uno de los principios generadores de las *marcas* (de respeto, de desprecio, etcétera) utilizadas para simbolizar las relaciones jerárquicas.

personas capaces de percibirse como interesantes, positiva o negativamente, por el conjunto de los que emplean esos esquemas (otra definición del sentido común), no es otra cosa que el interés que los individuos o los grupos considerados tienen en reconocer este rasgo y la pertenencia del individuo considerado al conjunto definido por el mismo: el *interés por* el aspecto percibido nunca es completamente independiente *del interés por* percibirlo. Esto se ve bien en todas las clasificaciones edificadas alrededor de un rasgo estigmatizado que, como la oposición ordinaria entre los homosexuales y los heterosexuales, aíslan lo que es interesante de todo el resto (es decir, de todas las otras formas de sexualidad), reexpedido así a lo grisáceo de lo indiferente y de lo indiferenciado. Esto se ve mejor todavía en todos los "juicios de atribución" que en realidad son unos actos de acusación, unos *categoremas* en su sentido original, y que, como *la injuria*, no *quieren conocer* más que una sola ("tú no eres más que un...") de las propiedades constitutivas de la identidad social de un individuo o de un grupo, viendo por ejemplo en el homosexual casado o en el judío converso un judío o un homosexual disimulado o vergonzante, es decir, de alguna manera doblemente judío u homosexual. La lógica del estigma recuerda que la identidad social es la apuesta de una lucha en la cual el individuo o el grupo estigmatizado y, más generalmente, todo sujeto social, en tanto que es un objeto potencial de categorización, no puede responder a la percepción parcial que lo encierra en *una de sus propiedades* más que poniendo delante, para definirse, la mejor de ellas y, más generalmente, luchando por imponer el sistema de enclasamiento más favorable a sus propiedades o incluso para dar al sistema de enclasamiento dominante el contenido más adecuado para poner en valor lo que es y lo que tiene.

Los que se asombran de las paradojas que hacen surgir la lógica y el discurso ordinarios cuando aplican sus divisiones a unas dimensiones continuas, olvidan lo que puede tener de paradójico el hecho de tratar el lenguaje como un puro instrumento lógico y la situación social en la que es posible una relación de tal tipo con el lenguaje. Las contradicciones o las paradojas a las que conducen las clasificaciones de la práctica ordinaria no obedecen, como lo creen todos los positivismos, a una especie de insuficiencia esencial del lenguaje ordinario, sino al hecho de que esos actos sociológicos no estén orientados hacia la búsqueda de la coherencia lógica y de que, a diferencia de los usos filológicos, lógicos o lingüísticos del lenguaje –que en realidad sería necesario denominar *escolares*, puesto que suponen siempre la *scholé* (es decir, el ocio, la distancia con respecto a la urgencia y a la necesidad, la ausencia de apuestas vitales) y la institución escolar, que en la mayor parte de los universos sociales es la única que puede asegurar todo esto–, obedecen a la lógica del prejuicio que, como en los tribunales, afronta no unos juicios lógicos, justiciables con el único criterio de coherencia, sino unas acusaciones y unas defensas. Incluso sin que sea necesario recordar todo lo que encubre la oposición –bien olvidada por los lógicos e incluso por los lingüistas– entre el arte de convencer y el arte de persuadir, cómo no ver que el uso escolar es al uso que el orador, el abogado o el militante hacen del lenguaje lo que los sistemas de clasificación del lógico o del estadístico, preocupados por la coherencia y la compatibilidad con los hechos, son a las categorizaciones y a los categoremas de la existencia cotidiana que, lo dice la propia etimología, se sitúan en la lógica del *proceso* (en el sentido ordinario del término, pero también en el sentido de Kafka, que ofrece una imagen ejemplar de esa búsqueda desesperada de la reapropiación de una identidad social

por definición inalcanzable –como límite infinito de todos los categoremas, de todas las imputaciones–). No existe interrogación real sobre la división del mundo social que no comprometa los intereses asociados a la pertenencia o a la no pertenencia: como lo atestigua la atención dedicada a los grupos-frontera, y por ello estratégicos –la aristocracia obrera que oscila entre la lucha de clases y la colaboración de clases, o los "cuadros", categoría de la estadística burocrática cuya unidad nominal, y doblemente negativa, oculta la dispersión real tanto a los ojos de los "interesados" como a los de sus adversarios y a los de la mayor parte de los observadores– el establecimiento de límites entre las clases se inspira en la intención estratégica de "contar" o de "contarse", de "catalogar" o de "anexionar", cuando no es un simple registro de un estado jurídicamente garantizado de la relación de fuerza entre los grupos enclasados.

En efecto, si se dejan de lado todos los casos en los que la imposición de una frontera arbitraria de tipo jurídico (la que sitúa en 30 kg. el peso del equipaje autorizado o decreta que un vehículo de más de 2.000 kg. es una camioneta) basta para suprimir las dificultades que surgirían del sofisma del montón de trigo[14], las fronteras, incluso las más formales en apariencia, como son las que separan las clases de edad, fijan un estado de las luchas sociales, es decir, un estado de la distribución de las ventajas y de las obligaciones, tales como el derecho a unas tarifas especiales o a la jubilación y la obligación escolar o militar. Y si hace sonreír la historia, contada por Alphonse Allais, del padre que en el tren hace sonar la alarma a la hora exacta en que su hijo cumple los tres años (edad a partir de la cual ya no es posible viajar sin pagar), es porque de inmediato se ve más el absurdo sociológico de esta variación imaginaria, tan impecablemente lógica, que todos los absurdos que se encuentran en la base de las paradojas preferidas de los lógicos. Aquí los límites son unas fronteras que hay que atacar o defender en encarnizada lucha, y los sistemas de enclasamiento que las fijan son menos unos instrumentos de conocimiento que unos instrumentos de poder, subordinados a unas funciones sociales y orientadas, de forma más o menos abierta, hacia la satisfacción de los intereses de un grupo[15].

Los lugares comunes y los sistemas de enclasamiento constituyen así la apuesta de unas luchas entre los grupos a los que caracterizan enfrentándolos, y que se oponen entre sí con respecto a ellos, esforzándose por hacerles evolucionar

[14] El sofisma del montón de trigo y todas las paradojas del continuo físico hacen, como apuntaba Poincaré, que se tenga a la vez $A = B$, $B = C$ y $A < C$, o también $A_1 = A_2$, $A_2 = A_3$, $\ldots A_{99} = A_{100}$ y $A_1 < A_{100}$. Dicho de otra manera, si está claro que un grano de trigo no hace un montón, como tampoco lo hacen dos granos, o tres granos, no es fácil decir si el montón comienza en 264 granos o en 265, y si, dicho de otro modo, 265 granos hacen un montón, y 264 no lo hacen.

[15] Numerosas clasificaciones éticas o estéticas, psiquiátricas o jurídicas que producen las ciencias establecidas, por no hablar de las que produce e inculca el sistema escolar, están también completamente subordinadas a unas funciones sociales, aunque deban su eficacia específica a su aparente neutralidad: producidas según la lógica y en el lenguaje propio de unos campos relativamente autónomos, acumulan la dependencia real con respecto a unos esquemas clasificadores del *habitus* dominante y, por medio de ellos, de las estructuras sociales de que son producto, y la apariencia de independencia que les permite contribuir a la legitimación de un estado de la lucha de enclasamientos y de la lucha de clases. El ejemplo más típico de esos sistemas de enclasamiento semiautónomos es, sin duda, el sistema de adjetivos que se encuentra en la base de las "apreciaciones" escolares (véase P. BOURDIEU y M. DE SAINT MARTIN, "Les catégories de l'entendement professoral", *Actes de la recherche en sciences sociales*, 3, 1975, pp. 68-93).

a su favor. Georges Duby muestra perfectamente cómo el modelo de tres órdenes que fija un estado de la estructura social, con vistas a eternizarlo mediante la explicación y la codificación, ha podido ser utilizado simultánea y sucesivamente por grupos antagónicos: en primer lugar por los obispos, que lo habían elaborado, contra los herejes, los monjes y los caballeros; por la aristocracia, luego, contra los obispos y el rey; por el rey, por último, que, constituyéndose en sujeto absoluto de la operación de enclasamiento, en principio exterior y superior a las clases que permite engendrar (a diferencia de los tres órdenes, sujetos pero también objetos, jueces pero también partes), asigna al conjunto de los grupos interesados su lugar en el orden social y se constituye en punto de vista sobre el que no existe punto de vista alguno[16]. De igual modo podría demostrarse que los esquemas y lugares comunes que sirven para pensar las diferentes formas de dominación, la oposición entre los sexos y las clases de edad, así como la oposición entre las generaciones, son también objeto de manipulaciones parecidas. Los "jóvenes" pueden aceptar la definición de ellos mismos que les proponen los viejos y, aprovechándose de la licencia provisional que se les otorga en muchas sociedades ("es necesario que la juventud se pase"), hacer lo que se les conceda y les convenga, realizar las "virtudes propias" de la juventud, *virtú*, virilidad, fogosidad, etcétera, ocuparse de sus propios asuntos –el belicoso errar para los nobles herederos en la Edad Media[17], el amor y la violencia para los jóvenes florentinos del Renacimiento, y todas las formas de regulado y lúdico desenfreno (deporte, rock, etcétera) para los adolescentes de hoy día–, en resumen, dejarse mantener en estado de "juventud", es decir, de irresponsabilidad, obtener mediante una renuncia a las responsabilidades las libertades de una conducta irresponsable[18]. En las situaciones de crisis específica, en las que el orden de las sucesiones está amenazado, los "jóvenes" que no tienen ya la intención de dejarse remitir a la "juventud" tienden a remitir a los "viejos" a la "vejez"; al querer tomar las responsabilidades que definen a los adultos (en el sentido de personas socialmente consumadas), tienen que lanzar a los poseedores de las responsabilidades a esa otra forma de irresponsabilidad que define la vejez o, mejor, la jubilación. La cordura y la prudencia que reivindican los "responsables" se convierten entonces en conservadurismo, en arcaísmo, o, sencillamente, en irresponsabilidad senil. Los recién llegados, que tienen todas las probabilidades de ser también los más jóvenes biológicamente, pero que aportan con ellos muchas otras propiedades distintivas, correlativas de las transformaciones de las condiciones sociales de producción de los productores (es decir, principalmente de la familia y del sistema escolar), escapan tanto más rápidamente de la "juventud", esto es, de la irresponsabilidad, cuanto más dispuestos están a romper con las conductas irresponsables que les son asignadas, y que, liberándose de los límites incorporados (los que hacen que, a los cincuenta años, sea posible todavía sentirse "demasiado joven" para poder "razonablemente pretender" una posición, un cargo o un honor), no dudarán en "empujarse", en "quemar etapas" y en determinar así, antes de tiempo, la caída en lo pasado, en lo superado; en pocas

[16] Véase G. DUBY, *op. cit.*, especialmente pp. 422-423.

[17] Véase G. DUBY, *op. cit.*, pp. 63-64, y "Les 'jeunes' dans la société aristocratique dans la France du Nord-Ouest au XIIème siècle", *Annales*, 19 (5), septiembre-octubre 1964, pp. 835-846.

[18] Lo mismo más o menos podría decirse de las mujeres si la mayor parte de las contrapartidas de la renuncia a las responsabilidades no les fueran negadas en realidad, al menos fuera de la burguesía.

palabras, la muerte social ("está acabado") de sus predecesores. Pero sólo tienen algunas probabilidades de triunfar en los conflictos con respecto a los límites entre las edades, que aparecen cuando se pierde el sentido de los límites, si llegan a imponer una nueva definición de la persona socialmente consumada, incluyendo en esta definición unas propiedades ordinariamente (es decir, con arreglo al principio de enclasamiento en vigor) vinculadas con la juventud (como el entusiasmo, el dinamismo, etcétera), o unas propiedades capaces de suplantar las virtudes ordinariamente ligadas con el estatus de adulto.

En resumen, lo que los individuos y los grupos invierten en el sentido particular que dan a los sistemas de enclasamiento comunes, mediante el uso que hacen de ellos, es infinitamente más que su interés en el sentido ordinario del término, es todo su ser social, todo lo que define la idea que se hacen de ellos mismos, el contrato primordial y tácito por el que se definen como "nosotros" con respecto a "ellos", a los "otros", y que se encuentra en el origen de las exclusiones ("eso no es para nosotros") y de las inclusiones que operan entre las propiedades producidas por el sistema de enclasamiento común[19]. El hecho de que, en su relación con los dominantes, los dominados se atribuyan la fuerza entendida como fuerza de trabajo y fuerza de combate, fuerza física pero también fuerza moral, valor, virilidad, no impide a los dominantes el pensar también esta relación mediante el esquema del fuerte y del débil, pero reduciendo la fuerza que se atribuyen los dominados, lo mismo que la de los jóvenes (cercanos en esto a las mujeres), al estado de fuerza bruta, de pasión y de pulsión, fuerza ciega e imprevisible de la naturaleza, violencia sin razón del deseo, y atribuirse la fuerza espiritual e intelectual, dominio de sí que predispone al dominio de los otros, fuerza de alma o fuerza

[19] La psicología social observa que toda división de una población en dos grupos, por muy arbitraria que sea, determina unos comportamientos discriminatorios, favorables a los miembros del grupo propio y hostiles a los miembros del otro grupo, y esto aun cuando los intereses del grupo primero tengan que sufrir con ello (M. Billing y H. Tajfel, "Social categorization and similarity in intergroup behavior", *European Journal of Social Psychology,* 1973, 3, pp. 27-52). Con mayor generalidad, la psicología social describe bajo el nombre de "diferenciación categorial" las operaciones con las que los agentes construyen su percepción de lo real, y en particular los procesos de acentuación de las diferencias con el exterior y de refuerzo de las semejanzas en el interior, de no asimilación y de asimilación (véase, por ejemplo, H. Tajfel, "Quantitative judgement in social perception", *British Journal of Psychology,* 1959, 50, pp. 16-21, y J. Tajfel y A. L. Wilkes. "Classification and quantitative judgement", *British Journal of Psychology,* 1963, 54, pp. 101-104; y, para un cuadro de conjunto de las investigaciones en este dominio, véase W. Doise, *L'articulation psychosociologique et les relations entre groupes,* Bruselas, A. de Boeck, 1976, p. 178-200). Los análisis del racismo han puesto de manifiesto, en el mismo sentido, que la yuxtaposición de grupos diferentes conduce a unas *representaciones contrastadas,* tendiendo cada grupo a oponer una definición de la conducta, conveniente, valorizada, a una conducta indigna, la del otro grupo ("Wherever the groups and classes are set in sharp juxtaposition, the values and mores of each are juxtaposed. Out of group opposition there arises an intense opposition of values, which comes to be projected through the social orden and serves to solidify social stratification" –L. Copeland, "The Negro as a Contrast Conception", en E. Thompson, ed., *Race Relations and the Race Problem,* Durham, Duke University Press, 1959, pp. 152-179–). Al residir en la diferencia la identidad social, es con respecto a lo más próximo, que representa la mayor amenaza, como se afirma la diferencia. El análisis de la estereotipia –esa propensión a admitir una correspondencia entre la pertenencia a una categoría (por ejemplo, la de los nórdicos o de los meridionales, de los occidentales o de los orientales) y la posesión de cierta propiedad, que hace que la información sobre la pertenencia categorial de una persona influya fuertemente los juicios formulados con respecto a la misma– está de acuerdo con el análisis de esa especie de estereotipia social que hace que el conjunto de los agentes de una formación social tienda a ponerse de acuerdo para atribuir determinadas propiedades a los miembros de las diferentes clases sociales (véase Anexo 4, Un juego de sociedad).

de espíritu que autoriza a pensar la relación con los dominados, pueblos, mujeres o jóvenes, como la del alma y el cuerpo, del entendimiento y la sensibilidad, de la cultura y de la naturaleza.

La lucha de enclasamientos

En la lucha y para las necesidades de la lucha funcionan unos principios de división inseparablemente lógicos y sociológicos que, al producir unos conceptos, producen unos grupos, los mismos grupos que los producen y los grupos contra los cuales se producen. La apuesta de las luchas a propósito del sentido del mundo social es el poder sobre los esquemas clasificadores y sobre los sistemas de enclasamientos que se encuentran en la base de las representaciones y, con ello, de la movilización y de la desmovilización de los grupos: poder evocador de la enunciación que hace ver de otra manera (es el caso, por ejemplo, cuando una simple palabra, como la palabra *paternalismo*, transforma toda la experiencia de una relación social) o que, al modificar los esquemas de percepción y apreciación, hace ver otra cosa, otras propiedades, hasta entonces desapercibidas o relegadas a segundo plano (como los intereses comunes hasta entonces ocultos por las diferencias de etnia o de nación); *poder separador*, distinción, *diacrisis*, *discretio*, que de la continuidad indivisible hace surgir unas unidades discretas, de lo indiferenciado hace surgir la diferencia.

Solamente en la lucha y por la lucha los límites incorporados se convierten en fronteras, contra las cuales se choca y a las que es preciso desplazar. Y de hecho, el sistema de los esquemas clasificadores no se constituye en sistema de enclasamiento objetivado e institucionalizado más que cuando ha cesado de funcionar como sentido de los límites, y cuando los guardianes del orden establecido tienen que explicitar, sistematizar y codificar los principios de producción de ese orden, tanto real como representado, para defenderlos contra la oposición herética; en pocas palabras, tienen que constituir la doxa en ortodoxia. Los sistemas oficiales de enclasamiento, igual que las teorías de los tres órdenes, realizan de manera expresa y sistemática lo que los esquemas clasificadores hacían de manera tácita y práctica: con ello, los atributos, en el sentido de predicados, se convierten en *atribuciones*, poderes, competencias, privilegios, prerrogativas, atribuidos al titular de una función, al no ser la guerra lo que hace al guerrero sino el *officium*, la función propia, la razón de ser del *bellator*, justificado así de existir como existe. La *discretio* clasificadora fija, a la manera del derecho, un estado de la relación de fuerzas que trata de eternizar por medio de la explicitación y de la codificación. El principio de división lógica y política que es el sistema de enclasamiento sólo tiene existencia y eficacia porque reproduce, bajo una forma transfigurada, en la lógica propiamente simbólica de las *distancias diferenciales*, es decir, de lo discontinuo, las diferencias, lo más frecuente graduales y continuas, que confieren su estructura al orden establecido: pero sólo añade su contribución propia, es decir, propiamente simbólica, al mantenimiento de ese orden porque tiene el poder propiamente simbólico de hacer ver y de hacer creer que otorga la imposición de estructuras mentales.

Los sistemas de enclasamiento no serían una apuesta de lucha tan decisiva si no contribuyeran a la existencia de las clases, al añadir a la eficacia de los mecanismos objetivos el refuerzo que le aportan las representaciones estructuradas

conforme al enclasamiento. Como acto de reconocimiento de la plena existencia social, la imposición de un nombre reconocido opera una verdadera transmutación de la cosa nombrada que, cesando de existir en el estado de hecho, es decir, como ejercicio tolerado, ilegal o ilegítimo, se convierte en una *función social*, es decir, en un mandato, una misión *(Beruf)*, un cargo, un papel, palabras todas ellas que explicar bien la diferencia entre la actividad *autorizada*, es decir, asignada a un individuo o a un grupo mediante una *delegación* tácita o explícita, y la simple *usurpación* que "crea un estado de hecho" en espera de la institucionalización. Pero el efecto propio de las "representaciones colectivas", que contrariamente a lo que podrían hacer creer las connotaciones durkheimianas del concepto, pueden ser producto de la aplicación de un mismo esquema de percepción o de un sistema de enclasamiento común, sin dejar por ello de ser objeto de usos sociales antagónicos, nunca se ve tan bien como cuando la palabra precede a la cosa y la usurpación de la *identidad nominal* precipita la constitución de la identidad real, como sucede en el caso de esas asociaciones benéficas que se transforman en profesiones reconocidas, o de esos grupos de defensa corporativos (como el de los "cuadros") que imponen poco a poco la *representación* de su existencia y de su unidad, tanto a sus propios miembros como a los demás grupos.

La presencia o la ausencia de un grupo en el enclasamiento oficial depende de su aptitud para hacerse *reconocer*, para hacerse percibir y para hacerse admitir, y por consiguiente para obtener, lo más a menudo a viva fuerza, un lugar en el orden social, y para escapar así de la existencia *bastarda* de las "profesiones u oficios sin nombre" de que habla Emile Benveniste: el comercio en la antigüedad –y en la Edad Media–, o las actividades ilegítimas, tales como curandero (llamado en otros tiempos "empírico"), ensalmador o prostituta en la actualidad. Los grupos dependen de las palabras que los designan: en efecto, el poder de imponer el reconocimiento depende de la aptitud para movilizarse alrededor de un nombre –"proletariado", "clase obrera", "cuadros"– y por consiguiente para apropiarse un nombre común y comulgar con un nombre propio, y para movilizar así la fuerza que hace la unión, la que crea el poder unificador del nombre, de la *consigna*.

De hecho, el orden de las palabras nunca reproduce estrictamente el orden de las cosas. En la independencia relativa de la estructura del sistema de las palabras enclasantes y enclasadas (en el interior del cual se define el valor distinto de cada etiqueta particular) con respecto a la estructura de la distribución del capital, y, con mayor precisión, en el desajuste (que resulta por una parte de la inercia propia de los sistemas de enclasamiento como instituciones casi jurídicas que sancionan un estado de la relación de fuerzas) entre el cambio de los puestos, ligado al cambio del aparato de producción, y el cambio de las titulaciones, es donde reside el principio de las estrategias simbólicas que tratan de explotar las discordancias entre lo nominal y lo real, de apropiarse las palabras para tener las cosas que aquéllas designan o de apropiarse las cosas en espera de obtener las palabras que las sancionen; de ejercer las funciones sin tener los títulos adecuados para hacerlo, a fin de darse así títulos suficientes para reivindicar los títulos legítimos, o, por el contrario, de renunciar a las retribuciones materiales asociadas a unas titulaciones devaluadas para evitar perder las ventajas simbólicas proporcionadas por unas etiquetas más prestigiosas o, por lo menos, más vagas, menos brutalmente enclasantes y, por ello, más manipulables; de tomar prestada, para designarse, la más favorable de las marcas disponibles, llegando, si es preciso,

hasta los límites de la impostura –como los alfareros que se denominan artesanos artísticos o los técnicos que se pretenden ingenieros– o a inventar, para *desmarcarse*, unas nuevas designaciones, tales como los kinesisterapeutas, que esperan de esa nueva etiqueta que los distinga de los simples masajistas y los acerque a los médicos. Estrategias todas ellas que, como todos los procesos de competencia, carrera seguida con vistas a asegurarse la constancia de las distancias distintivas, tienen como efecto el de favorecer una constante inflación nominal, frenada sin embargo por la inercia de las taxonomías institucionalizadas (convenios colectivos, tablas de salarios, etcétera), a las que están vinculadas unas garantías jurídicas. Las negociaciones entre grupos de intereses antagónicos a que da lugar el establecimiento de los convenios colectivos y que recaen inseparablemente sobre las tareas inscritas en el puesto, sobre las propiedades exigidas a sus ocupantes (por ejemplo, las titulaciones académicas) y sobre las remuneraciones materiales y simbólicas (el nombre) correspondientes, tienen como virtud la de recordar, por la puesta en escena institucionalizada que ofrecen, las incesantes luchas a propósito de los enclasamientos que contribuyen a producir las clases, aunque éstos sean producto de las luchas entre las clases y dependan de las relaciones de fuerza que entre ellas se establecen.

Realidad de la representación y representación de la realidad

Los sujetos enclasantes que enclasan las propiedades y las prácticas de los demás, o las suyas propias, son también objetos enclasables que se enclasan (a los ojos de los demás) al apropiarse unas prácticas y unas propiedades ya enclasadas (como vulgares o distinguidas, elevadas o bajas, pesadas o ligeras, etcétera, es decir, en último análisis, populares o burguesas) según su distribución probable entre unos grupos a su vez enclasados; las más enclasantes y las mejor enclasadas de esas propiedades son, evidentemente, las que están expresamente designadas para funcionar como *signos de distinción* o *marcas de infamia*, estigmas, y sobre todo los nombres y los títulos que expresan la pertenencia a las clases cuya intersección define en un momento dado del tiempo la *identidad social* –nombre de la nación, de la región, de la etnia o de la familia, nombre de la profesión, titulación académica, títulos honoríficos, etcétera–. Aquellos que enclasan o se enclasan, enclasando o apropiándose unas prácticas o unas propiedades enclasadas y enclasantes, no pueden ignorar que, mediante los objetos o las prácticas distintivas en que se expresan sus "poderes" y que, apropiadas por unas clases y apropiadas a unas clases, enclasan a los que se las apropian, se enclasan ellos a los ojos de otros sujetos enclasantes (pero también enclasables, así como sus juicios), provistos de esquemas clasificadores análogos a los que les permiten anticipar, de manera más o menos adecuada, su propio enclasamiento.

Los sujetos sociales comprenden el mundo social que les comprende. Eso significa que no se puede, para caracterizarlos, atenerse a las propiedades materiales que, comenzando por el cuerpo, se dejan contar y medir como cualquier otro objeto del mundo físico. En efecto, no existe ninguna de esas propiedades –ya sea la estatura o el volumen del cuerpo, o la superficie de las propiedades territoriales o inmobiliarias– que, percibidas y apreciadas, por referencia a otras propiedades de la misma clase, por unos agentes armados de esquemas de percepción y aprecia-

ción socialmente constituidos, no funcionen como *propiedades simbólicas*. Esto implica que se debe superar la oposición entre una "física social" que, armada con un uso objetivista de la estadística, establecería unas *distribuciones* (en el sentido estadístico y también en el económico) –expresiones cuantificadas del reparto entre un gran número de individuos, en competencia por su apropiación, de una cantidad finita de energía social tomada por medio de los "indicadores objetivos"– y una "semiología social" que se aplicaría a descifrar unas significaciones y a poner de manifiesto las operaciones cognitivas mediante las cuales los agentes las producen y las descifran; entre la ambición de acceder a una "realidad" objetiva "independiente de las conciencias y de las voluntades individuales", al precio de una ruptura con las representaciones comunes del mundo social ("las prenociones" durkheimianas) y de sacar a la luz unas "leyes", es decir, unas relaciones significativas, pero en el sentido de no aleatorias, entre unas distribuciones, y el esfuerzo por captar no la "realidad", sino las representaciones que de ella se hacen los agentes y que constituyen toda la "realidad" de un mundo social concebido "como representación y como voluntad".

En resumen, la ciencia social no tiene que elegir entre esa forma misma de la física social, representada por Durkheim –que está de acuerdo con la semiología social en admitir que no se puede conocer la "realidad" si no es elaborando unos instrumentos lógicos de enclasamiento[20]– y la semiología idealista que, dándose como objeto el hacer un informe de los informes, como dice Garfinkel, no puede hacer otra cosa que registrar los registros de un mundo social que no sería, en el límite, más que el producto de las estructuras mentales, es decir, lingüísticas. Se trata de hacer entrar en la ciencia de la escasez y de la competencia por los bienes escasos el conocimiento práctico que de las mismas consiguen los agentes al producir, sobre la base de su experiencia de las distribuciones –función a su vez de su posición en las mismas–, unas divisiones y unas clasificaciones que no son menos objetivas que las de los balances contables de la física social. Se trata, en otros términos, de superar la oposición entre las teorías objetivistas que identifican las clases sociales (pero también las clases sexuales o las clases de edad) con unos grupos discretos, simples poblaciones que pueden contarse y que están separadas por unas fronteras objetivamente inscritas en la realidad, y las teorías subjetivistas (o, si se prefiere, *marginalistas*) que reducen el "orden social" a una especie de enclasamiento colectivo obtenido por la agregación de los enclasamientos individuales o, con mayor precisión, de las estrategias individuales, enclasadas y enclasantes, con las cuales los agentes se enclasan y enclasan a los demás[21].

---

[20] Apenas hay necesidad de reseñar la afinidad que une la física social y la inclinación positivista para ver los enclasamientos, ya sea como unos cortes arbitrarios y "operatorios" (como las clases de edad o los intervalos de ingresos), ya sea como unos cortes "objetivos" (discontinuidades de las distribuciones o inflexiones de las curvas) que sería suficiente con registrarlos.

[21] Permítasenos una expresión particularmente característica, hasta en la metáfora, de ese marginalismo social: "Each individual is responsible for the demeanour image of himself and deference image of others, so that for a complete man to be expressed, individuals must hold hands in a chain of ceremony, each giving deferentially with proper demeanour to the one on the right what will be received deferentially from the one on the left." (E. GOFFMANN, "The Nature of Deference and Demeanour", *American Anthropologist*, 58, junio 1956, pp. 473-502). "...Routinely the question is that of whose opinion is voiced most frequently and most forcibly, who makes the minor ongoing decisions apparently required for the coordination of any joint activity, and whose passing concerns have given the most weight. And however trivial some of these *little gains and losses* may appear to be, by *summing them all*

Basta con tener presente que los bienes se convierten en signos distintivos –que pueden ser unos signos de distinción, pero también de vulgaridad, desde el momento en que son percibidos relacionalmente– para ver que la *representación* que los individuos y los grupos ponen *inevitablemente* de manifiesto mediante sus prácticas y sus propiedades forma parte integrante de su realidad social. Una clase se define por su *ser percibido* tanto como por su *ser*; por su consumo –que no tiene necesidad de ser ostentoso para ser simbólico– tanto como por su posición en las relaciones de producción (incluso si fuera cierto que ésta rige a aquél). La visión berkeleyniana –esto es, pequeño-burguesa– que reduce el ser social al ser percibido, al parecer, y que, olvidando que no es necesario dar unas representaciones (teatrales) para ser objeto de representaciones (mentales), reduce el mundo social a la agregación de las representaciones (mentales) que los diferentes grupos se hacen de las representaciones (teatrales) ofrecidas por los otros grupos, tiene el mérito de recordar la autonomía relativa de la lógica de las representaciones simbólicas con respecto a los determinantes materiales de la condición: las luchas de los enclasamientos, individuales o colectivos, que apuntan a transformar las categorías de percepción y apreciación del mundo social, y, con ello, el mundo social, constituyen una dimensión olvidada de la lucha de clases. Pero basta con tener presente que los esquemas clasificadores que se encuentran en la base de la relación práctica que mantienen los agentes con su condición, y en la de la representación que pueden tener de ellas, son a su vez producto de esa condición, para ver los límites de esa autonomía: la posición en la lucha de enclasamientos depende de la posición en la estructura de las clases; los sujetos sociales –comenzando por los intelectuales, que no son los mejor situados para pensar lo que define los límites de su pensamiento del mundo social, es decir, la ilusión de la ausencia de límites–, nunca, sin lugar a dudas, tienen menos probabilidades de superar "los límites de su cerebro" que en las representaciones que ofrecen y se ofrecen de su posición, que define esos límites.

up across all the social situations in which they occur, we can see that their total effect is enormous. The expression of subordination and domination through this swarm of situational means is more than a mere tracing or symbol or ritualistic affirmation of the social hierarchy. These expressions *considerably constitute* the hierarchy." (E. GOFMANN, "Gender Display", *Paper* presentado en el *Third International Symposium "Fermale Hierarchies"*, Harry Frank Guggenheim Foundation, abril 3-5, 1974) (Las cursivas son de P. Bourdieu).

POST-SCRIPTUM

ELEMENTOS PARA UNA CRITICA "VULGAR" DE LAS CRITICAS "PURAS"

Quizá los lectores se hayan preguntado por qué, en un texto dedicado al gusto y al arte, jamás se haya recurrido a la tradición de la estética filosófica o literaria. Y habrán comprendido, sin duda, que se trata de un rechazo deliberado.

No cabe la menor duda, en efecto, de que la estética culta, tanto la que se inscribe en las obras legítimas como la que se expresa en los escritos que tratan de explicitarla y formalizarla, se constituye fundamentalmente, más allá de las variantes, contra todo lo que ha podido ser adquirido mediante esta investigación, esto es, *la indivisibilidad* del gusto, la unidad de los gustos más "puros" y más depurados, más sublimes y más sublimados, y la de los gustos más "impuros" y más "groseros", más ordinarios y más primitivos. Lo que inversamente significa que esta investigación exigía ante todo que se supiera renunciar, mediante una especie de amnesia deliberada, a todo el *corpus* de discursos cultivados sobre la cultura y, con ello, no sólo a los beneficios que proporciona la exhibición de los *signos de reconocimiento* (y que se recuerdan al menos por medio de los costes ocasionados por la sola omisión) sino también a los beneficios más íntimos de la delectación letrada, aquellos que evoca Proust cuando indica lo que le ha costado la visión lúcida de los placeres de la lectura: "Contra mis más caras impresiones estéticas es contra las que he querido luchar aquí, tratando de llevar hasta sus últimos y más crueles límites la sinceridad intelectual"[1]. (Y esto sin poder ocultarse que los placeres de la "visión lúcida" pueden representar la forma más "pura" y más refinada, aunque con frecuencia un poco melancólica, de la delectación.)

Y si es necesario autorizar el retorno de lo reprimido, una vez producida la verdad del gusto, contra la cual está construida, mediante una inmensa represión, toda la estética legítima, no es sólo para someter las verdades adquiridas a una última prueba (que no tiene nada de un enfrentamiento con las teorías rivales), sino que es también y sobre todo para evitar que, mediante un efecto muy corrien-

[1] M. Proust, "En mémoire des églises assassinées", en *Pastiches et mélanges,* París, Gallimard, Idées, 1970, p. 171.

te de desdoblamiento, la ausencia de confrontación directa no permita a los dos discursos coexistir pacíficamente en dos universos de pensamiento y discurso cuidadosamente separados.

La repugnancia por lo "fácil"

El gusto "puro" y la estética, que constituye su teoría, encuentran su principio en el rechazo del gusto "impuro" y de la *aisthesis*, forma simple y primitiva del placer sensible reducido a un *placer de los sentidos*, como en lo que Kant denomina "el gusto de la lengua, del paladar y de la garganta", abandono a la sensación inmediata que en otro orden distinto de la práctica toma la figura de la imprevisión. A riesgo de que parezca que se veneran los "efectos fáciles" que estigmatiza el "gusto puro", se podría demostrar que todo el lenguaje de la estética está contenido en un rechazo, por principio, de lo *fácil*, entendido en todos los sentidos que la ética y la estética burguesas dan a esa palabra[2]; que el "gusto puro", puramente negativo en su esencia, tiene como principio la *repugnancia* que a menudo se denomina *visceral* ("pone enfermo", "hace vomitar") por todo lo que es "fácil", como se dice de una música o un efecto estilístico, pero también de una mujer o de sus costumbres. El rechazo de lo que es fácil en el sentido de simple, luego sin profundidad, y "que cuesta poco", puesto que su descifre es cómodo y poco "costoso" culturalmente, conduce con naturalidad al rechazo de lo que es fácil en sentido ético o estético, de todo lo que ofrece unos placeres demasiado *inmediatamente accesibles* y por ello desacreditados como "infantiles" o "primitivos" (por oposición a los placeres diferidos del arte legítimo). Se habla así de "efectos fáciles" para caracterizar, por ejemplo, la elegancia un poco llamativa de cierto estilo periodístico, o el encanto un poco demasiado insistente y demasiado esperado de la música denominada "ligera" (palabra cuyas connotaciones cubren más o menos las de la palabra "fácil") o de determinadas ejecuciones de la música clásica, pudiendo un crítico, por ejemplo, denunciar la "vulgar sensualidad" o "el orientalismo de bazar" que hace de tal interpretación de la "*Danza de los siete velos*" de la *Salomé* de Richard Strauss "una música de café-concierto". Como lo dicen las palabras empleadas para denunciarlo, "fácil" o "ligero", por supuesto, pero también "frívolo", "fútil", "llamativo", "superficial", "con gancho" (que traduce el *meretricious*, más distinguido, del inglés) o, en el registro de las satisfacciones orales, "empalagoso", "dulzón", "al agua de rosas", "nauseabundo", las obras "vulgares" no constituyen solamente una especie de insulto al refinamiento de los refinados, una manera de ofender al público "difícil" que no quiere que se le ofrezcan unas cosas "fáciles" (gusta decir de los artistas, y en particular de los directores de orquesta, que se respetan y respetan a su público); suscitan el malestar y el asco por los métodos de seducción –ordinariamente denunciados como "bajos", "degradantes", "envilecedores"– que emplean, dando al espectador la sensación de ser tratados como un cualquiera, al que puede seducirse con unos encantos de pacotilla, invitándole a *regresar* hacia las formas más primitivas y más

[2] Para una estética explícitamente fundada en la antítesis de la belleza y de lo fácil, véase S. Alexander, *Beauty and Other Forms of Value*, Londres, Macmillan and Co., 1933, especialmente pp. 40 y 164.

elementales del placer, ya se trate de las satisfacciones pasivas del gusto infantil por los líquidos dulces y azucarados (que evoca lo "empalagoso") o de las gratificaciones casi animales del deseo sexual[3]. Podría evocarse el prejuicio platónico incansablemente reafirmado, en favor de los sentidos "nobles" –la vista y el oído– o el privilegio que Kant otorga a la *forma*, más "pura", en detrimento del color y de su seducción casi carnal. Pero nos contentaremos con un texto completamente ejemplar en el que Schopenhauer, estableciendo entre lo "bello" y lo "bonito" una oposición totalmente idéntica a la que establece Kant, en la *Crítica del juicio*, entre el "placer" y el "goce", lo "bello" y lo "agradable", "lo que gusta" y "lo que causa goce", define lo "bonito" como "lo que estimula la voluntad ofreciéndole *directamente lo que la halaga*", como lo que "hace decaer al que contempla del estado de intuición pura que es necesario para la intuición de lo bello", lo que "*seduce infaliblemente* la voluntad con la vista de los objetos que *la deleitan de manera inmediata*" y, cosa significativa, reúne en la misma condena las dos formas de satisfacción, oral y sexual, contra las que intenta constituirse la satisfacción reconocida como propiamente estética: "la forma inferior de lo 'bonito' se encuentra –dice Schopenhauer– en los cuadros hogareños de los pintores holandeses, cuando tienen la extravagancia de representarnos unos comestibles, verdaderas engañifas que no pueden dejar de excitar el apetito; con ello la voluntad se encuentra incluso estimulada y deja de existir la contemplación estética del objeto. Que se pinten unas frutas aún es soportable, con tal de que la fruta sólo aparezca allí como la continuación de la flor, como un producto de la naturaleza, bello por su color, bello por su forma, y de que no se vea uno forzado a pensar efectivamente en sus propiedades comestibles; pero desgraciadamente, a menudo la búsqueda del parecido y de la ilusión se lleva hasta llegar a representar unos platos servidos y aderezados, tales como ostras, arenques, langostas, rebanadas de pan con mantequilla, cerveza, vinos y así sucesivamente: esto es absolutamente inadmisible. En la pintura histórica y en la escultura, lo bonito se traduce en desnudeces en las que la actitud y la indumentaria, junto con la manera general en que están representadas, tienden a excitar la lubricidad de los espectadores: la contemplación estética cesa de inmediato; el trabajo del autor ha sido contrario a la finalidad del arte"[4].

Como bien lo dice Schopenhauer, muy próximo en esto a Kant[5] y a todas las estéticas en las que se expresa, bajo una forma racionalizada, el *ethos* de la fracción dominada de la clase dominante, lo bonito, que reduce "el puro sujeto conociente", "liberado de la subjetividad y de sus deseos impuros", a un "sujeto

---

[3] E. H. Gombrich evoca en varios momentos, y muy particularmente en un artículo dedicado a las relaciones entre el psicoanálisis y la historia del arte (E. H. GOMBRICH, *Meditations on a Hobby Horse and Other Essays on the Theory of Art*, Londres, Phaidon Press, 1963, especialmente pp. 37-40), el rechazo de las gratificaciones elementales, y por consiguiente vulgares, que se encuentra en la base del gusto legítimo o, si se prefiere, de los *fashionable don'ts*, tan "fáciles de atrapar", que constituyen toda la sustancia de aquéllas (*op. cit.*, p. 146).

[4] A. SCHOPENHAUER, *Le monde comme volonté et comme réprésentation*, trad. Burdeau, París, Alcan, 1888, T. I., L III § 40, p. 215.

[5] La estética Schopenhauer aparece, en lo esencial, como un comentario un poco reforzado de la estética kantiana, teniendo Fauconnet todo el fundamento del mundo para observar: "El juicio estético, esencialmente desinteresado, se opone, en Kant, a los demás juicios interesados de manera tan absoluta como la actividad espontánea del sujeto, que sólo conoce con vistas a la acción, a la lucha, se opone, en Schopenhauer, a la contemplación del sujeto puro" (A. FAUCONNET, *L'Esthétique de Schopenhauer*, París, Alcan, 1913, p. 108).

espontáneo, sometido a todas las necesidades, a todas las servidumbres", ejerce una verdadera violencia sobre el espectador: indecente, exhibicionista, se introduce y se impone, arrastrando al cuerpo con su ritmo, que está en afinidad con los ritmos corporales, cautivando el espíritu con lo engañoso de sus intrigas, de sus suspenses y de sus sorpresas, imponiéndole una participación real totalmente opuesta a la "distanciación" y al "desinterés" del gusto puro, y destinada por ello a parecer tan desplazada como Don Quijote cuando, arrebatado por el furor real ante un escándalo ficticio, rompe de un tajo las marionetas de Maese Pedro[6].

> Nada enfrenta más radicalmente a los espectáculos populares –desde el teatro de marionetas al partido de fútbol, pasando por el catch o el circo, o incluso el cine de barrio de antaño– con los espectáculos burgueses que la forma de participación del público: constante, manifiesta (gritos, pitidos), directa a veces (se baja al terreno de juego), en un caso, es en el otro discontinua, distante, altamente ritualizada, con los aplausos, y hasta los gritos de entusiasmo obligados, al terminar, o incluso perfectamente silenciosa (como en los conciertos que tienen lugar en las iglesias). El jazz no empaña más que en apariencia esta oposición: espectáculo burgués que imita el espectáculo popular, reduce los signos de participación (castañeteo de dedos o repiqueteo con los pies) al esbozo silencioso del gesto (al menos en el *free jazz*).

EL "GUSTO DE LA REFLEXIÓN" Y EL "GUSTO DE LOS SENTIDOS"

Lo que el gusto puro rechaza es, por supuesto, la violencia a la que se somete el espectador popular (piénsese en la descripción que hace Adorno de las músicas populares y de sus efectos); reivindica el respeto, la distancia, esa distancia que permite mantenerse a distancia. Espera de la obra de arte que –finalidad sin otro fin que ella misma– trate al espectador conforme al imperativo kantiano, es decir, como un fin y no como un medio. De esta forma, el principio del gusto puro no es otra cosa que un rechazo[7] o, mejor, una *repugnancia*, repugnancia a unos objetos que imponen el goce, y repugnancia por el gusto grosero y vulgar que se complace en ese goce impuesto. "Sólo una clase de fealdad no puede ser representada conforme a la naturaleza sin echar por tierra toda satisfacción estética, por lo tanto, toda belleza artística; y es, a saber, la que despierta *asco*, pues como en esa extraña sensación que descansa en una pura figuración fantástica el objeto es re-

[6] Con esta lógica, la "distanciación" brechtiana podría ser la diferencia mediante la cual el intelectual afirma, en el mismo corazón del arte popular, su distancia del arte popular que hace al arte popular intelectualmente aceptable, es decir, aceptable para algunos intelectuales, y, más profundamente, su distancia del pueblo, la que supone el encuadramiento del pueblo por los intelectuales.

[7] Es "el *rechazo* –dice Kant– que condujo al hombre de las excitaciones puramente sensuales hacia las sensaciones ideales" (E. KANT, "Conjectures sur les débuts de l'histoire", en *La philosophie de l'histoire,* trad. S. Piobetta, París, Gonthier, 1947, p. 115). Habiendo indicado que la excitación sexual tiende a "prolongarse e incluso a aumentarse bajo el efecto de la imaginación" cuando el objeto es "sustraído a los sentidos", Kant, vinculando el descubrimiento de la belleza con la sublimación del instinto sexual, concluye: "El rechazo fue el hábil artificio que condujo al hombre desde las excitaciones puramente sensuales hacia las excitaciones ideales, y, poco a poco, del deseo puramente animal al amor. Y, con el amor, el sentimiento de lo que es puramente agradable se convirtió en el gusto de lo bello" *(Ibid.)*.

presentado como si, por decirlo así, nos apremiara para gustarlo, oponiéndonos nosotros a ello con violencia, la representación del objeto por el arte no se distingue ya, en nuestra sensación de la naturaleza, de ese objeto mismo, y entonces no puede ya ser tenida por bella" (p. 218)[8]. El asco o repugnancia es la experiencia paradójica del goce logrado por la violencia, del goce que causa horror. Ese horror, ignorado por aquellos que se abandonan a la sensación, resulta, fundamentalmente, de la abolición de la distancia, donde se afirma la libertad, entre la representación y la cosa representada, en una palabra, de la *alienación*, de la pérdida del sujeto en el objeto, de la sumisión inmediata al presente inmediato que determina la violencia humillante de lo "agradable". Así, por oposición a la inclinación suscitada por lo "agradable" que, común a los animales y a los hombres, a diferencia de la belleza (p. 108), resulta apropiada para seducir "a aquellos que buscan como fin sólo el goce" (pp. 105, 107, 108), e "inmediatamente *deleita* al gusto" –mientras que "considerado mediatamente, es decir, por medio de la razón (...) disgusta" (p. 106)[9]–, el "gusto puro" (pp. 129, 130), "gusto de reflexión" (p. 113) que se opone al "gusto de los sentidos" como "los encantos" a la "forma" (pp. 125, 126), debe excluir el interés y no debe "estar preocupado en lo más mínimo de la existencia de la cosa" (p. 103)[10].

El objeto que "se impone al goce", tanto en imagen como en la realidad, en *carne y hueso*, neutraliza tanto la resistencia ética como la neutralización estética: en suma, aniquila el poder distanciador de la representación, la libertad propiamente humana de dejar en suspenso la adhesión inmediata, animal, a lo sensible y de rechazar la sumisión al puro afecto, a la simple *aisthesis*. Doble desafío a la libertad, a la humanidad, a la cultura, esa antinaturaleza, la repugnancia, es, pues, la experiencia *ambivalente* de la horrible seducción de lo repugnante y del goce, que opera una especie de reducción universal a la animalidad, a la corporeidad, al vientre y al sexo, es decir, a lo que es *común*, luego *vulgar*, aboliendo toda diferencia entre los que resisten con todas sus fuerzas y los que se complacen en el placer, los que disfrutan con el goce: "Por la palabra común –no sólo en nuestra lengua, que aquí, realmente, encierra una doble significación, sino también en varias otras– se entiende *vulgare*, lo que en todas partes se encuentra, y cuya posesión no constituye un mérito ni ventaja alguna" (p. 198). La naturaleza entendida como

[8] Tanto aquí como en lo que sigue del texto, las cifras entre paréntesis remiten a las páginas de M. KANT, *Crítica del juicio*, trad. de Manuel García Morente, Madrid, Espasa Calpe, Colección Austral, 1977. En el texto original las citas corresponden a E. KANT, *Critique du jugement,* trad. J. Gibelin, París, Vrin, 1946.

[9] La eficacia propia de lo agradable se manifiesta en el hecho de que impone una satisfacción inmediata del deseo, excluyendo "la reflexionada espera del porvenir": "Ese poder de no gozar sólo de la instancia de la vida presente, sino de representarse en forma actual un porvenir con frecuencia muy lejano, es el signo distintivo más característico de la superioridad del hombre" ("Conjectures", *op. cit.*, p. 117).

[10] El simple análisis gramatical da la razón a Hegel, que reprochaba a la tercera *Crítica* su permanencia en el registro del *Sollen*, del deber: los enunciados sobre el juicio de gusto están escritos en imperativo o, mejor, en esa especie de falso constativo que permite silenciar las condiciones de la realización de un enunciado en realidad ejecutivo. Algunos ejemplos típicos: "...decimos del que permanece insensible ante lo que nosotros juzgamos como sublime que no tiene *sentimiento* alguno. Pero ambas cosas las exigimos a cada hombre y las suponemos en él si tiene alguna cultura" (p. 168); "Además, en cada juicio que ha de mostrar el gusto del sujeto, se pide que el sujeto juzgue por sí mismo" (p. 186); "pues éste debe ser un juicio de gusto y no del entendimiento o de la razón" (p. 189); "el arte debe ser libre en doble sentido..." (p. 228).

sensibilidad iguala, pero por lo bajo (es ya la aborrecida "nivelación" de los heideggerianos). Aristóteles enseñaba que las cosas diferentes se diferencian en aquello por lo que se parecen, es decir, en un carácter común: la repugnancia descubre con horror la animalidad común sobre la cual y contra la cual se construye la distinción moral.

"...Nosotros consideramos como groseros y poco nobles a quienes no tienen sentimiento alguno de la naturaleza bella (...) y se atienen a la comida o a la bebida en el goce de meras sensaciones de los sentidos" (p. 208). Y en otro lugar, Kant enuncia, de manera completamente directa, el fundamento social de la oposición entre el "gusto de reflexión" y el "gusto de los sentidos": "El instinto, esa voz de Dios, a la que todos los animales obedecen, debía sólo en principio conducir a nuestra nueva criatura. Le permitía para su alimentación ciertas cosas, prohibiéndole algunas otras. Pero no es necesario admitir un instinto particular, desaparecido hoy en día, para ese uso; el sentido del olfato podría ser suficiente para ello por su parentesco con el órgano del *gusto*, así como por la *bien conocida afinidad de este último con el aparato digestivo*; el hombre tenía así, de alguna manera, el poder de presentir la inocuidad o la nocividad de los alimentos que consumía, del que todavía hoy día se ven algunos ejemplos. E incluso puede admitirse que ese sentido no era más agudo en la primera pareja de lo que lo es en la actualidad. Porque es un hecho bien conocido que *existe una diferencia considerable, en la fuerza de las percepciones, entre los hombres que sólo se ocupan de sus sentidos y los que, ocupados además por sus pensamientos, están por ello apartados de sus sensaciones*" (E. Kant, "Conjectures", *op. cit.*, p. 113). Se reconoce aquí el mecanismo ideológico que consiste en describir como momentos de una evolución (en este caso el progreso de la naturaleza a la cultura) los términos de la oposición que se establece entre las clases sociales.

Así, a pesar de que no cesa de negar al gusto todo lo que podría parecerse a una génesis empírica, psicológica y sobre todo social (e. g., pp. 140, 167), utilizando continuamente la separación mágica entre lo trascendental y lo empírico[11], la teoría del gusto puro encuentra su fundamento, como lo testimonia la oposición que hace entre lo agradable (que "no cultiva" y sólo es un goce [p. 168]) y la cultura[12], o también las alusiones al aprendizaje y a la educabilidad del gusto[13], en

---

[11] El parágrafo 41, titulado "Del interés empírico en lo bello", evoca lo que Elias denomina "el proceso de civilización" ("Sólo en sociedad se le ocurre no sólo ser hombre, sino, a su manera, ser un hombre fino (comienzo de la civilización"), pero para arrojarlo a lo empírico en una frase: "Ese interés, atribuido indirectamente a lo bello por la inclinación a la sociedad, y por tanto empírico, no es, sin embargo, de importancia alguna para nosotros aquí" (pp. 202-203 y también 182-183). Otro ejemplo de reconocimiento de la dimensión social del gusto: "Un juicio sobre un objeto de la satisfacción puede ser totalmente desinteresado y, sin embargo, muy interesante, es decir, no fundarse en interés alguno, pero producir un interés; así son todos los juicios morales puros. Pero los juicios de gusto no constituyen para ellos mismos interés alguno. Sólo en la sociedad viene a ser interesante tener gusto" (p. 103, n. 1).

[12] De la música, dice Kant que "es, desde luego, más goce que cultura" (p. 253). Y más adelante, identifica implícitamente el grado en que las artes "provocan la cultura" en el espíritu con la "expansión de las facultades" que exigen: "Si, en cambio, se aprecia el valor de las bellas artes según la cultura que provocan en el espíritu, y si se toma como medida el desarrollo de las facultades que deben unirse al juicio para el conocimiento, entonces la música, entre las bellas artes, ocupa el lugar inferior" (p. 236).

[13] "Pero en lo que se refiere a la belleza añadida al objeto a causa de su forma, la opinión de que aquella belleza se pueda elevar, por medio del encanto, es un error *ordinario* muy perjudicial al verdadero, incorruptible y profundo gusto. Sin duda pueden, sin embargo, añadirse encantos al lado de

la empiria de una relación social: la antítesis entre la cultura y el placer corporal (o, si se quiere, la naturaleza) se enraíza en la oposición entre la burguesía cultivada[14] y el pueblo, solar fantasmático de la naturaleza inculta, de la barbarie entregada al puro goce: "El gusto es siempre bárbaro, mientras necesita la mezcla con encantos y emociones para la satisfacción y hasta hace de éstas la medida de su aplauso" (p. 123).

Si se va hasta las últimas consecuencias de una estética que, según la lógica del *Ensayo sobre las grandezas negativas*, debe medir la virtud por la amplitud de los vicios dominados, y el gusto puro por la intensidad de la pulsión negada y de la vulgaridad vencida, debe reconocerse el arte más consumado en las obras que llevan al grado más alto de tensión la antítesis de la barbarie civilizada, de la impulsión refrenada, de la grosería sublimada: así, actualmente Mahler, que ha llevado más lejos que nadie el peligroso juego con la facilidad y con todas las formas de recuperación culta de las "artes populares" o incluso de lo "ramplón" o, en otros tiempos, Beethoven, cuya reconocida grandeza se mide por la grandeza negativa de las violencias, de las exageraciones y de los excesos, celebrados frecuentemente por la hagiografía, que la ascesis artística, especie de trabajo de duelo, ha tenido que superar. De condición de la experiencia del placer "puro", la inhibición del placer demasiado inmediatamente accesible puede incluso devenir fuente de placer en sí misma, conduciendo el *refinamiento* a cultivar por sí mismo el "placer preliminar" del que habla Freud, a diferir siempre más la resolución de la tensión, a aumentar, por ejemplo, la distancia entre el acorde disonante y su resolución completa o conforme. De suerte que la forma más "pura" del placer del esteta, la *aisthesis* depurada, sublimada, negada, podría consistir así, paradójicamente, en una ascesis, *askesis*, una tensión entrenada y mantenida, que es lo contrario mismo de la *aisthesis* primaria y primitiva.

Placer ascético, placer vano que encierra en sí mismo la renuncia al placer, placer depurado de placer, el placer puro está predispuesto para devenir un símbolo de excelencia moral, y la obra de arte una prueba de superioridad ética, una medida indiscutible de la capacidad de sublimación que define al hombre *verdaderamente humano*[15]: la apuesta del discurso estético, y de la imposición de *una*

---

la belleza para interesar al espíritu por la representación del objeto, además de la satisfacción seca, y servir así de atractivo para el gusto y la cultura, *sobre todo cuando está aún inculto y no ejercitado*" (p. 125, las cursivas son de P. B.): "Hasta puede empezar a dudar de si habrá formado bastante su gusto por el conocimiento de una multitud suficiente de objetos de cierta clase..." (p. 188); "que ello contribuya a la rectificación y extensión de nuestro juicio de gusto" (p. 190).

[14] Algunos indicios de la inclinación de Kant a identificar lo universal con el universo de los hombres cultivados: "Nadie admitirá fácilmente que un hombre de gusto sea necesario para experimentar más satisfacción en la figura de un círculo que en la de un contorno irregular, en la de un cuadrilátero equilátero y equiángulo más que en otro oblicuo, desigual y, por decirlo así, deforme, pues *para ello se requiere sólo entendimiento común y no gusto*" (p. 142); "pero ambas cosas las exigimos a cada hombre (el sentido de lo bello y lo sublime) y las *suponemos en él si tiene alguna cultura*" (p. 168). (Véase también p. 194, n. 1. Las cursivas son de P. B.)

[15] Evocando el nexo que une muy pronto la naturaleza muerta con el motivo de la *vanitas* –con, por ejemplo, el tema del reloj simbolizando la temperancia–, E. H. Gombrich concede que el espíritu puritano puede encontrar en ese llamamiento una coartada o un antídoto al simple placer de los sentidos que proponen los alimentos apetitosos y los fastuosos ramos de flores, eternización del goce sensual, "fiesta para los ojos" que evocan las fiestas pasadas o futuras, pero observa que la pintura es, en sí misma, una *vanitas*, debido al hecho de que los placeres que ofrece la representación son esencialmente ilusorios (E. H. GOMBRICH, *op. cit.*, p. 104).

definición de lo propiamente humano que apunta a realizar, no es otra cosa en definitiva que el *monopolio de la humanidad*[16]. Lo que corresponde atestiguar al arte es, por supuesto, la diferencia entre los hombres y los no-hombres: imitación libre de la creación natural, de la *natura naturans* –y no de la *natura naturata*– mediante la cual el artista (y, por medio de él, el espectador) afirma su trascendencia con respecto a la naturaleza naturalizada, produciendo una "naturaleza distinta" (p. 217), sometida únicamente a las leyes de construcción del genio creador (p. 213-214), la experiencia artística es lo que más se aproxima a la experiencia divina del *intuitus originarius*, percepción creadora que, sin reconocer más reglas u obligaciones que las suyas propias (p. 212), engendra libremente su propio objeto. El mundo que produce la "creación" artística no es sólo una "naturaleza distinta" sino también una "contra-naturaleza", un mundo producido a la manera de la naturaleza pero contra sus leyes ordinarias –las de la gravedad en la danza, las del deseo y del placer en la pintura o en la escultura, etcétera– mediante un acto de sublimación artística que está predispuesto para cumplir una función de legitimación social: la negación del goce inferior, grosero, vulgar, mercenario, venal, servil, en una palabra, natural, encierra la afirmación de la sublimidad de los que saben satisfacerse con placeres sublimados, refinados, distinguidos, desinteresados, gratuitos, libres. La oposición entre los gustos de naturaleza y los gustos de libertad introduce una relación, que es la del cuerpo y el alma, entre los que no son sino naturaleza y los que afirman en su capacidad de dominar su propia naturaleza biológica su legítima pretensión de dominar la naturaleza social. Y puede entenderse mejor que, como lo ha indicado Bakhtine a propósito de Rabelais, la imaginación popular no pueda sino invertir la relación que se encuentra en la base de la sociodicea estética: respondiendo al partido de *sublimación* con un prejuicio de *reducción* o, si se quiere, de *degradación*, como sucede en el argot, la parodia, lo burlesco o la caricatura; invirtiendo todos los "valores" en los que se reconoce y se afirma la sublimidad de los dominantes, con el recurso a la obscenidad o a la escatología, la imaginación popular niega sistemáticamente la diferencia, ridiculiza la distinción y, como en los juegos de Carnaval, reduce los placeres distintivos del alma a las satisfacciones comunes del vientre y del sexo[17].

UNA RELACIÓN SOCIAL NEGADA

La teoría de la belleza como creación absoluta del *artifex deus* que permite a todo hombre (digno de ese nombre) imitar el acto divino de la creación, es sin duda la expresión "natural" de la ideología profesional de aquellos que gustan denominarse "creadores", lo que explica que, lejos incluso de cualquier influencia

[16] Puede verse lo que oculta el *Sollen* contenido en los enunciados aparentemente constativos en los que Kant encierra la definición del gusto puro.

[17] De ello se deduce que la sola intención de hablar científicamente de la obra de arte o de la experiencia estética –o, más sencillamente, de abandonar el estilo del ensayismo que, menos preocupado por la verdad que por la originalidad, prefiere siempre lo excitante de la idea falsa a la sencillez de la idea verdadera– está destinada a mostrarse como una de esas sacrílegas degradaciones en las que se complace el materialismo reductor y, por ello, como la expresión de un "filisteísmo" que denuncia lo que es incapaz de entender o, peor, de sentir.

directa, no haya cesado de ser reinventada por los artistas, desde Leonardo de Vinci, que hacía del artista el "dueño de todas las cosas", a Paul Klee, que intentaba crear como crea la naturaleza[18]. Y sin hablar de la evidente relación que la misma mantiene con la antítesis entre las dos formas de placer estético y, por esta mediación, con la oposición entre la "élite" de la cultura y las masas bárbaras, la oposición que Kant establece entre el "arte libre", "que agrada por sí mismo" y cuyo producto es la libertad –puesto que agrada también por sí mismo y no ejerce ninguna violencia sobre el espectador[19]– y "el arte mercenario", actividad sierva y servil que "sólo es atractiva por su efecto (verbigracia, la ganancia), puede ser impuesta por la fuerza" (p. 209) y cuyo producto se impone al espectador con toda la avasalladora violencia de su atractivo sensible, expresa de la manera más directa la representación que Kant se hace de la posición en la división del trabajo y, con mayor precisión, en la división del trabajo intelectual, de esos intelectuales "puros" o "autónomos" que son, si nos fiamos de *El conflicto de las facultades,* los profesores de la Facultad de filosofía, de los que los escritores y los artistas representan, sin duda, el límite puro[20]. La *Crítica del juicio* está menos alejada de lo que parece de la "Idea de una historia universal desde el punto de vista cosmopolita", en la que se ha visto, con justo motivo, la expresión de los intereses sublimados de la *intelligentsia* burguesa; esa burguesía intelectual que, como dice bien Norbert Elias, "obtiene su autojustificación en primer lugar de sus realizaciones intelectuales, científicas o artísticas"[21], ocupa una posición de inestabilidad, totalmente homóloga de la *intelligentsia* actual, en el espacio social: "élite a los ojos del pueblo", ocupa un "rango inferior a los ojos de la aristocracia cortesana[22].

Muchas de las extravagancias del texto de Kant se aclaran desde el momento en que se percibe que el segundo término de la oposición fundamental entre el placer y el goce se desdobla, encontrándose definida la pureza ética del placer cultural no sólo contra la *barbarie* del goce siervo, sino también contra el goce *heterónomo* de la civilización: "Nosotros estamos *cultivados* hasta el más alto grado

---

[18] En época reciente, sin duda es en Malraux donde se encuentra la más sistemática tentativa de formular esta ideología: el arte es el reino de la libertad y, a este título, es el símbolo del poder, que pertenece al hombre, de crear un mundo significante y plenamente humano o, por lo menos, de la eterna lucha del hombre para trascender la servidumbre y "humanizar el mundo".

[19] Al tratar la obra según su intención, es decir, tratándola como finalidad sin fin, el espectador reproduce el acto de creación, en una mimesis de la mimesis del Génesis (la teoría de la "lectura creadora" es también uno de esos temas ideológicos que, al ser indispensables para la reafirmación del "pundonor espiritual" de la burguesía letrada, constituyen el objeto de permanentes reivindicaciones).

[20] En ese texto desdeñado por los comentadores (que, al presentarse tan trabado con cosas triviales, han llegado hasta preguntarse si no sería un efecto de la senilidad), Kant distingue en primer lugar entre los "sabios corporativos" (pertenecientes a la Universidad) o "independientes" y los simples "letrados", "hombres de negocios y técnicos de la ciencia", sacerdotes, magistrados, médicos, que venden un conocimiento adquirido en la Universidad; y luego la clientela de estos últimos, "el pueblo, que se compone de ignorantes". Contrapone luego las Facultades temporalmente dominantes –derecho, medicina y teología– con la Facultad temporalmente dominada, pero espiritualmente dominante, esto es, la Facultad de filosofía, que no tiene poder temporal pero que es "independiente de las órdenes del gobierno" y, perfectamente autónoma, no conoce más que sus propias leyes, las de la razón, encontrándose así justificada y motivada para ejercer con toda libertad su poder de *crítica* (E. KANT, *Le conflict des facultés*, trad. Gibelin, París, Vrin, 1955).

[21] N. ELIAS, *La civilisation des moeurs*, París, Calmann-Lévy, 1973, p. 19.

[22] N. ELIAS, *op. cit.*, p. 35.

en el campo del arte y de la ciencia. Estamos *civilizados*, hasta el punto de encontrarnos abrumados con ello, para todo aquello que tiene relación con la urbanidad y las conveniencias sociales de todo orden. Pero en cuanto a considerarnos como ya *moralizados*, hace falta mucho todavía. Porque la idea de moralidad pertenece aún a la *cultura*; por el contrario, la aplicación de esa idea, que conduce *solamente a una apariencia de moralidad en el honor y la honorabilidad externa*, constituye simplemente *civilización*"[23]. Kant remite a las tinieblas de lo "empírico", como ya se ha visto, "el interés indirectamente unido con lo bello por la inclinación social" que produce el proceso de civilización, y esto aunque esa "inclinación refinada" por unos objetos que no dan ninguna satisfacción de goce esté tan próxima como es posible del placer puro. La negación de la naturaleza conduce tanto a la perversión de las "inclinaciones superfluas" como a la pura moralidad del placer estético: "Una propiedad de la razón consiste en crear artificialmente, con la ayuda de la imaginación, unos deseos, no sólo *sin* fundamentos establecidos sobre un instinto natural sino incluso *en oposición* con éste: esos deseos en el comienzo favorecen poco a poco la eclosión de todo un enjambre de inclinaciones superfluas y, lo que es más, contrarias a la naturaleza, bajo la denominación de 'sensualidad'."[24]. Ambigüedad de lo contranaturaleza: civilización, vituperada, y cultura, aprobada. Kant no puede distinguir con claridad la diferencia entre el placer *civilizado*, heterónomo y *externo*, y el placer *cultivado*, que supone un "largo esfuerzo de formación interna del pensamiento"[25], si no es sobre el terreno de la ética, es decir, de los determinantes, externos y "patológicos" de un lado, puramente internos del otro, del placer estético. Esta estética pura es, por supuesto, la racionalización de un *ethos*: tan alejado de la concupiscencia como de la *conspicuus consumption*, el placer puro, es decir, totalmente depurado de todo interés sensible o sensual, al mismo tiempo que perfectamente libre de todo interés social y mundano, se opone tanto al goce refinado y altruista del hombre de corte[26] como al goce bruto y grosero del pueblo. Nada en el contenido de esta estética típicamente profesoral[27] podría oponerse a que la misma vea reconocida su universalidad por sus únicos lectores ordinarios, los profesores de filosofía, demasiado ocupados en perseguir el

---

[23] E. KANT, "Idée d'une histoire...", *en La philosophie de l'histoire, op. cit.*, p. 39 (las cursivas son de P. Bourdieu).

[24] E. KANT, "Conjectures...", *op. cit.*, p. 113.

[25] E. KANT, "Idée d'une histoire...", *op. cit.*, p. 39. Elias muestra cómo la disposición entre la nobleza cortesana y la burguesía cultural está constituida alrededor de la oposición entre la ligereza, el ceremonial, la conversación, por un lado, y el sentimiento, la sinceridad, la formación personal, la integridad moral, por el otro; en pocas palabras, entre lo *superficial* y lo *profundo* (N. ELIAS, *op. cit.*, especialmente pp. 36 y 47). Todo el segundo término de la oposición está contenido en el "largo esfuerzo de formación interior" del que habla Kant.

[26] "Pero la razón no admitirá jamás, que la existencia de un hombre que sólo vive (por muy ocupado que esté en este asunto) para gozar tenga en sí un valor, ni siquiera como instrumento, ayudando lo mejor posible, a otros que también igualmente no buscan más que el goce, gozando con ellos todos los deleites, por simpatía" (p. 107). Y Kant denuncia en una nota "la supuesta obligación de realizar todos los actos que tienen en su término solamente el goce, por muy espiritualmente que se le quiera pensar y adornar" (n. 1, p. 107).

[27] Puede verse otro indicio en el hecho de que Kant se convierta en el defensor del aprendizaje *escolar* del arte y de la necesaria sumisión a unas *reglas*: lo que está en perfecta conformidad con la lógica de su discurso subterráneo de defensor de los valores académicos de la *Kultur*, pero en contradicción con su rechazo de toda génesis empírica del gusto, que debería hacerle adherirse a la teoría del genio sin coacciones (a la que precisamente combate, p. 213-214).

historicismo y el sociologismo para percibir la *coincidencia* histórica y social que, en este caso entre tantos otros, se encuentra en la base de su ilusión de universalidad[28]. Y el trabajo de formalización que es necesario para permitir a las pulsiones y a los intereses sociales expresarse, dentro de los límites de las censuras de una forma particular de decoro social, no puede sino contribuir a favorecer esa ilusión, haciendo así que un discurso que constituye el arte en prueba de la distinción ética y estética como diferencia social desconocida y reconocida pueda ser leído como una expresión universal de la universalidad del arte y de la experiencia estética.

Totalmente ahistórico, como todo pensamiento filosófico digno de ese nombre (no existe otra *filosofía* que la *perenne*) perfectamente etnocéntrico, puesto que no se da otro *datum* que la experiencia vivida de un *homo estheticus* que no es otra cosa que el sujeto del discurso estético constituido en sujeto universal de la experiencia artística, el análisis kantiano del juicio del gusto encuentra su principio real en un conjunto de principios éticos que constituyen la universalización de las disposiciones asociadas con una condición particular. Pero es preciso guardarse de tratar como simple máscara formal todo lo que el discurso formal debe al esfuerzo por resolver los problemas suscitados por las divisiones teóricas y por las distinciones conceptuales elaboradas en las otras *Críticas*, y para expresar el "pensamiento de Kant" según los esquemas de pensamientos constitutivos de lo que se denomina el "pensamiento kantiano"[29]. Conociendo que el principio mismo de la eficacia simbólica del discurso filosófico reside en el juego de dos estructuras de discurso a las que el trabajo de formalización intenta integrar sin conseguirlo por completo, sería ingenuo reducir la verdad de ese doble discurso al discurso subterráneo en que se expresa la ideología kantiana de lo bello, y que el análisis reconstruye al restablecer la trama de las notaciones perturbadas por las interferencias de las estructuras. *Las categorías sociales del juicio estético* no pueden funcionar, tanto en Kant como en sus lectores, si no es bajo forma de categorías altamente *sublimadas*, tales como las oposiciones entre belleza y atractivo, placer y goce, o cultura y civilización, especie de eufemismo que, fuera de cualquier intención consciente de disimulación, permiten expresar y experimentar unas oposiciones sociales bajo una forma conforme con las normas de expresión de un campo específico. Lo oculto, es decir, la doble relación social, con la corte (sede de la *civilización* opuesta a la

[28] Los *invariantes* de la *condición* profesoral, y sobre todo de la *posición* del cuerpo profesoral en la clase dominante (fracción dominada) y en el campo de las clases en su conjunto, son lo suficientemente importantes, a pesar de las diferencias relacionadas con el momento y con la sociedad, como para constituir el fundamento de las afinidades de *ethos* que se encuentran en la base de la ilusión de universalidad.

[29] Lo propio de un pensamiento con ambición sistemática es aplicar a todos los objetos los esquemas de aplicación universal que lo definen. Lo que puede conducir a unos efectos divertidos, típicos de lo que Schopenhauer denomina lo "cómico pedante", cuando esos esquemas (los mismos que operan en la *Crítica del juicio*, y en ese caso con todas las apariencias de la necesidad) funcionan en vacío de la manera más manifiesta: "A cuántos de mis amigos o de mis conocidos que se jactaban, viviendo una vida ordenada adoptada de una vez por todas, de una salud perfecta, he sobrevivido; mientras que el germen de la muerte (la enfermedad), presto para desarrollarse, estaba en ellos sin que lo supieran, y el que se *sentía* en perfecto estado de salud no *sabía* que estaba enfermo: porque no es posible, sin embargo, denominar de otra manera la *causa* de una muerte natural. Pero no se sabría sentir la *causalidad*: en esto se necesita el entendimiento, cuyo juicio puede ser erróneo; mientras que el *sentimiento* es infalible, pero no lleva ese nombre más que si uno se *siente* enfermo; ahora bien, si uno no se *siente* tal, etcétera..." (E. KANT, *Le Conflit des facultés,* trad. Gibelin, París, Vrin, 1955, p. 117; las cursivas, de P. B.).

cultura) y con el pueblo (sede de la naturaleza y de la sensibilidad), está simultáneamente presente y ausente; se presenta en el texto bajo especies tales que es posible, de toda buena fe, no verlo en ellas, y que la lectura ingenuamente reductora, que reconduciría el texto de Kant a la relación social que allí se disimula y se transfigura, no sería menos falsa que la lectura ordinaria, que la reduciría a la verdad fenomenal en la que no se desvela más que velándose.

Parerga y Paralipomena

No existe, sin lugar a dudas, manera más decisiva de poner de manifiesto los mecanismos sociales que conducen a la negación de los verdaderos principios del juicio del gusto (y a su renegación en todas las lecturas conformes) que la de verlos actuando en un comentario destinado (al menos en apariencia) a ponerlos de manifiesto, esto es, en la lectura de la *Crítica del juicio* que propone Jacques Derrida[30] y que, aunque saque a la luz, al precio de una transgresión de las reglas más formales del comentario ortodoxo, algunos de los presupuestos ocultos de la filosofía kantiana del juicio del gusto, permanece sometida a las censuras de la lectura pura. Derrida ve bien que lo que está en juego es la oposición entre el "placer", legítimo, y el "goce", o, *a parte objecti*, entre las artes agradables que seducen por el "atractivo" del contenido sensible, y las Bellas artes, que ofrecen el placer sin goce; percibe también Derrida, sin establecer explícitamente el nexo con la oposición precedente, la antítesis entre los gustos groseros de los que "en la mesa o al lado de la botella, se contentan con gozar de las simples sensaciones de los sentidos", entre "la oralidad consumidora" como "gusto interesado" y el gusto puro; indica que la repugnancia es quizás el verdadero origen del gusto puro, porque "anula la distancia representativa", e, incitando irresistiblemente al consumo, aniquila la libertad que se afirma en la supresión de la adhesión inmediata a lo sensible y en la neutralización del afecto, esto es, en el "desinterés" como falta de interés por la existencia o la no-existencia de la cosa representada. Y es posible, sin duda, a pesar de que él evite hacerlo explícitamente, relacionar todas las oposiciones precedentes, que conciernen a la relación del consumidor con la obra de arte, y la última de las oposiciones señaladas, la que establece Kant, en el orden de la producción, entre el "arte libre", que hace actuar al libre arbitrio, y el "arte mercenario", que cambia el valor de su trabajo contra un salario. Es evidente que una transcripción de este tipo, que condensa y comprime, estableciendo así unas relaciones excluidas del original que, al instituir un "orden de razones", produce unos encadenamientos únicamente sugeridos y da, sobre todo, a cualquier expresión el aire de una demostración orientada por una apuesta de verdad, constituye una transformación o una deformación en sentido estricto: resumir un discurso que, como lo atestigua la atención concedida a la escritura y a la paginación, es producto de la intención de formalización, y que recusa de antemano como "sumario" y "reductor" cualquier compendio que intente separar el contenido de la forma, reducir el texto a su más simple expresión, presentarlo con el más simple

[30] J. Derrida, "Le Parergon I", *Diagraphe*, 3, 1974, pp. 21-57; "Le sens de la coupure pure (Le parergon II)", *Diagraphe*, 1974, 4, pp. 5-31; "Economimesis", en *Mimesis des articulations*, Flammarion, 1975, pp. 57-93 (reproducido en *La Vérité en peinture*, París, Flammarion, 1978).

aparato, es, en efecto, negar la intención más fundamental de la obra y, por una especie de reducción trascendental que ninguna crítica ha pensado jamás operar, hacer la *epoché* de todo aquello por lo que el texto filosófico afirma su existencia como texto filosófico, es decir, de su "desinterés", su libertad, y, con ello, de su altura, su distinción, su distancia con respecto a todos los discursos "vulgares". Pero el juego supremamente culto que juega Jacques Derrida supone la lucidez en la adhesión al juego: "Se trata del placer. De pensar el placer puro, el ser-placer del placer. Surgida del placer, fue por placer por lo que fue escrita la tercera *Crítica*, por placer por lo que debe leerse. Placer un poco árido -sin concepto y sin goce-, placer un poco estricto, pero ahí se aprende una vez más que no existe placer que no sea estricto. Si me dejara llevar por el placer, reconocería y desviaría al mismo tiempo una orden terminante. Yo la sigo: el enigma del placer pone el libro en movimiento. Yo la seduzco: al tratar a la tercera *Crítica* como una obra de arte o un objeto bello, lo que simplemente no estaba destinada a ser, yo hago como si la *existencia* del libro me fuera indiferente (lo que, nos explica Kant, se requiere para cualquier tipo de experiencia estética) y pudiera ser considerado con un imperturbable despego"[31]. Derrida, de esta forma, nos dice la verdad de su texto y de su lectura (caso particular de la experiencia del placer puro) como implicando la *epoché* de toda tesis de existencia o, más sencillamente, la indiferencia por la existencia del objeto considerado, pero en un texto que implica esa *epoché* y esa indiferencia: ejemplar forma de *negación* -uno (se) dice la verdad pero de forma tal que uno no (se) la dice-, que define la verdad objetiva del texto filosófico en su uso social; que confiere al texto filosófico una aceptabilidad social a la medida de su irrealidad, de su gratuidad, de su soberana indiferencia[32]. Debido a que nunca se retira del juego filosófico, del que respeta las convenciones, incluso en las transgresiones rituales que sólo pueden escandalizar a los integristas, Derrida no puede decir de otra manera que no sea la filosófica la verdad del texto filosófico y de la lectura filosófica de los textos filosóficos, lo que (exceptuando el silencio de la ortodoxia) es la mejor manera de no decirla, y no puede poner de manifiesto la verdad de la filosofía kantiana del arte y, más generalmente, de la propia filosofía, que su propio discurso ha contribuido a producir. De igual modo que la retórica pictórica, que continúa imponiéndose a todo artista, produce un efecto inevitable de estetización, la manera filosófica de hablar de la filosofía desrealiza todo lo que de la filosofía puede ser dicho.

Las discusiones radicales que anuncia la filosofía encuentran, en efecto, su límite en los intereses vinculados con la pertenencia al campo de producción filosófica, es decir, con la existencia misma de ese campo y con las correlativas censuras. A pesar de que sea el producto histórico del trabajo de sucesivos filósofos, que los han constituido como filosóficos -imponiéndolos al comentario, a la discusión, a la crítica, a la polémica-, los problemas, las teorías, los temas o los conceptos deposi-

---

[31] J. Derrida, "Le Parergon", *loc. cit.*, p. 30 (*La Vérité en peinture*, p. 51).

[32] La negación filosófica no es aquí otra cosa que una forma particular de la negación artística que, como se ve con toda evidencia en el caso de la música, es solidaria de una neutralización o de una negación de lo político y de lo social: "Si Fausto debe representar el alma alemana -escribe Thomas Mann-, entonces tiene que ser músico, porque la relación de Alemania con el mundo es abstracta y mística, es decir, musical" (Th. Mann, "Deutschland und die Deutschen", *Die Neue Rundschau*, I, 1945-1946, 8, citado por J. Frank, *The Widening Gyre, Crisis and Modernity in Modern Literature*, Bloomington y Londres, Indiana University Press, 1963, p. 138).

tados en escritos considerados en un momento dado como filosóficos (libros, artículos, temas de disertación, etcétera) que constituyen la *filosofía objetivada* se imponen como una especie de mundo autónomo a quienes pretenden entrar en filosofía y que deben no sólo conocerlos, como elementos culturales, sino también reconocerlos, como objetos de fe (prerreflexiva), bajo pena de excluirse del campo filosófico. Todos los que hacen profesión del filosofar tienen un interés *de vida o muerte, como filósofos*, en la existencia de ese depósito de textos consagrados, cuyo dominio más o menos completo constituye lo esencial de su capital específico. Tampoco pueden nunca, bajo pena de poner en duda su propia existencia como filósofos y los poderes simbólicos que les asegura ese título, llevar hasta el fin las rupturas que implican una *epoché* práctica de la tesis de la existencia de la filosofía, es decir, una denuncia del contrato tácito que definen las condiciones de la pertenencia al campo, un repudio de la creencia fundamental en las convenciones del juego y en el valor de las apuestas, un rechazo a otorgar los indiscutibles signos del reconocimiento –referencias y reverencia, *obsequium*, respeto de las convenciones incluso hasta en la inconveniencia–, en pocas palabras, de todo aquello por lo que se adquiere el reconocimiento de la pertenencia[33]. A falta de ser también unas rupturas sociales resignadas realmente a verse privadas de las gratificaciones asociadas a la pertenencia, las rupturas intelectuales más audaces de la lectura pura contribuyen por lo menos a arrancar el depósito de textos consagrados al estado de letra muerta, de documentos de archivo, apenas buenos para la historia de las ideas o la sociología del conocimiento, y a perpetuar su existencia y sus poderes propiamente filosóficos, haciéndolos funcionar como emblema o como matriz de discurso que, cualquiera que sea su intención declarada, son también siempre unas estrategias simbólicas que toman de los textos consagrados lo esencial del poder que ejercen. Igual que el nihilismo religioso de determinadas herejías místicas[34], el *nihilismo filosófico* puede encontrar así en los rituales de transgresión liberadora una última vía de salvación: del mismo modo que, mediante un maravilloso giro dialéctico, los actos de irrisión y desacralización que contra el arte ha multiplicado el arte moderno han repercutido siempre, como actos artísticos, en una mayor gloria del arte y del artista, la "desconstrucción" filosófica de la filosofía es, por supuesto, la única respuesta filosófica a la destrucción de la filosofía, cuando se desvanece la esperanza misma de una reconstrucción radical.

La estrategia –muy común entre los artistas a partir de Duchamp– que consiste en tomar como objeto la propia tradición en que se participa y la actividad que se practica para convertirlas en una casi *cuasi objetivación*, tiene como efecto el hacer del *comentario* –género típicamente *escolar*, tanto en sus condiciones de producción (los cursos, y muy especialmente los cursos de agregación) como en su misma naturaleza de obra esencialmente *impersonal* y en las disposiciones, dóciles y rigurosas a un tiempo, que exige– una obra *personal* capaz de ser publicada en

---

[33] Cada campo de producción culta tiene sus propias "reglas" de *decoro y conveniencia*, que pueden permanecer en estado implícito y no ser conocidas más que únicamente por los iniciados, y que los doctos, a veces, se esfuerzan por codificar (como los Boileau, Rapin, d'Aubignac o Subligny, que prescribían a los autores de tragedias el descartar los temas susceptibles de chocar con las ideas políticas o morales del público, o el excluir los espectáculos crueles, que pudieran herir su sensibilidad, el someter sus personajes a las reglas de la etiqueta mundana o el evitar los términos crudos o groseros).

[34] Véase G. SCHOLEM, *Der Nihilismus als religioses Phänomen*, Eranos, 1974, y J. HABERMAS, "Le voile de la Thora", *Les Nouveaux Cahiers*, n.° 53, verano 1978, pp. 16-22.

revistas de vanguardia –mediante otra transgresión, que escandaliza a los ortodoxos, de la frontera sagrada entre el campo universitario y el campo literario, es decir, entre lo "serio" y lo "frívolo"–. Y esto al precio de una *puesta en escena* (particularmente visible en "la doble sesión") que intenta atraer la mirada hacia el "gesto" filosófico, haciendo de la expresión misma del discurso un "acto", en el sentido que los pintores de vanguardia dan a esta palabra, y situando al mismo tiempo la persona del filósofo en el centro de la *escena* filosófica.

La objetivación filosófica de la verdad del discurso filosófico encuentra sus límites en las condiciones objetivas de su propia existencia como actividad que pretende la legitimidad filosófica, es decir, en la existencia de un campo filosófico que exige el reconocimiento de los principios que están en la base misma de su existencia: esta objetivación a medias permite situarse dentro y fuera al mismo tiempo, en el juego y fuera de juego, es decir, en los márgenes, en la frontera, en lugares que, como el "cuadro", *parergón*, constituyen otros tantos límites, comienzo del fin, fin del comienzo, puntos desde donde se toma la distancia máxima con el interior sin caer en el exterior, en las *tinieblas exteriores*, es decir, en la vulgaridad de lo no-filosófico, en la grosería del discurso "empírico", "óntico", "positivista", etcétera, y donde se pueden acumular los beneficios de la transgresión y los beneficios de la pertenencia, produciendo el discurso simultáneamente más próximo a una ejemplar realización del discurso filosófico y a una explicitación de la verdad objetiva de este discurso[35].

Por oposición a la lectura ortodoxa que toma al pie de la letra la lógica patente del texto sagrado, el "orden de las razones" que éste sitúa en primer lugar, el plan que anuncia y mediante el cual impone también su orden a su propio descifre, la lectura herética se toma unas libertades con las normas y las formas que los guardianes del texto sagrado imponen a toda lectura, y que debe imponerse a toda lectura que se pretenda ortodoxa. Por un lado, el buen punto de vista, el que Kant ha designado de antemano manifestando la arquitectónica y la lógica *aparentes* de su discurso, mediante todo un *aparato* de títulos y de subtítulos sabiamente articulados y una exhibición permanente de signos externos del rigor deductivo; fundando en sus escritos anteriores, mediante un bello efecto de autolegitimación circular, una problemática que es, en su mayor parte, producto artificial de las divisiones y de las oposiciones (entre el entendimiento y la razón, lo teórico y lo práctico, etcétera) producidas precisamente por esos escritos, y que debe, en lo sucesivo, conocer y reconocer, después de Hegel y tantos otros, cualquiera que intente hacerse reconocer y conocer como filósofo. Por el otro, una mirada deliberadamente sesgada, descentrada, liberada si no subversiva, que ignora la marcha que debe seguir y rechaza el orden impuesto, se apega a los detalles ignorados por los comentaristas ordinarios –notas, ejemplos, paréntesis– y se encuentra así obligada –aunque sólo sea para justificar la libertad que se otorga– a denunciar la arbitrariedad de la lectura ortodoxa e incluso de la lógica patente del discurso analizado, a promover unas dificultades[36] e incluso a sacar a

---

[35] Habría que explicitar las propiedades generales de esas posiciones *limítrofes*, tales como los dobles juegos que permiten y los dobles beneficios que aseguran, pero también la doble vulnerabilidad, el desdoblamiento o la incertidumbre objetiva y subjetiva sobre la identidad personal que imponen a sus ocupantes, etcétera.

[36] Por eso, Jacques Derrida denuncia el carácter artificial y forzado de la aplicación del cuadro de las categorías, establecido a propósito de juicios de conocimiento, al juicio estético del que Kant no cesa

la luz algunos de los lapsus sociales por medio de los cuales se revelan, a pesar de todo, el trabajo eufemístico y racionalizador, las *intenciones negadas* que escapan por definición al comentario ortodoxo.

EL PLACER DE LA LECTURA

A pesar de marcar una clara ruptura con el ritual ordinario de la lectura idólatra, esa lectura pura otorga aún lo esencial[37] a la obra filosófica: exigiendo ser tratada como ella trata a su objeto, es decir, como obra de arte, dándose como objetivo el objeto mismo de la obra leída, es decir, el placer cultivado, cultivando el placer cultivado, exaltando artificialmente ese placer artificial con un último refinamiento de exquisito que, como tal, implica una lucidez sobre ese placer, ofrece ante todo una ejemplificación ejemplar de ese placer artístico, de ese placer de amor al arte del que, como de cualquier placer, no es tan fácil hablar. Placer puro, si se quiere, en el sentido de que es irreducible a la búsqueda de los beneficios de la distinción y de que se vive como simple placer de jugar, de jugar bien el juego cultural, de jugar con el arte de jugar, de cultivar ese placer que "cultiva" y de producir así, como una especie de fuego sin fin, el alimento siempre renovado del que se nutre: alusiones sutiles, referencias deferentes o irreverentes, comparaciones esperadas o insólitas, etcétera. Podemos fiarnos de Proust, que no ha cesado de cultivar y analizar al mismo tiempo el placer cultivado, cuando, para intentar entender y hacer entender esa especie de placer idólatra que se siente al leer una página célebre (un pasaje de *Stones of Venice* de Ruskin), tiene que evocar, además de las mismas propiedades de la obra, toda la red de referencias cruzadas que se teje alrededor de ella: referencia de la obra con las experiencias personales que ha acompañado, favorecido, o incluso producido en el lector, referencia de la experiencia personal con las obras que soterradamente ha contaminado con sus connotaciones, referencias, por último, de la experiencia de la obra con una experiencia anterior de la misma obra o con la experiencia de otras obras, enriquecida cada una de ellas con todas las asociaciones y resonancias vinculadas a las mismas: "Es en sí misma misteriosa, llena de imágenes al mismo tiempo bellas y religiosas, como esa misma iglesia de San Marcos, donde todas las figuras del Antiguo y del Nuevo Testamento aparecen sobre el fondo de una especie de espléndida oscuridad y de cambiante resplandor. Me acuerdo *haberla leído por primera vez* en el

---

de recordar que no es un juicio de conocimiento (J. DERRIDA, "Le Parergon", *loc. cit.,* pp. 47-52, *La Vérité en peinture,* pp. 79-83). Por el contrario, Louis Guillermit se esfuerza por demostrar, mediante una confrontación de las tres *Críticas,* que Kant ha pensado de nuevo toda su teoría de la sensibilidad –proponiendo una nueva definición trascendental del sentimiento que rompe el nexo entre el sentimiento y la facultad de desear– para hacer sitio a una especie desinteresada de placer, que descubre en el juicio estético, el placer contemplativo, que no está ligado al deseo del objeto y que, indiferente a su existencia, se vincula únicamente con su representación (L. GUILLERMIT, "Esthétique et Critique", en H. WAGNER ed., *Sinnlichkeit und Verstand in der deutschen und französischen Philosophie von Descartes bis Hegel,* Bonn, Bouvier Verlag Herbert Grundmann, 1976, pp. 122-150).

[37] Al tratar la *Crítica* como un objeto bello, Derrida contradice, sin duda, la intención más profunda de Kant que, jugando con la oposición entre lo frívolo y lo serio –de lo que da testimonio un estilo ostentosamente inestético–, intenta situar la filosofía y al filósofo por encima del arte y del artista. Pero al hacerlo así, le concede también el estatus de objeto *incondicionado,* liberado a los determinantes sociales, que toda lectura pura y puramente interna otorga a la obra; y que se otorga, al mismo tiempo, a sí misma.

mismo San Marcos, durante una hora de tormenta y oscuridad en la que los mosaicos sólo brillaban con su luz propia y material y con un oro interno, terrenal y antiguo, al que el sol veneciano, que inflama hasta los ángeles de los campaniles, no le añadía nada de sí mismo; la emoción que yo experimentaba leyendo esa página, entre todos los ángeles que se iluminaban con las tinieblas que los rodeaban, era muy grande y, sin embargo, quizá no era muy pura. Del mismo modo que la alegría de ver las bellas figuras misteriosas iba en aumento, pero se alteraba con el *placer, de alguna manera erudito*, que yo experimentaba al comprender los textos en caracteres bizantinos aparecidos al lado de sus frentes nimbadas, la belleza de las imágenes de Ruskin se avivaba y corrompía con el orgullo de remitirse al texto sagrado. Una especie de repliegue egoísta sobre sí mismo se hace inevitable en esas *alegrías mezcladas con erudición y con arte* en las que el placer estético puede devenir más agudo pero no seguir tan puro"[38]. El placer cultivado se alimenta de esas referencias cruzadas, que se refuerzan y legitiman mutuamente, produciendo de manera inseparable la fe en el valor de las obras, la "idolatría" que se encuentra en el mismo principio del placer cultivado, y el inimitable encanto que objetivamente ejercen sobre todos los que, poseedores poseídos, pueden entrar en el juego. Incluso en su forma más pura, más libre en apariencia de todo interés "mundano", ese juego es siempre un juego de sociedad, fundado, como también dice Proust, en "una franc-masonería de usos" y en una herencia de tradiciones: "La distinción verdadera, por lo demás, imagina que se dirige sólo a personas distinguidas que conocen los mismos usos, y *no explica*. Un libro de Anatole France supone una multitud de conocimientos eruditos, contiene *perpetuas alusiones* que el vulgo no percibe y que constituyen, al margen de sus otras bellezas, su incomparable nobleza"[39]. Aquellos a quienes Proust denomina las "personas de calidad de la inteligencia" saben marcar su distinción de la manera más perentoria al destinar a la "élite" de los que saben descifrarlos los signos, tan discretos como irrefutables, de su pertenencia a la "élite" (como la *altura* de las referencias emblemáticas, que designan menos unas fuentes y unas autoridades que el muy selecto, muy exclusivo círculo de unos interlocutores reconocidos) y de la discreción que saben poner en la afirmación de esa pertenencia.

El interés "empírico" entra en la composición de los placeres más desinteresados del gusto puro, puesto que el principio del placer que proporcionan esos juegos, todo refinamiento, que se juegan entre refinados reside, en último análisis, en la negada experiencia de una relación social de pertenencia y de exclusión. El sentido de la distinción, disposición adquirida que funciona con la oscura necesidad del instinto, se afirma menos en los manifiestos y en las manifestaciones positivas de la certeza de sí que en las innumerables elecciones estilísticas o temáticas que, teniendo como principio la preocupación *por marcar la diferencia*, excluyen todas las formas (en un momento dado tenidas como) inferiores de la actividad intelectual (o artística) –objetos vulgares, referencias indignas, modos de exposición lisa y

---

[38] M. Proust, "En mémoire des églises assassinées", en *Pastiches et mélanges*, París, Gallimard, 1970, p. 170 (cursiva, de P. Bourdieu). Proust continúa, en "Journées de lecture", el análisis de las diferentes perversiones de la lectura, perversión erudita, que identifica la búsqueda de la verdad con el descubrimiento de un documento, exigiendo un trabajo material, perversión letrada que lleva a "leer por leer", por "retener" lo que se ha leído (M. Proust, *op. cit.*, pp. 234-240).

[39] M. Proust, *op. cit.*, p. 244.

llanamente didácticos, problemas "ingenuos" (esencialmente porque no tienen sus cartas de nobleza, es decir, su genealogía filosófica), o "triviales" (¿dice Kant la verdad en la *Crítica del juicio*? ¿Decir la verdad sobre lo que Kant dice es el fin de la lectura de la *Crítica*?, etcétera), posiciones estigmatizadas como empirismo o historicismo (sin duda porque amenazan la existencia misma de la actividad filosófica), etcétera–. Puede verse que el sentido de la distinción filosófica no es sino una forma de esa repugnancia visceral por la vulgaridad que define el gusto puro como una *relación social incorporada*, convertida en naturaleza; y que no podría esperarse de una lectura filosóficamente distinguida de la *Crítica del juicio* que desvele la relación social de distinción que se encuentra en la base de esta obra, considerada a justo título como el símbolo mismo de la distinción filosófica.

ANEXO 1

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL METODO

En una versión anterior de este texto, se había tomado la decisión de adoptar, por una vez, un orden de exposición tan cercano como fuera posible a la propia marcha de la investigación, y de presentar progresivamente, en el mismo orden en que habían sido efectuadas, las operaciones que habían permitido explicar sistemáticamente los datos directamente recogidos en el curso de diferentes encuestas estadísticas y etnográficas. Se esperaba imponer así de manera más natural un cuerpo de hipótesis teóricas que, planteado de golpe, hubiera podido parecer arbitrario o forzado; pero del que no se podía ignorar (ni dejar ignorar) que jamás hubiera podido desprenderse del material analizado si no hubiera sido presentado, en forma de esquemas heurísticos, desde el comienzo de la investigación. Aunque el orden de exposición que toma como punto de partida el punto de llegada de la investigación sea menos favorable para la complaciente presentación de datos y protocolos de procedimientos que ordinariamente se tienen como la mejor garantía científica y aunque el aumento de rigor que implica tenga como contrapartida toda una serie de elipsis y de abreviaciones apropiadas para reforzar las prevenciones de los que permanecen vinculados con una representación ingenuamente empirista del trabajo científico, ha terminado por imponerse como el único que permite volver a situar cada hecho en el sistema de relaciones en que tiene su valor de verdad.

Por eso se hace preciso recordar a grandes rasgos las principales operaciones de la investigación, sin tratar de disimular lo que esta reconstrucción retrospectiva puede tener de irreal en alguna medida. La encuesta que ha servido de base para este trabajo fue realizada en 1963, después de una preencuesta efectuada por entrevistas en profundidad y observación etnográfica, sobre una muestra de 692 sujetos (hombres y mujeres) de París, Lille, y de una pequeña ciudad de provincias. A fin de disponer de una población lo bastante importante como para permitir el análisis de las variaciones de las prácticas y de las opiniones según unas unidades sociales suficientemente homogéneas, se procedió en 1967-1968 a una encuesta complementaria, elevando allí a 1.217 el número de las personas interrogadas. Debido al hecho de que la encuesta medía unas disposiciones relativamente estables, ese temporal desajuste no parecía haber afectado a las respuestas (con

excepción, quizá, de la pregunta sobre la canción, dominio cultural que está sometido a una renovación más rápida)[1].

Un examen en profundidad de las categorías que, al término de un primer análisis, se habían revelado más heterogéneas, tanto en los niveles de las características objetivas como en el de las elecciones, en particular los artesanos y pequeños comerciantes, los cuadros medios, los cuadros superiores y los profesores, condujo a aislar, a pesar de su pequeño número, a los productores artísticos (clasificados por el INSEE entre las profesiones intelectuales y reagrupados con los profesores), los intermediarios culturales (reagrupados por el INSEE con los maestros) y los artesanos y pequeños comerciantes artísticos, y a distinguir, entre los cuadros medios, los cuadros administrativos medios, los cuadros medios del comercio y las secretarias; entre los cuadros superiores, los cuadros superiores del sector privado y los cuadros superiores del sector público; y entre los maestros, los profesores de enseñanza secundaria y los profesores de enseñanza superior (a pesar de que eran muy poco numerosos).

La muestra, que comprendía un número más o menos igual de parisienses y de provincianos[2], fue construida de manera que permitiera el análisis de las prácticas y de las elecciones según las fracciones: las clases superiores y medias están, pues, sobre-representadas a fin de poder dar a todas las fracciones que las componen un tamaño suficiente, respetando su distribución real dentro de la clase. Esto ha permitido, en particular, estudiar los gustos de categorías socioprofesionales muy poco numerosos en el momento de la encuesta, pero que, como la nueva pequeña burguesía, aparecían ocupando unas posiciones estratégicas y cuyo número e importancia, efectivamente, no han cesado de aumentar.

En el caso de las clases populares, no se ha dado a la categoría más desfavorecida –la de los obreros especializados y el peonaje, muy uniformes en el aspecto considerado, es decir, muy uniformemente excluidos de la cultura legítima– el peso que normalmente tiene. Y la clase obrera en su conjunto tampoco tiene el peso que le corresponde en una muestra representativa. Esto implicaba, evidentemente, que no se publicaron todos los datos concernientes al conjunto de la población interrogada, informaciones que, en rigor, están siempre desprovistas de sentido. Por otra parte, se excluyó del análisis a los agricultores autónomos y a los asalariados agrícolas, al término de una preencuesta que nos hizo llegar a la conclusión de la inadecuación total del cuestionario y de la necesidad de recurrir a métodos completamente distintos para captar las disposiciones de una población totalmente extraña a la cultura legítima e incluso, respecto a lo esencial, a la cultura media[3]. Esta experiencia permitió, sin embargo, recoger la única y más

---

[1] Tales efectos de moda se observan también en materia de cultura legítima. Así, el valor social de algunas de las obras propuestas podría haber cambiado entre 1963 y 1967, encontrándose arrastradas *Las cuatro estaciones* o la *Pequeña música nocturna,* por su divulgación, hacia la cultura media.

[2] Dentro de cada clase y fracción de clase, se procedió a realizar un número sensiblemente igual de encuestas en París y en la región parisiense por una parte, y en la región del Norte por otra. La región del Norte se caracteriza por una estructura de empleo netamente distinta de la de la región parisiense y, sobre todo, por un porcentaje de titulaciones académicas mucho menos alta. Cuando en el censo de 1968, se registraban en la región del Norte muchos más patronos industriales y comerciales (grandes o pequeños) que en la región parisiense, y, a la inversa, menos ingenieros, cuadros superiores, técnicos, cuadros medios, empleados de oficina. Con excepción de los maestros, relativamente más numerosos en el Norte, las fracciones más ricas en capital cultural parecen estar subrepresentadas en el Norte.

[3] Véae P. BOURDIEU *et al.*, *Un art moyen, les usages sociaux de la photographie*, París, Ed. de

fundamental de las informaciones que puede suministrar la interrogación sobre la cultura legítima cuando se dirige a unos individuos que están excluidos de ésta, es decir, el reconocimiento casi universal de la cultura dominante, al mismo tiempo que observar, en su grado máximo de intensidad, el *efecto de imposición de problemática* que ejerce toda interrogación de esa especie cuando, omitiendo interrogarse a sí misma, se impone, en situación de autoridad, a unos agentes para los que no existiría fuera de esa situación (efecto que, como se ha podido establecer después, mediante el análisis secundario de numerosísimas encuestas de opinión, se encuentra en el origen de la producción de puros artefactos).

Se ha verificado que, para cada categoría socioprofesional, la distribución según el sexo, la edad y la titulación académica conseguidas resultaba tan próxima como era posible a la que dió el censo de 1968 para toda Francia. Esta verificación no ha podido efectuarse para las categorías que componen la nueva pequeña burguesía, para la cual no se dispone de distribuciones en los censos según la edad y la titulación[4].

Construido con arreglo a la hipótesis de la unidad de los gustos, el cuestionario comprendía, además de un conjunto de preguntas sobre la práctica fotográfica y las actitudes con respecto a la fotografía que han sido analizadas en otro lugar[5], veinticinco preguntas sobre los gustos en materia de decoración de la vivienda, indumentaria, canción, cocina, lectura, cine, pintura y música, fotografía, radio, artes recreativas, etcétera (véase más adelante el cuestionario). Al tratarse de recoger unos sistemas de gustos, la encuesta realizada con cuestionario cerrado no es nunca otra cosa que un recurso, ni malo ni bueno, impuesto por la necesidad de obtener un número importante de informaciones comparables sobre una población lo suficientemente numerosa como para permitir el tratamiento estadístico: en primer lugar, deja escapar casi por completo todo lo concerniente a la modalidad de las prácticas; ahora bien, en un campo como es el del arte, entendido en el sentido de manera particular de ser y de hacer, como "arte de vivir", la manera de realizar las prácticas y la manera de hablar de ellas, desengañada o desenvuelta, seria o apasionada, constituyen a menudo toda la diferencia (al menos siempre que se trata de prácticas *comunes*, como la televisión o el cine). He aquí una primera razón que hace que todo lo que se dice de las diferencias entre las clases o las fracciones de clase *valga a fortiori.*

Además, la preocupación por ofrecer al sistema de las disposiciones constitutivas del gusto un campo de aplicación tan amplio, y tan diversificado como es posible en los límites, necesariamente restringidos, de un cuestionario, ha obligado a una serie de *apuestas* que consisten en entregar la información de todo un campo

---

Minuit, 1965, pp. 73-84, y P. y M. C. Bourdieu, "Le Paysan et la photographie", *Revue française de sociologie*, n.° 2, abril-junio 1965, pp. 164-174. En realidad, esta exclusión se justificaría mucho menos actualmente, sin duda, en razón de las profundas transformaciones sobrevenidas, entre otras cosas, a la relación entre el campesinado y el sistema de enseñanza, y que tienden todas a asegurar la unificación del mercado de bienes simbólicos.

[4] Cabe señalar también que, en la muestra, la casi totalidad de las categorías socioprofesionales tienen un porcentaje de titulaciones académicas y un origen social más alto que en las encuestas del INSEE; y ello sin que pueda determinarse por completo la parte que obedece al hecho de que los habitantes de la región parisiense, que representan un 50% de la muestra, tengan más titulaciones y sean de origen social más altó, y la que se debe al hecho de que la definición de las diferentes categorías fuera más estricta.

[5] Véase P. Bourdieu *et al.*, *op. cit.*

Tabla 37—Principales características de la muestra

	N	SEXO		EDAD			TITULACION ACADEMICA						CLASE SOCIAL DEL PADRE		
		Hombres	Mujeres	< 31	31-45	46 y más	CEP CAP	BEPC	Bachillerato	Estudios superiores no terminados	Licenciatura	> Licenciatura	Clases populares	Clases medias	Clases superiores
peonaje, O.S.	66	69,7	30,3	45,5	36,4	18,2	100	–	–	–	–	70,0	30,0	–	
Q.Q., capataces	69	73,9	26,1	27,5	36,2	36,2	73,5	26,5	–	–	–	–	59,3	41,7	–
personal de servicio	31	19,4	80,6	38,7	29,0	32,3	96,6	3,4	–	–	–	–	41,2	53,0	5,9
pequeños comerciantes	44	48,8	51,2	16,3	30,2	53,5	65,1	18,6	14,0	2,3	–	–	11,8	82,3	5,9
artesanos	56	71,9	28,1	12,3	42,1	45,7	87,7	7,0	5,3	–	–	–	44,2	53,5	2,3
empleados de comercio	40	47,5	52,5	47,5	32,5	20,0	57,5	32,5	10,0	–	–	–	30,3	57,5	12,1
empleados de oficina	200	34,0	66,0	50,0	24,0	26,0	50,0	32,0	16,0	2,0	–	–	12,2	68,3	19,6
cuadros admin. medios	47	70,2	29,8	10,6	44,7	44,7	30,5	39,1	30,4	–	–	–	23,8	66,7	9,5
técnicos	38	81,6	18,4	36,8	39,5	21,1	27,8	47,2	22,2	2,8	–	–	19,4	58,1	22,6
maestros	40	37,5	62,5	42,5	37,5	20,0	–	5,0	75,0	20,0	–	–	17,6	70,6	11,8
cuadros medios del comercio	20	65,0	35,0	30,0	60,0	10,0	20,0	15,0	40,0	20,0	5,0	–	5,0	60,0	35,0
secretarias	14	–	100,0	50,0	42,9	7,1	7,1	28,6	57,1	7,1	–	–	14,3	50,0	35,7
miembros de serv. méd.-soc.	45	22,2	77,8	40,0	40,0	20,0	4,7	25,6	46,5	16,3	7,0	–	10,8	40,5	48,6
artesanos artísticos	23	60,9	39,1	47,8	30,4	21,7	40,9	13,6	18,2	22,7	4,5	–	10,5	47,9	42,1
intermediarios culturales	17	76,5	23,5	23,5	52,9	23,5	11,8	11,8	23,5	35,3	17,6	–	18,8	18,8	62,6
grandes comerciantes	72	66,7	33,3	13,9	30,6	55,6	16,7	25,0	36,1	11,1	2,8	8,3	5,9	47,0	47,0
industriales	30	73,3	26,7	3,3	40,0	56,6	13,8	13,8	37,9	24,1	3,4	6,9	3,6	17,9	78,6
cuadros del sector público	80	85,0	15,0	5,3	47,4	47,3	–	–	25,0	10,0	60,0	5,0	11,8	35,3	52,9
ingenieros	72	91,7	8,3	27,8	38,9	33,3	8,4	–	2,8	38,9	38,9	11,1	12,5	25,1	62,5
cuadros del sector privado	80	70,0	30,0	20,0	35,0	45,0	–	11,1	16,7	27,8	44,4	–	5,6	11,1	83,3
miembros de prof. liberales	52	69,2	30,8	19,2	36,5	44,2	1,9	–	–	5,8	71,2	21,1	2,2	26,1	71,8
profesores de enseñanza sec.	48	52,1	47,9	37,5	45,8	16,7	–	–	4,3	4,3	47,8	43,5	12,5	48,0	39,7
profesores de enseñanza sup.	19	84,2	15,8	–	47,4	52,6	–	–	–	–	–	100	–	26,3	78,7
productores artísticos	14	78,6	21,4	28,6	42,9	28,6	14,2	7,1	21,4	28,6	21,4	7,1	16,7	–	83,3
conjunto clases populares		62,0	38,0	36,7	34,9	27,1	88,2	11,2	0,6	–	–	–	61,8	37,4	0,8
pequeña burguesía establecida		49,0	51,0	36,3	32,0	31,6	48,7	27,3	21,0	3,0	–	–	19,7	72,7	7,6
nueva pequeña burguesía		42,0	58,0	38,7	43,7	17,6	15,5	19,8	37,9	19,8	6,9	–	11,4	43,8	44,8
clase dominante		74,5	25,5	17,9	39,3	42,8	5,5	6,8	16,7	17,5	37,9	15,6	8,0	29,4	62,6

(por ejemplo, la música, el cine, la cocina, el vestido) a dos o tres preguntas (a veces a una sola), que, a su vez, tenían que sustituir, muy a menudo, a toda una batería de tests o de observaciones: así es cómo, por ejemplo, al pedir a las personas interrogadas que eligieran, en una lista de adjetivos establecidos *a posteriori* a partir de una serie de entrevistas abiertas y de tests (presentación de fotografías de rostros socialmente marcados, test consistente en reconstruir un rostro masculino o femenino "ideal" mediante la adición de atributos socialmente enclasantes –peinado, bigotes, patillas, barba, etcétera), aquellos que parecían convenirles mejor a sus amigos, no podía esperarse obtener otra cosa que una manifestación atenuada y nebulosa de las disposiciones profundas que orientan a la elección de los compañeros amorosos, amistosos, o profesionales (entre otras razones porque la lista de calificativos propuestos, por muy elaborada que estuviera, presentaba imperfecciones y obligaba a muchos de los encuestados a la elección negativa del item menos alejado de sus sentimientos)[6]. Que un instrumento de medida *tan imperfecto* haya podido registrar unas diferencias tan marcadas, y, sobre todo, tan sistemáticas, constituye por sí mismo un testimonio de la fuerza de las disposiciones medidas.

En realidad lo que se pierde en precisión y en finura en el análisis de cada campo particular, capaz de recibir todo un conjunto de encuestas, observaciones y tests, se gana en sistematicidad: lo mismo que, a escala de un solo campo, el de la pintura por ejemplo, es posible encontrar en la configuración singular de las preferencias (no teniendo el mismo sentido Renoir cuando se asocia con Vinci y Picasso que cuando va con Utrillo y Buffet) un sustituto de las indicaciones de *maneras* que suministrarían la observación y la interrogación directas, el sentido de cada una de las aplicaciones particulares del sistema único de las disposiciones se revela en su relación con todas las demás. Nada pone mejor de manifiesto la sistematicidad del *habitus* que esa especie de redundancia sistemática en la invención indefinida que define todos sus productos, juicios o prácticas.

Pero movilizando alrededor de una encuesta sistemática todos los datos estadísticos disponibles a propósito de cada uno de los campos directamente explorados, así como a propósito de campos que habían sido excluidos de la definición inicial del objeto de la investigación –como pueden ser la cultura económica, la frecuentación del teatro, las disposiciones en materia de educación de los hijos y de sexualidad, etcétera– es, sin duda, como mejor se llega a completar y controlar los datos proporcionados por la encuesta principal, y a compensar así lo que la información directamente recogida, sobre un conjunto tan extenso de campos tan diferentes, puede tener de parcial y a veces de superficial (según la eficacia de los indicadores utilizados); y esto sin caer por ello en la abstracta irrealidad del "análisis secundario" de los datos inconexos que mecánicamente almacenan los "bancos de datos" sin capital teórico, instituciones positivistas por las que se pirran las

[6] Lo mismo valdría, por supuesto, para los juicios en materia de decoración de la vivienda, de vestido o de cocina. Es cierto que el análisis (al que por otra parte nos hemos dedicado) de algunos hogares particularmente representativos sin duda hubiera hecho recoger mejor la sistematicidad concreta de esos conjuntos de objetos y de relaciones (muy claramente visibles en las entrevistas abiertas) que los unen con otros conjuntos como la indumentaria o las preferencias en materia de música. Pero el establecimiento de las regularidades estadísticas supone que uno sepa darse los medios para captar sistemáticamente los rasgos más significativos de cada universo, con el riesgo de privarse con ello del poder de evocar toda la riqueza de cada realización singular de la estructura.

burocracias de la investigación[7]. Puesto que además algunos de los límites propios del análisis secundario no pueden ser sobrepasados. Así es cómo, lo mismo que sucede con las diferentes encuestas realizadas por el INSEE, la encuesta efectuada en 1966 por la SOFRES, por encargo de un conjunto de empresas y con los fines, estrictamente prácticos, de determinar unas intenciones de compra (F. C., V) deja ver poca información sobre la *frecuencia y la ocasión* de los consumos o sobre la calidad de los objetos consumidos que, en más de un caso, constituyen toda la diferencia (por ejemplo, en el caso de la frecuentación del teatro que cubre tanto el teatro de vanguardia como el teatro de bulevard); reagrupa además en una misma pregunta la frecuentación de museos y la de exposiciones, de las que se saben (por la encuesta del INSEE sobre el tiempo libre, F. C., IV) que no siempre varían en el mismo sentido –la frecuentación de museos, más ascética, corresponde más bien a los profesores; la frecuentación de exposiciones, más "mundana", a los miembros de profesiones liberales y a una fracción de la vieja burguesía patronal– y no proporciona, por otra parte, ninguna indicación sobre el ritmo de la frecuentación de museos, de exposiciones o galerías; de igual modo, confunde el concierto, la ópera, y los espectáculos de danza en una misma pregunta, cuando sería seguro encontrar, entre el concierto y la ópera, una oposición análoga a la que se establece entre el museo y las exposiciones. Otro ejemplo: la lectura de obras filosóficas no significa gran cosa siempre que se ignore la calidad de los autores leídos: en efecto, todo lleva a suponer que cada fracción tiene "sus" filósofos o incluso su idea del filósofo o de la filosofía y que los unos evocarán a Teilhard de Chardin, o incluso a Saint-Exupéry o Leprince-Ringuet, allí donde otros pensarán en Sartre o en Foucault. Así, interrogados en 1967 sobre los conferenciantes que desearían ver invitados en su escuela, los alumnos de letras de la Escuela normal superior, originarios en altas proporciones de las fracciones dominadas de la clase dominante, pensaban en primer lugar en Sartre, Lévi-Strauss, Ricoeur y Foucault, mientras que los alumnos de la Escuela nacional de administración, originarios en su mayor parte de miembros de la alta función pública o de profesiones liberales, nombraban más bien a Aron, Bloch-Lainé, Massé o Delouvrier, no apareciendo Sartre, citado en primer lugar en la ENS, hasta el quinto puesto en la ENA –que sitúa en cabeza a tres hombres políticos, Mendès-France, segundo en la ENS, Giscard d'Estaing y de Gaulle–. Otro límite: la encuesta de la SOFRES (F. C., V) no suministra todas las informaciones necesarias para la construcción del sistema de los principios explicativos de los consumos y de las prácticas –volumen y estructura del patrimonio, trayectoria social–: no se posee casi ninguna indicación sobre el patrimonio económico (propiedades rurales o urbanas, beneficios industriales y comerciales, etcétera) o cultural, objetivado (obras de arte, muebles antiguos, piano, etcétera) o incorporado (nivel de instrucción), ni tampoco sobre el origen social y la carrera anterior de los encuestados. La encuesta realizada por el CESP en 1970 (F. C., VI) permite llenar algunas de las lagunas pero de manera muy imperfecta, debido al

[7] Para evitar exponerse a tratar como diferencias objetivas el efecto de las variaciones en las condiciones de medición, se han registrado y tomado en cuenta, de manera sistemática, todas las diferencias en la naturaleza de los indicadores retenidos, la formulación de las preguntas planteadas o la codificación de los resultados, y también en las condiciones de la encuesta y en la estructura de la muestra –habiéndose agrupado aquí, en una sola pregunta, la caza y la pesca, separadas en otros lugares en dos preguntas; el nivel de instrucción codificado en cinco categorías en un caso, analizado en siete niveles en otro caso, etcétera.

hecho de que únicamente se dispone, en este caso, de la distribución por periódico o semanario leído (y no por clase o fracción de clase). Por lo que se refiere a la encuesta realizada por el Secretariado de estado para la cultura (F. C., VII), contiene unas informaciones muy interesantes (por ejemplo, sobre la posesión de obras de arte) pero no permite el análisis por fracciones (al no haber sido recogida la información precisa sobre las profesiones).

Por último, la encuesta del INSEE sobre el tiempo libre (F. C., IV), a pesar de que proporciona el conjunto más destacado de informaciones que jamás había sido recogido en materia de consumos culturales, encuentra sus límites en la naturaleza de la clasificación empleada (encontrándonos, por ejemplo, con la curiosa posición de los industriales, que obedece al hecho de que la categoría en que están incluidos agrupa a todos los patronos que emplean más de cinco personas); en el hecho de que haya que entenderse con las *prácticas declaradas* que, como se sabe, no mantienen una relación perfectamente constante, según las clases, con las prácticas efectivas; el hecho, por último, de que la encuesta no suministra información alguna sobre la *calidad* de los consumos culturales y subestima, pues, la dispersión de las prácticas. Al reducir las diferentes clases de prácticas y consumos a su *frecuencia*, es decir, a la *cantidad*, en materia en la que casi todo es cuestión de *calidad*, se minimizan sistemáticamente (sin modificar sin embargo las *relaciones de orden*) las diferencias entre las clases. Así, como se sabe, las diferencias en la cantidad de visitas a los museos se encuentran ampliadas hasta el infinito por las diferencias en la calidad de esas visitas. Las clases privilegiadas, menos sumisas a los ritmos colectivos, encuentran en una frecuentación más uniformemente repartida a lo largo del año y de la semana el medio de escapar a la multitud de los períodos punta y a la desencantada experiencia que esto suscita. Esas diferencias de ritmo se asocian a su vez con unas diferencias no menos marcadas en la calidad de los lugares de exposición –museos de diferentes "niveles", exposiciones más o menos "distinguidas" y distintivas– e, inseparablemente, en la calidad de los géneros, de los estilos de los autores. Pero, sobre todo, es en la manera de conducir la visita –con el tiempo que se le dedica, en particular– y sobre todo, quizás, en la manera de conducirse durante la visita, donde la búsqueda más o menos inconsciente de la distinción puede encontrar materia para unos aumentos de las distancias prácticamente infinitos.

Teniendo siempre presentes los límites de los datos recogidos y de cualquier información obtenida en una relación tan artificial, hágase lo que se haga, como es la interrogación por cuestionario, se han realizado a lo largo de todo el análisis, cada vez que surgía una dificultad o que lo exigía una nueva hipótesis, observaciones e interrogaciones en situación real (véase, por ejemplo, las entrevistas insertas en la tercera parte). Pero sobre todo se ha tenido que aprender, poco a poco, a transgredir la regla no escrita que quiere que únicamente puedan intervenir en la construcción científica los datos recogidos en las condiciones socialmente definidas como científicas, es decir, mediante la interrogación u observación previamente definida (y que no se impondría tan fuertemente al inconsciente científico si no tuviera como virtud la de poner al sociólogo fuera de juego, luego al abrigo del socioanálisis que implica, en buena lógica, todo análisis), para hacer resurgir todas las informaciones que, como sujeto social, posee inevitablemente el sociólogo y que, controladas por la confrontación con los datos medibles de la observación, pueden entrar a formar parte del discurso científico.

Unicamente un diario de la investigación podría dar una idea justa de las innumerables elecciones –todas tan humildes e irrisorias, todas tan difíciles y decisivas– y por consiguiente de las innumerables reflexiones teóricas, con frecuencia ínfimas e indignas del nombre de teoría tomado en el sentido ordinario del término, que es preciso operar, a lo largo de unos años, a propósito de un cuestionario difícil de clasificar, de una curva inesperada, de una pregunta mal planteada, de una distribución a primera vista incomprensible, para terminar en un discurso que será tanto más logrado cuanto mejor haga olvidar los millares de vueltas, de retoques, de controles, de correcciones que lo han hecho posible, afirmando en cada una de sus palabras el alto contenido de realidad que lo distingue del falso paso propio del ensayismo. Nos hemos, pues, contentado con dar, en su momento, en el curso mismo de la exposición de los resultados, las informaciones indispensables para comprender y controlar los pasos del análisis estadístico, con la preocupación de evitar tanto el énfasis metodológico, que a menudo oculta la ausencia de toda reflexión real sobre las operaciones, como la altura teórica, que priva al lector de todo instrumento de verificación (así, por ejemplo, aunque nos hayamos abstenido de proporcionarle el aire de un protocolo en forma, presentado como tal, se ha tratado de proporcionar al lector informado, sin desconcertar al lector poco conocedor de la técnica, toda la información útil para controlar los resultados de los análisis de las correspondencias que se han presentado con detalle –dimensiones de la tabla, número de preguntas y número total de modalidades correspondientes, número de individuos, naturaleza y código de la tabla, lista de las variables, descripciones de las hipótesis subyacentes a la distinción entre variables activas y variables ilustrativas, lista de los valores propios y de los porcentajes de inercia, principales contribuciones absolutas y contribuciones relativas)[8].

Queda un último problema que sin duda merecería un amplio desarrollo, el de la escritura: la dificultad principal, sobre todo para un tema como el de esta investigación, reside en el hecho de que el lenguaje empleado debe marcar al mismo tiempo una *ruptura* con la experiencia ordinaria, que no es menos necesaria para apropiarse de manera adecuada el conocimiento producido que para producirlo, y hacer *sentir* a los que no la conocen, o no quieren conocerla, la experiencia social correspondiente. Los análisis denominados concretos, a pesar de que no tengan nada de concreto en el sentido ordinario del término, puesto que suponen la construcción, están aquí para favorecer el retorno del producto de la descripción científica a la experiencia y hacer más difícil la distancia y la neutralización que favorece de ordinario el lenguaje semi-culto de la falsa ciencia. Lo mismo ocurre con todos los documentos (facsímiles de libros o artículos, fotografías, extractos de entrevistas, etcétera) que se han insertado en el propio texto, a fin de quitar las ganas de unas lecturas distraídas, a las que se suele llamar abstractas porque no tienen ninguna relación con la realidad.

[8] Ha habido que renunciar a presentar muchas de las tablas estadísticas (o, por lo menos, a publicarlas íntegramente, recurriendo, por ejemplo, a presentaciones sinópticas), muchos diagramas, gráficos y documentos (entrevistas, fotografías, etcétera), que realmente han servido de base a los análisis, para evitar aumentar con exceso el coste de la publicación. Por las mismas razones, se ha renunciado a una bibliografía que, incluso reducida a los textos *útiles* y *utilizados*, hubiera sido inmensa. La lista de fuentes complementarias de informaciones estadísticas (véase Anexo 2) ha parecido, por el contrario, indispensable para proporcionar los necesarios instrumentos de verificación, en todos los casos, frecuentes, en los que no se podían reproducir más que parcialmente los datos utilizados en el análisis.

El arte es uno de los lugares por excelencia de la negación del mundo social. Pero la misma intención inconsciente de negación se encuentra en la base de muchos de los discursos que tienen como proyecto declarado el hablar sobre el mundo social y que, en consecuencia, pueden escribirse y leerse, en el desdoblamiento. (¿Cuántos filósofos, sociólogos, filólogos han llegado a la filosofía, a la sociología o a la filología como a uno de esos lugares que, mal situados en el espacio social, permiten escapar a la definición? Todos esos utopistas de hecho, que no quieren saber dónde están, no son los mejor situados para saber lo que es el espacio social en el que se encuentran. ¿Tendríamos si no tantas lecturas y tantos *lectores*, materialistas sin material, pensamientos sin instrumentos de pensamiento, luego sin objeto, y tan pocas observaciones y, por tanto, tan pocos *auctores*?) No es posible hacer progresar la ciencia del mundo social ni difundirla si no es a condición de *forzar el retorno de lo reprimido*, neutralizando la neutralización, negando la negación bajo todas sus formas, de la que la menor no es la desrealización mediante la hiperbólica radicalización de algún discurso revolucionario. Contra el discurso ni verdadero ni falso, ni verificable ni falsificable, ni teórico ni empírico que, lo mismo que Racine no hablaba de vacas sino de terneras, no puede hablar del *Smig** o de las camisetas de la clase obrera, sino solamente del modo de producción y del proletariado, o de los papeles y actitudes de la *lower middle class*, no basta con demostrar, es necesario mostrar objetos e incluso personas, hacer tocar con los dedos –lo que no quiere decir señalar con el dedo, "poner en el Indice"–, y hacer entrar en una taberna popular o en un campo de rugby, en un campo de golf o en un club privado, a unas personas que, acostumbradas a hablar lo que creen pensar, no saben ya pensar lo que hablan.

La dificultad subjetiva y objetiva de la escritura no se debe sólo al hecho de que se exija a la lengua que diga lo que tiene como vocación negar o denegar. No es fácil encontrar el tono justo, escapar a la alternativa de la celebración y de la provocación, que no es otra que la de la inversión, cuando las propias preguntas que es necesario plantearse para construir el objeto están definidas de antemano, en el objeto mismo, como barbarismos. El discurso científico sobre el arte y sobre los usos sociales de la obra de arte está destinado a parecer vulgar y terrorista al mismo tiempo: vulgar, porque transgrede el límite sagrado que distingue el reino puro del arte y de la cultura, del terreno inferior de lo social y de lo político, distinción que está en la base misma de los efectos de dominación simbólica ejercidos por la cultura o en su nombre; terrorista, porque pretende reducir a unas clases "uniformes" todo lo que es "explosivo" y "liberado", "múltiple" y "diferente", como se dice ahora, y encerrar la experiencia por excelencia del "juego" y del "goce" en las proposiciones a ras de tierra de un "saber" "positivo", luego "positivista", "totalizante", luego "totalitario". Si hay terrorismo, lo hay en los perentorios veredictos que, en nombre del gusto, remiten al ridículo, a la indignidad, a la vergüenza, al silencio (es aquí donde habría que citar ejemplos, tomados del universo familiar de cada uno) de los hombres y de las mujeres a quienes sencillamente falta, a los ojos de sus jueces, lo que constituye la buena manera de ser y de hacer; en los golpes de fuerza simbólicos mediante los cuales los dominantes tratan de imponer su propio arte de vivir y de los que están llenos los semanarios, tanto masculinos como femeninos. "Conforama es el Guy Lux del mueble", como dice

**Smig:* «Salaire minimum intergaranti» (Salario mínimo intergarantizado). *(Nota de la T.)*.

Le Nouvel Observateur, donde nunca se leerá que *Le Nouvel Observateur* es el Club Mediterráneo de la cultura. El terrorismo se encuentra en todas las expresiones de "harina del mismo costal", fogonazos de lucidez interesada, que engendra el odio o el desprecio de clase. Unicamente el trabajo necesario para construir, como tal, el campo de luchas en el que se definen los puntos de vista parciales y las estrategias antagónicas, permite acceder a un conocimiento que se distinga de la ciega clarividencia de los participantes sin identificarse con la mirada soberana del observador imparcial. La objetivación sólo es completa si objetiva el lugar de la objetivación, ese punto de vista no visto, ese punto ciego de todas las teorías, el campo intelectual y sus conflictos de intereses, donde se engendra a veces, por un accidente necesario, el interés por la verdad; y también las sutiles contribuciones que aporta al mantenimiento del orden simbólico, hasta con la intención de subversión, completamente simbólica, que con la mayor frecuencia le asigna la división del trabajo de dominación.

Al tratarse de un objeto de tal naturaleza, el trabajo científico sobre el objeto es indisociable de un trabajo sobre el sujeto del trabajo. Depende ante todo de la capacidad que éste tenga de dominar, en la práctica, en su práctica, los mecanismos que se esfuerza por objetivar, y que pueden aún regir su relación con el objeto. Tendría que dar tema de meditación, como en otros tiempos las *Vidas paralelas*, la historia del *Princeton Project*, vasto estudio empírico sobre el consumo de la música, que ha reunido a Adorno y Lazarsfeld, pareja epistemológica hecha hombres. Arrogancia del teórico, que se niega a ensuciarse las manos en la cocina de la empiria y que permanece demasiado visceralmente ligado a los valores y beneficios de la Cultura para estar en condiciones de hacer de ello un objeto científico; sumisión del empirista, dispuesto a todas las abdicaciones y abjuraciones que requiere un orden científico estrechamente subordinado al orden social. Arrogancia del positivista, que intenta instaurar en norma de toda práctica científica una metodología del resentimiento que tiene como principio una especie de furor revanchista contra toda interrogación global; sumisión del marxista distinguido, que hace marxismo vulgar allí donde habría que refinar y marxismo distinguido allí donde habría que tener el valor de ser vulgar. Cada uno ve bien la verdad del otro.

Los obstáculos epistemológicos que la ciencia social tiene que superar son, en primer lugar, obstáculos sociales; por ejemplo, la representación común de la jerarquía de las tareas constitutivas del oficio de sociólogo, que lleva a tantos investigadores a alejarse de las actividades humildes, fáciles y fecundas para dirigirse hacia unos ejercicios difíciles y estériles al mismo tiempo; o un sistema anónimo *de recompensas* que sitúa la investigación ante la alternativa de lo casero o de lo disparatado, de la tesis o de la bagatela desalentando la combinación de una gran ambición y de una larga paciencia que se necesita para producir un trabajo científico. En efecto, a diferencia de las *Intuiciones*, sugestivas a veces, del ensayismo, de las *tesis*, a veces coherentes, del teoreticismo, o de las *observaciones*, válidas a veces, del empirismo, los sistemas provisionales de proposiciones científicas que se esfuerzan por asociar la coherencia interna y la compatibilidad con los hechos no pueden ser producidos más que al precio de un trabajo lento, difícil y destinado a permanecer ignorado por todas las lecturas apresuradas que sólo pueden ver unas reafirmaciones repetitivas de tesis, intuiciones o hechos ya conocidos en el resultado provisional de una larga serie de totalizaciones, puesto que ignoran lo esencial, esto es, la estructura de las relaciones entre las proposiciones.

El cuestionario

—Sexo:
—Año de nacimiento:
—Situación familiar:

soltero	casado
viudo	divorciado

—Número y edad de los hijos:
—Fecha de llegada al lugar de residencia:
menos de 5 años
de 5 a 10 años
10 años y más

—Lugar de residencia anterior:
—Titulación más alta entre las conseguidas:
—Profesión que ejerce (con la mayor precisión posible):
—Titulación más alta y profesión de su padre y de su abuelo paterno (En el caso de que hayan ejercido más de una, indicar la última ejercida)

	titulación	profesión
de su padre		
de su abuelo		

—¿Puede indicar de manera aproximada en cuál de estos grupos se sitúan los ingresos anuales de su familia?

menos de 10.000 francos	20 a 25.000 francos	40 a 50.000 francos
10 a 15.000 francos	25 a 30.000 francos	50 a 60.000 francos
15 a 20.000 francos	30 a 40.000 francos	más de 60.000 francos

—¿Tiene usted?

tocadiscos	automóvil (si lo tiene, precisar la marca)
magnetófono	televisión
cámara fotográfica	cámara cinematográfica
	teléfono

No se ha reproducido la parte del cuestionario (24 preguntas) referente a la fotografía (véase P. Bourdieu *et al.*, *Un art moyen, op. cit.*, pp. 352-356), con excepción de la pregunta sobre los diferentes temas que podían formar parte de una foto (pregunta 26).

1—¿Cuál es el origen de sus muebles?
- compra en un gran almacén (precisar el nombre)
- compra en un anticuario
- compra en una *boutique* especializada (precisar el nombre)
- compra en un artesano
- compra en un rastro
- compra en una sala de ventas
- herencia
- alquiler
- otro (precisar)

2—¿De qué estilo son sus muebles?
- moderno
- antiguo
- rústico

3—Si pudiera elegir, ¿de qué estilo preferiría comprar sus muebles?
- moderno
- antiguo
- rústico

4—¿Cuáles son los tres adjetivos que mejor califican el hogar que le gustaría habitar?

claro, limpio	cálido	cuidado
confortable	fácil de mantener	lleno de fantasía
arreglado	clásico	práctico, funcional
sobrio, discreto	armonioso	íntimo

5—¿Cuáles son, entre las cualidades reseñadas en la pregunta anterior, las tres a las que concede menos importancia?

6—Entre las actividades enumeradas a continuación, ¿puede decir cuáles son las que Vd. practica con frecuencia, raramente y las que nunca practica?

	con frecuencia	raramente	nunca
• *bricolage*			
• deporte (precisar)			
• *camping*			
• marcha			
• artes plásticas, pintura, escultura			
• práctica de un instrumento musical (¿cuál?)			
• juegos de sociedad (¿cuáles?)			
• ver televisión			

7—¿Cuáles son, entre los cantantes siguientes, los tres que usted prefiere?

Charles Aznavour	Edith Piaf	Luis Mariano
Léo Ferré	Jacques Brel	Pétula Clark
Johnny Hallyday	Georges Guétary	Jacques Douai
Georges Brassens	Françoise Hardy	Gilbert Bécaud

8—¿Prefiere usted un vestuario?
de corte clásico y de buena calidad
que se inspire en la moda y corresponda con su personalidad
sobrio y correcto
audaz y refinado
en el que se sienta cómodo
elegante y distinguido
otro (precisar)

9—Sus trajes son:

	trajes corrientes	trajes de vestir
• hechos en casa, por usted mismo o por alguien de su familia		

	trajes corrientes	trajes de vestir
• por un sastre o por una modista, llevándoles usted la tela		
• hechos a medida en una importante casa de modas o en un sastre de categoría		
• comprados de confección en serie		
• comprados de *prêt à porter*		

10—Cuando tiene invitados, ¿qué tipo de comidas sirve usted preferentemente?
- sencillas pero bien presentadas
- finas y esmeradas
- abundantes y buenas
- sin ceremonias
- apetitosas y económicas
- originales y exóticas
- cuidadas y cocinadas con arreglo a la tradición francesa
- otro (precisar)

11—Entre los adjetivos enumerados a continuación, subraye los que designan las cualidades personales que más aprecia usted:

bon vivant	refinado	responsable
ponderado	sociable	divertido
artista	positivo	decidido
dinámico	educado	distinguido

12—Entre las cualidades citadas en la pregunta anterior, ¿cuáles son las tres a las que usted concede menos importancia?

13—Entre los géneros de libros que siguen, ¿cuáles son los tres que usted prefiere?

policíacos, libros de aventuras	poesía
historias sentimentales	obras políticas
narraciones de viajes o de exploraciones	obras filosóficas
narraciones históricas	obras de autores clásicos
obras científicas	obras de autores modernos

14—¿Cuáles son los tres géneros de filmes que usted prefiere?

filmes de aventura	filmes de gran espectáculo
filmes de guerra	comedias musicales
westerns	filmes cómicos
filmes policíacos	filmes de tesis
filmes históricos	filmes dramáticos
filmes nueva ola	

15—¿Cuáles son los filmes de esta lista que usted ha visto? ¿Puede indicar también el nombre del director y de los principales actores de cada uno de estos filmes?[1]

	Filme visto	Director	Actores
Divorcio a la italiana			
Rocco y sus hermanos			
Cantando bajo la lluvia			
El gatopardo			

[1] Esta lista ha sido la propuesta a los parisienses. En las encuestas de la región del Norte se ha propuesto otra lista, no reproducida aquí, que se había establecido en función de los filmes proyectados en el momento de la encuesta.

	Filme visto	Director	Actores
El pretendiente			
El abominable hombre de las aduanas			
El ángel exterminador			
Balada por un granuja			
55 días en Pekín			
Los domingos de Ville d'Avray			
La espada y la balanza			
El proceso			
Los siete mercenarios			
El viaje a Biarritz			
El corsario de las islas			
Salvatore Giuliano			
El día más largo			
El vicio y la virtud			
Venus imperial			

16—En un filme, ¿qué es lo que le interesa principalmente?
los actores
el director
el argumento

17—Si escucha la radio, ¿qué emisiones escucha principalmente?
las emisiones de variedades
los informativos
las emisiones de actualidad
las emisiones culturales
las emisiones de música clásica
otra (precisar)

18—Si ve televisión, ¿qué emisiones ve principalmente?
las obras de teatro
las emisiones científicas
los filmes
las emisiones de variedades
otra (precisar)
el telediario
las emisiones históricas
las emisiones literarias
las emisiones sobre la actualidad

19—Entre los juicios que a continuación se expresan, ¿cuál se encuentra más cerca de su opinión?
la música clásica es complicada
la música clásica no es para nosotros
me gusta la música clásica pero no la conozco
me gusta mucho la música clásica, por ejemplo, los valses de Strauss
cualquier música de calidad me interesa

20—¿Cuáles son, en esta lista, las obras musicales que usted conoce? ¿Puede usted indicar, en cada caso, el nombre del compositor?

	obra conocida	compositor
Rapsodia en *blue*		
La Traviata		
El concierto para la mano izquierda		
Pequeña música nocturna		
La Arlesiana		
La danza del sable		

	obra conocida	compositor
El pájaro de fuego		
Scherezade		
Arte de la fuga		
Rapsodia húngara		
El niño y los sortilegios		
El bello Danubio azul		
El crepúsculo de los dioses		
Las cuatro estaciones		
El clavecín bien temperado		
El martillo sin dueño		

21—Entre las obras enumeradas en la pregunta anterior, ¿cuáles son las tres que prefiere?

22—Entre los juicios que a continuación se expresan, ¿cuál es el más próximo a su opinión?

la pintura no me interesa
el museo no es mi fuerte, no puedo juzgar
la pintura es algo que está bien, pero es difícil, para hablar de ella es preciso saber
me gustan mucho los impresionistas
la pintura abstracta me interesa tanto como la de las escuelas clásicas

23—¿Cuáles son, entre los pintores de la lista que sigue, sus tres preferidos?

Vinci	Dalí	Kandinsky	Vlaminck
Renoir	Goya	Rafael	Watteau
Buffet	Van Gogh	Braque	Picasso
Utrillo	Bruegel	Rousseau	

24—¿Ha visitado usted los siguientes museos? (precisar, si es posible, en qué ocasión: ¿con su escuela, sus padres, sus amigos, solo, y en qué año?)

el museo del Louvre
el museo del Jeu de Paume
el museo de Arte moderno
el museo Jacquemart-André
el museo de su ciudad (provincia)

25—Dénos su parecer sobre cada una de las opiniones siguientes:

la pintura moderna está hecha de cualquier manera, un niño podría hacer otro tanto
me es indiferente saber quién ha pintado y cómo
no puedo juzgar la pintura, porque no entiendo de pintura

26—Con los siguientes temas, ¿tiene el fotógrafo posibilidades de hacer una foto:

	bella	interesante	insignificante	fea
un paisaje				
un accidente de automóvil				
una niña jugando con un gato				
una mujer encinta				
una mujer amamantando a un bebé				
una estructura metálica				
una riña entre mendigos				
unas coles				
una puesta de sol sobre el mar				
un tejedor trabajando en su oficio				

	bella	interesante	insignificante	fea
una danza folklórica				
una cuerda				
un tajo de carnicero				
una corteza de árbol				
un monumento célebre				
un depósito de chatarra				
una primera comunión				
un hombre herido				
una serpiente				
un cuadro célebre				

Plan de observación (rellenado por el encuestador)

la vivienda

piso
apartamento
casa

antigüedad de la construcción:
inmueble:

HLM	vetusto	*standing* medio
burgués	pobre	gran *standing*

número de habitaciones:
decoración:
mobiliario:
estilo dominante:
suelo:
otras observaciones:

la indumentaria

para los hombres:

mono de trabajo	conjunto deportivo (polo, *jeans*...)
traje completo	conjunto esmerado ("de ciudad")
pull-over	corbata
forma y color de la camisa:	con puños abotonados mangas remangadas tipo mosquetero

para las mujeres:

ropa de casa	falda y blusa camisera	vestido
traje de chaqueta	pantalón	prendas de mucho vestir

zapatos: de tacones
zapatillas
maquillaje y perfume
aspecto cuidado o no

el peinado

para los hombres:

pelo corto
pelo muy corto
patillas
pelo con brillantina
pelo semi-corto
pelo largo
bigote (precisar)
en cepillo
raya (al lado-en medio)
barba

para las mujeres:

pelo corto
pelo muy corto
moño
permanente visible (sortijillas)
pelo semi-corto
pelo largo
pelo decolorado
pelo teñido
pelo muy cardado
pelo aumentado de volumen
pelo tieso

el lenguaje

pulido
argótico
correcto
faltas gramaticales (precisar)

acento:

marcado
ligero
nulo

ANEXO 2

FUENTES COMPLEMENTARIAS[1]

I—La encuesta sobre los ingresos, realizada por el INSEE (Institut national de la statistique et des études económiques) en 1970, sobre una muestra de alrededor de 45.000 viviendas, se efectuó a partir de los expedientes en posesión de la Dirección general de impuestos. Esta encuesta no recoge pues más que los ingresos imponibles, lo que excluye muchos ingresos de transferencias, tales como prestaciones sociales, prestaciones asistenciales, etc., así como algunos ingresos procedentes de capitales mobiliarios. Para algunos tipos de recursos, y en particular para los ingresos de empresas individuales, se trata de evaluaciones fiscales muy por debajo de la realidad. A pesar de estas limitaciones, la encuesta sobre los ingresos fiscales proporciona unos datos originales sobre la estructura de los ingresos percibidos para cada categoría socio-profesional, sobre las disparidades de los ingresos medios entre las distintas categorías y las dispersiones en el seno de una misma categoría (véase G. Banderier, P. Ghigliazza, "Les revenus des ménages en 1970", *Les collections de l'INSEE,* M 40, diciembre 1974). Los datos aquí presentados (que se refieren a las familias y no a los individuos –con excepción de los valores mobiliarios, dados por hogar–[2] provienen de las tablas no publicadas por el INSEE (con excepción de la indicación de los ingresos fiscales globales medios –véase G. Ban-

[1] Agradecemos aquí muy particularmente a M. C. de la Godelinais y C. Thelot el habernos dejado conocer las tablas —inéditas en su mayor parte— que se necesitaban para la realización de los análisis secundarios de las encuestas del INSEE cuyos resultados se han utilizado aquí. Nuestro agradecimiento también a P. Debreu, P. Leroux y P. Ghigliazza, que muy generosamente nos han ofrecido los datos de que disponían. Se han utilizado, por supuesto, unas encuestas anteriores del Centro de sociología europea (sometiéndolas a veces a análisis secundarios), como la encuesta sobre el público de los museos (véase V. BOURDIEU y A. DARBEL, con D. SCHNAPPER, *L'amour de l'art,* París, Éd. de Minuit, 1969), la encuesta sobre los estudiantes y la cultura (véase P. BOURDIEU y J. C. PASSERON, *Les étudiants et leurs études*, París, La Haya, Mouton, 1964) o la encuesta sobre los alumnos de las grandes escuelas.

[2] Según la definición del INSEE, una familia está compuesta por el conjunto de las personas que viven en el interior de una misma vivienda ocupada como residencia principal (domicilio habitual), cualquiera que sea el número de esas personas y sus parentesco o relación con el titular de la vivienda. El "hogar fiscal", de definición más restringida, comprende al cabeza de familia, eventualmente a su esposa y las personas reconocidas como fiscalmente a su cargo, el conjunto de personas para las cuales ha sido establecida una imposición única.

derier, P. Ghigliazza, *art. cit.,* p. 29) que nos han sido dadas a conocer por P. Ghigliazza.

II—La encuesta "Formación-cualificación profesional", efectuada por el INSEE en 1970, se realizó sobre 38.000 personas. Esta encuesta describe precisamente las relaciones entre la formación general y profesional, y la situación profesional (profesión, cualificación, nivel de salario, movilidad, etc.), y suministra unos datos sobre la movilidad profesional y geográfica de los sujetos (los cambios ocurridos entre 1965 y 1970) y sobre la movilidad entre generaciones (profesión, titulación académica del padre y del sujeto). Los primeros resultados han sido publicados (véase R. Pohl, C. Thélot y M. F. Jousset, "L'enquête formation-qualification professionnelle en 1970", *Les collections de l'INSEE,* D. 32, mayo 1974). Los datos aquí presentados se refieren a los hombres activos nacidos en 1918 o después. Provienen de la exploración secundaria de tablas realizadas a petición nuestra.

III—La encuesta permanente del INSEE sobre las condiciones de vida y los consumos de las familias fue realizada en 1972 sobre una muestra representativa del conjunto de las familias ordinarias y se efectuó sobre más o menos 13.000 familias[3]. Se realizó, por una parte, con una encuesta por cuestionario sobre las características de la familia (composición, edad, profesión del cabeza de familia, etc.), equipamiento de la vivienda, gastos importantes (vestidos, combustibles, etc.), gastos periódicos (alquileres, cargas, etc.), y por otra parte con la exploración de libros de cuentas para los gastos corrientes, que se dejaron a cada familia durante una semana, recogiéndose y verificándose luego por el encuestador. Esta encuesta permite estimar el conjunto de los gastos (con excepción de algunos gastos importantes y poco frecuentes tales como viajes en avión o en barco, gastos de mudanza, etc.), así como el auto-consumo o el auto-abastecimiento, es decir, los consumos que no dan lugar a una compra (productos alimenticios para los agricultores, deducciones sobre los *stocks* para los artesanos y comerciantes) y que se evalúan al precio de detall para permitir la comparación con las otras categorías de familias. Se comprende, pues, que el montante del consumo sea netamente superior al montante de los ingresos para los agricultores y los pequeños patronos (categoría en la que, por otra parte, la declaración por bajo de los ingresos es frecuente). (Para los resultados globales, véase G. Bigata y B. Bouvier, "Le conditions de vie des ménages en 1972", *Les collections de l'INSEE,* M 32, febrero 1974.) Las informaciones aquí presentadas provienen del análisis secundario de tablas por categorías afinadas, realizadas a petición nuestra.

IV—La encuesta sobre el "tiempo libre", que fue realizada por el INSEE en el curso del último trimestre de 1967 sobre una muestra aleatoria de 6.637 personas, representativa del conjunto de la población francesa adulta, utilizaba un cuestionario que llevaba preguntas sobre las condiciones de vida (servicio, guardería infantil,

---

[3] Los datos presentados aquí conciernen a las familias. Se ha indicado también, para cada categoría socio-profesional, el consumo por persona y por unidad de consumo. Según la definición del INSEE, el número de unidades de consumo que comprende una familia es el obtenido por la siguiente ponderación: primer adulto de la familia = 1 unidad de consumo; otros adultos de la familia = 0,7 unidad de consumo; niños (individuos de menos de 14 años) = 0,5 unidad de consumo.

distancia de algunos equipamientos: teatro, piscina, etc., posesión de una segunda vivienda, etc.); sobre el tiempo y el ritmo de trabajo y, sobre todo, sobre las diferentes prácticas culturales, visitas a museos, exposiciones, monumentos, lectura, frecuentación de diferentes tipos de espectáculos, de cafés y de restaurantes, salidas, recepciones, radio, televisión; las diferentes ocupaciones: jardinería, *bricolage,* caza, pesca, carreras de caballos, actividades literarias o artísticas, colecciones, etc. (Para los resultados de la encuesta, véase especialmente P. Debreu, "Les comportements de loisir des Français", *Les collections de l'INSEE,* M 25, agosto 1973). Los datos aquí presentados (que se refieren únicamente a la población masculina) provienen del análisis secundario de tablas construidas a petición nuestra.

V—La encuesta de 1966 sobre el medio "negocios y cuadros superiores" fue realizada por la SOFRES (Société française d'enquête par sondages), a petición del CESP (Centre d'études des supports de publicité), a 2.257 personas de 15 y más años, que vivían en un hogar cuyo cabeza de familia era industrial, gran comerciante, miembro de profesiones liberales, cuadro superior, ingeniero o profesor. El cuestionario comprendía un conjunto de preguntas sobre hábitos de lectura y sobre lecturas, en los últimos días, de periódicos, semanarios y revistas mensuales, audiencia de radio y televisión, nivel de vida, equipamiento del hogar, estilo de vida (vacaciones, deportes, consumos), vida profesional (congresos, viajes, almuerzos de negocios), prácticas culturales, así como las principales informaciones de base (nivel de estudios, ingresos, tamaño de la residencia, etc.). Para este estudio se ha podido disponer del conjunto de las distribuciones según la categoría socio-profesional del cabeza de familia o del individuo.

VI—La encuesta de 1970 del CESP sobre la lectura de la prensa, ejecutada por la SOFRES, recayó sobre una muestra de 2.682 personas, activas o no, que vivían en un hogar cuyo cabeza de familia era industrial, gran comerciante, miembro de profesiones liberales, profesor, ingeniero o cuadro superior. Al fin de la entrevista, se remitía por el encuestador un cuestionario postal realizado por la SEMA y la SOFRES: el 66% de las personas así interrogadas han devuelto cumplimentado ese cuestionario, que trataba principalmente de los centros de interés ("los temas de los que gusta hablar"), equipamientos de hogar y de diversión, viviendas principal y secundaria, vacaciones, viajes de negocios, prácticas culturales, lectura, discos, museos, cine, etc., colecciones de obras de arte, deportes, automóvil, comportamientos económicos. Para este estudio se ha podido disponer de las distribuciones según el periódico o semanario leído (pero no según la categoría socio-profesional).

VII—La encuesta sobre las prácticas culturales de los franceses, concebida por el Servicio de estudios e investigación del Secretariado de estado para la cultura, y preparada por un grupo de trabajo que reunía representantes del Comisariado general del Plan, del INSEE, del INED, del CNRS y de la ORTF, fue realizada en 1973 por el ARCMC (Analyse, recherche et conseil en marketing et communication). Se efectuó sobre una muestra de 1.987 personas de 15 y más años. El cuestionario está formado por un conjunto de preguntas ya formuladas en la encuesta

sobre los comportamientos respecto al tiempo libre realizada por el INSEE en 1967, y unas preguntas más detalladas y más precisas sobre determinadas prácticas culturales (y en particular sobre el contenido de esas prácticas —por ejemplo, el tipo de emisiones contempladas en televisión, el tipo de discos poseídos y escuchados, las obras de arte poseídas, etc.). No ha sido posible, dada la manera en que fue recogida la información (las categorías socio-profesionales fueron precodificadas en 10 categorías) proceder, a partir de esta encuesta, a un análisis preciso de las variaciones de las prácticas culturales según las fracciones de clase. Los principales resultados han sido publicados por el Secretariado de estado para la cultura, Service des études et de la recherche, *Pratiques culturelles des Français,* 2 tomos, diciembre 1974.

Nos contentaremos con enumerar las demás encuestas consultadas[4]. Dedicados casi siempre a un campo particular, estos estudios, que la mayor parte de las veces se apoyan sobre muestras relativamente limitadas, utilizan con la mayor frecuencia clasificaciones que reagrupan las profesiones en cinco categorías: 1) agricultores, 2) obreros, 3) patronos industriales y comerciales, 4) empleados y cuadros medios, 5) cuadros superiores y miembros de profesiones liberales.

Sobre el cine

VIII—"Cinéma français. Perspectives 1970", *Bulletin d'information du Centre national de la cinématographie,* nº especial, 91, febrero 1965.
IX—IFOP, *Les acteurs et actrices préférés des Français,* octubre 1968.
X—IFOP, *Les acteurs et actrices préférés des Français,* septiembre 1970.
XI—IFOP, "La fréquentation et l'image du cinéma en 1970", *Bulletin d'information du Centre national de la cinématographie,* 126, 1970, 46 p. y suplementos.
XII—"Le public cinématographique", *Bulletin d'information du Centre national de la cinématographie,* 153-154, junio-agosto 1975.
XIII—SOFRES, *Les Français et le cinéma en 1975,* marzo 1975.
XIII bis—CESP, *Étude sur l'audience du cinéma,* París, 1975, XVI, 100 p.

Sobre el teatro

XIV—SEMA, *Le théâtre et son public,* Encuestas realizadas para el Ministerio de asuntos culturales, París, 1966, 2 vol. (Se trata de los resultados de una encuesta importante realizada en 1964 sobre el público de los teatros parisienses.)
XV—IFOP, *Étude auprès des spectateurs des "parathéâtrales" au Théâtre de la Ville,* París, IFOP, 1969, 20 p.

[4] Para las fuentes estratégicas, nos hemos basado preferentemente en tres instrumentos bibliográficos: C. GUINCHAT, *Bibliographie analytique du loisir*, Francia (1966-1973), Praga, Centro Europeo para el ocio y la educación, 1975; A. WILLENER y P. BEAUD, *Nouvelles tendences de la consommation culturelle. Vers una troisième culture,* París, Cordes, Cecmas, 1972, 2 vol., 250 y 260 páginas, y que reúne todos los datos cuantitativos y resultados de las encuestas sobre museos, fotografía, cinematografía, televisión, música, etc., así como los repertorios bibliográficos de los libros y artículos aparecidos entre 1969 y 1973, concernientes «al desarrollo y la actividad cultural» publicados por el servicio de estudios e investigaciones del Ministerio de Asuntos Culturales.

Sobre la radio y la televisión

XVI—"Une enquête par sondage sur l'ecoute radiophonique en France", *Études et conjoncture,* 10, octubre 1963, pp. 923-1002. (Se trata de una importante encuesta efectuada en 1961 que se realizó sobre una muestra de 12.000 personas.)
Entre los numerosos estudios efectuados por el Servicio de estudios de opinión de la ORTF entre 1966 y 1964, se han tenido en cuenta:
XVII—*Les téléspectateurs et les émissions musicales,* Encuesta realizada en 1969 y 1970.
XVIII—*Les dossiers de l'écran,* Encuesta realizada en 1971.
XIX—*Une enquête sur les variétés. Traitement des données par l'analyse factorielle des correspondances,* julio 1972.
XX—*Les auditeurs de France-musique; attitudes, opinions, habitudes d'écoute des émissions,* julio 1972.
XXI—*Les festivals et la radio,* Fase exploratoria, julio 1974.

Sobre la lectura

XXII—IFOP, *Les lecteurs et acheteurs de livres,* París, IFOP, 1967, 59 p.
XXIII—IFOP, *La clientèle du livre,* París, Syndicat national des éditeurs, 1969, 37 p.
XXIV—IFOP, *Les achats de livres pour la jeunesse,* París, IFOP, 1970, 61 p.
XXV—SOFRES, *Les Français et la lecture,* París, SOFRES, 1972, 13 p.
XXVI—SERVO, *Analyse sectorielle de l'edition, I. Étude des marchés. Résultats qualitatifs, II. Études des marchés. Synthèse des resultats du sondage,* París, Cercle de la librairie, 1975, 175 p., 51 p.
XXVII—SOFRES, *L'image des écrivains dans l'opinion publique,* abril 1976.
Sobre la lectura de periódicos, semanarios y revistas, los estudios anuales del Centre d'étude des supports de publicité sobre *Les lecteurs de la presse,* XXVIII.

Sobre los festivales de teatro o de música

XXIX—J. Henrard, C. Martin, J. Mathelin, *Étude de 3 festivals de musique, La Rochelle 1974, Saintes 1974, Royan 1975,* París, Centre d'études des techniques économiques modernes, noviembre 1975, 130 p.
XXX—F. X. Roussel, *Le public du festival mondial de théâtre de Nancy, Nancy,* Centre d'informations et d'études d'économie, 1975.
XXXI—SEMA, *Données statistiques sur le système musical français,* París, SEMA, 1967, 267 p.

Sobre decoración y mobiliario

XXXII—ETMAR, *Le marché de l'ameublement dans les foyers domestiques. Importance des dépenses et caractéristiques de la clientèle,* París, ETMAR, 1967.

Sobre consumos alimenticios y vestimenta

Además de las encuestas permanentes del INSEE sobre "el consumo alimenticio de los franceses" (XXXIII), cuyos resultados se publican en las colecciones del INSEE, y de nuestra exploración secundaria por categorías afinadas de la encuesta sobre "las condiciones de vida de las familias" (F. C., III), se han utilizado:

XXXIV—SOFRES, *Les habitudes de table des Français,* París, enero 1972, 63 p.
XXXIV bis—SOFRES, *Les Français et la gastronomie* (n = 1000), julio 1977.
XXXV—Thi Nguyen Hun, "Les dépenses d'habillement des Français en 1971-1972", *Les collections de l'INSEE,* M 38, noviembre 1974.

Sobre el deporte

Además de los datos proporcionados por el análisis secundario por categorías afinadas de la encuesta del INSEE sobre el tiempo libre (F. C., IV) y por la encuesta sobre las prácticas culturales (F. C., VII), se ha consultado:
XXXVI—SOFRES, *Les Français et le sport,* febrero 1968.
XXXVII—IFOP, *Les attitudes des Français à l'égard du sport,* diciembre 1968.
XXXVIII—SOFRES, *Les Français et le sport,* junio 1975 (n = 2.000, 15 años y más).

Sobre la prensa

Además de la encuesta ya citada del CESP sobre "la lectura de la prensa en el medio de los negocios y cuadros superiores" (véase F. C., VI), se han utilizado:
XXXIX—CESP, *Douzième étude sur les lecteurs de la presse,* 1976. Los datos aquí presentados provienen de nuestra exploración de tablas por categorías afinadas producidas a petición nuestra (n = 5.562).
XL—IFOP, *Les lecteurs de quotidiens dans la campagne électorale,* febrero 1978.

Sobre los gastos de imagen

XLI—SOFRES, *Pourquoi les Françaises veulent-elles maigrir?,* marzo 1974 (n = 450 mujeres de 18 a 65 años).
XLII—SOFRES, *Les femmes et la mode,* octubre 1974 (n = 1.100, diciembre-enero 1978).
XLIII—IFOP-Grupo de estudios de Marie-Claire, *L'art de recevoir,* diciembre-enero 1978.
XLIV—IFOP-Grupo de estudios de Marie-Claire, *Les Françaises et la beauté,* diciembre 1976 (n = 1.016 mujeres de 18 a 45 años).
XLV—ETMAR, *Achats de vêtements,* 1971 (n = 552, mujeres de la región parisiense).

Sobre la moral

XLVI—IFOP, *Les Français et l'amour,* noviembre 1975.
XLVII—SOFRES-Express, *Attitudes envers l'homosexualité,* 7-11 diciembre 1973.
XLVIII—IFOP-France-Soir, *Les Français sont comme ça,* agosto-septiembre 1974 (n = 1.217).
XLIX—SOFRES, *L'image de la justice dans l'opinion publique,* febrero 1977.
L—SOFRES, *Les Français et la censure au cinéma,* septiembre 1974.
LI—SOFRES, *Les Français et l'art moderne,* abril 1972 (n = 1.000).

ANEXO 3

LOS DATOS ESTADISTICOS

Gustos y prácticas culturales 1

	LA DISPOSICION ESTETICA. Porcentaje de miembros de una categoría social que juzgan que con los temas siguientes se puede hacer una foto bella										LOS PINTORES PREFERIDOS											
	puesta de sol	primera comunión	danza folklórica	niña jugando con un gato	mujer amamantando	corteza de árbol	estructura metálica	mujer encinta	coles	accidente de automóvil	Rafael	Buffet	Utrillo	Vlaminck	Watteau	Renoir	Van Gogh	Dalí	Braque	Goya	Bruegel	Kandinsky
CLASES POPULARES (1) n 166	90	50	63	56	44	17	6	11	7	–	32	8	20	6	16	49	48	3	5	16	1	–
artesanos, pequeños comerciantes n 100	91	43	59	58	57	23	9	14	2	1	23	23	26	6	24	53	47	–	8	14	8	–
empleados, cuadros medios n 287	86	35	57	60	46	25	6	9	8	2	34	19	18	14	23	56	42	3	5	12	6	–
técnicos, maestros n 78	88	19	51	74	75	49	25	30	13	4	15	15	18	12	12	49	57	7	1	29	7	3
nueva pequeña burguesía (2) n 119	72	20	36	54	61	45	22	24	24	2	22	11	16	10	13	42	50	8	12	28	25	6
CLASES MEDIAS n 584	84	31	52	60	55	32	12	16	11	1	27	17	18	12	19	51	47	4	7	19	12	2
patronos industriales y comerciales n 102	80	27	38	47	40	30	10	15	4	2	19	14	21	17	23	59	31	3	12	18	19	6
cuadros, ingenieros n 232	59	12	41	50	57	53	20	10	17	1	23	10	24	8	14	47	56	5	6	34	27	2
profesiones liberales n 52	73	17	36	61	58	54	23	33	19	6	12	6	16	22	16	61	57	6	8	22	31	10
profesores, productores artísticos n 81	53	22	23	48	53	54	49	41	37	17	8	1	10	5	10	30	47	9	13	44	36	6
CLASES SUPERIORES n 467	64	18	37	50	53	48	23	19	18	4	18	9	20	11	16	48	49	5	9	31	27	4

Los porcentajes han sido calculados incluyendo los "no contestan".

(1) Con exclusión de los agricultores autónomos y asalariados agrícolas.

(2) En la nueva pequeña burguesía, se han reunido los miembros de los servicios médico-sociales, los intermediarios culturales, los artesanos y los comerciantes de arte, las secretarias y los cuadros medios del comercio.

Gustos y prácticas culturales 2

	LOS JUICIOS SOBRE LA PINTURA (1)						LAS OBRAS MUSICALES PREFERIDAS (2)															
	no me interesa	bien pero difícil	me gustan los impresionistas	pintura moderna	no me interesa tanto como la clásica	nombre de un pintor no indiferente	La Arlesiana	El bello Danubio azul	La Traviata	La danza del sable	Rapsodia en *blue*	Rapsodia húngara	El crepúsculo de los dioses	Pequeña música nocturna	Las cuatro estaciones	El pájaro de fuego	El niño y los sortilegios	Arte de la fuga	El clavecín bien temperado	El concierto para la mano izquierda
CLASES POPULARES	26	62	7	4	32	7	42	66	28	25	24	33	4	11	7	5	–	2	1	–
artesanos, pequeños comerciantes	16	73	5	5	44	2	41	60	30	27	24	34	11	15	15	10	1	1	2	–
empleados, cuadros medios	17	65	12	7	35	8	36	53	23	22	21	40	11	27	22	7	0	3	2	0
técnicos, maestros	3	50	26	22	53	14	18	18	18	21	31	38	19	31	46	12	1	10	10	7
nueva pequeña burguesía	4	30	32	34	64	13	14	22	10	12	25	25	17	34	47	16	10	14	12	8
CLASES MEDIAS	14	56	16	14	45	9	30	43	21	20	25	36	13	27	29	10	3	6	5	3
patronos industriales y comerciales	4	51	27	17	42	6	23	24	28	6	28	50	9	21	30	10	3	15	4	5
cuadros, ingenieros	8	27	39	26	55	11	20	20	11	13	25	42	18	30	39	15	2	13	12	13
miembros de profesiones liberales	–	31	40	29	58	13	4	17	6	2	21	32	11	53	55	6	2	13	17	23
profesores, productores artísticos	4	14	39	43	75	21	1	3	9	4	13	21	22	51	51	23	4	31	32	13
CLASES SUPERIORES	5	31	37	27	55	12	15	17	14	9	23	39	16	34	41	15	2	17	14	12

Los porcentajes han sido calculados excluyendo los "no contestan".
(1) Cada sujeto fue invitado a elegir entre diferentes juicios aquél que le parecía más cercano a su opinión.
(2) Cada sujeto era invitado a retener tres nombres en una lista de 16 obras.

Gustos y prácticas culturales 3

	LOS COMPOSITORES (1)				LOS DIRECTORES CINEMATOGRAFICOS (2)			LAS LECTURAS (3)								EL LENGUAJE (4): El lenguaje			El acento			
	0 a 2	3 a 6	7 a 11	12 y más	ninguno	1 a 3	4 y más	historias sentimentales	narraciones de viajes	aventuras policíacas	narraciones históricas	obras modernas	obras clásicas	poesía	ensayos filosóficos	argótico	faltas de francés	correcto	pulido	marcado	ligero	nulo
CLASES POPULARES	77	19	4	–	89	10	2	36	61	57	40	19	10	8	2	8	50	42	–	33	54	12
artesanos, pequeños comerciantes	65	27	7	1	80	18	2	3	60	3	51	22	11	10	8	4	28	68	–	12	37	50
empleados, cuadros medios	49	31	17	3	59	37	4	28	49	54	47	40	28	21	5	4	15	77	4	16	56	28
técnicos, maestros	17	28	36	19	56	32	11	9	38	38	49	38	32	17	14	–	–	94	6	–	35	65
nueva pequeña burguesía	20	22	39	18	39	44	17	10	25	25	34	56	41	35	30	5	–	74	21	5	26	68
CLASES MEDIAS	41	28	22	8	58	35	7	23	45	43	45	40	28	21	12	3	14	78	5	10	44	46
patronos industriales y comerciales	30	28	26	15	61	29	10	10	41	43	68	36	30	6	8	–	–	80	20	–	33	67
cuadros, ingenieros	16	22	41	21	52	39	9	3	38	38	40	41	36	29	27	–	–	94	6	–	13	87
miembros de profesiones liberales	11	13	40	35	42	38	19	8	25	44	48	36	21	25	38	6	–	81	12	–	12	87
profesores, productores artísticos	4	11	33	52	22	46	32	7	15	29	24	55	47	35	34	10	–	85	3	–	7	93
CLASES SUPERIORES	15	22	37	26	47	38	15	6	33	38	41	42	35	25	25	5	–	84	11	–	16	84

Los porcentajes han sido calculados excluyendo los "no contestan".
(1) Número de compositores conocidos en la lista de las 16 obras musicales.
(2) Número de directores cinematográficos conocidos en la lista de los 19 filmes.
(3) Cada sujeto era invitado a elegir tres géneros de libros en una lista de diez géneros.
(4) Se trata de observaciones anotadas por el encuestador que disponía de un plan de observación.

Gustos y prácticas culturales 4

	LAS ACTIVIDADES (1)						LA RADIO (2)				LOS CANTANTES PREFERIDOS (3)								
	bricolage a menudo	foto y/o cine	discos a menudo	artes plásticas a menudo	instr. musicales a menudo	Museo Louvre y arte moderno	variedades	información	cultura	variedades y cultura o música	Guétary	Luis Mariano	P. Clark	Aznavour	Hallyday	Brel	Brassens	Ferré	Douai
CLASES POPULARES	63	50	46	4	6	6	52	26	10	13	31	18	30	52	17	24	41	20	7
artesanos, pequeños comerciantes	79	59	39	6	5	13	46	22	17	15	22	20	30	36	2	31	32	20	4
empleados, cuadros medios	51	56	47	7	1	23	50	15	18	16	21	12	25	47	11	48	40	30	6
técnicos, maestros	61	69	68	10	6	40	13	22	54	11	4	5	19	19	3	55	72	35	14
nueva pequeña burguesía	52	60	65	24	15	51	14	21	56	8	9	11	16	29	5	41	50	13	19
CLASES MEDIAS	57	59	52	11	5	29	37	18	31	13	17	12	23	38	7	45	45	31	9
patronos industriales y comerciales	47	59	52	3	8	44	17	40	36	7	13	10	26	33	6	23	61	10	5
cuadros, ingenieros	38	66	55	8	9	46	8	29	54	9	3	7	23	28	5	42	70	37	9
miembros de profesiones liberales	44	85	63	14	12	61	14	18	53	15	6	4	15	36	–	50	71	38	21
profesores, productores artísticos	38	54	71	16	16	64	9	15	68	7	1	1	2	12	4	54	85	48	25
CLASES SUPERIORES	40	65	58	9	10	51	11	28	53	9	5	6	19	27	5	41	71	33	12

Los porcentajes han sido calculados excluyendo los "no contestan".

(1) Cada sujeto era invitado a precisar si no practicaba nunca o si practicaba raramente o a menudo diferentes actividades (para los museos, se trata del porcentaje de los que han estado por lo menos una vez en el Louvre o en el Museo de arte moderno).

(2) Se trata del tipo de emisión más escuchada en la radio.

(3) Cada sujeto era invitado a elegir tres cantantes en una lista de doce.

Gustos y prácticas culturales 5

	LOS MUEBLES (1)					EL HOGAR (2)								EL VESTUARIO (2)				EL AMIGO (2)						LA COCINA (2)			
	grandes almacenes	*boutique* especializada	sala de ventas	rastro	anticuarios	claro, limpio	fácil de mantener	íntimo	cálido	arreglado	lleno de fantasía	sobrio, discreto	armonioso	calidad ventajosa	corresponda a su personalidad	elegante y distinguido	*bon vivant*	concienzudo	educado	espíritu positivo	distinguido	refinado	artista	sin ceremonias	sencillas, bien presentadas	originales y exóticas	finas y esmeradas
CLASES POPULARES	38	24	4	1	4	41	45	22	25	4	3	8	23	44	28	3	40	63	25	10	5	–	8	23	35	1	9
artesanos, pequeños comerciantes	29	27	3	4	8	41	39	45	26	4	5	15	23	29	24	12	22	68	47	5	6	5	9	14	31	6	11
empleados, cuadros medios	15	35	10	4	4	35	30	45	24	3	2	6	37	25	48	6	15	46	55	17	5	7	5	15	34	4	8
técnicos, maestros	23	42	5	4	10	22	13	41	32	6	10	10	49	31	42	14	19	45	32	18	10	6	27	16	45	11	6
nueva pequeña burguesía	15	25	11	14	22	11	12	47	33	19	15	19	47	17	39	26	9	29	30	20	18	18	29	21	26	14	8
CLASES MEDIAS	19	33	9	6	9	30	26	45	27	7	7	11	38	25	39	12	16	46	44	16	8	9	13	17	35	8	9
patronos industriales y comerciales	10	39	30	18	50	11	17	48	24	5	12	12	47	25	43	23	23	45	53	9	18	17	16	17	22	15	29
cuadros, ingenieros	6	28	17	16	42	15	17	48	19	10	11	36	53	15	34	14	12	31	39	18	16	9	27	16	26	9	5
miembros de profesiones liberales	8	31	11	19	61	10	16	43	25	17	16	10	47	13	33	21	15	52	38	13	6	17	28	17	27	8	8
profesores, productores artísticos	30	27	10	21	32	7	14	36	28	15	12	22	47	15	35	14	19	27	24	14	12	9	31	20	29	12	10
CLASES SUPERIORES	11	31	18	18	44	11	16	45	23	11	13	25	20	17	36	17	16	36	38	16	15	12	25	17	26	11	12

Los porcentajes han sido calculados excluyendo los "no contestan".

(1) Se trata del sitio (o de los sitios) donde han sido comprados los muebles.

(2) Cada sujeto era invitado a designar, en una lista de doce adjetivos, los tres que mejor calificaban el tipo de decoración de su hogar que más le gustaría tener; a elegir entre seis proposiciones relacionada con el vestuario, las tres que mejor expresaran sus gustos; entre doce cualidades, las tres que más aprecia en sus amigos; y por último, cuál de las siete formas de comidas propuestas era la que le gustaba servir a sus amigos.

La disposición estética según el capital escolar

Capital escolar	paisaje	puesta de sol	monumento célebre	cuadro célebre	primera comunión	danza folklórica	niña con gato	mujer amamantando	tejedor	naturaleza muerta	corteza
Sin titulación, CEP	82.0	88.5	35.5	**50,5**	**51,0**	54.5	**61,5**	46.0	36.0	26.5	15.5
CAP	**88,0**	**92,5**	35.5	47.5	31.0	**60,0**	57.0	43.0	37.5	37.5	37.0
BEPC	72.5	85.5	32.5	39.5	32.5	56.0	57.0	55.5	25.5	40.5	27.5
Bachillerato	74.5	76.5	20.0	36.5	19.0	37.0	56.5	58.0	44.0	40.5	42.0
Comienzo estudios sup.	68.5	57.5	30.0	23.5	15.0	41.5	46.0	56.0	35.5	41.5	45.0
Licenciatura	72.0	57.0	19.0	31.5	7.0	36.5	57.0	**59,0**	44.0	44.0	56.0
Agregación, gran escuela	69.0	65.0	**39,5**	41.0	25.5	39.5	34.0	49.5	**52,0**	**45,0**	**60,5**

Capital escolar	cuerda	riña de mendigos	mujer encinta	serpiente	estructura metálica	coles	tajo de carnicero	depósito de chatarra	hombre herido	accidente de automóvil
Sín titulación, CEP	6.0 4.0	8.5	13.0	6.5	4.0	5.0	5.5	2.0	0.5	
CAP	8.5	4.5	12.0	18.5	7.5	8.5	6.0	3.0	5.5	
BEPC	6.5	8.5	13.5	17.5	8.0	13.0	5.0	6.0	5.5	1.0
Bachillerato	22.0	16.0	21.0	23.5	18.0	13.0	10.5	13.0	12.5	5.0
Comienzo estudios sup.	31.0	14.5	19.5	32.0	29.0	18.0	22.5	9.5	2.5	
Licenciatura	**32,5**	16.5	22.5	28.5	24.5	22.5	19.5	16.0	17.5	1.5
Agregación, gran escala	31.0	**22,5**	**29,5**	**38,0**	**36,5**	**27,0**	**25,5**	**31,0**	**22,5**	**15,5**

Los porcentajes se han calculado excluyendo los "no contestan". A falta de poder reproducir la tabla completa de las distribuciones entre las diferentes respuestas (fea, insignificante, interesante, bella) para cada objeto, se ha hecho constar aquí el porcentaje de los encuestados que juzgan que se puede hacer una fotografía bella con esos objetos, ordenándolos desde los más "fáciles" (es decir, los ya muy constituidos) hasta los más "difíciles" (es decir, poco o nada constituidos con arreglo a la estética común en el momento de la encuesta).
Para leer esta tabla es preciso saber que la distribución entre las diferentes respuestas varía según los objetos y según los niveles de instrucción, de suerte que la estructura que se ha tratado de poner en evidencia al señalar la tendencia más fuerte en cada columna hubiera sido mucho más legible si se hubiera propuesto a los encuestados una elección dicotómica (entre bella y fea).
Si en el caso, por ejemplo, del monumento célebre, que parece resultar una excepción, se reagrupan los que juzgan que se puede hacer una fotografía bella y los que estiman que se puede hacer una fotografía interesante con un monumento célebre, se observa que los porcentajes disminuyen regularmente a medida que sube la titulación (87,5% para los que no tienen ninguna y los titulares del CEP, 90% para los del CAP, 78% para los del BEPC, 74% para los bachilleres, 59% para los que tienen estudios superiores no acabados, 57% para los licenciados, y 73% para la agregación y las grandes escuelas). La distribución es la misma que se observa aquí para la puesta de sol.

OTRAS FUENTES

1—Algunos indicadores del capital económico (%)

CSP	INGRESOS GLOBALES MEDIOS (en francos)	(F. C., I) distribución de los ingresos (1970)						(F. C., I) porcentaje de poseedores de						estatus de ocupación de alojamiento (F. C., III)			
		< 10.000 f.	10 a 20.000 f.	20 a 30.000 f.	30 a 60.000 f.	60 a 100.000 f.	100.000 f. y +	salarios y sueldos	beneficios industriales y comerciales	beneficios no comerciales	beneficios agrícolas	propiedades urbanas	valores mobiliarios	propietarios	en situación de acceso a la propiedad	en alquiler	alojamiento gratuito, y por función
1	12706	*43,5*	41,3	10,9	4,2	–	–	86,0	1.5	0,4	*5,5*	0,8	6,3	16,9	12,8	37,6	*32,7*
2	11339	*63,2*	22,6	7,1	5,6	1,0	0,4	19,3	5,3	0,5	*91,9*	6,4	16,5	*57,3*	18,1	17,8	6,8
3	14903	34,7	42,4	14,7	7,9	0,3	–	93,4	1,3	0,1	1,1	2,3	3,3	17,7	10,2	*63,2*	8,9
4	18495	13,7	*51,8*	23,8	10,4	0,2	–	97,7	2,2	0,3	1,6	2,4	3,6	15,0	24,6	55,2	5,3
5	21280	8,2	*44,3*	*30,4*	16,7	0,3	–	98,2	2,2	0,7	0,5	2,7	3,6	11,4	23,3	57,7	7,5
6		0,9	17,5	*38,0*	42,0	1,5	0,1	*99,5*	1,4	0,8	0,4	4,1	6,7	15,0	35,5	42,2	7,3
7	25729	12,3	32,5	25,3	25,8	3,4	0,7	34,1	*96,9*	1,1	3,5	12,9	14,2	32,7	30,9	33,2	3,2
8	26864	15,3	27,2	23,2	28,8	3,9	1,5	24,3	*93,2*	4,8	3,8	20,2	19,2	32,2	15,9	46,8	5,1
9		11,5	33,8	27,6	22,2	4,0	0,8	97,5	3,4	2,6	0,7	8,9	9,5	9,9	13,4	*63,2*	13,5
10	22546	5,9	41,7	29,4	21,6	1,1	0,2	98,8	2,1	1,9	1,0	5,1	8,6	14,0	24,1	55,3	6,7
11		2,1	12,2	26,4	47,9	8,9	2,5	*99,3*	4,0	5,7	0,5	11,1	17,5	12,8	36,9	43,4	6,9
12		1,3	15,1	30,1	48,1	4,8	0,5	98,5	2,4	3,9	0,1	5,8	8,7	9,7	35,5	50,1	4,7
13	32770	5,7	32,6	29,6	27,8	3,7	0,6	84,2	–	*24,9*	–	10,0	12,4	18,1	20,8	56,9	4,1
14		3,0	19,1	25,4	46,4	5,5	0,5	96,7	0,9	6,0	0,1	7,6	10,4	10,0	26,0	36,1	27,9
15	61616	2,2	12,1	11,1	36,9	23,1	14,6	64,0	47,5	9,4	4,9	29,7	30,2	*49,8*	23,2	27,0	–
16	102222	1,3	2,6	4,1	26,4	31,9	*33,6*	83,0	26,0	4,4	3,7	*34,7*	*40,0*	32,8	*55,6*	11,6	–
17		0,5	2,9	11,5	*53,3*	24,2	7,6	*99,6*	3,6	5,3	0,9	15,2	27,7	20,5	33,8	39,1	6,6
18	57229	0,4	0,8	4,4	*51,8*	*32,8*	9,7	98,7	3,1	4,3	0,8	15,5	30,4	12,6	*42,6*	37,3	7,5
19		1,4	8,6	18,5	43,5	22,3	5,6	97,6	2,1	14,1	1,8	10,4	21,0	12,2	28,5	49,2	10,1
20	83309	3,1	4,8	6,5	27,6	*33,0*	*24,9*	41,0	17,5	*87,2*	3,4	*30,3*	*40,6*	35,6	22,6	40,0	1,8

(1) asalariados agrícolas, (2) agricultores autónomos, (3) peonaje, (4) obreros especializados, (5) obreros cualificados, (6) contramaestres, (7) artesanos, (8) pequeños comerciantes, (9) empleados de comercio, (10), empleados de oficinas, (11) cuadros administrativos medios, (12) técnicos, (13) miembros de los servicios médico-sociales, (14) maestros, (15) patronos comerciales, (16) patronos industriales, (17) cuadros administrativos superiores, (18) ingenieros, (19) profesores, (20) miembros de profesiones liberales.

2—Algunos indicadores de la trayectoria social y del capital cultural heredado (%)

CSP	(F. C., II) profesión del padre (1)											titulación del padre (2)				
	asalariados agrícolas	agricultores autónomos	peonaje, O.S., mineros	obreros cualificados, contramaestres	personal de servicio	artesanos, pequeños comerciantes	empleados (3)	cuadros	patronos industriales y comerciales	cuadros superiores	miembros profesiones liberales	sin titulación, no contestan	CEP	BEPC	bachillerato	estudios superiores
1	*29,7*	*46,9*	8,0	5,1	0,8	5,0	3,3	0,4	0,3	0,5	–	*81,4*	17,2	0,6	0,6	0,2
2	3,8	*88,6*	1,9	1,2	0,2	2,3	0,8	0,2	0,2	0,6	0,2	69.8	27.9	1,1	0,7	0,5
3	*13,6*	30,3	23,9	15,0	1,7	5,9	7,6	1,1	0,4	0,5	–	*84,0*	15,1	0,6	0,3	–
4	8,8	25,3	*25,8*	17,7	1,9	9,0	7,2	2,1	1,2	0,9	0,1	75,4	22,5	1,3	0,5	0,3
5	6,1	14,0	*25,3*	*25,8*	1,8	10,9	10,0	2,9	1,4	1,7	0,1	67,3	29,8	1,5	1,0	0,4
6	5,5	12,6	23,6	*25,6*	2,2	10,1	11,3	3,7	2,1	3,2	0,1	05,3	30,7	2,0	0,9	1,1
7	6,3	16,7	11,8	13,6	1,9	*34,3*	8,1	2,4	2,9	1,6	0,4	64,5	32,0	1,9	1,1	0,6
8	4,9	18,1	7,0	10,7	0,8	*39,4*	8,1	2,1	6,0	2,3	0,6	61,2	31,9	1,2	3,4	2,2
9	4,8	10,3	16,8	18,0	0,9	18,3	15,4	3,7	7,7	3,4	0,7	54,6	37,1	3,3	2,1	2,9
10	5,1	16,8	20,4	17,3	2,7	10,1	15,7	6.4	1,8	3,4	0,3	57,8	34,5	4,1	2,1	1,4
11	2,8	10,3	9,9	15,6	*3,3*	13,7	15,0	11,9	5,2	9,8	2,4	40,6	41,6	6,7	5,1	6,0
12	2,0	7,2	15,6	20,5	2,1	11,4	*16,4*	11,5	4,1	8,2	1,0	42,9	*42,9*	5,6	5,0	3,6
13 H	3,4	22,2	14,8	16,8	*4,8*	6,4	13,0	8,8	2,0	6,1	1,7	46,8	40,5	5,9	3,1	3,7
13 F	1,5	12,7	9,5	12,4	1,3	12,4	12,9	12,3	9,1	10,8	5,1	37,2	36,9	6,1	8,6	11,3
14	0,6	6,9	14,8	19,8	1,5	13,1	*16,1*	15,3	3,2	6,9	1,8	36,1	*43,2*	5,4	9,4	5,9
15	3,4	13,5	5,4	5,2	0,8	27,4	9,1	2,6	*23,7*	5,4	3,4	48,1	38,6	5,3	3,8	4,2
16	0,6	19,2	7,7	14,7	1,0	29,2	3,8	1,5	*18,0*	2,4	1,9	52,9	38,1	2,6	2,2	4,3
17	1,3	7,7	7,4	10,3	1,1	14,3	15,2	11,2	9,7	19,1	2,7	35,1	36,5	7,2	10,0	11,3
18	0,6	5,2	6,6	11,7	1,0	11,4	12,6	14,8	6,7	*25,5*	3,9	32,0	29,4	*8,7*	11,4	18,5
19 H	2,1	7,1	4,6	8,7	0,9	15,4	11,7	*15,7*	3,8	23,2	*6,8*	31,6	33,6	7,9	11,6	15,4
19 F	1,6	4,5	2,9	5,2	–	12,0	15,2	*20,3*	5,9	*26,2*	6,2	23,3	27,1	*12,3*	*14,5*	*22,8*
20	0,4	5,5	2,8	1,7	0,5	14,7	9,4	12,1	11,4	20,7	*20,8*	20,4	23,4	7,4	*12,5*	*26,2*

(1) Para la profesión del padre, el cálculo se ha efectuado excluyendo los "no contestan" y las "otras" profesiones.
(2) Se trata de la titulación de enseñanza general o superior del padre (los diplomas técnicos, CAP, BP, BEC, BEI, etc., no estaban incluidos en el cálculo).
(3) Ejército y policía han sido reagrupados con los empleados.

3—Capital escolar, tiempo libre, fecundidad, residencia (%)

CSP	CAPITAL ESCOLAR (I) (F. C.. II)								TRABAJO 50 h Y + POR SEMANA (F. C.. IV)	NUMERO MEDIO DE HIJOS (2)	LUGAR DE RESIDENCIA Como 1968: hombres y mujeres, activos de 16 años y +						
	sin titulación alguna	CEP	CAP - BP	BEC-BEH	BEEPC	BS - bachillerato	comienzo estudios superiores	licenciatura y +			municipios rurales	10.000 h.	10 a 50.000 h.	50 a 100.000 h.	100 a 200.000 h.	200 a 2.000.000 h.	aglomeración parisiense
1	*67,4*	19.6	10,3	1.8	0,6	0,7	–	–	62,9	3,00	*77,8*	9,3	4,9	1,3	1.9	3,0	1,7
2	45.1	37,3	13.7	1,0	1.8	0,8	0,2	0,1	*68,0*	2,83	*87,5*	6,2	3,0	0,8	0,8	1,5	0,3
3	*70,0*	22,0	7.0	0.1	0,8	–	–	–	21,9	2,77	28,3	11,6	13,0	6,0	7,7	18,1	15,3
4	51,3	28,4	18,2	0,4	1,3	0,3	0,1	–	23,2	2,42	27,0	12,3	14,3	6,7	8,5	15,7	15,5
5	29,2	25,1	*41,2*	1,9	1,7	0,4	0,3	0,1	22,4	2,10	18,2	10,0	13,5	7,4	9,2	19,3	22,3
6	19,0	31,9	*38,8*	5,7	2,7	1,0	0,7	0,2	26,4	1,94	12,8	10,1	14,3	7,7	9,7	21,7	23,6
7	23,5	34,5	36,1	2,4	2,1	1,1	0,1	0,2	47,6	1,92	37,0	12,8	11,8	5,2	5,5	13,9	13,9
8	19,6	*43,1*	23,9	1,4	6,0	3,8	1,7	0,5	*81,1*		28,1	*13,2*	13,3	6,1	7,0	17,1	15,1
9	19,1	39,0	25,6	3,8	5,4	6,5	0,6	–	49,7	1,68	13,6	8,1	14,0	*8,5*	*11,1*	21,2	23,4
10	15,9	*40,1*	19,9	1,8	*17,4*	3,8	0,8	0,3	10,9	1,97	11,7	7,2	12,3	7,4	9,3	20,5	31,5
11	8,9	26,0	18,4	9,0	*16,0*	11,9	5,4	4,4	16,7	1,71	10,6	6,6	11,7	7,1	9,5	20,9	33,7
12	6,0	21,3	28,4	*19,6*	11,4	5,8	5,6	1,9		1,67	8,6	7,1	12,0	7,4	9,6	20,1	35,2
13	2,2	10,0	6,4	0,7	0,6	3,2	*73,9*	3,0	14,4		10,3	7,8	14,3	*8,1*	*11,1*	*22,0*	26,5
14	1,5	5,7	5,1	5,9	6,0	*39,3*	*27,7*	8,7	10,3	1,69	22,4	11,1	14,4	7,8	9,3	17,0	18,0
15	17,5	39,2	15,5	5,4	9,7	7,6	3,3	1,8	45,1	2,09	15,5	11,8	*16,4*	7,7	8,6	18,2	21,8
16	15,7	36,9	24,1	*9,9*	4,5	4,0	1,5	3,4			22,3	*14,1*	*16,0*	6,8	7,2	16,5	17,2
17	6,2	16,7	10,9	8,3	11,8	*13,7*	8,2	24,0	31,5		6,3	5,9	11,4	7,0	9,5	20,5	*39,3*
18	3,1	4,7	5,5	6,6	5,0	9,2	10,6	55,3	26,8	2,00	5,7	5,7	9,3	6,3	7,9	19,7	*45,3*
19	0,7	2,8	2,6	0,7	0,7	4,6	13,7	*74,2*	8,3		5,8	5,8	11,6	7,7	*11,2*	*25,4*	32,5
20	2,6	4,2	1,8	1,2	1,7	2,8	11,5	*74,2*	67,1	2,06	14,4	11,3	13,4	7,3	8,9	20,0	21,8

(1) Los porcentajes se han calculado excluyendo las "otras" titulaciones.

(2) *Economie et statistique*, 27, octubre 1971, p. 28 (los resultados conciernen a las mujeres pertenecientes a las generaciones 1892 a 1923, casadas antes de la edad de 35 años).

4—Consumos y prácticas culturales (%)

CSP	consumo global (1972) (F. C., III)			propietarios de			(F. C., IV)												
	por familia (en f.)	por persona (en f.)	por unidad de consumo (en f.)	segunda vivienda	teléfono	lava-vajillas	espectáculos deportivos 5 veces/año y +	mantenimiento vehículo* 1 h y 1/4 y +/semana	*bricolage* 1 vez/semana y +	colección de sellos	inscripción en una biblioteca	seguimiento de cursos	castillo-montaña en el año	feria-exposición en el año	recibe al — 1 vez/semana	variedades al — 1 vez/año	teatro al — 5 veces/año	concierto al — 1 vez/año	piano
1	22771	5650	7928	1,0	5,8	1,7													
2	26667	6365	8824	2,2	15,8	2,3	12,8	1,3	36,5	0,5	0,2	0,9	23,7	31,6	6,3	16,5	1,3	2,7	1,3
3	21840	6170	8578	2,2	0,3	-	41,9	34,8	1,3	1,7	1,0	12,5	21,5	13,8	15,4	1,5	2,7	-	
4	26471	6552	9350	3,4	3,0	0,7	35,3	10,6	44,4	6,1	4,3	9,3	21,6	26,0	6,5	22,5	0,3	4,7	0,2
5	26988	7476	10392	3,3	4,6	0,6	29,0	*14,0*	50,8	8,6	4,7	6,0	29,2	38,2	8,4	29,0	4,8	4,1	0,4
6	35320	9174	12751	10,9	24,2	2,4	39,9	12,6	*53,9*	9,3	13,6	1,9	40,3	43,9	8,2	26,4	4,7	13,3	3,5
7	28540	8444	11489	14,1	48,0	5,8	37,3	12,6	36,8	4,3	-	2,0	30,9	38,8	6,5	16,3	6,6	4,5	2,8
8	30861	10118	13360	14,5	57,2	7,1	28,5	4,8	43,7	1,4	4,5	1,9	25,5	43,6	10,6	16,5	5,9	9,0	8,7
9	30455	10324	13818	7,2	28,6	5,2	*42,2*	8,0	29,2	3,7	3,7	5,6	20,5	37,9	12,4	18,0	1,2	9,3	-
10	27774	9227	12192	9,6	13,2	1,0	32,7	*17,8*	37,7	*12,9*	20,3	10,3	38,8	43,0	12,7	28,2	7,3	13,1	3,8
11	36272	11478	15461	11,9	29,4	5,4	23,7	13,1	39,5	*14,4*	9,8	15,3	58,4	52,9	14,7	38,7	18,3	20,2	12,8
12	37438	10979	15090	6,5	25,1	5,3	29,9	6,6	38,7	29,4	15,8	16,5	52,2	58,4	12,9	38,7	6,5	10,8	6,5
13	34175	11316	15277	7,8	41,7	3,6													
14	32787	11627	15364	18,6	29,9	5,5	29,3	2,8	*54,3*	6,9	*59,5*	*19,0*	*67,2*	53,5	10,3	19,8	21,6	21,6	20,7
15	41886	10419	14463	*29,7*	72,3	22,3	*64,8*	-	14,1	2,8	-	-	38,1	52,1	*47,9*	*43,7*	11,3	18,3	7,0
16	47680	15480	19751	*25,2*	75,1	21,7													
17	52166	14694	19835	23,9	67,7	24,5	31,4	3,2	28,9	11,6	13,3	4,8	*68,5*	*62,1*	12,1	24,3	21,7	25,9	27,8
18	49883	13920	19308	22,3	*77,6*	*27,9*	29,8	3,1	34,4	4,5	20,9	17,9	*77,6*	*70,1*	26,9	*50,8*	*28,3*	*49,3*	23,9
19	40853	13136	17708	14,2	39,7	15,4	9,8	-	26,4	2,8	*27,8*	*27,8*	38,8	20,9	30,6	13,9	*26,4*	*52,8*	*50,0*
20	57133	16370	22467	25,0	*84,5*	*31,5*	20,0	-	14,1	9,4	4,7	*25,8*	57,6	33,0	*38,9*	42,4	25,9	34,1	*57,6*

* Los porcentajes han sido calculados para 100 poseedores de automóviles o de vehículos de dos ruedas. No se han reproducido los resultados, no significativos, para los asalariados agrícolas y miembros de los servicios médico-sociales.

ANEXO 4

UN JUEGO DE SOCIEDAD

A pesar de que los que han tenido la idea de pedir a una muestra de encuestados que atribuyeran a diferentes hombres políticos diferentes objetos no hayan visto en ello, sin duda (como lo atestiguan los comentarios que acompañan la presentación de los resultados), más que una *divertida* variante de las encuestas periódicas sobre la "popularidad" de los hombres políticos, el verdadero objeto del test que en plena inconsciencia han producido (lo que contribuye a su valor) no es saber si tal o cual hombre político propuesto es zorro o cuervo, roble o abeto, blanco o negro, o incluso si los "rojos" otorgan más a menudo el negro al portavoz de los "blancos" que a la inversa[1].

El encuestador presentaba unas listas de seis objetos o personajes (colores, árboles, héroes clásicos, héroes de *comics*, etcétera) y pedía se atribuyera uno, y sólo uno, de esos objetos a uno de los seis hombres políticos siguientes: Jacques Chirac, Valéry Giscard d'Estaing, Georges Marchais, François Mitterrand, Michel Poniatowski, Jean-Jacques Servan-Schreiber. Los resultados de esta encuesta, realizada en junio de 1975, por deseo del semanario *Le Point*, fueron publicados en *Sondages* (n.° 3-4, 1975, pp. 31-47), acompañados, por todo comentario, con el siguiente: "La lectura de los resultados de ese juego es 'divertida', pero su interés supera ese carácter de pura distracción. El conjunto de las atribuciones realizadas para cada uno de los líderes políticos revela, en efecto, muchas de las facetas de su imagen pública. Sin duda resulta a veces difícil desenmarañar con certeza las múltiples razones que han podido llevar a los encuestados a imaginarse a un hombre político bajo un color mejor que bajo otro, como hormiga más bien que como zorro, o bien como peluquero antes que como abogado. Sin embargo, cuando un hombre político resulta representado por más de un tercio de los encuestados bajo tal o cual objeto, la explicación aparece, la mayor parte de las veces, de inmediato,

[1] Uno de los aspectos interesantes de ese test sociológico, que recuerda, en el terreno de la política y del pensamiento del mundo social, una lógica totalmente parecida a la que funciona en las prácticas mítico-rituales de las sociedades precapitalistas, es el de hacer ver que sólo la ignorancia de la lógica específica de la práctica es responsable de la tajante distinción que la ciencia social no ha cesado de establecer entre el pensamiento denominado "primitivo" o "salvaje" y el pensamiento "civilizado".

Colores

	Blanco	Negro	Azul	Naranja	Amarillo	Verde
	%	%	%	%	%	%
Giscard d'Estaing	**35***	10	**29**	6	9	12
Poniatowski	16	22	14	16	18	13
Chirac	16	9	25	12	18	18
Servan-Schreiber	14	9	12	**23**	**23**	19
Mitterrand	13	10	13	**23**	18	**24**
Marchais	6	**40**	7	20	14	14

Arboles

	Roble	Plátano	Palmera	Caña	Alamo	Abeto
	%	%	%	%	%	%
Giscard d'Estaing	**31**	8	14	18	19	10
Poniatowski	21	**22**	18	7	12	18
Chirac	11	20	18	12	**22**	17
Servan-Schreiber	11	20	18	12	**22**	17
Mitterrand	16	16	17	21	15	17
Marchais	15	18	12	16	14	**24**

Flores

	Crisantemo	Muguete	Amapola	Narciso	Lila	Clavel
	%	%	%	%	%	%
Giscard d'Estaing	14	**23**	12	14	18	18
Poniatowski	24	16	8	16	16	**20**
Chirac	10	21	9	15	**25**	**20**
Servan-Schreiber	9	14	13	**27**	21	17
Mitterrand	16	16	21	17	13	16
Marchais	**27**	10	**37**	11	7	9

Animales

	Buey	Hormiga	Cigarra	Zorro	Cuervo	Tortuga
	%	%	%	%	%	%
Giscard d'Estaing	12	**29**	18	**24**	9	9
Poniatowski	**38**21	11	8	13	17	12
Chirac	16	22	15	15	16	15
Servan-Schreiber	6	12	**28**	11	10	**33**
Mitterrand	9	14	21	22	16	18
Marchais	19	12	10	15	**32**	13

Juegos

	Bridge	Monopoly	Dominó	Póker	Ajedrez	Ruleta
	%	%	%	%	%	%
Giscard d'Estaing	**39**	14	6	12	**23**	6
Poniatowski	16	17	21	16	14	17
Chirac	15	**24**	18	18	12	13
Servan-Schreiber	9	14	17	**20**	13	**26**
Mitterrand	14	17	15	18	18	18
Marchais	7	14	**23**	16	20	20

Sombreros

	Boina	Gorra	Sombrero de paja	Sombrero de fieltro	Casco	Chistera
	%	%	%	%	%	%
Giscard d'Estaing	11	10	14	10	8	**46**
Poniatowski	9	5	14	14	**41**	18
Chirac	12	10	21	**26**	17	13
Servan-Schreiber	13	12	**30**	22	11	13
Mitterrand	**40**	16	15	16	7	6
Marchais	15	**47**	6	12	16	4

* Las cifras en negrita indican la tendencia más fuerte por columna.

y las motivaciones de las elecciones se ven esclarecidas por los diferentes resultados de los otros hombres políticos con respecto al mismo objeto. Las comparaciones realizadas por los encuestados están hechas, la mayor parte de las veces, bien por referencia al aspecto físico del hombre, bien por referencia a las características más conocidas de su personalidad, o bien, por último, por referencia a su función, a su posición y a su carrera política. Nosotros no vamos a comentar estos resultados, dejando al lector el cuidado de hacer volar, a su vez, su imaginación." Aparente dimisión, por medio de la cual es posible darse aires de objetividad, abandonando la responsabilidad en manos del periodista. Este (*Le Point,* 17 julio 1975) no tiene más que hacer notar, *con total neutralidad,* que una "mayoría" atribuye a los representantes de la izquierda, y muy especialmente a Marchais, los atributos más peyorativos, y ya está hecho el juego de manos. Penetrados por las jerarquías que imponen, puesto que éstas se imponen a ellos, los autores del cuestionario producen, a favor del juego –que elimina censuras– un "dato" que basta con aprehenderlo *tal como se da* para producir, *con toda objetividad,* un efecto político.

Este juego, que pone en juego a unos hombres políticos, es un juego político; pero, no hay que engañarse en esto, en un sentido profundo distinto del que se da a esta palabra en los institutos de ciencias políticas y en los institutos de sondeo. Los hombres políticos no son aquí sino el pretexto para un juego de atribución, de *categorización*, y los objetos propuestos unos atributos, unos predicados, unos *categoremas* (como decía Aristóteles, haciendo olvidar el sentido original, pertinente aquí, de *acusación*). La cuestión de las reglas (¿es ésta la palabra?), de los principios o de los esquemas que rigen esas atribuciones se encuentra planteada de manera objetiva por el hecho de que allí donde se hubiera podido esperar no registrar otra cosa que las asociaciones aleatorias de la imaginación, se observan unas *regularidades estadísticas* que no se pueden explicar si no es suponiendo que, lejos de proceder al azar de las asociaciones individuales, las personas interrogadas están guiadas, en las relaciones que efectúan, por unos principios de visión y de división comunes.

Debido al hecho de que esos principios funcionan en forma práctica y de que, existen sin llegar a ser explícitos, no están controlados ni en su forma interna ni en sus condiciones de aplicación, ya que no todos los agentes utilizan el mismo esquema para pensar el mismo objeto; sin embargo, como lo atestigua el hecho de que las significaciones de cada uno de los objetos propuestos, que así se ponen de manifiesto, estén a la vez en número *finito* (y no tan numerosas como los sujetos interrogados, lo que sería el caso si el principio de la atribución hubiera que buscarlo en la historia individual de los sujetos) e inmediatamente inteligible (incluso en ausencia de cualquier codificación expresa), se tiene derecho a suponer que los esquemas que en cada caso pueden aplicar las personas interrogadas, seleccionando así aspectos diferentes del mismo objeto o de la misma persona, constituyen un número finito y son *comunes* para el conjunto de los sujetos, de suerte que las diferentes *lecturas* del mismo objeto son inteligibles para el conjunto de los agentes.

Si la significación "elegida" se pone de manifiesto en cada caso sin equívoco alguno, a pesar de ser multívocos los objetos considerados en estado aislado, esto se debe a que el esquema de percepción objetivamente aplicable que se utiliza en cada caso se impone claramente porque es el único que permite establecer una

Automóviles

	2 CV %	R 5 %	Peugeot 504 %	Rolls Royce %	Porsche %	Simca 1100 %
Giscard d'Estaing	10	9	19	**39**	18	6
Poniatowski	10	12	**28**	20	10	20
Chirac	8	14	23	9	**28**	17
Servan-Schreiber	10	15	12	16	27	21
Mitterrand	12	**30**	15	7	10	**25**
Marchais	**50**	20	3	9	7	11

Muebles

	Armario normando %	Butaca Luis XVI %	Buró Imperio %	Cama con baldaquín %	Canapé Knoll %	Mesa rústica %
Giscard d'Estaing	7	**36**	**33**	12	6	6
Poniatowski	**25**	15	20	17	10	12
Chirac	13	19	19	18	22	9
Servan-Schreiber	12	11	10	**28**	**32**	7
Mitterrand	24	12	11	11	17	24
Marchais	19	7	7	14	13	**42**

Mujeres célebres

	Brigitte Bardot %	Mireille Mathieu %	Jane Birkin %	Michèle Morgan %	Jackie Kennedy %	Reina de Inglaterra %
Giscard d'Estaing	14	7	10	**26**	15	27
Poniatowski	12	15	11	15	14	**32**
Chirac	21	14	15	15	21	15
Servan-Schreiber	**24**	10	19	8	**29**	11
Mitterrand	16	18	21	25	13	7
Marchais	13	36	**24**	11	8	8

Familia

	Hijos %	Suegro %	Hermano %	Yerno %	Padre %	Primo %
Giscard d'Estaing	25	12	15	12	24	11
Poniatowski	6	**26**	12	12	**27**	16
Chirac	**28**	11	**25**	19	11	8
Servan-Schreiber	19	13	19	**24**	10	15
Mitterrand	15	18	17	20	20	10
Marchais	7	20	12	13	8	**40**

Profesiones y oficios

	Abogado %	Conserje %	Jefe de servicio %	Peluquero %	Médico %	Chófer %
Giscard d'Estaing	28	7	20	9	**24**	13
Poniatowski	11	19	14	15	22	19
Chirac	12	11	**31**	17	17	10
Servan-Schreiber	12	13	13	**29**	14	20
Mitterrand	**32**	14	10	16	15	14
Marchais	5	**36**	12	14	8	**24**

Personajes de *comics*

	Astérix %	Mickey %	Pato Donald %	Popeye %	Lucky Luke %	Tintín %
Giscard d'Estaing	**26**	14	10	7	**22**	20
Poniatowski	19	14	14	22	13	18
Chirac	15	**19**	19	14	20	13
Servan-Schreiber	9	18	**22**	14	16	**22**
Mitterrand	17	18	15	20	14	16
Marchais	14	17	20	**23**	15	11

relación inteligible y constante de equivalencia o de exclusión entre los objetos considerados, y por consiguiente una relación inteligible entre los aspectos, así constituidos, mediante los cuales esos objetos, cosas o personas, pueden entrar en esa relación. Así, el esquema fuerte/débil o rígido/flexible (que, sin duda, es casi coextensivo a la oposición, inscrita en lo más profundo del esquema corporal, entre lo masculino y lo femenino) se encuentra, con toda evidencia, en el principio de la oposición entre el roble, majestuoso, poderoso y rígido, y la caña, débil, flexible, frágil y cambiante, así como en el de la oposición entre Giscard (o Poniatowski) y Servan-Schreiber, dos relaciones que, incluso si son producidas sucesivamente, se determinan mutuamente y pueden expresarse bajo la forma de una analogía –el roble es a la caña lo que Giscard (o Poniatowski) es a Servan-Schreiber–; incluso si, en la oposición entre Giscard y Servan-Schreiber, ese esquema se aplica más bien a la fuerza social, al poder, designando al roble como rey de los bosques y a Giscard como jefe del Estado, mientras que en la oposición entre Poniatowski y Servan-Schreiber, se aplica sobre todo a la apariencia física y a las "virtudes" asociadas a la misma, designando así al roble como grande y fuerte, a la manera del árbol de la fábula, y a Poniatowski considerado en su hexis corporal, poderosa y masiva. En otro caso, es el esquema noble/innoble que, aplicado a la *madera* más que al árbol considerado en su valor simbólico o en su configuración visible, proporciona la razón de la oposición entre el roble, material noble del que se hacen los muebles bellos y que constituye el atributo de las viejas residencias, y el abeto, madera de mala calidad, de la que se hacen los féretros ("oler el abeto") y que está fuertemente ligado con Marchais, como el negro[2] y el cuervo, pájaro de mal agüero. Quiere decirse que la aplicación de esquemas secundarios, que lo hacen entrar en otras oposiciones, en otras analogías, conducirá a atribuir al roble (igual que a los demás objetos) toda una serie de propiedades más o menos de acuerdo con las propiedades fundamentales: raíces gálicas de los robles druídicos (se piensa en Astérix, asociado también a Giscard) con relación a la palmera, árbol exótico; noble e imponente solidez con respecto al álamo; simple precedencia, por último, con relación al plátano de paseo, árbol elevado, de porte majestuoso, pero que, sin duda porque se le asocia con lugares públicos, tales como plazas y carreteras, es más corriente.

Debido al hecho de que la misma lógica del juego y de los objetos propuestos orientaba la búsqueda de asociaciones por el lado de la política, los encuestados sólo han evocado analogías de apariencia física (identificando, por ejemplo, a Chirac con un álamo, árbol alto y esbelto) cuando no tenían ningún otro medio de escapar a una elección aleatoria; lo mismo ocurre con las asociaciones puramente verbales, como cuando la ruleta evoca a Marchais con la mediación, sin duda, de la ruleta rusa; o con la búsqueda de la coherencia, tan importante para los psicólogos sociales; cuando ninguna otra relación directa se impone por sí sola es cuando

[2] Los símbolos más fundamentales, como son los colores, están a todas luces muy fuertemente sobredeterminados. Es así cómo el negro, cuando se le asocia con Marchais, es antes que nada el color funesto, siniestro y sin duda con mayor precisión, en la representación dominante, el símbolo de la visión pesimista del mundo (las negras ideas del que ve la vida en negro), y esto aunque, por medio de la bandera negra –que, para algunos encuestados, ha podido ocupar el lugar de la bandera roja, ausente de la lista–, pueda recibir un valor positivo, como símbolo de la subversión radical. Pero el negro es también la pobreza (el pan negro, comer su pan negro), la suciedad (asociada en particular a algunos oficios, como el de minero), la ignorancia *(être dans le noir),* la bebida *(être noir)*, etcétera.

se establece una referencia con las elecciones ya efectuadas en otra serie de opciones (por ejemplo, blanco = Giscard, luego Giscard = muguete) o dentro de la misma serie, al estar algunas de las "opciones" definidas así de manera totalmente negativa, por eliminación. En cada serie, las primeras elecciones, las únicas que están realmente determinadas (así, respecto a los colores, la oposición entre el blanco y el negro), limitan todas las demás; la elección, por ejemplo, de asociar a Giscard con el Rolls Royce o con el roble determina la segunda elección, que es a menudo una *elección del segundo* (es decir, según el caso, Poniatowski o Chirac, destinados por posición al Peugeot 504 o al plátano). Todo parece indicar que la capacidad de utilizar el conjunto de las posibilidades ofrecidas aumenta con la competencia estatutaria, que permite producir mayor número de diferencias, esto es, con el nivel de instrucción y con el sexo. Así, por ejemplo, la asociación de Giscard con la hormiga es más frecuente en los hombres, porque la idea de acumulación y ahorro que evoca la hormiga –a través de la oposición con la cigarra y la fábula de La Fontaine– sólo se vincula con Giscard –como sucede con *El Avaro*, que varía según la misma lógica– si se conoce su paso por el ministerio de finanzas; de igual modo, los hombres asocian con mayor frecuencia que las mujeres el ajedrez con Marchais, sin duda por la mediación del lugar que en la URSS conceden a ese juego, mientras que las mujeres, que sólo ven en el mismo, sin duda, un juego "intelectual", lo asocian mucho más fuertemente con Giscard; de la misma manera, se debe sin duda al hecho de que los hombres conozcan mejor la profesión de Mitterrand el que éstos lo asocien mucho más a menudo que las mujeres con la profesión de abogado (es evidente que estas diferencias obedecen también al hecho, que no es independiente del precedente, de que los hombres, más politizados, están más a la izquierda). Las mujeres están más inclinadas, por ello, a dejarse conducir por las analogías con propiedades no políticas de la personalidad, tales como la hexis corporal, especialmente aquéllas que publica con complacencia la prensa femenina (e. g., en Poniatowski, el príncipe primará sobre el ministro del interior).

La base de la coherencia de las elecciones no se encuentra en la intención de coherencia, sino en la constancia en sí mismo de un sistema de esquemas clasificatorios que, aunque funcione de manera estrictamente discontinua, aprehende sus objetos de manera objetivamente consecuente. Así es como, por ejemplo, se ve dibujarse poco a poco, a través de la serie de metáforas, un retrato social sociológicamente coherente de cada una de las "personalidades". Todas las imágenes asociadas con Servan-Schreiber tienen como principio común algo de la idea de ostentación y de llamar la atención evocada por el narciso, flor amarilla, parecida a la *jonquille* o al *coucou* (otros dos tipos de flores amarillas), y el sombrero de paja (también de color amarillo) del viejo de buen ver del *music-hall*, el naranja y el amarillo –particularmente nombrados por la izquierda, sin duda más sensible, sobre todo en la fecha de la encuesta, a las connotaciones del sustantivo ("el amarillo" es el que traiciona a su campo)–; por la cigarra, derrochadora y estridente; por el póker y la ruleta, juegos de *bluff* y de impaciencia arribista (se les adjudican también a Chirac); por Don Juan y Jackie Kennedy, el desafío americano, o Brigitte Bardot, belleza escandalosa; por el Porsche, la cama con baldaquín, el canapé

[3] Para medir el realismo de esta "representación colectiva" bastará con remitirse a la fotografía de la vivienda de Servan-Schreiber, presentada en este libro con anterioridad.

Knoll, obligados elementos del aparato modernista[3]. Sería equivocado creer que unas elecciones tan sistemáticas puedan sólo inspirarse en una intuición de la singular "personalidad" de JJSS.: a lo que en realidad apunta, de manera muy metódica, es al estilo de vida de la "nueva burguesía", que reconocen igual de bien las clases dominantes como las fracciones antiguas de la clase dominante, no exentas de esa ligera sospecha de racismo que deja traslucir la evocación de la palmera, árabe-israelita, y del color amarillo, vinculado también al estigma racista, la estrella amarilla[4]. El juego chino da una idea bastante justa de la lucha de clases cotidiana que se arma con casi-conceptos de la sociología espontánea ("es pretencioso", "vanidoso" etcétera), con frecuencia más próximos a la injuria que al juicio, para "catalogar", "clavar con alfileres" a los adversarios, en pocas palabras, para encerrarlos en una esencia[5].

Debido al hecho de que la lógica práctica a que obedecen los actos de atribución procede golpe a golpe, sucesivamente, y no puede, por consiguiente, salir al encuentro de sus propias incoherencias, y debido también a que, sin salir de los límites de un sistema determinado de esquemas clasificatorios, es posible aprehender el mismo objeto a través de esquemas diferentes, haciéndole entrar, por tanto, en relación con unos objetos diferentes o con el mismo objeto aprehendido bajo diferentes aspectos, todas las significaciones que los actos individuales de atribución aplican a un mismo objeto o a una misma persona están lejos de ser siempre perfectamente coherentes. Así, no resulta fácil de conciliar aquello por lo que Poniatowski, poderoso, masivo y sacrificado, recuerda al buey o a Spanghero (modelo de lo que los cantores del rugby denominan "un delantero de deber") y la fuerza sumisa que simbolizan, o aquello por lo que, ministro del interior, evoca el caso, símbolo de la violencia represiva, con todas las propiedades mediante las cuales hace pensar en el Rolls-Royce o en la reina de Inglaterra[6]. Dado que las relaciones observadas son producto de la aplicación de esquemas que, al funcionar en estado práctico, dejan en la indeterminación los rasgos distintivos que perciben y los términos mediadores, nunca llevados al nivel del concepto, sobre los que reposan las atribuciones analógicas, cada una de las cosas o personas puestas en juego se encuentra afectada por un conjunto más o menos reducido (pero siempre muy restringido) y más o menos coherente de significaciones desigualmente probables. Si se dejan de lado las pocas relaciones codificadas (o casi codificadas), como la que se establece entre la amapola y Marchais con la mediación del rojo, símbolo

[4] Servan-Schreiber es elegido a menudo como *yerno* por los poseedores de los ingresos más altos: quizás esto se deba a la aplicación del viejo esquema –piénsese en *Le Gendre de Monsieur Pairier*– del burgués ambicioso y del noble arruinado.

[5] Es esto sin duda lo que explica que el juego chino, como lo han hecho notar los encuestadores, haya sido tan bien acogido y tan bien entendido (de lo que da prueba el porcentaje excepcionalmente bajo de "no contestan"), y que la visión del mundo social y de la política que ha puesto de manifiesto sea, en definitiva, mucho más real que la que producen las interrogaciones falsamente cultas de la "politología".

[6] Puede entenderse quizá mejor, a propósito de un sistema de esquemas de los que se posee el dominio indígena, lo que constituye la especificidad de la lógica práctica, analizada en otro lugar en el caso del ritual (véase P. Bourdieu, *Le sens pratique*, París, Editions de Minuit, 1979): puesto que todo inclina a contenerse con la comprensión inmediata y perezosa que le asegura el dominio práctico de los esquemas de producción e interpretación del simbolismo considerado, el indígena se ve obligado a percibir el análisis que deja ver por completo todo lo que se encuentra implicado en las atribuciones prácticas y tácitas como *sobreinterpretación* ("¡qué es lo que buscan!").

Colores

	Blanco	Azul	Amarillo	Negro	Naranja	Verde
	%	%	%	%	%	%
Electores de Miterrand						
Giscard d'Estaing	**36,4**	20,6	9,3	15,0	8,4	10,3
Poniatowski	15,0	9,3	15,9	**39,3**	12,1	7,5
Chirac	12,1	**22,4**	18,7	14,0	16,8	12,1
Servan-Schreiber	15,9	10,3	**30,8**	7,5	17,8	17,8
Mitterrand	11,2	21,5	13,1	1,9	17,8	**33,6**
Marchais	8,4	15,0	11,2	21,5	**26,2**	16,8
Electores de Giscard						
Giscard d'Estaing	**35,3**	**36,7**	7,2	3,6	4,3	12,9
Poniatowski	18,0	18,0	**23,0**	8,6	18,0	14,4
Chirac	24,5	28,1	12,2	2,9	8,6	23,7
Servan-Schreiber	7,2	7,9	22,3	10,8	**31,7**	20,1
Mitterrand	10,8	7,9	22,3	13,7	27,3	18,0
Marchais	4,3	1,4	12,9	**60,4**	10,1	10,8

Animales

	Buey	Cigarra	Cuervo	Hormiga	Zorro	Tortuga
	%	%	%	%	%	%
Electores de Miterrand						
Giscard d'Estaing	8,4	19,6	10,3	16,8	**29,9**	14,0
Poniatowski	**42,0**	6,5	25,2	8,4	7,5	11,2
Chirac	11,2	16,8	**28,0**	14,0	12,1	16,8
Servan-Schreiber	7,5	**24,3**	7,5	15,0	14,0	**31,8**
Mitterrand	10,3	21,5	9,3	**24,3**	22,4	12,1
Marchais	21,5	10,3	18,7	20,6	14,0	14,0
Electores de Giscard						
Giscard d'Estaing	12,9	14,4	6,5	**38,8**	**18,7**	9,4
Poniatowski	**42,4**	9,4	9,4	12,2	15,8	10,8
Chirac	20,1	15,8	7,9	26,6	18,0	11,5
Servan-Schreiber	4,3	**30,2**	10,8	7,9	11,5	**34,5**
Mitterrand	7,2	22,3	20,1	9,4	18,0	23,0
Marchais	12,9	7,9	**45,3**	5,0	18,0	10,8

Arboles

	Roble	Palmera	Alamo	Plátano	Caña	Abeto
	%	%	%	%	%	%
Electores de Miterrand						
Giscard d'Estaing	19,6	18,7	20,6	11,2	19,6	9,3
Poniatowski	15,0	20,6	9,3	**28,0**	8,4	**17,8**
Chirac	5,6	18,7	**23,4**	18,7	15,0	17,8
Servan-Schreiber	5,6	**23,4**	19,6	7,5	**35,5**	7,5
Mitterrand	**32,7**	11,2	12,1	9,3	14,0	19,6
Marchais	20,6	6,5	14,0	24,3	6,5	**27,1**
Electores de Giscard						
Giscard d'Estaing	**43,2**	10,8	15,1	5,0	18,0	8,6
Poniatowski	28,1	18,7	15,8	18,7	4,3	14,4
Chirac	15,8	15,8	20,1	**23,0**	7,2	17,3
Servan-Schreiber	2,9	17,3	**21,6**	20,1	21,6	17,3
Mitterrand	4,3	**21,6**	14,4	19,4	23,7	16,5
Marchais	5,8	15,8	12,9	13,7	**25,2**	**25,9**

Mujeres célebres

	Brigitte Bardot %	Jane Birkin %	Jackie Kennedy %	Mireille Matthieu %	Michèle Morgan %	Reina de Inglaterra %
Electores de Miterrand						
Giscard d'Estaing	12,1	15,0	18,7	12,1	14,0	27,1
Poniatowski	11,2	13,1	15,0	11,2	6,5	**42,1**
Chirac	19,6	11,2	19,6	16,8	16,8	15,0
Servan-Schreiber	**28,0**	**22,4**	**28,0**	6,5	8,4	5,6
Mitterrand	15,0	16,8	10,3	13,1	**40,2**	3,7
Marchais	13,1	20,6	7,5	**39,3**	13,1	5,6
Electores de Giscard						
Giscard d'Estaing	14,4	5,8	10,8	4,3	37,4	26,6
Poniatowski	13,7	7,9	15,8	15,1	18,7	**28,1**
Chirac	21,6	19,4	18,0	10,8	15,1	15,1
Servan-Schreiber	23,0	16,5	33,8	7,9	4,3	14,4
Mitterrand	15,8	22,3	14,4	20,9	18,0	7,9
Marchais	11,5	**28,1**	7,2	**40,3**	5,8	7,2

Familia

	Hijo %	Hermano %	Padre %	Suegro %	Yerno %	Primo %
Electores de Miterrand						
Giscard d'Estaing	17,8	10,3	20,6	14,0	18,7	16,8
Poniatowski	4,7	5,6	15,0	**30,8**	16,8	25,2
Chirac	17,8	20,6	9,3	13,1	**26,2**	11,2
Servan-Schreiber	**24,3**	**25,2**	6,5	8,4	15,9	16,8
Mitterrand	**24,3**	20,6	**29,0**	12,1	12,1	1,9
Marchais	9,3	16,8	18,7	19,6	9,3	**26,2**
Electores de Giscard						
Giscard d'Estaing	**33,8**	18,0	29,5	7,9	6,5	4,3
Poniatowski	6,5	16,5	**37,4**	**25,9**	8,6	5,0
Chirac	33,1	**30,2**	10,8	6,5	15,1	4,3
Servan-Schreiber	17,3	15,8	7,9	16,5	**29,5**	12,9
Mitterrand	5,8	13,7	13,7	23,7	27,3	15,1
Marchais	3,6	5,8	0,7	19,4	12,9	**58,3**

Juegos

	Bridge %	Dominó %	Ajedrez %	Monopoly %	Póker %	Ruleta %
Electores de Miterrand						
Giscard d'Estaing	**32,7**	6,5	18,7	15,9	16,8	8,4
Poniatowski	15,9	17,8	13,1	17,8	18,7	15,9
Chirac	9,3	15,0	13,1	**19,6**	**24,3**	17,8
Servan-Schreiber	9,3	15,9	16,8	14,0	15,0	28,0
Mitterrand	25,2	17,8	15,9	16,8	12,1	12,1
Marchais	7,5	**26,2**	**22,4**	15,0	12,1	16,8
Electores de Giscard						
Giscard d'Estaing	**41,7**	5,8	**28,1**	15,8	5,0	2,9
Poniatowski	17,3	**26,6**	15,1	16,5	11,5	13,7
Chirac	20,1	17,3	9,4	**26,6**	16,5	10,1
Servan-Schreiber	8,6	17,3	12,2	13,7	23,7	24,5
Mitterrand	7,2	12,9	15,8	12,9	**24,5**	**26,6**
Marchais	5,0	20,1	19,4	14,4	18,7	22,3

Sombreros

	Boina	Sombrero de paja	Casco	Gorra	Sombrero de fieltro	Chistera
Electores de Miterrand	%	%	%	%	%	%
Giscard d'Estaing	8,4	13,1	8,4	7,5	9,3	**52,3**
Poniatowski	4,7	11,2	**44,2**	5,6	12,1	13,1
Chirac	14,0	15,0	12,1	7,5	**33,6**	15,0
Servan-Schreiber	12,1	37,4	6,5	9,3	25,2	8,4
Mitterrand	**41,1**	19,6	4,7	16,8	10,3	7,5
Marchais	18,7	3,7	13,1	**53,3**	8,4	2,8
Electores de Giscard						
Giscard d'Estaing	11,5	16,5	7,2	12,9	7,9	**43,9**
Poniatowski	12,2	15,8	**31,7**	5,0	15,1	20,1
Chirac	10,1	23,7	23,0	8,6	20,1	14,4
Servan-Schreiber	12,2	24,5	12,9	11,5	**23,7**	15,1
Mitterrand	**41,0**	**44,4**	6,5	15,8	18,0	4,3
Marchais	12,9	5,0	18,7	**46,0**	15,1	2,2

Automóviles

	2 CV	Peugeot 504	Porsche	R 5	Rolls-Royce	Simca 1100
Electores de Miterrand	%	%	%	%	%	%
Giscard d'Estaing	7,5	11,2	25,2	7,5	**43,9**	4,7
Poniatowski	9,3	23,4	6,5	18,7	17,8	22,4
Chirac	11,2	**24,3**	18,7	14,0	12,1	18,7
Servan-Schreiber	6,5	15,9	**34,6**	11,2	13,1	17,8
Mitterrand	10,3	22,4	6,5	**26,2**	7,5	**27,1**
Marchais	**54,2**	32,8	7,5	22,4	4,7	8,4
Electores de Giscard						
Giscard d'Estaing	12,2	23,7	15,8	9,4	**33,8**	5,8
Poniatowski	8,6	**32,4**	12,8	8,6	22,3	15,8
Chirac	4,3	25,9	**30,2**	15,1	6,5	18,0
Servan-Schreiber	9,4	6,5	23,7	15,1	20,1	**24,5**
Mitterrand	12,2	10,1	12,2	**34,5**	6,5	**24,5**
Marchais	**53,2**	1,4	5,0	17,3	10,8	11,5

Muebles

	Armario normando	Butaca Luis XVI	Buró Imperio	Cama con baldaquín	Canapé Knoll	Mesa rústica
Electores de Miterrand	%	%	%	%	%	%
Giscard d'Estaing	1,9	**37,4**	**30,8**	18,7	3,7	5,6
Poniatowski	24,3	17,8	18,7	15,0	8,4	15,0
Chirac	12,1	21,5	18,7	20,6	19,6	6,5
Servan-Schreiber	8,4	8,4	11,2	**29,0**	**34,6**	7,5
Mitterrand	25,2	9,3	15,0	4,7	16,8	28,0
Marchais	20,8	4,7	4,7	11,2	15,9	**36,4**
Electores de Giscard						
Giscard d'Estaing	7,2	**37,4**	**37,4**	7,9	4,3	5,8
Poniatowski	**27,3**	15,8	19,4	15,8	13,7	7,9
Chirac	15,1	18,0	21,6	18,7	18,7	7,9
Servan-Schreiber	12,9	12,9	6,5	**27,3**	**33,8**	6,5
Mitterrand	24,5	11,5	8,6	13,7	19,4	22,3
Marchais	12,9	4,3	6,5	16,5	10,1	**49,6**

Profesiones

	Abogado %	Jefe de servicio %	Médico %	Conserje %	Peluquero %	Chófer %
Electores de Miterrand						
Giscard d'Estaing	18,7	**21,5**	15,9	9,3	13,1	20,6
Poniatowski	0,9	11,2	9,3	**31,8**	16,8	**26,2**
Chirac	9,3	20,6	12,1	19,6	21,5	15,0
Servan-Schreiber	14,0	12,1	19,6	11,2	**29,9**	13,1
Mitterrand	**45,8**	13,1	**26,2**	3,7	9,3	0,9
Marchais	10,3	19,6	15,0	22,4	8,4	22,4
Electores de Giscard						
Giscard d'Estaing	**36,7**	20,1	32,4	1,4	6,5	2,9
Poniatowski	19,4	17,3	**35,3**	7,9	12,2	7,9
Chirac	14,4	**43,2**	19,4	5,8	8,6	7,9
Servan-Schreiber	8,6	9,4	5,0	16,5	**33,1**	28,1
Mitterrand	20,1	6,5	6,5	20,9	25,2	21,6
Marchais	0,7	3,6	1,4	**47,5**	**14,4**	**31,7**

Flores

	Crisantemo %	Amapola %	Lila %	Muguete %	Narciso %	Clavel %
Electores de Miterrand						
Giscard d'Estaing	21,5	10,3	13,1	13,1	20,6	**20,6**
Poniatowski	**38,3**	7,5	6,5	15,0	14,0	18,7
Chirac	15,9	10,3	18,7	21,5	19,6	12,1
Servan-Schreiber	2,8	9,3	**30,8**	12,1	**27,1**	16,8
Mitterrand	3,7	23,4	19,6	**25,2**	8,4	13,7
Marchais	16,8	**38,3**	10,3	12,1	9,3	12,1
Electores de Giscard						
Giscard d'Estaing	5,8	14,4	21,6	**33,1**	7,2	18,0
Poniatowski	13,7	8,6	19,4	19,4	17,3	**22,3**
Chirac	7,2	7,2	**28,1**	23,7	12,2	20,9
Servan-Schreiber	12,9	15,1	17,3	12,2	26,6	16,5
Mitterrand	24,5	18,0	8,6	5,8	**27,3**	15,1
Marchais	**36,0**	**36,7**	**5,0**	**5,8**	**9,4**	**7,2**

Personajes de *comics*

	Astérix %	Pato Donald %	Lucky Luke %	Mickey %	Popeye %	Tintín %
Electores de Miterrand						
Giscard d'Estaing	14,0	12,1	**23,4**	**23,4**	6,5	17,8
Poniatowski	15,9	18,7	10,3	10,3	**24,3**	18,7
Chirac	12,1	**22,4**	15,0	19,6	15,0	14,0
Servan-Schreiber	11,2	17,8	15,0	21,5	12,1	**21,5**
Mitterrand	**26,2**	14,0	18,7	12,1	15,9	12,1
Marchais	18,7	13,1	15,9	12,1	**24,3**	15,0
Electores de Giscard						
Giscard d'Estaing	**34,5**	8,6	23,7	7,9	6,5	19,4
Poniatowski	25,9	9,4	13,7	13,7	20,9	16,5
Chirac	17,3	12,9	20,9	23,0	11,5	13,7
Servan-Schreiber	5,8	**25,2**	15,8	12,9	13,7	**27,3**
Mitterrand	7,2	17,3	12,9	**23,7**	**25,9**	**12,9**
Marchais	**9,4**	**26,6**	**12,9**	**18,7**	**21,6**	**10,1**

reconocido de los partidos revolucionarios y que, incluso en este caso, sólo se impone condicionalmente (puesto que algunos de los encuestados, y sin duda los más contrarios al partido comunista, pueden elegir el crisantemo, flor mortuoria), la concentración alrededor de una significación dominante es tanto más fuerte cuanto que los diferentes agentes están más totalmente de acuerdo con el esquema que utilizan para construir los objetos y las relaciones que los unen.

Así, la encuesta que registra actos de donación de sentido producidos por la utilización de esquemas más o menos completamente superponibles y el análisis estadístico que los agrega, reproducen, por una especie de simulación experimental, el proceso de producción de *representaciones colectivas* tales como la reputación de una persona o la imagen social de una cosa. Estas representaciones pueden ser producto de la aplicación de un mismo esquema de percepción o de un sistema de clasificación común, sin dejar por ello de ser objeto de usos sociales antagónicos. Si toda percepción implica una apreciación, la coincidencia de los esquemas de percepción no implica la coincidencia de los esquemas de apreciación; cuando unos agentes que ocupan unas posiciones diferentes, incluso opuestas, en el espacio social (o en el espacio político), utilizan los mismos esquemas clasificatorios, se contraponen casi siempre en el valor que conceden a los signos así producidos. De este modo, por ejemplo, derecha e izquierda, ricos y pobres recurren igualmente a la oposición entre el blanco (o el azul: ¿sangre azul?) y el negro (sin duda a falta del rojo, ausente de la lista) para expresar la oposición entre Giscard o Poniatowski y Marchais; pero esta oposición recibe unos valores diametralmente opuestos según que sea utilizada por los partidarios de Mitterrand o por los de Giscard, asociando los primeros el negro con Poniatowski (y su casco) y secundariamente con Marchais, y los segundos haciéndolo en primer lugar con Marchais. Es la misma lógica que lleva a la izquierda a asociar el cuervo o el crisantemo con Poniatowski (y secundariamente con Chirac y Giscard), mientras que la derecha los relaciona con Marchais y secundariamente con Mitterrand; o que inclina a los partidarios de Giscard a evocar con relación a éste el roble, "rey de los bosques", Astérix, "héroe muy francés", el Cid, símbolo de audacia y honor, o Michèle Morgan, "ideal femenino", mientras que los electores de izquierda relacionan a Mitterrand con los mismos objetos; o que hace que la derecha asocie el zorro, símbolo de la inteligencia pérfida, con Marchais y Mitterrand (emparejados también con Tartufo), mientras que la izquierda lo nombra a propósito de Giscard; o también que, de acuerdo para encontrar en la oposición entre filiación y alianza una manera de expresar la proximidad y la distancia social o políticas, los partidarios de Giscard clasifiquen a éste o a Chirac entre el hijo, el hermano o el padre, enviando a Marchais o Miterrand del lado del primo, del yerno o del suegro, mientras que, a la inversa, los partidarios de Mitterrand colocan a Poniatowski, a Chirac (y secundariamente a Marchais) entre los parientes que más se desea mantener alejados y a Miterrand del lado de los parientes próximos. Esto significa que basta con estudiar los símbolos o las palabras comunes en sus usos prácticos para descubrir la necesidad de inscribir en su definición completa la cualidad plurívoca esencial que deben a esos empleos antagónicos. Las situaciones de lucha política, de las que este "juego de sociedad" representa una imagen aproximada, recuerdan –contra los que creen en las lenguas de clase– que las palabras o los signos pueden ser comunes, sin ser nunca –contra la ilusión del *consensus*– perfectamente neutros, puesto que llevan en sí mismos la potencialidad de los usos antagónicos a los que se prestan.

Cuando se trata de clasificar unos objetos socialmente *enclasados* y *enclasantes*, es decir, desigualmente *distribuidos* entre las clases sociales y, en consecuencia, desigualmente *atribuidos* a las clases sociales en las apuestas en relación implícitas o explícitas, se observa el mismo acuerdo sobre la significación asociado al mismo desacuerdo sobre el valor de las cosas clasificadas. Así es cómo, sea cual sea su posición en la estructura de las relaciones de clase (aprehendida a través de los ingresos)[7] y su relación con esta posición (indicada por su preferencia por Giscard o Mitterrand), los encuestados están de acuerdo en ver el bridge como un juego burgués (asociándolo a Giscard y secundariamente a Poniatowski y Chirac), dejando el dominó (a falta de la *belote*, no prevista en las listas propuestas) a Marchais, es decir, al pueblo, al que él representa. Y ponen de manifiesto el mismo conocimiento práctico de la relación que une los bienes y las prácticas con las clases sociales cuando atribuyen el esquí (a través de Killy) a Giscard y el boxeo o el rugby a Marchais; la chistera a Giscard (y en segundo lugar a Poniatowski), la gorra, emblema del populacho urbano, a Marchais, y la boina, símbolo de lo popular temperado, campesino y provinciano, a Mitterrand; el Rolls-Royce a Giscard (y secundariamente a Poniatowski), el Peugeot 504 a los "lugartenientes" Poniatowski y Chirac, el Simca 1000 ó el Renault 5 a Mitterrand, el 2 CV a Marchais y, de paso, el Porsche a Servan-Schreiber, acreditado siempre con los símbolos del modernismo un poco ostentoso[8]; la butaca Luis XVI y el buró Imperio a Giscard y Poniatowski, la mesa rústica a Marchais y Mitterrand y el armario normando a Mitterrand y Marchais (y también a Poniatowski, el de las nobles raíces), y, por último, a Servan-Schreiber los obligados atributos de la nueva burguesía, el canapé Knoll y la cama con baldaquín; la reina de Inglaterra, Rolls-Royce de la feminidad, a Poniatowski y a Giscard, viniendo por primera vez al primer puesto el príncipe; Mireille Mathieu, doblemente "pueblo", por su hexis y por su repertorio, a Marchais y en segundo lugar a Mitterrand; Jackie Kennedy, y secundariamente Brigitte Bardot, a Servan-Schreiber. Guiados por el sentido de las realidades sociales, que permite apreciar las conveniencias y las inconveniencias, las compatibilidades y las incompatibilidades de la lógica social, los encuestados acomodan a unas

---

[7] Además de las tablas publicadas en *Sondages*, se han podido analizar las distribuciones por sexo, por intervalos de edad y por intervalos de ingresos, pero no se ha podido disponer de las distribuciones por categoría socioprofesional.

[8] Se ve que, cuando la serie propuesta lo permite, lo que es el caso aquí, al ofrecer una serie graduada de símbolos pertinentes, los encuestados establecen unas relaciones significativas entre todos los elementos de las dos series, en lugar de tener en consideración sólo dos o tres, como en la mayor parte de las otras series, en las que una parte más o menos importante de los elementos sólo se define negativamente, por eliminación (es el caso, por ejemplo, de las lilas y el clavel en la serie de las flores, y de Chirac o, en menor grado, de Poniatowski, en la mayor parte de las series). Se tiene aquí un ejemplo del efecto que inevitablemente produce la oferta de una *serie finita de productos*, excluyendo unas posibilidades consciente o inconscientemente esperadas o deseadas (por ejemplo, la *belote* en la serie de los juegos o el rojo en la de los colores) y proponiendo unas posibilidades abstractas e irreales, capaces de atraer una parte de las elecciones. Otro ejemplo del mismo efecto, la atribución a Giscard, *a falta de algo mejor*, de la hormiga que, laboriosa, modesta, ahorrativa, obstinada, y sobre todo pequeña y *numerosa*, evocaría mejor sin duda, en un espacio distinto de posibles, las virtudes ascéticas de los pequeño-burgueses por oposición a la ostentativa imprevisión de los aristócratas o de los burgueses (y es también al efecto de oferta finita al que hay que imputar el hecho de que, de las dos posiciones semicultas, cigarra y hormiga, cuervo y zorra, sólo la primera funcionó en la lógica original de la fábula de La Fontaine, mientras que en la segunda, a causa también de la carga simbólica del cuervo, los dos elementos funcionaron por separado).

Arboles

	Roble %	Palmera %	Alamo %	Plátano %	Caña %	Abeto %
Ingresos < 2.499 F						
Giscard d'Estaing	**33,3**	18,2	10,6	9,1	22,7	6,7
Poniatowski	21,2	**22,7**	10,6	19,7	7,6	18,2
Chirac	10,6	21,2	21,2	18,2	15,2	13,6
Servan-Schreiber	4,5	9,1	21,2	**22,7**	**27,3**	15,2
Mitterrand	18,2	9,1	**25,8**	13,6	10,6	22,7
Marchais	12,1	19,7	10,6	16,7	16,7	**24,2**
2.500 a 6.499 F						
Giscard d'Estaing	**30,6**	12,4	20,2	6,7	18,1	11,9
Poniatowski	19,2	16,6	13,5	**23,8**	8,3	18,1
Chirac	10,9	18,7	**20,7**	20,7	12,4	15,5
Servan-Schreiber	5,7	**24,9**	18,7	13,0	**23,8**	14,0
Mitterrand	17,6	18,7	11,4	16,1	20,2	15,5
Marchais	15,5	8,3	15,0	19,2	16,6	**24,4**
6.500 F y más						
Giscard d'Estaing	27,8	14,8	**27,8**	13,0	11,1	5,6
Poniatowski	**35,2**	18,5	11,1	18,5	1,9	14,8
Chirac	9,3	13,0	22,2	**24,1**	9,3	22,2
Servan-Schreiber	3,7	**24,1**	13,0	13,0	**33,3**	13,0
Mitterrand	9,3	14,8	11,1	16,7	31,5	16,7
Marchais	14,8	14,8	14,8	14,8	13,0	**27,8**

Juegos

	Bridge %	Dominó %	Ajedrez %	Monopol %	Póker %	Ruleta %
Ingresos < 2.499 F						
Giscard d'Estaing	**33,3**	7,6	19,7	21,2	13,6	4,5
Poniatowski	19,7	**25,8**	10,6	7,6	16,7	19,7
Chirac	12,1	21,2	13,6	**27,3**	10,6	15,2
Servan-Schreiber	9,1	10,6	19,7	9,1	19,7	**31,8**
Mitterrand	13,6	9,1	13,6	24,2	**24,2**	15,2
Marchais	12,1	**25,8**	**22,7**	10,6	15,2	13,6
2.500 a 6.499 F						
Giscard d'Estaing	**38,3**	6,7	20,7	13,0	13,0	7,3
Poniatowski	14,5	**22,3**	13,5	18,7	14,0	17,1
Chirac	14,5	19,7	11,9	**20,2**	**22,3**	10,4
Servan-Schreiber	11,4	15,5	13,0	15,5	20,7	**23,3**
Mitterrand	14,5	14,5	19,7	16,6	16,1	19,2
Marchais	6,7	20,7	**21,2**	15,5	13,5	22,3
6.500 F y más						
Giscard d'Estaing	**44,4**	1,9	**35,2**	14,8	3,7	
Poniatowski	13,0	18,5	18,5	18,5	14,8	16,7
Chirac	18,5	7,4	7,4	**29,6**	16,7	20,4
Servan-Schreiber	5,6	**25,9**	9,3	18,5	14,8	**25,9**
Mitterrand	16,7	22,2	11,1	11,1	20,4	18,5
Marchais	1,9	24,1	**28,5**	7,4	**29,6**	18,5

Sombreros

	Boina vasca %	Sombrero de paja %	Casco %	Gorra %	Sombrero de fieltro %	Chistera %
Ingresos < 2.499 F						
Giscard d'Estaing	10,6	9,1	12,1	15,2	15,2	**37,9**
Poniatowski	6,1	13,6	**33,3**	7,6	13,6	25,8
Chirac	15,2	**27,3**	15,2	12,4	16,7	13,6
Servan-Schreiber	13,6	22,7	16,7	15,2	16,7	15,2
Mitterrand	**34,8**	19,7	4,5	15,2	**22,7**	3,0
Marchais	19,7	7,6	18,2	**34,8**	15,2	4,5
2.500 a 6.499 F						
Giscard d'Estaing	10,4	15,5	7,8	10,9	7,8	**47,2**
Poniatowski	8,8	16,1	**42,5**	4,7	13,5	15,0
Chirac	12,4	18,7	14,5	8,8	**30,1**	14,0
Servan-Schreiber	11,9	**29,0**	10,4	11,4	22,3	14,5
Mitterrand	**39,9**	16,1	7,8	17,1	13,5	5,7
Marchais	16,1	4,7	16,6	**47,2**	12,4	3,1
6.500 F y más						
Giscard d'Estaing	11,1	16,7	3,7	3,7	13,0	**51,9**
Poniatowski	9,3	11,1	**42,6**	3,7	14,8	18,5
Chirac	13,0	24,1	27,8	9,3	14,8	11,1
Servan-Schreiber	13,0	**38,9**	5,6	5,6	**31,5**	5,6
Mitterrand	**46,3**	5,6	7,4	13,0	18,5	9,3
Marchais	7,4	3,7	13,0	**64,8**	7,4	3,7

Muebles

	Armario normando %	Buró Imperio %	Canapé Knoll %	Butaca Luis XVI %	Cama con baldaquín %	Mesa rústica %
Ingresos < 2.499 F						
Giscard d'Estaing	10,6	**31,8**	4,5	**33,3**	6,1	13,6
Poniatowski	16,7	16,7	10,6	15,2	**24,2**	16,7
Chirac	15,2	15,2	21,2	21,2	15,2	12,1
Servan-Schreiber	15,2	9,1	**33,3**	10,6	**24,2**	7,6
Mitterrand	**28,8**	16,7	19,7	10,6	6,1	18,2
Marchais	13,6	10,6	10,6	9,1	**24,2**	**31,8**
2.500 a 6.499 F						
Giscard d'Estaing	5,7	**32,6**	6,7	**34,7**	15,0	4,7
Poniatowski	**27,5**	19,7	11,9	17,1	12,4	10,9
Chirac	12,4	17,6	21,8	16,1	22,8	8,3
Servan-Schreiber	11,4	11,4	**30,6**	11,9	**28,0**	6,2
Mitterrand	22,3	11,9	15,5	13,0	12,4	24,4
Marchais	20,7	6,2	13,0	6,7	8,8	**45,1**
6.500 F y más						
Giscard d'Estaing	9,3	**38,9**	3,7	**35,2**	13,0	
Poniatowski	**29,6**	21,2	3,7	14,8	22,2	7,4
Chirac	13,0	24,1	24,1	22,2	9,3	7,4
Servan-Schreiber	7,4	9,3	**37,0**	9,3	**29,6**	7,4
Mitterrand	22,2	3,7	16,7	14,8	14,8	27,8
Marchais	18,5	1,9	14,8	3,7	11,1	**50,0**

personas con unos objetos, o a unas personas entre sí, conforme a su puesto en las distribuciones, realizando así unas uniones inmediatamente percibidas como bien conjuntadas por todos los que poseen el mismo conocimiento práctico de las distribuciones.

En realidad, las divergencias políticas recaen sobre el *reconocimiento*, no sobre el conocimiento (práctico) de las estructuras objetivas. Los mejor situados en las distribuciones (esto es, los que tienen ingresos más altos) son también los más inclinados a *reconocerlas* como bien fundadas, otorgando a los dominantes, en la persona de Giscard, los atributos que tienen todas las probabilidades de poseer, es decir, los más raros y más valorados, bridge y chistera, Rolls-Royce y Peugeot 504, esquí (Killy) y butaca Luis XVI, y asignando a los dominados, a través de Marchais, los más comunes y menos rebuscados, como la gorra o el 2 CV, la mesa rústica o Mireille Mathieu. Por el contrario, la proporción de los que, invirtiendo la jerarquía de las atribuciones, adjudican a Giscard, Chirac o Poniatowski los atributos más típicamente populares, y por tanto los más desacralizantes, como la gorra, el 2 CV o el dominó, o que, a la inversa, adjudican a Marchais las prácticas más típicamente burguesas, como el bridge y el Rolls-Royce, aumenta mucho cuando se desciende en las jerarquías reales. Tal es el dilema ante el cual están situados los dominados, y que se volvería a encontrar, quizás en un grado de intensidad superior, en presencia de parejas de adjetivos tales como bajo y alto, torpe y hábil, laborioso y fácil, pesado y ligero, grueso y fino, grosero y educado, común y distinguido, instrumentos ordinarios del juicio de clase: o bien poner de manifiesto su reconocimiento de la jerarquía establecida, concediendo los atributos de los dominantes, y en particular las posiciones dominantes, a los portavoces de los dominantes (y se les atribuyen, incluso cuando se declaran partidarios del cambio, con mucha mayor frecuencia que los partidarios declarados de la conservación del orden establecido se los otorgan a los portavoces del cambio), y manifestar cuán difícil es disociar el reconocimiento del orden establecido del reconocimiento de las jerarquías que el mismo implica (colocando a Giscard entre los "buenos" parientes, padre, hermano, hijo, o identificándolo con un roble –asociación cuya frecuencia aumenta cuando se desciende en la jerarquía social); o bien poner de manifiesto su reconocimiento de los principios de jerarquización en vigor, invirtiendo simplemente la distribución de los portavoces del cambio y de los portavoces de la conservación en función de esos principios. ¿No es preciso reconocer también la imagen devaluada de las profesiones dominadas (como las de peluquero o conserje) para pensar en *rebajar* a los dominantes, imponiéndoselas con intención de revancha simbólica[9]? En todo caso, entre la intención de hacer un chófer o un conserje de Poniatowski o de Chirac, o, no sin vacilaciones, de Giscard, y esa especie de llamada al orden que proponen los partidarios del orden establecido al asignar a Mitterrand o a Marchais –y muy particularmente a este último, con sus "pretenciosos" aires de inmodesto portavoz de las "gentes modestas"–, los lugares que por naturaleza les convienen, la simetría no es más que aparente.

[9] Todo un aspecto de la rebeldía popular, visible en la injuria, el juramento y sobre todo en la fiesta auténticamente popular, abolida en la actualidad en beneficio de las diversiones domesticadas (se piensa aquí en los análisis de Mikhail Bakhtine, *L'œuvre de François Rabelais et la culture populaire au Moyen-Age et sous la Renaissance*, París, Gallimard, 1970), obedece a esta lógica, la de la saturnal, inversión simbólica y *provisional* (*"Non semper Saturnalia erunt"*, decía Séneca) del orden ordinario.

ANEXO I
A LA EDICIÓN EN CASTELLANO

ESQUEMA DEL SISTEMA EDUCATIVO FRANCÉS

El sistema educativo francés comprende cinco niveles:

Pre-elemental, para niños de dos a cinco años.

Elemental, para niños de seis a diez años.

Secundario, primer ciclo, en el cual los niños de once a catore años reciben enseñanzas en los Colegios de enseñanza secundaria (CES).

Secundario, segundo ciclo, para edades comprendidas entre los quince y los dieciocho años. Este nivel se desarrolla en los Liceos (segundo ciclo largo) o en los Colegios de enseñanza técnica (CET) (segundo ciclo corto).

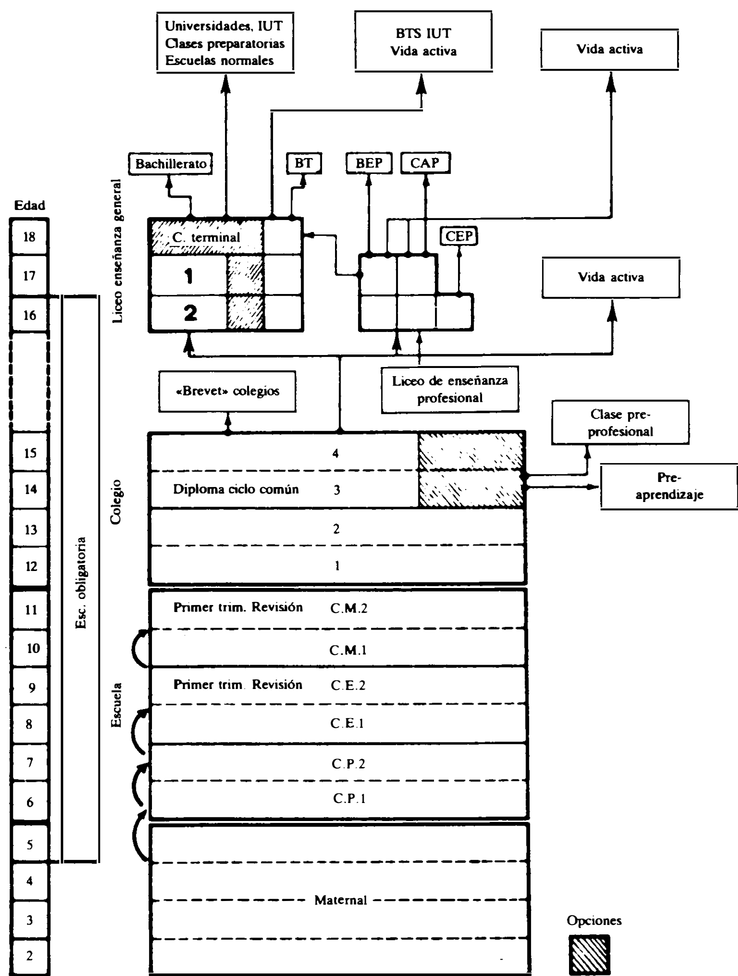
La enseñanza es obligatoria hasta los 16 años.

El segundo ciclo largo da lugar a la obtención del título de bachiller superior y abre el acceso a la enseñanza universitaria, tanto a las Facultades tradicionales como a las denominadas Grandes Escuelas, así como a los Institutos Universitarios de Tecnología (I.U.T.).

El segundo ciclo corto es de enseñanza profesional y no da acceso a la enseñanza universitaria en ninguna de sus variantes.

Su desarrollo e interconexiones pueden verse gráficamente en el cuadro de la página siguiente.

Estructura actual del sistema educativo francés*



Fuente: «La educación en Francia», Ministerio de Educación y Ciencia, Libros de bolsillo de la Revista de Educación, Madrid, 1976.

*Tomado de *Le Monde de l'Education,* núm. 4, marzo de 1975.

ANEXO II
A LA EDICIÓN EN CASTELLANO

GLOSARIO DE LAS SIGLAS EMPLEADAS EN EL ORIGINAL Y MANTENIDAS EN LA TRADUCCIÓN

AEERS = *Association d'études pour l'expansion de la recherche scientifique* (Asociación de estudios para la expansión de la investigación científica)
ANPE = *Agence Nationale pour l'emploi* (Agencia Nacional de empleo)
ARCME = *Analyse, recherche et conseil en marketing et communication* (Análisis, investigación y asesoramiento en *marketing* y comunicación)
BE = *Brevet d'études* (Diploma de estudios)
BEI = *Brevet d'études industrielles* (Diploma de estudios industriales)
BEPC = *Brevet d'études de premier cycle du second degré* (Diploma de estudios de primer ciclo de la enseñanza secundaria)
BP = *Brevet professionel* (Diploma profesional)
BS = *Brevet supèrieur de fin d'études secondaires* (Diploma superior de terminación de estudios secundarios, que ya no existe)
BSN = BSN-Gervais-Danone (Una de las mayores sociedades)
CAP = *Certificat d'aptitude professionnelle* (Certificado de aptitud profesional)
CEG = *Collège d'enseignement général* (Colegio de enseñanza general)
Centre PDM = *Centre Progrès et Démocratie Moderne* (Centro Progreso y Democracia Moderna)
CEP = *Certificat d'études primaires* (Certificado de estudios primarios)
CES = *Collège d'enseignement secondaire* (Colegio de enseñanza secundaria)
CESP = *Centre d'études des supports de publicité* (Centro de estudios de apoyo a la publicidad
CET = *Collège d'enseignement technique* (Colegio de enseñanza técnica)
CETEM = *Centre d'études des techniques économiques modernes* (Centro de estudios de técnicas económicas modernas)
CFDT = *Confédération française démocratique du travail* (Confederación francesa democrática del trabajo)
CGT = *Confédération générale du travail* (Confederación general del trabajo)
CIEDEHL = *Centre d'information et d'études d'economie humaine de L'Orn* (Centro de información y estudios de economía humana de L'Orn)
CNAF = *Caisse nationale de l'assistance familial* (Caja nacional de asistencia familiar)
CNAM = *Conservatoire national des arts et métiers* (Conservatorio nacional de artes y oficios)
CNRS = *Centre national de la recherche scientifique* (Centro nacional de investigación científica)
CPPN = *Classe préprofessionnelle de niveau* (Clase pre-profesional de nivel)
CREDOC = *Centre de recherche pour l'étude et l'observation des conditions de vie* (Centro de investigación para el estudio y la observación de las condiciones de vida)

CREP	=	*Centre de recherches sur l'épargne* (Centro de investigaciones sobre el ahorro)
CSE	=	*Centre de sociologie européenne* (Centro de sociología europea)
CSP	=	*Categorie socio-professionnelle* (Categoría social-profesional)
ENA	=	*École Nationale d'Administration* (Escuela Nacional de Administración)
ENS	=	*École Normale Supérieure* (Escuela Normal Superior)
ESC	=	*École Supérieure de Commerce* (Escuela Superior de Comercio)
ETMAR	=	Organismo de estudios de mercado asociado al IFOP
FO	=	*Force ouvriére* (Fuerza obrera)
G.O.	=	*Gentils organisateurs* (Gentiles organizadores)
HEC	=	*École des Hautes Études Commerciales* (Escuela de Altos Estudios Comerciales)
HLM	=	*Habitations à Loyer Modéré* (Pisos de alquiler moderado)
IFOP	=	*Institut français d'opinion publique* (Instituto francés de la opinión pública)
INED	=	*Institut national d'études démographiques* (Instituto nacional de estudios demográficos)
INSEAD	=	*Institut européen d'administration des affaires* (Instituto europeo de administración de los negocios)
INSEE	=	*Institut national de la statistique et des études économiques* (Instituto nacional de estadística y estudios económicos)
ISA	=	*Institut supérieur des affaires* y también *Institut des sciences de l'action en la X* (Instituto superior de los negocios, y también Instituto de ciencias de la acción en la X; véase l'X)
L'X	=	*L'École polytechnique; un X = un polytechnicien* (La Escuela politécnica; un X = un politécnico)
M.I.T.	=	*Massachussets Institut for Technologye* (Instituto Tecnológico de Massachussets)
NRF	=	*Nouvelle Revue Française*
OQ	=	*Ouvriers qualifiés* (Obreros cualificados)
ORTF	=	*Office de radiodiffusion et de télévision française* (Oficina de la radiodifusión y televisión francesa)
O.S.	=	*Ouvriers spécialisés* (Obreros especializados)
PC	=	*Parti Communiste* (Partido Comunista)
PS	=	*Parti Socialiste* (Partido Socialista)
PSU	=	*Parti Socialiste Unifié* (Partido Socialista Unificado)
PTT	=	*Postes et Télécommunications* (Correos y Telecomunicaciones)
PUF	=	*Presse Universitaire de France* (Prensa Universitaria Francesa)
RI	=	*Républicans indépendants* (Republicanos Independientes)
SBUC	=	Nombre de un club de rugby
SCO	=	Nombre de un club de rugby
SEMA	=	*Société d'économie et de mathématiques appliquées* (Sociedad de economía y matemáticas aplicadas)
SNCF	=	*Société Nationale des Chemins de fer Français* (Sociedad Nacional de los Ferrocarriles Franceses)
SOFRES	=	*Société française d'enquêtes par sondages* (Sociedad francesa de encuestas por sondeos)
TEP	=	*Théâtre de l'Est parisien* (Teatro del Este parisién)
TNP	=	*Théâtre National populaire* (Teatro Nacional popular)
TVA	=	*Taux de valeur ajoutée* (Tasa de valor añadido)
UDR	=	*Union pour la Défense de la République* (Unión para la Defensa de la República)

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

ÍNDICE DE TABLAS

ÍNDICE DE GRÁFICOS

REFERENCIAS FOTOGRÁFICAS

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

CRÍTICA SOCIAL DEL JUICIO DEL GUSTO

SEGUNDA PARTE

LA ECONOMÍA DE LAS PRÁCTICAS

TERCERA PARTE

GUSTOS DE CLASE Y ESTILOS DE VIDA

CONCLUSIÓN

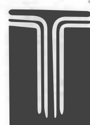
CLASES Y ENCLASAMIENTOS

POST-SCRIPTUM

ELEMENTOS PARA UNA CRÍTICA «VULGAR» DE LAS CRÍTICAS «PURAS»

ANEXOS

Este libro
se terminó de imprimir
en los Talleres Gráficos
de Unigraf, S. L.
Móstoles, Madrid, España,
en el mes de septiembre de 2006



TAURUS

Pierre Bourdieu

La distinción

Criterio y bases sociales del gusto

Los sujetos sociales se diferencian por las distinciones que realizan —entre lo sabroso y lo insípido, lo bello y lo feo, lo distinguido y lo vulgar— en las que se expresa o se revela su posición. El análisis de las relaciones entre los sistemas de encasillamiento (el gusto) y las condiciones de existencia (la clase social) conduce a un análisis social del criterio selectivo que es, inseparablemente, una descripción de las clases sociales y de los estilos de vida.

A título de higiene crítica, podría comenzarse la lectura de este libro por el capítulo final, titulado «Elementos para una crítica "vulgar" de las críticas "puras"», que pone de manifiesto las categorías sociales de percepción y apreciación que utiliza Kant en sus análisis del juicio del gusto. Pero lo esencial se encuentra en la investigación que, al precio de un enorme trabajo de encuesta empírica y de crítica teórica, conduce a una reformulación de todas las tradicionales interrogaciones sobre lo bello, el arte, el gusto, la cultura...

ISBN: 84-306-0338-7

